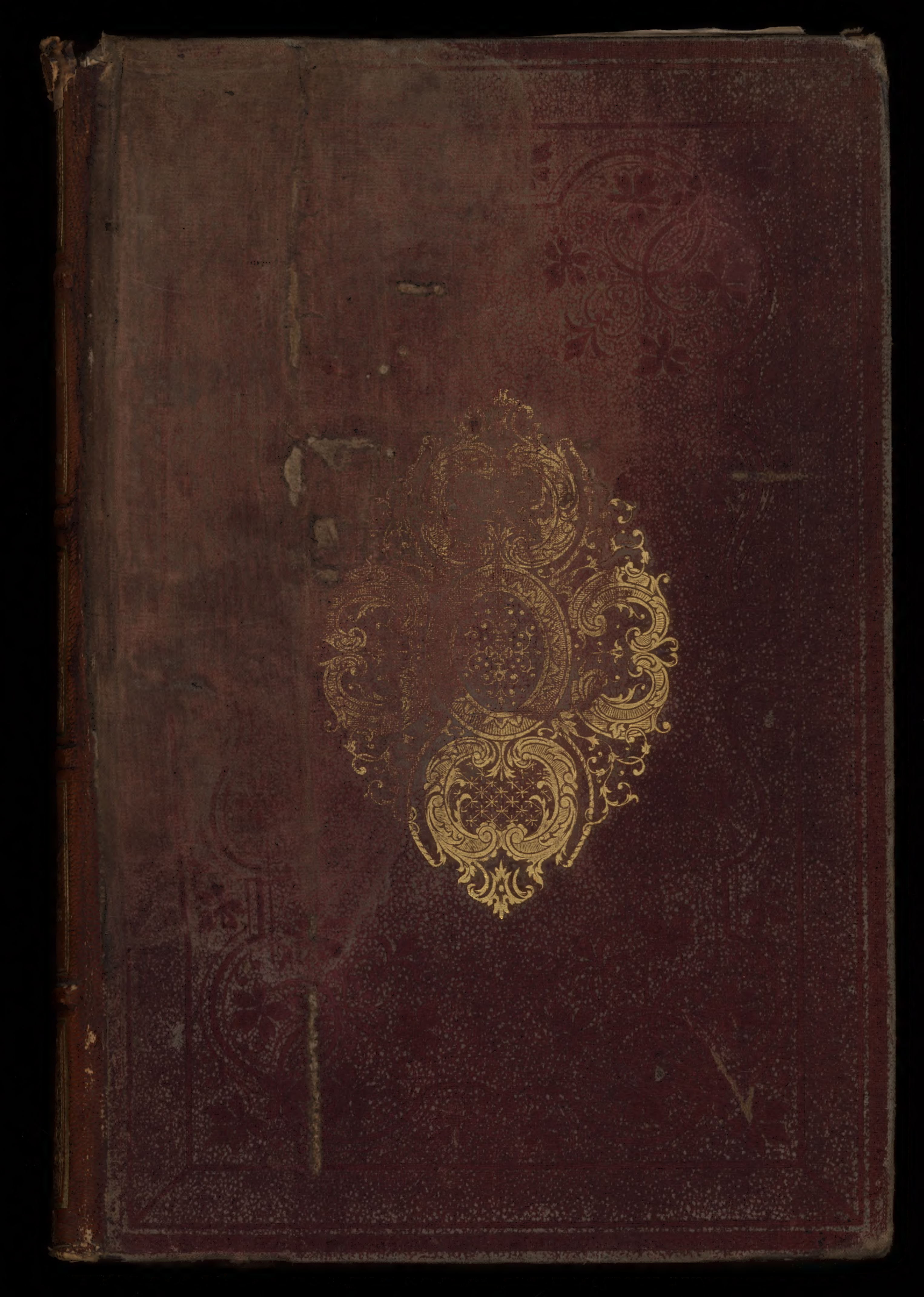
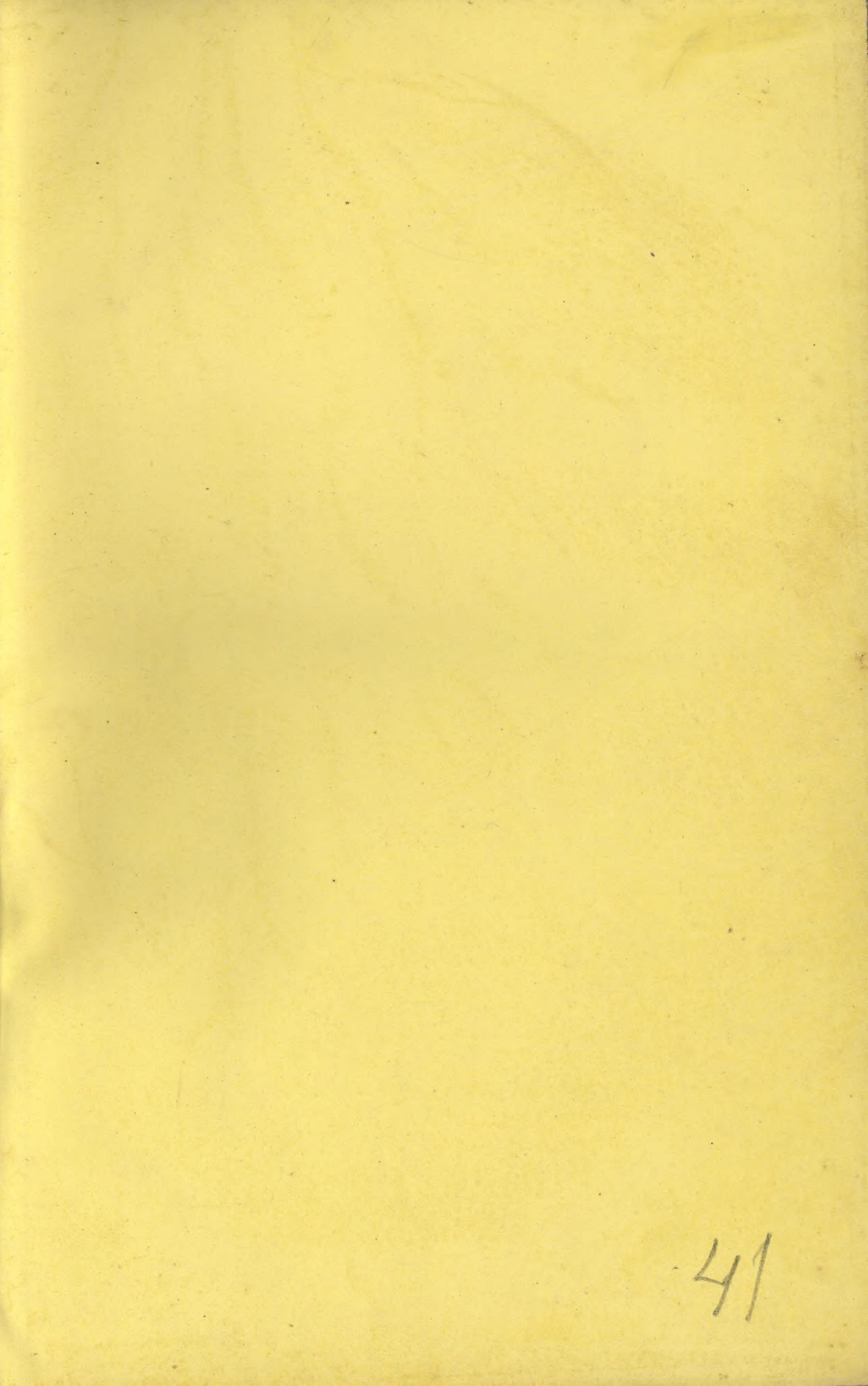



41

LOS VIAJEROS MODERNOS

PARIS. — TYPOGRAPHIE DE J. BEST,
Rue St-Maur-St-Germain, 15.

LOS
VIAJEROS MODERNOS

Ó

RELACIONES

DE LOS VIAJES MAS INTERESANTES É INSTRUCTIVOS

QUE SE HICIERON EN LOS SIGLOS XVI, XVII Y XVIII

CON BIOGRAFIAS, NOTAS É INDICACIONES ICONOGRAFICAS

POR M. EDUARDO CHARTON

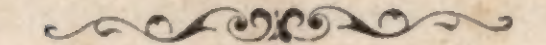
REDACTOR EN GEFE DEL MAGASIN PITTORESQUE.

OBRA CORONADA Y PREMIADA POR LA ACADEMIA FRANCESA

TRADUCIDA AL CASTELLANO BAJO LA DIRECCION DE

DON MARIANO URRABIETA

Adornada con 240 grabados sobre madera.



PARIS

ADMINISTRACION DEL *CORREO DE ULTRAMAR*

X. DE LASSALLE Y MÉLAN

EDITORES PROPIETARIOS, 4, PASSAGE SAULNIER

1861

PRÓLOGO.

El señalado favor que el público americano ha dispensado á la obra que, con el mismo título que recede, dió á luz la Administracion del *Correo de Ultramar* el año último, ha animado á sus editores, eseosos siempre de corresponder á la buena acojida que pueden merecer sus esfuerzos, á completar on un segundo tomo la maravillosa historia de los grandes sucesos que ocupa el volúmen publicado.

Efectivamente, grande y singular es la historia de los viajes de Cristobal Colon, Hernan Cortés, Vasco de Gama y Magallanes; ellos fueron los descubridores y conquistadores de un nuevo mundo, bien superior en riquezas de toda especie al mundo conocido; ellos fueron los que trazaron y dejaron marcadas nuevas vias á través de los mares; ellos, en fin, los que abrieron á la raza europea nuevas egiones que ésta debia poblar y civilizar con grandes frutos para toda la familia humana. Así sucedió que, en cuanto el velo que ocultaba á cada una de las mitades de la tierra la vista de la otra mitad estuvo desgarrado, creció en proporciones considerables la aficion á los descubrimientos; nada pareció imposible entonces á los viajeros, y mientras unos esploran los contornos de la América y del Asia, otros buscan, visitan y nombran una por una las islas del Sur, entre las cuales se encuentran vastos continentes, y otros se dedican con obstinada perseverancia á medir los pasos del Norte; en una palabra, se abren todos los caminos, y si quedan todavía algunos puntos desconocidos en el globo, se conocen, se estudian, se reduce su espacio mas y mas cada dia, y el hombre entra por fin en posesion de toda su morada terrestre. El reflejo de este prodigioso movimiento que tuvo lugar en los siglos XVI, XVII y XVIII, se encuentra en el presente tomo que por este motivo hemos llamado la continuacion y complemento del primero.

Parécenos oportuno hacer aquí una ligera reseña de las relaciones que contiene, que son las de los viajes de Cartier, Drake, Barentz y Heemskerck, Mendaña, Quirós, Pyrard de Laval, Bougainville, Cook y la Perouse.

Jacques Cartier, navegante francés, esploraba el Canadá por los mismos años que Hernan Cortés, por la otra parte de la América septentrional, penetraba en la California.

Drake, el mas célebre de los viajeros ingleses antes de Cook, aun sin la gloria que le atribuyen sus compatriotas y le disputan los españoles, de ser el primero que señaló las tierras del cabo de Hornos, puede contarse en el número de los navegantes mas osados, pues llegó por la costa occidental de la América del Norte mas arriba que ninguno de los que le precedieron, si bien turbando los mares que hasta entonces habian sido seguros y pacíficos.

El viaje de los holandeses BARENTZ y HEEMSKERCK en busca de un paso á las Indias por el mar del Norte, sencillamente contado por GERARDO DE VEER, uno de sus compañeros, es una historia interesante de los crueles padecimientos que hubieron de sufrir viéndose víctimas de los mas crudos rigores de la naturaleza. A esta relacion, muy poco conocida, acompañan las estampas de la edicion del año de 1600.

MENDAÑA y QUIRÓS, español el primero y el segundo portugués, se hallaban persuadidos de qu COLON habia dejado por descubrir otro nuevo mundo, un continente austral. Su ilusion, disipada únic mente en el siglo XVIII por COOK, no ha sido inútil á la ciencia, pues buscando su *tierra incógnita*, descubrió la Oceanía. Aquí hallarán nuestros lectores documentos de sumo interés, como la relaci del primer viaje de MENDAÑA en busca de la Nueva Guinea, copiada del manuscrito original existen en la Biblioteca Imperial de Paris, y no publicada hasta el dia en nuestro idioma; y uno de los mem riales presentados por QUIRÓS á FELIPE III, copiado tambien de otro manuscrito de la misma Bibliotec

La cautividad de PYRARD DE LAVAL, en las Maldivias, es uno de los mas curiosos episodios de l viajes efectuados durante el siglo XVII. Los informes recientes de HORSBURG y de MORESBY sobre e grupo singular de islas madrepóricas, han puesto mas en evidencia la sinceridad de lo dicho por PYRAR

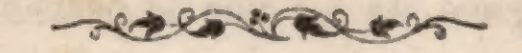
BOUGAINVILLE es el primer viajero francés que ha dado la vuelta al mundo. Su diario es una obra lit raria muy notable, y sabido es que sus seductoras descripciones de las costumbres de Taiti ejercieron u gran influencia en las imaginaciones del siglo XVIII. Si algunas observaciones mas positivas de nuest tiempo contrastan á veces con el colorido poético de su relacion, no la contradicen sin embargo, has el punto de borrar el interés que inspira su lectura.

Hemos consagrado todo el espacio posible á las brillantes esploraciones del capitan COOK, que, segu un dicho feliz, «pasó revista» á la mayor parte de los descubrimientos hechos hasta entonces. S trágico fin no contribuyó menos que la incontestable utilidad de sus observaciones á esparcir su fam en todo el mundo.

La relacion que termina el volúmen es la de LA PEROUSE, cuya suerte fué durante largo tiempo u motivo de solícita inquietud para toda la Europa. Este digno y escelente hombre, que durante el tiemp de su desgraciada espedicion dió pruebas de humanidad tan grandes é inalterables, caracteriza y resume en cierto modo el espíritu del siglo XVIII. LA PEROUSE desapareció misteriosamente en el momento en que comenzaba una nueva era, en medio de las primeras agitaciones de la revolucio francesa, cuando se acercaba el año 1800, que es el límite que se marcó el autor al emprender esta obra.

Tal es en sustancia el pormenor de las relaciones de este tomo, que en su variado conjunto señaln el progreso de los descubrimientos geográficos hechos despues de Colon y sus contemporáneos hasa fines del siglo último.

Nuestros lectores han visto el tomo que antecede; y por eso no haremos mas que indicar aquí que la ilustraciones que acompañan á este volúmen están concebidas bajo el mismo sistema; es decir, que n se ha querido hacer de la parte artística una obra de recreo, sino una obra útil é instructiva dando en ella copias de mapas y de estampas tomadas de colecciones rarísimas en la actualidad, y habiendo tenido siempre por base en la eleccion, la exactitud y fidelidad de los objetos reproducidos, como tipos de indígenas, vistas de poblaciones antiguas y modernas, instrumentos de guerra, utensilios domésticos, etc., sin cuya condicion, entendida rigorosamente, las láminas de un viaje no pueden tener mas que un valor meramente pintoresco.



VIAJEROS MODERNOS.

SIGLOS XVI, XVII Y XVIII.

JACQUES CARTIER,

VIAJERO FRANCÉS.

[1534-1542.]



Jacques Cartier. — Copia de un antiguo dibujo á la pluma, conservado en la Biblioteca imperial ([1]).

([1]) En vista de este dibujo, citado por M. Ch. Cunat, y cuyo orígen nos es desconocido, M. Riss, discípulo de Gros, hizo el retrato al óleo de Jacques Cartier existente en la galería histórica de Saint-Malo, y que ha servido de modelo á nuestro dibujante. Una copia de esta pintura, enviada al Canadá por M. Ch. Cunat y espuesta en la sala del Parlamento, se quemó en uno de los incendios de Quebec.

Jacques Cartier ó Quartier nació en Saint-Malo el 31 de diciembre de 1494, el año en que Cristobal Colon descubria la Jamaica. No hay noticias acerca de su familia; es probable que comenzó casi en la infancia su aprendizaje de marino, y que en los repetidos viajes que hizo á las pesquerías de las « Tierras Nuevas » ([1]) concibió el designio de esplorar las comarcas desconocidas de la América septentrional, ó de descubrir el misterioso paso al Catay (la China) por el noroeste, que se busca con admirable perseverancia desde hace tres siglos. Sometió su proyecto al almirante Felipe de Chabot, y Francisco I°, que con sentimiento y con impaciencia veia que la España y el Portugal se repartian el monopolio de los descubrimientos del Nuevo Mundo, acojió sin vacilar la proposicion del piloto maloino ([2]).

El 20 de abril de 1534, Jacques Cartier partió, pues, de Saint-Malo con dos buques para dar principio á sus esploraciones. En este primer viaje estudió las costas del golfo San Lorenzo, al sur del estrecho de Belle-Isle, hizo constar que lo que hoy se llama Terranova no era mas que una isla, y llegó á poca distancia del gran rio del Canadá. El 5 de setiembre, se hallaba de vuelta en Saint-Malo. El 19 de mayo del año siguiente, partió de nuevo, y esta vez dirijiéndose con confianza hácia la embocadura del rio San Lorenzo, penetró atrevidamente en el interior de las tierras hasta la aldea de Hochelaga, sobre cuyo sitio se ha elevado despues, en la falda de un monte, la ciudad de Montreal. De vuelta en Francia el 16 de julio de 1536, emprendió un tercer viaje el 23 de mayo de 1541, y se adelantó hasta las corrientes de Lachine, y regresó á Saint-Malo el 21 de octubre de 1542.

Cartier no fué el primer navegante que llegó hasta el golfo de San Lorenzo, pues antes que él llegaron principalmente Cortereal, Caboto y Verrazzano ([3]); pero nadie le ha contestado nunca el honor de haber hecho y asegurado el descubrimiento del Canadá. Las relaciones de sus tres viajes, rarísimas en el dia

([1]) Indiferentemente daban entonces este nombre á las islas y á las costas del continente del Labrador, del golfo de San Lorenzo ó de la Acadia, por falta de nociones suficientes sobre la verdadera configuracion de estas comarcas.

([2]) Se cuenta que Francisco I° decia : « ¿Dónde está el artículo del testamento de Adan que me deshereda del Nuevo Mundo en beneficio de los reyes de España y Portugal? »

([3]) El P. Charlevoix dice, en su *Histoire et description générale de la Nouvelle-France* (2 vol. en 4°, Paris, 1744) :

« Algunos autores han dicho que en 1477 Juan Scalve, polaco, reconoció el *Estotiland* y una parte de las tierras del *Labrador;* pero ademas de que el Estotiland se considera hoy como un país fabuloso, y que solo ha existido en la mente de los dos hermanos Lani (Zeni), nobles venecianos, nada de particular se sabe sobre la espedicion del viajero polaco. Es mas cierto que, por los años de 1497, un veneciano llamado Juan Gabot (Caboto) y sus tres hijos, que habian aprestado buques con el socorro, ó por lo menos con la licencia de Enrique VII, rey de Inglaterra (á costa de los mercaderes de Bristol), reconocieron la isla de Terranova y una parte del continente vecino, y hasta se añade que se llevaron á Londres cuatro salvages de esas comarcas; pero buenos autores niegan que desembarcaran en ningun sitio de la isla, ni del continente.

» Casi lo mismo se puede decir del viaje de un noble portugués, Gaspar de Cortereal, que, en 1500, visitó toda la costa oriental de Terranova, y recorrió una buena parte de las del Labrador. A la verdad, no se puede negar que desembarcara en varios puntos y pusiera nombres de los cuales algunos existen todavía; pero no hay pruebas de que fundara allí ningun establecimiento. Los portugueses, acostumbrados á climas mas suaves, y muy ocupados poco despues en recojer los tesoros del Africa, de las Indias orientales y del Brasil, despreciaron sin duda un país cubierto de nieve la mitad del año, donde no habia mas que una pesca cuyo valor no conocian aun, y cuyos habitantes poco sociales no tenian mas riqueza que las pieles con que se cubrian.

» Sea como quiera, en 1504 hacian ya la pesca del bacalao en el gran banco de Terranova y á lo largo de la costa marítima del Canadá, pescadores vascongados, normandos y bretones; y veo que en 1506 un habitante de Honfleur, llamado Juan Denys, habia trazado un mapa del golfo que hoy se llama de San Lorenzo. Vincent le Blanc cuenta en sus viajes que, por el mismo tiempo, un capitan español, llamado Velasco, subió 200 leguas el rio que entra en el golfo, y al que dieron el mismo nombre; que despues subió por la tierra del Labrador, hasta el rio *Nevado*, descubierto, segun dicen, por Cortereal. Pero las relaciones de este autor son tan confusas y se hallan tan desprovistas de fechas y de datos, que apenas se pueden sacar de ellas algunas conjeturas verosímiles.

» En 1508, un piloto de Dieppe, llamado Tomas Aubert (ó Hubert), llevó á Francia salvages del Canadá; pero no parece que haya habido fundamento para decir que este navegante hiciera la conquista de aquel país por órden de Luis XII. Consta en nuestra historia que nuestros reyes no fijaron su atencion en la América antes de 1523. Entonces Francisco I°, queriendo escitar la emulacion de sus súbditos en punto á navegacion y comercio, como lo hizo con tan buen éxito en ciencias y bellas artes, ordenó á Juan Verrazani, que estaba á su servicio, que fuese á reconocer las nuevas tierras de que se hablaba mucho en Francia.

» Verrazani fué, pues, enviado en 1523, con cuatro buques, para descubrir la América septentrional; pero nuestros historiadores no han hablado de esta primera espedicion, que nos seria desconocida aun sin una carta de Verrazani, que Ramusio nos ha conservado en su gran coleccion, carta dirijida á Francisco I°, y fechada en Dieppe, el 8 de julio de 1524. El autor

y de un precio muy alto ([1]), han sido reunidas y publicadas en 1843, en el Canadá, por la Sociedad literaria é histórica de Quebec, en una coleccion poco conocida en Francia, y de cuyo testo hacemos nuestra traduccion. Tambien debemos á la Sociedad de Quebec la mayor parte de las notas; si bien es justo añadir que hemos consultado con provecho las investigaciones de M. Ch. Cunat, autor de una *Historia de Saint-Malo* ([2]).

supone en ella al rey instruido de las circunstancias de su viaje, de modo que se contenta con decir que habia salido de Dieppe con cuatro buques, que volvieron con felicidad al puerto. En enero de 1524, salió con dos buques, *la Dauphine* y *la Normande*, en corso contra los españoles.

» A fines del mismo año ó á principios del siguiente, armó de nuevo *la Dauphine*, en la que se embarcó con cincuenta hombres, con provisiones para ocho meses, y pasó primeramente á la isla de Madera. De aquí salió el 17 de enero de 1525, con un vientecillo este, que le hizo andar, segun su cálculo, 500 leguas. Sufrió una fuerte tempestad; pero se calmó y llegó sin averías al frente de una tierra baja. Se acercó, mas habiendo visto mucha gente, no se atrevió á desembarcar. Navegó al sur, y no habiendo descubierto ningun puerto seguro para fondear, se vió precisado á volverse. No fué mas afortunado por el norte, de manera que tuvo que fondear lejos y enviar su lancha para examinar la costa de cerca.

» A la llegada de esta lancha, la orilla se cubrió de salvages, en quienes se veian todos los efectos de la sorpresa, de la admiracion, de la alegría y del terror. Sin embargo, por la carta que Verrazani escribió al rey de Francia, á la vuelta de su viaje, no es fácil juzgar por qué altura descubrió primero la tierra ni hasta donde se elevó al norte. Lescarbot dice que descubrió todo el país que está entre los 30 y 40 grados de latitud septentrional; pero no cita los autores. Lo único que nos dice Verrazani, es que desde el sitio en que distinguió tierra por primera vez, marchó á su vista durante 50 leguas siempre al mediodia, y que despues de haber navegado algun tiempo se halló por los 34 grados. De allí, dice tambien, la costa vuelve al oriente. Sea como queria, habiendo continuado su camino al norte y no habiendo distinguido puerto ninguno, puesto que sin duda no se acercaba á tierra lo bastante para distinguir las embocaduras de los rios, la necessidad en que estaba de hacer aguada le obligó á adelantar su lancha para ello; pero el mal estado del mar hubo de impedírselo constantemente.

» Poco tiempo despues de su llegada á Francia, hizo un nuevo apresto, con el fin de establecer una colonia en América. Todo lo que se sabe de esta empresa es que, habiéndose embarcado, no pareció despues, ignorándose en qué vino á parar, pues no encuentro fundado lo que algunos han escrito, á saber : que habiendo puesto el pié en un sitio donde queria construir un fuerte, los salvages se arrojaron sobre él, le asesinaron con todos los suyos, y se los comieron. Lo cierto es, que su infortunada suerte hizo que, en muchos años, ni el rey ni la nacion pensaran ya en América. »

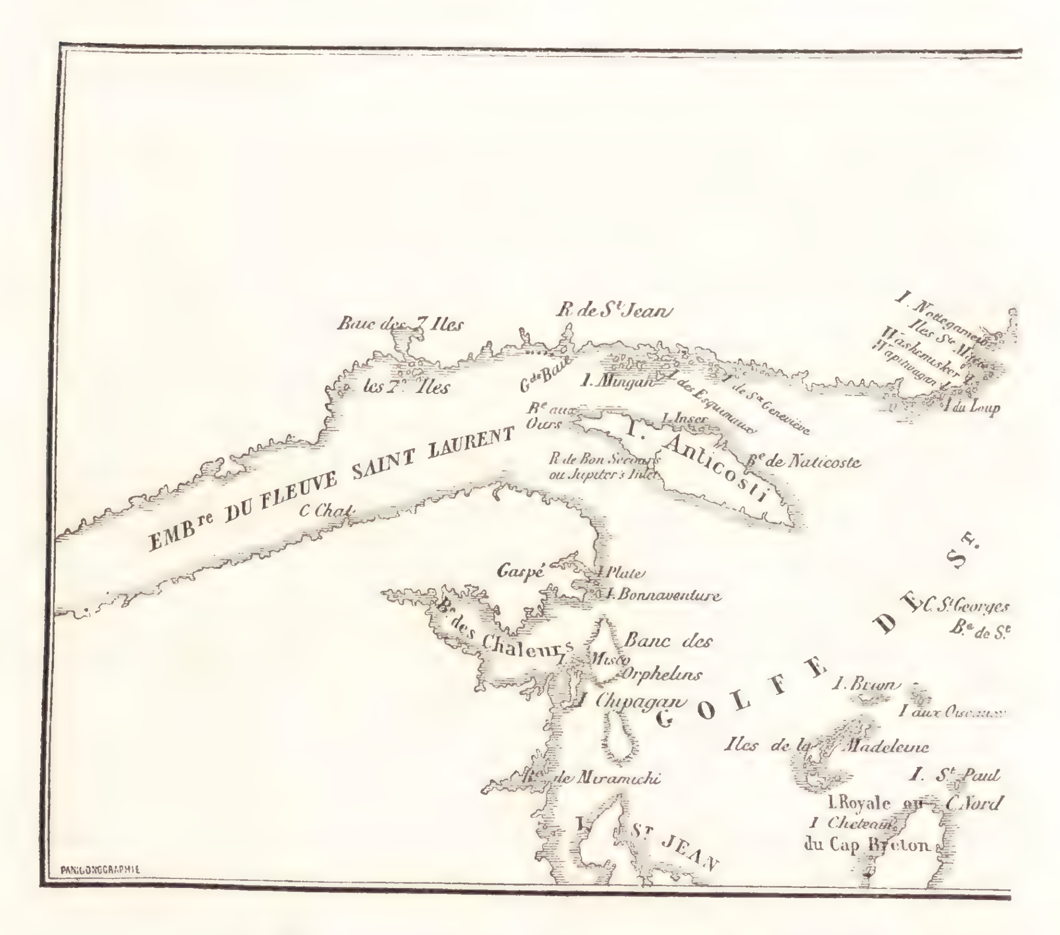
Mucho habria que decir sobre esta relacion de Charlevoix; pero nos limitaremos á consignar que hoy no cabe duda que Juan Caboto y su hijo Sebastian visitaron las costas de la América septentrional, hasta la latitud del Labrador, por los años de 1496 y 1497. Tambien es probable que, en 1463, Juan Vaz Costa Cortereal esploró, por órden del rey de Portugal, esas mismas comarcas, y sobre todo Terranova, que llamó la tierra de *Boccalhaos*. Su hijo Gaspar partió de Lisboa en 1500, y confirmó el descubrimiento del Labrador, designado á menudo en el siglo XVI con el nombre de *Cortereális*. Se sabe que Gaspar Cortereal pereció buscando ese paso del norte que cuesta ya tantas victimas; que uno de sus hermanos, Miguel Cortereal, perdió tambien la vida en el mismo empeño, y que el rey de Portugal tuvo que prohibir á Vasco, el tercer hermano, que corriera igualmente á su pérdida. Lo relativo á Verrazani es bastante conocido. (V. la Bibliografía.) — Segun el autor de una publicacion titulada : *Progress of discovery on the more northern coast of America*, se conserva en la biblioteca de Strozzi, en Florencia, un manuscrito que contiene una relacion circunstanciada de los países visitados por Verrazani.

([1]) La relacion del primer viaje se imprimió en Paris en 1545, y en Ruan en 1598. En la Biblioteca imperial hay tres manuscritos de la relacion del segundo viaje. Ramusio en su Coleccion italiana, Marc Lescarbot en su *Histoire de la Nouvelle-France*, y M. Ternaux-Compans en sus *Archives des voyages*, han dado las dos primeras relaciones, que tambien ha publicado Hakluyt con un fragmento de la tercera. (V. la Bibliografía.)

([2]) Estos estudios, publicados en el *Vigie del Oeste*, han servido en parte á la redaccion del artículo CARTIER en la escelente *Biographie bretonne* de M. P. Levot.

PRIMER VIAJE.

RELACION DEL PRIMER VIAJE DE JACQUES CARTIER Á LA « TIERRA NUEVA » DEL NORTE, HASTA LA EMBOCADURA DEL GRAN RIO DE CANADÁ; Y, PRIMERAMENTE, DEL ESTADO DE SU TRIPULACION Y DE LOS DESCUBRIMIENTOS DEL MES DE MAYO.



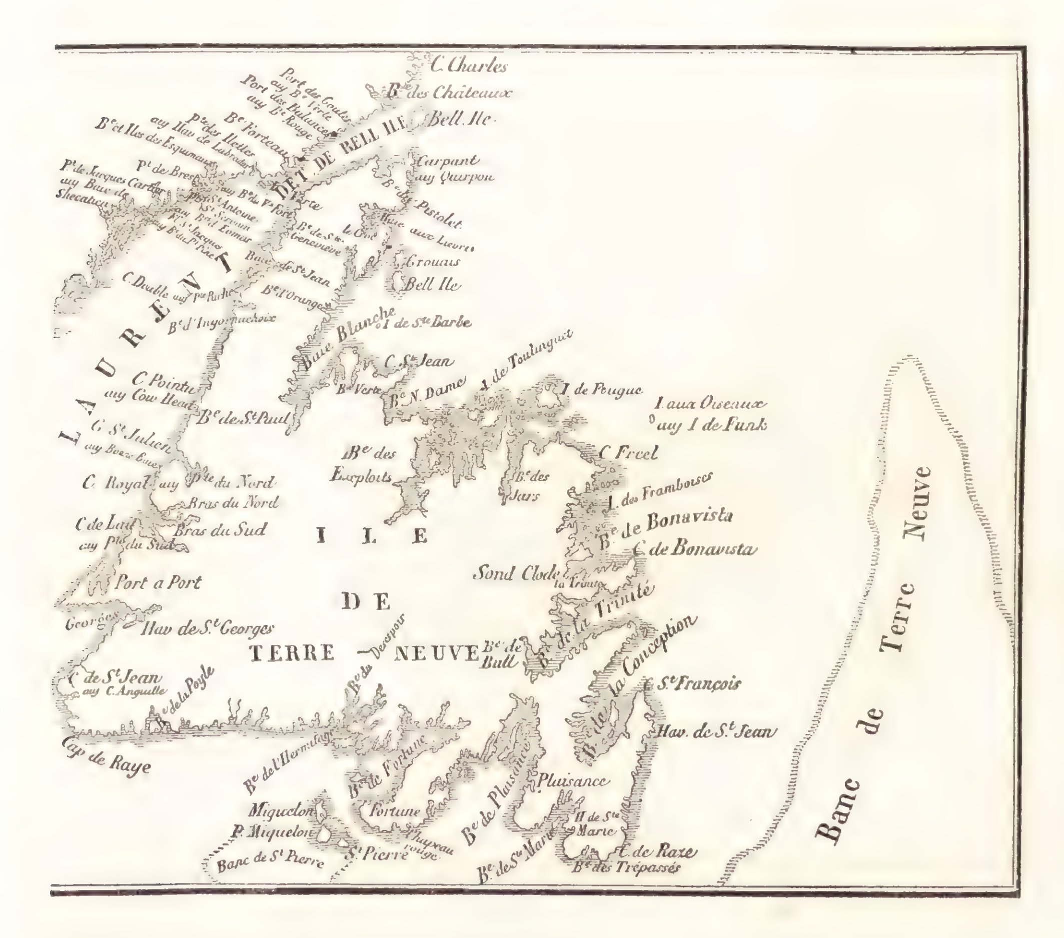
Mapa de la isla de Terranova y de la costa continental,

1. — De cómo el capitan Cartier partió con dos buques de Saint-Malo, y de cómo llegó á la « Tierra Nueva », llamada la Nueva Francia, y entró en el puerto de Buenavista.

Despues que el caballero Carlos de Mouy, señor de la Melleray y vice-almirante de Francia, hizo jurar á los capitanes, oficiales y compañeros de los buques, que se portarian bien y serian fieles en el servicio del rey cristianísimo, bajo las órdenes del capitan Cartier [1], partimos el 20 de abril del año

[1] « Carlos de Mouy pasó revista á las tripulaciones y asistió á la marcha de los dos buques. » (Ch. Cunat.)

de 1534 del puerto de Saint-Malo, con un buque de carga cada uno de unas sesenta toneladas, tripulado por sesenta y un hombres, y navegamos con tal felicidad, que el 10 de mayo llegamos á Terranova, hácia la cual entramos por el cabo de Buenavista (¹), que está por 28 grados y medio de latitud y de longitud; pero, á causa de la gran cantidad de hielos que habia á lo largo de esa tierra, nos fué necesario entrar en un puerto que llamamos puerto de *Santa Catalina* (²), que dista cinco leguas del puerto susodicho hácia el sur sudeste; allí nos detuvimos diez dias esperando buen tiempo, y, sin embargo, equipamos y aparejamos nuestras barcas.



publicada en 1784 por el depósito general de las cartas de la marina.

II. — De cómo llegamos á la isla de los Pájaros, y de los muchos pájaros que hay en ella.

El 21 de mayo, nos dimos á la vela con viento oeste, y tiramos hácia el norte, desde el cabo de Buenavista hasta la isla de los Pájaros (³), la cual habia quedado rodeada de hielos que, sin embargo,

(¹) En la costa este de Terranova. (Nota de la *Sociedad de Quebec.*)
(²) Ó ensenada de *Catalina.*
(³) Isla designada hoy, en los mapas, con el nombre de *Funk-Island.*

estaban divididos en pedazos; pero, á pesar de estos hielos, nuestras barcas fueron á buscar pájaros, que abundan tanto, que parece cosa increible al que no lo ha visto; la isla, que puede tener una legua de circuito, se halla plagada de ellos. No obstante, hay cien veces mas en sus inmediaciones y en los aires que dentro, y algunos son del tamaño de la urraca, negros y blancos, y con el pico de cuervo. Están siempre en la mar y no pueden volar muy alto; sus alas son pequeñas como la mitad de la mano, y, sin embargo, les sirven para volar con igual velocidad á flor de agua que los demas pájaros en el aire. Son muy gordos y eran llamados por la gente del país *apponath* (1); de ellos se cargaron nuestras barcas, en ménos de media hora, como habria podido hacerse con guijarros, de manera que en cada buque hicimos salar cuatro ó cinco toneles, sin contar los que nos comimos frescos.

III. — De otras dos clases de pájaros, y de cómo llegamos á Carpunt.

Hay ademas otra casta de pájaros que vuelan muy alto y á flor de agua, que son mas pequeños que los anteriores y que llaman *godets* (2). Se reunen ordinariamente en esta isla y se ocultan bajo las alas de los grandes. Tambien hay otra especie, pero los de esta son mayores y blancos, y están separados de los demas en un canton de la isla; son muy difíciles de cojer porque muerden como perros, y los llamaban *margaux* (3). Aunque esta isla dista 14 leguas de la tierra grande, los osos llegan á ella á nado para comer de estas aves; los nuestros hallaron uno tan grande como una vaca y tan blanco como un cisne, que saltó á la mar delante de ellos; y al otro dia de Pascuas, que eran en mayo, viajando hácia la tierra, le encontramos á la mitad del camino, nadando hácia ella y tan de prisa como nosotros en nuestros buques; pero al verle le dimos caza por medio de nuestras barcas, y le cojimos por fuerza: su carne era tan buena y delicada al paladar como la de ternera. El miércoles siguiente, que era el 27 del susodicho mes, llegamos á la boca del *golfo de los Castillos* (4); pero, á causa del mal tiempo y de la gran cantidad de hielo, tuvimos que entrar en un puerto, que se hallaba cerca de esa embocadura, llamado *Carpunt* (5), en el que nos quedamos sin poder salir hasta el 9 de junio, dia en que partimos para doblar ese lugar de Carpunt, que está al 59° grado de latitud.

IV. — Descripcion de Terranova, desde el cabo Rasé hasta el de Degrad.

La tierra, desde el *cabo Rasé* hasta el de *Degrad* (6), forma la punta de la entrada del golfo que mira de cabo á cabo hácia el este, norte y sur. Toda esa parte está compuesta de islas situadas una detras de otra, y entre ellas hay como unos riachuelos por los cuales se puede ir y pasar con embarcaciones pequeñas; hay tambien buenos puertos como son los de Carpunt y de Degrad. En una de esas islas, la mas alta de todas, se pueden ver claramente, estando en pié, las dos islas bajas cerca del cabo Rasé, de cuyo lugar se cuentan 25 leguas hasta el puerto de Carpunt: existen ahí dos entradas, una por el

(1) En la Acadia se llaman *barricardieres*.

(2) Urias ó macarosos, segun el doctor Roulin y el doctor Carlos Martins, de Montpeller, que hizo el viaje al Spitzberg en la corbeta *la Recherche*. (V. el grabado en la p. 12.)

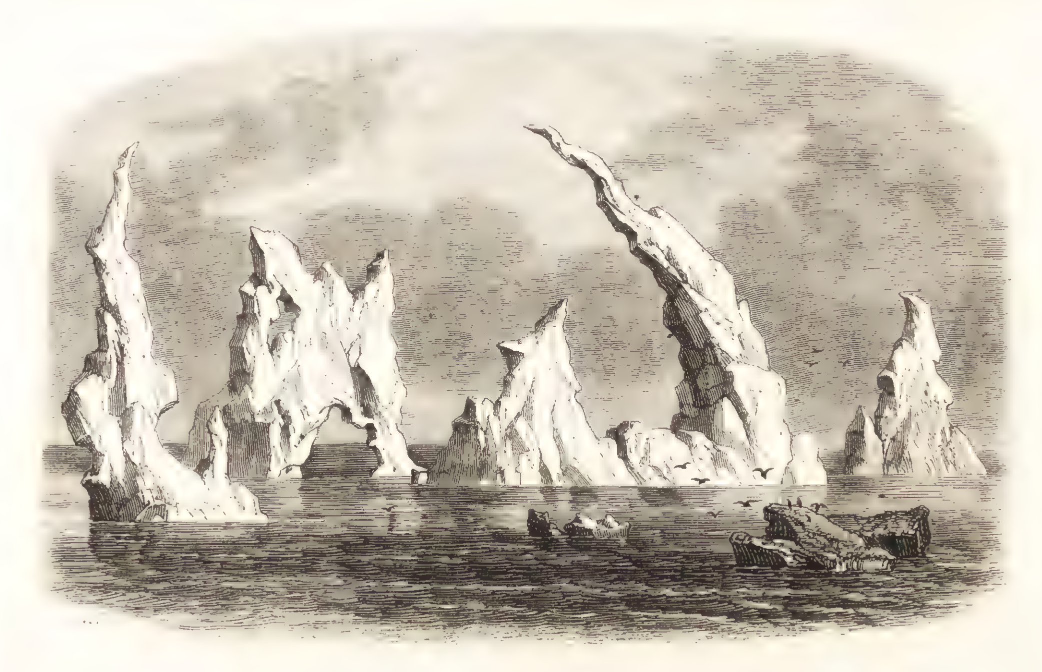
(3) Penguinos, segun el doctor Roulin.

(4) El estrecho de Belle-Isle.

(5) Ó Quirpont.

(6) Ó *de Grat* (de gracia).

lado del este, y no se ven mas que bancos y aguas bajas, siendo preciso dar media vuelta hácia el oeste, y luego hácia el sur para ir al referido Carpunt, así como tambien hay que tener cuidado con tres bancos



Picos de hielo en el estrecho de Belle-Isle, segun Edward Chappell (¹).

cubiertos por el agua, y en el canal, y hácia la isla por el lado de este. El canal tiene de fondo tres ó cuatro brazas. La otra entrada mira al este, y se puede desembarcar hácia el oeste.

V. — De la isla llamada ahora Santa Catalina.

Dejando la punta de Degrad á la entrada del susodicho golfo, á la revuelta de oeste, se notan dos islas que se quedan á la derecha, de las cuales la una dista 3 leguas de la punta, y la otra 7 ó mas ó menos de la primera, y es una tierra llana y baja pareciendo ser la tierra grande. Puse á esta isla el nombre de *Santa Catalina* (²), en la cual, hácia el este, hay un país seco y un mal terreno como de un cuarto de legua. Es necesario rodear un poco. En esta isla está el *puerto de los Castillos* (³), que mira hácia el nord nordeste y el sur sudoeste, habiendo una distancia de unas 15 leguas. Del susodicho puerto de los Castillos hasta el *puerto de las Gotas* (⁴), que es la tierra del norte del golfo susodicho que mira al este nordeste y al oeste sudoeste, hay una distancia de 12 leguas y media, y está á dos leguas del *puerto de las Balanzas* (⁵); en la tercera parte del través de este golfo hay treinta brazas de fondo. De este puerto de las Balanzas hasta el *Blanc-Sablon* hay 25 leguas hácia el oeste sudoeste. Se advierte que, por el lado sudoeste de Blanc-Sablon, se ve á 3 leguas un banco que está encima del agua y que parece una barca.

(¹) *Voyage to New-Foundland*; 1818.
(²) Una isla llamada hoy Belle-Isle, en el estrecho del mismo nombre.
(³) Entre Belle-Isle y la costa del Labrador.
(⁴) La bahía Verde.
(⁵) La bahía Roja, en la costa del Labrador.

VI. — Del lugar llamado Blanc-Sablon, de la isla de Brest y de la isla de los Pájaros; de la casta y cantidad de los que allí se encuentran, y del puerto llamado los Islotes.

Blanc-Sablon es un lugar sin ningun abrigo del sur ni del sudeste; pero hácia el sur sudoeste de este lugar hay dos islas, una de las cuales se llama la *isla de Brest* (1) y la otra *isla de los Pájaros* (2); en esta hay una gran cantidad de *urias* y *cuervos* (3), que tienen las patas y el pico encarnados, y hacen sus nidos en agujeros en la tierra como los conejos. Pasado un cabo de tierra que dista una legua de Blanc-Sablon, se encuentra un puerto y paso llamado *los Islotes* (4), que es el lugar mejor de Blanc-Sablon, muy abundante de pesca. De este lugar de los Islotes hasta el *puerto de Brest* (5) hay 18 leguas de circuito; y este puerto está al 51° grados 55 minutos de latitud y de longitud.

VII. — De cómo entramos en el puerto de Brest, y cómo, tirando hácia el oeste, pasamos por medio de las islas, que no se pueden contar por su crecido número.

El 10 del susodicho mes de junio, entramos en el puerto de Brest para hacer agua y leña, y para disponernos á atravesar el golfo. El dia de San Bernabé, despues de haber oido misa, nos dirijimos mas allá de este puerto, hácia el oeste, para descubrir los puertos que podia haber. Pasamos por en medio de las islas, que son tantas que no se pueden contar, pues continuan 10 leguas mas allá de ese puerto. Nos quedamos en una de ellas á pasar la noche, y hallamos muchos huevos de *ánades* y otras aves y pájaros que hacen allí sus nidos, y las llamamos á todas en general *las Islas*.

VIII. — De los puertos San Antonio, San Servan, Jacques Cartier; del rio llamado Santiago; de las costumbres y vestidos de los habitantes, y de la isla Blanc-Sablon.

En la otra mañana pasamos á la otra parte de estas islas, y á su estremo hallamos un buen puerto que llamamos de *San Antonio* (6). Una ó dos leguas mas allá, vimos un riachuelo muy profundo hácia el sudoeste, el cual se halla entre otras dos tierras; hay un buen puerto. Plantamos una cruz y le llamamos *el puerto San Servan* (7). Por el lado sudoeste de este puerto y rio se halla como á una legua un islote redondo, rodeado de otros islotes pequeños, los cuales dan el conocimiento de estos puertos. Mas allá, á 2 leguas, hay otro rio mucho mas grande, en el que pescamos muchos salmones, y le llamamos rio de *Santiago* (8). Estando en este rio, distinguimos un buque muy grande que era de la Rochela, y en la noche anterior habia pasado mas allá del puerto de Brest, donde pensaba ir á pescar; pero los marineros no sabian donde se hallaba ese sitio. Nos llegamos á ellos y nos fuimos juntos á otro puerto, mas hácia el oeste, y como una legua mas allá del susodicho rio de Santiago, el cual me pareció

(1) La isla del Bosque, en la costa del Labrador.

(2) La isla Verde, en la costa del Labrador.

(3) Cormoranes; son casi tan gruesos como un pavo, y se sumerjen hasta cinco brazas ó mas para cojer un arenque ó un escombro.

(4) Hoy ensenada del Labrador.

(5) Bahía del Fuerte Viejo, en la costa del Labrador.

(6) Bahía de los *Homards* (cabrajos), en la costa del Labrador.

(7) Hoy Rocky-Bay, en la costa del Labrador.

(8) La bahía de Nepetepec, en la costa del Labrador.

ser uno de los mejores puertos del mundo, y le llamamos el *puerto de Jacques Cartier* ([1]); si la tierra correspondiera á la bondad de los puertos seria un gran bien, pero no se puede llamar « tierra » ; no es mas que un conjunto de guijarros y peñas y lugares propios para animales. En toda la parte hácia el norte, no vi tierra bastante para llenar un *benneau* ([2]). Sin embargo, desembarqué en varios sitios; y en la isla de Blanc-Sablon no hay otra cosa que musgo y zarzas aquí y acullá todo medio seco. En suma, pienso que esta es la tierra que Dios dió á Cain; en ella se ven hombres de hermosa estatura y robustos, pero indómitos y salvages. Llevan el pelo atado fuertemente encima de la cabeza y caido, y se ponen algunas plumas de pájaro. Se visten con pieles de animales, lo mismo los hombres que las mujeres, las cuales sin embargo van mas ajustadas en sus ropas y ceñidas por la cintura, lo que no se ve en los hombres; se pintan con ciertos colores rojos. Hacen sus barcas con corteza de *boul;* que es



Habitante de la costa del Labrador, segun Edward.

un árbol llamado así en el país y parecido á nuestras encinas. Con esas barcas salen á pescar muchos lobos marinos; y desde mi vuelta he oido decir que allí no viven, sino que van de países mas cálidos por tierra para cojer de esos lobos y otras cosas que necesitan.

IX. — De algunos promontorios, á saber : del cabo Doble, cabo Puntiagudo, cabo Real, cabo de Leche; de los montes de las Cabañas, de las islas de los Palomares, y de una gran pesquería de bacalao.

El 13 del susodicho mes, volvimos á nuestros buques para darnos á la vela, porque el tiempo estaba hermoso, y el domingo hicimos decir la misa ([3]). El lunes siguiente, que era el 15, partimos del puerto de Brest y tomamos nuestro camino hácia el sur, para reconocer las tierras que habiamos distinguido que parecian formar dos islas. Pero cuando estuvimos como en medio del golfo, observamos que era la

([1]) La bahía de Sheratica, en la costa del Labrador.
([2]) Carro.
([3]) Se sabe que ningun eclesiástico acompañó á Cartier, ni en este primer viaje, ni en los que hizo luego al Canadá. Por consiguiente, se debe entender aquí que las oraciones ó el oficio de la misa se dijeron ó se recitaron nada mas.

tierra firme allí donde habia un grueso cabo doble, uno debajo de otro, y por esto le llamamos el *cabo Doble* ([1]). Al principio del golfo, quisimos medir el fondo y hallamos cien brazas por todas partes. De Brest al cabo Doble hay una distancia de 20 leguas, y á seis leguas mas allá sondeamos tambien el fondo y encontramos cuarenta brazas; esta tierra mira al nordeste sudoeste. El dia siguiente, que era el 16 del mes, navegamos á lo largo de la costa por sudoeste como unas 35 leguas mas allá del cabo Doble, y hallamos unas montañas muy altas y silvestres, entre las cuales se veian como unas cabañas



Wigwam y paisaje en la bahía de San Jorge, en Terranova, segun Edward Chappell.

pequeñas, y por esto las llamamos *montes de las Cabañas* ([2]). Las demas tierras y montañas están cortadas é interrumpidas, y entre ellas y el mar hay otras bajas. El dia anterior, á causa de la niebla y de la oscuridad que habia, no pudimos reconocer ninguna tierra; pero en la tarde distinguimos una abertura de tierra parecida á una boca de rio, que se hallaba entre los montes de las Cabañas, habiendo allí un cabo hácia sudoeste, distante de nosotros unas 3 leguas, y este cabo en su cumbre no tiene punta al rededor, y abajo hácia el mar acaba en punta, por lo cual le llamamos el *cabo Puntiagudo* ([3]).

Por el lado del norte de este cabo, hay una isla llana; y como deseábamos reconocer aquella boca para ver si habia allá algun puerto, recojimos la vela para pasar la noche. El dia siguiente, que era el 27 del mismo mes, tuvimos mal tiempo, y debimos encaminarnos á sudoeste, hasta el jueves por la mañana, andando 37 leguas. Nos encontramos al través de un golfo lleno de islas redondas como palomares, y por esto las dimos el nombre de *Palomares*. El golfo *San Julian* ([4]) dista 7 leguas de un cabo llamado *Real* ([5]), que queda hácia sur y un cuarto de sudoeste. Hácia el oeste sudoeste de este

([1]) La punta Rica, en la costa oeste de Terranova.
([2]) Las tierras altas al sur de la bahía de Ingornachoix, en la costa oeste de Terranova.
([3]) Hoy *Cow-Head*, ó Cabeza de Vaca, en la costa oeste de Terranova.
([4]) Buena Bahía, en la costa oeste de Terranova.
([5]) El cabo Norte de la bahía de las Islas, en la costa oeste de Terranova.

cabo hay otro, el cual hácia abajo está interrumpido y es redondo por arriba. Por el lado del norte, á cosa de media legua, hay una isla; y este cabo fué llamado el *cabo de Leche* (1). Entre estos dos cabos hay ciertas tierras bajas, sobre las cuales hay otras que demuestran que allí debe haber rios. A 2 leguas del cabo Real se encuentra fondo de veinte brazas, encontrándose en ese sitio la pesquería mas grande de bacalao que es posible ver; cojimos mas de cien bacalaos en menos de una hora, esperando á la compañía.

X. — De algunas islas entre el cabo Real y el cabo de Leche.

Al otro dia, que era el 18 del mes, el viento se hizo contrario y muy fuerte, de manera que tuvimos que volver hácia el cabo Real pensando hallar puerto; y con nuestras barcas fuimos á descubrir lo que habia entre el cabo Real y el cabo de Leche, y hallamos que sobre las tierras bajas hay un golfo muy profundo en el que se ven algunas islas, y este golfo está cercado por el lado del sur. Estas tierras bajas forman uno de los lados de la entrada, y el cabo Real está á la otra parte, y las tierras bajas se adelantan mas de media legua en el mar. El país es llano y toda su tierra es mala. El golfo está por 48 grados y medio de latitud y de longitud... En aquel dia no hallamos puerto, y por eso nos retiramos á la mar á fin de pasar la noche, despues de haber puesto la proa al oeste.

XI. — De la isla de San Juan.

Desde el susodicho dia hasta el 24 del mismo mes, que era la fiesta de San Juan, sufrimos grandes temporales y vientos contrarios; sobrevino una oscuridad tan grande que no pudimos reconocer ninguna tierra hasta el mencionado dia de San Juan, que descubrimos un cabo hácia sudoeste, distante unas 35 leguas del cabo Real, pero en ese dia la niebla fué tan densa y el tiempo tan malo que no pudimos acercarnos á tierra. Como en ese dia se celebraba la fiesta de San Juan Bautista, le llamamos el *cabo de San Juan* (2).

XII. — De las islas de los Penguinos y de las clases de pájaros y de animales que en ellas se encuentran; de la isla de Brion y del cabo Delfin.

Al otro dia, que era el 25, el tiempo seguia malo, oscuro y ventoso, y navegamos una parte del dia hácia oeste y noroeste; por la tarde atravesamos, y reconocimos, por medio de nuestro cuadrante, que íbamos hácia noroeste y un cuarto de oeste y estábamos á siete leguas y media del cabo San Juan; y como quisimos darnos á la vela, el viento comenzó á soplar del noroeste, y por esto nos dirijimos hácia sudeste andando quince leguas. Nos acercamos á tres islas, de las cuales dos eran pequeñas y altas como un muro, de suerte que era imposible subirlas, y entre ellas habia un pequeño escollo. Estas islas estaban mas llenas de pájaros que un prado de yerbas, los cuales hacian allí sus nidos; y en la mas grande de estas islas, habia un mundo de los que llamamos penguinos, que son blancos; estaban separados en un canton y en la otra parte habia urias. En la orilla habia muchos tambien y otros pájaros grandes como los de aquella isla que ya hemos mencionado (3). Fuimos á la mas pequeña y

(1) La punta Sur de la bahía de las Islas, en la costa oeste de Terranova.
(2) El cabo de la Anguila, en la costa oeste de Terranova.
(3) Isla de los Pájaros.

matamos mas de mil, y echamos cuantos quisimos en nuestras barcas. Estas islas fueron llamadas de los *Penguinos*.

A cinco leguas de estas islas habia otra por el lado oeste, que tiene unas dos leguas, y allí pasamos la noche para tomar agua y leña. Esta isla está rodeada de arenilla fina, y en su derredor hay una buena fuente de seis ó siete brazas de fondo. Estas islas son de mejor tierra que la que hemos visto hasta aquí; de modo que un campo de estas vale mas que toda Terranova. Las encontramos llenas de árboles grandes, de prados, campos de trigo silvestre y guisantes floridos tan espesos y hermosos como se pueden hallar en Bretaña, y que parecian haber sido sembrados por labradores. Tambien habia muchas uvas, bonitas fresas, perejil, y otras yerbas de olor agradable y fuerte.

En torno de esta isla hay muchos animales corpulentos como bueyes muy grandes, con dos colmillos en la boca como un elefante, y que viven hasta en el mar (1). Vimos uno que dormia sobre la orilla, y



Urias y macarosos (2).

fuimos hácia él con nuestras barcas para cojerle; pero al punto que nos oyó se arrojo al agua. Vimos igualmente osos y lobos. Esta isla fué llamada la *isla de Brion* (3). En su contorno hay grandes pantanos hasta sudeste y noroeste. Por lo que he podido comprender, creo que hay algun paso entre Terranova y la tierra de Brion (4). Si así fuera, se acortaria el tiempo y el camino, con tal de que se pudiese des-

(1) Morsos.

(2) Véase la nota 2 de la p. 6.

(3) Es probable que Cartier la puso este nombre en honor del almirante de Francia, vizconde de Chabot, señor de Brion, bajo cuya proteccion emprendió este viaje de descubrimientos.

(4) Es el paso entre el cabo Ray y el cabo Breton, que parece no descubrió Cartier sino en su segundo viaje al Canadá.

cubrir alguna perfeccion en este viaje [1]. A cuatro leguas de esta isla está la tierra firme hácia oeste sudoeste, la cual parece ser como una isla rodeada de islotes de arena negra. Hay allí un buen cabo que llamamos el *cabo Delfin* [2], porque forma el principio de las buenas tierras.

El 27 de junio, dimos la vuelta á las tierras que miran hácia oeste sudoeste y aparecen de lejos como colinas ó montañas de arena, aunque son tierras bajas y de poco fondo. No pudimos ir allá porque el viento nos era contrario; aquel dia hicimos 15 leguas.

XIII. — De la isla de Alezay y del cabo San Pedro.

A la mañana siguiente, fuimos á lo largo de las referidas tierras, como unas 10 leguas, hasta un cabo de tierra roja derecho y cortado como un peñon; es un país muy bajo. Hay allí una pequeña llanura entre el mar y un estanque, y de ese cabo de tierra y estanque hasta otro cabo que aparecia, hay como unas 14 leguas. La tierra está á manera de semicírculo toda rodeada de arena, como un foso sobre el cual se ven pantanos y estanques tan lejos como puede alcanzar la vista. Antes de llegar al primer cabo, se encuentran dos islas pequeñas bastante próximas á la tierra. A 5 leguas del segundo cabo hay una isla hácia sudoeste, que es muy alta y puntiaguda, la cual fué llamada *Alezay* [3]; el primer cabo fué llamado de *San Pedro* [4], porque llegamos á él en el dia y fiesta de San Pedro.

XIV. — Del cabo de Orleans, del rio de las Barcas, del cabo de los Salvages, y de la calidad y temperatura del país.

Desde la isla de Brion hasta este lugar hay buen fondo de arena; y habiendo sondeado igualmente hácia sudoeste, hasta encontrarnos á 5 leguas de la tierra, hallamos 25 brazas, y á una legua 12 brazas, y cerca de la orilla 6 mas bien mas que menos, y buen fondo. Como queriamos tener mayor conocimiento de estos fondos, pedregosos y llenos de rocas, recojimos las velas. Al otro dia, penúltimo del mes, el viento sopló del sur y cuarto sudoeste; fuimos hácia oeste hasta el martes por la mañana, último dia del mes, sin conocer y menos descubrir ninguna tierra; sin embargo, al caer la tarde distinguimos una tierra que parecia formar dos islas, y que quedaba á nuestra espalda hácia oeste y sudoeste, á unas nueve ó diez leguas. Este dia fuimos hácia oeste, hasta la otra mañana al amanecer, andando 40 leguas. Al hacer este camino, reconocimos que esta tierra, que nos habia parecido como dos islas, era la tierra firme, situada al sudoeste y norte noroeste, hasta un hermoso cabo de tierra llamado el *cabo de Orleans*.

Toda esta tierra es baja y llana, se encuentra llena de hermosos árboles y prados, y es lo mas hermoso que puede verse. Es verdad que no pudimos hallar en ella puerto, porque está cuajada de bancos y de arenas. Bajamos en muchos lugares con nuestras barcas, y entramos en un bonito rio de poco fondo, llamado el *rio de las Barcas* [5], porque vimos algunas barcas de hombres salvages que atravesaban el rio; no tuvimos mas conocimiento de estos salvages, porque el viento nos era contrario, de manera que nos vimos precisados á retirarnos á nuestros buques. Fuimos hácia noroeste hasta el amanecer del otro dia, 1º de julio, y sobrevino una niebla, seguida de una tempestad, que nos obligó á recojer velas hasta las dos de la tarde que aclaró el tiempo, y distinguimos el cabo de Orleans, con otro

[1] « La perfeccion que busca Jacques Cartier es hallar un paso para ir á Oriente. » (Lescarbot, *Histoire de la Nouvelle-France.*)

[2] Es uno de los cabos de las islas de la Magdalena, que parece tomó Cartier por la tierra firme.

[3] Una de las islas de la Magdalena.

[4] Otro cabo de las islas de la Magdalena.

[5] Quizá es el rio de Miramichi.

lugar mas distante hácia el norte, que fué llamado el *cabo de los Salvages*. Por el lado noroeste de este cabo, á una media legua de distancia, hay un banco de piedras muy peligroso.

Mientras estábamos cerca de este cabo, vimos un hombre que corria detras de nuestras barcas á lo largo de la costa, diciéndonos por medio de señales que debiamos volver hácia ese cabo. Viendo tales señales, principiamos á dirijirnos hácia él; pero, cuando notó que nuestra intencion era acercarnos, se puso en



Salvage canadés, segun el cuadro de West que representa la muerte del general Wolf.

uga. Habiendo desembarcado, pusimos delante de él un cuchillo y un cinturon de lana en un palo, y hecho esto nos volvimos á nuestras naves. Aquel dia, dando vuelta á esta tierra, anduvimos nueve ó diez leguas, tratando de hallar algun puerto bueno, lo que no conseguimos, tanto mas cuanto que como he dicho ya, toda esta tierra es baja, y es un país rodeado de bancos y arenales. No obstante, bajamos un dia á cuatro lugares para ver los árboles que eran muy hermosos y de mucho olor, y vimos que eran cedros, pinos, olmos, fresnos, sauces y otros varios desconocidos para nosotros, aunque todos sin frutos. Las tierras donde no hay monte son muy hermosas, y estan todas llenas de guisantes, uva bianca y tinta,

con flor blanca encima, fresas, moras, trigo silvestre, como centeno, que parece haber sido sembrado y labrado; y esta tierra tiene la mejor temperatura que puede haber, y es muy cálida: hay en ella muchos pájaros, y en suma nada falta mas que buenos puertos.

XV. — Del golfo llamado San Lunario y de otros golfos notables y cabos de tierra, y de la calidad y bondad de estos países.

Al otro dia, 2 de julio, descubrimos y distinguimos la tierra por el lado del norte, al lado opuesto á nosotros, la cual se juntaba con aquella de que acabamos de hablar. Despues que la dimos la vuelta, hallamos que tenia....... de profundidad y otro tanto de diámetro. La llamamos *golfo de San Lunario*, y fuimos al cabo con nuestras barcas hácia el norte, y hallamos el país tan bajo que por espacio de una legua no habia mas que una braza de agua. Por el lado nordeste del cabo susodicho, á unas siete ú ocho leguas, habia otro cabo de tierra, y en medio un golfo en forma de triángulo, que tiene mucho fondo, segun podiamos calcular con la vista; quedaba hácia el noroeste. Este golfo está rodeado de arenales y lugares bajos hasta 10 leguas, y no tiene mas de dos brazas de fondo. Desde este cabo hasta la orilla del otro cabo de tierra hay 15 leguas.

Estando al través de estos cabos, descubrimos otra tierra y cabo que quedaban al norte un cuarto noroeste, segun podiamos ver. Toda la noche el tiempo fué pésimo y ventoso, tanto que debimos recojer velas hasta el otro dia, 3 de julio, que sopló viento de oeste, y fuimos hacia el norte para reconocer esa tierra que nos quedaba del lado del norte y del noroeste sobre las tierras bajas, entre las cuales, las bajas y las altas, habia un gran golfo y abertura de cincuenta y cinco brazas de fondo en algunas leguas y de unas quince leguas de anchura. A causa de la gran profundidad, anchura y cambio de las tierras, tuvimos esperanzas de poder hallar un paso como el paso de los Castillos. Este golfo mira al este nor-este, oeste sudoeste. La tierra que está por el lado sur del golfo es buena para el cultivo y está llena de campos y prados hermosísimos, todo llano como una laguna; y la tierra que está hácia el norte es un país alto con montañas altas y llenas de bosques muy espesos donde hay muchas clases de árboles. Entre otros, se ven magníficos cedros y abetos, buenos para hacer mástiles de buques de mas de trescientas toneladas, y no vimos ningun lugar que no estuviese cubierto de estos bosques, escepto en dos puntos que el país era bajo y estaba lleno de prados con dos hermosas lagunas. El medio de este golfo está por 48 grados y medio de latitud.

XVI. — Del cabo de Esperanza y del lugar San Martin; de cómo las barcas de los salvages se acercaron á nuestras naves, y no queriéndose retirar, los salvages se espantaron con algunos disparos de pasavolante y huyeron á toda prisa.

El cabo de esta tierra del sur fué llamado *cabo de Esperanza*, á causa de la esperanza que teniamos de hallar en él un paso. El 4 de julio, fuimos á longo de esta tierra, por el lado del norte, buscando puerto, y entramos en un puertecillo y lugar abierto hácia el sur donde no hay ningun abrigo contra este viento. Le pusimos por nombre *San Martin* y nos quedamos allí desde el 4 de julio hasta el 12. Y mientras estábamos en ese lugar, fuimos el sábado 6, despues de haber oido misa, con una de nuestras barcas, para descubrir un cabo y punta de tierra, que dista siete ú ocho leguas por el oeste, á ver por qué lado se doblaba esta tierra. Estando á media legua, distinguimos dos barcas de hombres salvages que pasaban de una tierra á otra, y luego vimos mas de cuarenta ó cincuenta barcas, de las cuales una parte se acercó á esa punta, y saltaron á tierra un crecido número de aquellas gentes haciendo mucho ruido, y por señales nos decian que fuésemos á tierra, enseñándonos pieles. Pero como no teniamos mas que una sola barca, no quisimos ir y navegamos hácia la otra banda que estaba en la mar. Al vernos huir, enviaron dos de sus barcas, las mayores, á seguirnos, y con ellas se juntaron

luego cinco mas de las que llegaban por el lado del mar, y todos se acercaron á nuestra barca saltando y con demostraciones de alegría y de querer amistad, y diciendo en su lengua: *Na peu ton damen assur tah* ([1]), y otras palabras que no entendiamos; pero como no teniamos mas que una sola barca, segun hemos dicho, no quisimos fiarnos en sus señales y les dimos á entender que se retirasen, lo que no quisieron hacer; pero venian con tanta furia hasta nosotros, que al punto rodearon nuestra barca con las siete que ellos traian. Viendo que á pesar de nuestras señales no se querian retirar, soltamos contra ellos dos pasavolantes, y espantados, se volvieron hácia la susodicha punta, metiendo mucho ruido; y luego parándose, comenzaron otra vez á reunirse, en derechura hácia nosotros, y les disparamos dos de nuestros dardos en medio de ellos, lo que les espantó hasta el punto que comenzaron á huir á toda prisa y ya no volvieron.

XVII. — De cómo aquellos salvages viniendo hácia nuestros buques, y los nuestros yendo hácia los suyos, saltaron á tierra unos y otros, y los salvages, muy alegres, se pusieron á traficar con los nuestros.

A la otra mañana, una parte de aquellos salvages se llegaron con nueve de los suyos á la punta y entrada del lugar de donde habian partido nuestros buques. Advertidos de su venida, fuimos con nuestras barcas á la punta en donde estaban ellos; pero así que nos vieron echaron á correr, haciendo señales de que habian venido para navegar con nosotros, y enseñando pieles de poco valor con las cuales se visten. Nosotros tambien con señales les deciamos que no intentábamos hacerles daño, y en prueba de esto, diez de los nuestros saltaron á tierra para ir á ellos, llevándoles cuchillos y ferreteria con un sombrero encarnado para su capitan. En su vista, ellos tambien saltaron á tierra con sus pieles, y comenzaron á traficar con nosotros, mostrando mucha alegría al recibir las cosas que les dábamos, bailando siempre y haciendo muchas ceremonias, y entre otras la de arrojarse agua del mar sobre su cabeza con sus manos; nos dieron todo cuanto tenian, sin quedarse con nada, de manera que tuvieron que volverse desnudos y nos hicieron señales para decirnos que volverian á la mañana siguiente y traerian otras pieles.

XVIII. — De cómo, despues que los nuestros hubieron enviado dos hombres á tierra con mercancias, vinieron trescientos salvages muy alegres; de la calidad de este país, de sus productos y del golfo del Calor.

El jueves 8 del mismo mes, no siendo bueno el viento para salir con nuestras naves, aparejamos nuestras barcas para ir á descubrir ese golfo, y corrimos aquel dia veinticinco leguas. A la otra mañana hacia buen tiempo y navegamos hasta medio dia, á cuya hora reconocimos una gran parte de ese golfo donde habia tambien, como en las otras tierras bajas, otras tierras con altas montañas. Pero viendo que no habia paso, principiamos á volver, haciendo nuestro camino á lo largo de aquella costa, y navegando vimos unos salvages á la orilla de una laguna que está en las tierras bajas, los cuales hacian muchas hogueras. Fuimos allá y descubrimos que habia un brazo de mar que entraba en aquella laguna, y amarramos las barcas á una de las orillas del canal; los salvages se acercaron á nosotros con una de sus barcas, y nos trajeron piezas de lobo marino cocidas, y se retiraron dándonos á entender que nos las dejaban. Enviamos hombres á tierra con *mitones* ([2]), cuchillos, rosarios y otras mercancías, que les regocijaron hasta lo sumo; y al instante vinieron de prisa á la orilla en donde estábamos, con sus barcas, trayendo pieles y otras cosas para cambiarlas por nuestras mercancias; y eran mas de

([1]) « Belleforest interpreta así : « Queremos tener tu amistad. » No sé de donde lo ha sacado; pero en el dia no hablan ya de ese modo. » (Lescarbot.)

([2]) Segun Hakluyt, que ha traducido esta relacion en inglés, la palabra *mitones* significaba hachas pequeñas.

trescientos entre hombres, mujeres y niños. Tambien veiamos una parte de las mujeres que no pasaron, las cuales estaban hasta las rodillas en la mar, saltando y cantando. Las que habian pasado, se llegaban familiarmente á nosotros, frotando sus brazos con sus manos, y despues las alzaban al cielo saltando y haciendo muchas demostraciones de alegría. Tanta confianza llegaron á tener con nosotros, que por último traficaban mano á mano con todo cuanto tenian, de modo que no les quedó otra cosa que el cuerpo desnudo, porque dieron todo lo que poseian, que era de muy poco valor.

Conocimos que ese pueblo podria convertirse fácilmente á nuestra fe. Van de un lugar á otro y viven



Regatas indias en el rio de San Lorenzo, segun Catlin.

de la pesca. Su país es mas cálido que la España ([1]), y el mas hermoso que puede verse. Todo él es llano, y no hay lugar por pequeño que sea que no esté cubierto de árboles, aun sobre la arena, y de trigo silvestre que tiene la espiga como el centeno y el grano como la avena, y guisantes tan espesos como si hubiesen sido sembrados y cultivados, y uvas blancas y tintas con la flor blanca encima, fresas, moras, rosas encarnadas y blancas, y otras flores de recreo, de suave y agradable olor; tambien hay muchos y hermosos prados, y buenas yerbas y leche y mucha abundancia de salmon. A un *miton* en su lengua le llaman *cochi*, y á un cuchillo *bacon*. Pusimos á este golfo el nombre de *golfo del Calor* ([2]).

XIX. — De otra nacion de salvages; de sus vestiduras y de su modo de vivir.

Estando seguros de que no hay ningun paso por ese golfo, nos dimos á la vela y partimos de ese lugar, el 12 de julio, para descubrir mas allá de ese golfo, y fuimos hácia el este andando diez y ocho leguas, hasta el *cabo del Prado*, donde encontramos la mar alborotada y tempestuosa, y por esto tuvimos que

([1]) « El autor se equivoca; ha querido hacer una regla perpetua de un accidente de calor, pues el golfo se encuentra á 48 grados y medio, y no puede ser tan cálido el país. » (Lescarbot.)

([2]) Hoy bahía de los Calores.

retirarnos á tierra hácia el referido cabo, á una isla hácia el este que está á media legua del cabo, y allí fondeamos por aquella noche. Al otro dia, salimos con la intencion de dar la vuelta á esa costa, la cual está situada hácia el norte y nordeste; pero subrevino un viento tan contrario y tan fuerte que tuvimos que volver al lugar de donde habiamos partido, donde permanecimos todo el dia hasta la mañana siguiente, que nos dimos á la vela y llegamos en medio de un rio, distante cinco ó seis leguas del *cabo del Prado*. Estando allí cerca, se atravesó un viento contrario, acompañado de niebla y oscuridad, tanto que tuvimos que entrar en aquel rio el martes 14 del mes, y nos estuvimos á la entrada, hasta



Pescadores indios, segun Catlin.

el 16, esperando el buen tiempo para poder salir. Pero en ese dia 16, que era jueves, el viento creció de tal manera que uno de nuestros buques perdió una ancla, y por ello tuvimos que adelantarnos mas en ese rio, hasta siete ú ocho leguas, para llegar á un buen puerto donde hubiese buen fondo, el que habiamos ido á descubrir con nuestras barcas. Y á causa del mal tiempo, de la tempestad y oscuridad que habia, permanecimos en este puerto hasta el dia 25 sin poder salir.

Sin embargo, vimos muchos salvages que pescaban escombros, de cuyos peces hay gran cantidad. Eran como unas cuarenta barcas, y entre hombres, mujeres y niños mas de doscientos, los cuales, despues que hubieron conversado un poco con nosotros, se llegaban familiarmente al borde de nuestros buques con sus barcas. Nosotros les dábamos cuchillos, rosarios de cristal, peines y otras cosas de poco valor, que les regocijaban mucho y les hacian cantar y bailar dentro de sus barcas. Estos pueden verdaderamente llamarse salvages, tanto mas cuanto que no se pueden hallar gentes mas pobres en el mundo, y creo que todos juntos no habrian podido tener el valor de cinco sueldos, escepto sus barcas y sus redes. Tienen por toda vestidura una piel pequeña con la cual se cubren ciertas partes del cuerpo, y otras pieles viejas con que se visten al modo de los egipcios. No tienen la naturaleza ni el lenguage de los primeros que habiamos hallado. Llevan la cabeza pelada enteramente, si se esceptúa un mechon de pelo en la coronilla, cuyo mechon se dejan crecer hasta que se hace largo como la cola de un caballo, y le ligan sobre la cabeza con agujetas de acero. No conocen otra morada que sus barcas que vuelcan, y se meten debajo estendiéndiose sobre la tierra sin ninguna manta.

Comen la carne casi cruda y únicamente la calientan un poco sobre unas ascuas; lo mismo hacen con el pescado. El dia de la Magdalena, fuimos con nuestras barcas al lugar en donde estaban en la

orilla del rio, y bajamos libremente en medio de ellos, lo cual les alegró mucho, tanto que todos los hombres se pusieron á cantar y á bailar en dos ó tres cuadrillas, haciendo muchas señales de júbilo por nuestra llegada. Habian hecho huir á las mujeres jóvenes á los bosques, escepto dos ó tres que se habian quedado con ellos. Dimos á cada una de ellas un peine y una campanillita de estaño, lo cual las paso muy contentas, y daban gracias al capitan, frotándole los brazos y el pecho con sus propias manos. Los hombres, viendo que habiamos hecho algunos regalos á las que se habian quedado, hicieron venir á las que se habian refugiado en los bosques, á fin de que estas últimas tuvieran tambien su parte. Eran como unas veinte, y todas en un momento se arrojaron sobre el capitan, tocándole y frotándole con sus manos segun su modo de acariciar, y el capitan dió á cada una de ellas una campanillita de estaño de poco valor, y al punto principiaron á bailar y á entonar muchas canciones.

Encontramos allí una gran cantidad de escombros que habian pescado con ciertas redes hechas para pescar, con un hilo de cáñamo que crece en este país, donde ellos hacen ordinariamente su morada ordinaria, pues no salen á la mar sino cuando hace buen tiempo para la pesca, segun he oido. Crece tambien en este país un mijo muy grueso como el que se da en el Brasil, del cual hacen ellos pan, y le tenian en abundancia, y en su lengua le llaman *kapaige*. Tambien tienen ciruelas que secan, como hacemos nosotros, para el invierno, y las llaman *honesta;* tienen igualmente higos, nueces, manzanas y otras frutas, y habas que llaman *sahu*, los higos..... las manzanas..... Cuando les enseñaban alguna cosa de que carecen, si no podian saber lo que era, movian la cabeza diciendo : *Nohda*, es decir, que no lo tienen ni saben lo que es (¹). Nos demostraban por señales el modo de arreglar las cosas que tienen y cómo estas cosas tienen costumbre de crecer. No comen nada salado; son muy ladrones y roban todo cuanto pueden.

XX. — De cómo los nuestros plantaron una gran cruz en la punta de la entrada del puerto, y cómo el capitan de estos salvages, habiendo entrado en fin en esplicaciones con nuestro capitan, consintió en que dos de sus hijos se fuesen con él.

El dia 1° de agosto, mandamos hacer una cruz de 30 piés de altura, que fué hecha en presencia de estos, sobre la punta de la entrada de este puerto, en medio de la cual pusimos un escudo con tres flores de lis, y encima estaba escrito incrustado en la madera : Viva el rey de Francia. Despues la plantamos en su presencia sobre la susodicha punta, y ellos la miraban mucho, tanto cuando la hacian como cuando la plantaban. Y habiéndola alzado en alto, nos arrodillamos todos con las manos cruzadas, adorándola á su vista, y les deciamos por señales, mirando y mostrando el cielo, que de ella dependia nuestra redencion, de lo cual se maravillaron mucho, y se volvian, hablaban entre sí y luego miraban á la cruz.

Habiendo vuelto nosotros á nuestros buques, su capitan se vino á nosotros con una barca, vestido con una piel de oso negro y acompañado de sus tres hijos y un hermano suyo, que no se acercaron tanto como lo tenian de costumbre, y pronunció un largo discurso, mostrando la cruz y haciendo la señal de ella con dos dedos; luego mostraba toda la tierra de las cercanías como si hubiese querido decir que era toda suya y que no debiamos plantar en ella ninguna cruz sin su permiso. Concluido su discurso, le enseñamos un arma, indicándole que queriamos cambiarla por su piel, y así conseguimos que se acercara poco á poco á nuestras naves. Pero uno de nuestros compañeros echó la mano á su barca y al instante saltó adentro con dos ó tres hombres, que les obligaron á entrar en nuestras naves, cosa que á ellos les sorprendió mucho; mas el capitan les aseguró que no se les haria ningun daño, y les demostró mucha amistad, les dió de comer y beber y les hizo la mejor acojida. Despues les indicaron por señales que se habia plantado allí aquella cruz para que sirviera de marca y reconocimiento, á fin de que se pudiera entrar en aquel puerto; que nos proponiamos volver dentro de poco, que traeriamos ferreteria y otras cosas, y que deseábamos llevarnos á dos de sus hijos, y que despues regresariamos á su puerto. Hicimos vestir á sus hijos á cada uno una camisa, un sayon de color y un gorro encarnado,

(¹) « El lenguage de estos pueblos ha cambiado, pues actualmente no hablan de semejante manera. » (Lescarbot.)

y tambien les pusimos á cada uno una cadena de laton al cuello, lo que les causó mucha alegría, y ellos dieron á los que se volvian sus vestidos viejos. Luego regalamos un arma á cada uno de los tres que despedimos y tres cuchillos, todo lo cual les causó mucha alegría. Habiéndose vuelto á tierra, habiendo contado lo ocurrido á sus compañeros, á eso del medio dia se acercaron á nuestros buques seis de sus barcas, cada una con cinco ó seis hombres, que venian á despedirse de los que estaban con nosotros, y les traian pescado y les decian muchas palabras que nosotros no entendiamos, haciendo señales de que no arrancarian nuestra cruz.

XXI. — De cómo, estando fuera del puerto susodicho, caminando detras de aquella costa, fuimos á buscar la tierra que está situada al sudeste y noroeste.

Al otro dia, tuvimos buen viento y salimos del puerto. Estando fuera del rio susodicho, tiramos hácia el este nordeste, tanto mas cuanto que cerca de la embocadura de aquel rio la tierra da un rodeo y forma un golfo como un semicírculo, de manera que de nuestros buques veiamos toda la costa, detras de la cual caminábamos, y nos pusimos á buscar la tierra situada hácia oeste y noroeste, y habia otro golfo igual distante unas 20 leguas del susodicho rio.

XXII. — De los cabos de San Luis y de Montmorency, y de otras varias tierras; y de cómo pasamos adelante, aunque una de nuestras barcas tropezó en un escollo.

Fuimos pues, á lo largo de aquella tierra que está situada, como hemos dicho, al sudeste y al noroeste, y dos dias despues vimos otro cabo donde la tierra principia á volver hácia el este, y fuimos á lo largo de ésta hasta unas 16 leguas, y de allí esta tierra principia á volver hácia el norte; y á 3 leguas de este cabo hay 24 brazas de fondo. Estas tierras son llanas y las mas descubiertas de monte que hasta ahora hemos podido ver. Hay hermosos prados y una campiña muy verde. Este cabo fué llamado de *San Luis* porque en este dia se celebraba su fiesta, y está á 49 grados y medio de latitud y de longitud... En ese dia, por la mañana, estábamos hácia el este de ese cabo y fuimos hácia noroeste, para acercarnos á esa tierra cuando era casi de noche, y hallamos que miraba hácia el norte y el sur. Desde ese cabo San Luis hasta otro llamado *de Montmorency* hay unas 15 leguas; la tierra principia á volver hácia noroeste. Quisimos sondear el fondo á 3 leguas cerca de ese cabo; pero no le pudimos hallar con unas 150 brazas, y nos fuimos á lo largo de esa tierra unas 10 leguas hasta la latitud de los 50 grados.

Al otro dia, al amanecer, conocimos y vimos otras tierras que nos quedaban por el lado del norte y nordeste, las cuales eran muy altas y estaban muy cortadas y parecian ser montañas, entre las cuales habia otras tierras bajas con bosques y rios. Pasamos en torno de estas tierras tanto por un lado como por otro, tirando hácia nordeste para ver si habia algun golfo ó algun paso. De una tierra á otra hay unas quince leguas, y el medio está á 50 grados y un tercio de latitud; y nos fué muy difícil poder recorrer mas de cinco leguas, por causa de la marea que nos era contraria y de los fuertes vientos que allí reinan por lo comun. No pasamos mas adelante de las cinco leguas, y desde allí veiamos claramente la tierra, que en aquel punto principia á ensancharse. Pero como no haciamos otra cosa que ir y venir segun el viento, tiramos por esa parte hácia la tierra, para tratar de ganar un cabo hácia el este, que era el mas lejano y el mas adelantado en la mar que se podia ver, y distante de nosotros unas 16 leguas. Habiéndonos aproximado, vimos que todo eran rocas, piedras y escollos, lo que no habiamos hallado hasta entonces en todos los lugares que habiamos recorrido hasta el sur desde el cabo San Juan, y por desgracia la marea nos llevaba contra el viento hácia el oeste, de modo que, navegando á lo largo de aquella costa, una de nuestras barcas tropezó en un escollo, y no dejó de pasar adelante; pero tuvimos que acudir todos para sacarla.

XXIII. — De cómo, habiéndonos consultado sobre lo que debiamos hacer, resolvimos nuestro regreso; del estrecho de San Pedro y del cabo de Tiennot.

Habiendo navegado á lo largo de aquella costa unas dos horas, sobrevino la marea con tal fuerza, que no nos fué posible pasar con trece remos á mas de una distancia de un tiro de piedra, tanto que debimos dejar las barcas con algunos hombres que las guardaran, y marchar por tierra unas diez ó doce leguas hasta el cabo, donde observamos que esa tierra comienza á bajar hácia sudoeste. Habiendo visto esto, y habiendo vuelto á nuestras barcas, volvimos á nuestras naves aparejadas ya, pensando todos que podriamos pasar adelante; pero el viento las habia hecho bajar mas de cuatro leguas del lugar en donde las habiamos dejado. Habiendo llegado pues, hicimos reunir á todos los capitanes, marineros, oficiales y compañeros para saber el parecer y consejo del mejor partido que podiamos tomar. Despues que cada cual habló, se consideró que los fuertes vientos de este principiaban á reinar y á hacerse muy violentos, y que la marea era tan grande que no haciamos mas que bajar, y que así no era posible hacer nada bueno; se dijo tambien que las tempestades comenzaban á reinar en aquella estacion en Terranova, que éramos nosotros de países lejanos, y no sabiamos los azares peligrosos del regreso, y por todos estos motivos, que era tiempo de retirarse ó si no de detenerse allí por lo restante del año. Ademas deciamos que si nos sorprendiera un cambio de viento norte no seria posible partir; y estas opiniones oidas y bien consideradas, nos hicieron tomar la resolucion de volvernos.

Como habiamos entrado el dia de la fiesta de San Pedro en aquel estrecho, le llamamos *estrecho de San Pedro* (¹), donde habiendo arrojado la sonda en muchos lugares, hallamos en unos ciento cincuenta brazas; en otros ciento, y cerca de la tierra sesenta, con buen fondo. Desde ese dia hasta el miércoles tuvimos viento favorable y pudimos doblar la susodicha tierra por el lado del norte, este, sudeste y noroeste; pues tal es su asiento, comprendido un cabo de tierras bajas que está mas hácia sudeste y distante unas 25 leguas del susodicho estrecho.

En aquel lugar vimos humo que hacian las gentes del país mas arriba de ese cabo; pero como el viento soplaba hácia la costa, no nos llegamos á ellos, y viendo ellos que nosotros no nos acercábamos, doce de sus hombres vinieron á nosotros con dos barcas, los cuales se arrimaron tan libremente á nosotros como si hubiesen sido franceses, y nos dieron á entender que venian del golfo grande y que su capitan se llamaba Tiennot, el cual estaba sobre el cabo haciendo señales de que se retiraban á su país, de donde nosotros habiamos partido, y estaban cargados de pesca.

Llamamos á ese cabo, *cabo de Tiennot* (²). Pasado ese cabo toda la tierra está hácia el este sudeste, oeste noroeste; y todas esas tierras son bajas y hermosas, y están rodeadas de arenales cerca de la mar. Y hay muchas lagunas y bancos por espacio de 20 leguas; y despues la tierra principia á volver de oeste á este y nordeste, y se halla enteramente rodeada de islotes á la distancia de dos ó tres leguas. Y tambien, segun nos parece, hay muchos bancos peligrosos á cuatro ó cinco leguas de la tierra.

XXIV. — De cómo, el dia 9 de agosto, entramos en Blanc-Sablon, y el 5 de setiembre llegamos al puerto de Saint-Malo.

Desde el miércoles susodicho hasta el sábado, tuvimos un fuerte viento de sudoeste que nos hizo tirar hacia el este nordeste, y en ese dia llegamos á la tierra de este, en Terranova, entre las Cabañas y el cabo Doble. Aquí principió el viento de este, con tempestad y gran violencia, y por esto doblamos el cabo al nordeste y al norte para ir á ver el lado norte que está, como hemos dicho, enteramente rodeado de

(¹) El estrecho entre el cabo Gaspé y la isla de Anticosti.
(²) Probablemente el monte Bonito.

islas; y hallándonos cerca de estas, el viento se cambió y vino del sur y nos condujo al golfo; tanto que, por la gracia de Dios, entramos al otro dia, que era el 9 de agosto, en Blanc-Sablon; y hé ahí todo lo que hemos descubierto.

Y despues del 15 de agosto, dia de la Asuncion de Nuestra Señora, salimos de Blanc-Sablon despues de haber oido misa, y llegamos felizmente hasta en medio de la mar que está mas allá de Terranova y de la Bretaña, en cuyo lugar sufrimos aventuras por los vientos de este; pero todo lo soportamos con ayuda de Dios, y despues tuvimos buen tiempo, de manera que el 5 de setiembre del susodicho año, llegamos al puerto de Saint-Malo de donde habiamos salido.



Antigua vista de Saint-Malo, segun Tassin, geógrafo de Luis XIII.

SEGUNDO VIAJE [1].

I. — Preparativos del capitan Cartier y de los suyos para el viaje de Terranova; embarque. — La isla de los Pájaros; descubrimiento de esta hasta el principio del gran rio del Canadá, llamado por él Hochelaga; su anchura y profundidad; su orígen desconocido [2].

El domingo, dia y fiesta de Pentecostes, 16 de mayo, año de 1535, reconociendo cada uno el mando del capitan y buena voluntad de todos, recibimos todos juntos á nuestro Criador en la iglesia catedral de Saint-Malo; y despues fuimos á presentarnos en el coro de la misma iglesia, ante el reverendo P. en Dios M. de Saint-Malo [3], el cual, en su estado episcopal, nos dió su bendicion.

Y el miércoles siguiente, 19 de mayo, teniendo el viento favorable, aparejamos con las referidas tres naves, á saber: *la Grande-Hermine*, de unas ciento ó ciento veinte toneladas de porte, donde iba el susodicho capitan general, y por oficial Tomas Froment, Claudio del Pont-Briant, hijo del señor de Montcevelles y copero de Monseñor el Delfin, Carlos de la Pommeraye, Juan Poulet y otros señores nobles [4]. En la segunda nave, llamada *la Petite-Hermine*, de unas sesenta toneladas de porte, era capitan, bajo las órdenes del mencionado Cartier, Mail [5] Jalobert, y oficial Guillermo el Marié. Y en la tercera y mas pequeña, llamada *Emerillon*, de unas cuarenta toneladas de porte, era capitan Guillermo el Breton, y oficial Jacques Mingard.

Navegamos con buen tiempo hasta 26 del susodicho mes de mayo, dia en que se puso tormentoso y los vientos fueron muy contrarios. Sucedió que el 25 de junio, por el mal tiempo que hacia, estuvimos perdidos los tres, sin que tuviésemos noticias los unos de los otros hasta Terranova, allí donde habiamos convenido en hallarnos todos juntos.

Desde el dia que nos perdimos, estuvimos nosotros sufriendo todos los vientos contrarios hasta el 7 de julio, que fué cuando llegamos á Terranova, y tocamos tierra en la isla de los Pájaros [6], la cual está á 14 leguas de la tierra firme, y está tan llena de pájaros que todos los buques de Francia podrian fácilmente cargarse de ellos sin que se notara que se habia sacado ninguno; cojimos bastantes para que formaran parte de nuestras vituallas. Esta isla está en la elevacion del polo 49° 40′.

El dia 8 del susodicho mes, aparejamos de la referida isla, y con buen tiempo llegamos al puertecillo

[1] Esta relacion del segundo viaje está precedida, en la edicion de 1545, de una carta de Cartier dirijida á Francisco I°, donde se nota este párrafo, que prueba una vez mas la influencia que tuvo la idea religiosa en los grandes descubrimientos de los siglos XV y XVI:

« Miro el sol, que cada dia sale por el oriente y se pone por el occidente, dando la vuelta á la tierra, y esparciendo luz y calor por todo el mundo en veinticuatro horas, que es un dia natural. Por esto pienso, en mi simple inteligencia, y sin mas razon que alegar, que quiso Dios, en su divina bondad, que todas las criaturas humanas que viven en este globo, así como ven y conocen el sol, tengan conocimiento de los tiempos futuros y abunden en nuestra santa fé. Pues, primeramente, nuestra santísima fé ha sido sembrada y plantada en la Tierra Santa, que está en el Asia, al oriente de nuestra Europa; y despues, por sucesion de tiempo, ha venido y ha sido divulgada hasta nosotros, y finalmente al occidente de nuestra Europa, al ejemplo del sol, que lleva su claridad y su calor de oriente á occidente. »

[2] « En vista de la relacion que hizo Cartier de su viaje, el rey ordenó armar y abastecer por quince meses tres buques, cuyo mando le confió por real cédula fechada el 30 de octubre de 1534. Esta vez unió al título de capitan el de piloto del rey. » (P. Levot.)

[3] El obispo Francisco Bohier.

[4] Así como en el segundo viaje de Cristobal Colon, los jóvenes nobles se entusiasmaron con el relato de la primera esploracion, por este nuevo género de cruzadas que prometia á la vez gloria y fortuna.

[5] Ó Marc. (Archivos de la alcaldía de Saint-Malo.)

[6] Funk-Island, por el lado este de Terranova,

de Blanc-Sablon, estando en la bahía de los Castillos el dia 15 del mismo mes, que es el lugar adonde debiamos ir y al que fuimos para esperar á nuestros compañeros hasta el 26 del mismo, dia en que llegaron con sus dos naves. Allí nos detuvimos á tomar agua, leña y otras cosas necesarias; y luego aparejamos y nos dimos á la vela para pasar adelante el 26 del susodicho mes, y marchamos á lo largo de la costa del norte hasta este nordeste y oeste sudoeste hasta las ocho de la noche, que recojimos las velas cerca de dos islas que llamamos las *islas de San Guillermo,* y se encuentran á unas 20 leguas mas allá del puertecillo de Brest. En la referida costa desde los Castillos hasta aquí, hay muchas islas y tierras, todas quebradas y pedregosas, sin ninguna tierra ni monte, si no es en algunos valles.

Al otro dia, penúltimo del referido mes, hicimos correr al oeste para reconocer otras tierras que quedaban á unas 12 leguas y media de nosotros, entre las cuales hay islas y grandes bahías, que nos parecieron tener muchos y buenos puertos. Las llamamos islas de *Santa Marta*, fuera de las cuales, y como á legua y media de la mar, hay una baja (¹) bien peligrosa, donde hay cuatro ó cinco cabezas que quedan al través de las referidas bahías en el camino de este y oeste de las susodichas islas de San Guillermo, y otras islas que quedan á oeste sudoeste de las referidas islas de Santa Marta, á unas 7 leguas, cuyas islas fuimos á ver el mismo dia á eso de la una de la tarde. Y desde esa hora hasta el *horloge virante* (²), corrimos unas quince leguas hasta un cabo de islas bajas que llamamos las islas *San German*. Al sudeste del cabo y á unas tres leguas, hay otra baja muy peligrosa. Y así tambien entre los susodichos cabos San German y Santa Marta, hay un banco fuera de las susodichas islas á unas dos leguas, sobre el cual no hay mas que cuatro brazas. Y por el peligro que ofrecia la costa recojimos velas aquella noche.

A la otra mañana, último dia de julio, corrimos á lo largo de la dicha costa hácia este y oeste cuarto de sudeste, que está toda llena de islas bajas y costas muy peligrosas, y contiene desde el susodicho cabo de las islas de San German hasta el fin de las islas unas 17 leguas y media; y al fin de las referidas islas hay una hermosa tierra baja llena de árboles altos y grandes, y esa costa es toda de arenales, sin ninguna apariencia de puerto hasta el cabo Tiennot (³) que va al noroeste y está á unas 7 leguas de las mencionadas islas, cuyo cabo conociamos por el viaje anterior; y así nos inclinamos toda la noche á oeste noroeste hasta el amanecer, que sobrevino viento contrario y fuimos á buscar un puerto para nuestras naves; es un buen puertecillo mas allá del cabo Tiennot, á unas siete leguas y media, y está entre cuatro islas adelantadas en el mar. Le llamamos *el puerto de San Nicolas* (⁴), y en la isla mas cercana plantamos una cruz muy grande de madera para señal. Hay que dirijirse al nordeste de la referida cruz y se encontrarán seis brazas que en el referido puerto se reducen á cuatro brazas. Y hay que tener en cuenta las cuatro brazas de los dos lados á media legua fuera. Toda esa costa es muy peligrosa y está llena de bajos y de escollos.

Estuvimos en el referido puerto desde aquel dia hasta el domingo 8 de agosto, que aparejamos y fuimos á reconocer la tierra del este hácia el *cabo de Rabast* que dista del referido puerto unas 20 leguas, hácia norte nordeste y sud sudoeste. Al otro dia el viento nos fué contrario, y como no hallamos ningun puerto en la susodicha tierra del sur, nos inclinamos hácia el norte mas allá del puerto anterior hasta unas 10 leguas, donde encontramos una bahía grande y hermosa, con muchas islas y buenas entradas. Para conocimiento de esta bahía, hay que contar que tiene una isla grande como un cabo de tierra que se adelanta mas que las otras; y sobre la tierra, á unas dos leguas, hay una montaña que parece un monton de trigo. Llamamos á la susodicha bahía, *la bahía de San Lorenzo* (⁵).

El 14 del susodicho mes, partimos de la susodicha bahía de San Lorenzo al rumbo de oeste, y fuimos á reconocer un cabo de tierra hácia el sur, que se encuentra á oeste un cuarto sudoeste del susodicho puerto de San Lorenzo, á unas 25 leguas. Los dos salvages que habiamos tomado en nuestro primer viaje, nos dijeron que habia tierra hácia el sur y que era una isla, y que por el sur de esta se hallaba

(¹) Un bajo.
(²) Las doce de la noche.
(³) El monte Bonito.
(⁴) « Se cree que es el puerto de Mingan. » (*Sociedad de Quebec.*)
(⁵) « Se cree es el rio de San Juan, en la costa del Labrador. » (*Sociedad de Quebec.*)

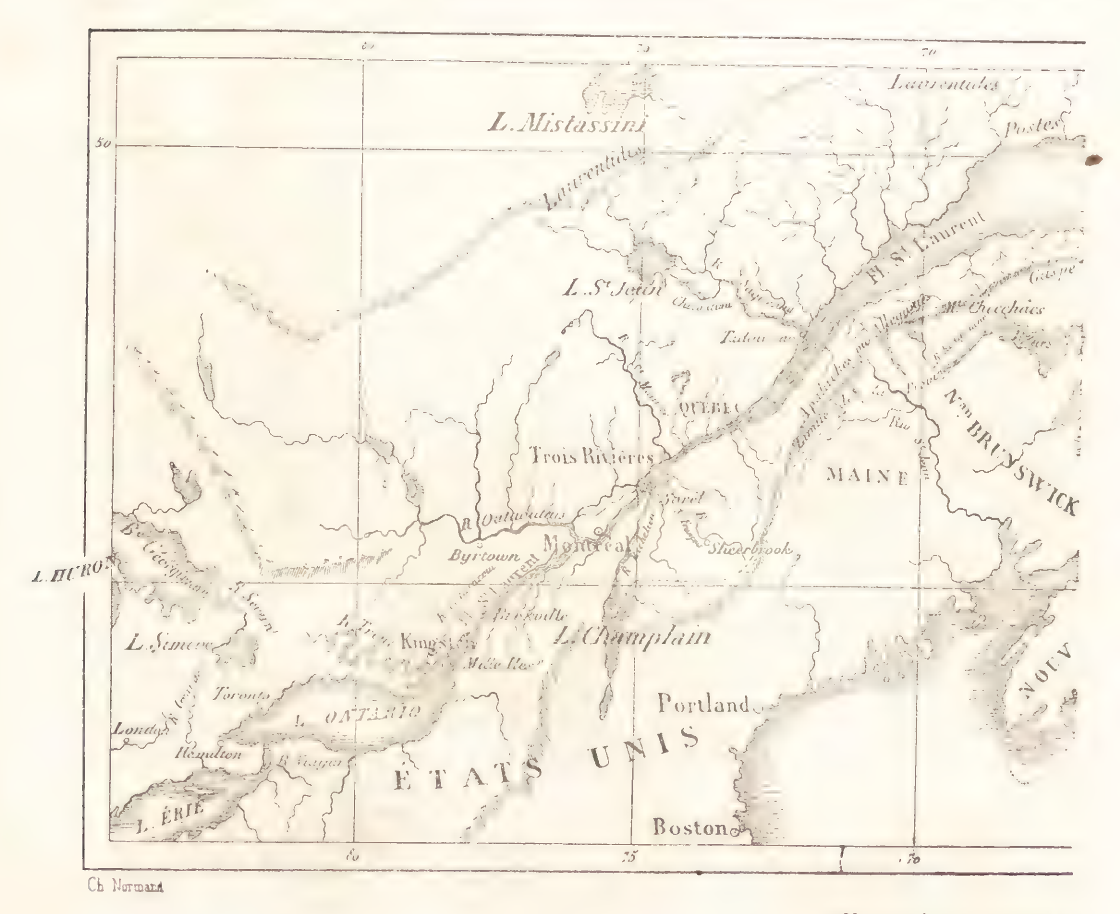


El cabo Abierto, en la bahía de Gaspé, cerca del monte Bonito ([1]). — Topografía del Gabinete de estampas de Paris.

([1]) « El cabo ó peñon Abierto se halla situado en la bahía de Gaspé. Este peñasco tiene dos aberturas que, vistas á cierta distancia, parecen pórticos de fortificaciones en ruinas, y como una gruesa muralla que habria sobrevivido á un desastre general de todas las obras del contorno. El monte Bonito ó cabo Tiennot está á cincuenta piés de distancia. » (Bouchette, *A topographical Dictionary of the province of lower Canada.*)

el camino para ir de *Honguedo*, donde les habiamos tomado en nuestro primer viaje, á *Canadá*, y que á dos jornadas mas allá del susodicho cabo é isla comenzaba el *Saguenay*, en la tierra hácia el norte, yendo al referido Canadá. En el mencionado cabo, á unas tres leguas, hay fondo de cien brazas y mas, y no hay memoria de haber visto jamás tantas *baillames* (¹) como vimos nosotros aquel dia á través del referido cabo.

Al otro dia, que era el dia de la Vírgen de agosto, 15 del susodicho mes, pasamos el estrecho (²); y en la noche siguiente y en la otra mañana, recorrimos las tierras que nos quedaban hácia el sur, que



Mapa moderno del Canadá.

son unas tierras de altas y maravillosas montañas, en las cuales el cabo susodicho de la referida isla, que hemos nombrado *la isla de la Asuncion* (³), y un cabo de las referidas altas tierras están al este nordeste y oeste sudoeste; y distan entre sí 25 leguas, y se ven las tierras del norte aun mas altas que

(¹) « Sin duda eran ballenas. » (*Sociedad de Quebec.*)

(²) El estrecho de San Pedro.

(³) Llamada por los salvages *Natiscotec*, y luego, por los europeos, Anticosti.

« Al estremo oeste del golfo y á la entrada del rio San Lorenzo está situada, en medio de las aguas, la isla de Anticosti, de 45 leguas de largo y 12 de ancho en su mayor estencion. Abundante en caza y pesca, esta isla ofrece tambien buenas tierras de cultivo. No se ven en ella mas que cinco casas, dos faros, elevados en los dos puertos para alumbrar á los navegantes, dos depósitos de provisiones con destino á los naúfragos, y un establecimiento permanente de caza y de pesca. Al norte de la isla de Anticoste se halla la costa del Labrador, costa estéril, pero cuyos rios abundan en salmones de la mejor especie, y cuyas orillas están frecuentadas por los mejores peces de los mares. » (Taché.)

las del sur á mas de 30 leguas. Nos inclinamos hácia las susodichas tierras del sur, desde el dicho dia hasta el martes á las doce, hora en que el viento cambió al oeste y pusimos la proa al norte para ir á reconocer las referidas altas tierras que veiamos; y estando allí encontramos las referidas tierras llanas y bajas hácia el mar, y las montañas del norte mas arriba de las susodichas tierras bajas; estas islas se encuentran al este y oeste cuarto de sudoeste; y los salvages que teniamos con nosotros nos dijeron que aquello era el principio del *Saguenay*, y tierra habitada, y que de allí salia el cobre rojo que ellos llaman *caquetdazé*.



— Copia del mapa publicado por M. Taché [1].

Hay entre las tierrras del norte y las del sur unas 30 leguas y mas de doscientas brazas de fondo. Los susodichos salvages certificaron que aquel era el camino y principio del gran rio de *Hochelaga* y camino del *Canadá*, el cual iba siempre estrechándose hasta *Canadá;* y luego se halla agua dulce en el susodicho rio, que es tan largo que jamas ningun hombre ha ido hasta su fin, segun han oido ellos, no habiendo otro paso que por barcos. En vista de lo que decian y afirmando que no habia otro paso, el susodicho capitan no quiso pasar adelante antes de haber visto el resto y la costa hácia el norte que habia omitido reconocer desde la bahía de San Lorenzo, para ir á ver la tierra del sur en busca de algun paso.

[1] *Esquisse sur le Canada*, por J.-C. Taché, miembro del parlamento canadés, y comisario del Canadá en la Esposicion universal.

II. — De cómo nuestro capitan mandó retroceder á las naves á fin de reconocer la bahía de San Lorenzo, en busca de algun paso hácia el norte.

El miércoles 18 de agosto, el susodicho capitan mandó que volvieran las naves, y nos inclinamos hácia la susodicha costa del norte que está al nordeste y sudoeste, haciendo un semi-círculo, y es una tierra muy alta, aunque á la verdad no tanto como la del sur; y el jueves llegamos á siete islas muy altas que llamamos las *islas Redondas* (¹), que estan á unas 40 leguas de las tierras del sur y se adelantan en la mar tres ó cuatro leguas. A su través hay un principio de tierras bajas hácia las cuales nos inclinamos el viernes con nuestras barcas. Se encuentran muchos bancos de arena á mas de dos leguas en la mar; y al fin de estas tierras bajas, que contienen unas diez leguas, hay un rio de agua dulce que sale á la mar, tanto que á mas de una legua de tierra está tan dulce como el agua de fuente (²). Entramos en el susodicho rio con nuestras barcas, y á la entrada solo tenia fondo de braza y media. Dentro del referido rio hay muchos peces que tienen la forma de caballos (³), los cuales van á tierra de noche y de dia al mar, como nos dijeron nuestros dos salvajes; y de los susodichos peces vimos un crecido número en aquel rio.

Al dia siguiente, 21 del mismo mes, al rayar el alba, nos dimos á la vela, navegando á longo de la susodicha costa, sin haber tenido conocimiento del resto de esa costa del norte que no habiamos visto, y de la isla de la Asuncion que habiamos ido á reconocer. Al salir de la susodicha tierra, y cuando estuvimos ciertos de que la costa estaba cerrada y que no habia ningun paso, volvimos á nuestras naves que se hallaban en las siete islas, donde hay buenas radas á diez y ocho y veinte brazas y arenales. En ese lugar estuvimos sin poder salir ni darnos á la vela, por causa de las brumas y vientos contrarios, hasta el 24 del susodicho mes que aparejamos. Y navegamos adelante hasta el 29 del susodicho mes, que llegamos á un puerto de la costa sur que está á 80 leguas de las referidas siete islas, el cual está á través de tres islotes que están por en medio del rio. Y como á medio camino de las susodichas islas, y el susodicho puerto hácia el norte, hay un gran rio (⁴) que está entre las altas y bajas tierras, el cual forma muchos bancos en el mar á mas de tres leguas, y es muy peligroso teniendo fondo de dos brazas y menos. Y á la caida de esos bancos se encuentran veinticinco y treinta brazas. Toda esta costa del norte está á norte nordeste y sur sudoeste.

El puerto ante el cual fondeamos, que está á tierra del sur, es un puerto de marea y de poco valor. Le llamamos *islote de San Juan* (⁵), porque entramos el dia de la Degollacion de San Juan Bautista. Y antes de llegar al referido puerto, hay una isla al este como á cinco leguas, y no hay paso entre la tierra y ella sino por barcas. El susodicho puerto de los islotes de San Juan pierde en las mareas dos brazas de fondo. El mejor lugar para las naves está hácia el sur de un islote, que se halla entre el susodicho puerto, á la orilla del referido islote.

Aparejamos de aquel puerto el primer dia de setiembre para dirijirnos al Canadá. Y á quince leguas al este sudoeste del dicho puerto hay tres islas, á cuyo través corre un rio profundo y cubierto, que es el rio y camino del reino y tierra de *Saguenay*, segun nos dijeron nuestros hombres del país del Canadá. Y este rio se halla entre altas montañas de piedra pelada, con poca tierra, y sin embargo, crecen muchos árboles de toda especie sobre la referida piedra pelada, lo mismo que si fuera buena tierra, de manera que hemos visto un árbol que serviria para mástil de un navío de treinta toneladas, y era muy verde y estaba sobre un peñon, sin tener nada de tierra.

(¹) Son las Siete Islas.
(²) « El rio Chischedec. » (Lescarbot.)
(³) Hipopótamos.
(⁴) Champlain da á este rio el nombre de Mantane.
(⁵) Lescarbot piensa que son las islas del Bic.

A la entrada de este rio, hallamos cuatro barcas del Canadá que habian ido allí á pescar lobos marinos y otros peces. Y habiendo fondeado en el susodicho rio, dos de las referidas barcas vinieron á nuestras naves, y venian con temor, de manera que se volvió una de ellas y la otra se acercó tanto que pudieron oir á uno de nuestros salvages que se nombró é hizo conocimiento, y les hizo subir á bordo con toda seguridad.

En la mañana siguiente, 2 de setiembre, salimos fuera del susodicho rio para caminar hácia el Canadá, y encontramos la marea muy corriente y peligrosa, porque al sur del dicho rio hay dos islas ([1]), en torno de las cuales, á mas de tres leguas, hay solo dos ó tres brazas, y están sembradas de peñascos como toneles, y las mareas son engañosas entre las referidas islas; de manera que nosotros creimos perder allí nuestro galeon sin el socorro de nuestras barcas; y á la caida de las susodichas rocas hay fondo de treinta brazas y mas. Pasado el susodicho rio Saguenay y las referidas cinco leguas hácia el sudoeste, hay otra isla hácia el norte en cuyas costas las tierras son muy altas, y á cuyo través cuidamos de echar el ancla para *étaler l'èbe* ([2]). Y no pudimos hallar fondo á ciento veinte brazas, de manera que tuvimos que volver hácia la referida isla, donde habia fondo de treinta y cinco brazas.

Al otro dia, por la mañana, nos dimos á la vela y aparejamos para pasar adelante, y tuvimos conocimiento de una clase de peces, como jamas se han visto. Los referidos peces son tan gruesos como bacalaos, y el cuerpo y la cabeza la tienen á la manera de un galgo, y son blancos como la nieve sin ninguna mancha, y hay de ellos un crecido número en el susodicho rio que viven entre el mar y el agua dulce. Las gentes del país los llaman *adothuis;* nos dijeron que son muy buenos de comer, y nos afirmaron que los hay en todo el rio y en todo el país.

El dia 6 del mismo mes, con buen viento, corrimos por el referido rio unas quince leguas, y fuimos á fondear á una isla que está á la orilla de la tierra del norte, la que forma una pequeña bahía y capa de tierra, y en la cual hay un número infinito de tortugas muy grandes, que están en las inmediaciones de esa isla. Los habitantes del país hacen en esta isla una gran pesca de los adothuis anteriormente descritos. Tambien hay mucha corriente en las cercanías de la referida isla, como delante de Burdeos. Esta isla contiene unas tres leguas de largo y dos de ancho, y una tierra muy buena, cubierta de hermosos y grandes árboles de toda especie. Y entre otros, hay muchos *avellanos* francos, que encontramos muy cargados de avellanas tan gruesas y de mejor gusto que las nuestras, pero algo mas duras. Y por esto la dimos el nombre de *isla de los Avellanos.*

El 7 del referido mes, despues de haber oido misa, partimos de la referida isla para seguir el mencionado rio, y vimos catorce islas ([3]), que distaban de la isla de los Avellanos de siete á ocho leguas, y es el principio de la tierra y provincia del Canadá. Una de ellas tiene sobre diez leguas de largo y cinco de ancho ([4]), y hay gentes que viven en ella y hacen abundante pesca de todos los peces que viven en el referido rio, segun las estaciones, de todo lo cual se hará mencion mas adelante. Habiendo fondeado entre esa isla grande y la tierra del norte, fuimos á tierra, y llevamos con nosotros á los dos hombres que tomamos en el viaje anterior. Hallamos muchos habitantes del país que comenzaron á huir y no quisieron acercarse á nosotros, hasta que los referidos dos hombres principiaron á hablar y á decirles que eran *Taiguragni* y *Domogaya.* Entonces los reconocieron, y se pusieron muy alegres, bailando y haciendo muchas ceremonias, y parte de los principales de ellos vinieron á nuestras naves, trayéndonos muchas anguilas y otros peces, con dos ó tres cargas de mijo, que es el pan que comen en la referida tierra, y muchos melones muy grandes. En aquel dia vinieron á nuestras naves muchas barcas del referido país, cargadas de gente, tanto hombres como mujeres, para festejar á nuestros dos hombres, los cuales fueron todos muy bien recibidos por el referido capitan, que les acojió lo mejor que pudo;

([1]) La isla Encarnada y la isla Blanca.

([2]) « Esperar el reflujo. » (Lescarbot.)

([3]) Son estas islas: la isla de Orleans, la de las Grullas, la de los Patos, la de Madama, la de los Reales, la de Santa Margarita, y otras de menor importancia.

([4]) Es la isla de Orleans, que en realidad tiene un poco menos de siete leguas de largo sobre legua y media en su mayor anchura.

y para hacer conocimiento con ellos, les hizo algunos regalos de poco valor, que les pusieron muy alegres.

Al otro dia, el señor del Canadá, que tenia por nombre *Donnaconna*, y como señor se llamaba *Aguhanna*, se llegó con doce barcas, acompañado de muchas personas, á nuestras naves; luego mandó que



Iroqués ([1]), segun Catlin.

se retiraran diez y vino á bordo con dos, acompañado de diez y seis hombres. Y comenzó el dicho Aguhanna mirando á la mas pequeña de nuestras naves, á platicar á su modo agitando su cuerpo y sus miembros de una manera maravillosa, lo que es una ceremonia de alegría y de confianza. Y cuando llegó á la nave general donde estaban los mencionados Taiguragni y Domogaya, el referido señor les habló á ellos y ellos á él. Y principiaron á contarle lo que habian visto en Francia y el buen tratamiento que habian recibido, lo cual alegró mucho al referido señor, y suplicó al capitan que bajara sus brazos para besarlos, que es el modo de recibir en la referida tierra.

Y entonces el capitan entró en la barca del referido *Aguhanna*, y pidió que le trajeran pan y vino

([1]) Varias tribus salvages habitan todavía en el Canadá. « Algunos restos errantes de las tribus salvages, dice Taché, habitan aun en el estremo del alto Canadá; todas las naciones desaparecen, escepto la de los Montagnais, en el bajo Canadá, protegidos de los vicios y de la miseria que destruyen á sus hermanos por sus costumbres suaves y puras sostenidas por los misioneros. »

para dar de comer y beber al referido señor y á los suyos. Y así se hizo, lo cual les puso á todos muy contentos, y por entonces no se hizo otro presente al referido señor, esperando otras ocasiones. Despues de todas estas cosas se separaron unos de otros y se despidieron; y el susodicho Aguhanna se retiró á sus barcas para marcharse á su vivienda. Tambien el capitan pidió nuestras barcas para pasar adelante



Cherokee, segun Catlin.

buscando puerto y lugar seguro para las naves. Y fuimos por el susodicho rio como unas diez leguas costeando la susodicha isla ([1]), y al cabo de ella encontramos un sitio bueno y agradable con un riachuelo en el cual hay un puerto de barra ([2]) de dos á tres brazas, que nos pareció lugar propicio para poner en seguridad nuestras naves.

Llamamos al susodicho lugar *Santa Cruz* ([3]), porque llegamos allí en ese dia; cerca de ese lugar hay un pueblo del cual es señor Donnaconna, y tiene allí su morada, y el que se llama *Estadaconé*, que es la mejor tierra que sea posible ver y muy fértil, y está cubierta de hermosos árboles de la naturaleza y clase de los de Francia, como encinas, olmos, nogales, ciruelos, tejos, cedros, viñas y otros árboles, creciendo tambien un cáñamo como el de Francia, el cual se da sin cuidados. Despues de haber visitado el susodicho lugar y halládole conveniente, el susodicho capitan y los demas se retiraron á las barcas para volver á las naves. Y entonces que salimos del referido rio, encontramos delante de nosotros uno de los señores del susodicho pueblo de Estadaconé, acompañado de muchas gentes, tanto hombres como mujeres; y este señor principio á platicar á la manera y modo del país en señal de alegría y esperanza,

([1]) Es la estencion que da Cartier aproximadamente á la isla de Orleans.

([2]) Puerto que se seca con la marea baja.

([3]) « Este lugar de Santa Cruz es evidentemente el rio que hoy se llama de San Carlos. En otro tiempo le llamaron los salvages *Cabir-Cubat*, por las muchas revueltas que tiene; pero los RR. PP. recoletos le pusieron, en 1617, el nombre de San Carlos, en memoria del señor Carlos del Bouet, vicario mayor de Pontoise, y fundador de las misiones en la Nueva Francia. » (*Sociedad de Quebec.*)

y las mujeres bailaban y cantaban sin cesar estando en el agua hasta las rodillas. Viendo el capitan su buena voluntad, hizo acercar la barca en donde estaba, les dió cuchillos y rosarios de cristal, lo que les



Chippeway, segun Catlin.

causó una maravillosa alegría; de manera que habiéndonos alejado de ellos á la distancia de una legua poco mas ó menos, les oiamos cantar, bailar y festejar nuestra visita.

III. — De cómo el capitan se volvió á las naves y fué de nuevo á visitar la isla; de la estencion y naturaleza de esta; y de cómo mandó llevar las susodichas naves al rio de Santa Cruz.

Despues que hubimos llegado con las barcas á las referidas naves y volvimos del rio Santa Cruz, el capitan mandó aprestar las susodichas barcas para ir á la referida isla á ver los árboles que parecian ser muy hermosos así como la tierra. Y así se hizo. Y estando en la referida isla, la encontramos llena de hermosísimos árboles como encinas, olmos, pinos, cedros y otras maderas parecidas á las nuestras, y tambien hallamos muchas viñas, lo que ya habiamos visto antes en toda aquella tierra. Y por esta razon la llamamos la *isla de Baco* (1); esta isla tiene de largo unas 12 leguas, y es una tierra muy hermosa y llana, cubierta de monte, sin que se vea en ella ningun cultivo, aunque hay algunas casitas de pescadores.

En la otra mañana partimos con nuestras naves para llevarlas al susodicho lugar de Santa Cruz, y

(1) Hoy la isla de Orleans, á la que da Cartier doce leguas de largo, despues de haber dicho antes que tenia diez.

allí llegamos al otro dia, 14 del referido mes, y nos salieron al encuentro los mencionados Donnaconna, Taiguragni y Domagaya con veinticinco barcas cargadas de gentes que venian del lugar de donde habiamos partido y se dirijian al susodicho Estadaconé, donde tienen sus habitaciones. Y vinieron todos á nuestras naves haciendo señales de alegría, escepto los dos hombres que nos habian acompañado, á saber, Taiguragni y Domagaya, los cuales habian cambiado de intenciones y de valor, y no quisieron entrar en nuestras naves á pesar de habérselo rogado muchas veces; por lo cual nos entró alguna des-



Combates de salvages del Canadá. — Champlain, edicion de 1613.

confianza. El capitan les preguntó si querian ir, en su compañia, como ellos le habian prometido, á Hochelaga; y ellos respondieron que sí, que estaban decididos á ir, y entonces todos se retiraron.

Y en la otra mañana, 15 del mismo mes, el capitan, acompañado de muchos de los suyos, fué á tierra para plantar balizas y señales á fin de poner las naves en mayor seguridad, en cuyo lugar encontramos y se vinieron delante de nosotros muchas gentes del país, entre otros el susodicho Donnaconna, nuestros dos hombres y su banda, los que se quedaron aparte en una punta de tierra que está en la orilla del susodicho rio, sin que ninguno de ellos viniera á nosotros, como hacian los demas que no eran de su banda. Y en cuanto supo el capitan que allí estaban, mandó á una partida de los suyos que fueran con él, y marcharon hácia ellos á la referida punta, y encontraron á los mencionados Donnaconna, Taiguragni, Domagaya y otros.

Despues de los saludos, el mencionado Taiguragni se adelantó para hablar, y dijo al capitan que el referido señor Donnaconna estaba ofendido porque el capitan y sus hombres llevaban tantos palos de guerra (1) cuando ellos por su parte no llevaban ninguno. A lo cual respondió el capitan que á despecho de su desagrado no dejaria de llevarlos, porque así era costumbre en Francia como él ya sabia; pero á pesar de todas estas palabras el capitan y Donnaconna no dejaron de darse muestras de amistad. Y en-

(1) Sus armas.

tonces observamos que todo lo que decia el susodicho Taiguragni no procedia sino de él y de su compañero; pues antes de partir de aquel lugar, los referidos capitan y señor formaron una alianza maravillosa, pues todo el pueblo del susodicho Donnaconna lanzó á un tiempo tres gritos á voz llena que fué cosa terrible. Y en fin se despidieron los unos de los otros.

Al otro dia, 16 del mismo mes, llevamos nuestras dos naves mayores al referido puerto y rio, donde hay tres brazas de fondo en la marea alta, y en la baja media braza, y el galeon fué dejado en la rada



Combates de salvages del Canadá. — Champlain, edicion de 1613.

para ir á Hochelaga. Y al punto que las referidas naves estuvieron en el puerto á seco, los susodichos Donnaconna, Taiguragni y Domagaya, y mas de quinientas personas entre hombres, mujeres y niños, se encontraron delante de las naves. Y el referido señor entró con diez ó doce de los personages principales, los que fueron recibidos y festejados por el capitan segun su estado haciéndoles algunos presentes. Taiguragni dijo al capitan que el referido señor estaba pesaroso de que fuera á Hochelaga, y que el dicho señor no queria ir con él como habia prometido, porque el rio no valia nada. A lo cual el referido capitan contestó que á pesar de todo eso no dejaria de ir si le era posible, porque tenia órden del rey su soberano para que fuera mas adelante si podia. Y añadió que si Taiguragni queria ir como habia prometido, le haria un regalo que le dejaria muy satisfecho, y ademas le daria buena vida, y que no harian mas que ir á ver Hochelaga y volverse. A esto respondió Taiguragni que no iria, y entonces todos se retiraron á sus casas.

Al otro dia, 17 del dicho mes, el susodicho Donnaconna y los demas volvieron como antes y trajeron muchas anguilas y otros peces de que hay abundancia en el referido rio, como se dirá mas adelante. Y cuando llegaron delante de nuestras naves, comenzaron á bailar y á cantar, como tenian costumbre de hacerlo. Despues que hicieron esto, el referido Donnaconna mandó á todas sus gentes que se pusieran á un lado, hizo un círculo en la arena, dijo que entraran en él al capitan y los suyos, y luego comenzó un largo discurso teniendo á una niña de unos diez años de la mano, que luego presentó al referido

capitan; y entonces todas las gentes del susodicho señor dieron tres gritos en señal de alegría y de alianza; y luego seguidamente presentó dos niños de menor edad, que dieron los mismos gritos é hicieron las mismas ceremonias que antes; por cuyo presente dió gracias el referido capitan al referido señor.

Y entonces Taiguragni dijo al capitan que la jóven era la propia hija del dicho señor, y uno de los jóvenes era hermano suyo, y que se los daban con la intencion de que no iria á Hochelaga; á lo cual respondió el capitan que si se los daban con esa intencion era escusado, y podian recojerlos, pues por nada en el mundo dejaria de ir á Hochelaga, en atencion á que tenia órden de hacerlo; y sobre estas palabras Domagaya, compañero de Taiguragni, dijo al capitan que el referido señor le habia dado los susodichos niños de buena voluntad y en señal de confianza, y que él estaba contento de ir con el dicho capitan á Hochelaga, por cuyo motivo Taiguragni y Domagaya se disputaron mucho. En esto conocimos que Taiguragni no valia nada y que solo pensaba en traiciones, cosa que ya habiamos sospechado antes.

El referido capitan mandó llevar á los jóvenes á las naves y traer dos espadas, una bandeja lisa y una jofaina de lavarse las manos, y las regaló á Donnaconna, que se puso muy contento y dió gracias al capitan, y ordenó á todas sus gentes que cantaran y bailaran. Suplicó al susodicho capitan que mandase disparar una pieza de artillería, lo que nunca habian visto ni oido. El capitan respondió que lo haria con gusto, y ordenó que hiciesen una docena de disparos con bala apuntando al monte que estaba cerca de las referidas naves y de los hombres salvages, lo cual sorprendió á todos, tanto que creian que el cielo se desplomaba sobre ellos, y comenzaron á aullar tan fuerte y de tal manera, que parecian una legion de diablos. Y antes de que se retirasen, Taiguragni hizo decir por personas interpuestas que los compañeros de la nave que estaban en la rada habian muerto á dos del país con sus cañonazos, á cuya noticia todos echaron á correr como si temieran que nosotros queriamos matarlos; lo que no fué verdad, pues en aquel dia no se hizo ningun disparo en la referida nave.

IV. — De cómo Donnaconna, Taiguragni y otros pensaron una estratagema, é hicieron que tres hombres se disfrazaran de diablos, finjiendo que habian venido de parte de su dios Cuduagny, para impedirnos que fuésemos á Hochelaga.

Al otro dia, 18 del mes de setiembre, queriendo siempre impedirnos que fuésemos á Hochelaga, pensaron una estratagema que fué esta : vistieron tres hombres á modo de tres diablos, los cuales traian pellejas de perros negros y blancos, con cuernos tan largos como los brazos, y el rostro pintado de negro como el carbon, y los hicieron meter en una barca sin que nosotros lo supiéramos; luego vinieron con su banda como tenian costumbre de hacerlo cerca de nuestras naves, y se estuvieron en el bosque sin presentarse como unas dos horas, esperando que llegara la hora de la marea para que pudiera llegar la dicha barca, y cuando vino esa hora, aparecieron todos delante de nuestras naves, sin acercarse como tenian costumbre de hacerlo. Taiguragni comenzó á saludar al capitan, quien le preguntó si queria las barcas, á lo cual respondió Taiguragni que entonces no, pero que dentro de un instante entraria en las naves. Y al punto llegó la referida barca en donde estaban los tres hombres disfrazados de diablos, con sus altos cuernos en las cabezas, y el de en medio venia haciendo un largo sermon; y pasaron al lado de nuestras naves con su barca sin volver la vista hácia nosotros, y fueron á dar en tierra con su barca. Entonces el referido Donnaconna y los suyos se llegaron á la barca y á los hombres que se habian dejado caer en ella como personas muertas, y lo llevaron todo al monte, que distaba de las naves como un tiro de piedra, y no quedó una sola persona que no se retirase al referido bosque.

Habiéndose marchado todos, comenzaron una plática que nosotros no podiamos oir de nuestras naves, que duró como una media hora, y luego los referidos Taiguragni y Domagaya salieron del bosque, dirijiéndose á nosotros con las manos juntas y los sombreros debajo de los codos como en señal de grande admiracion. Y entonces principió Taiguragni á decir y á proferir tres veces consecutivas : ¡Jesus! ¡Jesus! ¡Jesus! alzando los ojos al cielo. Luego Domagaya principió á decir : ¡Jesus, María, Jacques Cartier! mirando al cielo como el otro. Y el capitan, viendo sus gestos y ceremonias, comenzó á preguntar qué es lo que habia y qué habia sobrevenido de nuevo, y respondieron que habia noticias muy

malas. El capitan les preguntó seguidamente qué es lo que habia; y ellos le respondieron que su dios llamado *Cuduagni* habia hablado en Hochelaga, y que los tres hombres antes mencionados, habian llegado de su parte para anunciarles las nuevas, y que habia tantos hielos y tantas nieves que moririan todos; á cuyas palabras nos echamos todos á reir y les dijimos que Cuduagni era un tonto que no sabia lo que se decia, y que así se lo podian repetir á sus mensajeros, y que Jesus sabria guardarles del frio. Entonces el referido Taiguragni y su compañero preguntaron al capitan si habia hablado á Jesus; y él respondió que los sacerdotes le habian hablado y que haria buen tiempo. Por todo esto dieron las gracias al capitan y se retiraron al bosque á repetir lo hablado á sus compañeros, los cuales salieron al



Una vista en el San Lorenzo (¹), segun Willis.

instante del monte, finjiendo estar muy alegres porque habian oido aquellas palabras. Y para demostrar que estaban contentísimos, al momento se pusieron delante de las naves, y á un tiempo dieron tres gritos y chillidos, que es la manera de significar su alegría, y comenzaron á bailar y á cantar como tenian costumbre de hacerlo. Pero, en forma de resolucion, Taiguragni y Domagaya dijeron al capitan que Donnaconna no queria que ninguno de ellos fuera á Hochelaga con él, si no dejaba sus hombres en rehenes en tierra con el referido Donnaconna. A lo cual el capitan les respondió que si no estaban bien decididos á acompañarles de buena voluntad, que se retirasen, pues ellos irian de todos modos.

(¹) « El rio San Lorenzo es navegable para las naves de mayor porte hasta Quebec, á la distancia de 150 leguas de su embocadura, y para las de 600 toneladas hasta Montreal, á 60 leguas, estando surcado por todas partes de vapores de las mayores dimensiones y de buques de vela de 200 á 300 toneladas. El flujo del mar se siente hasta los Tres Rios, á 30 leguas mas arriba de Quebec. En el puerto de Quebec, las mareas se elevan á un máximum de 20 piés, y tienen una elevacion media de 12 pies, pues desde ese puerto hasta el golfo el gran rio tiene todo el aspecto del mar. » (Taché.)

V. — De cómo el capitan y todos los señores, con cincuenta marineros, partieron de la provincia de Canadá con sus naves, para ir á Hochelaga, y lo que se dijo cuando navegaban.

Al otro dia, 19 de setiembre, aparejamos y nos dimos á la vela con nuestras naves para seguir el rio con la marea, y hallamos por entrambas orillas las tierras mas hermosas que pueden verse, tan llanas



Rata muscácea ú Ondatra (*Castor zibeticus*, Lineo) (¹).

como el agua, cubiertas con los árboles mas hermosos que hay en el mundo, y tantas viñas cargadas de uvas á lo largo del rio, que parece que todas ellas hayan sido plantadas por mano de hombre; pero como no están ni cultivadas ni podadas, las uvas no son ni tan dulces ni tan gruesas como las nuestras. Igualmente vimos un crecido número de casas en las márjenes del rio, las cuales están habitadas por gentes que hacen gran pesca de buenos peces segun las estaciones. Y venian á nuestras naves con tanta afabilidad y confianza como si nosotros hubiéramos sido del país, y nos traian muchos peces de los que tenian para que en cambio les diésemos de lo que llevábamos, y alzaban las manos al cielo, haciendo muchas ceremonias y señales de alegría.

Y habiéndonos parado á unas 25 leguas de Canadá, en un sitio que llaman *Achelaci* (²), que es un

(¹) « Grande como un conejo, y de un color pardo rojizo. Construyen en el invierno, bajo el hielo, una madriguera donde habitan muchos, yendo á buscar en el fondo por un agujero las raices de acoró, que les sirven de alimento. Cuando la nieve cierra sus agujeros, se ven reducidos á comerse unos á otros. » (Cuvier.)

(²) « Este sitio es sin duda el Richelieu, que sin embargo dista solo unas quince leguas de Estadaconé ó Quebec. » (*Sociedad de Quebec.*)

estrecho del referido rio muy rápido y peligroso, tanto por las piedras como por otras cosas, vinieron muchos hombres á bordo, y entre ellos un gran señor del país, el cual hizo un gran sermon yendo y viniendo á bordo, demostrando por señales evidentes con las manos y otras ceremonias, que el susodicho rio era mas adelante muy peligroso, y advirtiéndonos que tuviésemos mucho cuidado. Y presentó este señor dos de sus hijos en donativo al capitan, el cual tomó una niña de ocho á nueve años, y no quiso tomar un niño de dos ó tres años porque era muy pequeño. El capitan festejó al señor y á su banda todo cuanto pudo y le hizo algun regalito, por lo cual el susodicho señor dió gracias al capitan y luego todos se marcharon á tierra. Despues ese señor y su mujer fueron á ver á su hija hasta Canadá y llevaron su regalito al capitan.

Desde ese dia, que era el 19, hasta el 28 del referido mes, fuimos navegando por el dicho rio, sin perder hora ni dia, y durante ese tiempo vimos y hallamos muchos países y tierras tan llanas como pueden desearse y cubiertas con los árboles mas hermosos del mundo, á saber: encinas, olmos, nogales, pinos, cedros, sauces, y muchas viñas (que es lo mejor de todo), las cuales tenian tal abundancia de uvas que los compañeros traian cargas de ellas á bordo. Tambien hay muchas grullas, cisnes, gansos, canarios, ruiseñores y otros pájaros, como en Francia, y son abundantísimos.

El 18 de setiembre, llegamos á una gran laguna del susodicho rio que tendria cinco ó seis leguas de anchura y doce de largo ([1]). Y todo aquel dia navegamos siguiendo el rio sin hallar en él mas de dos brazas de fondo por todas partes, hasta que llegamos á uno de los estremos de la laguna sin que apareciera á nuestros ojos ningun paso ni salida ([2]). Por eso, nos pareció que todo estaba cerrado, y no hallamos en aquel estremo mas de braza y media, de modo que fondeamos y fuimos á buscar paso con nuestras barcas, y vimos que habia cuatro ó cinco riachuelos, todos que salian del referido rio á la laguna y procedian de Hochelaga; pero en ellos hay barras formadas por la corriente, y no encontrábamos de fondo mas de una braza. Pasadas estas barras, hay cuatro ó cinco brazas en la temporada en que hay menos agua en el año.

Todos estos riachuelos serpentean entre cinco ó seis islas muy bonitas ([3]) que forman el estremo de la laguna y luego se reunen quince leguas mas adelante. Aquel dia fuimos á una de ellas, donde vimos cinco hombres cazando animales, y esos hombres vinieron á nosotros con tanta familiaridad como si siempre nos hubiesen conocido, y queriendo saltar á tierra nosotros, uno de ellos tomó al capitan en sus brazos y le llevó á tierra como habria podido hacer con un niño de seis años, tan fuerte y robusto era aquel hombre. Hallamos allí un gran monton de ratas silvestres ([4]) que van al agua, y son gruesas como conejos y muy sabrosas, las cuales regaló al capitan quien en cambio le dió cuchillos y otras cosas. Les preguntamos por señas si era aquel el camino de Hochelaga, y nos dijeron que sí, y que en tres jornadas llegaríamos.

VI. — De cómo el capitan mandó aprestar las dos naves menores para ir á Hochelaga, y dejar el galeon á causa de las dificultades del paso; de cómo llegamos á Hochelaga y del recibimiento que se nos hizo.

Al otro dia, 29 de setiembre, nuestro capitan, viendo que no era posible pasar adelante con el referido galeon, mandó aprestar las dos naves menores y poner víveres para el mas largo tiempo posible, y partió con ellas acompañado de una parte de los señores, á saber: Claudio del Pont-Briant, copero de Monseñor el Delfin, Carlos de la Pommeray, Juan Gouyon, Juan Poullet y veintiocho marineros, inclusos Macé Jallobert y Guillermo el Breton, con el mando, bajo el referido Cartier, de las dos naves,

([1]) Es la laguna de San Pedro, que tiene la mitad de la estension que la da Cartier.
([2]) Cartier habia tomado sin duda el canal del norte, en vez de tomar el del sur.
([3]) Son los diferentes canales que se hallan entre las islas del Paso, del Castor, de San Ignacio, de Madama, de Gracia, y las demas que están en lo alto de la laguna de San Pedro.
([4]) Ratas muscáceas,

para seguir el rio todo lo que fuera posible seguirle. Navegamos con tiempo favorable hasta el 2 de octubre, que llegamos á Hochelaga, que dista del lugar en donde se habia quedado el galeon unas 45 leguas (¹); y durante ese tiempo y andando nuestro camino, hallamos muchas gentes del país que nos trajeron muchos peces y otras vituallas, manifestando mucha alegría por nuestra llegada; y para atraerlos y mantenerlos en buena amistad con nosotros, el capitan les daba en recompensa cuchillos y otras cosas menudas que les ponian muy contentos.

Cuando nosotros llegamos á Hochelaga, salieron á recibirnos mas de mil personas, entre hombres, mujeres y niños, haciéndonos la mejor acojida que puede hacerse, con maravillosa alegría; pues los hombres en una banda bailaban, y las mujeres y los niños bailaban tambien por separado; despues de habernos traido muchos peces y panes de mijo que arrojaban delante de nuestras naves, de manera que pareciera que caian del cielo. Viendo esto, el capitan fué á tierra con muchos de los suyos, y al punto que bajó se reunieron todos en su derredor, con una alegría estraordinaria, y las mujeres llevaban sus hijos en brazos para que los tocara el referido capitan y los demas que estaban en su compañía, haciendo una fiesta que duró mas de media hora; y viendo el capitan su generosidad y buena voluntad, hizo sentar á todas las mujeres y las dió algunos rosarios y otras cosas menudas, y á una parte de los hombres les dió cuchillos, y luego se retiró á bordo de las naves para cenar y pasar la noche, durante la cual aquel pueblo se quedó en la orilla del rio, lo mas cerca posible de las naves, bailando y encendiendo hogueras toda la noche, y diciendo á todas horas *Aguiazé,* que es su dicho de saludo y de alegría.

VII. — De cómo el capitan y los señores, con veinticinco hombres bien armados y en buen órden, fueron á la ciudad de Hochelaga, y de la situacion del referido lugar.

Al otro dia, desde por la mañana, el capitan se engalanó y puso á sus gentes en órden para ir á ver la referida ciudad, y una montaña que está junto á la poblacion, y con el capitan fueron los señores y veinte marineros, y dejó los demas guardando las naves, y tomó tres hombres de Hochelaga para que los llevaran á la referida poblacion. Y habiéndonos puesto en camino, hallamos la ciudad muy bien edificada en una hermosísima llanura; y vimos encinas tan hermosas como las que hay en las mejores selvas de Francia, bajo las cuales toda la tierra estaba cubierta de bellotas. Y nosotros habiendo andado como legua y media (²), encontramos en el camino á uno de los principales señores de la ciudad de Hochelaga, el cual nos dió á entender que debiamos descansar en aquel sitio, cerca de una hoguera que habian encendido.

Y entonces el referido señor comenzó á hacer una plática (como ya hemos dicho que tienen costumbre de hacer) en señal de alegría y de amistad, y luego festejó al capitan y á su compañia; y el capitan le regaló un par de hachas y un par de cuchillos, con un crucifijo que le dió á besar y le colgó al cuello; por lo cual dió al capitan muchísimas gracias.

Hecho esto, marchamos adelante, y á una media legua de distancia comenzamos á ver tierras labradas y hermosas, y grandes campiñas llenas del trigo de esas tierras que es como mijo del Brasil, tan grueso ó mas que los guisantes (³), con el cual se alimentan como nosotros con el trigo. Y entre estas campiñas está situada y sentada la referida ciudad de Hochelaga, junto á una montaña que está en su contorno, bien labrada y pequeña, y de cuya cumbre la vista alcanza muy lejos. La pusimos por nombre Monte Real (⁴). La ciudad es redonda y está cerrada de monte á tres hileras, á modo de una pirámide cruzada por arriba, que tiene la hilera interior á manera de línea perpendicular, y luego con montes á lo largo arreglados á su modo, y su altura es de dos lanzas. En esta ciudad no hay mas que

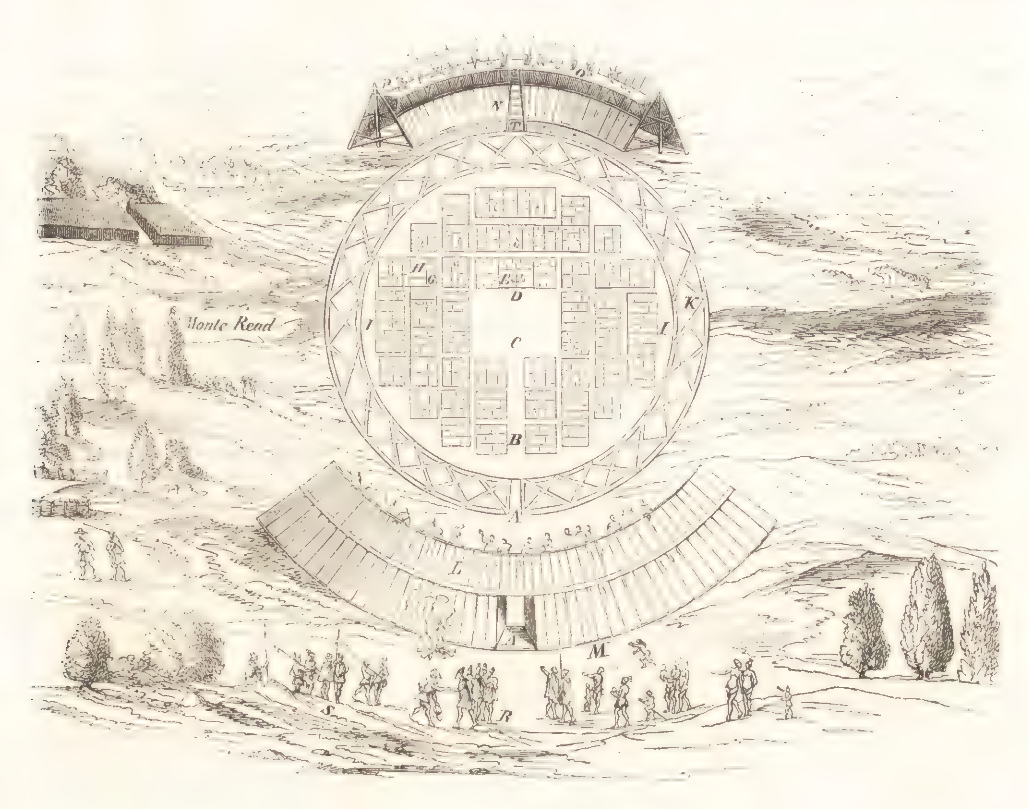
(¹) Cartier habia dejado el galeon enfrente de Berthier, y solo se cuentan ocho leguas para ir de Berthier á Hochelaga ó Montreal.

(²) Lo que prueba que Cartier saltó á tierra mas abajo de la corriente de Santa Cruz.

(³) Maiz.

(⁴) Montreal.

una puerta y entrada que se cierra con dos barras, sobre la cual y en muchos sitios del referido cercado hay como galerías y escalas para subir, las cuales están guarnecidas de rocas y de guijarros para la guarda y defensa de la poblacion. Hay en esta ciudad unas cincuenta casas como de cincuenta pasos de largo cada una, y de doce á quince pasos de ancho, todas de madera, cubiertas y guarnecidas



Antiguo plano de Hochelaga, segun Ramusio ([1]).

A, puerta de Hochelaga; — B, calle mayor; — C, plaza; — D, casa del rey Aguhanna; — E, patio de la casa del rey; — G, casa de un particular; — H, patio; — II, espacio entre las casas por donde se puede circular en torno de la poblacion; — K, sistema que reune las empalizadas del recinto; — L, recinto de tablones; — M, espacio esterior que rodea la ciudad; — N, recinto de empalizadas visto desde el interior de la ciudad; — O, camino de ronda; — P, parapeto; — Q, espacio vacío entre las dos hileras de empalizadas; — R, hombres, mujeres y niños; — S, franceses entrando en la ciudad; — T, escalera que conduce al camino de ronda.

con las cortezas de los árboles que hay en los montes, muy anchas y bien cosidas artificialmente segun su moda, y dentro tienen muchas habitaciones. En medio de estas casas hay una gran sala con suelo de tierra donde encienden la lumbre y allí se reunen; despues se retiran á sus cuartos, los hombres con sus mujeres y sus hijos. Igualmente tienen graneros en lo alto de las casas, donde guardan el trigo con el cual hacen su pan que llaman *caraconi* y lo hacen de esta manera. Tienen morteros de madera como para machacar el cáñamo, y machacan con manos de madera el dicho trigo hasta que se hace polvo, y luego le amasan en pasta y hacen tortas que ponen sobre una piedra caliente, que cubren con guijarros calientes, y así cuecen su pan en vez de usar el horno. Tambien hacen potages con ese trigo y con habas y guisantes que tienen en abundancia, y con pepinos muy gruesos y otras frutas. Tienen asimismo grandes artesas como toneles en sus casas donde meten su pescado, á saber: anguilas y otros que se

([1]) A pesar del nombre de Ramusio, es muy difícil admitir que este dibujo sea una representacion exacta de Hochelaga.

secan al humo durante el estío y que les sirven de alimento en el invierno. Reunen una gran provision, como lo hemos visto por nuestros propios ojos. En toda su comida no hay gusto de sal, y se acuestan sobre cortezas de árboles tendidas en el suelo, con malas mantas de pieles de varios animales, como martas, zorros, gamos, ciervos y otros, que tambien les sirven para vestirse, aunque la mayor parte de ellos andan casi desnudos.

La cosa mas preciosa que tienen en el mundo es el *esurgni* ([1]), que es blanco, y le cojen en el susodicho rio de esta manera: Cuando un hombre ha merecido la muerte, ó cuando han cojido un enemigo en la guerra, le hacen grandes incisiones en los muslos, los brazos y los hombros, y luego bajan el cuerpo al fondo del agua en los lugares donde está el dicho esurgni, le dejan allí diez ó doce horas, y despues le sacan y encuentran en las dichas incisiones el esurgni con el cual hacen sartas; y le usan como nosotros el oro y la plata, teniéndole por la cosa mas preciosa del mundo; posee la virtud de restañar la sangre de la nariz, como lo hemos esperimentado muchas veces.

Este pueblo solo se da á la labranza y á la pesca; los bienes de este mundo no los cuenta por nada porque no los conoce; no andan errantes como los de Canadá y Saguenay, aunque los referidos canadeses les estén sujetos, con ocho ó nueve pueblos mas que están en el referido rio.

VIII. — De cómo llegamos á la dicha ciudad, y de la recepcion que nos hicieron; de cómo el capitan les hizo regalos, con otras cosas que hizo el capitan, como se verá en este capitulo.

Cuando llegamos cerca de la ciudad, salieron á nuestro encuentro muchos habitantes que, á su manera, nos hicieron una buena acojida. Nuestros guias y conductores nos llevaron al centro de la poblacion, donde hay una plaza bastante espaciosa entre las casas. Nos hicieron señal de que nos detuvieramos en ese punto, y así lo hicimos. De repente se reunieron todas las mujeres de la susodicha ciudad, entre las cuales muchas estaban cargadas con niños en los brazos, y vinieron á besarnos el rostro, los brazos y las manos, llorando de alegría de vernos, haciéndonos el mejor recibimiento que les era posible, y pidiéndonos por señales que tuviésemos á bien tocar á sus hijos. Hechas estas cosas, los hombres mandaron á las mujeres que se retirasen, y se sentaron en la tierra, formando corro en nuestro derredor, como si se hubiese tratado de un misterio. Pero al instante volvieron muchas mujeres, trayendo cada una una estera cuadrada, á modo de tapicería, y la tendieron en el suelo, en medio del susodicho lugar. Despues que hicieron esto, nueve ó diez hombres trajeron al rey y señor del referido país, que llaman en su lengua *Aguhanna,* el cual estaba sentado en una gran pelleja de ciervo, y le vinieron á poner en el susodicho lugar sobre la estera cerca del capitan, haciendo señales de que aquel era su señor. Este Aguhanna tendria unos cincuenta años y no estaba mejor ataviado que los demas, si bien llevaba en torno de la cabeza como un orillo rojo para su corona, hecha con pelos de erizo; y este señor estaba malo y se hallaba imposibilitado en sus miembros.

Despues que hizo el saludo á su modo al capitan y á sus gentes, haciéndoles señales evidentes de que celebraba su venida, mostró sus brazos y sus piernas al referido capitan, como si le hubiese pedido que le sanara. Y entonces el capitan principió á frotarle los brazos y las piernas con sus manos, y el Aguhanna tomó el orillo y corona que tenia en la cabeza y los dió al capitan. Y al instante trajeron al referido capitan muchos enfermos como ciegos, tuertos, cojos, impotentes y personas tan viejas que los párpados de los ojos les colgaban sobre las mejillas; y los sentaban y ponian cerca del capitan para que les tocara, de tal modo creian que Dios habia bajado allí para sanarlos.

El dicho capitan, viendo la piedad y fé de aquel pueblo, dijo el evangelio de San Juan, á saber: *In principio,* haciendo la señal de la cruz sobre los pobres enfermos, pidiendo á Dios que les diera cono-

([1]) Lescarbot, al hablar de este *esurgni,* que es evidentemente un caracolillo, nos dice: « Es una palabra que me ha costado mucho trabajo comprender; hoy los salvages no se acuerdan de tal cosa, pues usan los *matachias* (avalorios) que les llevan de Francia. »

cimiento de nuestra santa fé y de la pasion de Nuestro Salvador, y gracia para ser cristianos, recibiendo el bautismo. Luego el dicho capitan tomó un devocionario y en alta voz leyó palabra por palabra la pasion de Nuestro Señor, tanto que todos los presentes pudieron oirla, y todo aquel pobre pueblo se hallaba sumido en el silencio mas profundo; y comprendian maravillosamente y miraban al cielo, y hacian todas las ceremonias que nos veian hacer. Despues de esto, el referido capitan mandó poner á los hombres á un lado, á las mujeres á otro, y á los niños á otro, y dió á los principales cuchillos y hachas, y á



El monte Real (Montreal) visto del San Lorenzo, segun Bartlett.

las mujeres sartas de cuentas y otras cosas menudas; finalmente arrojó en medio de los niños sortijas y *Agnus Dei* de estaño, con lo cual se pusieron locos de contento.

Despues el capitan mandó que tocaran las trompetas y otros instrumentos de música, lo que regocijó sobremanera al referido pueblo. Entonces nos despedimos de ellos y nos retiramos. Viendo esto, las mujeres se interpusieron para detenernos, y nos trajeron comestibles de los que tenian dispuestos, á saber: pescado, potages, habas, pan y otras cosas, empeñándose en que comiéramos allí; mas como los dichos víveres no eran de nuestro gusto, y no tenian sal, les dimos las gracias, dándoles á entender por señas que no necesitábamos comida.

Despues que salimos de la referida ciudad, fuimos guiados por muchos hombres y mujeres de aquella poblacion, á la mencionada montaña, llamada por nosotros *monte Real*, que dista de la ciudad como un cuarto de legua. Y estando sobre la montaña, nuestra vista alcanzaba á mas de treinta leguas en contorno, y veiamos hácia el norte una cordillera de montañas que corren á este y oeste y otras tantas hácia el sur. Entre estas montañas está la tierra mas hermosa que es posible ver, tierra de labranza toda llana. Por en medio de las tierras veiamos el rio mas allá del lugar donde se habian quedado nuestras naves, donde hay una cascada, la mas impetuosa que es posible ver ([1]) y que no fué posible pasarla, y veiamos el rio hasta donde alcanzaba la vista, grande, ancho y espacioso, que iba al sudoeste, y pasaba

([1]) La corriente de Santa María.

cerca de tres hermosas montañas redondas que distinguiamos y que calculábamos estarian á unas quince leguas. Y nos fué dicho por señales, por los tres hombres que nos habian guiado, que habia tres cascadas en el rio (¹) como aquella en donde estaban nuestras naves; pero no pudimos comprender qué distancia habia entre las referidas cascadas. Luego nos indicaban que pasadas las cascadas se podia navegar mas de tres lunas por el referido rio.

Y sobre esto recuerdo que Donnaconna, señor de los canadeses, nos dijo que habia estado algunas



Sepulcro de Sequaw, en el rio Ottawa, segun Bartlett.

veces en una tierra á que habia tardado una luna en llegar desde Canadá, y que en esa tierra hay canela y clavillo. Llaman á la canela *adotathui* y al clavillo *canonotha*.

Y ademas nos daban á entender que á lo largo de las referidas montañas, hácia el norte, hay un rio muy grande que baja del occidente como el otro rio. Calculamos que es el que pasa por el reino y provincia de Saguenay (²). Y sin que nosotros les hiciéramos ninguna señal, tomaron la cadena del silbato del capitan, que es de plata, y un mango de puñal que era de laton amarillo como el oro, que estaba al lado de uno de los marineros, y mostraban que esto venia de la parte de arriba del dicho rio, y que habia *agojudas*, esto es, gente mala, hombres armados hasta las uñas, y nos mostraban su clase de armaduras, que son de cuerdas y maderas, tejidas juntas, dándonos á entender que los susodichos agojudas estaban en contínua guerra unos con otros. Pero por falta de lengua, no pudimos tener conocimiento de cuánto distaba el referido país.

El capitan les señaló cobre rojo que ellos llaman *caquedaze*, señalándoles hácia el referido lugar y preguntándoles por señales si era de allí; y ellos principiaron á menear la cabeza, diciendo que no, y señalando que venia del Saguenay, opuesto al precedente. Despues de todo esto nos retiramos á nues-

(¹) « Se presume que se trata del Salto de San Luis, de las Cascadas y del Salto Largo. » (*Sociedad de Quebec.*)

(²) Este rio debe ser el de los Utauais que, sin embargo, no tiene su nacimiento en el Saguenay, sino en la laguna Temiscaming, en una direccion opuesta.

tras naves, no sin que nos acompañaran muchos del dicho pueblo, habiendo varios, que cuando alguno de los nuestros se cansaba, le cargaban sobre sí como caballos y le llevaban.

Llegados á nuestras naves, nos dimos á la vela para volver á nuestro galeon, temiendo algun tropiezo; y nuestra marcha dejó con mucha pena al referido pueblo, que nos siguió cuanto pudo mientras nosotros bajábamos el rio. Nosotros llegamos á nuestro galeon el lunes 4 de octubre.

El martes 5 del mismo mes, nos dimos á la vela y aparejamos con nuestro galeon y nuestras naves



Confluencia del Ottawa y del San Lorenzo, segun Bartlett.

para volver á la provincia de Canadá, al puerto de Santa Cruz. Y el dia 7 llegamos á fondear en un riachuelo que viene del norte saliendo del dicho rio, á cuya entrada hay cuatro islotes pequeños y llenos de árboles. Le pusimos por nombre el rio de *Fuez* [1]. Y como uno de esos islotes se adelanta en el susodicho rio y se ve de lejos, el capitan mandó plantar una hermosa cruz en su punta y ordenó que se dispusieran las barcas para ir con la marca delante de aquel rio, á fin de medir su fondo. Así se hizo, mas como se hallara poco fondo, se volvieron y aparejamos para seguir nuestro camino.

IX. — De cómo llegamos al puerto de Santa Cruz y hallamos nuestras naves; de cómo el señor del país fué á ver al capitan y el capitan le fué á ver á él; y de sus costumbres y cosas particulares.

El lunes 11 de octubre, llegamos al puerto de Santa Cruz donde estaban nuestras naves, y vimos que los maestres y marineros que se habian quedado allí habian hecho un fuerte ante las naves, todo cerrado con gruesos leños plantados derechos, juntos los unos con los otros y guarnecidos de artillería,

[1] Los Tres Rios.

todo en buen órden para defenderse contra el país ([1]). Y al punto que el señor del país supo nuestra llegada, vino al otro dia, acompañado de Taiguragni, Domagaya y otros, para ver al capitan, y le hicieron una fiesta maravillosa, finjiendo que se alegraban mucho al verle; y tambien el capitan les hizo un buen recibimiento, aunque no lo hubiesen merecido. El señor Donnaconna suplicó al capitan que fuera á verle al otro dia á Canadá, y el capitan prometió que iria.

Y al otro dia, 13 del mismo mes, el referido capitan, acompañado de los nobles y de cincuenta compañeros en buen órden, fueron á ver á Donnaconna y á su pueblo que dista media legua del lugar en donde estaban nuestras naves, y se llama Estadaconé. Y una vez llegados al dicho lugar, los habitantes nos salieron al encuentro lejos de sus casas como un tiro de piedra ó mas, y allí se colocaron y se sentaron á su modo, los hombres á un lado y al otro las mujeres, y otros se quedaron en pié cantando y bailando sin cesar. Y despues que se saludaron unos á otros y comieron, el capitan dió á los hombres cuchillos y otras cosas de poco valor, y mandó que pasaran por delante de él todas las mujeres y las niñas, y les dió á cada una una sortija de estaño, por lo cual dieron muchas gracias al capitan, quien fué llevado á sus casas por Donnaconna y Taiguragni, cuyas casas estaban bien provistas de víveres para pasar el invierno. Y Donnaconna enseñó al capitan las pieles de cinco cabezas de hombres, estendidas encima de unos leños como pergaminos; y nos dijo que eran de los *Tudamanes* del sur, que continuamente estaban en guerra con ellos. Ademas nos dijeron que hacia dos años los tudamanes habian venido á atacarles en el rio, en una isla que está al través del Saguenay, donde pasaban la noche, queriendo ir á Honguedo á llevarles la guerra con unas doscientas personas entre hombres, mujeres y niños, los cuales fueron sorprendidos durmiendo en un fuerte que habian levantado, que los tudamanes pegaron fuego al rededor; y como ellos salieran, los mataron á todos, menos cinco que se escaparon; de cuyo ataque se quejaban mucho todavía, mostrando que deseaban venganza. Y despues de todo esto nos retiramos á nuestras naves.

X. — Del modo de vivir del pueblo de la susodicha tierra; y de ciertas condiciones, creencias y cosas particulares.

El referido pueblo no tiene ninguna creencia en Dios que valga nada, pues creen en un dios que llaman *Cuduagni;* y afirman que les habla á menudo y les dice el tiempo que debe hacer. Añaden que cuando se encoleriza contra ellos, les arroja arena á los ojos. Creen tambien que cuando se mueren van á las estrellas, y luego van y vienen por el horizonte como las referidas estrellas, y finalmente que se van á hermosas campiñas verdes, llenas de hermosos árboles y riquísimas frutas. Despues que nos hubieron dado á entender estas cosas, les indicamos su error y les dijimos que su Cuduagni era un espíritu malo que les engañaba; que solo hay un Dios, que está en el cielo, y nos da todo; que él es el criador de todas las cosas, que en él solamente debemos creer todos, y que es preciso estar bautizado ó ir al infierno. Y se les dijeron otras muchas cosas de nuestra fé, lo que creyeron fácilmente y llamaron á su Cuduagni *Agoduja* ([2]); tanto que muchas veces suplicaron al capitan que les hiciera bautizar; y acudieron Taiguragni y Domagaya con toda la gente de la poblacion, pensando que serian bautizados. Pero como no sabiamos su intencion y voluntad, y como no habia nadie que les enseñara la fé, nos escusamos con ellos, y dijimos á Taiguragni y Domagaya que les hiciesen comprender que volveriamos en otro viaje y traeriamos sacerdotes y óleos, dándoles á entender por escusa que no se puede bautizar á nadie sin los óleos, lo que creyeron, porque habian visto bautizar á muchos niños en la Bretaña. Y con la promesa que les hizo el capitan de que volveria, se pusieron muy alegres y le dieron gracias.

El susodicho pueblo vive casi en comunidad de bienes como los brasileños, y todos visten pellejas de animales, muy pobremente. En el invierno se calzan con zapatos y en el estío van descalzos. Guardan

([1]) Se cree que este fuerte se levantó en el sitio en que el riachuelo Lairet entra en el San Carlos.
([2]) Es decir malvado.

cierto órden en el matrimonio, aunque los hombres toman dos ó tres mujeres, y cuando mueren los maridos, no se vuelven á casar las mujeres, sino que llevan el luto de su muerte toda su vida, y se pintan



El rio San Francisco, segun Bartlett.

el rostro con carbon molido y grasa, en lo cual se conoce que son viudas. No trabajan mucho y labran sus tierras con palos del tamaño de media espada, y recojen su trigo, que llaman *ozizy* y es grueso como el guisante, y de este mismo trigo crece bastante en el Brasil. Tambien tienen gruesos melones y pepinos, calabazas, guisantes y habas de todos colores, pero no de la clase de las nuestras (1). Tienen igualmente una yerba que reunen en gran cantidad durante el verano para el invierno, yerba que estiman mucho y que solo usan los hombres del modo siguiente. La hacen secar al sol y la llevan al cuello en una bolsita hecha de la piel de un animal, con una trompetilla de piedra ó de madera : luego á cada instante hacen polvo la susodicha yerba y la ponen en uno de los estremos de la trompetilla; despues ponen una brasa encima y soplan por el otro estremo, tanto que se llenan el cuerpo de humo, hasta que les sale por boca y narices, como por un cañon de chimenea. Dicen que esto les conserva sanos y les da calor, y nunca están sin las referidas cosas. Hemos esperimentado el dicho humo, y cuando entraba en nuestra boca estaba tan caliente que parecia que habiamos tomado pimienta.

Las mujeres del referido país trabajan sin comparacion mas que los hombres, tanto en la pesca como en la labranza y otras cosas. Pero son todos, tanto los hombres como las mujeres y los niños, mas duros que las bestias; pues en el tiempo mas frio que hemos visto nunca, ellos corrian por las nieves y los hielos todos los dias hasta nuestras naves, y casi desnudos, lo que parece increible. Durante la estacion

(1) Todos los granos y hortalizas se cultivan y se dan bien de un estremo á otro del Canadá, y lo mismo sucede con el tabaco, el cáñamo, el lino y el lúpulo; por último, hay manzanas, ciruelas, cerezas y otras frutas. Las mejores manzanas de todo el continente son las de Montreal, donde se dan tambien las mejores peras y melones, lo que sin duda consiste en el cultivo; las mejores ciruelas y cerezas, llamadas de Francia, son del distrito de Quebec; las uvas no son muy buenas en Montreal, y los melocotones solo se dan bien al oeste de Toronto, y sobre todo cerca del rio Niágara.

fria cojen muchos animales, como gamos, ciervos, osos, liebres, martas y otros, de los cuales nos traian aunque pocos, pues son avaros de sus víveres. Comen la carne cruda despues de haberla secado



Los Tres Rios, segun Bartlett.

al humo, y lo mismo el pescado. Segun lo que hemos conocido, paréceme que este pueblo seria fácil de avasallar del modo que se quisiera. Ojalá Dios, en su santa misericordia, baje la vista á él. *Amen.*

XI. — De cómo el dicho pueblo nos traia pesca todos los dias, y de lo que habia en nuestras naves; y de cómo, por advertencia de Taiguragni y de Domagaya, el dicho pueblo dejó de venir, sin que hubiera nada entre nosotros y ellos.

Y desde entónces, todos los dias el dicho pueblo venia á nuestras naves, y nos traia muchas anguilas y otros peces, en cambio de nuestras mercancías, que siempre les agradaban sobremanera. Pero al cabo vinimos á notar que los dos malvados que habiamos traido nosotros, les decian que lo que nosotros les dábamos, cuchillos y avalorios, no valia nada, y que lo mismo les cambiariamos su pesca por hachas que por cuchillos y sartas de cuentas, no obstante que el capitan les hiciera muchos regalos; y sin embargo, á todas horas no cesaban de pedir al dicho capitan, el cual fué advertido por un señor del pueblo de Haguchuda que tuviese cuidado con Donnaconna y los dos malvados, que eran agojudas, es decir, traidores. Y tambien nosotros conocimos su malicia, porque querian quitarnos los tres niños que Donnacanna habia dado al referido capitan, y al cabo hicieron que se escapara de la nave la mayor de las niñas. Despues que se hubo fugado, el capitan mandó que se tuviera cuidado con los otros, y por consejo de los susodichos Taiguragni y Domagaya, se abstuvieron de visitarnos durante cuatro ó cinco dias, y los que vinieron en este tiempo, fué con mucho miedo.



Arboles del Canadá ([1]).

([1]) « Se encuentran casi por todas partes, en el Canadá, encinas, arces, nogales, carpinos, olmos, cerezos silvestres de dos especies, fresnos, pinos de tres especies, espinetas encarnadas, amarillas y negras, abetos, cedros, álamos y abedules de

XII. — De cómo el capitan, temiendo alguna traicion, mandó reforzar el fuerte; de cómo vinieron á parlamentar con él, y de la rendicion de la niña que se habia escapado.

Viendo su malicia, y temiendo que intentaran alguna traicion y que vinieran con mucha gente contra nosotros, el capitan mandó reforzar el fuerte al rededor con grandes fosos, anchos y profundos, con puerta y puente levadizo, y con grandes empalizadas opuestas á las primeras. Y se ordenó que en lo



Salvage canadés con raquetas para andar sobre la nieve, segun el baron de la Hontan.

sucesivo cincuenta hombres se quedarian de guardia todas las noches, y se relevarian por cuartos, y cada vez se tocarian las trompetas; y así se hizo. Y advertidos del refuerzo los mencionados Donnaconna, Taiguragni y Domagaya, así como de la buena guardia que se hacia, se encolerizaron porque habian caido en desgracia con el capitan, y enviaron hombres muchas veces para ver lo que sucedia; pero no les hicieron caso ninguno, y ni siquiera se mostraron. Entonces los referidos Donnaconna, Taiguragni y Domagaya vinieron muchas veces á conversar con el capitan, quedando un rio entre ellos,

dos especies. Todos estos árboles llegan á tener una altura enorme y crecen por todo el Canadá, escepto en la costa del Labrador, donde no hay mas que abedules, abetos, espinetas, y una de las variedades del pino.

» Los arbustos comunes á toda la comarca son los cormales, los sauces, los alisos, los avellanos y cerezos salvages. En los bosques hay grosellas, fresas, zarzamoras, y una porcion de árboles, arbustos y plantas de muchas clases, algunas de ellas medicinales y de tinte. Estas plantas, entre las cuales se cuenta el ginseng, de tanta fama en la China, se ven en toda la provincia, desde Gaspé hasta el rio Estrecho.

» El nogal negro, el castaño, el palo de hierro y otras varias plantas se encuentran solo en la estremidad oeste del alto Canadá. La encina es mas comun y mejor en el alto Canadá que en el bajo; y lo mismo el fresno y el olmo; pero las demas especies mencionadas son de una calidad superior en el bajo Canadá.

» Hay sobre todo una madera preciosa para la construccion de buques por su incorruptilidad y su fuerza, y que principia ya á estimarse en los mercados estranjeros, y es la que llaman espineta roja (especie de abeto ó pinabete propio del Canadá), que reune todas las cualidades que se requieren en las maderas de construccion. Las especies mas pequeñas de los árboles mencionados mas arriba, alcanzan una elevacion de 70 piés y un diámetro de 2 piés en su entero crecimiento. Se ven pinos de 150 piés y de 6 piés de diámetro con los que se hacen mástiles para buques de 2,000 toneladas. El nogal negro, el arce y el cerezo encarnado ofrecen maderas soberbias á la ebanistería. » (Taché.)

y le preguntaban si estaba incomodado y por qué no iba á verlos á Canadá! El capitan les respondió que eran unos traidores y unos malvados, que así se lo habian dicho, y él lo habia conocido en muchas cosas, como, por ejemplo, en no haber cumplido la promesa que le habian hecho de ir á Hochelaga, en haber hecho escapar á la niña que le habian dado, y en otras maldades que les citó. Pero añadió que, á pesar de esto, si querian ser hombres de bien y olvidar su mala voluntad, los perdonaria, y que vinieran con seguridad á bordo, donde serian tratados como ántes. Por estas palabras dieron gracias al capitan, y le prometieron que le devolverian la niña que se habia fugado hacia tres dias.

Y el 4 de noviembre, Domagaya, acompañado de seis hombres, vino á nuestras naves para decir al capitan que el señor Donnaconna habia ido por el pais buscando la niña, y que la traeria en la mañana del dia siguiente. Y dijo, ademas, que Taiguragni estaba muy enfermo, y que suplicaba al capitan que le enviara un poco de sal y de pan, lo que hizo el capitan, mandándole á decir que era Jesus quien estaba ofendido por las maldades que habia intentado.

Y en la otra mañana los referidos Donnaconna, Taiguragni, Domagaya y otros muchos vinieron y trajeron á la referida niña, presentándola al capitan, el cual dijo que no la queria y que podian volvérsela á llevar. Pero á esto respondieron disculpándose y declarando que no la habian aconsejado que se escapara, sino que ella se habia ido porque la habian pegado los pages, como ella habia contado. Y suplicaron al capitan que la tomara, y ellos mismos la llevaron á las naves. Despues de esto, el capitan mandó que sacaran pan y vino para festejarlos, y por fin se despidieron los unos de los otros. Desde entonces vinieron á nuestras naves, y nosotros fuimos á verlos con mas amistad que nunca.

XIII. — De la profundidad y anchura del rio en general; de los peces y otras cosas que hemos visto en él; y de la situacion de los lugares.

El dicho rio comienza pasada la isla de la Asuncion á través de las altas montañas de Honguedo y de las Siete Islas, y tiene de distancia treinta y cinco ó cuarenta leguas y mas de doscientas brazas de profundidad. El sitio mas profundo y seguro para la navegacion está hácia el sur; y por el norte, á saber, en las referidas Siete Islas por un lado, y por otro, hasta unas 7 leguas de las referidas islas, hay dos rios caudalosos que bajan del Saguenay, que corren muchas leguas y son muy peligrosos. En la entrada de estos rios hemos visto muchas ballenas y caballos de mar.

Al través de las referidas Siete Islas hay un riachuelo que corre tres ó cuatro leguas por la tierra cruzando pantanos, y en el cual hay un número considerable de aves acuáticas. Desde el principio del dicho rio hasta Hochelaga hay trescientas leguas y mas, y su nacimiento está en el rio que viene del Saguenay, el cual salta de montañas muy elevadas y entra en el dicho rio antes de llegar á la provincia de Canadá por el lado del norte; y este rio es muy profundo, estrecho y de navegacion peligrosa.

Despues del dicho rio está la provincia de Canadá, donde hay muchas aldeas y pueblos abiertos. Hay tambien en las cercanías del dicho Canadá, en el dicho rio, muchas islas grandes y pequeñas, y entre otras hay una que tiene mas de diez leguas de larga [1] y que está llena de hermosos árboles y viñedos. Hay paso por los dos lados de esta, y el mejor y mas seguro está por el sur. Al estremo de esta isla, hácia el oeste, hay un sitio hermoso para las naves, en el cual hay un estrecho del dicho rio muy corriente y profundo [2]; pero solo tiene de ancho un tercio de legua, á cuyo través hay una tierra doble de buena altura, toda labrada, y lo mejor que puede verse. Aquí está el pueblo y la casa del señor Donnaconna y de los dos hombres que habiamos tomado en nuestro primer viaje, y se llama Estadaconé. Y antes de llegar al dicho pueblo hay cuatro pueblos y moradas, á saber: Ajoasté, Estarnatan, Tailla, que está en una altura, y Satadin; y luego se encuentra el dicho lugar de Estadaconé, mas abajo del cual, hácia el

(1) La isla de Orleans, á la que da Cartier una estension de mas de diez leguas de largo.

(2) Este estrecho debe entenderse por el sitio en que pasa el San Lorenzo, entre Quebec y la punta Levi.

norte, está el rio y puerto de Santa Cruz ([1]). En ese lugar permanecimos desde el 15 de setiembre hasta el 6 de mayo de 1536, y las naves se quedaron á seco. Pasado el dicho lugar está el pueblo de Tequenuday y de Hochelay, el primero en una montaña y el último en país llano.

Toda la tierra, por entrambas orillas del dicho rio hasta Hochelaga y mas allá, es la mas llana que



Plano de Quebec y de sus cercanías, en 1608, segun Champlain.

A, punto donde está la casa; — B, tierra desmontada donde siembran trigo y otros granos; — C, las huertas; — D, arroyuelo de los pantanos; — E, rio donde invernó Cartier que, en su tiempo, llamó Santa Cruz; — F, arroyuelo de los pantanos; — G, lugar donde reunian pasto para el ganado; — H, la cascada de Montmorency, que cae á veinticinco brazas de altura en el rio; — I, cabo de la isla de Orleans; — L, punta muy estrecha por el lado del oriente de Quebec; — M, rio Estrepitoso, que va á los Etchemanes; — O, lago del rio Estrepitoso; — P, montañas que están en las tierras; bahía llamada Nueva Vizcaya; — Q, lago de la cascada de Montmorency; — R, arroyo del Oso; — S, arroyo del Yerno; — T,T,T, prados inundados en todas las mareas; — V, monte muy alto en la orilla del rio; — X, arroyo bueno para molinos; — Y,Y,Y, costa de casquijo donde se hallan muchos diamantes mejores que los de Alenzon; — 9,9,9, lugares donde se ven á menudo campamentos de salvages.

puede verse. Hay algunas montañas bastante lejos del dicho rio, que se ven sobre las dichas tierras, de las cuales bajan muchos arroyuelos que entran en el dicho rio. Toda esa tierra está cubierta de árboles de diferentes especies y de viñedos, escepto la parte próxima á las poblaciones, que han desmontado para hacer las casas y establecer los campos de trabajo. Hay tambien muchos ciervos, gamos, osos y otros animales. Tambien hemos visto las huellas de un animal que no tiene mas que dos piés, huellas que seguimos por la arena y el fango; serian grandes como la palma de la mano. Hay muchas nutrias, martas, zorros, gatos monteses, liebres, ardillas, ratas muy grandes y otros animales ([2]). Se visten con

([1]) « Segun lo que dice aquí la relacion, se podria creer que la aldea de Estadaconé estaba situada en la parte de la colina de Santa Genoveva donde hoy está el arrabal San Juan; y una vez establecido este punto, el antiguo rio y puerto de Santa Cruz es sin duda el San Carlos de hoy. » (*Sociedad de Quebec.*)

([2]) « Los animales monteses del Canadá son estos: orignales (animal con morro de camello, cuerpo de gamo y patas de venado), caribús (parecidos al rengífero), corzos, osos negros y pardos, lobos cerveros, gatos monteses, martas, zorros, lobos, carcajús, pecanes, nombre dado en el país á un animal perteneciente al grupo de los osos pequeños; castores, nutrias, ratas muscáceas, marmotas, vesos, mofetas, liebres que abundan en el Canadá, y diversas clases de ardillas. Ahí están, no mencionando mas que las especies algo grandes, los animales que pueblan los montes por todas partes, si bien es de

las pellejas de estos animales, y no conocen otra vestidura. Hay tambien muchas clases de aves y de pájaros que se conocen en Francia.

Como ya se ha dicho en los capítulos anteriores, el referido rio es el mas abundante en toda clase de peces que puede haber en el mundo, pues desde el principio hasta el fin se encuentran en él, segun las



Gradas naturales, cerca de Quebec, segun el *Canada pittoresque.*

estaciones, la mayor parte de las clases y especies de peces de mar y de agua dulce. Se encuentran en el referido Canadá muchas ballenas, marsuinos, *adothuis*, que son unos peces que nunca habiamos visto, ni oido hablar de ellos ; son blancos como la nieve, grandes como los marsuinos, y tienen el cuerpo

advertir que el orignal no se halla en la costa del Labrador, pues es propio del bajo Canadá, y la mofeta solo se encuentra en el oeste.

» El lobo es muy raro mas abajo de Quebec, pero los zorros abundan y son muy grandes ; en la costa norte, en el Labrador y en el territorio del Saguenay, los zorros negros y plateados son comunes ; y sus pieles tienen tanto valor que á veces una piel de zorro negro cuesta 120 pesos.

» Las aves comprenden todas las variedades de ánades ; el pavo silvestre, que solo habita al oeste del alto Canadá ; la perdiz, que se ve en todas partes y en abundancia ; la codorniz, las grullas, las becadas y las chochas, las garzas y los pardales de diferentes especies ; las tringas, águilas, gavilanes y otros ; los hortelanos, abejarucos, tordos y otros muchos, entre los cuales los hay de hermoso plumage y de canto melodioso. No olvidemos en estos dos géneros á nuestro pájaro-mosca y al ruiseñor que aparece al principio de la primavera.

» En los lagos y rios hay truchas, *maskinonges* y *turadis*, peces blancos que son de muchas especies, sollos ; pértigas y otros muchos ; el esturion, que suele tener muchos piés de largo, se encuentra en varios puntos del rio. Tambien hay mucha pesca en las grandes lagunas del oeste ; pero todo esto no es nada comparado con lo que hay en el golfo y en el San Lorenzo, donde el bacalao, el arenque, la sardina, la trucha de mar, la anguila, el salmon y otras muchas especies, abundan hasta e punto que van á pescar allí de los Estados Unidos. Cada año se saca de esos parages por un valor considerable, sin contar lo que produce tambien la pesca de marsuinos y de ballenas. Hay armadores que han hecho en esta industria fortunas colosales.

» No hay necesidad de mencionar los animales domésticos que han sido introducidos en el país. » (Taché.)

y la cabeza como los galgos; viven entre el mar y el agua dulce que principia entre el rio del Saguenay y el Canadá.

Tambien se encuentran en junio, julio y agosto muchos escombros, sargos, grandes anguilas y otros peces. Pasada su estacion, se hallan tambien esperinques como en el Sena; y luego vienen las lampreas



Antiguo plano de Quebec levantado en 1680.

1, seminario y convento de Dominicos; — 2, convento de los PP. Recoletos; — 3, convento de Jesuitas; — 4, fuerte de San Luis; — 5, hospital; — 6, intendencia y cárcel; — 7, convento de Ursulinas.

y los salmones. Pasado el dicho Canadá, hay muchas carpas, truchas y otros peces de agua dulce, y en la estacion del arenque, el referido pueblo le pesca en abundancia y hace provision de él para su subsistencia.

XIV. — De los informes que nos dieron os del país despues del regreso de Hochelaga.

Desde que llegamos á Hochelaga con el galeon y las naves, hemos conversado y sostenido relaciones con los pueblos mas próximos á nuestras naves, y estas relaciones fueron muy amistosas, si bien algunas veces hemos tenido altercados con algunos pícaros, con lo cual los otros estaban ofendidos y encolerizados.

Los señores Donnaconna, Taiguragni, Domagaya y otros, nos dijeron que el rio de que hemos hablado, que se llama el rio de Saguenay, llega hasta el mismo Saguenay, que dista de su nacimiento mas de una legua por el oeste noroeste, y que al cabo de ocho ó nueve jornadas no tiene bastante profundidad para las naves; pero que el camino mas derecho, mejor y mas seguro, es por el otro rio hasta mas arriba de Hochelaga, donde hay un riachuelo que baja del Saguenay y entra en el dicho rio, lo

que hemos visto, y que de allí se tarda una luna en llegar. Nos dieron á entender que en el referido lugar las gentes se visten con ropas como las nuestras, y que hay muchos pueblos, con gente muy buena, y que tienen una gran cantidad de oro y de cobre rojo. Tambien nos dijeron que toda la tierra, desde el dicho primer rio hasta Hochelaga y Saguenay, es una isla, rodeada de riachuelos y del susodicho rio, y que pasado Saguenay el primer rio va entrando en dos ó tres lagunas muy grandes y muy anchas; que luego se encuentra una mar dulce, cuyo estremo no se sabe que se haya visto, así como lo han oido de los del Saguenay, pues ellos dijeron que no habian estado nunca. Ademas, nos dieron á entender que en el lugar en donde habiamos dejado nuestro galeon, cuando fuimos á Hochelaga, hay un riachuelo que va hácia el sudoeste ([1]), donde probablemente tardan una luna en llegar con sus barcas, desde Santa Cruz hasta una tierra donde no hay jamás hielos ni nieves; pero que en esa tierra hay guerra continua de unos con otros; que hay naranjas, nueces, ciruelas y otras frutas en mucha abundancia, y que hacen aceite muy bueno para curar llagas, que sacan de los árboles. Nos dijeron que los habitantes de esa tierra visten pieles como ellos. Despues de haberles preguntado si habia oro y cobre, nos dijeron que no. Calculo por lo que dijeron que ese lugar está hácia la Florida, segun mostraban por señales.

XV. — De las enfermedades y gran mortandad en el pueblo de Estadaconé, y de cómo, por haberles frecuentado, nos contagiamos y murieron de los nuestros hasta veinticinco.

En el mes de diciembre, nos advirtieron que la mortandad era tan crecida en el pueblo de Estadacona, que ya segun confesaban ellos habian perecido mas de cincuenta, y por esto les prohibimos que vinieran á nuestro fuerte y que se acercaran á nosotros. Pero á pesar de que los hubiésemos alejado, la mortandad cundió entre nosotros de una manera prodigiosa. Era un mal desconocido; pues unos perdian la firmeza, y se les hinchaban las piernas, y los nervios se les contraian y ennegrecian como carbon; á otros la enfermedad les subia á las caderas, á los hombros, al brazo y al cuello, y en la boca de todos entraba la podredumbre por las encías, y toda la carne se caia hasta la raiz de los dientes, los cuales se caian tambien casi todos ([2]). Y la dicha enfermedad tomó tal incremento en nuestras naves, que á mediados de febrero, de ciento diez hombres que éramos no habia mas de diez sanos, tanto que los unos no podian socorrer á los otros, lo que era una cosa muy triste de ver considerado el lugar donde estábamos; pues las gentes del país venian todos los dias y veian pocos en pié, habiendo ya ocho muertos y mas de cincuenta sin largas esperanzas de vida. Nuestro capitan, viendo aquella desgracia, ordenó plegarias y oraciones y mandó poner una imágen de la Vírgen María pegada á un árbol que distaba de nuestro fuerte un tiro de flecha, á través de las nieves y los hielos, y mandó que el domingo siguiente se dijera misa en el susodicho lugar, y que todos aquellos que pudieran caminar, tanto sanos como enfermos, fueran en procesion cantando los siete salmos de David con la letanía, suplicando á la Santísima Vírgen que tuviera á bien pedir á su querido Hijo que se apiadase de nosotros.

Y dicha y cantada la misa ante la santa imágen, el capitan hizo voto de ir en romería á la iglesia de Nuestra Señora que se venera en Roquemadou ([3]) si Dios le concedia la gracia de poder volver á Francia. Aquel dia murió Felipe Rougemont, natural de Amboise, á la edad de veinte años.

Como la dicha enfermedad era desconocida, el capitan mandó abrir el cuerpo para ver si podiamos adquirir algun conocimiento de ella, á fin de preservar á los demas si era posible; y se encontró que tenia el corazon blanco y arrugado con un agua rojiza; el pulmon estaba negro y toda su sangre se habia retirado mas arriba del corazon; pues cuando se abrió saltó en gran abundancia una sangre

([1]) Antiguamente el rio de los Iroqueses, hoy el rio Richelieu.
([2]) Es evidentemente el escorbuto, enfermedad contagiosa entonces poco conocida de los europeos.
([3]) Ó, mejor dicho, Roque-Amadou, esto es de los Amores. Dice Lescarboi que es una aldea de Quercy adonde se hacen muchas romerías.

negra é infecta. Despues hicieron una incision en el muslo, el cual estaba muy negro por fuera, pero por dentro su carne no ofrecia particularidad alguna. Hecho esto fué enterrado del mejor modo posible. Dios le tenga en su gloria, á él y á todos los que murieron. *Amen.*

Y de dia en dia se fué estendiendo tanto la dicha enfermedad, que hubo hora en que á bordo de las tres naves no se encontraban tres hombres sanos; de modo que en una de las dichas naves no habia un hombre que pudiera bajar á buscar agua para beber tanto para él como para sus compañeros. Y entonces habia ya muchos muertos, los cuales tuvimos que meter debajo de la nieve, pues no nos era posible abrir la tierra porque estaba helada, y todos nosotros estábamos sin fuerzas y muy débiles. Sin embargo teniamos mucho miedo de que las gentes del país notasen nuestra flaqueza, y para encubrir la dicha enfermedad, cuando venian cerca de nuestro fuerte, nuestro capitan, que Dios conservó siempre bueno, les salia al encuentro con dos ó tres hombres sanos ó enfermos, que hacia que le acompañaran; y cuando los veia fuera del parque, finjia que se incomodaba y los mandaba á bordo, mostrando por señales á los salvages que hacia trabajar á todos sus hombres en las naves, unos en limpiarlas, otros en hacer pan y otras tareas, y que no era bueno que saliesen á holgazanear fuera, lo que ellos creian. Y el dicho capitan mandaba á los enfermos que metieran ruido en las naves como haciendo que trabajaban. Y entonces la enfermedad nos habia invadido de tal modo, que casi habiamos perdido la esperanza de volver á Francia, si Dios en su infinita bondad y misericordia no hubiera tenido compasion de nosotros y no nos hubiese dado conocimiento de un remedio contra todas las enfermedades, el mejor que haya podido verse y encontrarse en la tierra, como diremos en el capítulo siguiente.

XVI. — De cómo permanecimos en el puerto de Santa Cruz entre las nieves, y de los que murieron de la enfermedad desde su principio hasta mediados de marzo.

Desde mediados de noviembre hasta el 18 de abril, estuvimos continuamente encerrados en los hielos que tenian mas de dos brazas de grueso, habiendo sobre la tierra mas de cuatro piés de nieve, tanto que su altura era mayor que el borde de nuestras naves; y esto duró hasta el tiempo susodicho, de modo que nuestras bebidas estaban todas heladas en los toneles en las dichas naves; así como el dicho rio estaba helado en el agua que contiene hasta mas arriba de Hochelaga. En este tiempo murieron de los nuestros hasta veinticinco que se contaban entre los principales compañeros y que perecieron victimas de la susodicha enfermedad. Y luego habia mas de cuarenta sin esperanzas de vida y los restantes todos enfermos; ninguno se escapo de la enfermedad escepto tres ó cuatro; pero Dios en su infinita bondad quiso apiadarse de nosotros y nos envió conocimiento y remedio para nuestra curacion, del modo y manera que vamos á decir en el capítulo siguiente.

XVII. — De cómo, por la gracia de Dios, tuvimos conocimiento de cierto árbol por el cual recobramos nuestra salud; y del modo de emplear el remedio.

Un dia, viendo el capitan que la enfermedad habia tomado tanto incremento, habia salido del fuerte, y se paseaba por los hielos cuando llegaron unas personas de Estadaconé, entre las cuales estaba Domagaya, á quien el capitan habia visto diez ó doce dias antes muy enfermo, de la misma enfermedad que padecian los suyos, pues tenia una de sus piernas tan gruesa como un niño de dos años y todos los nervios de ella contraidos, los dientes perdidos y cariados, y las encías podridas é infectas. El capitan, viendo al dicho Domagaya bueno y sano, se puso muy contento prometiéndose saber por él como se habia curado, á fin de socorrer á los suyos en la penosa situacion en que se hallaban. Así cuando llegaron cerca del fuerte, el capitan le preguntó cómo se habia curado de su enfermedad, y Domagaya respondió que se habia curado con el zumo de la hoja de un árbol, y que era el único remedio para aquella enfer-



Abeto del Canadá (*Abies Canadensis*). — Dibujado en el jardin de Plantas de Paris.

medad. Entonces el capitan le preguntó si no habia por allí alguno de esos árboles, y que se le enseñase para curar á su criado que habia cojido la dicha enfermedad en casa del señor Donnaconna, pues no le

queria declarar el número de los compañeros que estaban enfermos. Al oir esto, el dicho Domagaya envió dos mujeres con nuestro capitan para buscar el árbol, las cuales trajeron nueve ó diez ramos y nos mostraron que era preciso machacar la corteza y las hojas de aquellas ramas, y una vez machacadas,



El agracejo.

ponerlas á cocer en agua, y beber de esta agua cada dos dias, y lavarse en los residuos las piernas hinchadas y enfermas; y el dicho árbol se llama en su lengua *annedda* (¹).

Muy luego el capitan mandó hacer el brebaje para que le bebieran los enfermos, los cuales no quisieron tomarlo, escepto uno ó dos que se aventuraron á ver si les probaba. Y al punto que bebieron, pareció como un verdadero milagro; pues se curaron de todas las enfermedades que tenian con solo haber bebido dos ó tres veces. Al ver esto, todos á porfía se arrojaron á beber, de modo que un árbol tan grueso y tan grande como nunca se ha visto, se empleó en menos de ocho dias, el cual hizo tal operacion, que si todos los medicos de Lovaina y de Montpeller se hubiesen encontrado allí con todas las drogas de Alejandría, no hubiesen hecho tanto en un año como hizo aquel árbol en una semana; nos aprovechó de tal manera que todos los que quisieron usar la medicina se curaron, gracias á Dios.

XVIII. — De cómo el señor Donnaconna, acompañado de Taiguragni y otros, finjiendo que habian salido á cazar ciervos y otros animales, estuvieron dos meses ausentes, y á su vuelta trajeron en su compañía muchas personas que no teniamos costumbre de ver.

Mientras la enfermedad y la mortandad reinaban en nuestras naves, Donnaconna, Taiguragni y otros varios salieron, finjiendo que iban á cazar ciervos y otros animales que llaman en su lengua *ajonnesta* y

(¹) El árbol en cuestion parece ser el abeto del Canadá (*Abies Canadensis*), dotado efectivamente de propiedades antiescorbúticas. Sin embargo, se ha emitido tambien la opinion de que el *annedda* de los antiguos habitantes podia ser el agracejo ó berberis, que tiene propiedades análogas.

asquenudo, habiendo muchas nieves y estando ya rotos los hielos en el rio, de manera que podian navegar por este. Y Domagaya y otros nos dijeron que no estarian ausentes mas de quince dias, lo que creimos, pero es el caso que estuvieron dos meses sin volver. Por esto sospechamos que habian ido á reunir muchas gentes para hacernos daño porque nos veian tan débiles; sin embargo, habiamos arreglado nuestras cosas de tal modo que si hubiesen venido todas las potencias de la tierra no habrian hecho otra cosa que mirarnos. Y mientras estaban fuera, todos los dias venian á nuestras naves muchas gentes, como era su costumbre, á traernos carne fresca de ciervos y gamos con peces de toda clase, lo que nos vendian muy caro, sin lo cual se lo habrian vuelto á llevar, pues tenian entonces gran necesidad de víveres á causa de lo largo que habia sido el invierno.

XIX. — De cómo Donnaconna volvió á Estadaconé con mucho pueblo, y vino á visitar á nuestro capitan, finjiendo estar enfermo, para que el capitan le fuese á ver á él.

El 21 del mes de abril, Domagaya vino á bordo de nuestras naves, acompañado de muchas personas hermosas y fuertes que no teniamos costumbre de ver, y nos dijeron que el señor Donnaconna vendria al dia siguiente á traernos mucha carne de venado y otras cosas. Y al dia siguiente llegó el dicho Donnaconna trayendo en su compañía á muchas gentes de Estadaconé, sin que supiéramos por qué motivo las traia. Pero, como dice el proverbio : « Quién de todos se guarda de algunos se escapa. » Lo que en nosotros era necesidad, pues estábamos tan debilitados, tanto por las enfermedades como por los compañeros que habian muerto, que tuvimos que dejar una de nuestras naves (¹) en el dicho lugar de Santa Cruz.

Advertido el capitan de su llegada y de que habian traido tanto pueblo, así como Domagaya dijo al capitan sin querer pasar el riachuelo que estaba entre nosotros y Estadaconé, como tenia costumbre de hacer, tuvimos sospechas de traicion. En vista de esto, el capitan envió á su servidor llamado Carlos Guyot, el cual era mas querido que ningun otro en todo el país, para ver lo que habia en el referido lugar y lo que hacian. El dicho servidor, finjiendo que iba á ver al dicho señor Donnaconna, porque habia permanecido largo tiempo con él, le llevó cierto regalo; y cuando el dicho Donnaconna tuvo aviso de su llegada, hizo el enfermo y se acostó y dijo al portador que estaba muy malo. Despues el dicho servidor fué á casa de Taiguragni para verle, y por todas partes halló las casas tan llenas de gente que no se podian revolver en ellas, cosa que no habia costumbre de ver. Y el dicho Taiguragni no quiso permitir que el dicho Guyot fuese á las demas casas; sino que le envió hácia las naves y le dijo que si el capitan le queria hacer el favor de tomar á un señor del país llamado *Agonna*, que le habia agraviado y llevársele á Francia, él haria todo lo que quisiera el dicho capitan, y que volviese al otro dia á darle la respuesta.

Cuando supo el capitan que habia tan crecido número de gentes en Estadaconé, sin que adivinara el motivo, se decidió á emplear una estratajema y á cojer á su señor con Taiguragni, Domagaya y otros, bien resuelto á llevarse al dicho señor á Francia, para contar y decir al rey lo que habia visto en los países occidentales de las maravillas del mundo. Pues nos aseguró que habia estado en la tierra del Saguenay, donde hay mucho oro, rubíes y otras riquezas, y donde los hombres son blancos como en Francia y se visten con paños de lana. Luego dijo haber visto otro país donde las gentes no comen; y otro llamado de *Riquemaines*, y otros donde las gentes no tienen mas que una pierna, y otras maravillas largas de contar. El dicho señor es hombre anciano, y no cesa de recorrer países desde que tuvo uso de razon, tanto por agua como por tierra.

Despues que el dicho servidor hubo cumplido con su mensaje y referido á su amo lo que el dicho Taiguragni le habia encargado, el capitan mandó á su servidor al otro dia, para que dijera á Taiguragni

(¹) Probablemente *la Petite-Hermine*. Se asegura que el casco de este buque, enterrado en el fango, fué encontrado en 1843.

que viniese á verle y á decirle lo que pretendia, y que le haria buen recibimiento y tomaria en cuenta su voluntad. El dicho Taiguragni respondió que iria al dia siguiente y que llevaria consigo á Donna-



Vista de una selva del Canadá, segun Bartlett.

conna y al dicho hombre que le habia agraviado, lo que no hizo, antes bien estuvo dos dias sin venir, durante los cuales no asomó ninguna persona de Estadaconé cerca de las naves, como tenian costumbre, sino que huian de nosotros como si hubiésemos querido matarlos. Entonces conocimos su mala voluntad. Mas como llegaron á saber que los de *Estadin* iban y venian cerca de nosotros, y que les habiamos abandonado el casco de la nave que dejábamos para tener los clavos viejos, todo el tercer dia

vinieron de Estadaconé de la otra orilla del riachuelo, y la mayor parte de ellos pasaron en barcas sin dificultad. Pero el dicho Donnaconna no quiso pasar, y Taiguragni y Domagaya estuvieron mas de una hora hablando juntos antes de pasar, pero al cabo pasaron y vinieron á conversar con el capitan. Taiguragni pidió al capitan que tomara y se llevara á Francia al dicho hombre, á lo cual se negó el capitan, contestando que el rey su amo le habia prohibido llevar á Francia hombres ó mujeres, y que solo le permitia llevar dos ó tres niños para que aprendieran la lengua ; pero que sí podia llevarle á Terranova y dejarle en una isla. El capitan decia estas palabras para contentarlos y con el fin de que viniera el dicho Donnaconna que se habia quedado á la otra parte del agua. Taiguragni se alegró mucho al oir esto, esperando no volver nunca á Francia, y prometió al capitan que volveria al dia siguiente, que era el dia de Santa Cruz, con el dicho señor Donnaconna y todo el pueblo de Estadaconé.

XX. — De cómo, el dia de Santa Cruz, el capitan mandó plantar una cruz en nuestro fuerte, y de cómo vinieron los señores Donnaconna, Taiguragni, Domagaya y su banda, y fueron presos.

El 3 de mayo, dia y fiesta de Santa Cruz, el capitan, para solemnidad y fiesta, mandó plantar una hermosa cruz de unos treinta y cinco piés de largo, en la cual habia un escudo de relieve con las armas de Francia y esta inscripcion escrita en caracteres antiguos : *Franciscus primus, Dei gratia, Francorum rex, regnat.* Y en este dia, á eso de las doce, vinieron muchas gentes de Estadaconé, tanto hombres como mujeres y niños, que nos dijeron que su señor Donnaconna, Taiguragni, Domagaya y otros que se hallaban en su compañía vendrian luego, lo que nos alegró porque pensábamos aprovechar su venida, y en efecto, llegaron á las dos de la tarde. Cuando se hallaban delante de nuestras naves, nuestro capitan fué á saludar al señor Donnaconna, que le recibió muy contento, aunque sin embargo tenia la vista en el monte y un gran temor. En breve llegó Taiguragni, quien dijo al señor Donnaconna que no entrase en el fuerte. Entonces, fuera del dicho, prepararon lumbre que fué encendida por el dicho señor. Nuestro capitan le pidió que viniera á comer y á beber á nuestra nave como lo tenia de costumbre, y lo mismo dijo á Taiguragni, el cual respondió que luego irian, lo que hicieron y entraron en el dicho fuerte.

Pero antes nuestro capitan fué advertido por Domagaya que el dicho Taiguragni habia hablado mal, y habia dicho al señor Donnaconna que no entrase en las naves ; y nuestro capitan, viendo esto, salió del parque en donde estaba y vió que las mujeres huian por consejo del dicho Taiguragni, y que solo quedaban los hombres, los cuales se hallaban en crecido número. Y el dicho capitan ordenó á sus gentes que cojieran á los dichos señores Donnaconna, Taiguragni, Domagaya y otros dos de los principales que les señaló, y que hiciesen marchar á los restantes. Entonces el dicho señor entró con el capitan ; pero de repente Taiguragni vino para hacerle salir, y nuestro capitan comenzó á gritar que los cojieran. A estos gritos salieron los hombres del capitan y prendieron al dicho señor y á los demas que habian resuelto prender (¹). En vista de esto, los dichos canadeses comenzaron á huir y á correr como ovejas delante del lobo, los unos á través del riachuelo, los otros por el monte, buscando cada cual un refugio. Y verificada así la prision de los susodichos, y habiéndose retirado los otros, el dicho señor y sus compañeros fueron puestos á buen recaudo.

XXI. — De cómo os canadeses vinieron delante de las naves á buscar á los suyos por la noche, gritando y aullando como lobos; de su marcha al otro dia, y de los presentes que hicieron á nuestro capitan.

Cuando cerró la noche, muchas gentes del pueblo del dicho Donnaconna vinieron delante de nuestras naves, dejando el riachuelo en medio, y estuvieron aullando toda la noche como lobos, y gritaban sin

(¹) En descargo de estas prisiones, se supone que Cartier cedió al deseo de convertir á aquellos canadeses al cristianismo, y de darles una idea de nuestra civilizacion, á fin de apresurar despues la del Canadá.

cesar : *¡ Agohanna ! ¡ Agohanna !* queriendo hablar con él, lo que el capitan no permitió entonces, ni en la otra mañana hasta las doce del dia. Y nos hacian señales de que les habiamos muerto y colgado. A eso de las doce volvieron en mas crecido número, y se mantenian ocultos en el bosque, escepto algunos que gritaban y llamaban al dicho Donnaconna. Entonces el capitan mandó que subieran arriba al dicho Donnaconna para hablarle. Y el capitan le dijo que le trataria bien, y que despues de haber hablado al rey de Francia, su amo, y contado lo que habia visto en el Saguenay y otros lugares, volveria dentro de diez ó doce lunas y que el rey le haria un gran regalo. Por lo cual el dicho Donnaconna se puso muy contento y lo dijo al pasar á los otros, que dieron tres gritos en señal de alegría (1).

Entonces el dicho pueblo y Donnaconna hicieron muchas ceremonías y se dijeron muchas cosas que no es posible describir porque no las entendimos. Nuestro capitan dijo á Donnaconna que viniesen con seguridad de la otra orilla para hablar mejor; y sobre esto vino una barca de los principales á bordo de las dichas naves, que al instante comenzaron á hacer muchas ceremonías, alabando á nuestro capitan, y le regalaron veinticuatro collares de *esurgni*, que es la mayor riqueza que tienen en este mundo, pues lo estiman mas que el oro y la plata. Despues que hubieron hablado mucho unos con otros, y que supieron que no tenia mas remedio el dicho señor que ir á Francia, él les encargó que le trajeran víveres para comer por los mares, y que se los trajeran al dia siguiente. Nuestro capitan regaló al dicho Donnaconna dos bolas de bronce, algunas hachas, cuchillos y otros objetos menudos, lo cual le puso muy contento, segun parece, y lo envió todo á sus mujeres y á sus hijos (2). Tambien el dicho capitan dió á los que habian venido á hablar con el dicho Donnaconna algunos regalitos que agradecieron mucho al dicho capitan, y luego todos se retiraron.

XX. — De cómo, al otro dia, 5 de mayo, el dicho pueblo volvió para hablar á su señor, y de cómo vinieron á bordo cuatro mujeres á traerle víveres.

Al otro dia, 5 del dicho mes de mayo, muy de mañana, el dicho pueblo volvió en crecido número para hablar á su señor, y envió una barca que ellos llaman *casnony*, en la cual estaban cuatro mujeres, sin hombre ninguno, por el temor que tenian de que los cojieran, las cuales trajeron muchos víveres, á saber : mijo grueso, que es el trigo que les sirve de alimento, carne, pescado y otras provisiones de su gusto. Cuando llegaron á la nave, el capitan las recibió muy bien, y pidió á Donnaconna que las dijera que dentro de doce lunas volveria con el dicho Donnaconna á Canadá, y decia esto para contentarlas, lo que hizo el dicho señor. Las referidas mujeres aparentaron mucha alegría, demostrando por señales y palabras al dicho capitan que, con tal de que volviera y trajera al dicho Donnaconna y á los otros, le harian muchos regalos. Y entonces cada una de ellas dió al dicho capitan su collar de esurgni, y luego se fueron á la otra orilla del rio donde estaba todo el pueblo de Estadaconé, y al fin se retiraron despidiéndose del dicho señor Donnaconna.

El sábado 6 de mayo aparejamos en el puerto de Santa Cruz, y el domingo fuimos á la isla de los Avellanos, donde estuvimos hasta el lunes 6 del mismo mes, dejando menguar las aguas que eran demasiado corrientes y peligrosas para bajar el rio. Durante este tiempo vinieron muchas barcas de los pueblos sujetos al dicho Donnaconna, procedentes del rio del Saguenay; y cuando Domagaya les advirtió que estaban presos y les dijo como llevaban al dicho Donnaconna á Francia, se sorprendieron mucho; pero no dejaron de venir junto á las naves para hablar al referido Donnaconna, quien les dijo que dentro de doce lunas volveria, y que le trataban bien tanto el capitan como los compañeros. Y por ello todos á una vez dieron gracias al dicho capitan y regalaron á Donnaconna tres paquetes de pieles con un

(1) Donnaconna no volvió; murió en Francia al cabo de dos años de haber llegado. Tres salvages, que sobrevivieron, fueron bautizados, el 23 de marzo de 1538, en la iglesia catedral de Saint-Malo. Cartier sirvió de padrino á uno de los tres.

(2) Se puede poner en duda la sinceridad de esta alegría.

cuchillo muy grande de cobre rojo del Saguenay, y otras cosas. Tambien dieron al capitan un collar de esurgni, y el capitan les regaló diez ó doce hachas, con lo que se pusieron muy contentos, y despues de dar gracias al capitan se retiraron.

El paso es mas seguro y mejor entre el norte y la dicha isla que hácia el sur, á causa de los muchos bajos, bancos y rocas que hay allí, y tambíen porque hay poco fondo.

Al otro dia, 16 del mes, aparejamos de la dicha isla de los Avellanos y fuimos á fondear en una isla



La cascada Montmorency ([1]).

que dista de esta unas quince leguas, la cual tendrá unas cinco leguas de larga, y allí pernoctamos, esperando salvar al otro dia los peligros del Saguenay que son muy grandes. Por la tarde, fuimos á la dicha isla, donde cojimos muchas liebres; y por esto la llamamos *isla de las Liebres*. Y despues el tiempo nos fué tan contrario que tuvimos que volver á la isla de los Avellanos, de donde habiamos partido, porque no hay otro paso entre las dichas islas, y allí estuvimos hasta el 21 del mismo mes que mejoró el tiempo; y entonces pasamos hasta *Honguedo* ([2]), entre la isla de la Asuncion y Honguedo, paso que no habia sido descubierto anteriormente; y corrimos hasta el *cabo de Prato* ([3]) que es el principio de la bahía del Cazador. Como el viento era bueno, continuamos el dia y la noche, y al otro dia llegamos á la *isla Brion*, lo que queriamos hacer para abreviar nuestro camino. Las dos tierras están al sudoeste y noroeste un cuarto del este y del oeste, habiendo entre ellas cincuenta leguas. La dicha isla está á 47 grados y medio de latitud.

([1]) Entre Quebec y Saguenay.

« Forma la cascada Montmorency un hermoso cristal de agua ligeramente tortuoso, que cae á 230 piés casi en las aguas del San Lorenzo, entre árboles y rocas. El salto, como sucede á menudo, se abre paso en el sitio en que se juntan dos terrenos diferentes, esquitoso y calcáreo. » (Ampère, *Lettres sur l'Amérique*.)

([2]) Hoy el monte Luis.

([3]) Hoy cabo Forillon.

El jueves 25 del dicho mes, dia y fiesta de la Ascension de Nuestro Señor, pasamos por una tierra y lugar de arenas bajas, que están á unas ocho leguas al sudoeste de la dicha isla de Brion, mas arriba de las cuales hay grandes tierras cubiertas de árboles, y una mar cerrada donde no vimos ninguna entrada ni abertura.

Y el viernes 26, porque el viento cargaba á la costa, volvimos á la referida isla de Brion, donde estuvimos hasta el primer dia de junio, y fuimos á buscar una tierra elevada que está al sudeste de la dicha isla y nos aparecia entre una isla, y la costeamos como dos leguas y media, en cuyo camino tuvimos conocimiento de otras tres islas que estaban hácia las arenas, cuya tierra es alta y llana y está al noroeste. Conocidas estas cosas, volvimos hácia la dicha tierra y hallamos mucho fondo y la marea mas corriente que puede verse. Llamamos á ese cabo el *cabo de Lorena* (1), que está á 46 grados y medio. Al sur de este cabo hay una tierra baja que parecia ser entrada de rio; pero no hay puerto; y mas arriba, hácia el sur, hay un cabo que llamamos el *cabo de San Pablo* (2), que está á 47 grados y un cuarto.

El domingo 3 del referido mes, dia y fiesta de Pentecostes, tuvimos conocimiento de la tierra de este sudeste de Terranova, estando á 22 leguas del cabo susodicho. Y como el viento era contrario, fuimos á un puerto que llamamos el *puerto del Espíritu Santo* (3), y estuvimos allí hasta el martes que aparejamos del dicho puerto, y reconocimos la dicha costa hasta las *islas de San Pedro* (4). En el camino evitamos, á longo de la dicha costa, muchas islas bajas y muy peligrosas, siguiendo la derrota de este sudeste y de oeste noroeste, á 2, 3 y 4 leguas. Estuvimos en las referidas islas de San Pedro, donde hallamos muchas naves, tanto de Francia como de Bretaña, desde el dia de San Bernabé, 11 de junio, hasta el 16 del mismo mes, que aparejamos de las dichas islas de San Pedro, y fuimos al *cabo Razé* y entramos en el puerto llamado de *Rognusi* (5), donde tomamos agua y leña para atravesar el mar; y allí dejamos una de nuestras naves, y aparejamos del dicho puerto el lunes 19 del dicho mes, y con buen tiempo navegamos por la mar, tanto que el dia 16 de julio de 1536, llegamos al puerto de Saint-Malo, dando gracias al Criador, y pidiéndole que nos dé su gracia y paraiso. *Amen* (6).

TERCER VIAJE (7).

I. — El rey Francisco I° ordena á Cartier que haga mayores descubrimientos hácia los países de Canadá, Hochelaga y Saguenay; sus preparativos y su salida de Saint-Malo con cinco naves; su llegada al puerto de Santa Cruz; construye un fuerte cuatro leguas mas arriba, en un punto que llamó Charlesbourg-Royal.

El rey Francisco I° habia oido lo que habia contado el capitan Cartier, su piloto general, de sus dos primeros viajes de descubrimientos, tanto por sus escritos como verbalmente, acerca de lo que habia encontrado y visto en las tierras occidentales descubiertas por él en los países de Canadá y Hochelaga; y habia visto tambien á los hombres salvages que el dicho Cartier habia traido de aquellos países, de los cuales uno era rey de esos países y se llamaba Donnaconna; los cuales salvages, despues de haber

(1) Es el cabo norte de la isla Real, ó cabo Breton.

(2) Se cree que es el cabo de Aspé, en la costa este del cabo Breton.

(3) Hoy el puerto de los Vascongados, en la costa sur de Terranova.

(4) Las islas de San Pedro de Miquelon.

(5) Es la bahía de los Difuntos, en la costa sur de Terranova.

(6) Aquí concluye la relacion del segundo viaje de Cartier, con un vocabulario del lenguage de la Nueva Francia.

(7) « El tercer viaje de los descubrimientos hechos por el capitan Cartier, en el año 1540, en los países de Canadá, Hochelaga y Saguenay. » — Esta tercera relacion ha sido traducida del tomo tercero de la coleccion de Hakluyt (1600, en fol.), y publicada por la *Sociedad de Quebec*.

vivido largo tiempo en Francia y en el país de Bretaña, fueron allí bautizados segun su deseo, y fallecieron despues en el dicho país de Bretaña. Y aunque el rey hubiese sido informado por el dicho Cartier de la muerte y fallecimiento de todos los hombres salvages que habia traido, que eran diez, escepto una niña de unos diez años, sin embargo, resolvió enviar de nuevo al dicho Cartier, su piloto, con Juan Francisco de la Rocque, caballero, señor de Roberval, á quien nombró su lugarteniente y gobernador en los países de Canadá y Hochelaga, y el dicho Cartier como capitan general y piloto mayor de las naves, á fin de que hiciera mayores descubrimientos que los que habia hecho en sus viajes anteriores, y reconociera si era posible el país del Saguenay, donde, segun habia dicho á S. M., habia grandes riquezas y tierras hermosísimas. El rey ordenó, pues, que se habilitaran ciertos recursos para emprender el dicho viaje con cinco naves; lo que fué hecho por los dichos señores de Roberval y Cartier, los cuales convinieron en disponer las cinco naves en Saint-Malo, en Bretaña, allí mismo donde se habian dispuesto los dos primeros viajes, de donde las naves habian marchado y adonde envió á Cartier para el mismo fin el dicho señor de Roberval.

Y despues que Cartier mandó preparar y poner en buen órden las referidas cinco naves, el señor de Roberval pasó á Saint-Malo donde encontró las naves en la rada, dispuestas á darse á la vela, sin esperar otra cosa que la llegada del general y el pago de los gastos. Y como el señor de Roberval, el lugarteniente del rey (1), no habia recibido aun su artillería, su pólvora y municiones, así como otras cosas necesarias de que se habia provisto para aquel viaje, de los países de Champaña y de Normandía, y como las cosas susodichas le eran muy necesarias y no podia resolverse á dejarlas atras, se determinó á marchar de Saint-Malo para Ruan, á fin de disponer una ó dos naves en Honfleur, donde pensaba que habian llegado todas aquellas cosas; y que el dicho Cartier partiria al punto con las cinco naves que habia preparado y tomaria la delantera, en atencion tambien á que el dicho Cartier habia recibido cartas del rey, en las cuales le mandaba terminantemente que partiera y se diera á la vela al recibir aquellas cartas, y sino que incurriria en su desgracia. Despues de haber pensado en todas estas cosas, y despues que el señor de Roberval pasó revista á todos los nobles, soldados y marineros que habian sido elejidos para aquel viaje, dió al dicho Cartier la facultad de partir y tomar la delantera, y de conducirse en todas las cosas como si él hubiera estado presente; y él hizo su salida para Honfleur, á fin de apresurar los últimos preparativos. Despues de todo esto, y siendo el viento favorable, las referidas cinco naves se dieron á la vela juntas, bien provistas de vituallas para dos años, el dia 23 de mayo de 1540 (1541) (2).

Navegamos tanto tiempo con viento contrario y grandes tormentas que sobrevinieron por la tardanza de nuestra salida, que estuvimos sobre la mar mas de tres meses antes de poder llegar al puerto del Canadá, sin haber tenido en todo ese tiempo treinta horas de viento favorable que pudiese servirnos para seguir en derechura nuestra derrota; de manera que nuestras cinco naves se perdieron las unas de las otras, escepto dos que continuaron juntas, á saber: aquella en donde iba el capitan, y la otra en donde se hallaba el vizconde de Beaupré, hasta que al cabo de un mes nos encontramos en el puerto de Carpont en Terranova. Pero el mucho tiempo que tuvimos que pasar entre Bretaña y Terranova, fué causa de que el agua nos faltara para el ganado, cabras, puercos y otros animales que llevábamos para multiplicarlos en el país, teniendo que darles sidra y otras bebidas.

Habiendo pasado, pues, tres meses en el mar, y habiéndonos detenido en Terranova esperando al señor de Roberval, y haciendo provision de agua y otras cosas necesarias, no pudimos llegar al puerto de Santa Cruz en el Canadá (en cuyo lugar permanecimos ocho meses en nuestro viaje anterior), hasta el 23 del mes de agosto. Allí los pueblos del país vinieron á nuestras naves, mostrando la mayor alegría por nuestra llegada, y principalmente vino aquel que gobernaba el país del Canadá, llamado Agonna, el cual habia sido nombrado rey por Donnaconna, que en nuestro viaje anterior nos habiamos llevado á Francia.

(1) Francisco de la Rocque, señor de Roberval, noble de Picardía, nombrado, por real cédula de 15 enero de 1540, virey del Canadá, y lugarteniente general del rey Francisco Iº en Canadá, Hochelaga, Terranova, Belle-Isle, Carpon, Labrador, etc.

(2) « La comision dada á Cartier habia sido firmada el 17 de octubre de 1540 por Francisco Iº. » (Archivos de Saint-Malo; carta de M. Cunat.)



Flores del Canadá ([1]).

Y habiendo llegado á bordo de la nave del capitan con seis ó siete barcas y con muchas mujeres y niños, el dicho Agonna preguntó al capitan donde estaban Donnaconna y los otros, y el capitan respon-

([1]) Véase la nota de la p. 48.

dió que Donnaconna se habia muerto en Francia y que su cuerpo se habia quedado en Francia, y que los otros estaban en Francia donde vivian como grandes señores, que se habian casado y que no querian volver á su país. El dicho Agonna no demostró el menor desagrado al oir este discurso; y creo que hasta le agradó porque se quedaba de señor y gefe del país por la muerte del dicho Donnaconna. Despues de esta conferencia, el dicho Agonna tomó un pedazo de cuero, guarnecido al rededor de esurgni (que es su riqueza y la cosa que creen mas preciosa en el mundo), que estaba sobre su cabeza á guisa de corona, y le colocó en la cabeza de nuestro capitan; despues se quitó de sus muñecas dos brazaletes de esurgni y las puso igualmente en las muñecas del capitan, prodigándole muestras de amistad con la mayor alegría; lo que era todo finjimiento, como luego pudimos conocer. El capitan se ajustó la corona de cuero en su cabeza, y le dió, así como á sus mujeres, ciertos regalitos, haciéndole comprender que habia traido muchas cosas nuevas, de las cuales le regalaria algunas mas tarde; y por esto el dicho Agonna dió las gracias al capitan. Y despues que el capitan les dió de comer á todos, se despidieron y se volvieron á tierra con sus barcas.

Pasadas estas cosas, el dicho capitan se fué con dos naves rio arriba mas allá de Canadá y del puerto de Santa Cruz, para ver un puerto y un riachuelo que está á cuatro leguas mas allá [1], que pareció mejor y mas cómodo que el otro para las naves. Por esta razon, á su vuelta hizo llevar todas sus naves mas allá del referido rio, y con marea baja hizo plantar su artillería para poner en seguridad aquellas naves que queria dejar y guardar en el país, las cuales eran tres; y esto lo ejecutó al dia siguiente, y las demas naves quedaron en la rada en medio del rio (en cuyo lugar se desembarcaron las vituallas y otras cosas que se habian llevado), desde el 27 de agosto hasta el 2 de setiembre, dia en que se dieron á la vela para regresar á Saint-Malo; y en esas naves envió á Marcos Jalobert, su cuñado, y á Estéban Noel, su sobrino, ambos escelentes pilotos y bien esperimentados, con cartas al rey para darle conocimiento de lo que habia sido hecho y hallado, y de cómo M. de Roberval no habia llegado aun, y se temia que por causa de los vientos contrarios y de las tempestades, no hubiese tenido que volverse á Francia.

II. — Descripcion del rio y puerto de Charlesbourg-Royal.

El dicho rio es pequeño y no tiene mas de cincuenta pasos de ancho; las naves pueden entrar con la marea alta; pero con la baja solo hay un canal de un pié poco mas ó menos. Por ambos lados del rio hay buenas y hermosas tierras, con los mejores árboles que pueden verse en el mundo, y de diversas clases y muy altos. Hay una especie de árbol que se estiende á mas de tres brazas y se llama por las gentes del país annedda [2], el cual tiene una escelente virtud, de la cual haré mencion mas adelante. Ademas, hay muchas encinas, las mejores que en mi vida he visto, las cuales estaban tan cargadas de bellotas que parecia que sus ramas iban á romperse. Hay tambien hermosos arces, cedros, abedules y otras clases de árboles no conocidas en Francia. Y cerca de esta selva, por el lado sur, la tierra está cubierta de viñas que encontramos cargadas de racimos muy negros, pero no tan agradables como las uvas de Francia, por la razon de que no están cultivadas y crecen naturalmente. Ademas hay mucho oxiacanto, con las hojas tan anchas como las de la encina, y cuyo fruto se parece al níspero.

En suma, este país es el mas propio para el cultivo que se puede desear. Sembramos semillas de nuestro país, coles, nabos, lechugas y otras, las cuales fructificaron y brotaron en ocho dias. La entrada de este rio está hácia el sur, y se desvia hácia el norte serpenteando. Y á su entrada hácia el sur hay un promontorio alto y pelado donde practicamos un camino doble, y en la cumbre hicimos un fuerte para el guarda del fuerte que está abajo, así como de las naves y de todo lo que podia pasar, tanto por el rio grande como por aquel rio pequeño. Ademas se ve una grande estension de tierra muy propia

(1) Hoy el rio del cabo Rojo.
(2) Véase la nota de la p. 57.

para el cultivo, un poco inclinada al sur y toda llena de hermosas encinas y otros árboles, no en mas abundancia que en las selvas de nuestro país [1]. Aquí empleamos veinte de nuestros hombres en trabajar, los cuales en un dia labran como fanega y media de la tierra susodicha; y en una parte de ella pusieron nabos que, como he dicho antes, salieron de la tierra al cabo de ocho dias. Y sobre esa alta montaña ó promontorio, encontramos un hermoso manantial muy próximo al dicho fuerte, y á su lado hallamos una buena cantidad de piedras que creimos serian diamantes.

Al otro lado de la dicha montaña y á la falda de esta, que mira al rio grande, hay una hermosa mina del mejor hierro que puede verse, la cual se estiende hasta cerca de nuestro fuerte; y la arena que pisamos es tierra mineral que podria utilizarse. A la orilla del agua encontramos ciertas hojas de un oro



Vista de una selva del Canadá, segun el *Canada pittoresque*.

fino, gruesas como la uña; y al oeste del referido rio, hay, como se ha dicho ya, muchos árboles muy hermosos; y hácia el agua un prado con una yerba que no puede verse mejor en ningun prado de Francia. Entre el dicho prado y la selva hay muchas viñas; y pasadas las viñas, la tierra da cáñamo que crece naturalmente y que es de lo mejor que puede encontrarse. Al estremo del dicho prado, á unos cien pasos, hay una tierra que se eleva en pendiente, la cual es una especie de pizarra negra y espesa [2], donde relucen como oro y plata vetas minerales; por último, en algunos sitios hemos encontrado

(1) « La descripcion dada por Cartier de este rio y puerto corresponde á la posicion del rio del cabo Rojo, que está á tres leguas y media de Quebec; y los detalles que nos suministra sobre todas las inmediaciones de este rio, trazan exactamente el cabo Rojo de hoy, una parte de la selva que está junto á ese cabo, por el lado sur del rio San Lorenzo, así como el terreno situado á la otra parte, y al oeste del rio del cabo Rojo, el cual forma una especie de meseta y se eleva despues en forma de anfiteatro. » (*Sociedad de Quebec.*)

(2) La pizarra de buena calidad existe en abundancia en las inmediaciones del rio San Francisco y en el distrito de Quebec. Hay tambien piedras molares aunque de una calidad inferior; las mejores del Canadá están en el distrito de Gaspé. Por último, en diferentes sitios se hallan piedras de afilar, y se ha descubierto escelente trípoli en los condados de Berthier y de Montmorency.

piedras como diamantes, muy hermosos, pulimentados y tallados maravillosamente ([1]); y cuando el sol los baña con sus rayos, relumbran como si fueran chispas de fuego.

III. — De cómo, despues de la salida de las dos naves que fueron enviadas á la Bretaña, y una vez comenzada la construccion del fuerte, el capitan mandó preparar dos naves para ir arriba del rio á descubrir el paso de los tres saltos ó corrientes de agua.

Habiendo despachado dos naves el dicho capitan para que se volvieran y llevaran nuevas, en cumplimiento á lo que el rey le habia mandado, y una vez comenzada la construccion del fuerte para la se-



Las cascadas del Salto Largo, segun Bartlett.

guridad de las vituallas y otras cosas, se determinó, con el vizconde de Beaupré y los demas nobles, oficiales y pilotos elejidos para la deliberacion, emprender un viaje con dos naves provistas de hombres

([1]) Se encuentran tierras de diferentes colores y en grandes cantidades en varios puntos del Canadá, como verbigracia: barita, á lo largo de la costa del norte, pasado el lago Superior; ocre amarillo, encarnado y oscuro en diferentes sitios, y sobre todo en los condados de Tadussac y Montmorency; en las orillas del lago Huron hay una especie de arcilla ferruginosa que suministra un color de un rojo claro, y piedras litográficas.

En cuanto á piedras preciosas, hay en el Canadá ágatas, jaspes, labradoritas, jacintos, amatistas y azabache: tambien se han hallado rubís en las márgenes del Utauais.

Los talcos compactos y las piedras ollares existen en muchos sitios en abundancia, y sobre todo en los condados de Beauce y Megantic, donde hemos hallado tambien plombagina. El amianto se encuentra en los condados de Stanstead y Kamuraska. Hay selenito en las márgenes del rio Grande cerca del Niágara, y en las islas del golfo y de la embocadura del San Lorenzo; el fosfato de cal está principalmente en lo alto del Utauais, y probablemente en toda la costa norte.

El país posee tambien terrenos donde hay colirio, cromo, cobalto, manganesa, piritas de hierro y magnesitas que la química puede utilizar.

El oro nativo en la tierra se halla en bastante cantidad en el condado de Beauce, cerca de Quebec. (V. sobre el cobre, el plomo, el hierro, etc., *Esquisse sur le Canada*, p. 61.)

y de vituallas para llegar hasta Hochelaga, con idea de ver y comprender los saltos de agua que hay que pasar para ir al Saguenay, á fin de ponerse en estado de pasar adelante en la primavera, empleándose la estacion de invierno en disponer todas las cosas necesarias. Una vez preparadas las dichas naves, el capitan y Martin de Paimpont, con otros nobles y el resto de los marineros, partieron del dicho lugar de Charlesbourg-Royal ([1]) el 7 de setiembre del susodicho año de 1540. El vizconde de Beaupré se quedó para la guarda y gobierno de todas las cosas en el dicho fuerte. Cuando subian el rio, el capitan fué á ver al señor de *Hochelai* ([2]), cuya morada está entre Canadá y Hochelaga, el cual en el viaje anterior habia dado al dicho capitan una niña, y le habia informado muchas veces de las traiciones que Taiguragni y Domagaya (que el capitan en su otro viaje habia llevado á Francia) tenian deseos de tramar contra él.



La cascada de la Caldera, cerca de Otoarais.

En consideracion á su cortesía, el capitan no quiso pasar adelante sin hacerle una visita; y á fin de hacerle entender que el capitan tenia en él mucha confianza, le dió dos niños y se los dejó para que aprendieran su lengua; tambien le regaló una capa de paño escarlata de Paris, que estaba toda guarnecida de botones amarillos y blancos y de cascabeles; y ademas le dió dos jofainas de cobre ó de laton, y algunos cuchillos, todo lo cual agradeció sobremanera el dicho señor, y despues de esto el capitan y su compañía partieron del dicho lugar. Navegamos con un viento tan favorable, que el 11 del mes llegamos á la primera cascada ([3]) que dista dos leguas del pueblo de *Tatonaguy*. Así que llegamos al dicho lugar nos decidimos á pasar lo mas lejos que fuera posible con una de las naves, en tanto que la otra se quedaria en aquel sitio hasta nuestro regreso. Pusimos en la nave el doble de los hombres para bogar contra la corriente ó la fuerza de la dicha cascada; y despues que nos alejamos de la otra nave, hallamos mal fondo y muchas rocas, y una corriente de agua tan fuerte que no pudimos pasar adelante con nuestra nave, por lo cual el capitan resolvió ir por tierra á examinar la cascada.

([1]) En el Derrotero de Juan Alfonso, este mismo sitio se llama France-Roy.
([2]) Se cree que era una aldea situada cerca de las cascadas de Richelieu
([3]) Esta primera cascada parece ser la de Santa María.

Despues de haber desembarcado, hallamos cerca de la orilla un camino que tomamos y que conducia á las dichas cascadas. Siguiendo este camino, hallamos á poco tiempo un pueblo que nos hizo buen recibimiento y nos prodigó señales de amistad. Cuando les dijimos que queriamos ver las cascadas y que deseábamos ir á Saguenay, cuatro jóvenes vinieron con nosotros para enseñarnos el camino, y nos llevaron tan lejos, que fuimos á otra aldea habitada por buenas gentes que viven cerca de la segunda cascada ([1]), y nos dieron víveres de los que tenian, como carne y pescado. Despues que el capitan les hubo preguntado, tanto por señales como con palabras, cuántas cascadas teniamos que pasar para ir á Saguenay, y si este punto distaba mucho del lugar en donde estábamos, aquel pueblo nos mostró y nos dió á entender que estábamos en la segunda cascada, y que no habia mas que otra que pasar ([2]); que el rio no era navegable para ir al Saguenay, y que la dicha cascada estaba á una tercera parte del camino mas allá de lo que habiamos recorrido; y esto nos lo decian plantando palitos en el suelo á ciertas distancias, y poniendo entre ellos unas ramas que representaban las cascadas. Segun las dichas señales si dicen la verdad, no puede haber mas de seis leguas por tierra para pasar las dichas cascadas.

IV. — Descripcion de las tres cascadas ó corrientes de agua que están mas arriba de Hochelaga.

Así que los habitantes del dicho pueblo nos dijeron todas esas cosas, tanto porque caia la tarde como porque no habiamos comido ni bebido en aquel dia, resolvimos volver á nuestras naves; y al llegar encontramos una gran cantidad de pueblo, como cuatrocientas personas, las cuales parecian estar muy alegres por nuestra llegada. En vista de esto, el capitan distribuyó regalos entre aquellas personas, que fueron peines, alfileres de estaño y de laton y otras cosas menudas, y á los gefes dió á cada uno su hacha y su anzuelo, por lo cual prorumpieron en gritos de júbilo. Sin embargo, no hay que hacer caso de esas ceremonias, pues lo que habrian deseado habria sido matarnos á todos, como supimos mas adelante. Despues volvimos con nuestras naves y pasamos cerca de la morada del señor de Hochelai, en cuya casa el capitan habia dejado los dos niños cuando subimos el rio, pensando hallarlos; pero no pudo encontrar á nadie, escepto uno de sus hijos, quien dijo al capitan que estaba en *Maisuna* hacia dos dias, como tambien lo dijeron nuestros niños. Pero lo cierto es que habia ido á Canadá para deliberar con Agonna lo que podian emprender contra nosotros. Y cuando llegamos á nuestro fuerte, nuestros hombres nos dijeron que los del país no se acercaban ya al fuerte como antes á traer pescado, y que nos temian mucho. Nuestro capitan, habiendo sabido por algunos de los nuestros que habian ido á verlos á Estadaconé, que habia un crecido número de pueblo que se habia reunido allí de distintos lugares, mandó disponerlo todo y poner nuestro fuerte en buen órden.....

Se ha perdido el fin de esta tercera relacion; pero no parece que haya que sentir la falta de alguna noticia importante; Cartier dejó á Roberval en el puerto de San Juan y regresó á Francia ([3]); segura-

([1]) Corresponde esta segunda cascada á las corrientes de Lachine.

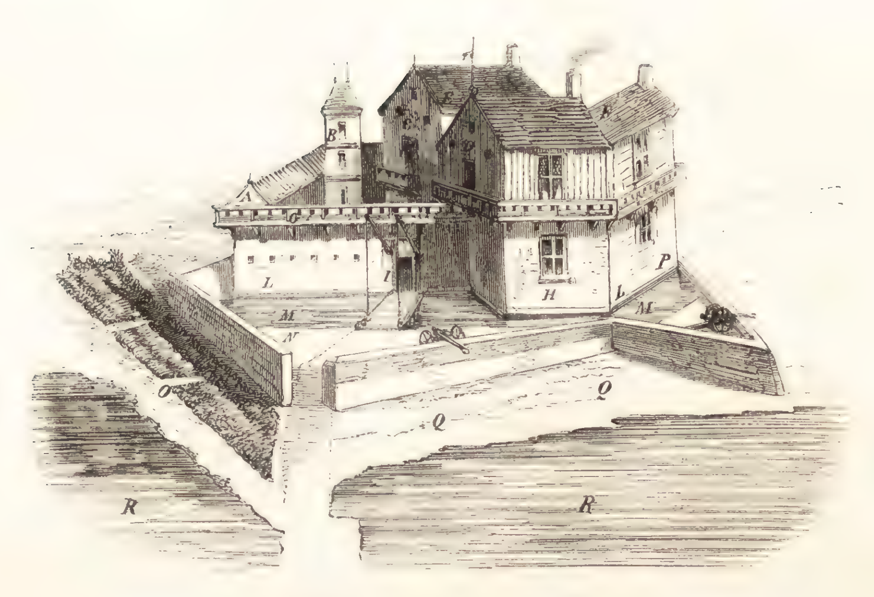
([2]) Esta última cascada debe ser la de San Luis.

([3]) « Roberval pereció con toda su gente en un segundo viaje, y esta horrible desgracia, dice M. Taché, no contribuyó poco á entorpecer los progresos de la nueva colonia.

» De 1534 á 1608, época de la fundacion de Quebec por M. Champlain, á la sazon gobernador del Canadá, la historia no habla mas que de la formacion de compañías en Francia, de viajes, descubrimientos y guerras con los salvages en América. Como los asuntos políticos de Europa absorbian entonces toda la atencion, el cuidado de colonizar el Canadá quedó casi esclusivamente á cargo de los particulares, que se ocuparon mucho mas en hacer el tráfico de pieles con los salvages que en fundar una colonia agrícola. Pero desde la época de la fundacion de Quebec, y gracias á los trabajos de M. de Champlain, se pensó en formar establecimientos y en obligar con guerras ó tratados á las naciones salvages á entrar en la alianza francesa. En 1629, los progresos de la colonia se paralizaron de nuevo de resultas de la toma de Quebec por el almirante inglés Kirtk; pero el Canadá fué devuelto á la Francia en 1632.

» Montreal se fundó en 1641 y se puso en estado de resistir á las invasiones de los iroqueses, siempre dispuestos á caer sobre los franceses y sobre las tribus aborígenes que habian entrado en su alianza.

» La Francia habia hecho tan poco por aquellos países hasta 1663, que únicamente en tiempo del ministerio del célebre



Primera habitacion construida en Quebec, segun Champlain.

A, almacen; — B, palomar; — C, cuerpo de casa para los obreros; — D, otro cuerpo de casa para los obreros; — E, cuadrante; — F, otro cuerpo de casa para la fragua y los artesanos; — G, galerías al rededor de las habitaciones; — H, aposento del señor de Champlain; — I, puerta de la habitacion con puente levadizo; — L, paseo de la habitacion, de diez piés de ancho, al borde del foso; — M, fosos al rededor de la casa; — N, plataformas á modo de tenazas para poner el cañon; — O, jardin del señor de Champlain; — P, cocina; — Q, plaza delante de la casa, á la orilla del rio; — R, el rio San Lorenzo.

Colbert, comenzó á plantearse un sistema de colonizacion. En aquella época la poblacion francesa del Canadá no pasaba de dos mil habitantes distribuidos entre Tadussac, Quebec, Tres Rios, Montreal y otros varios puntos.

» En 1689, estalló la guerra entre las colonias inglesas y francesas; el almirante inglés Phipps llegó con una flota delante de Quebec, pero fué rechazado. Gracias á la administracion del conde de Grontenac, que era entonces gobernador, la Nueva Francia ilustró sus armas hasta el punto que resolvieron tomar la ofensiva contra las colonias inglesas, y el éxito fué tan grande, que Iberville, el Cid del Canadá, despues de muchos combates por tierra y por mar, se apoderó de la isla de Terranova y de su capital San Juan, y redujo los fuertes de la bahía de Hudson.

» Por fin se concluyó la paz con la Inglaterra en 1697, y en 1701 se firmó un tratado de paz con todas las naciones indias del Canadá. Una nueva guerra fué seguida de un nuevo tratado en cuya virtud la Francia cedia á la Inglaterra la Acadia, Terranova y la bahía de Hudson.

» Cuando se declaró la guerra en 1755, la Inglaterra habia resuelto llevar á cabo la conquista del Canadá, y la Francia apenas se ocupaba de su colonia, confiada al heroismo de sus habitantes y de algunos soldados.

» En 1759, el general Amherst atacó el Canadá por el interior, en tanto que el general Wolfe llegaba con una flota á desembarcar sus tropas en la isla de Orleans, delante de Quebec. El general inglés, despues de haber logrado sorprender las alturas de Abraham, dió batalla en los llanos próximos á la poblacion; y esta batalla, en la que perecieron los dos generales Montcalm y Wolfe, fué ganada por los ingleses y produjo la rendicion de Quebec; por capitulacion, en 1761, la Nueva Francia cesó de formar parte de las posesiones francesas, quedando en poder de la Inglaterra.

» Mucho ha cambiado el Canadá desde aquel tiempo en que se consolaban de la pérdida de aquel inmenso territorio diciendo: «¿Qué le importan á la Francia algunas fanegas de nieve en el Canadá?» Esas fanegas de nieve se han convertido en un país de cerca de 40,000 leguas de superficie, poblado por dos millones de habitantes; cuyo suelo fértil produce por un valor de mas de quinientos millones de francos anuales, independientemente de la esplotacion de los montes y de las riquezas que contienen las aguas del golfo, con sus pesquerias sin rival; cuya industria ocupa una flota oceánica de mas de un millon de toneladas y una flotilla interior de mas de doscientas mil; que tiene un gobierno casi independiente, con unas rentas de veinte y cinco millones de francos, y con instituciones de educacion y de beneficencia dignas de las comarcas mas favorecidas.

» El Canadá tiene de largo sobre 400 leguas francesas, y 100 de ancho; los límites del país tocan en el sentido de su ongitud al 60° y al 84° grados de longitud oeste del meridiano de Greenwich, y á los 42° y 52° grados de latitud norte.» (Taché, 1855, *Esquisse sur le Canada.*)

mente se hallaba de vuelta en Saint-Malo en octubre de 1542, pues el 21 de este mes sacó de pila á la hija del teniente gobernador de la ciudad. « En invierno habitaba en Saint-Malo, dice M. Cunat, y el verano lo pasaba en Limoilou, aldea donde habia hecho construir una bonita casa de campo, que se designa aun con el nombre de *les Portes-Cartier*. A su apellido, nuestro gran navegante, ennoblecido por Francisco I°, añadió el título de señor de Limoilou ([1]). »

No se conoce la fecha precisa de la muerte de Jacques Cartier, pero parece probable que ocurrió á fines del año 1552; por lo menos en esa época su nombre cesó de figurar en los actos auténticos que han quedado en Saint-Malo. En 1552 no tenia mas de cincuenta y ocho años.

([1]) *Histoire inédite de la ville de Saint-Malo* por M. Cunat.

BIBLIOGRAFIA.

MANUSCRITOS. — Tres manuscritos conservados en la Biblioteca imperial, con los nos 10272, 10026[3], 10025, con este título : *Seconde navigation* faite par le commandement et vouloir du très-chrétien roy François premier de ce nom, au parachèvement de la découverture des terres occidentales estantes souz le climat et parallèles des terres et royaume dudit seigneur, et par lui précédemment ja commencées à faire découvrir; cette navigation, faite par Jacques Quarrtier, natif de Saint-Malo, de l'Isle en Bretagne, pilote dudit seigneur, en l'an 1535.

TESTOS IMPRESOS. *Primera relacion.* — Ternaux-Compans, *Archives des voyages*, ó coleccion de antiguas relaciones inéditas ó muy raras sobre geografía y viajes ; Paris, en 8°. — Jacques Cartier ou Quartier, navigateur, de Saint-Malo, *Brief récit de la navigation faite es isles de Canada, Hochelaga, Saguenay et autres*, et particulièrement des mœurs, langages et cérémonies d'habitants d'icelles; Paris, Ponce Rifflet, en 8°, 1545; y Ruan, en 8°, 1598. — *Prima relatione della navigatione di Jacques Cartier, piloto de Francia, della Terra-Nuova* detta la Nova-Francia trovata nell anno 1534 (tercer volúmen de la coleccion de Ramusio).

Segunda relacion. — *Secunda relation della navigatione da lui fatta all' isole di Canada, Hochelaga, Saguenaie et altre*, al presente dette la Nuova-Francia, con particulari costumi et ceremonie degli habitanti nell' anno 1535 (tercer volúmen de la coleccion de Ramusio). — *Discours du capitaine Jacques Quartier aux Terres-Neuves du Canada, Norembègue, Hochelaga, Labrador et pays adjacents*, en l'an 1534, écrit en langue étrangère et traduit en français; Paris, en 8°, 1538.

Las dos primeras relaciones se hallan casi enteras en l'*Histoire de la Nouvelle-France*, de Marc Lescarbot.

Tercera relacion. — *Le troisième voyage des découvertes faites par le capitaine Jacques Cartier, en l'année 1540, dans les pays de Canada, Hochelaga et Saguenay* (traducido de Ramusio). Se halla perdida la conclusion.

Las tres relaciones reunidas se publicaron por primera vez en francés por la Sociedad literaria é histórica de Quebec.

Las dos primereras relaciones de Cartier y lo que se conserva de la tercera se hallan en inglés en la coleccion de Hakluit.

COMENTARIOS. — *Voyages de découverte au Canada, entre les années 1534 et 1542*, par Jacques Quartier, le sieur de Roberval, Jean-Alphonse de Xaintonge, etc., suivis de la description de Québec et de ses environs en 1608, et de divers extraits relativement au lieu de l'hivernement de Jacques Cartier en 1535-36 (con grabados y fac-simile); reimpresos bajo la direccion de la Sociedad de Quebec; Quebec, William Cowan et fils, en 8°, 1843. — Marc Lescarbot, *Histoire de la Nouvelle-France*, contenant les navigations, découvertes et habitations faites par les Français es Indes occidentales et Nouvelle-France, par commission de nos roys très-chrétiens, et les diverses fortunes d'iceux en l'exécution de ces choses, depuis cent ans jusqu'à hui, etc.; Paris, en 8°, 1609, 1611, 1612, 1617, 1618. — La *Biographie universelle*, de Michaud; — la *Nouvelle Biographie universelle*, de Didot; — la *Biographie bretonne*, por P. Levot; en 4°, 1852, artículo *Cartier*.

OBRAS CONSULTADAS. — Richard Eden, *A treatise of the Newe-India*, with other new founde Lands and Islandes, etc.; London, 1553. — Juan Bautista Ramusio, *Della navigazione e viaggi*, raccolti da M. Giov.-Bapt. Ramusio; Venecia, 3 vol. en fol., 1554. — El tercer tomo está consagrado á la historia de América. — André Thevet, *les Singularités de la France, antarctique, autrement nommée Amérique*; Paris, en 4°, 1558; Ambéres, en 8°, 1558. Traduccion inglesa, London en 4°, 1568. — Mellin de Saint-Gelais, *Voyages aventureux de Jean-Alphonse, Saintongeois*; Poitiers, en 4°, 1559; Paris, en 8°, 1598. — Apollonius Lavinius, *De navigatione gallorum in terram Floridam*, deque clade anno 1555 ab Hispanis acceptâ ; Ambéres, en 8°, 1568. — Cabo ó Gaboto, célebre navegante, *Navigatione nella parte septentrionale*; Venecia,

en fol., 1583.—*Brief récit, succincte narration de la navigation faite aux îles de Canada, Hochelaga et autres*, etc.; Paris, Rosset, 1595, en 4º. — Richard Hackluit, *the Principal navigations, voyages, traffiques and discoveries of the english nation*, made by sea or over land, etc. The third and last vol. of the voyages, etc., of the english nation, and in some few places, etc.; London, 3 vol en fol., 1599. —Haies (Edward), *A report of the voyages and successes attempted in the year of our lord 1583*, etc., upon those large and ample countreys extended nordward from the cape of Florida, etc. (In Hakluit's collection, vol. 3.) — Richard Clarke, *A relation of Richard Clarke*, of Weymouth, master of the ship called *the Delight*, going for discovery of Norembega. En la coleccion de Hakluit, t. III. — O'Haru, *Voyage to newfoundland and cap Breton, in 1536*. In Hakluit's collection. — Giovanni da Verrazzani ó Verrazano, *Relation della terra per lui scoperta*, in nome di Sua Maesta Cristianissima. En la coleccion de Ramusio y en el tercer tomo de Hakluit. — Pierre Boucher, gouverneur des Trois-Rivières, *Histoire véritable et naturelle des mœurs et productions de la Nouvelle-France ;* Paris, en 12.

Des sauvages, ou *Voyages de Samuel Champlain*, faits en la Nouvelle-France, l'an 1603; Paris, 1603, en 8º. — Marc Lescarbot, *Histoire de la Nouvelle-France*, contenant les navigations, découvertes et habitations faites par les Français ès Indes occidentales et Nouvelle-France, etc.; Paris, en 8º, 3 ediciones, 1609, 1611, 1618. Traduccion inglesa, London, small en 4º, 1609. — Bertrand, *Lettre missive touchant la conversion du grand sayamos de la Nouvelle-France*, qu en étoit, avant l'arrivée des Français, le chef et le souverain; Paris, en 8º, 1610. —Lescarbot, *la Conversion des sauvages qui ont été baptisés dans la Nouvelle-France, cette année 1610*, etc.; Paris, en 8º, 1610. — *Relation de ce qui s'est passé au voyage du sieur de Poutrincourt en la Nouvelle-France*, etc.; Paris, en 8º, 1612. — Le père Jouvency, *De expeditione quorumdam Societatis Jesu in Acadia ;* Roma, 1611. — Biard, jesuita, *Relation de la Nouvelle-France et du voyage que les jésuites y ont fait;* Lyon, en 12, 1612 y 1616. — *Histoire de la Nouvelle-France* (en aleman); Augsburgo, en 4º, 1613. — *Histoire de la découverte du grand pays de la Nouvelle-France* (en aleman); Hamburgo, en 4º, 1613. — *Voyage à la Nouvelle-France*, de Samuel Champlain; Paris, 1616 — *Id.*, 1617, en 8º.— Samuel Purchas, *His Pilgrimages, or relations of the world and the religions observed in all ages and places*, discovered from the creation unto this present; London, en fol., 1617. Voyages à la Nouvelle-France, en el 4º volúmen. — *Notes of voyages and plantations of the French*, in north America, both in Florida and Canada, written in 1564. (In Purchas's Pilgrims.)— Lescarbot, *les Muses de la Nouvelle-France*; Paris, en 8º, 1618. — Captain Richard Whitbourne, *A discourse and discovery of newfoundland*, etc.; London, small en 4º, 1622. — Charles Lallemant, *Lettre du supérieur des missions des jésuites du Canada*, où sont contenues les mœurs des sauvages; Paris, en 8º, 1627. — *Érection d'une nouvelle compagnie pour le commerce du Canada*, etc. En el *Mercure des Français* del año 1628. — Thomas Harriot, *Brief and true report of the Newfoundlands and Virginia ;* London, en fol., 1628. — Samuel de Champlain, géographe du roi, *les Voyages de la Nouvelle-France occidentale, dicte Canada*, faits par le sieur de Champlain, et toutes les découvertes qu'il a faites en ce pays, depuis 1603 jusqu'en 1629, etc.; Paris, en 4º, 1632. — Nueva edicion, 1830. — Le Jeune (le père Paul), *Briève relation du voyage de la Nouvelle-France*, fait au mois d'avril dernier; Paris, en 8º, 1632. — Gabriel Sagar-Théodat, *le Grand voyage du pays des Hurons*, situé en l'Amérique, vers la mer Douce et derniers confins de la Nouvelle-France, dite Canada, etc.; Paris, en 12, 1632.— *Relation du voyage fait en Canada, en 1632, pour la prise de possession du fort de Québec*. En el *Mercure français*, en 1632.— *Relation de ce qui s'est passé en la Nouvelle-France ou Canada ;* 1633. — Relation du sieur de Champlain, 1633. En el *Mercure français* de 1633. — Jean de Laët, *Novus orbis*, seu descriptionis Indiæ occidentalis, libri XVIII; Leyde, en fol., 1633. Traduccion francesa con este título : *l'Histoire du nouveau monde*, ou description des Indes occidentales; Leyde, en fol., 1641. — Julien Perrault, *Relation du cap Breton*, dans la Nouvelle-France; Paris, en 12, 1634. — *Relation de ce qui s'est passé en la Nouvelle-France, en l'année 1633;* Paris, en 8º, 1634.— *Relations de ce qui s'est passé en la Nouvelle-France, depuis l'année 1633 jusqu'en 1672;* Paris, Cramoisi, 19 vol. en 8º, 1634 y años siguientes.—Jean de Brébeuf, jesuita, *Relation de ce que les jésuites ont fait et de ce qui s'est passé en la Nouvelle-France, en 1634 et 1635;* Paris, 2 vol. en 8º, 1634-1635, — Jacques-Philippe Tornuti, *Canadensium plantarum aliarumque nondum editarum historia ;* Paris, en 4º, 1635. — Sagard Théodat, *Histoire du Canada*, et voyages que les frères mineurs y ont faits pour la conversion des infidèles, etc.; Paris, en 8º, 1636.; *Id.*, 1686. — *Les véritables motifs de messieurs et dames de la société de Notre-Dame de Montreul, pour la conversion des sauvages de la Nouvelle-France ;* Paris, en 4º, 1643. —Jérôme Lallemant, *Relation de ce qui s'est passé en la Nouvelle-France, depuis l'an 1645 jusqu'en 1648 ;* Paris, 3 vol. en 8º, 1648. — Le père François-Joseph le Mercier, *Relation de la mission des PP. jésuites à la Nouvelle-France, de 1647 à 1648 ;* Paris, en 8º, 1649. — *Relation de ce qui s'est passé en Canada, depuis l'été de 1649 jusqu'en l'été de 1650;* Paris, en 8º, 1650. — Paul Ragueneau, *Relation de ce qui s'est passé dans la Nouvelle-France, depuis l'an 1648 jusqu'en 1651;* Paris, 2 vol. en 8º, 1650-1652. — François-Joseph Bressani, *Relazione degli missionari della compagnia di Giesu nella Nuova-Francia ;* Macerata, en 4º, 1653. — Le Mercier, *Relation depuis l'an 1651 jusqu'en 1653;* Paris, en 8º, 1653-1654. — Le Mercier, *Relation de ce qui s'est passé en la Nouvelle-France, en 1653 et 1654;* Paris, en 8º, 1655. — N.-N. Gent, *America, or an exact description of the west Indies;* London, 1655. — *Relation de ce qui s'est passé de plus remarquable en la mission des pères de la compagnie de Jésus aux Hurons*, pays de la Nouvelle-France; 1664. — Franciscus Creuxis, *Historiæ Canadensis*, seu Novæ Franciæ libri decem ad annum usque Christi 1656; Paris, en 4º, 1664. — Le Mercier, *Relation du Canada, de 1664 à 1665;* Paris, 3 vol. en 12, 1666. — Philippe Alegambe, *Mortes illustræ et gesta eorum de societate Jesu qui in odium fidei*, etc., Roma, en fol., 1667. — *Journal de la marche du marquis de Tracy contre les Iroquois de la Nouvelle-France;* Paris, en 4º, 1667. — Le Mercier, *Relation des années 1666 et 1667;* Paris, en 8º, 1668. — El mismo, *Relation des années 1667 et 1668;* Paris,

en 8º, 1669.—Jacques Bordier, jesuita, *Relation de ce qui s'est passé à la Nouvelle-France pendant les années 1666 et 1667*; Paris, en 8º, 1669. — Paul Prince, *Vie de la mère de Saint-Augustin*, religieuse de Québec, dans la Nouvelle-France; Paris, en 8º, 1671. — Nicolas Denis, gouverneur de l'Acadie, *Description géographique et historique des côtes de l'Amérique septentrionale*, avec l'histoire naturelle de ce pays; Paris, 2 vol. en 12, 1672. — Claude d'Ablon, *Relation de ce qui s'est passé dans la Nouvelle-France, de 1669 à 1670*; Paris, 1672, en 8º. — La révérende mère Marie de l'Incarnation, *Lettres de la mère Marie de l'Incarnation*, première supérieure des Ursulines de la Nouvelle-France; Paris, en 4º, 1631.—Luis Hennepin, *Description de la Louisiane*, nouvellement découverte, au sud-ouest de la Nouvelle-France; Paris, en 12, 1638-1688; Amsterdam, 1688. — Messire Jean de la Croix de Chevriers de Saint-Vallier, second évêque de Québec, *État présent de l'Église et de la colonie française dans la Nouvelle-France*, etc.; Paris, en 8º, 1688. — Le P. Chrétien Leclercq, *Premier établissement de la foi dans la Nouvelle-France*; Paris, 2 vol. en 12, 1691.—El mismo, *Nouvelle relation de la Gaspésie*, qui contient les mœurs et la relation des sauvages gaspésiens, etc.; Paris, en 12, 1692. Traduccion holandesa; Amsterdam, 1752, en 8º. — Louis Hennepin, *Nouveau voyage dans un pays plus grand que l'Europe*, entre la mer Glaciale et le Nouveau-Mexique, depuis 1679 jusqu'en 1682; Amsterdam, en 12, 1698. Traduccion nglesa, Londres, 1698.

El baron de la Hontan, *Nouveau voyage dans l'Amérique septentrionale*, depuis l'an 1683 jusqu'en 1693, etc.; la Haye, en 12, 1703; Amsterdam, 1705. Traduccion inglesa, London, 2 vol. en 8º, 1701. — Thomas Torfæus, *Histoire de l'antique Vinlande* ou partie de l'Amérique septentrionale (en latin); Hanau, en 8º, 1703, 1715; Copenhague, en 8º, 1706. — John Harris, *Navigantium atque itinerantium bibliotheca*; London, 2 vol. en fol., 1705. — Diereville, *Relation du voyage du Port-Royal de l'Acadie ou Nouvelle-France*; Ruan y Amsterdam, en 12, 1708. — *The late expedition to Canada*; London, en 8º, 1712.—Admiral sir Hovenden Walker, *Account of the late disastrous expedition to Canada*; London, en 8º, 1712, 1720. — Relation de Terre-Neuve, traduite de l'anglais de White, qui y a été en 1709, avec quelques remarques sur l'île du Cap-Breton; 1715. — Mémoire touchant Terre-Neuve et le golfe de Saint-Laurent, extrait des meilleurs journaux de mer; 1715. En el t. III del *Recueil des voyages au Nord*; Amsterdam, en 12, 1715 y 1722. — François le Maire, *Mémoire historique sur la Louisiane*, etc.; manuscrito; 27 mai 1717. — Joseph-François Lafiteau, Mémoire présenté à S. A. R. Mgr le duc d'Orleans, concernant la précieuse plante du ging-seng de Tartarie, découverte en Canada, etc.; Paris, en 8º, 1718. — Sir Martin Forbisher, *Relation de la Louisiane et du fleuve de Mississipi*; Amsterdam, 2 vol. en 12, 1720. — *Relation de la Louisiane et du Mississipi*, écrite à une dame par un officier de marine; écrite vers l'an 1720. En el t. V del *Recueil de voyages au Nord*; Amsterdam, 1724. — M. Bacqueville la Potherie, *Histoire de l'Amérique septentrionale*; Paris, 4 vol. en 12, 1722. Otras dos ediciones en 1723.—Josep-François Lafiteau, *Mœur des sauvages américains, comparées aux mœurs des premiers temps*; Paris, 2 vol. en 4º, 1723; Paris y Ruan, 4 vol. en 12, 1724. — Le P. Laval, *Voyage à la Louisiane*, fait par ordre du roi, en 1720; Paris, en 4º, 1728. — J.-F. Bernard, *Recueil de voyages au Nord*; Amsterdam, 10 vol. en 12, 1731-1732. — Lesage, *les Aventures de M. Robin de Beauchesne*, capitaine de flibustiers, dans la Nouvelle-France; Paris, 2 vol. en 12, 1732. — M. Sarrazin, Lettres au sujet des eaux du cap de la Magdeleine, en Canada. En las *Mémoires de Trévoux*; 1736, mayo, p. 956. — Charles le Beau, *Aventures ou voyages curieux parmi les sauvages de l'Amérique septentrionale*, dans lesquels on trouve une description du Canada, etc.; Amsterdam, 2 vol. en 12, 1738. — Emmanuel Crespel, *Voyages dans le Canada et son naufrage en revenant en France*; Francfort, 1742, en 12 — Charlevoix, jesuita, *Histoire et description générale de la Nouvelle-France*, avec un journal historique d'un voyage fait, par ordre du roi, dans l'Amérique septentrionale; Paris, 3 vol. en 4º ó 6 vol. en 12, 1744. Traduccion inglesa, London, 2 vol. en 8º, 1760 y 1772. — Cadwallader Colden, lieet gorn. of New-York, *History of the five indian nations of Canada*; London, en 8º, 1744. *Id.*, 2 vol. en 8º, 1755. — Arthur Dobbs, *An account of the countries adjoining the Hudson's Bay*, etc.; London, 1744, 1 vol. en 4º. — Duhamel, *Observations botanico-météorologiques, faites à Québec*, etc. En las Memorias de la Academia; Paris, 1746. — J. Marius, *Traite du castor en Canada*, traduit par Eidous; Paris, en 8º, 1746. — *Account of the French Settlements in north America*; showing from the latest authors, the towns, etc., of Canada, claimed and improved by the French King. By a gentleman, Boston, 1746, en 8º. — *L'Importance et l'utilité de la fameuse isle du Cap-Breton, prouvée par une description exacte* (en aleman); Leipsick, en 8º, 1747. — *Geographical history of Nova-Scotia*; London, en 8º, 1749. — *Histoire géographique de la Nouvelle-Écosse*; Paris, en 12, 1749 y 1754. — *The importance of settling and fortifying Nova-Scotia*, by a gentleman lately arrived from that colony; London, en 8º, 1751. — Peter Kalm, *Account of the cataracts of Niagara*; London, en 8º, 1751. — La sœur Françoise Juchereau de Saint-Ignace, *Histoire de l'Hôtel-Dieu de Québec*; Montauban y Paris, en 12, 1751. — John Bartram, *Observations on the inhabitants, climate, soil*; etc., made in his travels from Pensylvania to Onondago, Oswego, and the lac Ontario, to wich is annexed a curious account of the cataract of Niagara, by Peter Kalm; London, en 8º, 1751. — Emmanuel Crespel, *Reisen nach Canada*; Franckfurt und Leipsick, 1751, 1 vol. en 12. — Jean-Étienne Guettard, Mémoire dans lequel on compare le Canada à la Suisse, etc.; Paris, 1752. En las Memorias de la Academia de ciencias; 1752. — John Palairet, *Concise description of the english and french possessions in north America*; London, en 8º, 1753. — Matthieu-François Pidanzat de Mairobert, *Discussion sommaire sur les anciennes limites de l'Acadie*; Paris en 12, 1753. — Jean-Baptiste Lemascrier, *Mémoires historiques sur la Louisiane*, etc.; Paris, 2 vol. en 12, 1753. — Georges-Marie Butel-Dumont, *Mémoires historiques sur la Louisiane*, rédigés sur les manuscrits de l'abbé le Mascrier; Paris, 2 vol. en 12, 1753. — M. le marquis Joseph-Bernard de Chabert, *Voyage fait, par ordre du roi, en 1750 et 1751, dans l'Amérique septentrionale*, pour rectifier les côtes de l'Acadie, de l'Isle-Royale et de l'île de Terre-Neuve; Paris, en 4º, 1753. — *Some account of the north American Indians, their genius*, etc.; Londres, en 8º, 1754. — Jefferys, *Conduite des Français par rapport à la Nouvelle-Écosse*; traducido

del inglés, con notas, por Butel-Dumont; Londres, 1755, 1 vol. en 12. — *Histoire géographique de la Nouvelle-Écosse;* Londres, 1755, 1 vol. en 12. Traducido del inglés por Lafargue. — *Lettres d'un Français à un Hollandais*, au sujet des différends survenus entre la France et la Grande-Bretagne, touchant les possessions dans l'Amérique septentrionale; Paris, en 12, 1755.—*Mémoires des commissaires du roi de France et d'Angleterre sur les anciennes limites de l'Acadie*, etc.; Paris, 4 vol. en 4º, 1755; 6 vol. en 12, 1756.—*Memorials of the french and english commissaries, concerning the limits of Nova-Scotia or Acadia*, etc.; London, 2 vol. en 4º, 1755. — *Mémoires des commissaires de S. M. Très-Chrétienne et de ceux de S. M. Britannique sur les possessions et les droits respectifs des deux couronnes en Amérique*, etc.; Copenhague, dos tomos en uno, en 12, 1755; Paris, 2 vol. en 4º, 1755-57. — *State of the bristish and french colonies in North-America;* London, 1755. — William Clarke, *Observations on the late and present conduct of the French*, with regard to their encroachements on the british colonies in North-America, etc.; Boston and London, en 8º, 1755. — Saintard, *Essai sur les colonies françaises;* Paris, en 12, 1755. — D'Anville, Mémoire pour la carte intitulé: *Canada, Louisiane;* Paris, en 4º, 1756. — Sir Humphrey Gilbert, *Discourse to prove a passage by the north-west, and the east Indies;* London, 1756. In Hakluit's collection, vol. 3. — M. de Parfouru, Lettre de M. de Parfouru, gentilhomme de la Normandie, sur le Canada. En el *Journal de l'étranger;* 1776, marzo, p. 138. — *Notices géographiques, historiques et politiques sur la partie de l'Amérique septentrionale qui est le théâtre de la guerre entre les Anglais et les Français* (en aleman); Francfort y Leipsick, en 8º, 1756. — *A review of the military operations in north America*, from the commencement of the french hostilities on the frontiers of Virginia, in 1753, to the surrender of Oswego, August XIV, 1756; London, 1757, 3 vol. en 4º. — M. de Chevrier, *l'Acadiade*, ou Prouesses anglaises en Acadie, Canada, etc., poëme comi-héroïque en quatre chants; Cassel, peq. en 8º, 1758. — *An accurate account of the taking of cape Breton, in the year 1755;* London, en 8º, 1758. — Lepage du Pratz, *Histoire de la Louisiane*, etc.; Paris, 3 vol. en 12, 1758. — Mlle Fauque, *la Dernière guerre des bêtes*, fable pour servir à l'histoire du dix-huitième siècle; Londres, en 12, 1758. — *Considerations of the importance of Canada*, and the bay of the river S.-Lawrence, and of the american fisheries on the islands of cape Breton, S.-John's newfoundland, and the seas adjacent; London, en 8º, 1759. — *An acount of the manners of the Mumacs and Marakeets* (savage nations) now dependant on the government of cape Breton, etc.; London, en 8º, 1759. — Thadæus Macarty, *Two fast sermons before the expedition to Canada;* Boston, en 12, 1759. — Gourdin, *Mercure de la Nouvelle-France*, etc.; Paris, en 8º (sin año). — Thomas Curtie, *Particulars of the country of Labrador.* In the Philosophical transactions, vol. 64. — Captain John Knox, *Historical journal of the campaingns in north America, for the years 1757, 58, 59 and 1760*, etc.; London, 2 vol. en 4º, 1769. — *The importance of Canada considered*, in two letters to a nobleman; London, 1760. — Thomas Foxcroft, *Thanksgiving sermon on the conquest of Canada;* Boston, 1760. — Thomas Pichon, *Lettres et mémoires* pour servir à l'histoire naturelle, civile et politique du cap Breton; Londres y la Haye, en 12, 1760; Paris, en 8º, 1761. — T. Jefferys, *the Natural and civil history of the French dominious in north and south America;* London, 1761, 1 vol. en fol. — *The comparative importance of our acquisitions from France in America;* London, en 8º, 1762. — *Mémoires sur le Canada;* Paris, 3 vol. en 8º, 1762. — Richard Gardiner, *Memoirs of the siege of Quebec*, etc.; London, en 4º, 1762. — L'abbé Bertrand de Latour, *Mémoire sur la vie de M. de Laval*, primer obispo de Quebec; Colonia, 2 vol. en 12, 1761; Paris, en 4º, 1762. — Aubry, avocat, *Mémoire* pour Michel-Jean-Hugues Péan, capitaine aide-major des ville et gouvernement de Québec; Paris, en 4º, 1763. — *Mémoire* pour le marquis de Vaudreuil, ci-devant gouverneur et lieutenant général de la Nouvelle-France; Paris, 1763, en 4º. — *Mémoire* pour le sieur de Boishebert, capitaine, ci-devant commandant à l'Acadie; Paris, 1763, en 4º. — *Principales requêtes du procureur général en la commission établie dans l'affaire du Canada;* Paris, 1763, en 4º. — *Jugement rendu souverainement et en dernier ressort, dans l'affaire du Canada*, par MM. les lieutenant général de police, lieutenant particulier et conseillers au Châtelet, etc.; Paris, 1763, en 4º. — Lalource, *Mémoire* pour M. François Bigot, ci-devant intendant de justice, etc., en Canada; Paris, en 4º, 1763.—Griffith William's, *Account of Newfoundland;* London, en 8º, 1765.— Nicholas Ray, *Importance of the colonies of North-America considered*, etc., London, en 4º, 1766. — De Vallette, *Journal d'un voyage à la Louisiane*, fait en 1720; la Haye y Paris, en 12, 1768. — Le chevalier Bossu, *Nouveaux voyages aux Indes occidentales*, etc.; Paris, en 12, 1768; Amsterdam, 1769. Traduccion inglesa por John Reinhold Forster, London, 2 vol. en 8º, 1771. — El mismo, *Nouveaux voyages dans l'Amérique septentrionale*, etc.; Amsterdam, en 8º, 1777. — Rév. Thomas Alcock, *Relation du bombardement et du siége de Québec*, par un jésuite du Canada; London, 1770.—Forster, *Travels through that part of North-America formerly called Louisiana;* London, 2 vol. en 8º, 1771. — *L'Histoire des découvertes et des voyages faits dans le Nord*, traducida por Broussonnet; Paris, 2 vol. en 8º, 1788. El original aleman se publicó en Gœttingue, 1754, 3 vol. en 8º. — Baron Francis Masères, *Collection of papers relating to the province of Quebec;* London, en 4º, 1772. — El mismo, *Quebec commissions;* London, en fol., 1774. — *The history of the Bristish dominious in North-America*, etc.; London, en 4º, 1773. — Thomas Lyttleton, *Letter to William Pitt*, on the passing of the Quebec Bill; New-York, en 8º, 1774. — Robert Sayer, *the North American Pilot for Newfoundland, Labrador*, etc., London, en fol., 1775. — Baron Francis Mascret, *An account of the proceedings of the british and other protestant inhabitants of the province of Quebec*, etc.; London, en 8º, 1775. — William Smith, *An oration in memory of general Montgomery, and of the officiers and soldiers*, who fell with him, december 31, 1775, before Quebec, etc.; Filadelfia, 1776, en 8º. Segunda edicion, London, 1776, en 8º. — F.-W. Melcheimer, *Tagebuch von der Reise der Braundschweigischen auxiliartruppen von Wolfenbüttel nach Quebec (Journal du voyage des troupes auxiliaires de Brunswich et de Wolfenbuttel à Québec)*, Minden, 1776, en 8º. — Baron Francis Mascret, *Additional papers concerning the province of Quebec*, etc.; London, en 8º, 1776. — *Description historique et géographique de l'Amérique septentrionale* (en aleman); Hamburgo, 4 vol.

en 8°, 1777, 1778. — Baron Francis Masères, *the Canadian Freeholder;* London, 3 vol. en 8°, 1777-1779. — *Description du pays de l'Amérique septentrionale* (en aleman); Erfurt, en 8°, 1776.—*Journal* d'un voyage de Stade à Québec, en Amérique, par un officier (en aleman); Francfort, en 8°, 1776. *(Tagebuch* einer Reise von Stade nach Quebec in Amerika von einem Officier.) — *Additional papers concerning the province of Quebec;* London, en 8°, 1776. — Champagny, *État présent de la Louisiane;* la Haye, en 8°, 1776. — *Description des colonies européennes dans le Nord de l'Amérique* (en aleman); Leipsick, en 8°, 1778. — L'abbé Raynal, *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes;* Paris, 7 vol. en 8°, 1778; la Haye, 1774; Ginebra, 10 vol. en 8°, 1780; Paris, 12 vol. en 8°, 1820. — *Lettres confidentielles* de quelques officiers dans le Canada et la Nouvelle-Angleterre, en 1777 et 1778, sur l'état physique, etc., de ces deux pays (en aleman); Gœttinga, en 8°, 1779. — John Burgoyne, *A state of the expedition from Canada;* London, en 4°, 1782. — David Anderson, *Canada,* or a view of the importance of the british American colonies; London, en 8°, 1782. — *Remarks concerning the savages of North-America;* London, en 8°, 1784. — *Remarks on the climate, produce and natural advantages of Nova-Scotia;* London, en 8°, 1784. — Pierre du Calvet, *the Case of Pierre du Calvet,* esquire of Montreal, in the province of Quebek, etc., London, en 8°, 1784. — El mismo, *Appel à la justice de l'État,* ou Recueil de lettres au roi, etc., avec une lettre à MM. les Canadiens, etc.; Londres, en 8°, 1784. — *Le Pilote de Terre-Neuve;* Paris. 1784, en fol. — *Voyage d'un jeune officier,* ou Histoire d'un naufrage sur l'île Royale, autrement nommée cap Breton (en aleman); Estrasburgo, en 8°, 1786. — *État actuel de la Nouvelle-Écosse,* traducido del inglés por M. Soulès; Paris, en 8°, 1787. — *A review of the government and grievances of the province of Quebec,* since the conquest of it by the british arms; London, 1788, en 8°. — Edward Umfreville, *Present state of Hudson's Bay;* London, 1790, 1 vol. en 8°. — John Long, *Voyage and travels of an indian interpreter and trader,* describing the manners and customs of the North American Indians; London, en 4°, 1791. Traduccion francesa, Paris, en 8°, 1794.—William Bartram, *Travels through Carolina, Georgia, Florida,* the country of the Cherokees, etc.; 2 vol. en 8°, Filadelfia, 1791; London, 1792. — John Reeves, *History of the government of Newfoundland;* London, en 8°, 1793. Traduccion francesa, 1793. — Thomas Anbury, *Travels in the interior parts of America,* during the course of the last wast, in a series of letters, by an officier to his friends; London, 2 vol. en 8°, 1791. Traduccion francesa por Noël Paris; la Villette, 2 vol. en 8°, 1793. — Lettres d'un Hollandais, écrites pendant un voyage dans l'Amérique septentrionale (en aleman). En el *Journal de Berlin,* 1795, cuadernos 3° y 4°.— William Winterbotham, *An historical, geographical, commercial and philosophical view of the American United-States* and of the European settlements in America and the west Indies; London, 4 vol. en 8°, 1795. — *Letter of a gentleman to his Friend in England,* descriptive of the different settlements of Canada upper; Filadelfia, 1795, en 12. — J. Mackay, *Quebec Hill,* or Canadian scenery, a poem; London, en 4°, 1797. — Isaac Weld, *A voyage to Canada and the United-States of America;* London, 2 vol. en 8°, 1799; London, 2 vol. en 8°, 1807. Traduccion francesa, Paris, 3 vol. en 8°, 1802. — David-William Smyth, *A short topographical description of his majesty's province of upper Canada,* etc.; London, en 8°, 1799. — La Rochefoucault-Liancourt, *Travels through the United-States of North America,* the country of the Iroquois and upper Canada; London, en 4°, 1799. — Jeremiah Dummer, *Letter on the late expedition to Canada;* Boston, en 8° (without date). — Sibley, *Description of Louisiana.* — T. Cole, *Plan to exclude the French from the newfoundland fichery.*

Almanach de Québec, año 1802; Quebec, 1 vol. en 24. — El general Milfort, *Mémoire ou coup d'œil rapide sur mes différents voyages et mon séjour dans la nation Creek;* Paris, en 8°, 1802. — Sir Alexander Mackensie, *Voyages from Montreal on the river S.-Lawrence,* etc.; London, en 8°, 1801; Filadelfia, en 8°, 1802. Traduccion francesa, *Voyages d'Alexandre Mackensie dans l'intérieur de l'Amérique septentrionale,* etc., por J. Castera; Paris, 3 vol. en 8°, 1802. — De Vergennes, *Mémoire historique et politique sur la Louisiane;* Paris, en 8°, 1802. — Dubroca, *Itinéraire des Français dans la Louisiane,* contenant l'histoire de cette colonie française, etc.; Paris, en 12, 1802. — Baudry des Lozières, *Voyage à la Louisiane et sur le continent de l'Amérique septentrionale,* fait dans les années 1794 à 1798, etc., Paris, en 8°, 1802. — El mismo, *Second voyage à la Louisiane,* faisant suite au premier; Paris, 2 vol. en 8°, 1803. — El conde de Volney, *Tableau du climat et du sol des États-Unis,* etc.; Paris, 2 vol. en 8°, 1803. —Georges Heriot, *the History of Canada,* from its first discovery, comprehending an account of the original establishement of the colony of Louisiana; London, 2 vol. en 4°, 1804. — J.-U. Archenholtz, *Histoire des flibustiers de la Nouvelle-France,* trad. del aleman por Jean-François Bourgoing; Paris en 8°, 1804.—Perrin du Lac, *Voyages dans les deux Louisianes* et chez les nations sauvages du Missouri, etc.; Paris, en 4°, 1805. — Berquin du Vallon, Vues de la colonie espagnole du Mississipi, ou des provinces de la Louisiane et Floride occidentale, en l'an 1802; Paris, en 8°, 1805.—C.-C. Robin, *Voyages dans l'intérieur de la Louisiane,* de la Floride occidentale, etc.; Paris, 3 vol. en 8°, 1807. — Georges Heriot, *Travels through the Canadas* containing a description of the picturesque scenery on some of the rivers and lakes; London, en 4°, 1807. — Ethan Allen, *A narrative of col. Ethan Allen's captivity,* from the time of his being taken by the British near Montreal, etc.; Walpole, en 12, 1807. — Miss Montagu, *Voyage dans le Canada,* ou histoire de miss Montagu; traducido del inglés por Mme J.-G. M.; Paris, 4 vol. en 12, 1809. — Hugh Gray, *Letters from Canada;* London, en 8°, 1809. — D.-B. Viger, *Considérations sur les effets qu'a produits, en Canada, la conservation des établissements du pays,* etc.; Montréal, en 8°, 1809. — El mismo, *Analyse d'un entretien sur la conservation des établissements du bas Canada;* Montréal, en 8°, 1826. — Alexander Henry, *Travels and adventures in Canada* and the Indians territories between the years 1760 and 1776, in two parts; New-York, en 8°, 1809. — John Lambert, *Travels trough Canada and the United-States, 1806-1808;* London, 1810, 3 vol. en 8°. Segunda edicion, London, 1816, 2 vol, en 8°. — John-Joseph Henry, *An accurate and interesting account of the hardships and sufferings of the land of heroes,* who

traversed the wilderness, in the campaign against Quebec in 1775; Lancaster, 1812, 1 vol. en 12. —William Fisher, *New travels among the Indians of North America*, compiled from Lewis and Clark, and other authors, and a dictionary of the indian langue; Filadelfia, 1812, 1 vol. en 12. — M. Smith, *A geographical view of the province of upper Canada*, etc.; Harford, en 12, 1813. — *The Ressources of the Canadas*, or sketches of the physical and moral means; Quebec, en 8°, 1813. — David-W. Smith, *Gazetteer of the province of upper Canada*; New-York, 1813, en 8°. — M. Smith, *Geographical views of the british possessions in North America*, with a concise history of the war in Canada; Baltimore, 1814, 1 vol. en 18. — Joseph Bouchette, arpenteur général de la province du bas Canada, *Description of lower Canada*, with remarks upon upper Canada; London, 1815, 1 vol. en 8°. — William Smith, *The History of Canada*, from its first discovery, to the peace of 1763, etc.; Quebec, 2 vol. en 8°, 1815. — Joseph Sanson, *Sketches of lower Canada historical and descriptive*, etc., New-York, en 12, 1817. — John Lambert, *Travels theugh Canada*, etc.; London, 2 vol. en 8°, 1816. — John Palmer, *Journal of travels in the United-States of North America* and in lower Canada; London, en 8°, 1818. — Francis Hall, *Travels in Canada and the United-States, in 1816 and 1817*; London, en 8°, 1818, y Boston, en 8°, 1818. — Robert Christie, *Memoirs of the colonial government of lower Canada*, etc.; Quebec, en 8°, 1818. — El mismo, *Brief review of the political state lower Canada*; New-York, 1818, en 8° — El mismo, *Military and naval operations in the Canadas*, during the late war with the United-States; Quebec, 1818, en 12. — Edward Chappel, *Voyage of his Majesty's ship Rosamond to Newfoundland* and the southern coast of Labrador, etc. London, en 8°, 1818. — E. Mackensie, *An historical, topographical, and descriptive view of the United-States of America*, and of upper and lower Canada, etc.; Newcastle-upon-Tyne, en 8°, 1819. — Edward's *History of the british colonies in the west Indies*; London, 1819, 5 vol. en 8° — Charles Frederic Greea, *Facts and observations respecting Canada* and the United-States of America; London, en 8°, 1819. — C. Stuart, *the Emigrants guide to upper Canada*, etc.; London, en 12, 1820. — J. Strachan, *A visit to the province of upper Canada, in 1819*; Aberdeen, en 8°, 1820. — D. Dainville, *Beautés de l'histoire du Canada*, ou Époques mémorables, traits intéressants, mœurs, etc.; Paris, en 12, 1821. — A.-J. Christie, *the Emigrant's assitant*, or Remarks on the agricultural interest of Canada; Montreal, 2 vol. en 12, 1821. — Howison, *Sketc'es of upper Canada, domestic, local*, etc.; Edinburgh, 1 vol. en 8°, 1822. — Robert Gourlay, *Statistical account of upper Canada*; London, 1822, 3 vol. en 8°. — J. M. Duncan, *Travels through part of the United-States and Canada*; Glasgow, 2 vol. en 8°, 1823. — *An excursion through the United-States and Canada*, during the years 1822-1823, by an english gentleman, London, en 8°, 1824. — Adam Hodgson, *Letters from North America*, written during a tour in the United-States and Canada; London, 2 vol. en 8°, 1824. — *Observations in favor of the proposed union of upper and lower Canada*, by the agent for that purpose; and letters of L. Papineau and W. Nielson, against the same; London, en 8°, 1824. — *A general description of Nova-Scotia*, etc.; Halifax, en 8°, 1825. — Edward-Allen Talbot, *Five years residence in the Canadas*, etc.; London, 2 vol. en 8°, 1824. En francés con este título: *Cinq années de séjour en Canada*, traducido por M. Eyries; Paris, 3 vol. en 8°, 1825. — Frederick Fitz-gerald de Roos, *Personal narrative of travels in the United-States and Canada, in 1826*; London, en 8°, 1827. — Thomas Mackenzie, *Sketches of a tour to the great lakes*; Baltimore, en 8°, 1827. — Amable Berthelot, *Dissertation sur le canon de bronze* trouvé, en 1826, sur un banc de sable, dans le fleuve Saint-Laurent, etc.; Quebec, en 12, 1827. — Right Rev. D. Mountain, *Bishop of Quebec*, letter to his clergy, on the clergy reserves; Boston, en 8°, 1827. — *Speech of Louis Papineau*, at the hustings in Montreal, August 11; en 8°, 1827. — *A tour through part of the United-States and Canada*, London, en 8°, 1828. — J. Quincy Adams', *Report of the free navigation of the S.-Lawrence*; Washington, en 8°, 1828. — Rev. Cornelius Griffin to lord Bathurst, etc. *On his missionary labours*; London, en 8°, 1828. — Timothy Flint, *A condensed geography and history of the western states*, or of the valley of Mississipi; Cincinnati, 2 vol. en 8°, 1828. — *Political annals of lower Canada*, etc.; Montreal, en 8°, 1828. — El tomo II de *Encyclopedia americana*, a popular Dictionary of arts, sciences, litterature; Filadelfia, 13 vol. en 8°, 1829. — Bery Silliman, *Short tour between Hartford and Quebec, in 1819*; New-Haven, en 12, 1829. — Thomas C. Haliburton, *Historical and statistical account of Nova-Scotia*; Halifax, 2 vol. en 8°, 1829. — *Transactions of the literary and historical Society of Quebec*; Quebec, 3 vol. en 8°, 1829, 31, 32, 33 y 35. — Hugh Murray, *Historical account of discoveries and travels in North America*, including the United-States, Canada, etc.; London, 2 vol. en 8° mayor, 1829. — John Mactaggart, *Three years in Canada*, an account of the actual state of the country in 1826, 27, 28, etc.; London, 2 vol. en 8°, 1829. — Thomas Church, *the History of Philips'war*, commonly called the Indian wars of 1675 and 1676; Boston, en 8°, 1829. — Capt. W. Moorson, *Letters from Nova-Scotia*; London, 1830, en 12. — Andrew Stuart, *Notes upon the south western boundary line of the british provinces of Lower Canada*; Quebec, en 8,° 1830. — Pierre de Salles la Terrière, *A political account of Lower Canada*, with remarks on the present situation of the people, etc., by a Canadian; London, en 8°, 1830. — G.-M. Davison, *the Fashionable tour*, and guide to travellers through the northern and middle states and Canada; Saratoga, en 12, 1830. — Barbé-Marbois, *History of Louisiane* to the period of its transfert to the United-States, etc.; Filadelfia, en 8°, 1830. — *Statutes of the province of upper Canada*. Revised and published by H.-C. Thomson and James Mac-Farland; revised by James Nickalls junior; Kingston, 1 vol. en 4°, 1831. —*A memoir of Sebastien Cabot*, with a review of the history of maritima discovery; Filadelfia, en 8°, 1831. — Bernard de la Harpe, *Journal historique de l'établissement de la Louisiane*; Nouvelle-Orléans, en 8°, 1831. — Ferguson's, *Tour in Canada and the United States, in 1831*; London, en 12, 1831. — Mac Gregor, *British America*; London, 2 vol. en 8°, 1832. —Joseph Bouchette, *the British dominious in North America*, or a topographical description of the provinces of lower and upper Canada, etc., wich views, plans, etc.; London, 2 vol. en 4°, 1832. — El mismo, *A topographical Dictionary of the province of lower Canada*; London, 1 vol. en 4°, 1832. — Andrew Picken, *the Canadas*, as they at present

commend themselves to the enterprise of emigrants, etc.; London, en 8°, 1832. — Joseph-François Perrault, *Abrégé de l'histoire du Canada*, en cinq parties; Quebec, 4 vol. en 12, 1832-1836.—Jean Holmer, *Nouvel abrégé de géographie moderne;* Quebec, en 12, 1832. — Théodore Pavie, *Souvenirs atlantiques:* voyage aux États-Unis et au Canada ; Paris, 2 vol. en 8°, 1833. — William-Lyon Mackensie, *Sketches of Canada and the United-States;* London, en 8°, 1833. — Isidore Lebrun, *Tableau statistique et politique des deux Canadas;* Paris, en 8°, 1833. — George-R. Young, *the British north American colonies*, etc.; London, 1 vol. en 8°, 1834. — Hawkin's, *Picture of Quebec*, with historical recollections, plates; Quebec, en 12, 1834. — E.-T. Coke, *A subaltern's Farlough*, descriptive scenes in various parts of the United-States, upper and lower Canada, etc.; New-York, 2 vol. en 12, 1834. — C.-D. Arfwedson, *United-States and Canada, 1832-1834*; London, 2 vol. en 8°, 1834. — *L'Amérique septentrionale et méridionale*, ou Description de cette grande partie du monde, etc.; Paris, en 8° mayor, 1835. — John Galt, *the Canadas*, comprehending topographical information, etc., for the use of emigrants and capitalists; segunda edicion, London, en 12, 1836. — *Siége de Québec en 1759*, Quebec, en 8°, 1836. — Amaury Girod, *Notes diverses sur le bas Canada;* Willage-Debartzch, 2 lib. en 4°, 1835. — D'Orbigny, *Voyage dans les deux Amériques;* Paris, 1 vol. en 4°, 1836. — Michel Chevalier, *Lettres sur l'Amérique du Nord;* Paris, 2 vol. en 8°, 1836. —G.-B. Faribault, avocat, *Catalogue d'ouvrages sur l'histoire de l'Amérique*, et en particulier sur celle du Canada, de la Louisiane, de l'Acadie et autres lieux, ci-devant connus sous le nom de *Nouvelle-France;* Quebec, en 8°, 1837. — J. Logan, *Notes of a journey through Canada*, etc.; London, en 8° menor, 1838. — *Six years in the Bush, Canada, 1832 to 1838;* London, en 12, 1838. — *Stranger's guide through the United-States and Canada;* London, en 12, 1838. — Maximilien, prince de Vied-Neuwied, *Reise in das Innere nord Amerika in dies jahren 1832 bis 1834;* Coblentz, 2 vol. en 4° y atlas, 1838 y años siguientes. — Mémoires sur le Canada, depuis 1749 jusqu'à 1760, publiés sous la direction de la Société littéraire et historique de Québec; Quebec, en 8°, 1838. — *Relation du siége de Québec en 1759;* — *Jugement impartial sur les opérations militaires de la campagne en Canada, en 1759.* Estos dos documentos se han impreso en Quebec por un manuscrito obtenido en Francia. — *Réflexions sommaires sur le commerce qui s'est fait en Canada*, d'après un manuscrit de la Bibliothèque du roi, à Paris; Quebec, en 8° — Newton Bosworth, *History of Montreal*; Montreal, en 12, 1839. — *Counsel for emigrants in Canada*, with Sequell; 3d edit. and supplement, London, en 12, 1839. — Earl of Durham, *the Report and despatches of the Earl of Durham*, her Majesty's high commissioner and governor general of British north America; London, en 8°, 1839. — Geo. Head, *Forest scenes and incidents in Canada;* new edit., London, post en 8°, 1839. — Mrs. Jameson, *Winter studies and summer rambles in Canada;* New-York, 2 vol. en 12, 1839. — Hugh Murray, *An historical and descriptive account of british America;* Edinburgh, 3 vol. en 12, 1839. — E. Rosier, *Emigrant's Friend, "Canada";* London, en 18, 1839. —T.-R. Preston, *Three years' residence in Canada, 1837-1839;* London, 2 vol. post en 8°, 1840. — Taylor, *Journal of a tour from Montreal to port Saint-Francis;* Quebec, 1840. — Collection de mémoires et de relations sur l'histoire ancienne du Canada, publiée sous la direction de la Société littéraire et historique de Québec; Quebec, en 8°, 1840. — W.-H. Bartlett, *American scenery*, or Land, lake, and river, etc.; the literary department by N.-P. Willis; London, 2 vol. en 4°, 1840. — Sir R. Bonnicastle, *Canada and Canadians in 1841;* London, 2 vol. post en 8°, 1841. —E.-A. Theller, *Canada in 1837-1838;* Filadelfia, 2 vol. en 8°, 1841. — Art. Canada, dans *the Encyclopædia britannica*, 7a edicion, London, 1842, vol. 6. — Catlin's, *Letters and notes*, customs and condition of the north American Indians; 3a edicion, Londres, 2 vol. en 8°, 1842.—F. de Castelnau, *Vues et souvenirs de l'Amérique du Nord;* en 4°. — Cunat, *Histoire inédite de la ville de Saint-Malo;* archives de la ville de Saint-Malo. — Washington Irving, *Astoria*. — Bancroft, *Histoire des États-Unis;* 3 vol. — M. Jameson, *Sketches in Canada and Rambles among the Redmen;* London. — H. Bartlett, *Canadian scenery;* the literary department by N.-P. Willis; London, 2 vol. en 4°, 1842. Traduccion francesa. — J.-S. Buckingham, *Canada, Nova-Scotia, and New-Brunswick;* London, en 8°, 1843. — *Voyages de découvertes au Canada*, entre les années 1534 et 1542, par Jacques Quartier, le sieur de Roberval, Jean-Alphonse de Xanctoigne, etc., suivis de la description de Québec et de ses environs en 1608, et de divers extraits relativement au lieu de l'hivernement de Jacques Cartier en 1535-36; réimprimés sur d'anciennes relations et publiés sous la direccion de la Société littéraire et historique de Québec; Quebec, en 8°, 1843, — *Emigrant's guide to Australia and Canada;* London, en 18, 1844. — *Views of Canada and the colonists;* Edinburgh, 1 vol. en 12, 1844; London, 1 vol. en 12, 1844. — Alfred Hawkins, *the Quebec directory*, etc.; Quebec, en 12, 1844-1845. — Charles Carroll of Carrollton, *Journal during his visit to Canada, in 1776;* with a memoir and notes, by Brantz Mayer; Baltimore, 1 vol. en 8°, 1845. — Charles Lyell, *Travels in north America;* with geological observations on the United-States, Canada, and Nova-Scotia; London, 2 vol. en 12, 1845. — Sir R. Bonnicastle, *Canada an Canadians in 1846;* London, 2 vol. post en 8°, 1846. — Head, *the Emigrant;* 2a edic., London, 1846. — Garneau, *Histoire du Canada;* Quebec, 2 vol, en 8°, 1846; 2a edic., corr. y aum., Quebec, 3 vol. en 8°, 1852. — Charles Lanman, *A summer in the Wilderness*, ambracing a canoe voyage up Mississipi and around lake Superior; New-York, 1 vol. en 18, 1847. — G.-W. Warr, *Canada as it is*, or *Emigrant's guide;* London, en 18, 1847. — Charles Lanman, *A tour to the river Saguenay in lower Canada;* Filadelfia, 1 vol. en 12, 1848. — *Annual report of normal, model and common Schools*, in upper Canada; for 1847 and 1848, by the chief super-intendent of Schools; Montreal, 2 vol. en fol., 1849. — *Canada;* plan for its systematic colonisation, etc., by an offlcier; London, en 8°, 1849. — *The Canadian guide Book*, with a map of the province; Montreal, en 12, 1849. — J. Disturnell, *Railroad, steamboat and telegraph book;* a Guide through the middle, northern and eastern states and Canada; New-York, 1 vol. en 18, 1849. — *Emigrant churchman in Canada;* edited by rev. H. Christmas; London, 2 vol. post en 8°, 1849. —Francis Hincks, *Canada;* its finantial position and resources; London, 1849. — E. Warbuton, *Conquest of Canada;* 2a edic., London, 2 vol. en 8°, 1849. — Smith, *Canadian gazzetteer;* Toronto, 1848.—News

papers (Canadian) during the years 1848 and 1849 : *le Canadien*, published at Quebec; *la Revue Canadienne*, publ. at Montreal; *l'Ami de la religion et de la patrie*, publ. at Quebec; *Mélanges religieux, politiques, commerciaux et littéraires*, publ. at Montreal; *Montreal weeckly pilot ; la Minerve*, publ. at Montreal; *Pilot and iournal of commerce* publ. at Montreal; *l'Avenir*, publ. at Montreal. — Bigsby, *the Shoe and Canoe*, or pictures of travels in the Canadas; London, 2 vol. en 8°, 1850. — Eyries, *Encyclopédie moderne*, nueva edicion, art. Canada ;1850. —X. Marmier, *Lettres sur l'Amérique ;* Paris, en 12, 1851. — L'abbé Brasseur de Bourbourg, *Histoire du Canada*, de son Église et de ses missions, depuis la découverte de l'Amérique jusqu'à nos jours, etc. ; Paris, 2 vol. en 8o, 1852. — Art. Canada, *Dictionnaire de la conversation*, 2a edic., 1853. — *Vie de la sœur Bourgeoys*, fondatrice de la congrégation de Notre-Dame de Villemarie, en Canada, suivie de l'histoire de cet institut jusqu'à ce jour; Villemarie, 2 vol. en 8o, 1853. — *Canada and clergy reserves* (tait's *Edinburgh Magazine*, 1853, p. 897). — Ampère, *Promenade en Amérique ;* Paris, 2 vol. en 8° 1855. — J.-C. Taché, *Esquisse sur le Canada*, etc.; Paris, en 12, 1855. — Barthe, *le Canada reconquis par la France ;* Paris, 1 vol. en 8°, 1855. — Dussieux, *le Canada sous la domination française ;* Paris, 1 vol. en 8°, 1855. — Canada. Véanse: *Edinburgh review; Quaterly review; Revue britannique; Westminster review; North American review*. — *Visite de la corvette française la Capricieuse* (mandada por el capitan de navío Ladevèze) *au Canada* (*Revue coloniale*, novembre 1855, p. 587-603). — *Amérique*, en *l'Univers pittoresque*, t. V. — *Canada an essay*, by Sheridan Hogan, con mapas; *Canada and het resources, an essay*, by Alexander Morris; Sampson, Lowson and Co., 47, Ludgate-Hill, 1856.

DRAKE,

VIAJERO INGLÉS.

[1577-1580.]



Retrato de Drake, copiado de la estampa de J. Houbraken (1).

Francisco Drake nació en 1539 ó 1541 (2), en Tavistock, en el Devonshire. La choza en donde vino al mundo, en las márgenes del Tavy, existia todavía hace unos treinta años; pero al cabo fué demolida y se puso un establo en el sitio que ocupaba. Edmundo Drake (3), padre del navegante, era probablemente uno de esos eclesiásticos que, sin estar agregados á una iglesia, se daban la mision de instruir al pueblo y de recitarle las oraciones. Debia ser un hombre estimado. El niño tuvo por padrino á

(1) Rapin-Thoyras, *Historia de Inglaterra;* en fol., Amsterdam. — Coleccion de retratos publicados por Knapton.

(2) En un retrato original de Drake conservado en la abadía de Buckland, se lee : « Pintado en el año del Señor 1594, á la edad de cincuenta y tres años. » — En una hermosa miniatura de Hilliard, vendida hace algunos años al conde de Derby, hay una inscripcion que dice así : « A la edad de cuarenta y dos años, *anno Domini 1581*. »

(3) Documentos nuevos acreditan que el padre de Francisco Drake se llamó Roberto y fué el tercer hijo de John Drake de Otterton.

Francisco Russell, que fué despues conde de Bedford. Cuenta el antiguo historiador Camden que durante la infancia del viajero, Edmundo Drake se hizo protestante, y que habiendo debido comparecer por esta causa ante los magistrados, con arreglo á la ley de los seis artículos dada por Enrique VIII, prefirió fugarse, y halló asilo en la bodega de un buque, en la costa del ducado de Kent. Allí, al ruido de las olas, pasó Francisco Drake sus primeros años. Despues de la muerte de Enrique VIII, la pobre familia, aumentada con algunos niños que habian nacido en aquella morada flotante, salió por fin á la luz y pudo vivir al aire libre. Edmundo Drake permaneció durante algun tiempo en la orilla del mar, desempeñando entre los marineros funciones análogas á las de un capellan de marina. Posteriormente se ordenó de diácono y pasó á ser vicario de la iglesia de Upnore, en el rio Medway; pero tenia doce hijos, estaba muy pobre, y debió confiar su hijo Francisco á un barquero, que hacia un pequeño comercio de cabotage y transportaba mercancías hasta las costas de Francia y de Holanda.

Francisco Drake se granjeó la confianza y la estimacion del barquero. El viejo marino, dice Camden, era soltero y le dejó al morir la herencia de su nave; testimonio que honra el principio de la vida de Drake, y que puede servir para enseñar, como dice el doctor Johnson [1], que la fidelidad y el celo, aun en las tareas poco importantes de la juventud, son al cabo y al fin las mejores recomendaciones para las empresas de la edad madura.

Drake se habia aficionado á la vida de marino. De sus primeras navegaciones se sabe poco; segun la tradicion mas repetida, á diez y ocho años hizo un viaje á la bahía de Vizcaya, en calidad de factor, á bordo de un buque mercante; despues fué á la costa de Guinea con el mismo título; pero por ese tiempo todas las imaginaciones estaban exaltadas con las relaciones maravillosas que venian de América.

Drake se embarcó, en 1565, para Méjico con un capitan llamado John Lovell; probablemente hacian la trata de negros. Llegados á Rio Hacha, fueron víctimas de actos de violencia que los arruinaron; los españoles se apoderaron de sus buques y de todo cuanto llevaban. En vano Drake y su socio dirijieron á la España, por medio del gobierno inglés, las reclamaciones mas apremiantes; no obtuvieron ninguna respuesta. Drake, despojado de todos sus ahorros, concibió entonces contra la España un odio implacable, y esta pasion aumentó el ardor y la audacia cuyos principios se hallaban sin embargo en su genio natural [2].

En 1567, acompañó á uno de sus parientes, el capitan John Hawkins, en una espedicion que hizo contra Méjico. La reina habia aprobado esta empresa y habia regalado á Hawkins una nave de 700 toneladas, llamada *el Jesus de Lubeck;* otra, mandada por el capitan John Hampton, tenia por nombre *el Minion*; otra, *el William y John,* iba mandada por Tomas Bolton; Francisco Drake tenia el mando de *la Judith,* de 50 toneladas; por último habia otras dos naves menores, *el Angel* y *la Golondrina :* Drake tenia entonces veintitres ó veintiseis años.

La pequeña flota, salida del puerto de Plymouth el 2 octobre de 1567, fué dispersada por una violenta borrasca á la altura del cabo Finisterre; pero logró reunirse y llegó al cabo Verde, donde ciento cincuenta hombres de la tripulacion desembarcaron á capturar negros. Los habitantes se defendieron con energía, y solo consiguieron cojer un corto número de ellos. Despues se adelantaron hácia la costa de Guinea, donde cojieron ó compraron doscientos negros. La flota siguió la costa de Africa hasta San Jorge de Mina, donde sitiaron una ciudad que contenia ocho mil habitantes. El 27 de marzo, llegaron á la vista de la Dominica, y pasaron por delante de la Margarita y otros lugares donde hicieron el tráfico de esclavos. Hawkins quiso tambien entrar en relacion para vender sus negros con los habitantes de Rio Hacha; pero le respondieron que estaba prohibido el comercio con los ingleses. Entonces sitió y tomó la ciudad. Hácia Cartagena, una horrorosa tempestad estuvo á punto de destruir su flota; *el Jesus* particularmente quedó muy averiado. Sin embargo llegaron al puerto de San Juan de Ulúa en la bahía de Méjico; pero allí se encontraron espuestos á las baterías de tierra, en presencia de una flota española

(1) *Life of sir Francis Drake,* en el *Gentleman's Magazine for 1740*, y en *the Lives of the most eminent english poets* (miscellaneous lives).

(2) Es posible que haya aquí una confusion con los hechos que se cuentan mas adelante y que tuvieron lugar en 1568. John Barrow, en su biografía de Drake, hace mencion de este primer viaje á Rio Hacha con John Lowell, pero no dice nada de los actos de violencia imputados á los españoles.

muy numerosa. Al cabo de algunas conferencias, tuvieron que decidirse á aceptar el combate. Los ingleses eran tan inferiores en número, que á pesar de su arrojo, fueron derrotados, aumentando el desastre el hambre y la tempestad. Drake dió pruebas de mucho valor, y con gran trabajo pudo escapar á sus enemigos; pero los ingleses solo tenian una parte muy pequeña de su tripulacion cuando llegaron á las costas de su país, el 25 de enero de 1568.

Las relaciones de esta triste espedicion produjeron honda impresion en los ánimos de los ingleses; por todas partes se elevó un grito de venganza contra la España. Sin embargo, no entraba en la política inmediata de Isabel de Inglaterra el ceder á la fuerza de la opinion. Drake, por su propria inspiracion y á su costa, hizo dos escursiones á las Indias occidentales, en el año 1570 y 1571, para estudiar el país ([1]).

Llegado á la edad de treinta y un años, resolvió utilizar su esperiencia para una empresa digna de las de los grandes navegantes españoles y portugueses. Con ayuda de todos los recursos que pudieron procurarle su crédito personal y el celo de sus amigos, dispuso dos buques, *el Swan*, de 25 toneladas, y *el Pascha de Plymouth*, de 70 toneladas. Su hermano John Drake mandaba el primero, y componian las dos tripulaciacos setenta y tres hombres, entre los cuales se contaba otro de sus hermanos. Tres pinazas, fáciles de armar y desarmar, iban en las dos naves. Salido de Plymouth el 24 de mayo de 1572, llegó el 12 de julio á la vista de Puerto Faisan, donde encontró al capitan James Rawse que se unió á la espedicion con una nave, una carabela y una lancha de remos. El 22 de julio, Drake mandó echar á la mar las tres pinazas y la lancha de James Rawse con ciento cincuenta hombres de tripulacion ([2]), se dirijió hácia el istmo de Darien, y desembarcando en Rio Francisco, asustó á los habitantes y luego se apoderó del pueblo de Nombre de Dios; pero en breve fué rechazado, herido en la pierna, y á pesar suyo, le llevaron á las embarcaciones.

El 7 de agosto, se separó de Rawse; el 13, tomó delante de Cartagena dos buques españoles de 240 toneladas; el 14, tomó otro buque que iba de Sevilla á Santo Domingo; el 15, sacrificó *el Swan* que era sin duda inferior como velero, aunque, segun otros, lo que hizo fué echar á pique sus nuevos buques. Temiendo que se opusiera la tripulacion mandó barrenar secretamente el casco del *Swan*, y cuando el buque se halló medio sumerjido en el agua, como de resultas de un accidente imprevisto, le pegó fuego. Dió quince dias de descanso à su tripulacion en el istmo de Darien. Cruzando entre Cartagena y Tolon, capturó seis fragatas cargadas de puercos, de jamones y de granos. Despues sostuvo otras escaramuzas; el hermano del almirante, John Drake, murió á manos de los españoles, y otro de sus hermanos, José Drake, murió de enfermedad. A principios de febrero, Drake llegó á Santa Cruz; de allí hizo escursiones por tierra y atacó repetidas veces á los españoles. Entre otros hechos, se cuenta que habiendo sabido que debian pasar entre Rio Francisco y Nombre de Dios tres convoyes de ciento nueve mulas cargadas de dinero y escoltadas por los españoles, se asoció con la tripulacion de un buque francés mandado por un capitan llamado Teton, se puso en emboscada, robó una cantidad de dinero considerable que llevó á sus buques, y enterró en las arenas de un rio el resto del tesoro, del que apenas pudo encontrar despues una parte escasa. Pasamos en silencio otras espediciones por el estilo ([3]).

Si Drake no hubiera compensado hasta cierto punto, por medio de grandes y honrosos servicios, estos actos de violencia y de rapiña, no habria dejado otra reputacion que la de un pirata; pero, mientras ejercia estas represalias contra los españoles, no perdia de vista su proyecto de descubrimientos. Dícese que en una de sus escursiones por el istmo, el 11 de febrero de 1573, distinguió, desde la copa de un árbol que estaba en la cumbre de una montaña, el gran mar del Sur, descubierto seis años antes por Balboa. El 9 de agosto se hallaba de vuelta en Inglaterra, donde su nombre principiaba ya á fijar la atencion pública. Como necesitaba descanso, aplazó la ejecucion del designio que habia formado á la vista del mar que debia conducirle á las costas occidentales de la América. Sin embargo, le era imposible

([1]) Carta del almirante á la reina de Inglaterra. (V. *Sir Francis Drake revived*, publicado en 1626 por sir Francis Drake, sobrino del almirante.)

([2]) Setenta y tres, segun otra version.

([3]) Este viaje fué puesto en escena por el poeta L. Davenant, durante el reinado de Carlos II, con el título : *the History of sir Francis Drake.*

permanecer en la inaccion; provisionalmente armó tres buques y se puso al servicio del conde Walter Devereux, conde de Essex, nombrado gobernador de la provincia de Ustler, en Irlanda, con órden de sofocar las rebeliones. En 1576, el conde falleció á la edad de treinta y seis años. Drake volvió á Inglaterra, se hizo presentar á la reina, y espuso el proyecto que tenia y habia estudiado de penetrar en el mar del Sur. La reina le dió su aprobacion y le concedió el mando de cinco naves con el título de almirante. Eran estos buques *el Pelicano,* de 100 toneladas, mandado por Drake; *el Elisabeth*, de 80 toneladas, mandado por el capitan John Winter; *el Swan,* urca de 50, capitan John Chester; *el Marygold,* barca de 30, capitan John Tomas; *el Cristobal,* pinaza de 15, capitan Tomas Moone. La tripulacion se componia de 164 marinos escojidos.

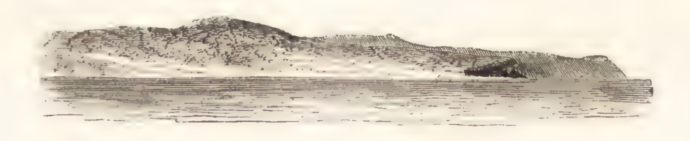
Damos la relacion de esta espedicion célebre, publicada en 1627 por F. de Louvencourt, señor de Vauchelles, y compuesta sobre las relaciones que vieron la luz en Inglaterra, y en particular sobre la de Francisco Pretty, que, segun Fleurieu, era un noble de Picardía, empleado en la escuadra de Drake [1].

RELACION.

El 15 de noviembre de 1577 [2], el caballero Francisco Drach [3] salió de Plymouth en Inglaterra para el viaje de Alejandría [4], con una flota y tripulacion de cinco naves y ciento sesenta y cuatro hombres tanto nobles como soldados y marineros.

El segundo dia de nuestro embarque se levantó un viento y una borrasca que nos obligaron á guarecernos en el puerto de Falmouth en Cornouailles, con un esfuerzo tan grande y tan terrible, que nuestras naves casi quedaron destruidas; sin embargo, quiso Dios sacarnos con bien de tal apuro.

Tuvimos que cortar el mástil de nuestro general (almirante), llamado *el Pelicano,* y arrojarle á la mar para la conservacion de este y lo que habia dentro; y otra nave llamada *la María de Oro (Marygold)* cayó á sotavento, lo que la causó muchas averías. Ahora bien, para gobernar esta nave y las otras de los daños que habian sufrido, tuvimos que volver al puerto de Plymouth; y hecho esto, partimos por segunda vez del referido puerto, y nos dimos á la vela el 13 de diciembre siguiente.



El cabo Cantin, segun Kerhallet [5].

El 25 del dicho mes, descubrimos el cabo Cantin en tierra de Berbería, y le costeamos algun tiempo.
27 del mismo mes, descubrimos una isla llamada Mogador [6], que está á media legua de la dicha costa de Berbería, y fondeamos entre esta y la dicha isla, donde hay un buen puerto para las naves, de entrada sumamente fácil.

(1) *Le Voyage de l'illustre seigneur et chevalier François Drach, admiral d'Angleterre, tout à l'entour du monde;* Paris, 1628. (V. la Bibliografía.)
(2) Ó el 5 de noviembre.
(3) Francisco Drake.
(4) Es un error; el objeto del viaje era la América.
(5) *Manuel de la navigation à la côte occidentale d'Afrique;* 1851.
(6) En el Estado marroquí, sobre el Atlántico, á 178 kilómetros sudoeste de Marruecos.

En esta isla, nuestro general mandó hacer una pinaza cuyos materiales habia llevado en una de sus naves; y cuando estuvimos dispuestos á darnos á la vela, se presentaron algunos habitantes del lugar,



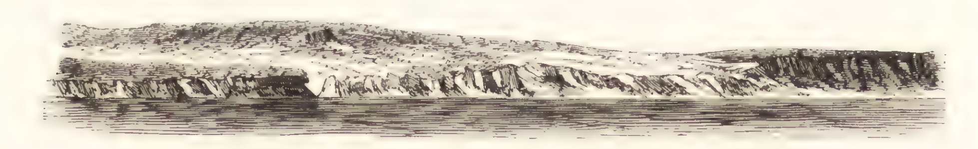
Mogador, segun Kerhallet.

y nos manifestaron el deseo de comunicar con nosotros. Viendo esto, nuestro general les envió la lancha de su nave, en la cual entraron dos de ellos despues de haberse quedado con uno de los nuestros en rehenes. Entonces, habiendo llegado á bordo de nuestras naves, con muchas demostraciones de amistad, nos prometieron traernos provisiones, como carneros, capones, gallinas y otras cosas; y en recompensa nuestro general les prometió paño, lienzo, zapatos y otras mercancías. Hecho esto, regresaron á tierra y vino nuestro hombre, y todos tuvimos mucha alegría.

Al dia siguiente, aquellos isleños no tuvieron pereza para presentarse en la costa haciendo las mismas señales de amistad; pero muy luego demostraron que aquello era finjimiento y traicion; pues habiéndoles enviado nuestro general la misma lancha, y habiéndose adelantado uno de los nuestros con demasiada confianza hácia ellos, le cojieron, y poniéndole un puñal en la garganta por si hacia alguna resistencia, le ataron, le montaron en un caballo, y se le llevaron sin que pudiésemos nosotros prestarle socorro alguno (1).

El 30 de diciembre, partimos de aquel lugar, y navegando á longo de costa descubrimos ciertos pescadores que cantaban : eran españoles que habian hecho su pesca. Les perseguimos y les cojimos tres barcas y carabelas (2).

El 17 de enero de 1578, llegamos al cabo Blanco donde encontramos una nave en la cual no habia mas que dos marineros. La cojimos y la llevamos al puerto, donde permanecimos cuatro dias, durante los cuales nuestro general nos envió á reconocer la tierra, y fuimos marchando en batalla como dispuestos á combatir contra nuestros enemigos.



El cabo Blanco, segun Kerhallet.

El 22 de enero, partimos de ese lugar y nos llevamos una carabela y barca de Portugal que debia ir á las islas de cabo Verde para cargar sal, que una de ellas suministraba naturalmente y en gran cantidad.

El piloto mayor de esta carabela dió á entender á nuestro general que la isla que llaman *de May* (3), es muy fértil en sal y tiene cabras y cabritos, y que los pocos hombres y mujeres que habitan en ella no hacen mas que salar y secar su carne, para la provision de las naves que el rey de España envia

(1) Se llamaba John Fry. Los moros suponian que aquellos buques pertenecian á los portugueses, con quienes estaban en guerra; pero así que reconocieron su error, pusieron en libertad á John Fry y le hicieron regalos; por desgracia las naves se habian marchado ya. Algun tiempo despues, los moros llevaron á John Fry á un buque mercante, que le transportó á Inglaterra; en esta ocasion su modo de proceder no fué bárbaro.

(2) Drake no conservó mas que una sola de las tres barcas, y dió *el Cristobal* en cambio.

(3) La isla de Mayo, una de las islas del cabo Verde.

á las Indias tanto orientales como occidentales, lo que nos dictó la resolucion de encaminarnos hácia ella.

El 27 del dicho mes de enero, fondeamos en esa isla, pero sus habitantes no quisieron traficar con nosotros, tanto mas cuanto que el rey de España les ha prohibido traficar con nadie mas que con sus súbditos.

El dia siguiente, nuestro general envió á reconocer la isla para tomar víveres, y con este fin saltaron á tierra sesenta y dos hombres tanto soldados como marineros. Dos nobles, el uno llamado M. Winter y el otro M. de Ougtie ([1]), los mandaban y los hicieron marchar en batalla en derechura hácia la plaza donde estaban los habitantes, segun las señas que nos habian dado los portugueses. Ahora bien, como



La isla de Mayo, segun Kerhallet.

era de noche aun, despues de haber caminado por las montañas como legua y media, hicimos alto cerca de un lugar donde estaban los habitantes, esperando la luz del dia. Pero habiéndonos descubierto al despertar, abandonaron sus casas que estaban recien hechas y corrieron á las montañas.

Entonces refrescamos nosotros con buenas frutas, tales como racimos de uvas muy dulces, lo que nos sorprendió muchísimo en la estacion en que nos hallamos, que es el corazon del invierno; pero esto consiste en que las islas del cabo Verde se hallan situadas entre el trópico de Cáncer y la línea equinocial, y que el sol pasa dos veces por su zenit, es decir, por encima de sus cabezas, tanto que no hace nada de frio, y en las tierras y el clima se mantiene un calor continuo.

Entre otras cosas hemos hallado unas frutas llamadas *cocos*, que no crecen en nuestra Ingleterra ni en ningun otro país de Europa.

El árbol que las da no tiene hojas ni ramas; el fruto crece á lo largo del tronco desde abajo hasta arriba, como tallos de cebollas, y cada uno de estos frutos es casi tan grueso como la cabeza de un hombre ([2]). Hay algunos que dan una pinta ([3]) de un licor muy bueno, claro y sabroso, que embriaga á los hombres como el vino cuando se bebe con esceso. La sustancia ó corteza es muy dura y lo que hay dentro es blanco y suave como la almendra. En suma, es un fruto muy bueno y delicado, y es un cordial escelente.

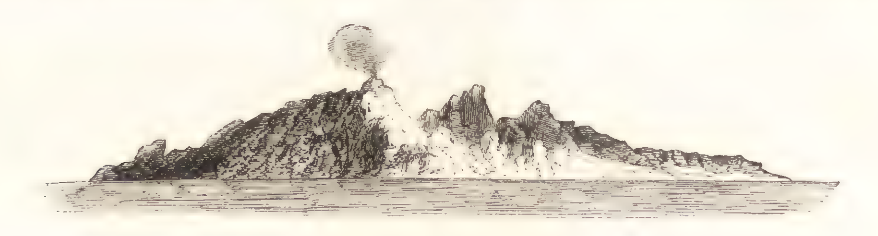
Habiendo tomado, pues, de estos frutos cuantos quisimos, nos retiramos á nuestras naves con provision de cabras vivas, que al cabo nos trajeron los habitantes. Tambien nos entregaron algunas cabras viejas cocidas al sol, pero no hicimos gran caso de ellas.

El 31 y ultimo dia del mismo mes, partimos de esa isla de Mayo y nos dimos á la vela hácia la de *Santiago* ([4]) que dista ocho ó nueve leguas. Pero no nos acercamos mucho, tanto mas cuanto que los habitantes nos dispararon tres cañonazos, aunque sin causarnos daño ninguno. Esta isla es hermosa y muy ancha y abunda en frutos : está habitada por portugueses.

Cuando estábamos delante de ella, tuvimos conocimiento de dos naves cargadas de buen vino que navegaban ; nuestro capitan despachó al punto una de las nuestras que las capturó casi sin resistencia, pues algunos de nuestros marineros y soldados penetraron á bordo por medio de nuestra lancha. Nuestro general encargó la guarda de esta presa al capitan Ongtie, y se quedó con el piloto, poniendo en libertad en una de sus pinazas á los demas portugueses, á quienes dió una pipa de vino, víveres y los vestidos que les pertenecian.

([1]) John ó Tomas Doughty. Era un amigo de Drake que iba en la espedicion en calidad de voluntario.
([2]) Coco ó cocotero.
([3]) Media azumbre poco mas ó menos.
([4]) En el grupo del cabo Verde.

Aquella misma noche, fondeamos en la isla que los portugueses llaman *isla del Fuego* (¹), situada al septentrion de la isla Santiago. Se llama así porque tiene una montaña elevada é inaccesible en cuya



La isla del Fuego, segun Kerhallet.

cumbre arde un fuego continuo, cuya llama se descubre mientras dura la noche; pero de dia no se ve mas que humo. Nada hemos podido saber de su riqueza ni de lo que produce. Sin embargo, parece hermosa y agradable, y los portugueses se acostumbran á vivir en ella poco á poco.

Por el lado del mediodia de esta isla se ve otra muy hermosa cuyos árboles siempre están verdes; por eso los portugueses la llaman *isla Brava* (²). Hicimos allí una buena provision de agua dulce; pero no habia buen fondeadero para nuestras naves, y los portugueses nos dijeron que á una legua ó legua y media en contorno no es posible fondear, por causa del fuego subterráneo que poco á poco la consume.

Poco tiempo despues partimos de esas islas del cabo Verde y nos encaminamos hácia la línea equinocial. Pero empleamos mucho tiempo en pasarla, habiendo tenido grandes calmas durante tres semanas, con muchas lluvias, terribles relámpagos y truenos; sin embargo, entre tanto nos ocupamos en la pesca y cojimos bonitos y muchos peces volantes que la mayor parte de ellos venian á caer en nuestras naves (³).

Desde el dia que nos dimos á la vela de las dichas islas hemos pasado cincuenta y seis dias sin ver tierra (⁴), y la primera que vimos fué en la costa del Brasil, en la altura del polo antártico, y la descubrimos el 5 de abril de mil quinientos setenta y ocho.

Los habitantes de esta comarca hacian entonces hogueras de sacrificios á los diablos, y nos dijeron que en tales cosas usan conjuraciones, haciendo montoncitos de tierra y otras ceremonias de lo que resultan fuertes borrascas y grandes lluvias que echan á pique las naves; de modo que los cristianos corren grandes peligros en llegar allí, segun la esperiencia que hacen continuamente los portugueses y los españoles.

El 7 del dicho mes, tuvimos una gran tempestad con relámpagos, truenos y fuerte lluvia, y nuestras naves se desviaron de tal modo que perdimos nuestra carabela ó barca llamada *el Cristobal* (⁵), que habiamos tomado á los portugueses en la costa de Berbería. Sin embargo, cuatro dias despues, á saber el 11 del dicho mes, la encontramos en el *cabo de Alegría*, lugar que el capitan nos designó para que fuésemos todos en el caso en que la tormenta nos separase.

Este cabo se halla situado en un clima muy bueno y templado; el aire es suave y hermosa la tierra. Todas las naves que hacen la travesía toman allí agua dulce. Se ven muchas clases de frutas y un número infinito de gamos; pero no descubrimos pueblo ninguno; solamente habiéndonos internado algunas leguas en el país, encontramos caminos ó senderos con huellas de personas, por las cuales juzgamos que esas personas debian ser de muy alta estatura. Luego nos volvimos á nuestras naves, y habiendo

(¹) La isla Fogo ó de San Felipe.

(²) En el archipiélago del Cabo Verde.

(³) Pasaron el ecuador el 17 de febrero; antes, Drake juzgó necesario sangrar á todos los hombres de la tripulacion, lo que hizo por su propia mano.

(⁴) Les detuvieron las calmas y las tempestades. Durante mas de dos siglos los navegantes persistieron en una marcha directa que les esponia á estos tropiezos. Despues se han evitado las calmas pasando entre el 20° y el 24° grados de longitud oeste.

(⁵) Quizá habian puesto á la barca portuguesa el nombre de la que habian dado en cambio. Sin embargo, otras relaciones designan esta barca con el nombre de *Mary*.

salido de aquel lugar, fondeamos entre un gran peñon y la tierra firme, y en el peñon matamos muchos lobos marinos para hacer provisiones.

Pocos dias despues, seguimos nuestro camino hasta el 36° grado y fondeamos en el gran *rio de la Plata*, teniendo de fondo de 53 á 54 brazas de buena agua dulce de la que tomamos provision. Pero nuestro general nos hizo salir á la mar el 27 de abril, habiendo perdido de vista una de nuestras pinazas en la cual estaba M. de Ongtie.

Navegando algun tiempo á longo de costa, hallamos una bahía muy hermosa y cómoda ([1]), en la cual habia un grupo de islas muy agradables. En una de ellas vimos tal abundancia de lobos marinos que si nuestro general hubiera querido, hubiésemos cargado de ellos nuestras naves. En otra hallamos una gran cantidad de aves que los ingleses llaman *pingwins*. Estas aves no tienen alas, son mayores que los gansos, y hacen agujeros ó madrigueras en la tierra en las cuales se guarecen; esto hace que algunos franceses los llaman *crapauds* (sapos). Habia tambien muchas clases de pájaros, y en las rocas, cuando la marea estaba baja, cojimos una gran cantidad de buenas almejas; pero no habia agua dulce y fué preciso internarse cinco ó seis leguas en la tierra para encontrarla.

Mientras permanecimos en aquel lugar, nuestro general desembarcó en una de aquellas islas, y el pueblo acudió á verle, saltando y bailando de alegría, y hasta traficó con él; pero no quisieron tomar ninguna cosa de sus manos ni de las nuestras. Quien nos habia dado ocasion ([2]) de llevar á tierra nuestra mercancía, y haciendo otro tanto los salvages, hallamos recíprocas ventajas en el cambio. Son hombres robustos y ágiles para saltar y correr.

El 18 de mayo, nuestro general estaba apesadumbrado por la ausencia de nuestras barcas que se habian adelantado á longo de costa para descubrirnos algunos puertos. Pero al dia siguiente la que habiamos perdido, y en la cual estaba M. de Ongtie, apareció á nuestra vista y vino á nosotros, y lo mismo hicieron *la María de Oro* y la carabela; y habiéndonos saludado, nos condujeron á un puerto muy bueno que habian encontrado. A este se dirijió pues toda nuestra flota para descansar algunos dias, como lo hicimos, y tomamos víveres que consistieron en lobos marinos, de los cuales matamos trescientos en una hora.

Aquí nuestro general salió del almirante y se fué á bordo de la barca pequeña para mandar sacar todas las provisiones, como víveres y otras cosas, que habia dentro; luego la hizo llevar á tierra y la pegó fuego, y cuando la hubieron consumido las llamas, mandó que recojieran los clavos y todo el hierro; y cuando hacian todo esto, ciertos salvages enteramente desnudos vinieron hácia nosotros, y cada uno de ellos no traia mas que una piel de lobo marino sobre la espalda. Algunos de ellos tenian en la cabeza como una apariencia de cuerno, y casi todos tenian por sombrero hermosas plumas de pájaros ([3]). Sus rostros estaban pintados de muchos colores, y cada cual tenia un arco en la mano del cual salian dos flechas cada vez que tiraban. Son hombres muy ágiles y, segun nos pareció, inteligentes en la guerra, pues marchaban en buen órden y aunque eran pocos parecian muchos.

Pasaron algun tiempo sin querer tomar ninguna cosa de nuestras naves, por la desconfianza que les inspirábamos. Pero al fin, para demostrarles amistad, nuestro general saltó á tierra, lo que les puso muy algres, y comenzaron á saltar y á bailar en su derredor, volviendose algunas veces la espalda unos á otros. Hasta hubo uno de ellos que se acercó al general, y habiendo tomado su sombrero que tenia un cordon de oro, y habiéndosele puesto en su cabeza, se volvió hácia sus compañeros enseñando á unos el sombrero y á otros el cordon.

Despues partimos de aquel lugar y al punto perdimos de vista nuestra carabela; pero al cabo de tres ó cuatro dias la encontramos. Luego, habiéndola provisto nuestro capitan de todo lo que era necesario, la envió adelante para descubrir el *cabo de Buen Deseo* ([4]).

([1]) La bahía de las Focas, en las costas de la Patagonia. (Véanse los grabados sobre la Patagonia y los patagones, en nuestro tomo anterior, relacion del viaje de MAGALLANES, p. 276 y siguientes.)

([2]) Esta frase incorrecta se halla en las dos ediciones de 1627 y de 1641, que á decir verdad solo difieren por algunas erratas mas que hay en la segunda.

([3]) Son patagones. La relacion no insiste acerca de la estatura estraordinaria que otros viajeros, y el primero de ellos Magallanes, les han atribuido falsamente.

([4]) El cabo Deseado.



Habitante de la isla del Fuego, segun Wilkes (*Narrative of the United States exploring expedition*).



Familia de la isla del Fuego embarcada en su canoa, segun Wilkes.



Wigwam en la isla del Fuego. (*Surveying voyages of the Adventure and the Beagle.*)



Paisaje en la isla del Fuego. (*Surveying of the Adventure and the Beagle.*)

El dia siguiente, que era el 2 de junio, fondeamos en un sitio que Magallanes ha llamado el *puerto de San Julian*. Encontramos un patíbulo plantado en la tierra, lo que nos hizo creer que el dicho Magallanes mandó hacer justicia sobre algunos rebeldes y revoltosos de su compañía ([1]).

El 22 del dicho mes, nuestro general saltó á tierra con Juan Tomas y Roberto Buinterhie ([2]), Oliverio, sargento de artillería, Juan Breuuer, Tomas Hond ([3]) y Tomas Drach, su hermano; y habiéndose internado un poco en el país, descubrieron tres salvages. Entonces Roberto Buinterhie, por divertirse, les tiró una flecha con un arco que llevaba en la mano; pero habiendo tomado esto los salvajes por un principio de guerra, dispararon ellos muchos flechazos; sin embargo ninguno de ellos nos hizo daño ([4]).

En este puerto nuestro referido general se informó con diligencia de las acciones de M. Tomas de Ongtie, por el aviso que le habian dado de que tramaba alguna conspiracion y desórden para interrumpir nuestro viaje. Y á la verdad poco faltó para que consiguiera lo que se proponia, segun las pruebas que dieron á nuestro general varios particulares que confesaron que los habia seducido y eran sus cómplices ([5]). Formada la causa con arreglo á las leyes de Inglaterra y á la calidad del crímen, y oido el parecer de los principales de las naves que para este fin fueron reunidos solemnemente, se le condenó á ser decapitado; lo que muy luego se ejecutó de un hachazo sobre un tajo de madera ([6]). Pero antes de morir el dicho señor de Ongtie suplicó que le fuese permitido recibir la comunion, lo que le concedieron, y habiéndole sido administrada por Marin Flescher ([7]), nuestro ministro, y despues de haber abrazado á nuestro general pidiéndole perdon, y de haberse despedido de todos, orando por la majestad de nuestra reina y por nuestro reino, fué con firmeza á la muerte.

Despues de esta ejecucion, el capitan nos hizo un bello discurso para mantenernos á todos en obediencia, union y amistad durante nuestro viaje; y á fin de que Dios nos tuviera en su santa gracia, nos exhortó á que nos preparásemos para hacer la santa cena el domingo siguiente, como hermanos cris-

([1]) Véase, en nuestro tomo anterior, la relacion del hecho; páginas 280 y 281.

([2]) Roberto Winter.

([3]) Hood.

([4]) La relacion publicada por el sobrino del almirante, y compilada, segun dicen, por su padre Tomas Drake, con el título de *World Encompassed*, no está de acuerdo en este punto con la que ha traducido Louvencourt. Roberto Winter, queriendo ejercitarse en tirar al aire, ó en una direccion que no hubiese asustado á los salvages, rompió su arco; y los salvages, suponiéndole una intencion hostil, le dispararon flechas que le hirieron mortalmente. De aquí se siguió un combate en el cual pereció otro inglés llamado Oliver.

([5]) Las acusaciones contra Doughty principiaron en lo de la isla de Mayo contra los portugueses. Le echaron en cara que se habia apropiado injustamente una parte del botin. Hubo testigos que afirmaron que habia revelado su proyecto de traicion contra Drake, aun antes de la salida de Inglaterra, en el jardin del general en Plymouth. Por lo demas, ningun hecho positivo se articula en ninguna relacion; todas repiten en términos generales que le acusaban de traicion.

([6]) La relacion mas antigua y auténtica de este suceso es la de Hakluyt, y está conforme con lo que dice Louvencourt.

Fletcher, el capellan de la tripulacion, habla de Doughty en términos que manifiestan mucha consideracion por él y por su ciencia. « Era, dice, un buen orador, y estaba lleno de conocimientos; poseia el griego y tenia algunas nociones del hebreo; era aficionado á instruirse. »

No parece hallarse muy convencido de la culpabilidad de Doughty que, segun él dice, protestó con energía en la hora de su muerte.

Segun la relacion del *World Encompassed*, propusieron á Doughty la opcion entre el abandono allí, la transportacion á Inglaterra para ser juzgado, ó la ejecucion de la sentencia: prefirió esto último, dice el autor.

Sin embargo, esta circunstancia no se menciona en el manuscrito del capellan Fletcher (conservado en el *British Museum*).

La sentencia de Doughty se pronunció por un consejo de cuarenta comisarios elegidos entre las diferentes tripulaciones. No se concibe que este tribunal condenara á un inocente.

En la mañana de la ejecucion, dice el redactor del *World Encompassed*, Doughty conversó afectuosamente con Drake y varios oficiales, comió con ellos y se despidió brindando á su salud.

A su vuelta, Drake fué acusado por el rumor público en Inglaterra de haber aprovechado con mucha crueldad la ocasion de deshacerse de un rival temible. Esto era demasiado; pero de todos modos aquella ejecucion se consideró como un acto temerario.

Es verdad que Cristobal Colon no tuvo un solo instante la idea de obrar así con Pinzon, que quizá no habia sido menos culpable con respecto á él, que Dougthy lo fué con Drake; pero no se puede hacer de la palabra *quizá* la base de un fallo.

([7]) « *Master* Francis Fletcher, *preacher* », dice la relacion del sobrino del almirante.



Vista del cabo de Hornos, segun Wilkes. (*Narrative of the United-States exploring expedition.*)



Otra vista del cabo de Hornos, segun Wilkes.

tianos y buenos amigos; lo que se efectuó con mucha reverencia y gran consuelo de la compañía; y luego nos volvimos á las naves (¹).

(¹) Enterraron á Doughty en la tierra del puerto San Julian, y cubrieron su cuerpo con dos piedras en las cuales escribieron los nombres de Drake en latin.



La isla de Wollaston, cerca del cabo de Hornos, vista por el nordeste (¹).



Islas y bancos de hielos del cabo de Hornos, segun el Atlas de Vaillant.

(¹) *Narrative of the surveying voyages of Adventure and Beagle*, t. Iº, p. 433.

El 17 de agosto, partimos de este puerto de San Julian ([1]), y el 20 del dicho mes entramos en el famoso estrecho de Magallanes para pasar el mar del Sur ([2]). Algunos de los nuestros, que saltaron á tierra en la punta del cabo del dicho estrecho, encontraron el cuerpo de un hombre muerto que estaba todo destruido.

El 21, nos adelantamos un poco y hallamos el canal muy tortuoso como si no hubiera habido paso ninguno. Luego se levantó un viento contrario que nos hizo volver al lugar de donde habiamos partido.

En este sitio hay buenos puertos en los cuales entra el agua dulce, pero falta lo mejor y es fondeadero, pues en muchas leguas no se puede fondear por la mucha profundidad, si no es en algunos rios ó en algunas rocas, y los vientos son tan fuertes, que el que se ve sorprendido por los torbellinos contrarios, corre mucho riesgo ([3]).

La tierra por ambos lados es muy alta y tiene montañas inaccesibles; las del sur y este están cubiertas de nieve en todas las estaciones ([4]).

Este estrecho tiene de ancho en algunos sitios dos leguas, en otros tres, en otros cuatro, y una por lo menos. Es muy frio, porque siempre hay en él nieves ó heladas; sin embargo, los árboles están siempre verdes, y hay debajo de ellos una gran cantidad de buenas yerbas ó plantas que producen escelentes frutos; y cuando hace viento, los árboles hacen un ruido que parece que se vienen al suelo.

El 24 del dicho mes, llegamos á una isla en ese estrecho, en la cual encontramos muchos de esos penguinos que no pueden volar porque no tienen alas. Son muy gordos, y en un dia matamos tres mil para aumentar nuestras provisiones.

El 6 de setiembre, salimos del dicho estrecho y entramos en el mar del Sud, ó por otro nombre mar Pacífico.

El 7, tuvimos que desviarnos mas de 200 leguas ([5]) por causa de una fuerte tormenta.

El 15, nos apareció un eclipse de luna á las seis de la tarde, que hacia ya muy oscuro, y habiendo legado á una bahía que llaman *Severin de los Amigos*, caimos á sotavento del estrecho 55 grados y un tercio, y fuimos á fondear cerca de una isla donde habia rica agua dulce y yerbas de singulares virtudes ([6]).

Despues fuimos á otra bahía donde hallamos á un hombre y á una mujer en un bote de los que ellos hacen. Estaban desnudos y costeaban una isla buscando víveres. Les pedimos por señales que traficaran con nosotros con lo que tenian, lo que hicieron amistosamente.

El 20 de octubre, habiendo continuado nuestro camino hácia el norte con viento favorable, descubrimos tres islas, en una de las cuales habia tantos pájaros que parece cosa increible ([7]). Estas islas se hallan á 8 grados del trópico de Capricornio.

El 8 de noviembre, perdimos una de nuestras naves en la cual iba M. Buinster ([8]), y ya no la volvimos á ver en nuestro viaje, y creimos que alguna borrasca le habria arrojado al estrecho de Magallanes ó que se habria perdido por naufragio como otros de nuestra compañía; sin embargo, le encontramos en su casa en Inglaterra á nuestro regreso.

El 29 del dicho mes, continuando nuestro camino, llegamos á la isla llamada *la Mocha* ([9]), y al punto

([1]) Antes de partir destruyeron *el Mary* que hacia agua. Por consiguiente, la flota se quedó reducida á tres naves.

([2]) Drake fué el primer navegante que penetró en ese estrecho despues de Magallanes. (Véanse los grabados de la relacion de Magallanes, en el tomo anterior.) En aquel sitio, Drake mandó hacer una maniobra particular que denotaba su respeto por la reina, y cambió el nombre del *Pelicano* por el de *Golden-Hind*, en honor, segun dicen, de su protector sir Christopher Hatton.

([3]) A pesar de todos los progresos, esta navegacion es aun en el dia larga y peligrosa.

([4]) Distinguieron un volcan como el de la isla del Fuego.

([5]) Perdieron el *Marygold*, capitan Tomas.

([6]) Fleurieu supone que esta tierra era la parte meridional de la isla llamada despues cabo de Hornos.

([7]) Drake dió el nombre de su reina á la mayor de estas islas.

([8]) La nave *Elisabeth*, mandada por Winter. Este buque permaneció cerca de un mes en aquellos parages, buscando los otros, ó esperando á que los vientos fuesen favorables. Winter supuso que Drake habia perecido, se abandonó al desaliento y volvió á Inglaterra, donde su conducta no mereció la aprobacion de nadie.

([9]) La isla Macho.

nuestro general envió diez hombres á tierra para reconocer á los habitantes, y hallaron que formaban un pueblo que se habia retirado de tierra firme huyendo de los españoles.

Vinieron á presentarse en la plaza demostrándonos por señales que nuestra llegada les llenaba de



Vista de Valparaiso, segun el Atlas de Vaillant.

júbilo. Nos trajeron batatas y ovejas muy gordas, y en cambio nuestro general les dió algunas menudencias de las que llevábamos. Tambien nos prometieron agua dulce; pero como el dia siguiente dejáramos en la isla dos de nuestros hombres para que llenasen dos pipas, aquellos salvages se los llevaron y no pudimos saber lo que hicieron de ellos (¹).

Habiendo visto nuestro general esta perfidia y las pocas probabilidades de reparar esta pérdida, mandó salir hácia la costa de Chile.

En el camino, y cerca de la costa, encontramos á un indio en una lancha, el cual pensando que éramos españoles, nos avisó que en un sitio próximo llamado *Santiago*, habia un gran navío español cargado que venia del Perú (²). Por esta buena noticia nuestro general le hizo algunos regalitos de poco valor que le pusieron muy contento, y él nos llevó á un puerto llamado *Val-Paraiso* (³).

Llegados á este puerto, encontramos efectivamente al dicho navío, y no habia á su bordo mas que ocho españoles y tres moros, los cuales pensando que éramos españoles nos recibieron con mucha alegría, tocando el tambor y ofreciéndonos buen vino. Pero se quedaron bien sorprendidos cuando uno de los nuestros que estaba en su navío mirándolos, cayó sobre uno de ellos diciéndole estas palabras: *¡ Abajo, perro!* Al instante otro de los suyos, viendo que se habian engañado y que éramos ingleses,

(¹) La cosa fué mucho mas grave. Mataron á los dos ingleses que habian saltado á tierra, y los indios atacaron despues á flechazos á los marinos que los habian acompañado y que con gran trabajo pudieron escapar con su barca. Drake recibió un flechazo en la mejilla, debajo del ojo derecho, y otro detras de la cabeza; el cirujano mayor habia muerto, y solo quedaba á bordo un practicante jóven y poco esperimentado.

(²) El 30 de noviembre, Drake fondeó en la bahía de San Felipe y en tierra cojieron al indio.

(³) Valparaiso, ciudad marítima de Chile.

hizo la señal de la cruz, y habiéndose arrojado al mar, fué á dar aviso de nuestra llegada á los del pueblo.

Sobre esta alarma los habitantes abandonaron la poblacion, huyendo fuera de ella, buscando refugio por todas partes. En breve, nuestro general fué allí con muchos soldados, en su nave y en la de los



Camino de Valparaiso á Santiago, segun el Atlas de Vaillant.

españoles, y tomó y saqueó la poblacion sin resistencia. Entre otras cosas que cojió se cuentan un caliz y dos grandes cruces de plata en una capilla.

Encontramos una buena cantidad de vinos de Chile y muchas piezas ó tablas de madera de cedar, de que hicimos provision. Y habiéndonos vuelto á bordo de nuestras naves, nos dimos á la vela para proseguir nuestro camino. En cuanto á los españoles, les perdonamos la vida y les devolvimos la libertad; solamente nos quedamos á bordo con un tal Juan Grego, de nacion griego, pues quiso nuestro general que nos sirviera de piloto y nos llevara hasta el puerto de *Latina*.

Cuando estuvimos en la mar, nuestro general se apropió todo lo que habia en la dicha nave. Habia gran cantidad de vinos de Chile y barras de oro fino de *Baldivia*, que no está lejos, que tendrian un valor de mas de 37,000 ducados. Con viento favorable fuimos á fondear cerca de un sitio llamado *Coquimbo*.

En este lugar, catorce de nuestros hombres saltaron á tierra para tomar agua fresca; pero los españoles, que los descubrieron, corrieron á ellos con trescientos caballos y doscientos hombres á pié, y les hicieron huir despues de haber muerto á uno. Poco despues, cuando se retiraron, saltamos nosotros á tierra con la bandera desplegada; mas habiendo observado que volvian, aunque nos mostrasen señales de paz, nos retiramos á nuestras naves y partimos no queriendo fiarnos de ellos.

Algunos dias despues, llegamos á cierto punto llamado *Terrapaca* [1], y encontramos á orillas del mar un español que dormia teniendo á su lado trece barras de plata que valian cuatrocientos ducados de España. Cojimos la plata y dejamos el hombre.

[1] Ó Taracapa.

De este lugar nos dimos á la vela, y llegamos á otro puerto llamado *Arica*, donde encontramos tres barcas pequeñas que cojimos con todo lo que tenian dentro. Habia en una de ellas cincuenta y siete barras de plata que pesaban cada una 20 libras, lo que importaria en moneda de Francia, á razon de



Rada de Cobija (¹) entre Coquimbo y Terrapaca, segun el Atlas de Vaillant.

40 francos por cada libra de plata, 50,160 libras. No hallamos á nadie en las referidas barcas, pues todos los marineros se habian ido á la poblacion que apenas se componia de veinte casas. Sin embargo, nuestro general no quiso saquearla, y se contentó con los despojos de las dichas barcas, despues de lo cual pasó adelante.

Tirando hácia Lima, encontró una barca pequeña cargada de velas en gran cantidad; la detuvo, tomó lo que le pareció y la dejó marchar.

El 13 de febrero de 1759, llegamos ante la ciudad de Lima, y habiendo entrado en el puerto, encontramos doce naves ó barcas, cuyos pilotes habian mandado llevar todo su velámen á tierra, no teniendo ninguna desconfianza de cosas contrarias; nunca habian tenido motivo para alarmarse, pero aquel dia tuvieron el primero, pues nuestro general tomó todo cuanto quiso; principalmente, habiendo hallado en una de las dichas naves un cofre lleno de reales de plata pura, y un crecido número de fardos de seda y de lienzo fino, mandó llevar todo esto á su nave. Lo mejor fué que tuvo aviso de que otra nave, llamada *Cagafuego* y cargada de grandes tesoros, navegaba hácia un puerto llamado *Paraca*. Al instante resolvió la marcha, y antes de salir mandó cortar todos los cables sobre las anclas de las dichas naves, abandonándolas á merced del viento y de las olas.

Cuando seguiamos nuestro camino, encontramos una barca cargada de cordajes para naves. La cojimos y hallamos el peso de 80 libras de oro que valian 14,080 escudos, moneda de Francia, y un crucifijo del mismo metal adornado de pedrerías de mucho valor. Nuestro general, regocijándose con tan bella presa, la mandó llevar á su nave con todo lo que quiso del dicho cordaje.

(¹) 22 grados de latitud.

Persiguiendo despues al *Cagafuego*, nuestro almirante, por los muchos deseos que tenia de alcanzarle, prometió que daria su cadena de oro al primero que le descubriera. Ahora bien, tuvo esta suerte Juan Drach, que de lo alto de un palo le distinguió á eso de las tres de la tarde, lo que á todos nos causó mucha alegría.

A eso de las seis, fuimos al abordage, y hubo tal tiroteo que la tripulacion no tuvo mas remedio que rendirse. Dentro encontramos grandes riquezas, como joyas, piedras de gran valor, cofres llenos de reales de plata, el peso de 80 libras de oro puro de un valor de 14,080 escudos, moneda de Francia, y quince toneladas de plata en barras.

El sitio en que hicimos esta presa, se llama el *cabo San Francisco*, que dista de Panamá 150 leguas.

Ademas de todas estas riquezas, nuestro general se aprovechó de dos hermosas copas de plata que tenia el piloto de aquella nave, el cual se llamaba don Francisco. Ahora bien, habiéndolas visto nuestro general, le dijo :

— Señor piloto, teneis aquí dos copas de plata, os suplico que me deis una.

Entonces el piloto, que no podia escusarse decentemente, dió una á nuestro general y otra al despensero de su nave.

Despues de haber recojido tan rico botin, nuestro general, movido por su clemencia ordinaria, les devolvió su nave y les dejó ir en paz sin tocar á sus personas. Ahora bien, en esta separacion el mozo del piloto dijo una agudeza que todos celebraron; pues, hablando con nuestro general, le dijo riendo :

— Capitan, nuestro navío no debe ya llamarse *Cagafuego* sino *Cagaplata*; y el vuestro es el que debe llamarse *Cagafuego*.

Entonces nuestro capitan se echó á reir y nosotros tambien; pues el dicho queria significar que el suyo habia sido vencido por el nuestro y que nos llevábamos todas sus riquezas.

Algunos dias despues, cuando seguimos nuestro camino hácia el oeste, encontramos otra nave cargada de lienzos y de vajilla fina de tierra blanca y de muchas sedas de la China, todo lo cual fué para nosotros.

El capitan de esta nave era un noble español. Nuestro general le cojió un halcon de oro y una hermosa esmeralda que llevaba al cuello; y como necesitábamos un piloto esperimentado en aquel sitio, se quedó con él para que acabara su viaje en su nave.

Nos guió pues, hasta el puerto de un pueblecillo que está á longo de costa y se llama *Gualierca* (¹),



El puerto de Acapulco, segun el Atlas de Dupetit-Thouars.

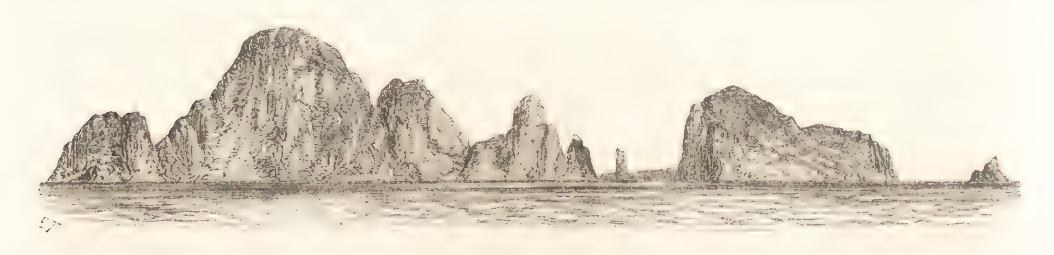
diciéndonos que en la poblacion no habia mas de diez y siete españoles. Sobre esto, saltamos á tierra y vimos un juez acompañado de tres oficiales, que juzgaban á tres moros negros acusados de haber pegado fuego al lugar. Prendimos al juez, á los oficiales y á los moros, y los llevamos á bordo de nuestras naves. Entonces nuestro general dijo al juez: « Necesito agua dulce. » Y al punto el juez mandó á todos los habitantes que la trajeran, y así lo hicieron. Luego saqueamos la poblacion, y entre otras cosas hallamos y cojimos una vasija grande en la cual habia media carga de reales de plata. Uno de los

(¹) Segun otras versiones, Aguapulca, Acapulco, Aguatulco, Guatocolo. Probablemente Guatulco en la costa de Méjico (intendencia de Oaxaca ó Guaxaca).

nuestros, llamado Tomas Mornis, cojió tambien á un español que huia y le quitó una hermosa cadena de oro que llevaba, con otras joyas de mucho valor.

En este lugar, nuestro general, entre otros españoles que tenia presos, dió la libertad al piloto portugués que habia cojido en las islas del Cabo Verde, hallándose en una nave de *Santa María del Puerto* en España ([1]).

Pocos dias despues, llegamos á la *isla de Cañon,* donde nos detuvimos algun tiempo, pues nuestro



Perfil de las islas ó rocas de Farellone, á 8 millas de distancia ([2]), segun el Atlas de Choris.

general tuvo que mandar gobernar una de nuestras naves que estaba muy averiada, y ademas hubo que hacer provision de leña y agua dulce.

Cuando nos disponiamos á partir, descubrimos una nave que perseguimos y cojimos. A bordo encontramos dos pilotos y un gobernador españoles que se encaminaban á las islas Filipinas; les perdonamos la vida y les dejamos ir en libertad, contentándonos con tomar parte de las mercancías que llevaban.

Hecho esto, nuestro general reunió toda la armada para deliberar acerca de nuestro viaje y del camino que tendriamos que tomar para volver á nuestra patria, advirtiéndonos que no era oportuno permanecer á longo de aquella costa mucho tiempo, por las pérdidas y daños que habiamos hecho sufrir á los españoles.

Dos vias principales se ofrecian á nuestros ojos : una era la del estrecho de Magallanes por donde habiamos venido, y otra consistia en atravesar ese gran mar del Sur que tiene una estension inmensa. Y en caso de tomar esta última, habia que considerar si tomariamos nuestro camino por las Molucas y el cabo de Buena Esperanza, ó si subiriamos á lo largo del rio de la China y de la Tartaria por el estrecho de Añan, para bajar á Inglaterra por el mar Glacial, doblando el cabo y promontorio Tabin de Noruega ([3]).

Sobre estas proposiciones, nuestro general opinó que no debiamos volver por el estrecho de Magallanes por dos razones : la primera, porque habia muchos españoles en las costas del Perú y de Chile, y que si espiaban nuestro regreso nos seria imposible librarnos de sus manos; y la segunda, porque la situacion de la boca del dicho estrecho era por el lado del sur en donde estábamos, sumamente peligrosa por las continuas tormentas y fuertes lluvias; ademas, los arenales que estan próximos á la costa son muy peligrosos para las naves.

En vista de esto, añadió que era preferible tomar el camino del Japon y del reino de la China, y esponerse á los trabajos de atravesar el gran mar Pacífico. Y quedando por deliberar si iriamos por las Molucas y el cabo de Buena Esperanza, ó por el mar del Norte y de Septentrion, temiendo las calmas que se

([1]) Este piloto era Numa de Silva, quien llamado al llegar á Méjico ante el gobernador, hizo una relacion exacta del viaje de Drake. Esta relacion ha sido publicada por Hakluyt.

([2]) Segun Burney, las islas de Farellone son aquellas que fueron llamadas por Drake *Islands of St James*; Drake no las descubrió sino despues de haber estado en la California.

([3]) Drake habia visto que se unian los dos Océanos en el estremo sur de la América; ¿porqué no admitir que se unian tambien por el estremo norte? Muchos cosmógrafos célebres de su tiempo no dudaban que debia ser así. Ademas, Martin Forbisher, amigo de Drake, habia vuelto á Inglaterra á fines de 1576, con la conviccion de que se podia ir al Cathay por un paso al norte. Por ese mismo paso creia Drake que podria volver á su patria.

encuentran hácia la Guinea; y no deseando volver á pasar á longo de las Españas para conservar las riquezas que teniamos, se resolvió por fin que regresariamos por el referido mar del Norte.

En efecto, el 16 de abril de 1759 nos dimos á la vela, y navegamos por esa mar hasta 600 leguas de longitud.

El 5 de junio, estando á 42 grados del lado del polo ártico ([1]), encontramos el aire tan frio que todos padecimos mucho, y esta frialdad crecia cuanto mas subiamos hácia el norte, por lo cual volvimos á



Entrada de la bahía de San Francisco, segun Dupetit-Thouars.

38 grados de la línea; y poco despues descubrimos una tierra á la que parece no han tocado ni los españoles ni nadie ([2]).



Entrada del puerto de San Francisco, á 7 millas de distancia, segun Choris.

Esta tierra no es montañosa sino baja y fria, y á la sazon estaba cubierta de nieve. Y como necesitáramos bastimentos frescos, nuestro general opinó que debiamos fondear allí, lo que hicimos gracias á Dios que nos dió un viento favorable para entrar.

DESCRIPCION DEL PAÍS DE NUEVA ALBION Y DE SUS HABITANTES.

Cuando llegamos, los habitantes de esa comarca manifestaron mucha admiracion á nuestra vista, y pensando que éramos dioses, nos recibieron con mucha humanidad y reverencia.

Nos enviaron un regalo segun su modo, y por su parte nuestro general, siguiendo los impulsos de su

([1]) Á 22 grados de latitud norte.

([2]) Es un error; véanse las páginas siguientes. La bahía de San Francisco en la California; segun otros autores, Drake arribó á la bahía llamada *Puerto de la Bodega*, por Bodega, en 1775. El puerto de San Francisco está á 37° 43′ 15″ norte.

bondad y discrecion, les hizo otro regalo á su manera; y entre otras cosas les dió una hermosa tela para que cubrieran su desnudez, demostrando ellos que hacian un gran caso de este obsequio.

Los hombres andan desnudos enteramente; pero las mujeres se cubren un poco; pues llevan sobre los hombros una piel velluda de gamo montés, y desde el ombligo hasta cerca de la rodilla, llevan á manera de delantal una especie de tela que ellas rastrillan y hacen como hilaza de una corteza de árbol propia para eso que crece en el país. Son muy obedientes y serviciales con sus maridos.



Indio del Sacramento, segun Wilkes.

Sus casas están hechas de un modo estraño, pues las edifican con tierra cerca del mar y de forma redonda como palomares. No tienen ventanas; tienen solo una puerta y una pequeña abertura arriba por la cual pasa el humo, y cuando hacen lumbre las dichas casas están sumamente calientes. Sus camas están en el suelo, y las hacen con ramas de abetos y otros árboles, acostándose en corro sobre estas ramas, para seguir la forma de las dichas casas, y en medio hacen la lumbre.

Mientras permanecimos allí vinieron á vernos todos los dias, trayéndonos penachos de plumas de diversos colores y *petum,* que es una yerba que usan los indios ordinariamente. Pero antes de presentarnos estos regalos, se detenian un poco lejos en un lugar donde nosotros habiamos levantado nuestras tiendas, pronunciaban largos discursos en tono muy enfático, y al acabar, dejaban sus arcos y sus flechas y se acercaban á nosotros para ofrecernos sus presentes.

La primera vez que vinieron sus mujeres, se detuvieron en el mismo lugar, y se arañaron y se arrancaron la piel y la carne de sus mejillas, lamentándose de un modo admirable que á nosotros nos sorprendió mucho. Pero supimos que era aquello una especie de sacrificio que nos hacian. En el mismo instante, nuestro general se puso á orar segun la Sagrada Escritura y nuestra religion, y al verlo los salvages prestaron mucha atencion y aparentaron que les causaba alegría; luego se acercaron las mujeres y las dimos de nuestros víveres que las gustaron mucho.

Las noticias de nuestra llegada á aquella tierra no tardaron mucho en difundirse por medio de los habitantes, hasta que llegaron á los oidos de su rey, maravillándose mucho de que una partida de hombres de climas tan lejanos y de tan distintos modos de vivir se presentaran en aquellas tierras. Por esto, el rey tuvo un gran deseo de vernos y resolvió partir de su morada para llegar á donde estábamos nosotros.

Ahora bien, antes de su venida envió dos embajadores de su parte á nuestro general, y estos anunciaron su visita con un discurso que duró cerca de media hora. Pero desgraciadamente nosotros no entendiamos su lenguage.

Sin embargo, nuestro general les dió á entender por señales que les deseaba toda clase de bienes, y en esta consideracion les ofreció regalos, y les suplicó que los llevaran de su parte á su rey, lo que ofrecieron hacer; y con este fin se volvieron á encontrarle con mucha ceremonia.



Armas y utensilios de los indígenas de la Nueva California, segun Choris.

Poco tiempo despues, vimos á ese príncipe que venia hácia nosotros acompañado de muchos salvages. Era de hermosa presencia, y muy cortés y amable.

Andaba con gravedad como conviene á un gran monarca, y su pueblo que le acompañaba lanzaba en su derredor muchos gritos y cantos de alegría, haciéndole honores que no parecian propios de hombres bárbaros.

Uno de los suyos, que era un hermoso personage, marchaba delante de él, llevando en su mano una masa ó un cetro, del que pendian dos coronas, una pequeña y otra grande, y tres cadenas muy largas. Estas coronas estaban hechas primorosamente con plumas de diversos colores, y las cadenas eran fuertes y de materia sólida, y tan hermosas que nadie las ha visto mejores.

A poca distancia de este marchaba el rey con sus guardias, vestido así como los guardias de pieles de conejo ([1]) y de otros animales de variados colores; y seguian muchos hombres del pueblo todos con la cara pintada unos de blanco, otros de negro, y otros de diferentes colores. Llevaban consigo muchos de sus hijos, y en sus manos, tanto estos como aquellos, traian muchos regalos para nosotros.

Nuestro general, viendo llegar al rey en tan buena compañía y con tanto órden, nos reunió á todos, y no queriendo fiarse de tales gentes, nos hizo marchar hácia nuestras tiendas que habiamos dispuesto en forma de fuertecillo para la seguridad de nuestras personas.

Habiéndose acercado el rey, nos hizo un saludo general, y al punto el que llevaba su cetro, llamando

([1]) Pieles del *Mus bursarius*, ó hamster.

á uno de sus guardias, le dijó ciertas palabras al oido, las cuales el otro pronunció en alta voz, de modo que cada uno de nosotros y de ellos podia oirlas. Este discurso duró por lo menos media hora, sin que nosotros pudiéramos comprender lo que se decia; y una vez concluido, el rey se acercó mas á nuestro fuerte, con el mismo órden que habia traido hasta entonces; sin otra diferencia que la de haber dejado atras á todos los niños.

Entonces el que llevaba el cetro commenzó á entonar un cántico y á bailar un baile á su manera,



*Mus bursarius,*ó Hamster, segun Shaw.

llevando tan bien el compas y con tanta gracia que no nos cansábamos de admirarle. Inmediatamente el rey se puso á hacer lo mismo, y el pueblo que le seguia le imitó, lo que presentaba un hermoso espectáculo; y así cantando y bailando nuestro general le permitió entrar en nuestro fuerte y en nuestras tiendas.

Concluido el baile, el rey se sentó y por señales hizo comprender á nuestro general que deseaba que tomara asiento á su lado. Hecho esto, le manifestó por otras señales de suma benevolencia, que tanto él como todos sus súbditos anhelaban que tuviera á bien aceptar la corona de su reino, y que con mucho gusto le reconocerian como su rey y le obedecerian como vasallos. Y tomando al punto la mayor de las dichas coronas y las cadenas, puso la corona en su cabeza y las cadenas en su cuello, entonando con todo su pueblo un cántico de alegría. Y todo esto fué acompañado de muchas reverencias y ceremonias, llamando á nuestro general *hioh,* es decir soberano.

Viendo estas cosas nuestro general y sabiendo cuánto provecho y honra alcanzaria para nuestro país, demostró que le agradaban las proposiciones y tomó posesion de este reino para nuestra Serenísima Majestad de Inglaterra, aceptando el cetro, la corona y la dignidad de rey [1].

[1] Juan Rodriguez Cabrillo era el único europeo que habia arribado á esa costa, y conservaban de él un buen recuerdo porque no habia hecho daño ninguno á los indígenas. Por esto era natural que aquellas pobres gentes hiciesen tan buena acojida á Drake y á sus compañeros; pero era adelantar mucho el suponer á su rey la voluntad de abandonar á Drake todo su poderío; al ofrecerle las insignias de su soberanía, es probable que solo queria darle una prueba de admiracion y de respeto. (V. Burney's *South sea discoveries.*)



Adornos de baile de los habitantes de la California, segun Choris.



Antiguos habitantes de la California, segun Choris.

Despues, el pueblo dejó al rey y á sus guardias con nuestro general, y se marchó á cierta distancia para hacer sus sacrificios. Muchos de los nuestros los siguieron para ver cómo eran aquellas ceremonias. Ahora bien, no presenciaron gran cosa, pues lo único que hicieron fué cojer al mas jóven de todos, y formando corro en su derredor, prorumpieron en gritos lamentables, arañándose el rostro y arrancándose la piel y la carne. Pero los nuestros les dieron á entender que no debian hacer tales sacrificios, y que solo hay un Dios, criador del cielo y de la tierra, á quien es preciso adorar y servir.



Tcholovones cazando (San Francisco), segun Choris.

De tres en tres dias venian á repetir delante de nosotros los mismos sacrificios, y nos los ofrecian en holocausto como si nos hubiesen tomado por unos dioses. Pero al fin dejaron estos sacrificios, en atencion á que nosotros les repetimos muchas veces que no los teniamos por agradables. Ahora bien, el crédito que habiamos adquirido entre ellos procedia de que al mostrarnos sus llagas y rasguños, nosotros les dábamos para curarles emplastos y ungüentos cuya virtud y eficacia admiraban mucho.

Nos querian con estremo; toda su alegría consistia en vernos y en frecuentarnos, y ni un solo dia dejaban de venir á visitarnos. Por eso, cuando les dieron la órden de marchar se pusieron muy tristes, y nos suplicaron que nos acordásemos de ellos en la ausencia, prometiendo que nos harian muchos sacrificios.

Hemos hallado en este país un coto donde hay unas liebres muy estrañas; tienen el cuerpo grueso commo los conejos de Berbería, la cabeza tan abultada como los conejos de Inglaterra, las patas como las de los topos, los rabos como los de las ratas, aunque mas largos ([1]). Tienen á cada lado de la cabeza una bolsa en la que reunen su comida, á guisa de provision, cuando están hartos. Son buenos y sabrosos, y este pueblo estima mucho su piel, de la que hacen las vestiduras que lleva el soberano. Tambien hemos visto muchos gamos de monte, de cuerpo abultado.

([1]) *Mus bursarius.* (V. la p. 102.)



Leon marino de las costas de la California, segun Choris.



Embarcacion de los indígenas de la California, segun Choris.

Hay en esta comarca algunas minas de oro y plata [1]. Ahora bien, habiendo tomado posesion de esta tierra nuestro general en nombre de nuestra serenísima reina, la llamó *New-Albion* [2] por dos causas : la primera porque es el primero que la ha descubierto, y la segunda porque tiene mucha semejanza con nuestra Inglaterra, siendo muy hermosa á longo de la costa del mar. Con este fin, y en memoria de nuestro país, mandó grabar en una plancha de cobre el retrato y las armas de nuestra reina, y luego hizo clavar esta plancha en un pilar de piedra levantado para esto en nuestro fuerte; mandando tambien poner su nombre y el dia y año en que llegamos nosotros, todo lo cual pareció que miraban con mucho respeto el rey y sus súbditos.

Despues de haber permanecido algun tiempo en este país, nos dimos á la vela para regresar á Inglaterra por las Molucas y el cabo de Buena Esperanza, habiendo previsto nuestro general que no podríamos hacerlo por el norte sin peligro de perdernos.

Aquí interrumpimos la relacion del viaje que conduce á países en parte conocidos ya de nuestros lectores [3]. El 14 de noviembre, Drake llegó á las islas Molucas, se detuvo en Ternate y luego visitó las Celebes.

Mientras navegaba hácia el sur encalló en una roca el 9 de enero de 1580, y para librarse de un naufragio inminente, tuvo que arrojar al agua una parte de sus provisiones y de su artillería ; en Baratane gobernó su nave. De esta isla, que la relacion representa como un lugar encantado, Drake pasó á Java ; regresó á Inglaterra por el cabo de Buena Esperanza , y llegó á Plymouth el 3 de noviembre de 1580.

Su viaje habia durado tres años menos algunos dias.

Sabido es que Drake, recibido por el pueblo de Plymouth con entusiasmo, no encontró en un principio en las clases superiores mas que frialdad y desconfianza. Parece ser que en la córte y aun en la clase media, se dudó algun tiempo si debia considerársele como un gran navegante ó como un pirata afortunado. Sus violencias contra los españoles en medio de la paz, las rapiñas y los incendios que fueron las hazañas de la primera parte de su viaje y que le habian enriquecido, neutralizaban en la opinion los eminentes servicios que habia hecho á su país. Hasta la misma reina observó durante cinco meses un silencio absoluto que pareció á los cortesanos la prueba de una reprobacion señalada. Pero S. M. apreciaba mas justamente el genio de Drake ; ademas veia próximamente la necesidad de combatir con España, y al cabo resolvió poner punto á las dudas. El 4 de abril de 1581 fué con gran pompa á Deptford, donde estaba anclada la navecilla de Drake, subió á bordo, y confirió solemnemente al atrevido marino el título de caballero [4]. « Honor, dice Samuel Johnson, que no envilecian prodigándole durante aquel ilustre reinado, y que solo acordaban á un mérito estraordinario. » Desde aquel dia principió á crecer el número de los admiradores de Drake, y hoy la Inglaterra honra su memoria, considerándole como uno de sus grandes hombres. Su nave se conservó mucho tiempo como un monumento glorioso en el arsenal marítimo de Deptford ; mas tarde la convirtieron en una especie de fonda adonde el pueblo iba á divertirse los dias festivos, y por fin se cayó de vieja, pero conservaron un resto que enseñan todavia bajo la forma de un sillon en la Universidad de Oxford [5].

Drake permaneció en la inaccion durante cuatro ó cinco años : fué alcalde de Plymouth en 1582, y despues emprendió algunas campañas marítimas. En 1585, salió de nuevo á cometer sus acostumbradas fechorías en las posesiones españolas de las Indias occidentales, con una flota de veinte ó veinticinco naves, cuyo mando le confirió la reina. En 1587, obtuvo tambien el mando de otra flota de veinte

(1) Los ingleses escarbaron la tierra en algunos sitios y descubrieron partículas de oro. Su observacion ha sido confirmada de un modo bien estraordinario en nuestro tiempo.

(2) Nueva Albion.

(3) Véase, en nuestro tomo anterior, la relacion de MAGALLANES.

(4) Drake recibió por armas un globo con la divisa : *Tu primus circumdedisti me;* en el globo se leian estas palabras : *Auxilio divino;* y debajo : *Sic parvis magna.*

(5) Véase la p. 107.

ó veinticuatro navíos (1), y esta vez directamente contra la España. En 1588, fué nombrado vice-almirante, y repartió el mando del ejército naval opuesto á la Armada, con Carlos Howard of Effingham,



Sillon de Drake hecho con los restos de su buque, el *Golden-Hind*, y conservado en la Universidad de Oxford (2).

gran almirante de Inglaterra. En el año siguiente, fué enviado de nuevo á España con otra escuadra; y en esta espedicion, cuyo mando dividió con el general sir John Norris, capturó un crecido número de buques y desembarcó en la Coruña; una tempestad puso fin á esta campaña.

De vuelta en Inglaterra, Drake empleó su tiempo en varias fundaciones útiles; creó con John Hawkins el *Chest de Chatham*, primer establecimiento de beneficencia consagrado á los marinos inválidos, y dotó á Plymouth del agua que tanta falta la hacia, llevándola á mucha costa de los manantiales de Dartmoor. Bossiney ó Tintagal, ciudad del condado de Cornouailles, y luego Plymouth, le nombraron su representante en el parlamento; y en el desempeño de estas nuevas funciones dió pruebas de inteligencia y de actividad. Despues de la disolucion del parlamento, en 1593, la reina le dió el mando de una flota, y esta vez se asoció con su antiguo amigo sir John Hawkins, que tenia entonces setenta y ocho años. La espedicion debia dirijirse contra las colonias españolas de América. La flota, compuesta de veintiseis naves, salió del puerto de Plymouth el 28 de agosto de 1595. Sir John Hawkins murió el 12 de noviembre siguiente en Puerto Rico. La flota atacó á la ciudad de San Juan de Puerto Rico sin gran resultado; prosiguió su camino, incendió las poblaciones de Rancheria y Rio Hacha, y tomó Nombre de Dios. En seguida se resolvió que atacarian á Panamá, y desembarcaron setecientos cincuenta soldados para atravesar el istmo, mandados por sir Tomas Baskerville; pero las poblaciones españolas estaban adver-

(1) Cuatro dados por la reina, y los demas por la ciudad de Londres.
(2) Debemos este dibujo á M. John Cassel, de Londres. — El sillon es de encina de un hermoso color, y tiene dos inscripciones que atestiguan su origen y recuerdan los títulos de Drake á la gratitud de la Inglaterra.

tidas, habíanse construido nuevos fuertes, y la tentativa fué desastrosa para los ingleses que debieron tocar retirada á toda prisa. La escuadra se dió á la vela, Drake se puso malo; una fuerte disenteria le dejó aniquilado en poco tiempo, y murió á bordo, el 28 de enero de 1596, á las cuatro de la madrugada. Arribaron á Puerto Bello; metieron su cuerpo en una caja de plomo y le dieron la mar por sepultura. En España se dijó que habia sido envenenado por la tripulacion; pero no hay ninguna prueba del hecho. El gran poeta Lope de Vega se hizo el intérprete de los sentimientos de España con respecto al Drake en su poema titulado: *Dragontea.*

« Es indudable, dice Desborough-Cooley [1], que Drake fué el primero que señaló la estremidad de las tierras que se llamaron despues el cabo de Hornos [2]. Si se hubiese tomado el trabajo de escribir de su puño y letra la relacion de su espedicion, seguramente habriamos podido descubrir su penetracion y su perspicacia mal entrevistas en las vagas y contradictorias relaciones de sus historiadores. Drake penetró tambien sobre la costa noroeste de la América mas lejos que ninguno de los navegantes que le habian precedido (entre el 43° y el 48° grados). Fué el primero que turbó el monopolio de los españoles en el océano Pacífico; él abrió una era nueva y brillante en la historia de la navegacion; muchos ingleses le imitaron, y tal fué la escitacion que produjo su viaje, que en menos de diez y seis años los puertos ingleses enviaron á los mares del Sur hasta seis espediciones. »

[1] *Histoire générale des voyages de découvertes maritimes et continentales, depuis le commencement du monde jusqu'à nos jours,* traduccion francesa de esta obra por Ad. Joanne y Old Nick; 1840.

[2] Los españoles reclaman la anterioridad de este descubrimiento en favor de un capitan de la flota de Loaisa (1525.)

BIBLIOGRAFIA.

TESTO. — Drake no ha dejado ningun documento escrito sobre sus viajes. Solo se conservan de él algunas cartas de poco interés entre los manuscritos del *British Museum.*

Hé aquí las relaciones de sus esploraciones y de su vida publicadas antes y despues de su muerte.

Expeditio Francisci Dracke equitis angli, in Indias occidentales, anno 1585; Leyde, en 4°, 1588. En la Coleccion de Hakluyt. — Th. Greepe, *The true and perfect newes of the worthy and valiant exploits performed by the valiant knigt sir Fr. Drake,* etc.; Londres, en 4°, 1587. — Fitzgeffry, *Sir Fr. Drake*, his honorable life; en 16, 1596. — *The famous voyage of sir Fr. Drake into the south sea*, and there hence about whole globe of the earth in years 1577 and 1580, by Fr. Pretty; Londres, en 4°, 1600 y 1618. Sobre esta relacion, Louvencourt, señor de Vauchelles, publicó en francés la obra que se titula: — *Le Voyage de l'illustre seigneur et chevalier François Drake, admiral d'Angleterre, à l'entour du monde,* publié par F. de Louvencourt, sieur de Vauchelles; Paris, en 12, 1613. — Id., id., con la segunda parte, 4a y 3a edic.; Paris, en 12, 1641. — De Brye, *Collection des grands voyages*, t. VIII, IX y XI; Francfort, 1599, 1602, 1620. — *The world encompassed by sir Fr. Drake*; London, 1626, 1652. — *Sir Francis Drake revived*, being a summary and true relation of four several voyages, made by the said sir Francis Drake to the west Indies; collected out of the notes of the said sir Francis Drake, master Philip Nichols, master Francis Flitchz, and the notes of divers others, carefully compared together; en 4° men., London, 1653. — *The life and dangerous voyages of sir Francis Drake*; en 12, menor. — Prince, *Worthies of Devon.* — Purchas, *his Pilgrimes.* — Lediard, *Naval history.* — D. Pedro de Ciega, *Crónica del Perú.* — Stowe, *Annales.* — *The famous voyage of sir Francis Drake*, with a particular account of his expedition in the west Indies against the Spaniards, being the first commander that sailed round the globe; to which is added the prosperous voyage of M. Thomas Candish round the world; Londres, en 8°, 1741. — Samuel Clarke, *Life and death of the valiant and renowned sir Fr. Drake*; Londres, en 4°, 1671. — Richard Burton, *the English hero or sir F. Drake*; London, en 8°, 1687; *Id.*, 1739; *Id.*, 1756. — G.-L. Browne, *Leben das englischen Helder und Ritters F. Drake*; Leipsik, 1720, en 8°, traduccion del inglés. — Samuel Jonson, *Life of sir F. Drake*; London, en 12, 1767. — *F. Drake's Leben und Seereisen*; Halle, en 8°, 1815. — *Life of sir F. Drake*; London, en 4°, 1828. — Southey, *Lives of the british admirals* (3er vol.). — Van-Tenac, *Histoire générale de la marine*, t. II.—Le *Voyage de Dumont d'Urville au pôle sud.* — Desborough Cooley, *General history*, etc. — F. Denis, *le Génie de la navigation.*—S.-John, *the Life of celebrated travellers*; London, 3 vol. en 12, 1831-32. — John Barrow, *the Life, voyage and exploits of admiral sir F. Drake*; London, en 8°, 1843 y 1844.—Francis Drake, *Biographie universelle* de Michaud, nuev. edic., 1854.—Francis Drake, *Nouvelle biographie universelle* publicada por el doctor Hœfer; Paris, 1855.

OBRAS DE CONSULTA. — Marchand, *Voyages autour du monde*, pendant les années 1790, 1791 et 1792, avec des recherches sur les terres australes de Drake, par Claret de Fleurieu; Paris, 4 vol. en 4°, 1790-1792. — Choris, *Voyage pittoresque autour du monde;* Paris, en fol., 1822. — Bougainville, *Journal de la navigation autour du globe*, sur *la Thétis* et *l'Espérance ;* Paris, 1837, 3 vol. en 4°, y en fol. mayor. — Dumont d'Urville, *Voyage de la corvette* l'Astrolabe ; Paris, 1830-1833, 29 vol. en 8° mayor, 4 en 4° mayor, y en fol. mayor. — Duhaut-Cilly, *Voyage autour du monde*, principalement à la Californie et aux îles Sandwich; Paris, 2 vol. en 8°, 1834-1835. — Vaillant, *Voyage autour du monde*, exécuté pendant les années 1836 et 1837; Paris, en 8°, 1840 y 1841. — La Place, *Voyage de circumnavigation de* l'Artémise, pendant les années 1837, 38, 39 et 40 ; Paris, 1841. — Lafond de Lurcy, *Quinze ans de voyage autour du monde;* Paris, 2 vol. en 8°, 1840. — Du Petit-Thouars, *Voyage autour du monde*, sur la frégate *la Vénus*, pendan les années 1836-1839; Paris, en 8°, 1840.

Schmidel, *Vera historia admirandæ cujusdam navigationis in Americam vel novum mundum juxta Bresiliam et Rio de la Plata*, etc., etc.; Norimbergæ, en 4° menor, 1599. — De Lery, *Histoire d'un voyage fait en la terre du Brésil dite Amérique*, etc. etc.; en 8°, 1578. — Id., id., en latin, 1586. — Duplessis, *Relation journalière d'un voyage fait en 1698, 1699*, etc., par de Beauchesne, aux côtes du Brésil, du Chili et du Pérou, etc.; en fol. — Durret, *Voyages de Marseille à Lima et dans les autres lieux des Indes occidentales*, etc.; Paris, en 12, 1720. — La Condamine, *Relation abrégée d'un voyage fait dans l'intérieur de l'Amérique méridionale*, depuis la côte de la mer du Sud jusqu'aux côtes du Brésil, etc.; Paris, en 8°, 1745. — Thomas Lindley, *Voyage au Brésil*, où l'on trouve la description du pays ; Paris, en 8°, 1806. — Sobreviela et Barcelo, *Voyages au Pérou*, faits dans les années 1791 à 1794 ; Paris, 3 vol. en 8°, 1809. — Ant.-Zacharie Helms, *Voyage dans l'Amérique méridionale*, commençant par Buénos-Ayres et Potosi, jusqu'à Lima, etc.; Paris, en 8°, 1812. Testo original en aleman, traduccion en inglés. — Poterat, *Journal d'un voyage au cap Horn, au Chili, au Pérou*, etc.; Paris, en 4°, 1815. — John Mawe, *Travels in the interior of Brazil;* London, en 4° mayor, 1812. — Id., id., en francés por Eyriès; 1816. — Koster, *Voyages dans la partie septentrionale du Brésil*, depuis 1809 jusqu'en 1815, etc.; Paris, 2 vol. en 8°, 1818. — Le prince Maximilien de Neuwied, *Travels in Brazil in the years 1815, 1816, 1817;* London, en 4° mayor, 1820. — Id., id., en francés por Eyriès. — Auguste de Saint-Hilaire, *Voyages dans les provinces de Rio de Janeiro et de Minas-Geraes;* Paris, 2 vol. en 8°, 1830.—Id., id., *Voyage dans le district du Diamant et sur le littoral du Brésil;* Paris, 2 vol. en 8°, 1833. — Spix et Martius, *Reise in Brasilien auf Befehl Seiner Majestat Maximilian-Josef Ier, kænigs von Baiern, in den Jahren 1817 bis 1820;* Munchen, 1823-31, 4 vol. en 4° mayor, y en fol. mayor. — W.-C. von Eschwege, *Journal von Brasilien*, etc.; Weimar, en 8°, 1818. — Lieut. Henri Lister Maw, *Journal of a passage from the Pacific to the Atlantic*, crossing the Andes in the northern provinces of Peru, etc.; London, en 8° mayor, 1829. — *Three years in the Pacific*, containing notices of Brazil, Chili, Bolivia, Peru, etc. in 1831-1834, by an officier in the United-States navy; London, 2 vol. en 8°, 1835. — Brackenridge, *Voyage to south America*, etc.; London, 2 vol. en 8° mayor, 1820. — Jullien Mellet, *Voyages dans l'intérieur de l'Amérique méridionale*, contenant la relation de ceux de Buénos-Ayres à l'Assomption et à Valparaiso, etc.; Paris, en 8°, 1824. — Peter Schmidt-Meyer, *Travels into Chili, over the Andes*, etc.; London, en 4° mayor, 1824. — Humboldt, *Voyages aux régions équinoxiales du nouveau continent*, etc.; Paris, 3 vol. en 4° mayor, 1814, 19 y 25.—Basil Hall, *Extracts from a Journal written on the coasts of Chili, Peru and Mexico*, in the years 1820, 21 and 22; Edinburgh, 2 vol. en 8°, 1825. Traduccion francesa.—Alexander Caldcleugh, *Travels in south America*, during the years 1819, 20 and 21, containing an account of the present state of Brazil, Buenos-Aires and Chili; London, 2 vol. en 8° mayor, 1825. — John Miers, *Travels in Chili and la Plata*, etc.; London, 2 vol. en 8° mayor, 1826. — Stevenson, *Voyage en Araucanie, au Chili, au Pérou et dans la Colombie*, etc.; Paris, 3 vol. en 8°, 1828. — Millers, *Memoirs of general Miller*, in the service of the republic of Peru, etc.; London, 2 vol. en 8° mayor, 1829. — Maria Graham, *Journal of a residence in Chili*, etc.; London, en 4° mayor, 1824. — Robert Proctor, *Narrative of a journey across the Cordillera of the Andes, and of a residence in Lima*, etc.; London, en 8°, 1825. — *Relation d'un voyage fait récemment dans les provinces de la Plata*, etc.; Paris, en 8°, 1818.—Capt. Head, *Rough notes taken during some rapid journey accross the Pampas and among the Andes;* London, en 8°, 1828. — Edmond Temple, *Travels in various parts of Peru*, including a year's residence in Potosi; London, en 8°, 1830. — Smyth and Lowe, *Narrative of a journey from Lima to Para*, etc.; London, en 8° mayor, 1836. — Edouard Pœppig, *Reise in Chile, Peru, und den Amazonenstrome wahrend der Jahre 1827-1832;* Leipsick, 3 vol. en 4°, y en fol. mayor, 1835-1836. — D. Félix de Azara, *Voyages dans l'Amérique méridionale*, depuis 1781 jusqu'en 1801, etc., traducido del español; Paris, 5 vol. en 8°, 1809. — Samuel Haigh, *Sketches of Buenos-Ayres, Chili and Peru*, London, en 8° mayor, 1831. — Andrews, *Journey from Buenos-Ayres through the provinces of Cordova*, etc.; London, 2 vol. en 8° menor, 1827.—D'Orbigny, *Voyage dans l'Amérique meridionale*, etc.; Paris, en 4°, 1834-1836. — Lopez Souza, *Analyse de la navigation de la flotte qui est allée en la terre de Brésil, en 1530-1532 ;* Paris, en 8°, 1840. — Balboa, *Histoire du Pérou;* Paris, en 8°, 1840, publicado por Ternaux-Compans.

En cuanto á la tierra del Fuego y la Patagonia, *véase* la Bibliografía de MAGALLANES, en nuestro tomo anterior.

Montgomery, *Voyage au Nouveau-Mexique*, traducido del inglés; 2 vol. en 8°. — *Diario histórico de los viages de mar y tierra hechos al norte de la California*, etc.; México, en fol. menor, 1770. — Chappe d'Auteroche, *Voyage en Californie*, pour l'observation du passage de Vénus sur le disque du soleil, le 3 juin 1769; Paris, en 4°, 1772. — Thompson, *Narrative of an official visit to Guatemala from Mexico;* London, en 12, 1829. — Th. Gage, *Nouvelle relation, contenant les voyages de Thomas Gage dans la Nouvelle-Espagne*, etc.; Paris, 3 vol. en 12, 1676. — Lionel Waffer, *les*

Voyages de L. Waffer, contenant une description de l'isthme de l'Amérique et de toute la Nouvelle-Espagne, traducidos del inglés; Paris, en 12, 1706. — Pike, *Explanatory travels through the western territories of north America*, etc.; London, en 8o, 1811. Traduccion francesa; Paris, 2 vol. en 8o, 1812. — Beulloch, *le Mexique en 1823,* ou Relation d'un voyage dans la Nouvelle-Espagne, etc.; Paris, 3 vol. en 8o, 1824. — Ward, *Mexico in 1827;* London, 2 vol. en 8o mayor, 1828.—Lyon, *Journal of a residence and tour in the republic of Mexico in the year 1826,* etc.; London, en 8o, 1828. — Charpenne, *Mon voyage au Mexique*, ou le Colon de Guazacoalco; Paris, 2 vol. en 8°, 1836. — *Dos años en Méjico,* etc.; Valencia, en 8o, 1838. — Hello, *Relation de l'expédition de la corvette* la Créole *au Mexique, en 1838 et 39;* Paris, en 8o, 1839.— Duflot de Mofras, *Exploration du territoire de l'Orégon, des Californies,* etc.; Paris, en 8o, 1844. — Wilkes, *Narrative of the United States exploring Expedition;* London, 5 vol. en 8o mayor, 1845. — Fedix, *l'Orégon et les côtes de l'océan Pacifique du Nord;* Paris, 1846, 1 vol. en 8o, con carta. — Hugh Doniphan, *California, its history, population, climate, soil,* etc.; Cincinnati, 1848, en 12.—Williams Kelly, *Across the Rocky mountains from New-York to California,* etc.; London, en 8o, 1849 (la segunda edicion es de 1852). — Fremont and Emory, *Notes of travel in California*, Londres, 1849, en 8o menor, de 312 pág. — T.-S. Johnson, *Sight of the gold regions, and scenes by the way;* New-York, 1849, en 8o menor. — William Redmond Ryan, *Personal adventures in Upper and Lower California in 1848, 1849;* with the autor's experience in the mines, illustrated with 23 drawings taken on the spot; Londres, 1850, 2 vol. en 8° menor.— Joseph Warren Revere, *A Tour of duty in California*, including a description of the gold region; New-York, 1850, en 8o, con carta y láminas. — H. Ferry, *Description de la Nouvelle-Californie;* Paris, 1850, 1 vol. en 12, con carta. — Derbec, *Lettres écrites de la Californie*, 1851; en el t. 1° de los *Annales des voyages de Paris;* en 8°.—Friedric Gertsæcker, *Reisen von Friedrich Gertsœcker;* Stuttgard, 1852, 2 vol. en 8o. — Coke, *A ride over the Rocky mountains of Oregon and California*, etc.; London, en 8o, 1852. — J.-T. Farnham, *Life, adventures and travels in California,* etc.; New-York, en 8o, 1852. — Cadwalader Ringgoli, *A serie of charts*, with sailing directions, embracing surveys of the Farallones, etc.; Washington, en 8o mayor, 1852.—W. Kelly, *Stroll through the diggings of California;* London, en 12, 1852. — A. Holinski, *la Californie et les routes interocéaniques,* Bruselas, en 8o, 1853.— J.-C. Fremont, *the Exploring expedition of the Rocky mountains of Oregon and California,* etc.; New-York, en 8°, 1853.— R. Alsop, *California and its gold mines,* etc.; London, en 8°, 1853. — G.-H. Heap, *Central route to the Pacific, from the valley of the Mississipi to the California,* journal of an expedition of E.-F. Beale, superintendant of indian affairs in California, and Govinn Harris Heap, from Missouri to California; Washington, 1853, 6 vol. en 8° mayor.— E. Auger, *Voyage en Californie;* Paris, en 16 mayor, 1854. — De Saint-Amant, *Voyages en Californie et dans l'Orégon;* Paris, en 8o mayor, 1854. — Ch. de Lambertie, *Voyage pittoresque en Californie;* Paris, en 8°, 1854. — E.-S. Capron, *History of California from its discovery to the present times,* etc.; Boston, en 8°, 1854.—A. Lyman, *Journal of a voyage to California and life in the gold diggings;* Hardford, en 12, 1855. — A Ross, *the Fur-hunters of the far west a narrative of adventures in the Oregon and Rocky mountains;* London, 2 vol. en 8°, 1855. — *American Journal of sciences and arts,* 11 ser. XX, 1855, p. 72. — N.-E. G., squire, *Notes on central America, particularly the States of Honduras and San-Salvador;* New-York, 1855, 1 vol. en 8°, con mapas y grabados. — John Russell Barlett, *Personal narrative of explorations and incidents of Texas, New-Mexico, California, Sonora, and Chihuahua;* Londres, 1855, 2 vol. en 8°.

BARENTZ Y HEEMSKERCK,

VIAJEROS HOLANDESES.

[1596-1597.]

Los viajeros ingleses andaban buscando con ahinco, desde mediados del siglo décimo sesto, un paso para las Indias por el norte de América (1). Sebastian Caboto, sir Hugh Willoughby, Ricardo Chancellor, Cornelio Durfoorth, Stephen Burrow, Martin Frobisher, John Davis, habian hecho ya varias tentativas en aquella direccion.

Los holandeses se propusieron igual objeto en cuanto se vieron libres de la dominacion española. El gobierno de las Provincias Unidas resolvió enviar, en 1594, una espedicion para descubrir dicho paso, al nordeste, el cual parecia tan fácil de hallar, en aquellos tiempos de confianza y osadía, como el paso del sudeste descubierto por Magallanes en la América meridional. Con este intento, hizo aparejar tres naves : *el Cisne*, al mando de Cornelis (2), *el Mercurio*, mandado por Isbrandtz, y *el Mensagero*, al mando de Willem Barentz de Terschelling (3). Los dos primeros, despues de haber virado el cabo Norte, vieron la isla de Waigatz, cubierta de flores y verdura (4) y con una temperatura igual á la de los veranos mas hermosos de Holanda. Habiendo penetrado hasta 40 leguas en el estrecho de Waigatz, les pareció que la tierra se inclinaba y prolongaba al sudeste, y se volvieron persuadidos que habian descubierto el principio del paso. Barentz se adelantó al nordeste hasta 77° 25′ de latitud boreal, hácia la punta mas meridional de la Nueva Zembla, que intituló *Is-Hoek* ó *cabo de los Hielos*. Detenido, en efecto, por estos, regresó á Holanda adonde arribó en 16 de setiembre de 1594.

Las ilusiones de Cornelis y de Isbrandtz determinaron á los Estados generales á tantear otra nueva empresa, y esta vez se aparejó una armada de siete naves bajo el mando de Jaime Van-Heemskerck, vástago de una ilustre familia; Willem Barentz fué nombrado primer piloto. Partió la escuadra el 2 de junio de 1595 é hizo escala varias veces en las costas de Nueva Zembla y Asia; pero las nieblas y los hielos le impidieron ir mas allá de la 71ª paralela, y tuvo que retroceder y regresar á Holanda, adonde llegó el 18 de noviembre.

A este segundo viaje sucedió cierto desaliento. Los Estados generales se negaron á aprontar otros buques á costa del erario, contentándose con prometer una prima al navegante que descubriese el paso que se buscaba. Pero el consejo de la ciudad de Amsterdam, sustituyéndose á la accion directa del gobierno, armó dos naves, dió el mando de la primera á Heemskerck, el de la segunda á Juan Cornelis Ryp, y encargó á Willem Barentz el dirijir la espedicion.

Reproducimos la relacion de este último viaje, tal como ha sido escrita por Gerardo de Veer, compañero de Barentz y testigo de los sucesos que refiere (5). Solo omitimos varios detalles puramente naúticos y algunas digresiones sin interés.

(1) Otros esploradores, entre ellos el portugués Cortereal, les precedieron en sus investigaciones.

(2) Llamado tambien Juan Cornelis Ryp y Cornelio Cornelison.

(3) Willem Barendsz, llamado de Terschelling, *por ser el lugar de su nacimiento*. (Biografía holandesa de Vander Aa; Haarlem, 1852.)

Terschelling es una isla del mar del Norte, en la costa septentrional de Holanda, provincia de Frisia.

Las relaciones dicen algunas veces Barentson, en vez de Barentz.

« Se habla de Willem Barentz como de un hombre de buen juicio, muy activo y dotado de conocimientos perfectos en el arte de la navegacion. » (J. R. Forster, *Historia de los descubrimientos y viajes hechos en el Norte.*)

(4) La parte de la isla que llamaron los holandeses *Afgoden-Hoek*, ó punta del Idolo, fué llamada por los rusos *Waigati-Noss* (Vaigatche), ó cabo de las Imágenes esculpidas, á causa de los ídolos que se hallaron en ella.

(5) Véase la noticia bibliográfica al fin de la relacion.

RELACION.

El 10 de mayo de 1596, partieron dos embarcaciones de Amsterdam y llegaron el 13 á Vlie ([1]).

El 16, nos hicimos á la vela y salimos de Vlie; pero, como la marea habia pasado ya y el viento era nordeste, tuvimos que volver atras, y el buque de Juan Ryp encalló; la marea alta le volvió á levantar, y fuimos á fondear á la parte oriental de la tierra de Vlie.



Itinerario del viaje de Barentz, delineado por M. Lejean ([2]).

El 18 de mayo, nos hicimos de nuevo á la vela, partimos de Vlie con un viento norte y navegamos hácia el norte noroeste.

([1]) Vlieband, *Slevolandia*, isla de la Holanda septentrional, á 9 kilómetros al nordeste de Texel.

([2]) Los lectores que deseen tener mas detalles, podrán consultar el mapa publicado por August. Peterman en *the Journal of the royal Society*, tom. XXIII; 1853.

El 22 de mayo, descubrimos las islas de Hitland y de Ferill (¹).

El 24, tuvimos viento favorable hasta el 29, pero este dia nos fué contrario.

El 30, volvió á sernos favorable y navegamos hácia el nordeste. Medimos entonces la altura del sol con el astrolabio y hallamos 47° 42′.

El primer dia de junio, no tuvimos noche.



Portentoso meteoro observado el cuarto dia de junio de 1596 (²).

Estando el sol casi al sur sudeste, vimos un meteoro portentoso : á cada lado del sol, apareció otro sol y dos arco iris que pasaban por entre los tres soles; vimos luego otros dos arco iris, uno ancho al rededor del sol, y el otro por en medio del gran círculo; el borde inferior del gran círculo se elevaba 28 grados en el horizonte (³).

La nave de Juan Cornille no vino con nosotros, pero salimos á su encuentro el espacio de un rumbo. Por la noche, yendo juntos, debiamos navegar aun mas al este, por hallarnos demasiado al oeste; pero su piloto respondió que no querian entrar en el golfo de Waigatz. Viendo que no podiamos persuadirles por mas dureza con qué les hablábamos, les concedimos un rumbo y navegamos hácia el nordeste cuarto del norte, en vez de navegar hácia el nordeste ó mejor aun al este.

(¹) Shetland y Feroë.

(²) Este grabado y los del mismo género que siguen, son reproducciones de las estampas anexas al testo de la relacion publicada, en 1609, en Amsterdam, solo algunos años despues de la muerte de Barentz y del fin del viaje. Varias de las personas que habian formado parte de la espedicion, vivian aun, de modo que hay certeza sobre la fidelidad de los hechos y trajes.

(³) Atribúyese este fenómeno á la refraccion de alguna nubecilla vaporosa esparcida en la atmósfera.

Scoresby (véase la Bibliografía al fin de la relacion), notó tres fenómenos de estos : «La primera vez, decia, habia dos ó tres perihelios y cuatro ó cinco círculos colorados. El primero rodeaba el sol, y los demas tenian su centro en uno de los puntos de su circunferencia. Algunos círculos igualaban con sus colores el brillo del arco iris, semejante á un gran arco que se desplegaba al mismo tiempo en la region opuesta del cielo.

El 5 de junio, vimos los primeros hielos que nos dejaron pasmados, pues en un principio creimos que eran cisnes blancos; uno de nosotros se puso á gritar, en efecto, en cuanto los percibió : « ¡ Mirad cómo nadan los cisnes blancos! » Al oir esto, nosotros que nos hallábamos bajo cubierta, subimos al puente, y vimos que eran pedazos de hielo desprendidos de la masa principal. Era esto hácia el anochecer.

El 6 de junio, á eso de las cuatro de la tarde, vimos otros hielos; eran tan fuertes que no podiamos pasar entre ellos; navegamos al sudoeste cuarto oeste por espacio de ocho vueltas del reloj de arena.

El 7, hallamos tal cantidad de carámbanos que con dificultad podriamos determinarla. Navegamos entre ellos como lo hubiéramos hecho entre dos tierras. El agua era verde como la yerba, y creimos que nos hallábamos cerca de Groelandia [1]; continuábamos adelantando entre carámbanos cada vez mas espesos.

El 8, era tanto el hielo que nos rodeaba y tan espeso, que no podiamos navegar con vela. Por esta razon viramos hácia el sudoeste cuarto oeste, dos veces y por espacio de la vuelta entera del reloj de arena; luego despues lo hicimos hácia el sur sudoeste, por espacio de tres vueltas del reloj de arena, tanto para navegar á la isla que veiamos, como para evitar el hielo.

El 9, hallamos la isla, situada á 74° 30′ bajo la altura del polo [2], y segun nuestro cálculo era de unas cinco leguas de grande.

El 10, echamos la lancha al agua y nos dirijimos, ocho personas, á tierra; de la nave de Juan Cornille vinieron tambien con nosotros otras ocho personas y el piloto. Guillermo Barentz le preguntó entonces si no nos hallábamos demasiado adelante hácia el oeste; pero él no quiso convenir en ello, y fué causa de un gran altercado, pues Guillermo Barentz queria demostrarle que era verdad.

El 11 de junio, al ir á tierra, hallamos gran número de huevos de gaviotas. Estuvimos á pique de perecer porque subimos á una elevada montaña de nieve [3], y por poco nos rompimos la cabeza, al bajar, por lo escarpada que era; tuvimos que hacerlo resbalando, con riesgo de quebrarnos piernas y brazos, por haber muchos escollos al pié de dicha montaña. Acabamos de bajar, sin embargo, sin lesion alguna. Guillermo Barentz estaba, entretanto, en su lancha, y al vernos bajar tenia mas miedo que nosotros. Observamos en dicha isla la declinacion del compás, que fué de 13 grados, de modo que la diferencia era mas de un rumbo. Despues de esto, navegamos al buque de Juan Ryp, donde nos comimos los huevos.

El 12 de junio, por lo mañana, vimos á un oso blanco y fuimos hácia él con las lanchas para ver si podiamos echarle un lazo al cuello; mas al acercanos á él, vimos que era tan grande, que no nos atrevimos á hacer la prueba. Volvimos á bordo para tomar mas gente y mas armas, y nos encaminamos de nuevo adonde estaba la fiera, armados con mosquetes, arcabuces, alabardas y hachas; los del buque de Juan Ryp vinieron en su lancha para ayudarnos.

Provistos, pues, de hombres y armas suficientes, remamos en nuestras lanchas adonde estaba el oso, y le combatimos por espacio de cuatro vueltas del reloj de arena, pues nuestras armas no le causaban gran daño [4]. Herímosle, por fin, de un hachazo en la espalda, aplicado con tal fuerza que no pudimos

[1] Era un error : se hallaban cerca de la isla de los Osos.

[2] Beeren-Eiland ó isla de los Osos, cuyo descubrimiento se debe á nuestros viajeros. « En 1603, dice Scoresby, los morsos eran tan abundantes, que Stephen Bennet mató mil en el espacio de siete horas. Luego que se retiraron mas hácia el norte, continuó esta isla siendo frecuentada por los pescadores de ballenas. »

[3] F. Martens, en su relacion del viaje á Spitzberg, emprendido en 1671, da la descripcion de algunas rocas, compuestas de arriba abajo de una sola piedra, que tiene la apariencia de un viejo muro arruinado : estas rocas espiden un olor delicioso, cuando están tapizadas de liquen.

« A una corta distancia del norte de Horn-Sound, llamado Scoresby, se halla la mayor colina de hielo que he visto en mi vida, pues se estiende á once millas de largo, partiendo de la costa. »

[4] El oso polar (*Ursus maritimus*), se encuentra frecuentemente en Spitzberg, en la Nueva Zembla, en la Groelandia y en otras regiones árticas.

« Se le puede atacar en el agua sin gran riesgo, pero no en el hielo, por estar dicho animal dotado de una gran fuerza de resistencia.

» Cuando se le ataca ó persigue fuera del agua, se vuelve contra sus enemigos. Cuando se le acomete con una lanza, la agarra con sus dientes con mucha maña y la rompe en dos pedazos. Cuando le hiere una bala, como no sea en el corazon,

arrancarle el hacha, y el animal se escapó á nado con ella; perseguímosle á fuerza de remo, le alcanzamos y le hendimos la cabeza de otro hachazo, que le dejó muerto en el acto. Llevámosle en seguida al buque de Juan Ryp, donde le desollamos. Su piel era larga de doce piés; comimos de su carne, pero nos hizo daño. Pusimos por nombre á esta isla *Beeren Eiland* (isla de los Osos) ([1]).



12 de junio de 1596. — Combate contra un oso.

El 15 de junio, al anochecer, vimos flotar en el mar una cosa grande, que al pronto tomamos por una embarcacion; acercámonos á ella y vimos que era una ballena muerta, en estado ya de putrefaccion y encima de la cual habia gran número de gaviotas.

El 19, fuimos á tierra ([2]); era esta muy grande, y navegamos á lo largo, hácia el oeste, hasta la

en la cabeza ó en el hombro, se enfurece y se arroja contra sus adversarios. Cuando se le hiere á bastante distancia para poder huir, se retira y esconde detras de una eminencia y se echa hielo, con sus patas, en la herida, como si conociera el efecto estíptico del frio.» (Scoresby.)

([1]) En 1603, el alderman Cherry aparejó una nave que destinaba para una esploracion en el Norte y cuyo mando confirió á Stephen Bennet. Al volver de Kola este buque, se halló á la vista de Beeren-Eiland. Bennet, que no conocia esta isla, ó no quiso conocerla, por deferencia hácia su gefe, la dió el nombre de Cherry (Cherry-Island); este es el nombre que tiene en todos los mapas ingleses. Pero por pobre y árida que sea esta tierra del Norte, es un acto de justicia el restituir á Barentz el inofensivo honor de haberla descubierto.» — (A. Marmier, *Cartas sobre el Norte.*)

([2]) Era Spitzberg.

«Spitzberg, dice Scoresby, está situado hácia el Norte mas lejos que todas las regiones descubiertas. Rodeado por el océano Artico, se estiende entre las latitudes de 76° 30′ á 80° 7′ norte, y entre las longitudes de 9 y quizá 22° este. La parte occidental de esta region fué descubierta el 19 de junio de 1596, por Barentz, Heemskerck y Ryp, que le dieron el nombre de *Spitzbergen*, es decir, montañas agudas, á causa de los picos que vieron en la costa. Despues se le llamó *Hewland* ó *King-James Newland*, y últimamente Groelandia, pues se suponia que era la continuacion hácia el este de la region así llamada por los habitantes de los hielos. Fué descubierto de nuevo, en 1607, por Enrique Hudson, navegante

altura de 79 grados y medio del polo; hallamos allí una buena rada, pero no pudimos acercarnos mas, por venir el viento de tierra, es decir nordeste : el golfo se estiende en el mar al norte y al sur.

El 21 de junio, echamos el áncora á 18 brazas de profundidad, delante de la tierra, donde las tripulaciones de ambos buques nos pusimos á recorrer la costa oriental, para buscar lastre; y al volver con la carga á bordo, vimos á otro oso blanco que venia, á nado, en derechura hácia nosotros. Dejamos el trabajo y nos embarcamos inmediatamente, lo mismo que los de Juan Ryp, y navegamos hácia el oso á fuerza de remo. Atajámosle el camino y le arrojamos hácia tierra adonde se dirijió nadando; perseguíamosle siempre á fuerza de remo, pero viendo que no podiamos darle alcance con las naves, echamos la lancha al agua para perseguirle mejor. Anduvo nadando durante una hora; casi toda la gente de los buques le seguimos en tres lanchas, y costónos sumo trabajo en darle alcance, derribarle y herirle, pues tuvimos que romper casi todas nuestras armas. Una vez, habiendo puesto sus patas delanteras en nuestra barca, dejó grabadas sus uñas; afortunadamente era en el estrave, pues si hubiese sido en medio, habria volcado la embarcacion con la fuerza colosal de sus estremidades. Ultimamente, viéndose perseguido entre las tres lanchas, dejóse caer de cansancio, nos apoderamos de él y le llevamos á nuestro buque donde le desollamos; la piel tenia 13 piés de largo (1).

Navegamos despues con nuestra lancha, durante una legua, al rededor de la tierra, donde hallamos un buen puerto con fondo firme, menos en la parte oriental que era algo arenoso. Echamos la sonda y hallamos, al principio 16 brazas, luego diez y doce. Navegando á remo, mas allá, hallamos dos islas en la parte oriental que se estendian al este en el mar; en la parte occidental habia un gran golfo que tenia trazas de ser tambien una isla (2). Remando, entonces, á la isla situada en medio, hallamos un gran número de huevos de un pájaro llamado *rotgansen;* estaban sentados en sus nidos, y habiéndoles echado de allí se pusieron á volar, gritando, *rot, rot, rot.* Matamos á uno de una pedrada, le asamos y nos lo comimos con unos sesenta huevos que trujimos de bordo; volvimos al buque al vigésimo segundo dia.

Eran estos pájaros verdaderos ánsas, llamados rotgansen y semejantes á los que vienen cada año, en crecido número, al rededor de Wieringen (3), en Holanda, que es adonde se les coje. No se ha sabido, hasta ahora, adonde ponen y empollan sus huevos. Algunos autores no han titubeado en decir que crecen, en Escocia, en unos árboles y ramas cuyos frutos, cuando caen en el agua, se convierten en ansarones, y si caen en el suelo se rompen y echan á perder. Hoy dia se ha demostrado lo contrario, y nada tiene de estraño que no se supiese adonde ponen sus huevos, puesto que nadie habia estado aun en altura de 80 grados; y como la tierra no se conocia aun en aquellos lugares, se ignoraba que los rotgansen empollasen allí sus hijuelos.

Hay tambien que considerar, que aunque dicha tierra, que suponemos ser la Groelandia, esté situada bajo la altura de 80 grados y mas, crecen allí la yerba y las hojas y hay animales que comen yerba, como el rengífero y otros; mientras que en la tierra de la Nueva Zembla, situada bajo la altura de solo

inglés, y cuatro años despues la Inglaterra fundó allí un establecimiento para la pesca de la ballena, y desde aquella época hasta nuestros dias, sus riberas han sido visitadas, cada año, por una ú otra nacion europea. Aunque la tierra de esta remota region no produce ningun vejetal propio para la alimentacion, sus costas y mares contiguos han suministrado á millares de hombres la riqueza y la independencia.»

M. Crowe, consul británico en Hammerfest, dice lo siguiente : «M. Sharoston, ruso inteligente, con quien he tenido frecuentes conversaciones, ha pasado treinta y nueve inviernos en Spitzberg y residido quince años, sin haber salido de la isla una sola vez. Declara que durante esta residencia, ha visto, invariablemente, las costas libres de hielo durante cuatro y á veces cinco meses de cada año. Puedo añadir que mis buques la han costeado muchas veces desde las islas de Rike-Ise y el estremo sudeste, al rededor de la costa oeste, hasta las islas del estremo nordeste, y que de seis veces, cuatro han podido dar la vuelta de Spitzberg.» *(The journal of the Royal Society; 1855.)*

M. Petermann, fundándose en este pasaje y en otros análogos, admite la posibilidad de nuevos descubrimientos en el mar de Spitzberg.

(1) «El oso blanco tiene, ordinariamente, de 4 á 5 piés de altura y de 7 á 8 de longitud con otros tantos de circunferencia; pesa, por lo comun, de 600 á 1,000 libras. Está cubierto de pelos largos de un blanco amarillento, sobre todo entre las piernas. Sus piés tienen 7 pulgadas ó mas de ancho, sus uñas dos pulgadas de largo, y sus colmillos una pulgada. Es tanta la fuerza de sus quijadas, que corta con ellas una barra de hierro de media pulgada de diámetro.» (Scoresby.)

(2) Spitzberg se compone de tres islas principales : Spitzberg propiamente dicho, la isla del sudeste y la del nordeste.

(3) Isla situada en la parte noroeste del Zuyderzée.

70 grados, no crecen ni hojas ni yerbas, ni animales que comen yerbas ni aun los que comen carne, como osos y zorros, siendo así que esta tierra es menos elevada que la de Groelandia.

El 23 de junio, levantamos de nuevo las áncoras y navegamos hácia el noroeste, pero no pudimos ir adelante porque teniamos que huir del hielo.



Patos bernachos, en el polo Norte ([1]).

Un oso blanco se acercó á nuestra nave nadando, y hubiera entrado si no le hubiésemos muerto. Tirámosle un arcabuzazo, se desvió de nuestro buque y fué nadando al otro donde se hallaban nuestros compañeros. Viendo esto nosotros, fuimos con nuestra nave hácia la tierra dando grandes y desaforados gritos, de modo que los nuestros creyeron que estábamos encima de un escollo y se asustaron. Nuestros gritos espantaron al oso que se metió, nadando, mar adentro. Gran fortuna fué, porque nuestros compañeros no estaban armados.

El 24 de junio, sopló viento sudoeste y no pudimos virar la isla. Volvimos pues hácia atras, y hallamos un puerto distante cuatro leguas del precedente, al oeste del gran puerto donde fondeamos con 12 brazas de agua. Navegamos á remo bastante adentro y saltamos á tierra ([2]), donde hallamos dos dientes de walrusos ó morsos. Hallamos tambien muchos otros dientes mas pequeños.

El 28 de junio, viramos un cabo situado al oeste ([3]), donde los pájaros eran tan númerosos que volaban entre nuestras velas ([4]); unas 10 leguas navegamos al sur, y luego al oeste para huir del hielo.

([1]) *Anas bernicla*, ó pato bernacho. « El pato bernacho tiene el espinazo variado con los colores gris ceniciento y negro; la frente, los lados de la cabeza y el cuello son blancos como la nieve; el colodrillo, la nuca, la pechuga y la cola, de un negro perfecto. Esta especie se halla de paso, en los países templados, en invierno y en otoño; se ve con bastante abundancia en Francia, Holanda y Alemania. » (D'Orbigny, *Dicc. de hist. nat.*)

([2]) La bahía Weide, en la parte septentrional de Spitzberg.

([3]) El cabo de Hakluyt, en el norte de Spitzberg.

([4]) Las aves que vió en la orilla, eran el somormujo, la golondrina de mar, la gaviota, el petrel, el goeland gris, etc.

El primero de julio, descubrimos de nuevo la isla de los Osos. Juan Ryp se acercó, entonces, á nosotros con sus oficiales, para consultarnos sobre la necesidad de variar nuestras derrotas, es decir, que él, segun su opinion, navegaria á 80 grados de altura. De este modo nos separamos unos de otros, ellos navegando hácia el norte y nosotros hácia el sur, á causa del hielo.

El 11 de julio, segun nuestros cálculos, nos hallábamos, en derechura al sur y norte de Dandinaes (1), que es el cabo oriental del mar Blanco.

El 13 de julio, navegamos al este, con un viento de norte nordeste, y volvimos á hallar hielo, aunque en corta cantidad. Sospechamos que nos hallábamos cerca de la tierra de Villebuis (2).

El 16 de julio, vimos encima del hielo á un oso muy grande, al que disparamos un tiro con el arcabuz. Navegamos hácia el este sudeste sin ver ningun hielo, lo que nos hizo sospechar que no estábamos lejos de la tierra de la Nueva Zembla, mayormente cuando vimos el oso encima del hielo. La sonda nos dió una profundidad de 100 brazas.

El 17 de julio, estando el sol casi al sur, vimos la tierra de la Nueva-Zembla (3), cerca de *Lombsbay* (4) : yo fuí el primero que la percibí (5). Variamos entonces nuestra derrota, navegando hácia el nordeste cuarto al norte, cargando todas las velas escepto la primera del primer gavion.

El 18 de julio, vimos otra vez la tierra á una altura de 75 grados, y navegando hácia el nordeste cuarto al norte, con viento noroeste, doblamos el cabo de la isla del Almirantazgo (6).

El 19 de julio, llegamos á la isla de las Cruces, y no pudimos navegar mas adelante, á causa del hielo que estaba aglomerado en la ribera. Habia en aquella tierra dos cruces, cuyo nombre lleva la isla.

El 20 de julio, fondeamos ante la isla, pues no pudimos acercarnos á causa del hielo. Echamos la lancha al agua y remamos hasta llegar á tierra. Fuimos á una de las cruces, descansamos un poco al pié de ella y nos dirijimos hácia la otra, pero á mitad de camino percibimos cerca de ella á dos osos, y ninguno de nosotros estaba armado. Los osos, arrimándose á la cruz, irguieron la cabeza para vernos mejor y olfatearnos, pues huelen mejor que ven (7), y luego se dirijieron hácia nosotros. Estábamos muy atemorizados y sin ninguna gana de reir. Retrocedimos hácia las barcas mirando atras llenos de miedo para ver si las fieras nos seguian ; quisimos echar á correr, pero el capitan nos detuvo, amenazándonos con un garfio que llevaba, y nos dijo que mas valia permanecer todos juntos para tratar de defendernos y ahuyentar á los osos con nuestros gritos. Retirámonos, pues, pasito á paso, hácia las lanchas, y logramos escaparnos así, sumamente gozosos de vernos libres de este peligro.

El 21 de julio, dos de los nuestros fueron otra vez á las cruces, pero no vieron á los osos; nosotros les seguimos con armas para defendernos si se hubiese presentado ocasion. Hallamos las huellas de los dos osos al pié de la segunda cruz, y adquirimos la prueba de que nos habian seguido á una distancia de cien pasos poco mas ó menos.

El 22 de julio, que era un lunes, erigimos una tercera cruz y pusimos encima de ella nuestras señales. Permanecimos despues anclados junto á la isla de las Cruces hasta el 4 de agosto; durante este tiempo lavamos nuestras camisas en la ribera y las tendimos al sol.

(1) El cabo Kanin, á la entrada del mar Blanco, en el gobierno de Arkangel.

(2) La tierra de Willoughby, parte de la costa occidental de la Nueva Zembla, que se cree fué visitada por Willoughby. « En 1553, una sociedad de mercaderes ingleses, formada con el objeto de descubrir el paso del nordeste para la China y las Indias, armó tres naves y las puso bajo el mando de sir Hughes Willoughby. En este viaje al Norte, pereció toda la tripulacion, de frio y del escorbuto. » (Forster, *Historia de los descubrimientos y viajes hechos en el Norte.*)

(3) La Nueva Zembla se estiende entre 70° 35′ y 77° de latitud norte, y entre 45° 25′ y 75° de longitud este.

(4) Es decir, bahía de Lombs, nombre que Barentz le habia dado en su primer viaje, porque habia visto una gran cantidad de aves de este nombre. Estos volátiles se llaman urias y anidan en las montañas mas escarpadas, para guarecerse contra los demas animales. Solo ponen un huevo, que se les podria quitar sin que huyesen.

(5) Es Gerardo de Veer (y no de Vera) quien habla; estaba en la nave mandada por Heemskerck, cuyo piloto era Barentz. Su relacion no se refiere mas que á este solo buque.

(6) El capitan Wood naufragó junto á esta isla en 1676.

(7) Los sentidos del oso polar son muy finos, sobre todo la vista y el olfato. Cuando atraviesa grandes campos de nieve, trepa á las eminencias y mira al rededor suyo, en busca de una presa. Si levanta la cabeza y olfatea al viento, percibe el olor de la putrefaccion de la ballena á una gran distancia.

El 30, se acercó un oso tan cerca de la nave, que estaba al alcance de una pedrada; tirámosle con el arcabuz apuntándole á las piernas, y el animal se alejó cojeando.

El 31, matamos un oso entre siete, y despues de haberle desollado le arrojamos al mar [1].

El 1º de agosto, vimos aun otro oso blanco que huyó al percibirnos.

El 4, salimos del hielo, hácia el otro lado de la isla, y en derechura á tierra; despues de haber cargado nuestras lanchas de piedras, las llevamos á bordo á costa de mil riesgos y trabajos.

El 5, navegamos de nuevo hácia el cabo de Hielo.

El 6, viramos el cabo de Nassau.

El 7, nos vimos cerca del cabo de Troost (Consolacion), cosa que estábamos deseando mucho tiempo hacia. Al anochecer sopló viento de este con una neblina, de modo que tuvimos que cerrar la nave á un enorme carámbano que se estendia 36 brazas debajo del agua y 16 encima de ella; era espeso de 52 brazas [2].

El dia nueve de agosto, hallándonos aun cerca de este carámbano, con nieve y neblina abundantes, uno de nosotros estaba de centinela en el combés, como de costumbre. El capitan, que se hallaba allí tambien, oyó jadear á un animal, y mirando atentamente, vió á un gran oso cerca del buque. Empezó á gritar desaforadamente : « ¡El oso! ¡el oso! » Y á sus voces subimos todos sobre cubierta y vimos al oso que iba á agarrar con sus uñas nuestra barca para entrar en ella. A los gritos que dimos se espantó y se echó á nado, pero en breve volvió, se metió detras de un gran carámbano junto al cual nos hallábamos parados, subió á su cumbre y se dispuso á entrar en el buque. Al ver esto, tendimos la vela de nuestra barca y nos colocamos en la punta de la nave con cuatro arcabuces, que disparamos; á su estruendo, desapareció la fiera, pero como la nieve caia con tanta abundancia, no pudimos ver lo que se hizo de ella. Presumimos, sin embargo, que se quedó detras de un alto promontorio de hielo que habia encima del carámbano.

El 10 de agosto, que era un sábado, empezó el hielo á moverse y nadar con mucho impulso, pero el carámbano al cual estábamos amarrados permanecia firme. Sin embargo, no dejó de causarnos sobresalto el ver á todos los demas que estaban al rededor nuestro, ir flotando por el agua, y temimos el ser estrechados por los hielos. Así es que nos dimos prisa y diligencia para salir de aquel mal paso. Habiendo alzado las velas, navegamos de tal modo contra el hielo, que oimos crujir todo lo que nos rodeaba, y llegamos á otro gran carámbano adonde atracamos echando el áncora encima de él, permaneciendo allí hasta el anochecer. Por la noche, despues de haber cenado, empezó el carámbano á hendirse y romperse de un modo tan horrible que no puede describirse, pues estalló con gran estruendo y se rompió en mas de cuatrocientos pedazos. Aunque estábamos sujetos á él por la proa, habiamos de antemano soltado el cable y esto nos salvó. El hielo, que era espeso, debajo del agua de 10 brazas y de dos encima de ella, se dispersó, al romperse, en todas direcciones con grande estrépito [3]. Libres de aquel peligro, con mucho trabajo, fuimos de nuevo á amarrar á otro carámbano, de seis brazas de espesor bajo el agua, y adonde atamos el cable. Vimos entonces otro pedruscon de hielo, parado en el mar delante de nosotros, y que parecia una pirámide.

[1] Barentz y sus compañeros se privaron así de un alimento que hubiera podido serles de grande utilidad durante todo el viaje. Segun Scoresby, la carne del oso polar, separada de la grasa, es agradable y sabrosa, sobre todo el jamon. « Una vez, dice, convidé á mi cirujano á comer jamon de oso, y este, que lo ignoraba, creyó por espacio de un mes que era bifteck. Pero el hígado del oso, añade, es dañoso, y los marineros que lo comen, por ignorancia, caen enfermos, y algunos han muerto casi de repente. A otros se les peló todo el cuerpo. »

[2] Los castillos de hielo, dice Scoresby, no son ni numerosos ni elevados en el mar de Spitzberg, comparados con los de otras regiones; el mayor que he hallado en este paraje tenia 100 yardas de circunferencia (la yarda es de 914 centímetros) y 200 piés de espesor. Pero en el estrecho de Baffin, en el de Hudson, llegan hasta 500 y 600 yardas, segun Ellis. »

[3] Hay campos de hielo de 20 y 30 millas de diámetro; á veces adquieren un movimiento de rotacion, durante el cual gira su circunferencia con una velocidad de muchas millas por hora. Cuando un campo de hielo en movimiento tropieza con otro que está quieto, resulta un terrible choque.

Desde el establecimiento de la pesca en los mares de Spitzberg, se han perdido numerosas naves; unas se han estrellado en el hielo, otras se han partido por en medio, y otras han sido sepultadas bajo enormes carámbanos.

El 11 de agosto, que era un domingo, vogamos con los remos hácia otro carámbano, junto al cual echamos la sonda y hallamos que tenia 18 brazas metidas en el agua y salia unas diez.

El 12 de agosto, navegamos muy cerca de tierra para no rozar con el hielo, porque los grandes carámbanos errantes calzaban muchas brazas de profundidad, y nos hallábamos mas seguros á solo cuatro



15 de agosto. — Nuevo combate entre un oso recostado detras de un carámbano, cerca de la isla de Orange.

ó cinco. Bajaba lateralmente de la montaña un gran chorro de agua, y pusimos por nombre á aquel rincon el *pequeño cabo de Hielo.*

El 13 de agosto, por la mañana, vino un oso por el lado oriental de la tierra, y llegó muy cerca del buque. Uno de nuestros compañeros le rompió una pata, y la fiera se escapó cojeando con las tres restantes; pero nosotros le perseguimos, desollámosle y llevamos su piel á la nave.

El 15 de agosto, llegamos á la isla de Orange donde nos vimos rodeados de hielo, junto á un gran carámbano, y con riesgo inminente de perder la nave; pero llegamos á la isla con mucho trabajo. Mudamos de puesto, y mientras nos hallábamos ocupados en este trabajo, nuestra vocería despertó á un oso que estaba durmiendo allí cerca y se dirijió hácia nosotros, de modo que tuvimos que abandonar el trabajo para defendernos de él. Hicímosle fuego con nuestros arcabuces, la fiera echó á correr hácia el otro estremo de la isla; luego se metió en el agua y se recostó sobre un carámbano. Fuimos allá con la barca, pero así que nos vió se echó á nado hácia la tierra [1]: atajámosle el paso y le dimos con un mazo en la cabeza; pero como se zambullia á cada paso, nos costó mucho trabajo el matarle. Llevámosle á tierra, le desollamos y trajimos la piel á bordo. Condujimos luego la nave á un enorme carámbano y la amarramos allí.

[1] El oso polar parece hallarse tambien en su elemento en medio del agua y en la tierra firme; se le encuentra en los campos de hielo á unas 200 millas de la orilla. Puede nadar con una velocidad de tres millas por hora y andar así muchas leguas sin cansarse; cuando se zambulle recorre grandes espacios debajo del agua, pero esto le sucede rara vez. (Scoresby.)

El 16 de agosto, diez de los nuestros remaron en la barca hácia la tierra firme de la Nueva Zembla, y en cuanto llegaron colocaron la barca encima del hielo; subieron despues á una alta montaña para ver como estaba situado el país con respecto á nosotros, y hallaron que estaba al sudeste y al sudoeste, y despues algo al sur; miramos esto como un mal indicio de que la tierra se estendia así hácia el sur. Pero viendo que el agua se abria paso hácia el sudeste y este sudeste, nos regocijamos de nuevo, creyendo que habiamos hallado el camino, y no sabiamos como hacer para llegar cuanto antes al buque á dar esta noticia á Guillermo Barentz.

El 18, tratamos de hacernos á la vela, pero en vano, pues ademas de haber perdido tiempo y trabajo, por poco perdimos un áncora y dos cables nuevos; volvimos, pues, al sitio de donde habiamos partido porque las oleadas eran muy violentas y el hielo flotaba con tanta rudeza sobre los costados de la nave, que esperábamos de un momento á otro ver desaparecer todo lo que estaba en la parte esterior de la embarcacion. Pero Dios no lo permitió, y nos concedió la gracia de poder regresar al sitio de donde habiamos salido.

El 19, se mejoró algo el tiempo, y aunque habia aun bastante hielo errante, nos hicimos á la vela, doblamos el cabo y volvimos á cobrar ánimo. Despues de haber pasado el cabo, navegamos, mar adentro, unas cuatro leguas, pero nos vimos obligados á regresar otra vez á tierra, la cual se estendia desde el cabo del Deseo hasta el de *Chef Coin*, á seis leguas al sur cuarto oeste. Y desde este último cabo (¹) hasta el de Vlissinge (²), se estiende hácia el sur cuarto á oeste, á una distancia de 3 leguas. Desde el cabo Vlissinge, se estiende, en el mar, al este sudeste, y desde el mismo cabo de Vlissinge hasta el estremo de la isla, se estiende al sudoeste cuarto al sur y sudoeste á la distancia de 3 leguas.

El 21 de agosto, navegamos bastante tiempo hácia el puerto de Hielo (³), donde permanecimos toda aquella noche. A la mañana siguiente, salimos y navegamos de nuevo hasta la isla de Cabo; pero habiendo sobrevenido la neblina y viendo que empezaba á ventisquear asaz fuerte, nos acercamos á un carámbano y amarramos el buque en él.

Subimos sobre el carámbano y quedamos pasmados al verle; toda la parte superior estaba llena de tierra (⁴) y hallamos encima de ella hasta cuarenta huevos. No se parecia al otro hielo, pues tenia un color azulado, de modo que cada uno de nosotros concibió una idea diferente: unos decian que era hielo y otros que tierra helada, fundándose en que era punto muy eminente; en efecto, se elevaba á 10 brazas sobre el nivel del agua, con un fondo de 18 brazas. Permanecimos allí durante toda aquella tempestad.

El 23 de agosto, navegamos entre el hielo hácia el sudeste, pero volvimos en breve al puerto de Hielo.

Al siguiente dia soplaba con bastante violencia el viento norte noroeste, y el hielo erraba con tanta fuerza que nos vimos rodeados enteramente de él; aumentó el viento y con él el ímpetu del hielo que nos hizo pedazos el timon, nos rompió la barca, apretándola contra la nave, y creimos que esta iba tambien á quebrarse.

El 25, parecia mejorarse algo la situacion é hicimos los mayores esfuerzos para apartar el hielo, sin poder conseguirlo. Pero estando el sol casi al sudoeste, empezaron los carámbanos á moverse con el agua, y creimos navegar hácia el oeste, hácia Waigatz, por el sur de la Nueva Zembla. No viendo por ninguna parte abertura alguna, despues de haber pasado toda la tierra de Nueva Zembla, faltónos valor para ir mas allá. Hicimos ánimo de regresar á la patria, cuando al pasar junto á Strombay, nos vimos obligados á volver por el hielo, que era allí muy firme, y habiendo helado ademas toda la noche, esperimentamos muchas dificultades para poder pasar con el viento del norte que teniamos.

El 26, empezó á soplar un viento mediano y pensamos volver al cabo del Deseo y navegar en direccion á la patria, en caso de que pudiésemos pasar por el Waigatz; pero cuando hubimos pasado el puerto de Hielo, empezaron á errar los carámbanos en tal número, que nos vimos rodeados por ellos, por mas esfuerzos

(¹) El cabo Head. (Nueva Zembla.)

(²) El cabo Kushing. (Nueva Zembla.)

(³) Allí fué donde Barentz y sus compañeros se vieron obligados á detenerse y á pasar el invierno de 1596 á 1597.

(⁴) Lo que se llama *tierra de hielo*, es el hielo fluctuante pegado á la orilla, ó el mismo hielo fluctuante cubierto de barro ó arena desprendido de la orilla.

que hicimos para navegar hácia adelante, aunque en vano. Estuvimos á pique de perder tres hombres que se hallaban sobre el hielo para hacer una abertura, en caso de que este detuviese su curso, pues como navegábamos retrocediendo y el hielo fluctuó, los que estaban encima de él tuvieron la maña de agarrar al paso, uno el cabo, otro la cuerda de la vela y otro la cuerda mayor que pendia por detras y



29 de agosto. — La nave se halla rodeada de hielo y espuesta á que este rompa los bordajes.

por fuera de la nave, de modo que por gran fortuna suya pudieron volver á bordo, de lo que dieron muchas gracias á Dios, pues segun todas las apariencias debian desaparecer con el carámbano donde estaban.

Aquel mismo dia, á eso del anochecer, fuimos á la costa occidental del puerto de Hielo, donde hemos invernado con gran pobreza, miseria y mal humor; el viento era entonces de este nordeste.

El 27, se hallaba la nave rodeada de hielo y el tiempo era bonancible; saltamos á tierra, y en cuanto penetramos algo en el país, empezó á soplar el viento sudeste y poniéndose el hielo contra el costado del buque, levantó la proa cuatro piés, de modo que creimos que iba á perecer ó á quebrarse; afortunadamente nos equivocamos, pues le hallamos en mejor estado de lo que pensábamos.

El 28, disminuyó algo el hielo y la nave se enderezó un poco. Antes de que se enderezara, Guillermo Barentz y el otro piloto se hallaban visitando uno de los costados del buque, y estando ejecutando esta inspeccion, dió la nave tal crujido que se creyeron muertos sin saber donde salvarse.

El 29, levantado ya el buque y puesto en su posicion natural, hicimos los mayores esfuerzos para romper los carámbanos aglomerados, con grandes mazos de hierro y otros instrumentos. Vanos conatos y trabajo perdido, pues tuvimos que abandonarnos en manos de Dios, esperando solo ausilio de él.

El 30, empezaron los carámbanos á amontonarse unos sobre otros contra la nave, en medio de una nieve volante. Elevóse el buque, y rodeado de hielo por todos lados, comenzó á crujir y á hendirse. Parecia que iba á romperse en cien pedazos, cosa espantosa de ver y oir. El hielo que estaba debajo, le

levantaba y agitaba, como hubiera podido hacerse con un instrumento, y le hizo correr los mayores riesgos.

El 31, vimos de nuevo la proa alzada é impelida hácia el hielo; en cuanto á la popa, metida en una gran rendija en el hielo, nos hizo creer que el timon seria preservado de la corriente del hielo. Pero este fluctuaba con tal ímpetu que rompió el timon en muchos pedazos. Esperábamos, llenos de terror, que sucediese lo mismo con la popa, de modo que teniamos preparados el esquife y la lancha para salvarnos cuando llegase la ocasion. Afortunadamente el hielo empezó á partir por sí mismo, unas cuatro horas despues, con gran consuelo nuestro, y el buque se halló á nado otra vez. Recompusimos el timon, colocándole en posicion mas elevada para precaverle, en lo venidero, del riesgo que acababa de sufrir.

El 1º de setiembre, que fué un domingo, estando rezando nuestras oraciones, empezó el hielo á empujar de nuevo, de modo que levantó el casco del buque unos dos piés; permaneció algun tiempo así apretado, y á eso de mediodia, fluctuando todavía, levantó mas y mas la nave: nosotros, por nuestra parte, hicimos todos los preparativos para sacar el esquife y la lancha por encima del hielo.

El 2, nevaba recio y soplaba con violencia el viento nordeste; el hielo empezó á levantar de nuevo el buque, y este acabó por estallar y abrirse, de modo que juzgamos prudente llevar á tierra, en la barca, trece toneles de pan y dos barriles de vino para que nos sirviesen de provisiones en caso de necesidad.

El 3, continuó aun el viento bastante recio, pero la nieve fué menos abundante. El viento era norte nordeste; nos vimos de nuevo á nado y mas libres del hielo, que llegó á magullar el borde detras de la proa, pero las tablas que revestian el buque le mantuvieron firme; el cable que habiamos atado al hielo se rompió á impulsos de la violenta compresion de este. Despues permaneció firme, rodeado de hielo; el buque sin embargo no hizo agua, cosa estraña si se cuenta que los hielos fluctuaban con gran fuerza. Vimos montes de hielo tan altos como las montañas de sal que hay en España, y como solo distaban del buque un tiro de arcabuz, estábamos con la mayor angustia.

El 4, se apaciguó el tiempo, y empezó á salir el sol; pero el tiempo era muy frio y no pudimos mudar de sitio.

El tiempo del dia 5 fué hermoso y apacible; por la noche, despues de cenar, nos vimos rodeados de nuevo por el hielo y apretados de tal modo que el buque empezó á ladearse, sufriendo bastante, pero no hizo agua. En tal peligro, juzgamos prudente llevar á tierra nuestro foque de trinquete viejo [1], así como la pólvora, plomo, arcabuces, mosquetes y otras armas, y construir una cabaña junto á nuestra barca que habiamos sacado á tierra. Llevamos tambien pan, vino y los enseres necesarios para la construccion.

El 6, permaneció el tiempo bastante sereno y el sol era muy claro. El viento era del oeste, lo que nos reanimó un poco, dándonos esperanzas de ver retirarse el hielo y poder partir de donde estábamos.

El 7, continuó el buen tiempo, pero no descubrimos ningun paso en el agua; permanecimos tan apretados por el hielo, que no habia bastante agua al rededor del buque para poder sacar medio cubo.

Aquel mismo dia, bajaron á tierra cinco de los nuestros, pero dos de ellos volvieron en breve á bordo y los otros tres anduvieron unas dos leguas por el país, donde hallaron un rio de agua dulce y mucha leña en la orilla, que habia bajado nadando. Vieron ademas huellas de gamos salvages, y de alces [2], ó á lo menos lo creyeron así por haber notado que la pezuña estaba hendida y una mas que otra.

El 8, sopló un gran viento de este nordeste, lo cual nos era enteramente contrario, é impelia mas y mas el hielo hácia nosotros, de modo que estábamos muy apretados.

El 9, habia un viento nordeste bueno para navegar, con algo de nieve; el viento empujó fuertemente el hielo contra la nave, de modo que nos vimos rodeados por él á unos 3 ó 4 piés de altura, y nuestra cintura ó borde de detras de la proa se magulló todavía mas; el buque empezó á hallarse en muy mal estado por delante, mas sin embargo, el peligro no era aun muy grande.

(1) Pequeño foque que se enarbola á lo largo del mástil en las embarcaciones menores.
(2) Los rengíferos y los dantas.

Por la noche vinieron dos osos cerca de la nave, y al verlos tocamos las trompetas y les tiramos con los arcabuces, pero como la noche era oscura, no pudimos herirles y se escaparon.

El 11, tuvimos tiempo sereno, y ocho de los nuestros fueron á tierra bien armados para ver si era cierto lo que nos dijeron los otros compañeros tocante al rio y la leña. Como habiamos navegado tanto



9 de setiembre. — La proa de la nave estaba empinada hácia arriba, y la popa parecia pegada en el fondo.

tiempo por una y otra parte, ya en el hielo, ya fuera de él, viendo que no podiamos salir adelante ni atras por hallarnos presos entre los carámbanos, y acercándose el otoño y el invierno, tuvimos por fuerza que variar de resolucion, volver hácia adelante el mejor costado del buque, segun la exigencia del tiempo, para invernar allí y esperar la suerte que Dios quisiese darnos. A fin de resguardarnos del frio y de las fieras, resolvimos construir alguna cabaña ó casita y guarecernos allí hasta que Dios quisiese. Reconocimos el país con este intento, á fin de escojer un sitio á propósito para hacer nuestra construccion, pero nos hallábamos mal provistos de materiales, por no haber en aquella tierra ningun árbol bueno para edificar. Sin embargo, como la necesidad es madre de la industria, varios de los nuestros se internaron en el país y hallaron, por fortuna, en la orilla del rio, árboles desarraigados, llevados por la corriente, tal como habian dicho nuestros tres compañeros. Estos árboles habian llegado nadando de Tartaria ó de otra parte, pues en el país donde nos hallábamos no crece árbol alguno. Este hallazgo nos fué tan útil como deseado, y dimos gracias á Dios, rogándole que continuase dispensándonos su proteccion, pues los troncos de aquellos árboles no solo nos sirvieron para la construccion de nuestra casa, sino de leña para calentarnos aquel invierno; sin esto, hubiéramos perecido de frio.

El 12 de setiembre, tuvimos tiempo sereno y los nuestros fueron al otro lado del país para ver si podian hallar mas leña, pero inútilmente.

El 13, continuó sereno el tiempo, pero con neblina, lo cual nos impidió hacer cosa alguna, porque habia mucho riesgo de andar por aquel país con niebla, á causa de los osos, que teniendo el olfato sumamente fino, nos hubieran descubierto sin que nosotros les hubiésemos visto.

El 14, lucia el sol con toda claridad, pero el tiempo era sumamente frio. Fuimos al país y pusimos toda la leña en un monton para que no se cubriese toda de nieve y poder transportarla mejor al paraje donde quisiésemos edificar ([1]).

El 15, que era un domingo, uno de los nuestros iba á la guardia, cuando vió venir á tres osos hácia



13 de setiembre. — Los holandeses atacados por tres osos.

nosotros. Avisónos y nos preparamos para hacerles fuego; uno de los osos se quedó detras de un gran carámbano, pero los otros dos se adelantaron al buque. Habia en el hielo un cubo de madera con carne en remojo, y una de las fieras metió la cabeza dentro para agarrar un pedazo, pero al sacarla le alojamos una bala en los sesos y quedó muerta en el acto. Vimos entonces un raro espectáculo: el otro oso se paró, miró con gravedad á su compañero como admirado de verle inerte, le olfateó, y viendo que estaba muerto, se retiró. Nosotros, sin embargo, permanecimos alerta con nuestros arcabuces y alabardas, é hicimos bien, pues el oso volvió otra vez y levantándose sobre sus patas traseras se disponia á arrojarse sobre nosotros; pero uno de los nuestros le tiró al vientre y le hirió; la fiera se alejó dando aullidos. Abrimos la barriga del oso muerto y despues le pusimos en pié sobre sus dos patas, y le dejamos helar con intencion de llevarle á Holanda, en caso de que pudiésemos desembarazar al buque del hielo. Despues hicimos un trineo para llevar la leña al paraje donde quisiésemos construir la casa ([2]).

El 16, lució el sol, pero por la tarde sobrevino la niebla. Hicimos nuestro primer viaje para ir por leña, y trajimos aquel dia cuatro vigas, arrastrándolas por el hielo durante una legua; aquella noche hubo dos dedos de nieve.

([1]) « La cabaña de los holandeses estaba situada en la parte septentrional de la Nueva Zembla, á unos 112° 25′ de longitud este, y á 76° de latitud. » (Deperthes, *Historia de los naufragios*, edicion revisada por Eyriés.)

([2]) Véase mas adelante el solar de la habitacion, en el mapa de la Nueva Zembla, referente á la relacion fechada el 28 de junio de 1597.

El 17, fueron trece de los nuestros á buscar leña con dos trineos; seis tiraban de los trineos y los demas se quedaban para cortar la madera á fin de que fuese menos pesada. Haciamos, por lo comun, dos viajes al dia, y de este modo llevamos toda la madera al paraje donde debia edificarse la casa.

El 18, el viento era del oeste, pero nevaba mucho; fuimos á trabajar, y á mediodia se serenó el tiempo y salió el sol.

El 19, continuó el buen tiempo; acarreamos dos trineos de leña unos 6,000 pasos de camino, y esto por dos veces consecutivas.

El 20 de setiembre, hicimos dos viajes con los trineos, y el tiempo estuvo sereno, pero con niebla.

El 21, aumentó la niebla, pero se aclaró el tiempo á mediodia y el hielo fluctuaba aun en el mar, pero no con tanta fuerza, por ser el frio muy intenso. Bajamos nuestra despensa á la bodega del buque, porque arriba se helaba todo.

El 23 de setiembre, fuimos á buscar madera dos veces para construir la casa. Aquel mismo dia, nuestro carpintero, que era natural de Permerende, murió por la noche, cuando volvimos á bordo.

Enterrámosle el 24, al pié de un malecon, en la hendidura de una montaña, junto á una balsa de agua, por no poder cavar la tierra á causa de la intensidad del frio. Hicimos aquel mismo dia dos viajes para ir á buscar leña con los trineos.

El 25, se oscureció el tiempo. Empezó á dejarse ver alguna abertura en el agua, y el hielo tambien comenzó á alejarse; pero duró esto muy poco, porque despues de haber fluctuado el espacio de un tiro de bombarda, se paró en el fondo, á unas 3 brazas de profundidad. Asi es que el carámbano sobre el cual nos hallábamos no se movió porque estábamos en medio del hielo. Si nos hubiésemos hallado en medio del mar, hubiéramos podido hacernos á la vela á pesar de ser ya muy entrada la estacion.

Aquel mismo dia colocamos las vigas de la casa y casi todo el maderamen. No obstante, si el buque se hubiese hallado desembarazado de hielo, habriamos dejado las obras de albañilería y recompuesto las averías de la nave para ver si podiamos partir, pues teniamos el mayor sentimiento de pasar allí el invierno en medio de aquel gran frio. Pero poca ó ninguna esperanza nos quedaba, tuvimos que hacer de la necesidad virtud y esperar con paciencia la voluntad de Dios.

El 26, el viento era oeste y la mar estaba abierta, pero el buque se quedó siempre fijo, de modo que nuestro dolor aumentó. Resignámonos con los decretos de la Providencia y empezamos á construir la casa de un modo sólido y compacto. Una parte de los nuestros fué á buscar leña para calentarnos, mientras la otra trabajó en las obras de construccion. Éramos diez y seis incluso alguno que otro que caia enfermo.

El 27, volvió á soplar con violencia el viento nordeste, y la helada fué tan exorbitante, que cuando nos poniamos en la boca un clavo como acostumbran á hacer los carpinteros, la piel se quedaba pegada al hierro y corria la sangre cuando nos le quitábamos de los labios. Aquel mismo dia, al ir todos juntos á la casa, pues nadie osaba andar solo, vino hácia nosotros un oso viejo con otro jóven, pero se escapó en el acto de hacerle fuego. El hielo fluctuaba con fuerza y el sol resplandecia; pero el frio era tan intenso que apenas podiamos trabajar. Sin embargo, la necesidad nos obligaba á perseverar.

El 28, hizo buen tiempo y sol claro. El viento era oeste y el mar abierto, pero nuestro buque continuaba preso en el hielo. Un oso apareció al rededor del buque, pero al vernos se escapó y nosotros continuamos trabajando en la casa.

El 29, se presentaron tres osos entre el buque y la casa. No queriendo detenernos por ellos, acarreamos los muebles en trineos, desde la nave á la casa. Las fieras se adelantan hácia nosotros, pero no quisimos cederlas el paso; pusímonos á gritar, creyendo que se irian, pero ellas continuaron avanzando. Entonces nos pusimos á gritar mas fuerte junto con los que estaban trabajando en la casa, y los osos se marcharon por fin con gran contento nuestro.

El 30, nevó todo el dia y toda la noche, de modo que los nuestros no pudieron ir por leña á causa de la gran cantidad de nieve. Encendimos grandes fuegos al rededor de la casa para deshelar la tierra y formar una especie de barrera. Fué trabajo perdido, porque la tierra estaba tan endurecida por el hielo que no fué dable ablandarla. Desistimos de esta empresa por no malgastar mas leña.

El 1º de octubre, hubo una tormenta y una nevada tan grandes, que con dificultad se podia ir contra

el viento; apenas si podiamos respirar á causa de la nieve, pues esta nos azotaba la cara con tal fuerza que con dificultad distinguiamos el buque á cien pasos.

El 2, salió el sol antes de mediodia; por la tarde reinó bastante calma, pero con nieve. Levantamos la casa cubriendo la techumbre con hielo.



Del 16 al 24 de setiembre. — Transporte de maderas en trineos para la construccion de la casa.

El 3, hubo calma antes de mediodia; el sol resplandecia, pero el frio era insoportable.

El 4, tuvimos que suspender las obras á causa del viento y la nieve. Clavamos el áncora en el hielo á fin de asegurar mas el buque, pues el hielo habia fluctuado tanto, que nos hallábamos á un tiro de ballesta del agua libre.

El 5, sopló gran viento del nordeste, y el mar se hallaba enteramente abierto y sin hielo á una gran estension. La nave, sin embargo, permanecia presa entre el hielo y levantada de dos ó tres piés; no podiamos creer otra cosa sino que el agua se hallaba helada hasta el fondo, á pesar de haber 3 brazas y media de profundidad.

El mismo dia, rompimos nuestro camarote delantero (1), para cubrir la casa con las tablas, haciendo el techo algo mas alto en medio, para que resbalasen las aguas. El frio era intenso.

El 6, reinó un viento tal y fué tanta la nieve que cayó por la tarde, que no podiamos asomar la cabeza fuera de la casa.

El 7, hacia buen tiempo, pero mucho frio; nos ocupamos en dar mas solidez á nuestra casa. Rompimos el camarote posterior de la nave (2) para emplear las tablas en la casa.

Fué tanta la nieve que cayó el dia 8, y sopló un viento tan fuerte durante dia y noche, que habia para sofocarse al salir al aire libre. Nadie hubiera podido alejarse impunemente á la distancia de cien pasos.

(1) Cámara de proa.
(2) Cámara de popa.

El 9, sopló el viento y cayó la nieve con tanta violencia como el dia precedente; no nos fué posible salir del buque.

El 10, por la mañana, mejoró algo el tiempo, y empezamos á salir de la nave. Uno de los nuestros se dirijió á tierra, cayó de improviso cerca de un oso, antes de que hubiese podido percibirlo; corrió al momento hácia la nave y el oso le siguió; pero al pasar junto al cadáver de aquel oso que matamos y pusimos en pié para que helase, la fiera se paró delante de él. Gracias á este retardo, nuestro compañero pudo llegar á bordo, gritando: « ¡El oso! el oso! » Al oirle salimos todos para socorrerle con los arcabuces, pero sucedió que no pudimos ver pizca, á causa del mucho humo que habiamos sufrido mientras habiamos estado encerrados en el buque. Solo para salvar nuestras vidas, guareciéndolas contra el frio y la nieve, hubiéramos podido soportar aquel humo. Cuando empezamos á ver claro, el oso habia desaparecido.

El mismo dia, por la noche, hizo buen tiempo, de modo que salimos todos del buque, dirijiéndonos hácia la casa y llevándonos casi todo el pan.

El 11, hubo calma, y transportamos á tierra el vino y otros víveres. Pero estando ocupados en sacar el vino de la nave, apareció un oso que se hallaba recostado detras de un carámbano. Un tiro de arcabuz le hizo alejar, y continuamos nuestro trabajo.

El 12, se alojaron en la casa la mitad de los nuestros, durmiendo en ella por primera vez; sufrieron mucho del frio y del humo por no estar aun terminados los cuartos interiores ni tener suficientes mantas para cubrirse, y por no haber terminado aun la chimenea.

El 13, empezó otra vez á soplar un viento recio; sin embargo, tres de los nuestros fueron al buque, y cargamos allí un tonel de cerveza ([1]). Pero al querer transportarlo hasta la casa, arreció de tal modo el viento y aumentó el frio, que tuvimos que meternos dentro del buque para no helarnos, sin poder siquiera volver á bordo el tonel. Padecimos mucho del frio, por no tener con nosotros mantas suficientes.

El 14 de octubre, al salir del buque, hallamos el tonel de cerveza que habiamos dejado fuera en el trineo, con el fondo hendido por el hielo; pero la cerveza que salió estaba helada y pegada al fondo como hubiera podido hacerse con cola. Llevamos el tonel á casa, le pusimos derecho é hicimos derretir la cerveza. El escaso líquido que quedaba en el tonel, tenia las propiedades de la cerveza, pero era tan fuerte que no pudimos beberlo. El que se habia helado era desabrido como agua; hicimos una mezcla con ambos despues de haber derretido lo helado, pero la bebida que resultó no tenia fuerza ni sabor.

El 15, fué bastante sereno; limpiamos un trecho de terreno para colocar la puerta.

El 16, entró un oso en la nave durante la noche, pero huyó al amanecer en cuanto vió gente. Aquel mismo dia rompimos la casilla de la nave para fabricar con ella la puerta, y luego nos pusimos á construir esta.

El 18, reinó viento fuerte; fuimos á buscar el pan que habiamos dejado en la barca que dejamos á tierra, así como el vino, que no estaba enteramente helado, á pesar de que hacia seis semanas que permanecia allí.

Aquel mismo dia, vimos otro oso, y el mar se hallaba tan cubierto de nieve, que no se divisaba ninguna abertura en el agua.

El 19, no habia ya en el buque mas que dos hombres y un grumete; un oso se presentó y quiso entrar por fuerza en la nave. Por mas pedazos de leña que le arrojaron los dos hombres, avanzó el animal hácia ellos, lo que les atemorizó en tales términos, que cada cual pensó solo en salvarse. Los hombres saltaron abajo del buque y el muchacho se subió á las jarcias. En esto, acudieron desde la casa algunos de los nuestros contra quienes se volvió atrevidamente el oso; pero se le hizo fuego y echó á correr á escape.

El 20, tampoco vimos abertura alguna en el mar. Fuimos al buque á buscar toda la cerveza y hallamos algunos toneles abiertos por el hielo; hasta los aros de hierro fueron rotos por el rigor de la temperatura.

([1]) Cerveza de Dantzick.

El 21, era sereno el tiempo y llevamos á casa la mayor parte de los víveres del buque.

El 22, sopló un viento norte tan fuerte, agitando una nieve tan abundante que no podiamos salir de casa.

El 23, se serenó el tiempo y fuimos al buque para ver si los compañeros que quedaban allí querian venir á casa con nosotros; arrastramos, á duras penas, nuestro esquife ([1]) hasta casa y le volcamos



Del 25 de setiembre al 2 de octubre. — Construccion de la casa.

de arriba abajo á fin de poder servirnos en su tiempo y lugar, si Dios nos concedia la gracia de que pasásemos el invierno y volviésemos á nuestra tierra. Luego, viendo que el buque permanecia firme é inmóvil y que lo último que debiamos esperar era una abertura en el agua, para poder pasar, levantamos el áncora y la subimos al buque, para que no se perdiese entre la nieve. Confiábamos siempre en que Dios nos otorgaria algun medio para regresar á la patria.

Durante este tiempo, como segun nuestros cálculos debia empezar, en breve, á faltarnos el sol, fuimos cada dia á buscar, á toda priesa, los trastos que quedaban en la nave, así como las carnes saladas y las bebidas, para transportarlas á casa en trineos.

El 25, fuimos á buscar todos los aparejos necesarios de la barca y del esquife. Cuando cargamos el último trineo y nos disponiamos á tirar de él para arrastrarlo hasta casa, nuestro piloto mayor miró hácia atras y vió dirijirse tres osos hácia nosotros. Púsose entonces á gritar desaforadamente para ahuyentarlos, y nosotros dejamos el trineo para defendernos lo mejor que pudiésemos en aquel crítico lance. Por fortuna, llevábamos dos alabardas en el trineo, y tomando una cada uno el piloto y yo, nos pusimos en defensa, del mejor modo que nos fué posible. Los demas compañeros echaron á correr al buque, y uno de ellos resbaló en su carrera y cayó en una hendidura que habia en el hielo. Creimos que los osos iban á arrojarse sobre él para devorarle, pero Dios le libertó de tal peligro y los osos se dirijieron hácia los que corrian al navío. Nosotros y el que habia caido aprovechamos este momento

([1]) Lancha ó chalupa.

para correr hácia el otro lado de la nave, adonde llegamos sanos y salvos; pero apenas escapamos de este riesgo, cuando los osos se arrojaron con terrible audacia, hácia la nave, para devorarnos. No teniamos mas armas que las dos alabardas, y no teniendo confianza en dichas armas, tratamos de contenerles echándoles leños y otras cosas, tras las cuales corrian como hacen los perros cuando se les arroja un palo. En esto enviamos á un hombre por un fusil y á otro por picas. El del fusil vino, pero no pudimos sacar fuego de la cazoleta. Viendo que los osos adelantaban descaradamente hácia nosotros, arrojamos una alabarda al hocico de uno, y la fiera sintiéndose herida se alejó y tras ella se marcharon tambien las otras dos que eran mas jóvenes. Dimos gracias á Dios por habernos librado de aquel peligro, y nos pusimos despues á tirar del trineo hasta llegar á casa, donde contamos el lance que acababa de sucedernos.

El 27 de octubre, matamos un zorro blanco y le comimos asado; tenia el sabor de conejo.

El 28, salieron algunos de los nuestros para buscar leña, pero sobrevino tal tempestad acompañada de nieve, que tuvieron que regresar. Por la tarde, habiéndose serenado el tiempo, fueron tres hombres adonde estaba el oso muerto que habiamos puesto á helar, para arrancarle los dientes; halláronle cubierto de nieve y tuvieron que volverse; pero apenas se habian puesto en marcha cuando volvió á arreciar la tormenta; el viento y la nieve les cegaban y á duras penas pudieron regresar, pues estuvieron á pique de perderse.

El 29, fuimos á la orilla del mar á buscar sablon [1] con los trineos, y cubrimos con él las velas que estaban encima de la casa, para que fuese esta mas sólida y caliente, pues las tablas del techo, juntas únicamente una con otra, dejaban entre sí los intersticios abiertos, por no habernos permitido el mal tiempo terminar la construccion.

El primer dia de noviembre, por la noche, vimos salir la luna al este, y el sol estaba, al mismo tiempo, bastante alto en el horizonte para dejarse ver aun.

El dia 2, se levantó, pero su disco no se dejó ver enteramente en el horizonte. Aquel mismo dia matamos á un zorro de un hachazo, le desollamos y nos le comimos asado. Hasta entonces no habiamos visto ningun zorro, pues solo empezaron á dejarse ver á la retirada del sol, al propio tiempo que los osos desaparecieron.

El 3, vimos solamente la parte superior del disco del sol en el horizonte, á pesar de ser el puesto donde nos hallábamos, tan alto como la gavia del buque; distábamos poco de este.

El 4, no volvimos á ver al sol porque no apareció en el horizonte. Nuestro cirujano preparó aquel dia un baño en un tonel que estaba vacío, y todos nosotros entramos en él por turno; esto nos restableció la salud. Cojimos tambien, aquel dia, un zorro blanco [2].

El 5, vimos mucha agua libre en el mar, pero la nave continuaba rodeada de hielo. El sol nos abandonó enteramente, pero la luna brillaba dia y noche sin ponerse, sobre todo cuando pasó por su signo mas alto.

El 6 de noviembre, hallándose sereno el tiempo, fueron algunos de los nuestros á buscar un trineo de leña, á pesar de la oscuridad.

El 7, podiamos distinguir apenas el dia de la noche, mayormente habiéndose parado el reloj. Tomábamos la noche por el dia, y vice-versa. Los que salieron aquel dia de la cabaña fuerou solo á buscar un poco de agua potable, y no sabiamos si la luz que vieron era la del dia ó de la luna, lo cual originó diferentes pareceres, opinando unos que era la del dia y otros que la de la noche. Pero, despues que hubimos considerado bien la cosa, reconocimos que estábamos en medio del dia [3].

(1) Yerbas marítimas, segun Deperthes.

(2) *Canis lagopus*, ó zorro ártico. « Los pescadores de ballena ven rara vez á este animal. Los que pasan el invierno en Spitzberg le hallan á veces en gran número, y se alimentan de su carne. Rara vez se le halla en el hielo, pero yo he visto frecuentemente sus huellas en la nieve; la blancura de sn piel impide distinguirle con facilidad. » (Scoresby.)

(3) En la parte septentrional de Spitzberg, se queda el sol perpetuamente bajo el horizonte, desde el 22 de octubre hasta el 22 de febrero, poco mas ó menos. Esta larga noche de invierno, aunque triste, no es tan oscura como se supone á primera vista, pues el sol, en su mayor declinacion al sur, se acerca al horizonte de 13 grados y medio, y produce un debil crepúsculo que dura la cuarta parte de cada veinte y cuatro horas.

El 8 de noviembre, fueron algunos de los nuestros á buscar otro trineo de leña. Cojimos tambien un zorro blanco y vimos mucha agua abierta en el mar. Repartimos aquel mismo dia el pan entre todos nosotros y tocó á cada uno cuatro libras y cinco onzas para ocho dias, de modo que solo tuvimos un tonel de pan para ocho dias, mientras que antes habiamos comido igual cantidad en cinco ó seis dias. La



25 de octubre. — Nuevo ataque de tres osos.

provision de carne y pescado secos, era aun bastante abundante; en cuanto á la cerveza que nos quedaba, los hielos la habian debilitado.

El 9, fué muy escasa la luz del sol, de manera que hubo todo el dia una casi oscuridad.

El 10, hizo tiempo sereno; los nuestros fueron al buque para ver en qué estado se hallaba y notaron que habia entrado en él bastante agua.

El 11 de noviembre, dispusimos un cerco con una red, donde no podia entrar un zorro sin quedar preso, y nosotros desde la casa podiamos cerrarle como una ratonera.

El 12, estaba nublado, y empezamos á distribuir el vino, tocando á cada uno media pinta diaria, y el agua que nos restaba de la nieve derretida.

El 13, reinó un tiempo malísimo, con viento este y nevada.

El 18, desempaquetó el piloto una pieza de paño grueso, que distribuyó entre todos nosotros para que cada cual se abrigase como pudiese.

El 19, se nos distribuyó igualmente una pieza de lienzo para hacernos camisas.

El 20, lavamos nuestras camisas, pero hacia tanto frio que despues de lavadas y de escurridas, se helaron en cuanto las sacamos del agua caliente; acercamoslas al fuego, pero mientras que se deshelaba el lado que miraba á la lumbre, permanecia tieso el otro opuesto: el frio las pegó unas con otras tan fuertemente, que para no rasgarlas, tuvimos que volverlas á meter en agua caliente, para separarlas.

El 21, decidimos que cada cual, á su turno, iria á partir leña para ahorrar este trabajo al cocinero,

que tenia harto que hacer con preparar la comida dos veces al dia y derretir la nieve para nuestra bebida. El capitan y el piloto quedaron exentos de este trabajo.

El 22, teniamos aun seis grandes quesos de vaca; comimos uno en comunidad y repartimos los demas entre todos á partes iguales.

El 23, vimos mas zorros que de costumbre y no quisimos perder la ocasion; hicimos algunas trampas con gruesos tablones, poniendo piedras encima y plantando al rededor piquetes hasta el fondo, á fin de que los zorros quedasen presos si cavasen por debajo.

El 24, nos preparamos de nuevo para bañarnos, pues algunos de nosotros se hallaban indispuestos. Entramos en el baño cuatro á cuatro, y al salir nos dió una purga el cirujano, la cual nos hizo mucho provecho. Cojimos aquel dia cuatro zorros.

El 25, volvimos á cojer dos zorros.

El 26, reinó un tiempo tan horroroso con tempestad y nieve, que no pudimos salir de casa.

El 27, se despejó y serenó el tiempo; armamos muchos lazos para cojer zorros, pues eran para nosotros un alimento cómodo y sustancioso, como si Dios los hubiese enviado para hacernos mas llevadera nuestra situacion.

El 28, volvimos á tener un tiempo crudo y tempestuoso, y mucha nieve que nos sitió de nuevo en casa sin poder abrir una puerta.

El 29, era el tiempo sereno y la atmósfera clara, con viento norte. Abrimos un paso entre la nieve que obstruia la entrada de la casa y pudimos salir. Todas las redes y trampas que habiamos armado para cojer zorros, estaban llenas de nieve; las limpiamos y cojimos uno aquel mismo dia. No solo nos servian de alimento, sino que con el pellejo nos haciamos gorras para preservarnos mejor del frio.

El 30, tuvimos tiempo claro y sereno con viento oeste. Fuimos seis al buque, para ver en qué estado se hallaba, y cojimos allí un zorro vivo en el puente.

El 1° de diciembre, volvimos á tener mal tiempo con viento sudoeste y una fuerte nevada que nos sitió de nuevo en casa, donde el escesivo humo que no podia salir por la chimenea, á causa del viento, nos impidió hacer fuego; sin embargo, el cocinero tuvo por fuerza que encenderlo para hacer de comer, y nosotros permanecimos cada cual en nuestro cuartito.

Este mismo tiempo continuó el dia 2, y con él los mismos inconvenientes de no poder salir de casa ni de poder hacer fuego á causa del humo. Tuvimos que quedarnos, pues, en nuestros cuartos y hacer calentar piedras para ponerlas bajo los piés, pues el frio y el humo eran insoportables.

El dia 3, no hubo variacion alguna; siempre acurrucados en nuestros cuartos, oiamos crujir el hielo en el mar, distante de nuestra casa una media legua. El estruendo era horrible, de modo que creiamos que las grandes montañas de hielo que habiamos visto en el verano, se amontonaban unas encima de otras. No habiendo podido encender suficiente lumbre en estos tres últimos dias, á causa del humo, tuvimos dentro de casa una temperatura tan fria, que el suelo y las paredes se helaron á la profundidad de dos dedos, aun en las pequeñas estancias donde nos hallábamos. Aprovechamos, sin embargo, todo este tiempo que estuvimos encerrados recomponiendo el reloj de arena de doce horas, y le vigilamos continuamente para poder saber el tiempo que transcurria, pues el otro reloj estaba tan helado que no podia dar una vuelta, aun aumentando el peso.

El 4, tuvimos un tiempo hermoso y apacible con viento norte. Empezamos á trabajar para abrirnos un paso entre la nieve que nos habia sitiado y tapado las puertas, y viendo que esto era obra larga, convenimos en que todos nosotros trabajariamos por turno, sin dejarlo de la mano, menos el capitan y el piloto.

El 5, se mantuvo el buen tiempo con viento este, y empleamos el dia en limpiar y recomponer las redes para cojer zorros.

El 6, se reprodujo el mal tiempo con un viento este estremadamente frio y casi insoportable, y nos mirábamos todos con la mayor angustia, pues si los frios continuaban con igual intensidad, nos hallábamos espuestos á perecer; por mas fuego que encendiamos no podiamos recalentarnos. El vino de Jerez, tan espirituoso por sí mismo, llegó á helarse enteramente, de modo que tuvimos que derretirlo

al fuego para poder beberlo, cuando se nos distribuia, que era un dia sí y otro no y solo media pinta. Las otras bebidas consistian en agua deshelada, muy poco á propósito para calentarnos.

El 7, continuó el mal tiempo y arreció el frio, con una horrible tempestad procedente del nordeste. Deliberando sobre los medios de que podriamos echar mano en tan angustiosa situacion, uno de los nuestros tuvo la feliz idea de proponer quemar el carbon de piedra que habiamos transportado del buque, por ser mas ardiente y duradera la lumbre que se hace con dicho combustible. En efecto, al anochecer, encendimos un gran brasero con ese carbon que nos calentó bien, y sin curarnos en los resultados que esto podria tener, procuramos conservar el mayor tiempo posible el brasero, por habernos reanimado su calor; con este fin, y para recojerlo, tapamos todas las bocas de la chimenea, yéndose cada cual á acostar, muy contento, á su retrete. Pero á poco rato empezamos todos á esperimentar, unos mas que otros, fuertes dolores y pesadez de cabeza, y uno de nuestros compañeros, sobre todo, se halló en muy mal estado. Varios de los nuestros, mas listos que los demas, salieron de sus cuartos, destaparon la chimenea y abrieron la puerta; pero el que ejecutó esto último, cayó desmayado encima de la nieve; acudí yo, y viéndole sin sentido, fuí á buscar vinagre con el cual le rocié la cara y le restregué las sienes, hasta que volvió en sí. Luego despues, todos nos hallamos restablecidos, y el capitan dió á cada uno un poquito de vino para reanimarnos.

El 8, no hubo mejora en el tiempo, el viento era norte y el frio escesivo; sin embargo, no encendimos el carbon de piedra, porque la esperiencia del dia anterior nos demostró que, para evitar un mal, no debiamos caer en un peligro mayor.

El 9, se aclaró y serenó el tiempo y vimos estrellado el cielo. Abrimos la puerta que se hallaba atrancada por la nieve, y arreglamos las redes para cojer zorros.

El 10, continuó haciendo buen tiempo; cojimos dos zorros que nos vinieron muy bien, pues las provisiones empezaban á escasear, y ademas necesitábamos pieles.

El buen tiempo se mantuvo aun el 11, pero el frio ero tan intenso, que solo el que lo esperimentó puede hacerse una idea; nuestros zapatos, endurecidos como cuernos, estaban helados por dentro, de modo que no podiamos ponérnoslos; pero nos hicimos zapatillas con las zaleas que teniamos, y este calzado era tan ancho que podiamos poner unas encima de otras.

El 12 de diciembre, era el tiempo hermoso y la atmósfera clara con vientos noroeste, pero el frio tan crudo como antes, de modo que todo en nuestra casa se habia helado y las paredes lo estaban á un dedo de profundidad; los mismos vestidos que llevábamos estaban blancos con el hielo y la escarcha. Varios compañeros propusieron volver á quemar carbon de piedra para calentarnos, dejando abiertas las bocas de la chimenea, pero la mayoría no se atrevió á consentirlo á causa del peligro á qué habiamos estado espuestos.

El 13, tuvimos viento este con tiempo muy claro. Volvimos á cojer un zorro y nos apresuramos á componer las trampas y redes, lo que nos costó mucho, porque apenas nos hallábamos fuera de casa, el frio nos levantaba ampollas en la cara y los oidos.

El 15, continuó el buen tiempo y cojimos dos zorros. Vimos aquel día aparecer la luna en el horizonte, al este sudeste, teniendo veinte dias.

El 16, proseguia haciendo tiempo apacible y claro con viento nordeste. Habiamos quemado toda la leña que teniamos en casa, pero al rededor habia mucha enterrada bajo la nieve. Fuimos pues, dos á dos y por turno, á cavar la nieve para sacar el combustible y traerlo á casa, dándonos mucha priesa en hacerlo, por no poder permanecer mucho tiempo fuera á causa de la intensidad del frio, que era insoportable á pesar de llevar envueltos la cabeza con una piel de zorro y el cuerpo con dobles vestidos.

El 17, sopló el mismo viento nordeste y tiempo claro y sereno, con frio y hielo escesivo; todos éramos de parecer que un tonel de aguardiente puesto fuera de la casa, se helaria en una noche.

El 18, continuó el nordeste y la claridad del tiempo. Siete de nosotros fuimos al buque para ver en qué estado se hallaba. Encendimos lumbre para reconocer si hacia mas agua que antes, y hallamos que habia subido de una pulgada en el espacio de 18 dias; tanto esta agua como la que trajimos de Holanda en grandes toneles, estaba enteramente helada. Cojimos un zorro en el buque y nos lo llevamos á casa donde le comimos.

El 19, continuó el buen tiempo con viento sur. Procuramos darnos ánimo mutuamente, diciéndonos que el sol se hallaba á mitad camino de su regreso hácia nosotros, lo que deseábamos vivamente, por ser cosa muy triste el hallarnos privados de la luz del dia, el mayor regocijo que Dios ha concedido al universo.



Trampas para cojer zorros

El 20, antes de mediodia, tuvimos un tiempo claro y sereno. Cojimos un zorro, y por la tarde sobrevino una fuerte tempestad y una nevada tan horrorosa que la casa quedó literalmente sepultada bajo la nieve.

El 21, se serenó el tiempo y sopló el nordeste. Desembarazamos la puerta de la nieve que la tapaba, limpiamos el paso y rehicimos las trampas, donde cojimos dos zorros que nos vinieron muy á propósito para comer.

El 22, volvió el mal tiempo con viento sudoeste y mucha nieve; tuvimos, pues, que destapar las puertas y barrer el paso para poder salir.

El mal tiempo y la nieve duró el 23; afortunadamente nos consolaba la idea de que el sol iba pronto á volver, pues segun nuestro cálculo, se hallaba en el *trópico del Capricornio,* que es el último límite del sol hácia el sur de la línea equinocial; pasada esta línea, vuelve hácia el norte.

El 24, víspera de Navidad, se sosegó el tiempo. Cavamos la nieve para salir de casa, y mirando al mar vimos mucha agua abierta á pesar de la oscuridad, cosa que no estrañamos, porque habiamos oido crujir y fluctuar el hielo. Por la noche reinó un gran viento con una fuerte nevada procedente del nordeste, de modo que el paso que habiamos abierto para salir de casa quedó obstruido de nuevo.

El 25, dia de Navidad, hizo un tiempo horroroso, con viento noroeste. Oiamos, con todo, correr los zorros por el techo de nuestra casa, lo que pareció mal presagio á algunos de los nuestros. Pero habiéndoles preguntado en qué razones fundaban su mal presentimiento, respondieron que « mejor hubiera sido, si los zorros estuviesen en la olla ó en el asador en vez de correr por los techos. »

El 26, continuó el mal tiempo y el viento nordeste. Era tanto el frio que no podiamos entrar en calor á pesar de emplear para ello todos los medios imaginables, ora encendiendo lumbre, ora abrigándonos mas, ó calentando piedras para poner en ellas los piés. Tuvimos una escarcha en medio de la casa, y esto nos entristeció aun mas, si bien procurábamos animarnos diciendo que nos hallábamos ya en el declive de la montaña, esto es, que el sol volvia hácia nosotros, lo que era verdad, porque los dias son tanto mas frios cuanto mas crecen; pero las penas son menos con la esperanza.

El 27, no hubo variacion en la temperatura; el viento fué noroeste. Hacia tres dias que no habiamos asomado la cabeza fuera, y era tal el frio que teniamos, dentro de casa mismo, que mientras nos calentábamos á la lumbre, por delante, nos helábamos por detras; todos estábamos cubiertos de nieve, como los aldeanos cuando llegan, por las mañanas, á las puertas de las ciudades, despues de haber viajado toda la noche.

El 28, continuó el mal tiempo con viento oeste. Por la tarde se templó algo la atmósfera; viendo esto uno de los nuestros, hizo una abertura en la puerta de la casa y salió á esperimentar el aire libre; pero la intensidad del frio fué tal que no pudo permanecer fuera mucho tiempo. Refiriónos que la nieve se elevaba sobre la casa, cubriéndola enteramente; añadió que si hubiese estado un poco mas tiempo fuera, el hielo le habria hecho caer las orejas.

El 29, si bien el tiempo estaba sereno, habia niebla y viento sur. El que se hallaba de servicio hizo un agujero en la puerta y socavó la nieve para salir fuera de casa, como si saliese por una bodega. Fuimos á arreglar las trampas para ver si podiamos cojer algun zorro, manjar de que careciamos hacia algunos dias. Un compañero halló á uno muerto en una de las trampas, pero helado y duro como una piedra. Llevóle á casa, y se lo comieron varios, despues de haberle deshelado y asado.

El 30, volvió enteramente el mal tiempo, con tempestad, viento oeste y nevada. Las nieves cubrieron y destruyeron los pasos que habiamos abierto para salir de casa.

El 31, continuó el mal tiempo y la tempestad. El viento era noroeste, y quedamos encerrados en casa como prisioneros. Era tan intenso el frio que la lumbre calentaba apenas, y cuando acercábamos los piés á ella, quemábamos el calzado antes de esperimentar algun calor, de modo que el olor, mas bien que la sensacion, nos advertia que se quemaba.

AÑO 1597.

Así concluyó el año precedente, con un frio estremado, sumo peligro y grandes incomodidades. Entramos en el año de gracia de 1597, y su principio fué igual al final del de 1596, pues el tiempo era tan malo, los frios tan intensos y la nieve tan abundante que nos hallábamos, como antes, sitiados en casa. El viento era oeste. Aquel dia empezamos á repartir el vino por pequeñas raciones y cada dos dias. Muchos de los nuestros, temiendo que durase aun mucho tiempo nuestro encierro, á pesar de la ligera esperanza que teniamos de salir, economizaban la racion cuanto podian, para tener algunas provisiones en caso de que se prolongase este estado de cosas.

El 2 de enero, continuó la crudeza del tiempo, con tempestad, hielo y nevada, de modo que hacia ya cinco dias que nadie se atrevia á asomar la cabeza fuera. Con aquellos frios tan fieros, acabamos de quemar toda la leña que habia en casa y nadie osó salir á buscar otra por no esponerse á quedarse muerto en medio del hielo. Buscando por todas partes, hallamos cerca de la puerta una poca madera que era superflua. La serramos y rajamos para calentarnos, y luego hendimos tambien, con igual objeto, el madero que nos servia para machacar el pescado. De este modo nos remediamos como pudimos.

Ninguna variacion hubo el dia 3; así pues, continuamos encerrados y economizando la leña.

Lo mismo sucedió el dia 4. A fin de saber que viento hacia, sacamos por el agujero de la chimenea una pica con una banderola en la punta; casi al instante mismo que sacábamos el trapo que formaba la banderola, se helaba este y se ponia duro como el palo que le sostenia. ¡Qué frio tan crudo debe hacer por fuera! deciamos nosotros.

El 5, se templó un poco el tiempo. Volvimos á socavar la nieve y abrimos la puerta para salir, sacar la basura amontonada durante tantos dias, y meter leña de que careciamos enteramente. Ocupámonos en esto último todo el dia, á fin de hacer la provision mas abundante que pudiésemos, por si volviamos á sufrir otro sitio. La casa se hallaba literalmente sepultada bajo la nieve, y practicamos por medio de ella tres salidas; quitamos luego la puerta y socavamos un gran agujero bajo la nieve, fuera de la casa, á modo de una bóveda ó arco, para arrojar por allí la basura. Despues de haber trabajado de este modo todo el dia, nos acordamos que era víspera de Reyes, y pedimos al capitan que nos permitiese reunirnos, en medio de nuestra miseria, y darnos una parte del vino que debia distribuírsenos cada dos dias. Accedió á ello el capitan y nos recreamos un poco aquella noche. Elejimos un rey, y teniendo á nuestra disposicion dos libras de harina, hicimos tortas con aceite. Cada uno de nosotros mojó ademas una galleta blanca en su vino, y nos hicimos cuenta que estábamos en nuestra patria, en medio de nuestros padres y amigos. Hallamos tan grata esta pequeña y cordial reunion, como si nos hubiéramos hallado en un banquete de honor, en circunstancias mas favorables. La eleccion de un rey recayó en nuestro maestro cañonero, que fué proclamado rey de Nueva Zembla, país cerrado entre dos mares y largo de 200 leguas (¹).

El 6, estuvo el tiempo sereno con viento nordeste. Salimos de casa y preparamos las trampas para zorros, cuya carne era la única provision que comiamos. Cavamos igualmente un gran hoyo bajo la nieve, donde enterramos toda la leña.

El 7, volvió el mal tiempo con viento noroeste, gran nevada y frio escesivo, lo que nos hizo temer el vernos sitiados de nuevo en casa.

El 8, tuvimos una atmósfera despejada y tiempo apacible con viento norte. Fuimos, como siempre, á arreglar las trampas, y notamos que la luz del dia empezaba á aumentar, lo que nos alegró mucho.

El 9, hizo mal tiempo con viento noroeste, pero el frio no fué tan vivo como los dias anteriores, de modo que pudimos permanecer algun tiempo fuera de casa para limpiar las trampas. Sin embargo, no era necesario que se nos recomendase el volver cuanto antes bajo cubierto.

El 10, tuvimos tiempo crudo con viento norte. Siete de nosotros fuimos al buque, bien armados, y le hallamos en el mismo estado que antes; vimos muchas huellas de osos de todos tamaños, prueba que fué visitado por mas de uno. Bajamos luego á la bodega con una luz y hallamos que el agua habia crecido mas de un pié en el interior.

El 11, se templó algo el frio, de modo que nos atrevimos á andar una media legua para ir á una colina á cojer piedras para calentarlas y ponerlas debajo de los piés.

El 13, empezamos á notar de un modo sensible que la luz del dia se iba haciendo mayor. Corrimos entonces fuera de casa, haciendo rodar la bola, es decir la bola que estaba bajo la banderola del buque, la que no podiamos hacer correr antes.

El 14, tuvimos tiempo sereno y atmósfera despejada con viento oeste; cojimos dos zorros.

El 15, era el tiempo claro y sereno con viento oeste. Fuimos al buque en número de seis, y hallamos que la red que habiamos armado, en un hoyo, fuera de cubierta, habia sido rota y llevada mas lejos por los osos, segun vimos por las huellas.

El 16, continuó el buen tiempo con viento norte. Salimos de casa para hacer ejercicio, é hicimos rodar la bola. Vimos hácia el mediodia un color encarnado en el aire, como una luz ó signo precursor de la proximidad del sol.

El 17, era el tiempo claro y el viento norte. Notábamos mas y mas que el sol se iba acercando, y esperimentamos un poquito mas de calor, durante el dia. Cuando encendimos lumbre dentro de casa, se desprendian de las paredes grandes pedazos de hielo; en toda la casa se derretia el hielo, de manera que la humedad era general, cosa que no habiamos visto hasta entonces, por mas fuego que hicimos. Las noches, sin embargo, eran tan frias como antes.

El 18, continuó el tiempo claro y hermoso; el viento era sudeste y la leña empezaba otra vez á escasear. Tratamos entonces de volver á quemar carbon de piedra, sin tapar la chimenea, para evitar

(¹) La superficie de la Nueva Zembla está evaluada en 215,500 kilómetros cuadrados.

desgracias, y habiéndolo hecho así, nos calentamos bien. Juzgamos, sin embargo, mas prudente quemar la poca leña que nos quedaba, economizándola lo mas que pudiésemos, á fin de guardar el carbon de piedra para cuando regresásemos á la patria.

El 19, se mantuvo el buen tiempo con viento norte. El pan empezaba á escasear y fué preciso disminuir las raciones. Consumimos así lo que habiamos ahorrado. Algunos compañeros fueron al buque y hurtaron secretamente un par de galletas de un tonel, medio lleno de estas, que habiamos dejado allí para el último estremo.

El 20, estuvo nublado pero sereno, con viento sudoeste. Permanecimos en casa todo el dia, cortando leña y rompiendo los toneles vacíos.

El 21, tuvimos buen tiempo, con viento oeste. La caza de zorros empezó á disminuir, lo cual era señal de que se aproximaba la vuelta de los osos, y en efecto era así.

El 22, continuó el buen tiempo, y el viento era oeste. Fuimos de nuevo á los campos para esplayarnos haciendo correr la bola, y notamos que la luz del dia aumentaba mas y mas. Muchos de nosotros creimos que el sol estaba muy próximo á regresar, pero Guillermo Barentz nos dijo que tardaria aun dos semanas en llegar.

El 23, lo mismo que los dos dias precedentes, hizo un tiempo sereno y claro, con viento sudoeste. Fuí al buque con tres compañeros mas, muy contentos porque creiamos que habia pasado ya lo mas recio del invierno, y esperábamos que vendria tiempo en que pudiésemos contar nuestros trabajos en el seno de la patria. Al llegar al buque, notamos que el agua continuaba subiendo; luego comimos una galleta cada uno y volvimos á casa.

El 24, continuó el buen tiempo con viento oeste. Jaime Heemskerck y yo fuimos á la orilla del mar por la parte meridional de la Nueva Zembla, donde fuí el primero que divisé el disco del sol. Volvimos al instante á casa para anunciar á Guillermo Barentz esta feliz noticia; pero él, que era un piloto tan bueno como práctico, no la queria creer, porque faltaban aun catorce dias para que el sol apareciese en aquella altura polar. Obstinándonos nosotros en afirmar que habiamos visto al sol, se hicieron varias apuestas.

El 25, estaba nublado y el viento era oeste, lo que hizo dudar de que hubiésemos visto el sol; sin embargo, se sostuvieron las apuestas y estuvimos mirando si apareceria el sol. Aquel dia vimos á un oso (animal que habia desaparecido con el sol), y se dirijió á nuestra casa procedente del sudoeste. Al ruido que hicimos se retiró, perdiéndose á nuestra espalda.

El 26, hizo un tiempo claro y sereno, pero notamos una barra ó nube negra en el horizonte, de modo que no se podia ver el sol. Nuestros compañeros creyeron entonces que ni yo ni Heemskerck le habiamos visto el 24, y se burlaron de nosotros, lo que no nos impidió de sostener nuestra afirmacion contra todo el mundo. Por la noche, uno de nuestros compañeros, que hacia tiempo estaba enfermo, se sintió peor y murió despues de media noche, á pesar de cuanto hicimos para animarle y salvarle.

El 27, continuó el buen tiempo con viento sudoeste. Desde por la mañana empezamos á cavar la nieve para abrir un hoyo en la tierra, pero el frio era aun tan vivo, que no podiamos permanecer fuera mucho tiempo, y tuvimos que relevarnos mutuamente, hasta que logramos cavar una fosa de siete piés de profundidad, donde podiamos enterrar al difunto. Recitamos un sermon fúnebre, con oraciones y salmos, y salimos á dar sepultura al cuerpo. Hecho esto, volvimos á entrar en la casa para celebrar el banquete. Discurriendo luego despues y haciendo comentarios sobre la escesiva cantidad de nieve que caia todos los dias, dijimos que en todo caso, si nos volviamos á ver sitiados otra vez, podriamos salir por la chimenea. En esto, nuestro capitan subió en efecto á la chimenea para salir por ella. Un marinero corrió al aire libre para ver si el capitan podria ó no salir; pero en cuanto este estuvo en el tejado, vió al sol y nos llamó á todos. Salimos todos atropelladamente y vimos al disco entero del astro del dia algo encima del horizonte. Quedó entonces fuera de duda que nosotros tambien le vimos el 24 de enero, de lo cual nos alegramos mucho todos y dimos gracias á Dios por haberse dignado enviarnos su gracia con la luz.

El 28, hubo un tiempo muy claro y hermoso con viento oeste. Paseamos largo tiempo haciendo ejercicios y corriendo para fortalecer el cuerpo, ya que podiamos ver con claridad. Como habiamos estado

tanto tiempo acurrucados entre cuatro paredes, varios de nosotros se hallaban enfermos de la enfermedad llamada escorbuto.

El 29, se echó á perder el tiempo, cayeron fuertes nevadas y sopló el noroeste.

El 30, estuvo nublado, viento este, y tuvimos que practicar de nuevo un agujero por debajo de la puerta. Apartamos solo la nieve un poco de la puerta, porque apenas vimos la disposicion del tiempo, renunciamos al proyecto de salir de casa.



El zorro azul ó Isatis ([1]), segun el Atlas del *Viaje al Norte* de Gaimard.

El 31 de enero, hizo un tiempo sereno y hermoso, con viento este; desembarazamos la puerta y arrojamos la nieve por encima de la casa, y salimos al aire libre para tener la satisfaccion de ver brillar al sol. Un oso apareció de repente y se dirijió hácia nosotros; entramos en casa, cojimos los arcabuces y le hicimos una descarga, pero se nos escapó.

El dia primero de febrero, víspera de la Purificacion, tuvimos un tiempo horrible, con viento noroeste, nieve abundante y una fuerte tempestad. Todo el dia estuvimos sitiados en casa.

El 2, continuó este mal tiempo, lo que nos desanimó otra vez, pues contando con una temperatura suave, hicimos menos provision de leña.

El 3, se serenó el tiempo y fué bastante claro, con viento este. Pero luego despues sobrevino una neblina como en medio del invierno, que nos impidió de ver el sol con harto sentimiento nuestro. Volvimos á cavar un agujero por debajo de la puerta, y á duras penas entramos en casa una poca leña que habiamos depositado cerca de la entrada.

([1]) El zorro azul ó isatis, es de color ceniciento oscuro; la parte inferior de los dedos está guarnecida de pelos. A veces es de color blanco. Habita en el norte de los dos continentes, sobre todo en Noruega y Siberia. Su pellejo es muy estimado. (Cuvier, *Reino animal ilustrado.*)

El 4, sobrevino otra vez el mal tiempo con fuertes nevadas y viento sudoeste. Encerrados otra vez en casa y sitiados por la nieve, no nos tomábamos ya el trabajo de cavar por debajo de la puerta, sino que saliamos por la chimenea, cuando la necesidad nos obligaba á ello, y volviamos á entrar por el mismo conducto.

El 5, hizo el mismo tiempo, el viento era del este con fuertes nevadas, y continuamos encerrados, saliendo por la chimenea, cuando era indispensable.



12 de febrero. — Los holandeses matan, cerca de la casa, á un oso cuya grasa les sirve para alumbrarse.

Lo mismo acaeció el 6, agregándose una tempestad. Ya nos habiamos acostumbrado á salir por la chimenea, y varios de los nuestros lo hacian con la mayor facilidad.

El 7, continuó el mal tiempo con nieves y viento sudoeste. Estábamos de muy mal humor, viéndonos privados del sol despues de haberle admirado de nuevo y gozado de su calor.

El 8, se mejoró algo el tiempo, la atmósfera estaba mas clara y sopló el viento sudoeste. Vimos entonces salir el sol al sur sudeste, y ponerse al sur sudoeste.

El 9, hizo un tiempo sereno con viento sudoeste, pero no pudimos ver salir el sol, por hallarse nublado hácia el sur.

El 10, tuvimos un tiempo tan hermoso y apacible, que no supimos de qué parte venia el viento. Empezamos á esperimentar un poco de calor del sol, pero hácia el anochecer sopló otra vez el viento del oeste.

El 11, hizo un tiempo hermoso con viento del sur. A eso de mediodia, vimos dirijirse un oso hácia nuestra casa y le esperamos con nuestros arcabuces, pero no se acercó lo bastante. Por la noche oimos los gritos de los zorros, que no habiamos vuelto á ver desde el regreso de los osos.

El 12, continuó el buen tiempo con viento sudoeste. Arreglamos y limpiamos las trampas, y en esto vimos venir directamente un oso hácia nosotros. Corrimos á casa, cojimos los arcabuces y le esperamos á pié firme. Cuando llegó al alcance de nuestras armas, le hicimos fuego, y una bala le tocó en medio

del pecho, saliéndole por la cola, tan de lleno, que la bala estaba chata como si la hubiesen aplastado con un martillo. Al recibir el golpe, el animal dió un gran salto hácia atrás y fué á caer á 20 ó 30 piés de la casa. Corrimos á donde estaba y le hallamos vivo todavía, levantando la cabeza como para ver quien le habia herido. Como sabiamos por esperiencia la fuerza que tenia, nos guardamos bien de acercarnos, y le tiramos á boca de jarro dos tiros mas que le acabaron de matar. Abrímosle la barriga, le arrancamos las entrañas, y arrastrándole de piés hasta casa, le desollamos y sacamos de su cuerpo unas 100 libras de grasa, que nos vinieron muy bien para hacer arder nuestra lámpara; en adelante pudimos así dejar encendida la luz toda la noche y aun tener una cada cual en su retrete, cosa que no podiamos hacer antes por falta de grasa. El pellejo de este oso era de nueve piés de largo y siete de ancho.

El 13, continuó el buen tiempo, pero con un fuerte viento del oeste. Tuvimos mas luz dentro de casa y pasamos el tiempo algo mejor, sea leyendo ó haciendo algo, lo que no pudimos ejecutar antes por la oscuridad que reinaba en todas partes.

El 14, estaba el tiempo sereno, con viento oeste bastante fuerte antes de mediodia; por la tarde se calmó, y fuimos cinco al buque para ver en qué estado se hallaba; el agua habia aumentado aunque poco.

El 15, volvió á hacer mal tiempo, y tuvimos una violenta tormenta hácia el sudoeste, con fuertes nevadas que volvieron á sepultar la casa. Por la noche vinieron los zorros á comer la carne del oso muerto que yacia cerca de la casa; de miedo que todos los osos de los alrededores viniesen á donde estábamos, atraidos por el olor, resolvimos sepultar en la nieve aquel cadáver, en cuanto pudiésemos salir de casa.

El 16, continuó aquel mismo tiempo. Era dia de carnaval, y tratamos de recrear un poco el ánimo en medio de nuestra tristeza y mal humor; cada uno trajo una racion de vino para celebrar el término del invierno y la proximidad de una época mas halagüeña.

El 17, hubo calma con nubes y viento sur. Salimos de casa despues de haber desembarazado la puerta y enterramos el cadáver del oso en el hoyo de donde habiamos sacado la leña, cubriéndolo bien con nieve y tierra, á fin de que no viniesen otros osos cerca de casa. Luego que arreglamos las trampas fuimos al buque cinco de nosotros y le hallamos en bastante mal estado. Las huellas de los osos eran tan numerosas, que no parecia sino que estos animales se habian posesionado de la nave durante nuestra ausencia.

El 18, tuvimos muy mal tiempo con fuertes nevadas y mucho frio. Durante la noche, como algunos de nosotros se quedaban á velar hasta muy tarde, oyeron por encima de la casa las pisadas de animales que les parecieron ser mas fuertes que los que habian visto hasta entonces, pues la nieve crujió bajo sus pasos. Creyeron que eran osos, pero al dia siguiente no hallamos mas huellas que las de los zorros. El miedo y la oscuridad de la noche habia hecho exagerar el ruido de los pasos.

El 19, estaba sereno el tiempo, la atmósfera clara, y el viento era de sudoeste.

El 20, hizo un tiempo muy duro con fuertes nevadas, procedentes del sudoeste, de modo que volvimos á vernos otra vez sepultados en casa.

El 21 de febrero, continuó aquel mal tiempo, pero con viento noroeste, lo que nos fué mucho mas sensible porque se nos acabó la leña. Cortamos algunos pedazos de madera, y nos remediamos como pudimos.

El 22, se aclaró y mejoró el tiempo, y el viento fué de sudoeste. La necesidad, como el hambre cuando echa al lobo del monte, nos obligó á salir á buscar leña, y partimos once bien armados. Cuando llegamos al paraje donde creiamos hallarla, no vimos ninguna y tuvimos que ir mas adelante. A fuerza de trabajo, recojimos alguna y cargamos con ella para regresar á casa; pero el frio, el cansancio y la distancia nos estenuaron de tal modo, que nuestro ánimo decayó y creimos morir antes de llegar á casa. La esperanza y la necesidad nos hicieron sin embargo sacar fuerzas de flaqueza, y casi arrastrando llegamos á nuestro albergue, donde tuvimos el consuelo de ver en el mar mas agua libre que en todos los dias transcurridos. Esto nos reanimó un poco y nos hizo esperar un término á nuestras penas.

El 23, el tiempo estaba sereno, pero la atmósfera oscura y nublada con viento sudoeste. Aquel dia cojimos dos zorros.

El 24, habia calma, pero el tiempo era oscuro con viento sudoeste.

El 25, volvió á nevar y ventear por la parte del norte. Otra vez nos vimos sepultados en casa.

El 26, se calmó el tiempo, pero la oscuridad persistió. Salimos sin embargo para hacer algun ejercicio, pues todos nuestros miembros se hallaban entorpecidos.

El 27, hizo un tiempo apacible, viento sur, pero con frio escesivo. Empezaba otra vez á escasear la leña, lo que nos afligió mucho, considerando los trabajos que tuvimos la vez pasada al traer el último trineo, y los que nos veriamos aun obligados á pasar, so pena de morir de frio.

El 28 de febrero, se templó el tiempo y reinó el sudoeste. Diez compañeros salieron á buscar leña, y á duras penas pudieron arrastrar un trineo hasta casa. Uno de ellos perdió la primer falange del dedo gordo del pié, lo que le impidió de trabajar.



El oso polar (*Ursus maritimus*) [1], segun el Atlas de los *Viajes* de Cook.

El primer dia de marzo, hizo un tiempo hermoso y apacible, con viento oeste, pero con frio como antes. Tuvimos que economizar la leña, por lo costoso que era el ir á buscarla, de modo que durante el dia no hicimos mas que ejercitarnos paseando y corriendo. Los que no pudieron salir, calentaron piedras para los piés, y por la noche encendimos un gran fuego á cuyo rededor nos reunimos y nos exhortamos mutuamente á la paciencia.

El 2, era el tiempo claro y sereno, con viento oeste.

El 3, continuó el mismo tiempo con viento oeste; los enfermos se hallaron un poco mejor y se esplayaron un poco con nosotros dentro de casa; pero algunos de ellos se sintieron peor por haber estado mucho tiempo en pié.

El 4, continuó la calma con viento oeste. Un oso se acercó á la casa y le hicimos fuego con los ar-

[1] Véanse las notas sobre el oso polar, contenidas en esta relacion.

cabuces, pero si bien le tocamos, se escapó con la herida. Cinco de nosotros fuimos al buque y hallamos que los osos habian tomado entera posesion de él, llegando hasta derribar la puerta del armario del cocinero, la que arrojaron á lo lejos y sepultaron bajo la nieve, donde la hallamos.

El 5, volvió á hacer malísimo tiempo con viento sudoeste; por la tarde, sin embargo, se serenó algo, y salimos de casa haciendo un agujero por debajo de la nieve. Vimos en el mar mas agua libre que anteriormente, lo que nos puso muy contentos y nos hizo creer que pronto saldriamos de allí.

El 6, continuó el mal tiempo con tempestad, nevadas y viento sudoeste. Varios de los nuestros subieron, sin embargo, al tejado de la casa, y vieron que cada vez era mayor la cantidad de agua libre que dejaba abierto el paso, pero el buque permanecia aun clavado por los hielos.

El 7, no hubo mejora alguna en el tiempo, de modo que permanecimos encerrados en casa; los que querian salir, tenian que hacerlo por la chimenea. Vimos en el mar mucha mas agua libre, de modo que temimos que en medio de aquellas nieves y tormentas, se desprendiese la nave, mientras nos hallásemos encerrados, y la perdiésemos sin poderlo impedir.

El 8, continuó aun el mal tiempo del sudoeste, con tormenta y nevada. No habiendo visto hielo en el mar, sospechamos que este debia estar enteramente libre hácia el nordeste.

El 9, era el tiempo algo menos malo que los dias anteriores y no cayó tanta nieve, de modo que pudimos mirar y descubrir mas espacio de mar; el agua se hallaba libre de hielos por la parte del nordeste, pero no hácia la Tartaria, pues en estos últimos mares, llamados mar Glacial, veiamos claramente los hielos que en él habia y presumimos que se hallaba aun obstruido. Cuando el tiempo estaba claro y sereno, creimos varias veces haber visto la tierra al sur sudeste de nuestra casa, y nos la enseñamos unos á otros, á lo lejos, como una tierra montuosa, del mismo modo que esta aparece cuando apenas se la puede percibir.

El 10 de marzo, el tiempo era claro y el viento norte. Limpiamos la casa é hicimos una abertura en la nieve, para poder salir. Vimos el mar casi libre, de modo que nos dijimos unos á otros, que si el buque se hallase á nado, podriamos ir á habitar en él, pero no en las barcas, á causa del frio escesivo que hacia. Por la tarde fuimos á bordo nueve de nosotros á buscar leña. Hallámos la nave tan encallada en el hielo como antes.

El 11, era el tiempo frio, pero el sol estaba brillante con viento nordeste. Fuimos doce á buscar leña al sitio acostumbrado, pero con mucho mas trabajo por hallarnos cada dia mas débiles. Al volver á casa, con el trineo, nos calentamos y reanimamos un poco con una racion de vino que pedimos al capitan. Si hubiese sido posible comprar la leña, hubiéramos preferido dar nuestra paga y beneficios de un mes, antes que ir á buscarla, como haciamos.

El 12, el tiempo era crudo y el viento nordeste. Volvió entonces el hielo fluctuando é impelido por el viento. El frio fué tan vivo como en lo mas recio del invierno.

El 13, continuó el mal tiempo con tempestad, procedente del norte, y fuertes nevadas. Los carámbanos tropezaban entre sí, con tanta fuerza que producian un estruendo horroroso.

El 14, no hubo mejora alguna ni en la atmósfera ni en el tiempo, de modo que el mar estaba cubierto de hielos como en medio del invierno. Con aquellos frios tan crudos, todos nuestros enfermos esperimentaron una recaida.

El 15, se serenó el tiempo y el viento fué norte. Aquel dia salimos de casa, pero poco, porque el frio era tan vivo como antes.

El 16, hizo buen tiempo, pero escesivamente frio. Todos estábamos de pésimo humor con esta recrudescencia de la temperatura.

El 17, nos hallábamos muy decaidos de ánimo, no sabiendo lo que seria de nosotros con igual tiempo tan rigoroso.

El 18, hizo el mismo frio sin mejora alguna en el tiempo. Acurrucados dentro de casa, ni podiamos salir, ni aun asomar la cabeza fuera.

El 19, duró el mismo estado de cosas. El frio era insufrible, y los hielos acumulándose unos encima de otros y chocando entre sí, con violencia, llenaban el aire de estallidos y estruendos espantosos, lo que nos contristaba mas y mas el ánimo, en nuestro miserable rincon.

El 20, hizo el mismo tiempo con viento nordeste; empezaba otra vez á disminuir la leña y nuestras fuerzas tambien. Estábamos en una horrible situacion.

El 21, mejoró el tiempo, pero no por eso se templó el frio. Aquel dia nos hicimos, del modo que pudimos, un nuevo calzado con fieltro y con los viejos sombreros velludos que teniamos, pues los zapatos que llevábamos estaban mas duros que cuerno. Son indescriptibles los trabajos y riesgos que pasamos para traer á casa un trineo de leña, á causa del frio, del cansancio y de la debilidad de nuestras fuerzas. Solo nos animaba la idea de que aquellos frios no podian durar siempre, y que al cabo y al fin tendrian que acabar.

El 22, hizo claro, sereno, con viento nordeste, pero mucho frio. Siéndonos casi imposible ir á buscar leña fuera de casa, propusieron algunos de nosotros volver á quemar carbon de piedra, una vez al dia.

El 23, tuvimos un tiempo muy duro y un frio vivísimo, de modo que fué necesario encender mayor cantidad de fuego; todo lo que habia en la habitacion, inclusas las paredes, estaba helado.

El 24, continuó el mismo viento y el frio con igual intensidad, cayendo ademas una gran cantidad de nieve que nos sitió dentro de casa. ¡Cuán útil nos fué el carbon de piedra, y qué poco nos curamos de lo incómodo que nos fué antes!

El 25, no hubo moderacion alguna ni en el tiempo ni en el frio. Habia momentos en que nos hallábamos enteramente abatidos.

El 26, abrimos la puerta y nos hicimos paso para salir á pesar del mal tiempo. No teniendo ya leña que encender, fuimos, á costa de nuestras vidas, á buscar un trineo para no morir de frio.

El 27, empezó otra vez el hielo á fluctuar y á alejarse, pero el buque permaneció rodeado de hielo.

Habiéndose serenado el tiempo el dia 28, fuimos seis al buque y le hallamos en el mismo estado en que le dejamos la última vez; en cuanto á los osos, no parecia sino que se habian instalado en él como en su casa.

El 1º de abril, hizo buen tiempo con un frio muy vivo. Viendo cuán penoso nos era el ir por leña, resolvimos quemar carbon de piedra.

El 3, construimos un mazo para dar á la bola á fin de ejercitar un poco nuestros miembros.

El 4, fuimos todos al buque y aflojamos el cable que estaba atado al áncora, á fin de que la embarcacion pudiese levantarse facilmente si llegaba á hallarse desembarazada de los hielos.

El 5, sopló un viento recio que volvió á llenar el mar de carámbanos; estos se amontonaron unos sobre otros, de modo que el buque quedó mas preso que nunca.

El 6, vino un oso hácia casa, y no pudimos hacerle fuego por estar la pólvora mojada. Acercóse osadamente el animal, y el patron empujó la puerta con tanta precipitacion, que se olvidó de correr la barra que la atrancaba; pero el oso, viendo la puerta cerrada, se marchó. Volvió dos horas despues, dando horribles aullidos, subió al tejado, y agarrando la chimenea, la agitó con tal fuerza, que creimos que iba á derribarla. Como era de noche, no hicimos resistencia alguna, y el animal, cansado sin duda, nos abandonó por fin.

El 9, era el tiempo claro y sereno; pero por la tarde sopló un fuerte viento que alejando los hielos despejó algo el agua, de lo cual nos alegramos mucho; dimos gracias á Dios por habernos conservado durante un invierno tan crudo, y abrigamos la esperanza de una próxima y feliz ausencia.

El 15, fuimos al buque siete de los nuestros y le hallamos aun en buen estado. A la vuelta, se nos apareció un enorme oso al cual combatimos y pusimos en fuga. Dirijímonos hácia el paraje por donde habia venido para ver si habia alguna caverna, y hallamos, en efecto, un agujero profundo en el hielo, alto como un hombre, estrecho en su entrada y ancho en el fondo. Sondamos el interior con una pica, y no hallando nada, uno de nuestros compañeros se decidió á entrar, pero retrocedió en breve, porque aquella caverna era horrorosa. Fuimos despues á lo largo de la orilla del mar, y vimos tanto hielo acumulado allí á fines de marzo y á principios de abril, que representaba ciudades enteras de hielo con torres elevadas y baluartes.

El 17, fuimos siete al buque y vimos mucha agua libre en el hielo; atravesamos los carámbanos lo mejor que pudimos y llegamos hasta el agua, que tocamos, cosa que no habiamos hecho siete meses hacia. Vimos tambien zambullirse en ella á un pajarito que apenas nos percibió se escondió bajo el

agua. Tomamos esto por un presagio de que habia en el mar mucha mas agua libre que antes, y de que se acercaba el tiempo en que estaria enteramente desembarazado de hielos.

El 20, fuimos cinco al paraje de donde sacábamos la leña con un caldero y otros utensilios; encendimos allí fuego, calentamos agua y lavamos nuestras camisas, operacion que nos fué mas fácil hacer allí que en casa, porque hubiéramos tenido que acarrear mucha leña para derretir la nieve y enjugar lo lavado.

El 1° de mayo, cocimos la última carne que nos quedaba y que guardábamos mucho tiempo hacia. La hallamos muy buena y sentimos no tener mas.

El 2, se hallaba el mar casi libre de hielo, lo que aumentó nuestros deseos y esperanza de salir de donde estábamos.

El 3, necesitando cobrar fuerzas para soportar el trabajo que tendriamos que hacer para salir de allí, nos repartió el capitan lo que quedaba de un barrilito de tocino salado, y tocó á cada uno unas dos onzas diarias durante tres semenas.

El 4, fuimos cinco al buque y le hallamos con mas hielo que antes, pues á mediados de marzo el agua libre distaba solo 75 pasos de él, mientras que aquel dia se hallaba á una distancia de 500 pasos y rodeado de altos montones que parecian montañas. Esto nos llenó de temor por no saber como hacer para llevar hasta el agua nuestra barca y nuestra canoa, cuando llegase el caso de partir. Por la noche, volvió á acercarse un oso á casa, pero se escapó así que nos oyó. Uno de los nuestros, que miraba por la chimenea, le vió, y nosotros temimos que volviese de nuevo é hiciese lo mismo que el anterior.

Al ver, el 6, abierto y libre el mar tanto á oriente como á occidente, nos alegramos infinito, pues creimos que en breve volveriamos á ver nuestra patria y familias.

El 7, cayó una nieve tan espesa, que nos volvimos á ver sitiados en casa. Los marineros, cansados ya con una temperatura tan ingrata y obstinada, decian que valdria mas retirarse y partir de una vez en cuanto volviesen á ver el mar libre.

El 8, se propusieron algunos marineros decir al capitan que ya era hora de partir de allí, pero nadie se atrevia á ir con el mensaje, por haberle oido decir que queria diferir la marcha hasta fines de junio, que es la mitad del verano, para que el buque estuviese enteramente libre de hielos.

El 9, hizo un tiempo bastante templado, y esto avivó mas y mas los deseos de los marineros de salir de allí; resolvieron, pues, rogar á Guillermo Barentz, hijo de Bernardo, que persuadiese al capitan de la necesidad de salir de allí; pero este les apaciguó con mucha dulzura y les hizo mudar de opinion con buenas y fundadas razones.

El 12 de mayo, disminuian los hielos en el mar y aumentaba el espacio de agua libre, lo que reanimó nuestras esperanzas de una próxima partida.

El 14, llevamos á casa el último carreton de leña, con nuestro nuevo calzado de fieltro, que nos fué sumamente útil. Aquel dia, advirtieron nuestros marineros á Wilhem que dijese al patron que buscase los medios de regresar cuanto antes al país, lo que prometió hacer al dia siguiente.

El 15, con un tiempo apacible, todos los marineros salieron á hacer ejercicios con la bola y sin ella para fortalecer el cuerpo. Notificó Wilhem al capitan la voluntad de la gente, y respondió este que diferia la partida hasta fines de mes, en cuya época, si el buque no se hallaba enteramente libre de hielos, preparariamos lo necesario para ausentarnos en las barcas.

El 16, recibieron los marineros con sumo contento la respuesta del capitan, aunque les pareció el plazo algo largo, en razon de que se necesitaba mucho tiempo para componer la barca y la lancha, y dejarlas en estado de poder navegar. Varios de los nuestros propusieron alargar la lancha, lo cual no habria sido tan cómodo como parecia, por la dificultad que hubiera esperimentado en sostenerse sobre el hielo, como tuvimos que hacer en seguida.

El 17, empezamos á contar los dias que faltaban para prepararnos á partir.

El 19, fueron cuatro de los nuestros al buque y á la orilla del mar, para ver cual era la via mas cómoda para lanzar al agua la barca y la lancha.

El 20, á mediodia, dijimos al capitan que seria bueno prepararlo todo para partir, á fin de poder aprovechar toda ocasion propicia que para ello se presentase. Nos contestó que apreciaba su vida tanto

como nosotros la nuestra, pero que era fuerza esperar hasta fines de mayo y que entonces compondriamos la lancha y la barca. Que entretanto remendásemos los vestidos y recompusiésemos todos los utensilios necesarios para la navegacion, á fin de no hallarnos retardados cuando llegase la hora de embarcarnos.

El 22, á falta de leña con que hacer fuego, rompimos una pared de madera que servia de antemuro á la entrada de la casa.

El 23, se templó y serenó aun mas la atmósfera, y casi todos los marineros fueron á lavar sus camisas al sitio donde haciamos leña.



29 de mayo. — Los holandeses arrastrando la lancha hácia la casa.

El 26, empezó el dia con calma y serenidad, pero despues de mediodia sobrevino una tempestad que volvió á aglomerar el hielo.

El 27, volvió desgraciadamente el mal tiempo y la intemperie; los hielos volvieron con mas fuerza, razon por la cual el capitan permitió á los marineros que empezaran inmediatamente los preparativos de la partida para ausentarnos, á la primera ocasion.

El 28, por la tarde, fuimos siete á la nave para traer á tierra lo necesario para habilitar la barca y la lancha, así como las chillas que se habian sacado de las paredes, las cuerdas y otras varias cosas.

El 29, la atmósfera estuvo bastante templada, y diez de nosotros fuimos adonde estaba la lancha para ver si podiamos arrastrarla hasta casa á fin de componerla y rehabilitarla. La hallamos muy metida dentro de la nieve y á duras penas la pudimos sacar; pero cuando se trató de empujarla y llevarla hácia casa, agotamos todos nuestros esfuerzos sin poderlo conseguir, á causa de nuestra estrema flaqueza y debilidad. Faltónos el ánimo y creimos que sucumbiriamos bajo el trabajo y la miseria; pero el capitan nos alentó diciéndonos que nuestra vida dependia de nuestras embarcaciones menores, pues si no habilitábamos la barca y la lancha, tendriamos que permanecer allí como ciudadanos de la Nueva Zembla para sepultarnos en sus nieves. No nos faltaban ni el valor ni la buena voluntad, pero habién-

donos abandonado las fuerzas físicas, tuvimos que desistir de nuestro empeño con harto sentimiento nuestro.

Llenos de cansancio, pero no decaidos, volvimos á casa por la tarde; pero un buen rato despues, alentándonos mutuamente, fuimos de nuevo adonde estaba la lancha y empezamos las obras de recomposicion para poder lanzarla al mar. Estábamos persuadidos que tendriamos que hacer un largo y enojoso viaje, lleno de dificultades y peligros á pesar de cuantas medidas y precauciones tomásemos. Estando trabajando, un enorme oso se dirijió hácia nosotros; corrimos á guarecernos en casa, y le esperamos en la puerta y encima del tejado con los arcabuces. El oso, sin embargo, se adelantó atrevi-



30 de mayo. — Los holandeses componen de nuevo la lancha.

damente hasta el zaguan de la casa sin que lo viese el que se hallaba allí apostado; pero á los gritos de los que estaban en el tejado, volvió la cara el de la puerta, y viendo al oso tan cerca de sí, solo tuvo tiempo, en medio de su turbacion, de dispararle á boca de jarro; afortunadamente la bala atravesó el cuerpo del animal, sin lo cual este hubiera devorado al hombre y entrado despues en la casa. Herido el oso, fué á caer á algunos pasos de distancia; corrimos todos adonde yacia, con nuestras armas; acabámosle de matar, y abriéndole el vientre, encontramos el pellejo y pelo de una vaca marina que hacia poco habia devorado.

El 30, el frio era bastante templado, pero la atmósfera estaba nublada. Pusimos todos manos á la obra, ocupándose unos en calafatearla y otros en arreglar el velámen; pero en esto apareció otro oso y tuvimos que refugiarnos en casa, no sin haberle hecho fuego. Cuando el oso se ausentó, volvimos á la lancha con tablas que arrancamos de la casa, para acabar aquella cuanto antes, y trabajamos con ahinco y perseverancia, sacando fuerzas de flaqueza.

El 31, continuó el tiempo sereno, pero mas frio que los dias anteriores. El viento era sudoeste y se llevó los hielos. Continuamos las obras de carpintería, pero en lo mas fuerte del trabajo se presentó otro oso con el mismo descaro y ferocidad que los dos anteriores. Hacia tres dias consecutivos que recibiamos la visita de huéspedes tan peligrosos; no parecia sino que previendo estas fieras nuestra inten-

cion de ausentarnos, querian antes saber qué gusto tenia la carne humana. Abandonamos el trabajo y corrimos á casa, donde le esperamos con las armas de fuego, y le tiramos tres tiros que le tocaron de lleno y le dejaron muerto; su muerte nos fué mas funesta que su vida, pues habiéndole arrancado las entrañas, guisamos y comimos el hígado, que al principio nos supo muy bien; pero un rato despues empezamos todos á sentirnos malos, sobre todo tres, que mudaron la piel de piés á cabeza y por poco murieron. Recobraron sin embargo la salud y dimos por ello muchas gracias á Dios, pues si hubiésemos perdido tres hombres no hubiéramos podido partir, por ser ya muy poca gente para transportar y levantar los fardos.

El 1° de junio, no trabajó nadie por hallarnos todos enfermos, por haber comido el hígado del oso. Cuatro marineros, que se hallaban menos indispuestos que los demas, fueron al buque á ver si encontraban algo que pudiese servirnos. Dieron con un barrilito de galleta que trajeron á casa, y se repartió entre todos, tocando dos á cada uno ; hallámosla muy buena.

El 2, fuimos al mar un par de nosotros para ver por donde podriamos lanzar al agua la barca y la lancha, pues los hielos yacian tan acumulados unos sobre otros por todas partes, que nos pareció cosa difícil el poder pasar ó hacer atravesar por ellos las barcas. Sin embargo, la mejor via que hallamos fué la que mediaba directamente entre el buque y el agua libre, aunque no dejaba de ser escabrosa y muy difícil de recorrer.

El 3, se restablecieron los enfermos y trabajaron asiduamente en las obras de la lancha, continuando de este modo hasta que se halló terminada, que fué al cabo de seis dias. Por la tarde sopló el viento oeste y quedó el agua enteramente libre de hielo, lo que nos hizo cobrar nuevos brios, y afianzarnos mas en la esperanza de nuestra libertad y de vernos por fin fuera de aquel espantoso lugar.

El 4, continuó haciendo aquel hermoso tiempo y el frio se templó casi enteramente. Fuimos once al sitio donde estaba la lancha y la arrastramos hasta el buque. Costónos menos este trabajo que la primera vez que quisimos mudarla de sitio, consistiendo esto, á mi parecer, en que la nieve estaba mas endurecida y por consiguiente mas firme. Acaso eran mayores nuestros brios, como nuestro valor, viendo que se acercaba el dia de nuestra partida. Tres de los nuestros se quedaron en el bote para terminar las obras de carpintería ; pero como era un bote para pescar sardinas, muy estrecho por detras, le cortaron en dos por este lado y le dieron la forma de un espejo para que fuese mas cómodo en el mar; hiciéronle tambien un poco mas alto. Los demas marineros se ocupaban entretanto en preparar dentro de casa todo lo necesario para el viaje, y llevaron aquel dia dos trineos de víveres y enseres desde la habitacion al buque, porque desde este hasta el agua libre, habia solo la mitad del camino que desde casa hasta aquella; así pues lo depositábamos todo en la nave, para embarcarlo desde allí en las embarcaciones menores cuando llegase el caso. Todo trabajo nos parecia llevadero con la esperanza de salir cuanto antes de aquel desierto espantoso y glacial.

El 5, volvió el mal tiempo con tempestad, hielos y nieve. El viento abrió mas la abertura en el agua; pero aquel dia no pudimos trabajar fuera de casa. Ocupámonos, pues, dentro de ella, en preparar las velas, remos, mástiles, timon y todo lo demas.

Habiéndose serenado el tiempo el dia 6, fuimos al buque con los carpinteros para arreglar el bote, llevando con nosotros dos trineos cargados de víveres y otras cosas. Sobrevino luego despues una tormenta por la parte sudoeste con nieve, granizo y lluvia, de modo que nos vimos obligados á regresar á casa, donde apenas podiamos guarecernos contra la lluvia, porque habiendo quitado los tablones del techo para carenar la lancha y el bote, no habia mas que un lienzo insuficiente contra el agua. Como empezaba ya á deshelar en el camino, nos quitamos el calzado de fieltro, para ponernos otra vez los zapatos viejos de cuero.

El 7, volvió el viento norte trayendo consigo algunos hielos, pero como el sol estaba en el sudeste, se mejoró luego el tiempo y los carpinteros fueron al buque para continuar las obras del bote. Nosotros empaquetamos todo cuanto teniamos de algun valor, para llevárnoslo, tomando la precaucion de taparlos por encima, porque debian embarcarse en dos barcas sin cubierta.

El 8, hizo buen tiempo y llevamos al buque los paquetes que habiamos hecho. Los carpinteros trabajaron con tanto ahinco que terminaron las obras del bote aquel dia por la tarde. Aquel mismo dia,

arrastramos entre todos la lancha hasta el buque, tirando de unas cuerdas, como se tira de los trineos. El deseo y la esperanza de salir de allí, redoblaba nuestras fuerzas y nos hacia superiores á nosotros mismos.

El 9, lavamos nuestras camisas y ropa blanca.

El 10, llevamos al buque cuatro trineos cargados de todos los chismes que habia en casa y nos ocupamos en prepararlo todo. Metimos en barrilitos el vino que nos quedaba, para repartirlo entre las dos barcas, asi como para poderlo embarcar y desembarcar con mas facilidad, en caso de que nos hallásemos rodeados de hielo, pues no dudábamos que lo estariamos.

El 11, tuvimos muy mal tiempo, de modo que no hicimos nada en todo el dia. Mucho temiamos que



12 de junio. — Los holandeses abren un camino en direccion al mar y son atacados por los osos.

on la tempesdad fluctuasen los hielos y se llevasen consigo al buque; esto nos hubiera sumido en la miseria mas espantosa, porque todas nuestras provisiones estaban en la nave; pero Dios nos preservó de tal desgracia.

El 12, fuimos todos juntos, con azadones y toda clase de instrumentos, á allanar el camino por donde debiamos lanzar las barcas al agua; este camino estaba lleno de montañas de hielo, de manera que emprendimos un gran trabajo, cortando y destruyendo á tajo y destajo. En medio de nuestra tarea, se presentó un oso grande y flaco dirijiéndose hácia nosotros; creimos que venia de Tartaria, por haber visto en otro tiempo algunos de estos animales á 20 y 30 leguas en alta mar. Como solo el cirujano se hallaba armado con un arcabuz, fuí corriendo al buque á tomar un par de estas armas; pero el oso se vino detras de mí y me hubiera pillado á no haberle perseguido los compañeros. Al verse acosado el oso, me dejó para volverse contra los marineros; pero el cirujano le hizo fuego y le hirió; los compañeros le siguieron, y como el animal no podia correr á causa de la herida y el hielo, le alcanzaron, le degollaron y le arrancaron los dientes antes que espirase.

El 13, fué el capitan con los carpinteros al buque, y concluyeron de arreglar la lancha y el bote, de modo que estaban ya en disposicion de lanzarlos al agua. Viendo el capitan, así como los demas que

estaban con él, que el mar se hallaba enteramente libre y que el viento de oeste era bastante fuerte, volvió á casa y declaró á Guillermo Barentz, convaleciente de una enfermedad, que el tiempo era favorable y que por consiguiente le parecia bien partir de allí, y, bajo el amparo de Dios, emprender el viaje para abandonar la Nueva Zembla.

Guillermo Barentz habia escrito de antemano un billete que esplicaba cómo y por qué habiamos salido de Holanda para ir hácia la China, contando ademas todo lo que nos habia sucedido, á fin de que si alguien visitaba aquellos parajes, despues de nosotros, supiese lo que habiamos pasado, la necesidad en que nos vimos de construir una casa y de vivir en ella, Dios sabe cómo, durante diez meses : puso esta



13 de junio. — Los holandeses arrastran hasta el mar la lancha y el bote.

esquela en la medida [1] de un arcabuz y la colgó de la chimenea. Y teniendo que meternos en el mar en dos barcas descubiertas y arriesgar un viaje muy peligroso, el capitan escribió tambien dos cartas que todos nosotros firmamos, en las cuales esponia, « que durante mucho tiempo permanecimos en aquel país con la mayor miseria é incomodidades, esperando que nuestro buque estuviese libre del hielo que le apresaba, para poder partir con él; pero como esto se retardaba y el tiempo urgia y los víveres escaseaban, nos vimos obligados á abandonar el buque y buscar nuestra salvacion partiendo en dos barcas descubiertas y encomendándonos á Dios. » Pusimos en cada barca un ejemplar doble de estas cartas, á fin de que, si por desgracia llegábamos á descarriarnos, á separarnos ó á perecer, pudiese alguno saber de qué modo habiamos partido, por medio de la barca que se salvase. Despues de haber concordado sobre este punto, lanzamos la lancha al agua, dejando á un hombre dentro; luego arrastramos y lanzamos igualmente la otra barca. Llevamos en seguida once trineos llenos de víveres y mercancías, dándonos para ello suma diligencia. Hé aquí lo que embarcamos : seis fardos de paño fino; un cofre de ropa blanca; dos fardos de terciopelo; dos cofrecillos de dinero; dos toneles llenos de vestidos

[1] Medida ó funda, segun el testo de 1599.

y ropa blanca de los marineros; trece toneles de pan; uno de queso; la mitad de un cerdo; dos tonelitos de aceite; seis barrilitos de vino, dos de vinagre; varios lios de ropa de los marineros y otras varias cosas, que nos pareció, en un principio, que no podrian caber en las dos barcas. Luego que las embarcamos y arreglamos, fuimos á casa y transportamos á bordo, en trineos, á Guillermo Barentz y á Nicolas Andrieu ([1]), ambos enfermos. Hecho todo esto, mandó juntar el capitan las dos barcas, y despues de habernos hecho firmar la carta siguiente, nos pusimos bajo la proteccion de Dios y nos hicimos á la vela con un mar bastante despejado.

COPIA DE LA CARTA.

Hemos esperado hasta hoy, esperando á que el buque se viese desembarazado de hielos; pero poca ó ninguna probabilidad hay de verle libre, por hallarse aun muy apretado y rodeado de hielo, y los carámbanos se han aglomerado unos sobre otros hácia fines de marzo y principios de abril. Hemos deliberado, pues, sobre el medio de lanzar al agua la lancha y el bote y de hallar el sitio mas á propósito para hacerlo, porque parece imposible que el buque pueda desprenderse del hielo. Por estas razones, he creido, de acuerdo con Guillermo Barentz, el piloto, los oficiales y todos los marineros, que convenia salvar nuestras personas y algunos géneros pertenecientes á los mercaderes. Hemos considerado útil levantar un poco los bordes de la lancha y del bote, y de abastecernos de cuanto nos fuese posible llevar, para no desperdiciar ningun tiempo propicio que pluguiese á Dios enviarnos, pues de lo contrario hubiéramos dejado pasar el mejor tiempo, ó perecido de frio y de miseria, como nos lo demuestran tres ó cuatro compañeros nuestros que no pueden ayudarnos. Y el mas fuerte de entre nosotros se halla tan estenuado por el frio y los padecimientos que no tiene la mitad de la fuerza de un hombre; es de creer que esta situacion no mejorará. Ademas, en el largo viaje que tenemos aun, por fuerza, que hacer, es probable que no dure nuestro pan mas que hasta el fin del mes de agosto, y desgraciadamente puede suceder tambien, que si este viaje nos es contrario, no lleguemos á ningun país donde podamos hallar provisiones. Así pues, no creemos prudente permanecer aquí mas tiempo, puesto que nos vemos obligados á buscar nuestra propia salvacion. Esta resolucion ha sido adoptada por todos nosotros y firmada el primer dia de junio de 1597. Hallándonos prontos en este dia, y reinando un viento oeste y estando el mar bastante despejado de hielos, bajo el amparo de Dios, hemos emprendido este viaje, quedando el buque preso entre el hielo, como antes, á pesar de los fuertes vientos y tempestades que ha habido durante nuestros preparativos; por esta razon le abandonamos enteramente.

Fechado el 13 de junio de 1597, y firmado:

JAIME HEEMSKERCK, — GUILLERMO BARENTSON, — PEDRO PETERSON VOS, — GERARDO DE VEER, — MAESE JUAN VOS, — LEONARDO HENRI, — LORENZO GUILLAUME, — JAIME JANSEN SCHIEDAM, — PEDRO CORNILLE, — JAIME JANSEN STERREBURG, — JUAN RENÉ.

El 14 de junio, despues de habernos encomendado á Dios, partimos de la Nueva Zembla y de sus hielos con nuestra lancha y nuestro bote, con viento oeste, dirijiéndonos hácia el este nordeste, y navegamos aquel mismo dia hasta el cabo de la Isla, á una distancia de cinco leguas. Pero nuestro primer fondeadero no fué muy feliz, porque nos metimos en medio de hielos espesos y consistentes que nos causaron mucho miedo y grandes dificultades. Estando allí, fuimos cuatro á tierra para observar la situacion, y cojimos cuatro aves, matándolas á pedradas en aquellos escollos.

El 15, se alejaron los hielos y nosotros nos hicimos á la vela, con viento sur, pasando por el cabo

([1]) Nicolas, hijo de Andrés, segun el testo de 1599.

Flushing y el cabo Gefe, hasta el del Deseo ([1]), que está á unas 13 leguas de distancia, donde permanecimos hasta el dia siguiente.

El 16, nos hicimos de nuevo á la vela y llegamos á las islas de Orange ([2]), distantes 13 leguas del cabo del Deseo. Desde allí fuimos á tierra con un caldero para derretir la nieve, y dos tonelitos para poner el agua, y al mismo tiempo para cojer huevos y aves para los enfermos. Derretimos la nieve en cuanto llegamos, con leña que allí encontramos, pero no vimos ningun ave. Tres de nosotros fueron,



Mapa de la Nueva Zembla, segun Gerardo de Veer.

por en medio del hielo, hasta la otra isla, y cojieron tres pájaros. El capitan, que era uno de los tres, cayó á la vuelta en una grieta del hielo y estuvo á pique de ahogarse por ser muy rápida la corriente. Salvóse mediante Dios, y vino á donde estábamos á enjugar sus vestidos junto al fuego que habiamos encendido. Asamos las aves y las llevamos á los enfermos que estaban en las barcas. Despues de haber llenado los toneles de agua, nos hicimos de nuevo á la vela y navegamos con un viento sudeste y con tiempo húmedo, de modo que como las barcas eran descubiertas y sin abrigo alguno, nos hallamos todos mojados como una sopa cuando llegamos delante del cabo de Hielo ([3]). Así que estuvimos delante del cabo, preguntó el capitan á Guillermo Barentz como se hallaba, á lo que respondió este : « Me hallo bastante bien, y espero poder levantarme antes que lleguemos á Warthuse ([4]). » Luego me preguntó :

([1]) El cabo de la Isla, el cabo Flushing, el cabo Gefe y el cabo del Deseo, están situados al nordeste de la Nueva Zembla. (Véase el mapa que se halla al principio de esta relacion.)

([2]) Las islas de Orange están situadas en el estremo septentrional de la Nueva Zembla,

([3]) El cabo de Hielo está situado al noroeste de la Nueva Zembla.

([4]) La isla Wardhous ó Wardohuus, en el norte de Laponia.

« Gerardo, ¿estamos ya enfrente del cabo de Hielo? Levantadme, pues quiero verle otra vez. » Desde las islas de Orange hasta el cabo de Hielo navegamos unas 5 leguas. Amarramos allí las barcas á unos grandes carámbanos y tomamos algun alimento. El tiempo era mas y mas húmedo y nublado, y nos veiamos á veces rodeados de hielo, lo cual nos detuvo allí algun tiempo.

El 17 de junio, por la mañana, comimos un bocado, y los hielos venian con tanta fuerza á chocar contra las barcas, que se nos erizaron los cabellos, tal era el horror que nos causaba. No podiamos dirijir la lancha ni el bote, y creiamos á cada paso que habia llegado el término de nuestro viaje, pues no parecia sino que las barcas iban á romperse en mil pedazos. En este terrible trance, consultámonos



17 de junio. — Los holandeses en un banco de hielo.

mutuamente, y dijeron algunos que si pudiésemos amarrar una cuerda al hielo que estaba firme, tirariamos entonces de esta cuerda hácia el hielo para preservarnos así de la principal corriente glacial. Este consejo, aunque bueno, estaba lleno de peligros inminentes, de modo que nadie queria arriesgarse á perecer. La necesidad, sin embargo, lo exijia imperiosamente, y era fuerza echar pecho al agua. Hallándome yo mas lijero que los demas, me aventuré á atravesar los carámbanos flotantes, hasta que llegué al hielo firme, donde até una cuerda á un alto cerro glacial. Tiraron entonces de esta cuerda los que se hallaban en las barcas, y las arrimaron al hielo inmóvil, en donde depositamos á los enfermos así que llegamos, encima de unas camas que dispusimos de prisa y corriendo. Despues desembarcamos todo cuanto habia en las barcas, y sacamos igualmente á seco estas sobre el hielo. De este modo, escapamos de aquel grandísimo peligro, considerándonos muy dichosos de vernos libres de las garras de una muerte casi segura.

El 18, compusimos las barcas muy averiadas por la violenta fluctuacion de los hielos errantes; vímonos obligados á calafatear todas las junturas y á consolidarlas con nuevos refuerzos. Dios nos dió los medios necesarios para ello, permitiendo que hallásemos leña para derretir el alquitran, que estaba helado, y preparar todo lo demas que se necesitase. Algunos de los nuestros fueron hasta tierra á buscar

huevos para los enfermos, y no pudieron hallar ninguno; pero á duras penas cojieron cuatro aves entre la tierra y los hielos.

El 19 de junio, permanecimos encerrados en medio de los hielos sin ver abertura alguna, lo que nos hizo temer que fuese aquella nuestra última mansion. Pero, poniendo luego toda nuestra esperanza en Dios y encomendándonos á su clemencia, aguardamos resignados á que nos enviase un áncora de salvacion.

El 20, empeoró el estado de Nicolas Andrieu y vimos claramente que no tardaria en espirar. El teniente de gobernador vino á la lancha y nos dió esta mala noticia. Al oirla, dijo tambien Guillermo Barentz: « Me parece que mi vida no durará tampoco mucho. » Nosotros no le creiamos tan enfermo, y hablábamos mutuamente, mientras él, Guillermo Barentz, estaba mirando el pequeño mapa de nuestro viaje que yo habia hecho. Estuvimos conversando un buen rato, al cabo del cual me dijo: « Gerardo, dame de beber. » Pero así que acabó de beber, le cojió tal debilidad que torció los ojos y murió, sin darnos tiempo á que llamásemos al capitan que estaba en la otra barca. Pocas horas despues murió tambien Nicolas Andrieu. La muerte de Guillermo Barentz nos aflijió á todos en estremo, pues era nuestro principal conductor y único piloto en quien habiamos depositado toda confianza. Pero Dios lo quiso así y nos resignamos con su voluntad (1).

El 21 de junio, empezó á alejarse de allí el hielo, y el cielo nos concedió alguna abertura en el agua, de modo que empezamos á prepararnos para partir.

El 22, nos fué preciso arrastrar las barcas hasta el agua por encima del hielo, lo que nos costó mucho trabajo. En primer lugar, tuvimos que empujar las barcas con sus cargamentos hácia un enorme carámbano distante unos 50 pasos, bajar desde allí hasta el agua, sacarlas luego del agua y arrastrarlas aun por el hielo mas de 300 pasos antes que pudiésemos hacernos á la vela. Hecho todo esto, empezamos á navegar con la ayuda de Dios, pero nos vimos otra vez tan rodeados de hielos, que no podiamos dar un paso. A poco rato se separaron los carámbanos y dejaron el paso un poco espedito, y aprovechando nosotros aquella ocasion, navegamos á lo largo de la costa hasta que nos volvimos á ver rodeados de hielo. Mientras aguardábamos que se abriese un nuevo paso, tomamos algun alimento y luego tratamos de rechazar el hielo, pero en vano. Algun tiempo despues se abrió naturalmente un paso, de modo que pasamos por él, navegando hácia el oeste cuarto al sur con viento de mediodia.

El 23 de junio, llegamos navegando al cabo del Consuelo (2), distante 25 leguas del cabo de Hielo, pero no pudimos ir mas lejos, porque á pesar de ser el dia muy hermoso, los hielos se acumularon unos sobre otros al rededor nuestro. El sol, aunque radiante, no tenia bastante fuerza para derretir el hielo y proporcionarnos agua para beber; en vano espusimos á sus rayos platos de estaño llenos de nieve, pues esta quedaba en el mismo estado. No sacábamos mejor resultado del hielo que nos metiamos en la boca, de modo que padecimos una gran sed.

El 24, remamos acá y acullá entre los hielos para ver si podiamos hallar una abertura, pero sin fruto ninguno. Sin embargo, como el sol estaba al sur, pudimos salir al mar dando gracias á Dios por esta salida inesperada. Navegamos bastante tiempo con viento este, de modo que creimos poder doblar el cabo Nassau (3); pero nos vimos de nuevo impedidos por el hielo, que nos rodeó tan bien, que tuvimos que permanecer en el lado oriental de dicho cabo cerca de tierra, y calculamos que distábamos solamente unas tres leguas, pues le veiamos muy distintamente. El viento era sur y sur sudoeste; seis marineros fueron á tierra y hallaron alguna leña, de la cual trajeron á bordo la que pudieron, pero no vieron ni huevos ni aves. Con la leña que recojieron cocieron unas gachas (4), á las que pusimos por nombre *matsamore*, para dar un poco de calor al estómago.

El 25, sopló un fuerte viento sur, y creimos que nos seria dable continuar nuestro rumbo, porque

(1) Es muy sensible no poder dar mas detalles biográficos sobre Barentz; los nuevos datos que esperábamos de Amsterdam no han llegado aun á nuestras manos.

(2) El cabo de Consolacion, al noroeste de la Nueva Zembla.

(3) El cabo de Nassau, al noroeste de la Nueva Zembla.

(4) Papilla de harina y agua.

el hielo que nos detenia no era muy fuerte. Por la noche se rompió una porcion del hielo, y tuvimos que mudar de puesto para amarrar á otro carámbano.

El 26 de junio, se reprodujo la misma tempestad procedente del sur, haciendo pedazos el carámbano al cual estábamos amarrados, de modo que andábamos flotando, por medio del mar, sin poder agarrarnos á ningun pedazo de hielo, lo que nos puso en peligro de perecer mil veces. Por mas que remábamos no podiamos acercarnos á tierra. Quisimos desplegar la vela, pero el mástil de trinquete se rompió dos veces, y nos hallamos, por consiguiente, mucho peor que antes, pues á pesar del viento que era bastante fuerte, tuvimos que alzar la vela mayor. El viento, sin embargo, arreció de tal modo, que á no plegar la vela cuanto antes, las barcas hubieran volcado ó ido á pique con el agua que entraba. Las olas pasaban por encima de nosotros, llenándonos de agua; á cada paso veiamos la muerte delante de nosotros; pero Dios, que nos habia salvado ya de tantos riesgos, se dignó concedernos aun su proteccion, ausiliándonos con un viento nordeste que serenó el tiempo y nos permitió aproximarnos al hielo inmóvil. Ignorábamos adonde habia ido á parar la otra barca; buscámosla cerca de una legua, navegando á lo largo del hielo firme, sin poderla encontrar, y empezamos á temer que se hubiese sumergido; en esto sobrevino la niebla. Continuábamos navegando á lo largo de la tierra, y viendo que no la descubriamos, disparamos un arcabuz y contestó la barca con otro tiro : sin embargo, no la veiamos. Fuimos acercándonos hácia el lado donde habiamos oido la detonacion, y disparando los mosquetes, de vez en cuando, unos y otros, empezamos á distinguir el humo, y habiéndose aclarado un poco el tiempo, acabamos por verla encallada entre el hielo firme y el flotante. Luego que nos acercamos, fuimos á ver á los compañeros, y les ayudamos á desembarcar la carga y á poner la barca á seco en el hielo; en fin, despues de mucho trabajo logramos llegar hasta el agua. Durante el tiempo que habian estado presos en el hielo, fueron á tierra firme á cojer un poco de leña, y luego que estuvimos todos reunidos hicimos unas sopas, con agua caliente, que nos supieron muy bien.

El 27 de junio, nos hicimos á la vela con un mediano viento este y doblamos el cabo Nassau; pero inmediamente despues, tuvimos tiempo contrario que nos obligó á amainar las velas y á continuar nuestro rumbo remando. Mientras íbamos navegando de este modo á lo largo, y junto al hielo firme, hallamos un sin número de walrusos entre las nieves, tales como nunca habiamos visto. Hallamos tambien muchísimos pájaros, de los cuales matamos doce de un solo tiro, y los llevamos á las barcas. La niebla volvió mientras navegábamos así á remo, y como nos hallábamos cerca de los carámbanos errantes, nos arrimamos al hielo firme y permanecimos allí hasta que se disipó la niebla. El viento nos era enteramente contrario, soplando oeste sudoeste.

El 28 de junio, estando el sol casi al este, descargamos todo cuanto habia á bordo y lo pusimos sobre el hielo firme; despues sacamos las barcas á seco sobre el hielo, porque hallándonos acosados por todos lados por los carámbanos, y viniendo el viento en derechura del mar, temiamos encallar en medio del hielo. Hicimos, con nuestras velas, una tienda bajo la cual entramos á descansar un poco, dejando á un hombre de centinela. Al cabo de algun tiempo, estando mirando al sol que se hallaba al norte, vimos aparecer y venir en derechura á las barcas á tres enormes osos. El centinela gritó al verlos : « ! Tres osos! ¡ Tres osos! » Y nosotros salimos al momento de la tienda con los mosquetes cargados de perdigones, que habiamos preparado para tirar á los pájaros , y que no teniendo tiempo para cargarlos con bala, los disparamos tal como estaban contra las fieras. Estas, aunque heridas levemente con tan ligera carga, se alejaron presurosas, dándonos tiempo para poner bala en las armas y matar á una. Dos horas despues, volvieron los otros dos osos, pero al oir ruido se escaparon precipitadamente.

El 29, estando el sol al sur sudoeste, se presentaron de nuevo los dos osos y se acercaron al cadáver de su compañero. Uno de ellos le agarró con los dientes y se lo llevó en medio de las sinuosidades del hielo, donde empezaron á devorarle. Les tiramos un tiro y echaron á correr al oir la detonacion, abandonando su pasto. Acercámonos al cadáver y vimos que se habian comido la mitad en pocos instantes. Cojimos lo que quedaba; y le pusimos en la punta de un carámbano elevado que podiamos ver desde la barca, para arcabucear desde allí á los osos que fuesen á comérselo. Consideramos cual era la fuerza de los osos, cuando uno solo se llevó con la mayor facilidad el cadáver de uno de ellos, mientras cuatro de nosotros podiamos apenas levantar la mitad. El viento era oeste y echaba los hielos hácia el este.

El 30, por la mañana, vinieron dos osos encima de un carámbano flotante, y se preparaban á acometernos dando varios rodeos; pero al fin se fueron sin osar atacarnos, lo que nos hizo creer que eran los mismos osos que antes. Poco despues, estando el sol hácia el sur, vino otro oso por el hielo firme y se dirijió en derechura á nosotros, pero en cuanto oyó ruido se fué. Iba el hielo retirándose poco á poco;



28 de junio. — Tres osos acometen á los holandeses, acampados en el banco de hielo.

pero como caia niebla y el viento era fuerte, no nos atrevimos á lanzar las barcas al agua, aguardando un tiempo mas favorable.

El 1° de julio, vino un oso por el hielo errante, hácia donde estábamos, pero así que nos oyó hablar se fué y no volvió. Estando el sol casi al sudeste, vinieron los carámbanos á empujarnos con tal fuerza que el hielo firme, encima del cual nos hallábamos con las mercancías, se rompió en muchos pedazos y estos se acumularon unos encima de otros. Corrimos sumo peligro, porque todo cayó al agua; pero nos dimos gran prisa para arrastrar la lancha hasta tierra firme, donde juzgamos que nos hallariamos mas al abrigo contra el ímpetu de los hielos. Pero cuando quisimos recobrar nuestros fardos, caimos en otro peligro mayor, pues uno de los compañeros cayó al agua, el hielo se rompia bajo nuestros piés y la barca se rompió casi toda á los golpes de los carámbanos, sobre todo el mástil y el banco del mástil que habiamos construido. Dentro de la barca se hallaba un marinero enfermo y un cofrecito de dinero, que á duras penas pudimos salvar, porque el hielo que nos sostenia andaba errante y era impelido bajo otro pedazo de hielo, lo que nos esponia á rompernos piernas y brazos. Creyendo que habiamos perdido la barca, de la cual dependia nuestra vida, nos mirábamos aterrados unos á otros; pero Dios nuestro Señor se compadeció de nosotros, pues los carámbanos se separaron un poco y vimos el bote que pudimos agarrar y sacar y colocar sobre el hielo firme; en cuanto á la lancha, estaba en un paraje mas seguro.

Estas últimas desgracias nos dejaron sin fuerzas y abatidos, pues nos eran aun mas terribles que cuando estuvimos á pique de ahogarnos, al morir Guillermo Barentz. Aquel dia perdimos dos barriles

de pan, una caja de ropa blanca, un tonel donde estaban los mejores instrumentos de los marineros y el anillo astronómico, un fardo de escarlata, un tonelito de aceite, algunos quesos, y un barrilito de vino. Todo esto cayó al agua sin que pudiésemos salvar nada.

El 2, vino un oso hácia nosotros, pero huyó al oir ruido. Habiendo vuelto el buen tiempo, nos pusimos al momento á recomponer el bote. Mientras nos ocupábamos seis en esta labor, fueron otros seis á tierra á buscar un poco de leña y unas piedras para encender lumbre encima del hielo, á fin de calentar la pez con que debiamos calafatear el bote. Así que volvieron, derretimos la pez, y asamos las aves que habiamos muerto y las cominos.

El 3, por la mañana, se acercaron al agua dos compañeros y hallaron dos remos, el mango del timon, el fardo de escarlata, la caja de ropa blanca, y un sombrero que estaba en el tonel de ropa, lo que nos demostró que este tonel se habia roto. Los marineros recojieron todo esto y vinieron á decirnos que quedaban aun otros objetos que recobrar; el capitan fué entonces con cinco hombres y recojió varios efectos que depositó sobre el hielo firme, para cargarlos en las barcas cuando partiésemos. Por lo que toca al cofre y al fardo de paño, no era posible llevarlos consigo, por lo pesado que estaban con el agua que tenian embebida, de modo que les dejamos adonde estaban, hasta el momento de hacernos á la vela, para darles así tiempo de secarse. El sol estaba en el sur, y un oso enorme se dirijió hácia donde estábamos sin que lo viese el centinela; este hubiera, sin duda, sido sorprendido á no haber notado la fiera, un marinero que dió el grito de alarma. El centinela le hizo entonces fuego, y el oso se escapó.

El 4, tuvimos el tiempo mas hermoso que esperimentamos desde que nos hallábamos en la Nueva-Zembla. Aprovechámosle para lavar con agua dulce, obtenida con nieve derretida, el terciopelo que se habia mojado con agua del mar, y luego que estuvo seco, le volvimos á empaquetar.

El 5, continuó el buen tiempo. Aquel dia falleció Juan Francisco de Harlem, sobrino de Nicolas Andrieu; este, como ya he dicho, murió el mismo dia que Guillermo Barentz. El sol estaba casi al norte noroeste, y el hielo volvia á agitarse y á impelernos.

El 6, hubo un poco de niebla, pero se disipó por la tarde. El viento era sudeste, lo que nos animó algun tanto; sin embargo, permaneciamos aun detenidos por los hielos.

El 7, tuvimos un tiempo bastante bueno con una poca lluvia. Fuimos al agua libre, y matamos once aves que recojimos sobre un carámbano flotante y llevamos despues á tierra firme.

El 8, era el tiempo húmedo y nublado. Asamos las aves y nos las comimos. Por la tarde empezó á soplar viento nordeste que nos hizo concebir buena esperanza.

El 9, por la mañana, empezó á fluctuar el hielo y teniamos agua abierta por el lado de tierra. El hielo firme sobre el cual estábamos empezó á menearse tambien, de modo que el capitan y los marineros fueron á buscar el paquete de escarlata y el cofre que habian puesto á enjugar, para embarcarlos al momento. Despues arrastramos las barcas hasta el agua, recorriendo una distancia de 340 pasos, trabajo que nos fué muy arduo por lo estenuados que nos hallábamos. Hicímonos á la vela, pero tuvimos aun que ir al hielo firme, porque este no estaba separado todavía de la tierra, en el paraje en que nos hallábamos.

El 10, nos costó muchísimo trabajo pasar por el hielo, y despues de haberlo pasado, navegamos á remo hasta que nos hallamos entre dos carámbanos grandes como campos, los cuales se juntaron estrechamente, de modo que no pudimos ir mas adelante; nos vimos obligados á poner la lancha sobre el hielo y á descargar los fardos para llevarlos despues á brazo por encima de los carámbanos hasta el agua libre y colocarlos luego en el bote, á una distancia de 100 pasos. Nos hallábamos exhaustos de fuerzas, y á pesar de esto, cuando volvimos al agua libre, hicimos grandes esfuerzos para navegar á remo, pero á poco rato nos hallamos de nuevo entre dos campos de hielo; á Dios gracias que pudimos pasarlos antes que se juntasen. Apenas los pasamos cuando nos dió de cara un fuerte viento oeste, de modo que remamos lo mas aprisa que pudimos hácia la tierra y el hielo firme, adonde llegamos, por fin, con los mayores trabajos. Despues de haber descansado un rato, fuimos todos de parecer que navegásemos mas adelante á lo largo del hielo, hácia la isla que veiamos; no pudimos ejecutarlo á causa del gran viento contrario que reinaba, de modo que nos vimos obligados á colocar sobre el hielo las dos barcas con sus cargamentos y esperar el destino que Dios quisiese darnos. Nuestro desaliento y temores redoblaban,

porque veiamos que caiamos á cada paso, en medio de los hielos, y que no podriamos luchar mucho tiempo contra tantos trabajos y peligros.

El 11, por la mañana, estando parados sobre el hielo, vino por el agua un oso muy gordo, en derechura hácia nosotros. Esperámosle á pié firme con tres mosquetes, le tiramos á 30 pasos de distancia y le matamos en el acto; la grasa de su sebo salia por las heridas y sobrenadaba en el agua como el aceite.



1º de julio. — Se rompe el banco de hielo encima del cual se hallaban los holandeses.

Los marineros le echaron una soga al pescuezo y le sacaron del agua; cuando estuvo sobre el hielo le arrancamos los dientes; tenia ocho piés de largo. El viento era oeste y el tiempo húmedo y nublado; pero luego despues, estando el sol casi al sur, empezó á despejarse la atmósfera. Tres de los nuestros fueron entonces á la isla que estaba enfrente de nosotros, y al llegar allí vieron la isla de las Cruces al oeste. Despues de alguna deliberacion, fueron hasta allí, por el hielo firme, para ver si habian ido algunos rusos, pero no hallaron indicio alguno y solo encontraron setenta huevos de ánades montañeses; no sabiendo cómo llevarlos, uno de ellos se quitó la capa, los colocaron en ella, y atándola luego con una cuerda, atravesaron una pica, y dos marineros agarró cada uno un cabo; el tercero llevaba el mosquete. De este modo regresaron, al cabo de una ausencia de trece horas, que nos tuvo con mucho cuidado. Nos refirieron que habian tenido agua hasta las rodillas, al atravesar el hielo que media entre ambas islas, y que habian andado seis leguas de camino entre ida y vuelta; quedamos todos admirados de tanto atrevimiento, mucho mas hallándonos tan débiles. Los huevos nos fueron útiles y agradables, en nuestra miseria, que, cuando los comiamos, nos parecia estar en un banquete espléndido. Con este motivo repartimos entre nosotros el último vino que nos quedaba.

El 12, por la noche, fueron á tierra seis marineros para buscar piedrecitas [1] y hallaron algunas, aunque no de las mejores. Cuando regresaron, trajo cada uno una carga de leña.

[1] « El esquita arcilloso pasa, en el oeste, al estado de esquita micáceo; parece ser la formacion metalífera de la region, pues el hierro se encuentra comunmente bajo diversas formas minerales al rededor. El nombre de bahía de Plata viene de un esquita micáceo luciente, reducido á polvos finos por la accion de las nieves derretidas. » (*Anales de los viajes*, t. LXXX.)

El 13, por un hermoso tiempo, fuimos á tierra siete, para buscar mas piedrecitas, y hallamos algunas.

El 14, continuó el buen tiempo con viento austral y el hielo empezó á alejarse de la orilla, lo que reanimó nuestras esperanzas. Pero el viento cambió por el del oeste y los hielos se pararon. Como el sol estaba al sudoeste, tres de los nuestros volvieron á la isla y mataron un ánade, con el cual regresaron para partirlo con nosotros.

El 16, vino hácia nosotros un oso de tierra firme; al principio no le distinguimos, porque era tan blanco como la misma nieve, pero sus movimientos nos le anunciaron. Recibímosle á tiros, y el animal se alejó precipitadamente.

El 17, estando el sol al sudoeste, fueron cinco marineros á la isla mas cercana á ver si habia algun paso por el agua, pues la prolongacion de nuestra permanencia en aquellos hielos empezaba á afligirnos y acrecentaba nuestros temores. A medio camino, hallaron á un oso recostado detras de un carámbano, que echó á correr en cuanto los vió. Era el oso que recibimos á balazos el dia anterior. Uno de los marineros le persiguió con un garfio y le hirió en el cuerpo, pero el animal, al sentirse herido, se levantó sobre sus patas traseras y rompió el garfio de un bocado, al quererle dar el segundo golpe, de modo que el hombre cayó de espaldas. Los otros dos marineros le hicieron fuego y el oso se escapó de nuevo, pero el del garfio que se habia levantado ya, echó á correr tras de él y le volvió á herir en el cuerpo. Tres veces se puso el oso de pié y trató de abalanzarse sobre el hombre, pero sus dos compañeros le tiraron á boca de jarro y le dejaron muerto. Los marineros le arrancaron entonces los dientes.

El 18, subieron tres marineros al punto mas elevado de aquella tierra para ver si descubrian alguna abertura en el mar. Vieron, en efecto, mucha agua libre, pero tan lejos de tierra que perdieron toda esperanza de poder arrastrar las barcas hasta allí, por hallarnos faltos de fuerzas. Sin embargo, cuando regresaron á darnos parte de su descubrimiento, nos animamos algo y casi arrastrándonos nosotros mismos, fuimos arrastrando penosamente las barcas y los bultos hasta el agua, para llegar al hielo, á fuerza de remo, pues teniamos que pasar por él antes de llegar al agua libre. Cuando llegamos al hielo, descargamos las barcas y las resbalamos de nuevo hasta el agua libre, haciendo luego lo propio con los bultos. Creimos sucumbir en este trabajo, pero las dificultades vencidas nos alentaron algun tanto, y lisonjeándonos de que esta seria la última, llegamos con esta esperanza hasta el agua libre. Empezamos á navegar con vela hasta que el sol estando al oeste cuarto sur, caimos de nuevo entre unos hielos firmes, sobre los cuales tuvimos que colocar las barcas. Veiamos desde allí la isla de las Cruces, distante una legua de nosotros, segun nuestros cálculos.

El 19, estando aun sobre el hielo, fuimos siete á la isla de las Cruces [1], y desde allí vimos, hácia el oeste, una abertura en el agua, que nos puso muy contentos. Dímonos prisa á volver adonde estaban los compañeros para darles esta noticia, recojiendo antes unos cien huevos que nos llevamos. Referimos á los compañeros que habiamos visto tanta agua libre que se perdia de vista, y nos alentamos todos mutuamente con la idea de que acaso no hallariamos ya mas hielos que nos detuviesen. En efecto, así que cominos los huevos, pusimos manos á la obra para arrastrar la lancha y el bote hasta el agua libre; recorrimos así una distancia de 270 pasos, muy animosos porque creimos que seria la última vez. Llegamos, pues, al agua, y quiso Dios que nos hiciésemos á la vela y navegásemos con viento en popa este y este nordeste, de modo que dejamos atras la isla de las Cruces, distante 10 leguas del cabo Nassau. Poco tiempo despues, nos vimos ya enteramente libres de hielos, si bien divisábamos de cuando en cuando algunos á lo lejos; pero seguimos nuestro rumbo hácia el oeste cuarto al sur con un viento constante este y este nordeste, de modo que segun nuestras conjeturas anduvimos 18 leguas en veinte y cuatro horas. Nuestro valor iba renaciendo, y loamos á Dios por habernos salvado de tantos peligros, que nos pusieron á pique de perecer.

El 20 de julio, continuando felizmente nuestro rumbo, estando el sol casi al sudeste, pasamos el cabo Negro [2], distante 12 leguas de la isla de las Cruces, y navegando hácia el oeste sudoeste vimos por la

[1] Esta isla está situada al oeste de la parte septentrional de la Nueva Zembla, que Lutke visitó en 1822 y 1823, y á la cual se ha puesto el nombre de este almirante.

[2] En la parte occidental de la tierra de Lutke.

tarde la isla del Almirantazgo (¹), distante 8 leguas del cabo Negro, la que dejamos atras. Al pasar por delante de ella, vimos cerca de doscientos walrusos (²) sobre un enorme carámbano, y queriendo darles caza, navegamos cerca de ellos, pero por poco nos salió cara la fiesta, porque estos monstruos marinos, que son muy fuertes, nadaron vivamente hácia nosotros (como queriendo vengarse de la turbacion que les causábamos), rodearon las barcas con estrépito, en ademan de querer devorarnos. Escapamos de ellos, porque teniamos buen viento, pero hubiéramos hecho mejor en no despertar al leon dormido.



Del 18 al 21 de julio. — Travesía de la isla de las Cruces hasta el cabo Plancio.

El 21, pasamos por el cabo Plancio (³), distante nueve leguas de la isla del Almirantazgo, hácia el oeste sudoeste, y bogando con buen viento, pasamos Langenes (⁴).

El 22, siempre con viento favorable, nos acercamos del cabo Cant (⁵), donde desembarcamos, creyendo, pero en vano, hallar algunas aves ó huevos. Pasando adelante, vimos un escollo bien provisto de pájaros, al que nos acercamos y matamos á pedradas veinte y dos, que uno de nosotros fué á recojer y nos los trajo con quince huevos que halló en el escollo. Si nos hubiésemos detenido mas tiempo habriamos cojido mas de 200 aves, pero el capitan se habia adelantado y nos esperaba, para seguir nuestro rumbo y no desperdiciar el viento en popa. Continuando navegando á lo largo de la tierra, vimos un cabo donde, sin mas trabajo que sacarlos de sus nidos ó á pedradas, cojimos ciento veinte y cinco

(¹) Isla situada al oeste de la isla de Lutke, cerca de la cual naufragó, en 1676, el navegante Wood.

(²) La captura de un morso en el agua no deja de ser peligrosa. Estos animales se reunen en manadas, y cuando se acomete á uno de ellos, todos los demas acuden á su socorro. Cuando sucede esto, se juntan todos al rededor del buque agresor, y rompen los bordes con los dientes por mas resistencia que se les oponga.

(³) En el estremo sudoeste de la tierra de Lutke.

(⁴) El cabo Langenes, hoy dia *cabo Seco*, al oeste de la tierra que visitó Matthew en 1584, y á la cual dió su nombre.

(⁵) El cabo Cant, hoy dia *cabo Norte del Ganso*, está situado en la Nueva Zembla propiamente dicha, al oeste de la tierra que visitó Willoughby en 1553.

aves; es probable que estos volátiles no habian visto aun á ningun hombre y jamas fueron molestados por nadie, pues en caso contrario hubieran huido. Así es que solo temian á los zorros y á otros animales salvages, que no podian trepar á la cima de las rocas, por cuya razon hicieron sus nidos en aquellas alturas, donde se creian con toda seguridad; en efecto, podian creerse seguros, porque poco faltó para que no nos rompiésemos brazos y piernas en aquellos escollos, sobre todo al bajar. Ninguno de aquellos pájaros tenia mas de un huevo enel nido, y es cosa maravillosa que pudiesen empollar y criar á sus hijuelos con los frios de aquellas regiones. Es de creer que si solo ponen un huevo, es para concentrar en él todo el calor natural de la madre y no repartirlo entre muchos. Hallamos tambien otros huevos, pero estaban corrompidos. Al alejarnos de este punto, el viento nos fué enteramente contrario, pues era nordeste; así es que volvimos á ver hielos, pero nos dimos prisa á pasarlos, y habiendo percibido una gran abertura de agua hácia tierra, nos dirijimos á ella. El capitan, que se hallaba mas adelante con su barca, viéndonos otra vez entre hielos, temió por nosotros, pero cuando notó que navegábamos con vela, pensó que nos dirijiamos á una abertura, como era verdad; varió pues de rumbo y nos siguió, llegando á tierra dos horas despues que nosotros; encontramos allí un buen puerto al abrigo de todos los vientos. Saltamos á tierra, donde hallamos algunos huevos y leña, y asamos las aves que llevábamos.

El 23, el tiempo era oscuro y nebuloso, de modo que no pudimos salir del puerto. Varios de los nuestros volvieron á tierra en busca de aves, huevos y piedrecillas, pero solo hallaron unas pocas piedras preciosas.

El 24, hizo buen tiempo, pero con viento norte, de modo que no pudimos hacernos á la vela.

El 25, estaba nublado, siempre con viento norte, lo que nos detuvo aun en aquel paraje.

El 26, sin cambiar el viento, volvió á hacer buen tiempo; y como el sol se hallaba casi al sur, nos hicimos á la vela. El golfo era muy grande, de modo que tuvimos que andar unas cuatro leguas en el mar antes de virar la punta; luego que la pasamos, recojimos la vela y navegamos remando á lo largo de la tierra.

El 27, era el tiempo hermoso y sereno, de modo que navegamos todo el dia costeando por entre el hielo quebrado. El viento era noroeste. Por la tarde, hallándose el sol casi al oeste, llegamos á un paraje donde habia un fuerte flujo marítimo, de modo que creiamos estar cerca de Kostinshar ([1]), por haber visto tambien un gran golfo, que segun conjeturamos, iba mas allá del mar de Tartaria. Nuestro rumbo era siempre hácia sudoeste. Estando el sol casi al norte, viramos el cabo de las Cruces ([2]) y navegamos entre una isla y la tierra firme, dirijiéndonos despues hácia el sur sudeste con viento noroeste en popa. El capitan iba delante de nosotros con la lancha, y nos esperó en cuanto pasó el cabo de las Cruces. Llegados allí, nos detuvimos algun tiempo junto á un escollo, esperando que podriamos cojer algunos pájaros, pero fué en vano. Volvimos á seguir nuestro rumbo y navegamos 20 leguas, desde el cabo de Cant al de las Cruces, pasando por Costinsarch.

El 28, estando despejado el tiempo, fuimos á lo largo de la tierra, enfrente del golfo de San Lorenzo ([3]), hácia el cabo de la Trinchera, andando seis leguas hácia el sur sudeste. Luego que le hubimos virado, descubrimos dos barcas rusas; pero en vez de regocijarnos por haber llegado á un paraje donde podiamos hallar personas, concebimos cierto temor al ver tanta gente reunida; habia unos treinta poco mas ó menos, é ignorábamos qué clase de gente eran, si salvages ó civilizados. Fuimos sin embargo á tierra, y al vernos los rusos dejaron su labor y se dirijieron hácia nosotros, pero sin armas. Por nuestra parte, procuramos presentarnos en mayor número posible, siendo así de que muchos de nosotros se hallaban atacados de la enfermedad llamada escorbuto. Al acercarnos unos á otros, nos hicimos una mutua cortesía, cada cual á su modo, y nos miramos con suma estrañeza, quedando luego admirados al reconocernos recíprocamente por habernos visto el año anterior, cuando vinieron á nuestro buque al pasar el Waigatz. Notamos que se compadecian de nosotros y nos miraban con estrañeza,

([1]) Estrecho comprendido entre la tierra de Willoughoy y la isla Mezdusharsky.
([2]) En la parte noroeste de la isla Mezdusharsky.
([3]) La bahía de San Lorenzo está comprendida entre la Nueva Zembla y el mediodia de la isla Mezdusharsky.

sin duda porque antes nos vieron en una escelente nave, felices y contentos, y ahora nos hallaban pálidos, flacos, desfigurados y en dos barcas descubiertas. Dos de ellos nos dieron amistosamente una palmadita en el hombro, al capitan y á mí, en señal de antiguo conocimiento, y nos preguntaron adonde estaba nuestro *crabble,* queriendo dar á entender nuestro buque. No teniendo intérprete, procuramos hacerles comprender, lo mejor que pudimos, que le habiamos dejado entre los hielos; á lo cual añadieron : *¿ Crabble pro pal ?* palabras que, segun nosotros, significaban : « ¿ Habeis perdido la nave ? »



28 de julio. — Los holandeses encuentran dos barcos rusos.

Respondímosles nosotros : *Crabble pro pal ;* « Sí, hemos perdido la nave. » No pudimos continuar hablando, porque no podiamos comprendernos, pero todo indicaba en ellos que nos tenian lástima por vernos en aquel miserable estado, tan diferente del próspero en que nos vieron la primera vez ; y acordándose que habian bebido vino en nuestro antiguo buque, nos preguntaban, por signos, qué bebida teniamos en la actualidad. Uno de los marineros corrió á la barca, sacó agua y se la dió á probar, á lo cual dijeron : *No dobbre,* que quiere decir : « No es bueno. » Nuestro capitan se aproximó mas, y enseñándoles el interior de la boca les manifestó que teniamos la enfermedad llamada escorbuto, preguntándoles por señas si conocian algun remedio. Creyeron ellos que les deciamos que teniamos hambre, y uno de ellos fué á sus embarcaciones y nos trajo un pan de cebada de 8 libras de peso y algunas aves ahumadas, que aceptamos, dándoles en cambio media docena de galletas. Nuestro capitan condujo á su lancha á dos de los principales de entre ellos y les convidó á beber la última racion de vino que le quedaba ; mientras les esperábamos, contraimos todos grande familiaridad. Fuimos adonde estaban acampados é hicimos unas sopas con galleta y agua á fin de tomar algo caliente. Estábamos muy contentos en compañía de aquellos rusos, porque hacia trece meses, desde que nos separamos de Juan Ryp, que no habiamos visto mas que osos voraces y crueles. Con la sociedad de aquellos hombres, recobramos nuestro valor, y nos deciamos unos á otros : « Ahora todo irá bien, pues nos volvemos á hallar entre gentes. » Dimos fervientes gracias á Dios por habernos conservado la vida.

El 29, por la mañana, con tiempo bastante bueno, empezaron los rusos á aparejar para hacerse á la vela, embarcando antes algunos toneles de aceite de pescado, cubiertos con esparto marino y arena. Les vimos dirijir el rumbo hácia Waigatz ([1]), sin que supiésemos adonde querian ir. Tambien nosotros nos hicimos á la vela y les seguimos, pero sobrevino la niebla por la tarde y les perdimos de vista, ignorando si se habian quedado en algun golfo ó si navegaban siempre adelante. Seguimos nuestro rumbo, y pasamos entre dos islas, hasta que nos volvimos á ver envueltos por los hielos; no viendo abertura alguna al rededor de nosotros, regresamos con mucho trabajo á las dos islas por en medio de las cuales habiamos pasado.

El 30, continuó el noroeste con lluvia y tempestad, de modo que nos mojábamos bajo la tienda que habiamos hecho en la barca con la vela, lo que nos fué tanto mas duro cuanto que hacia mucho tiempo que no habiamos sufrido lluvias.

El 31, por la mañana, navegamos remando desde esta isla hasta otra donde habia dos cruces, lo que nos hacia creer que hallariamos gente allí, pero no vimos á nadie. El viento era todavía noroeste, de modo que el hielo continuaba entrando en el Waigatz. Afortunadamente descubrimos en aquella tierra la yerba *británica* ([2]), como si el Señor nos la hubiese enviado, pues teniamos muchos enfermos de la enfermedad llamada escorbuto, que curaron con ella tan rápidamente, que nos quedamos maravillados. Como habiamos oido ponderarla mucho en nuestro país, comiamos sus hojas á todo pasto y hallamos que sus virtudes eran superiores á su celebridad.

El 1° de agosto, soplaba recio el noroeste y los hielos persistian; pero el mar estaba agitado, de modo que tuvimos que llevar las barcas al otro lado de la isla para preservarlas del ímpetu de las olas. Volvimos á tierra á cojer la yerba británica, á la que debiamos tantos beneficios, y cuyas virtudes esperimentamos de nuevo, pues varios enfermos pudieron comer galleta, cosa que antes les era enteramente imposible.

El 2, era el tiempo oscuro y con niebla, persistiendo el fuerte noroeste. Nuestros víveres escaseaban, en términos que solo nos quedaba un poco de pan y agua, y á algunos un pedacito de queso. El miedo del hambre avivaba nuestros deseos de partir; el trabajo era el mismo y nuestros miembros se enflaquecian y debilitaban mas y mas.

El 3, se mejoró algo el tiempo y resolvimos abandonar la Nueva Zembla y dirijirnos en derechura á Rusia. Hicímonos pues á la vela, con la ayuda de Dios, dirijiendo nuestro rumbo hácia el sur sudeste. Volvimos á tropezar con hielos, lo que nos inspiró serios temores, mayormente cuando creimos que ya no los volveriamos á ver. Procuramos apartarlos con los remos y los garfios, y á duras penas y con arduo trabajo, en medio de nuestra debilidad, logramos salir de ellos y entrar en un mar espacioso, libre de hielos, donde tendimos la vela y navegamos veinte leguas. Creiamos llegar pronto á las costas de Rusia, pero nuevos hielos nos detuvieron aun con un tiempo muy frio, cosas capaces de abatir el ánimo mas fuerte. Viendo que no podiamos, con nuestras embarcaciones, ni pasar adelante ni virar á lo largo del hielo, nos metimos por una abertura que se nos presentó sin saber cómo saldriamos del paso; pero las dificultades fueron mucho menores de lo que nos figurámos y, si bien con algun trabajo, llegamos al agua libre. La barca donde iba el capitan, llevando mejores velas que la nuestra, llegó antes que nosotros á un banco de hielo, pero con la ayuda de Dios tambien nosotros pasamos los hielos y nos reunimos con él.

El 4, navegamos juntos con un viento noroeste casi siempre hácia el sur, y á eso de mediodia vimos con suma alegría las costas de Rusia enfrente de nosotros. Acercámonos á ellas y recojimos las velas, navegando á remo con direccion á tierra; vimos que esta era muy baja y que las olas entraban muy

([1]) El estrecho de Waigatz, entre la isla de este nombre y el estremo meridional de la Nueva Zembla.

([2]) «El *Cochlearia* ó *Coclearia*, cuyas hojas, casi cóncavas, se parecen á la cuchara. Tanto las hojas como la simiente, son los anti-escorbúticos mas poderosos que se conocen.» (Campe, *Viaje á Spitzberg.*)

«La Nueva Zembla no tiene vejetacion continua, ni aun de la especie mas ínfima. Hay, sin embargo, algunos puntos dotados de una gran variedad de flores, es decir, al sudoeste, en parajes protejidos por un abrigo contra el lado opuesto. Se han recojido en esta isla hasta noventa especies de plantas fanerógamas, y cerca de la mitad de criptógamas.» (Relacion de M. Baer á la Academia de San Petersburgo, en el tom. LXXX de los *Anales de los viajes.*)

adentro en la orilla. Nos mantuvimos á la capa hasta que el sol estuvo en sudoeste, y viendo que no obteniamos ninguna ventaja, al cabo de 30 leguas que habiamos andado desde el cabo de la Nueva Zembla, navegamos hácia adelante á lo largo de la costa de Rusia, con bastante provecho. Habiendo percibido una barquilla rusa (1), bogamos hácia ella para hablar á los que la tripulaban; pero estos salieron á nuestro encuentro, y al hallarse á distancia les gritamos: *Kanin,* para preguntarles si estábamos cerca del cabo de este nombre. Ellos nos respondieron : *Petchora* (2), para darnos á entender que nos hallábamos cerca. Navegamos pues á lo largo de la costa, con poco fondo, creyendo que navegábamosá oeste cuarto norte para doblar el cabo Kanin; pero el compas, que estaba en un borde forrado de hierro, nos estravió, de modo que la diferencia que resultó fué de dos rumbos, hallándonos por consiguiente mas al sur y al este de lo que creiamos. En efecto, mientras nos figurábamos estar cerca de Kanin, estábamos á tres jornadas lejos, como lo verificamos despues. Viéndonos estraviados de este modo, resolvimos aguardar el dia en el paraje donde nos hallábamos.

El 5, estando aun parados, uno de los nuestros fué á tierra y vió alguna verdura y arbolado. Gritónos para que desembarcásemos, diciendo que llevásemos los arcabuces, pues habia animales silvestres que cazar, de lo cual nos alegramos mucho, porque no nos quedaban mas provisiones que un poco de pan enmohecido, y muchos de los nuestros amenazaban con abandonar las barcas é internarse en tierra para no perecer de hambre.

El 6, nos esforzamos en remar mas hácia adelante para salir del golfo (3); el viento era este sudeste. Despues de haber remado unas tres leguas, tuvimos que parar, porque el viento nos era enteramente contrario, nuestras fuerzas agotadas, y la tierra se estendia mas hácia el norte de lo que habiamos creido. Nos veiamos mutuamente aterrados, porque careciamos de víveres é ignorábamos cuanto tiempo debiamos navegar aun antes de hallar algun socorro.

El 7, se calmó algo el viento, y aunque contrario todavía, nos alentamos mutuamente para salir, á remo, del golfo. Vanos esfuerzos, pues tuvimos que desistir del empeño, despues de haber luchado tres millas. Hambrientos y enfermos, nos veiamos en un estado próximo á la desesperacion.

El 8, continuaron los vientos contrarios, y nuestras barcas se separaron á bastante distancia una de otra, segun el paraje que fué mas cómodo á cada cual. La miseria era aun mayor en nuestro bote; habia algunos tan hambrientos, que no pudiendo soportar la necesidad, llamaban la muerte á gritos (4).

El 9, continuó el mal tiempo siempre con viento contrario, de modo que no podiamos salir de aquel atolladero, y lo que es peor, de aquella miseria. Dos hombres de la barca del capitan y dos de nuestro bote, fueron á tierra donde se internaron cosa de una legua y hallaron una baliza, junto á la cual salia un arroyo de agua ; los marineros creyeron que era una corriente de agua por la cual vinieron los rusos entre el cabo Kanin y la tierra firme de Rusia. Cuando regresaron hallaron un perro de mar, muerto, ya podrido, y lo trajeron á nuestra barca, creyendo haber hecho un buen hallazgo para apaciguar el hambre que nos devoraba. Nos opusimos á que lo comiesen, representándoles que aquella carne corrompida era lo mismo que un veneno activo, y les exhortamos á que tuviesen confianza en Dios, que nos habia salvado de tantos riesgos y que no nos abandonaria en aquel terrible trance.

El 11, por la mañana, el tiempo era bueno y apacible, y el capitan nos mandó prepararnos para navegar. Acercámonos á su lancha, y hallándome yo muy débil é incapaz de remar, me encargaron del timon del bote, sustituyéndome con otro mas robusto que yo. Navegamos despues á remo hasta que el sol estuvo en el sur. Sopló entonces un buen viento sur, y abandonando los remos, desplegamos las velas y anduvimos viento en popa. Pero por la tarde arreció el viento de tal modo, que nos vimos obligados á plegar las velas y á remar hácia tierra, donde desembarcamos para ver si habia agua fresca, que no en-

(1) Bote lijero que anda á remo y con vela.
(2) Rio del norte de Rusia que desagua en el océano Artico.
(3) El golfo que se halla en la embocadura del Petchora.
(4) A lo menos aquellos buenos hombres no concibieron, ni por asomo, la idea de comerse unos á otros. La necesidad no escusa los crímenes de asesinato y antropofágia, pues mas vale morirse de hambre, que matar y comer á una criatura humana.

contramos. Y no pudiendo ir mas adelante, armamos las tiendas para ponernos á cubierto. Sobrevino entonces una lluvia copiosa que arreció á media noche, con truenos y relámpagos. Nuestros marineros, abatidos en estremo, no esperaban ya socorro al rigor de nuestras miserias.

El 12, estando el tiempo claro y sereno, tuvimos el consuelo de ver una embarcacion rusa dirijirse hácia donde estábamos, con velas desplegadas. Al verla, solicitamos del capitan permiso para salir á su encuentro con las barcas, á fin de hablar á la tripulacion y obtener algunos víveres. Cuando estuvimos juntos, subió á bordo del buque ruso nuestro capitan, y preguntó por señas cuánto distábamos del cabo Kanin; pero no pudimos entendernos porque no hablábamos el mismo idioma. Levantaron los cinco dedos, y creimos que querian darnos á entender con esto que en el cabo habia cinco cruces. Nos demostraron, en el compas, que se hallaba al noroeste de nosotros, y el nuestro indicaba lo mismo segun nuestros cálculos. En la imposibilidad de obtener de ellos dato alguno, el capitan bajó á su barca, y enseñándoles un tonel de pescado, les preguntó por señas si querian venderle del mismo mediante una moneda que les enseñó. Le comprendieron perfectamente y nos dieron ciento y dos pescados y algunos panecillos. Separámonos de ellos hallándose el sol casi al sur, muy contentos por tener algunos víveres, pues hacia ya mucho tiempo que no comiamos mas que cuatro onzas de pan por dia y no bebiamos mas que agua. Repartimos estos víveres entre todos, sin distincion alguna, y seguimos nuestro rumbo hácia el oeste sudoeste. Volvimos á tener otra tempestad, pero de corta duracion, pues el buen tiempo se restableció enseguida.

El 13, tuvimos que saltar en tierra por sernos el tiempo contrario. Dos de los nuestros se internaron para ver la situacion del país y si el cabo Kanin se descubria en el mar, creyendo que no estaria muy lejano. Al volver nos dijeron que habian hallado una casa, pero enteramente deshabitada; añadieron que, á su parecer, el cabo que habiamos visto no podia ser mas que el de Kanin. Recobramos todos aliento al oir esto, y embarcándonos de nuevo, remamos á lo largo de la costa. La esperanza acrecentó nuestras fuerzas, de las que dependian nuestra salvacion y nuestra vida. Navegando de este modo á lo largo de la tierra, vimos una barquilla rota y pasamos adelante. A poco rato divisamos una casita á la cual fueron algunos marineros, pero no hallaron á nadie y solo vieron un horno. Al volver á las barcas trajeron algunas hojas de la yerba británica que cojieron en su camino. Mientras navegábamos de este modo, cerca del cabo, nos vino un buen viento de este con cuyo ausilio desplegamos las velas y navegamos con viento en popa. Despues de mediodia, notamos que la punta que habiamos visto declinaba hácia el sur, lo que nos hizo creer que era realmente el cabo Kanin, donde teniamos intencion de ir por la embocadura del mar Blanco. A eso de media noche sobrevino una tempestad que nos hizo cargar la vela. Pero nuestros compañeros, que bogaban mas aprisa que nosotros é ignoraban que habiamos reducido nuestro velámen, navegaron siempre adelante, de modo que nos perdimos de vista con la oscuridad de la noche.

El 14 de agosto, por la mañana, el tiempo era bastante bueno y navegamos con viento sudoeste. Como la atmósfera estaba despejada, pudimos divisar la otra barca y nos dimos prisa para juntarnos con ella, pero no pudimos lograrlo porque empezó á caer la niebla y volvimos á perderla de vista. Entonces nos dijimos: « Sigamos nuestro rumbo, y nos juntaremos con ellos en la parte septentrional del mar Blanco. »

El 15, volvimos á ver tierra y creimos estar en la costa occidental del mar Blanco, despues de haber pasado el cabo Kanin. Fuimos á tierra y vimos ancladas seis embarcaciones rusas; habiéndonos acercado á ellas, preguntamos á qué distancia nos hallábamos de Kilduin; pero como no podian comprendernos bien, nos dieron á entender por señas que estábamos aun lejos de allí y que nos hallábamos en la costa oriental de Kanin. Abrieron la palma de la mano para demostrar que era necesario pasar primero el mar Blanco, que nuestras barcas eran demasiado frágiles para efectuarlo, que correriamos gran riesgo en ello y que el cabo Kanin estaba aun al noroeste de nosotros. Les pedimos pan y nos dieron uno que comimos sin dejar de remar. No podiamos creer que estábamos en el paraje que decian, porque nos parecia que habiamos pasado ya el mar Blanco, y al separarnos de ellos, navegamos á remo todo lo largo de la costa y vimos otra embarcacion rusa, mucho mayor que las anteriores, que juzgamos que venia del mar Blanco.

El 16, por la mañana, navegando aun al nordeste, notamos que nos hallábamos en medio de un golfo [1]. Dirijímonos entonces hácia la embarcacion rusa, que estaba á nuestra derecha, y nos aproximamos á ella con mucho trabajo; el sol se hallaba al sudeste y reinaba un fuerte viento. Preguntamos si nos hallábamos aun lejos de la Nueva Zembla, de Kola ó de Kilduin. Volvieron la cabeza y nos dieron á entender que aquella region era *Zembla de Candinas* [2], lo que no queriamos creer. Pedímosles algunos víveres, y nos dieron cierta cantidad de pajaritos, que el capitan les pagó con una mo-



16 de agosto. — Encuentro de una embarcacion rusa que abastece de víveres á los holandeses.

neda. Luego nos alejamos y navegamos para salir de la embocadura que se estendia en el mar, ante la cual se hallaba anclada dicha embarcacion. Pero viendo los de su tripulacion que tomábamos un camino contrario y que la marea habia pasado, nos enviaron dos hombres en un bote, con un gran pan para regalo y con encargo de decirnos que volviésemos á su nave, pues querian informarnos mas estensamente del rumbo que queriamos seguir. Para recompensar de su celo á aquellos dos hombres les dimos una moneda y una pieza de lienzo, pero ellos permanecieron á nuestro lado. Los de la embarcacion nos enseñaban un pedazo de tocino y un tonel de manteca para atraernos. Fuimos, pues, á su bordo y nos manifestaron que nos hallábamos aun en la parte oriental del mar Blanco y del cabo Kanin, demostrándolo en el mapa con toda precision. Al oir esto, concebimos cierto temor, considerando el largo camino que teniamos que hacer aun para pasar el mar Blanco, y este temor era mayor cuando pensábamos en nuestros compañeros de la otra barca; era, en efecto, muy sensible, para nosotros, el ver que despues de haber navegado 22 leguas no nos hallábamos mas adelantados y teniamos aun que pasar la embocadura del mar Blanco con tan pocas provisiones. Así pues, compramos al capitan ruso tres sacos de harina, dos tiras y media de tocino, un bote de manteca de vaca y un tonelito de miel, para nos-

(1) La bahía de Tcheskaya, al este del mar Blanco.

(2) Zembla de Kanin. Zembla, ó mejor dicho *zemlia*, es una palabra rusa que significa tierra.

otros y nuestros compañeros cuando los hallásemos. En cuanto pasó la marea, emprendimos nuestro rumbo hácia norte noroeste, donde vimos un cabo que se adelantaba en el mar, que creimos ser el de Kanin; sin embargo, pasamos adelante y la tierra declinaba hácia el noroeste. Por la tarde, viendo que no adelantábamos mucho con el remo y que la marea habia casi pasado, echamos el áncora é hicimos unas gachas con agua, harina, tocino y miel, que nos supieron muy bien y nos recordaron las fiestas de Navidad ó de Carnaval. La suerte de nuestros compañeros perdidos nos inspiraba serios cuidados.

El 17, al amanecer, vimos á un buque ruso que venia del mar Blanco. Bogamos hácia él para adquirir algun dato sobre nuestro camino; pero así que llegamos junto á él, nos dieron un pan sin haberles pedido nada. Nos dijeron, por señas, que habian hablado con nuestros compañeros, que eran siete; y de miedo que no les entendiésemos ó que no les creyésemos, levantaban siete dedos y señalaban nuestro bote, indicando así que dichos compañeros iban tambien en una barca descubierta. Añadieron que les habian vendido pan, carne, pescado y otras cosas. Estando hablando con ellos, vimos una brujulita que reconocimos por haber pertenecido á nuestros compañeros, y los rusos nos dijeron, siempre por señas, que, en efecto, la habian recibido de los primeros. Preguntámosles cuando y donde habian visto á los nuestros, y nos dieron á entender que fué el dia anterior. En una palabra, nos hicieron muchas demostraciones de amistad, y les dimos, por ello, las mas espresivas gracias, con tanta mas sinceridad, cuanto nos fueron sumamente satisfactorias las noticias que nos dieron de nuestros compañeros; lo que mas nos alegró, despues de saber que existian, fué que tuviesen víveres, pues la escasa provision que poseian de estos, nos atormentaba infinito. Y á fin de partir con ellos los que acabábamos de comprar, redoblamos de esfuerzos para juntarnos con ellos, temiendo que no tuviesen aun suficientes. Navegando de este modo, con gran trabajo, á lo largo de la tierra, hallamos, á eso de media noche, un arroyo de agua dulce. Saltamos á tierra para tomar agua fresca y cojimos, al mismo tiempo, hojas de británica; pero en vez de continuar navegando como pensábamos hacerlo, tuvimos que permanecer anclados por haber pasado la marea. Miramos, aunque en vano, por todos lados, para ver si descubriamos el cabo Kanin y sus cinco cruces.

El 18, por la mañana, á fin de ganar tiempo, levantamos la piedra que nos servia de áncora y navegamos remando. Vimos entonces un cabo bastante estenso, con unas cruces que al principio percibimos confusamente, pero que distinguimos luego perfectamente. Notamos igualmente que la tierra declinaba hácia el oeste y sudoeste, de modo que con estos indicios, vimos claramente que era el cabo Kanin, en la entrada del mar Blanco, por tanto tiempo deseado. Este cabo se distingue por las cinco cruces que tiene, y se ve perfectamente como declina par ambos lados, uno hácia el este y otro hácia el sudoeste. Fuimos de parecer de pasar el mar Blanco por su costa occidental; al hallarnos en la costa de Noruega, se nos volcó uno de los barriles de agua, pero á pesar de tener que andar cuarenta leguas antes de poder encontrar agua dulce, no quisimos desperdiciar el viento nordeste y seguimos nuestro rumbo adelante, toda la noche, con viento en popa. A la mañana siguiente, vimos la tierra del lado occidental del mar Blanco, que el rumor de las olas, estrellándose en la orilla, nos indicó de antemano.

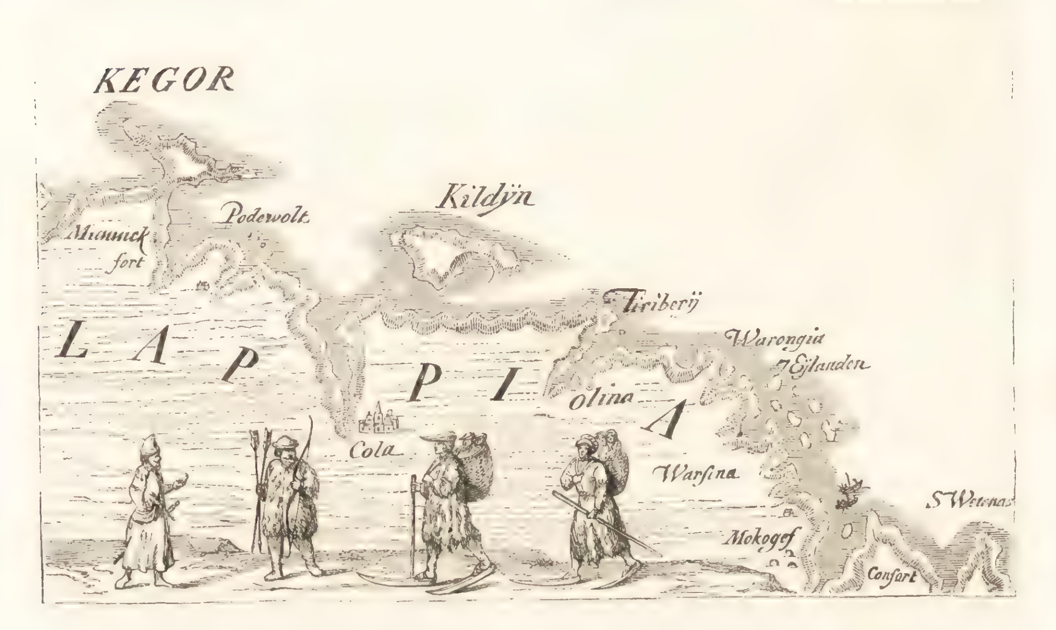
Como era otra tierra, con escollos, diferente de la costa oriental, que es baja y arenosa, nos cercioramos que estábamos en la costa occidental del mar Blanco, por la parte de Laponia. Dimos gracias á Dios por haberse dignado permitirnos que en el espacio de treinta horas, pasásemos cuarenta leguas mas allá del mar Blanco.

El 20 de agosto, hallándonos delante de la tierra, nos abandonó el nordeste y empezó á soplar el noroeste. Viendo que no podiamos adelantar nada navegando, nos pareció conveniente retirarnos detras de unas rocas [1]; pero al aproximarnos á tierra vimos algunas cruces y otras señales que indicaban que allí habia una buena rada, y entramos en ella. Adelantando un poco, vimos una *lodia* [2] rusa, hácia la

[1] Los holandeses estaban entonces en la costa septentrional de la Laponia, algo al oeste del cabo Sviatoi, á corta distancia del sitio donde pereció Hugh Willoughby en 1554.

[2] «Las *lodias* son unas embarcaciones cortas con tres mástiles, y muchas de ellas son tan viejas que no se las creeria capaces de resistir á un temporal. Las mas pequeñas no están clavadas, pero los tablones están sujetos con cáñamo.» (X. Marmier, *Viajes á Escandinavia.*)

cual nos dirijimos, y varias casas habitadas. Cuando llegamos á la lodia, amarramos á ella nuestra barca y la cubrimos con una tienda hecha con la vela, porque la lluvia empezaba á caer; luego saltamos á tierra y nos dirijimos á las habitaciones, donde fuimos recibidos y tratados cordialmente. Sus habitantes nos llevaron junto á la estufa, donde enjugamos nuestra ropa mojada, y luego cocieron una buena cantidad de pescado, convidándonos á comer, con la mayor franqueza. En aquellas casitas habia trece hombres, cuya vida era muy sóbria y las mas de las veces no comian mas que pescado. Cada mañana



Del 20 al 23 de agosto. — Costa occidental del mar Blanco, donde los holandeses fueron amistosamente recibidos por trece rusos.

iban á pescar con sus barcas, y dos de ellos ejercian una especie de autoridad. Por la tarde, viendo que nos disponiamos á embarcarnos, nos convidaron, al capitan y á mí, á que nos quedásemos, con ellos, en su cabaña. Yo accepté, por aquella noche, pero el capitan les dió las gracias y se fué á dormir á bordo. Ademas de los trece rusos, habia, tambien, allí dos lapones y tres mujeres con un niño, que vivian miserablemente, de lo que les daban los rusos, como un pedazo y algunas cabezas de pescado, que aquella pobre gente recibian con agradecimiento. Aunque nosotros tambien éramos bastante pobres, en aquella ocasion, no pudimos menos de compadecernos del estado miserable de aquellos lapones, y sin embargo, aquella vida parecia serles familiar (¹). Tuvimos que permanecer allí, porque el viento noroeste nos era contrario.

El 21 de agosto, llovió todo el dia, sobre todo por la mañana. Nuestro capitan compró pescado fresco que guisamos á nuestro modo y comimos hasta quedar enteramente satisfechos, cosa que no nos habia sucedido mucho tiempo hacia; en vez de pan, hicimos una pasta con agua y harina. Despues de mediodia

(¹) M. Marmier describe de este modo una tienda de lapones modernos:

« De regreso á la costa de Hualoë-Finmark, descubrimos una tienda de lapones. Habian dejado sus rengíferos en una isla vecina, bajo la custodia de un guardian, y habian ido allí para pescar. Su tienda se componia de cinco ó seis tiras de *radmel*, viejas y ennegrecidas, puestas en cuatro estacas con una abertura arriba para el humo. Junto á la lumbre estaba una mujer vieja acurrucada y moliendo sal en una tabla. Los hombres se hallaban fuera con sus vestidos de pellejo de rengífero, inmóviles y apáticos. Habian puesto á secar pescado en unos palos, cerca de ellos, y el suelo estaba cubierto con los despojos de la pesca. »

disminuyó algo la lluvia, y nos internamos un poco en el país, para buscar hojas de británica. Vimos dos hombres en una montaña, de modo que nos dijimos unos á otros: « En estos alrededores debe haber mas gente de la que hemos visto. » Aquellos dos hombres se dirijian hácia nosotros, pero regresamos á nuestra barca sin aguardarles. Eran nuestros compañeros de viaje de la lancha, que habiendo descubierto tambien la lodia rusa, bajaban de la montaña para comprar algunos víveres á los que la tripulaban; pero como habian llegado de improviso y sin dinero, se pusieron dos ó tres vestidos uno encima de otro, resueltos á dar uno en cambio de algunas provisiones. Pero, al bajar de la montaña y al aproximarse, vieron nuestra barca amarrada á la lodia. En cuanto se acercaron algo mas, nos reconocimos con la mayor alegría, y nos contamos mutuamente nuestras aventuras. Dijímosles que habiamos pasado mucha miseria y peligros, y ellos nos respondieron que habian padecido aun mas que nosotros. Loamos á Dios por habernos conservado la vida y permitido que nos volviésemos á reunir; despues comimos un bocado, bebimos agua, y decidimos que vendrian con nosotros y partiriamos juntos.

El 22, llegaron los demas compañeros con la lancha, lo que acabó de colmarnos de satisfaccion. El cocinero ruso consintió, mediante una remuneracion, en cocernos pan con un saco de harina que le dimos; luego, cuando volvieron los pescadores de la pesca, les compró nuestro capitan cuatro merluzas que guisamos y comimos juntos. Mientras estábamos comiendo, vino á visitarnos el capitan de los rusos, y al ver que teniamos poco pan, fué él mismo á buscar uno y nos lo dió. Convidámosle á comer, pero no quiso aceptar porque era, para ellos, dia de ayuno, y nuestros pescados estaban guisados con manteca; ni siquiera quiso beber un trago con nosotros, porque nuestros vasos estaban untados con un poco de grasa; tal era la rígida observancia con que observan su religion y los ayunos. Llegaron hasta rehusar el prestarnos un vaso de los suyos, de miedo que le tocásemos con manos ó labios grasientos.

El 23, puso el cocinero ruso manos á la obra para cocernos el pan, amasado con la harina que le dimos. Así que estuvo hecho, nos dispusimos á continuar nuestro rumbo por haber cambiado el tiempo. Nuestro capitan dió al gefe de los rusos una moneda, en recompensa de sus favores, y pagamos tambien al cocinero, quedando ambos muy agradecidos. El gefe de los rusos pidió al capitan un poco de pólvora y este se la dió, recibiendo, por ello, muchas y repetidas gracias. Antes de partir, dimos á los de la lancha un saco de harina, por si volviamos á perdernos, y á eso de anochecer, con el alta marea, empezamos á navegar á lo largo de la costa.

El 24, llegamos cerca de las Siete Islas (1), donde hallamos muchos pescadores á quienes preguntamos donde estaban Kola y Kilduin; enseñáronnos el oeste, que era precisamente adonde teniamos intencion de ir. Dichos pescadores nos hicieron muchas demostraciones de amistad y nos dieron una merluza. Siendo muy rápido nuestro rumbo, no tuvimos tiempo para recompensarles y sí solo para darles las gracias. Navegamos siempre con viento en popa á lo largo de la costa, y despues de haber pasado dichas islas, nos hallamos en medio de muchas barcas de pescadores; varias de ellas se acercaron á nosotros, remando, y los que las tripulaban nos preguntaron adonde estaba nuestro *crabble*, esto es, nuestro buque. Respondímosles con las pocas palabras rusas que sabiamos: *Crabbe pro pal ;* « Le hemos abandonado. » Al oir esto nos gritaron: *A Kola, Brabanse crabble*, palabras que, segun creimos, significaban que en Kola habia buques de los Paises Bajos; hicimos, sin embargo, poco caso de esto, porque nuestra intencion era ir á Warthuse, de miedo que los rusos, ó el gran duque, pusiesen algun obstáculo á nuestro paso por sus fronteras.

El 25, navegando así á lo largo de la tierra, descubrimos Kilduin. Pasando entre esta isla y la tierra firme, llegamos á la costa occidental de la primera y miramos por todas partes á ver si podiamos descubrir algunas casas ó á alguien. Vimos barcas rusas adentro en la orilla, y hallamos un sitio seguro para colocar las nuestras. El capitan desembarcó, é internándose un poco en el país, pudo descubrir cinco ó seis casitas habitadas por lapones, á quienes preguntó si aquella tierra era Kilduin: « Sí, Kilduin es », respondieron; y luego añadieron que en Kola habia tres buques de los Paises Bajos, dos de los cuales debian hacerse á la vela aquel mismo dia. Con esta noticia, quisimos partir para Warthuse, pero habiéndose levantado el sudeste con suma violencia, no nos atrevimos á pasar la noche en el mar,

(1) Al norte de la costa de Laponia.

de miedo de ser sumerjidos por las fuertes oleadas; por consiguiente, nos dirijimos á unas cabañas que estaban situadas detras de dos escollos. En aquellas cabañas habia dos hombres y un perrazo; ambos nos recibieron con mucha humanidad y nos preguntaron qué nos habia sucedido y cómo estábamos allí. Les respondimos que habiamos perdido nuestro buque y que andábamos buscando una embarcacion que nos llevase á Holanda. Nos dijeron lo mismo que nos habian dicho los rusos, es decir, que cerca de allí se hallaban tres buques, dos de los cuales debian partir aquel mismo dia. Entonces les preguntamos,



Vista de la isla de Kilduin y de Kola.

si querian ir á tierra de Kola, con uno de nosotros, para buscar una embarcacion que fuese á Holanda, prometiéndoles una recompensa. Escusáronse diciendo que no podian ausentarse de allí, pero que nos conducirian mas allá de la montaña, donde podriamos hallar algun lapon que nos acompañaria. En efecto, el capitan y uno de los nuestros, pasaron con ellos la montaña y hallaron á un lapon que accedió muy gustoso á ir con uno de nuestros compañeros, mediante la promesa de dos reales. El lapon cojió un arcabuz y nuestro compañero un bichero, emprendiendo ambos su viaje despues de media noche.

El 26, hizo un tiempo hermoso y sereno. Sacamos las barcas á tierra y las descargamos para que tomasen el aire nuestras mercancías; fuimos luego á reunirnos con los rusos para calentarnos y guisar lo que teniamos. Haciamos dos comidas al dia, y bebiamos una bebida que ellos llaman *quas*, fabricada con mendrugos de pan endurecidos, la cual nos supo muy bien porque hacia mucho tiempo que no bebiamos mas que agua. Algunos de los nuestros se internaron en el país y hallaron unos granos azules [1] y unos frutos con espinas, que comimos y nos hicieron mucho provecho, pues notamos que nos curaban el escorbuto.

[1] Los granos del arándano, segun el doctor Roulin.

El 27, llovió y hubo tempestad; metimos las barcas muy adentro en la orilla, porque esta era muy baja y se aproximaba el alta marea. Volvimos al lado de los rusos para calentarnos á su lumbre y guisar nuestra comida. Sin embargo, el capitan envió á uno de los marineros á las barcas á encender lumbre en los hornillos para que la hallásemos á nuestro regreso y se disipase el humo mientras estábamos ausentes. Partio el marinero y estando allí con otros varios que no habian desembarcado, la marea subió tan alto, que el agua llegó hasta las barcas y se las llevó, haciéndolas correr el mayor riesgo, pues solo habia dos hombres en el bote y tres en la lancha, los cuales se veian en los mayores apuros para retener las barcas á cierta distancia de la orilla y evitar que se perdiesen; nos era imposible socorrerlos, y aunque teniamos esperanzas de poder regresar á nuestra patria sin el ausilio de las barcas, en caso de que estas llegasen á perderse, temiamos por la suerte de los compañeros que estaban en ellas. Todo aquel dia y aquella noche llovió copiosamente, de modo que padecimos muchas incomodidades, y estábamos mojados como una sopa; pero esto era poca cosa en comparacion del peligro que corrian nuestros compañeros de las barcas.

El 28, habiéndose retirado las aguas, metimos las barcas muy dentro de tierra para evitar el peligro que corrieron el dia anterior. En seguida armamos las tiendas encima de ellas, con las velas, porque la niebla y la lluvia continuaban. Teniamos vivos deseos de recibir noticias del compañero que habiamos enviado á Kola con el lapon, y mientras los esperábamos, nos entreteniamos en cojer granos azules y frutos con espinas que nos aliviaban mucho cuando los comiamos.

El 29, tuvimos bastante buen tiempo; esperábamos siempre con ansia noticias de Kola, é íbamos á cada momento á la montaña para ver si regresaba nuestro compañero y el lapon. No viendo venir á nadie, les encomendamos á Dios y volvimos adonde estaban los rusos para preparar nuestra comida. Durante la comida, vimos aparecer al lapon por la montaña, pero solo, lo que nos sorprendió en estremo; pero así que llegó entregó una carta á nuestro capitan, y este la abrió y leyó delante de todos nosotros. Decia la carta que el hombre que la habia escrito estaba asombrado de nuestra llegada porque hacia mucho tiempo que nos creia muertos; que se alegraba infinito de saber nuestro paradero, y que vendria en breve á traernos víveres para reanimarnos. No podiamos figurarnos quien era el que nos demostraba tanta amistad, pues si bien la carta estaba firmada por Juan Cornelisz Ryp, no queriamos creer que fuese el mismo Juan Ryp que partió con nosotros el año anterior para hacer el mismo viaje y del que nos separamos á la altura de la isla de los Osos. Pagamos al lapon la recompensa prometida y le regalamos ademas un vestido completo á la holandesa. Este pobre hombre se dió tal prisa en volver con la carta, que atravesó en veinte y cuatro horas el camino que habia tardado dos dias y dos noches en andar, á la ida, con nuestro compañero. Tambien nos trajo una perdiz que habia muerto, en su viaje, con el arcabuz.

El 30, estábamos aun recapacitando sobre quien podia ser el Juan Ryp que habia escrito la carta, porque no podiamos creer que fuese el que salió con nosotros, en el otro buque, para hacer el viaje juntos; en efecto, teniamos tantos motivos para dudar de su existencia como él de la nuestra. Para salir de dudas, nos dijo el capitan: « Yo veré las cartas que tengo de Juan Ryp; hay una escrita de su propio puño, y cotejaremos la letra. » Abrimos, en efecto, dicha carta, y nos convencimos de que era el mismo Juan, hijo de Cornelisz; inútil es describir aquí la alegría que todos esperimentamos con esta seguridad. Estábamos aun hablando de este acontecimiento, que algunos de los nuestros no querian creer aun, cuando vimos llegar remando una barca con Juan Ryp en persona y el marinero que habia partido con el lapon. Grande fué nuestro júbilo al volvernos á ver juntos, despues de habernos creido muertos mutuamente. Traia consigo, para nosotros, un tonel de cerveza de Rostwyck, vino, aguardiente, pan, carne, tocino, salmon, azúcar y otras muchas cosas, con las cuales nos confortamos y reparamos, en lo posible, nuestros trabajos. ¡Cuántas gracias dimos á Dios por este feliz encuentro!

El 31, nos preparamos para navegar hácia Kola, despues de haber demostrado nuestro agradecimiento á los rusos, por su generosa hospitalidad, con algunas monedas y parte de los víveres que trajo Juan Ryp. Y luego, hácia la noche, estando el sol casi al norte, partimos definitivamente, con la marea alta.

El primero de setiembre, llegamos al lado occidental del rio Kola ([1]); entramos en él con la ayuda de los remos y las velas, hasta que se retiró la marea. Echamos, entonces, las piedras que nos servian de áncoras hasta que volvió la marea. Luego despues nos hicimos á la vela, con la ayuda de los remos, hasta media noche, hora en que echamos el áncora hasta el dia siguiente por la mañana.

El 2, navegamos con remo para subir el rio, lo que nos regocijó infinito como si entrásemos en un mundo nuevo, porque no habiamos visto ningun árbol en todo el tiempo de nuestro viaje. Y pasando por las salinas, á tres leguas mas allá de Kola, nos paramos un poco á descansar y luego continuamos navegando. Por último, llegamos al buque de Juan Ryp, donde bebimos un par de tragos, recibiendo la bienvenida de los marineros que se separaron de nosotros el año pasado. Despues llegamos á Kola, ya entrada la noche. Algunos de los nuestros saltaron á tierra; los demas se quedaron á bordo, guardando el cargamento, y allí les enviamos leche y varios refrescos. Alabamos fervorosamente á Dios, por habernos librado de tantos peligros y trabajos y permitido que llegásemos á aquel puerto, tras del cual habiamos suspirado tanto tiempo, y donde nos considerábamos en salvo, como si estuviésemos en un punto de nuestro propio país.

El 3, descargamos todos los fardos y descansamos de las fatigas de nuestro largo viaje, y nos desquitamos del hambre y miseria que habiamos sufrido, recobrando de este modo una parte de nuestras fuerzas y de nuestra salud.

El dia once, despues de habernos despedido del boyardo, gobernador en nombre del gran duque, llevamos nuestra lancha y el bote á la casa de los mercaderes, donde les depositamos y consagramos á la memoria del largo y remoto camino de cerca de cuatrocientas leguas, que hicimos por mar hasta Kola, en unas barcas descubiertas. Los habitantes no podian volver en sí de su admiracion, pues nadie, antes de nosotros, habia osado aventurarse en un viaje tan peligroso ([2]).

El 15, bajamos todos el rio con el cargamento en una barca rusa, y nos dirijimos á la nave de Juan Ryp, que estaba una media legua de la ciudad. A eso de mediodia, continuamos bajando cerca de medio camino, hasta que pasamos los estrechos, y allí aguardamos á Juan Ryp y á nuestro capitan que debian reunirse con nosotros al siguiente dia.

El 17, vinieron, en efecto, Juan Ryp y el capitan, y salimos, todos juntos, del rio de Kola con direccion á la patria, despues de habernos encomendado á Dios. Al salir del rio, navegamos á lo largo de la orilla hácia el noroeste cuarto al norte con viento sur.

El 19, llegamos delante de Warthuse, donde anclamos y permanecimos hasta el 6 de octubre, porque Juan Ryp queria cargar otras mercancías. Durante este tiempo tuvimos grandes vientos del norte y noroeste; pero mientras tanto descansamos y reparamos nuestras fuerzas, lo cual requeria tiempo, porque estábamos muy exhaustos de ellas.

El 6 de octubre, por la tarde, hallándose el sol al sudoeste, partimos de Warthuse, é hicimos vela para regresar á nuestra patria. No hablaré de esta derrota, porque es harto conocida; solo diré que el 26 de octubre entramos en el Mosa, con viento este nordeste, y desembarcamos en Maeslant ([3]), al siguiente dia por la mañana; que pasando despues por Delft, la Haya y Harlem, llegamos á Amsterdam el 1° de noviembre. Llevábamos el mismo vestido que en Nueva Zembla, con las gorras de pelo de zorro blanco, y fuimos con este traje á casa de Pedro Hasselaer, uno de los curadores de la ciudad, que estuvo encargado de dirijir los preparativos de nuestra nave y de la de Juan Ryp. Llegamos á casa de dicho curador en medio del asombro general, por haber corrido la voz, mucho tiempo hacia, de que habiamos perecido todos, y se nos condujo al momento, al palacio del príncipe, donde á la sazon estaban comiendo con él el canciller y el embajador del muy ilustre rey de Dinamarca, de Noruega, de los

([1]) En la bahía de Motor. «En esta bahía, dice Lutke, hay cada verano ballenas muertas, que algunas veces llegan al número de diez.» (*Cuarto viaje al océano Glacial siberiano.*)

([2]) Entre las tentativas hechas posteriormente para descubrir el paso del Norte, mencionaremos las espediciones de Steven Bennet, en 1603; las tres de Enrique Hudson en 1607, 1608, 1609 y 1610; las tres de Poole, en 1610, 1611 y 1612; las de Fotherby, en 1613; de Wood, en 1676; de Tschitschagoff, en 1764; de Phipps (lord Murgrave), en 1773; de Ross, de Parry, de Buchan, de John Franklin, etc.

([3]) Maasland, en la orilla derecha del Mosa.

Godos y de los Vándalos. Fuimos presentados á estos personages por M. de Ecoutets y dos señores de la ciudad, ante los cuales referimos fielmente nuestras aventuras. Despues se marchó cada uno á su casa, y los que eran forasteros se hospedaron en una posada, hasta que recibimos nuestro dinero. Entonces nos separamos, yéndose, cada cual, por su lado. Hé aqui los nombres de los que regresaron de este viaje : Jaime Heemskerck ([1]), capitan; Pedro Peterson Vos; Gerardo de Veer; maese Juan Vos, cirujano; Jaime Jansen Sterrenburg; Leonardo Henri; Lorenzo Guillaume; Juan Hillebrants; Jaime Jansen Hoochwout; Pedro Corneille; Juan de Buisen, y Jaime Ewerts.

([1]) Heemskerck hizo despues otras campañas en el mar de las Indias. En 1601, combatió y apresó una gran carraca portuguesa, ricamente empavesada y tripulada con mas de setecientos hombres, la que condujo á Holanda. En 1607, partió como almirante de una escuadra de veinte y seis buques de guerra que los Estados generales enviaban contra los españoles. Atacó á estos el 25 de abril bajo el cañon de Gibraltar, y aunque perdió una pierna de un cañonazo en medio del combate, no por esto dejó de alentar á los suyos, y conservó su espada hasta que espiró. » (Eyriés, *Biografía universal.*)

BIBLIOGRAFIA.

TESTO. — Gerardo de Veer, *Diarium nauticum*, seu Vera descriptio trium navigationum admirandarum tribus continuis annis factarum a Hollandicis et Zelandicis navibus ad septentrionem, etc., Amstelredami, en fol. menor, 1598. — *Vraie description de trois voyages en mer*, faits par les navires de Hollande et de Zélande, au Nord, par derrière Norvége, Moscovie et Tartarie; Amsterdam, en fol., 1598. — *Trois navigations admirables*, faites par les Hollandais et les Zélandais au Septentrion; Paris, en 8°, 1599. — *Tre navigationi fatte dagli Olandesi*; traduccion de Giovan Guinio; Venecia en 4°, 1599. — *Vraie description de trois voyages de mer très-admirables*, faits en trois ans, à chacun un an, par les navires de Hollande et de Zélande, etc.; Amsterdam, en fol. menor, 1600. — *Hes derde Deel van navigatie om dem Noorden*; Amsterdam, 1605. — El mismo, traducido del flamenco; Amsterdam, en fol., 1609. — *True and perfect description of three voyages*, etc.; traduccion de William Philipp; London, en 4°, 1609.

OBRAS DE CONSULTA. — Francesco Marcolini, *dei Commentarii del viaggio in Persia*, etc., e dello scoprimento dell' isole Frislanda, Eslanda, Engrouenlanda, Estotiranda ed Icaria, fatto sotto il polo artico, da due fratelli Zeni; Venecia, en 12, 1558. — *Les Trois navigations de Martin Forbisher*, pour chercher un passage à la Chine et au Japon par la mer Glaciale, en 1576, 1577, 1578. — Linschotten, *Voyage of de schipraert van Noorden*, omlanges Norwegen, de Noort-Cap, Laplant, Vienlant, Russland, de Witte-Zee, etc., door de strate van Nassau tot worby de rivier Oby, anno 1594 en 1595; Francfort, en fol., 1601. — En Hakluyt, *the Principal navigations, voyages*, etc., 1598, 1599; 3 vol. en fol., 1600. *Voyage de Willoughby à la Nouvelle-Zemble*; — *Relation de divers voyages et découvertes dernièrement faits au Sud et au Nord*, vers le détroit de Magellan et encore à la Nouvelle-Zemble, au Groënland et au Spitzberg, par sir Jean Narborough, le capitaine Jacques Tasman et Frédéric Martens de Hambourg; Londres, en 4°, 2ª edicion, 1604 y 1611. — H. Rolin, *Mitternæ chtliche Schiffart*; Oppenheim, en 8°, 1611. — *Descriptio geographica directionis freti in Chinam ducturi* (Waigatz), cum descriptione terrarum Samoyedarum; Amsterdam, en 4°, 1613.—J. Harris, *Collection of voyages and travels*, t. 1°; London, en 4°, 1705. — J.-Fred. Bernard, *Recueil des voyages au Nord*; Amsterdam, 8 vol. en 12, de 1715 á 1727. — *Histoire des pêches dans les mers du Nord*, traducida del holandés por de Reste; 3 vol. en 8°, Paris, 1741. — Outhier, *Journal d'un voyage au Nord*, de 1736 à 1737; Amsterdam, en 8°, 1746. — L'abbé Prévost, *Histoire générale des voyages*, t. XV; en 4°, 1759. — J.-T. Forster, *History of the voyages and discoveries made in the North*, translated from the german; London, en 4°, 1786. Traduccion francesa. — Camp, *Bibliothèque géographique*, etc., traducida del aleman, t. 1°; Paris, en 18, 1802. — A.-F. Skioldebrand, *Voyage pittoresque au cap Nord*; Stockholm, en 8°, 1805. — Zurla, *Dissertazione intorno ai viaggi escoperte di Nicolo ed Antonio fratelli Zeni*; Venecia, en 8° mayor, 1808.—J. Pinkerton, *A general Collection of the best and most interesting voyages and travels*, t. 1°; London en 4°, 1808. — Lœwenigh, *Reise nach Spitzberg*; Aquisgram y Leipsick, en 12, 1810.—Barrow, *A Chronological history of voyages into the arctic regions*; London, en 8°, 1818. Traduccion francesa por Defauconpret. — Cadet de Metz. *Précis des voyages entrepris pour se rendre par le Nord dans la mer des Indes*, etc.; Paris, en 8°, 1818. — Burney, *A Chronological history of North eastern voyages of discorery*, etc.; London, en 8°, 1819. —

W. Scoresby, *An account of the arctic regions;* Edinburgh, 2 vol. en 8º, 1820. — John Franklin, *Narrative of a journal to the shores of the polar sea,* etc.; London, en 4º, 1823. — *Archives du Nord* (publicados en San Petersburgo), julio de 1824. — Baer y Gr. von Helmersen, *Beitrage zur Kenntniss des Russischen Reiches*, t. IX, 1ª parte. — De Perthes, *Histoire des naufrages;* 3 vol. en 8º, Paris, 1825. — Fédor Lütke, *Quatrième voyage dans l'océan Glacial sibérien,* exécuté par ordre de l'empereur Alexandre Ier, sur le brick *Novaïa-Zemlia,* en 1821, 1822, 1823 et 1824, etc.; San Petersburgo (en ruso), en 4º mayor, 1828. — *Histoire générale des voyages,* par W. Desborough-Cooley, traducida del inglés por Ad. Joanne y Old-Nick, 2ª serie; Paris, en 12, 1840. — *Bibliothèque universelle des voyages,* par M. Albert Montémont. — X. Marmier, *Lettres sur le Nord;* Paris, 2 vol. en 12, 1840. — El mismo, *Lettres sur la Hollande*; Paris, en 12, 1841. — Paul Gaimard, *Voyage de la commission scientifique du Nord;* Paris, en 8º; relacion del viaje por X. Marmier. — W. Beechey, *A Voyage of discovery towards the north pole;* London, en 8º, 1843. — John Barrow, *Voyage of discovery and research with in the arctic regions,* from the year 1818 to the present time; London, 1846. — Coleccion del *Journal of the geographical Society,* sobre la Nueva Zembla, t. VIII, XXII y XXIII. — Coleccion del *Bulletin de la Société de géographie*, sobre la Nueva Zembla, t. XVI y XVIII (1842); 4ª serie, t. 1º (1851). — *Nouvelles annales des voyages,* sobre la Nueva Zembla, 3ª serie, t. XX y XXIV; 4ª serie, t. 1º. — Mme Léonie d'Aunet (Biard), *Voyage d'une femme au Spitzberg;* Paris, en 16, 1854.

MENDAÑA,

VIAJERO ESPAÑOL.

QUIRÓS,

VIAJERO PORTUGUÉS.

[1567-1606.]



Terra australis incognita. — Mapamundi (¹) copiado del libro titulado :

Cuando el descubrimiento de la América hubo demostrado claramente aun á los mas incrédulos que la tierra era redonda, se comprendió muy luego que no se habia esplorado todavía una parte conside-

(¹) En la mayor parte de los mapamundis del siglo XVI están trazados los contornos de un gran continente austral, que parecen ser las prolongaciones supuestas de las costas septentrionales de la Nueva Holanda descubiertas ya.

rable de la esfera. Desde el cabo de Hornos, del cabo de las Tormentas ó de Buena Esperanza, entre los continentes americano y asiático, en la direccion del polo sur, quedaban vastos espacios enteramente desconocidos. ¿Era verosímil que estuviesen despoblados y cubiertos de agua? ¿Por qué suponerlo? ¿La analogía no autorizaba á creer, por el contrario, que habia en esos espacios muchas islas y aun otro continente vastísimo, que hacia equilibrio, digámoslo así, á la inmensa estension de las tierras septentrionales de Europa, de Asia y de América?

Los navegantes españoles y portugueses fueron los primeros que volvieron la vista hácia esa parte, donde parecia que se podia adquirir una nueva gloria igual á la que adquirieron Colon y Magallanes ([1]).



Descriptio ac delineatio geographica detectionis freti, etc.; en 4°, Amsterdam, 1612.

Los maravillosos descubrimientos de la primera mitad del siglo inspiraban naturalmente una confianza y un atrevimiento sin límites; durante largo tiempo no se habia querido creer en lo posible; ahora por

([1]) Los holandeses contestan esta primacia, que los portugueses apoyan en varios datos, principalmente en dos manuscritos del *British Museum* (uno francés, n° 5413; otro inglés con prólogo francés, n° 20, c. IX). «.....La concordancia

el contrario nada parecia imposible. Ademas, continuaba el sueño de un mundo mas rico, mas hermoso, mas fecundo aun que todos los que se habian visto hasta entonces; y este ideal, este paraiso terrestre no debia encontrarse mas que en aquellas estremidades misteriosas cuya posesion parecia haber reservado la Providencia á las generaciones modernas, como el último y mas preciado de todos los dones.

Ya se habian descubierto ó entrevisto la tierra de los Papous (Nueva Guinea) [1] y algunos puntos de las costas septentrionales de Java la Grande (Nueva Holanda) [2]; pero todo esto era cuando mas, segun la opinion general, lo que habian sido las primeras Antillas, señales precursoras de la América [3].

Un hombre sobre todo se mostró poseido de un ardor profundo por el descubrimiento de un continente austral; y su conviccion exaltada, perseverante, incansable, recuerda la de Colon. Como este descubridor inmortal, unia el estudio á la accion: sabia, queria y podia.

Este hombre notable, Pedro Fernandez de Quirós, no ha tenido historiador todavía. Si la esperiencia ha demostrado que sus esperanzas eran muy superiores á la realidad, no por eso es menos digna de admiracion la grandeza de sus miras, y los servicios que ha hecho son demasiado incontestables paraque no se aumente su celebridad á medida que la ciencia vaya patentizando todos sus títulos. Por lo demas, su nombre es inseparable del de Mendaña que tuvo las mismas ideas y á quien cabe el honor de haberle precedido en sus viajes de descubrimientos; por eso, hemos juzgado conveniente reunir en una misma noticia los documentos mas útiles para dar á conocer las empresas de entrambos navegantes.

ALVARO DE MENDAÑA.

Alvaro de Mendaña nació en 1541; era español, pero no se conoce el lugar de su nacimiento, ignorándose tambien cómo pasó su infancia y su juventud. Pertenecia sin duda á una familia rica y poderosa. Su tio, don Pedro de Castro, era gobernador de Lima, y es probable que esta circunstancia le llevó al Nuevo Mundo y le inspiró la idea de ilustrarse con viajes de descubrimientos.

Su proyecto de buscar tierras desconocidas fué acojido favorablemente por el gobierno español, que no podia menos de comprender cuánto importaba para la conservacion y prosperidad de sus posesiones en América, que ninguna otra nacion fuese á fundar establecimientos considerables en el océano Pacífico ó en el mar del Sur.

Mendaña hizo dos viajes. En el primero, en 1567 [4], descubrió las islas de *Salomon*. En el segundo, que tuvo lugar en 1595, llevando de piloto á Quirós, trató en vano de hallar nuevamente esas islas; pero descubrió las islas *Marquesas de Mendoza*, *Santa Cruz* y otras varias.

Hé aquí la relacion de este primer viaje [5].

de tantas pruebas, dice Malte-Brun, no permite dudar que en el primer entusiasmo por los descubrimientos despues del viaje de Magallanes, los portugueses ó los españoles no hayan visitado las partes septentrionales de Nueva Holanda un siglo antes del supuesto descubrimiento de los holandeses. Hasta es probable que descubrieron la costa oriental, hallada despues por el capitan Cook.» (*Hist. de la géogr.*, t. XXIII.)

[1] Segun los portugueses, descubierta en 1511 por Ambrea y Serram y visitada en 1527 por Meneses; — y segun los españoles por Saavedra en 1528.

[2] Por Saavedra, de 1530 á 1540.

[3] Las últimas ilusiones sobre el continente austral no se disiparon del todo hasta fines del siglo XVIII, despues de las memorables navegaciones del capitan Cook.

[4] «Todos los historiadores, dice Fleurieu, afirman que este viaje de Mendaña tuvo lugar en 1567; solo Figueroa dice que Mendaña partió del Callao el 10 de enero de 1568.» Pero esto es sin duda una falta de impresion. Al pié de la relacion Figueroa dice que las naves estaban de vuelta el 22 de enero de 1568.

[5] Esta relacion ha sido traducida al francés por M. E. Dulaurier y enriquecida con algunas notas de las cuales hemos conservado las mas interesantes. Fué escrita por uno de los hombres que acompañaron á Mendaña en su viaje, y por consiguiente merece confianza, y es instructiva aun despues de las descripciones de Surville, Shotland, Entrecasteaux y Dumont de Urville, que en los tiempos modernos han visitado el mismo archipiélago. Se puede comparar esta relacion con otra del viaje de Mendaña dada por el doctor Cristobal Suarez de Figueroa en su libro titulado: *Hechos de don Garcia Hurtado*

RELACION BREVE DE LO SUCEDIDO EN EL VIAJE QUE HIZO ALVARO DE MENDAÑA EN DEMANDA DE LA NUEVA GUINEA, LA CUAL YA ESTABA DESCUBIERTA POR IÑIGO ORTIZ DE RETES, QUE FUÉ CON VILLALOBOS DE LA TIERRA DE LA NUEVA ESPAÑA EL AÑO DE 1541 (1).

El año de 1567, por mandado del licenciado Lope García de Castro, del consejo de S. M. y gobernador de los reinos del Perú, y presidente de la audiencia de los Reyes, se armaron dos navíos de mediano porte, en los cuales nos embarcamos ciento y veinte hombres, la mitad marineros y gente del mar, y la otra soldados, sin la gente de servicio y chiurme, con cuatro pilotos, y el mas principal se llamaba Hernan Gallego, y por general de esta armada Alvaro de Mendaña, sobrino del presidente, mancebo de veinticinco años, y por maese de campo y almirante Pedro de Ortega, valenciano, alguacil mayor de Panamá, natural de Guadalcanar, llevando con nosotros cuatro frailes de la órden de San Francisco.

Salimos del puerto del Callao de Lima y de la ciudad de los Reyes, miércoles, dia de Santa Isabel, á 19 de noviembre de 1567, y anduvimos barloventeando lo que restó de la tarde y parte de la noche, y al otro dia salimos á la mar con vientos frescos, y navegamos diez dias hasta ponernos en altura de quince grados y medio; y luego con vientos lestes navegamos algunos dias con aguaceros y con buena mar apacible.

Y habiendo navegado 500 leguas (2) de la costa del Perú, parecieron mucha cantidad de pájaros, y pasados tres dias no los vimos mas. Tomóse el altura aquí, y nos hallamos en 8 grados apartados de la equinocial á la parte del sur, y á nuestro parecer nos hallamos apartados de la costa del Perú novecientas leguas. Tornamos á ver mucha cantidad de pájaros, y siguiendo por el altura de 7 grados largos, se descubrió tierra, la cual era una isleta pequeña, y llegándonos á ella nos salieron siete canoas de indios que se quisieron acercar para conocer si eran negros ó indios, y habiendo alzado los canaletes hácia arriba se volvieron á tierra, de donde nos mostraron muchos juegos. A la noche y á la mañana, tuvimos temporal de viento y aguas, y por esto y por las muchas corrientes nos pasamos adelante sin poder tomar la isla, á la cual pusimos por nombre la isla de *Jesus* (3).

En primero de febrero, descubrimos unos arrecifes, y pasando adelante con mucho trabajo de temporales y aguaceros, vimos unas yerbas y palos y algunas naranjas que suelen echar los rios, y luego otro dia, á 7 de febrero, descubrimos tierra muy alta, la cual se vió de quince leguas, y habiendo llegado á ella un domingo, nos vinieron muchas canoas, en las cuales venian mas de cien indios, y no queriéndose llegar aunque les dimos algunas cosillas, no aprovechó cosa, y con esto echamos el batel á la mar para descubrir puerto, y esta noche anduvimos barloventeando con harto riesgo hasta otro dia. Es esto todo de muchos bajos

Lunes por la mañana, á 9 de febrero, descubrimos el puerto en el cual entramos, y se le puso por nombre el *puerto de la Estrella,* porque entrando por el dicho puerto á mediodia vimos una estrella, y

de Mendoza, cuarto marqués de Cañete, en 4º, en Madrid, en la imprenta real, año de 1612, p. 228, 237. — Dalrympe (*Historical collection*, etc.) ha hecho una traduccion inglesa de este testo, que tambien fué traducido en francés por Pingré en su *Mémoire pour le passage de Vénus du 3 juin 1769.* (Paris, 1767, p. 22 y 29.) — Fleurieu la estractó al principio de sus *Découvertes des Français en 1768 et 1769 dans le sud-est de la Nouvelle-Guinée.* (Paris, 1790, en 4º)

(1) Copiamos íntegra esta relacion de un manuscrito español existente en la Biblioteca imperial de Paris bajo el nº 1588, *fonds français.* — Este documento, de suyo interesante, pues en él se refieren todos los pormenores del viaje de descubrimientos hecho por Mendaña á las islas de Salomon, tiene aquí una doble importancia, en razon á no haberse publicado hasta el dia en nuestra lengua, segun le parece al señor Ochoa (*Catálogo razonado de los manuscritos españoles existentes en la Biblioteca Real de Paris*, p. 578). Ademas, el señor Ochoa opina tambien que este manuscrito que copiamos es el original. (M. U.)

(2) Estaban á 1,450 leguas del Perú, segun Figueroa.

(3) Esta isla, segun Figueroa, estaba habitada por mulatos.

la isla nombramos toda ella de Santa Isabel ([1]), porque tal dia salimos del puerto del Callao, y el general prometió que la primera tierra que viese habia de llamar así.

La isla está poblada de indios que andan desnudos, solo tienen unos pañetes de hojas de palma; se



Natural de la isla de Santa Isabel, segun Dumont de Urville.

tiñen y se rizan los cabellos. No vimos ningun género de metal. Llevan muchos huesos de pescados y unas patenas de lo mismo al cuello ([2]). No hay ningun género de grano para comer, sino uvas, cocos y otras cosas que adelante se dirán. Es tierra montuosa y de muchos árboles. Un principal vino aquí, entre otros indios, que se llamaba *Tauriqui Biliban Harra*, el cual por amistad dijo al general que se trocasen los nombres, que él se queria llamar Alvaro de Mendaña, y él que se nombrase Tauriqui Biliban Harra.

El general le hizo dar algunas comidas nuestras, y asimismo le tocaron una vihuela y otros instrumentos que llevábamos, como fué una trompetilla y un atambor, y en pago de esto el cacique mandó traer tambien su música, la cual era una bocina de caracol y unas cañuelas atadas unas con otras, con las cuales formaban una cierta música como la que usan en nuestra tierra los maestros que llaman castrapuercos.

En esta isla hay buenos montes, y como los indios nos mostraban buena voluntad, se acordó de hacer aquí un bergantin, y así salió el piloto mayor para dar órden en como se hiciese ([3]) para descubrir las islas que hay por este archipiélago. Topóse luego con una choza de indios con sus mujeres, las cuales andan desnudas y no se tapan sino solo sus vergüenzas con unas hojas de árboles; diéronnos algunos cocos y binaus ([4]), que son unas raices que ellos cuecen, y tambien una torta hecha de cocos y

([1]) «La isla de Santa Isabel fué vista de nuevo en 1792 por Manning. En el mapa de Krusenstern tiene de largo 105 millas del noroeste al sudeste, y de ancho 14 á 16 millas; pero aun se desconocen sus verdaderas dimensiones.» (E. Dul.)

([2]) «El mismo uso observó Kotzebue en las islas Radack. Habiendo hecho algunos regalos á Lamary, el gefe de las islas, este se quitó del cuello un hueso de pescado maravillosamente trabajado que llevaba en señal de distincion, y se le dió al navegante ruso. (E. Dul.)

([3]) Que fuese bastante grande y sólido para emprender el reconocimiento de las islas de aquel archipiélago.

([4]) *Venaus.* (Figueroa.)

de estas raices y algunas almendras, que hay por estas tierras muy hermosos almendros por los montes. Salió el maese de campo á correr esta isla, y vió buenas tierras, montes y rios. Pasáronle algunos trances con algunos indios, porque aunque no son muy muchos tienen guerra los de un pueblo



Mujer de la isla de Santa Isabel.

con el otro. Y al fin venido á subir á la cumbre de un monte muy alto, conoció ser esta, isla y no tierra firme, y así los naturales lo habian dicho luego que á ella llegamos, que á la parte de oeste habia algunas islas, y á la parte del este y adonde el sol sale no habia ninguna.

El maese de campo se volvió con mucho trabajo, así del invierno que era muy recio, y de igual como por algunos ataques que los indios les dieron. Esta isla de Santa Isabel está con la ciudad de Trujillo, á ocho grados á la banda del sur [1] y á 1,700 leguas de Lima, segun los pilotos nos dijeron, aunque creo que se engañaron. Porque si así fuera, en estas islas hallariamos alguna muestra de riqueza y se hallaria gente de mas policía, como halló Miguel Lopez de Legaspe mas adelante en las islas Filipinas, aunque están á la banda del norte.

Estos indios de la isla de Santa Isabel son idólatras y adoran al demonio, y se les aparece en forma de lagarto y de culebra, segun ellos dicen. Y así vimos en unas casillas de oracion que ellos tienen muchas figuras de estas de cocodrilos y de culebras, y aun las vimos vivas en algunos aposentillos de las dichas casas de oracion. Es gente bestial toda esta isla; comen carne humana y se comen unos á otros cuando se pueden hacer la guerra, y aun fuera de ella y á traicion, y así presentaron al general cuartos de indios algunas veces por cosa muy probada y muy preciada [2].

Acabado el bergantin, que fué á tres dias del mes de abril del dicho año, se echó al agua y se puso

(1) « La posicion de Santa Isabel ha sido determinada por 7° 16′ á 8° 28′ de latitud sur, y por 155° 18′ á 157° 54′ de longitud este. » (E. Dul.)

(2) El cacique, dice Figueroa, envió á Mendaña un cuarto de niño del que colgaban el brazo y la mano. El general español le mandó enterrar en presencia de los que le habian traido, los cuales se quedaron muy confusos con el desprecio y se retiraron con la vista baja. — Fleurieu, al traducir estas palabras, observa que el mismo Figueroa dice, en otra parte, que no comian carne los salvages de Santa Isabel.

por nombre *Santiago*. Y se embarcó en él el maese de campo con trece soldados y el piloto mayor Hernan Gallego, con ocho marineros y otras siete personas de servicio. Y así fuimos costeando la isla hácia la banda del sur, y de la otra parte hácia el poniente donde hay muchas islas [1]. Salimos del



Natural de la isla de Santa Isabel.

puerto á 7 de abril, tuvimos viento contrario, y así nos tornamos otra vez al puerto á vista de las naos. Y otro dia navegamos y llegamos á la isla de *las Palmas*, y de allí acompañándonos algunas canoas y con viento contrario, tuvimos que tomar puerto en esta isla, en la cual hallamos indios que nos quisieron flechar, y con los arcabuces los asustamos. En unas chozas hallamos comida la cual se trujo al bergantin.

El domingo de Ramos, salimos fuera de este puerto, y á la parte del norte vimos una isla, la cual nombramos de *Ramos* [2], y de la costa donde la noche antes habiamos estado, salieron cuatro canaluchos, en ellos como ciento y treinta indios con arcos y flechas, y entre ellos un viejo en pié con un arco amenazando á los demas, diciendo que él habia de ser el que nos habia de llevar á comer, y diciéndonos que nos fuésemos con él y sino que tiraria la flecha y nos mataria. Y en esto nos cercaron y nos tiraron algunas flechas, y defendiéndonos cayó el viejo de un arcabuzazo, y visto esto nos dejaron.

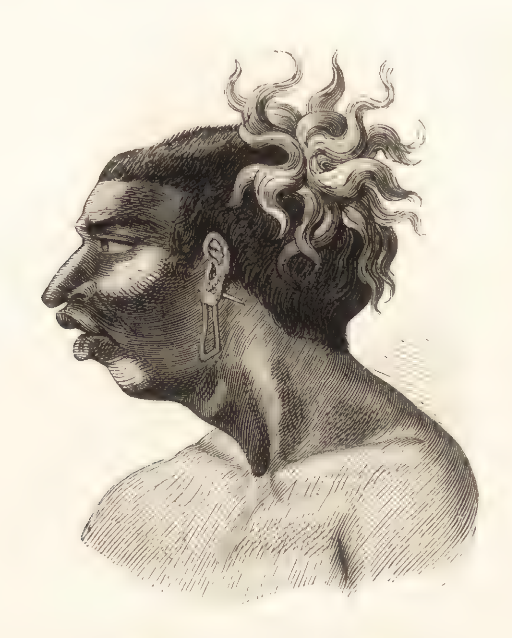
Y nosotros con tiempo recio quisimos arribar á la costa de donde habiamos salido, que era la de Santa Isabel, y el piloto viendo que no estábamos bien, nos hizo salir de allí á fuerza de remos, y doblamos una punta y entramos en una bahía llena de arrecifes. Y otro dia vimos algunas islas pequeñas, y el jueves Santo, por la mañana, yendo costeando esta costa, entendimos mas ser isla de Santa Isabel, porque aunque se reconoció ser de los ya dichos montes, no estábamos ciertos porque se iba deribando á la banda del sudeste. Al piloto le pareció arribar á una isla que estaba á la banda del sur, entre otras que allí habia, dejando la costa de la isla de Santa Isabel. Esta isla estaba cercada de muchos arrecifes; á esta le puso por nombre la *Galera* [3]. Es de dos leguas de box.

(1) « Estas islas, así como la de las Palmas, son probablemente aquellas que distinguió Manning al sudoeste de Santa Isabel, y á dos de las cuales nombró Jane y Neurne. » (E. Dul.)

(2) « Latitud sur, 8° 24′; longitud este, 154° 42′. » (E. Dul.)

(3) « Vuelta á ver por Surville en 1769. Latitud sur, 9° 28′; longitud este, 159° 6′. » (E. Dul.)

Otro dia, viernes santo, salimos de ella y dimos en otra legua y media de ella, la cual es de muchos montes y buenos campos; púsosele por nombre isla de *Buenavista*. Topamos en ella algunos indios, los cuales nos festejaron mucho; porque habiendo calma les dimos un cabo para que nos llevasen á la isla,



Natural de la isla de Santa Isabel.

y cada uno de las canoas pedia tambien su cabo, y todo era á fin de matarnos y comernos. Y porque era baja mar no pudo llegar á tierra el bergantin. El maese de campo saltó á tierra y tomó posesion en esta isla en nombre de S. M. Y queriendo cortar una palma de cocos para comer, porque no nos habian querido dar comida por nuestro rescate, comenzaron á alborotarse y á tirarnos flechazos, de tal manera que defendiéndonos con los arcabuces mataron á un capitancillo y así nos hubieron de dejar metidos en el bergantin.

Nos fuimos á una isla pequeña á un cuarto de legua de esta, y en ella hallamos muchos cocos, y allí nos dieron un puerco como los de Castilla, sino que era montés y muy chiquito y de ruin sabor, y pidiéndoles mas puerco dijeron que tenian poco, que los traian de otras islas, y así nos dieron otro con que celebramos la Pascua. Fué la primera carne que vimos en estas partes y la primera que se comió fresca despues que del Perú salimos, y no la tuvimos en poco. Esta tierra con la isla de Santa Isabel tiene muy buen parecer, mejor que España, sino que los naturales no tienen ningun género de bebida, ni otras comidas mas de las dichas, ni oro ni plata; espero sí que habrá perlas, porque hemos visto muchas conchas de ellas.

De esta isla salimos el dia de Pascua á otra que está media legua, la que nombramos *San Dimas*. Y á mediodia, cuando salimos del puerto, vimos una estrella muy clara como si fuera de noche. Saliéronnos algunas canoas como antes, con palabras de paz y con intenciones de guerra. Con todo esto dimos fondo en la dicha isla, y juntándose los indios de tierra con las canoas, fueron mas de seiscientos indios, y porque no estábamos bien allí nos pasamos á otro cabo, y los indios nos acometieron muy de recio, y con los arcabuces los espantamos matando algunos de ellos, y en esto nos dejaron; habiendo tomado posesion de esta isla nos pasamos á otra.

El lunes de Pascua, salimos de esta isla de San Dimas, y á la banda del sudeste pareció una isla algo grande; no pudimos llegar á ella, y descubrimos una isla pequeña que pusimos por nombre

Sesarga ([1]); desde allí fuimos á la isla grande, de la cual se tomó posesion por S. M., y se nombró *Guadalcanar*, y un rio que allí habia *Ortega mineros;* quisieron decir que habia oro en él, mas yo no lo vi ninguno. Aquí hallamos el primer gengibre que vimos. Esta isla está en diez grados y medio á la banda del sur de la línea equinocial.

Acordamos dar vuelta á la isla de Santa Isabel por la otra banda, por ver si habia alguna isla mayor ahí y con propósito de decir al gobernador se viniese á esta isla con las naos y gente, por ser esta isla de mejor temple y mas fértil. Nos fuimos á una isla que está al cabo de Santa Isabel, que se llama *Boru*, y llegamos á ella el miércoles 21 de abril. Hay muchas islas al rededor de las pequeñas y muchos arrecifes; y los indios tenian alzada toda la comida y ellos huian todos para el monte. En esta isla nos dieron algunos porquezuelos. Hay mucha gente, y pusímosle nombre *San Jorje.*

Fuimos navegando sin ver canoas hasta 21 de abril, que vinieron á nosotros ocho canoas de pescadores, los cuales nos dieron una rociada de flechazos y nos hirieron un soldado, y en matando á uno se fueron todos. En esta costa hay muchos arrecifes, y en toda ella los indios no tienen amistad los unos con los otros. Un dia vimos pasar de una isla á otra gran cantidad de murciélagos ([2]) tan grandes como milanos. Este dia se tomó el sol, y se halló aquesta isla, que va del este al oeste cuarta del noroeste, en 7 grados y 8 minutos, y la otra punta que está á la parte del este, está en 9 grados, todo de la parte del sur de la equinocial. Tiene esta isla de largo 110 leguas.

Otro dia, martes 27 de abril, el piloto mayor en una canoa quiso atravesar para ver una canal, entendiendo que por allí se podria atajar camino, y nunca pudo por las muchas corrientes que por allí hay, y así se tornó. Y otro dia, miércoles, salimos de este archipiélago de islas. A la parte del norte, que está de Santa Isabel, vimos algunas canoas que salian como hasta aquí. Hay por todo esto muchos arrecifes que entran por la mar mas de veinte leguas, y así vinimos á esta costa en demanda de las naos con mucho trabajo, y se vieron perdidos seis soldados por quererlos enviar adelante en una canoa á dar nuevas al general de nuestra venida.

A 4 de mayo, llegamos adonde el general estaba con los navíos, y se holgaron mucho con nuestra llegada, y luego se dió órden para salir de aquel puerto por ser como es muy enfermo y del temple y calidad del *Nombre de Dios.* Y así murió el coronel, el cuarto soldado, y enfermaron muchos. Y así salimos de él dentro de tres dias y navegamos para la isla de Guadalcanar, adonde tomamos puerto á los 12 de mayo, junto al rio ya nombrado Ortega. Y salidos á tierra los frailes y nosotros, pusimos una cruz en un alto, la cual nos quitaron los indios, y visto que la queriamos buscar, la tornaron á volver y nunca mas la quitaron. El general mandó que veinte hombres subiesen con Andrés Nuñez á un monte alto para descubrir si eran islas, y asimismo al bergantin que fuese á descubrir la costa adelante y descubriese lo que mas pudiese. El que fué la tierra adentro tuvo algunas refriegas con los indios y caminó como hasta 10 leguas; y porque se enfermaron algunos soldados y se les acababa la mecha, dieron vuelta con haber visto gallinas de las de Castilla y no otra cosa.

En este tiempo, el despensero de la nao capitana salió con nueve personas con una barca á hacer agua no mas; y aunque entre ellos habia dos arcabuceros, fueron tan desventurados, que los indios los mataron á todos, salvo un negro que se escapó nadando. A un arcabucero se le cayó la mecha en el agua, y al otro no le quiso tomar fuego su arma, y así murieron todos cuarteados y hechos pedazos por los indios, y á unos les cortaron la cabeza y á otros un brazo y á otros una pierna. No pudieron ser socorridos aunque estaban bien cerca, porque como los arcabuces no sonaban, no se pudo entender el desastre ([3]). El general procuró hacer castigo en ellos, aunque fué poco, por ser tan sueltos y nosotros á pié y la tierra muy áspera ([4]).

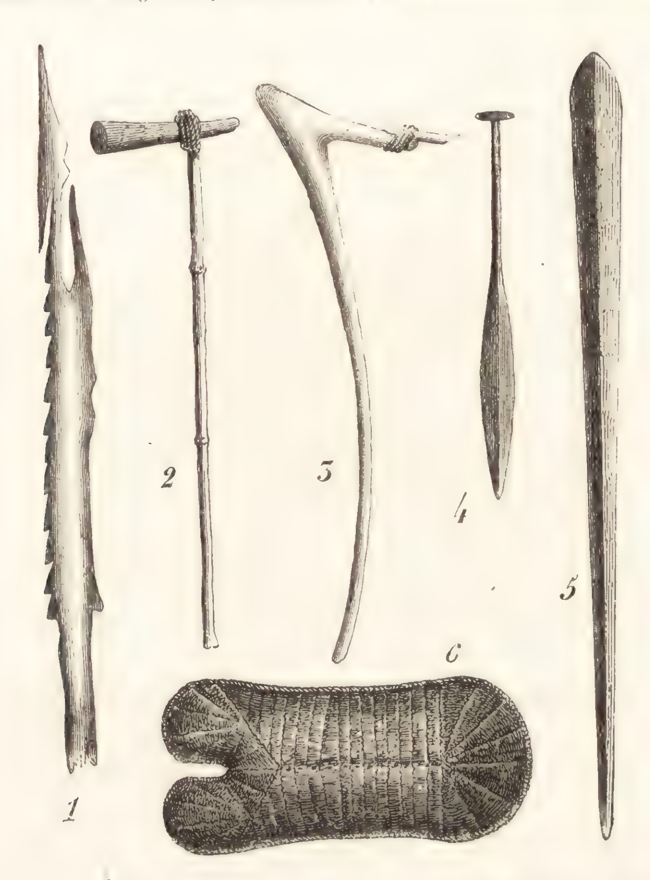
([1]) « Reconocida en 1792 por Entrecasteaux y señalada por este navegante al norte de la isla Guadalcanar. Latitud sur, 9° 49′; longitud este, 159° 43′. » (E. Dul.)

([2]) Vieron murciélagos hasta de 5 piés, dice Figueroa.— Dampier cuenta que vió en la isla de Sabucda, en la costa occidental de Nueva Guinea, murciélagos tan grandes como conejos, cuyas alas tenian 4 piés de estension de punta á punta.

([3]) Figueroa esplica que hasta entonces el cacique se habia mostrado amigo de Mendaña; pero que habiéndole quitado los españoles un jóven indio que no quisieron devolverle, el cariño que les tenia se cambió en odio.

([4]) Dice Figueroa que Mendaña ordenó al capitan Pedro Sarmiento que saltara á tierra con su gente y que castigara á los habitantes. Sarmiento mató veinte hombres y quemó algunas casas.

Don Hernando Enriquez se volvió con el bergantin antes de tiempo, porque se enfermó el piloto mayor y otra gente, y así no pudo navegar. Trajo por nueva que habia visto islas y mucha gente, la cual les salió algunas veces de guerra y otras de paz, y les acontecieron algunos trances con ellos en



Armas y utensilios de los habitantes del puerto Praslin (isla de Santa Isabel), segun Fleurieu.

1, punta de una lanza; — 2, martillo; — 3, hacheta; — 4, pagai; — 5, maza ó sable; — 6, escudo.

que con los arcabuceros hubo de matar algunos de ellos. Halló una maza de un indio de unas piritas en esta tierra, y no la tenia en poco su dueño, porque la tenia envuelta en tres hojas de palma, aunque despues se hallaron en otras islas otras pocas de la misma manera.

Habiendo navegado la costa adelante de la isla de Guadalcanar, llegamos á ella á veinticuatro dias de mayo, y de allí pasamos adelante de otra isla que estaba quince leguas hácia el poniente, en la cual hallamos indios mas desnudos porque ellos ni ellas no traian cosa tapada. Los cabellos traen de muchos colores. Fuimos con ellos como con los de atrás, y de allí pasamos á otra isla, á ocho leguas mas adelante, y nos fuimos con los indios, y saltamos á tierra para proveernos de agua y comida, y vimos unas llanadas y un lugarejo de indios y casas de sus demonios y ellos pintados con cuernos ([1]), y de la comida que ellos comen los tenian ofrecida alguna en lugares muy oscuros. Aquí vimos paveses de talla como los de España, que confiados de ellos se llegaron mucho á nosotros peleando, y visto el mal que se les hacia se volvieron como los demas. Pusimos á esta isla por nombre la *Atreguada*. Es esta gente elevada

([1]) Este uso de representar al diablo con cuernos produjo mucha impresion en Europa en las imaginaciones supersticiosas, pues si unos aseguraban que se hallaba el paraiso terrenal en aquellas tierras, otros afirmaban, por el contrario, que estaba allí el infierno.

y de buenas fuerzas. De allí vimos otras islas despobladas, las que les pusimos por nombre las *Tres Marías* ([1]). Desde allí fuimos á la isla grande, y desde allí comenzó á enfermar el piloto, por lo cual acordamos á dar la vuelta; y por el camino topamos islas y nos salieron indios como los de atrás, y en una isla topamos indios con sus lanzas y armas. Y á esta isla se le puso nombre *San Juan*. Tendrá ocho ó diez leguas, y en esto volvimos adonde estaban las naos.

En este tiempo, los indios quisieron hacer un salto en unos carpinteros españoles que estaban cortando cierta madera para las naos; y siendo sentidos los arcabuceros, el general salió á ellos y los mandó cuartear y poner adonde antes habian muerto al despensero y los demas soldados, porque se halló en los indios parte de los veintidos de ellos.

El general salió en los bateles á ver si podia dar algun castigo á los indios malhechores, y habiendo quemado un pobre pueblo se volvieron sin hacer otro daño.

Lunes á 14 de junio, nos hicimos á la vela con propósito de ir á la isla de San Juan, porque al piloto le pareció que era lugar conveniente para dar lado á los navíos y proveerlos de lo que era menester; y que en el entretanto que el bergantin fuese á descubrir. Y así partimos todos juntos, y pasamos en este viaje muchos trabajos de tormentas, con brisas que nos pusieron en grande trabajo y mucho peligro hasta llegar al puerto de *la Visitacion de Nuestra Señora*. Hallamos un pueblecillo allí, el cual nos recibió de paz, y otro dia habiéndole rogado nos diesen bastimentos para comer, no lo quisieron hacer, y así lo hubimos de tomar por fuerza. El general acordó enviar á Fernan Muñoz para descubrir otras islas, y así partió el bergantin á los seis de julio, y llevó consigo catorce arcabuceros y al piloto mayor Hernan Gallego. Y habiendo visto que no habia salida hácia el norte sino muchos manglares, se fué por la costa de esta isla de San Cristobal adelante, en donde les salieron muchas islas y alguna gente de indios, y algunos de ellos les salieron de paz y otros de guerra, con quien tuvieron refriegas, y el Fernan Muñoz salió herido en una mano y otros soldados. Y en esto se volvió adonde estaba el general habiendo corrido por la costa. El general mandó que se buscase puerto para dar lado á los navíos y componerse para poder navegar, y habiéndole buscado el piloto mayor con el maese de campo y no le hallando, se acordó en aquel puerto adonde estábamos se hiciese lo que en otro cabo se habia de hacer, y se adobasen los navíos allí; y así salimos todos con nuestra ropa y casas y todo lo demas que en el navío habia, y puesto á recaudo se comenzó á dar lado á los navíos.

Un dia, oyendo misa, oimos grita; acudimos allí, vimos que estaban matando los indios un español y corrian tras de otro que le habian herido, los cuales se habian salido á cortar palmitos, habiéndonos sido mandado que no saliese ninguno. Este mozo que mataron era gallego. Y de aquí adelante se puso una guardia, aunque no nos faltaron trabajos con los indios, muchas veces dándonos arma cada dia. Visto el general que los navíos estaban ya aderezados y que los bastimentos se iban ya acabando, pidió consejo á los pilotos y capitanes de lo que se debia de hacer, pues ya tenian noticias de esta isla; y asimismo si se debia poblar ó buscar mas tierra, á lo que respondió Hernan Gallego que no habia tiempo para buscar mas islas porque cada dia se comian los bastimentos, y las jarcias de los navíos se gastaban mas, y que para poblar habia muy poca gente y que estaba la mas enferma; que los indios estaban todos de guerra y que entre ellos no podian vivir, y que si mas se tardaban no podrian volver á dar noticias á S. M. de lo que habian visto.

A este parecer se arrimaron los demas pilotos y soldados, los cuales dijeron que desde que estaban en servicio de Dios y de S. M. ellos venian en busca de buena tierra; que aunque esta lo era, no habia plata ni oro ni otro género de metal; que era bien dar la vuelta y que no era cosa poblar allí, porque tambien faltaban las municiones y los arcabuces estaban dañados que no se podian aprovechar de ellos, y los naturales de la tierra muchos y muy belicosos, y el reino de donde habiamos salido lejos de donde el socorro nos podia venir tan presto; y que nos fuésemos á dar cuenta á S. M. de lo que habiamos visto, y que mandaria lo que fuese servido. Uno ó dos soldados dijeron se poblase, y sobre esto dieron

([1]) « Este nombre recuerda el de las Tres Hermanas, islas descubiertas por Surville en 1769, y reconocidas por Entrecasteaux en 1792. Pero el autor de nuestra relacion la pone en el camino que siguieron los navegantes yendo al oeste de Guadalcanar, en tanto que, segun los navegantes modernos, las Tres Hermanas están al este de esta isla. » (E. Dul.)

sus razones; y al fin el maese de campo y los religiosos dijeron que no convenia, porque en el Perú habian informado al licenciado Castro que era muy cerca de Lima esta tierra, y que lo mas largo estaba seiscientas leguas, el cabo de *Cruces* y costa de la Nueva Guinea que habia descubierto Iñigo Ortiz de Retes, que fué con Villalobos á Maluco. Y así se determinó que pasasen adelante en demanda de esta tierra. El general mandó se procurasen algunos indios naturales para traer, porque los que hasta entonces habian tomado eran huidos; y así se procuraron de buscar, aunque con harto trabajo; y así trajeron uno con su mujer y su hijo y otra muchacha. Pusiéronse á buen recaudo, porque no se huyesen, debajo de la escotilla.



Canoa de las Arsácidas (islas de Salomon), segun Labillardière.

El dia de San Lorenzo, comulgamos todos en tierra, y á los 11 de agosto nos hicimos á la vela y anduvimos barloventeando á vista de la isla de San Cristobal (1), y al cabo de ocho dias, con mucho trabajo, doblamos la isla y vimos la isla de Santa Catalina (2) y Santa Ana (3).

Y como traiamos el bergantin por popa, llevaba el navío peligro, y así le hubieron de largar, y en este tiempo reinaba un leste en este golfo. Y visto por el piloto mayor estos tiempos lestes y que las jarcias se acababan y se rompian cada dia, y que los marineros se iban acabando, dijo el general que no era cosa pasar adelante porque era perderse. Y mandó y rogó á los soldados que se lo dijesen, y mandó que se comunicasen con los pilotos y ellos á voces, y desde la una nao á la otra se trató este negocio y se resumió en que si pasaban adelante se perderian, y el general les mandó que por escrito le dijesen aquello, y ellos no solo por escrito sino por requerimiento se lo pidieron y con muchas protestaciones. Y así dijo que diesen la vuelta sobre los reinos del Perú y que no fuesen á Nueva España en ninguna manera. El piloto Hernan Gallego, hombre muy esperto en este oficio, le respondió que él lo trabajaria todo lo posible, mas que no se escusaba meterse al norte porque no se podian hallar temporales sino en pasando la equinocial, y metiéndose al norte y yendo mas de fuera habia de dar en costa de Nueva España. Y así fuimos navegando por el nordeste y otras veces al leste, las mas veces al norte y siempre á barlovento.

A los 7 de setiembre, por la mañana, vimos tierra por barlovento y nos hallamos dos leguas de ella, y dijo el piloto que eran los bajos de San Bartolomé y no la pudimos tomar. Y así vimos otros

(1) Las naves fondearon y el general saltó á tierra. Los isleños quisieron oponerse. Hacian gestos y contorsiones, dice Figueroa; rascaban la tierra con sus piés y con sus manos, y corriendo despues á la mar, arrojaban agua al aire. Se siguió una escaramuza en la que murió un indio; los españoles visitaron entonces una aldea en la cual hallaron tantos cocos y almendras que cargaron uno de los navíos.

(2) « Esta isla fué vista en 1762 por Surville, en 1790 por Ball, y en 1792 por Entrecasteaux. Es una isla elevada, de tres ó cuatro millas de circuito. Latitud sur, 10° 54′; longitud este, 160° 8′.

» Segun las observaciones de Entrecasteaux, se encuentra por 10° 53′ 50″ de latitud sur, y por 160° 6′ 30″ de longitud este. » (E. Dul.)

(3) Arribaron, segun Figueroa, y hallaron puercos y gallinas. Los indios atacaron á los españoles con audacia, y cuatro de ellos salieron heridos. Entonces los españoles hicieron fuego y mataron á dos indios. Sus cuerpos estaban pintados de diversos colores y sus cabezas adornadas con hojas de árboles; llevaban una especie de faja en la cintura.

bajos, los cuales estaban á sotavento. Habia muchas corrientes. Y saltando el maese de campo y algunos soldados vieron bohios en un montecillo apartados unos de otros', y hallamos comida fresca y gallinas, y entre algunas alhajas que se hallaron se halló un escoplo que primero habia sido lima, por donde se sospecha que en esta isla han estado españoles.

Habiéndonos embarcado y navegado dos leguas, vimos una vela aunque no vimos el casco, y deseosos de saber de ella nos tuvimos en relinga y así la perdimos de vista. Y seguimos nuestro viaje hasta ponernos en altura de 21 grados y vimos una isla despoblada, la cual nombramos la isla de *San Francisco*. Tiene al rededor muchos arrecifes. Esto fué víspera de San Francisco, por el mes de octubre. Y así navegamos hasta 30 grados y los 32. Habia ocho dias que no nos hablábamos con la almiranta, porque se quedaba por pasar, y visto que no llegaba amainamos; ella hizo lo propio; tornamos á echar velas para darles á entender que habian de hacer lo propio y que la habiamos esperado; y con todo eso no aprovechó. Aquella noche fuimos las velas bajas y otro dia no la vimos (¹), y así fué forzoso esperar todo el dia, y cuando llegó, el piloto mayor y el general riñó á los pilotos, mas con todo eso otro dia se nos quedó y no la vimos mas, y porque crecia la mar los vientos no la hubimos de esperar hasta llegar al cabo de Corrientes. Y navegando por 32 grados se alargó mas el viento, de suerte que nos fué forzado amainar y estar mas al través, y así nos estuvimos hasta la tarde domingo 18 de octubre. Cargó tanto la mar de viento, aunque no tanta mar como viento, que en lo poco que duró fué cosa nunca vista. Y el piloto dijo que era huracan deshecho, y así todos comenzamos á rezar las letanías, encomendándonos á Dios. Cargó tanta mar y viento por la banda de sotavento que nos anegó el batel y nos puso la nao debajo de la mar. Los frailes nos consolaban con palabras santas, y rogándonos que nos perdonásemos unos á otros y suplicásemos á Nuestro Señor nos favoreciese. Y así los que estaban enemistados se abrazaron unos con otros, y juntos fuimos á ayudar á los marineros. El piloto mandó dar alguna vela con el trinquete para arribar en popa é ir corriendo con poca vela, y no se hubo bien zado cuando fué hecho mil pedazos y llevádolo el huracan. Y visto esto y que no habia llevado el trinquete, y que la nao no queria arribar, y que cargaban mas golpes, y que el batel se iba perdiendo, y que era tanta el agua que entraba que estaba ya la nao muerta debajo del agua, con mucha presteza clavamos la escotilla y echamos la barca á la mar, con tanta facilidad, que solos ocho hombres la echaron.

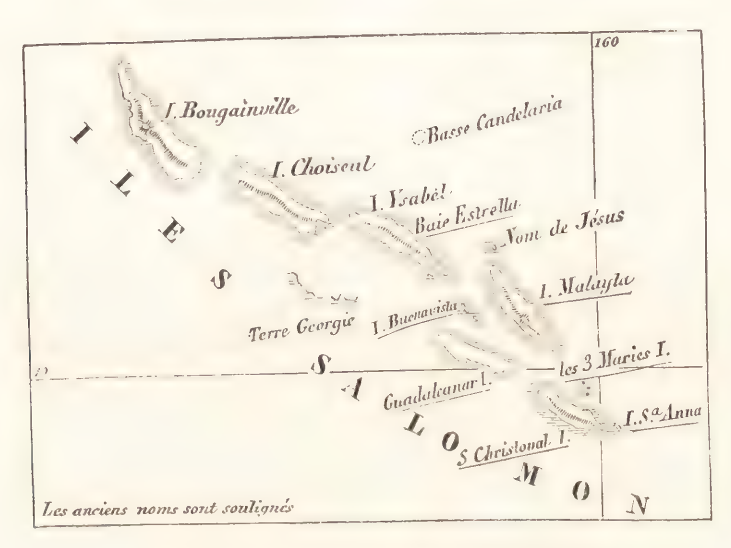
El piloto andando buscando remedio de un cabo á otro, dijó que se pusiese un poco de vela con algunas frezadas, y no aprovecharon porque era tanto el viento que las llevaba. Y como á mas andar se entraba mas la mar en la nao, fué acordado que se cortase el árbol mayor, y cayó de tal manera que no hizo nada de daño. Tornóse al remedio de las frezadas, y con ellas y con haber derribado el árbol y dar á la bomba á muy gran priesa, parece que se alivió algo la nao. Y visto que la nao se comenzaba á aliviar dimos muchas gracias á Dios por ello y hicimos muchas promesas á Nuestra Señora que nos sirvió de abogada en este trance. Y así nos compusimos aquella noche y de allí adelante como mejor pudimos con velas viejas que traiamos, hasta que hubimos el altura de 28 grados donde tuvimos otra noche otra tempestad, y esto era á 21 del dicho mes, tan grande como la pasada. Y andaba la mar tan alta y tan brava que estaba toda ella blanca y espumosa. Duró esta tempestad hasta otro dia, y como la nao venia ya tan desmochada, pasámoslo mejor, y siempre tuvimos de aquí adelante refriegas de mar de cuando en cuando que nos espantaban con el miedo que ya teniamos cobrado.

Y en estas desventuras y miserias nos sobrevino otra que fué de harto trabajo, que fué venirnos faltando el agua, y la que habia estaba tan podrida y hedionda, con las cucarachas que se habian metido dentro, que no habia persona que la pudiese beber; y el bizcocho infestado de la sociedad de las cucarachas, y tan carcomido y podrido, que no habia persona que lo comiese. Y junto con esto hubo que acortar las raciones, que no fué poco trabajo, y esto los mismos soldados lo pidieron, vista la afliccion en que estábamos, y no saber en donde ni cuando habiamos de ver tierra.

Y así las miserias fueron creciendo y las raciones menguando, y así enfermaron muchos de una en-

(¹) La almiranta era el segundo navío de la armada, y el que a mandaba estaba subordinado al general ó al comandante de la capitana.

fermedad muy usada en esta mar, que es un crecer las encías de tal manera que se cubren los dientes, y cuando acuden con dolor de riñones mueren, y cuando no todavía escapan. Vino otro mal aun y á muchos, el cual fué irse quitando la vista, principalmente á marineros que en siendo de noche no veian



Mapa de las islas de Salomon, segun Dumont de Urville.

cosa. Para remedio de nuestra sed no nos pesaban las brisas, aunque venian con tempestades, por poder gozar del agua que se recojia en las sábanas. Al cabo de algunos dias vimos un pedazo de palo por la mar, y por ser anuncio y buen pronóstico de nuestra situacion y que estábamos cerca de tierra, echamos un marinero al mar con un cabo y nos lo trajo á la nao, del cual hicimos una † y le pusimos en el trinquete, y de los restos otras muchas que nos pusimos al cuello.

Fué tanta la miseria y desventura en que nos hallamos en este golfo, que estuvimos en muy poco de dar vuelta sobre las Filipinas en donde está el gobernador Miguel Lopez de Legaspi, para de allí, habiéndonos compuesto y rehecho de las cosas necesarias, volvernos con los temporales que ellos saben. Y un dia, aunque con mucho nublado, un soldado que velaba vido tierra, habiendo visto primero unas yerbas que llaman correderas, y así con mucho trabajo nos hallamos en un puerto, en 22 grados, y de aquí vinimos navegando hasta el puerto costa de Nueva España, habiendo subido antes 31 á 32 grados, y de aquí vinimos navegando hasta el puerto de Colima al cabo de cinco meses de navegacion (¹). Tomamos el primer puerto de la Nueva España el dia de año nuevo (²).

La relacion que hizo Mendaña de sus descubrimientos no parece que despertó en el Perú el mayor entusiasmo. En suma ¿qué habia descubierto? Unas islas que por ningun carácter particular se diferenciaban de lo que se habia hallado hasta entonces; que no ofrecian sino productos conocidos ya, y de las cuales no habian traido ningun metal precioso.

Sin embargo, Mendaña puso en las nubes el mérito de su navegacion; exageró la riqueza de las nuevas islas que llamó *islas de Salomon*, « con el fin, dice Hakluyt, de que suponiendo los españoles

(¹) Desde el archipiélago. El viaje habia durado trece meses y once dias, admitiendo las fechas de la relacion.

(²) Aquí termina la relacion de este primer viaje de Mendaña, con una « Memoria de las cosas de comida » que se hallaban en las islas recien descubiertas; despues de esta lista hay una nota en el manuscrito original, de letra distinta, que dice asi : « La nao almiranta, despues de tres meses que se habia apartado de la capitana, entró en el mismo puerto de la Navidad, sin saber dónde ó cómo, porque no traia buen piloto, á 25 de febrero del año de 1569. » (M. U.)

Segun Figueroa, Mendaña arribó á las costas del Perú á principios de marzo de 1568.

que eran aquellas de las que Salomon sacaba sus tesoros, concibiesen un vivo deseo de poblarlas.»

Pero ya habia pasado el tiempo en que la opinion pública se entusiasmaba con promesas; se querian hechos, y algunas barras de metal habrian causado mas impresion que toda la elocuencia del navegante. Unicamente los espiritus superiores habrian sabido comprender los grandes resultados que podria haber tenido aquel punto de partida; desgraciadamente, la España estaba entonces empeñada en guerras muy costosas; y solo al cabo de veintisiete años Mendaña, á fuerza de perseverancia, consiguió obtener el mando de una nueva espedicion ([1]).

SEGUNDO VIAJE DE MENDAÑA ([2]).

En 1595, armaron una flota de cuatro navíos, en los que embarcaron unos cuatrocientos hombres, bajo el mando de don Alvaro de Mendaña.

Su mujer, doña Isabel de Barretos ([3]), y sus tres cuñados, quisieron acompañarle en esta espedicion.

Pedro Fernandez de Quirós, que debia ilustrarse mas tarde como gefe de otra empresa, fué nombrado piloto mayor.

El objeto era establecer primero una colonia en la isla de San Cristobal ([4]).

Esta isla debia servir de puerto avanzado para proseguir las esploraciones en el hemisferio meridional, y descubrir al fin ese continente austral, objeto de todas las ambiciones, cuya existencia parecia segura y en cuyas riquezas se fundaban las mas grandes esperanzas.

La armada se componia de cuatro navíos.

La capitana, mandada por Alvaro de Mendaña, se llamaba el *San Jerónimo*. (La mujer de Mendaña, sus tres cuñados, el maese de campo Pedro Merino Manriquez y el capitan Pedro Fernandez de Quirós, piloto mayor, iban á bordo de la capitana.) En el navío almirante, llamado *Santa Isabel*, iban el almirante Lope de Vega y dos capitanes. Una galeota llamada *San Felipe* tenia por capitan á Felipe Corzo. Finalmente, una fragata llamada *Santa Catalina* estaba á las órdenes del teniente Alonso de Leyla. La tripulacion se componia de 368 personas, la mayor parte casadas; 208 se hallaban en estado de tomar las armas.

El 11 de abril de 1595, las cuatro naves salieron del Callao (puerto de Lima); arribaron en la costa á Chereppe (puerto de Santiago de Miraflores), y luego al de Payta, para completar en estos dos puntos las tripulaciones y las municiones.

El 16 de junio, las naves salieron de Payta.

Al cabo de una navegacion de mas de un mes que no ofreció nada de notable, el 21 de julio, dia de Santa Magdalena, á eso de las cinco de la tarde, y hallándose á 1,000 leguas de las costas del Perú, vieron una primera isla que asomaba al noroeste cuarta de norte á la distancia de 10 leguas, y la llamaron *isla de la Magdalena*. El júbilo fué general; cantaron un *Te Deum*; creian haber llegado ya al término del viaje.

Al otro dia se acercaron á tierra y á un puerto que estaba cerca de un monte. Inmediatamente se vieron rodeados por setenta canoas en las cuales habia unos cuatrocientos indios casi blancos, bien hechos, de hermosa estatura y absolutamente desnudos. Con el dedo señalaban su isla y su puerto; ha-

([1]) El rey escribió en 1594 á don G. de Mendoza, marqués de Cañete, virey del Perú, que aprestara cuatro navíos bajo el mando de Mendaña, y que embarcara en ellos hombres y mujeres del Perú.

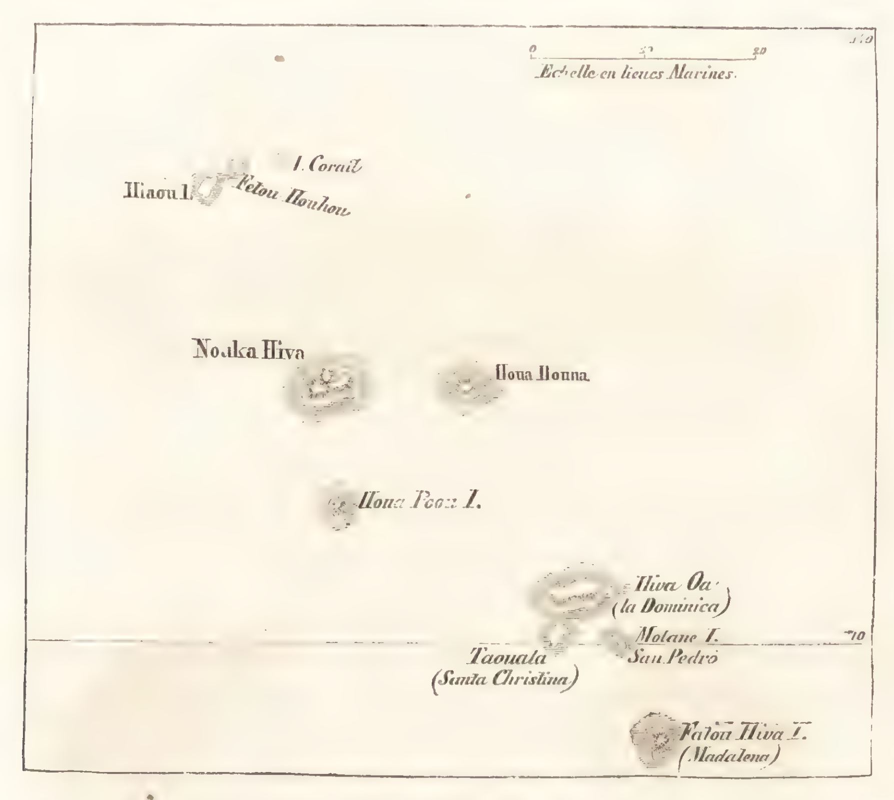
([2]) Nos han servido para la relacion de este segundo viaje: 1° *Sucesos de las islas Filipinas*, obra publicada por Morga en Méjico, en 1609; 2° la obra citada ya de Figueroa: *Hechos de Don Garcia Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete*, lib. 6, p. 238 y siguientes.

No teniendo á la vista estos originales para restablecer los testos en nuestro idioma, traducimos el estracto del autor francés. (M. U.)

([3]) Otra señora, doña Beatriz, formaba parte de la espedicion. Se supone que era la mujer del almirante Lope de Vega.

([4]) La isla descubierta por Mendaña el 11 de agosto de 1567.

blaban en alta voz y repetian á menudo *Alalut* y *Anatur*. Llegados á las naves presentaron cocos, cierto manjar hecho como pasta, buenos plátanos y agua. Cojieron á uno de la mano y le hicieron entrar en la nave; entonces unos cuarenta de ellos, animados por el buen recibimiento que les hacian, subieron á las naves y aceptaron regalos, pero en breve se pusieron á robar todo cuanto veian á mano. Les dijeron



Mapa de las islas Marquesas.

que se retirasen; ellos no quisieron hacerlo; entonces descargaron una pieza de artillería y todos saltaron al mar y se volvieron nadando á sus canoas. Uno solo se mantuvo firme al pié de una mesa sin que fuera posible arrancarle de allí. Habrian hecho bien en conservarle sano y salvo, pero un soldado le hirió con la punta de la espada, y el indio enseñó su herida á los demas isleños, que le recibieron en sus canoas.

Entonces se trabó batalla. Los indios ataron una cuerda á un mástil y quisieron llevar la nave hácia la isla, pero en vano. Uno de ellos, que llevaba un quitasol de hojas de palmera, les formó en órden de batalla; otro, un anciano que se distinguia por su larga barba, amenazaba á los españoles con los ojos y con los ademanes. Todos se animaron al combate. Algunos agitaban palos á guisa de lanzas, como si quisieron traspasarlos. Otros tiraban piedras con hondas y de una pedrada rompieron un brazo á un soldado. Dispararon los arcabuces, y aunque la pólvora estaba mojada, salieron algunos tiros. El de la barba larga murió con ocho ó nueve de sus compañeros, y otros salieron heridos. Dice un testigo que era espantoso oir el ruido y los gritos de aquella muchedumbre que se enredaba en las canoas, pues todos los salvages trataban de esconderse unos detras de otros.

Por fin cesaron las hostilidades, tres indios con ramos verdes de los que pendia una cosa blanca, llegaron á pedir la paz; parecian desear que fondearan en su puerto; pero como no quisieran hacerlo así, se retiraron dejando algunos cocos.

Les pareció que esta isla tenia 10 leguas de circunferencia; es una isla hermosa, elevada, cubierta

de monte hácia el mar, y muy poblada. Mendaña declaró que no la conocia y que no era una de aquellas en cuya busca habia salido.

A poca distancia vieron otras tres islas. La primera, á la distancia de 10 leguas, fué llamada *San Pedro;*



Vista de Tauata (Santa Cristina.)

tenia hermosos plantíos y era bastante llana. Les pareció que podia tener 4 leguas de circunferencia. La segunda recibió el nombre de la *Dominica.* Su aspecto era encantador; veíanse en ella risueñas llanuras, y colinas, y por todas partes árboles plantados simétricamente.



Retrato de un hombre y de una mujer de las islas Marquesas.

Quisieron acercarse á la costa, y al punto acudieron indios en sus canoas; eran mas negros que otra cosa. Entre ellos habia un anciano de buen aspecto que traia en la mano un ramo verde guarnecido de blanco. Gritaban con toda la fuerza de sus pulmones para que llegaran á la isla, haciendo señales con

sus grandes sombreros y señalando la tierra, pero el batel enviado á buscar el fondeadero no pudo acercarse. El piloto contó que uno de los isleños que entró en el batel, sin esfuerzo ninguno, levantaba con su mano una gruesa ternera por las orejas. Tres indios fueron á bordo de la capitana, y despues de haber estado allí un rato, uno de ellos cojió de repente una perrita muy linda, lanzó un grito, y luego los tres se arrojaron al mar con bastante gracia y llegaron á nado á su canoa.

La última isla al sur recibió el nombre de *Santa Cristina,* y su puerto situado al oeste, en forma de



Grupo de isleños del puerto de Madre de Dios, en la isla Santa Cristina.

herradura, se llamó de *Madre de Dios*. Esta isla solo está separada de la Dominica por un canal de una legua de ancho, claro, límpido y de un buen fondo. Hallaron en esta isla escelente agua dulce, gallinas, puercos, y frutas esquisitas de varias clases (¹).

El grupo entero recibió el nombre de *las Marquesas de Mendoza,* en honor del gobernador del Perú (²).

El dia de Santiago (25 de julio), el almirante envió en el batel al maese de campo con veinte soldados, á fin de que buscara un puerto y agua en la isla Cristina. Saltaron á tierra en buen órden, al redoble del tambor. Unos trescientos isleños daban vueltas en torno de la tropa. El maese de campo les hizo señal de que se acercaran, aunque sin pasar una raya que trazó en la tierra, lo que ellos ejecutaron trayendo cocos y otras frutas. Las mujeres se acercaron tambien; eran hermosas y amables. Hicieron señal á los hombres de que llenaran las pipas, pero ellos contestaron que podian hacerlo los españoles, y cojiendo cuatro de las pipas se fugaron con ellas, por lo cual les hicieron algunos disparos.

El 28, el comandante fué á tierra con su mujer al mismo puerto, donde mandó decir una misa que los isleños oyeron arrodillados, con mucho silencio. Una india muy hermosa se acercó á doña Isabel, y

(¹) Quirós, en una carta al virey del Perú, dice que esta isla y las otras tres de que se hablará luego, se hallaban pobladas de gentes del mejor carácter.

(²) Las islas Marquesas ó Nuka-Hiva, visitadas por Cook en 1774, ocupadas en 1842 en nombre de la Francia por el almirante Dupetit-Thouars.

viendo que tenia el cabello rubio, la pidió por señales un rizo; mas como Isabel retrocediera, la india se retiró por temor de causarla un desagrado.

El pueblo es muy afable, mas que en ninguna otra nacion india. Pero apenas Mendaña estuvo de regreso á bordo, cuando los soldados que se habian quedado en la isla con el maese de campo trabaron



Salvage pintado de las islas Marquesas.

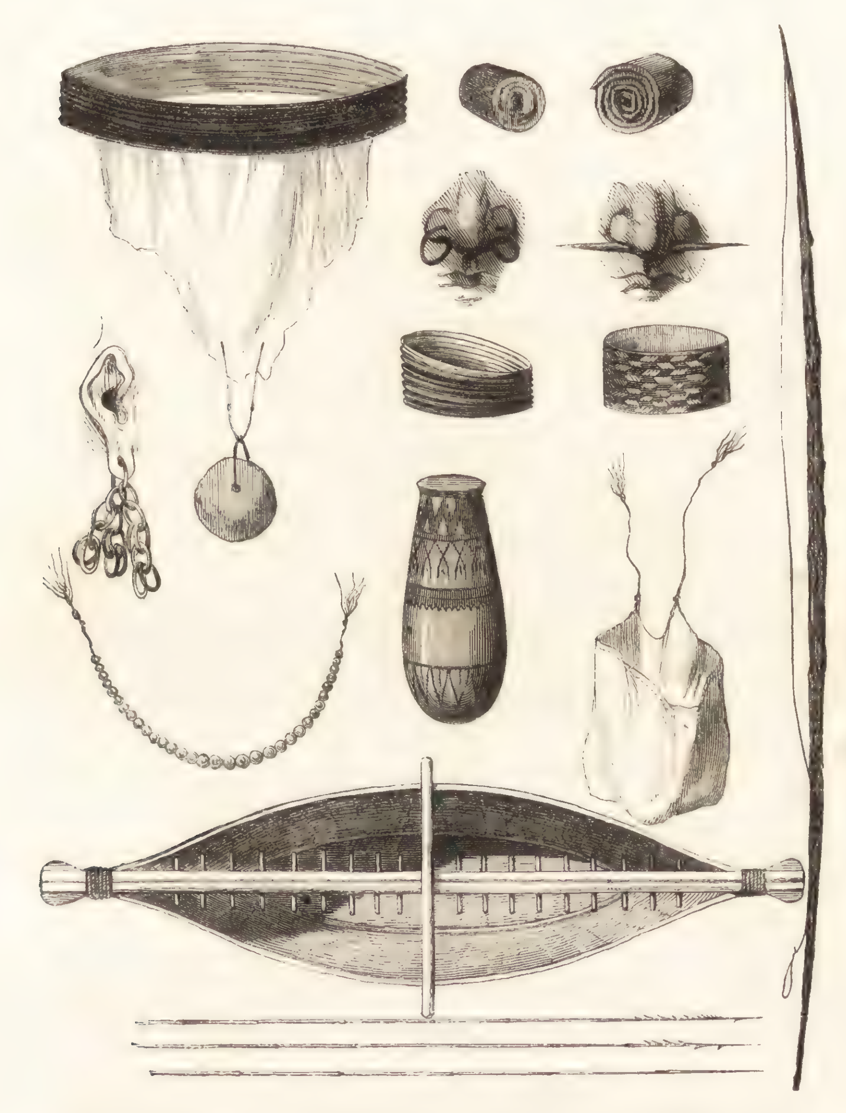
disputa con los naturales y vinieron á las manos. Los indios acometieron á los españoles á pedradas que solo causaron una herida á un soldado, y luego llevándose sus mujeres y sus hijos corrieron al monte, donde se fortificaron. Los soldados les persiguieron con los arcabuces. Por la mañana y por la tarde lanzaban todos á la vez una especie de grito que resonaba horriblemente en las rocas. Se respondian de cuadrilla en cuadrilla, demostrando que querian hacer daño á los españoles; pero no consiguieron nada. El maese de campo estableció tres cuerpos de guardia para la seguridad de los marineros que hacian agua y de las mujeres de la tripulacion que se divertian á la orilla del mar.

Viendo los isleños que sus lanzas eran armas muy desiguales contra los arcabuces de los españoles, volvieron á hacer señales de paz y se llegaron amistosamente á los soldados con frutas en las manos. Parecia tenian necesidad de algunas cosas que no habian sacado de sus cabañas, y suplicaban con ademanes que les permitiesen ir á buscarlas. A su vuelta trajeron muchos víveres al cuerpo de guardia, y estaban muy afables con los españoles. Uno de ellos cobró tanta amistad al capellan que este le enseñaba á hacer la señal de la cruz y á pronunciar *Jesus* y *María*.

De este modo las dos naciones entablaron buena amistad, los españoles y los indios se paseaban

juntos y se preguntaban recíprocamente cómo llamaban el sol, la luna, el mar, etc. Se escuchaban con el mayor placer, y los indios al separarse no dejaban nunca de decir : Amigos, camaradas.

Los del cuerpo de guardia propusieron por señales al camarada del capellan el llevarle á bordo de la almiranta, á lo cual respondió con alegría : Amigos. El comandante le recibió muy bien. Le sacaron



Armas é instrumentos de los indígenas de las islas Marquesas, segun Dumont de Urville.

vino y dulces, pero no quiso comer ni beber. Admiró mucho el ganado y preguntó como se llamaban aquellos animales en español. Miraba con sorpresa la nao, los mástiles, las velas, las cuerdas. Quiso verlo todo y consideraba cada cosa con un cuidado que no parecia propio de un salvage. Decia *Jesus* con frecuencia. Al cabo de un buen rato pidió que le llevaran á tierra, pero les tenia ya tanto afecto que cuando supo su marcha lo sintió mucho y pidió que le llevaran á bordo.

Esta isla Cristina, situada bajo el 9° paralelo, está bien poblada, y tiene muchos montes y valles donde los naturales han hecho sus casas. El puerto que mira al oeste, en forma de herradura, es estrecho de

entrada, con buen fondo de arena sobre 30 brazas en medio y 12 cerca de la orilla; tiene una hermosa fuente de agua dulce que sale de un peñon ([1]). Los naturales de esta isla están mas curtidos que los de la Magdalena; pero con poca diferencia tienen la misma lengua y las mismas costumbres. Las casas están construidas con cierta simetría; las puertas son bajas y las ventanas están enfrente en la pared opuesta. En cada cabaña se acuesta mucha gente, por lo cual esas habitaciones les parecieron ser comunes. Las mujeres tienen el rostro y la mano muy bonitos, el talle fino, el cuerpo bien hecho, el cútis bastante blanco; en una palabra, son mejores, dice la relacion, que las mujeres mas hermosas de Lima. Se cubren desde el pecho hasta los piés con una vestidura hecha con un tejido fino de cortezas.

Cerca de la aldea vieron una especie de templete ó santuario formado con una empalizada, donde habia algunas figuras de madera mal trabajadas, á las que los isleños presentan por ofrenda diversos comestibles. Los soldados cojieron un puerco, y los naturales les detuvieron haciéndoles señal de que no tocaran á nada, pues era aquel un lugar respetable.

Las canoas son de una sola pieza, quilla, popa y proa, y están cubiertas con tablas y amarradas con cuerdas de coco. Las hay que tienen hasta treinta y cuarenta remeros. Las trabajan con huesos de pescados y con conchas que afilan en las piedras.

Las fuerzas, la estatura y el aire sano de los isleños son buenos indicios de la sana temperatura del clima. Los españoles no sintieron ni sereno ni rocío de la mañana. El aire es allí tan seco que la ropa mojada que dejaban en la tierra estaba seca á la mañana siguiente sin que hubiesen tenido la precaucion de estenderla.

El sol no incomoda mucho durante el dia, y por la noche no sabe mal una manta.

Los animales mas comunes son gallinas y puercos como los de Castilla ([2]). Hay una fruta gruesa como la cabeza de un niño, de un verde oscuro, que se pone mas claro cuando madura, que tiene en la corteza unas rayas atravesadas y de una figura oblonga; no tiene hueso ni pepita; la carne que tiene por dentro es una sustancia de poco jugo, pero muy delicada, sana y nutritiva ([3]). Las hojas del árbol son muy grandes y están recortadas. Otra fruta hay erizada de espinas como la castaña, pero seis veces mas grande. Otra aceitosa muy dura, bastante parecida á la nuez. Las calabazas son como en España, con la diferencia de que algunas especies tienen hermosas flores sin olor.

No visitaron el interior de la isla. Elevaron cuatro cruces en la ribera y en ellas grabaron la fecha del viaje.

El 5 de agosto, se dieron á la vela, navegando al oeste para continuar buscando las islas. Hicieron unas 400 leguas al oeste y al noroeste. Un dia, el vigilante gritó que creia ver la tierra que buscaban; lo que llenó á toda la tripulacion de una alegría que se cambió en tristeza cuando no vieron nada al acercarse; pues el agua y las provisiones comenzaban á faltar, y el desaliento, compañero ordinario de las empresas inciertas y laboriosas, principiaba á deslizarse entre los viajeros.

El 20 de agosto, dia de San Bernardo, las naos se hallaron enfrente de cuatro islotes bajos, arenosos, cubiertos de árboles y dispuestos como en cuadro de unas ocho leguas de circuito ([4]). No supieron si estaban habitados. Algunos dijeron, sin embargo, que habian distinguido dos canoas, pero era por los deseos que tenian de tomar tierra.

El general nombró estas islas de *San Bernardo*. Están á 10° 20′ de latitud sur, á 219 grados de longitud y á 1,400 leguas al oeste de Lima ([5]).

Despues de haberlas pasado, el viento cambió al sur y sobrevino lluvia con gruesos nubarrones de formas estrañas, que supusieron venian de tierra, tanto mas cuanto que se mostraban regularmente por el lado desconocido. Seguian navegando entre el 8° y el 12° paralelo sin desviarse un punto. El 29, descubrieron una isla baja, redonda, plantada de árboles y rodeada de calzadas; estaba sola y la pu-

([1]) En el puerto Madre de Dios.
([2]) «Las gallinas suben á los árboles y se alimentan en ellos.» (Fleurieu.)
([3]) Era el fruto del árbol del pan.
([4]) 12 leguas en cuadro, segun una carta de Quirós al doctor Morga.
([5]) Estas islas fueron reconocidas en 1765 por el comodoro Byron, que las nombró islas del Peligro (*islands of Danger*).

sieron *la Solitaria*. Se encuentra á 10° 40′ de latitud, 210 grados de longitud y á 1,535 leguas de Lima. Las embarcaciones fueron á tomar agua y leña, pero gritaron al almirante que se alejara por causa de las peñas ocultas bajo el agua. Al instante salieron de allí espantados por haberse visto entre tantos escollos.

Navegaron hasta el 7 de setiembre, con viento de sudeste. Por la tarde creyeron ver tierra ; pero era un grueso nubarron que cubrió todo el cielo y produjo una lluvia tan fuerte y tal oscuridad que ya no se distinguian los fanales. A la otra mañana, al amanecer, vieron tierra (1), pero al mismo tiempo entraron en gran cuidado porque ya no veian la almiranta (2). La tierra estaba rodeada de rocas muy peladas, y llena de montes y grietas. El pico era un volcan que no cesaba de mugir y echar chispas. Esta punta ó pico saltó pocos dias despues con un ruido espantoso, dando tal sacudimiento á la tierra que le sintieron á bordo de las naos, á 10 leguas de distancia.

El general habia enviado una fragata en busca del almirante. Sin embargo, cuando se acercaban á la tierra vieron llegar á ellos unas cincuenta canoas llenas de hombres que gritaban y alzaban las manos. Unos eran negros enteramente, otros tenian el color mas claro. Todos tenian los cabellos rizados y de



Archipiélago de las islas de Santa Cruz (3). — Véase el itinerario.

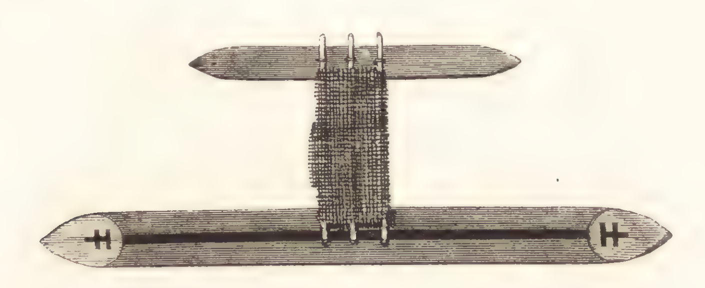
distintos colores, blanco, encarnado y demas, pues estaban pintados ; los dientes los tenian tambien teñidos de rojo ; la cabeza medio afeitada ; el cuerpo desnudo, salvo un velo de tela fina ; el rostro y los brazos pintados de un negro reluciente y con rayas de varios colores ; el cuello y los miembros cargados de cordones con granitos de oro, de madera negra, de huesos de pescados, y una cosa parecida á medallas de nácar de perla. Sus canoas eran pequeñas y estaban unidas de dos en dos. Llevaban por armas, arcos, flechas con puntas agudas endurecidas al fuego ó armadas de huesos y untadas con un zumo de yerba ; piedras muy gruesas, espadas de madera, y dardos de una madera fuerte con tres puntas de arpon de mas de un palmo cada una. Llevaban colgando del cuerpo unos sacos de hojas de palmera muy bien trabajados, llenos de bizcocho que hacian con ciertas raices de que se alimentan.

(1) Era la isla de *Santa Cruz*.

(2) No la vieron mas. Si doña Beatriz era la mujer del almirante Lope de Vega, estaba sin duda á bordo de la capitana con doña Isabel Barreto, pues sobrevivió y regresó á América.

(3) En 1767, Carteret, navegante inglés, reconoció este archipiélago que llamó *islas de la Reina Carlota*.

En cuanto el general les distinguió, dijo que los reconocia por los habitantes del país que buscaban. Nombraba las islas á cuya vista se encontraban. Sin embargo, cuando les habló la lengua que habia aprendido en su primer viaje, no pudo ni entenderlos ni hacerse entender. Ellos se detuvieron largo rato á mirar las naos, y aunque les animaron á subir á ellas, no quisieron.



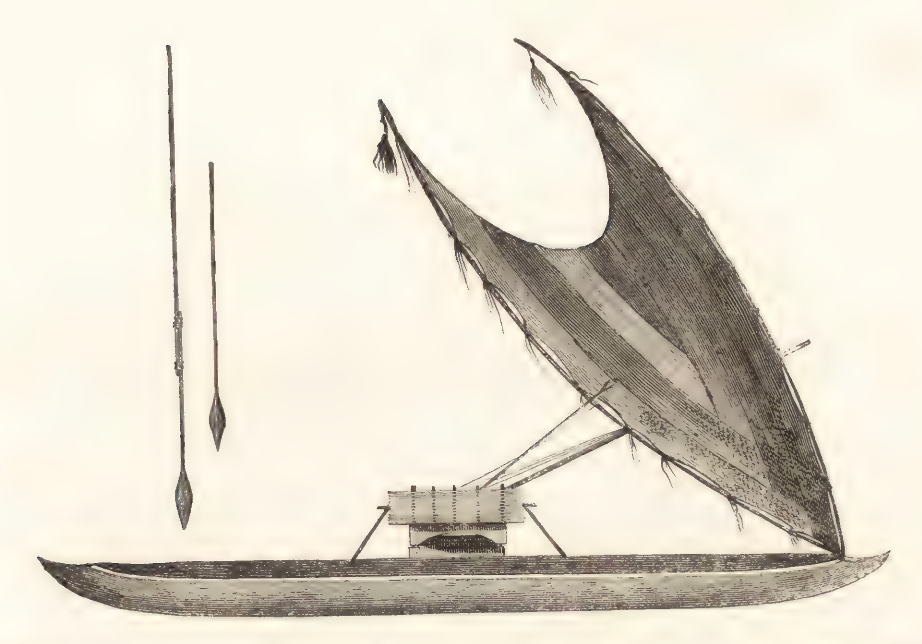
Canoa de Santa Cruz.

Despues de haberse hablado entre sí, tomaron de repente las armas, por consejo sin duda de un indio muy anciano que estaba á su cabeza. La palabra de este viejo era escuchada respetuosamente. Por fin lanzaron todos un grito y arrojaron sobre los navíos una nube de flechas que no hirieron á nadie. Los

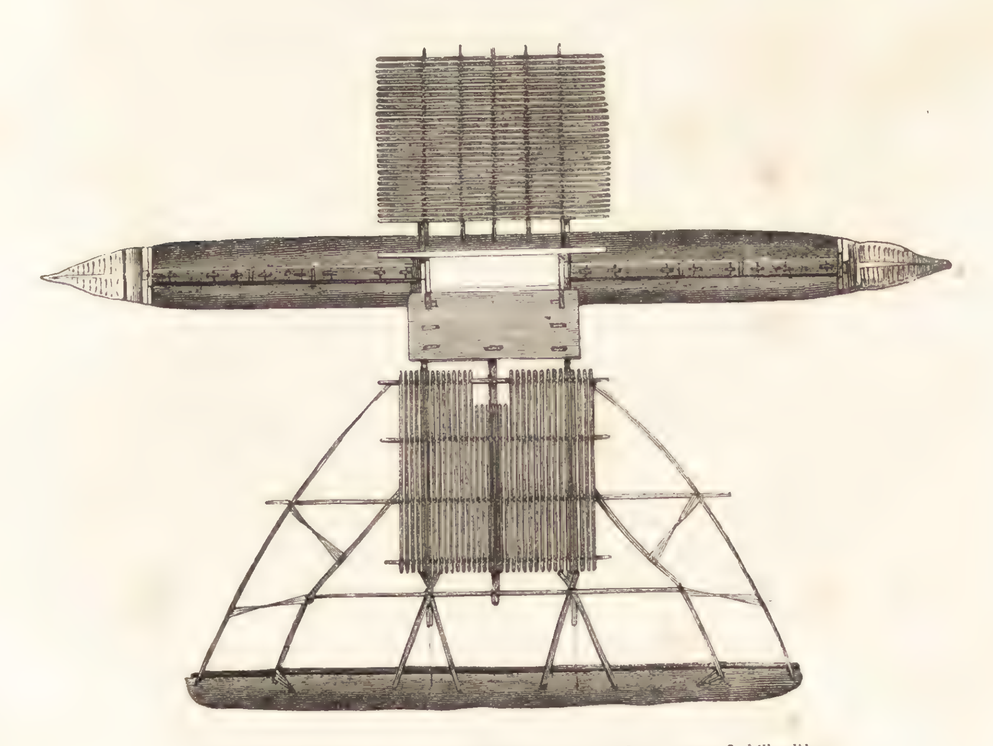


Canoa de la bahía de Vanikoro (islas de Santa Cruz).

soldados hicieron fuego, mataron á uno de los indios é hirieron á muchos, y entonces se fugaron todos llenos de espanto. En cuanto se vieron libres de su presencia, se apresuraron á acercarse á tierra; toda la tripulacion deseaba saltar á tierra, creyendo hallar remedio á sus sufrimientos. Los tres navíos dieron fondo á la entrada de una bahía poco profunda y de mal aspecto. Al subir la marea estuvo para echar



Remos grande y pequeño; plano y elevacion de una canoa del archipiélago de Santa Cruz, segun Dumont de Urville.



Plano de una canoa grande del archipiélago de Santa Cruz, segun Labillardière.

á pique el batel que se salvó con gran trabajo. Sin embargo, la fragata volvió sin haber encontrado á la almiranta, lo que aumentó la pesadumbre de los viajeros (1).

A la otra mañana, el general salió en un batel en busca de un puerto, y halló uno pequeño al noroeste del volcan, sobre un fondo de 12 brazas, cerca de una aldea y de un rio. Apostaron á un sargento con doce soldados para asegurar su posesion; pero los indios los atacaron con tal impetuosidad, que se vieron obligados á fortificarse en una cabaña, donde el batel les fué á buscar, despues que el cañon de las naos hubo dispersado á los salvages. El general encontró al otro dia un puerto mejor, con buen abrigo, sobre 15 brazas de fondo, cerca de un rio y de varias aldeas donde oyeron toda la noche los cánticos y danzas de los indios al sonido de un tamboril y de dos palos que pegaban en cadencia el uno sobre el otro (2).

A la llegada de los españoles, acudieron á verlos muchos de ellos con la cabeza y las narices adornadas de flores encarnadas. Algunos se decidieron á subir á bordo de la capitana, dejando sus armas en las canoas. Se presentó un hombre de buena traza, de rostro hermoso, aunque un poco curtido, delgado, de pelo cano, como de unos sesenta años, con un plumero en la cabeza de plumas azules, rojas y amarillas, y armado de un arco con flechas que tenian las puntas de hueso. Dos personas que parecian superiores á las demas, se mantenian á su lado. En sus adornos y en el respeto que todos le tenian, se conocia que era un hombre de distincion.

Preguntó al punto, por señales, en donde estaba el gefe de los estranjeros, y el general corrió á él con los brazos abiertos. Entonces el indio dijo que se llamaba *Malope*, y el general repuso que se llamaba *Mendaña*. Al punto, el indio quiso dar á entender que era preciso trocar los nombres; que él se llamaria Mendaña y que el general se llamaria Malope. Pareció estar muy satisfecho con este cambio, pues así que en la conversacion le llamaban Malope, hacia señal con el dedo, mostrando al general que era este Malope, y que él era Mendaña. Dijo tambien que se llamaba *Taurique*, lo que tomaron los españoles por un título equivalente al de gefe ó cacique.

El general le dió una camisa y algunos otros efectos de poco valor. Los soldados dieron á sus compañeros plumas, cascabeles, alfileres y pedazos de lienzo y de tafetan, y ellos se colgaron al cuello todas estas cosas. Les enseñaron á decir *amigos*, á estrecharse las manos y á abrazarse, lo que hacian á menudo cuando lo hubieron aprendido. Les mostraron espadas y espejos; les afeitaron la cabeza, y les cortaron las uñas de los piés y de las manos, lo cual les regocijaba sobremanera. Pidieron navajas de afeitar y tijeras. Levantaron las ropas de los soldados, y viendo que no formaban parte de sus cuerpos, se pusieron á hacer las mismas contorsiones que los de la primera isla.

Esto duró cuatro dias, y en este tiempo les dieron víveres.

Malope iba á menudo á ver á los españoles, y parecia estar muy satisfecho. Un dia, llegó con cincuenta canoas en las que habia escondido armas; subió á bordo de la capitana, mas viendo un soldado que por casualidad tomaba un fusil, saltó á tierra sin que fuera posible contenerle. Los suyos le recibieron con muchas demostraciones de alegría; pareció que se consultaban entre sí, y aquella misma tarde sacaron todo lo que tenian de las casas próximas al puerto. Toda la noche se vieron hogueras encendidas á la otra parte de la bahía, y las canoas iban y venian de un punto á otro, como si se dieran avisos y los hombres estuviesen preparando alguna cosa.

Al otro dia, habiendo ido algunos españoles á sacar agua del rio, cayeron en una emboscada de indios que los persiguieron á flechazos (3). Entonces hicieron fuego de las naos para obligarles á que se retirasen. Despues que hubieron curado á los heridos, el general envió al maese de campo con treinta hombres con órden de destrozarlo todo. Los indios hicieron frente y no se fugaron hasta que

(1) Véase la p. 195.

(2) Uno de los puertos de la bahía Graciosa, en la isla de Santa Cruz, llamada *Nitendi* por los naturales.

(3) Segun otra relacion, los isleños no atacaron á los españoles sino mas tarde para vengar la muerte de Malope su gefe. — Algunos soldados mal intencionados mataron á Malope, ese cacique amigo del general. Hasta entonces los españoles habian tenido amigos y enemigos; los naturales, irritados con la muerte de su gefe, se determinaron á atacarlos, y en vano Mendaña creyó ablandarlos castigando al culpable que fué ajusticiado, pues ellos se mantuvieron firmes en su resolucion. (Pingré, *Mémoire sur le passage de Vénus du 3 juin 1769*, p. 41.)

les hubieron muerto cinco hombres. Los españoles no tuvieron pérdida alguna. Les quemaron algunas canoas y algunas casas y cortaron las palmeras de las cercanías.

El capitan don Lorenzo fué enviado con la fragata en busca de la almiranta, y el maese de campo con cuarenta hombres en busca de una aldea india; quisieron probar si causándoles algunos perjuicios,



Gefes de Vanikoro (archipiélago de Santa Cruz), segun Dumont de Urville.

podrian dispensarse de hacerles otros daños mayores. Los indios estaban desprevenidos; siete de ellos sosprendidos en las casas que incendiaron, despues de haberse defendido con valor, se arrojaron en medio de los españoles sin hacer caso de su vida y perecieron todos, escepto uno solo que fué herido cuando se fugaba. El maese de campo volvió con su tropa y dos soldados heridos.

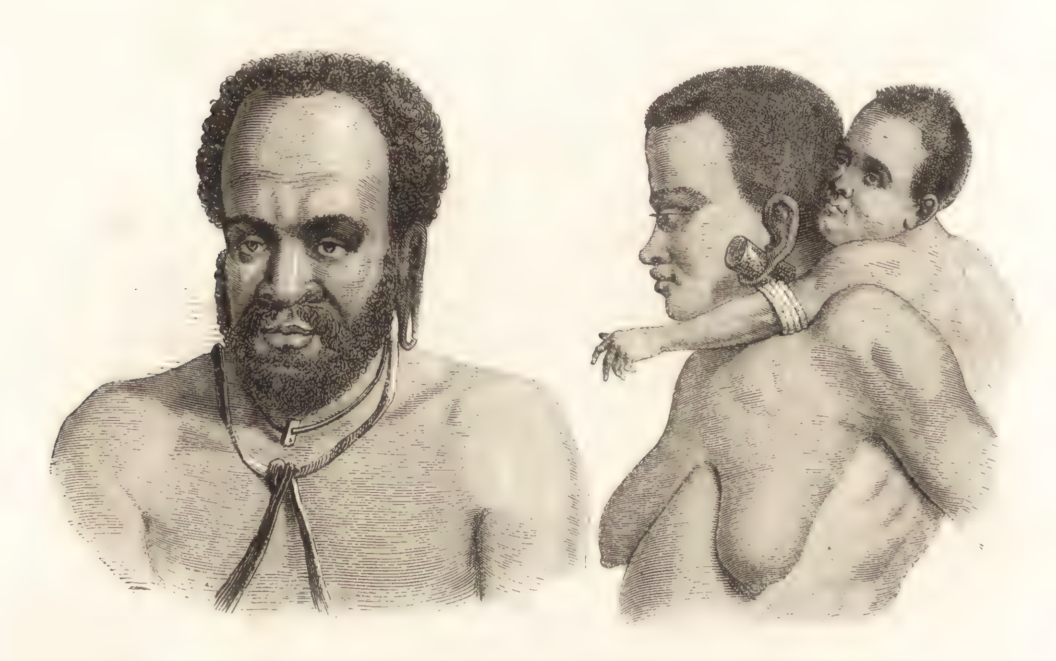
La aldea pertenecia á Malope que llegó por la tarde á ella, dándose golpes de pecho y llamando al general por el nombre de Malope mientras él se daba el de Mendaña. Por señales decia que le habian hecho injusticia; que no eran los suyos los que habian atacado á los españoles, que eran otros indios que vivian á la otra parte de la bahía, y preparando su arco daba á entender que se uniria á los españoles para vengarse, si estos querian. El general trató de darle alguna satisfaccion, y se hicieron nuevas protestas de amistad por entrambas partes.

El dia de San Mateo (21 de setiembre), las naos fueron á un puerto mejor en la misma bahía. Don Lorenzo volvió sin haber visto á la almiranta. Dijo que al dar vuelta á la isla habia visto á la banda del norte una bahía mas poblada y mejor que la otra en donde estaban; que un poco mas allá habia visto dos islas muy pobladas; que á 8 leguas á la banda del sudoeste, habia descubierto otra de unas 8 leguas de circuito; que á 10 leguas al noroeste habia tres mas pobladas de mulatos de color claro, llenas de palmeras y con muchas entradas y canoas.

La escuadra pasó á esa bahía. Los salvages estuvieron toda la noche, mugiendo y gritando con voz muy clara : Amigos. Al amanecer, arrojaron flechas y piedras; pero como estaban demasiado apartados, se lanzaron á nado dando gritos, y cojieron las boyas de las naos que creian arrastrar á tierra.

Don Lorenzo marchó contra ellos en el batel; una parte de la tropa tomó escudos para cubrir á la otra, y sin embargo las flechas los atravesaron de parte á parte, hiriendo á dos españoles. Aquellos bár-

haros se batian diseminados, saltando y demostrando tal valor que los españoles conocieron que no quemarian sus casas impunemente. Parece ser que al principio creian que los arcabuces no hacian daño; pero cuando vieron que habian muerto dos de ellos, se desengañaron y abandonaron el campo de batalla llevándose sus muertos. A la otra mañana, el maese de campo llevó su tropa á un promontorio



Habitantes del archipiélago de Santa Cruz, segun Dumont de Urville.

donde queria comenzar la fundacion de una casa para la colonia; pero los soldados no aprobaron su proyecto, sobre todo aquellos que estaban casados, y fueron á decir al general que elejian un lugar mal sano; que era mejor establecerse en una aldea de los indios donde hallarian casas edificadas ya y mas sanas, puesto que habian sido habitadas. El general, á sus ruegos, saltó á tierra y reunieron á toda la tropa.

..... Hubo sediciones; el maese de campo, convicto de haberlas escitado ó fomentado, fué condenado á muerte con sus cómplices. El dolor que estos tristes sucesos causaron á Mendaña unido al cansancio del viaje y á las desventuras continuas que sufria, le llevaron en pocos dias al sepulcro. El 17 de octubre, hubo un eclipse total de luna; este astro, al salir del horizonte, estaba ya totalmente eclipsado. Mendaña, por su testamento, que apenas tuvo tiempo de firmar, nombró capitana de la flota á doña Isabel Barreto, su mujer, y capitan general á don Lorenzo Barreto, su cuñado. Murió á la una de la tarde el dia despues del eclipse, á la edad de cincuenta y cuatro años, y le enterraron en la isla con toda la pompa que podian permitir el lugar y las circunstancias.

Las hostilidades entre los españoles y los indios, enemigos irreconciliables despues de la muerte de Malope, se renovaron al fallecimiento de Mendaña. El capitan don Lorenzo Barreto, herido en una pierna en un combate, espiró el 2 de noviembre; y poco despues murieron el capellan, su vicario y un ermitaño que se habia embarcado para tener cuidado de los enfermos.

La tripulacion estaba tan decaida con tantas fatigas y enfermedades, que veinte indios de resolucion la habrian aniquilado.

Por esto, se decidió la suspension de la empresa; hicieron agua y leña, y se embarcaron todos el 7 de noviembre.

Luis de Andrada, enviado aquella misma tarde á buscar los víveres necesarios, saltó á un islote que llamó la *Huerta* por su fertilidad y su hermosura.

La gobernadora reunió á los pilotos y les dijo que tenia la intencion de dejar aquella isla para dirijirse á la de San Cristobal, á fin de ver si encontraban á la almiranta (¹); y de allí marchar á Manila con la



Habitantes del archipiélago de Santa Cruz, segun Dumont de Urville.

idea de reclutar sacerdotes y soldados y volver despues á dar la última mano al establecimiento. Quiso que cada cual diese su parecer, y ellos le dieron por escrito y firmado : todos opinaban lo mismo que la gobernadora. Quirós añadió que se comprometia á no abandonarla si regresaban con el mismo propósito de establecer una colonia en la isla de Santa Cruz.

Por la tarde, Quirós fué á bordo de la capitana y de la galeota para dejar las provisiones necesarias y para dar las órdenes convenientes sobre el camino que debian seguir. Por la noche, saltaron á tierra para recojer el cuerpo de Mendaña y llevarle en la fragata hasta Manila.

Las tres naves, en muy mal estado, salieron el 18 de noviembre; el 19, se hallaron á 11 grados; miraron atentamente y no descubrieron ni la almiranta ni la isla Cristobal.

Quirós, previa la órden de la gobernadora, mandó navegar hácia Manila, y las naos pusieron la proa al norte noroeste con un viento de sudeste. Querian apartarse de Nueva Guinea que juzgaban próxima, pues temian encallar en las islas que la circundan. Quirós habria deseado reconocer aquella tierra, pero el mal estado de las naos no les permitia detenerse.

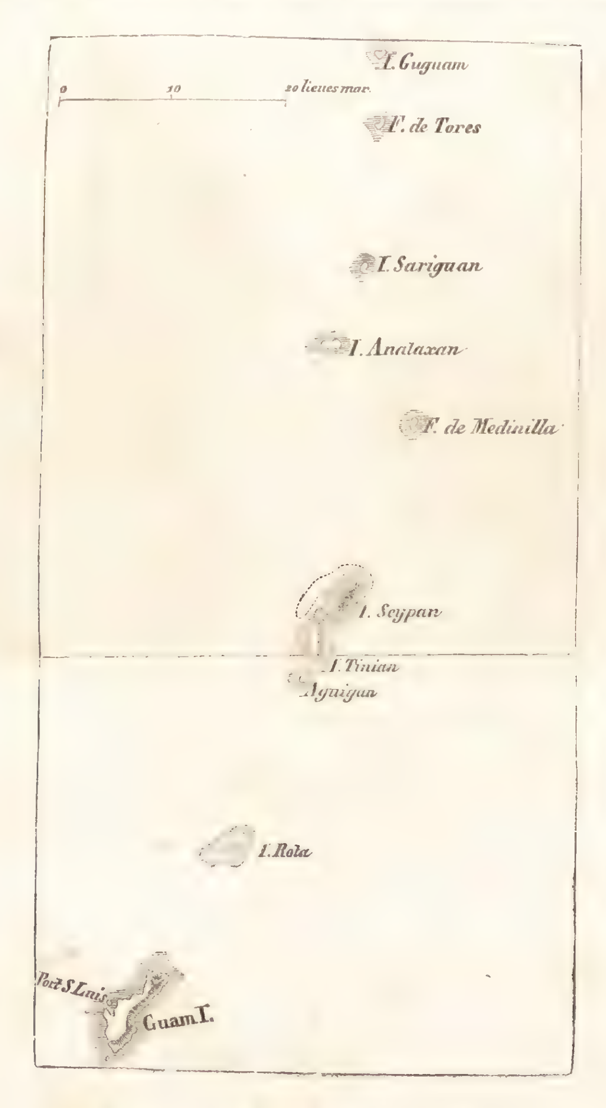
El 10 de diciembre, se hallaban á medio grado de latitud austral; ya habian observado que la galeota se desviaba (²); la gobernadora envió á decir al capitan que seria castigado como traidor, pero la nao se hallaba en tan mal estado que este capitan creia que su perdida era infalible; y por esto en la noche siguiente cambió de rumbo, y desapareció.

Las enfermedades seguian causando pérdidas á la tripulacion; apenas se pasaba dia sin que arrojaran

(¹) Véase la p. 195.
(²) Llamada *San Felipe*, capitan Felipe Corzo.

uno, dos, tres y hasta cuatro cadáveres al mar. El estado de las jarcias de la nao no era menos triste: todo estaba usado ó podrido, y nada se podia cambiar porque no habia nada de repuesto.

Navegaron al norte noroeste hasta el martes 19 de noviembre, que estaban á tres grados y medio de latitud boreal. La fragata apenas podia seguir. Quirós propuso muchas veces abandonarla, recibiendo á



Mapa de las islas Marianas, ó de los Ladrones (¹)

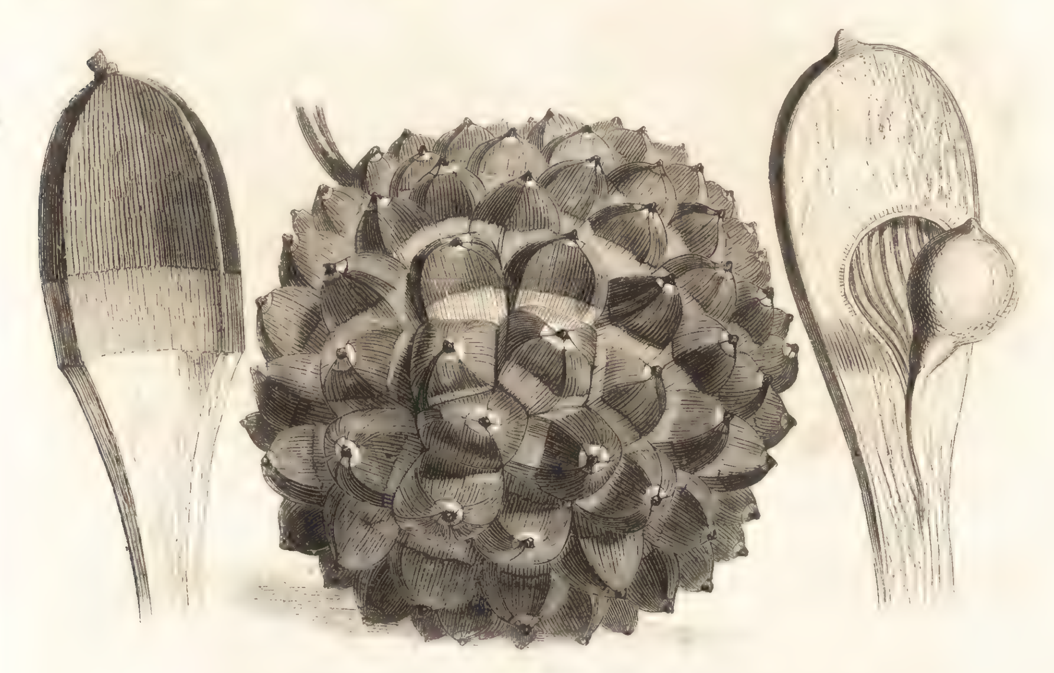
toda la gente á bordo de la capitana; pero la gobernadora no fué de esta opinion. Por la noche, perdieron de vista á la fragata. Quirós hizo que la esperaran hasta la tarde del dia siguiente, pero al fin los soldados perdieron la paciencia y continuaron haciendo rumbos del norte noroeste hasta el sábado siguiente que descubrieron una isla hácia la cual navegaron con la intencion de buscar víveres. Pero venia la noche; Quirós, temiendo los escollos, mandó cambiar de rumbo; le obedecieron mal y se quejaron todos. Entonces él se puso á la maniobra y cambió la direccion como él queria. Al amanecer, reconocieron

(¹) Véase el itinerario.

que Quirós habia obrado prudentemente; sin él estaban perdidos. Ni aun en medio del dia pudieron arribar á la isla, tantos eran los arrecifes y los escollos que la rodeaban.....

Veian indios que salian de esa isla y de las otras que estaban próximas en sus canoas con velas y sin ellas, y llamaban á los navegantes haciendo señales con las manos. Por la tarde, un indio salió de las bahías solo en una canoa: pasó muy lejos de los viajeros para que pudiesen distinguir si llevaba barba (pues se hallaban en el paso de los isleños barbudos); les pareció un hombre alto, desnudo y con cabello lacio. Iba comiendo una cosa blanca, y llevaba á su boca medio coco en el que sin duda bebia. No quiso acercarse á los navegantes por mas señales que le hicieron.

Esta isla se encuentra á 6 grados de latitud norte, es redonda, está cubierta de árboles, y las costas están guarnecidas de rosales. A 3 leguas al oeste hay cuatro mas y otras muchas mas pequeñas. A la banda del sur parece tener mejor entrada.



Fruto del *Pandanus odoratissimus*, árbol de las islas Marianas, según Choris.

Siguieron navegando á rumbos del norte noroeste. El lunes 1° de enero, á 14 grados de latitud, fueron en derechura al oeste con viento fresco; tanto que el 3, por la mañana, descubrieron las islas de *los Ladrones* (¹) donde querian ir.

Pasaron entre *Guam* y la *Serpana* (²). De Guam salieron muchas canoas tan ligeras como si fueran de corcho. No cabe en cada una mas que un hombre, aunque lleva un mástil con su vela. El hombre gobierna con una mano y con la otra arregla la vela; no necesita volver, porque la barca tiene dos proas. Si vuelca, el hombre se arroja al agua como un pez y la hace dar la vuelta con el hombro. En tierra, lleva su barca al pié de un árbol, sobre el cual hace su habitacion como en un nido, y vive de su pesca.

Estos isleños llevaron á bordo muchas frutas y peces que cojen en el hueco de las rocas. Todos caen en sus redes, salvo el caiman, el tiburon y la caella, que no atreviéndose á cojerlos, los adoran como divinidades. Les pagan un tributo de frutos de la tierra que dejan en el agua en una barca sin gente; la barca en un instante se hunde. Estos isleños tienen el color oscuro, y andan desnudos hombres y

(¹) Las islas Marianas.
(²) Isla Seypan.

mujeres; son fuertes y valerosos. Desnudos y descalzos se meten entre las zarzas y saltan de peñasco en peñasco como los ciervos. Los españoles no sabian como gobernarse para comerciar con ellos; no querian oro ni plata; pero mostraban mucha avaricia por el hierro, sobre todo por las hachas y los cuchillos, pues con el hierro se cortan los árboles y se trabajan las maderas.



Aldea en la isla Guaham (islas Marianas).

Los soldados que fueron á tierra vieron muchas de esas habitaciones que tienen en los árboles. Las chozas que habia en el llano, eran sepulturas que contenian esqueletos enlazados unos con otros. Son los huesos de sus antepasados que adoran como divinidades, y cuyas almas creen que pasan despues de la muerte á los cuerpos de los tiburones y los caimanes. Tambien adoran al sol y á la luna.

Quitan los huesos de los cadáveres, queman las carnes y se tragan la ceniza mezclada con *tuba*, que es un vino de coco. Lloran á los difuntos todos los años durante una semana, y para esto alquilan un crecido número de lloronas. Ademas, todos los vecinos van á llorar á casa del difunto, y esto es recíproco entre ellos. A estas fiestas acude mucha gente, porque hay en ellas banquetes opíparos. Lloran toda la noche y se embriagan durante el dia. En medio de los lloros recitan la vida y los hechos del difunto desde el instante de su nacimiento hasta su fin, y hablan de su fuerza, de su estatura, de su belleza, en suma, de todo lo que puede honrarle. Si en la relacion se tropieza con algo chistoso, todos se echan á reir á carcajadas, y luego de repente beben un trago, y continuan llorando á mas y mejor. A veces hay hasta doscientas personas en estos ridículos aniversarios [1].

[1] Figueroa cuenta una aventura singular. Dice que en 1568 Lopez de Aguirre y Lorenzo Chacon pasaron por esos lugares yendo á Filipinas. Un soldado de los que habian ido á tomar agua y que se habia apartado de sus compañeros, encontró á un salvage de unos quince años desnudo y sin armas, que con muchas caricias le invitó á ir á cojer frutas cerca de allí; el soldado, sin cuidado ninguno, se prestó á ello, y de repente el muchacho le tomó en brazos y echó á correr sin que el español se atreviera á gritar, temiendo que acudieran otros salvages. El salvage se reia á carcajadas. Por fortuna, cuatro españoles que estaban en el monte cortando leña, salieron, y al verlos el muchacho soltó su presa. Cinco años despues este salvage fué cojido y llevado á Manila para ser bautizado. El isleño confesó á Lopez de Aguirre que su intento habia sido matarle, comer sus sesos, beber sus cenizas despues de haber quemado su carne, y guarnecer una cabaña con sus huesos. — El presidente de Brosse, traductor francés de esta aventura, dice que no le inspira ninguna confianza.

La nao continuó navegando al oeste bajo el 13° paralelo norte. El piloto mayor Quirós, que desconocia aquellos lugares, marchaba por conjeturas, buscando el cabo del Espíritu Santo de las Filipinas. El 14 de enero, descubrieron la cumbre de una montaña. La alegría fué tan grande como si hubieran estado á punto de saltar á tierra. La mayor parte de los hombres de la tripulacion no podian tenerse en



Paisage de la isla Guaham (islas Marianas).

pié; estaban hechos unos esqueletos que no podian subir á cubierta sin sostenerse unos á otros. Sin embargo, la nao navegaba lentamente, pues el piloto no dejaba la sonda de la mano; mas sus buenas razones para no ir de prisa no eran escuchadas entre aquellos hombres perdidos de miseria y de trabajos. La mar estaba brava, las cuerdas de la nao podridas; nada se podia hacer. La tripulacion desesperada queria fiarlo todo á la suerte y hasta se negaba á echar una mano cuando era preciso.

Por fin entraron en una bahía por un canal rodeado de bajos. Tres indios les mostraron el fondeadero. Uno de ellos era cristiano y hablaba un poco el latin, el otro era el mismo que el capitan inglés Tomas Candish habia tenido por guia en aquel laberinto. Estos indios pusieron muy contenta á toda la gente diciendo que se hallaban en el cabo del Espíritu Santo. Aquí les dieron víveres en abundancia, y tal era el hambre que muchos murieron por haber comido en demasía, y otros volvieron á caer en la miseria poco despues, pues hubo que andar mucho tiempo por entre aquellos estrechos donde debian perderse cien veces en los bajos.

El 1° de febrero, la gobernadora envió el batel á tierra con sus dos hermanos y siete de sus hombres, bajo pretesto de comprar víveres; pero los otros supieron que habian ido en derechura á Manila á dar parte de la llegada. No pudieron hallar salida en medio de tantos canales. Los víveres faltaban, y las canoas indias huian al verlos tomándolos por ingleses. Llegaron casi á la vista de Manila; pero el viento era contrario; la nao estaba desprovista de jarcias y la tripulacion se hallaba tan cansada que se adelantaba poquísimo. Los marineros se empeñaban en que el piloto hiciera encallar la nao y que todo el mundo saltase á tierra, diciendo que era mejor perder la nao que continuar en aquella situacion. El piloto no quiso jamas consentir en ello á la vista de las chimeneas de Manila y despues de haberse librado de los peligros de aquella navegacion. Les espuso la infamia de abandonar á tantas mujeres

y enfermos que pereceriań sin remedio antes de ser socorridos, y de escaparse ellos solos porque tenian la suerte de saber nadar y de hallarse algo mejor de salud. Por último, les declaró que de ningun modo consentiria en perder en el puerto mismo el fruto y la gloria de tantos trabajos y de los descubrimientos que habian hecho.



Vista de Manila (islas Filipinas).

En esto, vieron llegar en un batel al mayordomo del gobernador de las Filipinas con algunos criados. Su amo, advertido por un centinela de la costa, le enviaba á dar el pésame á doña Beatriz por su desgracia (1). Todos los de la nao echaron á llorar de alegría y tendian las manos hácia ellos. Estos se quedaron consternados y mudos de asombro á la vista de tantos enfermos y de tantos esqueletos desnudos y miserables que gritaban que se morían de hambre y de sed, y que les dieran de comer. Los otros no tenian fuerzas para decir mas que: *¡ Gracias á Dios ! ¡ Gracias á Dios !* y anunciaron la próxima llegada de un batel cargado de víveres y mandado por el alcalde mayor, que llegó en efecto con los dos hermanos de la gobernadora. En cuanto las provisiones estuvieron en la nao, se arrojaron sobre ellas sin órden, sin humanidad ni subordinacion; los mas robustos arrebataban por fuerza todo lo que podian á los que mas lo necesitaban. Otro batel cargado de provisiones fué repartido con mas igualdad. Por fin llegó otro con marineros vestidos de seda de todos colores que acudian á trabajar en la maniobra, de suerte que la nao fondeó muy luego y los navegantes saltaron á tierra á dos leguas de Manila, el 11 de febrero de 1596. La tripulacion habia perdido cincuenta personas en la travesía desde Santa Cruz.

En cuanto estuvieron en tierra, una porcion de personas movidas por la caridad ó la curiosidad corrieron á verlos, llevándoles tantos víveres que los llegaron á tener de sobra. Doña Isabel hizo su entrada en Manila al ruido del cañon; las tropas habian tomado las armas y recibió en la casa real las arengas de todas las corporaciones. Las mujeres y todos los hombres de la tripulacion fueron alojados en las

(1) Hemos visto que el marido de doña Beatriz, Lope de Vega, habia desaparecido con la almiranta. Sin duda se debe leer aquí doña Isabel.

casas particulares. Las mujeres se casaron casi todas en Manila, escepto cuatro ó cinco que se metieron monjas.

Nunca volvieron á ver la fragata, y supieron que la habian hallado encallada en una costa con toda la tripulacion muerta á bordo. La galeota llegó á Mindanao, donde los hombres, estraviados en la costa y muriéndose de hambre (pues no habian hallado en tierra mas que un perro que se comieron), encontraron por casualidad algunos indios que los llevaron á un hospicio de jesuitas. El corregidor de este lugar envió á cinco hombres de este buque presos á Manila, por las quejas del capitan quien dijo que le habian querido ahorcar. Al mismo tiempo escribió á don Antonio de Morga, diciéndole que habia llegado allí una nao española mandada por un capitan tan estraño como las cosas que contaba; suponia que era del viaje del general don Alvaro de Mendaña que habia salido del Perú para las islas de Salomon, y que la flota se componia de cuatro naves. (Los soldados presos declararon que la galeota se habia separado del general, únicamente porque el capitan se habia empeñado en seguir otro rumbo.)

QUIRÓS.

Pedro Fernandez de Quirós, despues de haber acompañado á Méjico á la viuda de Mendaña, doña Isabel Barreto, volvió á Lima, donde sometió á don Luis de Velasco, sucesor del marqués de Mendoza, dos memorias sobre la utilidad de este segundo viaje, suplicándole que le proporcionara los medios de proseguir las esploraciones que habia hecho con Mendaña. El virey respondió á Quirós que esta demanda escedia los límites de su autoridad; pero le entregó cartas de recomendacion para el gobierno español.

Quirós habia nacido en Evora ([1]) en Portugal. Habia estudiado á fondo para prepararse al estado de marino, y gastó toda su fortuna en las diferentes espediciones que le hizo emprender su aficion decidida á los descubrimientos.

La esperiencia que habia adquirido en el viaje de 1595 habia fortalecido su resolucion de consagrar su vida en busca del *continente austral* ([2]). Insistió con empeño cerca de la córte de España para obtener la direccion de una esploracion nueva ([3]); pero en vano esperó una resolucion favorable durante cinco años. Precisado á aplazar sus esperanzas, pasó á Roma en 1600, año del jubileo. El duque de Seissa, embajador de Castilla, le encargó que le enseñara á su hijo los elementes del arte náutico, y le presentó al papa, quien ejerció quizá alguna influencia en su favor cerca de la córte de España. A su regreso en este último país, repitió sus súplicas y logró inspirar confianza á Felipe III ([4]). « Deseando este rey, dice Torquemada, dar fin á la jornada y descubrimiento que á las remotas partes de el Austro comenzaron Hernan Gallego y Alvaro de Mendaña en diferentes tiempos y en el de Felipe II su prudente padre, » dió á Quirós los poderes necesarios para elejir y armar en Lima las dos naves que juzgara mas convenientes para esta espedicion.

Quirós se apresuró á aprovechar estas disposiciones favorables de Felipe III.

Marchó al Perú cerca del virey, el conde de Monterey, y dió pruebas de tanta actividad como prudencia en los preparativos de la espedicion que le estaba encomendada ([5]).

([1]) La Renaudière (*Biographie universelle* Michaud) dice que Quirós era español, pero no se funda en ninguna autoridad. Torquemada, á quien cita particularmente, no da noticia alguna sobre este punto. Barbosa y Solorzano, que conoció al hijo de Quirós (don Francisco Quirós, primer cosmógrafo del reino), dicen que el ilustre navegante nació en Evora.

([2]) Véase la p. 174.

([3]) Confiesa él mismo que dirijió al rey de España ocho memoriales sobre el mundo austral.

([4]) Felipe III habia sucedido en 1598 á Felipe II.

([5]) El testo que pone aquí el autor francés es el estracto hecho por Fleurieu de la relacion dada por Juan de Torquemada en su *Monarquia indiana*, primera parte, libro V; — nosotros, en lugar del estracto, reproducimos la mayor parte de la relacion de Torquemada. (M. U.)

Su armada, compuesta de dos navíos y de una zabra, los mejor construidos y mas fuertes en artillería que se han visto en aquellos mares, se dió á la vela del Callao el 21 de diciembre de 1605 y se dirijió al oeste sudoeste y al este, hasta 1,000 leguas de la costa del Perú sin ver ninguna tierra.

A esta distancia y á 25 grados de latitud meridional, descubrieron un islote bajo casi á flor de agua



Itinerario de Mendaña y de Quirós,

que podia tener como cuatro leguas de redondo; propiamente hablando, era una meseta de arena sobre la cual habia algunas arboledas : no hallaron fondo cerca de sus costas, que no ofrecieron ningun fondeadero á los navegantes.

Juzgaron que estaba despoblada y la llamaron la *Encarnacion.*

Continuando el camino al oeste, descubrieron diferentes islas que vamos á nombrar siguiendo el órden de su descubrimiento ([1]).

San Juan Bautista, á dos dias y medio de la primera; isla elevada y rasa de mas de 12 leguas de circunferencia, y á la cual no se pudo arribar.

([1]) Son las islas del archipiélago Pomotu, ó las islas Bajas, al sur de las Marquesas, al este de las islas de Taiti ó de la Sociedad.

San Telmo, á seis dias de la precedente; isla de 30 leguas de circunferencia, rodeada de un arrecife de coral, cuyo centro ocupaba el agua. No se vió ningun sitio propio para el desembarque y no se halló fondo en sus inmediaciones.

Las *Cuatro Coronadas,* cuatro islas á que tampoco arribaron á un dia de *San Telmo.*



segun Fleurieu y las relaciones.

San Miguel, á 4 leguas al oeste noroeste de estas últimas. Tiene 10 leguas de circunferencia, y les pareció infructuosa como las otras.

La *Conversion de San Pablo,* al oeste noroeste de San Miguel y á media jornada de navegacion.

A cuatro jornadas de la Conversion de San Pablo y á 18° 40′ de latitud descubrieron otra isla al nordeste que llamaron la *Decena* (¹), sin duda porque era la décima que descubrian.

Pasaron el dia con aguaceros (²), hasta que el siguiente, desde el tope mayor de gavia, con no pequeña alegría y general regocijo, dijo á grandes voces un marinero : «¡Tierra por la proa!» pero la causa principal de su alegría fué ver que despedia por diversas partes levantados humos (clara señal de ser

(¹) El *Osnabrugh* de Wallis, el *Boudoir* de Bougainville, el *Maitea* de Cook (archipiélago Pomotu).

(²) Aquí comienza el testo que copiamos de Torquemada. (M. U.)

habitada)... Mandó el piloto mayor ir á tomarla; enderezaron á ella las proas por la banda del norte, pero no hallándola puerto, la capitana se tendió al mar para montalla; mas aunque hizo diligencia no pudo; y así cazando á popa la cojió de enfrente, ordenando que fuese la zabra á buscar puerto quedándose con la almiranta barloventeando á su vista. Llegada la zabra cerca de tierra, dió fondo en diez brazas. Entretanto, nuestro capitan ordenó fuesen las barcas á tierra con cuarenta soldados, yendo con ellos Pedro de Sojo su alferez, y el sargento Pedro García de Lumbreras. Llegados que fueron á la rebentazon del mar, vieron en lo enjuto de las playas como cien indios que alegres les hacian señas; pero era imposible saltar en tierra, porque la mar batia con tanta fuerza en los peñascos que no dejaba en ninguna manera acercarse aunque lo procuraron diversas veces, no con pequeño riesgo de que alguna barca zozobrase, entrando por todas partes golpes de alta mar que los cubrian, mojando algunos de los nuestros arcabuceros, que les hacia notable daño.

Visto pues el poco remedio de saltar en tierra, determinaron volverse con harto pesar y tristeza de no poder cumplir su deseo, y mas de no poder traer á la armada las nuevas que deseaba tanto así de puerto (porque aunque la zabra habia surgido estaba en gran peligro por ser todo piedra y poco abrigo), como de agua de que llevaban sobrada necesidad y del trato de la gente; ya volvian atrás los barcos en demanda de los navíos con el pesar que hemos dicho, cuando con valeroso ánimo (no estimando el peligro), se levantó en pié Francisco Ponce, mancebo ogulloso, natural de Triana, y culpando la vuelta con determinacion, sin ver nada, se desnudó á gran priesa, diciendo que si al primer peligro que su suerte les ofrecia huian el rostro, que qué esperanza podia haber de salir con victoria en los venideros; pues era fuerza en tan apartadas regiones, tan lejos de la patria, en puertos no conocidos, mares no navegados y entre gentes bárbaras haber de pasar algunos; que él se determinaba aunque el mar le hiciese pedazos en las peñas llegar á tierra y procurar la paz con los indios; pues era de tanta importancia el hacerlo. Dichas estas palabras, se arrojó por la popa de la barca al agua, encomendándose á Dios, con un rosario al cuello, y en breve espacio llegó donde el mar, con furioso ímpetu, batia en los peñascos; y asiéndose con fuerza de uno salió arriba, aunque con cuidado de los bárbaros, que agradados de la determinacion del mancebo, salieron á recibirle, abrazándole con muestras de mucho amor y besándole á menudo en la frente, haciendo el español lo mismo por pagarles su voluntad y caricias.

Visto el animoso hecho de este español por los nuestros, queriendo imitarle, se arrojó tambien al agua Miguel Morera, natural de Ayamonte, y otros dos marineros del batel de la almiranta, arribando á tierra con el propio riesgo, donde fueron de los indios recibidos con el mismo gusto que los primeros. Traian en las manos los valientes bárbaros lanzas de palo grueso y tostado de 25 y 30 palmos de largo los unos; y los otros macanas hechas de madera de palma, y otros bastones gruesos.

Tienen su habitacion en casas pajizas á la orilla del mar, entre las palmas de que hay grande abundancia, sirviéndoles su fruto de comida y algun pescado del mar; viven desnudos, son de color mulatos; pero bien hechos de miembros y bien agestados. Trataron con ellos los nuestros por señas bien entendidas, que se viniesen algunos á los navíos, donde serian regalados y vestidos. Viendo no poder acabar con ellos lo que intentaban, dieron con alguna tristeza la vuelta al mar, nadando con animoso brio hasta llegar á las barcas, que recibidos en ellas diciendo lo que pasaba dieron la vuelta hácia los navíos; y visto por los indios se arrojaron al agua ocho ó nueve de ellos, y con algun miedo, aunque acariciados de los nuestros, llegaron á los bateles que viéndoles venir, se detuvieron; persuadiéronles á que se embarcasen, dándoles algunos cuchillos y otras cosas, con que mostraron alegría, pero no por eso quisieron fiarse de ellos. Volvieron á tierra donde los esperaban los suyos.

Viendo pues que la noche venia y poco el remedio de llevar indios á bordo, dieron vuelta á los navíos donde hicieron sabedor al capitan de lo sucedido, el cual mandó que aquella noche se pairase por la parte de fuera para que el siguiente dia se pusiese por obra lo que mas conviniese. Gastóse la noche en esto; pero venida la mañana se hallaron como ocho leguas apartados de aquel paraje, la costa abajo, causando á todos gran disgusto, viendo ser imposible volver atrás ni ver los indios; pero descubrióse la tierra enfrente que era la misma que habian dejado con harto placer y alegría, por entender hallarian en ella gente.

Echóse la barca de la capitana fuera, quedando las naos barloventeando por falta de puerto, yendo

con ella diez á doce hombres, con intento de buscar agua y gente, para seguir desde allí su camino en busca de su intento. Llegada que fué la barca al reflujo del mar, hallaron la salida tan dificultosa que si no era con peligro de las vidas apenas habia por donde; mas venciendo con animosos pechos el conocido riesgo, se determinaron (fiando en Dios) á echarse al agua; y así llegaron la barca hácia un peñasco, que cuando el mar reparaba algun tanto, su fuerza descubria punta, no dejando de ser combatidos de las olas, con furioso ímpetu por todas partes, metiéndose mucha agua en la barca, hasta que llegaron al peñasco, que viendo el alferez una breve ocasion de poder saltar, se arrojó á el, saliendo de allí á tierra, estribando en el venablo con el agua á la cinta; lo mismo hicieron algunos en aquel breve



Navío copiado de la estampa que se ve en la obra titulada : *Descriptio ac delineatio geographica, detectionis*, etc.; Amsterdam, 1612.

espacio, que el mar se habia retirado adentro, para volver con mayor fuerza á batir las peñas : los que habian quedado pareciéndoles que no llegaria tan presto el mar, aunque montañas de agua les amenazaban, se arrojaron al peñasco con los arcabuces y frascos en los hombros por no mojallos...

Llegados, pues, á un requesto que estaba cerca de la orilla y á la entrada de un pequeño bosque de palmas y otros árboles, se detuvieron á determinar por donde entrarian á buscar el agua tan deseada y juntamente alguna poblacion; y mirando al mar, vieron bogar á gran priesa el batel de la almiranta acercándose á tierra en que venian ocho arcabuceros. Esperaron á que saltasen en tierra para entrar juntos al bosque; llegada que fué su barca dejaron el agua con el mismo riesgo que los otros, á quien saludaron con suma alegría, comenzando su camino por el espeso bosque cortando algunos de los nuestros con las espadas las ramas, hasta que cerca de otra ensenada de mar muerta, que está de la otra parte de la isla, dentro del mismo bosque descubrieron una redonda plaza cercada de pequeñas piedras, y en la una parte de ella estaban algunas mayores, que se levantaban del suelo como codo y medio arrimadas á un árbol grueso y alto de cuyo tronco pendian muchas hojas de palmas tejidas, que caian sobre las piedras levantadas que estaban en forma de altar donde sin duda residia el enemigo de los hombres, donde engañando á los bárbaros que allí estaban, daba sus dudosas repuestas. Visto esto por los nuestros, deseando que donde era respetado el morador de las tinieblas se plantase la real insignia donde dió por nosotros la vida el Señor de la luz, comenzaron con fervor cristiano, con cuchillos de monte, á desgajar un árbol de que formaron una levantada cruz plantándola en medio de la plaza, y con sumo regocijo plantadas las rodillas en tierra, dieron á Dios alegres alabanzas...

Despedidos de allí con suma reverencia, salieron á lo llano en busca del agua, y viendo otro bosque-

cillo enfrente, se metieron en él donde en un pequeño prado por estar húmedo y fresco, cavaron por ver si podian descubrir el agua deseada; mas aprovechó poco la diligencia porque la que salió fué salobre, menguando la esperanza que hasta allí tuvieron y acrecentando la sed que llevaban; pero mitigóse en breve porque subiendo algunos á las palmas, que por allí habia, derribaron abundancia de cocos, bebiendo y comiendo de ellos. Y viendo que no habia órden de lo que se buscaba, cargados de ellos caminaron la vuelta de la playa, con el agua á la rodilla casi media legua, porque la fuerza de la mar despues que se quebranta en las peñas se tiende por la marina hasta la falda de los pequeños montes, juntándose esta mar con la que está de la otra parte de la isla, cuando está de creciente por un canal algo bajo y arenoso que está en medio de los dos bosquecillos.

Llegados pues á los bateles, temieron la entrada así por el riesgo que hubo en la salida como por ir muy cargados de los cocos y armas; pero Dios, que jamas se olvida de los que en su nombre trabajan, no queriendo pasase adelante su peligroso temor, ofreció á los bateles de improviso una angosta caleta donde entraron las barcas sin riesgo, llegando tan cerca de los que estaban en tierra; tuvieron lugar de saltar en ellas á pié enjuto. La barca de la capitana fué la primera que se hizo al mar, la vuelta de las naos, porque aun de la otra faltaban de embarcar algunos que detras venian algo lejos, por quien fué divisado en lo alto del bosque entre los árboles de él, un bulto, al parecer de persona, que con sobrado espacio caminaba.

Llegaron á él, y conocieron ser mujer, pero de tantos años, al parecer, que era maravilla poder tenerse en los piés. Parecia haber sido en su mocedad, de talle gallardo, y dispuesto; las facciones del rostro, aunque arrugado y seco, daban tambien indicios de no pequeña hermosura; dijéronle por señas que se fuese con ellos á las naos; la india, sin mostrar turbacion ni sentimiento, obedeciendo se fué con ellos á su batel, y en él á la capitana con harta alegría de los que la llevaban, y no menor despues del capitan y gente de las naves, viendo que no podia dejar de haber gente en la tierra, pues tenian ya primicias de ello. Mandó el capitan vestir la india y darla de comer y beber, con que mostró alegrarse, llevándola otra vez á tierra para que dijese á los indios que solo pretendia paz y amistad con ellos. Llegados que fueron caminaron con ella por la playa hácia otra que estaba enfrente, por ser la parte donde ella enderezaba el camino, señalando con el dedo que allí estaba su gente. Los nuestros, mirando hácia aquella parte, vieron venian por la otra parte del mar cinco ó seis piraguas, blanqueando las velas que parecian latinas, hechas de palmas y ellas tambien de madera blanca, bien labradas, angostas y largas por las quillas, las costuras trabadas con fuertes correones, hechos de la misma palma, que es el árbol con que se sustentan, y hacen de él sus embarcaciones, jarcias, velas y todas suertes de armas y vestidos con que las mujeres se adornan de la cintura abajo; dáles tambien sustento de comida y agua, y entiéndese ser de la que beben, porque los nuestros no la descubrieron en mas de dos leguas que por la tierra caminaron.

Llegados ya á la playa, los bárbaros tomaron con gran presteza sus velas, dejando surtas sus almadias, y saltando en tierra se fueron llegando á nuestra gente, haciendo ella lo mismo; mas apenas vieron la india cuando corrieron á abrazarla admirados de verla vestida, abrazando tambien á los nuestros con muestras de amor, á quien el sargento Pedro García salió, preguntando por señas cuál de ellos era el señor ó capitan; fuéle señalado un hombre robusto, de gallardo talle y brio, de fornidos y fuertes miembros, y ancha frente y espalda; traia en la cabeza una como corona hecha de plumas pequeñas y negras, pero tan delgadas y blandas que parecian de seda. Hácia la parte del celebro le caia un mazo de cabellos rubios y algo crespos, cuyas puntas llegaban á la mitad de la espalda, causando en los nuestros admiracion notable ver que entre aquella gente no siendo blanca, hubiese cabellos tan demasiadamente rubios, aunque creyeron eran de su esposa (porque supieron era el indio casado) [1]. Hiciéronle señas para que fuese en las naos donde seria regalado; él, mostrando holgarse, acompañado de su gente, se fué con la nuestra á la playa, embarcándose en el batel, haciendo lo mismo en él otros algunos indios; mas apenas fueron embarcados cuando temerosos de algun engaño se arrojaron al agua huyendo á tierra.

[1] Es probable que estos cabellos estaban teñidos de amarillo, ó empolvados con cal, lo que acaba por ponerlos amarillentos. Es un uso que se ha observado en las islas próximas á Nueva Guinea.

Quiso imitarles su capitan, pero conociendo el intento, los nuestros se abrazaron con él, bogando apriesa por apartarse de tierra; mas el bárbaro furioso, revolviendo á todas partes los brazos, se defendió, aunque le aprovechó poco su diligencia, y en breve arribaron con él á la capitana; mas no fueron parte para subirle arriba, por mas que lo intentaron, que visto por nuestro capitan, mandó que allí le vistiesen, dándole de comer y asegurándole con la paz; y para confirmacion de ella lo volvieron vestido y libre á tierra; y no fué de poca importancia la brevedad de su vuelta, porque los indios de tierra, que serian



Vista de la isla de O Taiti y de las piraguas de los naturales.

mas de ciento, viendo llevar preso al caudillo, cercaron á tres ó cuatro españoles que habian quedado en tierra porque los demas se habian embarcado, unos en el batel que llevó el indio, y otros en el que entonces estaba en la marina; y con lanzas y otros gruesos bastones estaban amenazando á los nuestros; lo cual visto por los de la barca y el peligro de los compañeros, saltaron en tierra cuatro ó cinco, con rodelas unos, y otros con arcabuces, y á gran priesa caminaron hasta meterse con los españoles amigos que caladas las cuerdas de sus arcabuces, hacian rostro á los indios con animosa determinacion; estaba con ellos Pedro García, el sargento.

Llegó pues, en esta ocasion, el indio capitan á tierra con que mitigaron su fuerza los bárbaros, y dejando á los nuestros fueron á recibir á su señor que con lágrimas de alegría se adelantó de nuestra gente á abrazarlos, diciéndoles el buen tratamiento que le hicieron, diciendo tambien ser amigos y venir de paz; los nuestros que en tierra estaban, recibieron al indio alegremente yéndose todos juntos á la playa donde estaban sus embarcaciones, diciéndoles por señas que querian irse á su tierra; los nuestros por hacerles fiestas y salvas, despues de haber sabido de ellos como por nuestra derrota habia grandes tierras, dispararon al aire los arcabuces, causando alguna confusion á la gente de las naves, porque imaginaron que la paz se habia rompido. Al fin embarcados los indios el capitan suyo se llevó á nuestra gente y abrazando al sargento con mucho amor, se quitó la corona de la cabeza y se la dió, diciéndole por señas que no tenia otra cosa de mas estima; con que se fué á embarcar á su piragua, y dando las velas

al viento fueron navegando la vuelta á un pequeño islote, y los nuestros la de las barcas en que arribaron á la armada, donde estuvieron aquella noche de mar en través hasta el siguiente dia, que fueron prolongando la tierra hácia el noroeste tomando en ella el sol en 17 grados y dos tercios ([1]). Cazaron luego á popa hasta 14 de febrero, que vieron una isla la vuelta del nordeste; corrieron á ella, pero por estar muy á sotavento, no pudo tomarse. Cazaron á popa, y otro dia vieron otra la vuelta del nordeste, pero tampoco se tomó por no darles lugar el viento. Corrieron hasta los veintiuno, que descubrieron



Habitaciones de los naturales de O Taiti.

otra por la proa al oeste; fueron en su demanda; pero por venir la noche se quedaron pairando cerca hasta otro dia, que fué la zabra á reconocer puerto; pero aunque lo halló era tan malo, y sin abrigo y el fondo tan cerca de tierra, que no se atrevieron á surgir las naves. Echáronse las barcas al agua, en que fueron cincuenta hombres á ver si la hallarian en tierra porque ya la necesidad les apretaba mucho. Hallaron en ella tanta abundancia de pescado que á mano se cojia, y pájaros de diversas suertes que tambien cojieron con la mano; era inhabitable y sin agua, que era lo que deseaban, pero abundante de palmas. Dejáronla al fin por inútil de lo necesario; tomóse en esta isla el sol en 10 grados y medio escasos. Córrese norte sur y tiene como ocho ó diez leguas de redondo; y pareja con el agua, y tiene en medio una laguna grande de agua salada, como muchas de las que atrás dejaron; púsosele por nombre *San Bernardo* ([2]).

Dejando esta isla, corrieron con poca vela aquella noche, siendo el viento á popa y fresco, temiéndole de tierra cercana porque les daban señales de ella muchos pájaros; así fueron hasta 2 de marzo que á

([1]) Llamaron á esta isla la *Sagitaria*, que, segun Fleurieu, es la isla O-tahiti, reconocida y visitada por todos los navegantes modernos. Esta opinion de Fleurieu está adoptada generalmente. — Las dos islas descubiertas despues, y cuyos nombres no están en la relacion de Torquemada, se llamaron la *Fugitiva* y la *isla del Peregrino*.

([2]) No hay que confundir esta isla con las cuatro que descubrió, en compañía de Mendaña, en 1595; Quirós, en una de sus Memorias al rey de España, la llama *Nuestra Señora del Socorro*.

la madrugada descubrieron tierra la vuelta del oeste. Repararon hasta salir el sol que fueron en su busca, tomáronla por la banda del norte, yendo la zabra delante; aquí despidieron la tristeza y pena que traian, porque en medio de ella vieron por el aire levantarse humos, señal manifiesta de ser habitada la tierra. Descubrió la zabra, cerca de la orilla, entre palmas, una poblacion de casas pajizas de donde salieron casi cien indios, que por los efectos, eran crueles enemigos, aunque no lo mostraban en sus rostros y presencias, porque era la gente mas gallarda, hermosa y blanca que en toda la jornada descubrieron; tenian mucho número de piraguas pequeñas, viniendo en cada una tres ó cuatro indios; son en estremo ligeras, hechas de solo un palo; vinieron en ellas á bordo de las naos haciendo ademanes, mostrando valor y ánimo, blandiendo muy gruesas lanzas que son las comunes armas que usan. Arrojáronles de las naos algunas cosas, así de comida como de vestir, acariciándoles para que se llegasen; pero ellos en tomando lo que se les daba remaban hácia fuera, dejándoles con pena.

Estando en esto, llegó una angosta piragua en que venia un arrogante indio dando voces, haciendo ademanes furiosos con piernas y brazos; traia en la cabeza un tocado hecho de palma y una como camiseta tambien de palma, pero colorada toda; y llegando al corredor de la popa de la capitana, donde estaban algunos mirando la braveza del indio; pero él ageno de temor, volviendo atrás el brazo, cojiendo la asta con entrambas manos, tiró un bote con intento de matar á uno de los nuestros que era don Diego de Tobar y Prado, alargándose luego en la piragua á grande priesa; pero fué venturoso en no haber allí entonces ningun arcabuz con que poder darle el pago merecido; pero aunque le dieron voces amenazándole, no por eso dejaba de llegarse de cuando en cuando á querer intentar lo que antes. Avisóse al capitan que estaba en el bordo de la nao, procurando con regalos y señas de amor acariciar á los indios para que entrasen en el galeon; y sabido por él entró en la popa admirado del atrevimiento del indio; y viendo lo que le habian dicho mandó se disparase al aire un arcabuz sin bala para que amedrentado se fuese; mas el indio, no mostrando temor del ruido, blandiendo la lanza cerca de nosotros, cercándonos la nave con su ligera piragua; pero no tardó mucho que no pagase con su vida su temerario atrevimiento. Echáronse las barcas al agua en que fueron sesenta hombres para defensa de la zabra, porque se echó al agua un grueso escuadron de indios estando surta en diez brazas; y llegando á bordo pareciéndoles cosa fácil procuraron echarla á fondo, aunque viendo que era imposible, trajeron de tierra un cabo largo, y atándolo á la proa de la zabra, intentaban llevársela á tierra; viendo otras veces que los de dentro procuraban cortarlo, se apartaron un tanto y amarraban el mismo cable al cable de la ancla, haciendo por todas vias la diligencia posible en ofender nuestra gente; mas llegadas las barcas se fueron nadando á tierra, cayendo algunos heridos y muertos de las balas que entre ellas daban, y entre ellos el indio que mas valiente se habia mostrado; y visto que por entonces no habia lugar ni órden de saltar en tierra, se volvieron las naves zarpando la zabra el ancla, por llegarse á ellas que algo mas afuera estaban surtas, aunque sobre aviso por temor de los vientos que por momentos se cambiaban por diferentes partes.

Acordó el capitan, con el parecer de los que mas lo entendian, que otro dia saltase gente en tierra bien armada para tomar leña y agua, por el gran deseo que tenia de subirse á altura en demanda de la madre de tantas islas. Viniendo el dia siguiente fueron las barcas, llevaron la zabra remolcando con sesenta hombres, llevando pífanos y cajas apercibidos para cualquier trance; y buscando el lugar mas seguro donde pudiese surgir la zabra, la llevaron remolcando cerca de unos arrecifes, donde aunque la mar batia con furioso estruendo, y no pequeño temor que daba á los nuestros, era el lugar mas acomodado que hallarse pudo [1]..... Estando en esto, llegó un indio con un coco de agua dulce, y preguntándole de donde la traia, dijo que de la otra banda de la laguna. Envió luego con él Luis Vaez de Torres siete soldados para saber donde la habia; los cuales guiándoles el agua fueron á sus chacaras ó huertas donde todos los indios se habian retirado, los cuales viendo á los nuestros salieron á darles la paz y tambien algunas mujeres de buena disposicion y hermosura, y algunas la tenian con sobrado estremo;

(1) Cuenta aquí Torquemada una refriega que al desembarcar tuvieron los navegantes con ciertos isleños; muertos algunos de estos hicieron la paz, y los castellanos fueron guiados por un indio que les llevó á la poblacion en busca de agua dulce. (M. U.)

y aunque es gente bárbara que nace y se cria en aquellas remotas partes, en medio del rigor del sol, del aire y frio (bastante causa para estar quemados y negros), eran demasiadamente blancos, principalmente las mujeres, que vestidas sin duda hacian ventaja á nuestras españolas acompañando su donaire y gracia con honestidad y vergüenza. Venian cubiertas de la cinta abajo con esteras ó petates blancos de palma delgada y bien tejida, trayendo otras hechas á modo de esclavinas tejidas de la misma palma con que cubrian las espaldas. Holgóse mucho nuestra gente viendo que por paz negociaba ([1])... Visto que en aquel lugar no habia agua ni puerto, determinaron dejar la isla, á quien pusieron por nombre *Gente Hermosa* ([2]): córrese norte sur y tiene seis leguas en redondo.

Dejada esta isla, fueron navegando su derrota en busca de Santa Cruz (isla que en otro viaje que habia hecho el capitan descubrió muy regalada y fertil, y donde halló muy buen acojimiento aunque por algunos desórdenes de los españoles hubo algunas muertes de ambas partes), que por estar en su altura gobernaron al oeste en su busca... Hasta 7 de abril corrieron siempre con el mismo viento, dejando tierra por entrambas bandas segun las señales de pájaros y piedras pomces que descubrian; y al fin este dia, á las tres de la tarde, de la capitana se descubrió una tierra al oeste noroeste, alta y negra á manera de volcan. Fueron en su demanda hasta que cerró la noche que por temor de bajos se echaron de mar en través hasta la madrugada, que fueron en su demanda y en medio del camino, como dos leguas de tierra, dieron en una laguna donde hallaron de doce brazas hasta quince de fondo. Estuvieron dos horas en pasarlo perdiendo luego el fondo: llegaron cerca de tierras, pero por ser tarde, les obligó á reparar hasta otro dia 9 de abril que se adelantó la zabra, y el capitan Luis Vaez de Torres con los bateles en que iban 50 hombres, prolongándola la vuelta del sudoeste por medio de otras islas pequeñas que hacian canal, que de lejos parecian ser una, descubriendo muchas casas por entre bosques y algunas en las playas.

Entanto la armada hallando un puerto apacible arrimado á las islas pequeñas, que estaban desviadas de la grande hácia el este, dió fondo en 25 brazas. Fueron las barcas á la tierra que estaba mas cerca, de donde se trajo alguna agua, plátanos, cocos y otras raices, palmitos y cañas dulces, con que volvieron á la armada dando noticia de lo visto y muestras de lo hallado, con que se pasó el dia hasta salir el sol de otro, que fueron las barcas y zabra para abrigo de ellas con cincuenta ó sesenta hombres, con intento de procurar la paz deseada; mas no largo trecho apartados de las naves, descubrieron un pequeño islote situado de la banda adentro de los arrecifes, un estado bien alto del agua hecho á mano de vivas peñas en que habria como setenta casas cubiertas de palma y esteras todas por de dentro; servíales de fuerte, porque, segun entendieron, allí se recojian cuando acaso indios enemigos venian á darles guerra, de las tierras convecinas, no dejando ellos de salir á hacer lo mismo en fuertes y grandes embarcaciones en que pueden con gran seguridad engolfarse. Llegando á la rebentazon del mar, pasaron la fuerza de ella entrando adentro donde apenas habia de fondo un estado, y navegando hácia el fuerte por ver gente en él, vieron atravesar pequeñas góndolas á las otras playas de la isla que estaba enfrente un pequeño trecho; y temiendo no intentasen ofenderlos, se apercibieron de los arcabuces por si acaso fuesen necesarios, mas los indios que no menos deseaban la paz que nosotros, con gran regocijo unos en las piraguas y otros por el agua que les daba al pecho, salieron á recibirnos acompañando á su valiente capitan que traia por bordon el arco, saludándolos; y luego los guió hácia el fuerte, pero los nuestros viendo que muchos indios robustos se llegaban á bordo, temiendo no zozobrasen alguna barca, los hicieron señas que se fuesen, lo cual hicieron luego volviéndose unos al fuerte y otros á la isla, dejando el mar desocupado; por lo cual fueron bien apercibidos de las armas hasta llegar á la ribera del pueblo donde una barca de la capitana llegó primero, saltando en tierra los que en ella iban, donde esperaron á que llegase la gente de la almiranta, que no tardó mucho en llegar haciendo lo mismo y juntándose todos que serian cincuenta, porque los demas se habian quedado en la zabra y bateles para guarda de ellos. Formando un escuadron, comenzaron á entrar por el pueblo caladas las cuerdas de las arcabuces, mirando con cuidado á todas partes con temor de alguna emboscada; mas en todo él no hallaron per-

([1]) El autor de la relacion refiere aquí el fin de la refriega que los castellanos tuvieron con los isleños. (M. U.)
([2]) Quirós, en uno de sus memoriales al rey de España, la llama *isla de Monterey* en honor del virey de Méjico

sona alguna; porque los indios que en él se habian entrado apenas nos vieron saltar en tierra, cuando por la otra parte se echaron al agua sin ser de nosotros vistos. Volvieron luego á la playa y señalando con un lienzo á la ribera de enfrente porque viniesen de paz; y los indios estuvieron esperando contentos de verlos echar al agua los unos, y los otros en las embarcaciones viniéndose á los nuestros. Mostrábase delante su caudillo con muestras de amor y alegría; traia en la mano derecha un cogollo verde de palma que dió á Luis Vaez despues de haberle abrazado, haciendo lo mismo á muchos de los que estaban delante, alegres todos de ver cuán facilmente se habia comprado la paz y en parte donde tenian la leña y agua tan deseada para seguir nuestra derrota. Llegaron en esto dos indios ancianos dejando sus armas en la ribera, y mano á mano se vinieron á los nuestros saludándoles con mucha humildad; entendieron por las señas ser padre ó tio de Tatiguen (que era el capitan).

Estaban los indios unos en una pequeñuela plaza que está á la entrada del fuerte y otros por las peñas, subidos admirándose de ver nuestras armas y trajes; no estando menos admirada nuestra gente de ver su agilidad y fortaleza de miembros; y viendo el seguro que habia y que el capitan habiendo enviado sus indios á la otra parte se quedaba con su hijo pequeño y con otros dos indios para la guarda del fuerte, procuramos descansar algun rato del cansancio pasado, haciendo dos cuerpos de guardia para mas seguridad, uno en la marina y otro en una plaza que estaba en la mitad del fuerte, donde puesta la guardia conveniente se desarmaron sentándose y acostándose por aquella floresta, recreándose con algunas frutas que les trajeron. Los indios vinieron con sus embarcaciones para llevar á las naves la leña y agua que habian menester. Hicieron en una casa del fuerte un altar donde se dijo misa, y toda la gente de la armada comulgó por ser entonces la Pascua florida.

Al cabo de los siete dias que en el fuerte estuvieron, no habiendo mas que hacer en la isla, determinaron de dar vela; pero juzgando que para su derrota y viaje era necesario llevar algunos indios que sirviesen de guia y lengua, aprisionaron cuatro, embarcándolos en los bateles; que sabido por el capitan suyo con gran pesar y sentimiento llegó á la playa, pidiendo que lo embarcasen en la una barca y los indios en la otra. Dejaron el fuerte y en breve espacio llegaron á la capitana con el batel en que iba el capitan indio yendo con él un hijo suyo, que en su seguimiento habia salido del fuerte en una gondolilla; y despues de haber hablado á la gente y despedido del capitan, visto que negaba su gente, se hubo de volver forzado con su hijo á tierra. En esto llegaba el otro batel con los cuatro indios, que apenas vieron á su señor cuando con lastimosas voces comenzaron á llamarle; él entonces, queriendo arriesgar la vida por librarlos, dió vuelta en su embarcacion hácia ellos; pero viendo de la capitana el estorbo que podia causarle, disparó sin bala una pieza, con cuyo ruido el indio temeroso dando de mano á los suyos, como desconfiado de poder darles libertad, dió vuelta á la isla, y los castellanos, largando el trinquete haciéndose á la mar, aunque con trabajo por no ser favorable el viento, apartáronse de tierra aquella noche como cuatro leguas, y el dia siguiente, como al amanecer, de los cuatro indios se echó uno al agua, obligando á poner recato en el que quedó en la capitana (porque los otros llevaba la almiranta).

Así navegaron hasta 21 de abril, que á media tarde vieron tierra la vuelta del sudeste; fuera en su demanda, mas por ser tarde se echaron de mar en través hasta otro dia, que prolongándola por la banda del norte, vieron una playa larga y en ella alguna gente y en lo verde del bosque que habia enfrente muchas palmas y sementeras, mas por parecer no tener puerto abrigado de vientos, cazaron á popa la vuelta del sur; estaba en altura de 12 grados largos; y pareciéndole al indio nuestro buena ocasion, se echó al agua: imagínase llegaria presto á tierra por estar á barlovento de ella; sentímoslo como era justo, procurando avisar á la almiranta tuviese cuenta con los suyos, pero no fué tanta que el uno de ellos no hiciese lo mismo; se entiende que el último de los cuatro dejó de hacer lo mismo por ser cautivo de los otros y parecerle que era mejor el trato nuestro que el de los indios que le tenian preso en la isla de *Taumago* (¹).

Luis Vaez de Torres, por ver la gente de la tierra y comunicarla, llegándose la armada mas á tierra

(¹) Ó *Taumaco*, que es la isla de donde los habian sacado, descrita anteriormente, y que Torquemada no nombra hasta ahora. — Creen se halla esta isla al noroeste de las islas Duff (latitud sudeste por los 9° 30′; longitud, 164° 30′). Quizá es

despues de haber tomado sonda, fué en la gondolilla y sin saltar en tierra habló con los indios, á quien dieron una manta tejida de palma y algunos cocos, y juntamente señas de largas tierras diciendo que sus habitadores eran mas blancos que los que dejamos atrás. Volvióse á las naves que por no tener necesidad de agua ni leña dieron vela la vuelta del sur yendo navegando hasta 25 del dicho, aunque con algunos contrastos y vientos diferentes. Vieron al amanecer tierra por la proa alta y grande; navegaron á ella poniéndole por nombre *Nuestra Señora de la Luz* (¹); hallaron que estaba en altura de 14 grados y medio; y á la vuelta del sudeste otra mayor, que pareció no tener fin, llena de montañas grandes; viendo estotra á la banda del oeste; y otra altísima y larga por encima de la primera, adonde fueron siguiendo su camino, y llegaron á ella como á las cuatro de la tarde, yendo la zabra delante á quien algunos indios llamaron con palmas; viéronse en ella chacaras ó huertas donde tienen sus sementeras; era muy viciosa y verde, arrojando al mar por algunas quebradas gruesos arrojos de agua.

Consultóse esta tarde qué tierra de las vistas podria tomarse; salió de acuerdo que fuesen á la que declinaba al oeste de Nuestra Señora de la Luz. Y así otro dia la vinieron á tomar por la banda del sur; mas antes de llegar vieron otra mayor y mas alta, la vuelta del sudeste. Al fin llegaron á la que estaba determinado miércoles 27 de abril, en cuyas cumbres y levantados montes vieron encendidos humos (señas entre ellos de alegría y paz) confirmándola con venir á la armada muchos indios en sus piraguas; no traian armas, que solo su deseo era que fuesen á su tierra. Y visto por el capitan, mandó fuese la barca de la capitana con veinte soldados y su oficial, por ver si hallarian puerto y lo demas que de lejos la tierra prometia. Armados los soldados de rodelas y arcabuces, fueron en sus barcas y llegaron á sus riberas en breve espacio donde vieron que entre peñascos y quebradas, hermosas á la vista, bajaban despeñándose al mar copiosos y gruesos rios cuyo nacimiento parecia estar en las cumbres de los montes. Vieron tambien en las playas algunos puercos como los de España, é innumerables indios de tres diversos colores; señal cierta de la grandeza y longitud de la isla y de tener muy cerca la tierra firme; eran pardos los unos, otros del todo negros, y los otros en grande estremo blancos; tenian barbas y cabellos rubios.

No poca admiracion causó á los nuestros y no menos de ver que un indio estando muchos en la orilla, llamando con señas de paz á nuestra gente, se dejó venir con furioso ímpetu desde la falda de una montaña á la orilla del mar, y entrando con animoso brio en el agua sin temer á los nuestros, fué nadando hasta llegar á la barca, donde fué recojido y aprisionado temiendo no quisiese hacer algun daño á los españoles, por verle tan animoso y fuerte y hacer ademanes con el rostro y brazos. Traia en ellos unas manillas de colmillo de puerco jabalí; daba indicios su persona de ser cacique y señor en su tierra como despues supieron. A este mismo tiempo vinieron á la zabra que estaba cerca de tierra, unas piraguas de donde con caricias y alhagos cojieron un indio de los que en ellas venian con intento de llevarle al capitan, por el deseo que tenia de verlos para regalarlos y vestirlos, pues de esta manera era negocio fácil acabar la paz con ellos; cosa tan importante á su designio.

Metido el indio en la zabra, le echaron una cadena al pié por temor que no se arrojase al agua, caminando con él la vuelta de los navíos, que estaban mas de tres leguas de tierra, y viéndose el indio aprisionado culpando su temeraria osadía y casi cierto de que su prision habia de ser causa de su muerte, hallando ocasion acomodada, rompió con las manos la cadena quedándose en el pié el candado con algunos eslabones, y sin que fuese nadie parte á estorbarle, se echó al agua nadando con gran priesa la vuelta de su patria; y viendo los nuestros ser trabajo perdido ir en su busca, y ser la noche cerrada y oscura, siguieron su camino derechos á la capitana á quien dieron noticia del caso.

una de estas últimas. Dumont de Urville piensa que debe ser la isla Matu-Iti, situada por 8° 40′ latitud sur y 165° 40′ longitud este.

Juan Luis Arias cuenta algunas particularidades que no se hallan en la relacion de Torquemada. — Dice que el gefe de Taumaco hizo comprender á Quirós que si su proyecto era hallar un gran continente, debia dirijirse hácia el sur y no hácia Santa Cruz. — Segun esta indicacion, Quirós abandonó el proyecto de poblar Santa Cruz, y habiendo navegado un poco hácia el sudoeste, descubrió muchas islas muy grandes y otras pequeñas, todas bien pobladas y del aspecto mas agradable.

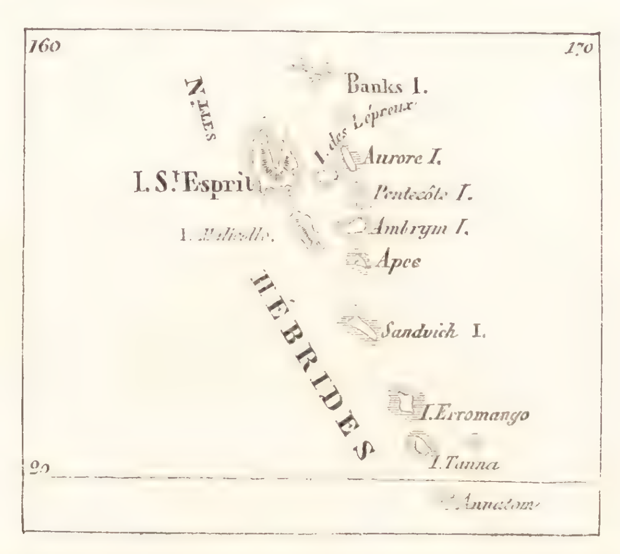
(¹) La latitud de esta isla, dice Fleurieu, y su posicion con respecto á las tierras mas meridionales, indican que es el pico de la Estrella de Bougainville, al noroeste de la isla Aurora (Nuevas Hebridas).

Ya en este tiempo con fuerza de remos llegaba la barca que traia el indio, y metiéndolo dentro el capitan salió á hablarle haciendo que perdiese el temor de verse preso; mas por lo que supo habia hecho el otro, mandó lo echasen en el cepo porque no hiciese lo mismo, asegurándolo, para vestirle otro dia y enviarle á los suyos. Dieron vela prolongando la tierra aunque poco á poco, por ser corto el viento, siendo ya como las diez de la noche; los que hacian guardia en la proa dieron aviso de ello, diciendo haber oido voces; fuése luego arribando á donde pudieron oirlas para saber qué podia ser; mas apenas llegaron cerca, cuando conocieron ser el indio que habia rompido la cuerda, que viéndose el miserable cansado y rendido, viendo ser imposible llegar á tierra, tuvo por mejor entregarse á sus enemigos que morir en el agua; y así apresurando las voces pedia en su lengua le diesen socorro, lo cual se hizo metiéndolo dentro, quitándole el candado y pedazo de cadena que traia al pié, mostrándole para mas alivio suyo al indio compañero, dejándolos juntos aquella noche, dándoles algo que comiesen. Venido el dia, el capitan les hizo vestir de tafetan de color de que traia muchos vestidos para rescate de la comida y efectos semejantes; trasquiláronles la barba y cabello con que quedaron contentos y desengañados; fueron en la barca vueltos á tierra, y saltando en ella el uno de ellos (que era señor y cacique), en agradecimiento de su buen trato, mandó les trajesen puercos y plátanos y fruta bien diferente en el sabor y forma de las que hay en las Indias, que son como hechura de brevas muy coloradas y de suave olor, y otras de diversas formas; y juntamente batatas y raices de ñames que á ellos les sirven de comida.

Dejáronlos apesarados de su ida, y prolongando la tierra con la barca junto á las playas, fueron pasando á vista de muchos pueblos de gran gentío, cuyos habitadores eran mas pardos que los otros; al parecer gente vil y de bajo trato por lo que despues se vido; los cuales, llamando las barcas con muestras de paz y enviando las mujeres por lo mas espeso del bosque, dispararon á gran priesa una rociada de flechas, armadas con yerba; y visto por los nuestros el engaño, apartándose fuera un pequeño trecho, les dieron con la destreza acostumbrada una carga de mosquetería, matando á unos é hiriendo á otros (premio bien merecido á su malicia). Uno de los nuestros llamado Francisco Machado, por descuido suyo ó por no guardarle bien los rodeleros que estaban delante, salió herido en el rostro aunque no fué de ningun riesgo la herida, así por topar en el hueso de la mejilla como por venir la flecha cansada.

Viendo pues, ser ya muy cerrada la noche, dieron vuelta á la armada, dándola tambien del suceso, que como estaban ya deseosos de ver las grandes tierras que parecian al sudoeste, fueron en su demanda llegando á ellas á 30 de abril, como á las tres de la tarde, y viendo un puerto abierto como bahía envióse la zabra con la una barca para que lo descubriesen. Hiciéronlo así, viendo por toda la tierra muchos humos así en las faldas de los montes como en las cumbres; pero por haber llegado tarde á descubrirlo y haber tirado la capitana una pieza, se volvieron esperando el dia siguiente, que apenas salió el alba cuando fueron segunda vez sondando la bahía por todas partes, esperando la armada á la boca de ella; y como á las tres de la tarde vinieron á dar nueva de haber visto mucha gente en las riberas, de grandes cuerpos y ser juntamente la bahía muy ancha y abrigada de todos vientos y de agradable puerto, con sonda de 30 brazas hasta ocho muy cerca de tierra, y que lo que habian visto de fuera que declinaba al sur y sudoeste no tenia fin, antes parecian tierras muy grandes y dobladas. Trajeron por nuevas asimismo, haber venido á ellos algunas piraguas con muestras de paz (aunque despues se echó de ver ser fingido) y que les dieron unos plumages como martinetes; oyendo el capitan y piloto la razon de este puerto, y que mas á sotavento por la misma se mostraba otra gran bahía, mandaron cazar á popa, y así fueron en su demanda con no pequeña alegría todos de haber visto cumplido el fin de sus deseos, teniendo entre las manos la mas abundante y poderosa tierra que han descubierto españoles; entró la almiranta la primera quedándose los otros con la zabra cerca de la boca, por ser ya noche y no tener conocimiento de la entrada hasta otro dia, que por ser el de *San Felipe y Santiago* se le puso el mismo nombre. Venido el dia les dió un terral alegre y fresco con que entraron dentro con mucha seguridad. Fué luego la barca á buscar puerto acomodado, trajo por nueva que lo habia desde 40 hasta 6 brazas todo de arena y limpio en medio de dos rios. Holgaron con estas nuevas, y prolongando la bahía por la una banda de ella, vieron que de muchas embarcaciones les daban voces

para meterlos dentro, mas ellos sin hacerles daño pasaron adelante barloventeando, para llegar á dar fondo; pero por ser ya tarde aguardaron otro dia 3 de mayo, en el cual surgieron, dándole por nombre al puerto la *Vera-Cruz*, y á la tierra la *Austral del Espíritu Santo* ([1]).



Mapa de las Nuevas Hebridas (tierra del Espíritu Santo de Quirós; Nuevas Ciclades de Bougainville).

Está este puerto dicho entre dos rios; pusímosles por nombre al uno el *Jordan* y al otro del *Salvador*, que no pequeña hermosura daban á todas sus riberas porque estaban llenas de olorosas flores y yerbas.

Aquí terminamos la copia de la relacion de Torquemada.

Quirós salió de la bahía de *San Felipe y Santiago* con ánimo de pasar á la China; pero habiendo sufrido fuertes temporales y hallándose su navío en el peor estado, decidió en un consejo general abandonar este proyecto para encaminarse hácia la Nueva España.

La travesía fué penosa, y la nave no pudo llegar á las costas de Méjico hasta el 3 de octubre de 1606, nueve meses despues de su salida del Callao ([2]).

Lejos de haberse desanimado con las penalidades y los peligros de su viaje, Quirós fué á suplicar de nuevo á Felipe III que le suministrara los medios de poblar la tierra del Espíritu Santo. Entre otras súplicas, le entregó un Memorial que aunque está impreso en varios idiomas, ha llegado á ser un documento raro y precioso; por esta razon le reproducimos testualmente ([3]).

([1]) Esta isla ha conservado el nombre que la dió Quirós.

([2]) La *almiranta*, ó segunda nave de la armada, mandada por Luis Vaez de Torres, se habia separado de la capitana al salir de la tierra del Espíritu Santo. «Esta separacion, ocasionada por los temporales, puede considerarse como un hecho feliz. Torres tocó en su camino á varias islas donde abundan el oro, las perlas y las especias. Siguió la costa como unas 800 leguas y tomó algunos habitantes que se llevó consigo. Por fin llegó á las Filipinas donde dió cuenta de sus descubrimientos... Mirando el mapa, se ve que habiendo salido Torres de la tierra del Espíritu Santo, no ha podido seguir una costa que se prolongaba 800 leguas, sin haber pasado al sur de la Nueva Guinea, y por consiguiente por el estrecho que el capitan Cook ha llamado estrecho del Endeavour.» (Fleurieu.)

([3]) Dos manuscritos importantes existen en la Biblioteca imperial de Paris bajo el título *Descubrimientos de Quirós*, que no se hallan marcados en el Catálogo porque se encuentran entre diversos documentos históricos franceses. (Véase la Bibliografía.) Son dos memoriales presentados al rey de España sobre las tierras descubiertas por el ilustre navegante, en los cuales pide á S. M. recursos para poblar esas tierras recien halladas. Damos una copia exacta del segundo que es el que presenta mayor interés; del primero copiamos únicamente la lista de las veintitres islas descubiertas por Quirós que él enu-

SEÑOR:

El capitan Pedro Fernandez de Quirós, con este son ocho los memoriales que á V. M. he presentado en razon á la poblacion que se debe hacer en las tierras que V. M. mandó que descubriese en la parte austral incógnita, sin hasta ahora haberse tomado conmigo resolucion ni dado respuesta alguna, ni esperanza que asegure mi despacho, habiendo catorce meses que estoy en esta córte y catorce años que trato esta causa sin sueldo y sin haberse visto apuntar á mi provecho sino solo al bien de ella, con la cual y con infinitas contradicciones he andado veinte mil leguas por tierra y mar, y gastado toda mi hacienda, desacomodado mi persona y sufrido tantas y terribles cosas que á mí mismo se me hacen increibles, y todo esto ha sido por no desamparar esta obra de tanta piedad y misericordia, en cuyo nombre y por todo el amor de Dios suplico á V. M. muy humildemente, sea servido no permitir que de tantos y tan continuos mis trabajos y vigilias y de una notable y tan bien fundada porfía no saque yo aquellos frutos que tanto deseo y pretendo, siendo como son de tanta honra y gloria de Dios, servicio de V. M. y bienes innumerables con duracion de cuanto el mundo durare y despues eternos.

La grandeza de las tierras nuevamente descubiertas, juzgado por lo que yo ví y por lo que el capitan Luis Vaez de Torres, almirante de mi cargo, avisó á V. M. de buena razon su longitud, es tanta como la de toda Europa, Asia Menor y hasta el Caspio y la Persia, de todas las islas del Mediterráneo, y Océano, que en su contorno se le arriman, entrando las dos de Inglaterra é Irlanda. Aquella parte oculta es cuarta de todo el globo [1] y tan capaz que puede haber en ella doblados reinos y provincias de todas aquellas de que V. M. al presente es señor, y esto sin avecindar con turcos, ni moros, ni con otras de las naciones que suelen inquietar y perturbar las agenas. Todas las tierras vistas caen dentro de la tórrida zona, y hay parte de ellas que toca equinocial, cuya latitud puede ser de 90 grados, y otras de poco menos, y si suben como prometen habrá tierras que sean antípodas [2] de lo mejor del Africa y de toda la Europa, y de lo mas de toda el Asia Mayor. Admito que pues las tierras que vi en 15 grados son mejores que España, como luego se verá, que las otras que en alturas se opusieren que deben de ser en su tanto un paraiso terrenal.

La gente de aquellas tierras [3] es mucha; sus colores son blancos, mulatos é indios, y mezclas de unos y de otros. Los cabellos de los unos son negros, crecidos y sueltos; de los otros son frisados y crespos, y de otros bien rubios y delgados, cuyas diferencias son indicios de grandes comercios y concursos: por la cual razon y por la bondad de las tierras, y por no tener artillería y otras bocas de fuego con que matarse, y porque no labran minas de plata y por otras muchas razones, es de creer ser muchísima esta gente; á la cual no se le conoce arte mayor ni menor, muros ni fuerzas, rey ni ley, ni son mas de unos simples gentiles, divididos en parcialidades y poco amigos entre sí. Sus armas son las

mera por este órden: «la Encarnacion, San Juan Bautista, San Telmo, las cuatro Coronadas, San Miguel Arcángel, la Conversion de San Pablo, la Dezena, la Sagitaria, la Fugitiva, la del Peregrino, Nuestra Señora del Socorro, Monterey, Tucopia, San Marcos, el Vergel, las Lágrimas de San Pedro, los Portales de Belen, el Pilar de Zaragoza, San Raimundo, y la isla de la Vírgen María.» Despues señala las tres partes de tierra llamada la Australia del Espíritu Santo, con la bahía del San Felipe y Santiago y puerto de la Veracruz. — Este primer memorial es relativo en su mayor parte á la isla de Taumaco y los islotes próximos. — Escusado nos parece añadir que tanto en esta copia como en la que hemos dado del manuscrito de Mendaña y en la del testo impreso de Torquemada, hemos puesto la ortografía al uso moderno. (M. U.)

(1) Véase el mapa de este continente imaginario en las p. 174 y 175.

(2) «El error es grande, dice Fleurieu. Es verdad que Quirós se hallaba persuadido de que todas las islas y las tierras que habia visto, tanto en su último viaje como en el que hizo en 1595 con Mendaña yendo de piloto, pertenecian á un gran continente que, estendiéndose del ecuador al polo antártico, se prolongaba del este al oeste hasta cerca del Asia. Las relaciones coetáneas llamaban á este continente *Terra australis incognita*. Las memorables esploraciones del capitan Cook, que se elevó por entre los hielos hasta el 67° grados y medio de latitud meridional por una parte y por la otra hasta mas allá del 71° grados, han destruido para siempre toda idea de un continente austral.»

(3) Quirós alude principalmente á la tierra del Espíritu Santo, si bien sus observaciones parecen estenderse á veces á las islas de Salomon y otras que habia visitado con Mendaña.

ordinarias de arcos y flechas sin yerba [1], y de macanas, bastones, lanzas y dardos de palo. Es gente que cubre partes, es limpia, alegre, racional, y tan grata como lo he esperimentado, por todo lo cual se debe de esperar mediante la providencia divina y medios suaves que han de ser facilísimos de pacificar, doctrinar y contentar, que son tres cosas bien necesarias en los principios, para despues encaminarlas



Habitante de las tierras del Espíritu Santo, segun Cook.

todas á aquellos tan santos fines, cuanto deben ser pretendidos en lo mas y en lo menos, con todas las veras de las veras. Las casas son de maderas cubiertas de hojas de palmas; usan de ollas de barro, tienen telares, trasmallos y otras redes: labran piedra mármol, flautas, tambores y cucharas de palo embarnizadas: tienen oratorios y entierros, y sus haciendas muy puestas en razon cercadas y empalizadas. Aprovéchanse mucho de las conchas de nácar, y de ellas hacen escoplos, formones, sierras, anzuelos y patenas mayores y menores que traen colgadas de los cuellos. Los isleños tienen sus embarcaciones bien obradas y bastantes para navegar de unas tierras á otras, y todo junto es cierto indicio de vecindad de gente mas pulcra, y no lo es menos castrar los puercos y los pollos.

El pan que tienen son tres diferencias de raices de que hay muy grande suma, y espantan sin trabajo que no tiene mas beneficio que asarlas y cocerlas. Son gustosas, sanas, de buen sustento, y mucha dura y las hay de vara de largo y media de grueso. Las frutas son muchos y muy buenos plátanos de seis géneros; grande número de almendras de cuatro suertes; grandes *obos,* que es fruta casi del tamaño y sabor de melocotones; muchas nueces de la tierra y naranjas y limones que no los comen los indios, y otra estremada y grande fruta y otras no menos buenas que se vieron y comieron, con muchas y muy grandes cañas dulces y noticia de manzanas. Hay infinitas palmas de las cuales se puede luego sacar tuba, de que se hace vino, vinagre, miel [2] y sueros, y los palmitos son muy buenos.

Estas mismas palmas el fruto que dan son cocos; cuando están verdes sirven de cardos y el meollo como natas, cuando maduros es sustento de comida y bebida en mar y en tierra, cuando viejos dan aceite para alumbrar y curar tan bien como con el bálsamo, y para comer cuando nuevo; sus cascos son buenos vasos y frescos; los capullos son estopa para calafetear las naos y para hacer todos los cables

(1) Sin que estén envenenadas. — Cook asegura que en esas tierras los salvages saben envenenar sus flechas.
(2) El *Toddy* de los ingleses.

y jarcias y las cuerdas ordinarias, y de arcabuz (¹). Lo mejor de las hojas se hacen velas para embarcaciones pequeñas y esteras finas y petates con que se aforan y cubren casas, que se arman con los troncos, que son derechos y altos y de ellos se sacan tablas y lanzas y otros géneros de armas y remos, con otras muchas cosas buenas para el servicio ordinario. Y es de notar que estos palmares es fruta que



Hombre y mujer de la isla de Tana, en las tierras del Espíritu Santo, segun Cook.

todo el año se disfruta y se vendimia, y que no pide beneficio y que así ni gasta dinero ni tiempo. Las hortalizas que se vieron son calabazas, muchos y muy grandes bledos y verdolagas, y se tuvo noticia de habas. Las carnes son muchos puercos mansos como los nuestros, y gallinas, capones y perdices de la tierra, patos reales, tórtolas, palomos torcaces, y cabras que vió el otro capitan; y los indios dieron noticias de vacas ó de búfalos. Los pescados son muchos pargos, peces reyes, lisas, lenguados, salmonetes, meros, sábalos, macavis, casanes, pampanos, sardinas, rayas palometas, chitas, viejas, peces, puercos, chapines, rubias, almejas, camarones y otros géneros de que no me acuerdo el nombre: y debe de haber muchos mas, pues de todos los referidos se pescaron junto á las naos. Y si bien se considera lo escrito hallarse ha que de mas de tantos y tan buenos bastimentos se puede luego gozar grandes y muchos regalos, entrando en ellos mazapanes y conservas de muchas suertes, y esto sin llevarse nada de fuera. Y que para matalotages de mas de lo referido no faltaran muchos ni grandes perniles, ni tocinos y botijas de mantecas, y lo demas que de grandes puercos se saca sin faltar agro ni especies. Es de advertir que muchos de los dichos géneros son semejantes á los nuestros, y que puede haber muchos mas, y que en esto muestra la tierra ser muy propia para criar todas las otras que produce la Europa.

Las riquezas son plata y perlas, que yo ví, y oro que vió el otro capitan, como dice en su relacion, que son los tres géneros mas ricos que naturaleza ha criado. Hay muchísima nuez de especia, masa, pimienta y gengibre que habemos visto los dos. Hay noticia de canela, y puede ser haber clavo pues hay las otras especias y mas tambien, porque son aquellas tierras paralelas, con poquita diferencia, de Terrenate y Bachan (²). Hay mas allí con que se puede criar seda, hacer pita, azúcar, añil; hay buen ébano

(¹) Esto es, para hacer mechas.
(²) Es un error, como se puede conocer mirando el mapa; hay una diferencia de unos 15 grados entre las paralelas.

é infinitas maderas para poder fabricar todas cuantas naos se quisieren, con todas sus velas y jarcias, de tres géneros, el uno parecido á nuestro cañamo; y con el aceite de los cocos se puede hacer la gala-gala ([1]) con que se escusa brea; y se vió cierta resina de que los indios se aprovechan para brear sus piraguas. Y pues hay cabras y noticia de vacas habrá cordovanes, corambre, sebo y carne en abundancia; y de abeja que se ha visto tambien habrá miel y cera. Y demas de todas estas riquezas aseguran de otras muchas las noticias, y el sitio y disposicion de las tierras que juntadas con las muchas que dará la industria, habiendo como hay tanto aparejo, así de las cosas suyas como para criarse las nuestras, que pretendo luego llevar con mas á todas las otras mejores y mas provechosas que se crian en el Perú y en la Nueva España, parece que todo junto hará tan rica la tierra que sola ella por sí baste á sustentarse y juntamente á la América, y á engrandecer y á enriquecer á España; de tal manera como yo lo mostraré si soy de veras ayudado para la ejecucion. Y en razon de lo visto, por ser á orillas del mar, digo, Señor, que se deben de esperar del corazon de la tierra tantas y tales grandezas y riquezas y cosas buenas cuales van siendo las nuestras. Es de advertir que mi intento principal fué solo buscar tan gran tierra como hallé, y que por mis enfermedades y otras causas que callo, no pude ver cuanto quise, ni todo cuanto deseé se pudo ver en un mes teniendo doce un año que muestran las calidades y los frutos que producen todas las tierras criadas, y que los indios de aquellas no deben ser juzgados con nuestras necesidades, sabores, codicias y estimacion de las cosas, sino por hombres que pretenden con el menos trabajo que pueden pasar como pasan las vidas sin cansarse en lo demas que nos cansamos.

La comodidad y gustosa vida será tanta cuanta se ve en una tan cultivada, alegre y fresca tierra, negra y grasa y de grande migajon, con barriales para luego poder hacer loza, ladrillos y tejas y lo demas que de ellos se hace, y en aquellas tantas y tan cerca canteras de piedras mármoles y toscas para poderse levantar suntuosos y curiosos edificios, y en aquellas tantas y tan á propósito de maderas para todo menester, y en aquel sitio de llanos, valles, lomas, quebrados y sierras altas y redobladas, y en aquellos rios chorrillos manantiales adonde cómodamente puede haber en cantidad molinos, haceñas, trapiches y otros ingenios de agua, y en los esteros salinas, y en aquellos cañaverales, testigos de la fertilidad de la tierra, cuyos cañutos los hay de cinco y seis palmos mas y menos, y el grueso á proporcion del canto delgado y duro, y lisalates y tan buenos pedernales como los hay en Madrid.

La bahía de San Felipe y Santíago tiene 20 leguas de orilla ([2]), es toda limpia y libre para poder entrar y salir de dia y noche; tiene á su redonda muchas poblaciones, y en ellas y mas lejos se via de dia muchos humos y de noche muchos fuegos. Su puerto de la Veracruz es tan capaz que puede caber en él mas de mil naos; su fondo es limpio y la arena negra, no se ha visto broma, pueden surgir en las brazas que quisieren de cuarenta hasta media ([3]), entre dos rios, el uno tan grande como el Guadalquivir en Sevilla, con barra de mas de dos brazas, por donde pueden entrar buenas fragatas y petaches; y de ellas se cojia el agua que es lindísima en cualquier parte de las muchas en que la hay. El desembarcadero es una playa de tres leguas, y lo mas de ella un guijarral negro, menudo y pesado, bonísimo para lastrar los navíos. La playa, por no tener ruinas ni quiebras y estar verdes las yerbas de su orilla, se entendió no ser batida de mares; y porque los árboles que tiene estaban todos derechos y sin azotes ni desgajes, se juzgó de esto no haber grandes temporales. Este puerto, demas de ser curioso, tiene otra grande escelencia para lo que es recreacion, que desde que rompia el alba se oia por todo el cercano bosque una muy grande armonía de millares de diversos pájaros, algunos al parecer ruiseñores, mirlos, calandrias y gilgueros, é infinitas golondrinas, periquitos y un papagayo se ha visto; y sin estos, otros muchos géneros de aves, y hasta chillar las chicharras y los grillos; y se gozaba las mañanas todas y tardes de los suaves olores despedidos de tantos géneros de flores entrando el de azahar y albahaca, y por todos estos y los otros buenos efectos se juzga ser allí clemente el cielo y que guarda su órden naturaleza.

([1]) Especie de composicion que emplean tambien los marineros en toda la India para cubrir la obra viva de los buques.
([2]) Situada en la costa norte de la mas grande y mas septentrional de las Nuevas Hebridas (isla del Espíritu Santo).
([3]) Hasta seis brazas, dice Fleurieu; *media* no puede ser sino un error del testo original.

A este puerto y su bahía los hacen mas escelentes la cercanía de tantas buenas islas, en especial de siete que boxean 200 leguas; la una tiene 50 y dista 12, es muy fértil y poblada. Y en suma digo, Señor, que en esta bahía y puerto de 15 grados y un tercio de elevacion de polo antártico ([1]), se puede luego edificar una muy grande y muy populosa ciudad, y que la gente que la habitara gozara de todas



Vista de la isla de Tana, en las Nuevas Hébridas, segun Cook.

las riquezas y comodidades apuntadas, y de las que no puede mostrar mi poco ingenio, y de las que el tiempo mostrará, y que se pueden comunicar con las provincias de Chile, Perú, Panamá, Nicaragua, Guatemala, Nueva España, Terrenate y Filipinas, de todas las cuales tierras V. M. es señor, y que si V. M. lo fuere de estas otras que ofrezco las tengo por tan importantes, que demas de ser como llaves de todas las referidas entiendo vendrán á ser en lo que es trato de cosas curiosas y provechosas como las otras Chinas y Japones y mas provincias de aquella costa del Asia con sus islas, y quedo corto, segun siento y lo puedo mostrar en junta de matemáticos; ni me alargo en decir que pueden luego acomodar y sustentar doscientos mil españoles: en suma, aquel, Señor, es el mundo de que España va siendo el centro, y nótese bien este punto.

El temperamento y bondad del aire es, Señor, tal cual se ve en todo lo dicho, y en que siendo los nuestros estranjeros ninguno cayó enfermo con tan ordinario trabajo, sudar y mojarse; sin guardarse de beber agua en ayunas y á deshoras, ni de comer de todo cuanto la tierra cria, ni del sereno, luna y sol que no era muy ardiente de dia, y de media noche abajo pedia y se sufria muy bien ropa de lana, y con que los naturales en comun son corpulentos y de grandes fuerzas, y algunos de ellos muy viejos, y con que viven en casas terreras que es grande indicio de la mucha sanidad, porque á ser la tierra enferma las levantarian del suelo como lo hacen en Filipinas y en otras partes que yo ví, y con que el pescado y la carne duraban sanos por salar dos ó mas dias, y con que las frutas que de allí se trujeron, como se puede ver en dos que aquí tengo, están sanísimas con ser cojidas de los árboles sin sazon, y con no haberse visto arenales, ningun género de cardones ni árboles espinosos ni que tengan raices sobre la tierra, ni manglares anegadizos, ni pantanos, ni nieve en las altas sierras, ni cocodrilos en los rios, ni en las montañas sabandijas ponzoñosas, ni hormigas que suelen ser muy dañosas en las

([1]) De latitud meridional.

casas y en los frutos, ni niguas, ni garrapatas, ni mosquitos, que es esta una escelencia sobre todas las escelencias para nuestra pretension, y tan digna de estimarse que hay muchas partes en las Indias que por solo estas plagas no se puede habitar, y otras adonde se padece tanto por ellas cuanto yo soy buen testigo.

Estas son, Señor, las grandezas y bondades de las tierras que descubrí, de las cuales tomé la posesion en nombre de V. M. debajo de vuestro estandarte real, y así lo dicen los autos que aquí tengo. Allí, Señor, lo primero se levantó una cruz y se armó iglesia de Nuestra Señora del Loreto, se dijeron veinte misas, se ganó el jubileo concedido al dia de Pentecostes y se hizo una solemne procesion el dia de Corpus Christi; en suma, el Santísimo Sacramento siendo su guion el estandarte de V. M. paseó y corrió aquellas ocultas tierras adonde enarbolé tres banderas de campo y las de topes mostré las dos colunas al lado de vuestras armas reales, con que puedo decir, en razon en lo que es parte aquí se acaba Plus Ultra y en lo que es continente mas adelante, y todo esto y demas ha sido como leal vasallo que soy de V. M., y para que S. M. pueda añadir luego, porque suene esta grandeza el título de la Australia del Espíritu Santo, para mas gloria del mismo Señor que me llevó y me la mostró y me trajo á la presencia de S. M., adonde estoy con la misma voluntad que siempre tuve á esta causa que crié y por su alteza y tanto mereció la amo y la quiero infinito.

Bien creo del prudente consejo, grandeza de ánimo y piedad cristiana de V. M. el mucho cuidado que dará saber tan cierto cuanto concierne la poblacion de aquellas tierras ya descubiertas, siendo la causa mas principal que debe obligar á no las dejar desiertas, ser este el medio para que en todas ellas sea Dios Nuestro Señor conocido, creido, adorado y servido, siéndolo allí tanto el demonio; y mas tambien porque ha de ser la puerta por donde á tantas gentes del cargo de V. M. les ha de entrar todo su bien y remedio, y los muchos mas cuidados que daria si á ellas fuesen enemigos de la Iglesia romana á sembrar sus falsas doctrinas, y á convertir todos los bienes que represento en males mayores y llamarse señores de Indias y á ruinarlas todas.

Tambien creo que V. M. estará muy advertido que un daño tan pernicioso cuanto lo es el que suena ú otro cualquier desman si lo hubiere al presente ó adelante, que ha de costar millones de oro y millares de hombres el dudoso remedio de V. M., pues puede con poca plata gastada en el Perú por una vez ganar el cielo, la fama eterna y aquel nuevo mundo, con todo lo que promete; y pues no hay quien á V. M. pida las albricias de una tan grande y tan señalada merced de Dios, guardada para nuestro felice tiempo, yo, Señor, las pido y por ellas mi despacho que están los galeones prestos, y es mucho lo que tengo que andar, que aprestar y que hacer y muchísimo lo espiritual y temporal, que cada hora se pierde que jamas se ha de cobrar.

Si á Cristobal Colon sus sospechas le hicieron porfiado, á mí hace tan importuno lo que ví, y lo que palpé y lo que ofrezco, para lo cual mande V. M. que de tantos medios cuantos hay, se dé uno para que pueda conseguir lo propuesto; advirtiendo que en todo me hallarán muy reducido á la razon y daré en todo satisfaccion.

Señor, grande obra es esta, pues el demonio le hace tan mortal guerra, y no es bien que pueda tanto siendo V. M. el defensor de ella.

El elocuente ardor de este memorial no produjo sin duda una gran impresion en el ánimo de Felipe III; pues sin rechazar completamente á Quirós no le dieron mas que vanas esperanzas. Así sucedió que al cabo de algunos años de súplicas inútiles, tomó al fin el partido de pasar á Lima para disponer una nueva espedicion; pero murió en el camino, en Panamá, en 1614 [1].

« Quirós y Mendaña, dice Malte-Brun, fueron los últimos héroes de la España; con ellos se apagó aquel espíritu emprendedor que habia llevado á Colon á las Antillas y á Cortés al palacio de Motezuma. »

[1] Solorzano dice que las aventuras de Quirós podrian compararse con las de Ulises ó con las de Mendez Pinto. ¿Es exajeracion? Difícil es que nos podamos formar una idea sobre este punto; pues hasta aquí ignoramos seguramente la mayor parte de los sucesos relativos á Quirós. Los estudios especiales que ha emprendido M. Ferdinand Denis disiparán sin duda las sombras que cubren todavía la memoria de aquel gran navegante.

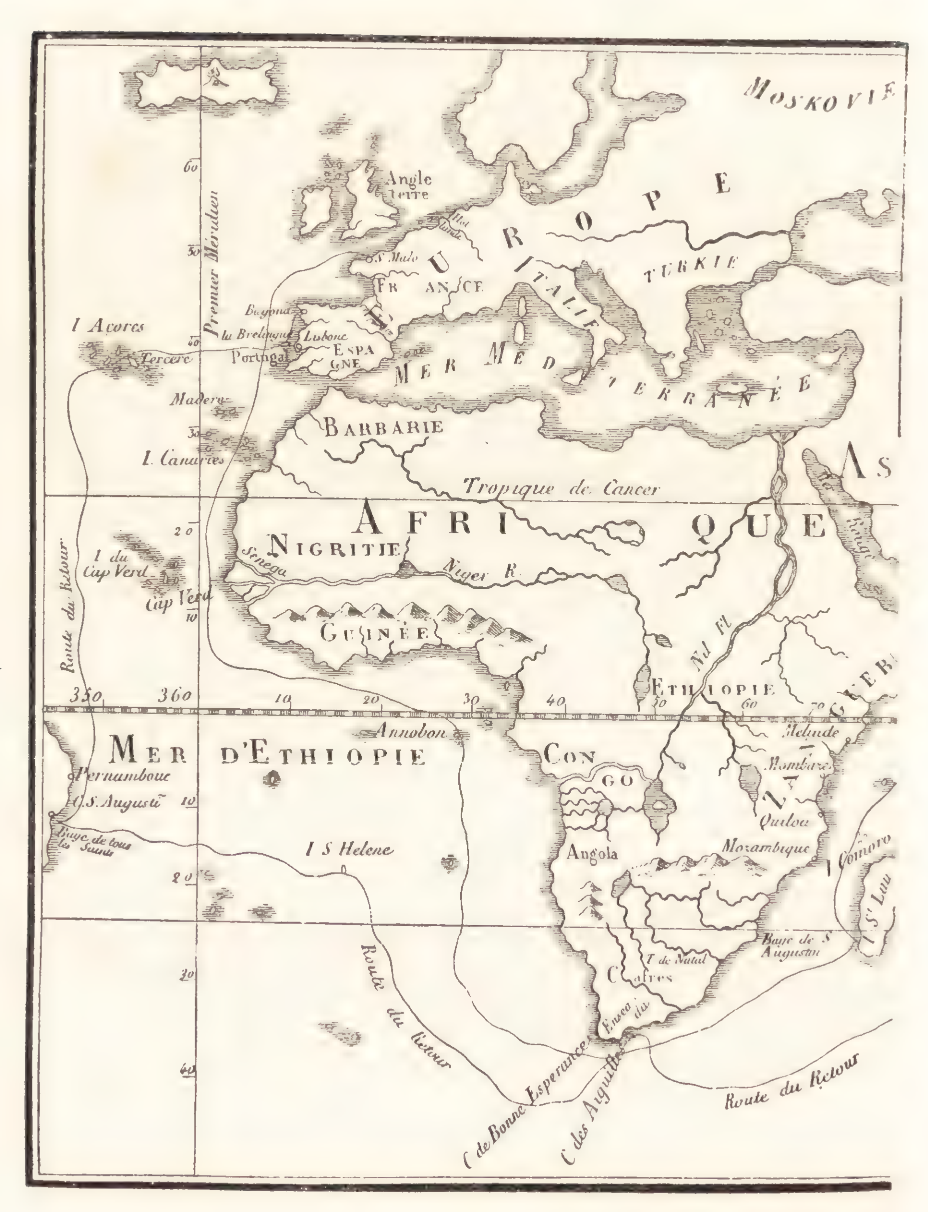
BIBLIOGRAFIA.

El doctor don Antonio Morga, *Sucesos de las islas Philipinas*, c. 6, p. 29 ; Méjico, 1609. — Quirós, Memoriales presentados al rey de España. El primero se halla en francés en la décima parte del Asia de los *Petits voyages* de Th. de Bry. Segun un bibliógrafo portugués, Quirós imprimió en Sevilla en 1610 su *Viaje* que, traducido en latin, se publicó en Amsterdam en 1613 ; hay otra edicion de Francfort (1631). Bajo el nº 879 sup. fr., la Biblioteca imperial de Paris posee dos de los referidos ocho memoriales; sobre el primero está el título *Descubrimientos de Quirós*. — Cristoval Suarez de Figueroa, *Hechos de don Garcia Hurtado de Mendoza*, quarto marqués de Cañete ; Madrid, 1613. — Purchas, *his Pilgrimes*, vol. IV, p. 1422 ; Londres, 1625. — Antonio de Herrera, *Descripcion de las Indias occidentales*, etc.; Madrid, 1730. — Juan de Torquemada, *Monarchia indiana*, 1ª parte, lib. V, cap. 64; *De la Tornada y nuevo descubrimiento que el capitan Pedro Fernandez de Quirós hiço á la parte austral y incognita* en este año de 1605, en demanda de las islas que llaman Salomon ; Madrid, 3 vol. en fol., 1723. — Le président de Brosses, *Histoire des navigations aux terres australes* ; Paris, 2 vol. en 4º, 1556 y 1761. — Pingré, *Mémoire* sur le choix et l'état des lieux où le passage de Vénus du 3 juin 1769 pourra être observé, etc., et principalement sur la position géographique des îles de la mer du Sud ; Paris, 1767. — George Forster, *A Voyage round the world*, etc., vol. 1º, p. 250; London, 1771. — Fleurieu, *Découvertes des Français en 1768 et 1769, dans le sud-est de la Nouvelle-Guinée*, etc.; Paris, 1795.—Alexander Dalrymple, *Collection of the several voyages and discoveries in the south Pacific ocean*. — D. José Andia y Varela, Relacion de un viaje á la isla de Amat (Tahiti), en 1774. (Véase el t IV de las *Mémoires de la Société de géographie*.) — James Burney, *A chronological history of the discoveries in the south sea*; London, 5 vol. en 4º, 1803 to 1817. — Guilermo Knight, *Mundus alter et idem sive terra australis longis itineribus peregrini Academici nuperrime perlustrata* ; Francfort, en 12. 1604. — Calancha, *Coronica moralizada de S. Agustin en el Perú*; en fol., 1639.—Jacob Roggewen, *Twe Jaarige reyze rondom de wereld*, ter nades ontdekcinge der onbekende, etc.; Dordrecht, en 4º, 1728. — M. de B., *Histoire de l'expédition de trois vaisseaux envoyés par la Compagnie des Indes occidentales des Provinces-Unies, aux terres australes* ; la Haye, 3 vol. en 12, 1739. — Fréville, *Histoire des nouvelles découvertes faites dans la mer du Sud*, en 1767, 1768, 1769 et 1770; Paris, 2 vol. en 8º, 1774. — De Surville, *Relation d'un voyage dans les mers australes et pacifiques* (1769-1773) ; manuscrito en 4º mayor, en el depósito de la marina (Paris). — James Cook, *A Voyage towards the south pole and round the world*, performed in the years 1772, 1773, 1774, 1775 ; London, 2 vol. en 4º mayor, 1777. — D. J. Guzman y Manrique, *Viaje de E. Warthen á las tierras incógnitas australes*, y al pais de las minas; Madrid, 4 vol. en 8º, 1778. — De Kerguelen, *Relation de deux voyages dans les mers australes et des Indes*, faits en 1771, 1772 et 1773, etc.; Paris, en 8º, 1781. — La Pérouse, *Voyage autour du monde*, rédigé par M. L.-A. Milet-Mureau; Paris, 5 vol. en 4º mayor, 1797.—De Rossel, Beautemps-Beaupré, *Voyage de d'Entrecasteaux*, envoyé à la recherche de la Pérouse ; Paris, 3 vol. en 4º, 1807. — Krusenstern, *Reise um die welt*, in den iahren 1803, 1804, 1805 und 1806; San Petersburgo, 3 vol. en 4º, 1810, 1811-1814. Traduccion francesa : *Voyage autour du monde*, Paris, 3 vol. en 8º, 1821. — W. Ellis, *Polynesian researches*; London, 2 vol. en 8º, 1829. — Dupetit-Thouars, *Voyage autour du monde* sur la frégate *la Vénus*, pendant les années 1836-39; Paris, 9 vol. en 8º, 1840. — Dumont d'Urville, *Voyage de la corvette* l'Astrolabe, pendant les années 1826, 27, 28, 29 ; Paris, 10 vol. en 8º, 1833.—A.-J. Moerenhout, *Voyage aux îles du Grand Océan* ; Paris, 2 vol. en 8º, 1837. — Ch. Wilkes, *Narrative of the United-States exploring expedition* ; 10 vol. en 8º mayor, 1838 á 1843. — H. Lutteroth, *O'tahiti, histoire et conquête*; Paris, en 8º, 1843. — Desgraz, *Ile Tahiti*; Paris, 2 vol. en 8º, 1845. — *Rovings in the Pacific from 1837 to 1849 with a glance of California, by a merchant long resident in Tahiti* ; London, 1855, 2 vol. en 8º. — E. de Bovis, *De la société tahitienne à l'arrivée des Européens*. (Véase la *Revue coloniale*, año 1856.)

PYRARD DE LAVAL,

VIAJERO FRANCÉS.

[1601-1608.]

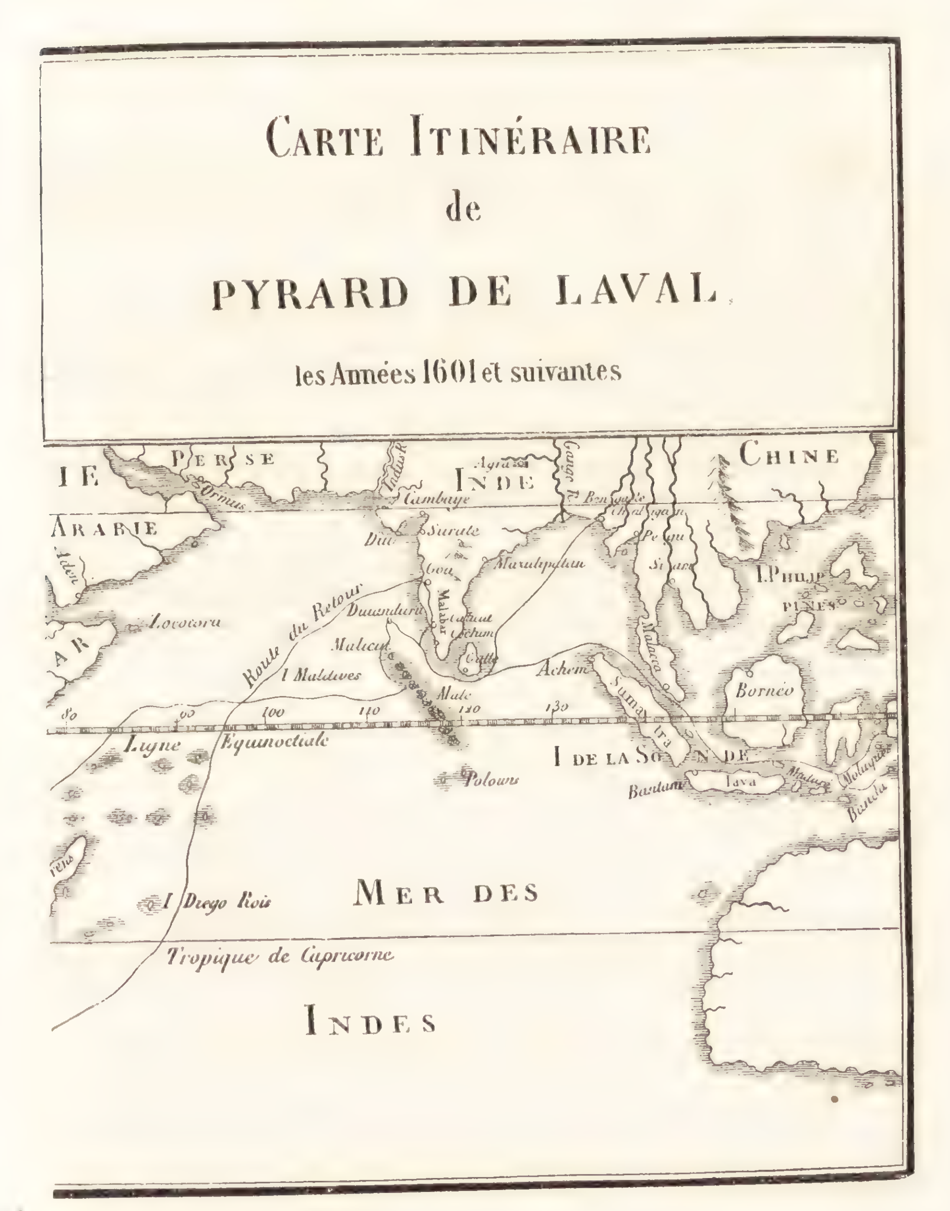


Itinerario tomado del *Voyage de*

En 1601, los gremios de mercaderes de Saint-Malo, de Laval y de Vitré, formaron una compañía con el fin de hacer el comercio directo con las Indias orientales, que por entonces solo habian sido esploradas por los portugueses y los españoles. Armaron pues, dos naves, una de 400 toneladas llamada

el Croissant, y otra de 200 llamada *el Corbin*, y elijieron por gefe de la espedicion al señor la Bardeliere y por su segundo al señor Francísco Grout du Clos Neuf. Entrambos eran habitantes de Saint-Malo. La Bardeliere tomó *el Croissant* que, segun el lenguage de la época, era el buque almirante ó la capitana. Francisco Grout mandaba *el Corbin*, con el título de vice-almirante.

A bordo del *Corbin* se embarcó tambien Pyrard de Laval, « no menos deseoso, como él dice, de ver y de aprender que de adquirir bienes. »



Pyrard de Laval, edicion de 1679.

El Croissant y *el Corbin* partieron de Saint-Malo el 18 de mayo de 1601.

El 3 de junio, atravesaron las Canarias (1).

(1) V. sobre las Canarias la relacion de Betancour, al principio del tomo anterior.

El 12 y 13 del mismo mes, pasaron por delante de las islas del cabo Verde.

El 14 de julio, las dos naves estaban en presencia de *Sierra Leona*.

El 30 de agosto, arribaron á la isla de Anobon, en el golfo de Guinea. Los portugueses, que eran los amos de la isla, armaron un lazo á seis de los oficiales franceses; se siguió un combate, y uno de los gefes subalternos del *Corbin*, Tomas Pepin de Saint-Malo, fué herido mortalmente. A pesar de este estado de hostilidad con los habitantes de Anobon, las dos naves permanecieron en la rada seis ó siete semanas para descansar y hacer provisiones.

El 16 de octubre, se dieron á la vela.

El 17 de noviembre, tocaron á Santa Elena. «Encontramos en el altar de la capilla, dice Pyrard, varios billetes que advertian que habian pasado por allí los holandeses.»

El 26 de noviembre, se dieron á la vela hácia el cabo de Buena Esperanza.

El 27 de diciembre, en medio de una noche borrascosa, pasaron rozando la tierra, y al amanecer reconocieron que habian pasado el cabo de Buena Esperanza; estaban enfrente del de las Agujas.

Hasta el 19 de febrero de 1602, no llegaron *el Croissant* y *el Corbin* á la costa de Madagascar, que llamaban entonces la isla de San Lorenzo.

Fondearon en la bahía de San Agustin.

Permanecieron largo tiempo en esta isla, y Pyrard da una descripcion interesante del paisage y de las costumbres de los habitantes, que habian sido ya visitados varias veces.

El 15 de mayo, se dieron á la vela, y el 23 arribaron á la isla Mohilla, una de las cuatro islas principales del archipiélago de las Comoras.

Al cabo de quince dias de descanso, prosiguieron su viaje.

Aquí dejamos la palabra á Pyrard, que cuenta su naufragio y su residencia forzosa en las islas Maldivias. Hace pocos años era el único viajero que se citaba con confianza tratándose de ese archipiélago singular ([1]).

Las *Instrucciones naúticas* del capitan ingles Roberto Moresby, publicadas en 1836, y vertidas al francés por M. Daussy (V. la Bibliografía), son el primer documento importante que á mas de dos siglos de distancia, encontramos entre todos los escritos de los esploradores europeos en el mar de las Indias ([2]).

([1]) «No se puede menos de participar de la opinion de Duval, uno de los últimos editores, cuando dice que la relacion de Pyrard es una de las mas exactas y agradables que se pueden leer. Hay en ella aventuras tan estraordinarias, que pasarian por incidentes de novela, si la sinceridad del autor no fuese una cosa bien probada. Preciso es que tuviera una memoria prodigiosa para acordarse de todo lo que le habia pasado durante tantos años, y en los diferentes países que recorrió. No habia hecho muchos estudios, pero su sensatez y su espíritu observador le pusieron en estado de componer un buen libro. Los viajeros ingleses que han estado en las Maldivias confirman todo cuanto él dice.» (Eyriés, *Biographie universelle.*)

([2]) El archipiélago de las Maldivias era conocido hacia mucho tiempo por los viajeros árabes, que las designaban con el nombre de *Robaihat*. Como en el dia, sacaban de esas islas las conchas-monedas ó cowries *(Cypreæ moneta)*. Mencionan las Maldivias: Cosmas, en el siglo VI; dos mahometanos, en el siglo IX; y Abul-Feda, en el siglo XIV. El célebre viajero Ibn-Batuta residió en ese archipiélago en el siglo XIV y ha hablado mucho de él como se dirá en una de las notas siguientes.

En 1512, Simon de Andrade fué arrojado por una tempestad á las Maldivias. A fines del mismo siglo, J. Davis las vió en su travesía. Los portugueses quisieron fundar allí un establecimiento sin resultado alguno. En 1777, un francés naufragó tambien sobre una de las Maldivias.

El reconocimiento de estas islas se principió en 1834 por órden del gobierno de Bombay, y se terminó en 1836. El capitan Roberto Moresby mandaba *el Benares*, y le secundaba Federico Tomas Powell, que mandaba el schooner *el Tigre Real*. Otros oficiales de la marina de la India prestaron tambien su ayuda con el mayor celo.

Antes del capitan Moresby, dos oficiales de la marina francesa habian tomado apuntes geográficos é hidrográficos muy preciosos sobre las Maldivias: M. de Bougainville, comandante de la fragata *la Thetis* (en 1824); M. Fabre, comandante de la corbeta la *Chevrette* (en 1828).

Despues del capitan Moresby, en marzo de 1843, M. Barbot de de la Tresorière, capitan de la corbeta *la Blonde*, del apostadero de Borbon, recibió del gobernador de esta colonia la mision de pasar á Pondichery visitando las Maldivias. Permaneció del 9 al 12 de abril de este año en el atoll (grupo de islas) de Pulha-Moluca. A su regreso, entregó al gobernador un informe donde se hallan algunas noticias dignas de interés.

Por las notas tomadas de Moresby y de otros navegantes, veremos que Pyrard de Laval, de quien han dudado algunos autores recientes, es tan notable por su fidelidad como por la sagacidad de sus observaciones.

RELACION DE PYRARD DE LAVAL.

Naufragio del *Corbin*, donde estaba el autor, en los bancos de las Maldivias.—De cómo se refugiaron los hombres en una isla con mucho trabajo.

El 1º de julio de 1602, estando á la altura de 5 grados de la línea equinocial al norte, con un tiempo hermoso, sin mucha calma ni mucho viento, al despuntar el dia notamos que *el Croissant* no tenia ya su lancha que arrastraba detras de sí desde la isla de San Lorenzo, donde se habia dispuesto de modo que pudiese servir de patache; pues se resolvió en Saint-Malo entre nuestro general y el gremio de los mercaderes que se hiciera una de estas embarcaciones en la primera tierra adonde llegáramos mas allá del cabo de Buena Esperanza.

Es una cosa muy necesaria en los grandes viajes el tener un patache, para enviar á reconocer los sitios que no se conocen, para saltar á tierra cuando se presenta la ocasion, y aun para entrar en los rios por donde es peligroso que se aventuren las naves. Apunto con toda intencion la pérdida de la lancha que servia de patache; pues si la hubiéramos tenido, *el Croissant* habria podido salvar á los hombres de nuestra nave.

Inmediatamente despues descubrimos á lo lejos grandes bancos que rodeaban cierto número de islotes, entre los cuales vimos tambien una pequeña vela. Esto hizo que llegándonos al punto á nuestro general, le advertimos que no veiamos ya su galeon. Pero nos dijeron que en la noche última una gran oleada le habia llenado de agua, habia roto la cuerda á que estaba amarrado, y se habia ido á pique, lo que era, como he dicho ya, una gran pérdida para nosotros. Despues de esto el oficial de nuestra nave, que era el único que hablaba en estas ocurrencias, porque el capitan y el teniente estaban enfermos, y nuestro piloto que era inglés no hablaba francés, le preguntó qué bancos y qué islas teníamos á la vista; y el general y su piloto respondieron que eran las islas llamadas de *Diego de Reyes* (¹); y sin embargo, habiamos dejado estas islas de Reyes 80 leguas atrás hácia el oeste.

Hubo entonces un gran altercado entre los del *Croissant* y los nuestros sobre el reconocimiento de aquel banco y aquellas islas; pues nuestro capitan, nuestro piloto y nuestro oficial, sostenian que eran las Maldivias, y que era preciso estar alerta, y nuestro general y su piloto opinaban lo contrario. Hasta llegamos á ver unos faluchos que parecian venir á nosotros para dirijirnos, como supe despues por ellos, pero nuestro general no los quiso esperar y los despreció imprudentemente.

Todo el dia se pasó en esta disputa, siguiendo siempre nuestro camino, muy cerca los unos de los otros, hasta que cerrada la noche, nuestra nave fué como de costumbre á saludar á nuestro general y á tomar órdenes. Entonces el oficial de nuestra nave preguntó si el paso estaba abierto, y el general le dijo que sí, y que creyera que eran las islas de Reyes y no otras; sin embargo, como ese paso le era desconocido, y temiendo que hubiese bancos ó rocas delante de nosotros, lo mejor era correr al oeste hasta medianoche, y despues volver como antes y correr al este para llegar al amanecer al mismo lugar donde estábamos entonces, ó un poco mas adelante, á fin de no adelantar camino en las tinieblas y no perdernos sin reconocernos.

El capitan, que estaba muy enfermo, me encargó que advirtiera de su parte al oficial y al contramaestre que no se descuidaran, pues seguramente nos hallábamos en un lugar muy peligroso, á la vista de

(¹) Pyrard de Laval quiere hablar aquí de la isla Rodriguez ó Diego Ruiz y de las otras islas Mascareñas, al este de Madagascar.

las Maldivias, no obstante la opinion del piloto del *Croissant*. La intencion de nuestro general era pasar por el norte de las Maldivias, entre la costa de la India y la cabeza de las islas; pero por el contrario íbamos en derechura al centro de los escollos. Los pilotos decian que estarian alerta, pues todos los que navegan por esos sitios deben temer y huir esos escollos y bancos peligrosos á cien leguas; de otra manera es casualidad pasar entre esas islas sin perderse ([1]).

Pero la desgracia nos perseguia tan de cerca, que no obstante la prevision de nuestro capitan, que habria podido remediar la ignorancia de los otros, lo que no habia sucedido en todo el viaje, cada cual se durmió profundamente aquella noche, aun aquellos que estaban encargados de velar por los otros.

El oficial y el contramaestre estaban ébrios; la luz que se mantiene siempre á popa para ver y alumbrar la brújula se apagó, y el que llevaba el timon entonces, se quedó dormido con el page ([2]) que le acompañaba, como es costumbre que el marinero que gobierna lleve siempre un page de la nave á su lado. Y lo peor fué que hicieron virar la nave al este media hora ó tres cuartos de hora demasiado pronto. Así sucedió que en ese estado y hallándose todos dormidos, la nave tocó dos veces en un banco, y como al ruido se despertaran todos sobresaltados, tocó de repente por tercera vez y encalló en el banco. Júzguese lo que sucederia á bordo de la nave; ¡qué espectáculo tan triste! ¡que gritos y qué gemidos se oyeron como de personas que se ven perdidas de noche en un peñon en medio de la mar, esperando una muerte segura!

Unos lloraban y gritaban con toda su fuerza, otros se ponian á rezar, otros se confesaban recíprocamente, y en vez de tener un gefe para mandarnos y para infundirnos valor, teniamos un gefe que no hacia mas que afligirnos profundamente. Un mes hacia que no se habia levantado de la cama; pero el temor de la muerte le hizo levantar al punto en camisa y enfermo como estaba, y se puso á llorar en medio de nosotros.

La nave estaba medio volcada; cortamos los palos para impedir que volcásemos, y luego disparamos un cañonazo para advertir al *Croissant* que se retirase á fin de que no se perdiera con nosotros. Pero no se hallaba en peligro, pues estaba atrás y muy alerta. Todos pensábamos que la nave se iba á fondo, porque no veiamos otra cosa sino unas grandes oleadas que pasaban por encima de nosotros; y eso debiamos esperar habiendo encallado en una peña.

Tres cuartos de hora despues apareció la luz del alba, y gracias á ella vimos unas islas á cinco ó seis leguas de distancia mas allá de los bancos, y *el Croissant* que huia á nuestra vista sin poder prestarnos socorro alguno. Nuestra nave se mantenia firme sobre el costado, y estando encallada sobre un banco, podia resistir así algun tiempo mas, pues el banco era de piedra y no de arena, en cuyo caso la nave se hubiera sumerjido y todos nos hubiésemos ahogado.

Esto nos dió cierto consuelo y cierto ánimo para apelar á todos los recursos á fin de salvar nuestras vidas y llegar á tierra, aunque no habia grandes esperanzas, por el largo espacio de mar que era preciso atravesar antes de alcanzar la tierra, sin contar que despues corriamos peligro de que nos apresaran las gentes del país y nos mataran. Resolvimos pues fabricar una balsa, porque no esperábamos poder sacar nuestro galeon ó lancha. Tomamos palos y maderos; los atamos fuertemente; clavamos encima muchas tablas que arrancamos del interior de la nave, y asi hicimos lo que llaman una *panguaya*, que bastaba para llevarnos á todos fácilmente y para salvar á mayor abundamiento una gran cantidad de bagages y de mercancías.

Todos nosotros y con todas nuestras fuerzas nos pusimos á trabajar en esta panguaya desde el amanecer hasta las dos ó las tres de la tarde. Pero todo nuestro trabajo fué inútil, pues nos fué enteramente imposible trasladarla á la otra parte de los bancos; lo cual nos hacia perder todo valor y confianza, en atencion á que, como he dicho ya, habia pocas probabilidades de sacar el galeon que estaba muy adentro en la nave bajo el segundo puente, y como todos los palos se habian cortado, no era posible poner ninguna garrucha para levantarle. Ademas, la mar estaba tan alborotada y tan borrascosa, que las

([1]) Ya no hay que esperimentar esos temores, gracias á las cartas de marear y á las instrucciones de Roberto Moresby. (V. la nota de la p. 230, y mas adelante el mapa general de las Maldivias.)

([2]) El grumete.

olas pasaban por encima de la nave á la altura de una pica y mas, y á cada momento teniamos que recibir toda esa agua sobre nosotros. Por último, estando la mar tan furiosa (pues veiamos venir con impetuosidad las oleadas á una distancia enorme, oleadas que se estrellaban con horroroso estrépito en aquellos bancos y aquellas rocas), el galeon no hubiera podido resistir á una violencia semejante.

Estando en esto, distinguimos una barca que venia de aquellas islas hácia nosotros como si quisiera reconocernos; pero se quedó á la distancia de media legua; lo cual visto por uno de los nuestros que nadaba muy bien, se echó al agua, suplicando con toda clase de señales y de gritos á los hombres que estaban dentro de la barca que nos socorrieran y nos asistieran; pero no quisieron hacerlo á pesar de todas las instancias, y el nadador tuvo que volverse con mucho trabajo y peligro. No sabiamos qué juzgar de esa inhumanidad y esa barbarie; pero despues supe que les estaba rigorosamente prohibido el acercarse á ninguna embarcacion perdida, si no es con licencia del rey; y únicamente los oficiales del rey, cuando se encuentran próximos al lugar del naufragio, pueden salvar los hombres, dando parte al rey inmediatamente.

Como todas estas cosas nos quitaron la esperanza de salvar nuestras vidas, nos empeñamos en sacar el galeon y nos pusimos á trabajar en ello con el mismo afan que antes habiamos trabajado para hacer la balsa. Por fin, habiendo sacado fuera el galeon con muchísimo trabajo, cada cual trató de hacer lo que era posible para ponerle en estado de que nos sirviera, tanto mas cuanto estaba abierto y destrozado por las olas. Pero sobrevino la noche antes de que la obra estuviera concluida; de manera que permanecimos toda la noche siguiente á bordo de la nave en aquella miseria y afliccion, llenos de incomodidades y peligros, pues la nave estaba casi llena de agua y las olas pasaban por encima de nuestras cabezas y nos mojaban incesantemente.

Al otro dia, 3 de julio de 1602, por la mañana, nos echamos á nado para pasar el galeon dentro de los bancos, lo que hicimos con muchísimo trabajo. Pero una vez que le habiamos pasado, nos embarcamos todos en él, despues de haber tomado las espadas, los arcabuces y las picas; y nos encaminamos hácia las islas; mas nuestro galeon con la carga que llevaba comenzó á hacer agua y estuvo á punto de sumerjirse cinco ó seis veces por la fuerza del viento y de las olas. En fin, al cabo de muchos trabajos, pudimos arribar á una de las islas llamada *Puladu* (1).

De lo que sucedió á los hombres que se habian salvado despues de la pérdida del *Corbin*.

Cuando llegamos á la orilla, los habitantes que nos esperaban, no quisieron que saltáramos á tierra sin que primeramente nos desarmaran ellos. Tuvimos pues, que rendirnos á discrecion á los isleños, los cuales nos dejaron por fin saltar á tierra y luego sacaron del agua nuestro galeon y le quitaron el timon, los palos y los demas aparatos necesarios, y los enviaron á otras islas vecinas, sacando tambien todas las embarcaciones de su isla, por manera que no quedó una sola. Por este principio conocí que eran hombres de inteligencia muy despierta; su isla no es grande, apenas tiene una circunferencia de una legua, y ellos no pasan de veinticinco habitantes, de modo que podian temer que saltando nosotros armados y siendo mas que ellos, nos hubiésemos apoderado de su isla y de sus barcas, lo que nos hubiera sido muy fácil si hubiésemos sabido que eran tan pocos; pero, como he dicho ya, tomaron muy bien sus precauciones.

Una vez en tierra, nos llevaron á todos á una cabaña en medio de la isla, donde nos dieron algunas frutas, cocos y limones. Allí vino el señor de la isla llamada *Ibrahim* y *Puladu Guilague*, que parecia muy anciano y sabia algunas palabras de la lengua portuguesa, á cuyo beneficio nos interrogaba sobre diversas cosas. Despues, sus hombres nos registraron y nos quitaron todo cuanto teniamos, diciendo que todo pertenecia á su rey, en cuanto una nave se rompia y hacia naufragio. Este señor de la isla

(1) Pyrard dice mas adelante: «El primer (canal) que se tenia por el lado del norte es aquel en que nos perdimos á la entrada sobre el banco del atolon de *Malos-Medu*.»

era gran señor, y como supe despues, pariente próximo del rey cristiano de las Maldivias que reside en Goa ([1]). Viendo que llevábamos una pieza de escarlata, nos preguntó qué era, y le respondimos que la habiamos traido para presentarla al rey y ofrecérsela de regalo. En cuanto supieron que era para el rey ninguno de los habitantes se atrevió á tocarla ni á mirarla siquiera. Sin embargo, á nosotros se nos ocurrió cortar un pedazo de ella como de dos ó tres varas, para hacer un regalo al señor de aquella isla, con la esperanza de que nos tratara mejor en agradecimiento al regalo. El señor tomó la tela y nos dió gracias con muchas caricias, pero tambien nos hizo prometer que no dijéramos una palabra á nadie, pues en ese caso preferiria morir antes que haberla tomado. Poco despues, habiendo oido decir que venian oficiales del rey, cambió de opinion y nos devolvió la tela, suplicándonos que no dijéramos ni que la habia tocado. No obstante, el rey lo supo al cabo de seis meses y se encolerizó y le habria llamado, si no hubiera sido porque estaba enfermo peligrosamente de la enfermedad de que falleció á la edad de setenta y cinco años.



Isla donde arribó Pyrard (atoll Malos-Madu meridional de las Maldivias), segun Dalrymple. (Véase el mapa general de las Maldivias.)

Habiendo permanecido un dia en la cabaña, tomaron el oficial de nuestra nave con dos marineros y los llevaron á presencia del rey, á 40 leguas de allí, á otra isla llamada Malé, que es la isla capital de la que dependen todas las restantes, y donde el rey tiene su morada. El oficial de nuestra nave llevó consigo la pieza de escarlata que presentó al rey, y fué bien recibido y alojado dentro del palacio; lo que hizo el rey no tanto para honrarle como para tener su persona bien segura, como lo conocí despues en su desconfianza.

El rey envió al punto á su cuñado con muchos soldados en unas barcas para que fueran al lugar donde estaba encallada nuestra nave y sacaran de ella todo cuanto pudieran sacar. Era el hermano de la reina y se llamaba *Ranabandery-Tacuru* en su dignidad y por nombre tenia Muhamede. Habiendo llegado á la isla de Puladu en donde estábamos, nos trataron mejor con motivo de su llegada, y con frecuencia nos llevaban en sus barcas á nuestra nave para que les ayudáramos á sacar las mercancías y todos los aparatos. Pero al mismo tiempo se burlaban de todos los avisos que podiamos darles, porque eran mejores los que tenian ellos. Para ir á la nave que estaba en el banco, era imposible, como he dicho ya, que llegaran las barcas; ellos ataron un cable por un lado á la punta de la nave, y por el otro sobre el banco á un peñon; y de este modo, agarrándose á la cuerda con una mano se podia ir y venir del banco á la nave sin peligro, y así las oleadas pasaban por encima de las cabezas sin llevarse á los hombres. Ademas, poseian una escelente invencion pasa sacar fácilmente los cañones y otros objetos pesados aunque se hallasen en el fondo. De esta manera sacaron durante algunos dias las mercancías de nuestra nave y las llevaron al rey; pero antes el cuñado del rey que tenia este encargo, nos separó á nosotros, distribuyendo á algunos entre las islas vecinas (sin embargo, el mayor número se quedó en Puladu, que es la isla donde habiamos saltado primeramente), y al volverse se llevó consigo á nuestro capitan aunque estaba enfermo, con cinco ó seis mas. Presentado al rey, fué bien recibido; el rey hasta le prometió poner á su servicio una embarcacion para que le llevara á Achem, en la isla de Sumatra, donde habia ido nuestro general. Ignoro si habria cumplido su palabra; pero nuestro capitan murió en la isla de Malé como unas siete semanas despues. Cada vez que venian á la nave, se volvian siempre con alguno de los nuestros.

En cuanto á mi persona, el cuñado del rey, al dividir á mis compañeros, me separó de los de Puladu y me llevó con otros dos á un islote llamado Paindué ([2]), que distaba una legua de Puladu, donde no habia mas poblacion que en la otra isla. Allí mis dos compañeros y yo fuimos bien recibidos en un prin-

([1]) Las Maldivias dependen actualmente de Ceilan, y el rajah ó sultan comunica dos veces por año con el agente del gobierno en la punta de Gales.

([2]) Paddi-Pholo.



Fragmento del mapa de las Maldivias que representa el atoll Malos-Madu, segun Moresby. (V. mas adelante el mapa general de las Maldivias.)

cipio y tuvimos los víveres suficientes, por el señor que nos habia llevado; pero cuando hubieron visto los habitantes que nuestros compañeros que estaban en las islas tenian dinero, resolvieron no darnos ya ninguna cosa para vivir. Mis dos compañeros y yo quedamos reducidos á la mayor miseria. Todo lo que podiamos hacer era buscar moluscos sobre la arena para comerlos, y á veces por casualidad cojiamos algun pez muerto que el agua arrojaba á la arena, y le poniamos á cocer con toda clase de yerbas desconocidas para nosotros, añadiendo para sazonarle un poco de agua del mar; si por acaso hallábamos algun limon tambien echábamos unas rajas. Pero pasaban dias enteros sin que encontraramos ninguna cosa.

En esta miseria permanecimos durante algun tiempo, hasta que habiendo reconocido los habitantes que no teniamos dinero, y sin duda compadecidos de nosotros, principiaron á conducirse de un modo menos bárbaro. Hasta entonces la mayor parte de ellos, todas las mujeres y los niños, se ocultaban de nosotros y nos huian como si fuéramos monstruos; de modo que no nos permitian ir á sus aldeas y á sus casas, y hasta les serviamos de objetos para meter miedo y amenazar á sus niños. Por fin, habiendo reconocido que se hacian con respecto á nosotros mucho mas tratables, nos acercamos á ellos y les ofrecimos que hariamos todo cuanto quisieran para servirles, y ellos aceptaron.

A mí me llevaban á menudo en sus barcas á la mar y á las islas vecinas para cojer cocos y pescar; tambien á veces me emplearon en otro trabajo en la tierra, y en pago me daban parte de su pesca cuando habia ido á pescar, y por las otras faenas me daban cocos, arroz, mijo y miel. Mis compañeros, por su parte, hacian cuanto les era posible para ganar igualmente alguna cosa, pues solo á mí me llevaban á la pesca, no sé por qué razon; y luego lo reuniamos todo y viviamos en comun. De esta manera, por alguna pesca y algunos cocos, haciamos las cosas mas viles y mas mecánicas que se pueden hacer, y los trabajos mas penosos; en suma, haciamos aun aquello que sus esclavos no querian ó no podian hacer. En cuanto á la vivienda, nos retirábamos, durante la lluvia y por las noches para dormir, bajo una cabaña de madera que estaba á la orilla del mar, y que habian levantado poco antes para construir una barca. La cabaña estaba cubierta por arriba, pero por los lados estaba abierta.

Mientras yo ganaba mi vida de este modo, trataba tambien de aprender la lengua del país; lo que todos mis compañeros despreciaban diciendo que nada les interesaba aprender esa lengua particular de esas islas, y que se prometian que al cabo les enviarian á Sumatra á reunirse con el general, como el rey habia prometido á nuestro capitan y como nos decian los habitantes de la isla. Yo tambien abrigaba esperanzas, pero el temor de que no sucediera me hacia resolverme á todo. Ademas, viendo los apuros en que estábamos, trataba de aprender la lengua para utilizarla oportunamente, como así fué. Teniendo este designio, se me presentó la ocasion de saber mas pronto y mas fácilmente esta lengua; pues el señor de la isla de Paindué, llamado Aly-Pandio-Atacuru, donde estábamos tres, que era muy noble y pariente del rey por su mujer, viendo que yo pugnaba por aprender su lengua, me cobró amistad. Es verdad que yo trataba con empeño de hacerme complaciente y agradable con respecto á él y á su mujer y á todos los de la isla, obedeciéndoles en todo y por todo. Era muy honrado y cortés. Era docto y curioso y hasta buen piloto, pues teniendo las brújulas y las cartas de marear de nuestra nave, me hacia muchas preguntas, en razon á que nuestras cartas estaban hechas de otra manera (1); en suma, estaba muy contento porque yo me hallaba en su compañía para conversar con él y responderle sobre todo lo que me preguntaba acerca de nuestras costumbres. Esta conversacion ordinaria, y luego mi ahinco constante, me hizo aprender en breve el lenguage del país, lo cual me valió que aquel señor me tratase con mas miramientos, y con esto principió á mejorar mi suerte, pues tenia, gracias á su liberalidad, los víveres que me eran necesarios.

Sin embargo, los hombres del rey acudian todos los dias á sacar de nuestra nave todo cuanto podian sacar, principalmente el plomo de que estaba forrada, que aprecian mucho en aquel país, y hasta los clavos y las maderas que podian arrancar. Así yendo y viniendo, se volvian siempre con algunos de los

(1) En muchas de estas islas hay escuelas de navegacion y se construyen instrumentos náuticos. Copian nuestras tablas náuticas aprovechando ordinariamente nuestras cifras, y traducen en su lengua las reglas que se hallan en nuestros tratados de navegacion. (Moresby.)

nuestros, que se marchaban con gusto, y los que tenian todavía algun dinero lo daban para que los llevasen. Nos decian que el rey debia dar una barca á nuestro capitan, y que cuando estuviera dispuesta nos llamarian á todos. Con esta esperanza, todos los nuestros se iban muriendo unos detras de otros. Nuestro capitan, el primer factor, el contramaestre y otros habian fallecido. El oficial habia ido el



Barcos de cabotaje del archipiélago de las Maldivias (¹), segun el capitan Paris.

primero á saludar al rey; pero quiso volver á la nave para tomar vestidos, lo que nos permitian libremente, tanto mas cuanto no sabian que hacer de ellos pues no eran de su uso. Cuando vió el oficial que no se acordaban de reunirnos y de dejarnos marchar, y que el capitan habia muerto, formó el plan de escaparse, pero muy en secreto, sin que lo supieran algunos de los nuestros á los cuales no queria descubrirse. La segunda vez que yo fui á verle, me comunicó su plan y me manifestó su sentimiento porque yo no tomaba parte en él; pero esto era imposible. Yo le dije que no creia que su proyecto pudiera salir bien; tanto mas cuanto que los isleños desconfiaban mucho de nosotros y principalmente de los que estaban en Puladu, donde á causa de esta desconfianza no dejaban embarcacion alguna. Ademas, los del rey habian puesto soldados tanto para que tuvieran cuidado con nosotros, como para descubrir á los isleños que tomasen nuestro dinero y quitárselo.

Sin embargo, el oficial llevó tan bien su empresa, que al cabo sorprendió la barca del señor de Paindué que habia ido á Puladu á ver á su pariente, como he dicho cuando me llevó dos veces, y logró su propósito en medio del dia, cuando menos lo podian esperar los isleños. Así, pues, habiendo provisto la barca de agua dulce y de cocos que antes habia reunido y ocultado en el bosque, se embarcó con doce compañeros, dejando todavía á ocho de los nuestros, cuatro enfermos y cuatro sanos, y se dió á la vela sin que estos lo supieran. Los habitantes de la isla advirtieron lo que pasaba, pero no tenian embarcacion ninguna para perseguir á la otra. Unicamente salieron con una balsa que llaman *candue-patis*, de que hablaré en su lugar, y vinieron á dar aviso á los de nuestra isla; de modo que nuestros

(¹) Todos los barcos de las Maldivias, grandes y pequeños, están construidos con madera de coco; nada de hierro entra en su construccion. Sus accesorios y ornatos no carecen de gusto. (Barbot de la Trésorière.)

hombres pudieron pasar los bancos antes de que hubiesen hallado ellos las embarcaciones que necesitaban, y estaban muy lejos y fuera de todo peligro cuando se embarcaron los isleños para perseguirlos.

La empresa fué buena para los que huyeron; pero en cambio los ocho que se quedaron se vieron reducidos á la mayor miseria, pues los soldados ejercieron sobre ellos, por venganza, todos los rigores imaginables. Cojieron á los que estaban en buena salud, los ataron y los maltrataron; les dejaron sin nada de lo que tenian en dinero y víveres, y luego fueron á los enfermos y obligaron á los que estaban sanos á que los llevaran á la playa tan cerca del mar, que cuando subia la marea les mojaba las piernas, hallándose ademas espuestos á la intemperie, al sol y á las lluvias, que eran muy frecuentes en aquella estacion. Tan escesivo era el rigor, que no permitian á los que estaban sanos que les llevaran ni siquiera agua dulce para beber, pues no otra cosa tenian ellos para sí. Aquellos pobres enfermos se arrastraban con gran esfuerzo, y volviéndose de cara á la tierra se comian la yerba que tenian debajo, de suerte que siempre se les veia con yerba en la boca. Uno de ellos, que era de una buena casa de Saint-Malo, murió al poco tiempo. De los que quedaron sanos, uno que por necesidad subió de noche á un árbol para cojer unos cocos, se cayó y se mató, aunque en otras ocasiones habia subido del mismo modo sin inconveniente. Sus compañeros padecieron mucho, y hasta comian ratas cuando podian cojerlas.

Llegada de un señor comisionado por el rey de la isla de Paindué, el cual se lleva consigo al autor.

Lo que he contado hasta aquí es relativo al estado en que nos vimos durante tres meses y medio, despues de nuestro naufragio. Pasado este tiempo llegó un gran señor llamado *Assant-Caunas-Calogue,* de parte del rey, para acabar de sacar de nuestra nave todo lo que pudiera, y entre otras cosas algunos cañones de hierro que aun estaban en ella y lo restante del plomo y del hierro, y tambien para buscar el dinero que los habitantes de la isla habian recibido de nosotros. Le acompañaba otro señor llamado *Ussaint-Rannamandy-Calogue,* que tiene mando sobre todos los navíos y barcas y sobre todos los pilotos y los marineros.

A su llegada, fué recibido como se tiene costumbre de recibir á las gentes y á los oficiales del rey que van á cumplir algun encargo de su parte. Yo ví la ceremonia. La barca que ellos llaman *ody,* donde está el señor, hace una señal con una bandera encarnada, recoje sus velas y fondea cerca de la isla. Entonces el señor ó superior del lugar envia á reconocer quién es, y una vez enterado, da la órden de recepcion y marcha delante acompañado del mayor numero de barcas y de hombres que puede reunir, dejando únicamente al *catibe* ó cura con cuatro ó cinco de los *musculits* ó ancianos de la isla. Cargan las barcas que llevan unas de cocos, otras de plátanos y demas frutas que abundan en la isla, todo ello bien acomodado y arreglado en cestos y canastillos blancos hechos con hojas de coco, que los hacen de intento y que no sirven mas que una vez; pues las referidas hojas son tan comunes y ellos tan diestros para fabricar esos canastillos que jamas los emplean dos veces; ademas los saben hacer de un modo que no se podrian sacar las frutas y demas objetos que llevan dentro sin romperlos en mil pedazos.

Al hacer estos presentes, el señor de la isla entra el primero y saluda al otro diciendo: *Sallam alecon,* que es su saludo comun, y bajándose le toca con su mano derecha los piés, y luego la levanta y la pone sobre su cabeza como para dar á entender que quisiera poner su cabeza debajo de sus piés. Los demas que le siguen hacen otro tanto, como súbditos suyos, y llevan todos los presentes de dos en dos sobre sus hombros, con un palo del cual va colgado el referido canastillo. Llaman este saludo y este presente *vedon a ruespu.* Despues de esto, el señor de la isla pronuncia su discurso y suplica al otro que salte á tierra y le dispense la honra de tomar su casa que está preparada para recibirle. El otro acepta y le acompaña con los suyos. Hecho todo esto, cuando el señor quiere saltar á tierra, uno de los mas notables de los catibes ó musculits le presenta el hombro, dándose por muy honrado con este favor, y entonces el otro se pone sobre sus hombros, como si montara á caballo, y así le llevan á

tierra teniendo mucho cuidado de que no se moje los piés, lo que consideran como una deshonra (¹).

Llegado pues aquel señor y concluidas todas las ceremonias, ejecutó primeramente su comision del modo acostumbrado y luego fué á la isla de Puladu donde se puso á buscar á los que habian recojido dinero de nuestra nave.

Estos asuntos se terminaron en los quince dias que pasó el comisario del rey en las islas de Painduė, Puladu y otras islas vecinas. El señor de Painduė y el catibe, con todos los de la isla que me tenian algun cariño, me presentaron á él recomendándome mucho. Creian todos que yo era un gran señor en mi país, y yo no queria sacarles del error, viendo que su engaño me aprovechaba. Esta recomendacion fué causa de que aquel señor enviado del rey, me cobrara amistad, tanto mas cuanto veia que yo sabia bastante de su lengua para esplicarme y para hacerme comprender un poco, y que me tomaba el trabajo de estudiarla todos los dias. He notado que nada me ha servido tanto en el ánimo de los habitantes, de los señores y hasta del rey, como el haber aprendido su lengua, motivo por el cual me preferian y me querian mas que á mis compañeros. Así sucedió que mientras desempeñaba su cometido quiso siempre que yo le siguiera y que estuviese constantemente á su lado ora en su barca, en el lugar donde la nave se habia perdido, ora en las otras islas. Una vez me llevó á un islote llamado *Tuladu*, que dista 10 leguas, donde habia ido á ver á una de sus mujeres, y tenia muchísimo gusto en oirme.

La víspera de su regreso, me preguntó si queria yo seguirle á Malé donde el rey tiene su morada. Yo le respondí que lo deseaba hacia mucho tiempo. Sin embargo, tanto temia que cambiara de propósito, que al otro dia no le abandoné un instante. A punto de partir, uno de los soldados de su comitiva le tomó á hombros, como es la costumbre del país, y entrando en la mar, le llevó á su barca, desde la cual me llamó y me hizo entrar tambien. Yo estaba muy contento porque me marchaba; pero tambien estaba triste porque dejaba tanto á mis dos compañeros de Painduė como á los de Puladu que se habian reducido á cuatro y habian resistido á todas las miserias.

Cuando ellos me vieron partir solo, se pusieron á llorar amargamente; lo que advertido por aquel señor, me preguntó que por qué lloraban, y habiéndole espuesto yo la causa de su afliccion, me pidió que les consolara y les dijera de su parte que no se atormentasen, que el rey les enviaria á buscar dentro de poco; que él habria deseado llevarlos, pero que no se atrevia ni podia hacerlo sin una órden del rey.

Llegada del autor á la isla de Malé. — Ejecucion capital de cuatro franceses que habian querido escaparse.

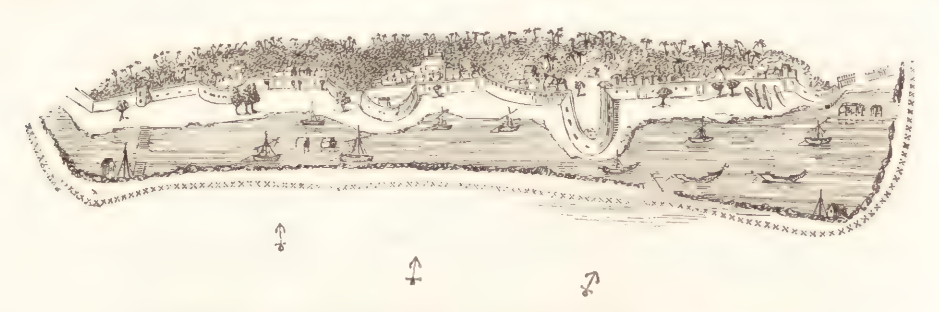
Llegamos al otro dia á la isla de Malé (²) donde saltamos á tierra, y al punto el señor se fué á saludar al rey y á darle cuenta de su viaje, encargando á uno de sus hombres que me llevara á su casa. No dejó entre otras cosas de hablar de mí, lo que hizo que inmediatamente me enviara á buscar por órden del rey. Fuí al palacio del rey donde me hicieron esperar tres horas. Por fin, al caer la tarde, me hicieron

(¹) El sultan de las Maldivias envia cada medio año, á todos los atolls, una embajada que lleva de regalo productos de la isla real, y se vuelve con los del país que visita.

La presentacion del *nakodah* (título del embajador del rey en las otras islas) es una escena divertida por la sencillez del ceremonial. Escoltado á la casa del gefe por una partida de ginetes de Ceilan, precedido de la banda de música de los indígenas, se aplica á la frente las credenciales que hasta entonces ha llevado sobre su cabeza en una bolsa de seda carmesí, y luego las presenta de rodillas haciendo muchos saludos. Entonces sacan los regalos del rey y le previenen que puede marcharse despues de haberle dicho que recibirá una respuesta y otros regalos. Entonces se despide con su escolta, y una vez que ha cumplido su mision oficial, se puede ver á Su Escelencia algunos minutos mas tarde regateando frutas en la playa. (Carlos Prydham. V. la Bibliografía.)

(²) Malé, ó isla del Rey, es de forma ovalada y tiene milla y media de largo sobre una milla de ancho. La bandera ondea sobre una de las principales baterías, en el centro, al lado norte. Esta isla tuvo en otro tiempo murallas con bastiones. Los lados del norte y del oeste son los únicos que se hallan hoy en buen estado. Hay muchos cañones en el bastion que está cerca del desembarcadero. El arrecife que rodea las costas norte y oeste está cortado á pico como un muro y sirve de abrigo á las embarcaciones fondeadas en la laguna. Hay una puerta en el muro que conduce á la laguna y al desembarcadero, que cierran por la noche con una cadena. Les gusta mucho al sultan y á los gefes que cuando llega un buque les salude con cañonazos á los que contestan inmediatamente. Entonces el emir el Bahr, ó capitan del puerto, llega á bordo para infor-

entrar en un patio adonde habia salido el rey para ver todo lo que habia producido aquel último viaje á nuestra nave, á saber, los cañones, balas, armas y otros muebles de guerra y de marina, todo lo cual



Vista de la rada y de la isla del Rey, en las islas Maldivias, segun Dalrymple.

mandaba llevar á su almacen que estaba allí junto. Me dijeron que me acercase, y entonces saludé al rey en la lengua y á la moda del país, lo que habia aprendido informándome antes. Esto le agradó y le infundió deseos de saber de mí para qué servian muchas de las cosas que habian sacado de nuestra nave cuyo uso no podia comprender. Yo se lo espliqué todo lo mejor que pude. Habiendo sobrevenido la noche, mandó al señor que me habia traido que me alojara y mantuviera en su casa, y á mí me dijo que fuera á verle todos los dias con los demas cortesanos. Despues nos retiramos todos.



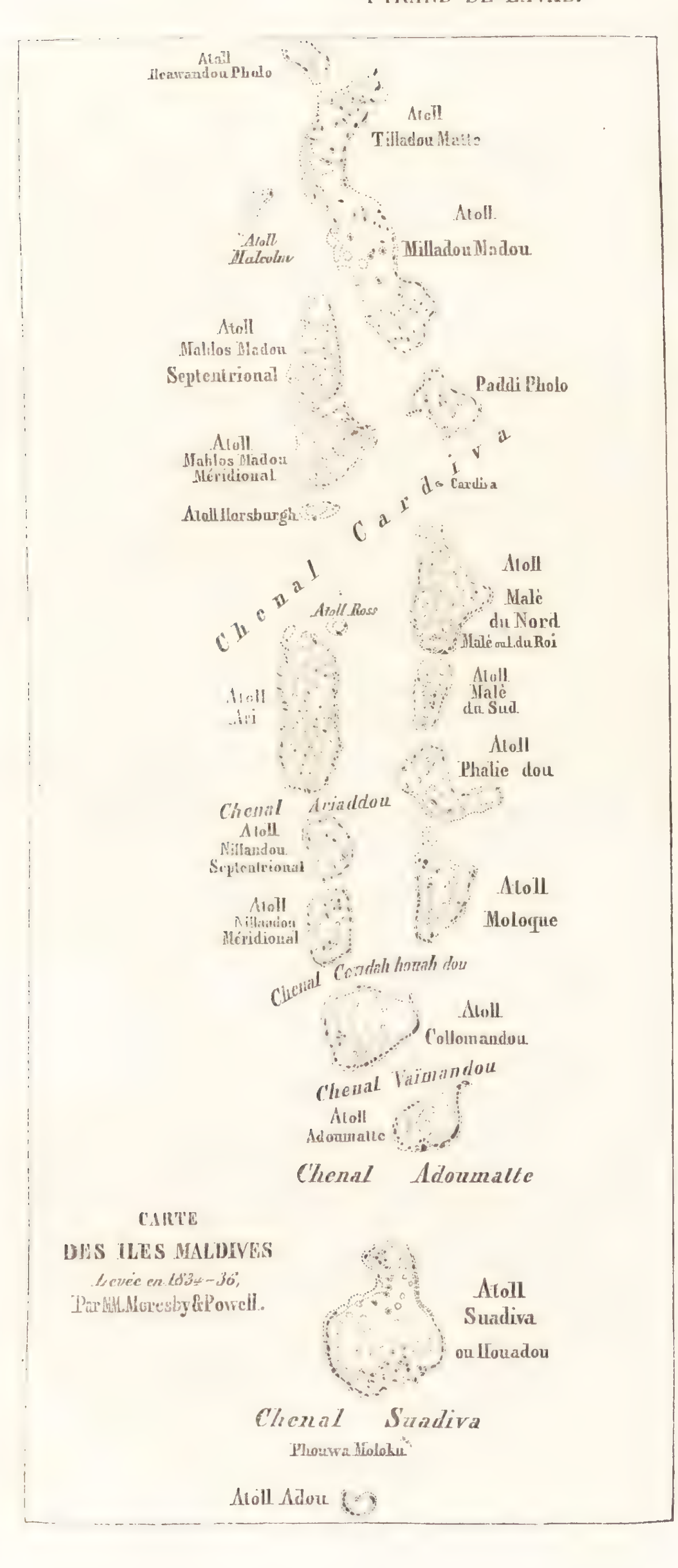
Mapa de las Maldivias, segun Pyrard.

En los dias siguientes estuve siempre ocupado en hablar con el rey y responderle á todo lo que me preguntaba acerca de las costumbres y modas de los pueblos de Europa y de nuestra Francia; de los trajes, armas y estado de los reyes, cosa que le interesaba particularmente. Y discurriendo él, entre otras cosas, de la grandeza del reino de Francia, de su generosidad, nobleza y destreza en las armas, me dijó que le estrañaba cómo no habian conquistado las Indias y cómo las habian dejado conquistar á los portugueses, que se empeñaban en hacerles creer que su rey era el mas grande y poderoso de todos los reyes cristianos. El rey me presentó á las reinas sus mujeres, las cuales tambien me ocuparon muchos dias, haciéndome mil preguntas, sobre todo con respecto á la forma, trajes, costumbres, matrimonios y

marse si el estado de salud de la tripulacion es bueno. En esa isla hay agua muy buena, pero no hay víveres; los habitantes de los otros atolls no pueden comerciar con los estranjeros mas que en Malé. Yo tenia licencia del gobierno de la India para hacer un tratado en cuya virtud se abrieran al comercio las demas islas; pero el sultan no quiso consentir en esto. Se hace un comercio considerable entre Malé y Calcuta, Chitagong, la Punta de Gales y la costa de Malabar. Sus embarcaciones son de 100 á 200 toneladas. Llevan de la India arroz principalmente, y esportan de las islas, cocos, conchas, pescado seco, cuerdas, cowries que sirven de moneda, y esteras. Algunos bergantines pequeños, pertenecientes á los habitantes de Ceilan y de Chitagong, vienen todos los años á comerciar aquí, algunos de ellos mandados por anglo-indios; pero los estranjeros que quisieran tomar parte en este comercio no serian bien recibidos. La conducta de los habitantes con los marinos náufragos siempre ha sido buena; ningun objeto salvado del naufragio ha sido robado por ellos. Las tripulaciones han sido alojadas y alimentadas por los habitantes que aprovechaban la primera ocasion para enviarles en sus embarcaciones á la isla del Rey, de donde el sultan los mandaba siempre á la India provistos de todo lo necesario y sin pedir nada por esto.

La poblacion de Malé es de 1,500 á 2,000 habitantes; ademas de esta isla hay otras once en el atoll, que están habitadas y que pueden contener en todo 700 habitantes. El clima es pésimo; nunca se debe pasar la noche en tierra, pero á bordo se pueden pasar dias y semanas sin ningun peligro.

La costa oeste de este atoll es una serie de lagunas entre las cuales á cada dos ó tres millas de intérvalo se hallan buenos pasos que conducen al interior. (Moresby.)



modo de vivir de las señoras de Francia, y á menudo me enviaban á buscar sin que lo supiera el rey, lo que no se habria permitido á otras.

Ahora bien, como he dicho ya, quince ó diez y seis de los nuestros habian sido llevados, mucho tiempo antes que yo, á la isla de Malé donde vive el rey. Cuando yo llegué no encontré mas de tres, dos de ellos flamencos y el otro francés, el cual estaba muy enfermo, tanto que murió á los ocho dias. Por el tiempo en que habian llegado nuestros hombres habia en la rada una nave portuguesa, que era de Cochin, de 400 toneladas, toda cargada de arroz y que iba á buscar conchas para llevarlas á Bengala donde son muy estimadas [1]. El capitan y el traficante eran mestizos, los otros indios cristianos, y todos vestian á la portuguesa. Se mostraron muy contrarios á los nuestros y decian mucho mal de nosotros al rey, que lo creia todo, lo cual fué causa en parte de que no nos tratara tan bien como sin eso nos habria tratado. Nos pidieron al rey para llevarnos á Cochin, y el rey consintió en ello. El rey preguntó á nuestro capitan y á nuestro primer factor si querian ir, que él lo permitia; y todos unánimemente respondieron que antes preferirian morir. A la verdad tenian motivos de temor y seguramente no nos querian para nada bueno.

[1] La *Cypræa moneta*, de que se hablará mas adelante.

16

Los nuestros abrigaban siempre la esperanza de que el rey les enviaria en una barca á Achem ó á Sumatra como se lo habia prometido.

Poco tiempo despues el capitan y el primer factor vinieron á morir; los demas se ponian cada vez peor, á causa de los trabajos que habian sufrido hasta entonces, del aire viciado y de las malas aguas de esa isla, cosas que impiden vivir en ella á los estranjeros. A mayor abundamiento habiendo llegado al rey la noticia de la evasion del oficial y de nuestros hombres de Puladu, se irritó de tal manera que hizo un juramento solemne de no dejar marchar en lo sucesivo á ninguno de nosotros; cuando yo habia oido asegurar á varios de sus señores que tenia intencion de acomodarnos en una barca y dejarnos marchar como deseábamos. Al saber el piloto esta resolucion que le confinaba por toda su vida en aquellas islas, formó el próposito de cojer una barca y de evadirse como los de Puladu. Bajo este concepto se asoció á tres de nuestros marineros, y con ellos ocultó en un bosque todo lo que necesitaban. Pero este plan fué descubierto por los isleños, quienes habian notado sus idas y venidas por el bosque y á las orillas del mar y los habian espiado. Así sucedió que la noche que quisieron embarcarse fueron cojidos in fraganti por los soldados que les pusieron grillos y dos dias despues los metieron en una barca finjiendo que les querian llevar á otras islas; y cuando estuvieron en la mar, les cortaron la cabeza con el *caty,* que es como una podadera de este país, instrumento de buen acero, plano y cortante, que hacen en la costa de Malabar. Les dieron muchos golpes, y el que no les daba mas que un golpe no era considerado como buen soldado. Yo supe esta triste noticia y la muerte natural de los compañeros así que llegué á Malé. Tambien un piloto del rey me dijo que los doce de Puladu que huyeron con el oficial de nuestra nave habian llegado á Ceilan, á la costa de la tierra firme; que les habian puesto los grillos en una galera portuguesa donde él los habia visto, y que los llevaban á Goa.

Yo estaba, pues, solo en la isla de Malé con los dos flamencos; y supliqué al rey que hiciese venir á mi compañero que se habia quedado en el camino en la isla de *Maconnodu;* el rey accedió á ello y ya no estuvimos separados el uno del otro mas de diez dias. De este modo nos reunimos cuatro, él y yo, con los dos flamencos. Dos meses mas tarde alcancé que tambien vinieran los cinco que se habian quedado diseminados por los islotes pequeños, cerca del lugar donde se habia perdido la nave, y así llegamos al número de nueve, cuatro franceses y cinco flamencos, y á todos nos trataban bien el rey y sus señores. Pero desgraciadamente entre nosotros no reinaba la mejor inteligencia, por causa de los flamencos que los cinco formaban banda aparte. Ademas, como yo hablaba la lengua de las Maldivias con bastante facilidad, sin que ellos pudiesen comprender nada, se habian imaginado que yo hablaba mal de ellos y que impedia que les trataran mejor, lo cual no era cierto (1).

De la gran enfermedad que tuvo el autor y de sus malas resultas.

Durante cuatro ó cinco meses disfruté de buena salud, y solo me faltaba el ejercicio de mi religion y la libertad, hallándome muy bien tratado, alojado y alimentado en casa de aquel señor que me habia llevado, donde me habia dispuesto un cuartito dentro de su morada. Uno de sus criados me servia á todas horas, y me daban carnes y utensilios separadamente, pues ellos no comen con nadie que no sea de su religion. Me queria como á uno de sus hijos; y tenia tres, casi de la misma edad que yo y que me querian tambien como si hubiera sido su hermano. Este señor tenia mucho crédito cerca del rey que depositaba en él toda su confianza, y se querian el uno y el otro hacia mucho tiempo, desde la edad de cuatro ó cinco años, y entonces cada cual tenia cincuenta años.

Pero hé aquí que vine á caer enfermo con una fiebre devoradora, que es allí muy comun y muy peligrosa sobre todo para los estranjeros, tanto que casi todos mueren de ella; y si llega á sanar un estran-

(1) Cuatro de estos flamencos que sobrevivieron intentaron escaparse despues y se ahogaron. En suma, solo quedaron tres de los que habian naufragado con Pyrard.

jero, á quien ellos llaman en su lenguage *puraddé*, dicen que es *Dives*, como si dijéramos naturalizado y no ya estranjero; pues este reino en su lenguage se llama *Malé-Ragué* (reino de Malé), y en el de los otros pueblos de la India se llama *Malé-Divar*, y los pueblos *Dives* [1]. Volviendo á mi enfermedad, estuve ocho dias sin tomar nada mas que agua, cosa que es muy contraria. Los del país toman solamente agua tibia, en la cual echan pimienta, lo que impide la hinchazon que sin esto sobreviene despues que ha pasado el mal. Pero yo no podia tomar esa bebida que no quita la sed. Por esto, despues que me dejó la calentura, mis piernas se hincharon como si hubiese estado hidrópico.

Por ese mismo tiempo el rey cayó enfermo igualmente; y así cuando yo me levanté no pude verle sino despues que estuvo sano, un dia que iba á la mezquita, y le saludé. Se sorprendió mucho al ver el estado á que me habia reducido aquella hinchazon, y dijo que su enfermedad habia impedido que hubiese dado órdenes para que me trataran mejor. Y al punto mandó á sus hombres que fueran á buscar á los que estaban esperimentados en sanar tales enfermedades, y hasta dijo que tomaran en su casa los ungüentos; pero yo no me curé hasta que, reventándose mis piernas, salieron las aguas que causaban la hinchazon, y mis ojos recobraron su fuerza acostumbrada.

El rey me dió una habitacion aparte bastante cerca de él, y todos los dias me traian de su casa arroz y las provisiones necesarias para mi vida. Tambien me dió un criado para que me sirviera, con algun dinero y presentes que me fueron de mucha utilidad; y gracias á esto me encontré un poco rico al modo del país, con cuyas costumbres me identificaba todo lo posible, á fin de que me tuvieran en buen concepto y me trataran mejor. Traficaba con las naves estranjeras que llegaban allí, y era tal la confianza que inspiraba yo á los forasteros que me dejaban una gran cantidad de mercancías de toda clase, para que las vendiera en su ausencia ó las guardara hasta su regreso, y siempre me daban una parte de ellas.

Tenia muchos cocos de mi pertenencia, árboles que son como una riqueza del país, y que yo hacia cuidar por hombres que se toman á jornal para este fin. En suma, no me faltaba nada mas que el ejercicio de la religion cristiana del que sentia muchísimo hallarme privado, así como deploraba tambien el perder la esperanza de volver á Francia. Por lo demas, habiéndome dado mi larga residencia en aquellas islas un gran conocimiento de los pueblos que las habitan y de sus usos y costumbres, he querido dejar por escrito y bien especificado todo lo que aprendí.

Descripcion de las islas Maldivias; de su situacion y de los pueblos que las habitan.

Las islas Maldivias comienzan á 8 grados de la línea equinocial por el lado del norte, y concluyen á 4 grados por el lado del sur [2]. Es un espacio grande que cuenta como unas 200 leguas de largo, sin

[1] Segun Juan Barros, *mal* quiere decir en lengua malabarina mil, número infinito, y *dyva*, isla.

Albyrouny dividia las Maldivias y las Laquedivias en dos grupos: los Dybah-Kanbar y los Dybah-Kuzah. « Dan el nombre particular de *Dyvah* á las islas que nacen en la mar y que aparecen sobre el agua como montones de arena; estas arenas se aumentan, se estienden y forman cuerpo hasta que presentan un aspecto sólido. Al mismo tiempo, hay algunas de estas islas que con los años se abren, se descomponen y por fin se hunden en el agua. Cuando los habitantes lo notan, se retiran á una isla nueva de las que están creciendo; llevándose sus cocos, sus palmeras, sus granos y sus utensilios. Estas islas se dividen en dos clases, segun la naturaleza de su producto principal. Las unas se llaman *Divah-Kuzah*, es decir, islas de los Cawries, por los cawries que recojen en las ramas de los cocos plantados en la mar; y otras tienen el nombre de *Divah-Canbar*, de la palabra *Kanbar*, que designa el hilo que tejen con las fibras de los cocos y con el cual cosen sus embarcaciones. » (Ch. Reinaud, *Introduction à la géographie d'Aboulfeda.*)

« La denominacion de *Dybah*, aplicada á las Maldivias, se usaba aun á principios del siglo XVI. La prueba de esto se ve en una relacion muy curiosa dirijida al rey de Portugal don Manuel por un moro á quien Alfonso de Alburquerque habia encargado la negociacion de un tratado de paz con el rey de las Maldivias. » (Ch. Reinaud, *Relation des voyages dans l'Inde et à la Chine.*)

[2] Las islas y atolls que componen el archipiélago de las Maldivias se estienden de 7° 6′ 20″ de latitud norte hasta 42 minutos de latitud sur, y de 70° 18′ hasta 71° 29′ de longitud oriental. En ese espacio se cuentan 19 atolls ó grupos, que hácia la mitad forman dos ramales, el uno al este y el otro al oeste, separados por un espacio libre de 10 á 25 millas de anchura. En los dos estremos norte y sur los atolls están en una sola línea. Entre estos atolls hay pasos para toda clase de buques, sin que se encuentre el fondo en ellos, ni aun junto á las islas y al cerco de arrecifes que rodea á los atolls.

que la anchura pase de 30 á 35 leguas. Distan de la tierra firme, á saber: del cabo Comorin, de Ceilan y de Cochin, 150 leguas. Los portugueses calculan que distan de España por mar 4,500 leguas.

Se dividen en trece provincias que llaman *atollones*, que es una division natural, segun la situacion de los lugares; cada atollon está separado de los otros y contiene en sí una crecida cantidad de islas pequeñas. Es una maravilla ver cada uno de esos atollones rodeado de un gran banco de piedra, sin que jamas el artificio humano haya podido hacer una muralla semejante para ningun espacio de tierra en el mundo ([1]). Estos atollones son casi redondos y tienen treinta leguas de circunferencia poco mas ó menos, y están situados uno detras de otro desde el norte al sur, sin que se toquen. Entre ellos hay brazos de mar, unos anchos y otros muy estrechos. Estando en medio de un atollon se distingue el gran banco de piedra de que he hablado ya, que rodea y defiende las islas de la violencia de las olas. Pero es cosa terrible, aun para los mas atrevidos, el acercarse á ese banco y ver como las olas vienen de lejos y se estrellan con estrépito en su derredor; os aseguro, porque lo he visto muchas veces, que las oleadas son mas grandes que una casa, y tan blancas como el algodon; tanto que se levanta en derredor como una muralla muy blanca, principalmente cuando sube la marea.

Dentro de cada uno de estos cercos están las islas, unas grandes y otras pequeñas, en número infinito. Los del país me decian que hay hasta doce mil. Por mi parte pienso que no hay tantas, y se me figura que si dicen doce mil es para designar un número increible y que no puede contarse ([2]). Es cierto que hay una crecida cantidad de islas pequeñas, que parecen montoncillos de arena, y no están habitadas. Sin embargo, el rey de las Maldivias se pone ese número en sus títulos, pues se llamaba *Sultan Ibrahim dolos assa ral tera atholon*, es decir: Ibrahim, sultan rey de trece provincias y de doce mil islas. Sea como quiera, las corrientes y las grandes mareas disminuyen todos los dias ese número, como me han dicho los habitantes, añadiéndome que en la actualidad no hay tantas como habia en otro tiempo. Por eso, viendo el interior de uno de estos atollones, se diria que todas esas islas y el mar que está en medio, no son mas que un bajo continuo ó que antiguamente no hubo mas que una sola isla cortada y dividida despues en muchas. Lo cierto es que los que navegan cerca de las Maldivias distinguen el interior enteramente blanco, á causa de la arena que es de ese color sobre todos los bajos y las rocas.

([1]) La palabra *atoll* ó *atollon* designa cada circuito madrepórico que contiene las islas, la muralla marítima de que habla Pyrard. A veces esta muralla apenas se eleva al nivel del agua; por lo comun tiene de cinco á seis piés de altura.

Sabido es que el nombre de madrépora, aplicado durante largo tiempo á todos los polípcros pedregosos que en los mares intertropicales forman bancos, arrecifes é islas, por su crecimiento sucesivo, está reservado hoy á un género bastante limitado, cuya especie mas comun (madrépora abrotanoida) se desarrolla con tal rapidez que en pocos años produce arrecifes considerables.

([2]) Ibn-Batuta (ó Bathouthah), que visitó las Maldivias en el siglo XIV, cuenta cerca de dos mil, de las cuales ciento, dispuestas de frente, se tocan como las cuentas de un rosario. Otros dos viajeros musulmanes que fueron á la China en el siglo IX elevan su número á 1,900, Marco Polo á 12,700 y Linschoten á 11,000.

El célebre Davis las distinguió en 1598, y calcula que habia 11,000.

« La cadena de arrecifes y de islotes madrepóricos llamados Maldivias, se compone par todas partes de una serie de islotes en forma circular, cuyo grupo principal tiene de 40 á 50 millas en su mayor diámetro. El capitan Horsburg me informa que fuera de cada circuito ó atoll hay arrecifes madrepóricos que se estienden á veces á una distancia de dos ó tres millas, mas allá de los cuales la sonda no llega al fondo. En el centro de cada atoll hay una laguna de 16 á 20 brazas. En los canales que separan los atolls la sonda ha llegado á la profundidad de 150 brazas sin hallar el fondo. » (Lyell, *Principles of geology*, t. II, p. 294.)

« El soberano de las Maldivias se designa con el título de « Sultan de treinta atolls y de doce mil islas »; pero se calcula se elevan á mas de treinta mil. » (Carlos Prydham.)

La poblacion total de las Maldivias se calcula en la cifra de 150,000 á 200,000 habitantes.

« El grande Océano desde la costa occidental de América hasta la costa oriental de Africa, en una zona que se estiende por una parte y otra del ecuador hasta unas quinientas leguas, es muy abundante en madréporas. Estos animales no cubren sin escepcion todo ese espacio; pero en donde pueden pulular se hallan á millones ocupados en su silenciosa tarea. El continente de la Nueva Holanda está rodeado de un muro gigantesco de madréporas. En la costa oriental hay uno de esos arrecifes que se estiende sin interrupcion, sin dejar ningun paso para los buques, en una estension de 150 leguas. Entre la Nueva Holanda y la Nueva Guinea hay otro de 250 leguas con raros intérvalos. Pero esto no es nada al lado de la inmensa formacion que principia en el mar de las Indias hasta la mitad de la costa de Malabar, y baja hácia el sur hasta la altura de

El mar es pacífico y tiene poco fondo, de tal manera que en el sitio mas profundo apenas hay veinte brazas; pero esto es muy raro, pues ordinariamente se ve el fondo casi por todas partes. No se ven



Isla madrepórica (1). — *aa*, baluarte madrepórico; *bb*, nivel del mar en el interior.

mas que bajos de piedra, rocas y arenas, tanto que en la marea baja el agua le llega al hombre á media pierna y lo mas á la cintura; por consiguiente seria facil ir sin barca por todas las islas de un mismo atollon si no lo impidieran dos cosas: una, los grandes peces llamados *paimones* que devoran á

Madagascar en una estension de mas de 600 leguas; á este espacio pertenecen los archipiélagos de las islas Maldivias, Lacadivias y Chagos. En el océano Pacífico estas formaciones son mas numerosas todavía.

» Las islas con lagunas así como los arrecifes que cercan las tierras, lo que es un fenómeno general, pueden considerarse como pruebas del hundimiento del Océano en las regiones donde se observan. De aquí resultan consecuencias interesantes en cuanto al conjunto de los movimientos subterráneos de que es teatro el grande Océano. A lo largo de la América del Sur hay muchas pruebas de elevacion, como si ese estrecho continente, para recobrar su analogía con el Africa, tendiera á ensancharse. Encuéntranse allí en muchos puntos bancos de conchas marinas que sobresalen del nivel del mar. Adelantando hácia el oeste se llega á un mar profundo y sin islas, y en fin se halla una banda de islas sin lagunas y de islas rodeadas de arrecifes de unas 1,400 leguas sobre 200, que componen el archipiélago Peligroso y el de la Sociedad. Mas lejos, en las Nuevas Hébridas y las islas de Salomon, hay señales de alzamientos; pues en esa region se hallan masas madrepóricas fuera del agua en el flanco de las montañas, como se encontraban bancos de conchas cerca de la América del Sur. Por último, mas al oeste, el hundimiento se nota de nuevo y se encuentran arrecifes que forman muralla en torno de la Nueva Caledonia y de la Nueva Holanda. Por grandes que sean estas consideraciones, no son, sin embargo, como vemos, mas que la simple consecuencia de esta observacion que las madréporas no pueden vivir á mas de 37 metros de profundidad. » (Juan Reynaud.)

(1) Este grabado representa una vista de la isla de Whitsunday, archipiélago de la Reina Carlota, en el océano Pacífico, y el corte de la isla, segun el capitan Beechey. Ella puede dar una idea no de los atolls, sino de aquellas islas de las Maldivias que se componen simplemente de un arrecife circular rodeado por un espacio de agua. Los ingleses llaman á estas islas *lagoon-reefs*.

Se encuentra un estudio completo de las islas madrepóricas en la obra de C. Darwin, titulada: *the Structure and distribution of coral reefs*, etc.

En cuanto las islas han alcanzado bastante altura para conservar la vegetacion, el trabajo de los pólipos se dirije á otro punto. (Owen.)

los hombres y les cortan los brazos y las piernas cuando los encuentran ([1]); y la otra es que en el fondo del mar, la mayor parte de las rocas son cortantes y agudas, y hieren peligrosamente cuando se camina por encima de ellas. Ademas, se encuentran tambien muchos ramages de una cosa que no sabria yo decir si es árbol ó piedra, pues se parece mucho al coral blanco y tiene los mismos ramales,



Rocas madrepóricas en el archipiélago Peligroso, segun Wilkes ([2]).

y es tan aguda, aunque no está lisa, antes por el contrario, tiene muchos agujeritos porosos: es una cosa dura y pesada como la piedra ([3]) que llaman en su lengua *aguiry*, y emplean para hacer la miel y el azúcar de coco, partida en pedacillos y cocida con agua de coco; de esta manera forman su miel y su azúcar. Esto incomoda mucho á los que se bañan y andan por el mar. A mí me era difícil ir de una isla á otra sin barca; pero ellos van porque están acostumbrados.

Muchísimas de estas islas creo yo que se hallan enteramente despobladas y que solo tienen yerbas y verdura, así como las otras sin vegetacion son de pura arena movediza; las hay que se quedan sumerjidas con las grandes mareas y que se descubren con la marea baja; lo demas está cubierto de gruesas tortugas que ellos llaman *cacuvé*, y de langostas de mar, habiendo tambien unos pájaros llamados *pinguy* que ponen allí sus huevos; su cantidad es tan prodigiosa que es imposible poner el pié en ninguna parte (á mí me ha sucedido á menudo) sin tocar á sus huevos y á sus hijos, ó aun á los mismos pájaros que no huyen del hombre. Los isleños no los comen, y sin embargo son buenos de comer y son gruesos como pichones y de plumage blanco y negro.

Estas islas que, como he dicho ya, están despobladas, parecen blancas de lejos como si estuvieran

([1]) Animal desconocido. La ictiología del mar de las Indias no está adelantada. Como obra curiosa mas que instructiva se puede consultar una coleccion de peces de la India publicada en Amsterdam, en 1754, por Luis Renard. Véase tambien Buchanan, *Journey from Madras through Mysore, Canara and Malabar;* Londres, 1807, 3 vol. en 4º.

([2]) *Narrative of the United-States exploring expedition;* London, 1845.

([3]) Políperos.

cubiertas de nieve, por causa de la mucha blancura de la arena, que es menuda y fina como la de un reloj, y tan cálida y ardiente que no puede ser mejor para las crias. El agua dulce escasea; las otras islas cubiertas, habitadas ó no, la tienen, escepto algunas cuyos habitantes tienen que ir á buscarla á las islas vecinas, por lo cual han inventado modos de recojer la que cae del cielo. Sin embargo, las aguas de estas islas no son semejantes, pues hay algunas que son mejores que otras. El agua de pozo nunca es muy dulce. Hacen sus pozos de esta manera: profundizan la tierra tres ó cuatro piés y hallan agua dulce en abundancia, siendo lo mas particular que están á cuatro pasos de la orilla del mar, y aun en los lugares que las olas inundan á menudo. He observado que sus aguas son muy frescas de dia principalmente á las doce, y por la noche muy calientes.

Pero, volviendo á los trece atollons, hé aquí sus nombres, principiando por la punta del norte que es la cabeza y que los portugueses llaman por esta causa *Cabeza de las islas* y en la lengua del país *Tilla-Du-Matis*, que tiene el mismo significado, es decir la punta de arriba, la cual está bajo los 8 grados de la línea por el lado del norte, á igual altura que Cochin y no mas. El primer atollon se llama *Tilla-Du-Matis* (1); el segundo, *Milla-Due-Madue;* el tercero, *Padypolo* (2); el cuarto, *Mahlos-Madu;* el quinto, *Ariatollon* (3); el sesto, *Malé-Atollon* (4), que es el principal, donde está la isla de Malé, capital de las otras; el septimo, *Pulisdus* (5); el octavo, *Molucque* (6); el noveno *Nillandus;* el décimo, *Collo Madus* (7); el undécimo, *Adu-Matis* (8); el duodécimo, *Suadu* (9); el décimo tercio, *Addu* y *Pua-Molucque* (10), que son dos pequeños, por cuya razon se cuenta por uno. Sin embargo, *Addu*, como es el mejor, da el nombre al otro (11).

Yo he visitado todos estos atollones y he navegado por ellos con los del país. Cada uno de los atollones está separado del que tiene cerca por un canal de mar que pasa por en medio, siendo unos estrechos y otros anchos; pero de todos modos no se puede pasar con una nave sin perderse. Sin embargo, hay cuatro que son mucho mas anchos que los otros y que pueden pasar fácilmente los navíos (12); pero no obstante, son muy peligrosos y hay peligro en llegarse á ellos principalmente de noche, pues es perderse infaliblemente como nos sucedió á nosotros, porque se encuentran bajos y peñas que es preciso evitar (13). He visto en las Maldivias muchas cartas de marear, donde todo eso estaba señalado exactamente. Estos pueblos son muy diestros para evitar los escollos y saben salir de los pasos peligrosos sin perderse. A menudo les he visto cruzar entre los bajos y las peñas por unos canales tan estrechos que apenas cabia su barca que pasaba rozando por los lados; y sin embargo iban con seguridad por entre esos escollos y con la vela alta, y yo que iba en su compañía tenia recelos. Pero cuando mas los tuve fué una vez que me encontré con algunos de los isleños en un barquichuelo de unas 4 brazas de largo, con una mar tan brava que pasaba á dos picas por encima de mí. Parecíame á cada instante que las oleadas me arrebatatan del barquichuelo donde apenas podia sostenerme, y ellos estaban tan indiferentes que no hacian mas que reirse; pues no tienen miedo al mar y son muy diestros para gobernar

(1) Tilladu Matté.
(2) Paddi-Pholo.
(3) El atoll Ari.
(4) El atoll Malé.
(5) Phalie-Du.
(6) Moloque.
(7) Collomandu.
(8) Adu-Matté.
(9) Suadiva ó Huhadú.
(10) Phuwa-Moloku.
(11) Moresby llama Heawandu-Pholo al atoll que está al nordeste de Tilladu-Matté y que Pyrard olvida en su lista, así como los pequeños atolls Malcom, Horsburg, Ross, etc.
(12) Véase el mapa de Moresby en la p. 241, y la nota 1ª de la p. 249.
(13) No hay arrecifes en el interior del atoll Addu escepto tres, que se hallan en medio y que se pueden evitar fácilmente. La profundidad del agua es de 55 á 64 metros hácia el centro; cerca de las islas, al este y al oeste, se encuentran de 37 á 46 metros; los buques pueden fondear como conviene, segun la estacion.
Hay buques que tocan á esas islas del atoll Addu yendo hácia la India ó regresando; este atoll podria ser un buen depósito de carbon para los vapores. (Moresby.)

sus embarcaciones, acostumbrados á ello desde su juventud, lo mismo los altos señores que los pobres, en atencion á que no saberlo seria una deshonra. Así es que seria imposible decir el número de embarcaciones que hay en estas islas, tanto mas cuanto hasta los mas pobres quieren tener una barca y los ricos muchas. Nunca navegan de noche, y siempre van sin brújula, escepto cuando salen fuera de sus islas y emprenden un largo viaje. Por esta razon no hacen muchas provisiones y compran cada dia lo que han menester en diferentes islas.



Vista de un pico de la isla madrepórica de Borabora, segun Duperrey ([1]).

Encuéntranse allí tambien muchas de las islas que en el recinto de un atollon se hallan rodeadas de un bajo, y no hay mas que una ó dos aberturas, muy estrechas y difíciles de ver, por cuyo motivo es preciso que sepan llevar las barcas con destreza, pues al menor descuido su barca volcaria y perderian toda la mercancía; en cuanto á las personas, saben nadar tan bien que siempre pueden salvarse. A decir verdad, son como los peces, tan acostumbrados están al mar donde van todos los dias, á nado, á pié, ó en barca. Los he visto muchas veces en los parages donde el agua está en calma, correr á nado para cojer los peces que habian distinguido bañándose y echarles mano á la carrera. Esto es muy comun. Y sin embargo, no dejan de perderse barcas á menudo. Lo peor de todo son las corrientes *oyraru*, que van ora al este ora al oeste entre los canales de las islas y en diversos sitios del mar, seis meses por una parte y seis por otra; pero no seis meses justos, sino una vez mas y otra vez menos. Esto es lo que les engaña y les hace perderse. Los vientos suelen ser fijos á menudo, como las corrientes del este ó del oeste; pero tambien varian sesgando hácia el norte ó el sur. Y la corriente continua su curso acostumbrado, hasta que cambia el tiempo, que es muy vario como he dicho ya; esto causa inconvenientes á los navíos ([2]).

([1]) La isla Borabora está situada en el archipiélago de Taiti. (Véase el *Atlas historique du voyage de* la Coquille *autour du monde.*)

([2]) Véanse las *Instrucciones náuticas* de Moresby.

Sobre este punto hay una cosa muy notable; y es que estando los atollones seguidos y tocándose punta á punta como he dicho ya, separados por brazos de mar que los atraviesan, tienen aberturas y entradas opuestas las unas á las otras, dos por un lado y dos por otro, por las cuales se puede ir y venir de un atollon á otro y tener siempre comunicaciones con todos. En esto se puede observar un efecto de la providencia de Dios que no deja imperfecta ninguna cosa; pues si no hubiera mas que dos aberturas en cada atollon, á saber, una por un lado á una punta, y otra á la otra, no se podria pasar de atollon en atollon ni de abertura en abertura, á causa de la fuerza de las corrientes que corren seis meses al este y seis al oeste, y no permiten la travesía.

Por lo demas, las entradas de estos atollones son diversas; las unas son bastante anchas y las otras muy estrechas. La mas ancha no tiene mas de doscientos pasos, y las hay que tienen treinta y aun menos. En los lados de cada una de estas entradas, en todos los atollones, hay dos islas, una á cada lado. Parecen hechas para guardar la entrada; y á decir verdad seria muy fácil impedir con el cañon, si se quisiera, que entraran las naves, porque la mas ancha no tiene mas de doscientos pasos.

En cuanto á los canales (que ellos llaman *candú*) que separan los atollones, hay cuatro que son navegables ([1]), y por ellos pueden pasar los navíos para atravesar las Maldivias, como pasan á menudo de todas clases; pero no es sin peligro, y allí se pierden muchos todos los años. Y no es porque traten de pasar, pues al contrario los huyen lo mas que pueden, pero ocupan una situacion tal, que es difícil evitarlos; las corrientes sobre todo arrastran á ellos á los navíos contra su voluntad, cuando las calmas ó los vientos contrarios los sorprenden, y no pueden ayudarse con sus velas para salir de las corrientes. El primero que hay que tomar por el lado norte es aquel en que nos perdimos á la entrada sobre el banco del atollon de Mahlos-Madu. El segundo, mas próximo á Malé, se llama *Caridu*, y en su centro está la mayor de todas estas islas, rodeada de bancos, como ya lo he dicho. El tercero tira hácia el sur y se llama *Addu*. El cuarto se llama *Suadu* y está directamente bajo la línea equinocial. Este el mas ancho de todos, pues tiene veinte leguas de estension. Los isleños que van por las islas y atollones, no llevan brújula que solo usan para los grandes viajes lejanos, pero cuando tienen que pasar ese ancho canal, la usan. Todos los demas canales entre los atollones son muy estrechos y están llenos de escollos y de bajos, y no se pueden pasar sino con barcas pequeñas; y aun así hay que tener un buen conocimiento de los lugares. Me ha parecido estraño navegando con los isleños por el canal que separa Malé y Pulisdu, que tiene unas siete leguas de ancho, que la mar se presentara allí negra como la tinta ([2]); sin embargo, cojida el agua en una vasija, no difiere de la otra. La veia hervir á gruesos borbotones negros como si fuera agua que estuviera sobre lumbre. En este sitio el mar no corre como los demas, lo que es espantoso á la vista. Parecíame que me hallaba en un abismo, viendo que el agua no se movia ni por un lado ni por otro. No sé la razon de esto, pero sé que aun á los del país les horroriza. Tambien hay aquí tormentas á menudo.

Dicen que las Maldivias estuvieron pobladas en otro tiempo por los Cingalas (así se llaman los habitantes de la isla de Ceilan); pero á mí me parece que los de las Maldivias no se parecen en manera alguna á los Cingalas, que son negros y mal formados, y estos son bien formados y bien proporcionados, poco diferentes de nosotros, escepto el color que es aceitunado ([3]). Sin embargo, es de creer que el lugar y el tiempo transcurrido les han hecho mas hermosos que los que poblaron anteriormente estas islas; habiéndose unido á ellos muchos estranjeros de todas partes que se han aclimatado, ademas de

([1]) No hay mas que tres ó cuatro grandes pasos que los buques pueden atravesar de noche, y son: 1° el canal de Cardiva, que llaman los naturales Cardu Kandú, y tiene de ancho 25 millas y de largo 67; 2° el canal Vaimandu, entre los atolls Colomandu y Adu-Matté, de 15 millas de ancho y 27 de largo; 3° el canal de grado y medio situado entre el atoll Adu-Matté al norte y el atoll Suadiva al sur; este es ancho y un buque le atraviesa pronto; y 4° el canal ecuatorial situado entre el estremo sur del atoll Suadiva y el pequeño atoll llamado Addu.

Los demas canales pueden atravesarse sin peligro durante el dia; y aun se puede pasar á través de los atolls entre los arrecifes madrepóricos y las islas, pues todos los escollos están visibles. (Moresby.)

([2]) No parece que haya en esto un fenómeno particular digno de observacion. Este color que se nota accidentalmente en el mar, cuando el cielo está cubierto, puede esplicarse tambien por la profundidad del agua y el color de la arena ó de las rocas.

([3]) Los hombres tienen el color cobrizo, son de corta estatura y bastante parecidos á los habitantes de Ceilan y de la

tantos indios que de tiempo en tiempo se han perdido como nos sucedió á nosotros, y que se pierden todos los dias y luego se quedan. Por esto, el pueblo que habita desde Malé y sus cercanías hasta la punta del norte es mas cortés, honrado y civilizado; y el que está por el lado del sur, hácia la punta de abajo, es mas grosero en su lenguage y modales, aunque su configuracion personal no es tan buena y su color es mas negro; viéndose tambien muchas mujeres, principalmente las pobres, que van desnudas, sin ninguna vergüenza, llevando solo un pequeño paño.

El lado del norte ha sido siempre mas frecuentado por los estranjeros que ordinariamente allí se casan. El paso de todas las naves es lo que enriquece al país y le civiliza cada dia mas. Por esta razon las personas de rango y de recursos se establecen en ese lado mas bien que hácia el sur, donde, como he dicho ya, el rey envia á los que quiere castigar con el destierro. Sin embargo, el pueblo que habita el lado del sur no tiene menos inteligencia que el otro, si acaso tiene mas, y para todas las cosas; pero en cuanto á la nobleza, se halla toda por el lado del norte, de donde sacan tambien los soldados.

En suma, hablando generalmente, este pueblo es entendido y se entrega á la manufactura de toda clase de obras con gran éxito [1], aun á las letras y las ciencias á la moda, principalmente á la astrología, de la que hacen mucho caso. Son hombres prudentes y despiertos, muy astutos en el tráfico y les gusta vivir en sociedad. Ademas son valientes y tienen conocimientos en las armas, y viven con mucho órden.

En cuanto á las mujeres, son hermosas [2], escepto aquellas que tienen el color aceitunado, y aun hay muchas tan blancas como las europeas. Sin embargo, tienen el cabello negro; en esto hacen consistir la hermosura y acostumbran tener á las niñas con la cabeza rapada hasta la edad de ocho á nueve años, dejándolas solo un poco de pelo á lo largo de la frente para distinguirlas de los muchachos, que no llevan pelo ninguno largo; así que nacen los niños los afeitan de ocho en ocho dias, lo que pone el cabello muy negro, y sin eso no lo tendrian todos, pues he visto niños que eran casi rubios.

La belleza y adorno de las mujeres es tener el cabello muy largo, espeso y negro, que ellas se arreglan y lavan á menudo, quitando la grasa con aguas y legías hechas para ello; y despues de haberse limpiado bien la cabeza y el cabello, se quedan con la cabellera suelta, pero en el interior de su casa, hasta que se seca del todo; y luego se frotan y se dan un aceite muy oloroso, por manera que siempre tienen la cabeza húmeda y aceitosa. Nunca se mojan el cuerpo, ni los hombres ni las mujeres, sin darse luego aceite dos ó tres veces por semana en la cabeza, y en el cuerpo mas de una vez diariamente.

Las mujeres se perfuman así la cabeza, por escasos que sean sus recursos, y una vez lavadas y perfumadas se peinan de una manera que consiste en llevar todo el cabello de delante hácia atrás, y ponerle muy tirante á fin de que ni un pelo vaya á un lado ú otro; luego le atan por detras, y hacen un grueso moño anudado, que aumentan con una peluca de hombre, tan larga como la cabellera de las mujeres, en forma de cola de caballo; y se prenden á guisa de adorno una especie de dedal de coser que es de oro y de plata y está cubierto de perlas y pedrerías, segun los recursos. Hay muchas que llevan estas cabelleras postizas para anudarse por detras el cabello y hacer mas grueso el moño. Tambien se ponen flores olorosas del país que por cierto no faltan. En suma, se arreglan tan bien el pelo que ni un solo cabello se mueve.

En lo que toca á los hombres, solo está permitido, como he dicho ya, á los soldados y á los oficiales del rey y á los gentiles hombres, el llevar el pelo largo, y esto no lo descuidan y lo llevan tan largo

costa de Malabar; pero su lenguage es totalmente diferente del de esos pueblos. Las mujeres no son hermosas y evitan con cuidado la vista de los estraños. (Moresby.)

Esta poblacion en todo se parece á la de la India; pero generalmente es mas pequeña y débil. Los naturales parecen enfermos del pecho, á causa de la transicion demasiado brusca del calor del sol de la línea á las húmedas sombras de los árboles y de las casas, sobre un terreno á cinco ó seis piés no mas sobre el nivel de las grandes mareas. (Barbot de la Trésorière.)

Los habitantes de las Maldivias son probablemente de una rama árabe ingertada sobre la raza singalesa, ó quizá sobre la de Malabar. (Ch. Prydham.)

(1) Esto no se halla muy de acuerdo con lo que dice luego el autor sobre la estremada pereza de los habitantes.

(2) Acabamos de ver que no piensa así Moresby; sin duda ha habido mezcla y degenerescencia.

como las mujeres, habiendo muchos que como las mujeres se ocupan mucho en limpiarsey darse aceite á la cabeza; no hay mas diferencia sino que los hombres se atan el pelo á un lado, ó derecho sobre la cabeza, y no detras como las mujeres; pero ninguno lleva pelo postizo. Sin embargo, no están en la obligacion de llevar así el pelo; pueden llevarlo corto ó largo, como se les antoje.

He visto al rey y á los príncipes y á la mayor parte de los señores y los soldados que llevan el cabello corto; y los que le llevan largo, la mayor parte de ellos cuando están cansados ó cuando ya no crece, se afeitan para dar su cabellera ó venderla á las mujeres; pues todas las pelucas que hacen son de pelo de hombre, y las mujeres no se afeitan jamas la cabeza en vida, ni las afeitan tampoco cuando están muertas.

La mayor parte de estas pelucas vienen de tierra firme, como de Cochin, Calicut y toda la costa de Malabar, donde todos los hombres llevan el cabello largo, que despues se cortan y venden para las mujeres de sus países ó de otros. No hay allí barberos de oficio, sino que cada cual sabe manejar la navaja. No tienen peines sino tijeras de cobre y de hierro y espejos tambien de cobre, de los que se sirven para la navaja, que es de acero, si bien no está hecha como las nuestras, de las cuales ellos no hacian caso ninguno. El rey y los altos señores tienen hombres que se dan por muy honrados en servir para esto, no por el beneficio, sino por afecto, pues son tambien personas de categoría. Así el rey les hace algunos regalos al fin del año.

Los hombres llevan la barba de dos maneras: una que está permitida á los pandiares, naibes, catibes y otros hombres de iglesia, así como á los que han hecho el viaje de la Meca y de Medinatalnaby en Arabia, donde está el sepulcro de Mahoma, y consiste en llevarla tan larga como quieran; estos no la afeitan sino debajo de la garganta y en el labio, por encima y por abajo, pues por nada en el mundo consentirian en que lo que beben y comen tocara á su pelo, siendo este una basura y lo mas sucio de toda la tierra; de modo que no tienen ni un pelo al rededor de la boca, y he visto á menudo que por haber hallado un solo pelo en un plato de carne, no quisieron tocar á él y se quedaron sin comer, dando la carne á los pájaros y otros animales sin que nadie la probara.

La otra clase de barba que llevan todos los demas, es corta á la española, y se afeitan al rededor de la boca y bajo la garganta, aunque no se dejan bigotes, y en las mejillas se hacen unos claros y labores con la navaja; en la barba la dejan en punta, como entre nosotros ahora.

Sin embargo, guardan cuidadosamente el pelo y las uñas que se cortan sin dejar que se pierda nada, y entierran todo esto en sus cementerios con un poco de agua, pues por nada en el mundo querrian pisar estos restos, ni menos arrojarlos á la lumbre, pues dicen que siendo del cuerpo, deben sepultarse lo mismo que el cuerpo. Lo qne hacen es envolverlos con cuidado en algodon, y la mayor parte de las gentes se van á afeitar á la puerta de los templos y mezquitas [1]. Son bastante duros é insensibles y así es que no usan agua caliente para afeitarse, y sus navajas cortan muy mal. No hacen mas que pasar un poco de agua fria por encima, y aunque se hagan daño no se quejan y dicen que esto no causa dolor. Pero yo, que andaba con mas precauciones, hacia calentar agua y me lavaba y frotaba mucho, y aun así me hacian mucho daño y me arrancaban el pelo; pero en ellos es costumbre y hábito, pues sino serian tan sensibles como nosotros. Pero es tiempo de llegar á la descripcion particular de estas islas.

Las Maldivias son muy fértiles en frutas y otras comodidades necesarias para la vida del hombre [2]. Hay en ellas abundancia de mijo, que ellos llaman *ura*, y otro granito llamado *bimby*, parecido al mijo, aunque es negro como la semilla de los nabos. Sus cosechas se siembran y se cojen dos veces por año. Tienen una especie de harina que cuecen con leche y miel de coco, haciendo tambien tortas y buñuelos y otras cosas. Crecen igualmente raices de muchas clases que les sirven de alimento, entre otras

(1) Las mezquitas son unas chozas cubiertas de hojas de coco y colocadas de distancia en distancia cas sobre la playa. Hay calles que conducen á los diferentes grupos de casas, rodeados siempre de un campo cubierto de sepulcros que tienen la forma de las tumbas de los musulmanes.

(2) Estas islas producen en corta cantidad frutas, limones, aves y huevos, y agua y leña para la lumbre en abundancia. (Moresby.)

una llamada *itelpul*, que se da en abundancia y es redonda y gruesa como los dos puños poco mas ó menos. La machacan frotándola sobre una piedra áspera, y luego la ponen sobre un lienzo al sol para que se seque; de cuya manera se convierte en un almidon ó harina muy blanca que se guarda todo lo que se quiere, y la cuecen y hacen tortas y galletas que son muy delicadas al paladar, aunque un poco indijestas, debiéndose comer recien hechas para que estén buenas.

Hay otra clase de raices que llaman *alas*, de muy buen gusto y en crecido número, que siembran y cultivan, las unas encarnadas como remolachas y las otras blancas como nabos y son mas gruesas por lo comun que el muslo de un hombre. Las cuecen y arreglan de diferentes modos; y para guardarlas todo el año (pues no vienen hasta fines del invierno en setiembre), las confitan con miel y azúcar de coco, y forman una buena parte del alimento de estos pueblos. No se da allí ni el trigo que ellos llaman *godam* ni el arroz que llaman *andue;* pero los traficantes les llevan mucho arroz de la tierra firme y barato para lo que ellos usan. Le comen de diversas maneras, haciéndole cocer solo en el agua y le comen con otras carnes en lugar de pan, ó bien mezclando especias; á veces tambien con leche y azúcar de coco, y con gallinas y pescado, plato que saben hacer con delicadeza. Ademas le cuecen, le secan y le hacen harina, y con esta harina, huevos, miel, leche y manteca de coco, hacen tortas esquisitas.

Las yerbas y los árboles abundan por todas partes en estas islas. Hay muchos árboles que dan frutos, otros que no los dan, y sin embargo, se comen las hojas que son dulces y delicadas; así como otras sirven para distintos usos. En cuanto á los frutos, hay limones, granadas y naranjas en mucha abundancia; plátanos, que los portugueses llaman higos de la India y ellos llaman *quella*, que es una fruta gruesa que se multiplica mucho, de rico sabor y de mucho alimento, de tal manera que con ella alimentan á los niños; ademas de otras infinitas que no puedo designar, de las cuales algunas se parecen en cierto modo á nuestras ciruelas, peras, higos, pepinos y melones, aunque se dan en los árboles.

Pero no hay nada mas útil que el coco, ó nuez de India, que ellos llaman *rul* y el fruto *cate*, que abunda en las Maldivias mas que en ninguna otra parte de la tierra, y de ellas se envian á las regiones próximas donde los habitantes son maestros para sacar la sustancia que contienen. Es el maná mas grande y maravilloso que puede imaginarse; pues ese árbol no mas, puede suministrar todo lo necesario para la vida del hombre, es decir, vino, miel, azúcar, leche y manteca, y ademas la almendra sirve para comer con toda clase de carne en lugar de pan; pues allí ni se hace pan ni se ve; de manera que yo he pasado cinco años sin probarlo, ni siquiera verlo, y sin embargo estaba tan acostumbrado ya que no me parecia una cosa estraña. Por último, la madera, la corteza, la hoja y los cascos sirven para hacer la mayor parte de los muebles y utensilios.

En cuanto á la leña para lumbre, la hay en tanta abundancia que no se compra, pues el país se halla cubierto de toda clase de árboles, lo que proporciona mucha sombra y frescura. Hay tambien árboles que solo sirven para hacer leña, y cada cual puede cortarlos cuando le parece; así como hay tambien islas enteras llenas de árboles adonde todos los dias envian los señores á sus esclavos para que saquen leña. Por lo demas, es cosa admirable que cada uno de los trece atollones produzca comodidades varias; pues aunque todos se hallan bajo un mismo clima, sin embargo, ninguno tiene todo lo que hace falta, por lo cual no pueden prescindir los unos de los otros. Se diria que Dios ha querido que los pueblos se visiten mutuamente en atencion á que lo que abunda en uno escasea en otro.

Las gentes que tienen oficio están reunidas en islas aparte, como los tejedores en una, los plateros en otra, y así los cerrajeros, herreros, estereros, alfareros, torneros y carpinteros. En suma, los que ejercen un oficio están juntos y nunca separados. No obstante, comunican con otras islas de esta manera: tienen barcas cubiertas con un toldillo y van de isla en isla trabajando y vendiendo su mercancía, y á veces pasan un año sin volver á su morada ordinaria. Llevan consigo á todos sus hijos varones desde la edad de cuatro ó cinco años para enseñarles y acostumbrarles. Por lo demas, se acuestan siempre en su barca, y allí comen y beben y hasta suelen trabajar. Viendo esto me acordaba de nuestros caldereros que van de pueblo en pueblo.

En cuanto á los animales, hay gallinas en tan crecido número que es estraordinario; en el mercado

se venden á un sueldo la pieza y dan treinta y seis huevos por el mismo precio. Esta carne es su alimento principal despues del pescado. Hay tambien abundancia de pichones, patos, rascones y de unos pájaros muy parecidos á los milanos, salpicados de manchas negras y morenas, pero que no viven de presas, sino de frutos: las demas especies de volátiles son enteramente salvages y nada aptos para domesticar ([1]). Las cornejas incomodan mucho á los habitantes por llegar su atrevimiento hasta entrar en las casas para pillar algo, á la vista misma de los hombres, cuya presencia no las intimida, cosa que me pareció tan estraña, que creí en un principio que estaban domesticadas; son tan numerosas que solo los que las matan pueden formarse una idea. Los murciélagos son grandes como cuervos. Los mosquitos son tan agresivos é incómodos como en la isla de San Lorenzo ([2]) ó en cualquier otra parte de las Indias. Pero nada hay tan incómodo como las ratas, los lirones y las hormigas, que son tan innumerables y se hallan tan esparcidas, que se introducen con otros insectos en las casas y se comen los granos, provisiones, frutas y toda clase de comestibles frescos; para remediar este terrible inconveniente, se ven obligados los habitantes á construir graneros en el mar, sostenidos por estacas, á unos trescientos pasos de la playa, adonde van á depositar, con barcas, los granos y frutos, para poderlos conservar. Así están construidos la mayor parte de los almacenes del rey.

Esceptuando algunas culebras, no hay animales venenosos; en el mar se encuentran algunas serpientes muy peligrosas. Se hallan tambien gatos, garduñas y hurones. Es cuanto he podido notar tocante á los animales que viven en estas islas; ví á otros de varias clases, pero vienen de fuera. No hay ninguna clase de acémilas, y en cuanto á animales mayores, solo unos quinientos toros ó vacas, propiedad esclusiva del rey, que los manda matar en su isla de Malé. Trajeron unos cuantos de tierra firme por curiosidad y procrearon hasta llegar á este número; su carne no se come mas que cuatro ó cinco veces al año, en las fiestas solemnes ó cuando el rey manda matar á uno para obsequiar á la tripulacion de un buque estranjero. Ví tambien algunos carneros, propiedad igualmente del rey. Los perros causan horror; estando yo allí, los portugueses de Cochin enviaron dos de estos animales por curiosidad al rey, quien les hizo ahogar al momento. El que hubiese tocado á un perro, tendria que ir á bañarse, acto continuo, para purificarse.

Es aquel mar tan abundante en pescado de toda clase y tamaño que raya en lo maravilloso; la causa principal de está abundancia es que el mar es bajo y pacífico, entre los atollones, ademas de alguna otra propiedad particular á aquellos parages. La pesca es muy rica y constituye el mayor ejercicio de los habitantes y su principal alimento; comen el pescado de varios modos, ora solo ó con arroz, ó guisado con aceite de coco, ó cocido en agua del mar, ó bien seco: de este último envian continuamente muchos buques cargados á Achen, á Sumatra ó á otras partes.

Entre estos peces hay varios que les incomodan mucho, sobre todo algunos que devoran á los hombres cuando estos van á bañarse ó á pescar; por poco no me devoran á mí. A muchas personas han cortado piernas y brazos ó estropeado de otro modo.

La gran abundancia que reina allí, en todas cosas, hace que se viva de un modo muy barato. Cuatrocientos cocos valen un larin ([3]) ú ocho sueldos; por otro larin se compran quinientos plátanos; igual precio cuestan cien pescados, ó una docena de gallinas, ó trescientas libras de raices ú otras cosas por este estilo; de modo que no hay otro país en las Indias donde los estranjeros hagan fortuna tan pronto como allí, por ser todo sumamente barato. Un proverbio del país dice que sus habitantes no se enriquecerán jamas, mientras que todos los estranjeros se harán ricos ([4]). Yo soy de parecer que la baratura de los víveres les hace perezosos y negligentes, única razon que les impide enriquecerse;

([1]) M. Barbot de la Trésorière ha visto en las Maldivias algunos patos domésticos.

([2]) Madagascar.

([3]) Moneda pequeña del país, larga como el dedo, fabricada en la isla del Rey; esta monedita tiene grabado el nombre del rey en letras árabes. Era el único dinero indígena y oficial; todo lo demas era estranjero, y no tenia mas valor que su peso.

([4]) Un gefe con quien tuvo relaciones M. Barbot de la Trésorière, le dijo que cualquier francés que fuese á las Maldivias para traficar ó crear un género de industria cualquiera, seria siempre muy bien recibido.

es esto tan cierto, que la mayor parte de ellos no se curan mas que de tener lo necesario para vivir, sin mas ambicion ni avaricia ([1]).

La isla principal se llama *Malé*, como he dicho ya ; las demas llevan el mismo nombre, pues la palabra *dives*, significa un número de isletas agrupadas. Malé se halla situada casi en medio de todas aquellas islas y tiene cerca de una legua de circunferencia. Es la mas fértil, el mercado de todas, el punto de arribada de todos los estranjeros y la mansion del rey y de la córte. Es por consiguiente la mas poblada, pero tambien la menos sana, porque en razon de su mayor poblacion muere mas gente, y como cada uno entierra los suyos en parage diferente, resulta que toda la superficie de la isla está llena de cadáveres que espiden sus fétidos miasmas al ardor de un sol tan caliente como aquel. Esta es la razon tambien de la mala calidad del agua, que el rey, su córte y los principales pudientes de Malé, tienen que enviar á buscar á otra isla donde no se entierra á nadie.

No hay ninguna ciudad murada en todas aquellas islas ni aun en la misma de Malé, pero esta última está cubierta acá y acullá de edificios y habitaciones mas ó menos grandes segun la clase de sus habitantes. Las casas, sin embargo, están distribuidas en calles y barrios con bastante órden, y cada cual sabe adonde vive.

Las habitaciones de la gente del pueblo son de madera que cortan del tronco del coco. Las cubren con las hojas del mismo árbol cosidas unas encima de otras ([2]). Los señores y los ricos las hacen de piedra, que sacan de los bajos del mar, donde las hay de todos tamaños; estas piedras son lisas, blancas, de buen uso y algo duras cuando se trata de cortarlas ó serrarlas, pero espuestas á la lluvia pierden poco á poco su dureza natural y su blancura, volviéndose negras ; lo mismo sucede cuando se mojan con cualquiera otra agua dulce. Es particular el modo que tienen de sacarlas del mar. Aquel pais cria unos árboles llamados *candu* por los habitantes, del tamaño de nuestros nogales, cuya madera es blanca y blanda, y las hojas se parecen á las del álamo blanco ([3]). Ni da frutos ni es propio para arder, pero cuando está seco se hacen de él tablas, con la sierra, del mismo modo que las hacemos nosotros con el abeto. Es la madera mas lijera que se conoce, sin esceptuar el corcho. Luego que han reparado en el agua la piedra que quieren estraer, la atan un cable muy fuerte, cosa para ellos muy fácil, pues, como tengo ya dicho, aquella gente son medio peces, muy diestros en la natacion, los hombres como las mujeres; con cualquier motivo se zambullen en el mar á quince y veinte brazas de agua, permaneciendo allí largo tiempo para examinar el fondo y ver si se puede echar el áncora; en lugar de esta escojen á veces una gruesa roca en el fondo del mar y atan un cable en ella. Luego que han escojido la piedra que quieren estraer, y la han atado el cable, agarran un pedazo de madera de candu y la ligan con el cable junto á la piedra ; encima de este leño, añaden otras muchas piezas de la misma madera hasta que haya una cantidad suficiente para levantar la piedra y flotar con ella en la superficie del agua; por pesada que sea dicha piedra, logran siempre levantarla de este modo, pues hay algunas que pesan hasta 100,000 libras. He visto hacer esta operacion casi todos los dias. Los cañones de nuestro buque

([1]) Los habitantes, dice Moresby, son muy honrados y serviciales; cambian sus productos por dinero, arroz, galleta, azúcar, sal, cebollas ó ajos. Son perezosos, indolentes, muy tímidos, sobre todo con los estranjeros. No se les puede emplear para ir por leña ó agua como no sea pagándoles de antemano, y aun así hay que hacerles trabajar por fuerza. Están sometidos al sultan de Malé ; los estranjeros deben dirijirse al *atoll-warree* ó gefe del atoll, para obtener ausilio á fin de proporcionarse agua.

Su principal ocupacion consiste en hacer telas de algodon de color blanco, encarnado y negro, intercalados ; ellos mismos las tiñen y las venden á un precio bastante caro en los demas atollones. El gobierno no les permite comerciar con los estranjeros, ni aun con los ingleses, que son sus aliados ; todos sus productos deben venderse en Malé. Rara vez visitan los buques que pasan por allí para no ser molestados, y los capitanes que se detienen en aquellas islas, harian muy mal en permitir á sus tripulaciones el entrar en lo interior de las habitaciones, procurar ver á las mujeres y cojer sin permiso sus cocos ó gallinas. Aquel pueblo, pobre é inofensivo, ha tenido varias veces graves motivos de queja contra la visita de algunos buques mercantes. (Moresby.)

([2]) Casi todas las casas están en el centro de las islas, rodeadas de empalizadas de madera de coco y guarecidas contra los rayos del sol por grupos de cocos y árboles del pan. Tienen cerca jardinitos y verjeles, donde hay plátanos, limoneros, cañas de azúcar, árboles de algodon y varias legumbres.

([3]) El Bombax ó Sterculier, segun el doctor Roulin.

sumerjido, las áncoras y los demas objetos pesados, que se hallaban en el fondo del mar, fueron estraidos, de este modo, delante de todos nosotros, que teniamos la pretension de querer aconsejarles, siendo así que ellos sabian mas que nosotros. Por medio de este proceder, que les es muy familiar, he visto limpiar y purgar de las gruesas rocas que le obstruian, en menos de quince dias, al puerto de la isla de Malé, habilitándole completamente para la navegacion, ya sea sacando á tierra las rocas, ó llevándolas, siempre á nado, á un parage muy profundo, donde las precipitaban al abismo, cortando el cable adonde estaban atadas con los maderos. Hé aquí como se proporcionan piedra para sus edificios ([1]); pero cuando la madera de candu está empapada de agua, hay que secarla al sol, porque sino no podria sobrenadar. Ya que he hablado de este árbol, voy á referir otros dos modos que tienen de emplearlo. Uno de ellos consiste en tomar cinco ó seis grandes pedazos de madera y en juntarles con ligaduras; ponen encima tablas serradas del mismo árbol, formando así un canizo muy liso é igual; al rededor y en medio de esta especie de balsa ponen banquillos para sentarse, y así pasan de una isla á otra; se pasean por el mar ó van á pescar; cada habitante tiene la suya. Yo he ido varias veces en estas balsas, que un solo hombre maneja con la mayor facilidad; en alta mar no podrian resistir al mal tiempo, pero en medio de los atollones y canales, no hay peligro de que zozobren. Como son tan lijeras y van siempre flotando, es difícil que vuelquen; ademas, tienen tal maña en medir las piezas de madera, ordenarlas y ponerlas en equilibrio, que jamas vuelcan ni se ladean; lo único que hay que temer es que se desaten las piezas. En la lengua del país se llaman *candupatis*, nombre derivado del árbol de que las construyen. El otro uso que hacen del candu, es aprovechar la propiedad que tiene su madera de inflamarse cuando se restriegan dos pedazos de ella uno contra otro; de este modo encienden allí fuego, del cual se sirven como nosotros de nuestros fusiles. Ya he dicho que sacan del mar las piedras para construir; en cuanto á la cal, la fabrican con escamas y conchas que cojen en la orilla del mar y une muy bien los edificios.

Ya que he hablado de los pueblos, voy á decir algo sobre su lengua, antes de pasar mas adelante. Hablan dos idiomas. El primero, particular de las Maldivias, es muy rico. En algo mas de cinco años que permanecí allí, lo hablaba con bastante facilidad y hubiera acabado por saberlo á fondo como mi lengua materna. El segundo es el árabe, lengua muy estimada, la cual se aprende y se estudia como el latin en nuestros países; es el que emplean para rezar sus oraciones. Ademas de las lenguas estraordinarias, como la de Cambaya, Guzerate, Malaca y aun el portugués (que algunas personas saben á causa de las relaciones y comunicaciones comerciales que tienen con estos últimos), en el atollon de Suadu y hácia el sur de las Maldivias, se habla un idioma desagradable al oido, duro y grosero, que no es mas que una lengua vulgar ([2]).

De la religion de los habitantes de las Maldivias; forma de sus vestidos; modo de vivir y costumbres particulares que observan en sus tratos.

Su religion es la de Mahoma y no hay otra en todas aquellas islas, como no sea la que profesen los estranjeros que allí llegan, y aun de estos la mayor parte son árabes ó malabares ó indios de Sumatra, que todos tienen la misma religion ([3]).

([1]) Pudieran hacerse estudios muy curiosos sobre procedimientos análogos empleados por pueblos muy ignorantes, y cuyos resultados son los mismos que obtenemos en los países mas adelantados por medio de nuestras teorias científicas.

([2]) Dos lenguas, dice Carlos Prydham, están en uso entre ellos : la lengua vulgar que les es propia, á pesar de la afinidad que tiene con la singalesa, y el árabe que es la lengua de los letrados. Tienen tambien un alfabeto particular, diferente del sanscrito y del árabe. Sus libros están escritos de derecha á izquierda, y las vocales están indicadas por puntos.

« La lengua que hablan los maldivios es la misma que en toda la India se llama musulmana y que en Pondichery (á lo menos los que la hablan) designan con el nombre de *chulia*; es, en fin, la misma que ha prevalecido en el Indostan desde que los musulmanes le han conquistado. » (Barbot de la Trésorière.)

Algunos habitantes hablan la lengua india. (Moresby.)

([3]) Es un pueblo tímido é inofensivo; los crímenes son mucho mas raros que en los países civilizados : el asesinato, el robo y la embriaguez son desconocidos entre ellos. Como profesan con el mayor rigor la religion musulmana, no beben vino

En cuanto á sus vestidos, hé aquí como se visten. En primer lugar, los hombres se atan á la cintura un delantal de tela, que les da la vuelta al rededor. Luego se ponen un trapo de algodon, encarnado, azul ó de otro cualquier color, que no les pasa mas allá de la rodilla. Llevan encima una gran pieza de tela de algodon ó seda, segun sus posibles, la cual les llega á los tobillos; todo esto lo sujetan á la cintura con un hermoso pañuelo cuadrado, bordado de oro y seda, que doblan con tres puntas y se lo atan por delante. Para completar el atavío, añaden una pequeña pieza de seda de diversos colores, clara como una gasa, que les llega hasta cerca de las rodillas. Se ciñen, por último, con una faja de seda, muy parecida á sus turbantes, que tiene unas franjas largas pendientes por delante. En esta faja, que les sirve de bolsa, ponen, á la izquierda, el dinero y el betel, y á la derecha el cuchillo, arma con que se honran sobremanera y que todo el mundo lleva, hasta el mismo rey ([1]). Estos cuchillos están

ni ningun licor espirituoso, que podrian sacar con facilidad de los cocos, muy abundantes en todas aquellas islas. (Moresby.)

Ibn-Batuta, que, como hemos dicho ya, viajaba á mediados del siglo XIV, consagra un capítulo entero á la descripcion de las islas Maldivias. Habia habitado en ellas, tuvo cuatro mujeres y ejerció las funciones de juez; la envidia del primer ministro le obligó á dejar este empleo, despues de muchos años de permanencia.

«Estas islas, dice, son una de las maravillas del mundo. Son mas de dos mil, pero hay unas ciento bastante cerca unas de otras para formar una especie de cadena, aunque separada cada una por el mar. Cuando arriba algun buque, tiene que poner de manifiesto lo que lleva á bordo... El mayor árbol de las islas es el coco, que da frutos hasta doce veces al año.

» Los habitantes son religiosos, castos, inofensivos y débiles de cuerpo. No hacen la guerra ni tienen mas armas que sus oraciones. Sin embargo, los piratas y ladrones de las Indias no les intimidan, y cuando les cojen no les imponen pena alguna, porque los maldivios están persuadidos que todo el que hurta está espuesto á esperimentar una desgracia tan terrible como repentina.

» Cada isla tiene sus mezquitas hechas de madera.

» Este pueblo es naturalmente limpio: emplean muchos perfumes, sobre todo el *galia (Galia moscata)*. Las mujeres presentan un colirio á sus maridos en cuanto se levantan, para que se laven los ojos, y aromas para perfumarse el cuerpo.

» Ricos y pobres andan descalzos.

» El agua de sus pozos se halla solo á dos codos de la superficie de la tierra.

» En vez de dinero se valen de unas conchitas que transportan á Bengala, donde tienen el mismo uso, pero cuyos habitantes se las cuelgan del cuello para preservarse de las malas miradas.

» Hé aquí, segun el testimonio de personas respetables é instruidas, como se convirtieron al mahometismo todas aquellas islas.

» Cuando los maldivios eran aun infieles, veian aparecer cada mes en el mar un espectro bajo la forma de un buque cubierto de luces. Era entonces su costumbre el esponer á una jóven vírgen en el mas hermoso de sus templos cuyas ventanas daban al mar. Dejábanla allí sola toda la noche, y á la mañana siguiente la hallaban muerta. Se sorteaba entre todas las familias la vírgen que debia sacrificarse así. Un santo hombre árabe y mahometano, llamado Abu'l-Barabar (el Berberisco), que habitaba en casa de una mujer vieja en la isla de Mohl (Malé sin duda), al entrar un dia en su casa, halló á la pobre mujer sollozando porque la suerte habia designado á su única hija para morir. El mogrebin, que no era hombre que se dejase amedrentar, la dijo: «Yo iré esta noche adonde esté el espectro, en lugar de vuestra hija; si me quita la vida habré » salvado la suya, y si vuelvo sano y salvo será para mayor gloria de Dios.» Condújosele, pues, al templo, en lugar de la muchacha, sin que el magistrado sospechase en lo mas mínimo este cambio de personas. El mogrebin se sentó enfrente de una ventana y rezó su Alcoran. El espectro se acercó muchas veces con ojos centelleantes, pero en cuanto oyó las palabras del Alcoran se sumerjió en el mar. A la mañana siguiente, fueron los principales personages de la isla á buscar el cuerpo de la vírgen y quemarle, segun la costumbre; pero quedaron en estremo sorprendidos cuando hallaron en su lugar al mogrebin, que les refirió lo sucedido. Lleváronle ante el rey y este le dijo: «Repite esta prueba el mes que viene, y si » sales vivo del templo, como hoy, me convertiré al islamismo.» Reprodújose la prueba, y habiéndose hallado vivo y sano al mogrebin, se derribaron los ídolos y todos empezaron á adorar al Dios de Mahoma.»

Ibn-Batuta añade que en su tiempo continuaban las apariciones del buque espectro, pero sin hacer mal á nadie. Asegura que una noche se lo enseñaron, y vió en efecto, un buque que parecia estar cubierto de velas y antorchas encendidas.

En varias partes del Asia y Africa, se halla tambien esta tradicion de una doncella sacrificada como tributo á un monstruo. Ya se sabe que en Grecia es popular.

En la época en que Ibn-Batuta residia en la isla, la gobernaba una mujer por haber muerto sin heredero varon el rey su padre. El marido de esta mujer era primer ministro.

Hemos sacado estas notas de la traduccion inglesa *the Travels of Ibn-Batuta* (translated from the abridged arabic manuscript copies preserved in the public library of Cambridge, etc., by rev. Samuel Lee; London, 1829).

En el momento en que escribimos estas líneas, la traduccion francesa de los señores Defremery y Sanguineti, no ha llegado aun á este pasage de Ibn-Batuta relativo á las Maldivias.

([1]) M. Barbot de la Trésorière no ha visto mas armas entre los maldivios que un cuchillito cuya hoja tiene cuatro ó cinco pulgadas de largo. Le llevan en la faja y lo emplean para abrir los cocos.

muy bien hechos y son de acero escelente, pues no conocen el procedimiento para alear el hierro con el acero. Los ricos los llevan con mango de plata labrado; en la boca de la vaina hay una cadenita, de plata, donde se ata un mondadientes y un limpiaoidos del mismo metal. Los que no pueden llevar estas armas de plata, las llevan con vaina de madera labrada, mango de hueso de ballena ó de animal terrestre. Tienen en tanto aprecio á estos cuchillos, que no creerian ir bien vestidos si no llevasen uno



Habitantes de Malabar ([1]), segun Cordiner.

en el cinto. No hay hombre, por pobre que sea, que no tenga uno, y es su principal defensa. Nadie puede llevar otras armas, como no sean los oficiales del rey, y solo en actividad de servicio; entonces llevan un puñal ondeado, llamado *cris*, que lo traen de Achem en Sumatra, Java ó China, y cuando van por las calles llevan siempre la espada desenvainada en una mano, y la rodela en la otra; á veces llevan, en vez de espada, una azagaya.

Los soldados tienen un distintivo particular y es un moño hecho con la larga cabellera que se dejan crecer.

La principal gala consiste en llevar, al rededor de la cintura, muchas cadenas de plata; todo el mundo las quiere tener, hombres ó mujeres, casados ó solteros, y cada cual segun sus posibles. Es en lo que emplean la mayor parte de sus tesoros y ordinariamente las guardan para los gastos de su en-

([1]) Nos ha sido imposible encontrar un solo dibujo que represente á los maldivios; nuestros oficiales de marina se hallan aun muy atrasados en este arte. Acaso llene esta falta la fotografía y la llene con la ventaja de reformar dibujos que á veces se han hecho con muy poca fidelidad.

El aspecto de estos habitantes de Malabar y el de los de Ceilan, dará á lo menos una idea de los maldivios.

tierro. Solo los grandes señores ó los estranjeros pueden llevarlas ostensiblemente ó encima del vestido; las demas personas tienen que ocultarlas debajo de la ropa y no las enseñan mas que en particular. La gente baja lleva desnudo todo lo que media desde la cintura hasta el cuello, pero los grandes señores se cubren. Sin embargo, los dias de fiesta se ponen sayas y casacones de seda ó algodon que se abrochan con botones de cobre dorado, no atreviéndose á llevarlos de oro, porque solo el rey tiene este privilegio. Las sayas son de todos colores, pero las estremidades están bordadas de blanco y azul. Las mangas no llegan mas que hasta los codos, porque creen que si fuesen mas largas impedirian la libertad de los movimientos. Ultimamente, se ponen calzoncillos de color, muy estrechos, desde la cintura hasta los tobillos, donde se los sujetan con botones dorados Los señores se atavian, ordinariamente, con las sayas y casacas que he citado ya.

Hay muchas personas que en vez de casacas, se ponen otro vestido, en los dias de fiesta. Hé aquí en qué consiste este adorno. Machacan sándalo y alcanfor en piedras llanas y lisas, que llevan de tierra firme, con otras maderas olorosas; echan luego á esta mezcla agua de flores destiladas y hacen una pasta con la cual se cubren todo el cuerpo, desde la cintura hasta el cuello, grabando en ella con el dedo, cuantos dibujos imaginan. Pareciame que eran perpuntes labrados; en todo caso, esta nueva clase de vestidos, huele muy bien. Algunas veces se pegan flores de las mas hermosas y aromáticas; los que les adornan de este modo, son sus mujeres ó amigos. Este traje singular es bastante frecuente entre aquellos isleños, pero los que lo llevan no se atreven á presentarse delante del rey, ni aun en su palacio.

Todos cuantos han estado en Arabia y visitado, en la Meca, el sepulcro de Mahoma, son allí muy respetados y honrados, sea cual fuere su clase ó calidad, pues hay gran número de pobres. Llámanse *agy*, y tienen muchos privilegios particulares; para ser reconocidos y diferenciados de los demas, llevan unas sayas de algodon muy blancas y unas gorras redondas del mismo color y en los manos un rosario sin cruz; el rey y los señores visten á los pobres que no pueden costear este traje.

Todos se ponen turbantes rojos, ó de varios colores, en la cabeza; la mayor parte son de seda, pero los menos acomodados los llevan de algodon fino. Los soldados y oficiales del rey se los ponen de un modo que no es permitido llevar á los demas; á veces llevan tambien de esos pañuelos bordados de que he hablado ya, cosa que otras personas no pueden hacer. Sus largos cabellos se ven por debajo del turbante.

El pueblo anda descalzo, y la mayor parte del tiempo, con las piernas desnudas. Con todo, en sus casas, se ponen una especie de zapatillas ó sandalias de madera, pero si llega alguna visita de mayor categoría que el dueño de la casa, se las quitan al momento y permanecen descalzos.

En cuanto á las mujeres, llevan primero una tela de algodon ó de seda de color, que las envuelve la cintura y llega hasta los talones. Encima se ponen un vestido de tafetan ó de algodon, muy ligero y tan largo como la tela que llevan debajo; los bordes de este vestido son blancos y azules y su forma se parece á la de las camisas de las mujeres de Europa. Tiene una abertura en el cuello, que se cierra con dos botoncitos dorados, pero esta abertura no se prolonga hasta la parte anterior del pecho, de modo que cuando quieren dar de mamar á sus hijos, tienen que levantarse el vestido, pero no la tela interior, que les sirve de enaguas. Llevan los brazos llenos de brazaletes de plata, algunas veces desde la muñeca hasta el codo. Los de las menos acomodadas, tienen aleacion de bronce, pero las ricas los llevan de plata fina y maciza, de modo que algunas tienen en los brazos un peso de tres y cuatro libras. Llevan tambien cadenas del mismo metal, al rededor de la cintura, pero debajo del vestido, de modo que no se ven, como este no sea muy claro. Cuando son mujeres de calidad y de posibles, se ponen al cuello unas cadenitas de oro, donde ensartan moneditas de oro que importan de Arabia ó de otro punto de tierra firme (¹).

Sus cabellos están entrelazados unos con otros y algunas veces, para figurar un moño mas espeso, los cubren con un pelucon hecho con cabellos de hombre, pues las mujeres no se cortan el pelo jamas; los

(¹) Desde Pyrard de Laval hasta hoy dia, se han empobrecido los maldivios, pues no llevan esos adornos que describe aquel viajero.

primeros se lo envuelven en una redecilla dorada y las grandes damas se lo adornan con piedras preciosas. Llevan en las orejas pendientes muy ricos, segun sus medios, pero no se los ponen como las europeas, porque en aquellos países, las madres agujerean las orejas de sus hijas, no solo donde se hace en Europa, sino todo al rededor del cartílago, en varios puntos, y los conservan abiertos con mechas de algodon, para poder introducir, mas tarde, clavitos dorados, en número de veinte y cuatro, en ambas orejas. La cabeza del



Habitantes de Ceilan ([1]), segun James Cordiner.

clavo se halla adornada, ordinariamente con una piedra preciosa ó una perla. Cuando las mujeres van por la calle, llevan constantemente un velo en la cara, aunque rara vez salen de dia; sin embargo, se levantan este velo cuando entran en casa de la reina ó de las princesas ó de algunas damas de una clase superior á la suya, pero no delante del rey ni de hombre alguno, pues es, al contrario, cuando se ocultan mas. No quieren ser vistas por persona alguna como no sea de su sexo.

Ya he dicho que llevaban cadenas de oro en el cuello y piedras preciosas en sus pendientes, pero hay que notar, que ningun hombre ni mujer, como no sea príncipe ó gran señor, se atreveria á llevar sortijas, piedras preciosas, brazaletes, pendientes, ni cadenas de oro sin permiso del rey, para lo cual se otorgan cartas de concesion, ó por mejor decir, se compran, pues se pagan al contado, á menos que se dé una dispensa, como sucede ordinariamente con las mujeres. Los estranjeros tienen el privilegio de poderse vestir como quieran y llevar cuantos adornos se les antojen, sin permiso de nadie y sin derecho alguno. He notado, que tanto en esto, como en otras muchas cosas, los estranjeros tienen muchos derechos y privilegios de que carecen los naturales del país.

([1]) Véase la nota concerniente á la lámina de los habitantes de Malabar.

Volviendo á las mujeres, diré que son muy curiosas y amigas de componerse; se bañan cada dia, se lavan los cabellos con aceite de olor y se perfuman con buenas esencias. Tienen tambien la costumbre de teñirse de encarnado los piés y las uñas de las manos, haciendo consistir en esto su principal hermosura. Son verdaderamente hermosas y graciosas, airosas en su porte, bien plantadas, de formas proporcionadas y se visten con gracia. Las hay morenas y blancas, pero la mayor parte son de color aceitunado.

Son tan limpios en su modo de comer, que no tocarian á un manjar donde hubiese caido una mosca, una hormiga ó cualquier otro insecto ó cuerpo estraño; en este caso, lo dan todo á los pájaros, pues son, en esta parte, tan concienzudos, que no dan á los pobres nada que ellos mismos no puedan comer sin escrúpulo. He notado, ademas, que cuando llega á su puerta un desgraciado, le hacen entrar en su casa y sentar á su mesa, fundándose en que son servidores de Dios, como las demas personas.

Grandes y pequeños todos tienen la misma vajilla, porque el rey prohibe que la tengan de oro ó plata. Así pues, solo emplean la de tierra ó porcelana, pero al menor deterioro la desechan y reemplazan con otra nueva.

Lo mas grosero y reprensible, entre ellos, es el dejar caer algo mientras comen. Nadie se atreveria á toser ó escupir, durante las comidas, y para hacerlo, hay que levantarse y salir del comedor. Un gargajo, sobre todo, es para ellos la cosa mas repugnante é indigna. Comen con avidez y muy de priesa, pues es, en el país, un acto de urbanidad, el no perder mucho tiempo en la mesa; así es, que cuando se hallan en compañía, nadie se dice una palabra, mientras comen. Tienen tambien por falta de urbanidad, el beber cuando comen, y se burlaban de nosotros al ver que haciamos lo contrario. Acabada la comida, beben cuanto quieren; su bebida ordinaria es el agua ó el vino de coco, hecho el mismo dia, pero tienen otras dos mas delicadas; una es caliente, compuesta de agua y miel de coco con mucha pimienta (como echan en todas sus comidas), y otro grano llamado *cahoa;* la otra bebida que es fria y mas delicada, se hace con azúcar y coco remojado en agua. Solo el rey y los grandes señores beben de estas dos últimas, sirviéndose, para ello, de copas de cobre, muy bien labrado y trabajado, con sus correspondientes tapaderas. Por postres, despues de haberse lavado, se sirve un plato de betel, porque las frutas se comen al mismo tiempo que los demas manjares.

Matan con mucho misterio á los animales de que se alimentan. Les degüellan volviéndose hácia el sepulcro de Mahoma y rezando sus oraciones; en seguida se apartan de ellos, sin haberlos tocado, y no vuelven á acercarse hasta que estén enteramente muertos. Si antes de espirar los tocase alguien, nadie comeria de aquella carne. La degollacion ha de ser siempre en un punto designado, pues si se hace en otro, ya no sirve la res. No todos pueden ejecutar este acto; ordinariamente los matadores son los sacerdotes ó los *moudins* (¹); en su defecto, los que matan han de ser ancianos y padres de familia. Mucho me gustaba el ver que se tenia que ir buscando por toda una isla á un hombre que supiese matar una gallina; y aun despues de hallado, faltaba que quisiese hacerlo, pues se niegan, en cuanto pueden, á ejercer este oficio.

Son escrupulosos y supersticiosos en todas sus acciones, hasta en las cosas mas pequeñas. Al despertarse de dormir, sea de dia ó de noche, se lavan los ojos y cara, se untan con aceite y se tiñen de negro las cejas y pestañas, antes de atreverse á dar los buenos dias á nadie. Tienen sumo cuidado de sus dientes, lavándolos á menudo, pues dicen que así tiene mejor gusto el betel y el areca que comen; á fuerza de mascar de la primera yerba, tienen encarnada la dentadura, cosa de muy buen gusto para ellos. Llevan siempre betel en sus fajas, pues es hasta degradante para un hombre, el carecer de él. Cuando se encuentran en alguna parte, acostumbran á presentarse mutuamente cada cual del suyo. Se bañan varias veces al dia, no solo por gusto y comodidad, sino porque ademas se lo manda así su religion.

Tienen, en lo relativo á la alimentacion de los niños, algunos usos y costumbres que no he observado en ninguna otra parte. En cuanto nace un niño le lavan con agua fresca seis veces al dia, y le untan despues con aceite, repitiendo esto durante algun tiempo. Todas las madres, inclusa la reina, dan el

(¹) Muezines.

pecho á sus hijos; nadie querria confiarles á una nodriza, fundándose en que todos los animales dan de mamar á sus hijuelos (1); pero tienen criadas y ayas para llevarles en brazos y cuidarles. No les envuelven, les dejan siempre libres y sin embargo nunca he visto contrahechos. Les acuestan suspensos en el aire, en camitas ó cunas colgadas con cuerdas, meciéndoles con la mayor facilidad. Empiezan á andar á los nueve meses y á los nueve años se les dedica ya á los estudios y ejercicios del país.

Consisten estos estudios en leer y escribir (2), en entender el Alcoran para que sepan sus deberes : las letras son de tres clases diferentes, á saber; el árabe, con algunas letras y puntos añadidos por ellos,



Alfabeto de las Maldivias. (V. la nota 2 de la p. 255.)

para espresar su lengua; otra, cuyo caracter es particular al idioma de las Maldivias, y la tercera, que es propio de Ceilan y de la mayor parte de las Indias. Escriben sus lecciones en unas tablillas blancas y así que las saben de memoria borran lo que han escrito, á menos que la escritura deba conservarse; en este último caso escriben en pergamino, hecho con las hojas de un árbol llamado *macare queau*, las cuales son anchas de un pié y largas en proporcion. Tambien hacen con ellas libros que duran tanto como los nuestros sin echarse á perder. Para enseñar á leer á los niños tienen unas tablillas muy lisas, que cubren de arena menuda, encima de la cual escriben las letras y hacen que los niños las imiten (3). Estos tienen tanto respeto á sus maestros como á sus mismos padres; la deferencia llega hasta el punto de no poder contraer matrimonio con los hijos de los primeros, por considerarse como mutuamente ligados por afinidad. Entre estos niños hay algunos que prosiguen estudiando y llegan á ser unos sabios en la inteligencia del Alcoran y en las ceremonias de su ley.

En las Maldivias se hace la pesca de muchos modos. La del pescado grande, con el cual trafican mucho, se hace fuera de sus bancos y atollones, en alta mar, á unas seis ó siete leguas, por ser donde mas abundan

(1) La vuelta á este deber de la naturaleza, tan bien observado por aquellos isleños, ha hecho casi una revolucion en nuestras costumbres á fines del último siglo.

(2) Hace apenas veinte y cinco ó treinta años que se comprende la utilidad de las escuelas públicas para la mayoría de los niños en Francia; y aun así, cuando se les ha enseñado imperfectamente á leer y á escribir, á los doce años, poco mas ó menos, se les abandona á sí mismos, sin libros y sin estímulo alguno, de modo que muchos de ellos, á los veinte años, no saben ya ni leer ni escribir.

(3) Tambien es este uno de los procedimientos económicos introducidos en nuestras escuelas

los grandes peces. Se coje una cantidad considerable de estos, de siete ú ocho especies diferentes, aunque de la misma raza; sin embargo, no todos se parecen entre sí, ni son del mismo tamaño, como los bonitos, albachores ([1]), dorados y otros muchos : todos ellos andan siempre juntos en los mismos parages y se pescan del mismo modo, es decir, con un hilo grueso de algodon, de braza y media, atado á una caña, la cual se mete en un palo de madera muy fuerte. El anzuelo difiere de los nuestros, pues tiene la forma de la *h* de la escritura latina. No le cubren con cebo, pero el dia anterior hacen provision de muchos pececillos, pequeños como brecas, que abundan mucho en los bancos y playas, y conservan vivos para encerrarlos en unas bolsas hechas con cuerdas de coco, que dejan sumerjidas en el mar, atadas á las barcas. Cuando se hallan en alta mar, donde se hace la pesca, dan suelta á estos pececillos y los diseminan por todas partes, echando al mismo tiempo, el anzuelo al agua. Los grandes peces, al ver los menores, que son muy raros, en alta mar, acuden en tropel y se clavan en el anzuelo ó se lo engullen, creyendo que es un pececillo, porque los pescadores le han pintado de blanco de antemano, á fin de engañar á la pesca, que es muy voraz. Cuando el pez se clava, levantan la caña, la sacuden en la barca para desclavar la presa y vuelven á echar el anzuelo al mar con la mayor prontitud; de este modo cojen tantos, que llenan sus barcas en tres ó cuatro horas. Lo mas particular es que mientras pescan, van siempre navegando á toda vela. Los pescados que cojen así, se llaman en su lengua *cobolly-masse*, es decir, pez negro, por ser, en efecto, de este color. Le cuecen en agua del mar y le ponen despues á secar junto al fuego, para conservarlo mucho tiempo, como en efecto le conservan. Hacen con él un gran comercio, no solo entre sí, sino en todas las Indias, donde se estima mucho esta mercancía. El mejor pescado es para el rey; en cuanto llega á la playa una barca, uno de los principales pescadores coje al pez destinado para la cocina real y lo lleva allá, colgado de una cuerda ó atravesado al cuello por medio de un palo. Dan tambien algunos á los sacerdotes, á los pobres y á los amigos, repartiéndose los pescadores lo restante. Por poca que sea la pesca, se hace siempre esta distribucion.

Hay otra clase de pesca, que se hace de noche en los bancos y al rededor de los atollones, solo dos veces al mes, y dura tres dias cuando es luna llena ó se halla en conjuncion. Se hace con esas balsas, llamadas *candoue-patis*, de que he hablado ya, en las cuales van á los bancos para pescar con las cañas. Estas son grandes, de 50 á 60 brazas de largo, con un fuerte hilo de algodon ennegrecido con la corteza de un árbol, que reemplaza la brea, para conservarle mucho tiempo sin que se pudra. A este hilo atan anzuelos, pero cubiertos con cebo, como en Europa; cojen así una clase de pescado, que no he visto en otra parte, de unos tres ó cuatro piés de largo, bastante ancho, de color rojo esteriormente, blanco por dentro y de una carne muy firme. Es el manjar mas delicioso que darse pueda, y aquellos pueblos que dan á cada cosa un nombre adecuado á su naturaleza, le llaman, con razon, el *rey del mar*. Le comen fresco y no le salan.

Poseen toda clase de redes hechas con hilo de algodon, nasas y otros instrumentos de pesca, como los que hay en Europa, con los cuales pescan toda clase de pescados, pero en los bajos del mar y solo para comérselo fresco. Como el mar es muy poco profundo en la playa, se divierten en pescar unos pescadillos muy parecidos á las sardinas y de gusto delicado; le cojen con redes de hilos de algodon, bastante estensas, con pedazos de estaño al rededor, los cuales se tocan unos á otros; las arrojan al mar, con mucha maña, cuando ven bastante cantidad de pescado, y este se halla preso debajo de toda la estension de la red, la cual, por medio de los pedazos de estaño, va cayendo al fondo del mar y les encierra dentro. Pero hé aquí otra clase de pesca, tan original como industriosa.

Dos veces al año, en los equinocios y grandes mareas, hacen una pesca general, reuniéndose en crecido número y en ciertos parages del mar. Para poder comprender la forma de esta pesca, conviene saber que el flujo del mar, sube y se estiende, en aquellas épocas, mucho mas que en todo el resto del año y va, por consiguiente, mas allá que las demas mareas; resulta de aquí, que el reflujo, siguiendo la misma proporcion, se baja y se retira mucho mas que los ordinarios, de modo que deja descubiertos muchos bajos y rocas que no se ven en otras ocasiones. Cuando se retira el mar, observan, en estos

([1]) El atun.

sitios, algun rincon á propósito y ponen al rededor una pared de gruesas piedras, formando un cercado. Tiene este cercado unos cuarenta pasos de circunferencia, con una entrada de dos de ancho. Júntanse unos treinta ó cuarenta hombres, llevando cada uno cuarenta ó cincuenta brazas de gruesa cuerda de coco; á cada braza hay atado un pedazo de corteza de coco, que sostiene, sobrenadando, la cuerda en el agua, como hacemos en Europa, con el corcho. Luego atan todas las cuerdas juntas y las estienden á la redonda, encima de los bajos. Ya se concibe qué espacio tan estenso comprenderán.

Es cosa muy estraña que se coja todo el pescado que queda debajo de estas cuerdas, sin necesidad de redes ni otro instrumento alguno; pero los peces temen la cuerda que fluctua y la sombra de la cuerda, de modo que en vez de pasar por encima para escaparse y no quedar encerrados, huyen de ellas creyendo que debajo hay una red para apresarlos ([1]). Todos los hombres acuden al cercado de piedras que dejo dicho, y sacan la cuerda muy despacio, tirando cada cual por su lado. A medida que las van sacando, va huyendo el pez y se refugia en el sitio cerrado: luego que está dentro tapan la entrada, y en cuanto se retira el mar, queda el pescado en seco. La cantidad de este es tal, que hay veces que se cuentan diez y doce mil, de toda clase y tamaño, los cuales recojen en sacos sin dejar uno solo ([2]). Ví algunos peces tan grandes, que era menester un hombre para llevar uno solo. Estuve una vez en una de estas pescas y me tocaron mas de cien pescados, á pesar de ser un estraño y el que menos parte tenia en el reparto; es verdad que tuve mas trabajo que ellos, por no estar acostumbrado á ir descalzo por las rocas y bancos, á veces durante media hora y bajo un sol abrasador.

Esta última pesca la destinan esclusivamente para sus festines y recreos, sin comerciar con ella á pesar de que cuecen y secan el pescado. Se hace, como he dicho, cada seis meses y dura quince dias; cada dia se muda de sitio y no se vuelve á él hasta el próximo equinocio. El pescado que se halla en los bajos ó en los cercados y atollones se llama *phare-masse* en lengua maldivia, nombre compuesto, derivado de *phare*, que significa bajo ó banco y *masse* que significa pescado. El otro, que se pesca en alta mar, se llama, como he dicho ya, *combolly-masse,* es decir, pescado negro; y es el que emplean para el inmenso tráfico que hacen con todas aquellas islas y con las costas de tierra firme. Le cuecen en agua de mar y le secan, conservándole en sal hasta que le venden; pero al que esportan no le ponen sal, porque no habiendo de este género en las Maldivias, tienen que traerla de la costa de Malvaria y la que importan no bastaria para salar la inmensa cantidad de pescado que se pesca cada dia; en efecto, no hay otro punto en todas las Indias ni fuera de ellas, donde sea la pesca mas rica y abundante.

Voy, ahora, á decir una palabra sobre los usos y costumbres de estos isleños. Son vivos, discretos, astutos y circunspectos: no carecen de valor y son aficionados á las armas y al ejercicio. Sus modales son bastante finos y se dedican á las artes é industria manufacturera. Su supersticion es grande y practican escrupulosamente los preceptos de su religion, lo que no les impide ser muy sensuales.

Cuando salen de noche, llevan las mujeres á un hombre que las acompaña; este anda delante de ellas y cuando oye que alguien se acerca, dice tres veces: *¡ Gas !* esto es, *¡ Cuidado !* Advertidos con esta señal, los hombres se apartan á un lado y dejan pasar, con el mayor respeto, á las mujeres, sin procurar verlas ni conocerlas: cuando son mujeres las que se encuentran, pasan al lado una de otra sin saludarse, á menos que se conozcan familiarmente. En las puertas no hay aldabas, porque nunca se llama; permanecen abiertas hasta las once de la noche, hora en que todo el mundo se halla recojido. Se entra en derechura en el patio y se llega hasta la puerta de la habitacion, que se halla entornada, y la persona que visita, tose ligeramente para avisar á la gente de la casa; esta sale al momento á recibir la visita y la introduce. Tambien los hombres tosen, cuando van por las calles, para avisarse mutuamente y no tropezar unos con otros, mayormente si son soldados ú oficiales del rey, pues estos llevan siempre las armas desenvainadas.

([1]) El hecho parece estraordinario, y sin embargo, no hay que rechazarlo antes de examinarle. La sombra de estas cuerdas, llenas de fragmentos de coco, puede ahuyentar á los peces; pero es muy probable que con un proceder tan imperfecto se escapen mas pescados que se cojan.

([2]) Los maldivios de nuestro tiempo parecen menos activos y ardientes, aun en la pesca. M. Barbot de la Trésorière refiere que los del atoll Moloco no pescaban con caña, contentándose solo con cojer pescaditos con redes de algodon ó hilos de coco.

Descripcion del palacio del rey, del modo de vivir de este y de las reinas sus mujeres.

El palacio del rey es de piedra y se compone de muchas habitaciones cómodas y bien construidas, pero no tiene mas que un piso, sin ninguna clase de adornos de arquitectura. Está rodeado de verjeles y jardines con fuentes y receptáculos de agua, cercado de paredes y muy bien empedrado al rededor.

Este edificio, llamado *gandoyre*, en la lengua del país, es muy estenso, tiene muchas habitaciones y cada una de estas tiene un buen patio con un pozo en medio, guarnecido con hermosas piedras blancas. En uno de estos patios están los dos almacenes del rey, uno para los cañones y otro para toda clase de armas.

Hay en la entrada del palacio un cuerpo de guardia donde se ven algunos cañones y armas de varias clases. El portal tiene la forma de una torre cuadrada; los dias de fiesta se coloca encima de él una orquesta de músicos que tocan y cantan, como tengo ya dicho.

Lo primero que se encuentra, al pasar el portal, es una sala donde están los soldados; luego se halla otra mayor, para los señores, gentileshombres y personas de categoría. Nadie se atreveria á pasar mas allá de esta segunda sala, á no ser los criados oficiales del rey ó de las reinas y sus esclavos y servidores. El piso de estas salas es alto de tres piés, para preservarlo de las hormigas, y está bien entarimado, como las demas casas en general. Ademas, está tapizado con esteras de diferentes colores con cifras y otros dibujos, hechos con mucho gusto y muy vistosos. Las paredes están cubiertas con tapices de seda con hermosas franjas, como las cortinas. El rey habia mandado colgar en la sala de los soldados y en la de los estranjeros, el pabellon y la bandera de nuestro buque, que era azul, con las armas de Francia. Tenia estas insignias en mucho aprecio, y las enseñaba, por gran favor, á los estranjeros, haciéndome esplicar, con frecuencia, la significacion de dichas armas, y admirando cada vez mas el poder de nuestro rey. En estas salas, el sitio donde se sienta el rey está cubierto con un techo particular, ricamente adornado con sederías, bajo el cual hay un ancho asiento, alto de dos piés, con un elegante tapiz, donde se sienta el soberano con las piernas cruzadas. No hay otra clase de asientos ni otro modo de sentarse; los señores de la córte hacen lo mismo.

Los aposentos interiores del rey, están tambien, muy bien tapizados con sederías y adornados con flores y ramages de oro de diferentes colores, que deslumbran los ojos, tanto por la riqueza del oro, como por la belleza del trabajo. La mayor parte de estos tapices, vienen de China, Bengala, Masulipatan y San Tomé; algunos se hacen en las Maldivias. El pueblo se sirve de tapices de algodon, hechos con telas de esta materia, de todos colores, enlazadas ó cosidas entre sí, y formando dibujos y labrados de varias formas. Tambien se importa de Bengala una especie de tapicería de tela, pintada superiormente con diversos colores, de un modo muy agradable; este género se llama *iader*.

Las camas del rey y de los cortesanos están suspendidas en el aire, por medio de cuatro cuerdas atadas á una barra; á esta barra la sostienen dos pilares; las sábanas y almohadas, son de seda y algodon, y todo está cubierto con preciosas cortinas de seda y paños bordados de oro. Cuando se hallan acostados se hacen mecer suavemente para conciliar el sueño. Acostumbran tambien á hacerse dar friegas y palmaditas, por todo el cuerpo, alegando que es cosa muy buena para el mal del bazo y que les calma los dolores, haciéndoles dormir mas pronto. La servidumbre del rey se acuesta en almohadones de algodon, colocados en tablas sostenidas por cuatro pilares, altos de cuatro piés.

El traje ordinario del rey era una túnica de algodon muy blanco y fino ó por mejor decir, una casaca que le llegaba hasta mas abajo de la cintura, bordada de blanco y azul y abotonada, por delante, con botones de oro macizo. Desde la cintura hasta los talones llevaba unas enaguas de tafetan encarnado, sujeto por medio de una faja de seda encarnada con franjas de oro; ceñíale tambien la cintura, una gruesa cadena de oro, cerrada por delante con un candado, mas ancho que la palma de la mano, rodeado de piedras preciosas y de un trabajo perfecto. Tenia cubierta la cabeza con un gorro encarnado, distintivo que solo el rey puede llevar. Estaba bordado de oro con un boton del mismo metal

en medio, algunas piedras finas, como distintivo de la dignidad real, y un turbante de seda encarnada, al rededor. Se afeita todas las semanas, al contrario de los grandes y de los soldados, que llevan el cabello largo. Sus piernas estaban desnudas, como las de sus cortesanos y vasallos; solo se calzaba unas chinelas de cuero dorado de Arabia, hechas en forma de sandalias; nadie, en su reino, como no fuese una persona real, se atreveria á llevar un calzado igual; y aun los mismos príncipes, si bien pueden y están autorizados para ello, se ponen únicamente sandalias de madera, y solo dentro de casa, dando así, al rey, una prueba de deferencia. Cuando este soberano sale, le cubren con un gran parasol blanco, que es la principal insignia de la dignidad real, sin que sea á nadie lícito llevar otro, sea quien fuere, escepto los estranjeros, que, como he dicho ya, tienen privilegio para vestirse como quieran y llevar lo que gusten. Hay siempre, al lado del rey, un paje que lleva un abanico ó la espada real desenvainada y una rodela; otro lleva una caja llena de betel y areca, de que se sirve el rey á cada momento. Un doctor de la ley le sigue igualmente y sin perderle de vista, lee un libro en su presencia y le amonesta en nombre de su religion.

Come solo, y su mesa está servida por los principales cortesanos, del mismo modo que he descrito al hablar de la mesa de los particulares, pero todavía con mas cuidado, honores y reverencias. Su vajilla no puede ser ni de oro ni de plata, porque su ley lo prohibe; pero es de porcelana de China ó de cobre, muy bien fabricada en las Maldivias.

Su ejercicio y pasatiempo, no consistia en salir con frecuencia é ir á la pesca, como hacian sus predecesores, segun me dijeron los isleños, sino en permanecer encerrado en su palacio, la mayor parte del tiempo, entreteniéndose con las reinas, hablando con sus cortesanos ó viendo trabajar á los artesanos que tenia en palacio, tales como pintores, plateros, bordadores, cuchilleros, fabricantes de rosarios, torneros, carpinteros, armeros y otros muchos á quienes proporcionaba trabajo y se lo pagaba, guardando despues sus obras en palacio ó haciendo regalos con ellas. Le gustaba mucho esta ocupacion y pasaba con ella mucho tiempo; á veces trabajaba él mismo, pues decia que era pecado el estar ocioso. Tenia un genio vivo y pronto, sabia muchas cosas y trabajaba de varios oficios; ademas andaba siempre buscando cosas nuevas que aprender y mandaba llamar á los mejores operarios. Si llegaba algun estranjero con alguna industria nueva, le colmaba de caricias para que la enseñase á sus súbditos.

Cuando el rey salia, iba siempre á pié ó en silla de manos, que sus esclavos llevaban en hombros, pues no habia en toda la isla, ni caballo ni cabalgadura alguna. Preferia ir á pié, porque siendo la isla pequeña, no andaba grandes distancias. Ni en la isla de Malé ni en las demas, hay empedrado en las calles; los habitantes están obligados á barrerlas cuando el rey ó las reinas deben pasar, y á impedir que crezca la yerba.

Al pasar el rey por una calle, todo el mundo se retira al lado opuesto, dejándole libre el paso; á nadie le es lícito tocarle. Los grandes señores, cuando están en sus tierras, son objeto de los mismos miramientos.

Hay que notar que cuando se habla al rey ó á las reinas ó á sus hijos, ó á los príncipes de sangre real, ó bien cuando se habla de ellos con otras personas, se emplean, con respecto á ellos, términos que no se emplean cuando se trata de la demas gente. Así, por ejemplo, si se dice de un hombre: «*Duerme*», hablando de una persona real se dirá: «*Descansa*» ó «*Está adormecido*» (1).

Las mujeres del rey van vestidas del mismo modo que he descrito ya, al hablar de las grandes damas, pero tienen muchas mas joyas, pues van casi cubiertas de oro, perlas, piedras finas, etc.

Las esposas é hijas de los grandes señores de la isla, están obligadas á ir á ver á las reinas y pasar las noches con ellas, llevándolas algunos regalos.

Las reinas salen rara vez, y cuando lo hacen, las preceden sus esclavas y sirvientas, á muchos pasos de distancia, para advertir á los hombres que se retiren y alejen; las mujeres, al contrario, se reunen en grupos, cuando se las avisa que pasan las reinas y se presentan á estas con flores, frutos y otros presentes de esta clase. Cuatro mujeres de las principales de la córte, llevan suspensa encima de la cabeza de las reinas, una corona de seda, con franjas hasta el suelo, de modo que no se las puede ver.

(1) Como en nuestras tragedias, poco mas ó menos.

En las habitaciones de las reinas, princesas y grandes damas, no entra la luz del dia, y solo las alumbran las lámparas que están continuamente encendidas. Se retiran á un rincon de la estancia, cerrado por cinco ó seis hileras de tapicerías, que hay que levantar antes de llegar adonde están. A nadie le es lícito, bajo ningun pretesto, el levantar el último tapiz; solo es permitido el toser y decir quien es, á lo cual responden las reinas, permitiendo la entrada ó despidiendo á la persona. Nadie se atreveria á infringir esta consigna, por elevada que fuese su categoría. Olvidaba decir que todas las mujeres, al acostarse, solo se quitan el vestido, poniéndose unas enaguas destinadas para dormir. Los hombres hacen lo mismo, y nadie se atreveria á hacer otra cosa.

De las rentas del rey; de la moneda; del tráfico y comercio de las Maldivias.

Todo lo que se encuentra en la orilla del mar, pertenece al rey sin que nadie pueda apropiárselo; todo el mundo está obligado á recojerlo y llevarlo al rey, proceda de donde proceda; al que guarda alguna cosa en su poder, se le corta la muñeca. Ordinariamente se recojen los despojos de algun buque naufragado ó ámbar gris, que llaman *gomen ó meuvare,* cuando está preparado, materia mas abundante en aquellas playas que en ninguna otra parte de las Indias orientales. Tambien se recoje una nuez que arroja la mar algunas veces, gruesa como la cabeza de un hombre, parecida á dos grandes melones juntos. La llaman *tavarcarré* y dicen que procede de unos árboles que están debajo del mar. Los portugueses la llaman coco de las Maldivias [1]; es una substancia médica de gran precio. Sucede muchas veces que los oficiales del rey y otros agentes, maltratan á la gente pobre, cuando sospechan que se ha apropiado algun *tavarcarré* ó ámbar gris, ó bien la acusan de haber cometido sustracciones de esta clase para hacerle buscar y prender. Si alguien se hace rico en poco tiempo, se dice generalmente que ha hallado y se ha apropiado tavarcarré ó ámbar, como si fuera un tesoro. Tambien se pesca coral negro en gran cantidad, que es igualmente propiedad del rey, y los hombres que lo recojen están pagados por él [2].

Otra riqueza de las islas Maldivias es una conchita que contiene un animalito, gruesa como la punta del dedo pequeño, enteramente blanca, muy lisa y brillante; no se pesca mas que dos veces al mes, tres dias antes y tres dias despues de la luna nueva, pues no se hallaria en otra ocasion. Es muy abundante y la recojen las mujeres en la arena y en los bajos del mar, con agua hasta la cintura. La llaman *boly*, y se transporta en tanta cantidad, que ví cargar esclusivamente de ella treinta ó cuarenta buques al año. Toda la envian á Bengala por ser allá adonde se vende mas cara. En efecto, los habitantes de esta última parte la estiman tanto, que se sirven de ella como de moneda comun, á pesar de tener oro, plata y otros metales. Lo mas estraño es que los reyes y grandes señores mandan edificar sitios adrede para acopiar estos mariscos, que consideran como parte de sus tesoros. Todos los mercaderes de los demas países de las Indias compran cuanta pueden, para llevarla á Bengala, pues no se recoje mas que en las Maldivias [3]. Con este motivo tienen un valor intrínseco, sirviéndoles, á veces, de moneda como he dicho ya. La primera vez que llegué á Malé, ví en el puerto á una embarcacion de Cochin, poblacion portuguesa, de 400 toneladas; su capitan y los mercaderes que iban en ella eran mestizos y el

(1) Fruto de la palmera, que forma un género distinto, bajo el nombre de *Lodoicea*, como puede verse en la lámina que sigue. Llamábase este fruto *Nux medica*. Los portugueses le llamaban tambien *Coquinko*. Crece este árbol en una de las islas Sechelles, llamada isla de las Palmeras por Labourdonnais, en 1743. (Véase la descripcion y dibujo en el *Voyage à la Nouvelle Guinée*, de Sonnerat, y en Labillardière.)

« Cuando el voluminoso coco del *lodoicea* cae del árbol, suelen llevarle las olas á distancias muy considerables; así es que antes del descubrimiento de las Sechelles, no se conocian mas qne los que el mar arrojaba á las costas de las Maldivias. De aquí provenia la denominacion de coco de las Maldivias. » (*Dict. univ. des sciences.*)

(2) Lo que se llama coral negro es el tallo de los *antipatas*, género próximo á los gorgones ó políperos.

(3) La porcelana cauris (*Cyprea moneta*). No es exacto el decir que solo se halla en las Maldivias, pues existe en los mares de la India, y tambien en el océano Atlántico.

resto de la tripulacion indios cristianizados, vestidos todos á la portuguesa; habian ido á Malé para cargar de estas conchitas y llevarlas á Bengala. Daban veinte tazas de arroz por un paquete de *bolis*, porque estos no se venden sino por paquetes de doce mil cada uno. Los paquetes se entregan como en



Lodoicea, palmera de la isla de las Palmeras, en las Sechelles.

Europa los sacos de dinero, es decir, contados de antemano y aceptados, con entera confianza, por los mercaderes. Estas conchitas se emplean en Cambises y en toda la India para adornar y hermosear los muebles, incrustándolas en ellos como se hace con el mármol ó piedras finas.

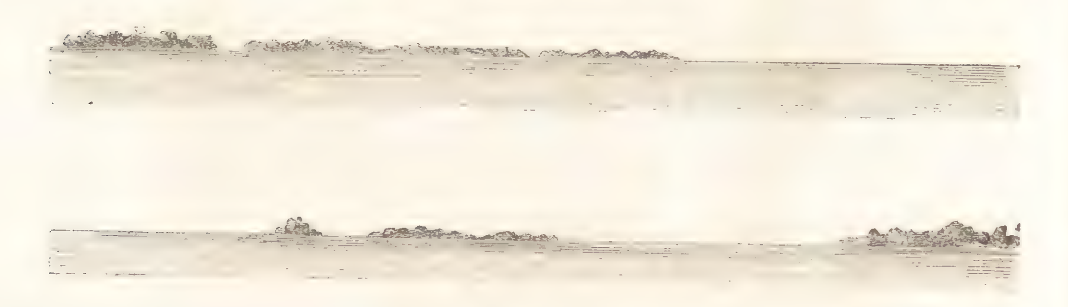
Tambien se aprecian mucho, en las Indias, las conchas de tortugas, llamadas *cambe*, que proceden de

las Maldivias, por ser una especie que no se halla mas que allí y en las Filipinas. Es hermosa, lisa, enteramente negra, con dibujos naturales. El tráfico mayor se hace en Cambises, donde se fabrican con su concha, brazaletes de mujer, cofrecillos y cajas con adornos de plata.

Los habitantes de Maldivia hacen igualmente un gran comercio de esteras de junco muy liso que tejen con mucha gracia, intercalando en ellas colores y dibujos hechos con el mayor gusto. Los indios y los portugueses las aprecian mucho y comercian con ellas, así como con telas de seda y algodon, que llevan crudas y ellos trabajan despues; estas telas, sin embargo, no son blancas, sino de colores diferentes y en piezas pequeñas, de una braza y media, que solo sirven para cubrirse; otras están destinadas para el traje de las mujeres y otras, en fin, se emplean para turbantes; todo esto está trabajado con mucho arte. Así es que las islas Maldivias están muy frecuentadas, en todo tiempo, por los mercaderes estranjeros. Sus habitantes reciben en cambio cuanto necesitan, como arroz, telas de algodon blancas, seda, algodon en rama, aceite fabricado con una especie de grano muy oloroso, para restregarse el cuerpo despues del baño, arec para comer con el betel, hierro, acero, especias, porcelanas, etc., etc. Todos estos géneros están muy baratos, á causa de la abundancia que reina en el mercado, por los numerosos buques que los llevan. Tambien se importa oro y plata, metales que, cuando han entrado, no vuelven á salir; no dan, ni un ápice, á los estranjeros, pues los habitantes hacen con ellos sus tesoros ó las joyas para sus mujeres.

De una espedicion del rey de Bengala á las Maldivias, y de la muerte del rey de Malé. — Libertad del autor.

En febrero de 1607, tuvo el rey noticia de que una armada naval de diez y seis galeras se hallaba preparada y á punto de entrar en aquellas islas [1]. Esto sorprendió en estremo al rey y á todo el pueblo, porque ningun antecedente tenian de semejante espedicion. Mandó, al instante, poner en el mar todas sus galeras; estas no eran mas que siete, pero los demas buques, barcas y lanchas llegaban á un



Vista de la parte norte del atoll de Suadiva ó Suadu,

número bastante respetable. Todo el mundo se puso á trabajar con ardor, pero por mas priesa que se dieron, no pudieron impedir que las velas enemigas apareciesen en el horizonte. El rey, mas y mas sorprendido con esta súbita aparicion, mandó embarcar inmediatamente sus mejores riquezas, para escaparse, con sus mujeres, á otras islas mas hácia el sur, donde no podia aproximarse el enemigo á causa de las dificultades del sitio.

A la vista de las galeras enemigas, ya nadie pensó mas que en escaparse, con sus bienes, á otras islas, en las mismas barcas del rey ó en las particulares. En cuanto á mí, al ver esta alarma general, recobré alguna esperanza y con la aparicion de las velas enemigas concebí la idea, y resolví buscar los

[1] Esta armada, enviada por el rey de Bengala, iba con el objeto de apoderarse de los cañones que poseia el rey de las Maldivias, procedentes de los naufragios de los buques europeos.

medios de salir de allí y escaparme de mi cautiverio, en compañía de mis tres compañeros. Nos fingimos tan alarmados y azorados como los demas habitantes, de manera que estos, creyendo verdadero nuestro terror, no sospecharon de ningun modo, nuestra intencion.

El rey salió de su palacio y se fugó con las tres reinas, sus mujeres, llevadas en brazos por los cortesanos, como si fueran niños. Cada una iba cubierta con velos y tafetanes de diversos colores, al modo chino, y grandes como sábanas. Embarcáronse juntas con el rey.

Yo me ocupaba en embarcar armas y otros objetos en las galeras, mojado y mal vestido. Hallóme el rey, á su paso, en este estado, y me dijo que cobrase ánimo, pues yo era un hombre de bien; dirijióme una palabra que es muy comun en toda la India, á saber, *Sabatz*, que quiere decir « muchas gracias », y sirve igualmente para alabar á alguno cuando hace una buena accion. Al pronunciar esta voz, derramé una lágrima de piedad, porque aquel pobre rey iba llorando y haciendo las mayores demostraciones de dolor, lo mismo que sus mujeres.

El pueblo andaba muy consternado por las calles, y no se oian por todas partes mas que llantos, alaridos mujeriles y gritos de los niños. Enfin, el rey pudo embarcarse en la galera real, que llaman *ogate gurabe*, (*gurabe* significa galera y *ogate* real), con sus mujeres y su sobrino; pero tuvo que dejar abandonadas la mayor parte de sus riquezas y todas sus armas y cañones, por no haber tenido tiempo para embarcarlos. Así que se vió á bordo, mandó hacerse á la vela con remo y se dirijió hácia el sur, á los atollones de Suadu.

Pero sucedió que el gefe de la armada enemiga, habiendo descubierto la fuga del rey, le hizo perseguir por ocho galeras, y las otras ocho llegaron á la isla donde yo me hallaba. Entreguéme á los primeros que desembarcaron, rogándoles que me salvasen. Al principio creyeron que era portugués y querian matarme; me quitaron todo cuanto llevaba encima, dejándome enteramente desnudo; pero luego despues, se convencieron que yo no era portugués, sino francés; me trataron con mas humanidad, y me presentaron á su capitan, quien me tomó bajo su proteccion, asegurándome que no se me haria mal. Hízome dar otros vestidos, y para mayor seguridad mia, me mandó quedar en su galera, durante un dia y una noche; pasado este tiempo, fuí libre de ir por toda la isla sin permiso de nadie.



segun el atlas del Viaje de *la Thétis* y de *l'Espérance*.

Las ocho galeras que perseguian al rey, lograron darle alcance y se trabó una lucha, en la cual murió el rey de una lanzada y á estocadas. Sus mujeres quedaron prisioneras, y su sobrino se ahogó; no se hizo daño alguno á las mujeres, pero los marineros, que se llaman *mucois*, y los soldados, las despojaron de sus joyas y de cuanto poseian.

La calma que reinó todo aquel dia, fué causa de que se alcanzase y se matase al rey; en efecto, su galera era velera, pero no remera, de modo que como las naves enemigas andaban mas apriesa al remo, pudieron darle alcance, cosa que no hubieran podido lograr si hubiese soplado un poco de viento.

Los enemigos, despues de haber apresado y saqueado todas las galeras del rey, las trajeron juntas, menos dos, que encallaron en los bajos. Depositaron á las tres reinas en la habitacion del difunto sobrino del rey, edificio contiguo al palacio.

El motivo de ponerlas allí, era porque dia y noche no se hacia otra cosa mas que saquear el palacio

del rey y llevarse todo cuanto bueno habia. Solo yo tenia permiso para entrar á verlas, y aprovechaba de él yendo frecuentemente á visitarlas para consolarlas y aconsejarlas lo mejor que me era posible, pues oia todo cuanto se decia de ellas. Preguntáronme si sentia la muerte del rey, que tanto me queria. Respondílas que sí, y que puesto que ya no tenia amo, quedaba libre para ausentarme de aquellas islas.

En fin, despues que los enemigos permanecieron en aquella isla, por espacio de diez dias, cargando de botin sus galeras con las riquezas que hallaron y con mas de cien piezas de cañon, de todos calibres, que allí habia, se retiraron dejando en libertad á las reinas y á todo el pueblo. Yo fuí á despedirme de las reinas y de mis amigos, lo que nos hizo derramar lágrimas, á ellos de dolor y á mí de gozo. Cuando llegó el momento de embarcarnos, todos los capitanes de las galeras querian á porfía llevarnos en sus respectivos buques, á mis compañeros y á mí. Escojí uno, y mis tres compañeros otro cada uno, y no nos volvimos á ver hasta mucho tiempo despues.

Gastamos tres dias en ir á una isleta llamada *Malicut*, distante solo 35 leguas y al norte de las Maldivias. Esta isla está rodeada de bancos muy peligrosos, que deben evitarse con el mayor cuidado. Anclamos allí las tres galeras que navegaban juntas, por hallarse separadas de las demas. La isla de Malicut no tiene mas que cuatro leguas de circunferencia, es muy fértil en cocos, plátanos, mijo y otras varias producciones de las Maldivias. Los frutos y la pesca son escelentes y abundantes, el aire muy sano y sus habitantes tienen las mismas costumbres y lengua que los de las Maldivias, de cuyas islas dependia en otro tiempo, pero un rey la dió en patrimonio á un hermano suyo. En la actualidad la gobierna una mujer, dependiente del rey de Cananor, para mayor seguridad. Esta señora me recibió muy bien, por haberme visto muchas veces al lado del rey de las Maldivias, pariente cercano suyo. Tanto ella como los demas de la isla, prorumpieron en llanto, cuando les conté la historia de aquel desgraciado rey.

Dos dias permanecimos en Malicut y luego nos dirijimos á las islas de *Divanduru*, á 30 leguas al norte de la primera. Cinco son estas islas; tienen, cada una, cinco ó seis leguas de circunferencia, y distan 80 leguas de la costa de Malabar. Estan bajo el dominio del rey de Cananor, que posee ademas treinta islas mas de las Maldivias, que recibió, hace cincuenta años, de uno de sus reyes á quien ausilió contra sus pueblos que se le habian rebelado. Son estas islas como un mercado ó lugar de desembarco de mercancías de tierra firme, de las Maldivias y de Malicut.

Despues de haber refrescado allí cuatro ó cinco dias, nos volvimos á dar á la vela hácia el sur, para doblar la punta de Gales, que es un cabo de la punta de la isla de Ceilan. Mientras íbamos, hallamos tal cantidad de ballenas que por poco volcaron nuestras galeras; pero la tripulacion las ahuyentó haciendo mucho ruido con tambores, calderas y otros instrumentos (1).

Desde Ceilan, condujeron á Pyrard á Bengala. Entraron en el puerto de Chartican, de donde partieron los viajeros para Calicut. Luego quisieron ir á Cochin, pero fueron apresados en el camino por los portugueses que les encerraron en una prision, de donde salió Pyrard para ir al hospital de Goa. Sirvió como soldado durante dos años, al cabo de los cuales le volvieron á encerrar. Puesto, en fin, en libertad, por la intercesion de los jesuitas, partió el 30 de enero de 1610, con otros tres franceses, y regresó á Laval el 16 de febrero de 1611. Poco tiempo despues fué á Paris, donde su narracion inspiró un vivo interés; el presidente Jeannin le acojió muy bien y le aconsejó que publicase una relacion de su viaje. Hízolo así bajo el título de *Discurso* (2), y Jerónimo Bignon, abogado, escribió bajo su dictado otra relacion mas completa (3).

Pyrard de Laval era poco instruido, pero tenia muy buen sentido. No se tienen datos sobre el fin de su vida.

(1) Nearco, almirante de Alejandro, recurrió á un espediente igual en el golfo de Persia.
(2) *Discours du voyage des Français aux Indes orientales* etc., 1611. (Véase la Bibliografía.)
(3) *Voyage contenant la navigation aux Indes orientales* etc., 1615. (Véase la Bibliografía.)

BIBLIOGRAFIA.

TESTO. — *Discours du voyage des Français aux Indes orientales*, ensemble de divers accidents et dangers de l'auteur en plusieurs royaumes des Indes, et du séjour qu'il y a fait par dix ans, depuis l'an 1601 jusques en cette année 1611; contenant la description des pays, les mœurs, lois, façon de vivre, religion, de la plupart des habitants de l'Inde ; l'accroissement de la chrétienté, le trafic et diverses autres singularités non encore écrites ou plus exactement remarquées; traité et description des animaux, arbres et fruits des Indes orientales observés par l'auteur ; plus, un brief advertissement et advis pour ceux qui entreprennent le voyage des Indes ; dédié à la reine régente, en France, par François Pyrard de Laval. A Paris, chez David Leclerc, rue Frementel, au Petit-Corbeil, près le Puits-Certain ; en 8°, MDCXI, avec privilége du roy. — *Voyage contenant la navigation aux Indes orientales, aux Moluques et au Brésil;* avec la description des pays, mœurs, lois, police et gouvernement; animaux, arbres et fruits, trafic et commerce qui s'y fait. Paris, R. Dallin, 2 vol. en 8°, 1615, — *Voyage contenant la navigation aux Indes orientales, Maldives, Moluques, Brésil;* les divers accidents, aventures et dangers qui sont arrivés (à Pyrard de Laval) dans ce voyage, et pendant son séjour de dix ans en ce pays-là, avec la description des pays, mœurs, lois, gouvernement, etc. ; divisé en deux parties ; troisième édition, augmentée avec un petit dictionnaire de la langue des Maldives. Paris, Samuel Thiboust, veuve Remy-Dallin, en 8°, 1619. — El mismo, augmenté de divers traités et relations, avec des observations géographiques, par Duval; précédé d'un Discours des voyages étrangers, par N. N., et d'une description de la côte d'Afrique. Paris, Louis Billaine, en 4°, 1619.

OBRAS DE CONSULTA. — Barros (Joam de), *Decadas da Asia dos feitos que os Portugueses fezerao no descobrimento e conquista dos mares e terras do Oriente;* Lisboa, 4 vol. en fol., 1628. — Sonnerat, *Voyage aux Indes orientales et à la Chine*, de 1774 à 1781, suivi d'Observations sur les Maldives; 2 vol. en 4°. — Labillardière, *Relation du voyage à la recherche de Lapeyrouse pendant les années 1791 et 1792 ;* Paris, 2 vol. en 4°, 1800. — Francis Buchanan, *A Journey from Madras, through Misore, Canara and Malabar*, etc. ; London, 3 vol. en 4°, 1807. — *Some Remarks relative to the geography of the Maldiva islands*, by James Horsburg. — (*Journal of the royal geographical Society of London*, t. II, p. 72-80.) — On the same subject, by cap. Owen ; t. II; p. 81-92. (Este mismo tomo contiene un mapa de las Maldivias) — *Extracts from commander Moresby's reports on the northern atolls of the Maldivas.* (*Journal of the royal geographical Society of London*, t. V, p. 398-404,) — *Description des îles Maldives*, tirée des instructions nautiques pour faciliter la navigation de cet archipel, par le capitaine Moresby, extrait par M. Daussy. (*Bulletin de la Société de géographie*, 2ª serie, t. XV, p. 65-93.) — Mapa de las Maldivias, por M. Daussy, publicada por el depósito general de la Marina, en 1841. (*Bulletin de la Société de géographie*, 2ª serie, t. XVI, p. 457.) *Nouvelles Annales des voyages : les Maldives*, 3ª serie, t. II, p. 116; *Maldiviens égarés*, 3ª serie, t. XII, p. 238 ; *Hospitalité du sultan des Maldives envers l'équipage d'un navire naufragé* (noticia sobre esas islas), par M. Schultz, officier à bord du *Hayston*, t. VII, p. 182-205. — *The Vocabulary of the maldivian language*, compiled by lieut. W. Christopher. (*Journal of the royal asiatic Society of Great-Britain and Ireland*, t. VI, p. 42-76.) — *Description of Heavandoo Pholo, the northern atoll of the Maldive islands*, by lieut. Powell, con un mapa. (*Journal of the asiatic Society of Bengal*, t. IV, p. 319-322.) — *Observations on the Maldive and Lakadive islands ; Statistical views of the Maldives. (Asiatic journal.)* — *Expedition of the kings of the Maldives to conquest the Devil. (Quarterly review.* t. II, p. 57) — *Notice sur les Maldives* extraite de la Relation du naufrage du capitaine Schultz dans ces parages, le 20 juillet 1819. (*Le Voyageur moderne*, par Elisabeth Bon, t. I, p. 98-202.) — Description des Laquedives et renseignements sur les différents canaux qui séparent ces îles ; Description des îles Maldives et des canaux qui les séparent. (Instructions nautiques sur les mers de l'Inde, tirées de la dernière édition de l'ouvrage anglais publié par James Horsburg et traduit par M. le Prédour; t. II, p. 126-183.) — *Trigonometrical survey of the Maldivas*, by capt. Moresby and lieut. F.-T. Paul, indian navy ; London, 1838. — *An historical, political and statistical account of Ceylan and its dependancies*, by Charles Pridham, esq. ; London, 1849, t. II. — Barreto de Resende, *Tratado dos vizos-reys da India* manuscrito de la Biblioteca imperial. Esta obra tiene un plano iluminado de las Maldivias.

BOUGAINVILLE,

NAVEGANTE FRANCÉS.

[1766-1769.]



Retrato de Bougainville, segun Gabriel.

Bougainville es el primer navegante francés que ha dado la vuelta al mundo (1), y á él se deben importantes descubrimientos geográficos en la Oceanía, entre otros los del archipiélago de los Navegantes ó de Samoa y del archipiélago de la Luisiada. Reconoció ó visitó de nuevo muchas islas que, entrevistas en otro tiempo, habian venido á caer en el olvido como la *Sagitaria*, de Quirós (2), las Nuevas Hébridas ó tierra del Espíritu Santo, del mismo navegante, y las islas de Salomon, de Mendaña. A estos títulos, que bastan para señalarle un lugar entre los viajeros famosos del siglo XVIII, reune circunstancias que le distinguen de la mayor parte de ellos, y dan un encanto particular á la relacion de sus esploraciones; posee un sentimiento elevado de las bellezas de la naturaleza y un gran amor á la humanidad: ademas escribe con elegancia. Las páginas en que pinta Taiti hicieron una impresion viva y

(1) Bougainville señala una especie de escepcion: «En 1714, dice, un francés llamado Legentil Labarbinais salió en un buque particular para hacer el contrabando sobre las costas de Chile y del Perú. De allí pasó á la China, donde despues de haber permanecido mas de un año en diferentes lugares, se embarcó en otro buque y regresó á Europa, habiendo dado en verdad la vuelta al mundo, pero sin que se pueda decir que aquello fué un viaje al rededor del mundo hecho por la nacion francesa.» En efecto, no fué un viaje oficial ni un viaje científico. (Véase la Bibliografía.)

(2) Véase la relacion de Quirós.

profunda sobre sus coetáneos; lo único que se puede decir en su contra, es que ayudaron á propagar falsas ideas sobre la inocencia y la felicidad de los salvages. Pero quizá esa aspiracion hácia costumbres mas sencillas que las de la regencia y el reinado de Luis XV, no dejaba de tener su utilidad; queriendo volver al siglo de oro, salieron al menos de un alto que habian hecho en medio de un peligroso período de civilizacion.

En el discurso preliminar de Bougainville se ve que no carecia de una justa ambicion literaria, pero que temia no salir adelante. « Antes de principiar, dice, la relacion de la espedicion que me ha sido confiada, séame permitido advertir que no se considere esa relacion como una obra de recreo; se ha escrito principalmente para los marinos. Ademas, esa larga navegacion al rededor del globo, no ofrece el recurso de los viajes marítimos hechos en tiempos de guerra, los cuales suministran escenas interesantes para las personas de mundo. ¡Si siquiera la costumbre de escribir me hubiese enseñado á salvar por medio de la forma la esterilidad del fondo! Pero aunque iniciado en las ciencias desde mi mas tierna juventud, época en que las lecciones que me dió M. de Alembert me pusieron en estado de presentar á la indulgencia del público una obra sobre la geometría, ahora me hallo muy lejos del santuario de las ciencias y las letras; mis ideas y mi estilo han tomado el carácter de la vida errante y salvage que estoy llevando desde hace dos años. En las selvas del Canadá y en el seno de los mares, no se forma el hombre en el arte de escribir, y he perdido un hermano cuya pluma, celebrada por el público, me habria ayudado mucho [1]. »

El éxito de la relacion de Bougainville fué muy grande, tanto entre los hombres de mundo, como entre los sabios.

Bougainville era un hombre felizmente dotado bajo todos conceptos. Nacido en Paris el 11 de noviembre de 1729, hijo de un notario y regidor de Paris, siguió con lucimiento los cursos de la Universidad. Para conformarse al deseo de su familia, se consagró primeramente al estudio de las leyes y se recibió de abogado en el parlamento; pero al propio tiempo se inscribió en los mosqueteros negros, y publicó la primera parte de su *Traité du calcul intégral, pour servir de suite à l'Analyse des infiniment petits* del marqués del Hôpital.

Un año despues, en 1735, entró en el batallon provincial de Picardía como ayudante mayor; en 1754, era edecan de Chevert en el campo de Sarre-Louis. En el mismo año le enviaron de secretario de embajada á Londres, donde fué recibido miembro de la Sociedad real. En 1756, partió de Brest con el despacho de capitan de dragones, y fué al Canadá á ser ayudante del maqués de Montcalm. Se distinguió en varias acciones de un modo tan sobresaliente, que le nombraron caballero de San Luis y coronel. En la última campaña en que la Francia perdió el Canadá, no demostró menos bizarría y talentos militares.

En 1760, siguió á M. de Choiseul-Stainville al ejército de Alemania en calidad de ayudante; y como la paz le diera, á su juicio, muchos ocios, supo persuadir á los comerciantes de Saint-Malo que le confiaran, en 1763, unos buques para ir á fundar un establecimiento en las islas Falkland [2], al este del estrecho de Magallanes. Con este motivo, recibió del gobierno el grado de capitan de navío, y en 1764, fundó el establecimiento cuyo proyecto habia concebido. Entonces puso por nombre á las Falkland las islas *Maluinas*. Pero la España negó los derechos de Bougainville para apoderarse de aquellas tierras, y reconocida por el gobierno francés la legitimidad de esta reclamacion, se encargó á Bougainville que él mismo restituyera las Maluinas.

« En febrero de 1764, dice Bougainville, la Francia comenzó á fundar un establecimiento en las islas

[1] Este hermano, Juan Pedro de Bougainville, miembro de la Academia de inscripciones y bellas letras, murió en Loches, en junio de 1763, tres años antes de la salida del navegante. Era un escritor que no carecia de mérito; y ha dejado algunos apuntes sobre los descubrimientos y establecimientos hechos en las costas de Africa por Hanon, almirante de los cartagineses.

[2] John Strong, primer esplorador de las Maluinas, las puso en 1690 el nombre de Falkland, que los españoles reemplazaron despues con el de San Carlos. Se encuentran noticias detalladas sobre estas islas en el *Rappovt sur le voyage autour du monde de la corvette* la Coquille (1822, 1823, 1824 y 1825), mandada por M. L. C. Duperrey. Véase tambien *l'Art de vérifier les dates* (continuacion), t. XI, p. 360 y 367.

Maluinas. La España reclamó estas islas como una dependencia del continente de la América meridional, y habiendo reconocido el rey este derecho, yo recibí la órden de ir á entregar nuestro establecimiento á los españoles, y de dirijirme despues á las Indias orientales, atravesando el mar del Sur entre los trópicos.

» Me dieron para esta espedicion el mando de *la Boudeuse*, de veintiseis cañones de á doce, y en las islas Maluinas debia reunírseme la urca *l'Etoile*, destinada á llevarme los víveres necesarios para nuestra larga navegacion, y á seguirme en lo restante del viaje.

» En los primeros dias del mes de noviembre de 1766, pasé á Nantes donde acababan de construir *la Boudeuse*, que armaba M. Duclos-Guyot, capitan de brulote, y mi segundo. El 5 del mismo mes, bajamos de Paimbœuf á Mindin para acabar de armarla, y el 15 nos dimos á la vela de esa rada con direccion al Plata (1). »

Los vientos contrarios, obligaron á *la Boudeuse* á detenerse el 22 de noviembre en Brest, de donde salió el 5 de diciembre. Pasó la línea el 8 de enero de 1567, y fondeó en la bahía de Montevideo el 31 del mismo mes.

El 1º de abril, Bougainville entregó á los españoles el establecimiento de las islas Maluinas : sobre estas islas, y sobre los puntos principales de su navegacion desde las costas de Francia, Bougainville nos ha dejado apuntes tan útiles como interesantes.

La Boudeuse se reunió con *l'Etoile* en Rio Janeiro. Los dos buques salieron el 15 de este puerto, y despues de varios incidentes, llegaron el 2 de diciembre á la vista del cabo de las Vírgenes, á la entrada del estrecho de Magallanes, donde penetraron seguidamente.

RELACION (2).

Calculo que tiene de largo el estrecho (de Magallanes), desde el cabo de las Vírgenes, hasta el cabo de los Pilares, ciento catorce leguas. Hemos empleado cincuenta y dos dias en pasarlas. ¡Cuántas veces

(1) Hé aquí, segun la relacion manuscrita de Fesche (V. la nota 2), los nombres de los oficiales del estado mayor: Bougainville, capitan; Duclos-Guyot, capitan del brulote; el caballero de Bournaud, d'Oraison, Dubouchage, alféreces de navío; de Susannel, de Kervé, guardias marinas, con cargo de oficiales; Lecorre, oficial; Saint-Germain, escribano del rey; Laporte, cirujano mayor; el P. Lavaisse (franciscano), capellan; voluntarios: Fesche, A. Duclos-Guyot, Lemoyne; astrónomo, Veron; pasajero, el príncipe de Nassau.

(2) En la biblioteca del depósito de la Marina de Paris, se conserva una copia manuscrita de la relacion de Bougainville, que en nada difiere de la relacion impresa.

La biblioteca del Museo de historia natural de Paris, posee: 1º las Memorias de Commerson (Philibert), para ilustrar la historia del viaje hecho al rededor del mundo, por los navíos del rey *la Boudeuse* y *l'Etoile*, en los años 1766, 1768, manuscrito, en fol.; 1 vol., 5 cuadernos en fol.; — 2º una relacion manuscrita (*Journal de navigation*, etc.), redactada por C.-F.-P. Fesche, en tres cuadernos, que concluye en 15 de noviembre de 1768, en la rada del puerto Mauricio.

Ademas existe en Rochefort otra relacion manuscrita redactada por Vives, compañero de Bougainville. No nos ha sido posible descubrir en Rochefort á la persona que hoy posee este manuscrito; pero M. A. Lesson, médico mayor de los establecimientos franceses en la Oceanía, tiene una copia exacta que sacó en 1833, su hermano, el célebre naturalista y viajero P. Lesson. Hé aquí lo que M. A. Lesson nos ha escrito sobre este asunto:

«La copia que yo poseo, es el diario de todos los incidentes del viaje, desde la salida de Rochefort el 1º de febrero de 1767, hasta el regreso en 1769. Este diario tiene cien páginas de treinta líneas. Se encuentran en él curiosos episodios, y particularmente la historia de la mujer Barré, embarcada con nombre falso, vestida de hombre y al servicio de Commerson, que con el astrónomo Veron, iba en el mismo buque que Vives. (Véase mas adelante.) Unas veinte páginas tratan de la Nueva Citerea (Taiti).

» Mi hermano ha puesto esta nota:

» Este diario inédito del viaje al rededor del mundo de M. Vives, cirujano mayor del buque que navegaba con la fragata *la Boudeuse*, es tanto mas interesante, cuanto siendo conciso y de un estilo anticuado y singular, sirve de concordancia á la relacion de Bougainville.

» M. Vives murió en Rochefort el 3 de setiembre de 1828, habiendo nacido en la misma ciudad el 14 de setiembre de 1744.

hemos deplorado no tener en nuestra posesion los Diarios de Marborough y de Beauchesne [1], tales como salieron de sus manos, en lugar de tener que consultar los estractos desfigurados que de ellos se han hecho; pues ademas del cuidado de los autores de estos estractos para quitar todo lo que no puede ser útil mas que á la navegacion, si se les escapa algun detalle referente á ella, la ignorancia de los términos técnicos que un marino tiene que emplear, les hace tomar por palabras viciosas, espresiones necesarias y consagradas por el uso, que ellos reemplazan con disparates! Su fin es hacer una obra agradable para la gente afeminada, y no han logrado mas que componer un libro fastidioso é inútil para todos.

A pesar de las dificultades que hemos tenido que vencer en el paso del estrecho de Magallanes, yo siempre aconsejaré que se prefiera este camino al del cabo de Hornos, desde el mes de setiembre hasta fines de marzo. Durante los otros meses del año, cuando las noches tienen diez y seis, diez y siete, y diez y ocho horas, yo tomaria el partido de atravesar la mar abierta. Las ventoleras y la marejada no son peligros, al paso que es imprudente ponerse en el caso de navegar á tientas entre las tierras. Sin duda habrá que detenerse algun tiempo en el estrecho, pero esta tardanza importa poco. Hay allí en abundancia agua, leña y mariscos; tambien suele haber buenos peces, y estoy en la persuasion de que el escorbuto no haria mas daño en una tripulacion que llegara al mar occidental, doblando el cabo de Hornos, que en otra que hubiera entrado por el estrecho de Magallanes; cuando nosotros salimos de él, no teniamos ningun enfermo [2].

Al encontrarnos en el mar Pacífico, acordé con el comandante de *l'Etoile,* que á fin de descubrir una estension mas vasta de mar, se alejaria de mí hácia el sur todas las mañanas, á la distancia que permitiera el tiempo, aunque sin perdernos de vista; que por la tarde nos reuniriamos, y que entonces nos quedariamos á cosa de media legua. De esta manera, si *la Boudeuse* hubiese encontrado por la noche algun peligro inesperado, *l'Etoile* estaba en el caso de maniobrar para darnos los socorros que reclamaran las circunstancias.

Esta marcha se siguió en todo el viaje.

El 30 de enero, un marinero se cayó al mar, y todos nuestros esfuerzos fueron inútiles para salvarle. Hacia mucho tiempo, y la mar estaba brava.

Dirijí mi camino para reconocer la tierra que David [3], filibustero inglés, vió en 1686, á 27 ó

Era un hombre original en su traje y en sus costumbres. Habia navegado mucho; y por eso M. Robe-Moreau decia de él que era mas conocido en la casa de los armamentos que en la escuela de medicina del puerto. Tambien decia que no habia traido de sus viajes mas que la semilla de una col. De todos modos, la breve relacion de este viajero nos ha parecido verídica, sencilla y escrita con buen juicio en muchos puntos. Ademas, se encuentra en armonía con lo que hemos leido de los manuscritos de Commerson, que están en el Museo. Añadiré únicamente que es el diario de un oficial que no era marino, y que le escribió, no para el público, sino para un amigo.

»Algunas líneas tomadas de su Discurso preliminar, añade M. A. Lesson, pueden dar una idea del hombre y de su diario:

«Mis superiores me destinaron á hacer este viaje, durante el cual me he ocupado en llevar un diario muy estenso sobre la navegacion y sobre la historia. Pero como M. de Bougainville acaba de dar al público un Diario de navegacion que no deja nada que desear, entierro para siempre esta parte de mi Memoria, inferior bajo todos conceptos, y poco útil ya para los amigos á quienes la dirijia. Trataré solo de la navegacion, y muy ligeramente, desde nuestra salida de Rochefort, hasta que nos reunimos con la fragata *la Boudeuse,* que fué nuestra compañera de viaje; y si esta noticia histórica, que recojo por puro pasatiempo, puede merecerme algun aplauso por parte de aquellos para quienes escribo, me daré por muy satisfecho, etc.»

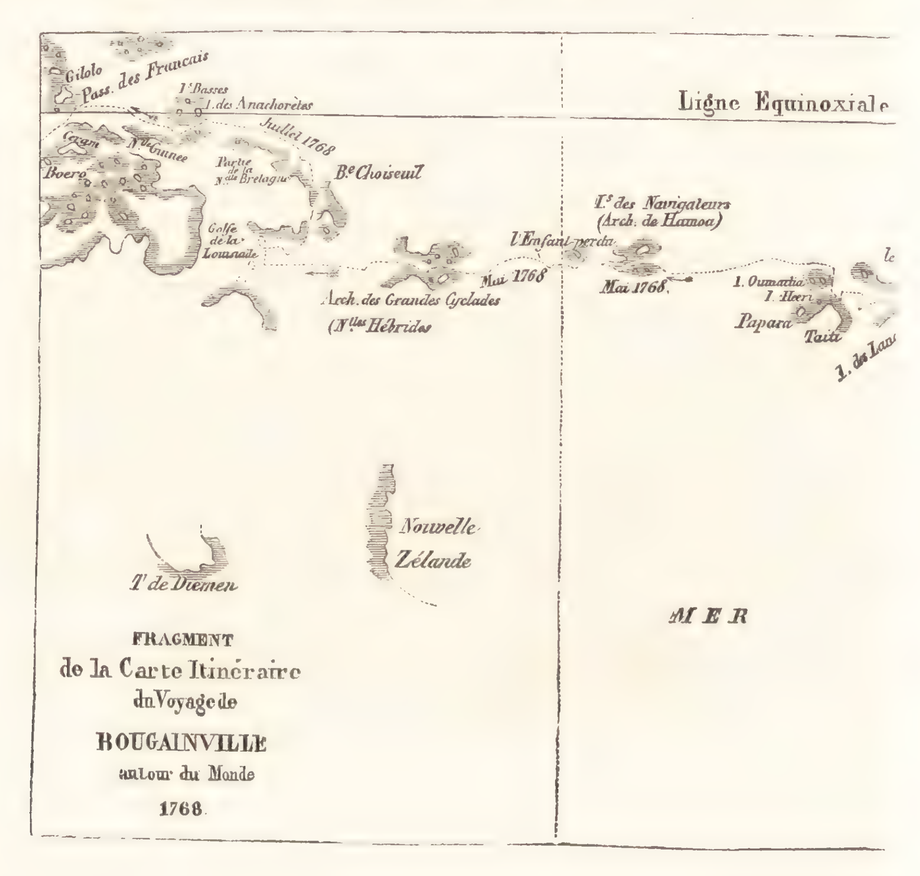
[1] Sir Johd Narborough's voyage to the south sea by the command of king Charles II, and his instruct for settling a commerce in those parts; with a description of the inhabitants, etc., 1669-1671; London, 2 vol. en 8°, 1711.

Duplessis: Relation journalière d'un voyage fait en 1698, 1699, 1700 y 1701, par de Beauchesne, capitaine de vaisseau, aux îles du cap Vert, côtes du Brésil, côtes désertes de l'Amérique méridionale, détroit de Magellan, côtes du Chili et du Pérou, aux îles Galapes, détroit de Maire, îles de Sebalds, de Vards, îles des Açores. (Véase en la Biblioteca del depósito de la Marina el manuscrito en fol., 1698 á 1701.)

[2] A pesar de este consejo de Bougainville, los navegantes evitan aun en el dia el estrecho de Magallanes hasta en los meses de invierno. Los islotes, les arrecifes, las corrientes contrarias, los vientos fuertes y variables, oponen allí tales dificultades á la navegacion, que no es posible avanzar de noche; así es que prefieren apartarse y doblar de lejos el cabo de Hornos.

[3] Davis.

28 grados sur, y que en 1722, Roggeween, holandés, buscó vanamente [1]. Continué en su busca hasta el 17 de febrero. El 14, habia pasado sobre esa tierra, siguiendo el mapa de M. Bellin. Por lo demas, en vista de la relacion de David, pienso que la tierra que dice haber visto, no es otra que las islas de *San Ambrosio* y de *San Felix,* que están á 200 leguas de la costa de Chile [2].



Itinerario del viaje

Desde el 23 de febrero hasta el 3 de marzo tuvimos, con calmas y lluvias, vientos de oeste constantemente variables del sudoeste al noroeste; cada dia un poco antes ó despues de las doce, teniamos que sufrir recios temporales.

En cuanto salimos del estrecho, hubo á bordo de la fragata males de garganta casi epidémicos. Como se atribuian á las aguas de nieve del estrecho, mandé echar todos los dias en el almacen una pinta de vinagre y algunas balas rojas. Felizmente estos males de garganta cedieron á los primeros remedios, y á fines de febrero nuestros hombres estaban sanos; únicamente teniamos cuatro marineros con el escorbuto. En aquellos dias se hizo una gran pesca de bonitos y de *orejas grandes* [3]; durante ocho ó diez dias cojieron bastantes para dar una comida á las dos tripulaciones.

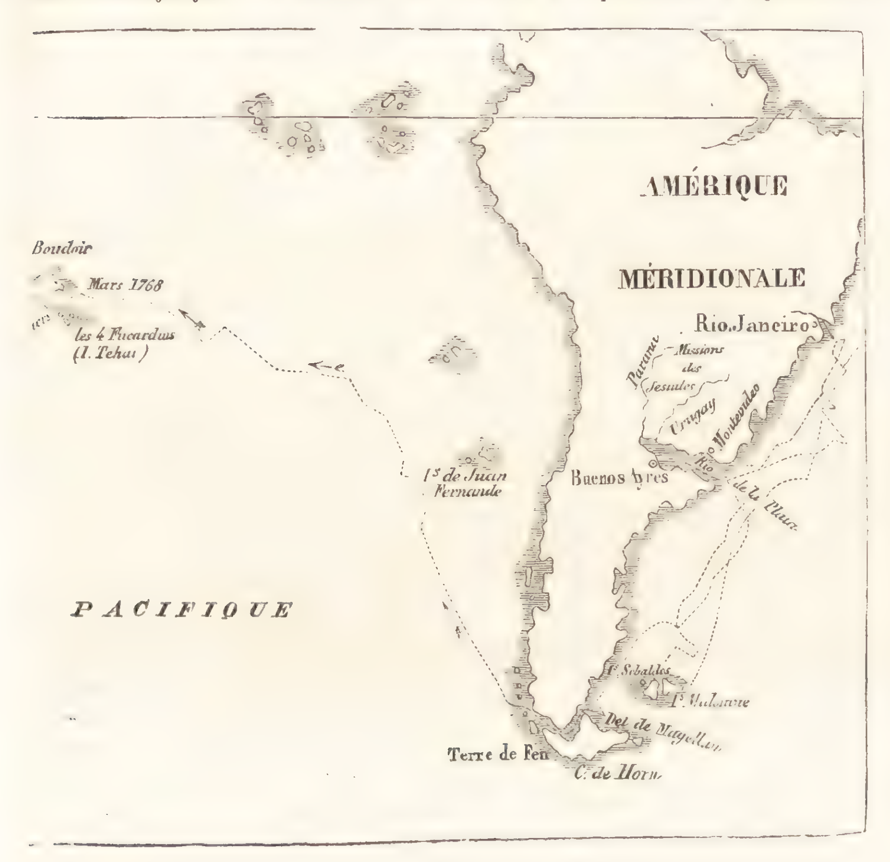
(1) Es un error; véase la nota siguiente.

(2) La tierra de Davis, que Byron y Carteret buscaron tambien inútilmente, es la isla de Pascuas, ó isla Vaihu, situada á 27 grados de latitud sur y 111 grados de longitud este; fué hallada ó vista de nuevo el 6 de abril de 1722, dia de Pascua, por el almirante holandés Roggeween. Posteriormente la visitaron Cook, la Pérouse (véase mas adelante), Beechey, Dumont de Urville, Moerenhout, etc.

(3) El atun ó escomber germon (el *Orcynus* de Cuvier).

Corrimos durante el mes de marzo el paralelo de las primeras tierras é islas que están marcadas en el mapa de M. Bellin con el nombre de *islas de Quirós* (1).

El 21, cojimos un atun, en cuyo vientre hallaron, no digeridos todavía, algunos pececillos, cuyas especies no se alejan jamas de las costas. Era un indicio de la proximidad de algunas tierras.



de Bougainville.

Efectivamente, el 22, á las seis de la mañana, se tuvo conocimiento al mismo tiempo de cuatro islotes al sur sudeste 5 grados este, y de una isleta que nos quedaba á cuatro leguas al oeste. Puse por nombre á los cuatro islotes, los *Quatre Facardins* (2), y como era difícil acercarse por el viento, mandé navegar hácia la isleta que estaba delante de nosotros. A medida que nos aproximábamos, veiamos que tenia una playa de arena muy menuda, y que todo el interior estaba cubierto de monte muy espeso, sobre el cual se destacaban los fecundos troncos de los cocos (3).

(1) Bellin puso en su mapa, las *islas de Quirós*, hácia la parte oriental del archipiélago Pomotú, lo que fué un error. (Véanse el itinerario de Quirós y su relacion.)

(2) Es el grupo de islotes bajos y cubiertos de monte, con una laguna interior, designado hoy con el nombre de isla Tehai, en el archipiélago Pomotú. La circunferencia de este grupo tiene de 8 á 10 millas. Latitud sur, 18° 43′; longitud oeste, 145° 23′.

El capitan Cook, que visitó estos islotes un año despues de Bougainville, les dió el nombre de *Lagon*.

El capitan Beechey, llegó á la isla Tehai en 1826.

El nombre de los *Quatre-Facardins* era recuerdo de un cuento de Hamilton, autor favorito de Bougainville. En la mayor parte de los mapas se conserva este último nombre á la isla.

(3) La isla de los Lanceros, nombrada el año siguiente Thrum-Cap, por Cook, y visitada en 1826 por Beechey; entonces estaba despoblada.

La mar estaba crecida al norte y al sur, y una gruesa marejada, que batia toda la costa del este, nos cerraba la entrada de la isla por esa parte. Sin embargo, la verdura encantaba la vista, y los cocos nos ofrecian por todas partes su rica fruta y su sombra, sobre una yerba esmaltada de flores; miles de pájaros volaban cerca de la orilla y parecian anunciar una costa abundante en pesca; todos deseaban saltar á tierra. Creimos que la entrada seria mas fácil por la parte occidental, y seguimos la costa á la distancia de unas dos millas. Por todas partes vimos la mar estrellarse con la misma fuerza, sin una sola ensenada que pudiese servir de abrigo y rompiese las olas. Perdiendo pues, toda esperanza de poder desembarcar allí, sin un peligro evidente de que las barcas se hicieran pedazos, ya nos disponiamos á cambiar de rumbo, cuando gritaron que se veian dos ó tres hombres que corrian hácia la orilla del mar. Nunca habriamos podido figurarnos que una isla tan pequeña pudiese estar poblada, y mi primera idea fué que sin duda habian naufragado allí algunos europeos. Al instante mandé poner al pairo, determinado á intentarlo todo para salvarlos. Aquellos hombres entraron en el monte, pero muy luego salieron; eran quince ó veinte y se adelantaron á paso largo; venian desnudos y traian unas picas muy largas que comenzaron á agitar enfrente de las naves, con demostraciones de amenaza ([1]). Despues de esta parada, se retiraron bajo los árboles, donde se distinguieron cabañas. Estos hombres nos parecieron altos y de un color bronceado. ¿Quién me dirá cómo fueron transportados hasta esas tierras, qué comunicacion les liga á la cadena de los demas seres, y qué hacen al multiplicarse en una isla que no tiene mas de una legua de diámetro? La nombré *isla de los Lanceros*. Estando á menos de una legua al nordeste de esta isla, hice señal á *l'Etoile* de que echara la sonda, y midió 200 brazas sin hallar fondo.

Tuvimos que quedarnos al través una parte del 22 al 23, pues el tiempo estaba borrascoso, y hacia mucho viento y lluvias. Al amanecer vimos una tierra que se estendia, con relacion á nosotros, desde el nordeste cuarto de norte hasta el norte noroeste. Navegamos hácia esa tierra, y á eso de las ocho estábamos á unas tres leguas de su punta oriental. Entonces, aunque reinaba una especie de bruma, distinguimos rompientes á longo de aquella costa, que parecia muy baja y cubierta de árboles. Nos alejamos pues, entretanto que un cielo mas claro nos permitiera llegar á la costa con menos peligro, lo que pudimos hacer á eso de las diez. Llegados á una legua de la isla, la prolongamos, tratando de descubrir un buen sitio para operar el desembarco; no hallábamos fondo midiendo 120 brazas. Una barra sobre la cual el mar se rompia con furia corria por toda la costa, y en breve reconocimos que esa isla no estaba formada mas que por dos lenguas de tierra muy estrechas, que se reunen en la parte del noroeste y que dejan una abertura al sudeste entre sus puntas.

Las dos lenguas de tierra tienen tan poca anchura, que distinguiamos el mar mas allá de la del norte. Parece se componen únicamente de montones de arena entrecortados por terrenos bajos, sin árboles ni verdura. Los montones mas altos están cubiertos de cocos y otros árboles mas pequeños y muy frondosos. Despues del mediodia vimos unas canoas que navegaban en la especie de lago, que abraza esa isla, las unas de vela y las otras con pagai. Los salvages que las llevaban estaban desnudos. Por la tarde vimos muchos isleños diseminados á lo largo de la costa, y nos pareció que tambien tenian en la mano aquellas lanzas tan largas con que nos amenazaban los habitantes de la primera isla; aun no habiamos hallado ningun sitio adonde pudieran arribar nuestras barcas. Por todas partes la mar se estrellaba con la misma furia. La noche vino á suspender nuestras esploraciones; la pasamos observando desde las naves, y no habiendo descubierto el 24 por la mañana ningun sitio por donde entrar, proseguimos nuestro viaje y renunciamos á aquella isla inaccesible, que á causa de su forma nombré la *isla de la Arpa* ([2]). Por lo demas, esta tierra tan estraordinaria, ¿nace ahora? ¿Está en ruinas? ¿Cómo está poblada? Sus habitantes nos han parecido corpulentos y bien proporcionados. Admiro su valor si viven tranquilos en esas bandas de arena, que de un momento á otro un huracan puede sepultar en las aguas.

Hasta el 27, seguimos navegando por medio de islas bajas y medio sumerjidas, de las cuales exa-

([1]) Sin duda usaban estas lanzas para la pesca, como se dice en otra nota mas adelante.

([2]) Es la isla Heiu, ó Heao, llamada isla Bow por Cook, en 1769; vista por Duperrey en 1823, y por Beechey en 1826.

minamos cuatro mas, todas de la misma naturaleza, todas inaccesibles y que no merecian que perdiésemos nuestro tiempo en visitarlas (1).

He llamado *archipiélago Peligroso* á este conjunto de islas, donde hemos visto once, aunque sin duda son muchas mas (2). La navegacion es sumamente peligrosa por en medio de esas tierras bajas eri-



Vista de la bahía de Matavai, en Taiti (3), segun Dumont de Urville.

zadas de rompientes y sembradas de escollos, donde conviene tomar, sobre todo por la noche, las mayores precauciones.

Me determiné á navegar hácia el sur, á fin de salir de esos parages; y efectivamente, el 28 cesamos de ver las tierras. Quirós ha sido el primero que descubrió en 1606, la parte meridional de esa cadena

(1) Grupo de islas bajas madrepóricas parecidas á las Maldivias. (Véase la relacion de PYRARD DE LAVAL.)

Un capitan de un buque mercante, que ha visitado este grupo á fines de 1831, cuenta que los habitantes son pobres, de buen carácter, de un modo de vivir patriarcal, y que reparten entre sí su alimento. Parece que quieren mucho á sus hijos. Cada hombre tiene una lanza de diez ó doce piés de larga, que le sirve para perseguir á los peces. Uno de sus usos religiosos, consiste en colgar de los árboles conchas de tortuga y huesos.

«Los Pomotús emplean una madera muy dura, y escasa en sus islas, para hacer unas javelinas de 15 piés que se ensanchan por arriba como una alabarda, y que están cubiertas de esculturas trabajadas con mucha delicadeza.» (P. Lesson.)

(2) Se ha conservado este nombre al archipiélago, designado tambien con el de archipiélago Pomotú, que le dan los taitianos.

Situado al este de Taiti, este archipiélago, el mas vasto de la Polinesia, se estiende en un espacio de 500 leguas del este sudeste al oeste noroeste, y se compone de mas de sesenta islas.

Pomotús significa *islotes de la noche. Po,* noche; *motús,* islas (madrepóricas).

Los habitantes de las islas Pomotús se parecen físicamente á los taitianos, con la diferencia de que tienen el aspecto duro, la fisonomía salvage, y se labran y pintan todo el cuerpo, en tanto que en Taiti las labores que se hacen son muy ligeras.

Las islas Pomotús son pobres; sus habitantes no tienen otro recurso que la pesca.

(3) «La bahía de Matavai, al norte de Taiti, está abrigada por la punta Venus ó *Tehuroa*, al norte nordeste y al noroeste por un banco de coral. Es muy peligrosa en los meses de diciembre, enero, febrero y marzo, época en que reinan los vientos de oeste.» (P. Lesson.)

de islas que se estiende sobre el oeste noroeste, y en la cual se encontró metido el almirante Roggeween en 1772; la puso por nombre el *Laberinto*. No sé qué fundamento tienen nuestros geógrafos para trazar á continuacion de esas islas un principio de costa, visto, segun ellos dicen, por Quirós, y al que dan 70 leguas de prolongacion. Todo lo que se puede inferir de los apuntes de este navegante, es que



El Pyha, en el valle de Matavai (¹), segun Dumont de Urville.

la primera tierra á que arribó despues de su salida del Perú, tenia mas de ocho leguas de estension. Pero lejos de pensar que era una costa considerable, dice que los salvages que la habitaban le hicieron entender que hallaria grandes tierras en su camino. Si en efecto, existiera aquí alguna de consideracion, no podiamos menos de encontrarla, puesto que la mas pequeña latitud á que hayamos llegado hasta ahora, ha sido 17° 40′, latitud que Quirós observó en esta costa, donde los geógrafos han querido poner un gran país.

El 2 de abril, á las diez de la mañana, distinguimos al norte nordeste una montaña alta y muy escarpada, que nos pareció estar aislada; la llamé el *Boudoir* ó el *pic de la Boudeuse* (²).

Navegamos al norte para reconocerla, cuando distinguimos otra tierra al oeste cuarto noroeste, cuya

(¹) Todos los viajeros aseguran que el valle de Matavai, en Taiti, es un sitio de una hermosura estraordinaria; le dan sombra los cocos, los árboles del pan y los manzanos de Citerea; tiene corrientes de agua cristalina, y abundancia de bonitos pájaros.

« La muralla basáltica, que los naturales llaman *Pyha*, ocupa la vertiente oriental del monte Oroena, á unas 6 millas de la punta Venus. Está formada de prismas de cinco caras, colocados unos junto á otros con la mayor regularidad. Su aspecto nos recuerda el de la gruta de Fingal y el de la calzada de los Gigantes... Las aguas que se reunen en su cumbre, se precipitan en una catarata... » (P. Lesson.)

(²) Maitea, isleta que Quirós llamó la *Decena* (véase Quirós), y que distingue el viajero á medida que se aproxima á Taiti por el este.

Wallis llamó Osnabruck á esta isla, que descubrió el 17 de junio de 1767, en honor de un príncipe Federico, que era obispo de Osnabruck.

El nombre de Maitea es el que ha prevalecido.

costa, no menos elevada ofrecia, á nuestros ojos una estension indeterminada (¹). Teniamos urgente necesidad de un arribaje, para procurarnos leña y refrescos, y nos lisonjeábamos de poderlos hallar en esa tierra. Casi todo el dia tuvimos calma. Por la tarde, se levantó una brisa que nos permitió navegar hácia la tierra hasta las dos de la madrugada. Esperamos la salida del sol, que apareció envuelto en



Fondeadero de Papeiti (²), segun Dumont de Urville.

nubes y niebla, y únicamente á las nueve de la mañana volvimos á ver la tierra cuya punta meridional teniamos al oeste cuarto noroeste. Ya no se distinguia el pico de la Boudeuse sino de lo alto de los mástiles. Los vientos corrian del norte al norte nordeste y nos mantuvimos lo mas cerca posible de la isla. Al aproximarnos mas, distinguimos mas allá de la punta del norte, otra tierra lejana, mas septentrional todavía, sin que pudiésemos observar entonces si dependia de la primera isla ó si formaba otra.

Durante la noche del 3 al 4, estuvimos barloventeando para elevarnos al norte. Unas hogueras que con alegría vimos que brillaban por todas partes en la costa, nos dieron á conocer que estaba habitada. El 4, al amanecer, reconocimos que las dos tierras que la víspera nos habian parecido separadas, es-

La tendencia general, es de restituir á todas las islas de la Oceanía les nombres que las pusieron los indígenas, y que están fundados, ya en la tradicion, ya en sus caracteres físicos.

La isla Maitea es el cráter de un antiguo volcan; tiene unas dos millas de circunferencia sobre 200 toesas de elevacion, y toda su superficie está cubierta de verdura. Parece estar despoblada.

(¹) Primera vista de Taiti.

Ya hemos dicho que, segun la opinion generalmente adoptada, esta isla habia sido descubierta en 1606 por Quirós, quien la puso por nombre *la Sagitaria*. Ciento sesenta años despues, fué encontrada nuevamente por Wallis, quien la dió el nombre de isla de Jorge III.

Algunos autores (y nosotros tambien en este tomo) escriben *O Tahiti* en lugar de *Taiti*. Pero parece ser que *O Taiti* quiere decir en el lenguage de los indígenas : *Es Taiti*.

(²) « La caleta de Papeiti tiene la mejor rada de esa parte de las costas taitianas. Estrecha en su abertura, se ensancha tocando circularmente á las tierras. En medio del paso se eleva un islote cubierto de cocos, donde el anciano rey Pomaré iba á descansar á menudo. » (P. Lesson.)

taban unidas por una tierra mas baja, que hacia como un arco, formando una bahía abierta al nordeste ([1]). Corrimos á toda prisa hácia la tierra, cuando distinguimos una canoa que venia de alta mar y bogaba hácia la costa, empleando su vela y sus pagais. Nos pasó á proa y se reunió con una infinidad de embarcaciones, que de todas las partes de la isla acudian delante de nosotros. Una de ellas precedia á las demas, y tenia doce hombres desnudos que nos presentaron ramas de plátanos, y sus demostraciones atestiguaban que era aquella una señal de paz. Nosotros les respondimos con todas las señales de amistad que podiamos hacerles; entonces se llegaron al navío, y uno de ellos, notable por su enorme cabellera, nos ofreció con su ramo de paz un cochinillo y una porcion de plátanos. Aceptamos su regalo que ató á una cuerda arrojada por nosotros; en cambio le dimos gorros y pañuelos, y estos presentes fueron la prenda de nuestra alianza con aquel pueblo.

En breve cien canoas grandes y pequeñas, todas con batangas, rodearon á las dos naves. Venian cargadas de cocos, plátanos y otros frutos del país. El cambio de estas frutas, esquisitas para nosotros, por diferentes fruslerías, se hizo de buena fé y sin que ninguno de los isleños quisiera subir á bordo. Era preciso entrar en sus canoas ó enseñar de lejos los objetos de cambio; cuando nos conveniamos, les enviaban á la punta de una cuerda un cesto ó una red; ellos metian sus efectos y nosotros los nuestros, dando ó recibiendo indiferentemente antes de haber dado ó recibido, con una buena fé, que nos inspiró la mejor idea de su carácter. Ademas, no vimos ninguna clase de armas en sus embarcaciones, donde no habia mujeres en aquella primera entrevista. Las canoas permanecieron cerca de las naves, hasta que la proximidad de la noche nos obligó á apartarnos; entonces se retiraron todos.

En aquella noche, tratamos de elevarnos al norte, sin alejarnos nunca de la tierra mas de tres leguas.

En toda la orilla se vieron hogueras hasta eso de las doce, como en la noche anterior, encendidas á poca distancia unas de otras; habríase dicho que era una iluminacion puesta de intento, y nosotros la acompañamos con muchos cohetes tirados de entrambas naves.

Todo el dia 5 anduvimos barloventeando á fin de llegar á la isla, y las barcas echaron la sonda para hallar un fondeadero. El aspecto de aquella costa elevada en anfiteatro, nos ofrecia el espectáculo mas risueño. Aunque los montes son altísimos, el peñon no muestra por ninguna parte su árida desnudez; todo está cubierto de verdura. Apenas pudimos dar crédito á nuestros ojos, cuando descubrimos un pico cargado de árboles hasta su cumbre aislada, que se elevaba al nivel de las montañas en el interior de la parte meridional de la isla. No parecia tener mas de treinta toesas de diámetro, y se adelgazaba conforme iba subiendo; de lejos se asemejaba á una pirámide de una altura inmensa, que la mano de un hombre de gusto habria adornado con guirnaldas de follage. Los terrenos menos elevados se hallaban entrecortados de prados y bosquecillos, y en toda la estension de la costa reina á la orilla del mar, á la falda de la tierra mas alta, una banda de tierra baja y llana, toda cubierta de plantíos. Allí, en medio de los cocos, los plátanos y otros árboles cargados de fruto, distinguimos las casas de los isleños ([2]).

Cuando prolongábamos la costa, pudimos admirar una hermosa cascada ([3]), que precipitaba de lo alto de las montañas hasta el mar sus aguas cubiertas de espuma. A su falda habia una aldea, y la costa no parecia tener rompientes por aquellos sitios. Deseábamos todos poder fondear en aquellas inmediacio-

([1]) «La union de las dos penínsulas de Taiti, consiste en una lengua de tierra de una milla de ancho y llamada *Teravao*, que parece una soldadura artificial que conduce de una isla á otra; *Oporionu*, la mayor, es redonda, y puede tener de 9 á 10 leguas de diámetro; *Tairapu*, ó la península sudeste, es de forma ovalada, y tendrá unas 6 leguas de largo sobre 4 de ancho.» (P. Lesson.)

([2]) Las cabañas son espaciosas por lo comun; el aire circula por ellas libremente, á través de las cañas de bambú que forman sus cercados y sostienen las techumbres de follage; parecen unas grandes jaulas, y se entra por una estrecha abertura que se cierra con una tabla.

Esta sencillez puede ser pintoresca, pero lo principal es que no sea nociva á la salud. Ahora bien, M. A. de Bovy asegura que los catarros y los reumatismos son muy comunes en Taiti, aun entre las personas jóvenes. Se deberia investigar si estos accidentes reconocen por causa la mezcla de las antiguas costumbres con las de los europeos. M. Lesson dice que los taitianos no llegan á una edad avanzada.

([3]) Antiguas supersticiones poéticas, han dado celebridad entre los taitianos á esta cascada, que baja con estrépito de lo alto de rocas basálticas. (Véase la nota 1ª de la página 280.)

nes; sin cesar se echaba la sonda de las naves y de las barcas; pero no se halló en toda aquella parte mas que un llano de rocas, y hubo que resolverse á buscar fondeadero en otro sitio.

Las canoas habian vuelto al navío desde el amanecer, y todo el dia se pasó haciendo cambios. Hasta se abrieron nuevos ramos de comercio; ademas de las frutas como las que habian traido la víspera, y



Otoo, rey de Taiti, segun las figuras del testo de la relacion de Cook (¹).

algunas otras cosas, entre ellas gallinas y pichones, los isleños trajeron consigo toda clase de instrumentos para la pesca, hachetas de piedra, telas estrañas, conchas, etc. En cambio nos pedian hierro y pendientes. El tráfico se hizo como la víspera, con lealtad; y esta vez vimos en las canoas algunas mujeres bonitas y casi desnudas. A bordo de *l'Etoile* subió un isleño, que pasó allí la noche sin manifestar ningun recelo.

La empleamos tambien en barloventear, y el 6 por la mañana habiamos llegado al estremo septentrional de la isla. Otra isla se ofreció á nuestros ojos; pero las muchas rompientes que parecian defender el paso entre las dos islas, me determinó á volver atrás á buscar un fondeadero en la primera bahía que habiamos distinguido.

A medida que nos acercábamos á la tierra, los isleños rodeaban los buques. La afluencia de las canoas fué tan grande en torno de las naves, que nos costó mucho trabajo amarrar en medio de la muchedumbre y del ruido. Todos acudian gritando : *Tayo*, que quiere decir *amigo*, y prodigándonos muchos testimonios de amistad; todos pedian clavos y pendientes. Las canoas se hallaban llenas de mujeres, que no son inferiores en la fisonomía á la mayor parte de las europeas, y que en cuanto á la hermosura del cuerpo, podrian luchar ventajosamente con ellas.

A pesar de todas las precauciones que pudimos tomar, entró á bordo una jóven que fué á colocarse

(¹) Damos mas adelante algunos pormenores sobre estos dibujos, hechos poco tiempo despues del viaje de Bougainville, que estuvo en Taiti un año antes que Cook.

á popa, junto á una de las escotillas; esta escotilla estaba abierta para dar aire á los que viraban ([1]).

Un francés, mi cocinero, que á pesar de todas las prohibiciones habia hallado modo de escaparse, volvió en breve mas muerto que vivo. Apenas puso el pié en la tierra, cuando se vió rodeado por una muchedumbre de indios, que le desnudaron, dejándole como su madre le parió, desde los piés á la cabeza.



Potatow, gefe de Taiti, segun Cook.

Mil veces se creyó perdido, no sabiendo como acabarian las esclamaciones de aquel pueblo, que examinaba en tumulto todas las partes de su cuerpo. Despues de haberle contemplado largo rato, le devolvieron sus ropas, metiendo en sus bolsillos todo lo que habian sacado de ellos, y llevaron á bordo al pobre cocinero, quien me dijo que por mas que le riñera, nunca le inspiraria tanto miedo como el que acababa de pasar en tierra.

Cuando amarramos, salté á tierra con varios oficiales, á fin de reconocer la aguada. Allí fuimos recibidos por una muchedumbre inmensa de hombres y mujeres que no se cansaban de contemplarnos; los mas atrevidos se acercaban á tocarnos; ninguno llevaba armas, ni siquiera un palo. No sabian cómo manifestar la alegría que les causaba vernos.

El gefe de aquel canton nos llevó á su casa y nos introdujo en ella. Encontramos en su interior cinco ó seis mujeres y un anciano venerable. Las mujeres nos saludaron, llevándose una mano al pecho y

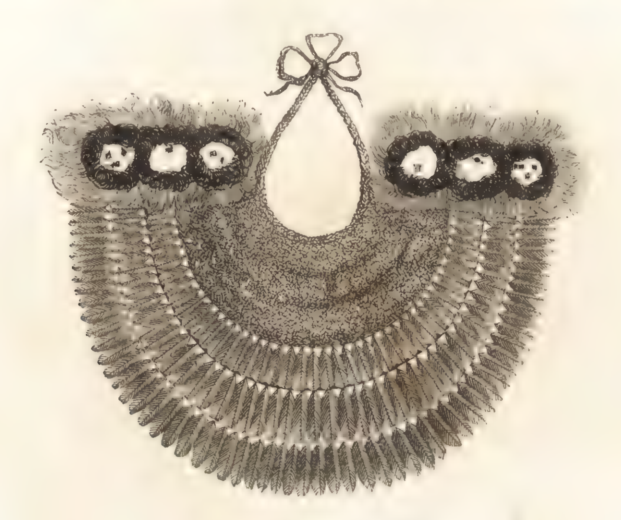
([1]) Cook asegura que la licencia de las taitianas no era general, que las mujeres casadas sabian hacerse respetar, y que aquellos desórdenes de costumbres, que hicieron mal en pintar con colores risueños, solo se encontraban realmente en las clases inferiores de la poblacion.

M. E. de Bovy es mas severo. « Los viajeros, dice, que han dado á esos pueblos el epíteto de voluptuosos, no han llegado aun á decir toda la verdad. La corrupcion de las mujeres casadas y solteras era cosa comun; y la única diferencia que ofrece con la que vemos hoy, es que ordinariamente no era venal.» (*Revue coloniale*, setiembre 1855.)

Las mujeres taitianas se han convertido al protestantismo, y se casan religiosa y civilmente. Tratan de imitar en el vestir á las europeas, aunque inútilmente; gastan unos sombreros mal hechos, que no contribuyen á dar una idea de sus gracias, que han sido tan celebradas.

gritando repetidas veces : *Tayo*. El anciano era el padre del gefe; pero solo tenia de la ancianidad, ese carácter respetable que imprimen los años en una hermosa fisonomía. Su cabeza, adornada de canas, y de una barba larga, todo su cuerpo nervioso y lleno, no mostraban ninguna arruga, ninguna señal de decrepitud. Aquel hombre venerable apenas pareció reparar en nuestra llegada, y hasta se retiró sin querer responder á nuestras caricias, sin manifestar ni espanto, ni sorpresa, ni curiosidad; muy lejos de tomar parte en la especie de éxtasis que nuestra vista causaba á todo aquel pueblo, su aire sombrío y receloso, parecia presagiar que los felices dias que él habia pasado en el reposo, no fuesen turbados por la presencia de una nueva raza.

Nos dejaron en libertad para que examináramos el interior de la casa. No tenia esta ningun mueble, ningun adorno que la distinguiera de las chozas ordinarias; únicamente era mas grande, pues podria tener ochenta piés de largo sobre veinte de ancho. Nos llamó la atencion allí un cilindro de mimbre de



Gorguera taitiana, segun Cook.

tres ó cuatro piés de largo y guarnecido de plumas negras, que estaba colgado del techo, y dos figuras de madera que tomamos por ídolos. La una, que era el dios, estaba en pié contra uno de los pilares; la diosa estaba en frente inclinada sobre la pared que pasaba en altura, y atada á las cañas que la forman. Estas figuras, mal hechas y sin proporciones, podrian tener de alto unos tres piés; pero se hallaban adheridas á un pedestal cilíndrico, vaciado en el interior, y con calados de escultura. Estaba hecho en forma de torre y tendria de seis á siete piés de alto, sobre un pié de diámetro; todo ello era de una madera negra, fuerte y dura.

El gefe nos propuso despues que nos sentáramos encima de la yerba, fuera de su casa, donde hizo traer frutas, pescado, asado y agua; durante la comida mandó á buscar algunas piezas de tela y dos grandes collares hechos de mimbre y cubiertos de plumas negras y de dientes de tiburon. Su forma no deja de parecerse á la de aquellas inmensas gorgueras que se llevaban en tiempo de Francisco I°. Pusieron uno al cuello del caballero de Oraison y otro al mio, y distribuyeron las telas. Nos disponiamos á volver á bordo, cuando el caballero de Suzannet notó que le faltaba una pistola, que con la mayor destreza le habian robado del bolsillo. Se lo dimos á entender al gefe, quien mandó registrar al punto á todos cuantos nos rodeaban, y aun maltrató á varios de ellos. Nosotros hicimos suspender el registro, tratando de hacer comprender que el autor del robo podria ser víctima de su picardía, y que el objeto que habia robado le daria la muerte.

El gefe y todo el pueblo nos acompañaron hasta nuestras barcas. Cuando estábamos ya cerca de ellas, nos detuvo un isleño de una arrogante figura, quien, tendido debajo de un árbol, nos ofreció repartir con nosotros la yerba que le servia de asiento. Aceptamos, y entonces aquel hombre se inclinó

hácia nosotros, y con un aire tierno, á los acordes de una flauta, en la que otro indio soplaba con la nariz, nos cantó lentamente una cancion, sin duda anacreóntica; escena encantadora y digna del pincel de Boucher. Cuatro isleños vinieron muy confiados á cenar y á dormir á bordo. Les hicimos oir un concierto de flauta, bajo y violin, y prendimos unos fuegos artificiales, que les causaron una sorpresa mezclada de espanto.



Jóven taitiana llevando regalos (1), segun Cook.

El 7 por la mañana, el gefe, cuyo nombre es *Ereti*, vino á bordo y nos trajo un puerco, gallinas y la pistola que el dia antes habia sido robada en su casa. Este acto de justicia nos dió la mejor idea de aquellas gentes. Sin embargo, en aquella mañana tomamos todas las disposiciones oportunas para llevar á tierra nuestros enfermos y nuestras pipas del agua, con la intencion de dejarlos allí con una guardia para su seguridad. Yo salté á tierra por la tarde con armas y bagages, y comenzamos á establecer el campo en las orillas de un riachuelo, donde debiamos tomar el agua. Ereti vió la tropa sobre las armas y los preparativos del campamento, sin mostrar al pronto ni descontento, ni sorpresa. No obstante, algunas horas despues se vino á mí, acompañado de su padre y de las personas principales del canton, que le habian hablado sobre este punto, y me hizo entender que nuestra permanencia en tierra les desagradaba, que podiamos pasar los dias en tierra si así lo deseábamos, pero que de noche era

(1) «Su vestido, dice Cook, flotaba sobre un armatoste de mimbres bastante parecido al tontillo de nuestras abuelas. Los regalos (gorgueras, etc.) estaban acomodados allí con cierto arte.»
Hay fundamento para dudar que el dibujante inglés haya reproducido en esta figura el carácter verdadero de una taitiana en la época de Bougainville y de Cook.

preciso que nos fuésemos á nuestras naves. Yo insistí en el establecimiento del campo, haciéndole comprender que le necesitábamos para tomar agua y leña, y para facilitar los cambios entre las dos naciones.

Entonces celebraron consejo, y despues Ereti vino á preguntarme si nos quedariamos allí siempre, ó si pensábamos marcharnos y cuándo. Yo le respondí que nos dariamos á la vela dentro de diez y ocho



Jóven taitiana bailando, segun Cook.

dias, y en señal de esta cifra, le entregué diez y ocho piedrecillas; sobre esto, nueva conferencia, á la cual me llamaron; un hombre grave, y cuya opinion parecia de peso en el consejo, quiso reducir á nueve los dias de nuestro campamento; yo insistí en que fueran diez y ocho, y al cabo consintieron.

Desde aquel instante se restableció la alegría; Ereti nos ofreció un cobertizo inmenso cerca del rio, y en el cual habia algunas canoas que mandaron sacar inmediatamente. Bajo aquel cobertizo levantamos las tiendas para los hombres que padecian el escorbuto, que eran treinta y cuatro, doce de *la Boudeuse* y veintidos de *l'Etoile,* y para aquellos que eran necesarios al servicio. La guardia se compuso de treinta soldados, y yo mandé llevar fusiles para armar á los trabajadores y á los enfermos. Me quedé en tierra la primera noche, que Ereti quiso tambien pasar en nuestras tiendas. Bajo este concepto, mandó traer su cena, que reunió con la nuestra, ahuyentó á la muchedumbre que rodeaba el campo, y solo dejó en su compañía á cinco ó seis amigos. Despues de cenar pidió unos cohetes, que le causaron una alegría no exenta de miedo. Ya adelantada la noche, mandó á buscar una de sus mujeres, á quien hizo acostar en la tienda de M. de Nassau : era vieja y fea.

El dia siguiente, se pasó en perfeccionar nuestro campamento. El cobertizo estaba bien hecho y per-

fectamente cubierto con una especie de estera. No dejamos en él mas que una salida, en la cual pusimos una barrera y un cuerpo de guardia. Unicamente Ereti, sus mujeres y sus amigos tenian permiso para entrar; la muchedumbre se quedaba fuera, y uno de nuestros hombres con una varilla en la mano, bastaba para apartarlos. Los isleños traian de todas partes y en abundancia frutas, gallinas, puercos, pesca y piezas de tela, que cambiaban por clavos, herramientas, perlas falsas y otras mil fruslerías que eran tesoros para ellos. Por lo demas, examinaban atentamente todo cuanto nos podia agradar; viendo que cojiamos plantas anti-escorbúticas, y que tambien nos ocupábamos en buscar conchas, las mujeres y los chicos no tardaron en traernos á porfía puñados de las mismas plantas que nos habian visto recojer, y cestos llenos de conchas de todas clases. Les pagábamos todo esto á poca costa.

Aquel mismo dia, pregunté al gefe que me indicara maderas que pudiera cortar. El país bajo donde nos hallábamos solo tiene árboles frutales, y una especie de madera llena de goma poco consistente; la madera dura se da en las montañas. Ereti me marcó los árboles que podia cortar, y aun me indicó hácia qué lado les debia hacer caer cuando los cortara. Los isleños nos ayudaban mucho en nuestras faenas; nuestros trabajadores echaban á tierra los árboles y los cortaban en leños, que los hombres del país llevaban á las barcas; así como tambien les ayudaban á llenar las pipas de agua y á conducirlas á los botes. Por salario, les dábamos clavos en proporcion al trabajo que habian hecho. Lo único que nos incomodaba, es la atencion constante que habia que poner en todo lo que se llevaba á tierra, y hasta en los bolsillos; pues no hay en Europa ladrones mas diestros que las gentes de aquel país.

Sin embargo, no me parece que el robo sea cosa comun entre ellos. Nada está cerrado en sus casas, todo está en el suelo ó colgado, y no hay ni cerraduras ni guardianes. Sin duda la curiosidad que les inspiraban los objetos nuevos, escitaba en ellos deseos muy fuertes, y ademas, en todas partes hay gente mala. Las dos primeras noches robaron, á pesar de los centinelas y las patrullas, que hubieron de sufrir algunas pedradas. Los ladrones se ocultaban en un pantano cubierto de yerbas y de cañas que se estendia por detras de nuestro campo. Le limpiaron en parte, y yo mandé al oficial de guardia que tirase contra los ladrones que se presentaran en lo sucesivo. El mismo Ereti me dijo que lo hiciera; pero tuvo buen cuidado de señalar muchas veces donde estaba su casa, recomendando encarecidamente que tirasen hácia el lado opuesto. Tambien mandé que todas las tardes fondeasen delante del campo tres de nuestras barcas, armadas de pedreros y de arcabuces.

Esceptuando los robos, todo pasaba del modo mas cordial. Cada dia nuestros hombres se paseaban por el país, sin armas, solos ó en pequeños grupos. Les invitaban á entrar en las casas, donde les daban de comer en mucha abundancia.

Repetidas veces me he paseado yo por el interior de la isla. Veíame transportado al Eden; recorríamos una llanura de yerba, cubierta de hermosos árboles frutales y entrecortada de riachuelos, que mantienen en ella una frescura deliciosa, sin ninguno de los inconvenientes que la humedad trae consigo. Un pueblo numeroso, disfruta allí de los tesoros que la naturaleza derrama á manos llenas en aquel suelo privilegiado. Hallábamos cuadrillas de hombres y mujeres sentadas á la sombra de las huertas; todos nos saludaban con amistad; los que encontrábamos en los caminos, se apartaban á un lado para dejarnos el paso libre, y por todas partes veiamos reinar la hospitalidad, el reposo, una alegría suave y todas las apariencias de la felicidad.

Regalé al gefe del canton en donde estábamos una pareja de pavos y de patos; era la ofrenda de la viuda. Tambien le ofrecí hacerle un jardin á nuestro modo, y sembrar en él diferentes semillas, proposicion que aceptó con alegría. En poco tiempo Ereti mandó preparar y cercar de empalizadas el terreno que habian elegido nuestros jardineros. Yo le mandé labrar; y todos admiraban nuestros instrumentos de jardinería.

Sin embargo, ellos tienen tambien sus huertecillas junto á sus casas, en las cuales se dan ciertas raices útiles del país; nosotros les sembramos trigo, avena, cebada, arroz, maiz, cebollas y toda clase de hortalizas. Pensamos que estos plantíos serán bien cuidados, pues nos pareció que aquel pueblo era aficionado á la agricultura, y creo que fácilmente se le podria acostumbrar á sacar partido de la tierra mas fértil del mundo.

En los primeros dias de nuestra llegada, recibí la visita del gefe de un canton vecino, que vino á bordo

con un regalo de frutas, puercos, gallinas y telas. Este señor, llamado *Tutaa*, es de hermosa presencia y de una estatura elevada ([1]). Venia acompañado de algunos de sus parientes, casi todos ellos hombres de seis piés. Yo les regalé clavos, herramientas, perlas falsas y telas de seda. Hubo que devolverle su



El peñon de Fantahua, en Taiti, segun Lebreton.

visita y fuimos perfectamente recibidos; el buen *Tutaa* me regaló una de sus mujeres, que era muy jóven y muy bonita. La reunion era numerosa, y los músicos habian entonado ya el himno del himeneo.

Tal es el modo de recibir á las visitas de ceremonia ([2]).

El 10, hubo un isleño muerto, y las gentes del país vinieron á quejarse de este asesinato. Envié á la

([1]) La nacion, gobernada por el rey, se hallaba dividida en tres clases : 1° los *hui-arii*, que comprendian la familia real y la nobleza (las personas de esta clase nunca contraian matrimonio con las de las otras dos, y se reputaban como sagradas); 2° los *bue-raatira*, que eran los sacerdotes, los guerreros, los capitalistas, los propietarios, los principales hacendados, los que ejercian profesiones nobles, en suma, la clase media (Taiti, decian los indígenas, es un mástil, los *raatira* son los cordages); 3° los *mana-hunes*, ó sean hombres del pueblo, mercenarios, especie de siervos, proletarios subdivididos en varias clases, de las cuales la última se componia de los *teutus*, ó criados privados de toda hacienda, y de los *titis* ó esclavos hechos en la guerra. (Véase de Urville.)

¡Cuán poco concuerda ese análisis tan exacto de la sociedad taitiana, con la fábula poética que representaba á nuestros padres las islas de la Sociedad como una imágen del siglo de oro!

([2]) El voluntario Fesche, que sin duda era un hombre muy jóven y muy ligero, encuentra admirable la licencia de las costumbres en la parte de la poblacion de Taiti que se ofreció primero al estudio de los europeos; y con este motivo, se entrega á las declamaciones mas estrañas contra el pudor y la decencia, que considera como preocupaciones deplorables. El vicio escandaloso le embriaga, y le celebra en términos mitológicos del modo mas declamatorio y mas impúdico que puede imaginarse.

casa adonde habian llevado el cadáver, y vieron efectivamente que el hombre habia sido muerto de un balazo. Sin embargo, ninguno de nuestros hombres salia con armas de fuego, ni de los buques, ni del recinto del campo. Todas las pesquisas que mandé hacer fueron inútiles; no pude indagar quien era autor de aquel asesinato infame. Los isleños, creyeron sin duda que su compatriota habia hecho algo malo, pues siguieron viniendo á nuestro barrio con su confianza acostumbrada. No obstante, al cabo me dijeron que habian visto á muchos que se llevaban al monte lo que poseian, y que hasta la casa de Ereti se hallaba sin mueble ninguno. Le hice nuevos regalos, y este buen gefe continuó manifestándome la mas sincera amistad.

Yo apresuraba todos nuestros trabajos, pues aunque aquella parada fuese muy buena para cubrir nuestras necesidades, sabia que nuestro fondeadero era malo. En efecto, aunque nuestros cables no se hubiesen rayado todavía, habiamos descubierto que el fondo estaba sembrado de coral, y ademas, corriamos peligros si sobrevenian temporales. La necesidad nos obligó á tomar aquel fondeadero, sin que hubiésemos podido elejir otro, y en breve tuvimos la prueba de que nuestros temores no eran infundados.

Una desgracia nunca llega sola: cuando todos nosotros estábamos ocupados en un trabajo del que dependia nuestra salvacion, me vinieron á decir que habia habido tres isleños muertos ó heridos en sus chozas á bayonetazos; que en todo el país habia resonado el grito de alarma; que los ancianos, las mujeres y los niños huian hácia los montes, llevándose cuanto poseian, y hasta los cadáveres de los muertos, y que quizá iba á caer sobre nosotros un ejército de aquellos hombres enfurecidos. Nos hallamos pues, en el apuro de temer la guerra en tierra, en el mismo instante en que los dos navíos se hallaban á punto de zozobrar. Yo bajé al campo, y en presencia del gefe, mandé echar grillos á cuatro soldados en quienes recayeron sospechas del delito; esta medida pareció contentarlos.

Pasé una parte de la noche en tierra, donde reforcé las guardias, temiendo que los isleños no quisiesen vengar á sus compatriotas. Ocupábamos un puesto escelente entre dos rios, distantes uno de otro un cuarto de legua cuando mas; el frente del campo estaba cubierto por un pantano, y lo restante por la mar, de la que éramos dueños. Así, pues, nos costaba poquísimo defender este puesto contra todas las fuerzas de la isla reunidas; pero felizmente, salvo algunas alertas, ocasionadas por los rateros, la noche fué sosegada en el campo.

Mis inquietudes mas vivas no estaban por aquí; el temor de perder las naves en la costa, nos inspiraba recelos infinitamente mas crueles. Desde las diez de la noche, los vientos habian refrescado mucho por la parte del este, con gruesa marejada, lluvia, borrasca y todas las apariencias funestas que aumentan el horror de esas lúgubres situaciones. A eso de las dos de la mañana, sobrevino un temporal que arrojaba las naves contra la costa; por fortuna duró poco y cambió el viento. La aurora nos trajo nuevos desastres.

Sin embargo, habia entrado el dia y ningun indio se habia acercado á nosotros; no se habia visto navegar ninguna piragua; habian encontrado abandonadas las casas vecinas, y todo el país parecia un desierto. El príncipe de Nassau, que se habia alejado mas con cuatro ó cinco hombres, á ver si encontraba algunos isleños para tranquilizarlos, encontró un crecido número de ellos con Ereti, á cosa de una legua del campo.

En cuanto este gefe hubo reconocido á M. de Nassau, se llegó á él con un aire consternado. Las mujeres llorando se arrojaron á sus piés y le besaban las manos sollozando y repitiendo muchas veces: *Tayo, maté!* (Sois nuestros amigos y nos matais!) A fuerza de caricias y de amistad, logró tranquilizarlos. Yo ví desde el navío una multitud de pueblo que corria á nuestro campo, hombres y mujeres cargados de gallinas, cocos y plátanos. Salté á tierra inmediatamente con una provision de telas de seda y de objetos varios que repartí entre los gefes, manifestándoles mi dolor por la desgracia ocurrida la víspera, y asegurándoles que el culpable seria castigado.

Los buenos isleños me colmaron de caricias, el pueblo se alegró mucho, y en poco tiempo la muchedumbre ordinaria y los rateros volvieron á nuestro campo, que vino á parecer una feria. Aquel dia y el siguiente nos trajeron mas cosas que nunca. Tambien pidieron que se hiciesen en su presencia algunos disparos, lo que les infundió el mayor miedo, pues todos los animales á que apuntaron cayeron muertos.

Trabajamos todo el dia y una parte de la noche en tomar el agua que necesitábamos, y en limpiar el hospital y el campo. Cerca del cobertizo, enterramos el acta de toma de posesion, inscrita en una tabla de encina, con una botella bien cerrada, que contenia los nombres de los oficiales de las dos naves. Este mismo método he seguido en todas las tierras que descubrí en el curso de mi viaje. Eran las dos



Tipos de indígenas taitianos, segun Dumont de Urville.

de la madrugada antes de que todo estuviese á bordo; la noche fué bastante borrascosa para que nos causara algunas inquietudes, á pesar de la cantidad de anclas que teniamos en el mar.

El 15, á las seis de la mañana, observando el viento favorable, dispusimos la marcha.

Al amanecer, cuando notaron los isleños que nos marchábamos, Ereti saltó solo en la primera piragua que vió en el agua, y se vino á bordo. En cuanto llegó, nos abrazó á todos; nos tenia algunos instantes en los brazos derramando lágrimas y pareciendo muy afligido por nuestra marcha. Poco tiempo despues, su piragua grande llegó á bordo cargada de refrescos de toda especie; sus mujeres estaban dentro, y con ellas aquel mismo isleño que el primer dia de nuestra llegada, habia venido á instalarse á bordo de *l'Etoile*. Ereti fué á tomarle de la mano y me le presentó, haciéndome comprender que aquel hombre, llamado *Aoturu*, queria seguirnos, y pidiéndome que le admitiera.

Despues le presentó á los oficiales, á cada uno en particular, diciendo que era su amigo y que le confiaba á otros amigos, y nos le recomendó con las mayores muestras de interés. Se hicieron á Ereti mas regalos de toda clase, despues de lo cual se despidió de nosotros y fué á reunirse con sus mujeres, quienes no cesaron de llorar, mientras la piragua estuvo cerca de la nave. Habia entre ellas una muchacha jóven y bonita, á quien el isleño que se queria venir con nosotros fué á dar un abrazo. Ademas la dió tres perlas que tenia en los oidos, y á pesar de las lágrimas de aquella jóven esposa, se arrancó de sus brazos y se volvió á la nave.

De este modo nos separamos de aquel buen pueblo, y no me sorprendió menos la pesadumbre que les causaba nuestra marcha, que me habia sorprendido al llegar su confianza y su afecto.

La isla, á la que se dió en un principio el nombre de *Nueva Citerea*, recibe de sus habitantes el de *Taiti* (1).

La altura de las montañas que ocupan todo el interior de Taiti es sorprendente, si se toma en cuenta la estension de la isla; pero lejos de entristecer su aspecto, sirven para embellecerle, variando á cada paso los puntos de vista, y presentando ricos paisages cubiertos de los mas esquisitos productos de la naturaleza, con ese desórden que el arte no puede imitar jamas. De esos montes salen muchísimos ria-



Jóven taitiano, segun Cook.

chuelos que fertilizan el país, y no son menos útiles á la comodidad de los habitantes que al ornato de la campiña. Todo el país llano desde las orillas del mar hasta las montañas, está consagrado á los árboles frutales, á cuya sombra, como he dicho ya, están edificadas las casas de los taitianos, dispersadas sin ningun órden y sin formar nunca una aldea; parece que se está allí en los Campos Elíseos. Senderos públicos, practicados con inteligencia y bien cuidados, facilitan las comunicaciones.

(1) «Llamamos á esta isla la Nueva Citerea, por las costumbres de sus habitantes. Las mujeres son casi todas, bastante blancas, altas y bien hechas.» (Fesche.)

Taiti es la isla mas grande del archipiélago ó grupo que se designa, ya con el mismo nombre que ella, ya con el de islas de la Sociedad.

Sin embargo, los ingleses persisten en llamar islas Georgianas, ya al archipiélago entero, ya á las islas occidentales, dejando los nombres de islas de la Sociedad, á Taiti y á las cuatro islas adyacentes.

Cook calculaba su poblacion en 100,000 almas, lo que era muy exajerado. En 1828, no habia mas de 7,000 habitantes. Algunos autores atribuyen en parte la despoblacion á la austeridad que, sin transicion, hicieron suceder las misiones protestantes á la antigua libertad de costumbres. Difícil es conocer el valor de semejante aserto.

P. Lesson atribuye la despoblacion, á las guerras civiles del archipiélago de la Sociedad, á las enfermedades (entre otras las viruelas), y á los vicios, como la borrachera, introducidos por los europeos.

Sin embargo, P. Lesson no piensa que el número de habitantes haya pasado nunca de 12,000 almas. Segun lo que ha observado, únicamente es habitable la estrecha lengua de tierra que envuelve las montañas y llega al mar; los barrancos no han podido ofrecer nunca mas que un punto de habitacion temporal, y el suelo arcilloso y ferruginoso de los montes, no se presta á recibir casas.

Los principales productos de la isla, son cocos, plátanos, el fruto del árbol del pan (¹), batatas, calabazas, y otras varias raices y frutas propias del país; mucha caña de azúcar, que no cultivan, una especie de añil silvestre, y un hermoso tinte encarnado y amarillo, que ignoro de donde los sacan (²). En general, M. de Commerson ha encontrado allí la botánica de las Indias. Aoturu, mientras estuvo con nosotros, reconoció y nombró muchas de nuestras frutas y hortalizas, así como un crecido número de plantas que los curiosos cultivan en invernáculos. La madera buena para trabajarla, crece en los montes, y los is-



Jóven taitiana, segun Cook.

leños la usan poco; solo la emplean para las piraguas grandes, que construyen de madera de cedro. Tambien les vimos picas de una madera negra, dura y pesada, que se parece al palo de hierro. Para sus canoas ordinarias, emplean la madera del árbol del pan. Es una madera que no se abre, pero es tan blanda, y tiene tanta goma, que se aplasta al trabajarla.

No hemos visto mas cuadrúpedos que puercos (³), perros pequeños, pero bonitos, y ratas en crecido

(¹) Llaman los naturales á este árbol *uru* y á su fruto *mayoré*; es el *rima* de las islas Molucas y el jaquier de los autores (*Artocarpus incisa*).

Este árbol se eleva á una altura de 10 piés; su tronco tiene el grueso del cuerpo de un hombre, y su fruto, que será de grande como los dos puños, contiene una pulpa farinácea, que cortan en rajas y ponen á cocer; es tierna como la miga de pan y tiene el gusto de la alcachofa.

Tres árboles gruesos, bastan para alimentar á un hombre, durante la estacion del fruto, es decir, por espacio de ocho meses. Ahora bien, en un acre de tierra se cuentan hasta siete árboles grandes y treinta y cinco de las dimensiones ordinarias.

En invierno los naturales se alimentan con batatas, addoes (*arum*), y plátanos, de todo lo cual tienen vastos plantíos en los valles. (Forster.)

(²) Entre los productos vegetales de Taiti, se cuentan ademas: la palmera, la morera, la yerba perfumada (*E-ahai*), que sirve para dar un olor agradable al aceite, y estos arbustos olorosos: la *Gardenia*, la *Guetarda*, el *Calophyllum*, el sándalo blanco y negro, etc.

(³) Los puercos, mas escasos hoy, son parecidos á los de la especie china, y carecen de los hábitos de sociedad que tienen os de Europa. El magro de su carne tiene el gusto de la ternera.

Los taitianos poseen cabras silvestres y conejos.

número. Los habitantes tienen gallinas domésticas, absolutamente iguales á las nuestras (¹). Tambien vimos tórtolas verdes muy lindas, gruesas palomas de un hermoso plumage azul y de un gusto delicado, y cotorras muy pequeñas, pero muy singulares por la mezcla de azul y de encarnado que tienen en las plumas (²).

Alimentan sus puercos y sus volátiles con plátanos. Entre lo que se comió estando en tierra y lo embarcado en las dos naves, hemos hallado un total de mas de ochocientas aves y de cerca de ciento cin-



Vista de la bahía de la isla Huaheiné (archipiélago de Taiti).

cuenta puercos; sin las incomodidades de los últimos dias, la cifra habria subido aun, pues los habitantes nos traian mas y mas diariamente.

Es ventaja inestimable en esta isla, el carecer de esas odiosas plagas de insectos, que constituyen el suplicio de los países situados entre los trópicos; tampoco vimos allí ningun animal venenoso. Ademas, el clima es tan sano, que á pesar de los trabajos obligatorios que tuvimos que hacer, y aunque nuestros hombres tuvieron que estar continuamente en el agua y al sol, y dormian sobre la tierra y al aire libre, nadie cayó enfermo. Los hombres que desembarcamos atacados del escorbuto, á pesar de que no pasaron una noche con sosiego, recobraron allí las fuerzas y se restablecieron en poco tiempo, hasta el punto que algunos de ellos se encontraron despues enteramente sanos á bordo. Por lo demas, ¿qué mejores pruebas pueden darse de la salubridad del aire y de la bondad del régimen que siguen los isleños, que la salud y las fuerzas que poseen, viviendo en casas abiertas á los cuatro vientos, durmiendo en el suelo cubierto con algunas ramas; la ancianidad, á la que llegan sin achaques, la delicadeza de todos sus sentidos y la belleza de su dentadura?

Los vegetales y los peces (³) constituyen su principal alimento; rara vez comen carne; los niños y las niñas no la comen nunca, y este régimen contribuye mucho sin duda á mantenerlos exentos de casi

(¹) Son muy numerosas, y casi siempre están sobre los árboles frutales.

(²) Hay que añadir garzas, arvelas, etc.

(³) Los peces son numerosos y abundan, entre otros el bonito, el albicoro y el escombro. Los taitianos comen tambien langostas y tortugas.

todas nuestras enfermedades. Otro tanto podria decir de sus bebidas; no conocen mas que el agua y solo el olor del vino y del aguardiente les repugna; manifestando tambien igual repugnancia por el tabaco, las especerías, y en general, por todas las cosas fuertes.

El pueblo de Taiti se compone de dos razas de hombres muy diferentes, que, sin embargo, tienen la misma lengua, las mismas costumbres, y que parecen mezclarse sin distincion [1]. La primera, que es la



Vista de un valle, en la isla Huaheiné (archipiélago de Taiti).

mas numerosa, produce hombres muy altos, siendo muy comun verlos de seis piés y mas. Nunca he visto hombres mejor hechos ni de tan buenas proporciones; para pintar á Hércules y á Marte, no es posible imaginar mas hermosos modelos. Nada distingue sus facciones de las de los hombres de Europa; y si estuvieran vestidos, y no se espusieran tanto al aire y al sol, serian tan blancos como nosotros. Por lo comun, tienen el pelo negro.

La segunda raza es de una estatura inferior, y tiene el cabello crespo y duro como cerda; en color y facciones se diferencian muy poco de los mulatos [2].

(1) Error que el mismo Bougainville rectifica mas adelante.

(2) « Todas las islas comprendidas en un polígono cuyos cumbres serian la Nueva Zelanda, las islas Wallis, el archipiélago de los Navegantes, las islas Sandwich y las Pomotús orientales, están pobladas por una raza cobriza, que se distingue, en general, de las poblaciones salvages limítrofes por el matiz y uniformidad de su color, por la hermosura de sus formas, su alta estatura y la espresion de su rostro que es bastante suave, cuando el deseo de parecer terribles no les induce á darse una fealdad facticia. Estos indios se reconocen todos á primera vista, como pertenecientes á una misma raza, que ellos designan con el nombre de *Mahori* ó *Mahoi*, segun sus diversos idiomas. Los taitianos ocupan una posicion casi céntrica en el mundo polinesio. » (E. Bovy.)

El mismo autor, parece admitir que estas islas han sido pobladas por emigraciones procedentes del oeste; algunos individuos ofrecen los caracteres de la raza malaya.

La distincion que establece Bougainville, no tenia sin duda otro fundamento, que los distintos efectos físicos producidos por la diferencia de las castas.

Fesche opina como su gefe :

« Los habitantes, dice, componen sin duda dos pueblos diversos, y me fundo para creerlo así, en la enorme diferencia de

Unos y otros se dejan crecer la parte inferior de la barba, pero todos llevan afeitados los bigotes y lo alto de las mejillas. Tambien se dejan crecer las uñas, escepto la del dedo de en medio de la mano derecha. Algunos llevan el pelo muy corto, y otros le dejan crecer y le atan en la coronilla. Todos tienen la costumbre de darse aceite de coco en el cabello y en la barba. No he visto mas que un hombre que estuviera estropeado, y aun este, parecia haberse estropeado en una caida.



Sepulcro antiguo en Matavai (Taiti), segun Dumont de Urville.

Como las taitianas nunca salen al sol descubiertas, pues un sombrerillo de cañas guarnecido de flores las resguarda el rostro de sus rayos, son mucho mas blancas que los hombres. Tienen las facciones bastante delicadas; pero lo que mas las distingue, es la hermosura del cuerpo, cuyos contornos no han sido desfigurados por quince años de tortura (1).

Por lo demas, en tanto que en Europa las mujeres se dan colorete en las mejillas, las taitianas se pintan de azul oscuro los riñones, lo cual constituye un adorno, y al mismo tiempo una señal de distincion. Los hombres siguen á menudo la misma moda (2). Otro uso hay en Taiti, comun á los hombres y

sus colores; los unos son mas blancos que los cuarterones y los mestizos, y los otros tienen el color de los mulatos menos blancos. Los primeros son casi todos de una estatura y de una corpulencia superiores, por término medio, á las de los franceses; los últimos, que forman la masa principal, tienen cinco piés con tres ó cuatro pulgadas de altura. »

P. Lesson atribuye esta diferencia de estatura, entre las clases superiores é inferiores, á la diferencia de alimento y de bienestar. La dimension mas ordinaria de la estatura es de cinco piés, con tres, cuatro ó cinco pulgadas; pero hay taitianos que llegan á cinco piés y ocho pulgadas.

(1) Alusion al corsé, etc.

(2) Se supone que la pintura del cuerpo es una especie de lenguage geroglífico, que sirve para designar la religion de los individuos, su condicion, etc., y este lenguage seria igual en todas las islas de la Oceanía. Tal es la opinion de Malte-Brun (1ª serie de los *Annales des voyages*, t. XIV. p. 257 y siguientes). Lo mismo piensa M. Rienzi. De todos los viajeros contemporáneos, el que mas particularmente ha estudiado esta cuestion, ha sido el capitan Mauby. Tambien se encontrarán pormenores interesantes sobre el mismo asunto en Langsdorff, en Wilkes (*Expédition des Etats-Unis*), y en P. Lesson (*Du Tatouage chez les différents peuples de la terre*).

á las mujeres, el cual consiste en abrirse los oidos para llevar perlas y flores de toda especie. Este pueblo amable, es sumamente limpio. Todos se bañan sin cesar, y nunca beben ni comen sin lavarse antes y despues.

El carácter de la nacion, nos ha parecido suave y benévolo. No parece que haya habido en la isla ninguna guerra civil, ninguna guerra particular, aunque el país esté dividido en pequeños cantones que



Casa de Dios y altar, en Huaheiné, segun Cook.

tienen cada uno su señor independiente. Es probable que los taitianos practican en sus relaciones la mayor buena fé y muy naturalmente. Que estén en su casa ó no, de dia y de noche, sus puertas están siempre abiertas. Cada cual coje fruta en el primer árbol que halla al paso ó en la primera casa en donde entra. Se diria que en cuanto á las cosas absolutamente necesarias para la vida, no hay propiedad particular, y que aquello que poseen es de todos.

Con nosotros eran ladrones hábiles, pero de una timidez que les hacia huir á la menor amenaza. Por lo demas, ya vimos que los gefes no aprobaban estos robos, y que al contrario, nos aconsejaban que matásemos á aquellos que los cometian. Ereti, sin embargo, no ponia en práctica esta severidad que á nosotros nos recomendaba. Cuando le denunciábamos algun ladron, él mismo le perseguia á todo correr; el hombre huia, y si al fin podia echarle mano, como sucedia á menudo, pues Ereti era incansable corriendo, algunos palos y una restitucion forzosa, eran el único castigo del culpable. Llegué á creer que ni siquiera conocian un castigo mayor, y me fundo para decir esto, en que cuando veian que ponian los grillos á alguno de nuestros hombres, demostraban mucha pena; pero supe despues, á ciencia cierta, que tienen la costumbre de ahorcar de la rama de un árbol á los ladrones, como se practica en nuestros ejércitos.

Casi siempre se hallan en guerra con los habitantes de las islas vecinas. Hemos visto las grandes piraguas que les sirven para operar sus desembarcos, y aun para los combates marítimos. Sus armas son el arco, la honda, y una especie de pica de una madera muy dura. Se hacen la guerra de un modo muy cruel. Segun nos dijo Aoturu, matan á los hombres y á los niños varones cojidos en los combates; les

arrancan la piel de la barba con la barba, que llevan como un trofeo de victoria; únicamente conservan á las mujeres y á las niñas.

Hemos visto en su tierra estátuas de madera que hemos tomado por ídolos; pero, ¿qué culto les rinden? La única ceremonia religiosa de que hemos sido testigos, fué relativa á los muertos. Conservan largo tiempo los cadáveres estendidos sobre un tablado cubierto con una techumbre. El olor pestífero



Rio de Papa-Oa (Taiti), segun Dumont de Urville.

que despiden, no impide que las mujeres vayan á llorar cerca del cuerpo durante una parte del dia, y á untar con aceite de coco las frias reliquias de su cariño. Unas mujeres que nos conocian, nos permitieron que nos acercásemos al lugar consagrado á los manes: *Emoe* (Duerme), nos dijeron. Cuando ya no queda mas que el esqueleto, le transportan á la casa, y no sé el tiempo que en ella le conservan. Lo único que sé, porque lo he visto, es que entonces un hombre muy respetado entre ellos, acude á ejercer allí su ministerio sagrado, y que en esas lúgubres ceremonias, lleva adornos muy singulares.

No es costumbre en Taiti que los hombres, ocupados únicamente en la pesca y en la guerra, dejen al sexo mas débil, las penosas labores de la casa y de los campos. Aquí las mujeres viven en la mas placentera ociosidad, y el cuidado de agradar al hombre es su principal ocupacion. No me atreveria á asegurar si el matrimonio es un compromiso civil, ó si está consagrado por la religion, si es indisoluble, ó si está sujeto al divorcio. Sea como quiera, las mujeres deben á sus maridos una sumision absoluta.

Danzan al sonido de una especie de tambor, y cuando cantan, acompañan la voz con una flauta muy suave, que tiene tres ó cuatro agujeros, y en la cual, como hemos dicho ya, soplan con la nariz [1]. Tambien tienen una especie de lucha, que es ejercicio y juego al mismo tiempo.

[1] El alma de todos los regocijos era la *upaupa* ó *hiva*, serie de danzas cuya rapidez iba *crescendo*. Estos bailes, ejecutados al son de tamboriles, flautas de bambú y coros de hombres, se ejecutaban al aire libre ó en espaciosas cabañas construidas de intento. (Bovy.)

Las mujeres se adornaban la cabeza para bailar, ya con guirnaldas de flores, ya con pelo postizo; llevaban los brazos y

Esta costumbre de vivir continuamente en el placer, da á los taitianos una inclinacion marcada por esé dulce pasatiempo, hijo del reposo y de la alegría. Así es que adquieren en el carácter una ligereza que nos sorprendia muchísimo. Todo les sorprende y nada les ocupa; en medio de los objetos nuevos que les presentábamos, no conseguimos nunca fijar dos minutos seguidos la atencion de ninguno de ellos. Parece que la menor reflexion les da un trabajo insoportable, y que huyen mas aun las fatigas del espíritu que las del cuerpo.



Vista de una piragua y de un cobertizo, en una de las islas de la Sociedad, segun Cook.

Sin embargo, no diré que carecen de inteligencia. Su destreza y su industria en las pocas obras necesarias de que no les podrian dispensar la abundancia del país y la hermosura del clima, desmentirian este testimonio. Sorprende el arte con que están hechos los instrumentos para la pesca; sus anzuelos son de nácar, y están trabajados con igual primor que si tuvieran el ausilio de nuestras herramientas; sus redes son absolutamente como las que nosotros gastamos, y están tejidas con hilo de pita. Hemos admirado la armazon de sus vastas casas, y la disposicion de las ramas que las cubren.

Tienen dos clases de piraguas; las unas, pequeñas y poco trabajadas, están hechas con un solo tronco de árbol abierto; las otras, mas grandes, están trabajadas con arte.

Ligan juntas dos grandes piraguas, á la distancia de unos cuatro piés una de otra, por medio de algunos travesaños fuertemente amarrados sobre los dos bordes. Por encima de popa de estas dos embarcaciones así reunidas, ponen un pabellon construido ligeramente, cubierto con una techumbre de cañas. Este pabellon les sirve para abrigarse del sol y de la lluvia, y les suministra al mismo tiempo

el cuello descubiertos, y en el pecho adornos de plumas ó de concnas. Su vestido era casi siempre blanco, con guarnicion de escarlata. (V. Cook.)

A pesar de la relacion de esta descripcion con la lámina copiada del viaje de Cook, es cosa evidente que la bailarina taitiana está representada muy á la europea en la figura y el traje.

« Los sonidos que produce la flauta taitiana, aunque monótonos y graves, tienen algo de graciosos. Un pedazo de caña como de un pié, con tres agujeros en su estremidad abierta, y uno solo en la punta que tiene un diafragma, es todo el instrumento. » (P. Lesson.)

un lugar adecuado para tener en seco sus provisiones. En estas dobles piraguas nunca corren el riesgo de zozobrar. En ellas hemos visto siempre á los gefes, y navegan, como las piraguas sencillas, con



Armas é instrumentos de los taitianos.

1, flauta en a cual soplan los taitianos con la nariz; — 2, aguja; — 3, instrumento para convertir en masa el fruto del árbol del pan; — 4, hacha pequeña; — 5, hacha grande; — 6, cincel ó gubia; — 7, 7, 7, instrumentos para taladrar la piel; — 8, hacheta; — 9, dardo; — 10, maza; — 11, arco; — 12, punta de dardo; — 13, piedras que se llevan en la nariz; — 14, cañas que forman un instrumento.

remos y con velas; las velas se componen de esteras sobre un bastidor de cañas, que tiene uno de sus ángulos redondo.

Los taitianos no conocen para todas estas obras mas herramienta que una hacheta, que afilan sobre una piedra negra muy dura. Es absolutamente de la misma forma que la que usan nuestros carpinteros

y la manejan con una destreza singular. Para agujerear la madera, emplean unos pedazos de conchas muy agudos.

La fabricacion de las telas particulares que componen sus vestidos, no es la menor de sus artes. Están tejidas con la corteza de un arbusto que todos los habitantes cultivan al rededor de sus casas. Un pedazo de madera dura y rayada en sus cuatro caras, con rayas mas ó menos grandes, les sirve para machacar esta corteza sobre un tablon muy liso. Conforme la baten van echando un poco de agua, y así logran formar una tela muy igual y muy fina, de la naturaleza del papel, pero mucho mas flexible y menos sujeta á desgarrarse. Dan á esta tela una anchura estraordinaria; y las tienen de varias clases, mas ó menos gruesas, pero todas fabricadas con la misma materia; ignoro el método que tienen para teñirlas.

Concluiré este capítulo justificándome, ya que se me obliga á emplear este término, justificándome, digo, de haberme aprovechado de la buena voluntad de Aoturu para hacerle seguir un viaje que seguramente no creia debia ser tan largo, y dando cuenta de los conocimientos que me comunicó sobre su país, durante el tiempo que permaneció en él conmigo.

El celo de este isleño para servirnos es incontestable. Desde los primeros dias de nuestra llegada á Taiti nos le manifestó del modo mas espresivo, y su nacion no pareció llevar á mal su proyecto. Obligados á recorrer un mar desconocido, y seguros de no deber en adelante mas que á la humanidad de los pueblos que íbamos á descubrir, los socorros y refrescos de que dependia nuestra existencia, era esencial para nosotros el tener en nuestra compañía un hombre de una de las principales islas de aquel mar; ¿no debiamos presumir que hablaba la misma lengua que sus vecinos, que sus costumbres eran idénticas, y que su crédito cerca de ellos seria decisivo en nuestro favor, cuando espusiera ante sus compatriotas la conducta que con él observábamos constantemente? Ademas, suponiendo que nuestra patria quisiese aprovecharse de la union de un pueblo poderoso, situado en medio de las mas bellas comarcas del mundo, ¿qué prenda mejor, para cimentar la alianza, que la eterna gratitud con que íbamos á encadenar á aquel pueblo, devolviéndole su conciudadano bien tratado por nosotros, y enriquecido con un caudal de conocimientos útiles que él les llevaria? Dios quiera que la necesidad y la solicitud que nos han inspirado no sean funestos al valeroso Aoturu.

No he tratado de economizar ni el dinero ni los cuidados, para hacerle su estancia en Paris agradable y útil. Once meses ha estado, durante los cuales no ha manifestado ningun enojo. El deseo de verle ha sido grande; estéril curiosidad, que casi no ha servido mas que para dar ideas falsas á hombres burlones por naturaleza, que nunca han salido de la capital, que nada profundizan, y que entregados á errores de toda clase, solo ven las cosas por el prisma de sus preocupaciones, y deciden, sin embargo, con severidad y sin apelacion de ningun género. ¿Cómo puede ser, me decian algunos, que en el país de ese hombre no se hable ni francés, ni inglés, ni español? — ¿Qué podia yo responder á esto? Y sin embargo, no era el asombro de una pregunta semejante lo que me dejaba sin respuesta. Ya me hallaba acostumbrado á tales cosas, puesto que sabia que á mi llegada muchos de los que pasan por instruidos sostenian que yo no habia dado la vuelta al mundo, en razon á que no habia estado en la China. Otros, aristarcos decisivos, formaban empeño en difundir una pobre idea del isleño, diciendo que al cabo de dos años que habia estado entre franceses, apenas sabia pronunciar algunas palabras de nuestra lengua ¿no vemos todos los dias, esclamaban, italianos, ingleses y alemanes que con solo estar un año en Paris aprenden el francés?

Yo habria podido responder, quizá con algun fundamento, que independientemente del obstáculo físico que presentaba el órgano de aquel isleño para que pudiese pronunciar bien nuestra lengua, obstáculo de que se hablará mas adelante, aquel hombre tenia cuando menos treinta años; que nunca habia ejercitado su memoria con ningun estudio; que á la verdad, un italiano, un inglés, un aleman, podian en un año chapurrear un poco el francés, pero que estos estranjeros tenian una gramática parecida á la nuestra; poseian ideas morales, físicas, políticas y sociales lo mismo que nosotros, y todas ellas se esplicaban con palabras en su lengua, como en la lengua francesa, y que por consiguiente, lo único que tenian que hacer era confiar una traduccion á su memoria ejercitada desde la infancia. El taitiano por el contrario, no teniendo mas que el corto número de ideas relativas, por una parte, á la sociedad mas

sencilla y limitada, y por otra, á necesidades reducidas al menor número posible, habia tenido que crear, digámoslo así, en una inteligencia tan perezosa como su cuerpo, un mundo de ideas primitivas, antes de poder aplicarlas las palabras de nuestra lengua que las esplican. Esto quizá hubiera podido yo responder; pero la respuesta exijia algunos minutos, y casi siempre hube de observar, que en medio de tantas preguntas como me hacian, en cuanto me disponia á contestar, las personas que me habian



Sacrificios humanos en Taiti, segun Cook.

honrado dirijiéndome la palabra, estaban ya lejos. Es muy comun hallar en las capitales gentes que preguntan, no como curiosos que quieren instruirse, sino como jueces que se disponen á fallar, y que oigan ó no la respuesta, no por esto dejan de pronunciarse definitivamente.

Sin embargo, aunque Aoturu apenas estropeaba unas pocas palabras de nuestra lengua, todos los dias salia solo, recorria la ciudad, y nunca se estraviaba. A menudo hacia compras, y es de notar que rara vez pagaba las cosas mas de lo que valian. El único de nuestros teatros que le gustara era la Opera, pues tenia una gran aficion al baile. Sabia perfectamente cuales eran los dias de funcion, y se iba solo, tomaba su billete como cualquiera, y su puesto favorito estaba en los bastidores. Entre el crecido número de personas que desearon verle, siempre supo distinguir á las que le hicieron algun bien, y su corazon agradecido no las olvidaba. Cobró muchísimo cariño á la señora duquesa de Choiseul, quien le colmó de beneficios, y sobre todo le prodigó señales de interés y de amistad, á las cuales era mucho mas sensible que á los regalos; por eso iba con frecuencia á visitar á su generosa bienhechora cuando sabia que estaba en Paris.

Salió de esta ciudad en marzo de 1770, y fué á embarcarse á la Rochela, á bordo del *Brisson*, que debia transportarle á la isla de Francia. Durante la travesía estuvo confiado á los cuidados de un comerciante que se embarcó en el mismo buque, y que él habia fletado en parte. El ministerio mandó al gobernador y al intendente de la isla de Francia que dirijieran de allí á Aoturu á su isla. Yo dí una memoria muy circunstanciada sobre el camino que habia que hacer para llegar á esa isla, y dí tambien 36,000 francos (la tercera parte de mi fortuna), para armar el buque destinado á esa navegacion. La señora duquesa de Choiseul llevó su humanidad hasta el punto de consagrar cierta suma de dinero para

enviar á Taiti un crecido número de herramientas de primera necesidad, con semillas y ganados, y el rey de España se dignó permitir que, en caso de necesidad, el buque arribara á las Filipinas.

¡ Quiera Dios que Aoturu llegue á ver muy luego á sus compatriotas! Ahora voy á detallar todo lo que he creido comprender sobre las costumbres de su país en las conversaciones que con él he tenido.

He dicho ya que los taitianos reconocen un Ser supremo, que ninguna imágen facticia sabria representar, y divinidades subalternas de *dos oficios*, como dice Amyot, representadas por figuras de madera ([2]). Oran al amanecer y al ponerse el sol, pero tienen en detalle un crecido número de prácticas



Cuerpo de un gefe conservado despues de su muerte ([1]), segun Cook.

([1]) Colocaban al difunto cerca de la casa, sobre un tabladillo con techumbre, y cerrado solo por una de sus estremidades. A veces le envolvian con una estera y con una tela blanca, y dejaban á su lado una maza, copas hechas de coco y una bolsita que contenia pan tostado.

Estos cobertizos redondos y empedrados, estaban adornados con figuras de hombres y de animales.

Así conservaban lo mas que podian los cadáveres, de los que sacaban los intestinos y demas vísceras; los lavaban despues con agua del mar, zumos olorosos y aceite de coco; y por último los llenaban de pedazos de telas.

Los funerales eran, como los casamientos, simples transacciones privadas, en donde no intervenian de oficio ni la religion ni el gobierno. (A. de Bovis.)

([2]) Hé aquí, segun el misionero Ellis, las principales creencias de los taitianos antes de su conversion :

Los dioses habian salido todos de la Noche ó del Cáos *(Po)*.

El primer dios fué *Taaroa, Tanaru, Tangaroa* (el Tiempo), que tuvo una esposa, *Hina* (la Tierra, Cibeles). Su hijo mayor, *Oro* (Júpiter), soberano del mundo, tuvo de su mujer dos hijos.

El hermano de Oro se llamaba *Tané* (Marte, Pluton).

Estas divinidades comunicaban con los hombres, por lo comun, transformándose en pájaros.

Como llamaban tambien al Padre *Taaroa*, al Hijo *Oro*, y á su transformacion Pájaro ó Espíritu, algunos eruditos han creido ver en esta mitología, ademas de su semejanza con la de los griegos y los romanos, una especie de trinidad que presentaba alguna analogía con la del cristianismo.

Despues de estos primeros dioses, los taitianos adoraban á *Hiro*, dios del Océano, dios viajero de aventuras estraordinarias; á los dioses *Atua-maos*, que mandaban á los tiburones, etc.

supersticiosas para conjurar la influencia de los espíritus maléficos. El cometa visible en Paris en 1769, y que Aoturu observó perfectamente, me proporcionó la ocasion de saber que los taitianos conocen estos astros, que, segun él me dijo, no aparecen sino al cabo de cierto número de lunas. Llaman á los cometas *evetu eave* y no dan á su aparicion ningun significado siniestro. No sucede lo mismo con esa especie de meteóros, que el pueblo cree aquí que son estrellas que andan errantes. Los taitianos, que los llaman *epao,* les suponen una influencia maléfica *(eatua toa).*

Por lo demas, los hombres instruidos de esa nacion, sin ser astrónomos como han dicho nuestras gacetas, tienen una nomenclatura de las constelaciones mas notables; conocen su movimiento diurno, y atienden á él para dirijirse cuando van de una isla á otra. En esta navegacion, que es algunas veces de mas de trescientas leguas, pierden toda tierra de vista; su brújula es el curso del sol durante el dia, y la posicion de las estrellas durante las noches, que son regularmente muy hermosas entre los trópicos.

He dicho ya, que nos pareció que los habitantes de Taiti vivian en una felicidad digna de envidia. Les habiamos creido casi iguales entre sí, ó al menos, pensamos que disfrutaban de una libertad que solo estaba sometida á las leyes establecidas para el bien comun; pero nos engañamos, pues la distincion de clases está muy marcada en Taiti, y la desproporcion es cruel ([1]). Los reyes y los grandes tienen derecho de vida y muerte sobre sus esclavos y criados; y aun me inclino á creer que poseen igualmente ese derecho bárbaro sobre todas las gentes del pueblo á quienes llaman *tataeinu* (hombres viles); de todos modos, es seguro que en esa desventurada clase se elijen las víctimas para los sacrificios humanos. La carne y el pescado se reservan para la mesa de los grandes; el pueblo solo se alimenta con verduras y frutas. Hasta el modo de alumbrarse por la noche marca la diferencia de estados, y la leña que gastan las personas principales, no es la misma que la que el pueblo puede gastar. Unicamente los reyes tienen derecho para plantar delante de sus casas el árbol que nosotros llamamos sauce lloron, ó *árbol del gran señor*. Sabido es que bajando las ramas de este árbol y plantándolas en la tierra, se da á su sombra la direccion y la estension que se desea; en Taiti es el comedor de los reyes.

Los señores tienen libreas para sus lacayos, y segun el grado de elevacion de los amos, llevan los criados mas ó menos alto el retazo de tela con que se ciñen. Este cinturon cuelga inmediatamente de debajo de los brazos en los criados de los gefes; y no cubre mas que los riñones á los de la última clase de nobles. Las horas ordinarias de las comidas son al mediodia y al ponerse el sol. Los hombres no comen con las mujeres; estas sirven á los hombres los manjares que han preparado los criados.

En Taiti, se lleva regularmente el luto, que ellos llaman *ceva*. Toda la nacion se pone de luto por sus reyes. El luto por los padres es muy largo. Las mujeres se enlutan por los maridos, sin que estos

Taaroa habia formado al hombre con barro encarnado (*araea*).

Los taitianos creian en un alma que venia á ser inmortal, y en los castigos y las recompensas.

Oro era el único dios á quien daban culto. Los otros dioses, escepto los *Tis* y otros de segundo órden, no le recibian sino por capricho.

El *marae* era el templo al aire libre de la religion taitiana. En su estado primitivo se componia de un recinto rectangular y de un altar en forma de paralelipípedo derecho, que ocupaba el centro entre los lados laterales.

El marae mas antiguo existente aun en esas islas, es el de Opoa, en Raiatea. De los otros maraes que todavía están en pié en Taiti y en Moorea, algunos se hallan bien conservados. El altar presenta una forma diferente; el paralelipípedo concluye en tres gradas. La piedra empleada en estas construcciones pertenecia á la roca de las montañas ó á los bancos de coral de la playa.

El ídolo mayor del marae, pertenecia al rey en principio; era su dios. Este ídolo era un pedazo de madera, arrollado en las telas indígenas mas preciosas, rodeado y adornado con plumas de pájaros de las mas raras, y que podia presentar el aspecto de un hombre empaquetado

Este ídolo tenia unos dos metros de altura.

Uno ó dos hombres le guardaban ordinariamente.

Ataban á los animales ofrecidos como víctimas al pié del altar, ante el cual ponian tambien á los difuntos en un cesto de hojas de coco tejidas.

Los que guardaban el marae eran muy respetados.

En el dia los maraes no pasan del nivel de la tierra.

([1]) Véase la nota 1ª de la p. 289.

correspondan. Las señales de luto consisten en llevar en la cabeza un tocado de plumas, cuyo color está consagrado á la muerte, y en cubrirse el rostro con un velo. Cuando las personas enlutadas salen de su casa, van precedidas de algunos esclavos que tocan castañuelas con cierto compas; su lúgubre sonido hace que todos abran paso, ya sea porque respeten el dolor de las enlutadas, ó ya porque teman su roce, considerándole como siniestro y maléfico.



Tupapu y personage notable vestido de luto, segun Cook.

Durante las enfermedades de algun peligro, todos los parientes próximos se reunen en casa del enfermo, donde comen y duermen en tanto que la gravedad subsiste; cada cual le vigila y le cuida por turno. Tambien tienen la costumbre de sangrar, pero no en el brazo ni en el pié. Un *taua*, es decir, un médico ó sacerdote inferior, pega con un palo cortante sobre el cráneo del enfermo, y de este modo abre la vena que nosotros llamamos sagital, y cuando ha salido bastante sangre, ciñe la cabeza con una venda que sujeta la abertura; al dia siguiente lava la herida con agua.

El 16 de abril de 1768, á las ocho de la mañana, estábamos á 10 leguas al nordeste cuarto norte de la punta septentrional de Taiti, y de allí tomé mi punto de partida. A las diez, distinguimos una tierra á sotavento que parecia formar tres islas; aun se veia la estremidad de Taiti. A las doce reconocimos perfectamente que lo que habiamos tomado por tres islas era una sola, cuyas cumbres nos habian parecido aisladas de lejos. Mas allá de esta nueva tierra, creimos ver otra bastante apartada. Esta isla es de una altura ordinaria, y está cubierta de árboles; se la puede distinguir desde la mar á ocho ó diez leguas de distancia. Aoturu la llama *Umaitia* (1).

Perdimos de vista esta tierra durante el dia, y navegamos de manera que no pudiéramos tropezar con las *islas Perniciosas* (2), de las cuales nos aconsejaban huir los desastres del almirante Roggeween. Dos

(1) La isla *Tatua-roa*, llamada la Fugitiva por Quirós, á 36 kilómetros de Taiti. Cook la llama *Rethu-roa*. Mas que isla es un grupo de dos ó tres islotes bajos y cubiertos de monte.

(2) Las islas Palliser de Cook, grupo del archipiélago Pomotú.

dias despues, tuvimos una prueba incontestable de que los habitantes de las islas del océano Pacífico se comunican entre sí, aun á grandes distancias. El azul de un cielo sin nubes dejaba resplandecer las estrellas; Aoturu, despues de haberlas considerado atentamente, nos hizo notar la estrella brillante que está con Orion, diciendo que por ella debiamos guiarnos, y que al cabo de dos dias, encontrariamos una tierra abundante que él conocia y donde tenia muchos amigos. La víspera nos habia nombrado en su lengua y de corrido, la mayor parte de las estrellas brillantes que le mostrábamos; y despues adquirimos la certidumbre de que conoce perfectamente las fases de la luna y los diferentes pronósticos que advierten á menudo en la mar, los cambios que han de sobrevenir en el tiempo. Una de sus opiniones, que emitió con toda claridad, es la de que ellos creen positivamente que el sol y la luna están habitados. ¿Qué Fontenelle les ha enseñado la pluralidad de los mundos?

Durante lo demas del mes de abril, tuvimos hermoso tiempo, aunque con pocas brisas. Las diferentes islas descubiertas en ese mes, forman la segunda division de las islas de ese vasto océano; llamé á esta division el *archipiélago de Borbon* (1).

El 3 de mayo, casi al despuntar el dia, descubrimos una nueva tierra al noroeste, á diez ó doce leguas de distancia. Los vientos soplaban de la parte del nordeste, y mandé virar hácia la punta septentrional de esa tierra, la cual es muy elevada, con la intencion de reconocerla. Los conocimientos náuticos de Aoturu no alcanzaban tan lejos; pues su primera idea al distinguir aquella tierra, fué que era nuestra patria. Aquel dia tuvimos algunos temporales, seguidos de calma, de lluvia y de brisas de oeste, como se sufren comunmente en ese mar, al acercarse á tierra.

Antes de puesto el sol reconocimos tres islas, de las cuales una era mucho mas considerable que las otras dos. Durante la noche, que la luna hacia muy clara, conservamos la vista de la tierra; corrimos á ella al amanecer y prolongamos la costa oriental de la isla grande, desde su punta del sur hasta la del norte, esto es, unas tres leguas; la isla tiene dos leguas del este al oeste. Sus costas son escarpadas por todas partes, y propiamente hablando, no es mas que una montaña elevada, cubierta de árboles hasta la cumbre, sin valles ni playa. La mar se estrellaba fuertemente á lo largo de la orilla. Vimos algunos humos, algunas chozas cubiertas de juncos y que remataban en punta, construidas á la sombra de los cocos, y unos treinta hombres que corrian por la orilla del mar. Las dos islas pequeñas están á una legua de la grande al oeste noroeste (2).

Al mediodia, navegamos para pasar entre las islas pequeñas y la grande, cuando la vista de una piragua que venia hácia nosotros, nos hizo poner al pairo para esperarla. La piragua se acercó á tiro de pistola de la nave, sin querer llegar á ella, á pesar de todas las señales de amistad que hicimos á los cinco hombres que traia. Los cinco hombres estaban desnudos, salvo un estrecho cinturon, y nos enseñaban cocos y raices. Nuestro taitiano se puso desnudo como ellos y les habló en su lengua; pero ellos no le entendieron; esta nacion no es la misma.

Cansado de ver que á pesar de los deseos que manifestaban por recibir diferentes fruslerías que les enseñábamos, no osaban acercarse, mandé echar á la mar el bote pequeño, y en cuanto le vieron, se dieron prisa á fugarse, y yo no quise que les persiguieran. Poco despues vimos venir otras piraguas, algunas de ellas con vela. Los hombres que entonces se presentaron, no parecian tan desconfiados como los otros, y se aproximaron lo suficiente para poder hacer algunos cambios; pero ningun isleño quiso subir á bordo. Nos dieron plátanos, cocos, una gallineta de un plumage soberbio y algunos pedazos de una concha magnífica. Uno de ellos tenia un gallo, que no quiso trocar por nada. Cambiaron telas del mismo tejido, aunque no tan buenas como las de Taiti, y teñidas de feos colores encarnados, pardos y negros; anzuelos mal hechos con huesos de pescado, algunas esteras, y lanzas de 6 piés de largas, de una madera endurecida al fuego. No quisieron hierro; prefirieron retazos de tela encarnada á los clavos, cuchillos y pendientes, que tanto habian gustado en Taiti. No creo á aquellos hombres de tan

(1) Bougainville, al alejarse de las islas de la Sociedad, se dirijió al noroeste hácia el archipiélago que descubrió y nombró archipiélago de los Navegantes (archipiélago Samoa ó Hamoa).
Da el nombre de archipiélago de Borbon á las islas de la Sociedad.

(2) Islas del archipiélago Samoa.

buen carácter como á los taitiamos; su aspecto era mucho mas salvage, y era preciso estar siempre en guardia contra las astucias que empleaban para engañar en los cambios.

Estos isleños nos parecieron de estatura mediana, pero ágiles y despiertos. Tienen el pecho y los muslos, hasta por encima de la rodilla, pintados de azul oscuro; su color es bronceado, y vimos uno mucho mas blanco que los demas. Se cortan ó se arrancan la barba; uno solo la llevaba un poco larga, y todos en general, tenian el cabello negro y levantado encima de la cabeza. Sus piraguas están hechas con bastante arte y con batangas; no tienen ni la proa ni la popa levantadas, sino con puentes una y otra, y en medio de estos puentes hay una hilera de clavijas, que rematan en forma de clavos gruesos, cuyas cabezas están cubiertas de hermosas babosillas muy blancas. La vela de sus piraguas se compone de muchas esteras y es triangular. Estas piraguas nos siguieron bastante trecho cuando nos alejamos, y aun salieron otras de dos isletas, viniendo en una de estas dos últimas embarcaciones, una mujer muy vieja y fea. Aoturu manifestó el mayor desprecio hácia estos isleños.

Hallamos un poco de calma, cuando estuvimos á sotavento de la isla grande, lo que me hizo renunciar á mi intencion de pasar entre ella y las dos pequeñas. El canal es de legua y media, y pensamos que se podria encontrar allí algun fondeadero. A las seis de la tarde descubrieron desde lo alto de los palos, al oeste sudoeste, una nueva tierra que se presentaba bajo la apariencia de tres montecillos aislados.

El 5, por la mañana, reconocimos que esta nueva tierra era una hermosa isla, cuyas cumbres habiamos distinguido el dia antes. Está entrecortada de montañas y de vastas llanuras cubiertas de cocos y de otros árboles. Prolongamos su costa meridional á una ó dos leguas de distancia, sin poder descubrir ni asomos de fondeadero; la mar se estendia con furor. Hasta hay una restinga al oeste de su punta occidental que se prolonga dos leguas en alta mar. Un crecido número de piraguas de vela, parecidas á las que habiamos visto en las últimas islas, vinieron al rededor de las naves, aunque sin querer acercarse; una sola se acercó á *l'Etoile* (¹). Los indios parecian decirnos con sus señales que saltáramos á tierra, pero nos lo impedian las rompientes. Aunque entonces navegábamos siete y ocho millas por hora, aquellas piraguas de vela daban vueltas en nuestro derredor, lo mismo que si hubiésemos estado anclados. Desde lo alto de los palos se vieron algunas que bogaban hácia el sur.

A las seis de la mañana, tuvimos conocimiento de otra tierra al oeste; pero luego vinieron nubes que nos la taparon, y por fin volvió á aparecer á eso de las diez. Su costa corria al sudoeste, y nos pareció que podia tener cuando menos, tanta elevacion y estension como la primera, con la cual está situada hácia el este y oeste del mundo, y á la distancia de unas doce leguas. Una niebla densa que se elevó en la tarde y duró toda la noche y el dia siguiente, no nos permitió reconocerla. Unicamente distinguimos en su punta nordeste dos isletas, una mas grande que la otra.

La longitud de estas islas viene á ser la misma que aquella que marcaba Abel Tasman, cuando descubrió las islas de *Amsterdam* y de *Rotterdam*, de los *Pilstaars*, del *Príncipe Guillermo*, y los bajos de *Fleemskerk*. Es tambien la que señalan con poca diferencia á las *islas de Salomon*. Ademas, las piraguas que habiamos visto bogar en alta mar y al sur, indican sin duda otras islas en esa parte. Por eso aquellas tierras parecen formar una cordillera que se estiende bajo el mismo meridiano; será la tercera division que hemos nombrado *archipiélago de los Navegantes* (²).

El 11 por la mañana, despues de haber navegado al oeste cuarto de sudoeste, y cuando ya se habian

(¹) 4 y 5 de mayo. — «Los hombres llevan todos el muslo pintado de negro hasta encima de la rodilla, y por todo el cuerpo algunas manchas.» (Fesche.)

(²) Es el archipiélago Samoa ó Hamoa.

M. Balbi habia propuesto que le llamaran archipiélago de Bougainville.

Algunos autores atribuyen el descubrimiento de este archipiélago á Roggeween, en 1722 ; pero la relacion de este viajero indica con tan poca precision la situacion geográfica de esas islas, que no se pueden establecer con certeza los títulos que puede tener para el honor de este descubrimiento.

Pola es la única de las islas Samoa que no vió Bougainville.

La Pérouse, visitó el archipiélago Samoa en el mes de diciembre del año 1787, y allí fué donde con motivo del degüello de once de sus compañeros, esclamó : «Estoy mil veces mas encolerizado contra los filósofos que preconizan á los salvages, que contra los mismos salvages.»

Edwards, en 1791, y Otto de Kotzebue, en 1824, arribaron tambien á las islas Samoa.

visto las últimas islas, se descubrió la tierra al oeste sudoeste, á siete ú ocho leguas de distancia. Al pronto, se creyó que eran dos islas separadas, y la calma nos tuvo apartados todo el dia; pero el 12 se reconoció que no era mas que una isla, cuyas dos partes altas, estaban unidas por una tierra baja que parecia describir un arco y formar una bahía abierta al nórdeste. Las tierras grandes corren sobre el norte noroeste. El viento nos impidió acercarnos, y tuvimos que permanecer á seis ó siete leguas de esta isla, que nombré el *Niño perdido* (1).

El 22, al rayar el alba, cuando navegábamos al oeste, descubrieron delante de nosotros una tierra larga y alta. Cuando salió el sol, reconocimos dos islas. La mas meridional quedaba con respecto á nosotros, del sur cuarto sur sudeste hasto el sudoeste cuarto sur; parecia correrse sobre el norte noroeste corregido y parecia tener como unas doce leguas de largo. Recibió el nombre del dia, y se llamó la *isla de Pentecostes* (2). La segunda quedaba desde el sudoeste 5 grados sur hasta el oeste noroeste; por el instante en que la descubrimos, la llamamos *isla Aurora* (3). Quisimos pasar entre las dos islas, pero los vientos lo estorbaron, y hubo que navegar para corrernos á sotavento de la isla Aurora. Avanzando hácia el norte á longo de su costa oriental, distinguimos al norte cuarto noroeste, una isleta elevada en forma de pilon de azúcar, que llamamos *el pico de la Estrella* (4). Seguimos prolongando la isla Aurora á legua y media de distancia. Está situada al norte y sur corregidos, desde su punta meridional hasta la mitad de su largo, que es de diez leguas; despues declina hácia el norte noroeste; tiene muy poca anchura; dos leguas cuando mas. Sus costas son escarpadas y están cubiertas de monte.

A las dos de la tarde, descubrimos mas arriba de esta isla las cumbres de altos montes que podrian distar unas diez leguas. Pertenecian á una tierra de la cual, á cosa de las tres y media, vimos al sur sudoeste del compas la punta del sudoeste, por arriba del estremo septentrional de la isla Aurora. Despues de haber doblado esta última, navegábamos al sur sudoeste, cuando al ponerse el sol se ofreció á nuestra vista una nueva costa alta y muy estensa, que se prolongaba del oeste sudoeste, hasta el noroeste cuarto norte, á la distancia de quince ó diez y seis leguas.

Navegamos por la noche para elevarnos al sudeste, á fin de reconocer si la tierra que habiamos visto al sur sudoeste dependia de la isla de Pentecostes, ó si formaba una tercera isla. Este reconocimiento le efectuamos el 23, al ser de dia, y descubrimos la separacion de las tres islas. La de Pentecostes y la isla Aurora, se hallan con poca diferencia bajo el mismo meridiano, á dos leguas de distancia una de otra. La tercera está al sudoeste de la isla Aurora, y distará tres ó cuatro leguas por los puntos mas próximos. Su costa del noroeste tiene cuando menos 12 leguas; la tierra es alta, escarpada y está toda cubierta de monte. La prolongamos una parte de la mañana del 23. Muchas piraguas se mostraban cerca de la orilla, sin que ninguna tratara de aproximarse á nosotros. No aparecian cabañas; únicamente se distinguian muchos humos, que se elevaban por entre los bosques, desde las orillas del mar hasta la cumbre de las montañas ; cerca de la ribera, con 50 brazas, no pudimos hallar fondo.

A eso de las nueve, la vista de una costa, donde la arribada parecia cómoda, me determinó á enviar á tierra para hacer leña, de que teniamos gran necesidad, para adquirir conocimiento del país y para tratar de sacar de él algunos refrescos, con destino á los enfermos que teniamos. Hice partir tres lanchas armadas, á las órdenes del caballero de Kerué, alferez de navío, y quedamos alerta para mandarles socorros y para sostenerlos con la artillería de las naves si era necesario. Les vimos saltar á tierra, sin que los isleños hicieran oposicion á su desembarco. A la una de la tarde, me embarqué con algunas otras personas en un bote para reunirme con ellos ; y hallamos á nuestros hombres ocupados en cortar leña, y á los del país que los ayudaban á llevarla á las barcas. El oficial que mandaba, me dijo que al

(1) *L'Enfant perdu.*
Esta isla está marcada en el itinerario de Bougainville, un poco al este de la linea de los antípodas de Paris.

(2) En el archipiélago de las Nuevas Hébridas, descubiertas por Quirós en 1606. (Véase la relacion de este navegante.) Esta isla de Pentecostes, no fué vista por Quirós ; su descubridor ha sido Bougainville. La han visitado Cook, en 1774, Entrecasteaux, en 1793-1794, y Dumont de Urville, en 1827. La tripulacion de Cook observó allí incendios de bosques. (Véanse en la relacion de Quirós, las figuras que representan á los habitantes de las Nuevas Hébridas, y las vistas del país.)

(3) Isla descubierta tambien por Bougainville, y visitada por Cook en 1774.

(4) Probablemente la isleta que llamó Quirós *Nuestra Señora de la Luz.*

llegar con su gente, habian salido á recibirlos á la playa muchos isleños con el arco y la flecha en la mano, haciéndoles señales de que no saltaran á tierra; pero que una vez que hubieron desembarcado, á pesar de sus amenazas, ellos retrocedieron algunos pasos; que á medida que los nuestros adelantaban, los salvages se retiraban, siempre en la actitud de arrojar sus flechas, sin querer que se acercaran á ellos; que habiendo mandado hacer alto entonces á la tropa, y habiendo pedido el príncipe de Nassau que le permitieran acercarse á ellos, cesaron de retroceder viendo un hombre solo, y que unos pedazos de telas encarnadas que les regalaron, acabaron de establecer la confianza. El caballero de Kerué tomó posicion inmediatamente á la entrada del bosque, ordenó á sus trabajadores que cortasen árboles, bajo la proteccion de la tropa, y envió un destacamento á cojer frutas. Insensiblemente los isleños se fueron aproximando con mas amistad, en apariencia; y aun trajeron ellos mismos algunos frutos, sin querer recibir en cambio ni hierros ni clavos. Tambien se negaron constantemente á trocar sus arcos y sus mazas; únicamente quisieron ceder algunas flechas. Por lo demas, permanecieron siempre en crecido número al rededor de nuestros hombres sin soltar sus armas; aquellos que no tenian arcos, tenian piedras. Habian dado á entender que estaban en guerra con los habitantes de un canton vecino. Efectivamente, apareció una tropa armada que venia de la parte occidental de la isla, avanzando en buen órden, y estos parecian dispuestos á recibirlos bien; pero no hubo ningun ataque.

En tal estado hallamos las cosas cuando llegamos á tierra, y allí permanecimos hasta que nuestras barcas estuvieron cargadas de frutas y de leña. Yo mandé enterrar al pié de un árbol el acta de toma de posesion de estas islas, grabada sobre una tabla de ébano, y despues nos fuimos á nuestras naves. Nuestra marcha trastornó sin duda el proyecto de los isleños, que aun no lo habian dispuesto todo para atacarnos. Al menos asi lo debimos pensar, al verlos que se adelantaban á la orilla del mar para enviarnos, como lo hicieron, una rociada de flechas y de piedras. Algunos tiros de fusil disparados al aire no bastaron para desembarazarnos de ellos; muchos se metieron en el agua para apuntarnos mejor; pero una descarga bien dirijida puso coto á su ataque, y todos se fugaron hácia los bosques dando gritos agudos. Un marinero fué herido ligeramente de una pedrada.

Estos isleños son de dos colores, negros y mulatos. Sus labios son muy gruesos, su cabello lanoso, y aun algunos tienen la lana amarilla. Son pequeños, feos, mal hechos, y en su mayor parte están devorados de lepra, por cuya circunstancia llamamos á su isla la *isla de los Leprosos* (¹). Se presentaron pocas mujeres, que no inspiraban menos repugnancia que los hombres; andan desnudos; apenas se cubren con un pedazo de estera; las mujeres gastan unas fajas para llevar á la espalda á sus hijos; vimos algunos de los tejidos que las componen, los cuales tenian bonitos dibujos hechos con un hermoso tinte carmesí. He notado que ninguno de aquellos hombres se deja crecer la barba; en los brazos llevan en forma de brazalete un colmillo de babirusa, ó un gran anillo que me pareció de marfil; y en el cuello usan placas de concha de tortuga, que nos dieron á entender es muy comun en aquellos sitios.

Sus armas son el arco y la flecha, mazas de palo de hierro, y piedras que tiran sin honda. Las flechas son cañas armadas con una punta de hueso muy larga y aguda. Algunas de estas puntas son cuadradas, y están guarnecidas de puntitas encorvadas, que impiden que se pueda sacar la flecha de la herida. Tambien tienen sables de palo de hierro. Sus piraguas no se acercaron á nosotros; de lejos nos parecieron lo mismo que las de las islas de los Navegantes.

A nuestra llegada á bordo, recojimos nuestras barcas y mandé navegar al sudoeste sobre una larga costa que descubrimos del sudoeste al oeste noroeste. Durante la noche hubo muy poco viento y no cesó de variar, de modo que estuvimos entregados á las corrientes, que nos arrastraron al nordeste. El mismo tiempo tuvimos el 24 y la noche siguiente, y apenas pudimos elevarnos á tres leguas de la isla de los Leprosos.

El 25, á las cinco de la mañana, tuvimos una hermosa brisa de este sudeste; pero *l'Etoile*, que se encontraba todavía á sotavento, no la sintió y se quedó en calma. Yo mandé navegar, sin embargo, á toda prisa, para reconocer la tierra de oeste. A las ocho descubrimos tierras por todos los puntos del hori-

(¹) Vista despues por Cook en 1774. Forster observó en ella hermosas cascadas y muchas palmeras.

zonte, y pareciamos estar encerrados en un gran golfo. La isla de Pentecostes parecia llegar por el sur á la nueva costa que habiamos descubierto; pero no podiamos advertir con seguridad si estaba separada de ella, ó si aquello que nos parecia formar la separacion, no era una bahía grande. Muchos sitios, en lo restante de la costa, nos ofrecian tambien la apariencia de pasos ó de grandes hondonadas: uno entre otros, presentaba al oeste una abertura considerable. Algunas piraguas atravesaban de una



Desembarco en una isla del archipiélago de los Navegantes (¹), segun Cook.

tierra á otra. A las diez tuvimos que volver hácia la isla de los Leprosos. *L'Etoile*, que no se distinguia ni aun de lo alto de los palos, seguia estando en calma, aun cuando se sostenia la brisa de sudeste. Corrimos hácia ella hasta las cuatro de la tarde, hora en que comenzó á sentir la brisa. Pero cuando nos juntamos, ya era demasiado tarde para pensar en hacer reconocimientos. De este modo, pues, perdimos el dia del 25.

Las observaciones que hicimos el 26, al amanecer, nos dieron á conocer que las corrientes nos habian arrastrado muchas millas mas allá de nuestros cálculos. La isla de Pentecostes se mostraba siempre separada de las tierras del sudoeste; pero la separacion era mas estrecha. Descubrimos otras varias cortaduras en esa costa, pero sin poder distinguir el número de las islas del archipiélago que nos rodeaba. La tierra se estendia á nuestros ojos desde el este sudeste pasando por el sur hasta el oeste noroeste del compos, y no la veiamos terminada. Navegamos desde el noroeste cuarto oeste, inclinándonos hasta el oeste, á longo de una hermosa costa cubierta de árboles, sobre la cual aparecian grandes espacios de terreno cultivados, sea que lo estuvieran en efecto, sea que fuera un juego de la naturaleza. Todo anunciaba allí, á primera vista, un país rico; las crestas de algunas montañas peladas y de color encarnado en ciertos puntos, parecian indicar tambien que en sus entrañas se encerraban minerales. El camino que seguiamos, nos conducia á la gran hondonada que habiamos distinguido el dia antes al oeste. A mediodia estábamos en medio, y tomamos la altura del sol. La abertura es de cinco á seis

(¹) En Mallicolo, isla situada á poca distancia de la de Pentecostes.

leguas, y se corre al este cuarto sudeste y oeste cuarto noroeste. Algunos hombres se mostraron en la costa sur, y otros se acercaron á las naves en una piragua; pero en cuanto se hallaron á tiro de fusil cesaron de adelantarse, á pesar de nuestras invitaciones: aquellos hombres eran negros.

Prolongamos la costa septentrional á tres cuartos de legua de distancia; es poco elevada y está cubierta de árboles. Muchos negros se dejaban ver en las orillas, y aun algunos de ellos se destacaron en piraguas, que no tuvieron mas confianza que la que habia bogado de la costa opuesta. Despues de haber costeado aquella tierra unas dos ó tres leguas, vimos un gran espacio que nos pareció formar una hermosa bahía, en cuya entrada se veian dos islotes. Inmediatamente envié á nuestras barcas armadas para reconocerla, y durante ese tiempo, permanecimos nosotros en las naves, á una ó dos leguas de la tierra, sondando á menudo, sin hallar fondo con 200 brazas de sonda.

A eso de las cinco, oimos una salva de fusilería que nos causó mucha inquietud; salia de una de nuestras barcas que, á pesar de mis órdenes, se habia separado de las demas, y se habia puesto en el caso de que la atacaran los isleños, habiendo bogado á tierra. Dos flechas que la dispararon, sirvieron de pretesto para hacer la primera descarga. Despues siguió la costa continuando su fuego, tanto contra tierra como contra tres piraguas que pasaron cerca y tambien arrojaron algunos flechazos. Una punta avanzada nos ocultaba entonces la vista de la barca, y su fuego continuo me inspiraba recelos de que estuviera atacada por un ejército de canoas. Estaba á punto de mandar nuestro bote en su socorro, cuando la vimos que doblaba sola aquella punta que nos la ocultaba antes. Los negros lanzaban gritos horrendos en el bosque donde se habian metido, y en el cual se oian redobles de tambores. Al instante mandé á la lancha que se reuniera con las otras, y tomé las medidas convenientes para que no nos volviese á deshonrar semejante abuso de la superioridad de nuestras fuerzas.

Las lanchas de *la Boudeuse* reconocieron que aquella costa que habiamos creido continua, es un conjunto de islas que se cruzan, de suerte que la bahía no es mas que el encuentro de varios de los canales que las separan. No obstante, hubieron de hallar un buen fondo de arena sobre 40, 30 y 20 brazas de agua; pero su desigualdad continua hacia este fondeadero poco seguro, sobre todo para nosotros, que ya no teniamos anclas que esponer. Ademas, era preciso fondear á media legua larga de la costa; mas cerca, el fondo era de rocas; por consiguiente, las naves no habrian podido proteger á las lanchas, y el país se veia tan cubierto, que habria sido preciso estar sobre las armas, para poner á los trabajadores al abrigo de toda sorpresa. No debiamos pensar que los naturales olvidarian el mal que acababan de hacerles y consintieran en cambiar refrescos con nosotros. Descubrimos allí las mismas producciones que en la isla de los Leprosos. Los habitantes eran tambien de la misma especie; casi todos eran negros, andaban desnudos, llevaban los mismos adornos de collares y brazaletes, y tenian iguales armas.

Pasamos la noche alerta. El 27, por la mañana, prolongamos la costa á cosa de media legua de distancia. A eso de las diez, distinguimos en una punta baja un plantío de árboles en forma de jardin. El terreno que habia bajo los árboles estaba muy cuidado, y parecia cubierto de arena; un crecido número de habitantes se mostraban en aquella parte; al otro lado de la punta habia una apariencia de bahía, y mandé echar fuera las lanchas. Sin embargo, de nada sirvió; no era aquello mas que un recodo que formaba la costa, y la seguimos hasta la punta del noroeste, sin hallar el fondeadero. Mas allá de aquella punta, las tierras se corrian sobre el norte noroeste, y se estendian hasta perderse de vista; eran tierras de una elevacion estraordinaria y que presentaban á lo lejos una cordillera de montañas. Por lo demas, el tiempo estaba nebuloso, y con lluvia por intérvalos. Muchas veces durante aquel dia creimos ver la tierra delante de nosotros, tierra de bruma, que se desvanecia en cuanto el tiempo aclaraba un instante. Pasamos barloventeando toda la noche, que fué muy borrascosa, y las mareas nos llevaron al sur, mucho mas allá de nuestros cálculos. Estuvimos viendo las montañas todo el dia 28 hasta la puesta del sol, y tomando la altura, las señalamos del este al norte nordeste, á 20 ó 25 leguas de distancia.

El 29, por la mañana, ya no vimos tierra, porque habiamos navegado al oeste noroeste. Nombré estas tierras que acabábamos de descubrir, el *archipiélago de las Grandes Cicladas* (1). A juzgar por lo

(1) No se ha conservado este nombre, habiéndose preferido el de Nuevas Hébridas, puesto por Cook. — «M. Beslin, dice Fesche, ha marcado muy mal las tierras del Espíritu Santo.» (Véase la relacion de QUIRÓS.)

que recorrimos, y por lo que pudimos descubrir á lo lejos, contiene cuando menos 3 grados en latitud y 5 en longitud. Aun estoy á punto de creer que fué su estremidad oriental la que vió Roggeween, bajo el undécimo paralelo, y que nombró *Thienhoven* y *Groningue*. Por lo que hace á nosotros, todo debia persuadirnos cuando arribamos, que estábamos en la *tierra austral del Espíritu Santo*. Las apariencias parecian estar conformes con la relacion de Quirós, y lo que cada dia descubriamos nos alentaba en nuestras esploraciones. Es cosa muy singular, que precisamente en la misma latitud y en la misma longitud en que Quirós coloca la gran bahía de *San Felipe* y *Santiago*, sobre una costa que á primera vista se mostraba como la de un continente, halláramos un paso de igual anchura á la que él da á la abertura de su bahía. ¿Vió mal el navegante español? ¿Quiso ocultar sus descubrimientos? ¿Adivinaron la verdad los geógrafos, al hacer de la tierra del Espíritu Santo un mismo continente con la *Nueva Guinea?* Para resolver este problema, era preciso seguir aun la misma línea por espacio de mas de 350 leguas. Yo me determiné á ello, aun cuando el estado y la cantidad de nuestros víveres nos advirtieran que debiamos buscar con prontitud algun establecimiento europeo. Mas adelante se verá que nos faltó poquísimo para ser víctimas de nuestra confianza.

Mientras estábamos entre las Grandes Cicladas, algunos negocios me llamaron á bordo de *l'Etoile*, y tuve ocasion de observar un hecho bastante estraño. Hacia algun tiempo que corria el rumor en las dos naves de que el criado de M. de Commerçon, llamado Baré, era una mujer. Su estructura, el metal de su voz, su cara sin pelo de barba, su escrupuloso cuidado para no mudarse nunca de ropa ni hacer sus necesidades delante de nadie, y otros varios indicios, habian hecho nacer y habian acreditado la sospecha. No obstante, ¿cómo reconocer una mujer en aquel incansable Baré, botánico ya muy esperto, que vimos habia seguido á su amo en todas sus herborizaciones, por medio de las nieves y por los montes helados del estrecho de Magallanes, llevando á veces en esas penosas marchas, provisiones de boca, armas y cuadernos de plantas, con un valor y una fuerza, que le habian merecido del naturalista el apodo de su bestia de carga? Preciso fué que una escena que pasó en Taiti, cambiara la sospecha en certidumbre. M. de Commerçon salió á herborizar, y apenas Baré, que le seguia con los cuadernos debajo del brazo, puso el pié en la tierra, cuando los taitianos le rodean gritando que es una mujer y quieren hacerle los honores de la isla. El caballero de Bournand, que estaba de guardia en tierra, tuvo que acudir á su socorro y que darle escolta hasta la barca. Desde entonces, se hizo bastante difícil impedir que los marineros no alarmasen de cuando en cuando su pudor. Al entrar yo á bordo de *l'Etoile*, Baré, con los ojos bañados en llanto, me confesó que era una mujer; me dijo que en Rochefort habia engañado á su amo, presentándose á él vestida de hombre en el momento del embarque; que ya habia servido de lacayo en Paris á un ginebrino; que nacida en la Borgoña, y huérfana, la pérdida de un pleito la habia reducido á la miseria y la habia hecho tomar el partido de ocultar su sexo; que en fin, al embarcarse, sabia muy bien que se trataba de dar la vuelta al mundo, y que este viaje habia escitado su curiosidad. Ella será la primera, y en justicia debo reconocer que siempre observó á bordo una conducta ejemplar. No es ni fea ni bonita, y tendrá de veintiseis á veintisiete años. Preciso es convenir en que si las dos naves hubiesen hecho naufragio en alguna isla desierta del vasto océano, lo suerte habria sido bien singular para Baré.

Desde el 29 de mayo, que cesamos de ver la tierra, navegamos al oeste con un viento de este y de sudeste muy fresco. En la noche del 4 al 5 de junio, navegábamos al oeste á favor de la luna que nos alumbraba, cuando á las once de la noche distinguimos á media legua de nosotros, al sur, unos bajos y una costa de arena sumamente baja.

Era un islote arenoso, que apenas se eleva sobre el nivel del mar, y que por este motivo es un escollo muy peligroso para las naves que andan de noche ó con tiempo cubierto. Está tan bajo, que á dos leguas de distancia, con un horizonte muy claro, apenas se le ve mas que desde lo alto de los mástiles; está cubierto de pájaros; le puse por nombre : *la Restinga de Diana* [1].

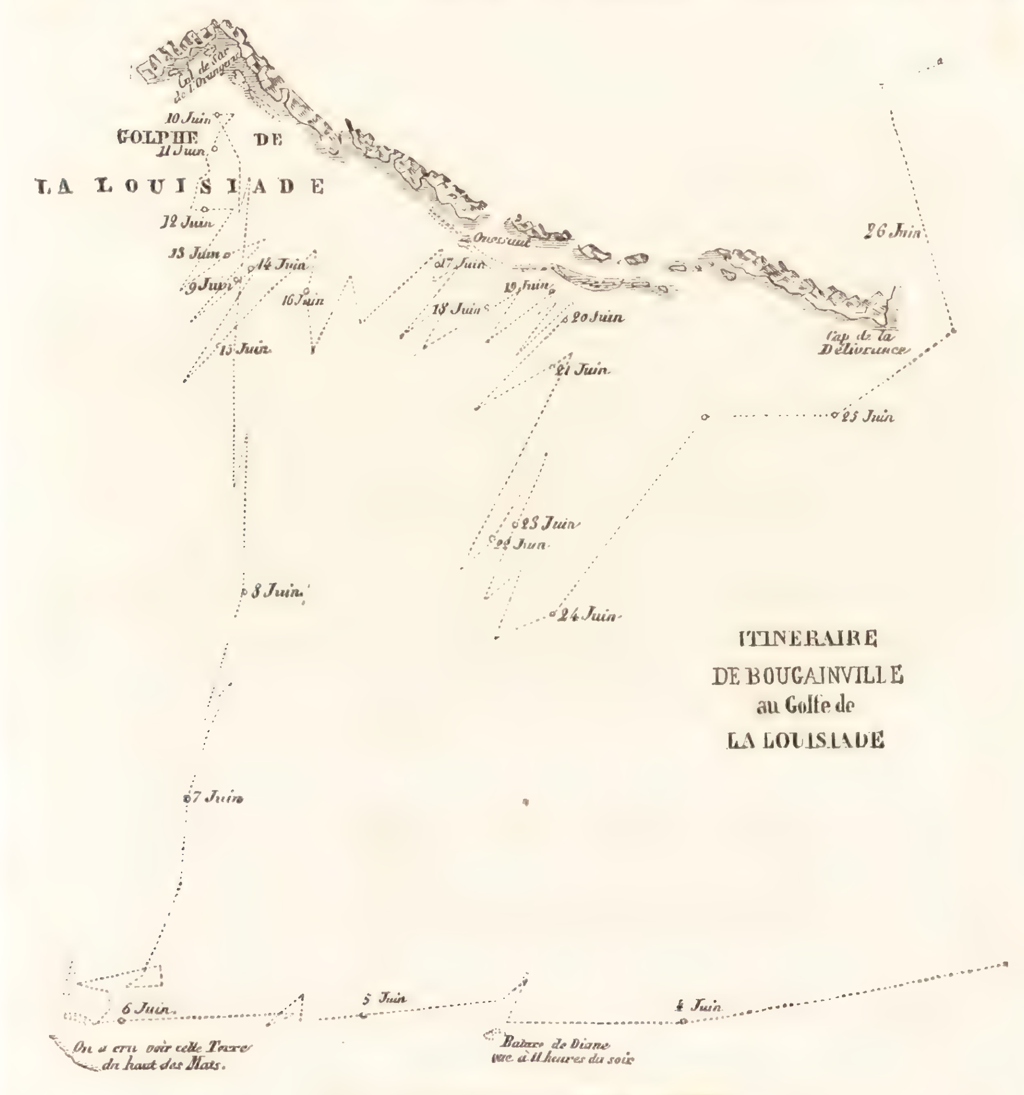
[1] La *Batture de Diane*.

Este escollo está marcado en el mapa de la Oceanía del Atlas hidrográfico del *Astrolabe;* su latitud es de 15° 50′, y su longitud este de 148° 10″.

El 5, á las cuatro de la tarde, creimos ver tierra al oeste; pero nos engañamos y continuamos navegando hasta las diez de la noche.

El 6, á la una y media de la tarde, un escollo que se mostró á tres cuartos de legua de nosotros, me advirtió que era tiempo de cambiar la derrota que yo proseguia al oeste.

Teniamos fundamento para creer que la tierra austral del Espíritu Santo, no era otra que el archipiélago de las Grandes Cicladas, que Quirós tomó por un continente, y representó bajo un punto de



Itinerario de Bougainville, en e golfo de la Luisiada.

vista novelesco. Cuando yo perseveraba en navegar bajo el paralelo de 15 grados, es porque queria que la vista de las costas orientales de la *Nueva Holanda,* nos sacara de las conjeturas y nos llevase á la evidencia. Ahora bien, siguiendo las observaciones astronómicas, cuyo acuerdo era perfecto hacia un mes, nos encontrábamos ya el 6, al mediodia, á 146 grados de longitud oriental, es decir, un grado mas al oeste que la tierra del Espíritu Santo, segun M. Bellin. Ademas la vista consecutiva durante tres dias de aquellos escollos, aquellos troncos de árboles y aquellos frutos que á cada instante hallábamos, el sosiego del mar, la direccion de las corrientes, todo nos indicó suficientemente que estábamos

cerca de una tierra grande, y que aun nos rodeaba ya al sudeste. Esta tierra no es otra que la costa oriental de la Nueva Holanda. En efecto, estos escollos tan multiplicados y estendidos, anuncian una tierra baja, y cuando veo á Dampierre abandonar en nuestra misma latitud de 15° 35′, la costa occidental de esta region ingrata, donde ni siquiera encuentra agua dulce, juzgo que la costa oriental vale otro tanto. Hasta me inclino á pensar con él, que esta tierra no es mas que un conjunto de islas, cuyas inmediaciones están defendidas por un mar peligroso sembrado de escollos y de bajos. Con tales observaciones, habria sido muy temerario arriesgarse sobre una costa de la cual no se debia esperar ninguna ventaja, ni se podia pensar salir con bien, sino luchando contra los vientos reinantes.

No teniamos pan mas que para dos meses, y legumbres para cuarenta dias; la carne salada abundaba mas, pero estaba podrida. Preferiamos comer las ratas que se cojian. Así pues, de todas maneras, era tiempo de elevarse al norte, aun inclinando aì este nuestra navegacion.

Por desgracia, los vientos de sudeste nos abandonaron aquí, y cuando volvieron fué para ponernos en la peor situacion en que hasta entonces nos habiamos visto.

Desde el 7, no habiamos podido hacer mas que marchar al norte cuarto nordeste, cuando el 10, al amanecer, se descubrió la tierra desde el este hasta el noroeste ([1]).

Mucho tiempo antes de rayar el alba, un olor delicioso nos habia anunciado la proximidad de esa tierra que formaba un gran golfo abierto al sudeste. He visto pocos países de aspecto mas bello. Un terreno bajo, dividido en llanos y bosquecillos, reinaba á las orillas del mar y se elevaba despues en anfiteatro hasta las montañas, cuyas cumbres se perdian en las nubes. Distinguíanse tres alturas, y la cordillera mas elevada estaba á mas de 25 leguas en el interior del país. El triste estado á que nos veiamos reducidos no nos permitia ni sacrificar algun tiempo á la visita de ese magnífico país, que, segun los anuncios, era fértil y rico, ni buscar caminando al oeste un paso al sur de la Nueva Guinea que nos abria, por el golfo de la Carpentaria, un camino nuevo y corto para las islas Molucas. Nada era á la verdad mas problemático que la existencia de ese paso; hasta creian haber visto que la tierra se estendia hasta el oeste cuarto sudoeste. Era preciso salir de allí cuanto antes, y por el camino que parecia abierto, de aquel golfo en donde habiamos penetrado mucho mas de lo que habiamos creido en un principio. Allí es donde nos esperaba el viento de sudeste para poner nuestra paciencia á la última prueba.

Todo el dia 10, la calma nos tuvo á merced de una gruesa marejada del sudeste, que nos arrojaba á tierra. A las cuatro de la tarde, no nos hallábamos á mas de tres cuartos de legua de una isleta baja, en cuya punta oriental hay un banco que se prolonga á dos ó tres leguas al este. A eso de las cinco, logramos salir de aquel mal paso, y pasamos la noche en la mayor inquietud, haciendo todos nuestros esfuerzos para elevarnos en alta mar, con ayuda de las mas ligeras brisas.

El 11, despues del mediodia, nos habiamos separado unas cuatro leguas de la costa; á dos leguas la mar no tiene fondo. Muchas piraguas bogaban á longo de aquella tierra, sobre la cual veiamos siempre muchos humos. Abundan aquí las tortugas; encontramos los restos de una en el vientre de un tiburon.

El mismo dia, determinamos al sol poniente las tierras mas al este, á este cuarto nordeste, 2 grados este del compas; y las mas al oeste, á oeste noroeste, unas y otras á cosa de 15 leguas de distancia.

Los dias siguientes fueron muy malos; todo se conjuró contra nosotros; el viento, siempre del este

([1]) Era la Luisiada, descubierta por la primera vez.

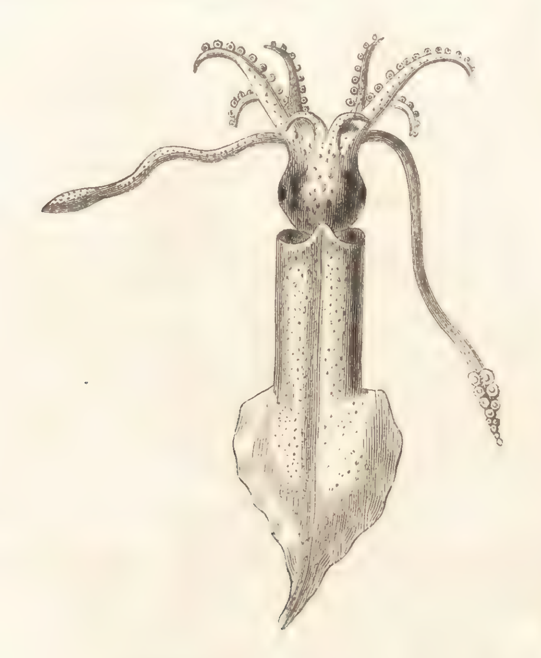
Situada al este de la Nueva Guinea, que proponen llamar Papuasia (tierra de los Papuas), la Luisiada es un grupo de islas que ocupan un espacio de unas 120 leguas del este sudeste al oeste noroeste. Sus límites son: al este el cabo, llamado por Bougainville el cabo de la Délivrance, y al noroeste las islas Lusanzay y la bahía que Bougainville nombró Cul-de-sac de l'Orangerie.

Entre las islas de que se compone este grupo, se citan las islas Rossel, Saint-Aignan, de Entrecasteaux, Bonvaloir, Tropbriand y Lusanzay.

« La parte de las tierras de la Luisiada que hemos reconocido. no es mas que un conjunto de islas de las cuales las mayores no pasan de diez leguas de largo. Las corrientes que hay en este archipiélago hacen la navegacion tanto mas peligrosa, cuanto la mayor parte de las islas de que se compone están rodeadas ó ligadas por arrecifes, en cuya proximidad no se halla fondo. » (De Entrecasteaux.)

sudeste, la lluvia, una niebla tan densa, que teniamos que disparar cañonazos para no apartarnos de *l'Etoile*, que contenia aun una parte de nuestros víveres, y por último, una violenta marejada que nos arrojaba á la costa. Apenas podiamos sostenernos barloventeando, teniendo que virar con viento en popa y no pudiendo dar mas que muy poca vela. Navegábamos así á tientas por en medio de una mar sembrada de escollos, teniendo que cerrar los ojos sobre todos los indicios de peligros que nos rodeaban.

En la noche del 11 al 12, siete ú ocho de esos peces que llaman *cornets* (¹), los cuales se mantienen siempre en el fondo, saltaron sobre los pasamanos, viniendo tambien arenas y ovas de fondo que dejaban las olas. No quise mandar echar la sonda; la certeza del peligro no le habria disminuido, y siempre habria existido, á pesar de todos nuestros esfuerzos.



El *Caligo subulata*, segun Cuvier (*Règne animal*).

El tiempo mejoró el 16, aunque el viento no dejó de ser contrario, pero al menos teniamos luz. A las seis de la mañana, vimos la tierra desde el norte hasta el nordeste cuarto este del compas, y anduvimos barloventeando para doblarla. El 17, por la mañana, no vimos tierra al salir el sol; pero á eso de las nueve y media, distinguimos una isleta al norte nordeste del compas, á cinco ó seis leguas de distancia, y otra isleta al norte noroeste, como á cosa de 9 leguas. Poco despues descubrimos al nordeste, 5 grados este, á 4 ó 5 leguas, otra isleta, que su semejanza con Ouessant, hizo que la pusiéramos este mismo nombre. Continuamos navegando al nordeste cuarto este, prometiéndonos doblar todas las tierras, cuando á las once se descubrió otra tierra al este nordeste, 5 grados norte, y unos bancos al este nordeste, que parecian llegar á juntarse con Ouessant. Al noroeste de este islote, se veia otra serie de bancos que se estendia como cosa de media legua. La primera isla nos pareció que se hallaba tambien entre dos bancos.

Todos los navegantes que han venido á esos sitios, han temido siempre caer al sur de la Nueva Guinea, y encontrar un golfo correspondiente al de la *Carpentaria*, de salida difícil. Por consiguiente, todos se apresuraron á ganar la latitud de la Nueva Bretaña, sobre la cual querian recalar. Todos han seguido los mismos caminos; nosotros abriamos vias nuevas, y era preciso pagar el honor del descubrimiento.

(¹) *Caligo subulata*.

Desgraciadamente, el mas cruel de nuestros enemigos á bordo, era el hambre. Me ví precisado á reducir considerablemente la racion de pan y de verdura. Tambien hubo que prohibir que se comieran el cuero con que se envuelven las vergas, y los demas cueros viejos, en atencion á que este alimento puede producir indigestiones funestas. Nos quedaba una cabra, compañera fiel de nuestras aventuras



Vista de una ensenada, en la isla de Briesley (¹) (archipiélago de la Luisiada).

desde nuestra salida de las islas Maluinas donde la habiamos tomado. Cada dia nos daba un poco de leche. Los estómagos hambrientos, en un instante de desesperacion, la condenaron á muerte; yo no pude hacer mas que compadecerla, y el carnicero, que hace tanto tiempo la alimentaba, regó con sus lágrimas la víctima que debia inmolar á nuestras apremiantes necesidades. Un perrillo cojido en el estrecho de Magallanes, tuvo el mismo fin algunos dias despues.

(¹) «Hallamos, dice el capitan Owen Stanley (viaje del *Rattlesnak*), un canal que tenia una anchura uniforme de mas de 500 yardas, y cuyas márgenes pantanosas estaban cubiertas de manglares que por partes tenian una altura de sesenta ú ochenta piés, con una circunferencia de seis á ocho piés por la base. Mas lejos, se veia un bajo de fondo arcilloso encarnado, revestido de yerbas altas y de matorrales, con grandes árboles por intérvalos y otros arqueados sobre la corriente y cuyas ramas casi tocaban al agua. Gigantescas enredaderas que colgaban en largos festones, pasaban de rama en rama, y los troncos mas añosos estaban cubiertos de plantas parásitas.»

En toda la mañana del 18, no vimos tierras, y al punto nos entregamos á la esperanza de haber doblado los islotes y los escollos, pero nuestra alegría fué de corta duracion. A la una de la tarde se dejó ver una isla al nordeste cuarto norte del compas, seguida de otras nueve ó diez islas. Las habia aun al este nordeste, y detras de ellas una tierra mas alta se estendia al nordeste, como á unas 10 leguas de distancia. Estuvimos barloventeando toda la noche, y al dia siguiente tuvimos el mismo espectáculo de una doble cadena de tierras que se corrian al este y oeste, á saber : al sur una serie de islotes reunidos por arrecifes á flor de agua, á cuyo lado norte se estendian tierras mas altas.



Chozas de los naturales de la Luisiada ([1]), segun John Maggillivray.

Vimos tierra el 25 al amanecer, desde el norte hasta el norte nordeste; pero no era ya una tierra baja; al contrario, parecia ser sumamente alta y remataba, en apariencia, en un grueso cabo. Era verosímil que corria despues al norte. Navegamos todo el dia al nordeste, cuarto este, y al este nordeste, sin ver otras tierras al este que el cabo que doblábamos, con una satisfaccion que me seria imposible pintar.

El 26 por la mañana, teniendo ya el cabo bien á sotavento, nos fué permitido al fin dirijirnos al norte nordeste. Llamamos á este cabo, por el cual habiamos suspirado durante tanto tiempo, el *cabo de la Délivrance,* y el golfo cuya punta oriental forma, el *golfo de la Luisiada* ([2]). Bien conquistamos el derecho de poner nombre á esta tierra.

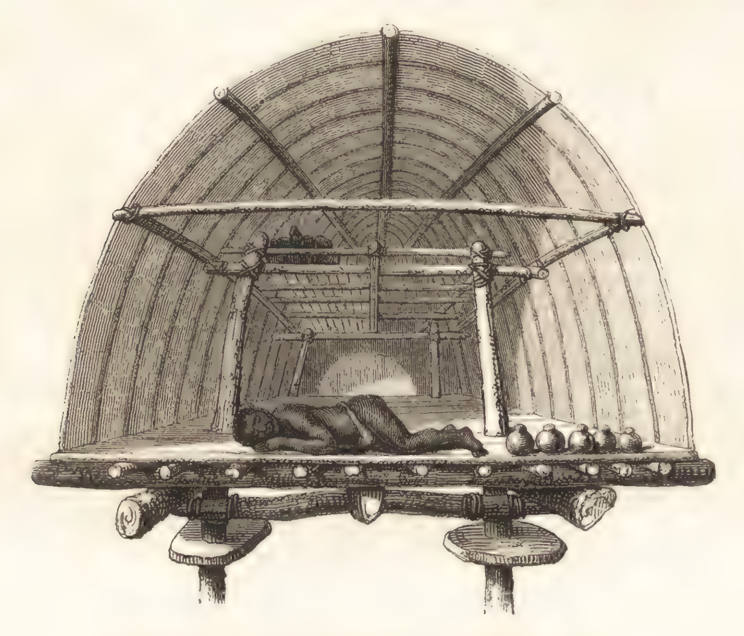
Durante los quince dias que pasamos en este golfo, las corrientes nos llevaron con bastante regularidad al este.

([1]) Estas chozas tienen una forma larga, parecida á un subterráneo; sus estremos están un poco inclinados; se hallan sobre estacas y están cubiertas de paja. La que visitó el capitan Stanley tenia aproximadamente treinta piés de largo, nueve de ancho y trece de altura por el centro. Cuatro son las estacas que las sostienen, elevando el suelo á unos cuatro piés y medio de altura, y dejando de este modo en el intérvalo un espacio vacío.

([2]) El cabo de la Délivrance de la Luisiada se encuentra á 11° 20′ 37″ de latitud austral, y á 152° 6′ 15″ de longitud oriental.

El 26 y el 27, tuvimos gran ventolera, la mar brava, el tiempo borrascoso y muy oscuro. No fué posible adelantar durante la noche.

Habiamos navegado unas 60 leguas al norte, desde el cabo de la Delivrance, cuando el 28 por la mañana descubrieron tierra al noroeste, á 9 ó 10 leguas de distancia. Eran dos islas, de las cuales la mas meridional, quedaba á eso de las ocho, al noroeste cuarto oeste del compas. Otra costa larga y elevada se distinguió al mismo tiempo, desde el este sudeste hasta el este nordeste. Esta se corria al norte, y á medida que adelantábamos al nordeste, veiamos que se prolongaba mas y se desviaba al norte noroeste (1). No obstante, descubrieron un espacio donde la costa se hallaba interrumpida, ya por un canal, ya por la boca de alguna bahía espaciosa, pues creyeron distinguir tierras en el fondo. El 29 por la mañana, la costa que habiamos visto al este, continuaba estendiéndose sobre el noroeste, sin que por ese lado tuviese límites nuestro horizonte. Quise acercarme á ella, para prolongarla despues y buscar un fondea-



Interior de una choza en la Luisiada, segun John Maggillivray.

dero. A las tres de la tarde, cuando nos hallábamos como á unas tres leguas de la tierra, hallamos fondo á 48 brazas, de arena blanca y pedazos de conchas; entonces nos inclinamos á una caleta que parecia cómoda, pero sobrevino una calma y pasamos en la inaccion lo restante del dia. Pasamos la noche barloventeando, y el 30, al despuntar la aurora, envié las barcas con un destacamento á las órdenes del caballero de Bournand, para visitar á longo de costa varias ensenadas, que parecian prometer un fondeadero, pues el fondo que antes habiamos hallado era de un pronóstico favorable. Yo seguí á las barcas dispuesto á reunirme con ellas á la primera señal que me hicieran.

A eso de las diez, unas doce piraguas, mas ó menos grandes, se acercaron bastante á las naves, aunque sin querer llegar á ellas. Habia veintidos hombres en la mas grande, en las medianas ocho ó diez, y dos ó tres en las pequeñas. Estas piraguas parecian estar bien hechas; tienen la popa y la proa muy levantadas y son las primeras sin batangas que hemos visto en aquellos mares. Los isleños tienen el mismo color de los negros de Africa; su cabello es crespo y le llevan largo; algunos lo tienen rojo.

(1) Bougainville clasifica estas islas como si fueran continuacion del grupo de la Luisiada; pero las comprenden en el archipiélago de Salomon, que él se figuró no haber encontrado.
Carteret habia visto este archipiélago un año antes.

Usan brazaletes y placas en la frente y el cuello; ignoro de qué materia son; únicamente me pareció ser blanca. Van armados con arcos y azagayas; lanzaban gritos agudos, y no me parecieron animados de intenciones pacíficas.

A las tres mandé á nuestras barcas que se volvieran. La costa abierta es casi inaccesible; las olas se rompen en ella casi por todas partes, las montañas vienen á terminarse á la orilla del mar, y el terreno está casi enteramente cubierto de monte. En ciertos sitios se veian algunas cabañas, pero muy pocas; los isleños habitan en la montaña. Nuestro bote fué seguido durante un rato por tres ó cuatro piraguas que parecian querer atacarle; un isleño se levantó varias veces para arrojar una azagaya, pero no lo hizo y el bote volvió á bordo sin accidente.

Entretanto, nuestra situacion era bastante crítica. Teniamos tierras desconocidas hasta entonces, por un lado desde el sur hasta el norte noroeste, por el este y el oeste, y por el otro desde el oeste cuarto sudoeste hasta el noroeste. Por desgracia el horizonte estaba tan cubierto desde el noroeste hasta el norte noroeste, que por esa parte no se veia á la distancia de 2 leguas, y sin embargo, en ese intérvalo, me prometia yo buscar un paso; nos habiamos adelantado demasiado para retroceder.

El 1° de julio, á los seis de la mañana, nos encontramos en el mismo punto en que estábamos la víspera á la entrada de la noche, prueba de que habia habido flujo y reflujo. Navegamos al noroeste y noroeste cuarto norte. A las diez, dimos en un paso que tendria de ancho cuatro ó cinco leguas entre la costa, prolongada hasta entonces al este y las tierras occidentales. Una marea muy fuerte de sudeste y noroeste forma en medio de este paso un bajo que le atraviesa, y donde la mar se eleva y se estrella como si hubiera rocas á flor de agua. Le nombré *bajo Denis*, del nombre de mi oficial de tripulacion, bueno y antiguo servidor del rey ([1]). *L'Etoile*, que le pasó dos horas despues que nosotros, y mas al oeste, se encontró allí sobre 5 brazas de agua con fondo de rocas. La mar estaba entonces tan furiosa, que tuvieron que cerrar las escotillas. A bordo de la fragata, hallamos á 44 brazas fondo de arena, conchas y coral. La costa del este comenzaba á bajar aquí y á desviarse al norte. Cuando estuvimos como á la mitad del paso, distinguimos una bonita bahía que, segun las apariencias, prometia un buen fondeadero. La mar estaba casi en calma, y la marea que corria entonces al noroeste, nos la hizo pasar en un instante. Nos acercamos con la intencion de visitarla; pero un diluvio de lluvia, que sobrevino á las once y media nos robó la vista de la tierra y del sol, y nos obligó á diferir nuestras esploraciones.

A la una de la tarde, envié las barcas armadas á las órdenes del caballero de Oraison, alferez de navío, para sondar y reconocer la bahía, y mientras se llevaba á efecto esta operacion, tratamos de mantenernos al alcance de sus señales. El tiempo estaba hermoso, pero casi en calma. A las tres, hallamos fondo de rocas debajo de nosotros á 10 y 8 brazas. A las cuatro, nuestras barcas hicieron señal de que habian hallado un buen fondeadero, y navegamos al punto ó toda prisa para llegar á él. Hacia poco viento, y la marea nos era contraria. A las cinco, volvimos á pasar sobre el banco de rocas á 10, 9, 8, 7 y 6 brazas. Al sur sudeste, distinguimos un remolino que parecia indicar que en aquel punto no habia mas de dos ó tres brazas de agua. Navegando al noroeste y noroeste cuarto norte, tuvimos mas agua. Hice señal á *l'Etoile* de que llegara, á fin de que evitara aquel banco, y la envié su barca para guiarla hasta el fondeadero.

Sin embargo, no adelantábamos, porque el viento era demasiado escaso para ayudarnos contra la marea, y la noche se acercaba rápidamente. En dos horas mortales no ganamos media legua, y fué preciso renunciar al fondeadero, no pudiendo irle á buscar á tientas, rodeados como estábamos de bajos y arrecifes, y entregados á corrientes rápidas é irregulares. Mandé pues, navegar al oeste cuarto noroeste y al oeste noroeste para salir de allí, echando á menudo la sonda. Cuando tuvimos la punta septentrional de la tierra al nordeste, llegamos al noroeste y luego al norte noroeste y al norte. Voy á dar cuenta de la espedicion de nuestras barcas.

Antes de entrar en la bahía habian seguido su costa norte, que está formada por una península, á cuyo longo hallaron fondo de arena y coral de 9 á 13 brazas. Seguidamente entraron en la bahía y hallaron,

([1]) Cerca del rio de los Guerreros y de la bahía de Choiseul.

cuando habian penetrado en ella como un cuarto de legua, un hermoso fondeadero á 9 y 12 brazas, con fondo de arena gris y casquijo, al abrigo desde el sudeste hasta el sudoeste, pasando por el este y el norte. Cuando se hallaban ocupados en sondar, vieron aparecer de repente, á la entrada de la bahía, diez piraguas, en las cuales habia unos ciento cincuenta hombres armados de arcos, lanzas y escudos. Salian de una ensenada que forma un riachuelo cuyas márgenes están cubiertas de chozas. Estas piraguas se adelantaron en buen órden, bogando hácia nuestras barcas á fuerza de remo, y cuando juzgaron hallarse bastante cerca, se separaron rápidamente en dos bandas para envolverlas. Los indios comenzaron á lanzar entonces gritos tremendos, y tomando sus arcos y sus lanzas, principiaron un ataque, que debia parecerles un juego contra un puñado de hombres. Les hicieron una primera descarga que no les detuvo, sino que antes bien continuaron arrojando sus flechas y azagayas, cubriéndose con sus escudos, que tenian por arma defensiva. Una segunda descarga les puso en fuga, y muchos de aquellos hombres se arrojaron al mar para ganar la tierra á nado. Les cojieron dos piraguas: son muy largas y están bien trabajadas; tienen la popa y la proa levantadas, disposicion que les sirve de abrigo contra las flechas. En la punta de una de estas piraguas, habia una cabeza de hombre esculpida; los ojos eran de nácar, las orejas de concha de tortuga, y el rostro parecia un mascaron con una barba larga. Los labios estaban pintados de un encarnado brillante. Hallamos en sus piraguas arcos, muchas flechas, lanzas, escudos, cocos, y otras muchas frutas cuya especie no conociamos; varios muebles menudos que usan los indios, redes de mallas muy finas, tejidas con arte, y una mandíbula de hombre medio tostada.

Estos isleños son negros, y tienen el cabello crespo, que se tiñen de blanco, de amarillo y de encarnado. Su audacia para atacarnos, la costumbre de llevar armas ofensivas y defensivas, y su destreza para manejarlas, prueban que casi siempre se hallan en estado de guerra. Por lo demas, en el curso de este viaje, hemos observado que en general, los hombres negros son mucho peores que aquellos cuyo color se acerca mas al blanco. Andan desnudos, salvo un pedazo de estera; sus escudos son de una forma ovalada, y están hechos de juncos trenzados; deben ser impenetrables á las flechas. Nombramos el rio y la ensenada de donde salieron aquellos valientes isleños, el *rio de los Guerreros;* y la isla entera y la bahía, *isla y bahía Choiseul* (¹). La península del norte está casi cubierta de cocos.

Tuvimos poco viento en los dos dias siguientes. Despues de haber salido de aquel paso, descubrimos una costa larga y montuosa, cuyas cumbres se perdian en las nubes. El 2, por la tarde, aun veiamos las tierras de la isla Choiseul; pero el 3, por la mañana, ya no veiamos mas que la nueva costa, que es de una altura sorprendente, y que corre al noroeste cuarto oeste (²). Su parte septentrional nos pareció

(¹) En el archipiélago Salomon, vuelto á ver por Surville en 1769, por Shortland en 1788, por el capitan de Cornwallis en 1796, etc.

(²) Es la isla del archipiélago Salomon que nombraron Bougainville: 5° 32′ á 6° 55′ de latitud sur, y 152° 14′ á 153° 25′ de longitud este.

«Todo lo que hemos visto de la costa occidental de la isla de Bougainville, nos ha hecho presumir que el aproximarse á ella es difícil y peligroso.... La apariencia de la costa que reconocimos aquel dia nos dejó en la incertidumbre sobre la realidad de la separacion de la isla Buka con la isla Bougainville; nos ha parecido que todas las tierras estaban reunidas por terrenos bajos.» (D'Entrecasteaux.)

«La isla de Bougainville nos pareció, cuando prolongamos la costa nordeste, alta, montuosa, y con anchos barrancos en sus orillas; su estremidad norte se baja insensiblemente y forma una punta de tierra honda y estrecha, que parece reunirse á las tierras de la isla de Buka, pero que podria muy bien estar separada de ellas por un canal angosto. En cuanto á esta última isla, la totalidad de su superficie es llana y su aspecto es gracioso, pues una verdura abundante la cubre por todas partes; hasta las rocas de las orillas del mar están revestidas de guirnaldas de follage. Sobre esta vegetacion se destacan magníficos cocos.... Distinguimos un crecido número de habitantes atraidos á las orillas del mar por la vista de nuestra nave; venian completamente desnudos; solo algunos individuos parecian tener los riñones ceñidos con una tela blanca. De todas las piraguas que arrojaron al mar, dos no mas llegaron á nuestro buque; venian en ellas hombres de diferente edad, que no manifestaron ningun recelo á la vista de la tripulacion; cambiaron los paquetes de armas que habian traido, y todas ellas estaban trabajadas con esmero. Poseian muchas flechas de caña, armadas con puntas de madera ó con pedazos de oro cortante; sus arcos y sus mazas estaban hechos de una madera muy roja y muy dura, y tenian por adorno delicadas esculturas, pintadas de diversos colores. El hierro era para ellos la mercancía mas preciosa; y cuando querian hachas, que llamaban *niko*, lanzaban grandes gritos de júbilo.» (Lesson, *Voyage autour du monde sur* la Coquille.)

entonces terminada por una punta que baja insensiblemente y forma un cabo muy notable. Le dí el nombre de *cabo Averdi.* El 3, al mediodia, nos quedaba como á unas 12 leguas al oeste 5 grados norte del compas, y la altura que tomamos, nos dió el medio de determinar exactamente su posicion en latitud. Las nubes que cubrian las cumbres de las tierras se disiparon al ponerse el sol, y nos dejaron descubrir unos picos de montañas de una elevacion prodigiosa. El 4, los primeros resplandores del sol nos permitieron ver tierras mas occidentales que el cabo Averdi. Era una nueva costa, menos elevada que la primera, y que se corria al norte noroeste. Entre la punta sur sudeste de esta tierra y el cabo Averdi, quedaba un vasto espacio que formaba ó un paso ó un golfo considerable. Muy á lo lejos se distinguian algunos *mondrains* (¹). Detras de esta nueva costa, distinguimos otra mas elevada en la misma situacion. Nos acercamos lo mas que pudimos toda la mañana para llegar á la tierra baja. Al mediodia nos encontrábamos á unas cinco leguas de distancia, y determinamos su punta del norte noroeste al sudoeste cuarto oeste. En la tarde tres piraguas, cada una de ellas con cinco ó seis negros, se destacaron de la costa y vinieron á reconocer las naves. Se detuvieron á tiro de fusil, y solo despues de



Piragua de la isla Buka.

haber pasado allí cerca de una hora, nuestras repetidas instancias determinaron á aquellos hombres á acercarse mas; algunas fruslerías que les arrojamos, acabaron de infundirles confianza. Se aproximaron por fin á la nave, mostrando cocos y gritando : *Buca*, *buca*, *onellé*. Repetian sin cesar estas palabras, que nosotros gritamos con ellos, lo cual pareció alegrarles mucho. Sin embargo, no permanecieron mucho tiempo cerca de la nave; nos hicieron señal de que iban á buscar cocos. Aplaudimos su designio; pero apenas se habian alejado veinte pasos, cuando uno de aquellos hombres pérfidos disparó una flecha que felizmente no tocó á nadie. En seguida huyeron á fuerza de remo; nosotros éramos demasiado fuertes para castigarlos.

Estos negros andan enteramente desnudos; tienen el pelo crespo y corto, las orejas agujereadas y muy largas. Muchos llevaban la lana pintada de encarnado, y manchas blancas en diferentes sitios del cuerpo. Parece que mascan betel, pues sus dientes están colorados. Vimos que los habitantes de la isla Choiseul tienen la misma costumbre; pues hallaron en sus piraguas, bolsitas donde habia hojas de betel con areca y cal. De aquellos tuvimos arcos de 6 piés de largo y flechas armadas de una madera muy dura. Sus piraguas son mas pequeñas que las de la ensenada de los Guerreros, y estrañamos que su construccion en nada fuese semejante. Estas últimas tienen la proa y la popa poco levantadas; carecen de batanga, pero son bastante anchas para que vayan dos hombres de pareja. Esta isla, que hemos llamado *Buka* (²), parece estar muy poblada, á juzgar por la cantidad de chozas que la cubren y por las

(¹) «*Mondrain*, montecillo que se distingue desde un buque sobre una costa.» (Diccionario de Marina.)

(²) En el archipiélago Salomon. Carteret habia descubierto esta isla en el año anterior (1767), y la habia llamado *Winchelsea;* pero Buka es el nombre indígena. (Véase la nota precedente.)

A Entrecasteaux le parecieron los habitantes de Buka muy desconfiados y muy diestros. «Quizá otras naves que las de Bougainville habian arribado hacia poco á estas islas.» (Entrecasteaux.)

» Los habitantes de la isla de Buka son papuas de estatura ordinaria, que no pasa de cinco piés con tres ó cuatro pulgadas, y cuyos miembros son raquíticos. El color de su cútis es un moreno oscuro con cierto matiz amarillento; llevaban su larga cabellera rizada y encrespada á la moda de los habitantes de Waighioa. Sus facciones tienen una espression de dulzura y su nariz no tiene mala forma. Todos llevaban fajado el vientre por el ombligo con una cuerda, y á esto se reducia toda su vestidura. » (Lesson, *Voyage autour du monde sur* la Coquille.)

apariencias de cultivo que descubrimos en ella. Un hermoso llano plantado de cocos y otros árboles nos ofrecia la mas agradable perspectiva, y yo deseaba ardientemente hallar un fondeadero en aquella costa; pero el viento contrario y una corriente rápida al noroeste nos alejaba de ella visiblemente.

Durante la noche, nos mantuvimos lo mas cerca posible navegando al sur cuarto sudoeste y sur sudoeste, y en la mañana siguiente estaba ya muy lejos de nosotros al este y al sudeste. La víspera, por la noche, habian visto desde lo alto de los palos una isleta, que determinamos despues del noroeste hasta el noroeste cuarto oeste del compas. Por lo demas, no podiamos estar muy lejos de la Nueva Bretaña, y allí pensábamos arribar (1).

El 5, por la tarde, descubrimos dos isletas al norte y al norte noroeste, á diez ó doce leguas de distancia, y casi en el mismo instante vimos otra mucho mayor, entre el noroeste y el oeste; las tierras de esta última mas próximas á nosotros, nos quedaban á eso de las cinco y media de la tarde al noroeste cuarto oeste, como á siete leguas.

La costa era elevada y parecia tener muchas bahías. Como careciamos ya de agua y de leña, y como nuestros enfermos se empeoraban, resolví detenerme aquí, y toda la noche estuvimos barloventeando á fin de conservarnos cerca de aquella tierra. El 6, al despuntar el dia, nos hallábamos á cinco ó seis leguas de distancia, y navegamos hácia la costa en el mismo instante en que descubriamos una nueva tierra alta y de hermoso aspecto al oeste sudoeste de aquella, desde diez y ocho hasta doce y diez leguas de distancia. A cosa de las ocho, cuando nos hallábamos como á tres leguas de la primera, envié al caballero de Bouchage con dos barcas armadas para reconocerla y buscar un buen fondeadero. Efectivamente, á la una de la tarde nos hizo señal de que le habia encontrado (2), y al momento nos pusimos en marcha; á las tres fondeamos con 33 brazas de agua, sobre fondo de arena blanca, fina y fangosa. *L'Etoile* fondeó mas cerca que nosotros, con 21 brazas y el mismo fondo.

Al entrar, se deja á babor al oeste una pequeña isla y un islote que se encuentran á media legua de la costa. Una punta que se adelanta enfrente del islote forma interiormente un verdadero puerto al abrigo de todos los vientos, y donde el fondo es por todas partes de una hermosa arena blanca desde 35 hasta 15 brazas. Sobre la punta del este hay un banco que está visible y no se adelanta mucho en la mar. Tambien se ven al norte de la bahía dos bancos pequeños que quedan descubiertos en la marea baja. En la *accore* (3) de arrecifes, hay 12 brazas de agua. La entrada de este puerto es muy cómoda; lo único que se debe hacer es tener cuidado de costear la punta del este muy de cerca y con mucha vela, porque así que se ha doblado se encuentra calma, y entonces es preciso entrar sobre la salida de la nave. Nuestro fondeadero tenia estas señales: el *islote de la entrada* quedaba al oeste cuarto sudoeste 1° 30′ oeste; *la punta este de la entrada* á oeste cuarto sudoeste 1 grado sur; *la punta oeste* al oeste cuarto noroeste, y *el fondo del puerto* al sudeste cuarto este. Amarramos al este y al oeste. Todo el resto del dia le pasamos amarrando, recojiendo velas, echando fuera las barcas y visitando el contorno del puerto (4).

Toda aquella noche estuvo lloviendo, así como casi todo el dia 7. Enviamos á tierra nuestros toneles para hacer agua; levantamos algunas tiendas y se principió á hacer agua, leña y legías, cosas todas ellas de primera necesidad. Desembarcábamos en un punto magnífico, sobre una arena menuda, sin ninguna roca ni ola; el interior del puerto, en un espacio de 400 pasos, tenia cuatro arroyuelos. Nos apoderamos de tres para nuestro uso; el primero para sacar agua para *la Boudeuse;* el segundo para abastecer á *l'Etoile* y el último para lavar. La leña se hallaba cerca del mar y la habia de muchas especies, todas muy buenas para quemar, algunas soberbias para las obras de carpintería y ebanistería

(1) El gran archipiélago de la Nueva Bretaña comprende la isla de la Nueva Bretaña y la isla de la Nueva Irlanda, separadas por el canal de San Jorge; las islas del Duque de York (Amakata), de Nuevo Hanóver, de Mathy, Abgarris, Caen, Dampier, de los Pescadores, de Gerardo de Nys, San Juan, Borrascosa, Matías, Jesus María, Anacoreta, Commerson, Boudeuse, Purdy, Elisabeth, Durour, San Gabriel, San Miguel, la Vendola, los Reyes y los Negros, el pequeño grupo de las islas Francesas, y las islas del Almirantazgo, de Portland, de los Ermitaños y del Ajedrez.

(2) El puerto Praslin, en la parte meridional de la Nueva Irlanda.

(3) «*Accore,* costa escarpada cortada á pico en la mar.» (Diccionario de marina.)

(4) En la isla de la Nueva Irlanda, descubierta en 1616 por Schouten, navegante holandés.

fina. Las dos naves estaban al alcance de la voz una de otra, y de la orilla. Ademas, el puerto y sus inmediaciones hasta muy lejos estaban despoblados, lo que nos procuraba una paz y una libertad igualmente preciosas. No podiamos desear, pues, un fondeadero mas seguro, un lugar mas cómodo para hacer agua y leña, para operar las diversas reparaciones que necesitaban con urgencia los navíos, y para dejar correr por los bosques á los que estaban malos del escorbuto.



Naturales de la Nueva Irlanda, segun el Atlas histórico del *Voyage de la Coquille*, mandada por Duperrey.

Tales eran las ventajas de esta arribada; pero tenia tambien sus inconvenientes. A pesar de las esploraciones que se hicieron, no pudieron descubrir allí ni cocos, ni plátanos, ni ninguno de los recursos que por voluntad ó por fuerza se podian sacar de un país habitado. Si la pesca no era abundante, no podiamos prometernos otra cosa que la seguridad y lo estrictamente necesario. Por consiguiente, habia motivos para temer que no se restablecieran nuestros enfermos. A la verdad, no los teniamos atacados fuertemente, pero habia muchos que lo estaban mas ó menos, y si aquí no se aliviaban, el progreso de la enfermedad iria creciendo.

El primer dia, hallamos en las márgenes de un riachuelo apartado de nuestro campo como cerca de media legua, una piragua que se encontraba como en depósito y dos chozas. La piragua era de batanga muy ligera y se hallaba en buen estado. A su lado habia restos de mimbre, gruesas conchas calcinadas y huesos de animales que M. de Commerson nos dijo ser javalí. No hacia mucho tiempo que los salvages habian estado en aquel punto, pues se hallaron en las chozas higos-plátanos frescos todavía. Hasta se creyó oir gritos en las montañas; pero despues se conoció que se habian tomado por gritos humanos los chillidos de gruesas palomas torcaces con cresta, de un plumage azul y que llaman en las Molucas *palomas coronadas*. A la orilla de este rio hicimos un hallazgo mas estraordinario. Un marinero de mi bote, buscando conchas, encontró enterrado en la arena un pedazo de una placa de plomo sobre la cual se leian estos restos de palabras inglesas:

HOR'D HERE
ICK MAJESTY'S

Aun se veian las señales de los clavos que habian servido para clavar la inscripcion, la cual no parecia tener mucho tiempo.

Los salvages habian sin duda arrancado la placa y la habian hecho pedazos.

Este hallazgo nos animó á reconocer cuidadosamente todas las inmediaciones de nuestro fondeadero; bajo este concepto, recorrimos la costa, por dentro de la isla, que cubre la bahía, por espacio de unas dos leguas y desembocamos en una bahía profunda pero poco ancha, abierta al sudoeste, en cuyo fondo arribamos cerca de un hermoso rio. Algunos árboles aserrados ó cortados con hacha, llamaron al punto nuestra atencion, y nos demostraron que en aquel punto se habian detenido ingleses. Despues nos costó poco trabajo descubrir el lugar donde habian colocado la inscripcion. La clavaron en un árbol muy grueso y muy á la vista en la orilla derecha del rio, en medio de una plazoleta donde juzgamos que los ingleses habian levantado sus tiendas; pues aun se veian algunos cabos de meollar en los árboles. Los clavos estaban en el árbol y la placa habia sido arrancada hacia pocos dias, pues su señal estaba reciente aun. En el mismo árbol habia unos escalones practicados por los ingleses ó por los isleños. Unos vástagos que se elevaban sobre el corte de uno de los árboles aserrados, nos suministraron el medio de conocer que no hacia mas de cuatro meses que los ingleses habian fondeado en aquella bahía. Los cabos hallados lo demostraban tambien suficientemente; pues aunque se hallaban en un lugar muy húmedo no estaban podridos. Pienso que el navío que vino aquí de arribada, fué *el Swallow*, de 14 cañones, mandado por M. Carteret, y que salió de Europa en agosto de 1766 con *el Delfin*, que mandaba M. Walas. Despues tuvimos noticias de este buque en Batavia, como diremos mas adelante, y se verá que hemos seguido su huella hasta Europa. Es una casualidad bien estraña la de haber llegado, en medio de tantas tierras, al mismo punto en donde esa nacion rival acababa de dejar un monumento de una empresa igual á la nuestra ([1]).

La lluvia fué casi continua hasta el 11. Habia indicios de mucho viento fuera, pero el puerto está bien abrigado por las altas montañas que le circundan. Uno de nuestros primeros cuidados habia sido el de buscar, seguramente con mucho interés, si el país podria suministrar algunos refrescos á los enfermos y algun alimento sólido á los sanos. Pero todas nuestras esploraciones fueron infructuosas. La pesca era ingrata á mas no poder, y no encontramos en los bosques mas que algunas palmeras con poca y mala fruta; y aun hubo que disputárselas á unos hormigones enormes, cuyos innumerables enjambres nos obligaron á dejar muchos piés de aquellos árboles que ya estaban cortados. Es cierto que vimos cinco ó seis javalíes, y desde entonces hubo siempre cazadores ocupados en buscarlos; pero no se logró cojer ninguno. Es el único cuadrúpedo que allí encontramos.

Algunos creyeron reconocer tambien las huellas de un tigre.

Matamos unas cuantas palomas muy gruesas y hermosísimas. Su plumage es verde dorado. Tienen el cuello y el vientre gris blanco, y un pequeño moño en la cabeza.

Tambien hay tórtolas, viudas mas gruesas que las del Brasil, aves coronadas ([2]), y una especie de pájaro cuyo grito se parece tanto al ladrido de un perro, que á todos engaña la primera vez que le oyen ([3]). Vimos igualmente tortugas en diferentes puntos del canal; pero no nos hallábamos en la estacion de la cria. Hay en esta bahía hermosas ensenadas de arena, donde creo yo que en la estacion se podrian cojer muchas.

Todo el país es montañoso; la tierra es muy ligera y apenas cubre la roca. Sin embargo, los árboles son altísimos, y hay muchas especies de rica madera. Encuéntranse allí el betel, el areca, y el hermoso junco de las Indias que nos venden los malayos; aquí crece en los lugares pantanosos; pero sea que exija un cultivo, sea que los árboles que cubren enteramente la tierra le perjudiquen en su creci-

([1]) Efectivamente, Carteret habia fondeado en el puerto Praslin, en la ensenada inglesa, y en el puerto que lleva su nombre (al sudoeste de la isla).

Entrecasteaux se detuvo ocho dias en el puerto Carteret, el año de 1792; y el capitan Duperrey hizo levantar el plano del puerto Praslin en 1823.

([2]) Véase la p. 225.

([3]) Especie de cuervo. « Un cuervo con plumon blanco y de plumage completamente negro, el *coco* de los naturales, que imita los ladridos de los perros. » (Lesson.)

miento y calidad, sea en fin, que no estuviéramos en la época de su madurez, lo cierto es que no se cortó ninguno que valiera alguna cosa. El pimiento es bastante comun; pero tampoco era el tiempo de los frutos ni de las flores. El país es en general poco rico en botánica ([1]). Por lo demas, no existe en él señal ninguna que indique que haya sido habitado de un modo permanente. Parece cierto que de



Paloma coronada ([2]) (*Columba coronata* de Lineo), segun Orbigny.

tiempo en tiempo le atraviesan algunos indios; nosotros encontrábamos frecuentemente en las orillas del mar, puntos donde se habian detenido, y que se reconocian fácilmente por los restos de sus comidas.

El 10, murió un marinero á bordo de *l'Etoile*. Su enfermedad fué muy complicada y nada tenia del escorbuto. Los tres dias siguientes fueron hermosos, y los empleamos útilmente. Rehicimos el pié de nuestro palo de mesana que estaba podrido en la carlinga, y *l'Etoile* cortó el suyo cuya cabeza estaba consentida ([3]). Tambien tomamos á bordo de *l'Etoile* la harina y la galleta que la quedaban aun para nosotros, en proporcion á nuestro número. Hallamos menos verduras de las que se esperaban y yo tuve que suprimir mas de una tercera parte de las gurganas ([4]) con que haciamos nuestro potage; y digo nuestro, porque todo se distribuia por partes iguales. Todos los hombres, de plana mayor y de tripulacion, se hallaban sometidos al mismo alimento; nuestra situacion igualaba á los hombres como la muerte.

([1]) V. M. P. Lesson sobre los productos naturales de la Nueva Irlanda. (*Voyage autour du monde sur la corvette* la Coquille; 2 vol. en 8o mayor.)

([2]) « Es la única especie de este género descrita por Buffon con el nombre de *paloma coronada de Indias*. Esta paloma tiene todo el plumage de un hermoso azul ceniciento, mas oscuro en las plumas de las alas y de la cola; tiene un rasgo negro á través del ojo y un hermoso copete de plumas desunidas y un poco rizadas. » (Orbigny.)

([3]) *Consentir* se dice en francés de una pieza de madera, ó palo ó verga, ó aun de una parte cualquiera de un navío que cede ó se inclina por la fuerza del viento ó por otra causa, sin que pueda volver á enderezarse por sí.

([4]) Habas de laguna.

Tambien aprovechamos el buen tiempo para hacer observaciones muy esenciales.

El 11, por la mañana, M. Verron estableció en tierra su cuarto de círculo y su péndulo de segundos, y aquel mismo dia le empleó para tomar la altura del sol. El movimiento del péndulo fué determinado con exactitud con alturas correspondientes tomadas dos dias seguidos. El 13, habia un eclipse de sol visible para nosotros, y era preciso ponernos en estado de observarle, si el tiempo lo permitia. Fué muy hermoso y se pudo ver el momento de la inmersion y el de la emersion. M. Verron observaba con un anteojo de 9 piés, y el caballero de Bouchage con otro de 4 piés, de Dollond; mi puesto estaba en el péndulo. El principio del eclipse fué para nosotros el 13, á las $10^h 50' 45''$ de la mañana; el fin á $0^h 28' 16''$ de tiempo verdadero. Enterramos una inscripcion en el mismo sitio donde estaba el péndulo, y nombramos este puerto el *puerto Praslin* ([1]).

En medio de aquellas selvas, donde reina una constante humedad, mataban todos los dias serpientes, alacranes, y una gran cantidad de insectos de una especie muy singular. Son largos como el dedo, y tienen una coraza en todo su cuerpo; poseen seis patas, puntas salientes en los lados, y un rabo muy largo. Tambien me trajeron un animal que nos pareció sumamente estraordinario; es un insecto de unas tres pulgadas de largo, de la familia de las mantas marinas; casi todas las partes de su cuerpo se componen de un tejido que, mirado de cerca, parece hecho de hojas; cada una de sus alas es la mitad de una hoja, la cual se vé entera cuando se juntan las alas; la parte inferior de su cuerpo es una hoja de un color mas sombrío que el que tiene encima. El animal tiene dos antenas y seis patas, cuyas partes superiores son igualmente porciones de hojas. M. de Commerson ha descrito este insecto particular, y habiéndole conservado en espíritu de vino, yo le he regalado al gabinete del Rey.

Encuéntranse aquí muchas conchas entre las cuales las hay hermosísimas. Los escollos ofrecian tesoros en este género. En un mismo sitio se cojieron diez martillos, especie que, segun dicen, es muy rara ([2]); así, el celo de los curiosos era vivísimo. Sin embargo, hubo de enfriarse por la desgracia que le sucedió á un marinero, el cual fué picado por una especie de serpiente. El efecto del veneno se manifestó una media hora despues. El marinero sintió fuertísimos dolores en todo el cuerpo. El sitio de la picadura, que era en el lado izquierdo, se puso lívido y se hinchó rápidamente. Cuatro ó cinco escarificaciones sacaron mucha sangre ya disuelta. En cuanto dejaban de hacer pasear á la fuerza al enfermo, entraba en convulsiones, y padeció horriblemente durante cinco ó seis horas. Por fin la triaca y el agua de lusa que le administraron desde la primera media hora provocaron un sudor abundante y le salvaron.

Esta aventura hizo á todo el mundo prudente para meterse en el agua. Nuestro taitiano observó con mucha curiosidad al enfermo mientras le dieron las medicinas. Nos dió á entender que en su país habia en toda la costa serpientes que picaban á los hombres en el mar, y que todos aquellos que tenian esta desgracia morian sin remedio. Tienen sin embargo una medicina, pero la creo poco adelantada. El taitiano se maravilló al ver al marinero que se puso á trabajar cuatro ó cinco dias despues de haber estado malo. Con frecuencia al examinar las producciones de nuestras artes y los diferentes medios en cuya virtud se aumentan nuestras facultades y se multiplican nuestras fuerzas, aquel isleño caia en la admiracion de lo que veia y se avergonzaba por su país, diciéndonos con mucho dolor : ¡*Auau, Taiti, fi de Taiti!* Sin embargo, no le gustaba demostrar que conocia nuestra superioridad sobre su nacion. Su orgullo es estraordinario; pero tiene tambien mucha sencillez, y se presta á todo; prueba evidente de que vive en un país donde las condiciones son desiguales.

El 19, por la tarde, nos hallamos en fin en estado de partir; pero el tiempo se puso peor aun : viento del sur, diluvio de lluvia, truenos y borrascas. La mar estaba brava fuera, y las aves pescadoras se refugiaban en la bahía. El 22, á eso de las diez y media de la mañana, sentimos varios sacudimientos de

([1]) Nombre del ministro de Marina que habia ordenado la espedicion.

Este puerto se halla situado al estremo meridional de Nueva Irlanda, al oeste del cabo San Jorge, á 40° 49′ 48″ de latitud sur, y 150° 28′ 29″ de longitud este.

([2]) « Fueron hallados en una ensenada de la isleta que forma esta bahía, y que por esta razon llamaron la isla de los Martillos. » (Nota de Bougainville.) — Hoy la llaman isla Lambun ó Lambona.

El *martillo* es un molusco bivalvo; su concha presenta muchas desigualdades, suele ser larga y mas ó menos ancha en su base, figurando orejas, ó los dos lados de un martillo.

temblores de tierra, que fueron muy sensibles en nuestras naves, y duraron como unos dos minutos. Durante este tiempo la mar creció y bajó repetidas veces seguidas, lo cual asustó sobremanera á los que estaban pescando en los arrecifes, y les hizo buscar un asilo en las barcas. Por lo demas, parece que en aquella estacion, las lluvias son constantes en ese país. Una borrasca sigue á otra, el trueno resuena casi continuamente y la noche da una idea de las tinieblas del caos.



Vista de la cascada de Bougainville, en el puerto Praslin (¹), segun una estampa del Atlas de *la Coquille*.

Sin embargo, nosotros íbamos todos los dias á los bosques á buscar palmitos y á tratar de matar algunas tortolillas. Nos dividiamos en varias cuadrillas, y el resultado ordinario de estas penosas espediciones, era volver calados hasta los huesos y con las manos vacías. Sin embargo, en los últimos dias se descubrieron algunos mangles y ciruelas mombinas; lo cual nos habria sido muy útil si lo hubiésemos descubierto antes. Tambien hallaron una especie de yedra aromática en la que los cirujanos creyeron reconocer una virtud anti-escorbútica; al menos, los enfermos que la usaron en infusiones y se lavaron con ella, esperimentaron algun alivio.

Fuimos á ver una cascada maravillosa que suministraba las aguas del arroyuelo que abasteció á

(¹) « Los saltos de agua de la cascada de Bougainville están á poca distancia de la orilla, al este del puerto Praslin, y se hallan formados por cinco gradas que se alzan rápidamente unas sobre otras, en una elevacion de unos treinta ó cuarenta piés. El agua se ha abierto una salida á la mitad de la montaña y salta en ondas espumosas, claras y frescas, cuyo murmullo se mezcla con el ruido de las hojas, y con la caida de los añosos árboles que se desprenden de tiempo en tiempo y obstruyen la corriente ó se quedan sesgados y forman puentes vacilantes. Estas aguas, muy cargadas de sal, han cincelado la superficie de las rocas que bañan, y todos los desembocaderos están adornados de estaláctitas calcáreas agrupadas de un modo gracioso. El cauce está formado de cal carbonatada, debida sin duda á masas madrepóricas que han cubierto el antiguo suelo. Los poros de estos corales están llenos con blancos cristales de sal que el agua tiene colgando, y que otros varios principios salinos hacen purgativos. » (Lesson.)

l'Etoile. En vano querria el arte reproducir en los palacios de los reyes lo que la naturaleza ha hecho aquí en un lugar despoblado. Admiramos los grupos salientes cuyas gradaciones, casi regulares, precipitan y diversifican la caida de las aguas; con sorpresa examinábamos todas esas conchas desiguales donde caen las aguas cristalinas, coloridas por árboles inmensos, de los cuales algunos tienen el pié en los mismos receptáculos. Esta cascada, con sus bellezas inimitables, seria digna de un pintor de nombre.

Sin embargo, nuestra situacion se empeoraba á cada instante que pasábamos aquí y que perdiamos sin proseguir nuestro viaje. El número de los hombres atacados del escorbuto era cada dia mayor, y la tripulacion de *l'Etoile* se hallaba en un estado mas triste aun. Cada dia mandaba yo mas de una vez á reconocer el tiempo; y siempre me traian la noticia de que el viento continuaba al sur casi con tormenta y la mar embravecida.

Al cabo, el 25 las dos naves pudieron salir del puerto Praslin.

Seguimos la costa como unas tres leguas. Esta costa se iba redondeando insensiblemente y á lo lejos distinguimos islas que se sucedian en alta mar de distancia en distancia. Pasamos entre ellas y la tierra grande, y las puse el nombre de los oficiales de plana mayor. No era dudoso que íbamos costeando la Nueva Bretaña. Esta tierra es muy alta y parece estar cortada por hermosas bahías, por las cuales distinguiamos humos y otras señales de habitaciones.

El tercer dia de nuestra salida, mandé cortar nuestras tiendas de campaña para repartir grandes calzones entre los hombres de la espedicion. Ya en otras ocasiones habiamos distribuido ropas improvisadas de la mejor manera. Sin esto, ¿cómo habrian podido estar vestidos aquellos pobres hombres durante un viaje tan largo, en el cual muchas veces tuvieron que pasar alternativamente del frio al calor, y sufrir unas lluvias tan fuertes como las que sufrimos? Sin embargo, nada tenia ya que dar; todo estaba agotado. Hasta tuve que disminuir en la racion una onza de pan. Los escasos víveres que nos quedaban estaban estropeados en parte, y en cualquiera otro caso habriamos arrojado al mar todas nuestras carnes saladas; pero era preciso comer lo malo como lo bueno. ¿Quién podia saber cuándo todo aquello acabaria? Nuestra situacion era angustiosa en estremo; padeciamos á un tiempo con el pasado que habia debilitado nuestras fuerzas, con el presente cuyos tristes pormenores se repetian á cada instante, y con el porvenir cuyo término indefinido era casi el mas cruel de nuestros males. Mis penas personales se multiplicaban por las de los otros. Debo, sin embargo, publicar, que ninguno se dejó abatir, y que la paciencia fué siempre superior á las posiciones mas críticas. Los oficiales daban el ejemplo, y nunca los marineros cesaron de bailar por la tarde, lo mismo en nuestras miserias que en los dias de mayor abundancia. No fué necesario doblar su paga.

Seguimos constantemente á vista de la Nueva Bretaña hasta el 3 de agosto. Durante este tiempo hubo poco viento, las corrientes nos fueron contrarias y las naves marchaban menos que nunca. La costa se corria cada vez mas hácia el oeste. El 29, por la mañana, nos hallábamos mas cerca de ella que los otros dias. Esta proximidad nos valió la visita de algunas piraguas, de las cuales dos llegaron al alcance de la voz de la fragata y otras cinco se fueron á *l'Etoile.* Cada una traia cinco ó seis hombres negros con cabello lanoso y crespo; algunos traian la cabeza empolvada de blanco. Llevaban la barba bastante larga y adornos blancos en los brazos, á modo de brazaletes. Unas hojas de árboles cubrian su desnudez. Eran altos y nos parecian ágiles y robustos. Nos enseñaban una especie de pan y nos hacian señales para que fuésemos á tierra; nosotros les contestábamos que viniesen ellos á bordo; pero ni nuestras señales, ni algunos pedazos de tela que les arrojamos al mar, les inspiraron bastante confianza para visitarnos. Recojieron lo que les arrojamos, y á manera de gracias, uno de ellos nos envió con la honda una piedra que no llegó á la nave; no quisimos corresponder á su mala accion y ellos se retiraron todos á una, lanzando agudos gritos. Sin duda llevaron mas lejos las hostilidades contra *l'Etoile;* pues vimos que de ella dispararon algunos tiros que los pusieron en fuga. Sus piraguas son largas, estrechas y de batanga. Todas tienen la popa y la proa mas ó menos adornadas con esculturas pintadas de encarnado, que hacen honor á su destreza.

En la mañana siguiente vimos otras piraguas que sin dificultad se acercaron á la nave. Aquel de los hombres que asomaron que parecia ser el gefe, traia un palo de dos ó tres piés de largo, pintado de encarnado, con una cachiporra á cada estremo. Levantó este palo sobre su cabeza con sus dos manos

y permaneció un rato en esta actitud. Todos aquellos negros parecian haberse engalanado como ellos lo entienden ; unos traian la lana pintada de encarnado ; otros plumas en la cabeza ; otros pendientes con arracadas de ciertas semillas, ó grandes placas blancas y redondas colgadas al cuello ; en algunos se veian anillos atravesados por la nariz, y el adorno casi general consistia en unos brazaletes hechos con la boca de un grueso caracol aserrado. Quisimos entablar comercio con ellos, para ver si nos procurábamos algunos refrescos ; pero su mala fé nos hizo comprender al punto que no conseguiriamos gran cosa. Trataban de cojer lo que les proponian, y no querian dar nada. A duras penas les pudimos arrancar algunos ñames ; pero al fin se cansaron de darlos y se retiraron. Dos piraguas bogaban hácia la fragata, á la entrada de la noche ; un cohete que dispararon para hacer una señal, les puso en fuga precipitada.

Por lo demas, pareció que las visitas que nos habian hecho en aquellos dos últimos dias, no tuvieron otro móvil que el de reconocernos para concertar su plan de ataque. El 31, al amanecer, vimos un enjambre de piraguas que se destacaban de la costa ; una parte de ellas pasó á nuestro través sin detenerse, y todas dirijieron su marcha hácia *l'Etoile,* que sin duda habian observado era la mas pequeña de entrambas naves, y la que se quedaba detras. Los negros rompieron el ataque á pedradas y á flechazos. El combate fué corto ; una descarga de fusilería les puso en derrota ; muchos se arrojaron al mar, y algunas piraguas quedaron abandonadas ; desde aquel instante cesamos de verlos.

Las tierras de la Nueva Bretaña se corrian ahora al oeste cuarto noroeste y al oeste, y en esa parte bajaban considerablemente. No era ya aquella costa elevada y guarnecida de varias hileras de montañas ; la punta septentrional que descubriamos, era una tierra baja y cubierta de árboles de trecho en trecho. Los cinco primeros dias del mes de agosto fueron lluviosos y siempre con borrascas. Distinguiamos la costa por momentos, cuando el tiempo aclaraba algo, y sin poderla ver con detencion. Sin embargo, la observamos lo suficiente para convencernos de que las mareas nos seguian arrebatando una parte del escaso camino que haciamos cada dia. Entonces mandé navegar al noroeste, y luego al noroeste cuarto oeste, para evitar un laberinto de islas que están sembradas al estremo septentrional de la Nueva Bretaña ([1]). El 4, por la tarde, percibimos distintamente dos islas, que creo son las que Dampierre llama *isla Matias* é *isla Borrascosa.* La primera, alta y montañosa, se estiende sobre el noroeste ocho ó nueve leguas : la otra no tiene mas de tres ó cuatro, y entre las dos hay un islote. Una isla que creyeron distinguir el 5 á las dos de la madrugada al oeste, nos hizo correr al norte. No se engañaban, pues á eso de las diez la bruma, que hasta entonces habia sido muy densa, se disipó y pudimos ver al sudeste cuarto sur aquella isla que es pequeña y baja. Las mareas cesaron entonces de dirijirse al sur y al este, lo que nos pareció consistia en que habiamos pasado la punta septentrional de la Nueva Bretaña, que los holandeses llaman *cabo Solomaswer.* Entonces nos hallábamos á 0° 41′ de latitud meridional. Habiamos echado la sonda casi todos los dias sin hallar fondo.

Corrimos al oeste hasta el 7, con viento fresco y buen tiempo, sin ver tierra. El 7, por la tarde, al ponerse el sol, habiéndome parecido el horizonte, muy brumoso, un horizonte de tierra, desde el oeste hasta el oeste sudoeste, me determiné á mantenerme por la noche al sudoeste, cuarto oeste ; y al amanecer navegamos al oeste. En la mañana vimos á cinco ó seis leguas delante de nosotros, una tierra baja. Nos corrimos al oeste cuarto sudoeste y oeste sudoeste para pasar al sur, y la prolongamos á cosa de legua y media. Era una isla llana, que podria tener de largo unas tres leguas, toda cubierta de árboles y repartida en muchas divisiones ligadas por bancos de arena. En esta isla hay una gran cantidad de cocos, y en las orillas del mar se veian tantas chozas, que por ellas se podia juzgar que la tierra estaba muy poblada. Estas chozas son altas, casi cuadradas y están bien cubiertas. Nos parecieron mas espaciosas y de mejor aspecto que las cabañas de cañas de otros países, y creimos ver las

([1]) 3 de agosto. — « ... De un tiro mataron una tortuga que pesaba unas 140 libras, presa que nos fué de mucha utilidad. M. de la Giraudais suplicó á M. de Bougainville que fuera á disfrutar de ella en la cena, pero no quiso. Creo que M. de la Giraudais hizo muy mal en no enviar un pedazo á su comandante por muchas razones : la primera, porque todo se lo debe y la segunda, porque es su comandante. Si nosotros hubiéramos hecho semejante hallazgo, seguramente le habriamos repartido por mitad. » (Fesche.)

casas de Taiti. Se descubrian muchas piraguas ocupadas en la pesca al rededor de la isla; ninguna de ellas se movió para vernos pasar, y juzgamos que estos habitantes, que no eran curiosos, se hallaban contentos con su suerte. Nombramos esta isla, la *isla de los Anacoretas.* A tres leguas al oeste de ella vimos desde lo alto de los palos otra isla baja (¹).

La noche fué muy oscura, y algunas nubes fijas en el sur nos hicieron sospechar que teniamos tierra cerca. En efecto, al despuntar el dia vimos dos islas al sudeste cuarto sur, tres grados sur, á ocho ó nueve leguas de distancia. Aun no las habiamos perdido de vista á las ocho y media de la mañana, cuando tuvimos conocimiento de otra isla baja al oeste cuarto sudoeste, y poco despues vimos igualmente una infinidad de isletas que se estendian al oeste noroeste y al sudoeste de esta última, la cual puede tener dos leguas de largo; las demas, propiamente hablando, no son sino una cadena de islotes bajos y cubiertos de monte; el encuentro era desastroso. No obstante, habia un islote separado de los otros y mas al sur el cual nos pareció mas considerable. Nos dirijimos entre este y el archipiélago de islotes que nombré *el Ajedrez*, y que queria dejar al norte. Habia mucho que navegar para salir de allí. Aquella cadena, vista desde por la mañana, se prolongaba mucho mas lejos al sudoeste de lo que nosotros nos habiamos figurado.

Trataba, como acabo de decir, de doblarla al sur; pero á la entrada de la noche todavía estábamos enredados entre la cadena sin saber á punto fijo donde concluia. El tiempo muy cargado, no nos habia mostrado en un mismo instante todo lo que debiamos temer: para colmo de apuros, con la noche vino la calma, que no cesó hasta el otro dia. Pasamos toda aquella noche con el continuo recelo de que las corrientes nos arrojaran á la costa. Se echó la sonda repetidas veces sin hallar fondo. Uno de los mayores peligros de estas tierras es que no se puede fondear á la distancia debida, por los muchos arrecifes que hay por todas partes. Felizmente el tiempo se mantuvo sin borrasca; y aun á eso de media noche se levantó una brisa del norte, que nos sirvió para elevarnos un poco al sudeste. El viento refrescó á medida que el sol subia, y nos sacó de aquellas islas bajas que yo creia despobladas; al menos, en tanto que pudimos distinguirlas, no vimos ni humos, ni cabañas, ni piraguas. L'*Etoile* habia estado aquella noche mas en peligro que nosotros, pues permaneció largo rato á merced de la marea que la arrastraba visiblemente á la costa, hasta que el viento vino en su ayuda. A las dos de la tarde doblamos el islote mas occidental y navegamos al oeste sudoeste.

El 11, al mediodia, estando á 2° 17′ de latitud austral, distinguimos al sur una costa elevada que nos pareció ser la de la Nueva Guinea. Algunas horas despues, se vió mas claramente. Es una tierra alta y montuosa que por esa parte se estiende al oeste noroeste (²). El 12, á mediodia, nos hallábamos como á diez leguas de las tierras mas próximas á nosotros. Era imposible ver la costa á tal distancia; únicamente creimos distinguir una gran bahía hácia 2° 25′ de latitud sur, y tierras bajas en el fondo que solo se podian observar desde lo alto de los palos. Juzgamos tambien por la velocidad con que doblábamos las tierras, que las corrientes habian venido á sernos favorables; pero para apreciar con exactitud la diferencia que ocasionaban en nuestra derrota, habria sido preciso navegar muy lejos de la costa. Continuamos prolongándola á diez ó doce leguas de distancia. Corríase siempre al oeste noroeste y su altura es prodigiosa. Notamos sobre todo dos picos altísimos, muy próximos el uno al otro, y que superan en elevacion á los demas montes; les pusimos por nombre *los Dos Cíclopes* (³). Tuvimos ocasion de observar que las mareas corrian al noroeste. Efectivamente, al otro dia nos hallamos mas apar-

(¹) « En la mañana del 17 (julio de 1793), vimos la isleta baja que Bougainville solo habia distinguido desde los palos de su fragata. Segun nuestras observaciones, esta isla debe hallarse á 5 leguas al oeste cuarto noroeste de la isla mas septentrional de las islas Anacoretas. » (*Voyage d'Entrecasteaux*, redactado por Rossel.) — El grupo de las Anacoretas está situado á 1 grado de latitud norte y 143 grados de longitud este.

(²) Hácia el punto en que Dumont de Urville coloca la bahía Humboldt.

(³) « Por un lado los montes Cíclopes, y por el otro el monte Bougainville, como dos centinelas colosales, señalaron á los viajeros la proximidad de la bahía de Humboldt á mas de veinte leguas de distancia. Es probable que estas dos montañas gigantescas son las mismas que llama Cíclopes Bougainville; pero yo no he conservado ese nombre mas que á la que se halla al oeste de la bahía Humboldt, y que ofrece una altura mas considerable, con varios picos casi iguales. » (Dumont de Urville, *Voyage de l'Astrolabe.*)

tados de la costa de la Nueva Guinea, que aquí vuelve sobre el oeste. El 14, al amanecer, descubrimos dos islas y un islote, que parecia estar entre las dos, pero mas al sur ([1]); quedan entre sí al este sudeste y oeste noroeste corregidos, y están á dos leguas de distancia una de otra: son de mediana altura y no tienen cada una mas de legua y media de estension.

Adelantábamos poco cada dia. Desde que estábamos en la costa de la Nueva Guinea, teniamos con bastante regularidad una débil brisa de este ó de nordeste que principiaba á eso de las dos ó las tres de la tarde y que duraba hasta media noche; á esta brisa sucedia un intérvalo mas ó menos grande de calma, y luego venia brisa de tierra variable del sudoeste al sur sudoeste, la cual se acababa á eso del mediodia con dos ó tres horas de calma.

El 15, por la mañana, volvimos á ver la mas occidental de las dos islas que habiamos reconocido la víspera. Al mismo tiempo descubrimos otras tierras, que nos parecieron islas desde el sudeste cuarto sur hasta el oeste sudoeste, tierras muy bajas, mas allá de las cuales distinguiamos en lontananza las elevadas montañas del continente. La mas alta, que determinamos á las ocho de la mañana al sur sudeste del compas, se destacaba de las otras, y la nombramos el *Gigante Moulineau* ([2]). Dimos el nombre de la *Ninfa-Alie* ([3]) á la mas occidental de las islas bajas, al noroeste de Moulineau. A las diez de la mañana llegamos á un bajo donde las corrientes se inclinaban con violencia al norte y norte nordeste. Eran tan fuertes, que hasta el mediodia nos impidieron gobernar, y como nos llevaron muy lejos en alta mar, nos fué imposible hacernos cargo con exactitud de su verdadera direccion. El agua estaba allí cubierta de troncos de árboles flotantes y de diversas frutas, y al mismo tiempo estaba tan revuelta que creimos hallarnos sobre un banco, pero la sonda no nos dió fondo á 100 brazas. Esto parecia indicar aquí un gran rio en el continente ó un paso que cortaria las tierras de la Nueva Guinea, paso cuya abertura se hallaria casi al norte y sur ([4]). Tomaron la altura el caballero de Bouchage y M. Verron, y encontramos que nuestra longitud el 15 al mediodia era de 136° 16′ 30″ al este de Paris. Mis cálculos, seguidos desde la longitud determinada en el puerto Praslin, acusaban una diferencia de 2° 47′.

El 16 y el 17 casi estuvimos en calma, y el poco viento que sopló fué favorable. El 16 no se vió tierra hasta las siete de la mañana, y aun no pudo verse sino desde lo alto de los palos; era una tierra sumamente alta y cortada. Perdimos todo aquel dia esperando á *l'Etoile*, que dominada por la corriente, no podia seguir su derrota; y el 17, como estuviera muy apartada de nosotros, tuve que virar hácia ella para reunirnos, lo que no conseguimos hasta que iba á ser de noche. Fué esta noche muy borrascosa, con un diluvio de lluvia y truenos horrorosos. Los seis dias siguientes no fueron mejores; lluvia,

([1]) « Las islas Arimoa. La de en medio no es mas que un islote, y las otras dos no pasan de 3 ó 4 millas de estension La mas alta es la del oeste. » (Dumont de Urville, *Voyage de l'Astrolabe.*)

([2]) En recuerdo del cuento de Hamilton titulado el *Bélier* (morueco):

« Au temps jadis, certain héros,
» Tout des plus fiers et des plus hauts,
» Géant plus craint que le tonnerre
» Parmi ses malheureux vassaux,
» Dans ces lieux avait une terre,
» Quelques moulins, quelques ruisseaux,
» Dont avaient pris le nom de guerre,
» Ses devanciers, les Moulineaux. »

(En otro tiempo cierto héroe, — de los mas altos y orgullosos, — gigante mas temido que el rayo — entre sus infelices vasallos, — tenia en aquellos lugares unas tierras, — algunos molinos, algunos arroyos, — de los cuales habian tomado el nombre de guerra — sus antepasados los Moulineaux.)

([3]) Por igual recuerdo.

([4]) « Consideré como un hecho positivo, que estas aguas provenian de algun rio caudaloso que entra en el mar por esa parte de la costa. Bougainville observó el mismo hecho en el mismo punto, y sacó la misma conclusion. Precisamente por esa parte la tierra de la Nueva Guinea forma una punta baja y muy adelantada en el mar (punta de Urville). Todo induce á creer que esa punta se ha formado con las tierras traidas por un torrente considerable. Las observaciones de M. Jacquinot determinan la punta de Urville á 1° 24′ de latitud sur, y á 135° 27′ de longitud este. Las tierras, ó mas bien las islas que forman esa punta son seguramente aquellas que Bougainville indica al noroeste del Gigante Moulineau. Sin embargo, nada vimos que se pareciera á ese monte; sin duda la bruma nos ocultó su vista. » (Dumont de Urville, *Voyage de l'Astrolabe.*)

calma y poco viento. Es preciso hallarse en la posicion en que entonces estábamos nosotros para poder formarse una idea de lo que sufrimos [1].

El 20, pasamos la línea por segunda vez en nuestro viaje. Las corrientes seguian alejándonos de las tierras. Ni el 20 ni el 21 vimos tierra. Sin embargo, era esencial para nosotros ver la costa, y prolongarla bastante cerca, para no cometer algun error peligroso que nos impidiese desembocar en el mar



Sepulcro cerca de Doreri, en la Nueva Guinea [2], segun el Atlas de *la Coquille.*

de las Indias, y nos llevara á uno de los golfos de Gilolo. El 22, al despuntar el dia, tuvimos conocimiento de una costa mas elevada que ninguna otra parte de la Nueva Guinea de las que habiamos visto hasta entonces. Nos dirijimos á ella, y al mediodia la determinamos desde el sur sudeste 5 grados sur hasta el sudoeste, donde no parecia concluirse. Acabábamos de pasar la línea por la tercera vez. La tierra corria al oeste noroeste, y la seguimos determinados á no perderla hasta que hubiésemos llegado á su estremo, que los geógrafos llaman el cabo *Mabo*. En la noche doblamos una punta, y á la otra parte de ella la tierra, que seguia siendo muy elevada, no corria ya sino al oeste cuarto sudoeste, y al oeste sudoeste. El 23, al mediodia, veiamos una estension de costa de unas 20 leguas, cuya parte mas occidental nos quedaba casi al sudoeste á 13 ó 14 leguas. Estábamos mucho mas cerca de dos islas bajas y cubiertas de árboles, distantes una de otra como 4 leguas [3]. Nos acercamos á media

[1] 18 de agosto de 1768. — « ..... El príncipe de Nassau, cansado de comer carne salada, mandó matar un perro (cambiado en el estrecho de Magallanes), que se sacó á la mesa. Todos comieron de él y le hallaron bueno. Es el único cuadrúpedo que quedaba á bordo, escepto las ratas que se comen todos los dias; se comieron perros, gatos, ratas, cueros, etc. » (Fesche.)

[2] « Estas tumbas se hallan cerradas comunmente por una pared baja que sostiene una armazon de madera, protegida por una techumbre de hojas de palmera. A veces esta techumbre se halla adornada con delicadas esculturas; sobre una mesita que ocupa el centro del sarcófago, se ponen los huesos secos despues que han sido consumidas las carnes. » (*Voyage de la Coquille.*)

[3] Las islas Mispulu. Dumont de Urville, en el *Voyage de l'Astrolabe*, ha determinado su posicion por 129° 43′ de longitud este.

legua, y mientras esperábamos á *l'Etoile*, que se habia quedado bastante lejos, envié al caballero de Suzannet con dos de nuestras barcas armadas, á la mas septentrional de las dos islas, donde creiamos ver dos habitaciones y de donde esperábamos sacar algunos refrescos. Un banco que corria á lo largo de la isla y que se estiende bastante lejos al este, obligó á las barcas á dar un gran rodeo para doblarle. El caballero de Suzannet no halló chozas, ni habitantes, ni refrescos. Lo que de lejos nos habia parecido formar



Habitantes de la Nueva Guinea, segun el Atlas de *la Coquille*.

una aldea, no era mas que un conjunto de rocas minadas por el mar y abiertas en forma de cavernas. Los árboles que cubrian la isla no tenian ningun fruto propio para alimento del hombre. Sin embargo, se enterró allí una inscripcion. Las barcas no volvieron á bordo hasta las diez de la noche, cuando *l'Etoile* acababa de llegar. La vista continua de la costa nos hizo observar que las corrientes se inclinaban aquí al noroeste.

Despues de haber recojido nuestras barcas tratamos de prolongar la tierra, al menos tanto como lo permitieron los vientos constantes al sur y al sur sudoeste. Navegamos con la intencion de acercarnos á una isla grande que habiamos distinguido al ponerse el sol, al oeste y al oeste cuarto noroeste (¹). La luz del dia nos sorprendió aun á sotavento de esta isla. Su costa oriental, que puede tener siete leguas de larga, corre al norte y sur y en su punta meridional se ve un islote bajo y de poca estension. Entre ella y la tierra de la Nueva Guinea, que se prolonga aquí casi sobre el sudoeste cuarto oeste, se presentaba un vasto paso cuya abertura, de unas ocho leguas, queda al nordeste y sudoeste. El viento venia de allí y la marea inclinaba al noroeste. ¿Cómo se podia adelantar barloventeando así contra viento y marea? Sin embargo, lo probé hasta las nueve de la mañana, y viendo con dolor que todos nuestros esfuerzos eran infructuosos, hube de abandonar un desembocadero que yo creia hermosísimo para salir de aquella eterna cadena de islas.

Aquella mañana tuvimos dos alertas consecutivas. La primera vez gritaron que aparecia delante de nosotros una larga serie de escollos, y al punto echaron manos á las amarras; pero estos escollos, exa-

(¹) La isla de Waigiu, que visitó por primera vez Forrest en 1777.

minados despues atentamente, resultaron ser bajos con fuerte marejada, y proseguimos nuestro camino. Una hora despues, muchas personas gritaron de lo alto de los palos que se veia el fondo debajo de nosotros; la cosa era urgente, pero por fortuna la alarma fué muy corta. Hasta la habriamos creido falsa si *l'Etoile*, que estaba en nuestras aguas, no hubiese distinguido el mismo fondo durante dos minutos, pareciendo un banco de coral. Casi al norte y sur de este banco, que aun puede tener menos agua en ciertos puntos, hay una ensenada de arena sobre la cual vimos algunas chozas rodeadas de cocos. La observacion puede servir de punto de reconocimiento, pues hasta entonces no habiamos visto ninguna señal de habitacion en aquella costa. A la una de la tarde doblamos la punta del nordeste de la isla grande, que se estiende despues al oeste y al oeste cuarto sudoeste cerca de veinte leguas. La prolongamos y no tardamos en descubrir otras islas al oeste y al oeste cuarto noroeste. Al ponerse el sol vimos una que fué determinada al nordeste cuarto norte, á la cual se juntaba un banco que parecia estenderse hasta el norte cuarto noroeste; de modo que otra vez estábamos enredados.

Perdimos aquel dia al primer oficial de nuestra tripulacion, llamado Denys, que murió del escorbuto. Era de Saint-Malo y tenia unos cincuenta años, que habia pasado al servicio del rey. Los sentimientos de honor y los conocimientos que le distinguian en su profesion, hicieron que todos deplorásemos su pérdida. Otras cuarenta y cinco personas estaban atacadas del escorbuto, cuyos funestos progresos suspendian únicamente la limonada y el vino.

Pasamos la noche alerta, y el 25 al amanecer, nos hallamos rodeados de tierras. Ofrecíanse á nuestra vista tres pasos: el uno abierto al sudoeste, el segundo al oeste sudoeste, y el tercero casi al este y oeste. El viento no nos acordaba mas que este último y yo no le queria. No cabia duda que nos encontrábamos en medio de las islas de los Papuas; y era preciso evitar el caer mas lejos al norte temiendo, como he dicho ya, que fuésemos á parar á alguno de los golfos de la costa oriental de Gilolo. Lo esencial para salir de esos parages críticos, era elevarnos en latitud austral; ahora bien, mas allá del paso del sudoeste se distinguia al sur la mar abierta hasta donde alcanzaba la vista; por eso me decidí á barloventear para ganar esa salida.

Todas aquellas islas é islotes que nos encerraban son muy escarpados, de una altura mediana y están cubiertos de árboles. No vimos ningun indicio de que estén poblados.

El canal por donde desembocamos en la noche puede tener de dos á tres leguas de ancho. Está limitado al oeste por un conjunto de islas y de islotes bastante altos. Su costa del este que, á primera vista habiamos tomado por la punta mas occidental de la isla grande, no es tampoco mas que un conjunto de isletas y de rocas que, de lejos, parecen formar una sola masa, y las separaciones entre esas islas presentan al primer golpe el aspecto de hermosas bahías: esto lo reconociamos á medida que adelantábamos hácia esas tierras. Solo á las cuatro y media de la mañana conseguimos doblar los islotes mas al sur del nuevo paso, que nombramos el *paso de los Franceses* [1]. El fondo parece aumentar en medio de aquel archipiélago adelantando hácia el sur. Nuestras sondas hallaron á 55, 75 y 80 brazas, fondo de arena gris, fango y conchas podridas. Cuando estuvimos enteramente fuera del canal echamos la sonda sin hallar fondo.

Entonces mandé navegar al sudoeste.

El 26, al amanecer, descubrimos una nueva isla al sur sudoeste y poco despues otra al oeste noroeste. Al mediodia no se veia ya el laberinto de donde saliamos, y tomando la altura, encontramos 0° 23′ de latitud austral. Por quinta vez habiamos atravesado la línea. En la tarde, tuvimos conocimiento de una isleta al sudeste. Al otro dia, al amanecer, vimos otra, poco elevada, á nueve ó diez leguas al sur sudeste. Parecia correrse como unas dos leguas al nordeste y sudoeste. Un grueso cerro muy escarpado, y de una altura notable, que llamamos el *Gros Thomas*, se distinguió á las diez de la mañana [2]. En su

[1] Entrecasteaux atestigua la perfecta exactitud de los informes dados por Bougainville, sobre la navegacion del paso de los Franceses y del estrecho de Butun.

[2] Probablemente se trata de la isla Rouib, situada, segun Entrecasteaux, á 4′ 35″ de latitud meridional, y 127° 3′ 10″ de longitud oriental.

« El cono inmenso de esta isla, se distingue por todas partes en ese archipiélago á mucha distancia, y procura un reconocimiento muy cómodo. » (Dumont de Urville, *Voyage de l'Astrolabe.*)

punta meridional tiene un islote, y dos en la septentrional. Las corrientes habian cesado de llevarnos al norte; y al contrario, nos encontramos con una diferencia al sur. Esta circunstancia, unida á la observacion de la latitud, que nos ponia mas al sur que el cabo Mabo ([1]), me hizo creer firmemente que al fin entrábamos en el archipiélago de las Molucas.

El 27, por la tarde, descubrimos cinco ó seis islas, desde el oeste cuarto sudoeste 5 grados sur hasta el oeste noroeste del compas. Durante la noche nos mantuvimos á rumbos del sur sudeste, de manera que ya no se vieron el 28 por la mañana. Entonces distinguimos otras cinco isletas, hácia las cuales navegamos. Al mediodia las teniamos del sur sudoeste, 1 grado oeste, hasta el oeste cuarto sudoeste 1 grado sur, á la distancia de 2, 3, 4 y 5 leguas. Aun se distinguia el *Gros Thomas* al este nordeste 5 grados norte, como á cinco leguas. Tambien vimos entonces una nueva isla al oeste sudoeste, á siete ú ocho leguas. En aquellas veinticuatro horas tuvimos fuertes mareas, que parecian venir del oeste. Sin embargo, la diferencia de nuestros cálculos á la observacion meridiana, nos dió de diez á once millas sobre el sudoeste cuarto sur y sur sudoeste. A las nueve de la mañana, ordené á *l'Etoile* que dispusiera sus cañones y enviara una embarcacion á las islas del sudoeste, para reconocer si habia algun fondeadero, y si esas islas suministraban algunos productos interesantes.

Estuvimos casi en calma toda la tarde, y la embarcacion no volvió hasta las nueve de la noche. Habia arribado á dos de aquellas islas, donde no habia encontrado ninguna señal de habitacion ni de cultivo, ni ninguna clase de fruto. Los hombres de la embarcacion se disponian á retirarse, cuando con sorpresa vieron que un negro se acercaba solo en una piragua con dos batangas. Llevaba un pendiente de oro, que era un anillo, y estaba armado con dos azagayas. Se llegó á la embarcacion sin temor ni asombro, y como le pidieran algo de comer y beber, ofreció agua y un puñado de una especie de harina que parecia ser su alimento. Le dieron un pañuelo, un espejo y otras frioleras, que recibió riendo, pero sin admirarlas. Parecia conocer á los europeos, y se creyó que podria ser un negro fugitivo de alguna de las islas próximas donde tienen puestos los holandeses, ó que quizá habia sido enviado allí para la pesca. Los holandeses llaman á estas islas *las Cinco Islas* ([2]), y de tiempo en tiempo las hacen visitar. Nos dijeron que en otro tiempo eran siete, pero que dos quedaron sumerjidas en un terremoto, revolucion bastante frecuente en esos sitios. Entre esas islas hay una corriente prodigiosa, sin ningun fondeadero. Los árboles y las plantas son con poca diferencia como en la Nueva Bretaña. Nuestros hombres cojieron una tortuga que pesaba doscientas libras.

Desde entonces, continuamos sintiendo fuertes mareas que nos llevaban hácia el sur. Muchas veces echamos la sonda sin hallar fondo, y no tuvimos conocimiento mas que de una isla al oeste, á diez ó doce leguas de nosotros, hasta el 30 por la tarde, que distinguimos al sur y muy lejos, una tierra considerable. La corriente, que nos servia mas que el viento, nos acercó durante la noche, y el 31, al despuntar el dia, nos hallamos á siete ú ocho leguas: era la *isla Ceram* ([3]).

El 2 de setiembre, á las diez de la noche, tuvimos conocimiento de las tierras de la isla *Boreo* ([4]) por unos fuegos que estaban encendidos, y como mi proyecto era detenerme allí, nos mantuvimos aquella noche á la menor distancia posible. Sabia que los holandeses tenian allí un establecimiento, que aunque poco importante, era muy rico en refrescos. En la ignorancia profunda en que nos hallábamos de la situacion de los asuntos en Europa, no nos convenia ir á saber las primeras noticias en medio de estranjeros sino en un lugar donde fuésemos nosotros los mas fuertes.

([1]) Bougainville se pregunta qué cabo es ese y donde está situado. Como él, los viajeros modernos no mencionan el cabo Mabo, que los antiguos geógrafos colocaban en la parte noroeste de la Nueva Guinea.

([2]) Las principales islas vistas por Dumont de Urville que, en junio de 1828, atravesó el paso de los Franceses para ir á Buru, son los grupos de Gagui, Boo y Pisang.

([3]) De las Molucas. « Ceram, esa isla grande y montuosa, poblada por una raza feroz y guerrera que los holandeses no han podido subyugar, es una de las tierras cuya dominacion seria importante para hacer descubrimientos de historia natural. » (Lesson, *Voyage de la Coquille.*)

([4]) Varios navegantes franceses han visitado la isla Buru ó de Boreo, como escriben los holandeses, que se la arrebataron al sultan de Ternate. Apenas conocemos esta isla que es fertilísima; tiene 18 leguas de largo del este al oeste, sobre una anchura de 13 leguas del norte al sur. Los malayos la han llamado con razon Buru ó isla de los Pájaros, por los muchos vo-

No sin grandes movimientos de alegría descubrimos al amanecer la entrada del *golfo de Cajeli* ([1]), donde tienen los holandeses su establecimiento; era el término señalado á nuestras mayores miserias. El escorbuto habia hecho entre nosotros crueles destrozos, desde nuestra salida del puerto de Praslin; nadie podia decir que estaba enteramente sano, y la mitad de nuestras tripulaciones se hallaba incapaz de hacer ningun trabajo. Ocho dias mas pasados en el mar, habrian seguramente cortado la vida á un crecido número de nuestros hombres, y casi todos habrian enfermado. Los víveres que nos quedaban estaban tan podridos y su olor era tan pestífero, que los momentos mas terribles de nuestros tristes dias, eran aquellos en que la campana nos llamaba á comer de aquellos alimentos tan repugnantes y mal sanos. ¡Cuánto esta situacion embellecia aun á nuestros ojos el aspecto encantador de las costas de Boreo! A eso de media noche, un olor agradable exhalado de las plantas aromáticas de que están cubiertas las islas Molucas, llegaba hasta muchas leguas en alta mar y parecia ser el precursor que anunciaba el fin de nuestros males. La vista de una poblacion bastante grande, situada en el fondo del golfo; nuestras naves ancladas, los ganados que erraban por los prados inmediatos á la poblacion, todo esto causó transportes de que yo fué partícipe y que no podria pintar.

Apenas habiamos echado el ancla cuando dos soldados sin armas, de los cuales el uno hablaba francés, vinieron á bordo á preguntarme, de parte del residente de la factoría, qué motivos nos habian traido á aquel puerto, pues no debiamos ignorar que su entrada solo estaba permitida á los buques de la Compañía holandesa. Yo envié con ellos un oficial para declarar al residente que la necesidad de tomar víveres nos habia obligado á entrar en el primer puerto que habiamos visto, sin permitirnos parar la atencion en los tratados que prohibian á las naves estranjeras la arribada en los puertos de las Molucas, y que saldriamos así que él nos hubiera suministrado los socorros que mas necesitábamos. Los dos soldados volvieron poco tiempo despues, para comunicarnos una órden firmada por el gobernador de Amboine, de quien depende directamente el residente de Boreo, y en cuya virtud le está prohibido á este el recibir en su puerto ningun buque estranjero. El residente me suplicaba al mismo tiempo, que le diera por escrito una declaracion de los motivos de mi arribada, á fin de que con ella pudiese justificar ante su superior, á quien la enviaria, la conducta que se veia precisado á observar con nosotros recibiéndonos en el puerto. Su demanda era justa y accedí á ella dándole una declaracion firmada, en la cual manifestaba que habiendo salido de las islas Maluinas y queriendo ir á la India pasando por el mar del Sur, los vientos contrarios y la falta de víveres nos habian impedido llegar á las Filipinas, obligándonos á pedir socorros indispensables en el primer puerto de las Molucas, socorros que le suplicaba me facilitara en nombre de la humanidad.

Desde aquel momento cesaron las dificultades; el residente, descargado ya de responsabilidad con la Compañía, hizo de tripas corazon, como suele decirse, y nos ofreció de lo que tenia, como si todo hubiera sido suyo. A eso de las cinco salté á tierra con varios oficiales para hacerle una visita, y á pesar de la turbacion que le causó nuestra llegada, nos recibió afectuosamente; nos convidó á cenar y aceptamos con el mayor gusto. El espectáculo del placer y la avidez con que comiamos, le probó mejor que nuestras palabras que no sin fundamento nos quejábamos de que teniamos hambre. Todos los holandeses estaban estasiados; no se atrevian á comer, temiendo privarnos á nosotros de las cosas que ellos tomarian. Es preciso haber sido marino, y haberse visto reducido á las miserias que sufrimos nosotros durante muchos meses, para poder formarse una idea de la sensacion que produjo la vista de ensaladas y de una buena

átiles de rico plumage que contiene. La mayor parte de los seres inscritos en nuestras obras de historia natural, bajo el nombre de Amboine, provienen en efecto de Buru y de Ceram, las tierras mas ricas de las Molucas, situadas bajo el ecuador y cubiertas de profundos bosques. » (Lesson.)

Treinta años despues de haber estado Bougainville en la isla Buru, los franceses de la espedicion del contra-almirante Entrecasteaux vieron allí dos ancianos qne le habian conocido, y que no pudieron menos de verter lágrimas de ternura cuando oyeron pronunciar su nombre.

([1]) « La bahía de Cayeli, que toca á la isla de Buru en su parte septentrional, es vasta, profunda, segura y muy ancha en su embocadura donde se dibujan las puntas Lissottetti al norte, y Ruba al este. La bonita aldea de Cayeli está á las orillas del mar, al sudoeste. Visto de la rada, el panorama del verde paisage que se estiende á los ojos del viajero, tiene un encanto indefinible. » (Lesson.)

cena en hombres que se hallaban en tan duro trance. Aquella cena fué para mí uno de los momentos mas deliciosos de mi vida; tanto, que envié á bordo de las naves alimentos para que todos cenaran como nosotros.

Convinimos en que tendriamos venado diariamente, para que nuestras tripulaciones comieran carne fresca durante nuestra permanencia allí; y que al marcharnos nos darian diez y ocho bueyes, algunos carneros y las aves que pidiéramos. Hubo que suplir el pan con arroz, que es el alimento de los holandeses. Los isleños viven con pan de sago que estraen del corazon de una palmera á que dan este nombre; ese pan se parece al cazabe. No pudimos tener la abundancia de verduras que nos habria sido tan saludable, pues las gentes del país no las cultivan; el residente nos dió algunas, para los enfermos, de las huertas de la Compañía.

La Boudeuse y *l'Etoile* salieron el 7 de Boero, se dirijieron á Batavia, y de aquí regresaron por el estrecho de la Sonda, la isla de Francia y el cabo de Buena Esperanza.

El 16 de febrero de 1769, Bougainville entró en el puerto de Saint-Malo, « sin haber perdido mas que siete hombres durante los dos años y cuatro meses que habian transcurrido desde su salida de Nantes. »

Bougainville mandó los navíos de línea durante la guerra de América; fué nombrado comandante de escuadra en 1779, y mariscal de campo de los ejércitos de tierra en 1780. Diez años despues obtuvo el mando del ejército naval de Brest. Quiso emprender un viaje al polo; pero el ministro que se hallaba entonces á la cabeza de la administracion, no se mostró favorable al proyecto.

En 1796, fué elejido miembro del Instituto, en la seccion de geografía; y murió á la edad de ochenta y nueve años, el 31 de agosto de 1811.

BIBLIOGRAFIA.

MANUSCRITOS. — Testo conservado en el Depósito de la marina. Parece ser de distintas manos, y debe haber pertenecido al conde de Estaing. Es igual al viaje impreso, escepto la Epístola dedicatoria, el Discurso preliminar, el Vocabulario y las observaciones. Hé aquí su título : *Voyage autour du monde*, par les vaisseaux du roi *la Boudeuse* et *l'Étoile*, en 1766, 1767, 1768 et 1769 (avec cartes manuscrites en papier huilé) ; en fol. menor, encuadernado. — Fesche (Pierre), *Journal de navigation* pour servir à moi Charles-Félix-Pierre Fesche, volontaire sur la frégate du roi *la Boudeuse*, commandée par M. le chevalier de Bougainville, capitaine de vaisseau, armée en partie à Nantes, en partie à Brest, dans l'année 1766; ladite frégate montant vingt-six pièces de canon de douze et deux cent vingt hommes d'équipage, destinée pour faire le tour du monde, commencé le 4 octobre 1766; 3 cuadernos en 4º (conservado en la biblioteca del Museo de Paris). — Commerson (Philibert), *Mémoires pour servir à l'histoire du voyage fait autour du monde par les vaisseaux du roi* la Boudeuse *et* l'Étoile, *pendant les années 1766-1768*; 7 cahiers in-fol. rédigés par nous, Philibert de Commerson, D. M., et médecin naturaliste envoyé du roi et de l'Académie royale des sciences de Paris; avec des dessins, cartes et plans faits à la plume (conservadas en la biblioteca del Museo de Paris). — Vivès, *Journal manuscrit du voyage autour du monde, sous le commandement de Bougainville.*

TESTO IMPRESO. — *Voyage autour du monde* par la frégate *la Boudeuse* et la flûte *l'Étoile*; Paris, en 4º, 1771; 2 vol. en 8º, 1772; — Neufchâtel, en 8º menor, 1778; — Neufchâtel, en 12, 1775. — Banks et Solander, *Supplément au Voyage de Bougainville,* ou Journal d'un voyage autour du monde en 1767, 1768, 1769, 1770, 1771, 1773, 1774, 1775; Paris, 2 vol. en 8º, 1782. (Esta obra solo por su título se refiere al viaje de Bougainville.)

Están para publicarse las *Mémoires de Bougainville* sobre la guerra del Canadá, obra inédita hasta el dia.

OBRAS DE CONSULTA. — George Forster, *A voyage round the world;* London, 2 vol. en 4º mayor, 1777. — James Cook, *A voyage to the Pacific ocean, undertaken*, etc., etc., in the years 1777, 1778, 1779, 1780; London, 4 vol. en 8º mayor, 1784. — Lieut. William Bligh, *A voyage of south sea*, etc., etc., London, en 4º mayor, 1792. — Vancouver, *A*

voyage of discovery to the north Pacific ocean; London, 4 vol. en 4º mayor y en fol. mayor, 1798. — William Wilson, *A missionary voyage to the southern Pacific ocean*, etc., etc.; including details never before published of the natural and civil state of Tahiti; London, en 4º mayor, 1799. — John Turnbull, *A voyage round the world*, in the years 1800, 1801, 1802, 1803 and 1804, etc., London, en 4º, 1813.—Turnbull (le subrécargue), *Relation du voyage du* Margeret, *capitaine Byers, à Taïti.* — *Missionary Register*, numéro de mars 1822. — Will. Ellis, *Polynesian researches*, etc.; London, 2 vol. en 8º mayor, 1829. — Capitaine J. Dumont d'Urville, *Mémoires sur les îles du grand Océan* (del *Bulletin* de la Société de géographie, 1831). — Marius Pascal, *Essai historique sur la vie et les ouvrages de Bougainville;* mars 1831, en 8º. — F.-W. Beechey, *Narrative of a voyage to the Pacific and Beering's strait;* London, 2 vol. en 4º mayor, 1831. — *Annales de la propagation de la foi*, numéros 48 et 49 (setiembre y noviembre 1836). — Moerenhout, *Voyages aux îles du grand Océan*, etc.; Paris, 2 vol. en 8º, 1837. — P. Lesson, *Voyage autour du monde*, etc.; Paris, 2 vol. en 8º, 1838.— W.-H. Leigh, *Reconnoitering voyages, travels and adventures in the new colonies of south Australia*, etc.; London, en 8º mayor, 1839. — Dumont d'Urville, *Voyage au pôle sud et dans l'Océanie, sur les corvettes* l'Astrolabe *et* la Zélée, pendant les années 1837, 1838, 1839 et 1840; Paris, 10 vol. en 8º, 1842. — Vincendon Dumoulin, *Esquisse historique et géographique des îles Taïti*, etc.; Paris, 2 vol. en 8º, 1844.—John Maggillivray, *Narrative of the voyage of Rattlesnake*, commanded by the late captain Owen Stanley, during the years 1846-1850; London, 2 vol. en 8º, 1852.

V. en la Bibliografía que sigue á la relacion de la Perouse, el párrafo de los viajes al rededor del mundo.

JAMES COOK,

NAVEGANTE INGLÉS.

[1769-1778.]



James Cook, segun una pintura de Dance.

En el registro parroquial del pueblecillo de Marton, en el Yorkshire, se lee lo siguiente: « 1728, el 3 de noviembre, ha sido bautizado James, hijo de James Cook, jornalero (¹).»

En efecto, el padre del ilustre capitan Cook, era, en 1728, un modesto criado de un arrendador de Marton, llamado Mewburn. Era oriundo de Ednam, aldea de las márgenes de Tweed, patria del poeta Thompson, y estaba casado con una aldeana llamada Gracia.

En 1736, la familia Cook fué á vivir á Ayton, parroquia vecina de Marton; envióse al niño James á la escuela de la aldea, lo que no le impedia trabajar al mismo tiempo con su padre en la hacienda de Airyholm, donde estuvo empleado algun tiempo como mozo de cuadra. A los diez y seis ó diez y siete años, entró á servir como aprendiz en casa de un mercader, llamado William Sanderson, en Staiths, ciudad marítima donde se hace un gran comercio de pescado (²). Dos años despues, con el consenti-

(¹) La cabaña donde nació James Cook, se componia de dos cuartos pequeños; fué derribada en 1786, por el mayor Rudd, que en aquella época se hizo edificar una quinta á poca distancia de allí.

(²) La casa de Sanderson fué derribada por el mar, pero en Staiths, en la tienda de Mr. Richard, se conserva aun el mostrador, detras del cual sirvió Cook á los habitantes de la ciudad.

miento de sus padres, dejó este aprendizage para aprender el oficio de marino, bajo el patrocinio de un tal Juan Walker, maestro marinero en Whitby, cuyos buques transportaban el carbon á lo largo de las costas de Inglaterra y de Irlanda ([1]). Uno de estos buques fué enviado á Noruega, en 1749, y con este viaje terminó James Cook el tiempo de su empeño con Walker. Luego sirvió en otros varios buques carboneros é hizo un viaje al Báltico. En 1755, al principiar las hostilidades entre la Francia y la Inglaterra, servia en el buque *la Amistad*, y este se hallaba en el Támesis. La *leva de marineros* se ejercia con el mayor rigor, y James Cook resolvió sustraerse á ella yendo á alistarse voluntariamente á bordo del *Aguila (the Eagle)*, buque de 60 cañones, mandado por el capitan Hamer y despues por el capitan Palliser (sir Hugh). De allí á pocos dias le enviaron de Withby varias cartas de recomendacion, y él mismo, por su parte, supo conciliarse en breve el aprecio y las gracias de sus gefes y de sus compañeros. Del *Aguila* le enviaron al *Pembroke*, y luego á otros varios buques. El 15 de mayo de 1758, servia, con el grado de master (patron), en *el Mercurio*, buque que formaba parte de la escuadra enviada para secundar las operaciones del general Wolf, en el Canadá. Encargóse á Cook que sondara el álveo del rio San Lorenzo, por la parte de Quebec, y desempeñó con toda felicidad esta comision, á pesar de los peligros que le rodeaban. Despues de la toma de Quebec hizo aun otros servicios, y fué nombrado patron de un buque de alto bordo, *el Northumberland*, donde halló nuevas proporciones para adquirir conocimientos científicos y prácticos, mas profundos. Algun tiempo despues, en 1764, sir Hugh Palliser fué enviado como gobernador á Terranova, é hizo nombrar á Cook inspector marítimo de esta isla y del Labrador, con el encargo de sondar una parte de las costas. La exactitud de sus trabajos hidrográficos mereció los elogios del ministerio, y una memoria que dirijió á la Sociedad real de Londres, sobre un eclipse de sol observado en Terranova, le atrajo al mismo tiempo la atencion de los sabios.

En 1769, la Sociedad real de Londres solicitó del rey Jorge que se enviase una espedicion á Oceanía para observar el paso del planeta Venus por el disco del sol. El sabio geógrafo Dalrymple, hidrógrafo en gefe del almirantazgo, nombrado en un principio para mandar esta espedicion, suscitó tantas dificultades con sus exigencias, que el gobierno renunció á valerse de él, y acordándose de los servicios y talentos de Cook, nombró á este alferez (el 25 de mayo) y le confirió el mando de la espedicion. Escogió, en Whitby, un buen buque de los que conducian el carbon de piedra, del porte de 360 toneladas y le intituló *la Empresa (the Endeavour)*; agregáronle artistas y sabios, entre otros á Carlos Green, nombrado astrónomo por la Sociedad real, y al doctor Solander, naturalista sueco, discípulo de Lineo. Un caballero rico, generoso, celoso por los adelantos de la ciencia, Banks (despues sir José), se juntó voluntariamente á esta asociacion de hombres eminentes.

La Empresa partió de Plymouth el 26 de agosto de 1768, hizo escala en Rio Janeiro, viró el cabo de Hornos, descubrió muchas islas del archipiélago Pomotú, y llegó el 13 de abril de 1769 á la bahía Matavai de la isla Taiti, que Wallis habia llamado Puerto Real (Port-Royal), y designado como el parage mas favorable para servir á la observacion astronómica, objeto principal de la espedicion. La permanencia de Cook en el archipiélago de la Sociedad duró hasta el 9 de agosto. El 13 de este mes, descubrió la isla de Oteroah ú Ohiteroa ([2]).

Tal fué el principio de las osadas y brillantes espediciones que han dado tanta y tan justa popularidad al nombre de Cook, cautivando toda la atencion de la Europa por espacio de diez años.

El primer descubrimiento de importancia de este gran navegante, fué Nueva Zelandia, tierra que Abel Tasman encontró en 1642, pero que nadie habia vuelto á ver ciento veinte y siete años hacia.

Despues de haber dado la vuelta á Nueva Zelandia y demostrado, de este modo, que no era á la costa septentrional del supuesto continente á la que se puso por nombre *Terra australis incognita* ([3]), descubrió Cook la costa oriental de la Nueva Holanda, que apellidó la Nueva Gales del Sur (New-South-Wales).

([1]) « Como el comercio de carbon se hace en Inglaterra en unas costas sumamente peligrosas, y requiere una incesante vigilancia de parte de los marinos, es para estos una escelente escuela práctica. » (W. Desborough-Cooley.)

([2]) Ohiteroa ó isla Rurutú, situada á 23 grados de latitud sur y 93 grados de longitud oeste; forma parte del grupo de Tubuai, al sur de Taiti. Las islas de este grupo son : Tubuai, Ohiteroa, Rimetara, Vavitu ó Raivavai.

([3]) Véanse las relaciones de QUIRÓS y de MENDAÑA.

Este primer viaje, terminado en 12 de junio de 1770, escitó á la vez viva admiracion y animadas discusiones. Los geógrafos tenian suma dificultad en aceptar la idea de la existencia de un continente austral. El mismo Cook deseaba completar sus descubrimientos, y el gobierno no titubeó en confiarle el mando de una nueva espedicion. Partió, pues, el 13 de julio de 1772 con dos buques, *la Resolucion*



Fragmento del itinerario de Cook.

y *la Aventura*: como habia tenido la desgracia de ver morir al astrónomo Green, entre Java y el cabo de Buena Esperanza, esta vez le acompañaron dos astrónomos, Wales y Bayley; dos naturalistas, Reinhold Forster y su hijo, y un hábil dibujante, Hodges.

En esta segunda esploracion, llegó Cook hasta mas allá del 65° de latitud sur, sin encontrar tierra alguna; por do quiera que tendia la vista no percibia mas que hielos. Volvió á Nueva Zelandia y fondeó

en la bahía Sombría (Dusky-Bay). Luego fué á las islas de la Sociedad y á las del archipiélago Peligroso, arribó otra vez á Nueva Zelandia, y queriendo llevar á cabo su esploracion de los mares antárticos, se adelantó hasta el 71° de latitud sur, donde se halló detenido por los hielos. A su regreso hizo escala en la isla de Pascuas ([1]), visitó las Marquesas de Mendaña ([2]), volvió á las islas de la Sociedad, encontró el archipiélago de Quirós, al cual apellidó Nuevas Hébridas, descubrió despues la Nueva Caledonia y la isla de Norfolk, y despues de visitar por tercera vez Nueva Zelandia, volvió á Europa por el cabo de Hornos.

Enfin, en 1776, cuando todo inducia á creer que Cook, ascendido al empleo de post-capitan y recompensado con una rica pension, iba á descansar de sus fatigas y gozar de una vida tranquila, se le ve embarcarse por tercera vez en los buques *la Resolucion (the Resolution)*, y *el Descubrimiento (Discovery)*, para buscar el paso del norte por el estrecho de Behring; agregáronse á él el sabio Anderson, naturalista; William Bayley, astrónomo y Weber, artista. Partió de Plymouth el 12 de julio, se detuvo en la tierra de Van-Diemen, en Nueva Zelandia, halló varias isletas (Mangeea, Wateoo, etc.), volvió á ver las islas de los Amigos, descubrió las de Sandwich, y adelantándose luego hácia el norte, penetró en el estrecho de Nootka, que ningun europeo habia visitado aun, en el del Príncipe Guillermo, llegó al cabo del Príncipe de Gales, á San Lorenzo Bay, á la costa de los Tshuktzki y se adelantó hasta el 70° 51′ de latitud norte y al 198° de longitud. Despues de haber observado la punta estrema de la América septentrional (*Icy-Cap*, cabo de Hielo), y luego el cabo Norte, en la costa de Asia, á los 68° 56′ de latitud y á los 180° 51′ de longitud, tuvo que renunciar á buscar mas adelante el paso en el Atlántico; volvió, pues, á las islas Sandwich, donde halló la muerte, en la costa de Owhyhea ó Hauai, en circunstancias que mencionaremos.

Siéndonos imposible reproducir la relacion entera de estos tres célebres viajes, hoy dia traducidas en todas las lenguas, hemos creido útil estraer algunos de los pasages, que se refieren á tres descubrimientos de los mas importantes de Cook; el de Nueva Zelandia, Nueva Gales del Sur y Nueva Caledonia ([3]).

NUEVA ZELANDIA ([4]).

Paso de Oteroah á Nueva Zelandia. — Incidentes que sobrevinieron despues del desembarco y mientras estaba anclado el buque en la bahía de la Pobreza.

Partimos de Oteroah ([5]) el 15 de agosto de 1769, y el viernes 25 celebramos el aniversario de nuestra salida de Inglaterra, con un queso de Chester que habiamos guardado espresamente para este objeto, y con un tonel de cerveza fuerte, que salió escelente.

([1]) Descubierta en 1772 por el almirante holandés Roggeween, que la denominó *Paassen* (Pascuas), y esplorada cuidadosamente por la Perouse, como puede verse en la relacion de este viajero.

([2]) Véanse las relaciones de Mendaña y Quirós.

([3]) Véase en la *Bibliografía* una nota relativa á la redaccion original de los tres viajes, y á los dibujos.

([4]) La Nueva Zelandia se compone de dos islas, una septentrional llamada por Cook *Eaheino-Mauwe*, que debe escribirse con mas propiedad *E-ika-na-mauwi* (Pescado *de Mauwi*, el primer hombre creado); otra meridional llamada *Tawai-Puna-Mu*, es decir, «la ballena que produce el jade verde.» Se evalúa en unas cuatrocientas leguas la longitud de ambas islas reunidas, y en unas veinte y cinco su latitud media. Hoy dia se cuentan unos 200,000 habitantes en la primera, y cerca de 50,000 en la segunda, que es mucho menos fértil.

Descubierta por Tasman, en 1642, y vuelta á hallar por Cook en 1769, fué despues esplorada por el capitan Marion du Frêne, que fué devorado por los nuevo-zelandeses, con diez y seis franceses mas; en 1773 y 1777 fué visitada de nuevo por Cook; en 1791 por Vancouver; en 1793 por Entrecasteaux; mas tarde por Hansen y Dalrymple, capitanes mercantes; en 1805 por Savage y por Baden, Richardson, Moody, etc. Entre los esploradores mas recientes de Nueva Zelandia, citaremos á Thompson, que la visitó en 1816; á Liddiard-Nicholas, habitante de Nueva Gales del Sur, en 1817; á Marsden, en 1819; á Richard Cruise, en 1820; al capitan Duperrey, en 1824; al capitan Dillon, Dumont d'Urville y Earle, en 1827; á John James, en 1828; al capitan Place, en 1831.

([5]) Véase la nota 2 de la pág. 340.

El 29, uno de los marineros se embriagó en tal estremo, que murió al siguiente dia por la mañana; despues supimos que el segundo contra-maestre, de quien era ayudante, le habia dado, por pura condescendencia, parte de una botella de rom.

El 30, vimos el cometa; á la una de la mañana estaba algo encima del horizonte, en la parte oriental del cielo. Tupia ([1]), que observó tambien el cometa, esclamó al momento, que, « en cuanto le viesen los habitantes de Bolabola, irian á matar á los de Ulietea ([2]), y que estos se escaparian con precipitacion á las montañas.

El 1º de setiembre, estando á 40° 22′ de latitud sur, y á 174° 29′ de longitud oeste, sin ver asomo de tierra, con fuertes oleadas del oeste, y violentas ráfagas, viré de bordo y navegué de nuevo hácia el norte, temeroso de que las velas y jarcias de los buques sufriesen alguna avería que nos impidiese continuar nuestro viaje.

Al siguiente dia, siendo aun muy fuertes las ráfagas de viento por parte del oeste, me puse al pairo con la proa hácia el norte; pero el 3 por la mañana, habiéndose calmado el viento, desplegamos las velas y navegamos de bolina hácia el oeste.

El 24, estando á 33° 18′ de latitud y 172° 51′ de longitud, vimos algunas yerbas marinas y una pieza de madera cubierta de mariscos.

El 27, vimos un lobo marino dormido en el agua, y muchos paquetes de yerbas marinas; el 29, vimos un pájaro que creimos era un ave terrestre, y se parecia á una becada, pero tenia el pico corto.

El 1º de octubre, vimos un sinnúmero de pájaros, y otro lobo marino durmiendo encima del agua. La creencia general es que los lobos marinos no se alejan mucho de tierra, y que solo se les ve en los parages donde la sonda halla fondo; pero los que nosotros hallamos en aquellos mares demuestran lo contrario; sin embargo, es cierto que las yerbas marinas eran una indicacion segura de que la tierra no se hallaba lejana. Vimos aun muchos mas fucos y otro pedazo de madera cubierto de mariscos. Al dia siguiente, descubrimos otros dos lobos marinos y un pájaro negro, casi tan grande como un cuervo, pero con unas plumas blancas debajo de las alas. M. Gore nos dice que esta especie de pájaros era muy numerosa en las cercanías de las islas Falkland; nuestros marineros le pusieron por nombre *gallina de puerto Egmont*.

El 5, nos pareció ver que cambiaba el color del agua, pero no hallamos fondo á 180 brazas.

Al siguiente dia, 6 de octubre, descubrimos tierra desde la gabia mayor al oeste cuarto noroeste. Dirijímonos al momento hácia allí, y por la tarde podiamos ya distinguir, desde cubierta, aquella tierra que parecia considerable ([3]). A media noche me puse al pairo.

El 7, tuvimos calma, y no pudimos acercarnos á tierra sino muy despacio. Por la tarde, se levantó una pequeña brisa cuando nos hallábamos aun á unas siete ú ocho leguas. Esta tierra nos pareció mas grande á medida que la veiamos mas distintamente; tenia cuatro ó cinco líneas de colinas, unas mas altas que otras, y encima de ellas una cordillera de montañas que nos parecieron altísimas. Este descubrimiento dió lugar á muchas conjeturas, pero la opinion general era que habiamos hallado lo que se ha llamado *Terra australis incognita* ([4]).

A eso de las cinco, vimos la abertura de una bahía que nos pareció se adelantaba bastante lejos en lo interior. Dirijímonos al momento allá, y notamos tambien que salia humo de varias partes de la costa. Habiendo sobrevenido la noche, barloventeamos hasta el amanecer del siguiente dia, y entonces nos hallamos á sotavento de la bahía, con viento norte. Vimos entonces que las colinas estaban pobladas de bosques y que habia en los valles árboles muy gruesos. A mediodia, quisimos entrar en la bahía por la punta que está al sudeste, pero no habiendo podido darla la vuelta, viramos de bordo y nos internamos en

([1]) Antiguo ministro de la reina de Taiti. Solicitó seguir á los ingleses en sus viajes.

([2]) Islas que forman parte del archipiélago de la Sociedad. (Véase la relacion de BOUGAINVILLE.)

([3]) Era Nueva Zelandia (costa oriental de la isla septentrional). El 12 de diciembre del mismo año, recorrió Surville esta misma tierra, por la latitud austral de 35° 37′. El 17 fondeó en una bahía que denominó *bahia de Lauriston*.

Tasman habia entrado en el estrecho que separa ambas islas, el 13 de diciembre de 1642.

([4]) Véanse las relaciones de QUIRÓS y MENDAÑA.

el mar. En medio de la bahía, distinguimos muchas piraguas que se dirijian hácia la orilla sin hacer caso del buque. Vimos tambien unas casitas muy pequeñas, pero limpias, y cerca de ellas un grupo de hombres sentados en el suelo, que nos parecieron ser los mismos que habiamos visto en las piraguas. En una pequeña península situada en la punta nordeste, divisamos distintamente una estacada alta y regular que rodeaba toda la cima de la colina, lo que dió lugar á muchas conjeturas; unos creian que era un parque para gamos, y otros le tomaban por un redil de vacas y carneros (1).

A eso de las cuatro de la tarde, echamos el áncora en la costa noroeste de la bahía, delante de la entrada de un rio pequeño, á una media legua de la costa, con diez brazas de agua y un buen fondo arenoso. Los costados de la bahía estaban formados por rocas blancas muy altas. El interior es una tierra morena con colinas que sobresalian por grados, unas detras de otras, y terminaban en la cordillera de montañas ya citada; estas montañas parecian ser muy elevadas (2).

Por la tarde, fuí á tierra con Banks y Solander en la lancha y la pinaza, tripuladas con un buen destacamento. Desembarcamos delante del buque, en el costado oriental del rio, ancho de unas cuarenta varas; vimos, en la orilla occidental, á muchos habitantes á quienes queria hablar, y como el rio no era vadeable, le atravesamos con la lancha, dejando la pinaza á la entrada. Al acercarnos al parage donde estaban reunidos los naturales del país, echaron á correr todos ellos, y nosotros saltamos á tierra dirijiéndonos hácia las casillas, despues de haber dejado la lancha custodiada por cuatro grumetes. Distaban las casillas unas trescientas varas de la orilla, y apenas nos halíábamos á una corta distancia del buque, salieron de las selvas cuatro hombres armados con lanzas y se abalanzaron hácia la lancha, que hubieran sin duda arrebatado, si los que estaban en la pinaza no les hubiesen descubierto y advertido á los de la lancha que se dejasen arrastrar por la corriente; hiciéronlo así, pero viéndose perseguidos de cerca por los cuatro agresores, el que mandaba la pinaza disparó un fusilazo por encima de las cabezas de aquellos indios, á cuyo estruendo se pararon mirando á su alrededor; pero al cabo de algunos minutos volvieron á la carga, blandiendo las lanzas de un modo amenazador. El comandante de la pinaza disparó entonces otro tiro que, lejos de intimidarles, hizo que uno de los indios levantase su pica para lanzarla contra la lancha; pero un tercer fusilazo le dejó muerto en el acto. Sus tres compañeros quedaron como petrificados algunos instantes al verle caer, y recobrando despues el movimiento, echaron á correr llevándose el cuerpo de su camarada, pero le abandonaron en breve para correr mas aprisa.

Al estruendo del primer fusilazo, todos nosotros, que nos hallábamos algo separados, nos reunimos rápidamente. Dirijímonos hácia la lancha, atravesando el rio, y vimos en breve al indio tendido en tierra; examinamos su cuerpo y le hallamos el corazon partido por la bala. Era un hombre de mediana estatura, de tez morena y con todo un lado de la cara pintado con líneas espirales, trazadas muy distintamente. Su vestido se componia de una hermosa tela, fabricada de un modo que nos era desconocido, y arreglada exactamente como la figura que se halla en la relacion del *Viaje de Abel Tasman* (3). Llevaba el cabello trenzado encima de la cabeza, pero sin ningun adorno de plumas. Resolvimos regresar cuanto antes al buque, desde donde vimos á los habitantes, que habian vuelto á juntarse en la orilla, hablar acaloradamente entre sí, y discutir, sin duda, sobre lo que acababa de suceder y lo que habia que hacer.

El 9, por la mañana, vimos á muchos indios en el mismo punto de reunion de la víspera; algunos de ellos corrian hácia el sitio donde habiamos desembarcado. Casi todos iban desarmados y solo tres ó cuatro llevaban picas. Deseando yo establecer un comercio con ellos, hice tripular tres lanchas por soldados de marina y marineros. Embarquéme en una de ellas con Banks, Solander y Tupia, y nos acercamos á la costa, donde unos cincuenta indios estaban esperando, al parecer, á que desembarcásemos;

(1) Era un *i-pah*. (Véase mas adelante.)

(2) *Narrative of a voyage to New-Zealand.*

Pocas islas presentan un aspecto tan dividido y cortado como las de Nueva Zelandia. Sus orillas no son mas que una serie de bahías profundas, de islotes numerosos ó de rios que se subdividen hasta lo infinito. De acá y acullá salen montañas elevadas que no se enlazan con ninguna cordillera; están formadas de lava y basalto.» (Lesson, *Voyage autour du monde sur* la Coquille.)

(3) Dibujada por Valentin.

estaban sentados en la orilla opuesta del rio, y esto, segun nosotros, era señal de temor. Desembarqué yo primero acompañado solamente por Banks, Solander y Tupia, y nos encaminamos adonde estaban los indios. En cuanto dimos unos pasos, se levantaron todos vivamente, teniendo un arma cada cual, ora una pica, ora un instrumento de talco verde muy bien pulido, de cerca de un pié de largo y bastante



Hombre y mujer de la Nueva Zelandia, segun Cook.

grueso para pesar cuatro ó cinco libras. Tupia les habló en la lengua de Otaiti, pero los indios le respondieron blandiendo las armas y haciéndonos signo de que nos retirasemos. Disparamos entonces un fusilazo á alguna distancia de ellos, pero la bala fué á caer al rio que mediaba entre nosotros. Ellos lo notaron y cesaron sus amenazas, pero la prudencia nos aconsejó que nos retirásemos hasta que hubiesen desembarcado los soldados de marina, lo que se efectuó poco despues. Los indios se adelantaron hasta unas cincuenta varas del rio, precedidos por una bandera, y despues de haberse formado en hilera, me adelanté de nuevo hácia ellos, en compañía de Banks, Solander, Green, Monkhouse y Tupia. Este último les habló de nuevo, y vimos con grande satisfaccion que se daba á entender perfectamente. Aquellos indios y Tupia hablaban dos dialectos de la misma lengua; díjoles que deseábamos agua y provisiones y que en cambio les dariamos hierro, cuyo uso les esplicó lo mejor que pudo. Ellos contestaron que consentian en traficar con nosotros, para lo cual no teniamos que hacer mas que ir á su lado. Accedimos á ello con tal que depusiesen las armas, á lo que no se les pudo jamas determinar.

Mientras duraba esta conversacion, nos advirtió Tupia que anduviésemos con cuidado, porque aquella gente no era amiga nuestra. Nosotros por nuestra parte, les instamos á que viniesen á su vez á nuestro lado, y por fin, uno de ellos se desnudó y atravesó el rio á nado y sin armas A poco rato le siguieron dos, y sucesivamente hicieron lo propio la mayor parte de los que quedaban, en número de veinticinco á treinta, pero estos últimos trajeron sus armas consigo. Hicímosles á todos varios presentes de hierro y cristalería, de los cuales hicieron ostensiblemente poco caso, sobre todo del hierro, cuya utilidad no comprendian; así pues, solo obtuvimos en cambio algunas plumas. Propusiéronnos, sin embargo, cambiar sus armas por las nuestras, y viendo que rehusábamos, hicieron varias tentativas para arrancarnos de las manos nuestros fusiles. Desde que se adelantaron hácia nosotros, Tupia no cesó de repetirnos que aquellos indios no eran amigos nuestros, recomendándonos muy de veras, que

anduviésemos con cuidado; así es que sus tentativas para quitarnos las armas fueron inútiles, y les dimos á entender por medio de Tupia, que nos veriamos obligados á matarles si cometian la mas mínima violencia. Sin embargo, al cabo de algunos minutos, habiéndose vuelto Green sin precaucion, un indio le arrancó su cuchillo, y retirándose á corta distancia, se puso á blandirle por encima de la cabeza con gritos de triunfo. Empezaron los demas á hacer alarde de mucha insolencia, y al mismo tiempo vimos una nueva cuadrilla que venia á reunirse con ellos por la otra orilla del rio. Entonces juzgamos necesario reprimir su osadía y Banks tiró un fusilazo cargado con perdigones al indio que quitó el cuchillo. El tiro le hizo suspender los gritos, pero en vez de devolver aquel arma, se retiró á mayor distancia sin dejar de blandirla. Viendo esto Monkhouse, le pegó un balazo que le dejó en el sitio.

El cuerpo principal de los indios, que se habia retirado á una roca situada en medio del rio al primer fusilazo, volvió á aproximarse cuando oyó la segunda detonacion. Varios indios se acercaron al cadáver de su compañero; uno cojió el arco de talco verde (1), el otro quiso cojer el cuchillo, y Monkhouse pudo apenas anticipársele. Todos los indígenas que se habian retirado á la roca se adelantaron hácia donde estábamos, y á fin de detenerlos, les disparamos tres fusilazos cargados solo con perdigones, lo que les obligó á volver á pasar el rio á nado; cuando llegaron á tierra observamos que dos ó tres de ellos iban heridos. Por fin, se retiraron lentamente á lo interior del país y nosotros nos volvimos á embarcar en nuestras lanchas.

Habiéndonos, desgraciadamente, demostrado la esperiencia que nada podiamos hacer con los indios que hallamos en aquel parage, y viendo por otra parte que el agua del rio era salada; determiné reconocer con las lanchas lo interior de la bahía, para buscar agua dulce y procurar sorprender á algunos de sus habitantes, esperando grangearnos su amistad á fuerza de regalos y buen trato, y establecer, con su mediacion, una amistosa correspondencia con sus compañeros.

No pude hallar, por desgracia, parage alguno á propósito para desembarcar, por estar el mar muy agitado y porque las olas se estrellaban con violencia en la costa; pero divisé á lo lejos dos piraguas que venian de alta mar, una de las cuales tenia vela y la otra andaba á remo. Creí haber hallado una ocasion favorable para apoderarme de algunos de aquellos indios, sin hacerles mal, mayormente cuando acaso los de las piraguas eran pescadores sin armas, y yo tenia tres barcas llenas de gente armada. Dispuse que las lanchas se colocasen de manera que interceptasen á las piraguas el paso hácia la costa, pero los remeros indios nos vieron distintamente y redoblando los esfuerzos, se dirijieron á toda prisa hácia la costa mas cercana, de modo que se nos escaparon. La piragua de la vela vino á meterse en medio de nosotros, sin poder distinguir quienes éramos, pero asi que los indios nos reconocieron plegaron la vela, agarraron los remos y los manejaron con tanta maña y agilidad, que dejaron atrás á la lancha que queria cortarles el paso. Hallándose, sin embargo, al alcance de la voz, gritóles Tupia que se acercasen á nosotros, prometiéndoles que no les hariamos ningun mal, pero como tenian mas confianza en sus remos que en nuestras promesas, continuaron alejándose lo mas aprisa que pudieron. Mandé dispararles entonces un fusilazo por encima de sus cabezas, creyendo que era el mejor espediente para lograr mi intento, pues el temor les obligaria á entregarse ó á arrojarse al agua. Al estruendo del fusilazo, cesaron en efecto de remar, y todos ellos, en número de siete, empezaron á desnudarse. Creiamos que iban á echarse al mar, pero sucedió todo lo contrario, pues se dispusieron á defenderse y á combatir. En efecto, en cuanto se acercó á ellos nuestra lancha, empezaron á acometernos á remazos, á pedradas y con otras armas ofensivas que llevaban en la piragua. Era tal la destreza con que manejaban estas armas, que nos vimos en la necesidad de hacerles fuego para defendernos, y tuvimos la desgracia de matar á cuatro de ellos; los demas, todos muchachos de quince á diez y nueve años, se arrojaron precipitadamente al mar. El mayor de ellos nadaba con mucho vigor y resistió valerosamente á cuantos esfuerzos se hicieron para cojerle; tuvo, sin embargo, que ceder á la superioridad del número, y los restantes se dejaron prender con mas facilidad.

Convengo en que todas las almas humanas y sensibles reprobarán el fuego que hice á aquellos desgraciados indios, y yo mismo, á sangre fria, lo siento igualmente. Indudablemente que no merecian la

(1) No seria un arco, pues los nuevo-zelandeses no conocen esta arma; seria un patu-patu ó una toki.

muerte por haber rehusado fiarse en mis promesas y venir á mi bordo, á pesar de no correr riesgo alguno; pero la naturaleza de mi comision me obligaba á conocer su país, cosa que no podia lograr mas que penetrando en él por fuerza ó grangeándome la confianza y la buena voluntad de los habitantes. Habia probado ya, sin ningun fruto, la via de los alhagos y presentes; el deseo de evitar nuevas hostilidades, me indujo á apoderarme de algunos y llevarlos á mi bordo, como único medio de convencerles de que lejos de quererlos dañar, estábamos dispuestos á favorecerles. Hasta aquí mis intenciones no tenian nada de criminal, y si bien es verdad que en el pequeño combate trabado con aquellos indios, hubiera sido la victoria mas gloriosa si nadie hubiese muerto, tambien es incontestable que, en semejantes casos, cuando se da órden de hacer fuego, no se puede responder del resultado (¹).

Luego que estuvieron á bordo los tres indios que habiamos sacado del agua, se tendieron en el suelo, creyendo sin duda que iban á morir, pero nos apresuramos á tranquilizarles como pudimos; dímosles vestidos, y tratamos de probarles nuestra buena voluntad desvaneciendo sus temores. Los que conocen la naturaleza humana, no estrañarán que el dolor que debieron esperimentar estos jóvenes salvages al ver perecer á los suyos ante sus ojos, se mudase de repente en una viva alegría, viéndose libres de una muerte que consideraban como cierta y tratados con suma bondad por los mismos hombres que creian ser sus verdugos. En efecto, la cara y ademanes de aquellos jóvenes indios, revelaban un júbilo indecible. Antes de que las lanchas llegasen al buque, se habian ya desvanecido sus temores, y se hallaban, al parecer, no solo resignados con su nueva suerte, sino contentos con ella. Les dimos pan y lo comieron con un apetito devorador. Hicieron muchas preguntas con la mayor curiosidad y respondieron gustosos á las nuestras: cuando sirvieron la comida, manifestaron deseos de probar todo cuanto veian; comieron de todo, pero lo que mas les gustó fué el cerdo salado. Al anochecer cenaron con igual apetito, y cada uno comió pan y bebió agua en abundancia. Por la noche, se les prepararon camas y fueron á acostarse, muy satisfechos, al parecer, de su nueva situacion. Sin embargo, habiéndose calmado algun tanto durante la noche la agitacion de sus ánimos, y dado lugar á la reflexion, se les oyó suspirar con frecuencia. Tupia, que permanecia á su lado para observarles, se levantó al oir los suspiros, y tuvo tal maña para consolarles y animarles, que no solo les restituyó la tranquilidad y la alegría, sino que les hizo cantar una cancion de su país, con un gusto y sentimiento que nos dejaron admirados; el tono era lento y grave como el de nuestros salmos, y habia muchos semitonos.

Tenian estos jóvenes indios una fisonomía llena de inteligencia y espresion; uno de ellos, que parecia de quince años de edad, tenia un aire tan franco y despejado, que hablaba en favor suyo. Supimos que los otros dos, de mas edad que su compañero, se llamaban *Eaahourange* y *Hoikerange;* el mas jóven tenia por nombre *Maragovete.*

Mientras bogábamos hácia el buque con los indios, hallamos un pedazo de piedra pómez sobrenadando en el agua, señal inequívoca de que habia ó hubo un volcan en aquellas cercanías.

El 10, por la mañana, nos pareció que estaban muy contentos nuestros prisioneros; comieron con el mismo apetito que el dia anterior, y les vestimos luego, adornándolos con brazaletes y collares al estilo de su país. Hice echar el bote al agua y les dije que íbamos á llevarles á tierra; esta noticia les causó un transporte de alegría, pero así que advirtieron que nos dirijiamos hácia el sitio donde habiamos desembarcado en un principio, junto al rio, la fisonomía de nuestros prisioneros tomó de repente un aspecto muy sombrío, y nos rogaron con las mayores instancias que no desembarcásemos en aquel parage, porque era la habitacion de sus enemigos, y si caian en sus manos, añadieron, les matarian y se los comerian. Este contratiempo me dejó perplejo, pues contaba con el regreso y relacion de estos jóvenes indios, para grangearnos una acogida favorable de sus paisanos. Habia mandado á tierra y hecho desembarcar de antemano á un oficial y soldados de marina con algunos marineros para que cortasen

(¹) Este afan de disculparse, estos sinceros pesares, hacen mucho honor al carácter de Cook y al siglo XVIII, pues los justísimos escrúpulos que manifiesta el célebre navegante, eran casi desconocidos en los siglos anteriores, y casi osaremos decir que no son muy comunes en nuestros dias. Las doctrinas filosóficas sobre la igualdad entre los hombres y la unidad de la gran familia humana, habian inducido á esa sensibilidad, cuya espresion se encuentra en todos los escritos de aquel tiempo.

leña, y por mi parte habia resuelto desembarcar en el mismo sitio. No era mi intencion el abandonar á aquellos jóvenes indios en la costa, si ellos manifestaban deseos de quedarse con nosotros, sino enviarles con una lancha á aquella parte de la bahía que nos designaban por su habitacion.

Banks, el doctor Solander y Tupia estaban conmigo; luego que hubimos desembarcado y pasado el rio, manifestaron los indios cierta repugnancia en abandonarnos; pero poco despues variaron estas disposiciones y se despidieron por fin de nosotros, si bien derramando algunas lágrimas. Luego que se marcharon, anduvimos á lo largo de una laguna con ánimo de matar algunos patos, sumamente abundantes en aquel sitio; cuatro soldados de marina estaban en frente de nosotros, en una elevacion que dominaba el país. Habiamos andado apenas una milla, cuando los soldados de marina nos llamaron y dijeron que una numerosa cuadrilla de indios se dirijia apresuradamente hácia donde estábamos. Reunímonos todos y resolvimos regresar á las lanchas cuanto antes. Algunos instantes despues, salieron de unas malezas los jóvenes indios que habiamos tenido á bordo y reclamaron nuestra proteccion; recibímosles gustosos y nos encaminamos de prisa á nuestras embarcaciones.

Los indios estaban divididos en dos cuerpos; uno marchaba á lo largo de la altura donde habian estado nuestros soldados y el otro daba la vuelta á la laguna, de modo que no podiamos descubrirlos. Luego que vieron que nos habiamos reunido en un solo cuerpo, moderaron algo el paso, sin dejar por eso de seguirnos, y esta circunstancia fué muy favorable para ellos y para nosotros, pues en cuanto llegamos á la orilla del rio, donde esperábamos hallar las lanchas que debian transportarnos adonde estaban los que cortaban leña, vimos la pinaza á una milla de distancia, porque habia ido á recojer un pájaro muerto por un oficial de marina; de manera que el bote tuvo que hacer três viajes para transportarnos sucesivamente al lado opuesto. Así que estuvimos todos reunidos, llegaron los indios á la otra orilla, no en cuerpo compacto, sino en pequeños grupos, armados todos y en número de unos doscientos. No siendo posible hacer paz alguna con ellos, pues nuestras armas de fuego no les infundian ya ningun respeto, y el buque se hallaba muy distante para hacer disparos de artillería, preferimos volver á bordo mas bien que trabar una nueva lucha que hubiera costado la vida á algunos de aquellos indios. Adelantámonos, pues, hácia la pinaza, que venia en busca nuestra, pero uno de nuestros indios nos dijo de repente á grandes gritos, que uno de los naturales que se adelantaba hácia nosotros era un tio suyo, el cual deseaba tener una entrevista con nosotros. Consentimos en ello y á poco rato empezó una conferencia entre los indígenas y Tupia; mientras tanto, nuestros jóvenes prisioneros enseñaban á sus paisanos los presentes que les habiamos hecho, en prueba de nuestra liberalidad y buenas intenciones; pero en vano se propusieron mutuamente pasar el rio, pues ninguno de los indios ni de nuestros jóvenes, quisieron efectuarlo.

El cadáver del que habiamos muerto el dia antes, estaba aun espuesto en la orilla; nuestros jóvenes indios, que vieron que estaba cerca de nosotros, se acercaron á él y le cubrieron con uno de los vestidos que les habiamos dado; luego despues, un hombre solo y desarmado, que era el tio de *Maragovete,* vino nadando adonde estábamos con una rama verde en la mano, que consideramos como un símbolo de paz. Entregó esta rama á Tupia y nosotros le hicimos muchos regalos, convidándole ademas á que viniese á bordo del buque; pero él se negó á ello y nosotros nos fuimos. Creiamos que el sobrino y sus dos compañeros se quedarian con él, pero vimos con sorpresa que prefirieron acompañarnos.

En cuanto nos alejamos de aquel sitio, fué el indio á cojer otro ramo verde y se acercó con él al cadáver que nuestros jóvenes habian tapado con el vestido; dió varias vueltas al rededor del muerto, haciendo algunas ceremonias, y acabó poniéndole encima la rama, despues de lo cual volvió adonde estaban sus compañeros, que sentados en la arena, observaban y esperaban el resultado de aquella negociacion. Reuniéronse al momento en torno suyo en cuanto llegó, y permanecieron agrupados así mas de una hora sin hacer caso alguno de nosotros. Nosotros, mas curiosos que ellos, les observábamos desde el buque con los anteojos; vimos á algunos de ellos atravesar el rio en una almadia y se llevaron al muerto, despues de haber reproducido las ceremonias que hizo el tio de *Maragovete.*

Despues de comer, dije á Tupia que preguntase á los jóvenes indios si les repugnaba aun desembarcar en el mismo parage donde habiamos dejado al mensajero de la rama verde, pues el haberse llevado el cadáver, nos parecia una ratificacion de la paz. Habiendo contestado ellos que irian allá de

buena gana, botamos la lancha al agua, y los indios, en efecto, desembarcaron sin titubear. Apenas pusieron el pié en tierra, cuando la lancha empezaba á alejarse de allí para regresar al buque, volvieron los jóvenes indios, y metiéndose en el agua, rogaron con instancia á los nuestros que les admitiesen á bordo, pero estos tenian órden terminante para no recibirlos.

Estábamos observando con mucha atencion lo que pasaba en la orilla, y vimos á un indio que atravesó el rio con otra almadia, y recibiendo en ella á nuestros antiguos prisioneros, les condujo á un sitio donde se hallaban reunidos unos cuarenta ó cincuenta habitantes; estos rodearon á los tres jóvenes y permanecieron así en aquel parage hasta el anochecer. En fin, cuando se pusieron en movimiento, vimos perfectamente á nuestros tres prisioneros separarse de los demas, dirijirse á la orilla, agitar los brazos en direccion del buque y correr despues á volverse á reunir con sus compañeros. Encamináronse todos hácia la parte del país que los jóvenes indios nos dijeron ser la residencia de sus enemigos, pero estábamos persuadidos de que ningun mal les sucederia, pues les vimos partir con la misma ropa que les habiamos dado.

Cuando fué de noche, oimos como de costumbre, grandes alaridos en la orilla del fondo de la bahía, pero sin poder llegar á saber nunca con qué objeto los prorumpian.

Descripcion de la bahía de la Pobreza. — Aspecto del país adyacente. — Travesía desde allí al cabo Turnagain y á Tolaya.— Descripcion del país y de sus habitantes. — Varios incidentes sobrevenidos en esta parte de la costa.

Al siguiente dia, 11, levamos el áncora á las seis de la mañana y dejamos aquel miserable sitio, llamado por los naturales *Taoneroa* ó Gran Arenal y al que yo puse por nombre *bahía de la Pobreza*, por no haber podido hallar allí mas que un poco de leña. Dicha bahía está situada á 38° 42′ de latitud sur y á 181° 36′ de longitud oeste. Tiene la forma de una herradura, y es fácil reconocerla á causa de una isla que hay allí cerca, bajo la punta nordeste. Las dos puntas que forman la entrada son muy altas y coronadas por rocas blancas y escarpadas. La costa de la bahía es en la entrada una tierra baja y arenosa; pero á corta distancia, la superficie del país es muy variada y cubierta de valles y bosques floridos y alegres colinas. El terreno que habiamos visto nos pareció bien poblado, sobre todo los valles; la vista se estendia á lo lejos hasta unas montañas de una altura prodigiosa, y en toda aquella estension de terreno, veiamos cada dia levantarse nubes de humo.

Apellidé la punta sudoeste de la bahía, *cabo del Jóven Nick*, nombre del grumete que vió primero aquella tierra.

Cook prosiguió esplorando la costa sudoeste. A siete leguas al sur de la bahía de la Pobreza, encontró un cabo al que llamó *cabo Mesa,* á causa de su forma. Mas lejos, dió el nombre de *isla Portland* á una isleta que llamaban los naturales *Teahowray*.

« Siguiendo la costa, vimos en la isla de Portland, así como en la costa de Nueva Zelandia, á los naturales del país reunidos en gran número; vimos tambien muchos terrenos cultivados, algunos de los cuales parecian recien labrados y surcados, y otros estaban cubiertos de plantas en diferentes períodos de vegetacion. Distinguimos, en la cima de las colinas, en dos parages diferentes, altas estacadas semejantes á las que habiamos visto ya en la península, en la punta nordeste de la bahía de la Pobreza. Como las estacas estaban plantadas en línea recta, sin encerrar espacio alguno, no pudimos adivinar su uso y sospechamos que fuesen obra de la supersticion. »

Súpose, mas tarde, que esta clase de construcciones hechas en la cima de las rocas ó de las colinas, eran verdaderas fortificaciones. Hé aquí como describe Cook una que vió el 10 de noviembre:

« Cerca de este lugar hay una punta escarpada ó península que se adelanta en el rio, donde se ven

las ruinas de un fortin que los habitantes llaman *Eppah* ó *Heppah*. El ingeniero mas hábil de Europa no hubiera podido escoger mejor posicion, para poner á un corto número de hombres en estado de defenderse contra otro mucho mayor. Los peñascos son tan escarpados, que el agua que rodea á este fuerte por los tres lados, le hace enteramente inespugnable; por la parte de tierra se halla defendido por un foso y un alto parapeto detras. Desde la cima del parapeto hasta el fondo del foso hay una



Un I-pah, ó montecillo fortificado ([1]), segun Cook.

altura de veinte y dos piés; el foso tiene catorce piés de profundidad y una anchura proporcionada. Toda la fortaleza tenia trazas de haber sido construida con mucho arte. En la cima del parapeto y en el borde esterior del foso, habia una hilera de estacas plantadas con simetría; estas estacas estaban profundamente plantadas é inclinadas hácia adelante.»

El 16 de octubre, se acercaron al buque varios indígenas, y nos propusieron comprarles pescado. Uno de ellos se apoderó repentinamente de un muchachuelo de Taiti, criado de Tupia, llamado Tayeto, que estaba mirando desde el borde del buque los cambios que mutuamente se hacian ingleses y habitantes. El raptor de Tayeto se llevaba ya á este en una piragua hácia un cabo, cuando se destacó en su persecucion á una lancha, que, protejida por un cañonazo, rescató al muchacho sano y salvo. Llamamos á este cabo *Kidnappers* (Ladron de niños). En cuanto Tayeto volvió en sí de su terror, presentó un pescado á Tupia diciéndole que era un ofrecimiento que hacia á su dios *Eatua*, en accion de gracias por haberle libertado del riesgo que acababa de correr. Tupia elogió su piedad, pero le mandó que arrojase el pescado al mar, lo que se cumplió.

El 19, se pasó delante de un cabo que llamaron *Gable-end-Foreland* (promontorio del Borde del techo), porque la roca blanca de la punta era muy semejante al borde del tejado de una casa.

El 21, Banks y Solander visitaron una bahía situada dos leguas mas lejos. Penetraron á alguna distancia de la tierra y vieron algo sobre el modo de vivir de aquellos indígenas.

([1]) *I-pah*, es decir, fuerte. Es muy difícil acercarse á esas fortalezas. Las empalizadas están formadas de estacas macizas llamadas *kaco-tahepa*, muy apretadas unas contra otras y agujereadas á trechos, por donde lanzan las azagayas los sitiados. Todas las aldeas están construidas encima de las alturas, y en las cabañas no se entra sino á gatas.

«Halláronles, á veces, comiendo sin que la visita de los estranjeros les interrumpiese en lo mas mínimo. Su alimento, en aquella estacion, consistia en pescado, y en vez de pan comian la raiz de una



Interior de un I-pah, segun Cook.

especie de helecho, que tostaban al fuego y batian despues con un palo hasta que se desprendian la corteza y tela esteriores; quedaba una sustancia blanda, algo parecida á la pasta, dulce, y nada desagradable, pero lo seria mas si no contuviese tan grande cantidad de hilachas. Algunos indios se tragaban estas fibras, pero la mayor parte las escupian en unos canastos que tenian á su lado para este objeto; en otras épocas comen escelentes y abundantes vegetales. Los únicos animales domésticos que vimos fueron perros, y por cierto que eran muy feos. Banks pudo ver algunos de sus plantíos cuya tierra está tan bien labrada y arreglada como en los mejores jardines de Inglaterra. Halló batatas, *eddas*, que son muy conocidas y estimadas en las Indias orientales é islas de América, y algunas calabazas; las batatas estaban plantadas en pequeñas colinas y alineadas con la mayor regularidad. Las *eddas* se hallaban en terreno llano y las calabazas en pequeñas honduras, casi como en Inglaterra. La estension de estos plantíos variaba desde 160 perchas de tierra hasta 1,630, y todos juntos comprendian una inmensa estension de terreno muy bien cultivado; á pesar de esto no vimos jamas cien indios juntos. Cada distrito está rodeado de un cercado hecho con cañas tan unidas, que un raton no hubiera podido pasar.

» Las mujeres se pintan la cara con almazarron y aceite, y como este tinte nunca se seca, untan con él á los que las besan, como lo demostraban las narices de algunos de los nuestros, que no hallaron mucha dificultad en obtener estas pruebas de familiaridad. Son tan gazmoñas como las señoras europeas mas á la moda, y las muchachas tan juguetonas como los potros que no se han domado aun; llevan todas unas enaguas con una franja hecha con tallos de yerbas de olor. Los hombres no se pintaban la cara, en general; vimos á uno pintado de arriba abajo de almazarron y que con un pedazo de este tinte en la mano, se repintaba á cada momento. No son tan limpios como los de Otaiti, porque la frialdad del clima no les permite bañarse tan á menudo, pero les escedian en una cosa que acaso no

tenga ejemplo en ninguna otra nacion de indios. Cada casa ó aldea tenia su lugar escusado, de modo que no se veia en el suelo nada repugnante. El estiércol, amontonado á un lado, les sirve para beneficiar la tierra. En esta parte se hallaban mas adelantados que algunas de las naciones mas considerables de Europa (¹).»

Pasaron sucesivamente otra bahía llamada *Tolaga;* la punta mas oriental de toda la costa á la que se llamó *cabo Este;* la bahía de Tricks, el cabo Runaway, la isla Blanca, la isla Mawtohora, y el monte Edgecombe. El 10 de noviembre, se detuvieron para observar el paso de Mercurio sobre el disco del sol, en una bahía situada á 36° 47′ de latitud sur y á 184° 4′ de longitud oeste.

El 18, se temia otro nuevo ataque de parte de los indígenas. Dos piraguas se acercaron con unos sesenta indios que entonaron una cancion guerrera para incitarse al combate.

«Tupia, sin que nadie se lo rogase, se puso en la popa y empezó á dirijirles quejas y reconvenciones; díjoles que teniamos armas que les esterminarian en un instante, y que nos valdriamos de ellas si tenian la osadía de atacarnos; pero por toda respuesta blandieron sus armas y esclamaron en su lengua: «Venid á tierra y os mataremos á todos. — Muy bien, contestó Tupia, pero, ¿porqué nos inquie-» tais mientras estamos en el mar? No teniendo ganas de pelear, rehusamos vuestro reto de ir á tierra » y ninguna razon teneis para provocarnos, puesto que el mar no os pertenece, ni á nosotros tampoco.» Este elocuente lenguage de Tupia, que nos sorprendió tanto mas cuanto que no se lo habiamos dictado, no produjo efecto alguno sobre nuestros enemigos que renovaron sus amenazas; tirámosles entonces un tiro en medio de sus piraguas y este argumento les hizo mas impresion que las palabras, pues al momento viraron de rumbo y nos dejaron en paz.»

El 20, descubrieron un rio al que pusieron el nombre de *el Támesis* y por el cual no pudieron subir muy arriba, porque los vientos eran contrarios; pero se cercioraron de que sus márgenes estaban cubiertas de arbolado, y algo mas lejos habia inmensos bosques en ambos lados. Muchos troncos de árboles tenian mas de veinte piés de circunferencia y unos ochenta de alto, sin las ramas.

Despues de haber estudiado la costa del norte y pasado el cabo del mismo nombre, navegaron á lo largo de la costa occidental y llegaron á un puerto escelente que Cook denominó *el estrecho de la Reina Carlota (Queen-Charlote's sound).* Descubrió entonces desde la cumbre de una colina, que la Nueva Zelandia se hallaba dividida en dos islas. Atravesó el brazo de mar llamado despues *estrecho de Cook*, y dió la vuelta á la isla meridional.

Esta completa esploracion de las costas de Nueva Zelandia, desvaneció la idea de que acaso se habia llegado á aquel ilusorio continente austral, que Abel Tasman creia haber descubierto al hallarse cerca de aquellas islas, y que preocupaba aun la mayor parte de las imaginaciones.

En sus escursiones por aquellas tierras, logró Cook establecer relaciones amistosas con varios indígenas y observar mas de cerca las costumbres y productos naturales.

Descripcion general de Nueva Zelandia. — Descubrimiento, situacion, clima y producciones de esta isla.

La Nueva Zelandia, dice Cook, fué descubierta por primera vez, el 13 de diciembre de 1642, por Abel-Jansen Tasman, navegante holandés. Hizo la travesía de la costa oriental de esta region, desde el 34 hasta el 43 grados de latitud; entró en el estrecho que divide las dos islas, designado con el nombre de *estrecho de Cook* en el mapa que he trazado ya; pero habiendo sido atacado por los naturales del país á poco tiempo de haber anclado en el parage, que denominó *bahía de los Asesinos,* no desembarcó

(¹) No se hallan mas adelantadas hoy dia muchas ciudades de Francia, donde es muy estraño que haya todavía puertos de mar desprovistos de esos lugares, á pesar de la grande afluencia de parisienses que van allá á pasar el verano.

jamas á tierra. Apellidó á aquel país *tierra de los Estados,* en honor de los Estados generales; pero no se le conoce en los globos terrestres y mapas mas que con el nombre de Nueva Zelandia. Toda esta region, menos la parte de la costa que descubrió Tasman sin salir de su buque, quedó enteramente ignorada desde la época de este navegante, hasta el viaje del *Endeavour,* de modo que muchos autores han creido que formaba parte de un continente meridional. Hoy dia se sabe ya que se compone de dos grandes islas, separadas ambas por un estrecho ó un paso de cuatro ó cinco leguas de ancho.



El pájaro *Poe* ó *Tui,* segun Cook.

Estas islas están situadas entre los 34 y 48 grados de latitud sur, y entre el 181 y 194 grados de longitud oeste.

Los naturales del país llaman *Eaheinomauwe* á la mas septentrional de estas islas, y *Tovy* ó *Tavai-Poenammoo,* á la mas meridional; sin embargo, debo repetir que no estamos seguros si el nombre de Tovy-Poenammoo designa toda la isla meridional ó solo una parte de ella.

Tovy-Poenammoo es, en su mayor parte, un país montañoso, y segun la apariencia, estéril; no vimos en toda la isla mas habitantes que los isleños que encontramos en el canal de la Reina Carlota y á los que se adelantaron hácia nosotros bajo las montañas de nieve; tampoco descubrimos mas señales de poblacion que los fuegos que divisamos al oeste del cabo Saunders.

Eaheinomauwe tiene un aspecto mas agradable; el terreno está cubierto de colinas y montañas pobladas de bosques, y cada valle tiene un riachuelo de agua dulce. La tierra de estos valles, así como los llanos, es generalmente fértil.

No hay mas cuadrúpedos en aquel país que perros y ratas; á lo menos no vimos otros y aun las ratas eran tan escasas, que muchos de entre nosotros no vieron ninguna [1]. Los habitantes no crian á los perros mas que para comérselos.

[1] Los animales naturalizados ó indígenas son poco numerosos. El cerdo, que parece haberse introducido recientemente en Nueva Zelandia, se ha multiplicado considerablemente. La rata es mucho mas pequeña que la nuestra, y los isleños

Hay vacas marinas en la costa, y una vez vimos á un leon de mar, pescado muy difícil de cojer, por no decir imposible; muchos naturales llevan en la cabeza dientes de dicho pez á guisa de alfileres, pero no vimos á ninguno que llevase la piel. Tambien se encuentran ballenas en aquella costa, pero los isleños no tienen instrumentos ni saben cojerlas. Sin embargo, hemos visto algunos *patu-patus* hechos con huesos de ballena ó de otro animal muy semejante á ella.

Las especies de pájaros son bastante escasas en Nueva Zelandia [1], y si se esceptua la gaviota,



Vista tomada en los bosques del rio de las Corrientes, segun el Atlas de *l'Astrolabe* (Dumont de Urville).

quizá no hay otra que sea igual á las de Europa. Es verdad que hay canarios y cuervos marinos de varias clases, bastante parecidos á los de Europa, para que los confundan con estos los que no los han examinado con atencion. Hay tambien halcones, lechuzas, codornices, poco diferentes de las de Europa á primera vista, y muchos pajaritos cuyo canto es mas armonioso que el de todos los que habiamos oido hasta entonces.

Si los animales terrestres son raros, los marinos son muy numerosos; todas aquellas aguas abundan en pescados muy sanos y de un gusto tan agradable como los de Europa. Do quiera que echábamos el áncora podiamos pescar, con la caña y el anzuelo, suficiente cantidad para toda la tripulacion.

Ningun árbol, arbusto ni planta de aquel país produce fruto alguno, á no ser que se quiera dar este

saborean su carne lo mismo que la del perro. Este último cuadrúpedo es muy alto, de color blanco y negro mezclados y la cabeza medio de lobo y medio de perro . no ladra nunca. Su pellejo sirve para hacer capas. Los misioneros han introducido vacas, bueyes, carneros y caballos.

(1) Lesson dice lo contrario, esto es, que son muy numerosas; con este motivo cita al pájaro singular llamado kikikivi (el *Apteryx*); al mirlo con corbata, que Cook llama *poe*, y los indígenas *tui*; á las palomas verdes con reflejo metálico; á varias cotorras muy hermosas, á la codorniz, las alondras, gorriones, etc., y á otros muchos que pueden verse en la relacion de sus viajes.

Los naturales meten en jaulas á los *tuis* y les enseñan á silbar aires enteros.

nombre á un grano desprovisto de dulzura y sabor y que los niños solos se tomaban el trabajo de cojer ([1]). Una planta se cria, de la cual se sirven los habitantes en vez de cáñamo y de lino, superior á



El lino (*Flax-plant*), segun Cook.

todas las que se emplean para igual uso en los demas países. Hay dos especies de esta planta; las hojas de ambas se parecen á las del gladiolo, pero las flores son mas pequeñas y los racimos mas numerosos; estas flores son amarillas en una especie, y encarnadas en otra. El vestido ordinario de los habitantes de Nueva Zelandia, se compone de las hojas de esta planta sin gran preparacion; fabrican tambien con ella sus cordones, cuerdas y maromas, que son mucho mas fuertes que las que se hacen con cáñamo, sin comparacion alguna. Sacan igualmente de la misma planta, pero con diferente prepa-

([1]) « Las formas vegetales son bastante escasas, y estan lejos de parecerse al lujo de las plantas intertropicales. Algunas cuestas están cubiertas de árboles medianos con hojas morenas y tristes. En el interior hay algunos árboles propios para construcciones marítimas, por su dureza y corpulencia.» (Lesson.)

Entre las plantas enumeradas por Lesson se hallan el *Acrostichum furcatum*, helecho cuyas raices son buenas para comer; un ciruelo; el *korarú;* el lino (*Phormium*).

racion, unas fibras ó hilos delgados, lustrosos como la seda y tan blancos como la nieve, con los cuales tejen sus mejores telas y estas son de una consistencia que sorprende. Sus redes, algunas de las cuales son sumamente grandes, están tambien fabricadas con estas hojas; todo el trabajo consiste en cortarlas en tiras de cierta anchura para entrelazarlas despues.

Descripcion de los habitantes de Nueva Zelandia. — Habitaciones, vestidos, adornos, alimentos, cocina y modo de vivir.

La estatura de los habitantes de Nueva Zelandia es, en general, igual á la de los europeos de mayor estatura; sus miembros son fuertes, gruesos y bien proporcionados, pero no están tan gordos como los



Habitante de Nueva Zelandia, segun Cook.

ociosos y voluptuosos habitantes de los mares del Sur. Son, al contrario, muy listos y vigorosos, echándose de ver, en todo lo que hacen, una maña y destreza poco comunes. Yo he visto quince remos mayores funcionar en el costado de una piragua con increible velocidad, y los remeros llevaban el compas con tanta exactitud, como si una sola máquina moviese todos los brazos. Su tez es generalmente morena y muchos de ellos tienen un color mas claro (1). No se nota en las mujeres esa delicadeza de espresion propia de su sexo; pero su voz es muy dulce, y esto es lo que las distingue de los hombres, porque ambos sexos van vestidos del mismo modo; con todo, su cara es mas viva, alegre y espresiva que la de los hombres. Estos tienen el cabello y las barbas negros, sus dientes son regulares y blancos como el marfil. Gozan de salud robusta y vimos á muchos de ellos que parecian ser muy ancianos. Las facciones de ambos sexos son hermosas (2), y parece que todos están dotados de un genio suave y

(1) Hay en Nueva Zelandia una cantidad de isleños, cuyas facciones, color y estatura tienen mucha analogía con el carácter de los melanesianos de Nueva Caledonia y de las Nuevas Hébridas.

(2) No es esta la opinion de la mayoría de los viajeros. Las jóvenes, casi todas de cuerpo hermoso, son feas de cara. Tienen rasgos varoniles, grandes labios, boca ancha y nariz aplastada. Sus cabellos ondean desordenados; son sucias en general y se perfuman con aceite de foca, que exhala un olor repugnante.

afable; se tratan entre sí del modo mas tierno y afectuoso, pero con sus enemigos son implacables y no dan cuartel á ninguno ([1]).

Si no son tan limpios de cuerpo como los de Otaiti, es porque como no viven en un clima tan cálido como estos, no se bañan con la misma frecuencia; pero el aceite con que se untan los cabellos como los islandeses, es lo mas asqueroso que tienen. Estraen este aceite de la grasa derretida de ave ó de pescado; los habitantes mas acomodados lo emplean fresco, pero los de las clases inferiores usan el que está rancio, de modo que huelen tan mal como los hotentotes. Si bien conocen el uso de peines de hueso ó madera, sus cabellos no dejan de tener ciertos insectos inseparables de la poca limpieza; algunas



Naturales del estrecho de Cook, segun el Atlas de *l'Astrolabe* (Dumont de Urville).

veces llevan estos peines clavados en los cabellos como un adorno, moda que reina actualmente entre las señoras inglesas. Los hombres tienen, por lo comun, la barba corta y se atan los cabellos por encima de la cabeza, formando un moño donde colocan plumas de aves, de diferentes modos y segun su capricho. Algunas mujeres llevan los cabellos cortos y otras les dejan ondear encima de los hombros.

Ambos sexos llevan el cuerpo marcado con manchas negras, que llaman *amoco;* para hacérselas emplean el mismo proceder que en Otaiti, conocido con el nombre de *tattow* ([2]); los hombres van mas manchados que las mujeres, pues estas ordinariamente no se pintan mas que los labios, si bien algunas

([1]) Es en efecto, un rasgo notable en las costumbres de aquellos isleños. Aman á sus hijos con pasion y les rodean de cuidados. Ordinariamente cada hombre no tiene mas que una sola esposa cuya fidelidad es muy escrupulosa. Las muchachas de mala vida de que hablan los europeos, son esclavas hechas en la guerra. Los habitantes de un mismo distrito son muy finos entre sí, se saludan, se hacen mil cumplidos y se arriman mutuamente las narices en señal de amistad. Esta ceremonia se llama *ongi.* Pero estos mismos hombres matan y se comen sin piedad á los habitantes de los distritos enemigos, así como á los estranjeros que miran como ladrones; por desgracia, la brutalidad, mala fé y crueldad de algunos marineros han justificado con frecuencia esta opinion.

([2]) Los habitantes de Nueva Zelandia, se someten cada año á la dolorosa operacion con la cual se pintan el cuerpo por medio de pinchazos.

tenian en otras partes del cuerpo manchitas negras (¹). Los hombres, al contrario, parece que cada año añaden á su persona alguno de esos estrambóticos adornos; muchos de entre ellos que parecian de una edad avanzada, estaban pintados con estas manchas desde la cabeza hasta los piés. Ademas del amoco llevan otras señales estraordinarias que se imprimen en el cuerpo por medios que no conocemos; son unas tiras de cerca de una línea de profundidad y otra de ancho, semejantes á las que se ven en un arbolito de un año al cual se ha hecho una incision. Los bordes de estas tiras son dentellados y cuando se vuelven negros tienen un aspecto horroroso. La cara de los ancianos está casi enteramente cubierta de estas señales; los jóvenes no se pintan mas que los labios, como las mujeres; tienen un



Naturales del cabo Palliser, segun el Atlas de *l'Astrolabe* (Dumont de Urville).

mancha negra en un carrillo y en un ojo y proceden así, por grados, hasta que envejecen y se hacen mas respetables. Por mas repugnancia que nos inspirase la horrible deformidad que daban al rostro aquellas manchas, no podiamos menos de admirar el arte y destreza con que estaban impresas en el cútis. Las señales de la cara son ordinariamente espirales; están trazadas con mucha precision y aun elegancia, correspondiéndose exactamente las de ambos carrillos. Las del cuerpo se parecen algo á las hojas de esos adornos de cinceladura antigua y á las circunvalaciones de las obras de filigrana; pero se nota en dichas señales tanta fecundidad de imaginacion, que de cien hombres que al primer aspecto parecian llevar todos las mismas figuras, no hallamos dos que las tuviesen semejantes cuando les examinamos de cerca.

Aquellos pueblos no se contentan con marcarse la piel, sino que se pintan todo el cuerpo con almazarron, como he dicho ya; algunos se lo frotan con esta pintura, pero seca; otros lo disuelven en aceite, que queda siempre húmedo, de modo que no era posible tocarles sin mancharse de almazarron.

El traje de un habitante de Nueva Zelandia es, á la primera ojeada, lo mas singular y lo mas grosero que darse pueda. Se compone de hojas de una especie de gladiolo, descrito ya entre las produc-

(¹) O manchas de azul celeste, hechas con los polvos de un mineral llamado *para-eka-uai-aua*.

ciones vegetales del país; cortan estas hojas en tres ó cuatro tiras, y cuando están secas, las enlazan unas con otras, tejiendo así una especie de tela que forma un término medio entre la caña y el paño; los cabos de las hojas, que tienen unas ocho ó nueve pulgadas, salen por los intersticios de la tela, como la felpa ó las esteras que se tienden en las escaleras de Inglaterra. Se necesitan dos piezas de esta tela, si así puede llamarse, para un vestido completo; se ponen una sobre los hombros, sujeta con un cordon y les cuelga hasta las rodillas; en el cabo de este cordon atan una aguja de hueso, que pasa con facilidad por medio de las dos partes superiores de este vestido, y las reune á las dos; la otra pieza se la atan á la



Familia de la bahía Sombría, segun Cook.

cintura y pende hasta los piés. Los hombres, sin embargo, no se ponen esta última pieza mas que en ocasiones particulares : cuando solo llevan el vestido esterior, es decir, el que les cuelga de los hombros, y se acurrucan con él, se asemejan casi á una choza cubierta de paja. Si bien este traje desagrada á la vista, es muy adecuado al modo de vivir de esos hombres, que duermen con frecuencia á campo raso, sin tener nada mas para guarecerse de la lluvia.

Ademas de la tela grosera de que acabamos de hablar, fabrican aquellos naturales otras dos que tienen la superficie lisa y están hechas con mucho arte, del mismo modo que las que hacen los habitantes de la América meridional, y á quienes compramos algunas piezas en Rio Janeiro. Una de ellas es tan grosera como nuestras peores arpilleras, pero diez veces mas fuerte. Para tejerlas arreglan los hilos casi como en nuestro país. Hacen la segunda estendiendo muchos hilos, todos juntos, unos en direccion perpendicular y otros atravesados; los hilos están separados unos de otros por una distancia de media pulgada, y se parecen algo á las tiras de caña ó de junco con que se hacen las esterillas redondas que se colocan en nuestras mesas, para poner encima las fuentes. Esta tela es á veces rayada y casi siempre tiene buena apariencia, porque está fabricada con las fibras de la misma planta, que es lustrosa como la seda. La tejen en una especie de cuadro del tamaño de la tela, que tiene ordinariamente cinco piés de largo y cuatro de ancho : los hilos verticales están atados á los cabos del cuadro; la trama se hace con la mano, lo cual debe de ser un trabajo muy fastidioso.

En los estremos de estas especies de telas, ponen bordados ó franjas de diferentes colores, como las de nuestros tapices. Estos bordados están hechos segun diferentes modelos, y trabajados con una limpieza y elegancia que sorprende cuando se considera que no tienen agujas. El vestido que mas les gusta y ostentan es una guarnicion de pellejo de perro; le emplean con tanta economía, que le cortan á tiras que cosen en sus vestidos á cierta distancia unas de otras; esto demuestra que los perros no abundan en aquel país. Las tiras son de varios colores y se hallan dispuestas de modo que producen un efecto muy agradable. Tambien vimos, aunque rara vez, algunos vestidos adornados con plumas en vez de guarnicion de pellejo de perro : un habitante estaba enteramente cubierto de plumas de papagayo encarnado.

Ya he descrito el vestido del hombre que fué muerto cuando fuimos á tierra por primera vez, en la bahía de la Pobreza ; pero durante nuestra permanencia allí, solo otra vez vimos igual traje, y esto fué en el canal de la Reina Carlota.

Las mujeres, contra la costumbre general de su sexo, parece que se ocupan menos de su traje que los hombres. Llevan ordinariamente los cabellos cortos, como he dicho ya, y cuando se los dejan crecer, no se los atan jamas encima de la cabeza ; tampoco llevan adornos de plumas. Sus vestidos están hechos del mismo modo y de la misma tela que los de los hombres, pero uno interior cubre siempre su cuerpo.

Ambos sexos se taladran las orejas y ensanchan los agujeros de modo que se puede meter el dedo. Cuelgan de estos agujeros toda clase de adornos, como tiras de tela, huesos de pájaros, y algunas veces un pedacito de madera. Algunas mujeres se meten un plumerito hecho con las plumas menudas del albatros, que es tan blanco como la nieve, y no es nada desagradable á la vista. Ademas de todos estos adornos que se meten por los agujeros de las orejas, se cuelgan otros, como tijeras ó alfileres de talco verde, uñas y dientes de sus parientes difuntos, muelas de perro y otras zarandajas que ellos consideran como de algun valor. Las mujeres llevan tambien brazaletes y collares, hechos con huesos de pájaros, mariscos y otras sustancias. Los hombres suspenden á veces de su cuello, por medio de un cordon, un pedazo de talco verde ó de hueso de ballena , casi de la forma de una lengua, en el cual esculpen groseramente la figura de un hombre : tienen en grande estimacion este adorno. Vimos á un zelandés cuyo cartílago, divisor de las narices, estaba agujereado y por el agujero pasaba una pluma, cuyos estremos iban á caer á cada lado de los carrillos. En ningun otro indio vimos igual adorno, ni á nadie que tuviese taladrado el cartílago de las narices.

Sus habitaciones son, entre todas sus obras, las mas groseras y las menos industriosas ; esceptuando la magnitud, igualan apenas las perreras de Inglaterra. Rara vez tienen mas de 18 ó 20 piés de largo, 8 ó 10 de ancho y 5 ó 6 de alto, desde la viga que se prolonga de un estremo á otro, formando la cumbre, hasta el suelo. La armazon es de madera, los lados y el techo de yerbas secas y de heno, y el conjunto tiene muy poca solidez. Algunas casas están forradas interiormente con cortezas de árboles, de modo que deben ser un asilo escelente en tiempo de frio. El techo está inclinado de arriba abajo, y la puerta colocada en uno de los estremos, tiene apenas la altura suficiente para dar paso á una persona que entra arrastrándose. Cerca de la puerta hay un agujero cuadrado que sirve á la vez de ventana y de chimenea, pues el hogar está en el mismo estremo que la puerta. En una de las partes mas visibles, ordinariamente junto á la puerta, colocan una tabla cubierta con una escultura hecha á su modo, y que tiene para ellos tanto precio como para nosotros un cuadro. Los costados del edificio y el techo se estienden á unos dos piés fuera de cada estremo, de modo que forman una especie de guardilla, donde hay bancos para el uso de la familia. El terreno ocupado por el hogar está encerrado en un cuadrado hueco, rodeado de pequeñas paredes de madera ó piedras, en medio del cual se enciende la lumbre. A lo largo de los costados de la casa, junto á la pared, estienden un poco de paja en la cual duermen.

Los muebles y utensilios son muy escasos y todos caben en un cofre, escepto los canastos de provisiones, las calabazas donde ponen el agua dulce y los mazos con que baten las raices de helecho ; ordinariamente colocan estos últimos instrumentos fuera de la puerta. El resto de sus tesoros se compone de sus vestidos, sus armas, las plumas que colocan en sus cabellos, y algunas herramientas groseras.

Los habitantes que son de una clase distinguida y cuya familia es numerosa, tienen tres ó cuatro habitaciones contenidas en un patio; las paredes están hechas con vigas y heno, y tienen unos 10 ó 12 piés de altura.

Cuando estábamos en tierra, en el canton llamado *Tolaga,* vimos las ruinas ó mas bien la armadura de una casa que nunca habia sido acabada, y era mayor que todas cuantas habiamos hallado en otras



Cofre esculpido de los habitantes de Nueva Zelandia, visto por encima y por debajo, segun Cook.

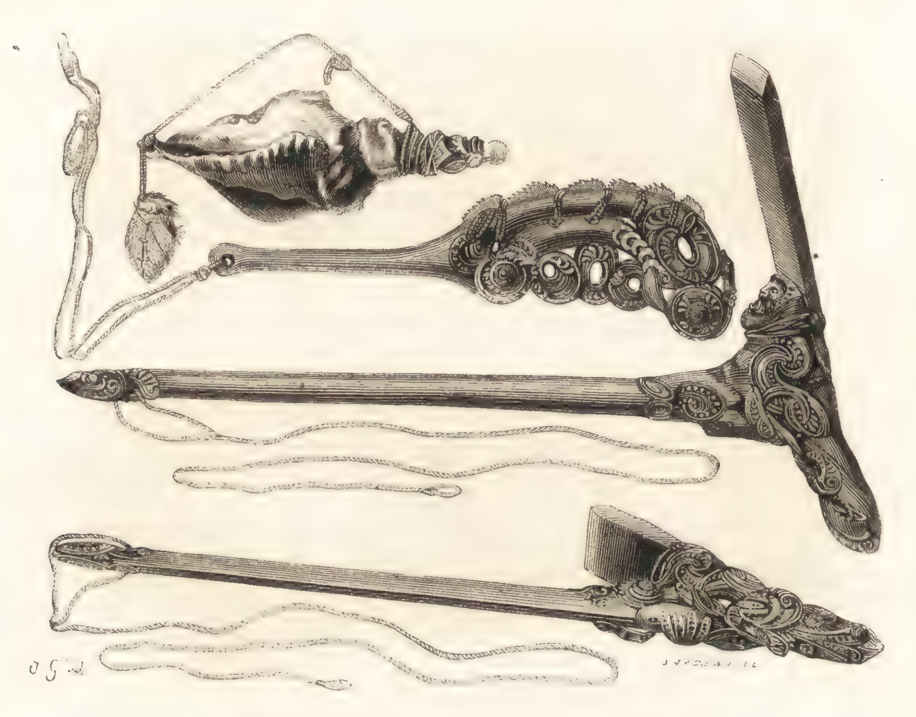
partes; los lados estaban adornados con muchas tablas esculpidas y mejor trabajadas que todas las que habiamos visto hasta entonces. Nunca supimos para qué uso se destinaba y porqué se dejó sin concluir.

Si bien estos pueblos se resguardan muy bien en sus habitaciones de la inclemencia del tiempo, cuando van á la pesca ó á buscar á lo lejos raices de helecho, no se toman la molestia de proporcionarse un abrigo. Algunas veces se construyen uno contra el viento, y otras ni siquiera toman esta precaucion; duermen debajo de los arbustos con sus mujeres é hijos, teniendo las armas á su lado. La cuadrilla de cuarenta ó cincuenta indios que vimos en la bahía de *Mercurio,* en un distrito que los naturales llaman *Opourage*, no construyó jamas el menor abrigo mientras permanecimos allí, y eso que la lluvia caia, á veces, durante veinte y cuatro horas sin cesar.

Como no tienen vasijas para hervir el agua, solo preparan sus alimentos asándolos ó cociéndolos en una especie de horno. Estos hornos son semejantes á los de los isleños de los mares del Sur. No repetiremos la descripcion que ya hemos dado de su modo de asar los alimentos; solo diremos que el largo asador al cual sujetan la carne, está colocado oblicuamente hácia el fuego; para esto meten el estremo del asador debajo de una piedra, y le sostienen en medio con otra; á medida que aproximan mas ó menos la segunda piedra del estremo, aumentan ó disminuyen, á su antojo, el grado de oblicuidad del asador.

He dicho ya que en el norte de la Nueva Zelandia, hay plantíos de batatas, patatas y cocos; pero estos frutos no son idénticos á los que vimos en el Sur. Los habitantes de esta parte del país, deben, pues, vivir únicamente de raices de helecho, pescados y alguna que otra vez, aves acuáticas y perros. Y aun tocante á las raices de helechos y pescados, no se los pueden proporcionar en todas las esta-

ciones, pues hemos visto montones de estas provisiones secas, de pescados sobre todo, que los habitantes guardaban con tanto interés, que les repugnaba vendernos algunas cuando se lo pedimos. Esta circunstancia parece confirmar la creencia en que estoy de que el país produce apenas para la subsistencia de sus habitantes, y que por esta razon, el hambre les obliga á hostilizarse mutuamente para comerse los cadáveres de sus enemigos.



Obras de los isleños de Nueva Zelandia, segun Cook.

No pudimos averiguar si tenian mas bebida que el agua ([1]).

Lo que prueba todavía que los habitantes de aquel país están exentos de enfermedades, es el crecido número de ancianos que vimos, muchos de los cuales eran de una edad muy avanzada, segun indicaba la pérdida de sus dientes y cabellos; sin embargo, ninguno de ellos era decrépito, y si bien no tenian tanta fuerza muscular como los jóvenes, no eran ni menos alegres ni menos vivos ([2]).

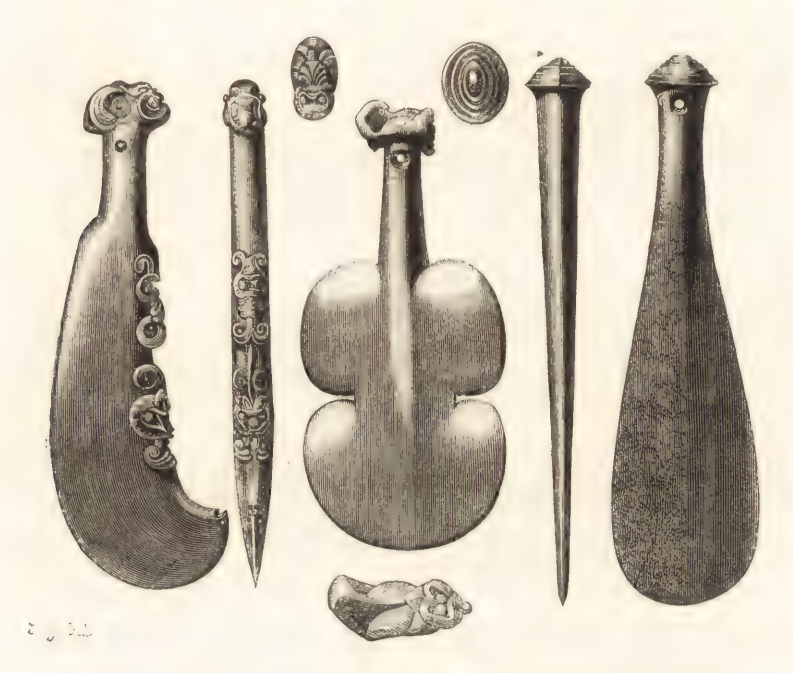
De las piraguas y la navegacion de los habitantes de Nueva Zelandia. — Agricultura, armas, música, gobierno, religion y lenguáge de aquellos isleños.

La industria de aquellos pueblos se ve principalmente en sus piraguas; estas son largas, estrechas, y de una forma muy semejante á las barcas que sirven en Nueva Inglaterra para pescar la ballena. Las piraguas mayores parecen destinadas principalmente para la guerra, y caben en ellas de cincuenta á cien hombres armados. Medimos una que se hallaba á seco en Tolaya, y contamos 68 piés y medio de

([1]) En efecto, todos los viajeros están acordes en consignar la repugnancia que tienen á los licores fuertes aquellos naturales.

([2]) «Sus enfermedades ó *males* mas comunes son la elefantíasis, la tísis pulmonar, y los catarros bajo todas sus formas.» (Lesson.)

largo, 5 de ancho y 3 y medio de profundidad; las mas pequeñas tienen batangas. La escultura de los adornos de la popa y de la proa de estas últimas, que parecen esclusivamente destinadas para la pesca, consiste en la figura de un hombre cuya cara es lo mas horrible que se pueda imaginar; le sale por la boca una lengua monstruosa y dos conchas le sirven de ojos. Las grandes piraguas ó de guerra, están magnificamente adornadas con calados, y cubiertas de franjas flotantes y plumas negras que presentan un golpe de vista agradable; las tablas de la orla están tambien esculpidas, pero las mas de las veces con un gusto grotesco y adornadas con penachos de plumas blancas sobre un fondo negro.



Mazas de los habitantes de Nueva Zelandia, llamadas *patu-patu*, vistas de lado, por el corte y por la punta, segun Cook.

Tienen dos especies de hachas y tijeras que les sirven tambien de barrena para taladrar. Como no tienen metales, fabrican sus hachas con una piedra negra y dura ó con talco verde [1], casi tan duro como la piedra. Sus tijeras están hechas con huesos humanos ó pedazos de jaspe que cortan de un pedrusco en partes pequeñas y angulares como los pedernales de las llaves de los fusiles. Aprecian mas sus hachas que todo lo demas que poseen, y no quisieron cedernos ninguna por mas prendas que les propusimos en cambio.

No tienen muchas armas, pero todas ellas son muy propias para destruir á sus enemigos: consisten en lanzas, dardos, hachas de batalla y el patu-patu; la lanza tiene catorce ó quince piés de largo, espuntiaguda en ambos estremos y á veces está guarnecida con un hueso; se la empuña por enmedio, de modo que la mitad posterior balancea la anterior y da una lanzada mas difícil de evitar que la de la lanza que se coje por uno de los cabos. Arrojan el dardo con la mano, así como las piedras; pero no emplean estas armas mas que para defender las fortalezas. Combaten casi siempre cuerpo á cuerpo, sea en la tierra ó en las piraguas; no llevan armadura defensiva. Los gefes llevan, ademas de las armas, un baston de distincion; este baston es una costilla de ballena, blanca como la nieve y adornada con esculturas, pelo de perro y plumas; otras veces es un baston de seis piés de largo, adornado del mismo modo é incrustado de conchas, semejantes al nácar de perlas. Los que llevan estos distin-

[1] Es decir, un hermoso jade verde, que se halla en un solo parage de la isla meridional, cerca del estrecho de Cook.

tivos son ordinariamente ancianos ó á lo menos de edad provecta: tienen tambien en el cuerpo mas manchas de amoco que los demas habitantes.

El baile de guerra consiste en muchos movimientos violentos y asquerosas contorsiones de los miembros; la cara representa tambien un gran papel, pues sacan una lengua de una longitud increible ó hacen salir el globo de los ojos fuera de su órbita, con tanta fuerza, que horrorizan. No descuidan nada para hacer horrible y deforme la cara del hombre; mientras bailan, agitan las lanzas, dardos y el patu-patu.

Tienen instrumentos sonoros, si se les puede dar el nombre de instrumentos de música; uno es un caracol llamado *trompeta de Triton*, que produce un estruendo como el del cuerno de los pastores ingleses; el otro es una flautita de madera como una pieza del juego de bolos de los niños y desagradable como un silbato. Parece que ellos mismos no consideran á estos instrumentos como adecuados á la música, porque nunca les hemos oido acompañarlos con sus voces, ni sacar sonidos cadenciosos que tuviesen la menor semejanza con un aire musical.

Despues de lo que he dicho ya sobre la costumbre de aquellos indios de comer carne humana, solo añadiré que en casi todas las ensenadas, donde desembarcamos, hemos hallado huesos humanos aun cubiertos de carne, cerca de parages donde se habia encendido lumbre, y que entre las cabezas que trajo á bordo el anciano, parecia que algunas tenian ojos y adornos en las orejas, como si hubiesen estado vivas.

No hay que suponer que hayamos podido adquirir conocimientos muy estensos acerca de la religion de estos pueblos. Reconocen la influencia de varios séres superiores, uno de los cuales es supremo y los demas subordinados; esplican, poco mas ó menos del mismo modo que los habitantes de Otaiti, el orígen del mundo y la produccion del género humano [1]. Sin embargo, Tupia parecia tener sobre estas materias, mas luces que ninguno de los habitantes de Nueva Zelandia; y cuando se hallaba dispuesto á instruirles sobre ellas, lo que hacia á veces con largos discursos, tenia siempre en torno suyo un numeroso auditorio, oyéndole con silencio tan profundo, con tanto respeto y atencion, que no podiamos menos de desearles mejor predicador.

No nos fué posible saber cuáles eran los homenages que tributaban á las divinidades que reconocen; pero diremos que no hemos visto lugares consagrados al culto público, como los *morais* de los isleños del mar del Sur. Con todo, cerca de un plantío de batatas, vimos un pequeño espacio cuadrado, cercado de piedras, en medio del cual estaba plantado uno de esos palos puntiagudos que les sirven de azadas, y del cual estaba colgado un canasto con raices de helecho. Los habitantes del país nos dijeron que era una ofrenda hecha á sus dioses para que les fuesen mas propicios y les concediesen una abundante cosecha.

No pudimos formarnos una idea exacta de sus disposiciones tocante á los muertos. Todo cuanto se nos ha dicho acerca de esto es muy contradictorio. Dícese que en las regiones septentrionales de Nueva Zelandia los enterraban, mientras que en el mediodia de la isla los arrojaban al mar, segun supimos. Lo cierto es que no hemos visto sepulcros en el país, y que los habitantes afectaban ocultarnos con un misterioso secreto, todo lo relativo á sus muertos; pero sean cuales fueren sus cementerios, los vivos son por sí mismos especies de monumentos de luto [2]. En efecto, apenas vimos una sola persona de uno ú otro sexo, cuyo cuerpo no tuviese cicatrices de heridas que se habia hecho, en prueba de dolor, por la muerte de un pariente ó de un amigo. Algunas de estas heridas eran tan recientes, que la sangre no estaba aun restañada, lo que demuestra que habia habido algun reciente fallecimiento en la costa, mientras nosotros estábamos allí. Era esto tanto mas estraordinario, cuanto que no habiamos sabido

(1) El Dios supremo se llama *Nui-Atua* (dueño del mundo). Cada persona tiene su ángel guardian ó *atua*. Los sacerdotes se llaman *arikis* ó *tane-tohonga* (hombres sabios); las sacerdotisas se llaman *wahine-ariki* ó *wahine-tohonga*.

En cada aldea ó pah hay un templete ó casa de Dios *(ware-atua)*, donde se hacen las oraciones *(karakia)*. Los arikis presiden las oraciones y consagran las guerras, los nacimientos y las defunciones. Son tambien médicos.

Los misioneros protestantes propagan el cristianismo con mucho ardor en aquellas islas.

(2) Algunas veces colocan un cofre esculpido encima de las sepulturas.

que se hubiese hecho ninguna ceremonia fúnebre. Algunas de estas cicatrices eran muy anchas y profundas, de modo que desfiguraban enteramente el rostro de los que las tenian. Vimos tambien en aquel país un monumento de otra especie; era la cruz levantada cerca del canal de la Reina Carlota.

NUEVA GALES DEL SUR ([1]).

Travesía de Nueva Zelandia á la bahía de Botánica, en la costa oriental de Nueva Holanda, llamada hoy Nueva Gales meridional. — Diferentes incidentes que allí nos sucedieron. — Descripcion del país y de sus habitantes.

Hicímonos á la vela el 31 de marzo de 1770, partiendo del cabo *Farewell* (Despedida), situado á 40° 33′ de latitud sur y á 186 de longitud oeste.

El 9 de abril, por la mañana, estando á 38° 29′ de latitud sur, vimos un pájaro del trópico, cosa muy estraordinaria en una latitud tan adelantada.

El 15, vimos un huevo y una gaviota, y como esta ave no se aleja nunca de la tierra, estuvimos echando la sonda toda la noche, sin hallar fondo á 130 brazas.

El 16, á eso de las dos, un pajarito de tierra vino á pararse en nuestras jarcias, pero á pesar de esto, no teniamos fondo á 120 brazas.

El 18, por la mañana, vimos dos gallinetas de Port-Egmont y una gallina guinea, señales inequívocas de la proximidad de la tierra; en efecto, segun nuestros cálculos no debiamos hallarnos muy lejanos, pues nuestra longitud se hallaba á un solo grado al oeste de la costa oriental de la tierra de Van-Diemen, segun la situacion que la dió Tasman y que nosotros no podiamos tachar de errónea en una travesía tan corta como media de esta tierra á Nueva Zelandia, mayormente cuando, segun nuestra latitud, no estábamos mas distantes de cincuenta ó cincuenta y cinco leguas del sitio de donde partió. Todo aquel dia tuvimos frecuentes ráfagas y gruesa marejada.

El 19, á eso de las seis, vimos una tierra que se estendia desde el nordeste al oeste á la distancia de cinco ó seis leguas.

Dí el nombre de *punta Hicks* ([2]), ¡á la punta mas meridional que vimos en aquella tierra, por ser M. Hicks, mi primer alférez, el primero que la descubrió. No se veia tierra alguna al sur de esta punta, á pesar de ser muy claro el tiempo y que, segun nuestra longitud, comparada con la de Tasman (no tal como se halla en los mapas impresos, sino en los estractos del Diario de este navegante,

([1]) La Nueva Gales del Sur, situada á 300 leguas de Nueva Zelandia, comprende toda la costa oriental de la Australia ó Nueva Holanda. Tiene mas de mil leguas de estension, desde el cabo York hasta el promontorio Wilson, en el estremo sur Es toda la longitud de la Australia, cuya anchura es, por término medio, de 450 leguas. La superficie entera de la Australia es casi igual á las cuatro quintas partes de la de Europa.

Banks, compañero de Cook, fué el que indicó al gobierno inglés la bahía Botánica *(Botany-Bay)*, como el parage mas á propósito de la Oceanía para la deportacion de criminales y para la fundacion de una colonia. El capitan Philips, transportó los primeros convicts de ambos sexos, en número de mil setecientos, el 18 de enero de 1788; pero, aunque rico en vegetales, halló el terreno de la bahía tan arenoso, que prefirió establecer los colonos, en la orilla meridional del puerto Jackson, situada cuatro leguas mas arriba. Construyéronse allí algunas cabañas, que con el tiempo han venido á ser capital de Nueva Gales del Sur. Desde Botany-Bay hasta Broken-Bay, al norte, toma aquel territorio el nombre de condado de Cumberland.

Los principales navegantes que han esplorado las costas de Nueva Gales del Sur, despues de Cook, son: Entrecasteaux, en su viaje en busca de la Perouse, en 1792; Flinders y Ross, 1797; Flinders, Boudin, 1801; P. P. King, 1818 y 1822; Duperrey, 1824; Bougainville, hijo, 1825; Fitz-Roy, 1836; J. C. de Wicklam, comandante del *Beagle*, 1837 á 1841; J. Lort Stokes, 1841 á 1843. Si se hubiera de enumerar á todos cuantos han dado á conocer aquella region, seria menester citar infinidad de otros nombres, tales como Peron, Quoy, John Oxley, Sturt, Hume, etc. (Véase la *Bibliografía*.)

La poblacion inglesa de Nueva Gales, que era de 40,000 habitantes hace algunos años, parece que se ha aumentado en una notable proporcion, desde el descubrimiento de las minas de oro.

([2]) Al sur del cabo Howe. (Véase un mapa moderno.)

publicados por Rembrands) [1], el punto medio de la tierra de Van-Diemen, debia estar en direccion al sur.

A mediodia, las últimas tierras se estendian del noroeste al este nordeste y una punta que se notaba en ella fácilmente, se hallaba al norte á 201 grados este, es decir, á cerca de cuatro leguas. Esta punta se eleva en forma de cerro que se parece mucho al *Ram-Head*, que se halla á la entrada de la boca del puerto de Plymouth, por cuya razon la dí el mismo nombre.

A la una, vimos tres trompas á la vez; dos de ellas se hallaban entre la costa y nosotros, y la tercera estaba á nuestro babor á cierta distancia.

El 20, á mediodia, nos hallábamos á unas tres leguas de la costa. Como el tiempo era claro, vimos distintamente el país que presenta un aspecto agradable; la tierra es medianamente alta y está entrecortada por valles y colinas, montañas y llanuras. Hay un corto número de praderas, poco estensas y cubiertas de bosques. El declive de las colinas y alturas es suave y las cumbres no son muy altas. Continuamos navegando hácia el norte á lo largo de la costa, con viento sur, y por la tarde vimos salir humo de muchos puntos, lo que nos hizo creer, con fundamento, que el país estaba habitado.

Nos hicimos de nuevo á la vela el 21, y á las seis de la mañana, estábamos al través de una alta montaña que llamé *monte Dromedario*.

A las cinco de la tarde, estábamos al través de una punta de tierra que apellidé *punta Upright*.

El 22, á mediodia, el cabo Dromedario estaba al sur, 28 grados oeste, á diez y nueve leguas, y teníamos al norte una montaña escarpada, parecida á un palomar cuadrado, con una cúpula en la cumbre y á la cual puse por nombre *Pigeon-House* (Palomar).

En el interior del país, entre el monte Dromedario y el Palomar, vimos altas montañas cubiertas de bosques, escepto dos que eran chatas en la cima.

El 24, tuvimos truenos y relámpagos con fuertes ráfagas.

El 25, vimos que la costa parecia que formaba una bahía á eso de dos leguas hácia el norte de un cabo que descubrí el dia de San Jorge; dí á la punta septentrional de esta bahía el nombre de *Long-Nose* (Naviz larga), y á otra punta á 8 leguas al norte el de *Red-Point* (punta Roja), por ser este el color de aquella tierra. Antes de la caida de la tarde, vimos salir humo de muchos puntos.

El 27, distinguimos á muchos habitantes que se dirijian apresuradamente hácia la costa, y cuatro de ellos llevaban en hombros una canoa. Nos lisonjeamos, en un principio, que iban á echarla al agua para aproximarse al buque, pero en breve nos desengañamos y resolví ir á tierra con el bote y cuantos hombres pudiese este contener.

Embarquéme, pues, acompañado de Banks, Solander, Tupia y cuatro remeros, dirijiéndonos á la parte de la costa donde se habian reunido los indios; habia cerca de estos cuatro pequeñas canoas, en la orilla del mar. Los indios se sentaron en las rocas y parecia que esperaban nuestro desembarco; pero con gran sentimiento nuestro, huyeron hácia los bosques en cuanto estuvimos á un cuarto de milla de distancia. Persistimos, sin embargo, en el designio de ir á tierra, pára ver si podiamos tener una entrevista con ellos, pero el mar estaba tan alborotado y las olas azotaban con tanta violencia la ribera, que nos fué imposible desembarcar con nuestro bote. Tuvimos, pues, que limitarnos á examinar los objetos que descubriamos desde el mar. Las piraguas, vistas de cerca, se parecian á las menores de que se servian los habitantes de Nueva Zelandia. Notamos que no habia malezas entre los árboles esparcidos por la costa, los cuales no eran muy gruesos; muchos de esos árboles eran palmeras, segun pudimos reconocer; despues de un exámen que lejos de satisfacer nuestra curiosidad la escitó mas y mas, nos vimos obligados á regresar al buque sumamente descontentos, y llegamos á bordo á eso de las cinco. Sobrevino entonces la calma y nuestra situacion no era muy satisfactoria. Estábamos todo lo mas á milla y media de la costa y en medio de unos bajos que se hallan situados al sur; pero afortunadamente sopló de tierra una brisa ligera que nos sacó de peligro. Navegamos hácia el norte con esta brisa, y el 28, al amanecer, descubrimos una bahía que parecia hallarse al abrigo de todos los vientos; resolví entrar

[1] Dirk Rembrandts, traductor holandés de algunos estractos de los diarios de Abel Tasman.

allí con el buque ([1]). Envié al contramaestre con la pinaza á que sondease la entrada, mientras que yo procuraba burlar el viento. A mediodia, teniamos al norte noroeste la boca de la entrada de la bahía á una milla de distancia. Habiendo divisado humo en la costa, miramos con los anteojos, y vimos á unos diez indios que huyeron al aproximarnos, y se refugiaron en una pequeña altura desde donde podian observar todos nuestros movimientos. A poco rato, llegaron á la costa precisamente debajo de la altura,



Habitantes de Nueva Gales del Sur (bahía de Jervis) ([2]), segun el Atlas de *l'Astrolabe* (Dumont de Urville).

dos piraguas con dos hombres cada una; estos subieron á la cima de la altura para reunirse con sus compañeros los indios. La pinaza, que se habia adelantado para sondear, se acercó á dicha altura, y los indios se retiraron mas arriba de la colina, escepto uno que se escondió en las rocas, cerca del sitio del desembarco. A medida que se adelantaba la pinaza á lo largo de la costa, la mayor parte de los habitantes tomaban el mismo camino, manteniéndose á cierta distancia de la embarcacion. Cuando volvieron los nuestros, nos dijo el contramaestre que varios de aquellos indios habian ido á la playa de una pequeña ensenada que está en lo interior de la ensenada, convidándole á que desembarcase, por medio de signos y palabras, cuyo significado no comprendia; añadió que todos iban armados con largas picas y una pieza de madera parecida á una cimitarra. Los indios que no siguieron al bote, notaron que el buque se acercaba y empezaron á amenazarnos agitando sus armas; dos de ellos, sobre todo, tenian un aspecto singular; sus caras parecia que estaban cubiertas con unos polvos blancos y sus cuerpos pintados con anchas rayas del mismo color, que pasando oblicuamente por el pecho y espaldas, tenian la misma direccion que el correage de nuestros soldados; llevaban tambien en los muslos y piernas rayas de la misma anchura, que parecian ligas. Cada uno de estos hombres llevaba en la mano el arma que, como

([1]) La bahía de Jervis, situada al sur de Botany-Bay, es una de las mas hermosas y mas seguras de toda la costa.

([2]) La bahía Botánica (Botany-Bay), junto á la cual se ha edificado despues la grande y hermosa ciudad de Sidney, capital de Nueva Gales del Sur y del condado de Cumberland.

nos dijo el contramaestre, se asemejaba á una cimitarra. Pareciónos que hablaban entre sí con mucha animacion.

Proseguimos por la bahía, y por la tarde echamos el áncora con seis brazas bajo la costa meridional, á unas dos millas mas adentro de la entrada, dejando al sudeste la punta del sur y al este la del norte. Adelantando siempre, descubrimos en las dos puntas de la bahía las chozas de algunos habitantes del



Confluencia del Nepean y del Wera-Gambia ([1]), segun el Atlas de *la Thétis* (Bougainville hijo).

pais, hombres, mujeres y niños. Vimos debajo de la punta del sur cuatro pequeñas piraguas, cada una con un hombre á bordo, al parecer muy ocupado en pescar con una gran pica, á guisa de arpon; poco faltó para que no se aventurasen á pasar por medio de las olas, y estaban tan atentos en su trabajo, que cuando el buque pasó á un cuarto de milla de distancia de ellos, levantaron apenas los ojos. Acaso les ensordeció el estruendo de las olas, ó absortos enteramente en la pesca, no vieron ni oyeron nada cuando pasamos.

El buque se hallaba anclado enfrente de una aldea compuesta de seis á ocho cabañas. Cuando nos

([1]) Lesson, que visitó la bahía «Botánica» en 1824, hizo una escursion en el interior de las tierras, subiendo el Nepean y el Wera-Gambia.

«Estos rios corren, dice, en las profundas grietas de las altas armellas del primer plano de la cordillera de las montañas Azules; las quebraduras de estas montañas se levantan en las márgenes como murallas verticales. Las rocas arcillosas, desnudas y hundidas tienen una vegetacion especial y se separan en fragmentos gigantescos. Un profundo silencio reina en aquella salvage creacion, que interrumpe solo algunas veces el grito agudo del cacatoes.»

Pero luego mas adelante añade, hablando del Nepean:

«Las orillas de este hermoso rio, nos presentaron su verde suelo cubierto de violetas azules y blancas, ofreciéndonos la sombra de sus grandes árboles, sus cascadas que se desploman por entre las grietas de las montañas Azules, y sus pescados delicados. Allí oimos el grito particular del *psophode*, que imita perfectamente el chasquido del látigo del postillon; hallamos tambien las suntuosas plumas de la *lira*, y á los *satin-birds* (pájaros de raso), que volaban sin rumor alguno, gracias á su plumage blando y suave como la seda. (*Voyage autour du monde*, t. II, p. 273)

disponiamos á subir á bordo, vimos salir del bosque á una vieja á la que seguian tres niños : los tres llevaban una carga de leña proporcionada á sus fuerzas. Al acercarse al caserío, otros tres niños, mas jóvenes que los primeros, salieron á su encuentro ; la vieja miraba frecuentemente hácia el buque, pero sin demostrar temor ni sorpresa. A poco rato encendió lumbre y llegaron de la pesca las cuatro piraguas. Los hombres desembarcaron y despues de haber sacado las embarcaciones á la orilla, empezaron



Una vista del Nepean, segun el Atlas de *la Thétis* (Bougainville hijo).

á preparar la comida, sin parecer curarse de nosotros, á pesar de hallarnos á media milla de ellos. Notamos que ni la vieja ni ninguno de aquellos habitantes llevaba vestido alguno.

Despues de comer hice preparar las lanchas y partimos acompañados de Tupia. Queriamos desembarcar en el parage donde habiamos visto á los indios, y empezábamos á creer que recibirian nuestro desembarco con la misma indiferencia con que miraban el buque. Estábamos muy equivocados, pues en cuanto nos aproximamos á las rocas, presentáronse dos hombres para disputarnos el paso y los demas huyeron ; cada uno de los dos campeones estaba armado con una pica de unos diez piés de largo y con un palo corto que parecia manejar como si fuese un instrumento destinado para lanzar la pica ó para hacer de esta cualquier otro uso. Habláronnos con un tono muy recio, con un lenguage rudo y desagradable, del cual ni Tupia ni yo entendimos una palabra. Agitaban sus armas y parecian resueltos á defender la orilla hasta el último estremo ; á pesar de no ser mas que dos y nosotros cuarenta. No podia menos de admirar su valor, y no queriendo empezar las hostilidades con fuerzas tan desiguales, mandé á los marineros que cesasen de remar. Entablamos una conversacion mímica durante un cuarto de hora, y para granjearme su benevolencia les arrojé clavos, cristalillos y otras bagatelas que aceptaron y les contentaron mucho al parecer. Híceles signo de que necesitábamos agua, y traté de convencerles por cuantos medios pude imaginar, que no queriamos hacerles ningun mal; ellos nos respondieron con algunos ademanes, que yo tomé por un convite para desembarcar; pero en cuanto el bote avanzó un poco mas, se prepararon de nuevo á oponerse. Uno de ellos era un jóven de diez y nueve á veinte años y el otro ya de edad provecta ; no teniendo mas remedio, hice tirar un fusilazo por encima de

ambos, á cuyo estruendo dejó caer el mas jóven un paquete de lanzas hasta el pié de la roca; sin embargo, vuelto en sí de su espanto pocos momentos despues, se levantó con suma velocidad y empezaron ambos á tirarnos piedras. Mandé entonces que les disparasen un segundo fusilazo cargado con perdigones que hirió al mayor de ellos; este se escapó y se refugió á una de las habitaciones, que se hallaba á cien varas de distancia poco mas ó menos. Creia que acabaria aquí nuestro altercado y desembarcamos al punto; pero apenas pusimos el pié en tierra, cuando volvió á presentarse el herido, y nos convencimos de que no dejó la roca mas que para ir á buscar una especie de escudo para su defensa. Luego que se halló á distancia nos lanzó una azagaya y su compañero otra; pero afortunadamente cayeron en medio de nosotros sin herir á nadie. Al tercer tiro cargado con perdigones que les tiramos, echaron á correr no sin lanzarnos antes otra javalina. Si les hubiésemos perseguido, habriamos indudablemente cojido uno; pero Banks nos observó que sus lanzas estaban acaso envenenadas, y no juzgué prudente aventurarnos en los bosques. Fuimos, sí, á las chozas, y hallamos á los niños ocultos detras de un escudo y de un monton de cortezas. Dejámosles en su escondrijo, despues de haberlos examinado, haciendo como si no les hubiésemos visto, y salimos de las chozas dejando en ellas algunos pedazos de tela y varias chucherías, con lo cual esperábamos granjearnos la amistad de los habitantes cuando estos regresasen. Nos llevamos unas cincuenta lanzas que habiamos hallado; todas tenian de 6 á 15 piés de largo con cuatro ramas como las de las fisgas, y en la punta de cada una un hueso de pescado. Observamos que estaban untadas con una sustancia viscosa de color verde, lo que nos confirmó desde luego en la opinion de que estaban envenenadas; pero despues reconocimos que esta conjetura era falsa. Parecíónos que los indios acababan de servirse de ellas para cojer pescado, puesto que tenian aun pegados pedazos de plantas marinas.

Volvimos á embarcarnos en las lanchas y llevamos á bordo las lanzas. Fuimos en seguida á la punta septentrional de la bahía, donde habiamos visto cuando entramos á muchos naturales del país; pero la hallamos enteramente desierta. Descubrimos agua dulce que salia de la cima de las rocas y caia en un charco que habia al pié, pero esperimentamos suma dificultad en sacarla para nuestro uso.

El 29, por la mañana, envié un destacamento de marineros á aquel sitio para que cavasen unos hoyos en la arena y procurasen sacar agua de ellos : á poco rato fuí yo mismo á tierra con Banks y Solander, y hallamos un riachuelo mas que suficiente para proveernos de agua.

Al volver á visitar la choza donde habiamos visto á los niños, notamos con cierto despecho que nadie habia tocado á ninguno de los presentes que dejamos, y que ningun indio se presentaba.

El 30, antes de amanecer, vinieron los indios á las habitaciones que se hallaban en frente del buque y les oimos prorumpir grandes gritos. Cuando se hizo de dia se pasearon por la playa, retirándose luego á los bosques donde encendieron muchos fuegos á una milla de distancia de la costa.

El 1° de mayo, muy de mañana, enterramos el cuerpo de Forby Sutherland, uno de nuestros marineros que falleció la víspera; dímosle sepultura junto al sitio de la aguada, y puse el nombre de *punta Sutherland* á la punta meridional de aquella bahía ([1]).

Habiendo resuelto hacer una escursion por el país, Banks, Solander, yo y siete hombres mas, armados y equipados como convenia, nos pusimos en camino y visitamos primeramente cerca de la aguada, las chozas donde acostumbraban á ir cada dia algunos habitantes; y si bien no habian tocado aun á los regalos que les habiamos dejado allí, les pusimos otros de mas precio, tales como cintas, espejos, peines, quincallería, etc., internándonos luego en los campos. Vimos que el terreno era de tierra cenagosa ó de arenilla fina, y que numerosos bosques y llanuras variaban agradablemente la superficie del país. Los árboles son grandes, rectos, están sin malezas y á tal distancia uno de otro, que, escepto los parages pantanosos, podria cultivarse todo el campo sin tener que derribar ninguno. Ademas de los árboles, hallamos abundante yerba, fresca, verde y muy crecida. Vimos tambien muchas habitaciones, los sitios donde dormian á descubierto, y á un isleño que echó á correr en cuanto nos vió. En todas partes dejamos presentes, con la esperanza de granjearnos así la confianza y amistad de los habitantes.

([1]) Al noroeste de la punta Solander.

Descubrimos á lo lejos y de paso á un cuadrúpedo que era del tamaño de un conejo : el perro de Banks, que le vió igualmente, le hubiera probablemente pillado, si al correr detras de él, no se hubiese lastimado la pata con una rama que estaba bajo la yerba. Hallamos despues el estiércol de un animal que se alimentaba solo de verde, del tamaño de un gamo. Tambien descubrimos las huellas de otro animal cuyas patas se parecian á las del perro, y segun todas las apariencias, era del tamaño del



Cumbre de la cascada Bougainville, en las montañas Azules ([1]), segun el Atlas de *la Thétis* y de *l'Espérance*.

lobo ; con estas huellas habia otras de un animal mas pequeño cuyo pié se asemejaba al del veso ó de la comadreja ([2]). Los árboles estaban poblados por un sinnúmero de pájaros de diversas especies, siendo muchos de ellos de una rara hermosura, principalmente las oropéndolas y las catacuas ([3]), cuyas bandadas eran muy numerosas. Los naturales del pais habian cortado mucha leña y arrancado la corteza á varios árboles. Las especies de estos no eran muy numerosas ; varios de ellos destilaban una goma parecida á la sangre de drago; otros tenian unas cortaduras distantes unos tres piés entre sí, para poder subir á la cima con mas comodidad.

Al siguiente dia, 2, por la mañana, llovió tanto que no pudimos salir de bordo.

Tupia, que era un buen tirador, se separaba á menudo de nosotros para cazar papagayos; una vez nos dijo que se habia encontrado con nueve indios, los cuales huyeron en desórden en cuanto le vieron.

El 3, vinieron hasta la distancia de media milla de la aguada, doce piraguas con un solo indio cada

([1]) Situada á muchas millas de la bahía Botánica, en el camino de Sydney á Bathurst, en las montañas Azules. Bougainville llegó á la vista de Nueva Gales del Sur en junio de 1786, pero á la altura del cabo Tribulacion. La cascada debe su nombre á Bougainville hijo, comandante de la *Thétis*, que llegó al puerto Jackson en junio de 1825, y erigió un monumento en la punta norte de Bolany-Bay, donde la Perouse escribió los últimos partes que llegaron á Europa.

([2]) Véanse mas adelante las notas sobre los cuadrúpedos de Nueva Holanda.

([3]) Ademas del cacatoes blanco con cresta amarilla, hay en Nueva Gales del Sur otro cacatoes de color pizarroso con cresta encarnada, y dos especies negras sin cresta cuyas alas y cola están salpicadas de amarillo.

una, y permanecieron allí bastante tiempo. Estos isleños se ocuparon en pescar con el arpon, y parecian tan absortos en su pesca, que no dieron muestras de reparar en nosotros, ni mas ni menos que los que vimos anteriormente.

El 4, uno de nuestros oficiales encontró á un hombre muy anciano con una mujer y varios niños, sentados al pié de un árbol, á la orilla del agua. Hasta que estuvieron cerca unos de otros, no se per-



El cacatoes blanco de Nueva Gales del Sur (*Plyctolophus Leadbeateri*), segun Mitchel [1].

cibieron mutuamente. Los indios manifestaron algun temor, pero no trataron de huir : el oficial, no teniendo nada que darles, les presentó un papagayo que acababa de matar, pero los isleños lo rehusaron, dando algunos pasos hácia atrás, por miedo ó aversion. Nuestro compañero permaneció algun tiempo con ellos; pero viendo que era solo y que habia muchas piraguas pescando cerca de la playa, temió que le atacasen y se marchó. Nos dijo que aquellos habitantes tenian el cútis muy moreno sin ser

[1] *Mitchel's australian expedition.*

negro [1]; que el hombre y la mujer parecian ancianos, pues eran canosos; que el hombre tenia una espesa cabellera y las barbas largas; la mujer llevaba el pelo corto y ambos iban enteramente desnudos.

La gran cantidad de plantas que Banks y Solander recogieron en aquella tierra, me decidió á darla el nombre de *bahía de Botánica* [2]. Se halla situada á 34 grados de latitud sur y á 208° 37′ de longitud oeste. Es estensa, segura y cómoda.

Durante mi permanencia en aquel sitio enarbolé allí cada dia el pabellon inglés, y grabé en el tronco de uno de los árboles, cerca de la aguada, el nombre de nuestro buque con la fecha del dia y año en que llegamos.

Travesía desde la bahía de Botánica hasta la bahía de la Trinidad. — Descripcion del país, de sus habitantes y de sus productos.

Partimos de la bahía de Botánica al amanecer del dia 6 de mayo de 1770. Al mediodia estábamos á dos ó tres millas de distancia de la tierra, en frente de una bahía ó playa donde nos pareció que habia un buen fondeadero, que llamé *puerto Jackson* [3]. Esta playa ó bahía está á tres leguas al norte de la bahía de Botánica.

Al norte del puerto Jackson, reparó Cook con mas particularidad en la punta Stephen, en el cabo Hawke, en tres montañas elevadas que llamó los *Tres Hermanos*, y en el cabo Smokey (ó del humo, por haber visto salir mucho humo de él). A medida que se adelantaba, se elevaba la tierra por grados y el país era mas montañoso. Despues de haber pasado el monte Warning, los bajos y la punta del Peligro, el cabo Moreton y unas montañas de una forma particular, que parecian de cristal (*glass houses*), halló Cook una punta semejante á dos islas, que llamó *punta de la isla Doble*.

En la parte superior, dice, la costa, que es medianamente elevada, es mas árida que ninguna de las que habiamos visto, y el terreno muy arenoso. Con nuestros anteojos podiamos ver montones de arena móviles y de mucha estension, algunos de los cuales habian sido recientemente transportados al sitio que ocupaban entonces, pues vimos muchos árboles medio enterrados, cuyas cimas estaban aun verdes y los troncos despojados de su corteza por la arena donde habian estado metidos. En otros parages parecia que los bosques eran bajos y cubiertos de malezas, sin indicio alguno de habitantes. Dos serpientes acuáticas nadaban al rededor del buque; su piel estaba salpicada de hermosas manchas y eran

[1] Los indígenas de Nueva Holanda tienen el cútis negruzco como el hollin, nariz aplastada, el cabello crespo y las estremidades delgadas; á pesar de estos caracteres, no hay que confundirlos con los negros de Africa.

Descienden sin duda de las primitivas poblaciones que se esparcieron en Nueva Irlanda, en Nueva Bretaña, Nuevas Hébridas, Nueva Caledonia, etc. « Su orígen es muy oscuro, dice Lesson, si bien puede suponérsele hermano de los alfurús y endamenes de las tierras altas de la Malasia, y oriundo de los mas antiguos de Madagascar. »

Bajo el punto de la inteligencia, los habitantes del continente austral son generalmente inferiores á la mayor parte de los isleños de Oceanía. Varias tribus son antropófagas.

« Los habitantes de Australia (Nueva Holanda), y los de Tasmania (tierra de Van-Diemen), son sin disputa los que ocupan el último puesto en la raza malaya. » (Dumont de Urville.)

Por mas bajos que se hallen colocados en la escala de las razas humanas, tienen una religion, creen en la existencia de los malos espíritus y les rezan oraciones para que les preserven de todos los males y les favorezcan en todos sus buenos ó malos designios. Entierran á sus muertos despues de haberles cubierto de hojas, y graban geroglíficos fúnebres en las tumbas y árboles próximos las sepulturas.

[2] La botánica de Nueva Holanda, tan hermosa como rica y variada, ha dado materia para obras muy eruditas, tales como las de Banks, de Labillardière, de Robert Brown y de Cunningham.

« La flora de Australia se compone de unas 4,200 especies, repartidas en 120 familias, entre las cuales dominan las mirtáceas, protáceas, epacrídeas, etc.... Sin embargo, las selvas de Nueva Gales del Sur tienen un aspecto nebuloso y triste; las hojas son secas y coriáceas. » (Lesson.)

[3] El puerto Jackson, muy estenso, está dividido en pequeñas bahías. Sus dos puntos avanzados se acercan de modo que estrechan la entrada; su longitud es de 7 á 9 millas. En su parte media hay un islote.

casi semejantes á las culebras de tierra, pero tenian las colas anchas y chatas, porque sin duda les servian de nadaderas.

El 22 de mayo, durante el camino, descubrimos con nuestros anteojos que la tierra estaba cubierta de palmeras, árboles que no habiamos visto desde que dejamos las islas situadas entre los trópicos; vimos tambien á dos indios paseándose á lo largo de la costa, sin que se dignasen fijar la atencion en



Vista de Sidney-Cove, en puerto Jackson, segun el Atlas de *l'Astrolabe*.

nosotros. Por la noche, despues de haber bordeado algun tiempo, anclamos á eso de las ocho con cinco brazas, en un fondo de arena fina.

Al siguiente dia, 23, fuí á tierra muy temprano en compañía de Banks, Solander, Tupia, de nuestros oficiales y de un destacamento de marineros para examinar el país. Soplaba un viento tan fuerte y frio, que cuando estuvimos á cierta distancia de la costa, tomamos nuestras capas como una precaucion necesaria para el viaje. Desembarcamos algo adentro de la punta meridional de la bahía, donde hallamos un canal que conducia á una gran laguna. Adelanténie para examinar el canal y vimos muchos pantanos de agua salada, en cuyas márgenes, así como en las de las lagunas, crece el verdadero tuña ó nopal *(rhizaphora mangle)*, tal como se encuentra en las islas de América; era el primer árbol de esta especie que hallamos. En las ramas de estos árboles anidan unas hormigas muy particulares, cuyo color es verde como el de la yerba; si alguien turba el reposo de la mansion de estos insectos agitando las ramas del árbol, salen todos en tropel y castigan al agresor con una picadura mucho mas dolorosa que la de los otros bichos que conociamos. Hallamos igualmente en los mismos árboles gran número de orugas verdes, con el cuerpo cubierto de un espeso vello, y formadas en las hojas unas al lado de otras, como una hilera de soldados. Esperimentamos al tocarlas, que el vello de su cuerpo era puntiagudo como una aguja, pero la punzada no era tan dolorosa como la de esta.

Encontramos en la costa una especie de avutardas, de las cuales matamos una que era tan gruesa como una gallina de las Indias y pesaba 17 libras y media. Convinimos todos en que era el ave mejor que habiamos comido desde que salimos de Inglaterra, y con este motivo dimos á aquella ensenada el

nombre de *Bustard-Bay* (bahía de la Avutarda). Está situada á 24° 4′ de latitud y á 208° 16′ de longitud. Segun todas las trazas, el mar abundaba en pesca; pero desgraciadamente se nos rompieron las redes en cuanto las tendimos. Hallamos en los bancos de fango y al pié de los nopales una infinidad de ostras de toda clase, entre ellas al *martillo* y otras mas pequeñitas de las que contienen perlas.

Los que se quedaron á bordo del buque nos dijeron que mientras estábamos en los bosques, unos veinte indígenas se habian acercado á la playa en frente de la embarcacion, y se marcharon despues de haberla mirado durante algun tiempo. En cuanto á nosotros los que fuimos á tierra, si bien veiamos salir humo de diferentes puntos, no descubrimos á ningun habitante. Solo pudimos llegar á uno de los parages de donde salia humo, por estar los otros muy distantes; y hallamos diez hogueras pequeñas ardiendo aun, á algunos pasos unas de otras; pero los indios se habian marchado antes que llegásemos. Estas hogueras estaban en un bosquecillo de árboles, tan apretados unos contra otros, que nos resguardaban enteramente del viento. Vimos muchas pisadas en aquel sitio, y como no hallamos ninguna habitacion ni vestigios de morada alguna, juzgamos que aquellos pueblos, que van enteramente desnudos, no viven bajo cubierto y pasan las noches al aire libre como los animales. El mismo Tupia, meneando la cabeza en ademan de lástima, nos dijo que eran *taata enos* (pobres miserables).

El 25, llegaron al cabo de Capricornio; el 29 y el 30, se detuvieron en el canal de la Sed (*Thirsty sound*), donde no hallaron agua dulce, pero donde los naturalistas repararon en un considerable número de mariposas, así como en unos hormigueros practicados en tierra greda, cuyas hormigas eran blancas. Ninguna otra circunstancia digna de nota caracterizó esta esploracion.

Hasta aquí, dice Cook, habiamos navegado sin accidente alguno en aquella peligrosa costa, donde en una estension de veinte y dos grados de latitud, es decir, en mas de mil trescientas millas, oculta el mar en todas partes escollos que se adelantan bruscamente al pié de la costa, y peñascos que se levantan repentinamente desde el fondo en forma de pirámide. Hasta entonces, ninguno de los nombres que habiamos dado á los diferentes países que recorrimos, eran monumentos de tristeza; pero en este parage empezamos á conocer la desgracia, y por esto llamamos *cabo de la Tribulacion* á la punta mas lejana que vimos hácia el norte en último lugar.

Este cabo está situado á 16° 6′ de latitud sur y á 214° 39′ de longitud oeste. Dirijímonos al norte cuarto noroeste, tres ó cuatro leguas á lo largo de la costa, y descubrimos á lo largo dos islas situadas á unas seis ó siete leguas de la grande tierra. A las seis de la tarde, teniamos al norte medio oeste dos islas bajas cubiertas de arbolado, que algunos de los nuestros tomaron por dos rocas que se levantaban del seno de las aguas. Disminuimos entonces la vela y recogimos el viento mas de cerca; era mi proyecto mantenerme en alta mar toda la noche, no solo para evitar el peligro que descubriamos hácia adelante, sino para ver al mismo tiempo si habia algunas islas en alta mar, mayormente hallándonos muy cerca de la latitud dada á las islas descubiertas por Quirós, que los geógrafos, por razones que ignoro, han descrito como reunidas á esta tierra. Poseiamos la ventaja de tener buen viento y la claridad de la luna durante la noche: al internarnos mas adentro en el mar, desde las seis hasta cerca de las nueve, aumentó nuestro fondo de catorce á veinte y una brazas; pero mientras estábamos cenando, disminuyó de repente y bajó sucesivamente en el espacio de algunos minutos, á doce, diez y hasta ocho brazas. Mandé que inmediatamente ocupase su puesto cada cual, hallándose todo pronto para virar de bordo y echar el áncora; pero la sonda midió un agua profunda y sacamos en consecuencia que habiamos pasado por el estremo de los bajos que vimos al ponerse el sol y que ya no habia peligro. Antes de las diez tuvimos veinte y veinte y una brazas, y continuando siempre el mismo fondo, fueron los oficiales á acostarse tranquilamente. A las once menos algunos minutos, bajó el agua de repente de veinte á diez y siete brazas, y antes de que se pudiese volver á echar la sonda, encalló el buque, permaneciendo inmóvil, sin mas movimiento que el vaiven que le imprimian las olas, impeliéndole contra la roca adonde estaba. Al instante se halló sobre cubierta toda la tripulacion; cada uno tenia enérgicamente pintado en su rostro el horror de nuestra situacion. Como habiamos navegado á lo largo con una buena brisa por espacio de tres horas y media, sabiamos que no podiamos estar cerca de la costa. Teniamos muchos

motivos para creer que nos hallábamos encima de una roca de coral, y estas rocas son mas peligrosas que las demas, por ser sus puntas muy agudas, y cada parte de la superficie es tan dura y escabrosa, que quiebra ó rompe todo cuanto roza, aunque sea suavemente. En este estado, abatimos enteramente todo el velámen, y echamos las lanchas al agua para sondear al rededor del buque. En breve nos convencimos que nuestros temores no eran infundados, pues la embarcacion, habiendo pasado por una hilera de rocas, encalló en un hoyo que habia en medio de ellas. En algunos parages hallamos de tres á cuatro brazas de agua y en otros habia apenas cuatro piés. El buque habia tocado el cabo al nordeste y á unas treinta varas á estribor, tenia el agua una profundidad de diez y doce brazas. Así que la lancha estuvo en el mar, abatimos nuestras entenas y jarcias, echamos el áncora chata á estribor, pusimos el áncora ahorquillada con su cable en la lancha, é ibamos á echarla en el mismo sitio, cuando sondeando por segunda vez al rededor del buque, hallamos mas fondo detras de él : llevamos pues el áncora á popa, y despues de haberla echado al agua, trabajamos con todas nuestras fuerzas en el cabestante, esperando que podriamos poner á nado el buque; pero con gran sentimiento nuestro vimos que no nos era dable el moverle : durante todo este tiempo continuaba chocando contra la roca con mucha violencia, de modo que nos costaba mucho el poder tenernos en pié. Para colmo de desgracia, vimos flotar á la claridad de la luna, al rededor nuestro, las tablas del forro de la quilla, y luego la falsa quilla, de modo que estábamos á pique de que se nos tragase el mar á cada momento.

No teniamos mas recurso que alijerar el buque, y habiamos perdido la ocasion de sacar el mejor partido de este espediente, porque desgraciadamente encallamos á la marea alta y esta se hallaba entonces considerablemente disminuida; así pues, alijerando al buque de modo que calara tantos piés menos de agua cuantos la marea habia perdido al menguar, nos habriamos hallado en el mismo estado en que nos encontramos al principio del accidente. La única ventaja que nos proporcionaba esta circunstancia era que la marea alta levantaba mas al buque sobre las rocas, y no chocaba contra estas con tanta violencia. Confiábamos algo en la siguiente marea, pero era incierto que el buque pudiese resistir hasta entonces, mayormente cuanto el escollo rascaba la quilla en la parte de estribor, y con tanta fuerza, que se oia el ruido del roce de la bodega anterior. Nuestra situacion no nos permitia perder tiempo en conjeturas, y por consiguiente redoblamos de esfuerzos para lograr nuestra salvacion. Empezaron á funcionar las bombas; solo teniamos seis cañones sobre cubierta y los arrojamos al mar con la mayor prontitud, así como nuestro lastre de hierro, piedras, toneles, tablones, aros, cántaros de aceite, provisiones viejas y otros materiales de los mas pesados. Cada cual se puso á trabajar con un ahinco que rayaba en alegría, sin el menor asomo de murmuracion ni descontento; nuestros marineros se hallaban tan penetrados del sentimiento de su situacion, que no se oia la mas mínima maldicion; el temor de cometer esta falta, en un momento en que la muerte parecia tan próxima, reprimió instantáneamente esta costumbre profana por mas inveterada que fuese.

Enfin, amaneció el 11 de junio y vimos la tierra á unas ocho leguas de distancia, pero sin descubrir, en el espacio intermedio, una sola isla donde pudiésemos ir con las lanchas, para transportarnos desde allí á tierra firme en caso de que se perdiese el buque. El viento, sin embargo, amainó por grados, y casi toda la mañana tuvimos calma completa; á no haber sido así, el buque se hubiera hecho pedazos. Esperábamos la marea alta á las once de la mañana, y con este motivo sacamos las áncoras fuera é hicimos todos los demas preparativos para procurar poner á nado el buque; pero nuestra sorpresa fué igual á nuestro dolor cuando vimos que no se levantaba mas que un pié y medio, á pesar de haberle alijerado de mas de cincuenta toneles, porque la marea del dia no habia llegado á la altura que la de la noche. Pusímonos á alijerarle todavía mas, y arrojamos al mar todo cuanto no nos era absolutamente necesario. El buque no habia hecho hasta aquí mucha agua; pero á medida que menguaba la marea entraba el agua con tanta rapidez, que apenas bastaban para impedir que fuésemos á pique dos bombas en continuo movimiento : á las dos se abrieron de nuevo dos ó tres vias de agua á estribor, y la pinaza que se hallaba encima tocó en el fondo. No teniamos mas esperanzas que en la marea de media noche, y para prepararnos para aprovecharla, colocamos dos áncoras ahorquilladas, una á estribor y la otra directamente á popa; pusimos en órden los cabos y las cabrias que debian servirnos para sacar los cables poco á poco, atando despues fuertemente uno de los estremos de los cables á la parte posterior

para que el esfuerzo subsiguiente produjese algun efecto en el buque, y acortando en seguida la longitud del cable que estaba entre él y las áncoras, pudiésemos desencajarle del banco de rocas adonde estaba encallado.

A las cinco de la tarde notamos que empezaba á crecer la marea, pero echamos de ver al mismo tiempo que la via de agua hacia progresos alarmantes, de modo que pusimos en juego dos bombas mas; desgraciadamente solo una de estas se hallaba en estado de funcionar, con la cual no teniamos mas que tres bombas aptas para el servicio y en continuo movimiento; á todo esto la via de agua aumentaba de tal modo, que creiamos que el buque se iria á pique en cuanto dejase de estar sostenido por el escollo. Horrible era la situacion y esperábamos el momento en que estuviese á nado la embarcacion, no para salvarnos, sino para acabar de perdernos. No ignorábamos que las lanchas no podrian llevarnos á todos á tierra, y que en cuanto llegase el instante crítico, como ya no habria ni mando ni subordinacion, resultaria un altercado que aumentaria los horrores del naufragio y seria causa de que pereciésemos unos á manos de otros. Sabiamos, sin embargo, que si dejábamos algunos hombres á bordo padecerian mucho menos, ahogándose en el mar, que los que llegasen á tierra: estos últimos se hallarian sin defensa posible contra los indígenas, en un país donde las armas de fuego serian acaso insuficientes para proporcionarse algun alimento, y aun cuando lograsen esto último, tendrian que resignarse á verse condenados á pasar el resto de sus dias en un espantoso desierto y renunciar para siempre á volver á gozar las dulzuras de la vida doméstica, lejos de la sociedad y en medio de salvages.

A nadie se presentó la muerte con tanto horror como á los que la esperaban en este estado; y acercándose á pasos agigantados el terrible trance que debia acabar con nuestra existencia, cada cual vió sus propias angustias retratadas en el semblante de sus compañeros. A pesar de esto, todos los hombres que no fueron absolutamente indispensables para el servicio de las bombas, se pusieron á trabajar en el cabestante y en los argües, y á las diez y diez minutos, viendo fluctuar al buque, hicimos un esfuerzo postrero y le pusimos á nado. Tuvimos la satisfacion de ver que no hacia entonces mas agua que cuando estaba en la roca, y si bien habia unos tres piés y nueve pulgadas en la bodega á pesar de la maniobra de las bombas, no por eso dejó de trabajar la gente, logrando contener los progresos del agua. Pero los padecimientos físicos y la agitacion de ánimo que estuvieron soportando durante veinte y cuatro horas, desvanecieron toda esperanza y produjeron un desaliento general; nadie podia trabajar en la bomba mas de cinco ó seis minutos, y los que hacian este trabajo se tendian en el combés, enteramente exhaustos de fuerzas, en medio de tres ó cuatro pulgadas de agua. Los que les reemplazaban hacian lo propio al cabo del mismo tiempo y relevándose así mutuamente, se aliviaban en cuanto podian, hasta que un nuevo accidente estuvo á pique de terminar todos nuestros males.

El bordage que guarnece lo interior del fondo de un buque se llama la carlinga, y entre esta y el bordage esterior, existe un espacio de unas diez y ocho pulgadas; el hombre que habia medido hasta entonces la altura de las aguas, solo habia tomado esta medida en la carlinga, y dado parte por consiguiente nada mas que de este parage; pero el que le relevó en este servicio, midió la altura del agua en el bordage esterior, donde creyó que esta habia subido en pocos momentos unas 18 pulgadas. A esta noticia los mas intrépidos estuvieron á punto de renunciar á todo trabajo y esperanza, lo cual hubiera reducido á todo el mundo á la confusion y á la desesperacion. Pero este accidente, tan terrible en un principio, fué para nosotros el orígen de nuestra salvacion; en efecto, pronto se verificó el error, y la repentina alegría que esperimentamos todos, nos lisonjeó con la idea que nuestro estado no era tan peligroso como habiamos creido, é infundió nuevo aliento á toda la tripulacion.

Esta confianza, aunque mal fundada, redobló el vigor de la gente, harto cansada por cierto; y sacando todos fuerzas de flaqueza, trabajaron con tanto ahinco y actividad, que antes de las ocho de la mañana dominaron las bombas considerablemente la via de agua. Cada uno hablaba entonces de llevar el buque á algun abra, como de un proyecto fácil de ejecutar, y todos los que no se hallaban ocupados en las bombas empezaron á levantar las áncoras. Teniamos ya á bordo el áncora chata y la segunda, pero no nos fué posible salvar la pequeña áncora ahorquillada, de modo que tuvimos que cortar el cable. Perdimos tambien el cable del áncora chata entre las rocas, pero estas pérdidas solo eran bagatelas en nuestra situacion, de las cuales no haciamos mucho caso. Trabajamos en seguida para enar-

bolar el mástil menor de la gavia y verga de trinquete, y remolcar despues el buque al sudeste. A eso de las once, con una brisa de mar, pudimos por fin hacernos á la vela y nos dirijimos hácia la tierra.

Era, sin embargo, imposible continuar por mucho tiempo los trabajos necesarios para que las bombas dominasen enteramente la via de agua, y no pudiendo descubrir exactamente la situacion de esta, perdimos las esperanzas de atajarla en lo interior del buque. En semejante estado, M. Monkhouse, uno de los oficiales de popa, me propuso un espediente de que se valió en otro tiempo en un buque mercante,



La Empresa, buque de Cook, cerca del rio Endeavour, segun Cook.

el cual á pesar de tener una via de agua que hacia mas de cuatro piés por hora, fué conducido sano y salvo desde Virginia á Londres. El dueño del buque tuvo tanta confianza en este espediente, que volvió á echar al mar su embarcacion, á pesar de conocer su estado, por creer innecesario tapar de otro modo la via de agua. No titubeé un instante en autorizar á M. Monkhouse para que pusiese en práctica su espediente, que se llama rellenar las bonetas. Cuatro ó cinco personas fueron á ayudarle, y hé aquí como ejecutó esta operacion. Tomó una pequeña vela triangular, y despues de haber mezclado una cantidad de hilo de acarrete y de lana, bien machacados, acolchó con ellos la vela lo mas suavemente que pudo, y la tendió despues encima del estiércol de nuestro ganado y otras basuras; mejor hubiera sido si hubiésemos tenido estiércol de caballo. Despues de haber preparado así la vela, la colocaron debajo de la quilla, por medio de unas cuerdas que la mantenian tirante; al atraer á sí el agua la via, atrajo tambien hácia la abertura ó agujero, la lana y el hilo de acarrete que estaban en la superficie de la vela y que el mar no podia llevarse por no estar suficientemente agitado para ello. Salió tan bien este espediente, que una sola bomba bastó para dominar la via de agua, y con esto aumentó nuestro consuelo y confianza. La tripulacion manifestó tanta alegría como si se hallase ya en un puerto, y lejos de limitarse ya á hacer varar el buque en algun abra, isla ó continente, para construir con sus despojos una embarcacion menor que pudiese llevarnos hasta las Indias orientales, cosa que algunos momentos antes era nuestra única esperanza, ya nadie pensaba mas que en colocar la embarcacion en un parage á propósito de la costa de Nueva Holanda, á fin de carenarla y continuar despues nuestro viaje, como si nada hubiese sucedido. Debo, en esta ocasion, hacer la debida justicia y manifestar mi reconocimiento á la tripulacion y á las demas personas que se hallaban á bordo, porque en medio de nuestro

apurado trance, ninguna esclamacion de furor se oyó, ni se notó el mas mínimo signo de desesperacion. Si bien todo el mundo conoció y sintió vivamente el peligro que tan de cerca nos amagaba, nadie perdió la cabeza y todos redoblaron de esfuerzos, y dieron pruebas de una constancia tan lejana de la violencia tumultuosa del terror, como de la sombría letargia de la desesperacion.

(Hasta el 17 de junio, despues de tantos dias de mortal inquietud, no se pudo remolcar el buque *la Empresa* á un abra conveniente, que se encontró el dia 13, en el desagüe de una corriente de agua que Cook llamó rio *Endeavour* ([1]). En la mañana del 18, se construyó un puente desde el buque á la orilla; la costa era tan escarpada que la embarcacion flotaba á 20 piés de distancia de la playa. Tambien se armaron dos tiendas en tierra, una para los enfermos del escorbuto y otra para las provisiones, y se construyó una fragua para fabricar las cosas necesarias para el carenage y reparacion del buque.)

El 6 de julio de 1770, M. Banks, el teniente Gore y tres marineros, subieron por el rio en un barquichuelo, con objeto de hacer una escursion de dos ó tres dias para examinar el país y cazar algunos de los animales que con tanta frecuencia habiamos visto á cierta distancia de nosotros.

El 7, envié de nuevo al contramaestre para que sondease las cercanías de los bancos de arena, pues la relacion que me habia hecho de un canal, no era del todo satisfactoria. Pasamos lo restante del dia y la mañana del siguiente en la pesca y otras ocupaciones necesarias.

El 8, á eso de las cuatro de la tarde, volvió Banks con sus compañeros y nos dió cuenta de su espedicion. Despues de haber andado tres leguas por terrenos pantanosos y entre nopales, penetraron en lo interior del país, que hallaron poco mas ó menos igual al que habian visto ya. Tupia vió durante el dia á un animal que Banks creyó fuese un lobo, segun la descripcion que aquel le hizo. Nuestra gente vió tambien á tres de estos animales que no pudieron ni cojer ni matar, y á una especie de murciélago, grueso como una perdiz, que no les fué dable tampoco poder pillar.

Por la noche, acamparon junto á las márgenes del rio y encendieron lumbre; pero acudieron tantos mosquitos, que no pudieron aguantarlos; estos insectos les atormentaron á pesar del humo y al lado mismo del fuego, cuyo ardor prefirieron los nuestros á las picaduras dolorosas de aquellos animales. El fuego, los insectos y la tierra que les servia de lecho, les dieron una malísima noche, de modo que durante algunas horas estuvieron haciendo votos para que amaneciera cuanto antes. Al primer crepúsculo matutino, fueron á buscar alguna caza, y al cabo de algunas millas hallaron á cuatro animales de la misma especie, dos de los cuales fueron alcanzados por el galgo de Banks; pero habiendo saltado por encima de unas yerbas altas y espesas, que no pudo salvar el perro, se perdieron pronto de vista. Observóse que este animal no andaba con sus cuatro patas sino que saltaba sobre sus dos delanteras, como el *jerbua* ó *Mus jaculus* ([2]).

A medio dia, volvieron adonde estaba su barca y subieron despues por el rio; este, un poco mas arriba, no formaba mas que un riachuelo de agua dulce, siendo así que la marea se elevaba á una altura considerable. A la caida de la tarde, bajó la marea á tal punto, que tuvieron que salir de la barca y tirar de esta todo lo largo de la orilla, hasta que hallaron un sitio á propósito para pasar la noche. Cuando llegaron á este sitio y estándose preparando para descargar la barca, observaron humo á unos trescientos pasos de distancia; creyeron que habria al rededor de la hoguera algunos naturales del país, con quienes deseaban trabar conocimiento tanto tiempo hacia. Tres de los nuestros fueron allá solos para no ahuyentar á los indígenas con el número, pero así que llegaron encontraron el fuego desierto, lo que les hizo juzgar que los indios les habian descubierto. La lumbre ardia aun en el hueco de un

([1]) Esfuerzo.

([2]) Se cuentan unas diez especies de kanguroos: el kanguroo gigante, que tiene de cinco á seis piés; el kanguroo encarnado, el wallarú, el wallabi, el pudimalla, el kanguroo-rata, el kanguroo-conejo ó conejo de roca etc. Todos estos animales tienen una carne agradable y algunos de ellos producen un forro muy suave.

«He visto algunos, dice Lesson, enteramente domesticados, que jugueteaban con mucha gracia.»

El baile favorito de los indígenas es el que llaman *danza del kanguroo*, y consiste en dar brincos muy altos, como este animal.

El carácter particular de los animales de Nueva Holanda es el poseer una bolsa duplicada, donde se ejecuta la marsupialidad (doble nutricion).

tronco viejo y podrido, y sus ramas rotas y esparcidas acá y acullá, parecian indicar que los niños se habian divertido con ellas. Observaron muchas huellas en la arena, mas abajo de la señal de la marea alta, prueba de que los indios habian andado por allí recientemente. A corta distancia, hallaron varias casitas y algunos hornos fabricados con tierra lo mismo que los de Taiti, donde, segun indicios, habian preparado los indios sus alimentos aquella misma mañana, pues vieron allí cerca mariscos y pedazos de raices, restos del almuerzo.



El kanguroo, segun Cook y Lesson.

El 10, vimos en la punta arenosa del lado septentrional del rio, á cuatro naturales del país en una piragua con batangas. Durante algun tiempo, parecia que se hallaban muy absortos pescando con el arpon; fingí no hacer caso de ellos y les dejé pescar sosegadamente. Esta estratagema me salió bien, pues á poco tiempo despues, se acercaron dos de ellos á un tiro de fusil del buque y hablaron largo rato con tono muy alto; no entendiendo ni una palabra de cuanto nos decian, solo pudimos responder á su arenga con gritos, haciéndoles al mismo tiempo todos los signos y demostraciones de amistad que pudimos imaginar. Durante esta conferencia se fueron acercando poco á poco con sus lanzas, no en ademan amenazador, sino como quien dice que estaban prontos á defenderse en caso de hostilidad.

Así que llegaron junto al buque, les echamos algunas telas, clavos, cristalinas, papel y otras frioleras, que aceptaron sin la menor señal de satisfaccion. En fin, uno de los nuestros les dió un pescadito, y este mínimo presente les infundió la mayor alegría, diciéndonos, por medio de signos, que iban á buscar á sus compañeros para conducirles á la costa; en esto desembarcaron en la márgen opuesta del rio, Tupia y otros compañeros nuestros; los cuatro indios con la piragua volvieron junto al buque, sin manifestar temor ni desconfianza; distribuímosles nuevos presentes, y poco despues se alejaron de nosotros dirijiéndose á la otra orilla, adonde habian desembarcado nuestros compañeros; cada indio tenia en las manos dos azagayas y un palo para lanzarlas (1). Luego que llegaron, les decidió Tupia á que

(1) Ignoran el uso del arco y de las flechas, lo cual acusa una inferioridad relativa á la mayor parte de los demas pueblos de Oceanía.

depusiesen las armas y se acercasen mas; hiciéronlo así y acabaron por sentarse al lado de los nuestros sin temor ni desconfianza. Yo tambien fui á tierra con varias otras personas; pero los indios, al vernos, temieron que fuésemos á apoderarnos del parage donde habian dejado las armas: procuramos tranquilizarles, y acercándonos á ellos les hicimos nuevos presentes en prueba de nuestra amistad y del deseo que teniamos de grangearnos la suya. Permanecimos juntos con la mayor cordialidad hasta la hora de comer; entonces les dimos á entender por signos lo que íbamos á hacer, convidándoles á que viniesen con nosotros; pero ellos rehusaron y se volvieron á su piragua en cuanto vieron que nos marchábamos. Uno de estos indios era ya de edad provecta, mas los otros tres eran jóvenes y todos de mediana estatura, pero con miembros muy pequeños. Su piel era de color de hollin, ó por mejor decir, de chocolate oscuro; sus cabellos negros, pero no lanudos como los de los negros, y muy cortos; unos tenian el pelo rizado y otros liso. Dice Dampierre que todos los habitantes de este país que vió en la costa occidental (¹), carecian de dos dientes delanteros; los que nosotros vimos no tenian semejante defecto. Algunas partes de su cuerpo estaban pintadas de colorado, y uno de ellos llevaba en el pecho y labio superior, unas rayas blancas que él llamaba *carbanda*; las facciones de su rostro distaban mucho de ser desagradables: sus ojos eran vivos, los dientes blancos y unidos, la voz dulce y armoniosa, y repitieron con mucha facilidad muchas de las palabras que me oyeron.

Al siguiente dia por la mañana, 11 de julio, recibimos otra visita de cuatro de los naturales del país; conociamos ya á tres de ellos; pero el cuarto era un estranjero, llamado *Yaparico*, segun supimos despues por sus mismos compañeros que le acompañaban. Distinguíase este indio por un adorno muy estraordinario; llevaba colgado de un agujero hecho en el cartílago de las narices, el hueso de un pájaro, de un dedo de grueso y de cinco ó seis pulgadas de largo; no habiamos visto aun ejemplos de este adorno en Nueva Zelandia, pero despues de un exámen mas atento, reconocimos que todos aquellos pueblos se hacian un agujerillo en el cartílago que separa las narices, para colgar un hueso de él. Tenian tambien agujereadas las orejas; pero no llevaban pendientes. Todo el brazo, desde el hombro hasta el codo, estaba adornado con un brazalete hecho con cabellos trenzados, lo que prueba que aquellos indios, así como los habitantes de la Tierra de Fuego, gustan mucho de ataviarse aunque vayan absolutamente desnudos. Dí á uno de ellos un pedazo de una camisa vieja, pero en vez de ponérselo en una parte cualquiera de su cuerpo, lo dobló en forma de venda y se envolvió con él la cabeza. Trajeron consigo un pescado que nos regalaron, sin duda en cambio del que les dimos el dia anterior. Parecian muy contentos de estar con nosotros sin manifestar querer dejarnos; pero se alarmaron al ver que algunos de nuestros oficiales examinaban su piragua con mucha atencion y curiosidad, y saltando entonces rápidamente en su barquichuelo, se alejaron á fuerza de remo sin decir una palabra.

El 12, se atrevieron tres indios á ir á la tienda de Tupia, quedando tan satisfechos de la recepcion que se les hizo, que uno de ellos fué adonde estaba su piragua para buscar á dos compañeros mas que no habiamos visto todavía; á su regreso nos presentaron á estos dos nuevos visitantes, nombrándoles por su nombre, ceremonia que no omitian nunca en semejantes casos. Acordándonos que habian recibido con visibles señales de satisfaccion el pescado que les dimos la primera vez que se acercaron al buque, les echamos aquel dia algunos mas; pero observamos con estrañeza que los recibian con mucha indiferencia; hicieron, con todo, signo á varios de los nuestros, para que los asasen, y habiéndolo hecho así acto continuo, comieron unos bocados y arrojaron lo restante al perro de Banks. Pasaron con nosotros casi toda la tarde, sin haber querido alejarse mas de unas veinte varas de su piragua. Observamos que el color de su cútis no era tan moreno como se nos figuró en un principio; lo que tomamos por su tez, no era mas que una capa de polvo y humo, en medio de los cuales tenian sin duda que dormir, á pesar del calor del clima, para librarse de las dolorosas picaduras de los mosquitos. Entre las bagatelas que les distribuimos la vez primera que les vimos, habia algunas medallitas que les colgamos al cuello con una cinta; pero el humo habia ennegrecido de tal modo estas cintas, que con dificultad podiamos reconocerlas; esto nos decidió á examinar con mas particularidad el color de su cútis. Mien-

(¹) Una de las costumbres de los nuevo-holandeses, consiste en arrancarse un diente cuando sucede un acontecimiento estraordinario, y á las niñas se las corta una falange de los dedos de la mano.

tras que estaban con nosotros estos indios, vimos otros dos, á unas doscientas varas, en la punta de tierra que se hallaba situada en la orilla opuesta del rio; miramos con los anteojos y reconocimos que eran una mujer y un niño, ambos enteramente desnudos como todos aquellos isleños. Los miembros de estos indios eran tambien muy pequeños, pero estaban dotados de una estraordinaria agilidad. Llevaban un collar de conchas muy bien hecho, un brazalete de cabellos, el hueso colgado de las narices y un pedacito de corteza de árbol atado en medio de la frente. Su idioma nos pareció mas duro que el



Indígenas de Nueva Gales del Sur, con una cabaña (¹), segun el Atlas de *la Thétis.*

de los habitantes del mar del Sur, y repetian á cada paso la voz *chercau*, esclamacion de admiracion, segun pudimos colegir por el modo con que la pronunciaban. Cuando veian algo de nuevo, esclamaban: « *Cher tut, tut, tut, tut!* » voces que probablemente eran otras tantas interjecciones.

El 18, me embarqué con Banks para echar una ojeada sobre el país, y sobre todo para examinar si el mar que nos rodeaba era tan peligroso como nos lo imaginábamos. Despues de haber andado siete ú ocho millas hácia el norte á lo largo de la costa, subimos á una colina escarpada y desde allí nos convencimos que nuestros temores no exageraban el riesgo de nuestra posicion. Por do quier que echábamos la vista, solo descubriamos numerosos peñascos y bancos de arena, sin mas paso que el que habia por medio de las vueltas y revueltas de los canales que mediaban entre los intérvalos, y por los cuales no se podia navegar sin esponernos á peligros y trabajos enormes. Regresamos pues al buque, tan inquietos como antes.

El 19, por la mañana, vinieron á vernos diez indígenas mas; la mayor parte habitaban en la orilla opuesta del rio, donde vimos ademas á unos seis ó siete, y entre ellos á unas mujeres enteramente des-

(¹) En el Campden-Shire.

nudas, como todos los indios que habiamos hallado en aquellas regiones; traian consigo mayor número de azagayas, cosa que no habian hecho hasta entonces, y habiéndolas colocado encima de un árbol, encargaron su custodia á un hombre y á un niño; todos los demas vinieron á bordo. Lo primero que procuraron hacer fué el proporcionarse algunas de nuestras tortugas, que eran sin duda tan preciosas para ellos como para nosotros; empezaron á pedírnoslas por señas, y al ver que se las negábamos, manifestaron su cólera y resentimiento en sus gestos y ademanes. No teniamos á mano ningun alimento preparado, pero presenté á uno de ellos una galleta, que me arrancó de la mano y arrojó al mar con signos evidentes de desprecio. Otro indio volvió á pedir tortugas á Banks, pero viendo que se las negaba de nuevo, dió una fuerte patada en el suelo y le empujó en un arrebato de indignacion. Dirijiéronse en seguida con igual solicitud á todas las personas que parecian tener alguna autoridad en



Indígenas de Nueva Gales del Sur, segun el Atlas de *la Thétis*.

el buque, y esperimentando siempre la misma negativa, se apoderaron repentinamente de dos tortugas y se las llevaron hácia la parte adonde estaba su piragua; pero los nuestros se las arrancaron por fuerza y volvieron á ponerlas con las demas. No queriendo ceder en su propósito, renovaron varias veces la misma tentativa, pero viendo el poco fruto que sacaban, saltaron furiosos en su piragua y remaron hácia la costa. Embarquéme yo al mismo tiempo en la lancha, con Banks y cinco ó seis marineros, llegando antes que ellos á tierra donde varios de los nuestros se hallaban ocupados en diversos trabajos. Los indios, en cuanto desembarcaron, cojieron sus armas, y antes que pudiésemos notar su designio, cojieron un tizon de la lumbre de un caldero donde hacian cocer guisantes, y en un abrir y cerrar de ojos inflamaron la yerba que estaba al rededor suyo; esta yerba, alta de unos cinco ó seis piés, y tan seca como paja, se inflamó con increible rapidez é iba á consumir una tienda de campaña que habiamos armado para Tupia cuando estaba enfermo, cuando Banks, viendo el peligro, se abalanzó en medio de las llamas y la arrancó de allí. Un cochinillo murió achicharrado, y el fuego destruyó todo lo que habia de combustible en la fragua del cerrajero. Mientras sucedia esto, fueron los indios á cierta distancia de allí, á un sitio donde algunos de nuestros marineros estaban lavando la ropa y habian tendido gran cantidad de telas, redes y algunos buitrones. Pegaron igualmente fuego allí sin hacer caso de nuestros ruegos ni amenazas: vímonos obligados á tirarles un fusilazo con perdigones y herimos á uno que se

fugó como pudo. Apagamos este segundo incendio antes de que hiciese grandes progresos; pero el primero se propagó al bosque, estendiéndose á gran distancia. Teniendo siempre á los indios al alcance de la vista, hice disparar, en medio de los nopales y enfrente de ellos, un fusilazo con bala para convencerles que podiamos tocarles; en efecto, luego que oyeron silbar la bala, echaron á correr y les perdimos pronto de vista. Creimos que nos dejarian en paz, pero á poco rato oimos su gritería en el bosque y notamos que se acercaban hácia nosotros; salí á su encuentro con Banks y tres ó cuatro personas mas; pero ellos, al vernos, se detuvieron y solo un anciano se adelantó hácia nosotros, pronunció unas palabras que sentimos no poder comprender, y volvió luego adonde estaban los suyos que retrocedieron á pasos lentos. Hallamos medio de apoderarnos de algunos de sus dardos y les seguimos por espacio de una milla; despues nos sentamos encima de unas rocas desde donde podiamos observar todos sus movimientos, y ellos á su vez se sentaron á unas cien varas de nosotros. Al cabo de una corta pausa, adelantóse de nuevo el anciano hácia nosotros, teniendo en la mano una azagaya despuntada; paróse varias veces, hablando siempre, y nosotros le contestamos con cuantos signos amistosos pudimos imaginar; este anciano, que tomamos por un mensajero de paz, volvió hácia los suyos, les dijo algunas palabras en alta voz, y estos, clavando entonces sus azagayas en un árbol, se acercaron á nosotros en ademan pacífico. Devolvímosles los dardos y azagayas en cuanto estuvieron al lado nuestro, notando con satisfaccion que esta devolucion acababa de reconciliarnos. Habia entre ellos cuatro hombres que no habiamos visto todavía y á quienes nos presentaron, llamándolos por su nombre como se hacia ordinariamente; pero no vimos al que habiamos herido con perdigones cuando hicimos fuego á los incendiarios, si bien conjeturamos que su herida no podia ser peligrosa. Les regalamos muchas bagatelas que teniamos á mano, y se vinieron con nosotros adonde estaba el buque; en el camino nos dijeron por signos, que no volverian á pegar fuego á la yerba y nosotros les distribuimos algunas balas de fusil, procurando hacerles comprender su uso y efectos. Luego que llegamos en frente del buque se sentaron, pero no pudimos decidirles á que entrasen á bordo; dejámosles entonces y se marcharon al cabo de dos horas viendo poco despues arder el bosque á dos millas de distancia. Si hubiese sucedido este accidente un poco antes, hubiera tenido terribles consecuencias, pues no hacia mucho tiempo que habiamos embarcado la pólvora y la tienda que abrigaba el equipo de nuestro buque, y otras muchas cosas preciosas en nuestra situacion. Hasta entonces no habiamos podido formarnos una idea de la voracidad con que ardia la yerba en un país cálido, ni por consiguiente de la dificultad de apagar el incendio; así, pues, resolvimos segar la yerba en rededor nuestro en todo terreno donde acampásemos en lo venidero.

Por la tarde, embarcamos todas nuestras provisiones, mudamos de puerto al buque y le dejamos fluctuar con la marea; el contramaestre volvió al anochecer con la desagradable noticia de que no habia paso alguno hácia el norte para el buque.

A la mañana siguiente, 20, á la marea baja, fuí á sondear y reconocer la barra, por hallarse el buque listo para volver á navegar. Aquel dia no vimos á los indios; pero las colinas que nos rodeaban, en un espacio de muchas millas, estaban ardiendo todas, lo cual presentaba un espectáculo tan horroroso como magnífico.

Pasó el dia 21 sin distinguir á ningun habitante y sin que nos sucediese nada digno de referirse. El 22, matamos una tortuga para la provision del dia; al abrirla, hallamos entre sus dos hombros un arpon de madera, grueso como el dedo, largo de unas quince pulgadas y dentellado en sus estremos, enteramente igual á los que habiamos visto en manos de los habitantes del país. Pareciónos que este animal habia recibido una herida mucho tiempo hacia, porque la llaga estaba completamente cicatrizada.

El 23, muy de mañana, envié á algunas personas al interior del país para cojer una especie de legumbre de que he hablado ya bajo el nombre de *indian kale* (col caribe). Habiéndose separado de sus compañeros uno de los nuestros, se halló repentinamente con cuatro indios, tres hombres y un niño, á los que no vió en el bosque hasta que se halló con ellos. Estaban asando un pájaro á la lumbre que habian encendido, y un cuarto de kanguroo; el resto, así como un catacúa, se hallaban colgados de un árbol vecino. Nuestro marinero, hallándose sin armas, se asustó en un principio; pero tuvo la presencia de ánimo de no huir, pensando, con razon, que se espondria á un verdadero riesgo si daba

indicios de pusilanimidad. Así pues, adelantóse hácia ellos y se sentó á su lado con aire jovial, presentándoles un cuchillo, única prenda que llevaba encima y que juzgó que podria agradarles; tomáronselo los indios, y despues de habérselo pasado de mano en mano se lo devolvieron. Hízoles entonces signo de que iba á partir, pero ellos no parecian dispuestos á consentírselo; el nuestro, disimulando sus temores, se sentó de nuevo; le examinaron con mucha atencion y curiosidad, fijando principalmente las miradas en sus vestidos; despues le palparon manos y cara para convencerse de que su cuerpo era como el suyo. Tratáronle con mucha cortesía, y al cabo de una media hora, le dijeron por señas que podia ausentarse, lo que no dió lugar á que se lo dijeran dos veces. No sabiendo, sin embargo, qué



Oposum (*Phalangister Cookii*) [1], segun Cook.

camino tomar, los indios se levantaron del hogar y le condujeron adonde estaba el buque, pues harto bien sabian adonde queria ir.

Recorriendo de nuevo Banks los campos el 26, para hacer investigaciones de historia natural, tuvo la fortuna de cojer un animal de la clase de los oposums; era una hembra y se apoderó igualmente de los hijuelos. Vió que se parecia mucho al notable cuadrúpedo que ha descrito Buffon, en su *Historia natural*, bajo el nombre de *falanger*, pero no es igual.

El 27, mató Gore un kanguroo que pesaba ochenta libras con el pellejo, las entrañas y la cabeza. Al dia siguiente le guisamos para comer, pero tenia el peor gusto de todos los animales que habiamos comido hasta entonces

El primero de agosto, examinó las bombas el carpintero, y con gran sentimiento nuestro las halló todas en muy mal estado, lo cual, segun él, dependia de que se habian hecho con madera muy vieja. Una de ellas estaba tan estropeada que se caia á pedazos cuando la querian hacer funcionar; las demas no

(1) El oposum gris enrosca su cola en las ramas de los árboles, y salta desde ellas encima del objeto que quiere pillar. Hay tambien oposums blancos que vuelan.

valian mucho mas, de modo que solo teniamos confianza en nuestro buque, el cual afortunadamente no hacia mas que una pulgada de agua por hora.

Partida del rio Endeavour. — Descubrimiento del estrecho que separa la Nueva Holanda de la Nueva Guinea. — Toma de posesion.

El 3, á las seis de la mañana, hicimos una tentativa inútil para atoar el buque fuera del abra ; pero el 4, á la misma hora, tuvieron mejor éxito nuestros esfuerzos, y á eso de las siete nos volvimos á hacer



El dasiura viverrin (1), segun Lesson.

á la vela con ayuda de un vientecillo fresco de tierra, que cayó muy pronto y fué seguido de brisas de mar del sudeste sur, con las cuales nos metimos mar adentro dirijiéndonos al este nordeste.

Dí el nombre de *rio de Endeavour* al abra que acabábamos de dejar ; es este muy pequeño, con una barra que penetra tres ó cuatro leguas en un canal tortuoso, en cuyo fondo hay un riachuelo de agua dulce.

Ademas del kanguroo y del oposum, de que he hablado ya, y de una especie de veso, hay tambien lobos en la parte de la costa que recorrimos, si no nos engañaron las huellas que vimos en el suelo (2),

(1) «Los dasiuras (de Nueva Holanda), entre otros el *white* y el *tapoa-tafa*, reemplazan á nuestras martas cuya voracidad poseen. El último, tiene el pelo negro salpicado de blanco y es bastante comun en los alrededores de Port-Jackson, donde vive de insectos, de cadáveres y huevos; se introduce en los corrales y los devasta.» (Lesson.)

Este animal parece ser el mismo que cita Cook en otra parte, y al que los naturales llaman *quoll*.

(2) Ademas de los animales que reproducimos, hay tambien en Nueva Holanda, el *piramelo* de nariz puntiaguda; el *petorista*, cuya piel desciende en los costados como un para-caidas; el *puturú* con la cola medio pelada; el *kaola;* el *wombat;* el *budieú* sin cola; el *zorro volante*, enorme murciélago que un marinero de Cook tomó por el diablo, etc.

y muchas clases de serpientes; de estas últimas, algunas son venenosas ([1]). No hay mas animal doméstico que el perro, y aun de estos solo vimos dos ó tres que venian á menudo á roer los huesos al rededor de nuestras tiendas. Una sola vez vimos á un cuadrúpedo nuevo, pero cada vez que íbamos al bosque hallábamos kanguroos ([2]). Vimos tambien muchas bandadas de pájaros terrestres, milanos, halcones, toda clase de catacuas, una hermosa especie de oropéndola, algunos papagayos, pichones de dos ó tres clases y varios pajarillos desconocidos en Europa ([3]). Los pájaros acuáticos son las garzas reales, los patos silbadores, que se columpian en los árboles, las ocas silvestres, los chorlitos y otros varios menos numerosos. La superficie del país, que hemos descrito ya, está pintorescamente entrecor-



El echidné austral ([4]), segun Lesson.

tada por colinas, valles, praderas y bosques. El terreno de las colinas es duro, pedregoso y seco, pero no estéril, pues produce madera y una yerba muy gruesa; el de los llanos y valles es arenoso en varios

([1]) En Nueva Holanda hay gran variedad de reptiles peligrosos. Las serpientes son muy numerosas, desde el *python* hasta la *culebra*, la *vivora sorda*, la *serpiente alada* con orejas, y la *serpiente-hilo*, larga apenas de ocho á diez pulgadas y cuya mordedura ocasiona la muerte en muy pocos instantes. La serpiente mas temible es la *serpiente negra (black-snake)*, ó *Acantophis verdugo*. Los naturales comen la *serpiente diamante* que tiene hasta catorce piés de largo.

([2]) Véase la nota relativa á los kanguroos.

([3]) « Pocas regiones hay en el mundo tan ricas en pájaros como Nueva Gales del Sur. Casi todas las especies son notables por la hermosura de su plumage, la singularidad de sus formas ó por sus raras particularidades. »

La lengua de los gorriones de Nueva Gales del Sur se termina en un pincel de fibras. El serículo (príncipe regente) tiene un plumage medio de oro y medio de terciopelo negro. Ya conocen nuestros lectores el maravilloso adorno del pájaro lira. Una moscareta ha sido denominada con mucha justicia *chasquido de postillon*. Un pájaro de los bosques imita el sonido del cencerro de los carneros, y otro el ruido de la piedra de afilar; el *ui-ui* se rie por las mañanas; el *roi-roi* imita la cadencia de la péndola de un reloj, etc. Citaremos aun al *casoar* y al *pájaro-raso*.

([4]) El echidné *(hedge-hog)*, animal informe, que tiene conexion con el erizo y el mirmecófago, está cubierto de puas; no tiene dientes, pero saca una larga lengua, erizada y pegajosa para agarrar á las hormigas de que se alimenta. Se enrosca como una bola.



El ornitorinco (¹), segun Lesson.



El pájaro-raso, segun Lewin (*the Birds of New-South Wales*).

(¹) El *ornitorinco* (ornithorhynque) ó paradoxal, con pico de pato, vive en el agua de los rios y pone huevos. Los naturales le llaman *nullangong* ó *tamboril* ó *topo de agua*. Es un animal ovíparo y mamífero á la vez. Los naturales le comen.

parages, arcilloso en otros y algunas veces pedregoso ó cubierto de rocas como las colinas; pero crece en él la verdura y tiene todas las trazas de ser muy fértil. Todo aquel país, tanto las colinas como los llanos y bosques posee muchos y abundantes hormigueros, de los cuales algunos tienen seis ú ocho piés de alto y doce ó diez y seis de circunferencia.

(Despues que se alejaron del rio *Endeavour*, se hallaron espuestos de nuevo á mil peligros en medio de un laberinto de bancos, de arrecifes y de isletas que rodean toda aquella costa. Perseveró Cook, sin embargo, navegando en busca de una tierra nueva, hasta que habiendo llegado al cabo York, se cercioró que en dicha altura, la Nueva Holanda se halla separada de Nueva Guinea por un estrecho, y subiendo á la cumbre de una colina de la isleta de *Posesion*, acabó de convencerse de ello.)

Puse, dice, á este canal ó á este paso el nombre de nuestro buque, llamándole *estrecho del Endeavour* ([1]). Tiene diez leguas de nordeste á sudoeste y unas cinco de ancho, escepto en la entrada nordeste, donde no hay mas que dos millas, por hallarse estrechado por las islas situadas en aquellos parages. La que denominé *isla de la Posesion* es algo baja y no de grande estension; dejámosla entre nosotros y la tierra grande, pasando entre ella y dos isletas redondas que estan á unas dos millas á su noroeste. Dejamos al norte dos isletas, situadas en medio de la entrada sudoeste, y que denominé *islas de Walis*.

(En la isleta de la Posesion fué donde renovó Cook el acto solemne que siguió á su primer desembarco en la tierra de Nueva Gales del Sur, en la bahía Botánica.)

Al alejarme de la costa oriental de Nueva Holanda, que recorrí desde los 38 grados de latitud hasta este parage, por donde no habia pasado aun ningun europeo, enarbolé por segunda vez el pabellon inglés; y aunque ya habia tomado posesion de muchas partes en particular, la tomé entonces en nombre del rey Jorge III de toda la costa oriental, desde el grado 38 de latitud hasta el parage donde me hallaba. Dí á aquel país el nombre de *Nueva Gales meridional;* está situado á los 10 grados y medio sur, así como las bahías, abras, rios é islas que dependen de él. Hicimos tres descargas de fusilería, á las que contestó el buque con tres andanadas. Terminada esta ceremonia en la isla de la Posesion, volvimos á embarcarnos.

(Desde allí se dirijió Cook á Nueva Guinea y luego á Java.)

NUEVA CALEDONIA ([2]).

Descubrimiento de Nueva Caledonia. — Incidentes acaecidos durante la permanencia del buque en Balada.

Al amanecer del primero de setiembre de 1744, despues de haber corrido toda la noche al sudoeste (alejándonos de las Nuevas Hébridas), perdimos la tierra de vista, y como el viento continuaba soplando sudeste, proseguimos nuestro rumbo al sudoeste.

Nos preparábamos para atravesar el mar del Sur, en su mayor latitud, por el lado del estremo de América, y á pesar de que el uso de carnes saladas en un clima caliente habia debilitado á la tripula-

([1]) Este canal es una parte del gran estrecho de *Torres*.

([2]) La Nueva Caledonia pertenece á la Francia. En el *Moniteur officiel* del 14 de febrero de 1854, se lee la nota siguiente: « En virtud de las órdenes del Emperador, el ministro de Marina y Colonias mandó el 1º de mayo último al contra-almirante Febvrier-Despointes, comandante en gefe de las fuerzas navales francesas en el océano Pacífico, que se dirijiese hácia Nueva Caledonia.

» Conforme á las instrucciones que recibió, el contra-almirante Febvrier-Despointes, despues de haberse cerciorado de que no ondeaba en Nueva Caledonia el pabellon de ninguna nacion marítima, tomó solemnemente posesion de aquella isla y de sus dependencias, inclusa la isla de Pinos, en nombre y por órden de S. M. Napoleon III, Emperador de los franceses. »

cion, tomamos la resolucion de no hacer escala en ninguna parte durante el rumbo. La ejecucion de este proyecto habria sido indudablemente funesta á algunos de los nuestros, á quienes su mala constitucion no permitia soportar semejante abstinencia; pero al cabo de tres dias de navegacion hallamos afortunadamente una gran tierra ([1]), que ningun navegante europeo habia visitado aun, descubrimiento que mudó enteramente el plan formado para el resto de nuestra permanencia en los mares del Sur.

A las ocho, navegando al sur, divisamos una tierra hácia el sur sudoeste. Anduvimos hasta las cinco de la tarde con una brisa ligera del este para acercarnos á ella; pero á dicha hora nos cojió una calma completa á tres leguas de la tierra. Varias aberturas ó pasos que descubrimos al oeste nos dejaban en duda sobre si era tierra unida ó si formaba un grupo de islas: parecia terminarse en el sudeste con un gran cabo que denominé *cabo Colnett*, nombre de uno de mis voluntarios que fué el primero que la divisó. Bougainville dice que halló en aquel parage una mar enteramente mansa, y que pasaron por cerca de su nave muchos pedazos de frutos y de árboles; era casi al noroeste de la tierra que descubrimos, y este hábil navegante conjeturó que debia hallarse en esta misma direccion ([2]). Divisamos algunos escollos hácia en medio de la distancia que nos separaba de la orilla, y detras de ellos dos ó tres piraguas con velas que parecian dirijir su rumbo hácia nosotros; sin embargo, antes de salir el sol amainaron las velas y las perdimos de vista.

Veiamos salir muchos torbellinos de humo, que indicaban que aquella tierra estaba habitada. Un oficial, desde lo alto de un mástil, nos aseguró que veia otro volcan que vomitaba humo; pero las apariencias le engañaron, porque no hallamos, al recorrer el terreno, ninguna produccion volcánica en aquella isla.

Mientras que esperábamos con impaciencia el momento de tener una entrevista con los habitantes de aquella region, formábamos diferentes conjeturas acerca de ellos. Siendo los isleños de las Nuevas Hébridas, absolutamente diferentes de los zelandeses y diversos entre sí, creimos que aquel país, que acabamos de descubrir, nos daria alguna luz sobre la poblacion de la Nueva Zelandia; pero nos convencimos despues de que nuestras ideas sobre este particular eran muy prematuras, y que no se puede hablar aun con precision de la historia de la especie humana en los mares del Sur ([3]).

Despues de algunas horas de calma, sopló una brisa sudeste, y pasamos la noche á la capa.

El 5, al amanecer, estaba el horizonte claro y pudimos ver la costa distintamente. Las hondonadas ó bajos se dejaban ver siempre hácia el oeste, y una cadena de escollos, que parecian defender toda la costa, se agregaba á la que habiamos descubierto ya la noche anterior. Me era del todo indiferente el acercarme á la costa del sudeste ó el ir á buscar la del nordeste. Tomé este último partido, y despues de haber andado dos leguas por fuera del arrecife (pues era un verdadero arrecife), llegamos á un paso que tenia todas las trazas de ser un buen canal, en el cual podiamos entrar para acercarnos á tierra. Mi deseo era el aterrar allí la nave, no solo para hacer un reconocimiento, sino para observar un eclipse de sol que debia haber muy pronto. Hice poner al pairo al buque con este objeto y mandé dos lanchas armadas á sondear el canal; pero mientras tanto llegaron á corta distancia de nosotros diez ó doce grandes piraguas con vela, que habiamos visto partir de diferentes puntos de la orilla aquella misma mañana, y algunas de las cuales estaban paradas cerca de los arrecifes, pescando al parecer. En cuanto estuvieron reunidas, se adelantaron todas á la vez hácia el buque, y se hallaban ya muy cerca de él cuando echamos al agua las lanchas armadas; estas les alarmaron sin duda, pues sin detenerse mas remaron hácia los arrecifes y los nuestros les siguieron. Entonces reconocimos que lo que habiamos tomado por aberturas en la costa, no era mas que una tierra baja sin interrupcion, escepto el

([1]) La Nueva Caledonia está situada casi bajo el paralelo del centro de la Australia, desde el 20° 10′ de latitud sur, hasta el 22° 30′ de la misma latitud, y desde el 161° 39′ de longitud hasta el 164° 32′ este. Tiene unas noventa leguas de largo y veinte de ancho.

([2]) Véase la relacion de Bougainville.

([3]) Acerca de las teorías relativas á las razas de la Oceanía, véanse las obras indicadas en la *Bibliografía* que sigue á la relacion de Bougainville.

Los nuevo-caledonios se parecen mucho á los indígenas de las Nuevas Hébridas y de Nueva Gales del Sur.

estremo occidental, que formaba una isla conocida con el nombre de *Balabea*, como supimos despues (¹).

Las lanchas nos hicieron seña que pasásemos, y una de ellas se colocó cerca de la punta y al viento del arrecife; entramos, pues, en el canal y tomamos á bordo, de paso, á la otra lancha, cuyo oficial nos dijo que el mar por donde debiamos pasar tenia 16 y 14 brazas de agua con fondo de arena fina, y que



Doble piragua de Nueva Caledonia, segun Labillardière.

habia alcanzado á dos piraguas cuyos indios se mostraron muy serviciales y corteses; le presentaron algunos pescados que aceptó, dándoles en cambio algunas medallas. Habia en una de las piraguas un jóven fuerte y robusto, que era sin duda el gefe, pues sus compañeros le daban todo cuanto recibian.

Cuanto mas nos acercábamos era mas estéril el país y estaba cubierto de una yerba seca y blanquecina. Los árboles, muy claros y diseminados en las montañas, tenian los troncos casi blancos y se parecian á los sauces; no se veia arbusto alguno. Al acercarnos mas, descubrimos un borde de tierra chata, al pié de las colinas, revestido de árboles y céspedes verdes y espesos, entre los cuales notamos de vez en cuando un coco ó un plátano. Vimos tambien algunas casas que tenian la forma de colmenas de abejas, es decir, redondas ó cónicas con un agujero por entrada.

Despues de haber pasado el arrecife, dejamos el cabo al sur medio este, para llegar á una isleta de arena que estábamos viendo cerca de la orilla, y al punto nos siguieron todas las piraguas.

Apenas echamos el áncora, cuando nos vimos rodeados por una multitud de indios que nos habian seguido en diez y seis ó diez y ocho piraguas, en su mayor parte desarmados. Al principio no se atre-

(¹) El nombre indígena de la isla es *Balada*.

El 30 germinal, año primero de la república, *la Recherche* (mandada por Entrecasteaux), llegó en frente del fondeadero de Balada, en donde echó el áncora Cook en 1774. Una piragua, tripulada por once naturales, se dirijió á alguna distancia del buque, pero sin acercarse á él. Al siguiente dia, 1º de floreal, navegaron hácia la armada cuatro piraguas con velas, agitando unos trapos de tela blanca. Algunos salvages, mas osados que los otros, subieron á bordo y dieron á entender que tenian hambre. Manifestaron cierto temor cuando vieron cerdos, lo que hizo presumir que no conocian este cuadrúpedo, aunque el capitan Cook dejó allí dos á uno de sus gefes; pero en cuanto vieron aves, imitaron tan bien el canto del gallo, que no dejaron la menor duda que tenian de estos volátiles en su isla.

Ninguna de las mujeres que se hallaban en las piraguas consintió en subir á bordo y cuando se las queria regalar algun objeto, los hombres se encargaban de transmitírselo.

vian á acercarse al buque; pero poco á poco les fuimos inspirando confianza y se aproximaron lo bastante para recibir algunos regalos que les entregábamos por medio de una cuerda, á la cual ataban ellos pescados en cambio, pero en tan mal estado, que no se podia soportar el olor. Habiendo establecido estos cambios cierta intimidad entre nosotros, dos indios se decidieron á subir á bordo y poco despues los demas hicieron otro tanto, llenándose el buque de indígenas. Algunos de ellos se sentaron á la mesa con nosotros; pero ni la sopa, ni la carne, ni el cerdo salado les llamó la atencion: solo comieron batatas, que nos quedaban aun y á las cuales llamaron *oobee*, nombre que se diferencia poco de *oofee* como las llaman en la mayor parte de las islas, escepto en Mallicolo. Aquellos indios van casi desnudos como todos cuantos habiamos visto hasta entonces, y solo se cubren con una especie de delantal. Examinaron con tanta sorpresa como curiosidad todos los rincones del buque; las cabras, cerdos, perros y gatos les eran desconocidos y no tenian ni aun términos para nombrarlos. Parecia que hacian gran caso de los clavos y piezas de tela, sobre todo de las encarnadas.

Admiraban en general todo lo que era encarnado, pero no nos proponian nada en cambio. Su idioma, si esceptuamos la voz *areekee* y dos ó tres mas, ninguna relacion tenia con las diferentes lenguas que habiamos oido hablar en el mar del Sur, lo que estrañamos tanto mas cuanto que habiamos hallado los dialectos de una lengua comun en todas las islas orientales del mar del Sur hasta Nueva Zelandia. Los naturales eran altos, bien proporcionados, con facciones regulares é interesantes, barbas y cabellos negros, rizados y lanosos. Era su tez de color castaño oscuro, poco mas ó menos como la de los isleños de Tana.

Despues de comer, fuimos á tierra con dos lanchas armadas. Nos acompañaba un isleño que me habia cobrado ley espontáneamente; desembarcamos en una playa arenosa, en presencia de numerosos habitantes que se habian reunido para vernos, los cuales nos recibieron con demostraciones de alegría, y la sorpresa natural de un pueblo que ve á hombres y objetos enteramente nuevos para él. Hice varios regalos á los habitantes que me iba presentando mi nuevo amigo, los cuales eran ó ancianos ó gente de suposicion; noté que no guardó ningun miramiento con varias mujeres colocadas detras del gentío, y al ir yo á darlas algunas medallitas, me agarró la mano para que no lo hiciera. Vimos tambien al mismo gefe que vino en la piragua por la mañana, que, segun nos dijeron, se llamaba Teobooma; hacia apenas diez minutos que estábamos en tierra, cuando impuso silencio á todo aquel pueblo, y habiéndole obedecido este con la mayor deferencia, pronunció un breve discurso. Estas arengas se componian de unas sentencias muy cortas, á cada una de las cuales respondian dos ó tres ancianos con un meneo de cabeza y una especie de murmullo, que equivalian sin duda á un aplauso, ó acaso dichas sentencias eran preguntas y los murmullos respuestas. De ningun modo podiamos adivinar el sentido de estas arengas que nos dirijian, y probablemente no contenian nada desfavorable para nosotros, pues mientras hablaban los gefes estuve mirando al pueblo, y no ví en él nada que pudiese inspirarme desconfianza.

Mezclámonos despues con el gentío para examinarlo mejor; habia muchos que, atacados por una especie de lepra, tenian las piernas y brazos de una gordura prodigiosa. Iban enteramente desnudos y solo llevaban un cordon al rededor de la cintura y otro al rededor del cuello, pues el diminuto pedazo de tela de corteza de árbol que encojen ó dejan colgar al rededor de la cintura, merece apenas el nombre de delantal; á los ojos de los europeos era mas inmoral que decente.

Algunos llevaban en la cabeza sombreros cilíndricos negros, hechos con una estera muy tosca, abiertos por ambos estremos y con la forma de una gorra de húsar; los de los gefes iban adornados con unas plumitas encarnadas y otras negras de gallo, mayores que las primeras. Sus orejas son grandes en estremo, están agujereadas como las de los habitantes de la isla de Pascuas, y cuelgan de ellas muchos anillos de concha de tortuga como los isleños de Tana, ó meten en el agujero un rollo de hojas de caña de azúcar.

Luego que pude hacerles entender que necesitábamos agua, unos nos enseñaron el este y los otros el oeste. Mi amigo se ofreció á acompañarnos y embarcóse con nosotros con este objeto. Costeamos hácia el este por espacio de unas dos millas y vimos nopales por todas partes. Metímonos por en medio de estos árboles y llegamos á un ancon estrecho ó riachuelo, que nos condujo al pié de una aldeilla

situada encima de los nopales; desembarcamos allí y nos enseñaron una fuente de agua dulce. El terreno que rodeaba estaba muy bien cultivado, plantado de cañas de azúcar, plátanos, batatas y otras raices y surcado por muchos riachuelos que venian de la montaña. En medio de estas plantaciones, sobresalian cocos, cuyas ramas espesas no parecian muy cargadas de frutos. Oiamos el canto de los



Hombre y mujer de la Nueva Caledonia, segun Cook.

gallos, pero no vimos ninguno. Los habitantes estaban cociendo raices en un puchero de tierra, que no dudamos fuese fabricado por ellos mismos. Mientros íbamos por el rio, Forster disparó un tiro á un pato que volaba por encima de nosotros; este fué el primer uso que aquel pueblo nos vió hacer de nuestras armas. Mi amigo el isleño nos lo hizo esplicar y luego que desembarcamos, describió á sus compatriotas el modo como habiamos muerto al pato.

Reproduje la esperiencia, á fin de darles una idea de nuestro poder con estas pruebas inofensivas. Como el rio no tenia mas que unas doce varas de ancho, desembarcamos en las márgenes, altas de cerca de dos piés sobre el nivel del agua; habia allí algunas familias, cuyas mujeres y niños se acercaron á nosotros con la mayor familiaridad, sin la menor desconfianza ó mal humor. La tez de las mujeres era generalmente de color castaño oscuro, y su estatura mediana; algunas eran grandes, de formas algo groseras y parecian robustas. Llevaban un traje que, al verlas con él, se creeria que estaban acurrucadas; era un zagalejo corto ó una franja compuesta de filamentos ó cordelitos de unas ocho pulgadas de largo, replegados muchas veces al rededor de la cintura; los cordelitos estaban colocados unos encima de otros en diferentes hileras, y formaban al rededor del cuerpo una especie de cubierta de paja, que apenas tapaba la tercera parte del muslo. Lo mismo que los hombres, llevaban conchas, pendientes y pedacitos de piedra nefrítica; algunas tenian tres líneas negras que se prolongaban longitudinalmente desde el labio inferior hasta debajo de la barba, hechas del mismo modo que se usan en las islas de los Amigos y de la Sociedad. Las cabañas, situadas en un montecillo, á unas diez varas de las márgenes del rio, eran de forma cónica, de unos diez piés de alto y planas en la cima; su carpintería se hallaba formada de palos cruzados como un cañizo : estaban cubiertas de esteras y paja muy bien arreglada; no habia mas luz que la que entraba por un agujero alto de unos cuatro piés, de modo que

los indios se agachaban para entrar ó salir Las hallamos llenas de humo, con un monton de cenizas, lo que nos hizo creer que tienen que encender fuego para echar á los mosquitos que infectan los pantanos vecinos; nosotros vimos muy pocos de estos insectos, por estar el tiempo algo fresco. Rodean á las cabañas algunos cocos sin frutos, cañas de azúcar, plátanos y eddoes, al pié de los cuales conducen el agua los naturales por medio de canales. Todas aquellas plantas parecian de mala calidad é insuficientes para la subsistencia anual de los habitantes. El personage principal de aquel grupo de familias, parecia ser un indio llamado Hebai, al cual hicimos varios regalos. Paseándome por las márgenes del rio, cojí una planta nueva. El país parece estéril y desierto hácia la parte de las colinas; de trecho en trecho veiamos árboles y pedazos de tierra cultivados, pero se perdian en la anchurosa estension de aquellos eriales sin cultivo.

Hallándose el dia muy adelantado y no permitiéndonos la marea permanecer mas tiempo en el rio, nos despedimos de los habitantes y volvimos á bordo antes de anochecer.

Juzgué por esta primera escursion, que nada debia esperar de aquel pueblo mas que el permiso para visitar libremente todo el país, pues la naturaleza le habia dotado solo de un genio amable y apacible. En esta parte, eran superiores á cuantas naciones habiamos conocido hasta entonces; y aunque esta circunstancia no era suficiente para satisfacernos en nuestras necesidades, nos alegramos de haber hallado estas prendas en los habitantes del país, porque á lo menos nos proporcionaban paz y una libertad preciosa ([1]).

Al dia siguiente recibimos la visita de algunos centenares de indios; unos venian á nado y otros en piraguas; cada piragua tenia lumbre encendida encima de unas piedras. En breve subieron y llenaron todo el buque. Solo mi amigo el indio me traia algunas raices, pero ninguno de los demas llevaba con-

([1]) Esta ilusion de Cook sobre el «escelente carácter» de los habitantes de Nueva Caledonia, dió lugar mas tarde á una violenta reaccion, cuando se reconoció que aquellos isleños eran antropófagos.

Es, sin embargo, cierto que la antropofagia se concilia á veces con ciertas cualidades morales, y que se esplica esta horrible costumbre, ora por efecto de lo absurdo de ciertas creencias religiosas, como sucede en Nueva Zelandia, ora á causa del hambre mas horrorosa, como se ve en las tribus del Canadá y Nueva Bretaña. ¿Es necesario recordar que ha habido marinos pertenecientes á las naciones mas civilizadas de Europa, que han devorado á sus semejantes antes que esperimentar con resignacion los tormentos del hambre? Las conjeturas sobre el género de muerte del desgraciado Franklin son espantosas.

Los habitantes de Nueva Caledonia, aunque antropófagos por desgracia, tienen virtudes de familia muy notables.

El primero que señaló la antropofagia de aquellos isleños, fué un compañero de Entrecasteaux.

Un salvage convidó á Piron, dibujante de la espedicion, á roer con él un hueso que tenia aun pegado un resto de carne recien asada; el europeo reconoció con terror que aquel hueso pertenecia á la pélvis de un jóven de catorce á quince años.

Muchos salvages palparon los brazos y piernas de los marineros, pronunciando la palabra *Kapareck*, con tono de admiracion y ademanes de deseo, haciendo crujir la lengua al mismo tiempo.

« No son tan terribles, dice Labillardière, como los demas canibales. Habiéndoles hecho algunos signos, con poca maña ó mal interpretados por ellos, se figuraron que tambien nosotros éramos antropófagos, y se echaron á llorar creyendo que habia llegado su última hora. Tuvimos mucho trabajo en tranquilizarles. »

Pero en otro pasage, Labillardière es mas severo:

« El color de su piel, dice, es tan negro como el de los salvages del resto de la Melanesia, á quienes se parecen en la ferocidad y embrutecimiento. Llevan colgado del cuello, como adorno, un collar de fragmentos de huesos humanos. No me queda la menor duda de que son antropófagos, por haber sido testigo ocular de varios banquetes en los cuales devoraban á sus semejantes, cosa que no hacen los lobos. Para cortar los miembros de sus enemigos se valen de una especie de hacha que llaman *nbuet*, hecha con una piedra cortante y una rama de coco; con este instrumento, rompen y separan del tronco los miembros de los enemigos que matan ordinariamente con sus azagayas y cuyos despojos se reparten; luego le abren la barriga, con otro instrumento formado de dos cúbitos humanos bien afilados, y arrancan los intestinos. Los órganos de la generacion son para el vencedor. Los brazos y piernas se cortan en las articulaciones, distribuyéndolas entre los combatientes, y cada cual los lleva á su familia. Esta carne se corta á tajadas de siete á ocho centímetros de espesor; los pedazos mas delicados para los salvages, son los mas musculosos. Hé aquí porque palpaban aquellos salvages con tanto deleite las piernas y brazos de nuestros marineros. »

El capitan Lecompte, que visitó la Nueva Caledonia en 1846, cuenta la siguiente anécdota:

« Un dia Buarate, gefe de la tribu de Yenguene fué á Puebo á visitar á su cuñado Thindine, Tea de Muelebé, que esperimentaba en aquel momento una gran penuria de víveres, y al verle, le dijo: « Mira qué flaco estás y qué vientre tan hueco tienes, mientras que el mio está relleno y protuberante; esto consiste en que como bien. ¿De qué te sirven tus súbditos?

sigo provision alguna ([1]). Algunos de ellos iban armados de porras y dardos, pero cambiaron estas armas por clavos, pedazos de tela, etc. Despues del almuerzo envié dos lanchas armadas, al mando del teniente Pickersgill, para descubrir una fuente de agua dulce, porque la que habiamos descubierto el dia anterior no podia convenirnos de ningun modo. Al mismo tiempo Wales y el teniente Clerke, fueron á una isleta á hacer los preparativos necesarios para observar el eclipse de sol que debia haber por la tarde. Pickersgill volvió casi al instante á bordo, para informarme que habia hallado una fuente de agua dulce en una isleta donde podian arribar cómodamente los buques; inmediatamente se lanzó la lancha al mar para llenar los toneles, y luego fuí á la isla donde debiamos observar el eclipse.

Empezó este á eso de la una de la tarde, pero las nubes nos impidieron ver el principio y perdimos así el primer contacto. Hácia el fin fuimos mas felices.

Cuando terminamos las observaciones volvimos á bordo, donde se hallaba el gefe Teabooma, que se marchó del buque sin que yo le viese, perdiendo así el regalo que queria hacerle.

Desembarcamos otra vez en el mismo parage que la víspera, y costeamos la playa que era arenosa y estaba limitada por una espesura de arbustos silvestres; llegamos á una choza donde empezaban unas plantaciones que se prolongaban hasta detras de los bosques; luego recorrimos un canal que regaba las plantaciones, cuya agua era muy salada. Desde allí trepamos á una colina que estaba cerca de nosotros, donde vimos que el país tomaba otro aspecto. La llanura estaba revestida de una capa ligera de tierra vegetal, encima de la cual habian esparcido mariscos y corales para beneficiarla, por hallarse muy seca. La eminencia, al contrario, era una roca formada de muchos pedazos de cuarzo ó de mica, donde crecian yerbas secas de unos tres piés de alto y poco abundantes. Separados por trechos de unas quince varas, vimos en aquel terreno unos grandes árboles de raiz negra, con una corteza enteramente blanca y hojas largas y estrechas como los sauces de Europa; eran de la especie que Líneo llama *Melaleuca leucodendra* y Ramphius *Arbor alba*: este último dice que los habitantes de las Molucas sacan el aceite de *cayputi* de las hojas de dicho árbol, que son olorosas en estremo ([2]). No habia en aquella colina el mas mínimo arbusto, y la vista se estendia bastante lejos por ella sin que la interceptase ningun arbolado; pero en su cumbre divisamos una línea de árboles y arbustos frondosos que se prolongaba desde la orilla del mar hácia las montañas.

Llegamos al arroyo donde llenamos nuestros toneles; sus márgenes estaban guarnecidas de nopales, detras de los cuales habia un espacio de quince á veinte piés poblado por otros árboles y plantas, y cubierto de una capa de tierra vegetal llena de verdura y frescura, donde la vista se recreaba despues de haber recorrido un canton abrasado y estéril. Los árboles y arbustos que cubrian la costa nos ofrecian muchas riquezas en historia natural. Hallamos plantas desconocidas y vimos una gran variedad de pájaros de diferentes clases, siendo nuevos para nosotros la mayor parte de ellos; pero nada nos fué tan satisfactorio como el carácter de los naturales y su conducta amistosa; el número de los que vimos fué poco considerable, y sus habitaciones estaban muy dispersas. Hallábamos comunmente dos ó tres casas situadas unas cerca de otras, debajo de un grupo de altas higueras, cuyas ramas estaban tan bien entrelazadas, que apenas se veia el cielo por entre las hojas; así que reinaba siempre en las chozas una agradable frescura, y millares de pájaros, revoloteando continuamente en la copa de esos árboles

Cómetelos y te pondrás tan gordo como yo.» Por desgracia Thindine siguió estos consejos, y desde entonces se come á un vasallo cada semana, en compañía de su mujer y de sus amigos. El P. Rougeyron halló un dia á una familia anegada en lágrimas porque su hijo único acababa de ser devorado en uno de aquellos abominables banquetes.»

Amenazaba una vez un misionero á un gefe caledonio con la cólera de Dios, «que no hallaba bueno que nadie se comiese á su semejante.» — «Si Dios lo prohibe, le respondió el salvage, será preciso obedecerle; pero si dice que no es bueno se equivoca, porque la verdad es que el prójimo tiene muy buen gusto.»

Mas adelante se verá cuán grande es la miseria de aquellos indígenas, y lo que se puede decir en favor de algunos rasgos de su carácter.

([1]) Varias mujeres acompañaron á los hombres, pero no subieron á bordo.

([2]) El árbol de Ramph; los indígenas le llaman *nhiaulis* ó *gnaili*. «Este árbol, dice M. de Bovis, está esparcido en todas las costas con deplorable abundancia, donde se implanta por sí mismo por grupos; su tronco es torcido, duro y no sirve ni aun para quemarle. Sus ramas no dan sombra alguna, pero sus hojas, aunque arrugadas, despiden un olor aromático bastante agradable.» (Carta de octubre de 1885.)

ó abrigándose en su ramage contra los rayos del sol, causaban con su dulce gorgeo un encanto indescriptible. Estos mismos árboles tienen ademas otra utilidad; de la parte superior del tronco crecen largas raices tan redondas como si las hubiesen hecho con un torno, y á unos quince ó veinte piés del árbol se meten en el suelo, despues de haber formado una línea recta, muy exacta, elástica en estremo, y tirante como la cuerda de un arco cuando va á despedir la flecha. Parece que el pequeño delantal que llevan aquellos isleños está hecho de estas raices.



Una vista en Nueva Caledonia, segun Cook.

Enseñáronnos algunas voces de su lengua, la cual no tenia ninguna relacion con la de las demas islas. Su genio era dulce y pacífico, pero muy indolente; rara vez nos acompañaban en nuestras correrías. Si al pasar junto á sus cabañas les hablábamos, nos contestaban, pero si proseguiamos nuestro camino sin dirijirles la palabra, no hacian caso de nosotros. Las mujeres, sin embargo, eran algo mas curiosas y se escondian en los matorrales para observarnos, pero no se determinaban á acercarse á nosotros mas que en presencia de los hombres.

No se mostraron ni ofendidos ni asustados al ver que matábamos sus pájaros á tiros; al contrario, cuando nos aproximábamos á sus habitaciones, los muchachos nos los enseñaban para tener el gusto de vernos disparar los fusiles. Parece que no tenian grandes ocupaciones en la estacion en que entonces nos hallábamos, pues habian preparado ya la tierra y plantado raices y plátanos cuya cosecha esperaban para el verano siguiente; por esto, sin duda, no se hallaban en estado de vender sus provisiones, pues teniamos, por otra parte, motivos para creer que no desconocian esos principios de hospitalidad que hacen tan interesantes á los isleños del mar del Sur.

Por la tarde fuí á ver la aguada en el fondo de un ancon; era un hermoso riachuelo que bajaba de las montañas. Fué menester servirnos de un botecillo para desembarcar los toneles en la playa y cargarlos despues en las lanchas, por no poder entrar en el ancon una embarcacion mayor, y aun esto durante la marea. Hubiéramos podido proporcionarnos allí leña para quemar, con mas facilidad que agua, pero no la necesitábamos para nada.

Los árboles *cayputi (melaleuca)*, de los cuales hallamos muchos en flor, tienen una corteza muy

blanca que se abre en muchos puntos del tronco, y forma bolsas donde se esconden escarabajos, hormigas, arañas, lagartijas y escorpiones. Creimos ver codornices entre las yerbas secas, pero no podemos asegurarlo (1).

Nos paseamos hasta el anochecer por las colinas mas cercanas de la aguada. Procuramos dar á entender á los naturales que careciamos de provisiones, pero permanecieron sordos á todas las insinuaciones de esta clase; cada vez nos íbamos convenciendo mas de que apenas tenian víveres para su propia subsistencia.

Aquella misma tarde, á eso de las siete, murió Simon Monk, nuestro carnicero, hombre estimado en el buque; se habia herido mortalmente en una caida que dió el dia anterior.

El 7, muy de mañana, envié á tierra á la gente de la aguada y á un destacamento de soldados de marina á las órdenes de un oficial. Poco despues me embarqué yo mismo con otras varias personas para tomar una vista general del país. Luego que llegamos á la costa, dimos á entender por señas nuestro designio á los isleños, y dos de ellos se ofrecieron á servirnos de guias. Condujéronnos á las montañas por caminos bastante practicables, y hallamos á nuestro paso á muchos indios que quisieron venir con nosotros, de modo que aumentaron considerablemente nuestra comitiva. Algunos de ellos parecia que deseaban que volviésemos atrás, pero no hicimos caso de ninguno de sus signos y no por eso notamos en ellos el menor descontento. Despues de haber llegado á la cumbre de una de las montañas, descubrimos el mar, en dos parages diferentes, entre algunas montañas que se adelantaban por el lado oeste de la tierra. Este descubrimiento nos era tanto mas útil, cuanto nos daba una idea de la anchura del país, que en aquella parte no escedia diez leguas.

Entre aquellas montañas que se adelantaban y la cordillera donde nos hallábamos, hay un gran valle donde serpentea un rio. Sus márgenes están adornadas con diversas plantas y caseríos, á cuyos habitantes habiamos encontrado en el camino, y los hallamos aun en mayor número en la cumbre de la cordillera, desde donde observaban probablemente el buque. El llano ó terreno unido que se estiende á lo largo de la orilla donde estábamos anclados, se presentaba, desde aquella altura, bajo el aspecto mas ventajoso; las sinuosidades de las aguas que lo riegan, los plantíos, los caseríos, la variedad de grupos en los bosques y los escollos al pié de la costa, variaban de tal modo la escena, que no es dable imaginar un conjunto mas pintoresco. Sin el suelo fértil de los llanos y de las cuestas de las colinas, el país entero no presentaria mas que un punto de vista triste y estéril. Las montañas y otros parages elevados no son en su mayor parte susceptibles de ninguna cultura, pues solo se componen de masas de rocas, muchas de las cuales contienen minerales. La poca tierra que los cubre está secada ó quemada por el sol, lo que no impide que crezca allí una yerba grosera, y algunas plantas y arbustos esparcidos acá y acullá. El país, en general, se parece mucho á algunos cantones de Nueva Holanda situados en el mismo paralelo; varias producciones naturales parecen ser las mismas y los bosques carecen aun de yerbas, como en esta isla. Los arrecifes de la orilla y otros objetos, llamaron por su semejanza la atencion de los que habian visto ambos países. Observamos que toda la costa nordeste estaba llena de escollos y de bajos, que se estienden mas allá de la isla Balabea, hasta perderse de vista. Luego que hicimos estas observaciones, no queriendo ir mas lejos nuestros guias, bajamos de la montaña por un camino diferente del que habiamos andado para subir, y el cual nos condujo al llano por medio de plantaciones cuya buena distribucion indicaba mucho trabajo y cuidado. Veíanse campos en barbecho, algunos de ellos recien desmontados, y otros que hacia tiempo que estaban cultivados y que se empezaban entonces á labrar. Observé que lo primero que hacen para desmontar un terreno, es quemar las yerbas que cubren la superficie. No conocen otro medio para restituir á una tierra exhausta su fertilidad primitiva, mas que dejarla algunos años en estado de barbecho; este uso es general entre todos los pueblos de aquellos mares. No tienen idea de ningun abono para beneficiar los campos, ó á lo menos nunca ví emplear ninguno.

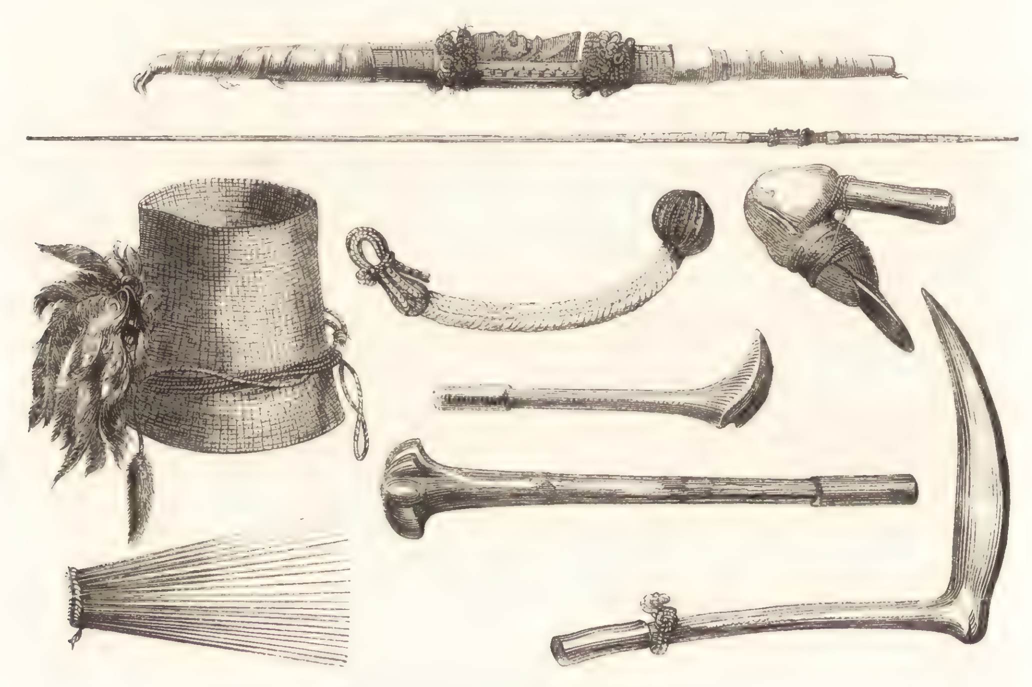
(1) Parece ser cierto que se han hallado algunas codornices en Nueva Caledonia, así como tórtolas, pichones, gallos, patos, gorriones, golondrinas, una nueva especie de urracas, y muchos pájaros del género *Muscicapa*; pero en suma, las especies de pájaros y aun los individuos de cada especié, son raros.

Nos detuvimos cerca de la cumbre de una colina para examinar unas estacas plantadas en el suelo, acá y acullá, á las cuales habia atadas, en forma de cruz, varias ramas secas de árboles; los naturales nos dijeron que en aquella colina enterraban á sus muertos, y que las estacas indicaban los parages donde habian depositado los cadáveres.

Notando los indios que estábamos sedientos y cansados, nos trajeron cañas de azúcar con la mayor prontitud; pero no pudimos descubrir de donde las sacaron ni donde las cojieron, pues nada indicaba que se cultivasen en aquellas cercanías.

A mediodia nos hallábamos ya de regreso de esta escursion; uno de nuestros guias se fué, pero á los demas les hicimos quedar á bordo, donde comieron y les recompensamos por su fidelidad.

Hallamos á bordo gran número de naturales que examinaban cada parte del buque y vendian sus



Adornos y armas de Nueva Caledonia.

Lanza. — Parte adornada de la lanza. — Sombrero de plumas. — Peine. — Cuerda para arrojar la lanza. — Porras. — Picos. — Hacha.

porras, picas y adornos. Uno de ellos, prodigiosamente grande, parecia tener seis piés y cinco pulgadas de estatura, y el sombrero negro cilíndrico que llevaba le realzaba como seis pulgadas mas. Muchos de estos sombreros ó gorras estaban adornados con plumas de buho de Ceilan (especie de ave que tambien se halla en los bosques de Tana), y los naturales tenian la costumbre de atar en ellas la honda, dejando colgar las borlas de la gorra hasta los hombros. Otras veces ponen hojas de helecho, que los naturales cambiaron por telas de Taiti, á pesar de ser dichas hojas de un gran precio para ellos. Era notable el número de pendientes que llevaban; uno solo tenia en las orejas diez y ocho conchas de tortuga, de una pulgada de diámetro. Tambien nos vendieron un instrumento músico, que era una especie de silbato hecho de un pedazo de madera negra y pulida, de dos pulgadas de largo y en forma de campana. Era sólido en apariencia, tenia una cuerda atada en su estremo mas corto, dos agujeros cerca de la base y otro cerca de la cuerda; todos estos agujeros comunicaban entre sí, y cuando se soplaba en el de encima, el otro producia un sonido agudo parecido al del silbido. Este fué el único instrumento que vimos que tuviese relacion con la música.

Empezaban ya á recibir, en el comercio, los grandes clavos que llevábamos; pero viendo los ganchos y los anillos de hierro donde estaban amarradas nuestras cuerdas, manifestaron vivos deseos de poseerlos. Nunca intentaron robarnos lo mas mínimo, portándose siempre con la mayor honradez [1]. Muchos venian á nado desde la costa, que distaba mas de una milla; casi todos traian en la mano un trapo de tela negra, sacándola fuera del agua, y nadaban con la otra.

Al bajar por la cuesta, hallamos en la playa una masa irregular de rocas, de diez piés cubos, compuestas de granitos firmes, algo mayores que una cabeza de alfiler; este descubrimiento nos persuadió mas y mas que en aquella isla habia minerales, y que esta se diferenciaba de todas las demas que habiamos visitado ya, en que no habia producciones volcánicas. Luego nos metimos en los bosques espesos que limitan la costa por todas partes, y encontramos arbolitos del pan, que no eran aun bastante grandes para soportar el fruto, pero que parecian haber nacido sin cultivo alguno; son quizás los árboles indígenas silvestres de aquella region; cojí tambien una especie de flor de la pasion, cuya especie se creia que no se hallaba mas que en América. Habiéndome separado de mis compañeros, llegué á un camino arenoso y hueco, lleno por ambos lados de campanillas y arbustos olorosos; este camino, que parecia haber sido el álveo de un torrente ó de un arroyo, me condujo á un grupo de dos ó tres cabañas rodeadas de cocos. Observé en la entrada de una de ellas, á un hombre que estaba sentado y tenia en su regazo á una niña de ocho á diez años, cuya cabeza examinaba; sorprendióse al principio de verme, pero recobrando despues su tranquilidad, continuó su operacion; tenia en la mano un pedazo de cuarzo transparente, y como uno de sus bordes era cortante, se servia de él como de unas tijeras para cortar los cabellos de la niña [2]. A ambos les dí dos granos de vidrio verde, que al parecer les contentaron mucho. Dirijíme despues á las demas chozas y ví dos tan contiguas, que encerraban un espacio de unos diez piés cuadrados, rodeado en parte por vallados. Tres mujeres, una de ellas ya de alguna edad y las otras dos mas jóvenes, estaban encendiendo lumbre debajo de uno de esos grandes cacharros de tierra, de que hemos hablado ya; luego que me vieron, me hicieron seña para que me alejase; pero queriendo yo conocer su modo de preparar los alimentos, me acerqué sin reparo. Estaba el puchero lleno de yerbas secas y hojas verdes, en las cuales habian envuelto batatas pequeñas; puede ser que las cuezan tambien como en Taiti, bajo un monton de tierra ó entre piedras calientes. Consintieron, aunque con mucha dificultad, en dejarme examinar la olla, y luego volvieron á decirme por señas que me alejase, enseñándome al mismo tiempo las cabañas, y poniéndose los dedos debajo de la garganta; juzgué, por estos signos, que si las sorprendian á solas con un estranjero, moririan ahogadas. Dejélas pues, y eché una mirada fugaz en lo interior de las cabañas, que estaban enteramente vacías. Al volver al bosque, hallé al doctor Sparman y fuí de nuevo con él adonde estaban las mujeres para ver si habia interpretado bien la significacion de sus signos. Hallámoslas en el mismo sitio, las regalamos algunos granos de vidrio de color y los aceptaron con demostraciones de alegría, pero reproduciendo los mismos signos que antes, á los que añadieron, segun nos pareció, las súplicas y los ruegos; para no desconten-

(1) Desgraciadamente los habitantes de Nueva Caledonia no han perseverado en esta honradez. Entrecasteaux y sus compañeros les hallaron tan aficionados al robo como la mayor parte de los isleños de Oceanía.

«De regreso al sitio de nuestro desembarco, dice Labillardière, hallamos á mas de setecientos naturales que habian acudido de todas partes. Nos pidieron telas y hierro en cambio de sus productos, y algunos de ellos nos probaron en breve que eran ladrones muy descarados. Citaré entre sus malas partidas, una que me jugaron dos de aquellos bribones: me propuso uno venderme un saquito que llevaba en la cintura de piedras cortadas en forma oval. Se lo desató prontamente y finjió dármelo con una mano, mientras con la otra recibió el precio que convinimos; de repente, otro salvage colocado detras de mí, dió un grito para hacerme volver la cabeza, y el del saquito echó á correr entonces, llevándose este y mis efectos, procurando esconderse entre el gentío.»

(2) «Es cosa notable, dice el P. Rougeyron, que los habitantes de Caledonia quieran tanto á sus hijos; la madre y aun el mismo padre, llevan á cuestas á los mas pequeños, en cunas hechas con cortezas de árboles, cuya forma es semejante á la de un cesto. Esta cuna, donde colocan al niño, tiene los bordes bastante altos para impedir que se caiga; los padres las cubren cuidadosamente con una estera. Cuando las mujeres se ausentan para buscar provisiones, dejan á los niños acostados en una estera, en las cabañas, bajo la custodia del padre. Cuando el niño llora, le envuelven en la estera para adormecerle, y si no logran hacerle callar, le echan agua fresca en la cabeza.»



Dibujo copiado de la Flora de Nueva Caledonia.

Scævola montana. — Smilax orbiculata. — Jetracera euyandra. — Disemma aurantia. — Oxera pulchella. — Microsemma salicifolia. — Melastoma denticulata. — Eriostemon corymbosum. — Unona fulgens.

carlas nos marchamos al instante [1]. Poco tiempo despues nos reunimos con nuestros compañeros, y como tenia sed, pedí agua al hombre que estaba cortando el pelo á la niña; este me enseñó un árbol del cual pendian una docena de nueces de coco, llenas de agua dulce, que nos pareció algo rara en aquel país. Volvimos á la aguada, ya por tierra ya en bote, y en el tránsito maté á varios de los pájaros curiosos de que está llena la isla, entre otros á una especie de corneja comun en Europa. Habia en la aguada un número considerable de naturales, algunos de los cuales, por un pedazo de tela de Taiti, nos sacaron en brazos y nos volvieron á meter en la lancha, andando un trecho de mas de cuarenta varas, por estar el agua muy baja para que las barcas pudiesen arrimarse á la orilla; vimos á varias mujeres que, sin temer á los hombres, se metian en medio de nosotros, y contestaban á los signos de los marineros; pero cuando alguno de estos las seguia, se escapaban con tanta agilidad, que no era dable alcanzarlas. Así se divertian burlándose de ellos y reian de buena gana, haciendo dar á los nuestros pasos inútiles.

Mi secretario compró un pescado que uno de los indios habia cojido en la aguada con el arpon, y me lo envió á bordo. Era de una especie absolutamente nueva, muy parecida á los que en Europa llaman *sol* y del género que Líneo ha denominado *Tetrodon;* su cabeza era tan grande como horrible. No sospechando que tuviese nada venenoso, mandé que le guisaran para que le sirviesen á la hora de comer, pero por fortuna, el tiempo que gastamos en dibujarle y describirle no permitió que le cociesen, y solo se sirvió el hígado. Forster y yo, que fuimos les únicos que comimos, esperimentamos á eso de las tres de la madrugada una estremada debilidad en todos los miembros. Yo perdí casi enteramente la sensibilidad del tacto, y no podia distinguir los cuerpos pesados de los ligeros cuando queria moverlos. Se nos hizo tomar un emético y luego procuramos sudar, lo que nos alivió mucho. Aquella misma mañana se encontró muerto á un cerdo que habia comido las entrañas del pescado, y luego, cuando los habitantes vinieron á bordo y vieron al pez, nos dieron á entender, con señales de horror, que era un alimento dañoso, cosa que no hicieron cuando vieron que mi secretario lo compraba [2].

Los trabajadores y la guardia fueron á tierra como de costumbre, y por la tarde me dijo el oficial que el gefe Teabooma habia ido allí con un presente de batatas y cañas de azúcar. Yo le envié en cambio dos perritos, macho y hembra, aquel blanco con manchas de fuego y la perrita roja, del color de un zorro de Inglaterra. Refiero esta particularidad porque estos dos perros podrán muy bien propagar su especie en aquellas regiones. Habiendo regresado á bordo el oficial, por la tarde, me dijo que Teabooma no podia persuadirse en un principio que aquellos perros fuesen para él; pero así que se convenció de que eran propiedad suya, esperimentó una viva alegría, y se los llevó al momento á su habitacion.

« Me levanté á las ocho; tenia una gran pesadez en los miembros, pero pensé poder emplear la mañana en dibujar seis ú ocho plantas y varios pájaros, que recojimos en nuestras últimas escursiones [3].

[1] Un dia, dice M. Lecomte, paseándome por la orilla del mar, á unos dos leguas del establecimiento de los misioneros, entré en una cabaña situada en un parage muy pintoresco, cerca de una roca, la cual se parecia á una casa de campo. Hallé en ella á una mujer jóven ocupada en varios quehaceres; su belleza era singular, á pesar de hallarse en un estado bastante adelantado de su embarazo. Mostraba hallarse dichosa y contenta con su suerte; sentéme á su lado, y la puse muy alegre dándola algunos granos de vidrio azul. Al volver á la mision, pregunté al P. Rougeyron quién era aquella mujer; respondióme que era la mujer de un gefe de Uabane. Conocia yo á este, en cuya casa habia entrado varias veces al volver de la caza; cada vez que iba me daba un coco para refrescar. Era jóven, de buena presencia y hospitalario; nunca habia visto á su mujer, por hacer poco tiempo que estaba con ella. Dicha mujer estaba casada con un noble habitante de otra aldea de la misma tribu, pero el gefe de Uabane se enamoró de ella y la robó contra su voluntad, lo cual escitó mucho escándalo en toda la vecindad. Pero la posicion del raptor, su valor á toda prueba y el gran número de partidarios que tenia, impusieron silencio al rumor público. Lo mas notable es que la mujer robada se halló muy bien con su nuevo estado y declaró que no queria volver con su primer marido.

[2] Labillardière habla de un pescado de la especie de *Scorpœna digitata*, que hirió peligrosamente en la mano á un marinero. Los misioneros citan aun á una serpiente marítima de la familia de *Platurus fasciatus*, cuya picadura es venenosa.

[3] Dice Forster hijo, que la relacion del segundo viaje de Cook, durante los años 1772, 1773, 1774 y 1775, fué escrita por el mismo Cook, que mandaba el buque *la Resolucion*. Pero Suard, en su traduccion francesa de 1778, ha añadido al testo de Cook varios estractos del viage de Jorje Forster, que formaba parte de la espedicion con su hijo.

» Todos los naturales que venian á bordo y veian el pescado, apoyaban la cabeza en las manos y cerraban los ojos para demostrar que causaba entorpecimientos, sueño y la muerte. Ignorando en un principio si hacian estos gestos para que les diésemos el pescado, se lo propusimos y lo rehusaron con muestras evidentes de horror; nos rogaron por señas que lo arrojásemos al mar; pero nosotros preferimos conservarlo en espíritu de vino.

» Parecia que habiamos tenido un presentimiento de lo que iba á sucedernos, porque habiendo examinado al pescado antes que lo abriesen, su aspecto horroroso nos infundió una vaga sospecha de que fuese venenoso, y se lo dijimos á M. Cook, quien nos aseguró que habia comido ya de otro semejante en la costa de Nueva Holanda, en su primer viaje.

» A eso de medio dia, en castigo de haber querido trabajar, me cojió un nuevo vértigo, y volví á hallarme tan débil que tuve que meterme en cama. Los sudoríficos me aliviaron poco á poco, pero el veneno era demasiado activo para que se disipase prontamente, y nos impidió hacer nuevas investigaciones, que, en un país como Nueva Caledonia, hubieran dado por resultado nuevos é interesantes descubrimientos en todos los ramos de la historia natural. »

Al dia siguiente, muy de mañana, envié á dos lanchas, mandadas por Pickersgill y Gilbert, para medir la costa de oeste, creyendo que esta operacion se ejecutaria mejor con embarcaciones menores y á remo que con el buque, pues los arrecifes nos habrian separado de tierra muchas leguas.

« Sentimos mucho el perder esta ocasion de examinar un espacio considerable de país desconocido, pero aun no podiamos tenernos en pié ni andar mas de cinco minutos. El veneno habia atacado igualmente á los perros, pues los que comieron los restos del hígado estaban peligrosamente enfermos; eran estos perros los que cojimos en las islas de la Sociedad. »

Despues del almuerzo, se envió á tierra á los trabajadores para hacer escobas, y yo me quedé á bordo con Forster, ambos en estado de convalecencia ya. Por la tarde, vieron los nuestros en la orilla y luego en el buque, á un indio tan blanco como un europeo. Yo no le ví, pero, segun la relacion que se me hizo, su blancura debia provenir de alguna enfermedad, pues habiamos encontrado ya otros como él en Taiti y en las islas de la Sociedad. Un viento fresco de este y lo lejano que se hallaba el buque, no impidieron á los isleños el nadar de roca en roca hasta nuestro bordo para visitarnos, y volverse despues del mismo modo.

Los trabajadores se fueron á la playa y Forster se halló en tan buen estado, que se fué á tierra á herborizar.

« Yo hubiera hecho mejor en quedarme á bordo, pero no podia resistir al deseo de ir á tierra. Desembarcamos pues al este de la aguada, y atravesamos una parte de la llanura, absolutamente inculta y cubierta de yerbas secas y diseminadas. Una senda nos condujo por en medio de un hermoso bosque, hasta el pié de unas colinas llenas de nuevas plantas, de pájaros y de insectos. Todo contribuia para considerar aquel país como una inmensa soledad. Ni delante ni al rededor de nosotros se veia una sola habitacion; colinas y llanura estaban enteramente deshabitadas. Dicha region, debe de estar en efecto desierta, porque el terreno de las montañas no es nada á propósito para el cultivo, y el de la mayor parte del llano es estéril. Adelantámonos hácia el este hasta unas casas situadas en medio de pantanos; algunos de sus habitantes salieron á recibirnos con aire bondadoso, y nos enseñaron sitios donde podiamos andar sin meternos en el fango. Algunos de ellos estaban comiendo á la puerta de sus cabañas, unas hojas que habian cocido al horno, y otros chupaban la corteza del *Hibiscus tiliaceus*, asada al fuego. Probamos esta corteza, que era muy insípida, asquerosa y poco nutritiva. Este pueblo parece que tiene muy pocos alimentos en ciertas estaciones del año, y la escasez se deja sentir sobre todo en la primavera, por haber agotado ya las provisiones del invierno y no estar aun maduras las de verano. Acaso suplen esta falta con la pesca, porque los arrecifes que rodean la isla son bastante abundantes en este recurso; pero desde que llegamos á aquella playa, reinó un viento tan fuerte, que no permitió separarse á las piraguas de la costa. Mientras que Œdideo se hallaba á bordo de nuestro buque, decia frecuentemente que los habitantes ricos de Taiti y de las islas de la Sociedad, tenian tambien, aunque rara vez, alguno que otro año estéril, y entonces se veian obligados á recurrir, durante algunos

meses, á las raices de helecho, á la corteza de varios árboles y á los frutos de arbustos silvestres ([1]).

» Al rededor de las cabañas, rodaban algunas aves domesticadas bastante grandes y con un plumage brillante : eran las únicas que tenian los habitantes ; ví tambien un monton de conchas donde acababan de comer pescado. Por donde quiera que pasábamos , hallábamos tal indiferencia en los habitantes, que muchos de ellos ni siquiera se movian de sus asientos. Rara vez nos hablaban y casi siempre con un tono muy serio. Las mujeres eran mas alegres, y las madres llevaban á cuestas á sus hijos en una especie de saco.

» Regresamos á bordo á comer, pero en seguida volvimos á tierra. Observamos que los árboles y arbustos cercanos á la orilla del mar, estaban mas frecuentados por los pájaros que los del interior de las tierras, y por lo tanto, determinamos no internarnos mucho para poder aumentar nuestra coleccion zoológica. Habia tambien á orillas del agua otro grupo de cabañas ; fuimos allá y hallamos una especie de cerco formado con estacas plantadas al rededor de una alturita de solo cuatro piés de elevacion ; en lo interior del cerco habia otras estacas plantadas en tierra y adornadas con grandes conchas; dijéronnos que allí enterraban á los gefes del distrito. El número de cementerios que hemos hallado en las colinas demuestra que tienen la costumbre de enterrar á sus muertos ; esta conducta nos parece mas sensata que la de los taitianos, que esponen á sus cadáveres al aire libre hasta que la carne se desprende por medio de la putrefaccion. Si la mortandad fuese en las islas de la Sociedad mas considerable de lo que se cree, esta costumbre acarrearia las mas funestas consecuencias, desarrollando enfermedades epidémicas. Los europeos deben tener mucho cuidado en comunicar á aquellos pueblos enfermedades contagiosas ; las viruelas, por ejemplo, causarian estragos horrorosos y destruirian acaso toda la raza de los taitianos.

» La acritud del veneno que abrigábamos en nuestras venas mi padre y yo, nos estenuó muy pronto; nos vimos obligados á sentarnos muchas veces para reanimar nuestras fuerzas; la reproduccion de los vértigos nos quitaba por intérvalos el uso de la razon, y á pesar de cuantos esfuerzos haciamos, no podiamos ver ni pensar, ni formar juicio alguno. Lo que mas sentiamos es que nos hubiese sucedido esta desgracia en un país recien descubierto, donde necesitábamos perfecta salud, constante atencion y gran discernimiento para poder aprovechar de nuestra permanencia entre isleños tan distintos de los que habiamos visto hasta entonces.

» El 11, volvimos á bajar á tierra á pesar de la lluvia, y dimos un paseo hácia el este donde hallamos muchos pájaros y enriquecimos nuestra coleccion con varias especies nuevas. Nos detuvimos

([1]) « Lo que mas les incitaba al rapto y á las violencias era el hambre, y cosa estraña entre canibales, muchos de ellos comian, para saciar su apetito, grandes pedazos de galaxia muy grande, de color verduzco. Esta tierra sirve para amortiguar el sentimiento del hambre, llenando el estómago y sosteniendo así las vísceras contiguas al diafragma ; si bien no contiene ningun jugo alimenticio, es, sin embargo, muy útil á aquellos pueblos, espuestos con frecuencia á largos ayunos forzosos, por lo poco que se dedican al cultivo de sus tierras, ya harto estériles de por sí.

» Habiamos proyectado visitar el reverso de las montañas situadas al sur de nuestro fondeadero, y al efecto, nos pusimos en marcha veinte y ocho de nosotros bien armados. El humo que se elevaba por intérvalos del fondo de un bosquecillo, que veiamos á poca distancia de nosotros, nos decidió á ir en aquella direccion. Hallamos allí á dos hombres y á un niño ocupados en tostar las raices de una especie de habichuela que los isleños llaman *yalé*, y cuyas fibras, casi leñosas, se resentian de la aridez del terreno.

» Cerca de allí encontramos á una familia de indios que se asustó al vernos; hicímosles varios regalos para calmarles, y lo conseguimos con respecto al padre y á los dos hijos; pero habiendo querido uno de nosotros regalar á la madre un par de tijeras y enseñarla el modo de usarlas, cortándola una mecha de cabellos, la pobre mujer se puso á llorar, creyendo que iban á matarla ; sin embargo, en cuanto la dieron el instrumento se calmó. Los habitantes de aquellas montañas nos parecieron estar sumidos en la mayor miseria. Casi todos estaban sumamente flacos. » (Labillardière.)

« La pereza, sobre todo, es entre otras muchas cosas lo que causa la estrema miseria de los habitantes de Nueva Caledonia. Cultivan muy bien, con el ausilio de un palo puntiagudo ó con sus solas uñas, un pedazo de terreno, pero nunca trabajan en proporcion á sus necesidades. Es un pueblo en la infancia y sin prevision alguna. Parece que se hallan embarazados cuando hacen una buena cosecha, y llaman á sus vecinos de diez ó doce leguas al rededor para comérsela cuanto antes, prolongando el festin mientras duran les provisiones; de modo que no tienen nada que comer las tres terceras partes del año. Entonces se alimentan tan solo de algunos pescados, mariscos, raices y cortezas de árboles; algunas veces se comen la tierra, devoran los insectos que les cubren y se tragan con avidez las arañas, lagartijas, gusanos, etc. » (Carta del P. Rougeyron, fecha 1º de octubre de 1845.)

delante de unas casas colocadas debajo de unos árboles frondosos, cuyos habitantes, sentados y en la mayor ociosidad, ni siquiera nos miraron; solo unos jóvenes se levantaron al vernos. Uno de aquellos hombres tenia los cabellos muy rubios, una tez mas blanca que la de sus compatriotas y la cara llena de manchas rojas. La debilidad de los órganos, sobre todo el de la vista, en los individuos anómalos hallados entre los negros de Africa y entre los habitantes de América, de las Molucas y de las islas tropicales del mar del Sur, ha inducido á creer que era efecto de una enfermedad hereditaria, trasmitida al hijo por el padre ó por la madre; nosotros, sin embargo, no observamos en aquel hombre ningun síntoma de debilidad ni defecto alguno en el órgano de la vista; así pues, el color de su cara y cabellos debia ser consecuencia de otra causa. Uno de los nuestros le cortó una mecha de sus cabellos é hizo lo mismo á otro isleño de color ordinario. Ambos naturales manifestaron su descontento al verse cortar así los cabellos, pero como se les hizo esta operacion antes que pudiesen notarlo, se les apaciguó fácilmente con algunas bagatelas. Su carácter bondadoso y su indolencia, parecen ser incompatibles con un largo resentimiento.

Cuando nos alejamos de estas cabañas nos separamos todos, y cada cual echó por su lado. El doctor Sparrman y mi padre fueron á las colinas, mientras que yo me quedé en el llano hablando, como pude con los naturales. Estos me dieron los nombres de varios distritos de la isla, que no habiamos oido nombrar hasta entonces y de los que ningun uso pudimos hacer, por no conocer su situacion. Volví á ver á algunos isleños que tenian el brazo ó una pierna de un tamaño enorme, como los que llamaron nuestra atencion la primera vez que desembarcamos. Uno de ellos tenia hinchadas ambas piernas, las que toqué y hallé muy duras; no todos estos enfermos tenian la piel en el mismo estado; la desmedida espansion del brazo ó de la pierna parece que no les incomodaba en gran manera, y segun pude comprender, rara vez les duele. Algunos, sin embargo, tienen una especie de escoriacion, y las pústulas que empezaban á formárseles, indicaban un grado mayor de podredumbre. La lepra (de la cual esta elefantíasis ó hinchazon particular no es mas que una especie, segun la opinion de los médicos), parece ser una enfermedad especial de los climas secos y ardientes. Los países que con mas furor acomete, tales como la costa de Malabar, el Egipto, la Palestina y toda el Africa, esperimentan á veces grandes sequías y tienen inmensos y ardientes desiertos arenosos.

» Cuanto mas observaba mas me convencia que los hombres de Nueva Caledonia tienen menos miramientos con sus mujeres que los de Tana; estas se mantienen siempre apartadas de ellos y parece que temen ofenderles con sus gestos y hasta con sus miradas. Muchas de ellas arrastraban haces enormes de leña, y sus maridos, indolentes y flemáticos como siempre, se dignaban apenas mirarlas (1).

» Despues de haber comido á bordo, volvimos á tierra, donde matamos un pájaro de una especie nueva para los zoólogos; estaba escondido en la plantacion mas hermosa que habiamos visto hasta entonces en Nueva Caledonia, tanto por su estension, como por la variedad y abundancia de sus vegetales; en efecto, habia alamedas de plátanos, muchos campos de batatas, de eddoes, de cañas de azúcar y de *yambos Eugenia*.

» Para divertir á los naturales, tirábamos al blanco; estos estaban maravillados de nuestra habilidad, y nos hacian apuntar á sus porras que plantaban en tierra (2). »

Por la tarde, volvieron á bordo las lanchas que habia enviado al oeste y me informaron de las cir-

(1) Como en todas las naciones que el Evangelio no ha civilizado aun, las mujeres, dice el P. Rougeyron, se arrastran allí á los piés del hombre, quien las tiraniza. Ellas son las que llevan todos los fardos, van á buscar los alimentos, cuidan de los campos cuando están desmontados, y hacen lo mas penoso de las labores, disfrutando menos de las dulzuras domésticas. Si hay algun buen fruto para comer, el marido le hace al momento *tabu*, es decir, sagrado, y á la pobre mujer solo la es permitido el mirarlo cuando el marido se lo come; si lo llega á tocar se la castiga con la muerte. Si cae enferma, se la espulsa de la familia y tiene que dormir al aire libre ó acostarse debajo de algunas ramas mas ó menos entrelazadas, espuesta así á las injurias del aire y de la lluvia. A la menor sospecha, por la mas mínima desobediencia á su marido, se enfurece este y la maltrata cruelmente. Algunas veces la rompe la cabeza con una piedra y luego llama á unos supuestos cirujanos, que la desgarran las carnes con unas conchas cortantes: este espectáculo es horrible.

(2) Otros pasages del diario de los dos Forster, se hallan aun en esta relacion; pero como no tienen ningun interés particular, hemos creido inútil reproducirlos.

cunstancias siguientes. En la mañana misma del dia de su partida, desembarcaron para subir á una alturita cuya vista dominaba toda la costa. Gilbert creia que esta se terminaba hácia el oeste, pero Pickersgill no era de este parecer, si bien ambos estaban acordes en que el buque no podia pasar por aquella via. Desde allí, fueron á Balabea en compañía de algunos habitantes, pero cuando llegaron se habia puesto ya el sol, y como al siguiente dia se marcharon con el crepúsculo, no pudieron sacar partido alguno de su espedicion, y emplearon los dos dias siguientes en regresar al buque. Una de las lanchas empezó á hacer agua de repente y estuvo á pique de perderse, de modo que tuvieron que arrojar muchos objetos al mar, antes de poder remediar la avería. Compraron á una piragua pescadora todo el pescado que pudieran comer. En Balabea les hicieron una benévola acojida, tanto el gefe, que se llamaba Teaby, como los habitantes, que se hallaban todos en la playa para ver á los nuestros. Sin embargo, para no verse apretados por el gentío, los oficiales trazaron una línea, advirtiendo á los indios que no pasasen de allí. Sucedió pues, que uno de estos que tenia algunas nueces de coco, viéndose perseguido por un marinero que queria comprárselas por fuerza, se sentó en la arena y trazando á su vez un círculo al rededor suyo, mandó á su perseguidor que no pasase de aquella línea de demarcacion; el marinero obedeció. He creido que este hecho merecia hallar un puesto en el diario de este viaje.

El 12, por la mañana, mandé al carpintero que compusiera la lancha y á los trabajadores que reemplazasen el agua que habiamos gastado en los dias anteriores. No habiendo vuelto á parecer el gefe Teabooma desde el dia en que le regalamos los perros, y deseando yo dejar en aquella tierra dos de nuestros cerdos para que propagasen su raza, me embarqué en un bote con un macho y una hembra de estos animales, y fui al ancon de los nopales á buscar á mi amigo el indio para dárselos. Cuando llegué me dijeron que este se hallaba en lo interior del país, pero que iban á buscarlo. No sé si se tomaron esta molestia, pero viendo yo que no llegaba, resolví poner los cerdos bajo la proteccion del isleño mas ilustre de los presentes. Habiendo visto al indio que nos sirvió de guia en la montaña, le dí á entender que me proponia dejar allí los dos animales, y mandé que los sacaran del bote; presentélos á un respetable anciano, persuadido de que podia confiárselos con toda seguridad; pero este, y luego todos los demas circunstantes, menearon la cabeza é hicieron señal de que nos volviésemos á llevar los cerdos, porque les atemorizaban. Fuerza es convenir que el aspecto de estos cuadrúpedos no es nada agradable ni propio para interesar á los que los ven por primera vez. Insistiendo yo en dejarlos, se pusieron los indios á deliberar, y al cabo de un rato me dijo el guia que era necesario enviar los cerdos al *aleekee* (gefe). Hicímonos, pues, conducir á la habitacion de este, que hallamos sentado en un corro de ocho ó diez personas, todas de edad provecta. Luego que me introdujeron con mis cerdos, me rogaron con mucha urbanidad que me sentase y espuse entonces, como pude, la utilidad de aquellos cuadrúpedos, la fecundidad de la hembra y la facilidad con que propagarian su especie. Exageré adrede sus cualidades para que los indios tuviesen mucho cuidado de ellos, y creo que acerté en esto. En este intérvalo, dos personas que se habian ausentado de la compañía, volvieron con seis batatas que me dieron. Despues me despedí de ellos y volví á bordo.

El ancon, como he dicho ya, tiene una pequeña aldea, que hallé mas grande de lo que creí la primera vez que la visité. El espacio de terreno cultivado á su alrededor es muy estenso, su distribucion está hecha con regularidad y hay plantaciones de batatas, cañas de azúcar, plátanos y unas raices que los habitantes llaman *taro* ó *eddy*. El riego de estos campos está muy bien hecho por medio de riachuelos que nacen del arroyo principal que baja de las montañas. Plantan de dos modos estas raices; algunas veces lo hacen en un terreno horizontal, que forma un cuadrado largo, y abajando el suelo, debajo del nivel de la tierra adyacente, pueden introducir entre las plantas toda el agua que quieren. Otras veces las plantan en unas tablas encorvadas, anchas de tres ó cuatro piés, y de dos y medio de alto; encima de la tabla y en su parte media, hay un riachuelo estrecho que recibe el agua que debe regar las raices plantadas en aquella especie de cajon; el agua está tan bien distribuida, que á veces un solo arroyo riega muchas tablas. Acaso sea la diferencia de raices y su cultivo, la que haga necesarias estas dos clases de plantaciones: lo cierto es que no todas tienen el mismo gusto ni color, pues hay unas mejores que otras, pero todas son sanas y nutritivas. Las cabezas de estas raices producen

ademas una especie muy buena de legumbres, que comen los naturales. Hombres, mujeres y niños trabajan en las plantaciones.

Despues de haber andado por en medio de estas y de los pantanos, llegamos á una habitacion separada de las demas, rodeada de estacas, detras de la cual habia una hilera de columnas de madera, alta cada una de nueve piés y uno de ancho, y cuya cima representaba una cabeza humana esculpida groseramente. Hallamos allí á un anciano solitario, que al enseñarnos las columnas, nos dijo por signos que aquello era el cementerio. Es particular que todos los pueblos, civilizados ó salvages, erigen monumentos en los lugares donde entierran sus muertos.

Encontramos despues á muchos habitantes, de ambos sexos y de todas edades, que estaban desmontando ó cavando un gran espacio de tierra pantanosa, sin duda para plantar batatas y edis. El instrumento que para ello empleaban, y que en caso de necesidad les sirve de arma ofensiva, era un palo con punta corva y afilada.

Las plantaciones exigen cuidados estraordinarios, á causa de lo poco nutritiva que es la tierra. En efecto, no habiamos visto cavarla de este modo en ninguna otra isla del mar del Sur. Matamos allí pájaros muy curiosos.

Por la tarde volví á tierra, donde hice grabar, en un gran árbol contiguo á la aguada, una inscripcion con el nombre del buque, la fecha de nuestra llegada allí, etc., en testimonio de haber sido los primeros descubridores de aquella region. Ejecuté igual formalidad en todas las tierras nuevas que reconocimos.

Fuimos, por última vez, al arroyo donde nos proveiamos de agua, y habiendo cogido unas plantas que nuestra enfermedad nos impidió haber reunido antes, nos preparamos para dejar aquella gran isla.

Despedimos á nuestros amigos y volvimos al buque; luego hice subir las lanchas á bordo y nos aprontamos para hacernos á la vela al dia siguiente por la mañana.

Descripcion de Nueva Caledonia. — Usos, costumbres y artes de sus habitantes.

Voy á terminar las observaciones que hice, durante mi permanencia en aquellas costas, con algunos pormemores sobre la region y sus habitantes. Hemos hallado hombres fuertes, robustos, activos, bien plantados, corteses y pacíficos, á quienes hemos reconocido una cualidad muy rara en los pueblos de aquellos mares, y es que no tienen propension al robo. Son casi del mismo color que los habitantes de Tana, pero con facciones mas regulares y ademanes mas afables. Son tambien mas robustos y de mayor estatura, pues hay algunos que tienen 6 piés y 4 pulgadas. Otros tienen los labios gruesos, la nariz chata y las facciones de los negros; tenian, tambien, otros dos puntos de comparacion con estos, tales como el cabello lanar y el uso de restregarse la cara con un betun negro muy lustroso. Sus barbas y cabellos son negros en general; estos no son enteramente iguales á los de los negros, pero mas fuertes y rudos que los nuestros. Muchos se los dejan crecer y se los recogen encima de la cabeza; otros, no conservan mas que un moño y otros, en fin, inclusas las mujeres, los llevan cortos. Se los peinan cada dia con una especie de peine, cuyos dientes están formados con unos palitos de madera muy dura, gruesos como moldes de hacer media y largos de unas nueve pulgadas. Estos palitos, en número de veinte, están atados y sujetos, por uno de sus estremos, de manera que se abren como un abanico, dejando entre sí un espacio paralelo y casi igual. Con este peine se rascan la cabeza, se espulgan los piojos y le llevan siempre clavado en el cabello á un lado de la cabeza. Los habitantes de Tana tienen otro igual para el mismo uso, pero los dientes son ahorquillados y solo en número de tres ó cuatro. Generalmente tienen todos úlceras en los piés y piernas, y notamos que por lo comun, el escroto de todos ellos está hinchado, no sé si por efecto de alguna enfermedad, ó á causa de la especie de delantal que llevan. Este delantal, que es su único vestido, se compone de cortezas de árbol ó de hojas; se hicieron otros con las telas y los pedazos de papel que les dimos. Les vimos unos vestidos groseros de una especie de estera, pero parece que nunca los llevan. Algunos tenian en la

cabeza un gran gorro cilíndrico, pero este adorno, muy respetado entre ellos, está reservado para sus gefes y guerreros. Cuando les dábamos, en los cambios, hojas grandes de papel, en vez de delantales se hacian gorros con estas.

El vestido de las mujeres es un jubon corto, hecho con fibras de plátano y atado á un cordon que anudan mas abajo de la cintura. Es de seis á ocho pulgadas de espesor, pero su longitud no es mas considerable que la que se necesita para el uso á que está destinado. Las hilazas esteriores están teñidas de negro, y la mayor parte guarnecidas en el lado derecho con nácar de perla. Ambos sexos se adornan las orejas con pendientes de concha de tortuga, y los brazos con brazaletes ó amuletos hechos con mariscos. Se pintan la piel en varias partes del cuerpo, pero no de negro como en las demas islas.

Si hubiese de formar un juicio del orígen de esta nacion, la tomaria por una raza intermedia entre los pueblos de Tana y de las islas de los Amigos, ó entre los de Tana y Nueva Zelandia, ó entre los tres, por ser su idioma casi una mezcla del de aquellos diversos pueblos. Los caledonios son poco mas ó menos del mismo genio que los habitantes de las islas de los Amigos; pero tienen mucha mas dulzura y afabilidad.

La cantidad de sus armas ofensivas induce á creer, que á pesar de sus pacíficas inclinaciones, hacen alguna vez la guerra. Dichas armas son las porras, lanzas, dardos y hondas. Las porras son largas de dos piés y tienen diferentes formas, pareciendose unas á una hoz y otras á un hacha; las hay que tienen la cabeza de un halcon y otras la tienen redonda. Muchas de sus lanzas y azagayas están trabajadas con esmero y adornadas con bajos relieves. Sus hondas son sumamente sencillas y se parecen mucho á los *glandes plumbeæ* de los romanos; para arrojar las piedras, las pulen antes y las dan la forma de un huevo. Como los de Tana, se sirven de un cordon para lanzar el dardo; emplean este instrumento para pescar y acaso no tengan otro para dicho ejercicio, pues yo nunca ví ni cañas ni anzuelos.

Escusado es hablar de sus herramientas, porque se diferencian muy poco, en la materia y en la forma, de las que se usan en las demas islas. Solo sus hachas tienen algo de diferente, pero esto depende mas del capricho que de la costumbre.

La mayor parte de sus casas están construidas sobre un plano circular, y son bastante parecidas á las colmenas de abejas; es la entrada un agujero cuadrado que no deja mas espacio que el necesario para que entre un hombre á gatas. Solo hay cuatro piés y medio, desde el suelo hasta donde principia el techo, pero este se eleva en forma de cúspide y su cima tiene desde el suelo una altura considerable. Del punto culminante ó cúspide sale una estaca que adornan con conchas ó bajos relieves, ó con ambas cosas á la vez. Estas cabañas se construyen con vigas, cañas, etc; los costados y el techo son bastante gruesos y están cubiertos con yerbas secas y groseras. En lo interior de la casa, hay vigas plantadas que sostienen las tablas ó estantes donde colocan sus provisiones y enseres. El suelo está cubierto con yerba seca y esteras; estas sirven de asiento á los amos de la casa durante el dia, y de cama por la noche. Casi todas las cabañas tienen dos hogares, con lumbre encendida casi siempre, y como no hay mas salida para el humo que la puerta, toda la habitacion se halla tan ahumada y caliente, que nosotros que no estábamos acostumbrados á aquella atmósfera, no podiamos permanecer en ella ni un momento.

Hé aquí sin duda, la razon porque son tan sensibles al frio aquellos pueblos, cuando no hacen ejercicio. Les hemos visto muchas veces encender hoguerítas, y colocarse al rededor de ellas para calentarse. Tambien puede ser que el humo permanente sea necesario en lo interior de las casas, para ahuyentar la innumerable cantidad de mosquitos. Bajo ciertos puntos de vista, hay limpieza y lujo en las cabañas, pues ademas de los adornos de la cumbre, las vigas de la puerta están, por lo comun, engalanadas con bajos relieves. Como no hay mas que una sola pieza, viven siempre juntos los miembros de una familia.

Los enseres domésticos se reducen á poca cosa; solo la especie de olla de tierra de que hemos hablado ya, merece citarse; en cada casa hay una y algunas veces mas; cuecen en ella las raices, el pescado, etc. En cada hogar hay tres ó cinco piedras, de forma triangular y fijas en el suelo, cuyas puntas salen por encima unas seis pulgadas, como se ve en la lámina. Los hogares de tres piedras no son

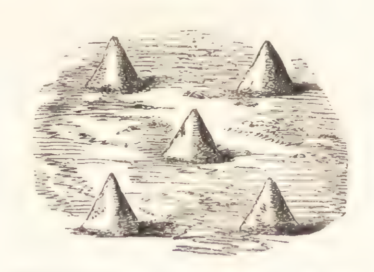
mas que para una sola olla, y los de cinco para dos. Estas ollas no se ponen derechas, sino algo inclinadas hácia un lado. Las piedras están colocadas así para levantar los cacharros y dar aire al fuego.



Cabañas de Nueva Caledonia (¹), segun Labillardière.

Los naturales no se alimentan mas que de raices, pescado y de la corteza de un árbol que, dicen, crece en las Indias occidentales, y de la cual comen continuamente despues de haberla asado. Tiene un sabor azucarado é insípido; pero algunas personas de la tripulacion mascaron con gusto alguno pedazos. No beben mas que agua, ó á lo menos yo no ví ninguna otra bebida.

Los plátanos y cañas de azúcar no son muy abundantes. El fruto del pan es raro, y los cocos no son tan altos ni vigorosos como en las demas islas; estos árboles no dan mas que una escasa cantidad de frutos.



Piedras del hogar para sostener las ollas.

Si hemos de juzgar de la poblacion por la cantidad de habitantes que vimos cada dia, podriamos creer que es muy numerosa; pero es muy probable que nuestra permanencia en aquellos lugares reunió á todos los naturales de la isla. Pickersgill, costeando la parte del oeste, observó que estaba muy poco poblada, y luego supimos que los habitantes de la otra parte de la isla, atravesaban cada dia las montañas para visitarnos. Sin embargo, dicha tierra tiene una poblacion proporcionada á sus productos y los valles y llanuras están ha-

(¹) «A la una de la tarde fuimos á tierra, y nos vimos al momento rodeados por un gran número de habitantes que salieron de los bosques, por donde nos metimos nosotros, alejándonos así de la orilla del mar. A poco rato hallamos algunas cabañas aisladas, distantes de tres á cuatrocientos pasos unas de otras, á la sombra de cocos; luego despues llegamos á una aldea formada por cuatro solas chozas, situadas en el parage mas sombrío de la selva; todas tenian la forma de una colmena, con una altura de tres metros y otros tantos de ancho, y rodeadas por una estacada de tallos de hojas de coco; esta estacada tenia una abertura delante de la puerta de entrada, donde formaba un pasadizo. Algunas puertas tenian dos largueros hechos con tablas, en cuyo estremo superior habia una cabeza de hombre groseramente esculpida. El armazon estaba hecho con vigas cuyo punto de apoyo era en el centro del área. El techo es de paja y espeso de unos cuatro centímetros. El suelo estaba cubierto de esteras, encima de las cuales se sentaban y se acostaban los naturales; pero como los mosquitos eran tan importunos, habia que encender fuego para ahuyentarlos cuando los habitantes querian dormir. En medio de la cabaña habia una tabla, colocada horizontalmente y sostenida con cuerdas; sirve para poner los utensilios, pero estos han de ser muy lijeros, porque las cuerdas son muy débiles.

»Cerca de estas habitaciones, vimos unos montoncitos de tierra, de tres á cuatro centímetros de elevacion, y coronados en su centro por un enramado de dos á tres metros de altura; los salvages les llamaban *nbuet*, y nos dieron á entender que aquel terreno era el lugar de sus sepulturas.» (Labillardière.)

bitados tanto como lo permite el estado de su cultivo. Todo induce á creer que aquella region no podria proporcionar suficientes recursos para una numerosa poblacion. La naturaleza se muestra allí menos generosa que en las demas islas de los trópicos, que habiamos visitado ya. La mayor parte de los cantones, ó á lo menos los que pudimos examinar, son montañas roqueñas, cubiertas apenas por una débil capa de tierra, abrasada constantemente por el sol (1): en cuanto á las yerbas que allí crecen, son enteramente inútiles para un pueblo que no cria ganado alguno.



Araña que comen los habitantes de Nueva Caledenia (2).

Lo estéril del suelo, dispensa á los habitantes de contribuir á las necesidades de los navegantes. Acaso el mar indemniza á aquellos isleños de la falta de provisiones, por ser la costa muy abundante en pesca, á causa de los arrecifes que la rodean.

He dicho ya que este país tiene mucha semejanza con Nueva Gales meridional ó con Nueva Holanda, y que sus productos son casi los mismos. Allí es donde se halla particularmente el árbol, cuya corteza blanca, de un tacto suave, se rasga y arranca con facilidad; me han asegurado que es el mismo que sirve en las Indias orientales para calafatear los buques. Hay tambien otro árbol cuya madera es muy dura y cuyas hojas, largas y estrechas, son de un verde claro, pero muy aromáticas. Hay igualmente diversas plantas comunes en las islas situadas al este y al norte, y una flor de la pasion, que se pretende que solo en América crece naturalmente. Nuestros botánicos no pudieron quejarse de la falta de ocupa-

(1) « El clima de Nueva Caledonia es muy templado relativamente á su latitud. La temperatura varia de 26 á 29 grados durante el dia, y de 22 á 25 durante la noche en tiempo ordinario; pero cuando la declinacion del sol es boreal, el calor es insufrible durante el dia, y las noches son muy frescas por no decir frias.

» Los principales recursos y objetos de comercio que se pueden sacar de Nueva Caledonia, son : madera de pino, sándalo, teck, y numerosas esencias de árboles, que abundan en sus bosques; se puede cultivar el café, varias especias, y pescar el coral, muy buscado por los chinos.

» La Nueva Caledonia tiene setenta leguas de sudeste á nordeste y doce ó quince leguas de este á oeste. Desde la orilla del mar hasta el pié de las montañas se estienden grandes llanuras, cubiertas la mayor parte de yerba muy alta, muy parecida á la que llaman de Guinea; estas llanuras, que riegan una infinidad de torrentes, exigirian muy pocos esfuerzos para convertirse en magníficas praderas ó en fértiles arrozales. Las vertientes de las montañas presentan hermosos bosques donde abundan árboles gigantescos, buenos para construcciones navales.

» El terreno parece ser arenoso hasta el pié de las cordilleras, pero por poco que se le remueva, se halla buena tierra vegetal. A medida que se sube á las montañas, el terreno se vuelve pedregoso, variado, de naturaleza semi-gredoso y mezclado ordinariamente con arena rojiza; el aire es tambien mas vivo y la temperatura mas baja, cuanto mas elevado es el terreno.

» En una palabra, puede decirse que la variedad de los terrenos, de las temperaturas y de las esposiciones, permiten cultivar en grande escala en Nueva Caledonia todas las plantas exóticas de la zona tórrida, y casi la totalidad de las de los climas templados.

» Esceptuando algunas grandes masas de granito agrupadas de trecho en trecho en las montañas, casi todas las piedras son de cuarzo lácteo ó semi-transparentes, de colores variados, algunas de las cuales tienen la claridad y delicadeza del cristal de roca, y esquitas tan notables por el mica brillante que las cubre, que á cierta distancia las tomamos por minerales de valor.

» Hemos visto tierra greda encarnada y verde, de escelente calidad, con la cual fabrican los naturales vasijas notables por su delicadeza y solidez.

» Lo que llamó mas nuestra atencion en el reino vegetal, es el agradable perfume que exhalan todas las plantas, desde la yerba de las praderas hasta los árboles mas robustos de los bosques. Esta rara particularidad, parece separar de un modo distinto la flora de Nueva Caledonia de la flora polinesia, asemejándola á la de las Molucas y á la de la India..... » (Pigeard.)

(2) Labillardière designa esta araña con el nombre de *Aranea edulis* Los naturales la llaman *nugui*.

cion, porque cada dia descubrian plantas nuevas [1]. Las aves terrestres no eran muy numerosas, pero hallamos algunas que no conociamos, entre otras una especie de cuervo, ó á lo menos le dimos este



Urraca de Nueva Caledonia, segun Labillardière.

nombre, ápesar de ser mas pequeño que el de Europa, y de tener sus plumas un tinte azulado. Vimos tórtolas muy hermosas y otros pajarillos que nos eran enteramente desconocidos.

Hicimos inútiles esfuerzos para saber el nombre de la isla entera. Acaso es demasiado grande para que los habitantes hayan pensado en darla una sola denominacion. Cada vez que les hablábamos de esto, nos contestaban diciéndonos el nombre de algun distrito, y, como he dicho ya, llegamos á saber como se llamaban todas estas divisiones y quien era rey ó gefe. Sacamos en consecuencia que aquella tierra está dividida en cantones, y que cada uno de estos está gobernado por un gefe; pero no pudimos saber nada acerca de los poderes de este gefe. El distrito donde desembarcamos se llamaba Balada, y era su gefe *Tea Booma*, el cual residia al otro lado de la cordillera de montañas; esta lejana distancia fué causa de que le viésemos poco y de que no pudiésemos juzgar de la naturaleza de su autoridad. Parece ser que la palabra *Tea* es un título que se añade á los nombres de todos los gefes, ó á lo menos al de los isleños de una clase superior. El indio amigo mio, me hacia el honor de llamarme *Tea Cook*.

Uno de sus usos es enterrar á los muertos. Yo no he visto los lugares destinados para las sepulturas,

[1] Labillardière, naturalista agregado á la espedicion mandada por Entrecasteaux, indica entre las plantas de Nueva Caledonia, que crecen en las márgenes de los rios al *Arum macrorrhizon*, á la col caribe *(Arum esculentum)*, al *Acanthus ilicifolius* y al *Hibiscus tiliaceus*; las del interior son el *Acrostium australe*, nueva especie de helecho del género *Myriotheca*, muchas especies nuevas de *Limodorum*, el gengibre *(Amomum zingiber)*, diferentes especies de *Cerbera*, el coco, la higuera, la col, todos los vegetales comunes á las islas de aquella zona, el *Casuarina equisetifolia*, y unos hermosos *Aleuritas*, cuyos huesos tienen un gusto esquisito.

Véase la *flora de Nueva Caledonia*, escrita en latin por Labillardière, y acompañada de un album de ochenta láminas. *(Sertum Austro-Caledonicum.)* Paris, 1824, 1 t.

pero algunas personas de la tripulacion han visitado los cementerios, en uno de los cuales se hallaba enterrado un gefe que perdió la vida en una batalla. Su sepulcro, que se parece bastante á un nido de topos, estaba condecorado, al rededor, con lanzas, dardos, remos, etc., clavados verticalmente en tierra ([1]).

Continuacion de la navegacion á lo largo de la costa de Nueva Caledonia. — Reflexiones sobre el estado de la isla y de sus habitantes. — Isla de Pinos.

Hallándose todo dispuesto para hacernos á la vela, levantamos el áncora el 13 de setiembre, al amanecer, con un buen viento fresco del este cuarto sudeste, manejando yo mismo el timon para salir del canal donde habia entrado el buque.

Despues de haber recorrido toda la costa septentrional de Nueva Caledonia, juzgamos que no habia mas de cincuenta mil almas en una estension de mas de doscientas leguas. En la mayor parte de los cantones, no parece el país muy apto para el cultivo; la estrecha llanura que le rodea está llena de pantanos hasta la playa y cubierta de nopales; seria muy difícil desecar aquel terreno por medio de canales. Lo restante de la llanura es algo mas elevado, pero el suelo es tan malo que es necesario regarlo por medio de arroyos. Por detras se levantan varias colinas cubiertas de una tierra seca y abrasada, donde crecen acá y acullá algunas especies de gramas agostadas, el cayputi y varios arbustos. Desde allí hácia el centro de la isla, las montañas interiores están casi desprovistas de tierra vegetal, y no ofrecen mas que un mica rojo y brillante y grandes pedazos de cuarzo. Aquel suelo no puede producir muchos vegetales, y es estraño que produzca los que se ven. Los bosques, que se hallan en varias partes del llano, están llenos de matorrales, campanillas, flores y árboles frondosos. Estábamos admirados de este contraste entre Nueva Caledonia y Nuevas Hébridas, donde el reino vegetal brilla con toda su perfeccion; tambien fijó nuestra atencion, la diferencia de genios entre ambos pueblos. Todos los naturales de las islas del mar del Sur, esceptuando los que halló Tasman en Tonga-Tabou y en Anamoka, procuran rechazar á los estranjeros que llegan á sus costas. Los de Nueva Caledonia, al contrario, nos recibieron como amigos y, desde la primera entrevista, no solo subieron á bordo de nuestra embarcacion sin la menor desconfianza ni temor, sino que nos permitieron errar libremente en su país. Tienen relacion con los isleños de Tana, á causa de su tez y cabellos lanudos, pero los primeros tienen una estatura mas aventajada, miembros mas robustos y facciones mas francas y suaves.

Los indios de Nueva Caledonia, son los únicos del mar del Sur que no tienen motivo de queja por nuestra llegada á sus playas. En efecto, si se considera cuan fácil es el provocar la violencia de los marinos (como puede verse en los numerosos ejemplos que cita este viaje), y con cuanta indiferencia miran la vida de los indios, preciso es confesar que los de Nueva Caledonia debieron ser bondadosos en estremo, para no haber sufrido el mas mínimo acto de brutalidad.

No notamos nada, ni aun remotamente, que tuviese la menor relacion con el ejercicio de una religion, ni apariencia alguna de supersticion. En esta parte, sus ideas son tan sencillas como su genio; puede ser que sus funerales tengan algunas ceremonias, pero no las conocemos ([2]).

([1]) Los muertos se entierran en espacios reservados en lo interior de los bosques. Allí se llora y se hace un banquete fúnebre. Cuando muere un gefe se queman varias cabañas con la suya propia, y á veces las plantaciones.

«Estos salvages, dice Lecomte, creen que despues de la muerte la parte intelectual se reviste de una forma material, casi semejante al despojo mortal, y luego se va á Balabea, isleta situada á nueve millas de la tribu de Puma. Estos nuevos séres entran por el agujero de una roca á la habitacion de Dianua, donde hay mucho que comer. En aquel paraiso terrestre abundan las batatas, los plátanos y los taros. Allí vivirian dichosos, pero como el instinto del robo les sigue á todas partes, cometen algunos mientras Dianua finje estar durmiendo; cuando este se despierta les golpea y les mata. Entonces se vuelven sombras errantes que van de aldea en aldea, hablando por la noche á las viejas, á quien designan los ladrones de batatas. Por eso viajan tan poco de noche los habitantes de Nueva Caledonia, pues tienen mucho miedo á los espíritus. Cuando el viento sopla con violencia entre los árboles, dicen que es Dianua que se pasea. Este Dianua, en cuya casa van á residir las almas despues de la muerte, tiene diferentes habitaciones, es decir, una para cada pueblo de las demas partes de la isla, pues en muchas aldeas no conocen la isla de Balabea.

([2]) Véase la nota anterior.

No hicimos mas de veinte leguas en cuarenta y ocho horas, y como veiamos siempre la tierra al sur, temiamos llegar muy tarde á Nueva Zelandia, que era donde debiamos prepararnos para nuestra última campaña del Sur.

El 19, á mediodia, teniamos la isla de Balabea al sudoeste, á una distancia de diez leguas y media. Continuamos navegando lo mas cerca que pudimos, con vientos variables entre el nordeste y el sudeste sin hallar nada de particular, hasta el 20, al mediodia, que dejamos al norte el cabo Colnet, á 78 grados oeste y á seis leguas. La costa se estendia desde el sur 42 grados y medio este, y 52 grados oeste al norte. Vimos dos islotes, situados fuera de esta direccion, distantes de nosotros unas cuatro ó cinco millas; habia tambien otros entre el buque y la costa, y hácia el este, sobre todo, parecia que estaban unidos por arrecifes, que presentaban de trecho en trecho algunas aberturas. El país era cada vez mas montañoso, y bajo muchos aspectos se parecia á los alrededores de Balada. En una de las isletas occidentales habia una elevacion muy semejante á una torre, y dentro de la isla se descubrian otras, que, miradas de lejos, figuraban los palos de los buques de una escuadra.

El 22, al amanecer, el horizonte estaba nublado; pero habiéndose disipado las nubes poco despues, pudimos conocer que habiamos ganado mucho terreno. Parecia que la costa se dirijia mas al sur hácia un gran cabo, que se llamó *cabo de la Coronacion*, por ser aquel dia el de la coronacion del rey de Inglaterra.

Los arrecifes que encerraban las costas septentrionales de Nueva Caledonia, no se estendian hasta allí; pero como nos manteniamos á una distancia de cuatro ó cinco leguas, no distinguiamos nada acerca de la naturaleza del país, á no ser la cordillera de montañas, cuya prolongacion enteramente uniforme no presentaba eminencia alguna ni ningun pico digno de nota.

El 23, al alba, descubrimos una elevada punta al sudeste, detras del cabo de la Coronacion. Reconocimos que era el estremo sudeste de la costa y le denominamos *promontorio de la Reina Carlota.* A mediodia se levantó la brisa del nordeste y yo navegué hácia el sur sudeste; á medida que nos acercábamos del cabo de la Coronacion, vimos, en un valle situado al sur, un número considerable de esas puntas elevadas que acabamos de citar, las cuales cubrian enteramente las tierras bajas que se hallaban debajo del promontorio. No estábamos acordes acerca de la naturaleza de estos objetos; yo creia que eran árboles de una especie particular, no solamente porque eran muy numerosos, sino porque todo el dia salia de en medio de ellos, gran cantidad de humo junto al promontorio. Opinaban nuestros filósofos [1] que era el humo de un fuego interior y perpetuo, pero no tuve mucho trabajo para demostrarles que por la mañana no habia habido semejante vapor en aquel punto, y que no apareció hasta algunas horas despues; en efecto, este supuesto fuego perpetuo cesó al anochecer y no volvimos á verle.

Estos objetos, que parecian unas columnas, estaban separados unos de otros, pero la mayor parte formaban grupos compactos. Como en muchas partes del mundo se hallan columnas de basalto, teniamos motivos para creer que estas eran de la misma especie, mayormente cuando últimamente habiamos visto muchos volcanes en aquellas cercanías, y uno sobre todo muy cerca de Tana; parecíanos tanto mas verosímil esta opinion, cuanto que los mejores naturalistas pretenden que el basalto es una produccion del volcan.

Al ponerse el sol, cambió el viento al sur y viramos de bordo, metiéndonos mar adentro, por ser muy peligroso el acercarse á la orilla en medio de las tinieblas.

Habiéndose levantado una hermosa brisa del sur sudeste, el dia 25, á eso de las diez de la mañana, navegué al sur sudoeste, esperando poder dar la vuelta al promontorio : pero á medida que nos acercábamos, descubrimos muchas islas bajas detras de la que hemos hablado ya, unidas por medio de arrecifes, que se estendian hácia el promontorio y parecian llegar hasta la costa. Hasta las tres y media estuvimos reconociéndolos de cerca, y á esta hora, distinguimos que, en el banco ya mencionado, habia rocas, cuyas cimas se elevaban sobre la superficie de las aguas.....

Esta parte de nuestra campaña era desagradable en estremo; no podiamos examinar el país y

(1) En el siglo pasado se daba aun este nombre á los físicos.

teniamos suma necesidad de alimentos frescos, pues no nos quedaban mas que algunas batatas, que se servian por estraordinario en la mesa de los oficiales : en cuanto á los marineros, no habian probado nada fresco desde que salimos de Anamoka. El aspecto de estas nuevas tierras nos consolaba muy poco de esta abstinencia, haciéndonos tan solo concebir la débil esperanza de descubrir algun otro punto, donde la tripulacion pudiese refrescar.

A eso de las siete, tuvimos una lijera brisa del norte, con la cual navegamos al este sudeste, y pasamos la noche con menos inquietud. Habia, en algunas islas bajas, muchas de esas elevaciones citadas ya. Todos estuvimos entonces de acuerdo en que eran árboles, y los dos Forster convinieron tambien en ello.

El 26, al amanecer, nos dirijimos á toda vela hácia el sur, para acercanos á la montaña que hemos mencionado ya, la cual pertenece á una isla. En la punta del sudeste, algunas otras islas bajas parecen estar ligadas con la isla mayor, por medio de una gran cordillera de escollos. No encontramos fondo alguno á ochenta brazas; las orillas de esta isla estaban cubiertas de esas elevaciones tantas veces mencionadas, y como estas tenian toda la apariencia de grandes pinos, fué causa de que la isla recibiese el nombre.....

Estaba cansado de seguir una costa que era difícil reconocer por mas tiempo, sin esponerme á un naufragio, y con él á la pérdida de todo el fruto de esta espedicion. Sin embargo, no podia resolverme á abandonarla antes de saber lo que eran aquellos árboles, objeto de tantas conjeturas. De lejos, tenian la apariencia de ser una escelente madera de construccion, y como no habiamos visto ninguno mas que en la parte meridional de esta tierra, era mucho mayor nuestra curiosidad. Con este objeto, despues de haber corrido una bordada al sur para pasar los escollos que teniamos delante, navegué hácia el norte con la esperanza de hallar un fondeadero, á sotavento de algunas de esas isletas adonde crecen estos árboles. A las ocho, nos hallamos á la vista de los escollos, que se estienden entre la isla de Pinos y el promontorio de la reina Carlota...

Fondeamos en una isleta, echamos un bote al agua, me embarqué en él con los botánicos, y desembarcamos en la isla. Vimos allí que aquellos árboles eran una especie de pinos de Prusia, muy á propósito para las tablas que necesitábamos. Sus ramas crecen al rededor del tronco, en forma de pequeños copos ó mazorcas, pero rara vez escedian de diez piés de largo y eran delgadas en proporcion. Despues de haber consignado bien este hecho, nos apresuramos á volver á bordo, para tener mas tiempo por la tarde; entonces volvimos á la isla con dos lanchas donde se embarcaron varios oficiales, el carpintero, y los trabajadores que debian elegir los árboles que nos eran necesarios. Mientras que se ocupaban en cortar estos, me ocupé yo en reconocer varias de las tierras que se hallaban á nuestro alrededor...

Hablando con propiedad, la isleta donde desembarcamos no es mas que un banco de arena que solo tiene tres cuartos de milla de contorno. Ademas de los pinos, produce el árbol que los taitianos llaman *etos* y otros muchos, así como varios arbustos y plantas. Nuestros botánicos no carecieron de ocupacion, por cuyo motivo la puse el nombre de *isla de la Botánica ;* contaron allí treinta especies de plantas, varias de ellas enteramente nuevas. El suelo es muy arenoso en las costas, pero en el interior, está mezclado con tierra vegetal, á causa de los árboles y plantas que continuamente caen en él en estado de putrefaccion.

Hay hidras *(Anguis platura)*, pichones, y tórtolas diferentes al parecer de cuantas habiamos visto hasta entonces. Uno de los oficiales tiró y mató á un halcon semejante á los que se encuentran en las costas de Inglaterra (*Falco haliaetos;* véase la *Zoologia británica* de M. Pennant); cojimos tambien una especie nueva de papamoscas. Los restos de algunos fuegos, ramas rotas, hojas secas y residuos de tortugas, indicaban que aquel canton habia sido recien visitado por los indios; precisamente se hallaba encallada en la arena de la playa, una piragua de la misma forma que las de Balada; así pues, ya no tuvimos ninguna duda que los árboles que empleaban aquellos indios para construir sus canoas, eran los pinos que acabamos de descubrir. En aquella isla los habia de veinte pulgadas de diámetro y de sesenta piés de alto, de modo que uno de ellos hubiera podido servir de palo mayor á nuestro buque, si este lo hubiese necesitado. Cuando en una isla tan pequeña como aquella, crecen árboles de tanta mag-

nitud, es muy probable que los haya aun mayores, no solo en la tierra principal, sino en islas de mas consideracion que la de Pinos.

No conocia aun otra isla del mar Pacífico, esceptuando Nueva Zelandia, donde pudiese un buque proveerse mejor de mástiles y vergas. El descubrimiento de esta tierra, era pues muy precioso, aun-



Vista de la isla de Pinos (¹), segun Cook.

que no fuese mas que por esto. Mi carpintero, que era tan inteligente para hacer un mástil como para la construccion de un buque (oficios que habia aprendido en el astillero de Deptford), creia que aquellos árboles darian muy buenos mástiles. Tienen la madera blanca de fibra resistente, y es tan dura como ligera. De la mayor parte de sus ramas salia trementina, que el sol habia condensado y pegado al rededor del tronco y de las raices. Aquellos árboles desarrollan sus ramas como los pinos de Europa, con la diferencia de que estos tienen ramas mas cortas y pequeñas, de modo que los nudos no estorban

(¹) «.... El 15 de agosto de 1848, tomaron posesion los franceses de la isla de Pinos. Esta tiene unas diez leguas de contorno, pero su poblacion es muy corta. El gefe reune en sus manos toda la autoridad y recibe de su pueblo honores particulares.

» Sus naturales son de color casi negro; los hombres son de alta y aventajada estatura, su mirada no tiene nada de feroz, y nada demuestra que sean tan ladrones como los de las islas vecinas. Se ignora si son antropófagos, pero lo que es cierto es que desprecian á sus vecinos que se comen á los hombres. A pesar de estas demostraciones esteriores, se ve, sin embargo, que miran con envidia la carne de los blancos, á quienes palpan las pantorrillas diciendo : « *O lelei* ! » (¡ Qué bueno es!). Sin embargo no nos han hecho aun el mas mínimo insulto.

» De algun tiempo á esta parte descuidan mucho sus plantaciones de batatas y cañas de azúcar, y empiezan á carecer de víveres. La causa es que la isla produce mucha madera de sándalo, sumamente aromática, que los chinos emplean para fabricar mil objetos curiosos, ó estraen de ella el aceite de olor. Los isleños cultivan el sándalo con mucho trabajo y le venden á los armadores ingleses por algunas varas de tela, por una pipa, un poco de tabaco, etc. Aquellos isleños, muy aficionados á estas bagatelas, descuidan sus campos para dedicarse enteramente á este comercio improductivo. El gran gefe, habiendo reconocido este abuso, acaba de reunir á todo su pueblo en una fiesta pública, donde les ha recomendado que se ocupen en el cultivo de sus campos. » (El P. Goujon.)

en nada cuando se trabaja el tronco. Observé tambien, que las ramas de los árboles mayores son mas cortas que las de los otros menores, y que todos se hallaban coronados en la cima con una rama que parecia un matorral. Esto era lo que les hizo confundir, en un principio, con columnas de basalto; verdad es que nadie podia figurarse que hallariamos en aquella tierra árboles de tal naturaleza. Las semillas están encerradas en unas cápsulas cónicas, pero no vimos ningun pino que las contuviese, ó á lo menos en un estado apto para la reproduccion. Hay, ademas de estos árboles, otra especie de abetos de Prusia, pero es tan pequeña, que mereceria mejor el nombre de arbusto. Hallamos tambien, en aquella isla, una especie de berros y una planta semejante á la que se llama en Inglaterra *cuarto de cordero* ó *gallina gorda* (*Tetragonia*), la cual se come hervida como espinacas.

Despues de haber cortado bastantes árboles para hacer diez ó doce *espars* para *boute-hors* de bonetas, palos de lanchas, etc., nos volvimos á embarcar antes que anocheciese [1].

ISLAS SANDWICH. — MUERTE DE COOK.

El último descubrimiento notable de Cook, en la Oceanía, fué el archipiélago de las islas Sandwich, que mejor seria llamar *Hawaii* ó *Hauai*.

Este archipiélago, que es el mas septentrional de la Polinesia, está situado á 157-161 grados de longitud oeste y á 17-23 grados de latitud norte. Sus principales islas son: Hawaii ó Owhyhee, Uahu, Moui, Atooi ó Atui, Morotoi, Onihú, Ranai, etc.

Era en su tercer viaje y mientras se dirijia hácia las islas de los Amigos (Taiti), en el polo norte, cuando descubrió Cook, la isla Atooi, el 18 de enero de 1778. Algunos dias despues vió á Orihua, Onihú, Voaho y Tahura.

« Ademas de estas tierras, dice el célebre viajero, nos pareció que los isleños conocian otras islas al este y al oeste. Dí al grupo entero el nombre de islas Sandwich, en honor del conde de Sandwich [2]. »

El 2 de febrero, se ausentó Cook de estas islas, dirijiéndose hácia las costas de Inglaterra; pero al regresar de su famosa escursion al polo norte, resolvió pasar algunos meses del invierno en el archipiélago Sandwich, desde donde proyectó volver á Kamtchatka.

El 26 de noviembre, pudo convencerse, estando á la vista de la isla Mowi ó Moui, que no habia reconocido, en el mes de enero anterior, mas que una parte del grupo de las islas Sandwich. Poco tiempo despues descubrió la isla Owhyhee ó Hawaii, donde debia sucumbir de un modo tan desgraciado.

« El 30 de noviembre, por la tarde, descubrimos, siguiendo el viento, otra isla que los naturales llamaban Owhyhee.

» El 1° de diciembre, á las siete de la noche, nos hallábamos cerca del lado septentrional de Owhyhee y costeamos mientras esperábamos el dia.

» El 2, por la mañana, quedamos sorprendidos al ver las cumbres de las montañas de Owhydee cubiertas de nieve. Estas montañas no aparentaban tener una altura estraordinaria, y con todo, la nieve parecia algo antigua y en algunos parages, espesa. Cuando estuvimos cerca de la costa, se presentaron algunos naturales del país, manifestando al principio mucha timidez y circunspeccion; pero despues logramos atraer algunos á bordo y les determinamos á que volviesen á la isla y nos trajesen lo que necesitábamos. Poco tiempo despues que regresaron estos naturales á la costa, recibimos numerosas visitas de isleños, que venian con provisiones, y les compramos cochinillos de leche, frutas y raices.

» No habia visto nunca á pueblos salvages menos desconfiados y de modales mas desenvueltos;

[1] Algunos dias despues, el 10 de octubre de 1774, descubrió Cook una isla que llamó Norfolk, en honor de la familia Howard.

[2] Primer lord del almirantazgo. Cook habia dado ya, en 1774, el mismo nombre á un puerto de la isla de Mallicolo, en las Nuevas Hébridas, y á otra isla del mismo archipiélago.

enviaban ordinariamente á los buques, los varios géneros que querian vender, y luego venian á bordo para hacer el ajuste. Jamás tuvieron igual confianza en nosotros los de Taiti, á pesar de nuestras largas estancias en su tierra, é inferí de aquí, que los habitantes de Owhyhee deben ser mas exactos y mas fieles en su comercio recíproco que los taitianos, pues si no fuesen de buena fé entre ellos, no estarian tan bien dispuestos para creer en la de los estranjeros. Hay que observar, ademas, en honor suyo, que no trataron de engañarnos ni una sola vez, ni intentaron el menor robo. Comprendian perfectamente el comercio y parecian adivinar muy bien el motivo que nos llevaba á sus costas, pues por mas



Bahía de Karakakoa, en Owhywee ó Hawai (archipiélago de las islas Sandwich), donde murió Cook (¹).

abundantes que fuesen las provisiones que traian, mantenian los precios que fijaban, y preferian volvérselas á llevar á tierra, sobre todo los cochinillos de leche, antes que darlos por un precio inferior á su valor.

» Hasta el 17 de enero, á las once de la mañana, no fondeamos en la bahía llamada *Karakakoa* por los naturales.

» Los buques se llenaron de estos, y nos rodeó una infinidad de piraguas. Nunca habia visto, en el curso de mis viajes, un tropel tan numeroso y compacto en un mismo sitio, pues, ademas de los que vinieron en canoas, la orilla y la bahía estaban llenas de espectadores, y otros nadaban al rededor nuestro, en cuadrillas de muchos centenares, de modo que parecian manadas de pescados. Mucho nos interesó lo singular de esta escena, de modo que pocas personas hubo á bordo que sintiesen que yo hubiese fracasado en mis tentativas para hallar un paso al norte, porque si lo hubiese hallado, no hubiéramos tenido ocasion para arribar segunda vez á las islas Sandwich y enriquecer nuestro viaje con un descubrimiento, que es, bajo muchos puntos de vista, el mas importante que han hecho los europeos en la vasta estension del océano Pacífico. »

(¹) Véase el Atlas de las relaciones de los viajes de Cook.

Esta confianza y satisfaccion del capitan, conmueven profundamente cuando se piensa en la cátastrofe que le amagaba tan de cerca.

Su diario concluye en las últimas líneas que acabamos de transcribir; el resto del viaje ha sido escrito por el capitan King, del que tomamos los pasages siguientes:

« La bahía de Karakakoa está situada en la parte occidental de la isla de Owhyhee, en un distrito llamado *Akona;* tiene una milla de profundidad y se halla limitada por dos puntas de tierra, ambas bajas, lejanas legua y media una de otra, al sur sudeste y al norte noroeste. La aldea de *Howrowa* ocupa la punta septentrional, que es llana y estéril; en el fondo de la bahía, cerca de un bosquecillo de cocos, hay otro pueblecillo, algo mas grande que el primero, llamado *Hakoa.* El intérvalo que les separa está ocupado por una alta montaña de roca, inaccesible por el lado del mar. La ribera que rodea la bahía es una roca de coral negro, y el desembarco allí es muy peligroso cuando hace mal tiempo; hay que esceptuar, sin embargo, el pueblo de Hakoa que tiene una hermosa playa, con un *morai* ó cementerio en uno de sus estremos, y un pozo de agua dulce en el otro. Creyó el capitan Cook que podria recomponer allí sus buques y embarcar agua y víveres, á cuyo fin amarramos en el lado septentrional, á un cuarto de legua de la ribera, dejando á Howrowa al oeste noroeste.

» En cuanto notaron los habitantes que queriamos fondear en la bahía, vinieron en gran número cerca de donde nos hallábamos, manifestando su alegría con cantos, gritos y toda clase de estravagancias. Cubrieron muy pronto los costados, puentes y jarcias de ambos buques, y una multitud de mujeres y niños, que no habian podido proporcionarse piraguas, llegaron á nado; hubo mucha gente, que no habiendo hallado puesto á bordo, pasaron el dia jugueteando en el agua.

» Entre los gefes que vinieron á bordo de *la Resolucion,* habia un jóven llamado *Pareea,* que, segun echamos de ver desde luego, gozaba de gran autoridad. Al presentarse delante del capitan Cook, dijo que era *jakance* del rey de la isla, que este príncipe hacia una espedicion militar á *Mowee* y que debia llegar dentro de tres ó cuatro dias.

» Otro gefe, llamado *Kaneena,* manifestó tener mucho afecto á Cook, lo mismo que *Pareea.*

» Apenas fondeó *la Resolucion*, cuando nuestros amigos *Kaneena* y *Pareea*, trajeron á bordo á otro gefe llamado *Koah*, que, segun nos dijeron, era un sacerdote de su religion, despues de haber sido en su juventud un famoso guerrero. Era un viejecito flaco, con ojos lagañosos, y el cuerpo lleno de una sarna blanca, por haber hecho un uso inmoderado del *ava* [1]. Condujéronle á la cámara del capitan, y el anciano se acercó á Cook con muestras del mayor respeto, le puso sobre los hombres una pieza de tela encarnada que habia traido consigo, dió luego algunos pasos hácia atrás y presentó al capitan un lechoncillo que llevaba en brazos, pronunciando un largo discurso. Esta ceremonia se renovó varias veces durante nuestra permanencia en Owhyhee, y juzgamos por varias circunstancias que la acompañaban, que era una especie de adoracion religiosa. Vimos siempre á sus ídolos revestidos de una tela roja, parecida á la que aquel anciano puso en los hombros de Cook, y presentaban lechoncillos á los *Eatooas* [2]; rezaban ademas algunas oraciones, ó recitaban discursos con una volubilidad que indicaba una fórmula establecida.»

Siguieron á esta ceremonia otras muchas que tenian por objeto deificar á Cook, es decir, colocarle en la categoría de los dioses que adoraban los isleños. Llevaron al capitan entre dos ídolos, le envolvieron en una tela roja, le cantaron himnos, depusieron ofrendas á sus piés, inmolaron á un cerdo y se prosternó el pueblo delante de él, la faz contra el suelo.

Parecia que Cook se habia transformado en un objeto sagrado para la poblacion de Owhyhee.

El 24, se supo en los buques que la llegada del rey Terriobu, habia hecho *tabuar* [3] la bahía y prohibir toda comunicacion con los ingleses. Terriobu, sin embargo, vino á bordo de los buques con su

[1] Bebida que embriaga, hecha con una especie de pimienta.

[2] Figuras de dioses y diosas esculpidas en la madera.

[3] El tabu es una consagracion religiosa, un entredicho, una prohibicion rigurosa de tocar y aun de mirar á la persona ó cosa consagrada.

mujer y sus hijos. Volvió el 26, con gran ceremonial, y cambió públicamente de nombre con Cook, lo que, como ya se sabe, es la mayor prueba de amistad que pueda darse en Oceanía.

« Desde aquel dia se desvanecieron nuestros temores con la generosa hospitalidad de los naturales de aquel país; así pues, no titubeamos en mezclarnos con ellos y en tratarles sin la menor inquietud en todas las circunstancias y ocasiones. Los oficiales de ambos buques recorrian diariamente el interior del país, ya solos ó acompañados, pernoctando allí algunas veces. No acabaria nunca si quisiera contar las demostraciones de amistad y de cortesía que nos dieron aquellos isleños; por do quiera que íbamos, se agolpaba el pueblo al rededor nuestro, ofreciéndonos todo lo que tenian á mano y mostrándose muy satisfechos cuando aceptábamos algo. Ponian en juego mil astucias para llamar nuestra atencion y retardar nuestra partida. Cuando atravesábamos una poblacion, salian á nuestro encuentro los jóvenes de ambos sexos, parándose en cuantos parages podian ejecutar algun baile; otras veces nos convidaban á descansar en sus cabañas, á beber leche de coco ú otro refresco, y colocándonos en medio de un círculo de muchachas, desplegaban estas sus habilidades y su agilidad para divertirnos con sus danzas y canciones.

» El placer que nos causaban su mansedumbre y benevolencia, fué turbado muchas veces por las disposiciones que tenian al robo, vicio comun en todos los pueblos de aquellos mares. Este inconveniente nos apesadumbraba tanto mas cuanto que nos obligaba á veces á tratarles con dureza, lo que hubiéramos evitado de buena gana, á no habérnoslo impuesto así la ley de la necesidad.»

Sin embargo, se notaba siempre cierta frialdad en las relaciones con los diferentes gefes guerreros.

El 12 de febrero, supimos que Terriobu estaba ausente y que habia lanzado de nuevo el tabú sobre la bahía; concebimos pues alguna inquietud.

El 13, se reunieron muchos gefes cerca de un pozo de la bahía, y echaron á los isleños que habiamos asalariado para que ayudasen á nuestros marineros á rodar los toneles en la playa; de aquí resultaron algunas hostilidades.

Aquel mismo dia cometieron los isleños varios robos, que ocasionaron querellas mas sérias; tuvimos que tirar algunos fusilazos, y Pareea recibió un remazo en la cabeza.

« Cook sintió mucho estos acontecimientos, y me dijo cuando volviamos á bordo: «Mucho temo que » estos isleños me obliguen á tomar medidas violentas, pues es necesario no dejarles creer que son mas » fuertes que nosotros.» Pero como era ya muy tarde para emprender algo aquel mismo dia, se contentó con dar órdenes para que espulsasen inmediatamente de los buques á los naturales que aun se hallaban en ellos. Volví á tierra luego que se ejecutó esta órden y doblé la guardia del *morai*, encargándola que me avisasen si llegaban á descubrir que se ocultaba gente en la playa. En efecto, á eso de las once de la noche, distinguieron á cinco isleños que se arrastraban silenciosos al rededor del morai, y al parecer se acercaban con suma precaucion, pero al verse descubiertos, se escaparon. Uno de ellos se atrevió á acercarse al observatorio á eso de media noche y el centinela le disparó un fusilazo; el estruendo atemorizó á sus compañeros que se fugaron, y lo restante de la noche, se pasó sin mas novedad.

» Al siguiente dia, 14 de febrero, fuí al amanecer á bordo de *la Resolucion* á examinar el barómetro; pero en el camino me llamaron los del *Descubrimiento*, y habiendo ido allá, supe por ellos que los isleños les habian robado la lancha durante la noche, cortando la boya donde estaba amarrada la maroma que la sujetaba.

» Cuando llegué á bordo, se estaban armando los soldados de marina, y el capitan Cook cargaba su fusil de dos cañones. Contéle lo que me habia sucedido durante la noche, pero me interrumpió con viveza diciéndome que habian robado la lancha del *Descubrimiento* y que era necesario recobrarla dándome á este fin sus instrucciones para hacer los preparativos convenientes. Cuando perdiamos algun objeto importante en las islas de aquellos mares, adoptábamos el espediente de apoderarnos del rey ó de los principales gefes, y los guardábamos á bordo hasta que se nos devolvia lo robado. Disponíase

Cook á tomar igual medida entonces, por haberle salido siempre bien, y dió por consiguiente órden de apresar todas las piraguas que intentasen salir de la bahía, con ánimo de destruirlas si esto no bastaba para recobrar la lancha. Con este fin, colocó en medio de la bahía á todas las embarcaciones menores de *la Resolucion* y *el Descubrimiento*, bien tripuladas y armadas, y antes de volver yo á la costa, habian tirado ya algunos cañonazos á dos grandes piraguas que trataban de escaparse.

» Cook y yo salimos del buque, entre siete y ocho de la mañana; él iba en una pinaza con Philips y nueve soldados de marina, y yo en un bote. Las últimas órdenes suyas que recibí, fueron de calmar el



Monumento fúnebre erigido al capitan Cook, en la isla Hawai, segun una lámina del *Voyage de la Bonite* (1836-1837).

ánimo de los naturales, asegurándoles que no se les haria daño alguno, de no dividir la partida que mandaba y de estar preparado á todo. Despues nos separamos y Cook marchó hácia la aldea de Kowrowa, residencia del rey, y yo me dirijí al observatorio. Mi primer cuidado al llegar á tierra, fué mandar estrictamente á los soldados de marina que no saliesen de la tienda, que cargasen los fusiles con bala, sin dejarlos ni un momento de la mano. Fuí á pasearme por donde estaban las cabañas del viejo Kaoo y de los sacerdotes, y les espliqué, lo mejor que pude, el objeto de nuestros preparativos hostiles, que tan viva alarma les causaban. Ví que habian oido ya hablar del robo de la lancha del *Descubrimiento*, y protesté ante ellos que estábamos resueltos á recobrar esta embarcacion y á castigar á los culpables, pero la comunidad de sacerdotes y los habitantes de la aldea no tenian nada que temer. Les rogué que esplicasen mi respuesta al pueblo, y que por su parte le tranquilizasen y le exhortasen á que permaneciese quieto. Preguntóme Kaoo, con mucha zozobra, si se haria algun daño á Terriobu, y habiéndole respondido que nó, parecieron él y los suyos sumamente contentos con mi promesa.

» En esto llamó Cook á la lancha de *la Resolucion*, que se hallaba de estacion en la punta septentrional de la bahía, y se la llevó consigo á Kowrowa, donde desembarcó con el teniente y los nueve soldados de marina; recibió en esta pequeña poblacion todas las señales de respeto que le tributaban de costumbre; los habitantes se prosternaron delante de él y le presentaron lechonchillos, como siempre. Viendo que no sospechaban de ningun modo sus designios, preguntó adonde estaban Terriobu y sus dos hijos, que habian comido tantas veces en la mesa del capitan, á bordo de *la Resolucion*. Los dos

jóvenes príncipes no tardaron en llegar en compañía de los isleños que habian ido á buscarles, y ambos condujeron al momento al capitan á la casa donde su padre se hallaba acostado. Hallaron allí al viejo rey medio dormido, y Cook, despues de haberle dicho algunas palabras sobre el robo de la lancha, en el cual no le suponia culpable, le convidó á ir á pasar el dia á bordo de *la Resolucion.* Aceptó el rey, sin titubear la proposicion, y se levantó al instante para acompañar á Cook.

» Nuestros negocios cobraban buen aspecto; los dos hijos del rey estaban ya en la pinaza y el resto de la comitiva se hallaba reunida en la orilla, cuando vino una mujer vieja, y llamó en alta voz á Kanee Kabareca, madre de ambos príncipes, y una de las esposas favoritas de Terriobu; acercóse luego al rey y le rogó con lágrimas y contorsiones que no fuese á los buques. Al mismo tiempo, dos gefes que iban con ella, agarraron al rey por el brazo diciéndole que no pasase de allí, y le obligaron á que se sentase. Los isleños se juntaban en grupos numerosos todo lo largo de la orilla, y asustados con el estruendo del cañon y los preparativos guerreros que nos veian hacer en la bahía, empezaron á precipitarse en tropel al rededor de Cook y de su rey. El teniente que mandaba á los soldados de marina, viendo que estos se hallaban estrechados por la multitud, y en la imposibilidad de poder manejar sus armas en caso necesario, propuso á Cook que les colocase en batalla á lo largo de las rocas, cerca de la orilla del mar; accedió á ello el capitan, y habiéndole abierto paso sin dificultad el populacho, se apostaron los marinos á unas treinta varas del sitio donde estaba sentado Terriobu.

» Mientras sucedia todo esto, el viejo rey, trémulo y abatido, permanecia sentado en una completa inaccion. No queriendo Cook renunciar á su proyecto, le instaba mas y mas para que se embarcase; pareció consentir en ello el anciano, pero los gefes que le rodeaban redoblaron sus ruegos y súplicas para disuadirle, y acabaron empleando la violencia para que se quedase en tierra. Viendo Cook que la alarma era general y que no era posible llevarse al rey sin derramar sangre, abandonó su primera resolucion, haciendo observar á Philips, que el obstinarse en querer llevar á bordo al príncipe costaria la vida á muchos insulares.

» Si bien quedó abandonada la empresa que se propuso Cook al desembarcar, sin que este pensase llevarla á cabo, parece que su vida no estuvo en peligro sino despues de un accidente que dió á esta disputa el desenlace mas funesto. Nuestras lanchas, colocadas en medio de la bahía, habiendo hecho fuego á una de las piraguas que se escapaban, mataron por desgracia á un gefe de primer órden. La noticia de esta muerte llegó á la aldea donde se hallaba Cook, en el momento mismo en que este acababando de dejar al rey, se dirijia tranquilamente hácia la orilla. El rumor y fermentacion que produjo en las masas esta noticia fueron enormes; los hombres despidieron inmediatamente á las mujeres y niños, se cubrieron con sus esteras de combate, y se armaron con lanzas y piedras. Uno de ellos, que tenia una piedra y un largo puñal de hierro llamado *pahooa* (nombre de un estoque de madera que forma parte de su armamento guerrero), se acercó á nuestro comandante y empezó á desafiarle blandiendo el puñal y amenazándole con arrojarle la piedra. Advirtióle Cook que cesase sus amenazas, pero viendo que la insolencia de su enemigo no hacia mas que redoblar, disparó irritado á este un tiro con perdigones. Estaba cubierto el isleño con una estera que no pudo atravesar el plomo, de modo que creció su osadía viéndose ileso. Arrojaban ademas muchas piedras á los soldados de marina, y uno de los habitantes intentó dar una puñalada á Philips, pero fué derribado de un culatazo en la cabeza, y Cook entonces disparó un fusilazo con bala, que mató al isleño que se hallaba mas adelantado. En cuanto vieron caer muerto á su compañero, todos los naturales empezaron un ataque general á pedradas, al cual contestó la tripulacion de las lanchas y los soldados de marina, con una descarga cerrada. Con gran sorpresa nuestra, aguantaron los isleños el fuego con mucha firmeza, y se precipitaron contra nuestro destacamento con gritos y alaridos horribles, antes que nuestros soldados tuviesen tiempo para volver á cargar. Hubo entonces una escena de horror y confusion difíciles de esplicar.

» Cuatro soldados de marina fueron apresados en las rocas mientras se iban retirando, é inmolados al furor del enemigo; tres mas fueron heridos peligrosamente, y el teniente lo fué luego despues con la pahooa [1], entre los hombros; su agresor se preparaba para herirle segunda vez, pero el teniente

[1] Daga ó estoque hecho con una madera negra y pesada, de uno ó dos piés de largo.

le mató de un fusilazo. Nuestro desgraciado comandante, la última vez que pudimos verle distintamente, estaba en la orilla, gritando á los de las lanchas que cesasen el fuego y se acercasen á tierra para embarcarnos. Si es cierto que los soldados de marina y la tripulacion de las lanchas tiraron sin órden suya y que lo que él queria era evitar nueva efusion de sangre, como pretenden algunos que se hallaron en la accion, es de creer que en este caso fué víctima de su humanidad. Observóse durante la refriega, que cuando miraba cara á cara á los naturales, ninguno de estos osó cometer la menor violencia contra él; pero habiéndose vuelto para dar órdenes á las lanchas, le dieron de puñaladas por detras y cayó de rostro al mar. Prorumpieron los isleños en gritos de alegría cuando le vieron caer; arrastraron su cuerpo por la arena, y pasándose el puñal de mano en mano, se cebaron en su cuerpo con la mayor ferocidad, aun despues que hubo espirado.

» De este modo terminó la brillante carrera del hombre que mandaba nuestra espedicion. Despues de una vida ilustrada con empresas tan sorprendentes como felices, no puede decirse que su muerte fué prematura, pues vivió lo bastante para ejecutar los nobles proyectos á que le destinó al parecer la naturaleza; pero sí, que fué arrebatado á los goces y al reposo que debian recompensar su gloria y sus grandes trabajos. Inútil es añadir lo sentido y llorado que fué por todos los que, habiendo fundado nuestra seguridad personal en sus luces y en su valor, hallamos en nuestros trabajos toda clase de consuelos en la ternura de su corazon y bondad de su alma. Tampoco intentaré describir el horror que nos sobrecogió y el abatimiento y consternacion general que siguieron á una catástrofe tan horrorosa como inesperada [1]. »

[1] La viuda de Cook murió el 13 de mayo de 1835, en Clapham, pueblecito de los alrededores de Londres, á la edad de ochenta y cuatro años. Dos dias antes de su muerte, habia enviado al Museo británico una medalla acuñada en otro tiempo en honor de su marido.

BIBLIOGRAFIA.

TESTO.

Primer viaje. — *An account of the voyages undertaken* by the order of his present Majesty for making discoveries in the southern hemisphere, and successively performed by commodore Byron, captain Wallis, captain Carteret and captain Cook in *the Dolphin, the Swallow* and *the Endeavour*; drawn up from the Journals which were kept by the several commanders and from the papers of Joseph Banks, esq.; by John Hawkesworth, in three vol. en 4°, London, 1773. — *Relation des voyages entrepris pour faire des découvertes dans l'hémisphère meridional*, par Byron, Carteret, Wallis et Cook, traducida del inglés por Suard ; Paris, 4 vol. en 4°, 1774.

Segundo viaje. — *A Voyage towards the south pole*, and round the world performed in his Majesty's ships *the Resolution* and *Adventure*, in the years 1772, 73, 74, 75, written by James Cook, commander of *the Resolution* in which is included captain Furneaux's narrative of his proceedings during the separation of the ships; in two vol. 4, London, 1777. — *Voyage round the world*, in sloop *Resolution*, commanded by Cook, during three years 1772-75, by George Forster, London, 2 vol. en 4° mayor, 1777. — *Voyage dans l'hémisphère austral et autour du monde*, hecho en 1772-75, traducido del inglés por Suard ; Paris, 5 vol. en 4°, 1778. — *A Catalogue of the different specimens of cloth*, collected in the three voyages of captain Cook, with a particular account of the manner of manufacturing the sam, etc.

Tercer viaje. — *A Voyage to the Pacific ocean* undertaken by the command of his Majesty, for making discoveries to determine the position and extent of the west side of North America ; its distance from Asia ; and the practicability of northern passage to Europe. Performed under the direction of captains Cook, Clerke and Gore, in his Majesty's ships *the Resolution* and *Discovery*, in the years 1776, 77, 78, 79, 80 ; in three volumes: vol. I and II, written by captain James Cook ; vol. III, by captain James King. Illustrated with maps and charts from the original drawing made by lieut. Henry Roberts, under the direction of captain Cook ; and with a great variety of portraits of persons, views of places, and historical representations of remarkable incidents, drawn by M. Weber during the voyage and engraved by the most eminents

artists; published by order of the lords commissioners of the Admiralty; London, three vol. en 4º mayor, 1784. — *Troisième voyage de Cook,* ou Voyage à l'océan Pacifique, etc., exécuté en 1776-80; traducido del inglés por M. Demeumier; Paris, 3 vol. en 4º, 1785. — Traduccion alemana de los tres Viajes: *Dritte Entdeckungsreisse des Cap. Cook übersetz van George Forster mit Zusœtzen fur den deutschen Leser;* Berlin, 2 vol en 4º, 1787. — Henry Zimmermann, *Reise um die Welt mit Captain Cook;* Gœttingue, en 8º, 1781. — Traduccion francesa, avec un abrégé de la vie de ce navigateur célèbre; Berna, en 8º, 1782. — *The three Voyages of captain James Cook;* London, 7 vol. en 12, 1813. — *The three Voyages of capt. James Cook round the world;* London, 7 vol. en 8º, 1821.

Biografia de Cook. — *Leben des Weltumseglers J. Cook;* Francfort, en 8º, 1780. — Andrew Kippis, *Life of captain James Cook;* London, en 4º, 1788, 2 vol. en 8º. Traducido en francés por Jean Castera; Paris, 2 vol. en 8º, 1789. — Ed.-Pierre Lemontey, *Éloge de J. Cook;* Paris, en 8º, 1792 Coronado por la Academia de Marsella. — Georges Young, *Life and voyages of captain J. Cook* drawn up from his Journals and other authentic documents, etc.; Paris, 1836. Traducido en holandés; Amsterdam, en 8º, 1843.

OBRAS DE CONSULTA.

Nueva Zelandia. — John Savage, *Some account of New Zealand,* particulary the bay of Islands, etc.; London, 1807. —John Liddiard Nicholas, *Narrative of a voyage to New Zealand,* performed in the years 1814 and 1815; London, en 8º mayor, 1817. — Richard A. Cruise, *Journal of a ten months' residence in New Zealand;* London, en 8º mayor, 1823. — Jules de Blosseville, *Mémoire géographique sur la Nouvelle-Zélande;* Paris, en 8º, 1826. — L.-J. Duperrey, *Voyage autour du monde,* exécuté par ordre du roi, sur la corvette *la Coquille,* pendant les années 1822, 23, 24 y 25, etc.; Paris, 1 vol. en 4º mayor, 1828-29. — Carlos Knigth, *New Zealanders;* London, 1830. — Dumont d'Urville, *Voyage sur la corvette* l'Astrolabe, exécuté pendant les années 1826-29; Paris, parte histórica, 5 vol. en 8º, 1833. — El mismo, *Voyage au pôle sud.*—*Narrative of the surveying voyages of his Majesty's ships Adventure and Beagle* betwen the years 1826 and 1836 describing their examination of southern shores of south America and *the Beagle's* circumnavigation of the globe, in three volumes: Proceedings of the first expedition 1826-1830, under the command of captain P. Parker Kings; Proceedings of the second expedition 1831-1836, under the command of captain Robert Fitz-Roy; Journal and remarks 1832-1836, by Charles Darwing, esq. — *Report from the select committe of house of lords appointed to inquire into the present state of the island of New Zealand,* etc.; London, en 8º, 1839. — John Dunmore Lang, *New Zealand in 1839;* London, en 8º, 1839. — Du Petit-Thouars, *Voyage autour du monde,* sur la corvette *la Vénus,* pendant les années 1836-39; Paris, en 8º, 1841. — Ch. Wilkes, *Narrative of the United-States expedition during the years 1838, 39, 40, 41, 42;* London, en 4º mayor, 1845. — Sir George Grey (late governor in chief of New Zealand), *Polynesian mythology* and ancient traditional history of the New Zealand race, as furnished by their priests and chiefs; London, John Murray, Albemarle Street, 1855.

Nueva Gales. — Bougainville, *Voyage de* la Thétis *et de* l'Espérance. — Philip, *The Voyage of governor Philip to Botany-Bay,* with an account of the establishment of the colonies of Port-Jackson, etc.; London, en 4º mayor, 1789. Traducido en francés por Millin; Paris, en 8º, 1791.—John Hunter, *An historical Journal of the transactions at Port-Jackson and Norfolk island,* etc.; London, en 4º mayor, 1793. — John White, *Journal of a voyage to New South Wales,* etc.; London, en 4º mayor, 1790. Traducido en francés por Ch. Pougens; Paris, en 8º, 1795. — Georges Barrington, *Voyage à Botany-Bay,* etc., traducido del inglés; Paris, en 8º, 1797. — La Pérouse, *Voyage autour du monde,* publicado y redactado por M. L.-A. Milet-Mureau; Paris, 5 vol. en 4º mayor, 1797. — Labillardière, *Relation du voyage à la recherche de la Pérouse,* fait pendant les années 1791 et 1792, sous le commandement de d'Entrecasteaux Paris, 3 vol en 4º, an VIII. — David Collins, *An account of the english colony in New South Wales,* etc., to which are added some particulars of New Zealand, etc.; London, en 4º mayor, 1798. — James Grant, *The Narrative of a voyage of discovery,* performed, etc., in the years 1800, 1801, 1802, to New South Wales, etc.; London, en 4º, 1803. — J.-H. Tuckey, *An account of a voyage to establish a colony at port Philip in Bass's strait,* on the south coast of New South Wales, etc.; London, en 8º, 1805. — De Rossel, Beautemps-Beaupré, *Voyage de d'Entrecasteaux,* envoyé à la recherche de la Pérouse; Paris, 3 vol. en 4º, 1807-1808.—Georges Barrington, *An account of a voyage to New South Wales,* etc.; London, en 8º, 1810. — El mismo, *the History of New South Wales,* etc.; London, en 8º, 1810.—John Oxley, *Journal of two expeditions into the interior of New South Wales,* undertaken in the years 1817-1818; London, en 4º, 1820. — Thomas Reid, *Two Voyages to New South Wales and Van Diemen's land,* etc.; London, en 8º, 1822. — Le baron de Bougainville, *Journal de la navigation autour du globe,* sur *la Thétis* et *l'Espérance,* pendant les années 1824, 25 et 26, etc.; Paris, 3 vol. en 4º, 1824-26. — Capt. Philip Parker King, *Narrative of a survey of the intertropical, and western coast of Australia,* performed between the years 1818 and 1822, etc.; London, 2 vol. en 8º, 1827. — P. Cunningham, *Two years in New South Wales,* etc.; London, 3 vol. en 8º menor, 1828. — Dumont d'Urville, *Voyage de la corvette* l'Astrolabe, pendant les années 1826, 27, 28 et 29; Paris, 20 volúm. en 8º, 1830-33. — El mismo, *Voyage au pôle sud.* — Captain Charles Sturt, *Two expeditions into the interior of southern Australia,* during the years 1828, 29, 30 et 31, etc.; London, en 8º, 1833. — Lieutenant Breton, *Excursions in New South Wales,* etc.; London

en 8º, 1833. — Georges Bennet, *Wanderings in New South Wales*, etc., during 1832, 33 y 34; London, 2 vol. en 8º, 1834. — John Dunmore Long, *An historical and statistical account of New South Wales*, etc.; London, 2 vol. en 8º, 1834. — Will. Yate, *An account of New Zealand*, etc.; London, en 8º, 1835. — Du Petit-Thouars, *Voyage autour du monde*, sur la corvette *la Vénus*, pendant les années 1836-39; Paris, en 8º, 1841. — Ch. Wilkes, *Narrative of the United-States expedition during the years 1838, 39, 40, 41, 42*; Londres, en 4º, 1845. — J. Lort Stokes, *Discoveries in Australia with an account of the coasts and rivers*, etc.; Londres, 2 vol. en 8º, 1846. — Major T.-L. Mitchell, *Three Expeditions into the interior of eastern Australia*, etc.; London, 2 vol. en 8º.— Samuel Sidney, *the three Colonies of Australia*, etc.; London, en 8º, 1852. — William Houghes, *the Australian colonies*; London, 1852. — *Australia*, its scenery, naturel history, resources, and settlements, with a glance at its goldfields; London, the Religious tract Society, 56, Paternoster row.

Nueva Caledonia. — G. Forster, *A Voyage round the world*; 2 vol. en 4º, 1777. — Labillardière, *Relation du voyage à la recherche de la Pérouse*, fait pendant les années 1791, 1792, sous le commandement de d'Entrecasteaux; Paris, 3 vol. en 4º, an VIII. — De Rossel, Beautemps-Beaupré, *Voyage de d'Entrecasteaux*, envoyé à la recherche de la Pérouse, rédigé par de Rossel; Paris, 3 vol. en 4º, 1807, 1808. — Krusenstern, *Recueil de mémoires hydrographiques* pour servir d'analyse et d'explication à l'Atlas de l'océan Pacifique; San Petersburgo, 2 vol. en 4º, 1824. — Dumont d'Urville, *Voyage de* l'Astrolabe *et de* la Zélée, pendant les années 1826, 27, 28 et 29. — *Annales de la Propagation de la foi*, t. XVII et XXV. — Ph. Braine, *la Nouvelle-Calédonie*; Paris, en 8º, 1854.

LA PEROUSE,

NAVEGANTE FRANCÉS.

[1785-17...]



Juan Francisco Galaup de la Perouse, segun Tardieu.

le traitement qui mest alordé comme
Comondont suffisont a ma dépensse
je vous suplie dordoner, que mes apointemens
de terre soint soldés touts les six mois
a mrs le Couteulx, qui en fairont passer
le montant a ma fome le premier
semestre, comencera le 1er juillet de
cette annee

Laperouse

Fac-símile del carácter de letra de la Perouse, segun Lesseps.

Juan Francisco Galaup (ó Galop) de la Perouse nació en Alby en 1741 ([1]). Alumno de la Escuela de marina, fué nombrado guardia marina el 19 de noviembre de 1756. El 1º de octubre de 1764 obtuvo el empleo de alférez de navío; el 4 de abril de 1777 obtuvo el de teniente, y el 4 de abril de 1780 el de capitan.

En las numerosas campañas á que asistió desde su primera salida hasta 1783, se habia distinguido tanto por su valor como por las cualidades superiores de su inteligencia. Vencedor de los ingleses en muchos encuentros, no por eso dejaron estos de estimarle y admirarle, particularmente despues de su espedicion á la bahía de Hudson: un marino inglés, en su relacion de un viaje á Botany-Bay, habla de él en estos términos: « Mucha gratitud merece, sobre todo á la Inglaterra, este hombre humano y generoso, por la conducta que observó cuando se dió la órden de destruir nuestro establecimiento de la bahía de Hudson, durante la última guerra (en 1782). »

Hecha la paz en 1783, el gobierno francés determinó enviar una escuadra á distintos puntos del globo, para resolver los problemas científicos á que habian dado orígen las últimas espediciones célebres, y en particular las del capitan Cook; todas las miradas se volvieron naturalmente hácia la Perouse, considerado con justicia como el mas apto para llevar á buen término semejante empresa. Tratábase nada menos que de llenar y disipar, antes de que acabara el siglo XVIII, todos los vacíos y todos los errores de la geografía marítima. El sabio Fleurieu redactó con sumo cuidado las instrucciones que debia seguir la Perouse, y Luis XVI las copió de su propia mano, añadiendo algunas notas. Unicamente se criticó con razon en esas instrucciones que eran demasiado minuciosas, y abrazaban muchas dificultades y mucho espacio para una sola espedicion, y en un plazo demasiado circunscrito ([2]). Estas instrucciones fueron entregadas á la Perouse el 26 de junio de 1785, con las Memorias acerca de las observaciones mas importantes que debian hacerse, redactadas por la Academia de ciencias y la Sociedad de medicina.

([1]) Pertenecia á una familia noble de Toulouse. Su padre se llamaba Víctor José de Galaup, y su madre Margarita de Resseguier.

Segun parece, una de sus parientas, al hacerle donacion de una tierra cerca de Alby, quiso que á su nombre patronímico de Galaup añadiese el de *la Peyrouse*, del cual mas tarde suprimió la *y*. (Véase la *Généalogie historique et authentique des familles de Bonfils et la Pèrouse-Rochon*, etc.; Besançon, 1856.)

([2]) Estas instrucciones se encuentran : — en el tomo primero del *Voyage de la Pérouse autour du monde*, publicado con arreglo al decreto del 22 de abril de 1791, y redactado por Milet-Mureau, año 6 de la república (1798);—en los *Annales maritimes*, publicados en 1816, por M. Bajot.

Hé aquí algunos párrafos que hemos estractado, los cuales rebosan sentimientos de justicia y de humanidad :

« Si en la visita y reconocimiento que debe hacer en el grande Océano ecuatorial y en las costas del continente, M. de la Perouse encontrase en la mar algun buque de otra nacion, obrará respecto de su comandante con toda la urbanidad y delicadeza establecidas y convenidas entre naciones cultas y amigas; y si le encontrase en algun puerto de una nacion considerada como salvage, se pondrá de acuerdo con el capitan del buque estranjero, á fin de prevenir de un modo seguro toda disputa ó altercado entre las tripulaciones de ambas naciones que podrian hallarse juntas en tierra, y á fin de prestarse socorros mútuos en el caso de ser atacados uno ú otro por los isleños ó los salvages.

» Prescribirá á todos los hombres de las tripulaciones, que vivan en buena inteligencia con los naturales; que traten de captarse su amistad por medio de buenos procederes y atenciones; y prohibirá bajo las penas mas severas el emplear la fuerza para quitar á los habitantes aquello que estos se nieguen á ceder voluntariamente.

» M. de la Perouse tratará siempre con mucha dulzura y humanidad á los diferentes pueblos que visite durante su viaje.

» Se ocupará con celo é interés en buscar todos los medios que conduzcan á mejorar su condicion, procurando á sus comarcas las legumbres, frutos y árboles útiles de Europa; enseñándoles el modo de sembrarlos y cultivarlos; dándoles á conocer el uso que deben hacer de esos dones, cuyo objeto es multiplicar en su suelo las producciones necesarias á pueblos que sacan de la tierra casi todo su alimento.

» Si circunstancias imperiosas, que la prudencia debe prever en una larga espedicion, obligasen á M. de la Perouse á hacer uso de la superioridad de sus armas sobre las de pueblos salvages, para proporcionarse, á pesar suyo, los objetos necesarios á la vida, como subsistencias, leña, agua, etc., usará de la fuerza con moderacion, y castigará con mucho rigor á aquellos de sus hombres que hubiesen traspasado sus órdenes. En todos los demas casos, si no puede obtener la amistad de los salvages con los buenos tratamientos, cuidará de contenerlos con el miedo y las amenazas; pero nunca recurrirá á las armas sino en el último estremo, solo para defenderse, y en los casos en que todo miramiento comprometiese abiertamente la seguridad de los buques y la vida de los franceses cuya conservacion le está encomendada.

» Su Majestad considerará como uno de los triunfos mas felices de la espedicion, el que pueda ser llevada á cabo sin que haya costado la vida de un solo hombre. »



Itinerario del viaje

En el puerto de Brest le esperaban dos fragatas, *la Boussole* y *l'Astrolabe*.

« En esta espedicion, dice la relacion, tomaron parte hombres sabios en todas las materias. M. Dagelet, de la Academia de ciencias, y M. Monge ([1]), profesores ambos de matemáticas en la Escuela militar, se embarcaron en calidad de astrónomos, el primero á bordo de *la Boussole*, y el segundo á bordo de *l'Astrolabe*. M. de Lamanon, de la Academia de Turin, corresponsal de la Academia de ciencias, se encargó de la parte de la historia natural de la tierra y de su atmósfera, conocida bajo el nombre de geología. El abate Mongès, canónigo regular de Santa Genoveva, redactor del *Journal de physique*, debia examinar los minerales, hacer su análisis y contribuir al progreso de las diferentes partes de la física. M. de Jussieu designó á M. de la Martinière, doctor en medicina de la facultad de Montpeller, para la parte de botánica; se le agregó un jardinero del jardin del Rey para el cultivo y

([1]) La salud de M. Monge se alteró de tal modo de Brest á Tenerife, que se vió precisado á desembarcar y volver á Francia.



de la Perouse.

conservacion de las plantas y semillas de las diferentes especies que nos seria posible traer á Europa: M. Thouin eligió á M. Collignon para que llenase esas funciones. MM. Prevost, tio y sobrino, se encargaron de pintar todo lo concerniente á la historia natural. M. Dufresne, naturalista consumado y muy esperto en el arte de clasificar las diferentes producciones de la naturaleza, fué designado por el señor contralor general. Por último, M. Duché de Vancy recibió la órden de acompañarnos para pintar los trajes, los paisages, y en general todo aquello que con frecuencia no se puede describir. Las corporaciones científicas del reino se apresuraron á darnos en esta ocasion testimonios de su celo y amor al adelanto de las ciencias y las artes. La Academia de ciencias y la Sociedad de medicina, dirijieron respectivamente una Memoria al mariscal de Castries sobre las observaciones mas importantes que deberiamos hacer durante la espedicion.

» El abate Tessier, de la Academia de ciencias, propuso un medio para preservar de la corrupcion el agua potable. M. du Fourni, ingeniero arquitecto, dió parte de sus observaciones acerca de los árboles y la nivelacion de las aguas del mar. M. le Dru propuso, en una Memoria, hacer muchas obser-

vaciones sobre el iman á diferentes latitudes y longitudes, añadiendo una brújula de inclinacion compuesta por él, que deseaba comparar con el resultado que diesen las dos brújulas de inclinacion prestadas por los comisarios de la Oficina de las longitudes de Londres.

» Debo, dice la Perouse, manifestar mi agradecimiento al caballero Banks, quien sabiendo que M. de Monneron no encontraba en Londres una brújula de inclinacion, tuvo á bien prestarnos las que sirvieron al célebre capitan Cook. Estos instrumentos los recibí con un sentimiento de respeto religioso por la memoria de este grande hombre.

» M. de Monneron, capitan de ingenieros, que me habia acompañado en mi espedicion á la bahía de Hudson, se embarcó en calidad de ingeniero en gefe; la amistad que me profesaba, tanto como su aficion á los viajes, le determinaron á solicitar este empleo; se encargó de levantar los planos y de examinar las posiciones, para cuyo trabajo se le agregó M. Bernizet, ingeniero geógrafo.

» En fin, M. de Fleurieu, ex-capitan de navío, director de puertos y arsenales, delinéo los mapas que debian servirnos durante el viaje, agregando á ellos un vólumen entero de notas muy preciosas y de discusiones sobre diferentes viajeros, desde Cristóbal Colon hasta nuestros dias. No puedo menos de darle aquí un testimonio público de mi gratitud por las luces con que me esclareció y por la amistad de que me dió pruebas muy frecuentes (¹). »

La Perouse tomó el mando de la ragata *la Boussole*, y confió *l'Astrolabe* al vizconde de Langle, capitan de navío, que habia formado parte de la espedicion á la bahía de Hudson.

Las dos fragatas se dieron á la vela en la rada de Brest el 1° de agosto de 1785; el 13 fondearon en Madera, el 19 en Tenerife, se detuvieron delante la Trinidad, y el 6 de noviembre llegaron á la vista de la isla Santa Catalina, en la costa del Brasil

Al cabo de noventa y seis dias de marcha, dice la relacion, no teniamos un solo enfermo; la diferencia de climas, las lluvias, las nieblas, nada habia alterado la salud de las tripulaciones; verdad es que nuestros víveres eran de superior calidad, y yo no habia descuidado ninguna de las precauciones que la esperiencia y la prudencia podian aconsejarme, poniendo ademas sumo cuidado en mantener la alegría por medio de bailes, que tenian lugar todas las noches desde las ocho á las diez, cuando el tiempo lo permitia.

El 19 de noviembre, se alejaron ambas fragatas de la isla Santa Catalina, y tratando de reconocer en su derrota ciertas islas indicadas vagamente por los anteriores viajeros, ó consignar que no existian, descendieron la América del Sur, doblaron el cabo de Hornos, y fueron á fondear en la bahía de la Concepcion, en Chile (²).

La Boussole y *l'Astrolabe* salieron de la bahía de la Concepcion el 15 de marzo, haciendo rumbo hácia la isla de Pascuas. En esta primera estacion de la Oceanía, principia el viaje á ofrecer un verdadero interés.

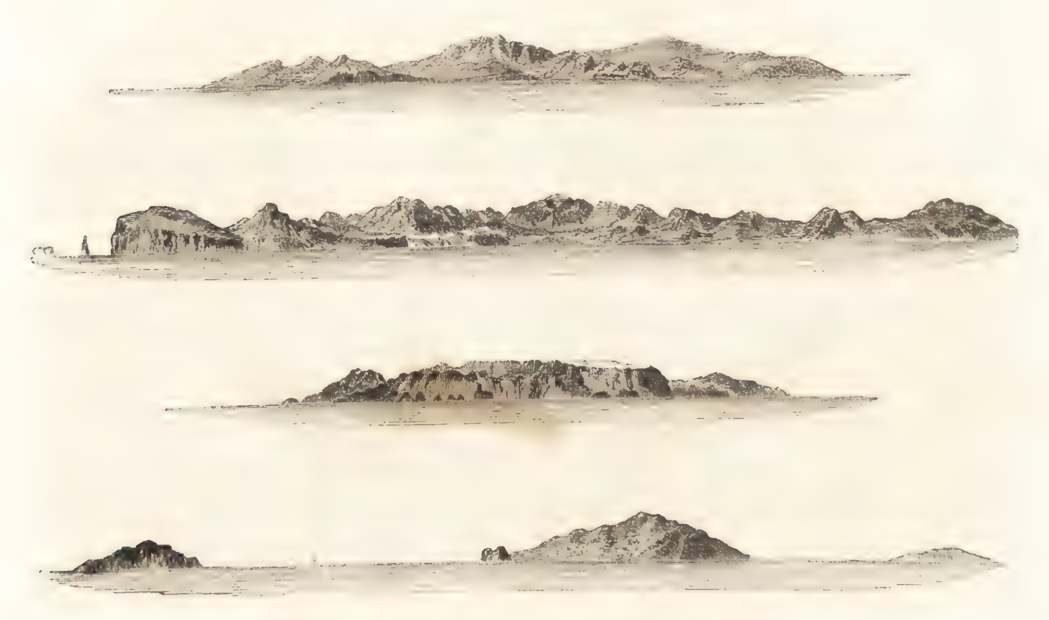
(¹) Las ciencias y las artes deben sentir particularmente la pérdida de nuestros navegantes, pues la inmensa coleccion formada por los sabios y una parte de las Memorias perecieron con ellos.

(²) Se dió un baile á los oficiales franceses, que quedaron muy satisfechos con la acogida que habian merecido. La relacion describe los trajes de las damas chilenas en los términos siguientes :

« Una falda plegada que baja hasta media pierna, y que se sujeta mucho mas abajo de la cintura; medias con listas encarnadas, azules y blancas; unos zapatos tan cortos, que todos los dedos están encogidos, dando al pié una forma casi redonda; tal es el modo de vestir de las damas de Chile. No se empolvan los cabellos, y los dividen en pequeñas trenzas que caen sobre las espaldas. El corpiño, por lo comun de una tela de oro ó plata, está cubierto con dos mantillas, la una de muselina, y la otra, la de encima, de lana de diversos colores, amarillo, azul ó encarnado; dichas mantillas de lana cubren la cabeza de las damas cuando van por la calle y hace frio; pero en casa tienen la costumbre de ponerlas sobre sus rodillas; y hay un juego de mantilla de muselina que se quita y se pone sin cesar, que las señoras de la Concepcion saben ejecutar con mucha gracia. En general son hermosas y de una amabilidad tal, que no hay una ciudad marítima en Europa donde los estranjeros sean recibidos con tanta deferencia y afabilidad. »

El 8 de abril de 1786, á las dos de la tarde, tuve conocimiento de la isla de Pascuas, que quedaban á 12 leguas al oeste, 5 grados sur.

La mar estaba agitada, y los vientos soplaban del norte. La punta que yo distinguia era la del este; me hallaba justamente en el mismo sitio en que el capitan Davis habia encontrado, en 1686, una isla de arenas, y 12 leguas mas allá una tierra al oeste que el capitan Cook y M. Dalrymple creyeron era la isla de Pascuas, hallada de nuevo, en 1722, por Roggeween. Mas á pesar de sus profundos conocimientos, estos dos marinos no han discutido bastante lo que refiere Waffer ([1]).



Perfiles de la isla de Pascuas, segun el Atlas de la Perouse ([2]).

Durante la noche del 8 al 9 de abril, prolongamos la costa de la isla de Pascuas, á tres leguas de distancia: el tiempo estaba claro, y en menos de tres horas, los vientos del norte habian cambiado al sudeste. Al amanecer, hice rumbo hácia la bahía de Cook, que es la que está mas al abrigo de los vientos del norte al sur por el este; no está abierta mas que á los vientos oeste, y el tiempo estaba tan sereno, que tenia esperanzas de que no soplarian en muchos dias. A las once de la mañana, me hallaba á una legua de distancia del fondeadero; *l'Astrolabe* habia echado ya el ancla. Yo fondeé muy cerca de esta fragata; pero el fondo era tan rápido, que las anclas de los dos buques no agarraron, viéndonos obligados á levantarlas y correr dos bordadas para alcanzar de nuevo el fondeadero.

([1]) Pág. 300 de la edicion de Ruan.

Es incontestable que el almirante holandés Roggeween volvió á encontrar esta isla el 6 de abril de 1772 y la dió el nombre de la fiesta de ese dia, *Paassen* (Pascuas). Cook la vió de nuevo el 11 de marzo de 1774, y la dió el mismo nombre, traducido al inglés *Easter-Island*. No consideraba como cierto que fuese la tierra de Davis. Los naturales la llaman *Vaihu*.

Rienzi comprende la isla de Pascuas y la de *Salas-y-Gomez*, las dos tierras mas remotas de la Polinesia, bajo el nombre de *Sporades océaniennes*.

Un schooner de New-London, *le Nancy*, que arribó á la isla de Pascuas despues de la Perouse, arrebató violentamente algunos habitantes; por lo cual mas tarde la espedicion rusa mandada por Kotzebuë fué muy mal recibida en 1816, y estuvo á punto de ser asesinada toda su gente.

Beechey visitó la isla en 1826, y así como á Kotzebuë, le prepararon una especie de emboscada. Un ejemplo mas todavía de los peligros que los malos tratamientos de ciertos navegantes hacen correr á los que les suceden en estas esploraciones.

([2]) Atlas anexo á la relacion del viaje, publicada en 1798 por órden del gobierno.

Este contratiempo no entibió el ardor de los indios, que nos siguieron á nado hasta una legua mar adentro, y subieron á bordo con una alegría y una seguridad que me dieron la mejor opinion de su carácter. Hombres menos confiados hubieran temido, cuando nos dimos de nuevo á la vela, el ser arrebatados y arrancados de su tierra natal; pero ni por asomos les ocurrió la idea de una perfidia: estaban en medio de nosotros desnudos y sin armas, con una cuerda en torno de los riñones, que servia para sostener un paquete de yerbas.



Piragua de la isla de Pascuas, segun el Atlas de la Perouse.

El pintor M. Hodges, que habia acompañado á Cook en su segundo viaje, ha espresado muy mal la fisonomía de aquellos isleños; en general es bastante agradable, aunque en estremo variada, y no tiene un carácter propio, como la de los malayos y los chinos.

Hice varios presentes á los indios, que preferian los pedazos de tela pintada de mas de media vara á los clavos, cuchillos y cristales; lo que mas codiciaban eran los sombreros, pero no podiamos dar á todos, porque teniamos muy pocos. A las ocho de la noche, me despedí de los isleños, dándoles á entender por señas que al amanecer bajaria á tierra. Los indios se embarcaron en el bote bailando, y se arrojaron al mar á dos tiros de fusil de la orilla, donde las olas se estrellaban con fuerza, habiendo tenido la precaucion de hacer pequeños paquetes de mis regalos, que cada cual colocó sobre su cabeza para impedir que se mojasen.

Descripcion de la isla de Pascuas.—Acontecimientos que en ella nos sobrevinieron.—Usos y costumbres de sus habitantes.

La bahía de Cook, en la isla de Easter ó de Pascuas, se halla á 27° 11′ de latitud sur y 111° 55′ 30″ de longitud occidental [1]. Es el único fondeadero al abrigo de los vientos de sudeste y este, que son

[1] A 27° 9′ de latitud sur y 111° 45′ de longitud occidental, segun Moerenhout; toda la isla tiene de 35 á 40 millas de circunferencia.

los vientos ordinarios en estas regiones. Se puede desembarcar con bastante facilidad al pié de una de las estatuas de que hablaré mas adelante.

Al rayar el dia, hice disponerlo todo para saltar á tierra. Debia esperar con fundamento que no encontraria mas que amigos, puesto que habia colmado de presentes á todos los que habian venido á bordo el dia anterior; pero como yo habia estudiado detenidamente las relaciones de otros viajeros, y sabia que los indios son muchachos grandes, cuyos deseos se escitan tanto con la vista de nuestros diferentes muebles, que no perdonan medio alguno para apoderarse de ellos, juzgué que seria necesario atemorizarlos, y ordené que se diese á nuestro desembarco un aspecto algun tanto guerrero, como en efecto se hizo con cuatro chalupas y doce soldados armados. M. de Langle y yo íbamos seguidos de todos los pasajeros y oficiales, escepto los que eran necesarios á bordo para el servicio de las dos fragatas; éramos en todo unas setenta personas, comprendiendo los hombres de nuestros buques de remo.

Cuatrocientos ó quinientos indios nos esperaban en la orilla; estaban sin armas, cubiertos algunos con piezas de tela blanca ó amarilla, pero la mayor parte desnudos; muchos tenian el cuerpo lleno de figuras y el rostro pintado de encarnado. Sus gritos y su fisonomía espresaban la alegría, acercándose á nosotros para darnos la mano y ayudarnos á desembarcar.

Esta parte de la isla tiene una elevacion de cerca de veinte piés; las montañas están en el interior á setecientas ú ochocientas toesas. Desde la falda de estas montañas, el terreno desciende suavemente hácia la mar. Este espacio se halla cubierto de una yerba que yo creo buena para pastos, y esta yerba oculta piedras gruesas que descansan sobre la tierra; me parecieron idénticas á las de la isla de Francia, llamadas en el país *giraumonts* (calabacines), porque la mayor parte son del tamaño de este fruto: estas piedras, que tanto incomodaban nuestra marcha, son un beneficio de la naturaleza, porque conservan la tierra fresca y húmeda, y reemplazan en cierto modo la sombra saludable de los árboles que sus habitantes tuvieron la imprudencia de cortar, sin duda en tiempos muy remotos, lo cual ha espuesto el suelo á ser calcinado por los rayos del sol, y los ha reducido á no tener ni cañadas, ni arroyos ni manantiales. Aquellos hombres ignoraban que, en las isletas en medio de un océano inmenso, la frescura de la tierra cubierta de árboles es lo único que puede detener las nubes, condensarlas y mantener así sobre las montañas una lluvia casi continua que se convierte luego en arroyos ó manantiales ([1]). Las islas que carecen de este beneficio, están sujetas á una sequía horrible que destruye poco á poco las plantas y los arbustos, y las hace casi inhabitables.

Como de todos los séres el hombre es el que mas se acomoda á todas las situaciones, este pueblo me ha parecido menos infeliz que al capitan Cook y á M. Forster ([2]). Estos llegaron á la isla despues de un viaje largo y penoso, faltos de todo, atacados del escorbuto, y no encontraron ni agua, ni leña, ni cerdos; algunas gallinas, plátanos y batatas son recursos bien pobres en tales circunstancias. En sus relaciones se nota el sello de esta situacion. La nuestra era muchísimo mejor · las tripulaciones gozaban de la mas completa salud, en Chile habiamos tomado todo cuanto podiamos necesitar en muchos meses, y no pediamos á esta gente mas que la facultad de hacerles bien. Les traiamos cabras, ovejas y cerdos, y teniamos simientes de naranjo, de limoneros, de maiz, en una palabra, todas las especies que podian darse con seguridad en su isla.

Luego que desembarcamos, nuestro primer cuidado fué formar un círculo con soldados armados, y despues de haber mandado á los isleños evacuar el espacio, levantamos una tienda. Hice bajar á tierra los regalos que les destinaba y los animales que debian quedar en la isla; pero como yo habia prohibido terminantemente hacer fuego, y como mis órdenes iban hasta no permitir que se separara á culatazos á los indios que fuesen muy obstinados, los soldados se vieron en breve espuestos á la rapacidad de estos isleños, cuyo número habia aumentado; eran por lo menos ochocientos, y entre ellos, habria de seguro ciento cincuenta mujeres. La fisonomía de muchas de ellas era agradable. Mientras las mujeres nos hacian halagos, nos quitaban los sombreros de la cabeza ó los pañuelos del bolsillo. Todos parecian

([1]) Es digno de observarse, que la estremada civilizacion conduce casi del mismo modo á hacer desaparecer las selvas. Las terribles inundaciones de 1856 han sido atribuidas en gran parte al esceso de desmontes.

([2]) Sabio agregado á la espedicion de Cook.

cómplices en los robos que se nos hacian, pues apenas habian ejecutado uno, como bandada de pájaros huian á esconderse; pero viendo que no haciamos uso de nuestros fusiles, volvian de nuevo al cabo de algunos minutos, empezaban otra vez sus caricias, y espiaban el momento de cometer un nuevo robo; este juego duró toda la mañana. Como nosotros debiamos marcharnos aquella misma noche, y tan corto espacio de tiempo no nos permitia ocuparnos de su educacion, tomamos el partido de divertirnos con las tretas que los isleños empleaban para robarnos; y á fin de quitar todo pretesto á alguna via de



Isleños y monumentos de la isla de Pascuas, segun e Atlas de la Perouse.

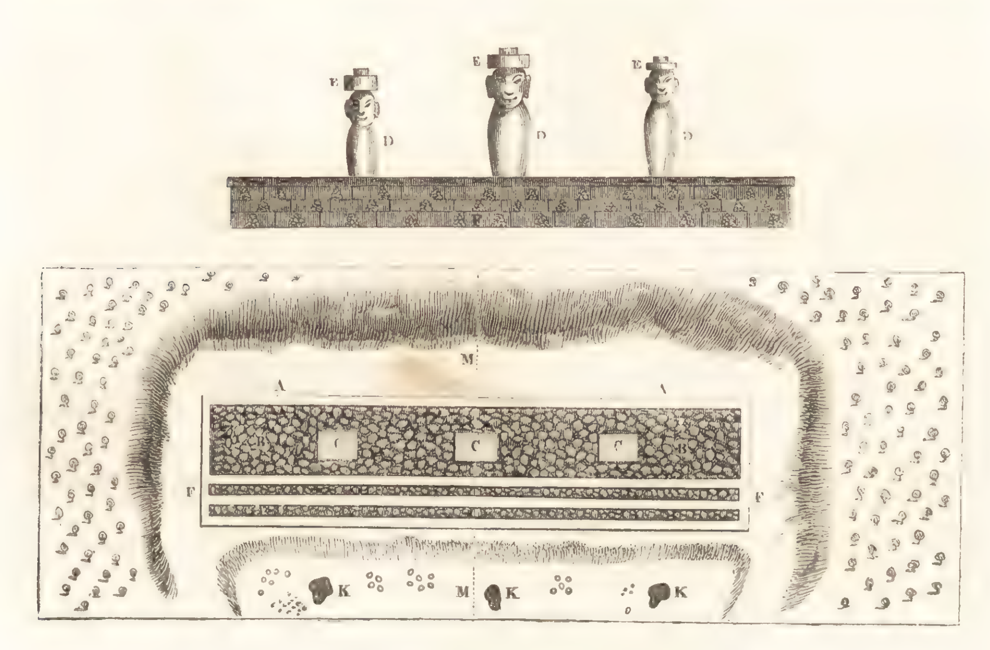
hecho que hubiera podido traer funestas consecuencias, anuncié que haria devolver á los soldados y marineros los sombreros que les fuesen robados. Ya he dicho que los indios no tenian armas, solo tres ó cuatro de ellos traian una especie de maza de madera poco temible. Algunos parecian ejercer una ligera autoridad sobre los otros; yo juzgué que serian gefes, y les distribuí sartas de medallas que les colgué al cuello; pero pronto tuve ocasion de observar que los que yo tomaba por gefes eran los ladrones mas astutos, y aunque parecia que perseguian á los que hurtaban nuestros pañuelos, se veia claramente que era con la decidida intencion de no alcanzarlos.

No nos quedaban mas que ocho ó diez horas que pasar en la isla, y deseábamos aprovechar este tiempo, para lo cual confié la guardia de la tienda y de todos nuestros efectos á M. de Escures, mi primer teniente, y le encargué ademas del mando de todos los soldados y marineros que se hallaban en tierra.

En seguida, nos dividimos en dos pelotones; el primero, á las órdenes de M. de Langle, debia penetrar todo lo posible en el interior de la isla, sembrar las semillas en los terrenos que pareciesen adecuados para la reproduccion, examinar el suelo, las plantas, el cultivo, la poblacion, los monumentos, en una palabra, todo cuanto pudiera interesar sobre este pueblo estraordinario; los que se sintieron con fuerzas para caminar mucho tiempo, se alistaron con él, y le siguieron MM. Dagelet, de Lamanon, Duché, Dufresne, de la Martinière, el P. Receveur, el abate Mongès y el jardinero. El otro peloton, del que yo formaba parte, se contentó con visitar los monumentos, las esplanadas, las casas y los plantíos á una legua en torno de nuestro establecimiento.

El dibujo de estos monumentos, dado por M. Hodges ([1]), espresa de un modo muy imperfecto lo que nosotros hemos visto. M. Forster juzga que son obra de un pueblo mucho mas considerable que el que existe en el dia; pero su opinion no me parece fundada. El mas grande de los bustos groseros que hay en estas plataformas, y que hemos medido, tiene 14 piés 6 pulgadas de alto, 7 piés 6 pulgadas de ancho por los hombros, 3 piés de grueso en el vientre, 6 piés de ancho y 5 piés de grueso en la base; por consiguiente estos bustos pueden ser obra de la generacion actual, cuya poblacion creo puede calcularse sin ninguna exageracion en dos mil personas ([2]).

El número de mujeres me ha parecido casi igual al de los hombres; en ninguna otra parte he visto



Plano y elevacion de un morai, segun el Atlas de la Perouse.

A, A, muros en declive; — B, plataforma horizontal de piedras sin labrar; — C, C, C, pedestales de piedra; — D, D, D, bustos informes; — E, E, E, capiteles cilíndricos de lava roja; — F, F, F, graderías inferiores; — K, K, K, entrada de los subterráneos; — M, línea que indica el centro exacto del morai.

tantos niños; y aunque sobre unos mil doscientos habitantes que á nuestra llegada se habian reunido en las cercanías de la bahía, no hubiese á lo sumo mas que trescientas mujeres, no he sacado otra consecuencia que la de suponer que los isleños de la estremidad de la isla habian venido á visitar nuestros buques, y que las mujeres, ora por temor de cansarse, ora por las ocupaciones de su casa y de sus hijos, se habian quedado en sus viviendas; de suerte que no hemos visto sino las que habitan en las

([1]) Dibujante de la espedicion de Cook.

([2]) En 1816 estas estatuas estaban derribadas de sus pedestales (véase la relacion de Choris, dibujante de la espedicion de Kotzebuë); pero en 1826, Beechey vió en un collado otro morai con sus cuatro ídolos sobre una plataforma.

Cuando Roggeween visitó la isla en 1712, habia muchas de estas figuras sobre la costa, y algunas tenian, dice la relacion, de 30 á 40 piés de alto; el ancho de hombro á hombro era de 8 á 10 piés. Cuando pasó Cook, las mas grandes no pasaban de 20 piés.

La piedra colocada encima de la cabeza de cada figura como una especie de tocado, es de color rojizo.

Moerenhout, que ha visto ídolos semejantes en Pitcairn, en Tubuai, etc., cree que están consagrados á divinidades secundarias ó *tiis*, que señalan los límites y mantienen los derechos de los diversos elementos, de los dioses, de los muertos y de los vivos. Ademas, han podido ser erigidas con el fin de perpetuar la memoria de fenómenos estraordinarios y de grandes catástrofes. (*Voyages aux îles du grand Océan.*)

cercanías de la bahía. La relacion de M. de Langle corrobora esta opinion : en el interior de la isla ha encontrado muchas mujeres y muchos niños, y todos hemos entrado en las cavernas donde M. Forster y varios oficiales del capitan Cook creyeron al principio que las mujeres podian estar ocultas. Estas cavernas son viviendas subterráneas, de la misma forma que las que describiré mas adelante, y en las que hemos visto hacecillos de madera cuyo pedazo mayor no escedia de cinco piés de largo, ni de seis pulgadas de diámetro. No puede, sin embargo, ponerse en duda, que los habitantes escondiesen sus mujeres cuando el capitan Cook los visitó en 1772; pero me es imposible adivinar la causa, y tal vez debemos á la conducta generosa que observó para con ellos, la confianza que nos han demostrado, y que nos ha puesto al alcance de poder juzgar mejor su poblacion.

Todos los monumentos existentes en el dia, de los que M. Duché ha sacado un dibujo exactísimo, parecen muy antiguos; se hallan situados en los morais, á juzgar por la gran cantidad de huesos que se encuentra en torno de ellos. Parece fuera de duda que la forma de su actual gobierno ha igualado las condiciones de tal modo, que no existe un gefe bastante superior para que un gran número de hombres se ocupe del cuidado de conservar su memoria erigiéndole una estatua. Esos colosos han sido reemplazados por montoncillos de piedras en pirámide; la de la cúspide está blanqueada con agua de cal. Estas especies de mausóleos, que un hombre solo puede construir en una hora, se hallan hacinados á la orilla del mar, y un indio nos ha demostrado claramente, tendiéndose en la tierra, que estas piedras cubren una sepultura; levantando en seguida las manos al cielo, ha querido espresarnos que creen en otra vida. Yo estaba siempre en guardia contra esta opinion, y confieso que los creia muy lejos de esta idea; pero habiendo visto á muchos repetir el mismo ademan, y oido á M. de Langle, que ha viajado por el interior de la isla, referir el mismo caso, no me ha quedado duda alguna acerca de ello, y juzgo que todos nuestros oficiales y pasajeros son de esta misma opinion; no obstante, no hemos hallado indicios de ningun culto y no creo que las estatuas deban tomarse por ídolos, á pesar de la veneracion que los indios han manifestado por ellas (1).



Elevacion de una choza de piedras. (Isla de Pascuas.)

Estos bustos de tamaño colosal, cuyas dimensiones dejo señaladas, y que prueban el ningun adelanto que estas gentes han hecho en la escultura, son de una produccion volcánica que los naturalistas designan con el nombre de *lapillo :* es una piedra tan tierna y tan ligera, que algunos oficiales del capitan Cook creyeron que podia ser artificial y compuesta de una especie de argamasa endurecida despues al aire. Ahora no falta mas que esplicar cómo se ha conseguido elevar, sin punto de apoyo, un peso tan considerable; pero estamos firmemente persuadidos de que es una piedra volcánica en estremo ligera, y que con palancas de cinco ó seis toesas, metiendo piedras por debajo, se puede, como lo esplica muy bien el capitan Cook, llegar á levantar un peso mas considerable todavía; y cien hombres bastan para esta operacion, pues no quedaria espacio para el trabajo de mayor número. Así se esplica la maravilla.

No puedo emitir mas que conjeturas acerca de las costumbres de este pueblo cuya lengua me es desconocida, y que no he visto sino durante un dia; pero á la esperiencia de los navegantes que me han precedido, y al completo conocimiento de sus relatos, podria yo añadir mis propias reflexiones.

La décima parte de la tierra está apenas cultivada, y es cosa segura que tres dias de trabajo bastarian á cada indio para procurarse la subsistencia de un año. Esta facilidad de atender á las necesidades de la vida, me ha inducido á creer que las producciones de la tierra eran de todos, tanto mas cuanto

(1) Véase la nota anterior.

tengo por cierto que las casas son comunes, cuando menos á toda una aldea ó distrito. He medido una de estas casas cerca de nuestro establecimiento ([1]); tenia trescientos diez piés de largo, diez de ancho y diez de alto en el centro, y su forma era la de una piragua vuelta hácia abajo; se penetra en ella por dos puertas de dos piés de altura y arrastrándose sobre las manos. Esta casa puede contener mas de doscientas personas; no es la vivienda del gefe, puesto que no hay ningun mueble y que un espacio tan grande le seria inútil; forma por sí sola una aldea, con otras dos ó tres casuchas casi contiguas.

He dicho ya que hay algunas casas subterráneas; pero las demas están construidas con junco, prueba evidente de que en el interior de la isla hay lugares pantanosos · los juncos están colocados con arte y garantizan perfectamente de la lluvia. El edificio descansa sobre un zócalo de piedras de construccion ([2]) de diez y ocho pulgadas de grueso, y á distancias iguales hay agujeros donde entran unas estacas largas que forman la armazon, doblándose en bóveda: el espacio que queda entre las estacas está guarnecido con esteras de junco.

No puede dudarse, como observa el capitan Cook, de la analogía de este pueblo con el de otras islas del mar del Sur; su lenguage y su fisonomía son idénticos: sus telas las fabrican tambien con corteza de moreras; pero son en estremo escasas, porque la sequía ha destruido esos árboles. Los que han resistido, no tienen mas que tres piés de altura, y se ven obligados á rodearlos de murallas á fin de preservarlos de los vientos; lo mas curioso es que esas moreras no esceden nunca la altura de los muros que las circundan.

Estoy persuadido de que en otras épocas estos isleños han disfrutado de las mismas producciones que los de las islas de la Sociedad. Los árboles frutales han perecido por la sequía, así como los cerdos y los perros, á quienes el agua es absolutamente necesaria. Mas el hombre, que en la bahía de Hudson bebe aceite de ballena, se acostumbra á todo; y yo he visto á los naturales de la isla de Pascuas beber agua del mar como los albatros del cabo de Hornos ([3]). Estábamos en la estacion húmeda: en los agujeros de la orilla del mar habia un poco de agua salobre; nos la ofrecieron en calabazas, pero ni los mas sedientos pudieron saborearla. No me lisonjeo de que se multipliquen los cerdos que les he regalado; pero sí espero que prosperarán las cabras y las ovejas, porque beben poco y les gusta la sal.

A la una del dia, volví á la tienda con objeto de pasar á bordo para que mi segundo, M. de Clonard, pudiese á su vez saltar á tierra: todo el mundo estaba sin sombrero y sin pañuelo; nuestra afabilidad habia envalentonado á los ladrones, y yo no tuve mejor suerte que los demas. Un indio, que me habia ayudado á bajar de una plataforma, despues de haberme hecho ese servicio, me arrebató el sombrero y huyó á todo correr, seguido como siempre de todos los demas. No permití que se le persiguiera, por que no quise tener el derecho esclusivo de estar á cubierto del sol, en atencion á que casi todos estábamos sin sombrero. Yo continué examinando la plataforma: es el monumento que me ha dado la mas alta opinion de los antiguos talentos de este pueblo para la construccion, pues la palabra pomposa de arquitectura no sentaria bien aquí. Parece que nunca ha conocido ninguna argamasa; pero cortaba y labraba las piedras tan perfectamente, que estaban colocadas y unidas segun todas las reglas del arte.

He recojido muestras de esas piedras: son lavas de diferente densidad. La mas ligera y que por consecuencia debe descomponerse la primera, forma el revestimiento del lado del interior de la isla; el que mira al mar está construido con una lava muchísimo mas compacta que puede resistir mas tiempo, y yo no he visto entre estas gentes ni instrumentos ni materia bastante dura para labrar estas últimas piedras: una permanencia mas larga en la isla tal vez me hubiese dado algunas luces sobre este asunto.

A las dos pasé á bordo, y M. de Clonard bajó á tierra. No tardaron mucho en presentarse dos oficiales de *l'Astrolabe*, á darme parte de que los indios acababan de cometer un nuevo robo, que habia ocasionado una pendencia algo mas séria: los buzos habian cortado bajo el agua el calabrote de la embarcacion de *l'Astrolabe*, llevándose su rezon, y no se echó de ver hasta que los ladrones estuvieron

([1]) Esta casa no estaba concluida todavía; el capitan Cook no habia podido verla.

([2]) Estas piedras no son areniscas, sino lavas sólidas.

([3]) El capitan Beechey refiere el mismo hecho; pero Moerenhout asegura que estos isleños tienen solo la costumbre de enjuagarse la boca con agua salada, y beber un poco despues de las comidas.

muy lejos en el interior de la isla. Como el rezon nos era necesario, dos oficiales y varios soldados fueron en su seguimiento, pero descargaron sobre ellos una lluvia de piedras; un tiro con pólvora lanzado al aire no produjo ningun efecto; por fin, se vieron obligados á disparar un tiro con perdigon menudo, y algunos perdigones alcanzaron sin duda á uno de ellos, porque la pedrea se calmó y nuestros oficiales pudieron volver tranquilamente á la tienda, pero sin haber echado mano á los ladrones, que debieron quedar sorprendidos de no haber podido apurar nuestra paciencia.

Al breve rato los indios volvieron nuevamente alrededor de nuestro campo, y nos mostramos tan buenos amigos como en nuestra primera entrevista. Por último, á las seis de la tarde todo fué reembarcado; los botes vinieron á bordo, y mandé aparejar. Antes de empezar esta operacion, M. de Langle me dió cuenta de su viaje por el interior de la isla, que referiré en el capítulo siguiente; habia sembrado las simientes en las tierras por donde habia pasado, dando á los isleños muestras inequívocas de su estremada benevolencia. Sin embargo, acabaré de retratarlos diciendo que un semi-gefe á quien M. de Langle regalaba un macho cabrío y una cabra, mientras con una mano recibia los presentes, con la otra le sacaba el pañuelo del bolsillo.

Se puede tener como cosa segura, que estas gentes no tienen acerca del hurto las mismas ideas que nosotros, y que verosímilmente no lo juzgan vergonzoso; pero sí saben muy bien que cometen una accion injusta, puesto que huyen al momento para evitar el castigo que temen sin duda, y que no habriamos dejado de aplicarles en proporcion al delito, si nuestra permanencia en la isla hubiese sido mas larga; pues nuestra escesiva dulzura habria concluido por acarrearnos disgustos deplorables.

He vuelto á encontrar en este país todas las artes de las islas de la Sociedad, aunque con menos medios de ejercerlas por falta de primeras materias. Las piraguas tienen tambien la misma forma; las construyen con pedazos de tablas estrechas, de cuatro ó cinco piés de largo, y no pueden contener mas que cuatro hombres á lo sumo. No he visto sino tres en esta parte de la isla; y no seria estraño que dentro de poco no quedase ninguna, por la falta absoluta de maderas. A decir verdad, no las necesitan; nadan tan perfectamente, que con el temporal mas fuerte van hasta dos leguas mar adentro, y para volver á tierra escojen por gusto el sitio donde la ola se estrella con mas fuerza.

La costa no me ha parecido abundante en pescados, y creo que casi todos los comestibles de sus moradores los sacan del reino vegetal: se alimentan con batatas, plátanos, cañas de azúcar y un fruto pequeño que crece en las rocas á orillas del mar, semejante á los racimos de uva que se encuentran en las cercanías del trópico, en el mar Atlántico. No pueden considerarse como un recurso las pocas gallinas que hay en la isla: nuestros viajeros no han visto ningun ave de tierra y las de mar no son muy comunes.

Los campos están cultivados con mucha inteligencia; arrancan las yerbas, las amontonan, las pegan fuego, y abonan la tierra con sus cenizas; los plátanos están alineados á cordel. Tambien cultivan el solanum ó yerba mora, aunque ignoro el uso á que la destinan: si les hubiese visto servirse de vasijas capaces de resistir al fuego, supondria que como en Madagascar ó en la isla de Francia la comen cocida como las espinacas; pero hacen cocer sus alimentos de la misma manera que en las islas de la Sociedad, haciendo un hoyo en el suelo y cubriendo sus batatas con piedras calientes y carbones mezclados con tierra, de suerte que todo lo que comen está cocido como en un horno.

El cuidado con que tomaron las medidas de mi buque, prueba que no habian mirado nuestras artes como séres estúpidos: examinaron los cables, las anclas, la aguja de marear, la rueda del timon, y en la mañana siguiente vinieron con una cuerda á tomar de nuevo la medida; esto me persuade que habian tenido discusiones y que les habian quedado algunas dudas. Les aprecio mucho menos porque me han parecido dotados de reflexion. Yo les he dejado una cosa en que reflexionar y tal vez no caigan en ella; á saber, que no hemos hecho contra ellos uso alguno de nuestras armas, cuando con solo apuntándoles con el fusil se les hacia correr; al contrario, no hemos arribado á su isla mas que para hacerlos bien; los hemos colmado de presentes, hemos acariciado todos los séres débiles, particularmente á los niños de pecho; sembrado en sus tierras toda especie de semillas provechosas, y dejado en sus casas cerdos, cabras y ovejas que procrearán indudablemente; nada les hemos pedido en cambio de todo esto, y no obstante ellos nos han apedreado y nos han robado todo cuanto les ha sido posible

robar. No me cansaré de repetirlo; en otras circunstancias hubiera sido imprudente conducirnos con tanta blandura, pero habia decidido alejarnos aquella noche, con la esperanza de que cuando no vieran al otro dia nuestros buques, atribuyeran nuestra brusca despedida al justo enojo que debia habernos ocasionado su conducta, y que esta reflexion podria correjirlos [1]. Sea lo que quiera de esta idea, tal vez ilusoria, lo cierto es que hay poco interés para los navegantes en llegar á una isla que no ofrece á los buques ningun recurso, y que está muy próxima á las islas de la Sociedad [2].

Escursion de M. de Langle al interior de la isla. — Nuevas observaciones acerca de las artes y costumbres de sus naturales; sobre la calidad y cultivo de su suelo, etc.

« A las ocho de la mañana, me puse en camino acompañado de MM. Dagelet, de Lamanon, Dufresne, Duché, del abate Mongès, del P. Receveur y del jardinero: marchamos desde luego dos leguas por el lado del oeste hácia el interior de la isla, atravesando con mucho trabajo colinas cubiertas de piedras volcánicas; pero al poco rato hube de ver que habia sendas por las cuales se podia comunicar fácilmente de choza en choza, y á beneficio de ellas visitamos algunos plantíos de batatas. Estos plantíos ocupan una tierra vegetal bastante pingüe, que el jardinero juzgó muy buena para el cultivo de nuestras simientes; sembró en ella coles, zanahorias, remolachas, maiz, calabazas, y procuramos dar á entender á los isleños que esas semillas producirian frutos y tubérculos que podrian comer: nos comprendieron perfectamente, y entonces nos indicaron las mejores tierras, señalándonos los lugares en donde deseaban ver nuestras nuevas producciones. A las plantas leguminosas añadimos simientes de naranjo, limonero y algodonero, haciéndoles comprender que estas últimas eran árboles, y plantas, lo que habiamos sembrado precedentemente.

» No hemos visto mas arbusto que el moral para papel [3] y la mimosa ó sensitiva; habia tambien campos bastante considerables de yerba mora, que creo cultivan estas gentes en las tierras que han dejado exhaustas las batatas. Continuando despues nuestra marcha hácia las montañas, que aunque bastante elevadas, terminan todas en una pendiente suave, y están cubiertas de grama, no distinguimos señal ninguna de quebrada ni de torrente. Luego que hubimos andado como dos leguas al este, volvimos al sur hácia la costa de sudeste, que la víspera habiamos prolongado en nuestros buques, y en la que, con ayuda de nuestros anteojos, habiamos visto muchos monumentos; la mayor parte estaban derribados: parece que esta gente se ocupa poco de su reparacion; habia algunos en pié con la plataforma medio derruida. El mas grande de los que he medido, tenia 16 piés 10 pulgadas de alto, comprendido el chapitel que mide 3 piés 1 pulgada y que es de una lava porosa muy ligera; su ancho por arriba era de 6 piés 7 pulgadas de grueso por la base.

» A poco distinguimos un grupo de chozas, y dirijí la marcha hácia esta especie de aldea, una de cuyas casas tenia trescientos piés de largo, y la forma de una piragua vuelta hácia abajo. Contiguos á

(1) ¡Cómo difieren estos generosos sentimientos de los del comandante de *la Nancy* y de los del americano Waden, segundo del *Pindos*, que en 1822, despues de la conducta mas indigna, mató de un tiro á un indígena sin ninguna provocacion y por puro placer al alejarse de la isla! (Véase Moerenhout, *Voyages aux îles du grand Océan*, t. II, p. 218.)

(2) Despues de 1722, la isla de Pascuas habia sufrido sin duda, como asegura la Perouse, una revolucion en su poblacion y en los productos de su suelo; al menos debe creerse así, en vista de las diferencias que se observan en los relatos de estos dos navegantes. El lector que desee esclarecerse sobre este punto, debe consultar el *Voyage de Roggeween*, impreso en la Haya en 1739, ó el estracto dado por el presidente de Brosses en su *Histoire des navigations aux terres australes*, t. II, p. 226 y siguientes.

« La isla de Pascuas, dice Moerenhout, no ofrece recursos á sus habitantes; no se encuentran en ella mas que algunas batatas, y la bahía de Cook, único fondeadero que se conoce, no es sino una rada abierta á casi todos los vientos.»

(3) *Morus papyrifera*, abuntante en el Japon, donde preparan la corteza para servir de papel. De esta corteza, en estremo leñosa, las mujeres de la Luisiana sacan seda para hacer diferentes labores; la hoja es buena para criar gusanos de seda. En el dia este árbol está aclimatado en Francia.

esta casa se veian los cimientos de otras muchas que ya no existen, compuestos de piedras de lava labradas, con unos agujeros como de dos pulgadas de diámetro. Esta parte de la isla nos ha parecido mejor cultivada y mas poblada que las cercanías de la bahía de Cook. Los monumentos y las plataformas eran tambien mas numerosos. Sobre diferentes piedras de las que componen estas plataformas, vimos esqueletos groseramente dibujados, y poco despues agujeros cerrados con piedras, por los cuales juzgamos que se debia comunicar con las sepulturas que encierran los cadáveres. Un indio nos esplicó por medio de ademanes muy espresivos, que daban sepultura á los muertos y que en seguida subian al cielo. En la orilla del mar encontramos pirámides de piedras colocadas casi del mismo modo que lo están las balas en un parque de artillería, y tambien vimos huesos humanos en torno de las pirámides y de las estatuas, que todas tenian la espalda vuelta hácia el mar. Por la mañana visitamos siete plataformas diferentes, sobre las cuales habia estatuas en pié ó derribadas; solo difieren entre sí por el tamaño, y el tiempo las ha deteriorado mas ó menos segun su antigüedad. Al lado de la última hallamos una especie de maniquí de junco, figurando una estatua humana de diez piés de altura; estaba vestido con una tela blanca del país; la cabeza era del tamaño natural, el cuerpo enjuto y las piernas de proporciones bastante exactas; de su cuello pendia una red en forma de canastillo cubierto de telas blancas, que creimos contenia yerbas: junto á este saco habia una figura de niño, de dos piés de largo, con los brazos en cruz y las piernas colgando. Este maniquí no podia datar de mucho tiempo atrás; tal vez era un modelo de las estatuas que erigen hoy dia á los gefes de la isla. Cerca de esta misma plataforma se veian dos parapetos que encerraban un circuito de trescientos ochenta y cuatro piés de largo por trescientos veinte y cuatro de ancho: no hemos podido averiguar si era un depósito para el agua ó un principio de fortificacion contra los enemigos; lo que hay de cierto es que esta construccion nunca ha estado concluida.

» Continuando nuestra marcha hácia el poniente, encontramos como unos veinte niños, que, conducidos por algunas mujeres, parecian dirijirse á las casas que he mencionado mas arriba.

» A la estremidad de la punta sur de la isla, vimos el cráter de un volcan antiguo, cuya altura, profundidad y regularidad escitaron nuestra admiracion: su forma es la de un cono truncado; su base superior, que es la mas ancha, parece tener mas de dos terceras partes de legua de circunferencia. Para calcular la estension de la base inferior, basta suponer que el costado del cono forme con la vertical un ángulo de unos 30 grados; esta base inferior figura un círculo perfecto: el fondo es pantanoso, y contiene muchas lagunas grandes de agua dulce, cuya superficie nos ha parecido mas alta que el nivel del mar: la profundidad del cráter es por lo menos de ochocientos piés.

» El P. Receveur bajó y nos dijo que ese pantano estaba rodeado de magníficos plantíos de plátanos y moreras. Es de creer, como lo habiamos observado navegando á lo largo de la costa, que un hundimiento considerable hácia el mar ha abierto una enorme brecha á este cráter: la altura de la brecha es como una tercera parte del cono entero, y su anchura un décimo de la circunferencia superior. La yerba que ha crecido en los costados del cono, los pantanos que hay en el fondo y la feracidad de los terrenos contiguos, atestiguan que los fuegos subterráneos están apagados hace mucho tiempo [1]; en el fondo del cráter vimos volar algunas golondrinas de mar, únicos pájaros que hemos encontrado en la isla. Junto á una casa habia muchos niños, que echaron á correr á nuestra llegada: nos pareció evidente que aquella casa encerraba todos los niños del distrito, porque la diferencia de su edad era muy poca para que perteneciesen á las dos mujeres que parecian encargadas de su cuidado. Inmediato á la casa habia un hoyo, en el suelo donde se cocian batatas al modo que lo hacen en las islas de la Sociedad.

» Al volver á nuestra tienda, dí á tres habitantes diferentes las tres especies de animales que les destinábamos, y escojí los que me parecieron mejores para la multiplicacion.»

(1) En el borde del cráter, por el lado de la mar, hay una estatua corroida casi enteramente por el tiempo, que prueba que el volcan está apagado desde hace muchos siglos.

Salida de la isla de Pascuas. — Arribada á las islas Sandwich. — Fondeadero en la bahía de Keriporepo de la isla de Mowee. — Salida.

Al abandonar la bahía de Cook en la isla de Pascuas, el 10 por la noche, hice rumbo al norte, y á la claridad de la luna emparejé la costa de esta isla á una legua de distancia: no la perdimos de vista hasta el siguiente dia á las dos de la tarde, y estábamos á veinte leguas. Hasta el 17, los vientos soplaron constantemente del sudeste al este sudeste: el tiempo, en estremo claro, no cambió ni se cubrió sino cuando los vientos pasaron al este nordeste, donde permanecieron desde el 17 hasta el 20; entonces principiamos á pescar bonitos, que siguieron constantemente nuestras fragatas hasta las islas Sandwich, y durante mes y medio abastecieron á las tripulaciones de una racion completa y casi diaria. Esta buena comida mantuvo nuestra salud en el mejor estado: despues de diez meses de navegacion, durante los cuales no hubo mas que veinte y cinco dias de descanso, no tuvimos un solo enfermo á bordo de las dos naves.

De la direccion de las corrientes, poco estudiada antiguamente, provienen sin duda los errores de los mapas españoles; porque es digno de atencion que en estos últimos tiempos se han encontrado de nuevo la mayor parte de las islas descubiertas por Quirós, Mendaña y otros navegantes de esta nacion, aunque muy inmediatas siempre en sus mapas á las costas de la América.

Estas reflexiones, me dejaron grandes dudas acerca de la existencia del grupo de islas llamado por los españoles *la Mesa, los Majos, la Desgraciada*. En el mapa que el almirante Anson trazó á bordo del galeon español, y que ha hecho grabar el editor de su viaje, este grupo está situado precisamente á la misma latitud que las islas Sandwich, y 16 ó 17 grados mas al este. Mis diferencias diarias en longitud me persuadieron que esas islas eran absolutamente las mismas (1); pero lo que acabó de convencerme fué el nombre de *Mesa* dado por los españoles á la isla de Owhyhee: yo habia leido en la descripcion de esta misma isla por el capitan King, que despues de doblar la punta oriental, se descubria una montaña nombrada *Mowna-roa*, que se ve durante mucho tiempo: « su cima es plana y forma lo que los marinos llaman una mesa. » La espresion inglesa es mas significativa, pues el capitan King dice *Table-Land*.

A pesar de lo avanzado de la estacion y de que no podia perder un instante para llegar á las costas de América, me decidí sobre la marcha á tomar una derrota que aclarase mi opinion hasta la evidencia, cuyo resultado, si yo estaba equivocado, debia ser el encontrar un segundo grupo de islas, olvidado por los españoles hacia mas de un siglo quizás, y determinar su posicion y distancia precisas desde donde las hubiese hallado á las islas Sandwich. Las personas que conocen mi carácter, no podrán suponer que en esta investigacion me haya guiado el deseo de quitar al capitan Cook la gloria de este descubrimiento. Lleno de admiracion y de respeto por la memoria de ese grande hombre, siempre será á mis ojos el primero de los navegantes, y el que ha determinado la posicion exacta de estas islas, que ha esplorado

(1) Durante los años 1786 y 1787, el capitan Dixon arribó tres veces á las islas Sandwich, y teniendo las mismas dudas que la Perouse acerca de la identidad de estas islas y de las llamadas *los Majos, la Mesa*, etc., hizo indagaciones sobre ello: «Hemos buscado inútilmente las islas de *los Majos*, *la Mesa* y *Santa Maria de la Gorla, y podemos asegurar que estas islas no existen.*» Admítese generalmente, como la Perouse, que el grupo de los Majos, en la intencion de los cartógrafos españoles, no era sino el archipiélago Hawai ó de las islas Sandwich, situado por ellos en un grado de longitud inexacto. El cálculo de las longitudes ha sido en efecto falseado largo tiempo, á consecuencia de la accion poco estudiada todavia de las corrientes, que tan numerosas son en la parte septentrional del océano Pacífico.

Sabido es que los españoles atribuyen el primer descubrimiento de las islas Sandwich á su capitan Gaetan, que las designó en 1542 con el nombre de *islas de los Amigos é islas de los Jardines*.

Mendaña pretende haber atravesado el archipiélago de las islas Sandwich el año 1568, de vuelta de las islas de Salomon. (Véase la relacion y el itinererio de su viaje.) Esta es una cuestion bastante oscura. Ya se ha visto en la relacion, que la vuelta de este primer viaje de Mendaña se hizo á través de grandes borrascas, y que obligado á navegar hácia el norte, Mendaña llegó hasta el 32º grado de latitud norte.

las costas, que ha dado á conocer las costumbres, los usos, la religion de sus habitantes, y que ha pagado con su sangre todas las nociones que hoy tenemos acerca de estos pueblos; el que esto ha hecho, repito, es el verdadero Cristóbal Colon de esta region, de la costa de Alaska, y de casi todas las islas del mar del Sur. La casualidad hace descubrir islas á los mas ignorantes; mas solo á los grandes hombres como él, es dado no dejar nada que desear sobre los países que han visitado. Los marinos, los filósofos, los físicos, cada uno encuentra en sus viajes lo que constituye el objeto de su ocupacion : quizás todos los hombres, cuando menos todos los navegantes, deban un tributo de elogios á su memoria; ¿cómo podria faltar el mio en el momento de abordar el grupo de islas donde tan desgraciadamente terminó su carrera?

El 7 de mayo, á 8 grados de latitud norte, distinguimos muchos pájaros de la especie de los petreles, con rabihorcados y rabos de junco : estas dos últimas especies se alejan poco de tierra, segun dicen; tambien veiamos pasar muchas tortugas á lo largo de nuestro buque : *l'Astrolabe* pescó dos, que dividió con nosotros y que eran escelentes. Los pájaros y las tortugas nos siguieron hasta los 14 grados, y no dudo que no hayamos pasado junto alguna isla verosímilmente inhabitada, porque una roca en medio de los mares sirve mas bien de guarida á estos animales que un país cultivado. Nos hallábamos entonces cerca de Roca Partida y de la Nublada : yo dirijí mi rumbo á fin de pasar poco mas ó menos á vista de Roca Partida, si su longitud estaba bien determinada; pero no quise correr por su latitud, pues relativamente á mis demás proyectos, no podia consagrar ni un solo dia á esta esploracion. Luego que dejamos atrás su latitud, los pájaros desaparecieron, y hasta nuestro arribo á las islas Sandwich, en un espacio de quinientas leguas, no vimos nunca mas de dos ó tres en el mismo dia.

El 15, me hallaba á 19° 17′ de latitud norte y 130 grados de longitud occidental, es decir, á la misma latitud que el grupo de islas de los mapas españoles y á la de las islas Sandwich; pero cien leguas mas al este que las primeras, y cuatrocientas sesenta al este de las otras. Persuadido de que podia hacer un importante servicio á la geografía, si lograba borrar nombres viciosos que designan islas que no existen, y eternizan errores muy perjudiciales á la navegacion, quise, para que no quedase ninguna duda, prolongar mi rumbo hasta las islas Sandwich; hasta formé el proyecto de pasar entre la isla de Owhyhee y la de Mowee, que los ingleses no han estado al alcance de esplorar, y me propuse bajar á tierra en Mowee, comprar algunos comestibles y partir sin perder un instante. Sabia que no siguiendo mi plan mas que á medias, y no recorriendo sino doscientas leguas sobre esta línea, no faltarian todavía algunos incrédulos, y yo quise que no pudiera hacérseme ni aun la objecion mas insignificante.

El 18 de mayo, me encontraba por 20 grados de latitud norte y 139 grados de longitud occidental, precisamente sobre la isla Desgraciada de los españoles, y aun no tenia el menor indicio de tierra.

El 20, habia cortado por medio del grupo entero (1) de los Majos, y nunca me habia parecido estar mas lejos de las cercanías de alguna isla; seguí corriendo al oeste sobre esta paralela, entre 20 y 21 grados; por último, el 28 por la mañana tuve conocimiento de las montañas de la isla de Owhyhee, que estaban cubiertas de nieve, y poco despues de las de Mowee (2), algo mas bajas que las de la otra isla. Cargué velas para acercarme á tierra, pero todavía estaba á siete ú ocho leguas á la entrada de la noche.

A las nueve de la mañana, determiné la punta de Mowee al oeste, 15 grados norte; al oeste, 22 grados norte descubria un islote, que los ingleses no han podido distinguir, y que no se halla en su plano, muy defectuoso en esta parte, al paso que todo lo que han trazado segun sus propias observaciones, merece los mayores elogios.

El aspecto de la isla Mowee es encantador; á una legua de distancia emparejé la costa, que corre en el canal al sudoeste cuarto de oeste. Veiamos el agua precipitarse en cascadas desde la cumbre de las montañas y descender á la mar despues de regar las habitaciones de los indios; las casas son tan

(1) Véase la nota anterior.

(2) Mowee, Mawi ó Mowi. Esta isla, separada en dos partes por un istmo muy bajo, tiene 38 millas de larga. Rienzi, en su *Océanie*, ha dicho equivocadamente : «La Perouse fondeó en Hauai.»

numerosas, que un espacio de tres ó cuatro leguas podria tomarse por un solo pueblo; pero como todas están á la orilla del mar, y las montañas tan cerca unas de otras, me ha parecido que el terreno habitable tiene apenas media legua de profundidad. Es preciso ser marino y hallarse reducido como nosotros lo estábamos en estas regiones ardientes á una botella de agua diaria, para formarse una idea exacta de las sensaciones que esperimentábamos. Los árboles que coronaban las montañas, la verdura, los plátanos que daban sombra á las chozas, todo producia en nuestros sentidos un encanto indefinible.

Unas ciento cincuenta piraguas se destacaron de la costa cargadas de frutas y de cerdos, que los indios nos ofrecian en cambio de pedazos de hierro, y casi todas abordaron á una ú otra fragata; pero



Fondeadero de las fragatas francesas en la bahía de la isla Mowee [1] (archipiélago de las islas Sandwich).

nuestra velocidad era tal, que se llenaban de agua á lo largo de nuestro bordo. Los indios no tenian mas remedio que largar la cuerda que les habíamos arriado, se echaban á nado, y corriendo en seguida tras de sus cerdos y tomándolos en brazos, levantaban en alto las piraguas, vaciaban el agua que contenian, entraban otra vez en ellas muy alegres, y á fuerza de remo trataban de colocarse junto á nuestras fragatas en el puesto que habian tenido que abandonar, ocupado inmediatamente por otros á quienes acaecia en breve el mismo percance. De este modo vimos volcar sucesivamente mas de cuarenta canoas; y á pesar de que el tráfico que haciamos era tan conveniente á ellos como á nosotros, no nos fué posible procurarnos mas de quince cerdos y algunos frutos, y perdimos la ocasion de negociar cerca de otros trescientos.

Las piraguas eran de batanga, y cada una llevaba de tres á cinco hombres; las medianas tendrian veinte y cuatro piés de largo, uno de ancho, y casi lo mismo de profundidad; pesamos una de la dimension indicada, y su peso no escedia de cincuenta libras. Con estas ligeras navecillas, los habitantes

[1] Véase el Atlas de la Perouse (dibujo de Blondela).

de estas islas hacen escursiones de sesenta leguas, y atraviesan rias de veinte leguas de anchura, como la que hay entre Atooi y Wohaoo, donde la mar es muy brava; pero son tan buenos nadadores, que no se les puede comparar mas que con las focas y los lobos marinos.

A medida que nos acercábamos, parecia que las montañas se alejaban hácia el interior de la isla, la cual tomaba á nuestros ojos la forma de un espacioso anfiteatro, pero de un verde amarillento. Las cascadas habian desaparecido, los árboles estaban mucho mas distantes en la pradera, y las aldeas se componian de diez ó doce cabañas solamente, muy separadas unas de otras.

El 30 de mayo de 1786, á las ocho de la mañana, cuatro botes de ambas fragatas estaban listos para bajar á tierra: los dos primeros conducian veinte soldados armados, al mando de M. de Pierrevert, teniente de navío. M. de Langle y yo, seguidos de todos los pasajeros y oficiales francos de servicio, ocupábamos los dos restantes. Este aparato no asustó á los habitantes, que desde el amanecer se hallaban en sus piraguas junto á nuestros buques, continuando su tráfico. Estos indios no nos siguieron á tierra y conservaron el aire de confianza que no habia cesado de pintarse en sus semblantes. Unas ciento veinte personas entre hombres y mujeres nos esperaban á la orilla del mar. Los soldados desembarcaron primero acompañados de sus oficiales, y una vez fijado el espacio de terreno que queriamos reservarnos, continuaron con la bayoneta en el fusil haciendo el servicio como si estuvieran en presencia del enemigo. Estas medidas no produjeron ninguna impresion en los habitantes; los hombres, en una actitud respetuosa, trataban de indagar el motivo de nuestra visita á fin de satisfacer nuestros deseos. Dos indios que parecian tener alguna autoridad sobre los otros, se adelantaron, me dirijieron gravemente una arenga bastante larga, de la cual no comprendí ni una sola palabra, y cada uno me presentó un cerdo que acepté. Yo les regaló á mi vez medallas, hachas y varios pedazos de hierro, objetos de inestimable valor para ellos. Mis presentes produjeron el mejor efecto; las mujeres redoblaron sus caricias, pero eran poco halagüeñas; sus rasgos no tenian nada de delicados.

Aunque los franceses hayan sido los primeros que en estos últimos tiempos llegaran á la isla de Mowee, no creí deber tomar posesion de ella en nombre del rey; con respecto á esto, los usos de los europeos son lo mas ridículos que darse puede. Los filósofos deben deplorar sin duda el ver á los hombres, que solo porque tienen cañones y bayonetas, consideran como nada sesenta mil de sus semejantes; que sin respeto por los mas sagrados derechos, miran como objeto de conquista la tierra que sus habitantes han fecundado con el sudor de sus frentes, y que desde muchos siglos sirve de sepultura á sus antepasados. Al describir las costumbres de pueblos desconocidos, los navegantes modernos no se proponen otra idea que la de completar la historia de la humanidad; su esploracion debe acabar de dar á conocer todo el globo, y las luces que tratan de difundir, no tienen mas objeto que el hacer mas felices á los isleños que visitan, y aumentar sus medios de subsistencia (¹).

El suelo de la isla está compuesto de restos de lava y otros materias volcánicas. Los habitantes no beben mas que agua salobre que sacan de pozos poco profundos, y tan escasa, que dificilmente podria dar cada pozo media barrica de agua diaria. Durante nuestra escursion, vimos cuatro lugarcillos de diez á doce casas, construidas y cubiertas con paja, de la misma forma que las de nuestros aldeanos mas pobres: la techumbre es de caballete; la puerta tiene tres piés y medio de elevacion, y no se puede penetrar por ella sin agacharse; está cerrada por un simple zarzo que todo el mundo puede abrir sin gran esfuerzo. Los muebles de estas gentes consisten en esteras que, á manera de nuestras alfombras, constituyen un suelo muy limpio encima del cual se acuestan; no tienen mas utensilios de cocina que grandes calabazas, á que dan las formas que quieren cuando están verdes, barnizándolas y adornándolas con todo género de dibujos; tambien he visto algunas pegadas una sobre otra, formando de este modo vasijas muy grandes; parece que la materia empleada para unirlas resiste á la humedad, y yo habria deseado conocer su composicion. Las telas, que tienen en mucha abundancia, están hechas con la morera de papel, como las de los otros isleños; pero aunque su pintura es mas variada, su fabricacion me ha parecido inferior á todas las demás. A mi vuelta, las mujeres que me esperaban á la sombra de los

(¹) Hemos tenido buen cuidado de no suprimir estas reflexiones, que caracterizan tan perfectamente el espíritu del siglo XVIII.

árboles, me dirijieron un discurso : me ofrecieron en regalo muchas piezas de tela, que yo pagué con hachas y con clavos [1].

A las once, nos embarcamos de nuevo en el mejor órden, sin confusion, y sin tener la mas mínima queja de nadie.

Hasta las cinco de la tarde, no acabamos de levar el ancla. Al amanecer, nos dirijimos á la punta del sudoeste de la isla Morotoi que costeé á tres cuartos de legua, y desemboqué, como los ingleses, por el canal que separa la isla de Wohaoo [2] de la de Morotoi : esta última no me ha parecido habitada en esta parte, aunque segun las relaciones inglesas, lo esté mucho en la otra.

MM. Dagelet y Bernizet han medido con el mayor cuidado todas las alturas de la parte de Mowee que hemos recorrido, así como de la isla Morotoi. Los ingleses no han podido jamás indicar nada de exacto, porque nunca se han acercado mas que á la distancia de diez leguas.

El primero de junio, á las seis de la tarde, estábamos fuera de todas las islas; habiamos empleado cuarenta y ocho horas escasas en este reconocimiento, y quince dias á lo sumo para aclarar un punto de geografía que me ha parecido muy importante, puesto que borra de los mapas cinco ó seis islas que no existen.

Los peces que nos habian seguido desde las cercanías de la isla de Pascuas hasta el fondeadero, nos abandonaron completamente. Un hecho digno de atencion es que el mismo banco de peces ha seguido nuestras fragatas; llevaban en el lomo una señal por la que era difícil equivocarnos, y así reconociamos todos los dias los mismos pescados que habiamos visto la víspera. Es de creer que, sin nuestro descanso en las islas Sandwich, nos habrian seguido doscientas ó trescientas leguas mas, es decir, hasta la temperatura que hubiesen podido resistir.

Salida de las islas Sandwich. — Indicios de la proximidad de la costa de América. — Reconocimiento del monte San Elías. — Descubrimiento de la bahía Monti. — Los botes van á reconocer la entrada de un gran rio, al que conservamos su nombre de rio de Behring. — Reconocimiento de una bahía muy profunda. — Informe favorable de varios oficiales, y peligros que corremos al entrar. — Descripcion de esta bahía, á la que pongo el nombre de bahía ó puerto de los Franceses. — Usos y costumbres de sus habitantes. — Cambios que hacemos con ellos. — Pormenor de nuestras operaciones durante nuestra permanencia.

Los vientos de este continuaron hasta los 30 grados de latitud norte; navegamos al norte, y el tiempo estuvo hermoso. Las provisiones frescas que nos habiamos proporcionado en las islas Sandwich aseguraban á las tripulaciones de las dos fragatas un alimento sano y agradable durante tres semanas ; sin embargo, no pudimos conservar vivos los cerdos por falta de agua y alimento, y los mandé salar, segun el método del capitan Cook ; pero esos cerdos eran tan pequeños que apenas pesaban veinte libras.

[1] Es de sentir que no tuvieran un intérprete. Los indígenas de las islas Sandwich no carecen de elocuencia. El sabio Ellis ha traducido muchas de sus poesías, y entre otras un canto fúnebre compuesto por la mujer de un gefe de Mowee, que dice así :

Ha muerto mi señor y amigo ;
Mi amigo en la estacion del hambre,
Mi amigo en el tiempo de la sequía,
Mi amigo en la pobreza,
Mi amigo en la lluvia y el viento,
Mi amigo en el calor y el sol,
Mi amigo en el frio de la montaña,
Mi amigo en la tempestad,
Mi amigo en la calma,
Mi amigo en los ocho mares,
¡ Ay ! ¡ ay ! Ha partido mi amigo,
Y ya no volverá.

[2] Isla Uahu.

El 6 de junio, por los 30 grados de latitud norte, los vientos pasaron al sudeste y el cielo se cubrió; todo anunciaba que habiamos entrado en otra zona, y temia echar de menos en breve aquellos tiempos serenos que nos habian mantenido en buena salud.

Mis temores sobre las brumas se realizaron prontamente; principiaron el 9 de junio, por los 34 grados de latitud norte, y no aclaró el tiempo hasta el 14 del mismo, al hallarnos á 41 grados. La humedad era escesiva; la niebla ó la lluvia habia penetrado todas las ropas de los marineros; no teniamos un rayo de sol para secarlas, y en la bahía de Hudson habia hecho yo la triste esperiencia de que la humedad fria era quizá el principio mas activo del escorbuto. Nadie estaba enfermo aun; pero al cabo de tan larga permanencia en la mar, todos debiamos estar predispuestos á esa dolencia. Mandé, pues, que dieran á cada marinero ó soldado un par de botas, y les devolvimos los chalecos y los calzones de tela que se recojieron á la salida de los mares del cabo de Hornos.

Mi cirujano, que se cuidaba de todo esto con M. Clonard, me propuso tambien que mezcláramos al *grog* del almuerzo una infusion de quina, que sin alterar mucho el gusto de la bebida, podia producir efectos saludables. Tuve que mandarlo en secreto; pues en otro caso los hombres no habrian querido tomar el grog, pero como nadie lo conoció, no hubo reclamacion alguna sobre el nuevo régimen.

Estas precauciones tuvieron buen éxito; pero no eran ellas solas las que nos ocupaban durante tan larga travesía. Mi carpintero ejecutó, bajo la direccion de M. de Langle, un molinillo de trigo; sin embargo, cuando quisimos usarle, el tahonero dijo que el grano estaba quebrantado y no molido, y así el trabajo de cuatro hombres durante todo un dia no habia producido mas que veinticinco libras de mala harina. Como nuestro trigo formaba cerca de la mitad de nuestros medios de subsistencia, nos habríamos hallado en el mayor apuro, sin la imaginacion de M. de Langle, quien ayudado por un marino que habia sido aprendiz de molinero, intentó adaptar á nuestras pequeñas piedras un aparato de molino de viento. Primero probó, no con mal resultado, unas aspas movidas por el aire, y luego las reemplazó con una cigüeñuela; desde entonces obtuvimos una harina tan esquisita como la de los molinos ordinarios, y podiamos moler cada dia dos quintales de trigo.

Desde nuestra salida de las islas Sandwich hasta nuestra llegada al monte Elías, los vientos no dejaron nunca de sernos favorables. A medida que avanzábamos al norte y nos acercábamos á América, veiamos pasar algas de una especie absolutamente nueva para nosotros; una bola del grueso de una naranja terminaba un tubo de cuarenta á cincuenta piés de largo; parecia el tallo de una cebolla espigada. Las ballenas de las mayores dimensiones y los somormujos nos anunciaron tambien la proximidad de la tierra, que al fin apareció el 23, á las cuatro de la madrugada; una vez disipada la niebla vimos de repente una larga cordillera de montañas cubiertas de nieve, que habriamos podido distinguir á treinta leguas si el tiempo hubiese estado claro; reconocimos el monte San Elías de Behring, cuya punta se elevaba sobre las nubes (¹).

La vista de la tierra, que al cabo de una larga navegacion procura ordinariamente impresiones tan agradables, no produjo en nosotros el mismo efecto; con pesar veiamos aquellas masas de nieve que cubrian una tierra estéril y sin árboles; las montañas parecian algo distantes del mar, que se estrellaba contra una meseta de ciento cincuenta á doscientas toesas de altura. Esa meseta, negra como calcinada por el fuego, y desprovista de toda verdura, contrastaba de un modo singular con la blancura de la nieve que se distinguia á través de las nubes; servia de base á una larga cordillera de montañas que parecia estenderse á 15 leguas del este al oeste. Al pronto creimos estar cerca; la cumbre de los montes aparecia por encima de nuestras cabezas y la nieve esparcia cierta claridad, muy propia para engañar los ojos de los que no están acostumbrados á ella; pero á medida que adelantamos, distinguimos delante de la meseta unas tierras bajas cubiertas de árboles, que tomamos por islas; era probable que allí debiamos encontrar un abrigo para nuestros buques, así como tambien agua y leña. Una bruma muy densa envolvió la tierra todo el dia 25; pero el 26 hizo buen tiempo y la costa apareció con

(¹) M. Dagelet determinó la altura del monte San Elías (descubierto y nombrado por Behring) en 1,980 toesas, y á ocho leguas en el interior de las tierras. Cook dice que el monte San Elías está á 12 leguas en el interior, de las tierras por 60° 27′ de latitud y 219 grados de longitud, meridiano de Greenwich.

todas sus formas á las dos de la madrugada. La prolongué á dos leguas deseando hallar un puerto [1].

Los vientos del sur y las brumas continuaron el 29, y el tiempo no aclaró hasta el 30 al mediodia; pero por instantes distinguiamos las tierras bajas, de las que nunca me aparté mas de cuatro leguas; segun nuestros cálculos, estábamos á cinco ó seis leguas al este de la bahía que llamó Cook bahía de Behring [2]. Navegamos á toda vela hácia la tierra, con vientos ligeros del oeste sudoeste, y dintinguimos al este una bahía que parecia muy profunda y que al pronto tomé por la de Behring; nos acercamos á legua y media de ella, y reconocí distintamente que las tierras bajas se juntaban como en la bahía Monti, con tierras mas altas, y que no habia bahía. Sin embargo, el mar estaba blanquecino y casi dulce; todo anunciaba que estábamos en la embocadura de un gran rio. Reconocimos un banco de



Vista del monte San Elías [3], segun el Atlas de la Perouse.

arena á flor de agua, á la entrada de un gran rio que desembocaba en la mar por dos aberturas bastante anchas; pero cada una de estas embocaduras tenia una barra como la del rio de Bayona, sobre la cual se estrellaba el mar con tanta fuerza, que no pudieron acercarse nuestras embarcaciones. M. de Clonard pasó cinco ó seis horas buscando en vano una entrada; vió humos, señal de que el país estaba habitado, y nosotros distinguimos una mar serena mas allá del banco, y una corriente de muchas leguas de anchura y dos de profundidad. Conservé á este rio el nombre de Behring, y me parece que la bahía de este nombre no existe, y que el capitan Cook supuso que existia sin verla, pues pasó á diez ó doce leguas de distancia.

El primero de julio, al mediodia, aparejamos con una ligera brisa del sudoeste, prolongando la tierra á dos ó tres leguas.

(1) La Perouse concibió muy luego la esperanza de haberle hallado; pero la bahía que vió y que nombró *bahía Monti* del nombre de uno de sus oficiales, carecia de abrigo contra los vientos.

(2) Esta observacion ha hecho dudar que fuese cierto que ningun navegante hubiese visitado ese punto de la costa antes de la Perouse; pero los naturales debian estar hacia mucho tiempo en relacion con los europeos en puntos mas lejanos.

(3) Véase la descripcion de este monte en la relacion de Vancouver (*A Voyage of discovery to the north Pacific ocean*, etc.; 1790-1795), y en la de sir E. Belcher (*Narrative of a voyage round the world performed on her majesty's ship Sulphur*, 1836-1842). — Segun Belcher, el monte San Elías no está tan cubierto de nieves, y estas no tienen la altura que supone Vancouver.

Vancouver determina la posicion del monte San Elías á una distancia de 25 millas de la costa del mar mas próximo, que es el de la bahía de Hielo; y habla con entusiasmo de la magnificencia del espectáculo que ofrecen el monte San Elías y la cordillera de colinas que le sirve de base.

El monte San Elías está en los límites de la Nueva Bretaña y de la América rusa.

El 2, al mediodia, determiné el monte Buen Tiempo ([1]) al norte 6 grados del compas. A las dos de la tarde tuvimos conocimiento de una hondonada un poco al este del cabo Buen Tiempo, á la cual nos dirijimos porque me pareció una hermosa bahía. Desde los buques distinguiamos una gran calzada de rocas, detras de la cual el mar estaba sereno; esta calzada parecia tener trescientas ó cuatrocientas toesas de largo del este al oeste, y se terminaba á unas 240 brazas de la punta del continente, dejando una abertura bastante ancha, de modo que la naturaleza parecia haber hecho, á la estremidad de la América, un puerto como el de Tolon, aunque mas vasto en su plan como en sus medios: este nuevo puerto podia tener de tres á cuatro leguas. M. de Flassan y M. Boutervilliers, dieron de él el informe mas favorable; habian entrado y salido muchas veces, y constantemente hallaron de siete á ocho brazas de agua en medio del paso, y cinco brazas á veinte toesas en cada uno de los estremos; añadieron que dentro de la bahía habia de diez á doce brazas con buen fondo.

En vista de su informe, me determiné á navegar hácia aquel paso.

Muy luego distinguimos salvages que nos hacian señales de amistad, estendiendo y moviendo sus capas blancas y algunas pieles; muchas piraguas de estos indios pescaban en la bahía, donde el agua estaba serena como en un estanque, en tanto que se veia la escollera cubierta de espuma; pero el mar estaba en calma mas allá del paso, nueva prueba de que tenia una profundidad considerable.

A las siete de la tarde nos presentamos; el viento era flojo y el reflujo tan fuerte, que fué imposible dominarle; sin embargo, me mantuve cerca toda la noche, y al siguiente dia comuniqué mis observaciones á M. de Langle; pero el informe de sus dos oficiales era favorable; habian sondado el paso y el interior de la bahía, y dijeron que aquella corriente, que nos parecia tan violenta, habia sido dominada por ellos muchas veces con un bote, de manera que M. de Langle creyó que aquella arribada nos convenia mucho, y sus razones me parecieron tan fundadas que no vacilé en admitirlas.

Este puerto no habia sido visto nunca por ningun navegante. Está situada á treinta y tres leguas al noroeste del de los Remedios, último término de los navegantes españoles, á unas doscientas veinticuatro leguas de Nootka y á cien leguas de Williams-Sound; por consiguiente, creo que si el gobierno pensara fundar algun establecimiento en esta parte de la costa de América, ninguna nacion podria oponer al plan ningun derecho ([2]). La tranquilidad del interior de esta bahía era bien seductora para nosotros, que estábamos en la absoluta necesidad de hacer y cambiar casi enteramente nuestra estiva, á fin de sacar cinco cañones que teniamos en el fondo, y sin los cuales era imprudente navegar por los mares de la China ([3]), frecuentemente infectados de piratas. Puse á este lugar el nombre de *puerto de los Franceses.*

Navegamos á las seis de la mañana para llegar cuanto antes á la entrada. *L'Astrolabe* precedia á la fragata. Los vientos eran del oeste al oeste sudoeste; de modo, que contando con la direccion de la entrada, todo parecia favorecernos, pero á las siete de la mañana, cuando estuvimos en el paso, los vientos cambiaron al oeste noroeste y al noroeste cuarto oeste, de manera que hubo que relingar; por fortuna la marea llevó á nuestras fragatas á la bahía, haciéndonos salvar las peñas de la punta del este á medio tiro de pistola. Anclamos dentro, á tres brazas y media con fondo de roca, y á unas 60 brazas de la orilla. *L'Astrolabe* hizo lo mismo, con iguales condiciones.

En los treinta años que hace que navego no me ha sucedido nunca ver dos naves tan á punto de perderse; la circunstancia de ocurrir esta desgracia al estremo del mundo, habria hecho que fuera mas grande; pero ya no habia peligro.

M. de Escures, que fué enviado al momento á visitar el fondo de esta bahía, me dió el informe mas ventajoso. Habia dado vuelta á una isla cerca de la cual podiamos fondear á 25 brazas con fondo de fango; ningun sitio era mas cómodo para colocar nuestro observatorio: la leña, cortada ya, estaba

([1]) O *Fairweather*, nombre dado por Cook (3 de mayo de 1788). El monte Buen Tiempo está situado por 58 grados de latitud, y 222° 47′ de longitud, á una distancia de 9 millas de la ribera mas próxima.

([2]) Desde que la Perouse esploró la costa noroeste de la América, del monte San Elías á Monterey, dos navegantes ingleses, Dixon en 1787, y Meares en 1788 y 1789, hicieron casi el mismo viaje, para asuntos de comercio. » (Milet-Mureau.) — A estos deben añadirse los nombres de Vancouver, Belcher, etc.

([3]) La espedicion debia llegar á la China en los primeros dias de febrero.

esparcida por la tierra, y unas hermosas cascadas se despeñaban desde lo alto de las cumbres hasta el mar. Habia penetrado hasta el fondo de la bahía, dos leguas mas allá de la isla, y la vió cubierta de hielos. Habia distinguido la entrada de dos vastos canales, y deseando volver á darme cuenta de su encargo, no los habia reconocido.

En vista de este informe, nuestra imaginacion nos presentó la posibilidad de penetrar quizá por uno de aquellos canales, hasta el interior de la América. Habiendo calmado el viento á las cuatro de la



Piragua de los habitantes del puerto de los Franceses, segun el Atlas de la Perouse.

tarde, nos dirijimos hácia la meseta de arena de M. Boutin, y *l'Astrolabe* pudo aparejar y llegar al fondeadero de la isla ; yo me reuní con esta fragata al otro dia, á favor de una brisa del este sudeste y de nuestros botes y lanchas.

Durante nuestra permanencia forzosa á la entrada de la bahía, nos habiamos visto rodeados de piraguas y de salvages. En cambio de nuestro hierro, nos proponian pescado, pieles de nutria ó de otros animales, y diferentes cosas de su traje ; con asombro vimos que parecian estar acostumbrados al tráfico, y sabian regatear como los europeos mas astutos. De todos los artículos de comercio, nada deseaban como el hierro ; aceptaron tambien algunas sartas de abalorios, pero mas bien les servian para cerrar un trato que para formar la base del cambio. Mas tarde conseguimos que tomaran platos y jarros de estaño ; pero estos artículos obtuvieron un éxito pasagero, y el hierro volvió á ser superior á todo. Este metal no les era desconocido ; todos ellos tenian al cuello un puñal parecido al crid de los indios, aunque se diferenciaba en el mango, que era la prolongacion de la hoja, redonda y sin filo. Traian este instrumento encerrado en una vaina de piel curtida, y parecia ser el objeto que consideraban mas precioso. Como examináramos nosotros muy atentamente estos puñales, nos hicieron señal de que los usaban solamente contra los osos y demas fieras de los bosques. Algunos eran de cobre rojo, y no parecia que los preferian á los de hierro. El cobre es bastante comun entre ellos, y le emplean mas particularmente en collares, brazaletes, y otros adornos, así como en hacer puntas para sus flechas.

En cuanto estuvimos establecidos detras de la isla, casi todos aquellos salvages vinieron á nosotros. La noticia de nuestra llegada se esparció muy luego en las inmediaciones, y entonces vimos venir muchas piraguas cargadas de una cantidad considerable de pieles de nutria, que aquellos indios cambiaron por hachas y hierro en barra. Nos daban sus salmones por pedazos de aros viejos ; pero muy

luego los cambios se hicieron mas difíciles y ya no nos querian dar salmon mas que por clavos ó instrumentos de hierro. Creo que no hay comarca en el mundo donde la nutria marina sea mas comun que en esta parte de América, y no me estrañaria que un establecimiento que estendiera desde aquí su comercio hasta cuarenta ó cincuenta leguas por la orilla del mar, reuniera cada año diez mil pieles de nutria. M. Rollin, cirujano mayor de mi fragata, ha despellejado y disecado la única nutria que nos hemos podido procurar; por desgracia apenas tenia cinco meses y no pesaba mas que ocho libras y media. *L'Astrolabe* cojió una que sin duda se les habia escapado á los salvages, pues estaba gravemente herida; esta pesaba setenta libras. M. de Langle mandó que la prepararan para disecarla, pero como fué en la crísis en que nos hallamos al entrar en la bahía, las operaciones preparatorias se hicieron mal, y no pudimos conservar ni la cabeza ni la mandíbula.

La nutria marina es un animal anfibio, mas conocido por la hermosura de su piel que por la descripcion exacta del individuo. Los indios del puerto de los Franceses la llaman *skecter;* los rusos la dan el nombre de *colry-morsky* (¹), y distinguen la hembra con la palabra *maska*. Algunos naturalistas han hablado de ella bajo la denominacion de *saricoviana;* pero la descripcion de la saricoviana de Buffon, no tiene nada que ver con este animal, que no se parece ni á la nutria del Canadá ni á la de Europa.

Desde nuestra llegada á nuestro segundo fondeadero, establecimos el observatorio en la isla, que solo distaba de nuestros buques un tiro de fusil; allí formamos un establecimiento para el tiempo que durase nuestra permanencia en aquel puerto; levantamos tiendas para nuestros veleros y herreros, y gobernamos las barricas de agua. Como todas las aldeas indias estaban sobre el continente, nos lisonjeábamos de poder estar seguros en nuestra isla; pero en breve nos convencimos de lo contrario. Ya habiamos visto que los indios eran muy ladrones; pero no les suponiamos la actividad y obstinacion que se requieren para ejecutar los proyectos mas largos y difíciles. Pasaban las noches espiando el momento oportuno para robarnos; mas nosotros estábamos alerta, y rara vez burlaron nuestra vigilancia. Ademas, yo habia establecido la ley de Esparta; el robado era castigado, y si no aplaudiamos al ladron, al menos no reclamábamos nada á fin de evitar toda disputa que habria podido tener funestas consecuencias. No me disimulaba yo que esta dulzura les hacia insolentes; sin embargo, habia tratado de convencerles de la superioridad de nuestras armas, y para esto habian disparado en su presencia un cañon con bala, á fin de hacerles ver que se les podia alcanzar de lejos: y la bala de un fusil habia atravesado, tambien en su presencia, una coraza que nos habian vendido, despues de habernos hecho comprender con señales, que era impenetrable á las flechas y á los puñales; por último, nuestros cazadores, que eran muy diestros, mataban á los pájaros que volaban sobre sus cabezas.

Estoy seguro de que jamás creyeron inspirarnos sentimientos de temor; pero su conducta me ha probado que nos creian de una paciencia á toda prueba. Muy luego me obligaron á levantar el establecimiento de la isla, pues llegaban á él de noche, atravesando un bosque muy espeso en el cual nos era imposible penetrar de dia, y arrastrándose como culebras sin hacer ruido, lograban robarnos algo á pesar de los vigilantes; hasta tuvieron la destreza de entrar de noche en la tienda donde se acostaban M. de Lauriston y M. Darbaud, que estaban de guardia en el observatorio, y robaron una escopeta guarnecida de plata, así como los uniformes de estos oficiales, que por precaucion habian puesto bajo su cabecera; una guardia de doce hombres no los distinguió y los dos oficiales no se despertaron. Este último robo nos habria importado poco, sin la pérdida del cuaderno original donde estaban escritas todas nuestras observaciones astronómicas desde nuestra llegada al puerto de los Franceses.

Estos obstáculos no impedian que nuestras lanchas trabajasen en hacer agua y leña; todos nuestros oficiales se hallaban sin cesar á la cabeza de los diversos destacamentos de hombres que teniamos que enviar á tierra, y su presencia y el buen órden contenian á los salvages.

Mientras tomábamos nuestras disposiciones para emprender la marcha, M. de Monneron y M. Bernizet levantaban el plano de la bahía en un bote bien armado; yo no habia podido darles algunos ofi-

(¹) Segun Coxe, se llama *bobry-morsky*, ó castor de mar; la hembra *matka*, y los pequeñuelos hasta que tienen cinco meses, *medviedky*. (Véase una figura de la nutria en la relacion de Cook (abril de 1778). Hoy se cuentan unas veinte especies del género nutria (*Lutra*).

ciales de marina porque estaban todos ocupados; pero habia decidido que estos últimos verificasen aquellos planos.

Quisimos consagrar veinticuatro horas á una cacería de osos, cuyas huellas habiamos visto en las montañas, y partir despues, en atencion á que la estacion se hallaba adelantada.

Ya habiamos visitado el fondo de la bahía, que es quizá el lugar mas estraordinario de la tierra. Para tener una idea de lo que es, hay que representarse un espacio de agua de una profundidad que no se



Establecimiento provisional de las tripulaciones de *la Boussole* y de *l'Astrolabe*.

puede medir en su centro, limitado por montañas á pico de una altura escesiva, cubiertas de nieve, sin siquiera una yerba en ese inmenso conjunto de rocas de una eterna esterilidad. Jamás un soplo de viento rizaba la superficie del agua, que solo se revuelve con la caida de enormes trozos de hielo, que se desprenden con frecuencia de cinco ventisqueros distintos, y que al despeñarse producen un ruido que resuena á lo lejos en las montañas. La atmósfera está tan serena y el silencio es tan completo, que la simple voz de un hombre se oye á media legua, así como el ruido de algunos pájaros marítimos que dejan sus huevos en las cavidades de las rocas.

En el fondo de esa bahía, nos prometiamos encontrar canales por donde podriamos penetrar en el interior de la América. Suponiamos que debia conducir á un gran rio, cuyo cauce podia encontrarse entre dos montañas, y que este rio nacia en uno de los grandes lagos al norte del Canadá. Esa fué nuestra quimera, y hé aquí ahora el resultado. Partimos con las dos grandes lanchas de *la Boussole* y de *l'Astrolabe*. MM. de Monti, de Marchainville, de Boutervilliers y el P. Receveur, acompañaban á M. de Langle; á mí me seguian MM. Dagelet, Boutin, Saint-Ceran, Duché y Prevost. Entramos en el canal del oeste; era prudente no mantenerse á la orilla á causa de la caida de las piedras y de los hielos. Sin embargo, despues de haber hecho legua y media, llegamos á una especie de embudo que concluia en dos ventisqueros inmensos, teniendo que apartar, para entrar allí, los hielos de que el mar estaba cubierto; el agua tenia tal profundidad, que cerca de la tierra no encontré fondo á 120 brazas. MM. de Langle, de Monti y Dagelet, así como otros varios oficiales, quisieron subir al ventisquero, y al

cabo de esfuerzos inauditos y esponiéndose mucho, atravesaron á dos leguas unas grietas muy profundas, sin distinguir otra cosa que una continuacion de hielos y de nieves, que sin duda no acaba sino en la cumbre del monte Buen Tiempo.

Durante esa escursion, mi embarcacion se habia quedado á la orilla; un pedazo de hielo que cayó en el agua, á mas de cuatrocientas toesas de distancia, ocasionó un remolino tan considerable, que el bote fué volcado y arrojado lejos al borde del ventisquero; este accidente se reparó al instante y nos volvimos todos á bordo, habiendo concluido en algunas horas nuestro viaje al interior de América. Yo hice visitar el canal del este por M. de Monneron y M. Bernizet; remataba tambien en dos ventisqueros. Muchos canales han sido trazados en el plano de la bahía.

Continuacion de nuestra permanencia en el puerto de los Franceses. — En el momento de partir nos sucede una horrible desgracia. — Historia de este suceso. — Volvemos á nuestro primer fondeadero. — Salida.

Al otro dia de esta espedicion, el gefe llegó á bordo mejor acompañado y vestido que de costumbre, y despues de muchas ceremonias y bailes, me propuso venderme la isla donde estaba mi observatorio, reservándose sin duda tácitamente para él y los demas indios, el derecho de robarnos. Era muy dudoso que este gefe fuese dueño de ningun terreno, pues segun el gobierno de estos pueblos, el país debe pertenecer á toda la sociedad; sin embargo, como muchos salvages eran testigos del trato, yo podia pensar que le aprobaban y acepté la oferta del gefe, convencido por otra parte, de que el contrato de esta venta podria ser anulado por los tribunales si la nacion queria luego pleitear contra nosotros, pues no teniamos ninguna prueba de que los testigos fueran sus representantes, y el gefe su verdadero propietario. De todos modos, le dí algunas varas de paño encarnado, hachas, hierro en barra y clavos; así como tambien hice regalos á todos los de su comitiva. Concluido así el trato, envié á tomar posesion de la isla con las formalidades ordinarias; hice enterrar al pié de un árbol una botella que contenia una inscripcion relativa á nuestra toma de posesion, con una de las medallas de bronce acuñadas en Francia antes de nuestra marcha (1).

Sin embargo, la obra principal, la que habia sido objeto de nuestra arribada, estaba concluida; nuestros cañones estaban armados, nuestros buques compuestos y teniamos tanta agua y leña como á nuestra salida de Chile. Nos considerábamos como los mas felices de los navegantes por haber llegado á tan larga distancia de Europa sin haber tenido un solo enfermo, ni un solo hombre de las dos tripulaciones con el escorbuto.

Pero aquí nos esperaba la mayor y mas inesperada de nuestras desgracias. Con el dolor mas vivo voy á trazar la historia de un desastre, mil veces mas cruel que las enfermedades y demas sucesos de las navegaciones mas prolongadas. Cedo al deber rigoroso que me he impuesto de escribir esta relacion, y no temo dar á conocer que mi sentimiento despues de la desgracia ha sido acompañado cien veces por mis lágrimas, pues el tiempo no ha podido calmar mi dolor; cada objeto, cada instante, me recuerda la pérdida que hemos tenido, y en una circunstancia en que nos hallábamos tan lejos de temerla.

Los oficiales de marina debian colocar las sondas segun los planes de M. de Monneron y M. Bernizet; en su consecuencia, la trincadura de *l'Astrolabe*, á las órdenes de M. de Marchainville, debia estar pronta para el otro dia, y tambien mandé disponer la de mi fragata, así como el botecillo cuyo mando dí á M. Boutin. M. de Escures, mi primer alférez, caballero de San Luis, mandaba la trincadura de *la Boussole*, y era el gefe de esta pequeña espedicion. Como era hombre de celo demasiado ardiente, le dí instrucciones por escrito, y los detalles en que yo habia entrado sobre la prudencia que le encomendaba le parecieron tan minuciosos, que me preguntó si le tomaba por un niño, y añadió que él habia mandado buques. Yo le espliqué amistosamente el motivo de mis órdenes; le dije que M. de Langle y yo habiamos sondado el paso de la bahía dos dias antes, y que me habia parecido que el oficial que mandaba el

(1) Es la isla del Cenotafio. (Véase mas adelante.)

segundo bote que estaba con nosotros, habia llegado tan cerca de la punta, que hasta la habia tocado; y añadí que toda audacia sin reflexion podia tener las consecuencias mas terribles en una espedicion como la nuestra, donde los peligros aparecen á cada paso. Despues de esta conversacion, le entregué las instrucciones que leí á M. Boutin (1).

Estas instrucciones debian dejarme sin cuidado, puesto que eran dadas á un hombre de treinta y tres años, que habia mandado buques de guerra; ¡cuántos motivos de seguridad!

Las embarcaciones partieron á las seis de la mañana; siendo aquella una espedicion tanto de recreo como de utilidad, debian cazar y almorzar bajo los árboles. Con M. de Escures iban M. de Pierrevert y M. de Montarnal, el único pariente que tenia yo en la marina, y á quien queria como si fuese mi hijo; ningun oficial jóven me habia dado tantas esperanzas, y M. de Pierrevert habia adquirido ya lo que yo esperaba por instantes del otro.

Los siete mejores soldados del destacamento componian la fuerza armada de esta trincadura, en la cual se habia embarcado tambien para sondar el piloto mayor de mi fragata. M. Boutin tenia de segundo en su botecillo á M. Mouton, alférez de fragata; yo sabia que el bote de *l'Astrolabe* estaba mandado por M. de Marchainville, pero ignoraba si tenia otros oficiales.

A las diez de la mañana, ví volver al botecillo, y sorprendido, porque no le esperaba tan pronto, pregunté á M. Boutin antes que subiera á bordo, si habia alguna novedad. En el primer momento, creí que les habian atacado los salvages, pues M. Boutin traia un vivo dolor pintado en la cara; pero en breve me dió la noticia del horrible naufragio que acababa de presenciar, y del cual se habia libertado, porque la firmeza de su carácter le habia permitido ver todos los recursos que quedaban en tan gran peligro. Arrastrado en pos de su comandante en medio de las rompientes que llegaban al paso, en tanto que la marea salia con una velocidad de tres ó cuatro leguas por hora, imaginó presentar á las olas la popa de su bote, que de este modo, impelido por la oleada y cediendo á ella, podia no llenarse, si bien debia ser llevado fuera por la marea y hácia atrás. Muy luego vió las rompientes desde la proa de su buque y se halló en alta mar. Mas ocupado en la salvacion de sus compañeros que en la suya propia, recorrió el borde de las rompientes con la esperanza de salvar á alguno; hasta volvió á meterse en ellas, pero fué rechazado por la marea. Por fin, se encaramó sobre los hombros de M. Mouton á fin de descubrir mayor espacio; ¡vana esperanza! todo habia quedado sumerjido... y M. Boutin volvió á favor de la marea parada (2). Como el mar se habia serenado, este oficial habia conservado alguna esperanza en cuanto á la trincadura de *l'Astrolabe*, pues no habia visto perecer mas que la nuestra. M. de Marchainville se hallaba en aquel momento á un cuarto de legua largo del sitio del peligro, es decir en una mar tranquila como la de un puerto bien cerrado; pero el jóven oficial, movido por una generosidad sin duda imprudente, puesto que todo socorro era imposible en aquellas circunstancias, voló en socorro de sus amigos, se metió en las rompientes, y pereció víctima de su abnegacion y de la desobediencia formal de su gefe.

Muy luego M. de Langle vino á bordo tan abatido por el dolor como yo, y vertiendo lágrimas me dijo que la desgracia era mucho mas grande de lo que yo creia. Desde nuestra salida de Francia se habia impuesto el deber de no destacar nunca á los dos hermanos (3) para un mismo servicio, y solo

(1) Estas instrucciones principiaban así: « Antes de dar á conocer á M. de Escures el objeto de su mision, le prevengo que le prohibo esponer las embarcaciones á ningun peligro..... Si lo hubiera, es decir, si en el paso hubiese rompientes ó estuviese el mar alborotado, como el trabajo no es urgente, dejará para otro dia el echar la sonda, etc. »

(2) « Mi bote, dice M. Boutin en su relacion, estaba detras de nuestra trincadura al alcance de la voz, y yo distinguia la de *l'Astrolabe* á un cuarto de legua dentro de la bahía. M. de Escures me gritó diciendo que el paso estaba malo y que seria bueno ir á almorzar. Yo convine en ello. M. de Pierrevert iba á hablarme, pero volviendo los ojos á la costa del este, vió que nos arrastraba el reflujo. »

M. Boutin esplica así los motivos de la conducta de M. de Escures: « Es imposible que pensara en presentarse en el paso; queria solamente acercarse, y creeria que se hallaba á una distancia suficiente para estar lejos de todo peligro; pero esta distancia le engañó, así como á mí y á las diez y siete personas que estaban en nuestras dos embarcaciones..... Se debe creer que el 13 de julio la violencia de la corriente era hija de causas particulares, como un gran deshielo de nieves, ó fuertes vientos que no habian penetrado en la bahía, pero que sin duda habian soplado con violencia en alta mar. »

(3) MM. la Borde Marchainville y la Borde Boutervilliers.

en esta ocasion, habia cedido al deseo que habian manifestado de ir á pasearse y á cazar juntos; pues uno y otro habiamos considerado siempre bajo este punto de vista la espedicion de las embarcaciones, que creiamos allí tan poco espuestas como en la rada de Brest cuando está hermoso el tiempo.

Las piraguas de los salvages acudieron al punto á darnos parte de aquel funesto acontecimiento; las



Naufragio de dos embarcaciones en el puerto de los Franceses, segun el Atlas de la Perouse.

señales de aquellos hombres demostraban que habian visto perecer á las dos embarcaciones, y que todo socorro habia sido imposible. Les colmamos de presentes, y tratamos de hacerles comprender que todas nuestras riquezas pertenecerian al que salvara á uno de nuestros hombres.

Nada era mas propio para conmoverles; corrieron á las orillas del mar, y se esparcieron por ambos lados de la bahía. Yo ya habia enviado una lancha mandada por M. de Clonard hácia el este donde si alguno, contra toda esperanza, habia tenido la suerte de salvarse, era probable que arribaria. M. de Langle se fué hácia la costa del oeste para no dejar nada por visitar, y yo me quedé á bordo encargado de guardar los dos buques, con las tripulaciones necesarias para no tener nada que temer de los salvages, contra los cuales la prudencia nos aconsejaba estar siempre alerta. Casi todos los oficiales y otros hombres habian seguido á MM. de Langle y Clonard, que anduvieron tres leguas por la orilla del mar, sin descubrir la mas mínima cosa. Yo, sin embargo, habia conservado alguna esperanza; pero la vuelta de nuestras embarcaciones vino á destruir esta ilusion, y acabó de sumerjirme en un dolor indecible.

No teniamos mas que hacer que dejar prontamente un país que nos habia sido tan funesto; pero aun debiamos permanecer algunos dias por las familias de nuestros desgraciados amigos. Una marcha precipitada habria infundido recelos y dudas en Europa; no se habria reflexionado que la corriente no se estiende á mas de una legua fuera del paso, que ni las embarcaciones ni los náufragos habrian podido ser arrastrados á otra distancia, y que el furor del mar en ese sitio no dejaba ninguna esperanza de que volvieran. Si contra toda verosimilitud, alguno de ellos hubiese podido volver, como solo podia ocurrir esto en las cercanías de la bahía, formé la resolucion de esperar algunos dias mas; pero dejé el fondeadero de la isla, y tomé el de la ribera llana de arena, que está á la entrada, en la costa del oeste.

Cinco dias tardé en esta travesía, que, sin embargo, solo es de una legua, y sufrimos un viento de este que nos habria puesto en un gran peligro, si no hubiésemos echado el ancla en un buen fondo de fango; por fortuna las anclas resistieron, pues estábamos á unas 60 brazas de tierra. Los vientos contrarios nos detuvieron mas de lo que yo queria, y no pudimos darnos á la vela hasta el 30 de julio, diez y ocho dias despues del suceso que me ha sido tan penoso describir, y cuyo recuerdo me hará desgraciado eternamente. Antes de nuestra marcha, erijimos en la isla de en medio de la bahía, á la que dí el nombre de *isla del Cenotafio*, un monumento á la memoria de nuestros infortunados compañeros, y M. de Lamanon compuso una inscripcion, que enterró en una botella al pié del cenotafio ([1]).

Nuestra permanencia á la entrada de la bahía, nos hizo adquirir conocimientos sobre los usos y costumbres de aquellos salvages, que no habriamos adquirido en el otro fondeadero. Nuestras naves estaban ancladas cerca de sus aldeas, y les visitamos muchas veces cada dia, teniendo siempre motivos de queja, aunque nosotros observábamos siempre con ellos la mejor conducta.

El 22 de julio, nos trajeron algunos restos de las embarcaciones que habian naufragado, que la mar habia arrojado á la costa del este, muy cerca de la bahía, y nos dieron á entender con señales que habian enterrado á uno de nuestros infortunados compañeros en la orilla adonde le habian sacado las olas. Sobre estos indicios, MM. de Clonard, de Monneron y de Monti, partieron inmediatamente hácia el este, acompañados de los mismos salvages que nos habian traido aquellos restos, y á quienes habiamos colmado de regalos.

Nuestros oficiales anduvieron tres leguas por un camino de piedras espantoso; á cada media hora los guias exijian un nuevo pago, sin lo cual no querian seguir adelante; por fin se internaron en el bosque y se fugaron. Nuestros oficiales advirtieron demasiado tarde que su noticia habia sido forjada para obtener regalos. Vieron en aquella escursion pinares inmensos con pinos de cinco piés de diámetro, y que parecian tener mas de ciento cincuenta piés de altura.

Nuestros viajeros encontraron tambien un morai, que les probó que aquellos indios tenian la costumbre de quemar los muertos y conservar la cabeza, pues hallaron una envuelta en muchas pieles. Este monumento está formado con cuatro estacas bastante fuertes, que sostienen un compartimiento de tablas en el cual reposan las cenizas contenidas en cofres; abrieron estos cofres, deshicieron el paquete de pieles que envolvia la cabeza, y despues de haber satisfecho su curiosidad, volvieron á poner las cosas como estaban, añadiendo algunos presentes, como instrumentos de hierro y sartas de abalorios. Los salvages que habian sido testigos de esta visita mostraron alguna inquietud, pero pronto fueron á cojer los regalos que habian dejado nuestros viajeros. Otros curiosos que fueron al otro dia al mismo lugar, no hallaron mas que las cenizas y la cabeza; tambien dejaron allí nuevos regalos, que fueron recojidos como el dia anterior. Estoy seguro de que los indios habrian deseado muchas visitas por dia; pero si nos permitieron con alguna repugnancia visitar sus tumbas, no sucedió lo mismo con sus chozas; jamás consintieron en dejarnos acercar á ellas sin hacer salir antes á sus mujeres, que son las criaturas mas repugnantes de la tierra.

Cada dia veiamos entrar en la bahía nuevas piraguas, y cada dia poblaciones enteras salian y cedian su puesto á otras. Estos indios temen mucho el paso, y nunca se aventuran en él sino con la mar parada ó el reflujo: por medio de nuestros anteojos distinguiamos que cuando estaban entre las dos puntas, el gefe se levantaba, estendia los brazos hácia el sol, y parecia dirijirle plegarias, mientras los otros remaban fuertemente. Pidiendo noticias sobre esta costumbre, supimos que hacia poco tiempo habian naufragado en el paso siete piraguas grandes, y que otra que iba con ellas se habia salvado; los indios que se salvaron consagraron la barca á su dios ó á la memoria de sus compañeros, pues la vimos al lado de un morai que contenia sin duda las cenizas de algunos náufragos.

Esta piragua no se parecia á las del país, que están hechas con un árbol hendido y levantado á cada lado por una tabla cosida en el fondo de la piragua. Esta tenia un armazon bien hecha, con un forro de piel de lobo marino que la servia de bordage, y tan bien cosido, que los mejores obreros de Europa

([1]) La inscripcion principiaba así : « A la entrada del puerto han perecido veintiun marinos valerosos. Quien quiera que seais, mezclad vuestras lágrimas con las nuestras. »

apenas podrian imitar este trabajo. El forro de que hablo, que medimos con atencion, estaba depositado en el morai al lado de los cofres, y el casco de la piragua, elevado sobre unas estacas, se hallaba cerca del monumento.

Habria deseado tomar este forro ; éramos allí los amos, pues la bahía no estaba habitada, y ademas estoy persuadido de que los náufragos eran estanjeros ; pero hay una religion universal para los asilos de difuntos, y yo quise que aquellos fuesen respetados.

En fin, el 30 de julio á las cuatro de la tarde, aparejamos con una brisa del oeste que no cesó hasta que estuvimos á tres leguas en alta mar ; el horizonte estaba tan despejado, que distinguiamos y determinamos el monte San Elías al noroeste correjido, y que debia distar unas 40 leguas.

A las ocho nos quedaba la entrada de la bahía á tres leguas al norte.

El puerto de los Franceses está situado bajo el 58° 37′ de latitud y á 139° 50′ de longitud oeste (¹).

Cook habia esplorado toda la parte septentrional de la América, á partir del monte Elías subiendo hácia el norte. La Perouse pensó que era inútil seguir su derrota, y que seria mas útil bajar las orillas de la costa hácia el sur hasta Monterey.

El 4 de agosto, reconoció la entrada de Cross-Sound, doble bahía donde se concluyen las altas montañas de nieve (²).

Despues de haber pasado Cross-Sound, contó una infinidad de isletas bajas, con mucha vegetacion, y á cuyo conjunto llamó Cook bahía de las Islas. No hizo mas que entrever en la bruma el puerto de los Remedios, el puerto Guadalupe y el cabo Engaño (³).

Despues descubrieron dos anchas bahías que la Perouse llamó *puerto Necker* y *puerto Guiber* (⁴), y un cabo á que dió el nombre de *Tschirikow*, en honor del navegante ruso que en 1741 habia arribado á esa parte de América. Pasaron sucesivamente por delante de las islas de la Croyere (⁵), el puerto Bucarelli, el cabo San Agustin, las islas San Carlos, la bahía de Clonard, la bahía de la Touche, los islotes Kerouart, el cabo Héctor (⁶), las islas y el cabo de Fleurieu (⁷), las islas Sartines (⁸), las islas Necker, la bahía de San Luis, Nootka, los cabos Redondo y Blanco, el puerto de la Trinidad y el cabo Mendocino (⁹) ; despues pasaron á la vista del puerto de San Francisco, y por fin, el 14 de setiembre, fondearon delante de Monterey. La relacion entra aquí en detalles sobre la California que tenian mucho interés en el siglo último (¹⁰).

A fines de setiembre, la Perouse se alejó de Monterey. El 5 de noviembre, halló por los 23° 34′ de latitud norte, y 166° 52′ de longitud al occidente de Paris, una isleta que llamó *isla Necker*, y que consideró como centro de una isla grande en otro tiempo, pero que habia sido destruida imperceptiblemente por el mar.

(¹) Este puerto se halla situado entre el cabo Buen Tiempo (*Fairweather*) y Cross-Sound. Ofrece la forma de una T cuyo pié toca al mar. Cook, así como Vancouver, despues de Laperouse, pasó por delante de este punto sin notarle.

La isla comprada por la Perouse, llamada isla del Cenotafio, en memoria de la desgracia sucedida allí, está situada á poca distancia de la entrada del puerto, en la línea vertical de la T.

(²) Vancouver dió el nombre de *cabo Spencer* á la punta de la entrada de Cross-Sound. Aunque halló el interior del *sound*, ó canal, cubierto de hielos pequeños de color sucio, le consideró como navegable.

(³) El monte San Jacinto y el cabo Engaño, son el monte y el cabo llamados *Edgecumbe* por Cook el 2 de mayo de 1778. Este monte es un volcan apagado que, segun Lutké, se eleva 2,800 piés sobre el mar. Está situado hácia la mitad de la costa de una isla grande, separada de la isla del Almirantazgo por el estrecho de Chatham, y designada por Vancouver como la principal de un grupo que «honró, segun él dice, con el nombre de *archipiélago del rey Jorge III*.»

(⁴) Uno de estos dos puertos es probablemente el puerto Banks de Dixon.

(⁵) Islas Brumosas de Dixon.

(⁶) Cabo San James de Dixon.

(⁷) Cabo Cos de Dixon.

(⁸) Islas de Berreford de Dixon.

(⁹) Para formar un mapa detallado y completo de los diferentes puntos de esta costa, se deben comparar los resultados obtenidos principalmente por Behring (1728), Cook (1778), la espedicion española de 1775, la Perouse (1787), Dixon (1787), Vancouver (1793) y Belcher (1839).

(¹⁰) Véase sobre la California la relacion de Drake.

A veintitres leguas al oeste, estuvo á punto de zozobrar sobre un escollo peligroso, que llamó el *paso de las Fragatas francesas.*

El 14 de diciembre, estaba á la vista de las Marianas, y se detuvo delante de las rocas de los Mangs.

El 28, tuvo conocimiento de las islas ó islotes Bashées ó Bachi, ya visitados por Byron y Dampier [1].

El 2 de enero de 1787, fondearon al norte de la isla Ling-ting, y al otro dia en la rada de Macao.

« En Macao, dice la Perouse, se está tan lejos de la China como en Europa, por la suma dificultad de penetrar en ese imperio, y así es que no imitaré yo á los viajeros que han hablado de él sin conocerle, y me limitaré á describir las relaciones de los europeos con los chinos, la estremada humillacion á que están sujetos, la escasa proteccion que pueden hallar en el establecimiento portugués de la costa de la China, y en fin, lo importante que podria ser la ciudad de Macao para una nacion que se condujera con justicia, pero con firmeza y dignidad, respecto del gobierno que es quizá el mas injusto, opresor y cobarde que hay en el universo. »

Las fragatas salieron de Macao el 5 de febrero, y fondearon el 28 delante de Cavite, á 3 leguas al sudoeste de Manila. Mientras permanecieron en este puerto, los oficiales fueron á visitar la capital de las Filipinas. Las observaciones que hicieron no ofrecen en el dia interés ninguno.

Cavite. — Isla Formosa. — Islas de los Pescadores. — Isla Botol. — Isla Quelpaert. — Cabo Noto. — Costa de Tartaria. — Isla Sakalian *(Oku-Yezo)*. — Bahía de Langle. — Descubrimiento de un canal entre el alto Yezo y el Yezo. — El Kamtschatka.

El 9 de abril de 1787, la Perouse se alejó de Cavite con la intencion de doblar las islas de los diferentes pasos de la bahía de Manila ; pero contaba sin los vientos del nordeste, y las dos fragatas no eran bastante fuertes para luchar contra los vientos contrarios. El 21 de abril, tuvieron conocimiento de la isla Formosa ; determinaron las islas meridionales de los Pescadores, y luego costearon diversas islas, Botol, Tabaco-Xima, Kusni, Noapin-Su y Tiaoyu-Su. Estudiaron con los anteojos la ribera de la isla Quelpaert, primer punto interesante antes de la entrada del canal del Japon. Esta isla, perteneciente al rey de Corea, y conocida de los europeos únicamente por el naufragio del navío holandés *Sparow-Hawk*, en 1635, les pareció muy fértil y bien cultivada. El 25 de mayo, pasaron la noche en el estrecho de Corea [2]. A unas 20 leguas de este último país, descubrieron á 37° 25′ de latitud norte y 129° 2′ de longitud oriental, una isla que no estaba trazada en ningun mapa y que llamó *isla Dagelet*, por el nombre de este astrónomo que fué el primero que la vió.

El 6 de junio, tuvieron conocimiento de la tierra del Japon, en el cabo Noto. Como la Perouse no habia tenido otro objeto en su esploracion de la costa del Japon, que aplicar al mar de Tartaria sus verdaderos límites del norte al sur, continuó su derrota despues de apuntar algunas observaciones.

Distinguieron la costa de Tartaria el 11 de junio, y arribaron al puerto que separa la Corea de la Tartaria de los manchuris.

« Las montañas, dice la Perouse, sin tener la elevacion de las de América, tienen al menos seiscientas ó setecientas toesas de altura.

[1] Guillermo Dampier dió el nombre de Bachi á estas islas, aludiendo al licor que hacen sus habitantes con semillas fermentadas.

[2] Krusenstern supone que la Perouse distinguió al este aquella noche la parte meridional de la isla de Tsus, pero que creyó ver el continente.

De la misma opinion es Buache, autor de los mapas del Viaje de la Perouse.

Por lo demas, la isla de Tsus pertenece al Japon y está poco distante de la costa.

» La costa era muy escarpada, pero se hallaba cubierta de árboles y de verdura. Sobre la cumbre de las montañas mas elevadas se veia nieve aunque en corta cantidad; por lo demas, no se distinguia señal alguna de cultivo ó de habitacion, y pensamos que los tártaros manchuris, que son nómadas y pastores, preferian á esos bosques y montañas, llanuras y valles donde sus ganados hallaban un alimento mas abundante. En un espacio de mas de cuarenta leguas á longo de costa, no encontramos la embocadura de ningun rio.

» Hicimos nuestras observaciones en los dias 12, 13 y 14, prolongando la tierra á tres leguas cortas.

» El 15 y 16, hubo mucha niebla; nos alejamos poco de la costa de Tartaria que distinguiamos cuando aclaraba un poco; pero este último dia será célebre en nuestro viaje por la ilusion mas completa que he tenido desde que navego.

» A las cuatro de la tarde el cielo se puso muy despejado; descubrimos el continente que se estendia del oeste cuarto sudoeste al norte cuarto nordeste, y poco despues al sur una tierra grande que iba á reunirse con la Tartaria hácia el oeste, no dejando entre ella y el continente una abertura de 15 grados. Distinguiamos las montañas, los barrancos, en suma, todos los detalles del terreno, y no podiamos concebir por donde habiamos penetrado en aquel estrecho, que debia ser el de Tessoy y al cual habiamos renunciado. En esta situacion, mandé recojer el viento y navegar al sur sudeste, pero en breve todo aquello desapareció. El banco de bruma mas estraordinario que habia visto en mi vida habia ocasionado nuestro error; le vimos disiparse: sus formas se elevaron y se perdieron en las nubes, y aun habia bastante luz para que no nos quedara niguna incertidumbre sobre la inexistencia de aquella tierra fantástica. Navegamos toda la noche sobre el espacio de mar que me habia parecido ocupaba, y al despuntar el dia nada se presentó á mis ojos; sin embargo, el horizonte era tan vasto, que veiamos perfectamente la costa de Tartaria á la distancia de mas de quince leguas.

» La bruma fué tambien muy densa en los dias 17, 18 y 19; al cabo, en la tarde del 19 se disipó y nos hallamos á tres leguas de tierra; determinamos una estension de costa de mas de 20 leguas desde el oeste sudoeste hasta el norte nordeste. Todas las formas estaban bien pronunciadas; la atmósfera mas pura nos permitia distinguir todos los matices, pero no vimos en ninguna parte la apariencia de una bahía.

» Igual oscuridad tuvimos el 21 y el 22; pero estábamos tan cerca de la costa, que la distinguiamos en cuanto aclaraba un poco; el frio aumentó cuando llegamos á los 45 grados.

» El 23, los vientos estaban fijos al nordeste, y me decidí á navegar hácia una bahía que veia al oeste noroeste, donde era verosímil que hallariamos un buen fondeadero. Echamos el ancla á las seis de la tarde, sobre 24 brazas con fondo de arena á media legua de la orilla. La llamé *bahía de Ternai*. Está situada por los 45° 13′ de latitud norte y 135° 9′ de longitud oriental.

» Habiamos salido de Manila hacia setenta y cinco dias, y en este tiempo habiamos prolongado las costas de la isla Quelpaert, de la Corea y del Japon; pero como esas comarcas estaban habitadas por pueblos bárbaros con respecto á los estranjeros, no pensamos en saltar á tierra; por el contrario, sabiamos que los tártaros eran hospitalarios, y ademas nuestras fuerzas nos bastaban para imponer respeto á las pequeñas poblaciones que podiamos hallar en la orilla del mar. Deseábamos con ardor reconocer esa tierra, que ocupaba nuestra imaginacion desde nuestra salida de Francia, pues era la única parte del globo que habia escapado á la incansable actividad del capitan Cook, y quizá debemos al funesto suceso que puso fin á sus dias, la pequeña ventaja de haber llegado á ella los primeros. Era evidente para nosotros que el *Kastrikum* (1) no habia navegado nunca por la costa de Tartaria, y nos lisonjeábamos de hallar nuevas pruebas de esta verdad en el curso de nuestro viaje.

» Los geógrafos que segun la relacion del P. de los Angeles, y en vista de algunos mapas japoneses, habian trazado el estrecho de Tessoy y determinado los límites de Jesso, de la tierra de la Compañía y de la de los Estados, habian desfigurado de tal modo la geografía de esa parte del Asia, que era necesario zanjar las antiguas discusiones con hechos incontestables (2).

(1) Espedicion holandesa de 1643, compuesta del *Kastrikum* y el *Breskens*, mandados por Vries.

(2) Krusenstern aconseja que se recurra á la Tabla de correcciones de Dagelet porque en todos los descubrimientos

» La latitud de la bahía de Ternai era justamente la misma que la del puerto de Acqueis, adonde habian llegado los holandeses. Sin embargo, el lector verá que su descripcion es muy distinta.

» Cinco pequeñas ensenadas, parecidas á las costas de un polígono regular, forman el contorno de esta rada, estando separadas entre sí por colinas cubiertas de árboles. La mas hermosa primavera no ha ofrecido nunca en Francia matices de un verde tan bello y variado; y aunque no hubiésemos distinguido desde que prolongábamos la costa ni una sola piragua, ni un solo humo, no podiamos creer que un país que parecia tan fértil se hallase sin habitantes, á tan corta distancia de la China. Antes de echar al agua nuestras embarcaciones, miramos á la tierra con los anteojos, sin ver mas que ciervos y osos que pastaban tranquilamente á la orilla del mar. Esto aumentó la impaciencia que cada cual tenia de saltar á tierra; las armas se prepararon con tanta actividad como si se tratara de defendernos de muchos enemigos, y mientras se tomaban estas disposiciones, ya los marineros habian pescado doce ó quince bacalaos. Los habitantes de las ciudades no podrian comprender las sensaciones de los navegantes á la vista de una buena pesca; los víveres frescos son de gran necesidad para los hombres, y los menos sabrosos son mas saludables que las carnes mejor conservadas. Al punto di órden de encerrar nuestros víveres para peores tiempos; mandé preparar barricas para llenarlas con las aguas cristalinas que corrian en claros arroyos, y envié á buscar verduras á los prados, donde hallaron una inmensa cantidad de cebolletas, apio y acederas. La tierra estaba alfombrada de las mismas plantas que crecen en nuestros climas, pero mas verdes y vigorosas y la mayor parte de ellas en flor; habia allí á cada paso rosas, lirios y generalmente todas las florecillas de nuestros prados. Los pinos coronaban las cumbres de los montes; las encinas principiaban á la mitad de la cuesta, y disminuian en vigor á medida que se acercaban al mar. Las márgenes de los rios y de los arroyos estaban plantadas de sauces, álamos y arces, y en las laderas de los bosques se veian manzanos y aceroleros en flor, con muchos avellanos cuyos frutos comenzaban á granar. Nuestra sorpresa crecia al pensar que la China está sobrecargada de poblacion, hasta el punto que las leyes no prohiben á los padres que ahoguen y destruyan bárbaramente á sus hijos, y no se atreve á estenderse fuera de su muralla para buscar su alimento en una tierra donde la vegetacion mas necesita ser detenida que fomentada. Es cierto que á cada paso hallábamos señales de hombres que marcaban la destruccion; como árboles cortados, y vestigios de los destrozos del fuego en muchas partes, descubriendo tambien algunos abrigos elevados por cazadores á la entrada de las selvas. Tambien veiamos cestillos de corteza de álamo blanco, cosidos con hilo y de todo punto iguales á los de los indios del Canadá; raquetas propias para andar sobre la nieve; todo en fin, nos hizo juzgar que los tártaros se acercan á las orillas del mar en la estacion de la pesca y de la caza, que en aquel momento se hallaban reunidos por grandes grupos en las orillas de los rios, y que el grueso de la nacion vivia en el interior de las tierras, en partes quizá mejores para la multiplicacion de sus inmensos ganados.

» Un dia, despues de haber pescado, descubrimos en la orilla de un arroyo una tumba tártara, colocada al lado de una choza ruinosa y casi enterrada en la yerba; nuestra curiosidad nos hizo abrirla y vimos dos personas juntas: sus cabezas estaban cubiertas con un gorro de tafetan, sus cuerpos envueltos en una piel de oso, tenian un cinturon de papel del que colgaban algunas monedas chinas y varios objetos menudos de cobre. Habia unas cuentas azules esparcidas y como sembradas en aquella tumba, donde tambien hallamos diez ó doce especies de brazaletes de plata, que despues supimos eran pendientes; un hacha de hierro, un cuchillo del mismo metal, una cuchara de madera, un peine y una bolsita de tela azul llena de arroz. Nada se hallaba aun en el estado de descomposicion, y no se podia dar mas de un año al monumento. Su construccion nos pareció poco notable; era un montoncillo formado de troncos de árboles y revestido de corteza de álamo, con un hueco en donde estaban los cadáveres uno al lado de otro; tuvimos cuidado de cubrirlos, volviendo á poner religiosamente cada cosa en su lugar, despues de haber tomado una mínima parte de los diferentes objetos contenidos en aquella tumba para poder hacer constar nuestro descubrimiento. No podiamos dudar que los tártaros caza-

hechos por la Perouse en el camino de Manila al Kamtschatka, se encuentra en las longitudes una falta que se eleva al fin hasta mas de un grado; pero desaparece si se traza el mapa con arreglo á las referidas correcciones.

dores no hiciesen frecuentes visitas á aquellos sitios; una piragua que habian dejado cerca del monumento nos anunciaba que llegaban por mar, sin duda de la embocadura de algun rio que no habiamos visto todavía.

»Las monedas chinas, la tela azul, el tafetan y los gorros, prueban que estos pueblos tienen relaciones de comercio con la China, y es verosímil que tambien son súbditos de este imperio.

»El arroz encerrado en la bolsita azul, designa una costumbre china fundada en la opinion de una continuacion de necesidades en la otra vida, y por último el cuchillo, el hacha, la piel de oso y el peine tienen una relacion muy marcada con los que usan los indios de América; ahora bien, como esos pueblos quizá no han estado nunca en comunicacion, ¿no se puede conjeturar por esos puntos de conformidad que los hombres, en igual grado de civilizacion y bajo las mismas latitudes, adoptan casi los mismos usos, y que si se hallaran exactamente en las mismas circunstancias, no diferirian mas entre sí que lo que difieren los lobos del Canadá de los de Europa?

»El 27 de junio, por la mañana, despues de haber dejado en tierra diferentes medallas con una botella y una inscripcion que contenia la fecha de nuestra llegada, me dí á la vela, con viento al sur, y prolongué la costa á dos tercios de legua de la ribera, bastante cerca para distinguir la boca del arroyuelo. Navegamos así cincuenta leguas con buen tiempo.

»El 4, á las tres de la madrugada, determinamos la tierra hasta el nordeste cuarto norte, y teniamos á nuestro través, á dos millas al oeste noroeste, una gran bahía por la cual corria un rio de quince á veinte toesas de anchura.

»Aquí las señales de habitantes que encontramos eran mas recientes; veíanse ramas de árboles cortadas con un instrumento cortante, y que aun tenian verdes las hojas; dos pieles de danta, artísticamente tendidas sobre pedacillos de madera, habian sido dejadas al lado de una choza que no podia alojar á una familia, pero que bastaba para servir de abrigo á dos ó tres cazadores; quizá habia allí algunos que por temor huyeron á las selvas. M. de Vaujuas tomó una de estas pieles, y dejó en cambio hachas y otros instrumentos de hierro de un valor superior al de la piel, que me fué enviada. El informe de este oficial y el de los naturalistas no me infundieron el deseo de prolongar mi permanencia en aquella bahía, á la que puse el nombre de *bahía de Suffren*.

»Salimos, pues, de ella con una brisa del nordeste, á cuyo beneficio creí que podria alejarme de la costa. Esta bahía está situada, segun nuestras observaciones, por 41° 57′ de latitud norte y 137° 25′ de longitud oriental.

»El 6, á las ocho de la mañana, tuvimos conocimiento de una isla que parecia ser muy estensa, y que formaba con la Tartaria una abertura de 30 grados. Al punto pensé que era la isla Sakalian, cuya parte meridional marcan los geógrafos con un esceso de dos grados al norte [1].

»El aspecto de esta tierra era muy distinto del de la Tartaria; no se distinguian mas que áridos peñascos, cuyas cavidades conservaban nieve todavía; pero nos hallábamos á una distancia muy grande para descubrir las tierras bajas que, como las del continente, podian estar cubiertas de árboles y verdura. Dí á la mas alta de estas montañas el nombre de *pico Lamanon*, por su forma volcánica y porque el físico de este nombre ha hecho un estudio particular de las diferentes materias puestas en fusion por el fuego de los volcanes.

»El 11 y el 12, el tiempo estuvo claro; nos acercamos á una legua de la costa de la isla, y pudimos ver que la vegetacion abundaba en ella. Por fin, el 12 por la tarde, llegué á tierra y mandé echar el ancla á dos millas de una pequeña ensenada por la cual corria un riachuelo. Con el anteojo distinguimos algunas chozas y dos isleños que parecian huir hácia los bosques. M. de Langle se ofreció á saltar á tierra para practicar un reconocimiento; yo le supliqué que llevara consigo á M. Boutin y al abate Mongès, y despues que la fragata hubo fondeado, y se recojieron las velas y se echaron al agua

[1] Era, en efecto, la costa occidental de Oku-Yezo, es decir, del alto ó Norte-Yezo de los mapas japoneses, que está tambien indicado en los mapas europeos con los nombres de Segalien, Sagalian, Tarrakai, Karafuto y Krafto.

Antes de la Perouse los europeos creian que Oku-Yezo y la isla Yezo propiamente dicha, no formaban mas que una sola isla. Mas adelante veremos que el estrecho que las separa fué descubierto por la Perouse.

las embarcaciones, armé la trincadura mandada por M. de Clonard, á quien acompañaban MM. Duché, Prevost y Collignon, y les dí órden de que se reunieran con M. de Langle, que estaba en tierra ya. Estos señores encontraron las dos únicas cabañas de aquel lugar abandonadas, aunque hacia muy corto rato, pues la lumbre ardia todavía; no se habian llevado ninguno de los muebles; y hallaron tambien una porcion de perrillos recien nacidos, con la madre que ladraba en los bosques, todo lo cual daba á conocer que los amos de aquellas chozas no estaban lejos. M. de Langle hizo dejar allí hachas, varias herramientas de hierro, vasos, y generalmente todo lo que creyó podia ser útil y agradable á aquellos isleños, persuadido de que, cuando hubiesen vuelto á bordo, nuestros presentes les probarian que no éramos enemigos. Al mismo tiempo mandó echar las redes, y se cojieron mas salmones de los que podian comer nuestros hombres en una semana. En el momento en que regresaba á las naves, vió llegar á la orilla una piragua con siete hombres, que no parecieron espantarse al verlos. Encallaron su pequeña embarcacion sobre la arena, y se sentaron encima de unas esteras en medio de nuestros marineros con un aire de confianza que previno mucho en su favor. Dos de ellos eran muy ancianos, tenian una larga barba blanca y estaban vestidos con una tela de corteza de árbol, bastante parecida á la que se usa en Madagascar. Otros dos de los siete isleños tenian vestiduras de tela azul acolchada, cuya forma diferia poco de la que se ve en las ropas de los chinos; y por último, otros no tenian mas que un vestido largo cerrado enteramente por medio de un cinturon y algunos botones pequeños, lo cual les dispensaba de llevar calzones. La cabeza la traian descubierta, escepto dos ó tres que tenian una tira de piel de oso; la cabeza y la cara estaban afeitadas, y solo conservaban el cabello de detras, que tendria ocho ó diez pulgadas de largo, pero de un modo diferente del de los chinos, que solo se dejan una mecha en redondo que llaman *pentsec*. Todos tenian botas de piel de lobo marino, con el pié á la moda china, artísticamente trabajadas. Sus armas eran arcos, picas y flechas guarnecidas de hierro. El mas anciano de estos isleños llevaba una visera para resguardarse de la escesiva claridad del sol. Las maneras de estos habitantes eran graves, nobles y muy afectuosas. M. de Langle les dió lo que le quedaba de lo que habia sacado de las naves, y les hizo entender que la noche le obligaba á volverse, pero que deseaba encontrarse con ellos al otro dia para hacerles nuevos regalos. A su vez dijeron por señales que dormian en las cercanías y que no faltarian á la cita (¹).

» Las embarcaciones no volvieron á bordo hasta las once de la noche; la relacion que me hicieron de lo ocurrido escitó mi curiosidad. Esperé la luz con impaciencia, y antes de amanecer estaba en tierra con dos lanchas. Los isleños llegaron á la ensenada poco despues; venian del norte, donde habiamos juzgado que estaba situada su aldea; en breve llegó otra piragua y contamos veintiun habitantes.

» M. de Langle, casi con todo su estado mayor, saltó á tierra á poco rato, y antes de que hubiésemos entablado conversacion con los isleños, la cual fué precedida de regalos de toda clase. No hacian caso mas que de las cosas útiles; conocian los metales como nosotros y preferian la plata al cobre, el cobre al hierro, etc. Eran muy pobres; solo dos ó tres llevaban pendientes de plata adornados con cuentas azules, absolutamente iguales á los que habia hallado en la tumba de la bahía de Ternai y que habia tomado por brazaletes. Los demas adornos menudos que llevaban eran de cobre, como los de la referida tumba; sus pipas, de cobre blanco bien trabajado, parecian ser chinas ó japonesas. Al designar con la mano el poniente, nos dieron á entender que la tela azul y los abalorios venian de la Manchuria, y pronunciaban este nombre como nosotros. Viendo despues que todos teniamos papel ó un lápiz en la mano para hacer un vocabulario de su lengua, adivinaron nuestra intencion, y previniendo nuestras preguntas, nos presentaron los diferentes objetos añadiendo el nombre del país, y tuvieron la complacencia de repetirle cuatro ó cinco veces, hasta asegurarse de que habiamos oido bien la pronunciacion. La facilidad con que nos habian adivinado, me inclina á creer que conocen el arte de la escritura; uno de aquellos isleños que, como vamos á ver, nos trazó el dibujo del país, manejaba el lápiz como los chinos manejan el pincel. Parecian desear mucho nuestras hachas y nuestras telas, y hasta nos las pedian; pero, como nosotros, no tomaban mas que aquello que les daban; era evidente que sus ideas sobre el robo no diferian de las nuestras, y yo no habria temido confiarles la guarda de nuestros efectos. Su cuidado sobre

(¹) Estos isleños son los Ainos que habitan tambien Yezo y los Kurillos.

este punto era tal, que ni siquiera recojian sobre la arena uno solo de los salmones que habiamos pescado aunque eran muchos, pues tuvimos tanta suerte en esto como la víspera; tuvimos que repetirles muchas veces que tomasen los que quisieran.

» Por fin logramos hacerles comprender que deseábamos que figuraran su país, así como la Manchuria; y entonces uno de los ancianos se levantó, y con la punta de su pié trazó la costa de Tartaria al oeste corriendo hácia norte y sur. Al este enfrente y en la misma direccion, figuró su isla, y llevándose la mano al pecho, nos hizo comprender que acababa de trazar su propio país. Habia dejado entre la Tartaria y su isla un estrecho ([1]), y volviéndose hácia nuestras naves, que se distinguian desde allí, marcó con un rasgo que se podia pasar. Al sur de esta isla habia figurado otra, y habia dejado un estrecho indicando que era otra via para nuestros buques ([2]). Su sagacidad para adivinar nuestras preguntas era muy grande aunque no tanto como la de otro isleño, de unos treinta años de edad, quien viendo que las figuras trazadas en la arena se borraban, nos tomó un lápiz y papel y trazó su isla, que llamó *Tchoka,* indicando con un rasgo el riachuelo en cuya orilla nos hallábamos, que puso á dos tercios de la longitud de la isla, desde el norte hácia el sur. Despues dibujó la Manchuria, dejando como el anciano un estrecho en el fondo del embudo, y con gran sorpresa nuestra, añadió el rio Sagalian, cuyo nombre pronunciaban estos isleños como nosotros; puso la embocadura de este rio un poco al sur de la punta del norte de su isla, y señaló con siete rasgos los dias que se necesitaban, yendo en piragua, para llegar del sitio en donde estábamos á la embocadura del Sagalian; pero como las piraguas de estos pueblos no se apartan de tierra á mas de un tiro de pistola siguiendo el contorno de pequeñas ensenadas, juzgamos que en línea recta no andaban mas de nueve leguas por dia, porque la costa permite desembarcar por todas partes, y es verosímil que ellos saltan á tierra para descansar y preparar sus comidas: así calculamos que nos hallábamos á sesenta y tres leguas del estremo de la isla.

» Aquel mismo isleño nos repitió lo que ya nos habian dicho, que se procuraban telas y otros objetos de comercio por su comunicacion con los pueblos que habitan en las márgenes del rio Sagalian, y marcó igualmente con rasgos los dias que eran menester en piragua para subir este rio hasta los puntos donde se hacia aquel comercio. Todos los demas isleños eran testigos de esta conversacion, y aprobaban con sus ademanes los discursos de sus compatriotas. Nosotros quisimos saber despues si aquel estrecho era muy ancho, y el isleño nos comprendió, y poniendo sus dos manos perpendicular y paralelamente á dos ó tres pulgadas una de otra, nos dió á entender que figuraba así la anchura del riachuelo de nuestra aguada; al separarlas mas, que esta segunda anchura era la del rio Sagalian, y alejándolas por fin mucho mas aun, que era la anchura del estrecho que separa su país de la Tartaria. Tratábase de conocer la profundidad del agua; y llevándole á la orilla del rio que distaba diez pasos, hundimos en él una pica; pareció comprendernos, y en respuesta colocó una mano encima de la otra á la distancia de cinco ó seis pulgadas, creyendo nosotros que indicaba así la profundidad del rio Sagalian y finalmente dió á sus brazos toda su estension como marcando la profundidad del estrecho. Aun nos faltaba saber si habia representado una profundidad absoluta ó relativa, pues en el primer caso el estrecho no habria tenido mas que una braza, y aquellos isleños, que no se habian acercado á nuestras naves, podian creer que nos bastaban tres ó cuatro piés de agua, como les bastan tres ó cuatro pulgadas á sus embarcaciones; pero nos fué imposible aclarar este punto. M. de Langle y yo creimos que en todo caso, era importantísimo reconocer si la isla que prolongábamos era aquella que los geógrafos han nombrado isla Sakalian, sin sospechar su estension al sur, y bajo este concepto, mandé disponerlo todo á bordo de las dos fragatas para aparejar al dia siguiente. La bahía donde habiamos fondeado fué llamada *bahía de Langle,* del nombre de este capitan que la habia descubierto, y habia sido el primero que saltó á ella.

» Empleamos lo restante del dia en visitar el país y el pueblo que le habita. Seguramente los conocimientos de la clase instruida de los europeos superan en mucho á los de los veintiun isleños con quienes hemos comunicado en la bahía de Langle; pero en los pueblos de estas islas, los conocimientos

([1]) El estrecho de Mamia.
([2]) El estrecho descubierto despues por la Perouse.

están generalmente mas esparcidos que en las clases comunes de los pueblos de Europa; todos los individuos parecen haber recibido igual educacion.

»El 14 de julio, al amanecer, hice señal de aparejar con viento del sur y con un tiempo hermoso, que en breve se cambió en bruma muy densa. Hasta el 19 no aclaró un poco. El 19, por la mañana vimos la tierra de la isla desde el nordeste cuarto norte hasta el este sudeste, y á las dos de la tarde echamos el ancla al oeste de una hermosa bahía, con veinte brazas sobre fondo de casquijo y á dos



Habitantes de la bahía de Langle, en la isla Tchoka ó Sakalian (Oku-Yezo), segun el Atlas de la Perouse.

millas de la ribera. Puse por nombre á esta bahía, la mejor que hemos encontrado desde nuestra salida de Manila, *bahía de Estaing*, y está situada por 48° 59′ de latitud norte y 140° 32′ de longitud oriental. Cuando nuestros botes llegaron á la ensenada, unas mujeres asustadas gritaron como si temieran ser devoradas; sin embargo, estaban bajo la salvaguardia de un isleño que parecia decirles que no tuviesen ningun temor. Su fisonomía, aunque algo estraordinaria, es agradable; sus ojos son pequeños, sus labios gruesos y el superior pintado de azul; llevaban las piernas desnudas, una larga bata de lienzo las envolvia, y como habian tomado un baño en el rocío de las yerbas, esta bata, pegada al cuerpo, permitió al dibujante copiar las formas, que carecen de toda elegancia. Tenian el cabello largo y la coronilla no estaba afeitada como en los hombres.

»M. de Langle, que desembarcó el primero, encontró á los isleños reunidos en torno de cuatro piraguas cargadas de pescado salado que ayudaban á empujarlas al agua, y supo que los veinticuatro hombres que formaban la tripulacion eran de la Manchuria, y que habian llegado de las orillas del rio Sagalian para comprar aquella pesca. Tuvo una larga conversacion con ellos por medio de nuestros chinos á quienes recibieron perfectamente. Dijeron como nuestros primeros geógrafos de la bahía de Langle, que la tierra que prolongábamos era una isla; la dieron el mismo nombre y añadieron que estábamos á cinco jornadas de piragua de su estremidad, pero que con viento favorable la travesía podia hacerse en dos dias, durmiendo por las noches en tierra. De este modo todo cuanto nos dieron á entender en la bahía de

Langle nos fué confirmado en esta tierra, aunque nos fué esplicado con menos inteligencia por el chino que nos servia de intérprete.

»M. de Langle vió tambien en un lado de la isla una especie de circo, formado por quince ó veinte estacas coronadas cada una con una cabeza de oso; los huesos de estos animales estaban esparcidos por allí cerca. Como estos pueblos no usan armas de fuego y combaten cuerpo á cuerpo con los osos, siendo así que las flechas no pueden herirlos, pensamos que aquel circo estaba destinado á conservar la memoria de sus hazañas, y que las veinte cabezas de osos espuestas en los palos, debian significar las victorias que habian alcanzado hacia diez años, á juzgar por el estado de descomposicion en que se hallaban la mayor parte de ellas.

»Las producciones y sustancias de la tierra de la bahía de Estaing, difieren poco de las de la bahía de Langle; el salmon es tambien muy comun, y cada choza tenia su almacen; descubrimos que estos pueblos consumen una parte del pescado, y otra la secan para venderla á los que llegan de la Manchuria. Nuestras embarcaciones partieron al fin á eso de las ocho, despues que hubimos colmado de presentes á los tártaros y á los isleños; á las nueve menos cuarto mandé que lo dispusieran todo para aparejar al dia siguiente.

»El 20, el tiempo estaba hermoso, y prolongamos la costa occidental de la isla á una legua corta.

»El 22, por la tarde, fondeamos á una legua de tierra hallándonos al través de un riachuelo; á tres leguas al norte se veia un pico muy notable, que llamé *pico de la Martiniere*, porque ofrece ancho y hermoso campo á los estudios de botánica á que se dedica principalmente el sabio de este nombre.

»Continué prolongando muy de cerca esta isla, que nunca se terminaba al norte. El 23 observamos 50° 54′ de latitud norte, y nuestra longitud casi no habia cambiado desde la bahía de Langle. Por esta latitud descubrimos una buena bahía que yo nombré *bahía de la Jonquiere*.

»Desde que habiamos llegado al 50° grado de latitud norte, yo habia vuelto enteramente á mi primera opinion; no podia ya dudar que la isla que prolongábamos desde los 47 grados, y que segun los naturales debia estenderse mucho mas al sur, no fuese la isla Sakalian cuya punta septentrional han determinado los rusos á 54 grados, y que forma en una direccion norte y sur una de las islas mas largas del mundo; así el supuesto estrecho de Tessoy no seria sino el que separa la isla Sakalian de la Tartaria por los 52 grados. Yo me habia adelantado mucho para no querer reconocer ese estrecho y saber si es practicable. Principiaba á temer que no lo fuese, porque el fondo disminuia con mucha rapidez conforme se avanzaba hácia el norte, y las tierras de la isla de Sakalian no eran mas que arenales casi á flor de agua como bancos de arena [1].

»El 23, por la tarde, eché el ancla á tres leguas de tierra sobre 24 brazas con fondo de fango.

»El 24, al amanecer, nos dimos á la vela dirijiéndonos al noroeste. El fondo alzó hasta 18 brazas en tres horas; mandé gobernar al oeste, y se mantuvo en una igualdad completa. Fondeamos en la tarde del 26 sobre la costa de Tartaria, y al otro dia, á las doce, habiéndose disipado la bruma, tomé el partido de correr al norte nordeste hácia la mitad del canal, á fin de acabar de aclarar este punto de geografía que tantas fatigas nos costaba. Navegamos pues, con entero conocimiento de ambas costas, y como yo creia, el fondo alzó tres brazas por legua. Nos habiamos adelantado tanto que yo deseaba tocar ó ver las alturas de aquella tierra; por desgracia el tiempo se puso malo y el mar crecia por instantes; sin embargo, echamos nuestras embarcaciones al agua para sondar en nuestro derredor. M. Boutin fué hácia el sudoeste y M. de Vaujuas quedó encargado de sondar hácia el norte, con prohibicion terminante de esponerse á hacer problemático su regreso á bordo.

»Mis órdenes fueron ejecutadas con toda exactitud. M. Boutin volvió luego y M. de Vaujuas se

[1] El mapa de Krafto (ó Sakalian) de Siebold, trazado en vista de los mapas originales de Mogoni Tokunai y Mamia Rinzo, figura con precision los contornos del estrecho de *Mamia*, que está abierto. Pero este estrecho, en el estado actual, no parece ser accesible á los buques mayores. Hácia su mitad, en la embocadura del rio Amur, hay obstáculos cuya limpieza seria muy costosa. El mapa del Sakalian, publicado hace dos años, y copiado de Tabienkof, indica un decrecimiento en el sondage del canal y luego un vacío importante. Sobre este punto se pueden consultar el *Zeitschrift für Allgemeine Erdkunde* de Neumann (Berlin, 1856), y los *Mittheilungen* del doctor A. Petermann (Gotha, 1856).

corrió una legua al norte y no halló mas que seis brazas; llegó al punto mas lejano que el estado del mar y del tiempo le permitió sondar. Salió á las siete de la tarde y no estuvo de vuelta hasta las doce de la noche; ya el mar estaba agitado, y no habiendo podido olvidar la desgracia del puerto de los Franceses, principiaba á estar yo con la mayor inquietud. Su regreso me pareció una compensacion de la pésima situacion en que se hallaban nuestros buques, pues al despuntar el dia nos vimos precisados á aparejar. La mar estaba tan crecida que tardamos cuatro horas en levar anclas, y en esta operacion



La bahía de Romanzoff, en el estrecho de la Perouse ([1]).

tuvimos averías de las que resultaron tres hombres heridos; aunque el viento era fuerte, debiamos dar toda la vela que nuestros palos podian soportar. Por fortuna, algunas ligeras variaciones del sur al sur sudoeste y al sur sudeste nos fueron favorables, y en veinticuatro horas nos elevamos cinco leguas.

» El 28, por la tarde, habiéndose disipado la bruma, nos encontramos en la costa de Tartaria, en la abertura de una bahía que parecia muy profunda. M. de Langle echó su bote al mar y sondeó esta rada, diciéndome despues que ofrecia el mejor abrigo posible detras de cuatro islas que la resguardan de los vientos de alta mar. Habia visitado una aldea de tártaros donde habia sido muy bien recibido, y habia descubierto una aguada donde el agua mas cristalina podia caer en cascada en nuestras embarcaciones; y esas islas, cuyo hermoso fondeadero no podia estar lejos, se hallaban cubiertas de monte. En vista del informe de M. de Langle, mandé disponerlo todo para penetrar en el fondo de la bahía al amanecer, y en efecto fondeamos allí á las ocho de la mañana, por seis brazas de fango. Esta bahía recibió el nombre de *bahía de Castries.* »

La imposibilidad reconocida de desembarcar al norte de la isla Sakalian hizo dudar á la Perouse que

([1]) « He dado, dice Krusenstern, los nombres de cabo y bahía Romanzoff á la punta septentrional del Yezo y á toda la bahía, en honor del conde Nicolai Romanzoff, canciller del imperio. »

pudiera llegar en aquel año (1787) al Kamtschatka. Sin embargo, no quiso detenerse mas de cinco dias en la bahía de Castries para atender á las necesidades de agua y leña.

El 2 de agosto, se dió á la vela y volvió á bajar hácia el sur. En breve descubrió el estrecho que separa el Yezo del Oku-Yezo, y que despues nombraron estrecho de la Perouse ([1]). Llegó á la bahía de Crillon, en la punta de la isla Tchoka ó Sakalian, atravesó el estrecho, reconoció todas las tierras descubiertas por los holandeses del navío *el Kastricum*, las islas de los Estados, luego la tierra de la Compañía, la isla de los Cuatro Hermanos, y la isla de Marikan, que le parecieron despobladas; y finalmente esploró los Kuriles, cuya poblacion es la misma que la de la isla Tchoka, y se decidió á marchar al Kamtschatka, que distinguieron el 5 de setiembre á las seis de la tarde. Toda la costa pareció horrible, erizada de peñascos cubiertos de nieve. El 6, se acercaron á la tierra; la base de las montañas estaba cubierta de vegetacion.

Por la tarde tuvieron conocimiento de la bahía de Avatscha ó San Pedro y San Pablo, y entraron el 7 á las dos de la tarde en la bahía, donde encontraron á una parte de los personages que el capitan Cook habia hallado allí.

La Perouse permaneció en la bahía de Avatscha, que se parece mucho á la de Brest, lo restante del mes de setiembre ([2]).

Despues de haber estudiado el país todo cuanto le fué posible, salió en octubre y buscó vanamente en un espacio de trescientas leguas, una isla grande, rica y poblada, descubierta, segun decian, por los españoles en 1620. Atravesó la línea por tercera vez, y el 6 de diciembre pasó á la vista de la isla mas oriental del archipiélago de los Navegantes. El 9 de diciembre fondeó en la isla Mauna en medio del archipiélago Samoa ó Hamoa, ó de los Navegantes. Su punta occidental está situada por los 14° 20′ de latitud sur y 173° 7′ de longitud oeste. Tiene de larga 17 millas y 7 de anchura.

Usos y costumbres de los isleños de Mauna. — Contraste de este país risueño y fértil con la ferocidad de sus habitantes. — El estado del mar nos obliga á aparejar.—M. de Langle salta á tierra para hacer agua con cuatro lanchas armadas, y es asesinado. — Once personas de las dos tripulaciones sufren la misma suerte. — Relacion circunstanciada.

«Al otro dia (10 de diciembre de 1787), se anunció desde el amanecer un tiempo hermoso, y yo formé la resolucion de aprovecharle para reconocer el país, observar á los habitantes en sus casas, hacer agua y aparejar en seguida, pues la prudencia me aconsejaba no pasar otra noche en aquel fondeadero. M. de Langle opinaba lo mismo, y así es que resolvimos aparejar por la tarde y emplear una parte de la mañana en el tráfico de frutos y de puercos. Desde el amanecer, los isleños habian conducido al rededor de las fragatas cien piraguas llenas de diferentes provisiones que no querian cambiar sino por abalorios, que eran para ellos diamantes de gran valor, desdeñando las hachas, las telas y demas artículos de tráfico.

»Mientras una parte de la tripulacion estaba ocupada en contener á los indios y en hacer el comercio con ellos, los demas hombres llenaban las embarcaciones de barricas vacías, para ir á tomar agua. Nuestras dos chalupas armadas, al mando de MM. de Clonard y Colinet, las de *l'Astrolabe* por MM. de Monti y Bellegarde, partieron con aquel fin á las cinco de la mañana en direccion á una bahía que distaba una legua. Yo seguí muy de cerca á esos señores en mi trincadura, y llegué á tierra al mismo

([1]) La Perouse dió el nombre de *pico de Langle* á una montaña situada al estremo norte de la isla Chicha ó Yezo, separada de la isla Sakalian, sobre la costa, por el estrecho que descubrió. Krusenstern cree que este pico es el que los holandeses llamaron *Blydeberg*. El pico de Langle está á 45° 11′ norte y 218° 47′.

([2]) «Los valles situados al norte de esta bahía presentan una vegetacion que me ha sorprendido; la yerba era casi de la altura de un hombre, y las flores silvestres esparcian los mas suaves aromas... Ordinariamente hay grandes lluvias en la primavera y el otoño, y los vientos se hacen sentir en esta última estacion y en el invierno que, á pesar de ser largo, no es estraordinariamente rigoroso, al menos en la parte meridional del Kamtschatka. La nieve comienza á caer en octubre, y el deshielo tiene lugar en abril ó mayo; el verano es bueno; los calores fuertes duran poco.» (Lesseps, *Voyage du Kamtschatka en France.*)

tiempo que ellos. Desgraciadamente M. de Langle quiso ir á pasearse en su bote por otra ensenada que distaba de nuestra aguada como una legua, y este paseo, del que volvió maravillado por la hermosura de la poblacion que habia visto, fué la causa de nuestros infortunios. La ensenada hácia la cual dirijimos nuestras chalupas era grande y cómoda ; las embarcaciones se quedaban á flote á medio tiro de pistola de la orilla. La aguada era hermosa y fácil ; y MM. de Clonard y Monti establecieron allí el mejor órden. Se apostaron soldados entre la ribera y los indios ; estos eran doscientos, entre ellos muchas mujeres y niños, y les hicimos que se sentaran debajo de unos cocos que estaban á ocho toesas de distancia de nuestras chalupas. Cada uno de ellos tenia á su lado gallinas, cerdos, cotorras, palomas y frutas, y todos querian vender á la vez, lo que ocasionaba un poco de confusion.

» Las mujeres, de las cuales algunas eran muy bonitas, ofrecian sus frutas y sus gallinas. En breve quisieron atravesar por entre los soldados que las rechazaban con demasiada suavidad para contenerlas; sin trabajo lograron pues, romper las filas, y entonces se acercaron los hombres y la confusion fué en aumento. Pero aparecieron unos indios armados con palos, que tomamos por gefes, y restablecieron el órden, con lo que todos volvieron á sus puestos y se continuó el tráfico con gran satisfaccion de unos y otros.

» Sin embargo, en nuestra chalupa habia tenido lugar una escena que era un acto de hostilidad, y que yo quise reprimir sin efusion de sangre. Un indio habia entrado en ella y apoderándose de un mazo, habia golpeado con él en el brazo y en la espalda á uno de nuestros marineros. En su vista mandé á cuatro de los marinos mas robustos que le cojieran y le arrojaran al mar, lo que fué ejecutado inmediatamente. Los demas isleños aparentaron desaprobar la conducta de su compatriota y la cosa se quedó así. Quizá habria sido necesario un ejemplo de severidad para imponer respeto á estos pueblos, y hacerles conocer cuán superiores eran nuestras armas á sus fuerzas individuales ; pues su estatura de unos cinco piés diez pulgadas, sus miembros robustos y sus proporciones colosales hacian que se creyeran mas fuertes que nosotros. Pero teniendo que pasar allí tan poco tiempo, no creí que debia castigar mas severamente al que nos habia ofendido, y para darles una idea de nuestro poder, me contenté con hacer comprar tres palomas que en el aire fueron muertas á tiros delante de aquella asamblea. Esta accion pareció inspirarles algun temor y confieso que mas esperaba de este sentimiento que del de la benevolencia, que apenas conoce el hombre en el estado casi salvage.

» Mientras pasaba todo esto con la mayor tranquilidad, y nuestras barricas se llenaban de agua, creí poder separarme unos doscientos pasos para ir á visitar una bonita aldea situada en medio de un bosque, ó mejor dicho, un verjel, cuyos árboles estaban cargados de frutos. Las casas se hallaban colocadas sobre la circunferencia de un círculo de unas ciento cincuenta toesas de diámetro, cuyo centro formaba una vasta plaza alfombrada de la mas bella verdura ; los árboles que la daban sombra mantenian allí una frescura deliciosa. Mujeres, niños y ancianos me acompañaban y me pedian que entrara en sus casas ; estendian las esteras mas finas y mas frescas en el suelo, empedrado con una piedra menuda levantada como dos piés para resguardarse de la humedad. Yo entré en la principal de estas chozas que parecia pertenecer al gefe, y me quedé atónito al ver un vasto gabinete con un enrejado perfectamente hecho. El mejor arquitecto no habria podido dar mas elegancia á aquella construccion ; una hilera de columnas á cinco piés de distancia una de otra, formaba una galería al rededor; estas columnas eran de troncos de árboles bien trabajados, entre los cuales habia esteras finas cubiertas de escamas de pescados, que se bajaban ó se subian con unas cuerdas, como nuestras persianas; lo restante de la casa estaba cubierto de hojas de coco.

» Este hermoso país reunia la doble ventaja de una tierra fértil sin cultivo, y de un clima que no hacia necesario el uso de vestido alguno. Arboles del pan, cocos, plátanos, guayabas y naranjas, presentaban á estos pueblos dichosos un alimento sano y abundante; gallinas, puercos y perros que vivian con el sobrante de estos frutos, les ofrecian una agradable variedad de manjares. Eran tan ricos, esperimentaban tan pocas necesidades, que desdeñaban nuestros instrumentos de hierro y nuestras telas y solo querian abalorios; colmados de bienes reales, ya no aspiraban mas que á lo supérfluo.

» Nos habian vendido mas de doscientas palomas que solo querian comer en la mano, y muchas tórtolas y cotorras tan bien enseñadas como las palomas. ¡Qué imaginacion no se pintaria la felicidad en

una tierra tan hermosa! Estos isleños, deciamos nosotros, son los hombres mas felices de la tierra; rodeados de sus mujeres y sus hijos pasan sus dias en el reposo, sin otro cuidado que el de criar pájaros y recojiendo sin trabajo ninguno, como el primer hombre, las frutas que crecen sobre sus cabezas. Pero nos engañábamos; no era aquella la mansion de la inocencia; es verdad que no descubrimos arma alguna, pero los cuerpos de aquellos indios cubiertos de cicatrices probaban que á menudo estaban en guerra, y sus facciones anunciaban una ferocidad que no se distinguia en la fisonomía de las mujeres. La naturaleza habia dejado sin duda aquel sello en los semblantes de aquellos indios, para advertir que el hombre casi salvage y en la anarquía es un sér peor que todas las fieras.

» En esta primera visita no ocurrió nada estraordinario; sin embargo, supe que habia habido contiendas particulares que la prudencia habia hecho nulas.

» Nuestras chalupas llegaron cargadas de agua y mandé disponerlo todo para aparejar. M. de Langle volvió en el mismo instante de su paseo, y me dijo que habia visto un puerto muy hermoso situado al pié de una aldea bellísima, y cerca de una cascada del agua mas transparente. Al pasar á su buque habia dado órdenes para aparejar, pues conocia, como yo, que era necesario; pero insistió en que las fragatas permanecieran juntas á una legua de la costa, mientras se sacaban algunas barricas mas de agua, para alejarnos despues definitivamente. Yo le dije que era inútil; pero él, que habia adoptado el sistema del capitan Cook, creia que el agua fresca era preferible á la que teniamos y como algunas personas de su tripulacion tenian ligeros síntomas de escorbuto, pensaba con razon que debiamos procurarles todos los medios de alivio. Ademas, ninguna isla podia compararse con aquella en cuanto á la abundancia de provisiones; las dos fragatas tenian ya quinientos puercos, muchas gallinas, palomas y frutas y tantos bienes no nos habian costado mas que algunas cuentas de cristal.

» Yo conocia la verdad de estas reflexiones, pero un presentimiento secreto me impidió consentir al pronto; le dije que aquellos isleños me parecian muy turbulentos, para enviar á tierra embarcaciones que no podian ser sostenidas por el fuego de nuestros buques; que nuestra moderacion no habia servido mas que para aumentar la osadía de aquellos indios, que pensaban que nuestras fuerzas individuales eran muy inferiores á las suyas. Pero nada pudo quebrantar la resolucion de M. de Langle, quien me respondió que mi resistencia me hacia responsable de los progresos del escorbuto, que principiaba á manifestarse con bastante fuerza, y que por otra parte, el puerto de que me hablaba era mucho mas cómodo que el de nuestra aguada; en fin, me suplicó que le permitiera ponerse á la cabeza de la primera espedicion, asegurándome que dentro de tres horas estaria de vuelta á bordo con todas las embarcaciones llenas de agua. M. de Langle era un hombre de un juicio tan sólido y de tal capacidad, que esta consideracion, mas que otro motivo, determinó mi consentimiento; le prometí pues, que nos mantendriamos juntos toda la noche, que al otro dia enviariamos las dos chalupas y los dos botes, armados como él juzgase oportuno y que todo estaria á sus órdenes.

» La noche fué borrascosa y los vientos que cambiaban á cada instante me hicieron tomar el partido de alejarme unas tres leguas de la costa. Al amanecer la calma no me permitió acercarme y solo á eso de las nueve se elevó una brisa del nordeste, á cuyo beneficio me acerqué á la isla encontrándome de ella á las once como á una legua corta; entonces envié mi chalupa y mi bote mandados por MM. Boutin y Mouton para que pasaran á bordo de *l'Astrolabe* á las órdenes de M. de Langle; todos aquellos que estaban algo atacados de escorbuto fueron embarcados, así como seis soldados armados y con un capitan; las dos embarcaciones contenian veintiocho hombres y llevaban unas veinte barricas que debian llenarse de agua. MM. de Lamanon y Colinet, aunque algo enfermos, fueron de los que partieron de *la Boussole*. Por otra parte, M. de Vaujuas, convaleciente, acompañó á M. de Langle en su bote; M. Gobien, guardia marina, mandaba la chalupa y MM. de la Martiniere, Lavaux y el P. Receveur formaban parte de las treinta y tres personas enviadas por *l'Astrolabe*. En los sesenta y un individuos que componian toda la espedicion se hallaba lo mas escojido de las tripulaciones. M. de Langle armó á toda su gente con fusiles y con sables y mandó poner en las chalupas seis pedreros; yo le habia dejado árbitro de disponer todo aquello que conceptuara útil.

» Las chalupas llegaron en menos de tres cuartos de hora al lugar de la aguada. Pero ¡cuán grande no fué el asombro de todos los oficiales y de M. de Langle, al hallar en vez de una bahía grande y có-

moda, una ensenada llena de coral, en la que no se penetraba mas que por un canal tortuoso de menos de veinticinco piés de ancho donde las olas se estrellaban como en una barra! Cuando se hallaron dentro no tuvieron mas de tres piés de agua; las chalupas zozobraron y los botes pudieron sostenerse porque fueron halados á la entrada del paso, bastante lejos de la ribera. Desgraciadamente M. de Langle habia reconocido esta bahía con la marea alta; no habia pensado que en estas islas la marea sube cinco y seis piés y creia que sus ojos le engañaban. Su primera idea fué salir de allí para dirijirse á la bahía donde ya habiamos hecho agua y que reunia todas las ventajas; pero la apariencia de tranquilidad y dulzura de los pueblos que esperaban en la orilla con una inmensa cantidad de frutas y puercos; las mujeres y los niños que vió entre aquellos isleños, cuando sabia que siempre que tienen malas intenciones los alejan; todas estas circunstancias reunidas le impidieron ejecutar su prudente pensamiento. Echó pues, á tierra las barricas de las cuatro embarcaciones con la mayor tranquilidad, y sus soldados se establecieron en el mejor órden por la orilla dejando un espacio libre á nuestros trabajadores.

» Pero esta calma no duró mucho tiempo; algunas de las piraguas que habian vendido sus provisiones á nuestros buques se volvieron á tierra y todas se acercaron á la bahía de la aguada, de modo que poco á poco se fué llenando, y en lugar de doscientas personas que, contando las mujeres y los niños, habia hallado M. de Langle al llegar allí á la una y media, se juntaron hasta mil ó mil trescientas á eso de las tres. El número de las piraguas que por la mañana entró en comercio con nosotros era tan considerable, que apenas habiamos notado por la tarde hubiese disminuido, y yo me felicitaba de tenerlos ocupados á bordo porque así nuestras chalupas estarian mas tranquilas. Grande era mi error; la situacion de M. de Langle empeoraba por momentos; sin embargo, secundado por MM. de Vaujuas, Boutin, Colinet y Gobien, logró embarcar su agua; pero la bahía estaba casi seca, y no podia prometerse sacar sus chalupas antes de las cuatro de la tarde. No obstante, entró en ella con su destacamento y se apostó delante con sus fusileros mandando que no se tirase sin su órden. Ya veia que pronto tendria que darla; las piedras volaban por los aires y aquellos indios con el agua hasta las rodillas rodeaban las chalupas á menos de una toesa de distancia; los soldados que estaban embarcados, hacian vanos esfuerzos para alejarlos de allí. Si el temor de romper las hostilidades y de ser acusado de barbarie no hubiese contenido á M. de Langle, sin duda habria mandado hacer una descarga de fusilería y de pedreros que seguramente habria puesto en fuga á la muchedumbre; pero se lisonjeaba de contenerla sin efusion de sangre y fué víctima de su humanidad. En breve una lluvia de piedras lanzadas á corta distancia con la fuerza de las hondas, alcanzó casi á todos los que estaban en la chalupa. M. de Langle no tuvo tiempo mas que para hacer dos disparos, y cayó desgraciadamente á babor de la chalupa donde mas de doscientos indios le asesinaron inmediatamente con mazas y con piedras. Cuando estuvo muerto le ataron de uno de sus brazos á un escálamo de la chalupa, sin duda para aprovecharse con mas seguridad de sus despojos.

» La chalupa de *la Boussole,* mandada por M. Boutin, estaba encallada á dos toesas de la de *l'Astrolabe* y dejaban paralelamente entre sí un pequeño canal que no estaba ocupado por los indios; por él se salvaron á nado todos los heridos que tuvieron la felicidad de no caer por el lado de alta mar, y llegando á los botes, pudieron salvar á cuarenta y nueve hombres de los sesenta y uno que componian la espedicion. M. Boutin habia imitado todos los movimientos y seguido todos los pasos de M. de Langle; sus barricas de agua, su destacamento y toda su gente habian sido embarcados al mismo tiempo y colocados de la misma manera y él ocupaba el mismo puesto á proa de su chalupa. Aunque temiese las funestas consecuencias de la moderacion de M. de Langle, no permitió tirar, y no dió la órden para ello á su destacamento sino despues del fuego de su comandante. Fácil es comprender que á la distancia de tres ó cuatro pasos cada tiro debió matar á un indio; pero no tuvieron tiempo para volver á cargar. M. Boutin cayó tambien de una pedrada, afortunadamente entre las dos chalupas. En menos de cinco minutos no quedó un solo hombre en las dos embarcaciones encalladas; los que habian huido á nado hácia los botes tenian cada cual muchas heridas, casi todas en la cabeza; los que por el contrario cayeron hácia los indios fueron muertos con las mazas al instante. Pero el ardor del saqueo fué tal, que unos cuatrocientos de aquellos isleños corrieron á apoderarse de las chalupas y entrando en ellas, hicieron añicos los bancos y todo el interior para buscar nuestras supuestas riquezas. Entonces ya apenas se acordaron

de nuestros botes, lo que dió tiempo á MM. de Vaujuas y Mouton para salvar á lo restante de la tripulacion y para cerciorarse de que ya solo quedaban en poder de los indios los que habian sido asesinados. Los hombres que entraron en nuestros botes y que hasta entonces habian tirado sobre los isleños matando á muchos, no pensaron ya mas que en arrojar al mar las barricas de agua para que en las embarcaciones pudiese entrar toda la gente; por otra parte casi habian agotado sus municiones y la retirada presentaba sus dificultades con tantas personas peligrosamente heridas, que tendidas en los bancos impedian el juego de los remos. A la inteligencia de M. de Vaujuas, al buen órden que estableció y á la puntualidad con que M. Mouton, que mandaba el bote de *la Boussole,* supo mantenerle, se debe la salvacion de cuarenta y nueve personas de la tripulacion.

» M. Boutin, que habia recibido cinco heridas en la cabeza y una en el estómago, fué salvado entre dos aguas por nuestro patron de chalupa que tambien estaba herido. M. Colinet fué hallado sin conocimiento en el bote con un brazo roto y dos heridas en la cabeza. M. Lavaux, cirujano mayor de *l'Astrolabe*, aunque herido de mucha gravedad, pudo nadar hasta los botes así como M. de Lamartiniere y el P. Receveur, que habia recibido una fuerte confusion en el ojo. Los salvages se cebaron con una barbarie sin ejemplo en M. de Lamanon y M. de Langle; y lo mismo hicieron con Talin, capitan de armas de *la Boussole,* y con otras nueve personas de entrambas tripulaciones. Aquellos indios feroces despues de haberlos asesinado querian saciar su rabia sobre sus cadáveres y no cesaban de dar golpes en ellos con sus mazas. M. Gobien, que mandaba la chalupa de *l'Astrolabe* bajo las órdenes de M. de Langle, no la abandonó sino cuando se vió solo en ella; despues de haber acabado sus municiones saltó al agua por el lado del pequeño canal que formaban las chalupas, y á pesar de sus heridas consiguió llegar á uno de los botes; el de *l'Astrolabe* estaba tan cargado que zozobró. Este acontecimiento dió á los isleños la idea de molestar á los heridos en su retirada, y así fué que corrieron en crecido número hácia los arrecifes de la entrada por donde los botes debian pasar necesariamente á la distancia de unos diez piés. Gastaron contra aquellos salvages las pocas municiones que quedaban y los botes salieron por fin de aquel lugar, mas horrible por su pérfida situacion y por la crueldad de sus habitantes que las guaridas de tigres y leones.

» A las cinco llegaron á bordo y nos dieron parte de este desastroso suceso. En aquel momento teniamos en nuestro derredor cien piraguas, donde los naturales vendian provisiones con una seguridad que probaba su inocencia; pero eran hermanos, hijos y compatriotas de aquellos bárbaros y confieso que hube de apelar á toda mi razon para contener la ira que me animaba y para impedir á nuestros hombres que acabasen con ellos. Ya los soldados habian corrido á los cañones y á las armas; yo detuve estos movimientos, que, sin embargo, eran perdonables, y mandé disparar un solo cañonazo con pólvora para advertir á las piraguas que se alejaran. Una pequeña embarcacion que salió de la costa les informó sin duda de lo que acababa de pasar, pues en menos de una hora no quedó una sola embarcacion á nuestra vista. Un indio que estaba sobre el alcázar de mi fragata cuando llegó nuestro bote, fué preso por órden mia y cargado de grillos; mas al dia siguiente estando cerca de la costa, le permití que se lanzara al mar; la confianza que habia demostrado en la fragata era una prueba de su inocencia.»

La Perouse tuvo intenciones de ordenar una nueva espedicion para vengar á sus desventurados compañeros de viaje; pero reconociendo la imposibilidad de fondear á tiro de cañon de la aldea, renunció á su plan aunque pasó dos dias barloventeando delante de la bahía.

Veinte hombres de las dos fragatas estaban heridos de gravedad; de modo que se hallaban privados de treinta y dos hombres y de dos chalupas, las únicas embarcaciones de remo que podian contener bastantes hombres armados para intentar un desembarco; el mas pequeño descalabro les habria puesto en la precision de quemar una de las dos fragatas para armar la otra. «Por último, dice la Perouse, si para apaciguar mi cólera no hubiese sido menester mas que el degüello de algunos indios, habria podido echar á pique cien piraguas que contenian mas de quinientas personas; pero temí engañarme en la eleccion de las víctimas, y la voz de mi conciencia hubo de salvarles.

»El 14, navegué pues, con direccion á una tercera isla que distinguia al oeste cuarto noroeste, que M. de Bougainville habia visto de lo alto de los palos sin poder acercarse por el mal tiempo. La separa de la de Mauna un canal de nueve leguas. Los indios nos habian dado los nombres de las dos islas que

componen su archipiélago; habian marcado su situacion en un papel, y aunque no se deba confiar mucho en sus indicaciones, parece probable sin embargo, que los pueblos de estas diversas islas forman entre sí una especie de confederacion y que tienen comunicaciones frecuentes. Segun los descubrimientos ulteriores que hemos hecho, no nos cabe duda que este archipiélago no sea mas considerable, y no tenga tanta poblacion y abundancia de víveres como el de la Sociedad; hasta es verosímil que se hallarian tambien buenos fondeaderos. Pero careciendo ya de chalupa y viendo el estado de fermentacion de las tripulaciones, resolví no fondear sino en la bahía Botánica, en Nueva Holanda, donde me prometia construir una nueva chalupa con las piezas que tenia á bordo. Para el progreso de la geografía queria sin embargo, esplorar las diferentes islas que podia encontrar, determinando exactamente su longitud y su latitud; tambien esperaba poder comerciar con aquellos isleños permaneciendo á bordo cerca de sus islas. Dejo pues, á otros el cuidado de escribir la historia poco interesante de estos pueblos bárbaros. Una permanencia de veinticuatro horas y la relacion de nuestras desgracias, bastan para dar á conocer sus atroces costumbres, sus artes y las producciones de uno de los mas bellos países de la tierra.

Isla de Oyolava. — Isla de Pola. — Isla de los Cocos y de los Traidores. — Isla Vavao. — Botany-Bay. — Interrupcion del diario.

El 14 de diciembre, la Perouse navegó hácia la isla de Oyolava, cuya parte meridional habia reconocido de muy lejos Bougainville. Arribó y vió que la poblacion se parecia mucho á la de la isla Mauna. Algunas mujeres eran bonitas y estaban adornadas como las taitianas descritas por Cook. A cuatro leguas costearon la isla Pola, y luego las islas de los Cocos y de los Traidores que Wallis nombró Boscawen y Keppel ([1]).

Las dos fragatas se alejaron de la isla de los Traidores con un tiempo terrible, que no les abandonó hasta mas allá del archipiélago de los Amigos.

El 27 de diciembre, descubrieron la isla Vavao, de cuya existencia tuvo noticia Cook, aunque sin visitarla; es una de las mas considerables del archipiélago de los Amigos y fué descubierta por los españoles en 1781.

La Perouse se acercó tambien á las islas Kao, Toofu, Koengatonga, Koonga-Kapaee y Tongataboo.

El 31 de diciembre, reconocieron la punta de Van-Diemen y el banco de los Escollos á lo lejos.

El 13 de enero, se acercaron á la isla Norfolk y á los islotes que están en la punta meridional. El 23, distinguieron Botany-Bay ([2]).

« Pasamos, dice la Perouse, todo el dia 24 barloventeando á la vista de Botany-Bay, sin poder doblar la punta Solander que nos quedaba á una legua al oeste. Los vientos soplaban con violencia de esa parte, y nuestras naves no podian vencer á la vez la fuerza del viento y de las corrientes.

» Aquel dia tuvimos un espectáculo muy nuevo para nosotros desde nuestra salida de Manila, cual fué el que presentaba una armada inglesa cuyas banderas distinguimos.

» Los europeos son todos compatriotas á tales distancias de sus respectivos países, y nosotros deseábamos con impaciencia llegar al fondeadero; pero el tiempo estuvo tan cubierto al otro dia, que nos fué imposible reconocer la tierra y no llegamos al fondeadero hasta el 26, á las nueve de la mañana. Yo mandé echar el ancla á una milla de la costa del norte, sobre un fondo de siete brazas de buena arena gris al través de la segunda bahía.

([1]) Despues de la Perouse, el archipiélago Samoa ha sido visitado por el inglés Edwards, en 1791, y esplorado cuidadosamente por el capitan Otto de Kotzebuë, en 1824.

Los habitantes de Mauna parecen ser menos hospitalarios y menos afables que los de las otras islas del archipiélago; no están gobernados de la misma manera.

([2]) Véase la relacion de Cook.

» En el momento en que yo me presentaba en la entrada, un alférez y un midshipman ingleses me fueron enviados á bordo por el capitan Hunter, comandante de la fragata británica *el Sirius,* que me ofrecieron de su parte todos los servicios que dependieran de él, aunque añadiendo que hallándose á punto de aparejar para subir hácia el norte, las circunstancias no le permitian suministrarnos víveres, ni municiones, ni velas; de manera que sus ofrecimientos de servicios se reducian á hacer votos por el buen éxito ulterior de nuestro viaje. Yo envié un oficial para dar gracias al capitan Hunter, que estaba dispuesto á partir, y decirle que mis necesidades se limitaban á agua y leña, de cuyas cosas no careciamos en aquel punto, y que sabia que unos buques destinados á formar una colonia á tan larga dis-



Vista de la entrada del puerto Jackson (Botany-Bay), segun el Atlas de *l'Astrolabe.*

tancia de Europa, no podian ser de socorro alguno á los navegantes. Supimos por el alférez que la armada inglesa estaba mandada por el comodoro Philipp, que la víspera habia aparejado de Botany-Bay á bordo de la corbeta *el Spey*, con cuatro buques de transporte, con el fin de buscar hácia el norte un lugar mas cómodo para su establecimiento.

» El alférez inglés parecia hacer muchos misterios de los planes del comodoro Philipp, y nosotros no nos permitimos dirijirle ninguna pregunta sobre el asunto; pero no podiamos dudar que el establecimiento proyectado no estuviese muy cerca de Botany-Bay, pues muchas canoas y lanchas estaban á la vela para ir allí, y la travesía debia ser bien corta cuando habian juzgado inútil embarcarlas en las naves. En breve los marineros del bote inglés, menos discretos que su oficial, dijeron á los nuestros que no iban mas que al puerto Jackson, diez y seis millas al norte de la punta Banks, donde el comodoro Philipp habia reconocido un hermoso puerto que se prolongaba diez millas hácia el sudoeste; los buques podian fondear allí á tiro de pistola de la tierra en una mar tan tranquila como una dársena. Mas tarde, no nos faltaron por cierto las ocasiones de tener noticias del establecimiento inglés, cuyos desertores nos causaron muchos enojos y apuros...»

Faltando noticias del paradero de la Perouse, se envia una espedicion en su busca. — Descubrimiento por Dillon y Dumont de Urville, de la isla donde pereció la tripulacion de la Perouse.

Aquí concluye el diario de la Perouse. La carta que escribió de Botany-Bay al ministro de Marina dando cuenta del camino que se habia propuesto seguir antes de arribar á la isla de Francia, fué tambien la última.



Otra vista del puerto Jackson, segun el Atlas de *l'Astrolabe*.

Las dos fragatas se dieron á la vela de Botany-Bay hácia fines de febrero. ¿Qué fué de ellas despues? Todos los meses se esperaban en Francia algunos informes sobre la direccion que habian tomado, pero estos informes no llegaban. Escribieron; mandaron se interrogase á todos los comandantes de los buques que esploraban la Oceanía; nadie habia visto ni *l'Astrolabe* ni *la Boussole*. Las alarmas mas vivas sucedieron á la esperanza.

Sin embargo, la revolucion francesa agitaba los espíritus, y la suerte de nuestros desgraciados compatriotas fué perdiendo el gran interés que habia tenido en un principio. Se pasaron tres años; y al cabo el 9 de febrero de 1791, la Asamblea nacional dió un decreto en que se decia se suplicara al rey: 1º que diese órdenes á todos los agentes franceses para que practicasen las pesquisas mas activas relativamente á las fragatas *la Boussole* y *l'Astrolabe;* 2º que hiciera armar uno ó varios buques con la mision especial de buscar á M. de la Perouse...

En ejecucion de este decreto, se armaron en Brest dos fragatas que llamaron *la Recherche* y *l'Espérance,* y cuyo mando fué confiado al contra-almirante Bruni de Entrecasteaux, que se embarcó á bordo de *la Recherche;* la segunda fragata tuvo por comandante al capitan Huon de Kermadec.

La espedicion, salida de Brest el 28 de setiembre de 1791, se dirijió hácia el cabo de Buena Esperanza; fondeó el 24 de abril de 1792 cerca de la tierra de Van-Diemen, en un canal que recibió el



Bruni de Entrecasteaux ([1]).



Vista del islote de Manevai (grupo de Vanikoro), segun Dumont de Urville.

([1]) José Bruni de Entrecasteaux nació en Aix, y principió su carrera bajo el mando del bailio de Suffren. Era guardia marina cuando el mariscal Devaux hizo su espedicion contra la Córcega y cruzó con una barca delante de esta isla. En 1778, mandó una fragata encargada de conducir buques mercantes á las escalas del Levante y los defendió brillantemente de los piratas. Nombrado despues director adjunto de los puertos y arsenales de marina, no dejó este puesto sino para ir á mandar, en 1785, las fuerzas navales francesas en la India. Fué nombrado gobernador de la isla de Francia. El recuerdo de su gran espedicion hasta la China, cuando su campaña de la India, fué su título principal para que le pusieran al frente de la espedicion que salió en busca de la Perouse.

nombre de Entrecasteaux, costeó la Nueva Caledonia, y luego la punta oeste de la isla de Bougainville y de la de Buka. El 27 de julio, las dos fragatas entraron en el puerto de Carteret, en la Nueva Irlanda; atravesaron despues el canal de San Jorge, y pasaron á las islas Portland y á las islas del Almirantazgo. Un informe falso les habia infundido la esperanza de hallar en estas últimas islas los restos de la



Aldea del islote de Manevai (grupo de Vanikoro), segun Dumont de Urville.

tripulacion de la Perouse. Convencido de que le habian inducido en error, Entrecasteaux navegó hácia la isla de Amboine, en las Molucas, á cuya vista llegó el 16 de setiembre, despues de haber tenido conocimiento de las islas de la Ermita y del Ajedrez, y de haber visto tambien la Nueva Guinea. El 15 de octubre, las dos fragatas continuaron su navegacion, y visitaron sucesivamente las costas de la tierra de Van-Diemen, de Nueva Holanda y de Nueva Zelandia, descubriendo á su paso algunas islas desconocidas. El 25 de marzo de 1793, se detuvieron delante de Tongatabu, isla principal del archipiélago de los Amigos, donde no recojieron ninguna noticia útil, aunque, como se supo despues, la Perouse arribó á las islas de los Amigos. La espedicion pasó por delante de las Nuevas Hébridas, descubrió la isla Beaupré, y arribó el 19 de abril al puerto de la Nueva Caledonia, donde habia entrado Cook en 1774. El capitan Huon de Kermadec murió por consuncion en esta isla.

El 10 de mayo, se dieron de nuevo á la vela, y el 19 pasaron á 35 ó 40 kilómetros de Vanikoro, pero fué durante la noche; por desgracia no visitaron esta isla, siendo casi seguro que en aquel tiempo habrian encontrado allí los restos del buque de la Perouse, probablemente con hombres vivos aun de su tripulacion, y entre ellos quizá al mismo la Perouse [1].

[1] Observemos, sin embargo, que el capitan Edwards, comandante de la fragata *la Pandora*, que habia visto el grupo de Vanikoro en 1791, y le habia dado el nombre de Pitt, habria sin duda alguna recojido á los náufragos, si es que existian aun en aquella isla.

Hé aquí los párrafos de la relacion del viaje de Entrecasteaux que se refieren á la parte del itinerario entre la Nueva Caledonia y la isla Santa Cruz:

« El 21 (floreal del año 1 de la répública francesa), nos dimos á la vela de la Nueva Caledonia; pero cuando estuvimos

Entrecasteaux se detuvo cerca de la bahía de Santa Cruz, la Graciosa de Mendaña ([1]), costeó al sur las islas de Salomon, esploró la costa norte de la Luisiada, y atravesó el estrecho de Dampier, entre la Nueva Bretaña y la Nueva Guinea.

Mientras esploraba la costa norte de la Nueva Bretaña, Entrecasteaux murió del escorbuto.

La espedicion continuó sus investigaciones, y visitó las islas Portland, la mas oriental de las islas del Almirantazgo, las islas de los Anacoretas, las islas de los Traidores, el cabo de Buena Esperanza, la Nueva Guinea y la isla de Waggiu, cerca de la tierra de los Papuas.

El 4 de setiembre, llegaron á Buru ([2]), y el 16 se dieron á la vela para Java. Auribeau cayó enfermo de peligro, y fué reemplazado por Rossel. El 28 de octubre, las dos fragatas fondearon en Surabaya, (isla de Java), y fueron capturadas por los holandeses, que entonces se hallaban en guerra con la Francia. Algunos meses despues pusieron en libertad á las tripulaciones.

Las tormentas políticas de Europa interrumpieron las investigaciones oficiales. Por intérvalos, los buques que habian atravesado el Océano traian noticias vagas recogidas en las islas, sobre la suerte que se suponia le habia cabido á la Perouse; pero estábale reservado al capitan Peters Dillon, que mandaba el buque de la Compañía de las Indias *the Research,* el dar el primer informe positivo que debia aclarar este doloroso asunto.

en alta mar, la calma nos detuvo cerca de una gran cordillera de arrecifes que distinguiamos hácia el oeste y contra los cuales la mar se rompia de un modo espantoso; sin embargo, logramos alejarnos á favor de un viento flojo del sudeste que se alzó durante la noche; los prolongamos en los dias siguientes, y el 24 descubrimos mas allá de la cordillera, hácia el oeste, la isla de Molino, á mas de tres miriámetros de distancia, y luego las islas Huon.

» A la otra mañana, nuestro buque estaba á punto de hacerse pedazos contra los escollos que rodean á esas islas, cuando la luz de la aurora nos mostró el peligro de nuestra posicion: al punto nos alejamos. Algunas horas antes de caer la tarde, reconocimos que aquellos arrecifes se reunian con los que habiamos prolongado en el año anterior.— En breve nos dirijimos hácia la isla de Santa Cruz, que vimos temprano por la mañana, el 1º prairial, etc.»

Estos arrecifes hicieron, pues, que Entrecasteaux se mantuviera lejos del grupo de Vanikoro.

Los peligrosos escollos que rodean todo el grupo están interrumpidos únicamente en la parte del este, segun cuenta Dumont de Urville, si bien es verdad que se encuentran pasos en otros puntos, sembrados de masas madrepóricas que se elevan á veces á diez piés debajo de la superficie del mar. Un segundo arrecife pegado á la playa rodea las islas, cuyo acceso es por consiguiente muy difícil, aun para las canoas.

Estas tierras, que es tan peligroso encontrar cuando hace mal tiempo, están cubiertas de selvas; únicamente las costas están pobladas y cultivadas á la distancia de una milla. La poblacion apenas llega á mil almas; se alimenta con ñames y plátanos.

Bajo la vigorosa vegetacion que cubre las montañas, se encuentran capas de lava que han debido precipitarse de las alturas. Las aguas pluviales y las mareas forman en muchos sitios pantanos cubiertos de manglares; por eso el aire no es sano, y reinan allí muchas enfermedades.

Los habitantes son pequeños, delgados y raquíticos. Su frente que parece muy alta porque regularmente llevan el cabello echado hácia atrás, se estrecha hácia las sienes. Son chatos y tienen el pelo crespo como los negros. Algunos se agujerean la nariz para llevar largos anillos de concha de tortuga. Tambien se perforan los oidos. Las mujeres son aun mas feas que los hombres.

Las armas de estos isleños son arcos, flechas y lanzas (véanse estas armas en uno de los dibujos de la relacion de Mendaña). Envenenan las flechas con una goma rojiza que sacan de una especie de árbol particular que hay en las islas Vanikoro. Tambien usan en los combates una maza pesada. No son antropófagos, conservan los cuerpos de sus enemigos en el agua del mar hasta que las carnes se separan de los huesos, que entonces les sirven para hacer las puntas de las lanzas y las flechas.

Cada aldea se compone de doce á quince chozas cuadradas ú ovaladas y hechas con follage.

« Lo que mas me ha estrañado en esta isla, dice M. Gaimard, es que los habitantes hablan un dialecto de la lengua polinesia y no del idioma de la Nueva Guinea y de las islas próximas, de donde son oriundos. Se entendian bien con los ticopianos y con un habitante de las islas de Tonga; lo que daria márgen á creer hasta cierto punto que las emigraciones de los polinesios hasta en esos lugares, serian anteriores á la de la raza negra. »

Hay pocas noticias sobre la religion de estos isleños. No se cree que tengan ídolos, pero sí tienen una especie de casa de Dios adonde llevan los cráneos de los enemigos ó de los náufragos.

En las grandes ceremonias, dice el doctor Quoy, llevan elegantes brazaletes blancos y negros procedentes del archipiélago del Espíritu Santo; ellos no fabrican mas que unos anillos toscos de los cuales se ponen hasta siete y ocho en los brazos.

([1]) Véase la relacion de Mendaña.

([2]) O Boreo. Véase la relacion de Bougainville.

En 1826, el capitan Dillon, en un viaje que hizo á la isla de Tucopia ([1]), próxima al archipiélago de Viti ó Fidji, habia comprado á un habitante de esta isla una guarnicion de espada, en la cual creyó reconocer unas cifras que habian podido pertenecer á la Perouse; hizo varias preguntas á los naturales, y gracias al conocimiento que tenia del lenguage de aquellos isleños, supo que la guarnicion de espada



Indígenas del grupo de Vanikoro, segun Dumont de Urville.

y un crecido número de clavijas de hierro, hachas, cuchillos y otros objetos que se hallaban en su poder, provenian de una isla bastante lejana que ellos llamaban *Malicolo* ó *Manicolo* (pero cuyo verdadero nombre es Vanikoro) ([2]), cerca de la cual habian naufragado dos buques grandes, cuando los ancianos que existian entonces en Tucopia eran mozos aun ([3]); segun ellos, se encontraban todavía muchos restos en Mallicolo (Vanikoro).

Estas noticias y los objetos que habia adquirido, persuadieron al capitan Dillon que los dos buques que habian naufragado debian ser los del infortunado la Perouse, puesto que en la época que los naturales indicaban no se habia oido que se perdieran otros buques grandes mas que aquellos.

Prosiguió, pues, sus investigaciones con mas actividad, y supo al fin por un habitante de Tucopia, que volvia de Mallicolo (Vanikoro), que los habitantes de aquella isla contaban que muchos años antes dos navíos se habian presentado delante de su isla, y que de repente sobrevino una tempestad, y entonces uno de ellos zozobró sobre los arrecifes. Los naturales dispararon algunas flechas, á las que contestaron

([1]) O Ticopia, situada por 12 grados de latitud sur, descubierta probablemente por *el Barnwel* en 1798 y visitada por *el Hunter* en 1813.

([2]) El grupo de Vanikoro descubierto por la Perouse, se compone de las dos islas Vanikoro y Tevai rodeadas cada una de un arrecife de coral y de dos islotes llamados Manevai y Manunha. Se ha propuesto dar á Vanikoro el nombre de *la Recherche* y al grupo el nombre de *la Perouse*.

([3]) «El lascar dice que habia ido á Manicolo hacia unos seis años, y habia visto allí dos hombres que formaban parte de la tripulacion de los buques que habian naufragado.» (Dillon, *Voyage aux îles de la mer du Sud.*) Segun esto, los compañeros de la Perouse y quizá el mismo la Perouse vivian aun en 1807.

con cañonazos. El navío, combatido por las olas, se hizo pedazos muy luego entre las peñas; algunos hombres se metieron en las embarcaciones y pudieron llegar á la costa, pero los salvages los mataron á todos.

El otro navío, mas afortunado, habia zozobrado en una playa de arena, y en vez de responder hostilmente á las agresiones de los salvages, los hombres de la tripulacion ofrecieron algunas hachas y otros objetos en señal de amistad. De aquí nació la confianza, y los náufragos, obligados á abandonar su buque, pudieron saltar á tierra en la isla, donde permanecieron algun tiempo, y construyeron un buque pequeño con los restos del grande. Así que estuvo construido, se dió á la vela con todos los hombres que podia llevar. El comandante prometió á los que dejaba en la isla que volveria á buscarlos; pero no volvió, y los hombres que quedaron en tierra se repartieron entre los diferentes gefes, á los cuales sus fusiles hicieron grandes servicios.



Restos de las fragatas de la Perouse descubiertos en el fondo del mar, á dos millas de Vanikoro, segun Dumont de Urville.

En vista de estas indicaciones, el capitan Dillon, de vuelta en Bengala, entró en correspondencia con el gobernador de la Compañía, y fundándose en el decreto de la Asamblea nacional, que prescribia « á todos los embajadores, cónsules y demas agentes franceses en los países estranjeros que invitasen, en nombre de la humanidad, de las artes y las ciencias, á los soberanos de esos países á ordenar á todos los navegantes y agentes de toda clase, que tratasen de informarse por cuantos medios estuviesen en su mano, de la suerte de *la Boussole* y de *l'Astrolabe,* » se ofreció á salir en busca de los franceses que pudieran existir aun, y en todo caso, á cerciorarse de si realmente habian perecido en la isla Mallicolo (Vanikoro) los dos navíos, y si se podian hallar todavía señales ciertas de la permanencia de los náufragos en la isla.

Todos estos informes relativos á un hombre que con tanto celo se habia consagrado á la ciencia, y que habia sido víctima de sus esfuerzos en este sentido, no podian menos de ser acojidos favorablemente; y así sucedió que la guarnicion de espada que M. Dillon habia traido, fué sometida al exámen de oficiales al servicio de la Francia, y todos reconocieron que era de la misma especie que las que llevaban los oficiales de la marina francesa en el tiempo en que se suponia que habia naufragado la Perouse; y mas aun, en vista de la cifra grabada en ella, añadieron que habia debido pertenecer al

mismo comandante. Se confió un buque de la compañía de Bengala, *the Research*, al capitan Dillon [1], con la mision de ir á la isla de Vanikoro para practicar todas las investigaciones necesarias, á fin de adquirir noticias precisas sobre el naufragio de la Perouse en aquellas costas. M. Chaigneau, agente francés, se embarcó para presidir las investigaciones. El 23 de junio de 1827, el capitan Dillon se dió á la vela, y el 18 de setiembre del mismo año llegó á la vista de Vanikoro, y reconoció que esta isla estaba toda rodeada de arrecifes, á la distancia de unas dos millas de las costas. Se puso en comunicacion con los naturales, quienes le contaron de nuevo lo que ya habia oido en Tucopia, añadiendo que



Museo de marina del Louvre. — Tronco de un árbol á cuyo lado fué enterrado el P. Receveur, en Botany-Bay.

los que habian naufragado, eran espíritus que llevaban narices muy largas que les sobresalian dos palmos por delante del rostro (los sombreros de tres picos habian dado esta idea á los salvages); que el gefe se ocupaba sin cesar en mirar al sol con cierto instrumento que ellos no podian pintar, y en hacerle señales; que se habian marchado cinco lunas despues de su naufragio; que despues de su marcha solo habian quedado dos hombres blancos, de los cuales el uno era gefe, y el otro le servia; que el primero habia muerto hacia tres años, y el otro habia dejado la isla con un gefe salvage á quien se habia agregado.

[1] La Compañía dió ademas al capitan Dillon una cantidad considerable de objetos para que los distribuyera en las islas y que podian valer 1,000 pesos. « Valor igual, dice Dumont de Urville, al que señalan en Francia á una espedicion para una campaña de tres meses. »

Continuando sus investigaciones con una incansable perseverancia, el capitan Dillon se hizo llevar al lugar del naufragio, donde recojió algunos pedazos de hierro; en vano buscó sobre las rocas y los árboles alguna inscripcion que habrian podido dejar allí los náufragos; subió un riachuelo hasta un



Museo de marina del Louvre. — Pirámide elevada á la memoria de la Perouse.

monte donde habian cortado árboles, y no pudo descubrir señal particular de ninguna especie. Lo que mas que todo le infundió la certeza de que la Perouse habia naufragado en aquella isla, fué el haber descubierto sobre los arrecifes varios objetos que figuran hoy en la pirámide, y la compra que hizo á los naturales de los cuatro cañones pequeños que sirven de pilastras á la misma, así como un fragmento de una cuchara de plata, varios pedreros y dos campanillas, de las cuales la mayor, que está en lo alto de la pirámide, tiene grabadas estas palabras: *Basin m'a fait;* la otra que se ve abajo está adornada con tres flores de lis.

El capitan Dillon dió cuenta de su viaje á la Compañía de Bengala, y se resolvió que pasaria á Inglaterra, de donde le seria permitido trasladar á Francia los objetos que juzgaran conveniente enviar.

Poco tiempo despues, Dillon llegó á Paris. Carlos X, á la sazon rey de Francia, le prometió que todos los objetos que habia recojido serian colocados en un cenotafio que levantarian para ello, en una de las salas del Museo de marina que se iba á formar, bajo el nombre de Museo Delfin. Ademas, nombró á Dillon caballero de la Legion de Honor, y le concedió una suma suficiente para indemnizarle de los gastos de su viaje, así como una pension de 4,000 francos.

Durante su espedicion, Dillon quedó arruinado por la quiebra de un hombre encargado de todos sus intereses.

Dumont de Urville, que en 1826 habia sido enviado de Francia en busca de la Perouse, supo en Hobart-Town, en la tierra de Van-Diemen, que el capitan Dillon habia encontrado en la isla Vanikoro



Inauguracion del monumento elevado en 1826 por Dumont de Urville á la memoria de la Perouse, en la isla de Vanikoro.

las huellas del desventurado navegante. Al punto se dirijió á esta isla, y llegó á ella el 21 de febrero de 1828; mandó esplorar los arrecifes, y el hallazgo de un ancla de 1,800 libras, un cañon corto de á ocho corroido, y dos pedreros de cobre bastante bien conservados, no dejó duda que los restos descubiertos por Dillon, provenian efectivamente de la espedicion de la Perouse ([1]).

Dumont de Urville hizo entonces erigir un modesto monumento en honor de la Perouse y de sus desventurados compatriotas, y su inauguracion tuvo lugar en presencia de los hombres de las tripulaciones, al ruido de las salvas de la fusilería de las tropas y de la artillería de *l'Astrolabe*, con el recojimiento y la tristeza que inspira una ceremonia fúnebre ([2]).

([1]) Véase el grabado de la p. 476.

([2]) Un buque francés, *la Bayonnaise*, mandado por M. Goarant, quiso arribar á Tucopia despues de *l'Astrolabe*, pero fué mal recibido; sin embargo, algunos marineros lograron acercarse al pequeño edificio conmemorativo que habia sido respetado por los de Tucopia, y clavaron una medalla de cobre cerca de la que Dumont de Urville mandó poner al lado de la inscripcion.

BIBLIOGRAFIA.

TESTO. — La Pérouse, *Voyage autour du monde*, publié conformément au décret du 22 avril 1791, et rédigé par L.-A. Milet-Mureau; Paris, 4 vol. en 4° mayor, con atlas separado, y en fol. mayor, 1797; otra edicion, Paris, 4 vol. en 8° mayor, 1788. — *Fragments du dernier Voyage de la Pérouse;* Quimper, en 8°, 1797. — *Relation abrégée du voyage de la Pérouse*, pendant les années 1785, 86, 87 et 88, pour faire suite à l'*Abrégé de l'Histoire générale des voyages* por la Harpe; Leipsick, en 8°, 1799. —Lesseps, *Voyage de la Pérouse*, rédigé d'après ses manuscrits originaux, suivi d'un appendice renfermant tout ce que l'on a découvert depuis le naufrage jusqu'à nos jours, etc.; Paris, en 8°, 1831. (V. mas abajo, *Journal historique*, etc.) — *Science populaire de Claudius*, simple discours sur toutes choses; *Voyage de la Pérouse autour du monde ;* Paris, 1839.

OBRAS DE CONSULTA. — Mémoire du roi Louis XVI pour servir d'instruction particulière au sieur de la Pérouse, capitaine de ses vaisseaux, commandant la frégate *la Boussole* et *l'Astrolabe;* manuscrit autographe (en el depósito de la marina). — Georges Dixon, *A Voyage round the world;* but more particularly to the north west coast of America, etc.; London, en 4° mayor, 1789. — Capt. Valkin Tench, *A Narrative of the exp edition to Botany-Bay*, etc.; London, en 8°, 1789. Traducido en francés (con algunos detalles sobre la Perouse); Paris, en 8°, 1789. — M. de Lesseps, *Journal historique de son voyage du Kamtschatka en France;* Paris, 2 vol. en 8°, 1790.—John Meares, *Voyages made during the years 1788 and 1789 from China to the north west coast of America*, etc.; London, en 4° mayor, 1789. — Labillardière, *Relation du voyage à la recherche de la Pérouse*, fait pendant les années 1791-92, sous le commandement de d'Entrecasteaux; Paris, 3 vol. en 4°, y en folio, 1800. — C.-J.-L. d'Avrigny, *le Départ de la Pérouse*, ou les Navigateurs modernes, t. II; 1807. — De Rossel, Beautemps-Beaupré, *Voyage de d'Entrecasteaux*, envoyé à la recherche de la Pérouse; Paris, 3 vol. en 4°, y en fol., 1807, 1808. — Vanderbourg, *Compte rendu du voyage de d'Entrecasteaux*, en el *Mercure de France;* Paris, en 4°, 1809.—J.-A. Vinaty, *Éloge de la Pérouse* (couronné par l'Académie des Jeux floraux de Toulouse). — *Découvertes dans la mer du Sud ;* nouvelles de M. de la Pérouse jusqu'en 1794; Paris, en 8° (obra apócrifa sin nombre de autor ni fecha). — *La Pérouse*, ou le Voyage autour du monde, tableau historique, avec un prologue en vaudeville, intitulé: *le Marin provençal;* 1810. — Hapdé, *Expedition et naufrage de la Pérouse*, recueil de faits, événements, découvertes, etc., appuyés de documents officiels, avec un état nominatif des officiers, savants, etc., embarqués sur *la Boussole* et *l'Astrolabe*, et l'énumération authentique de tous les débris du naufrage; Paris, en 8°, 1829. — Férussac, *Bulletin des sciences géographiques*, etc., t. XVII, p. 220 y siguientes; en 8°, 1829. — Capt. P. Dillon, *Narrative and successful result of a voyage in the south seas*, etc., to ascertain the actual fate of la Pérouse expedition, etc. London, 2 vol. en 8° mayor, 1829. Traducido en francés; Paris, 2 vol. en 8°, 1830. — Le chevalier de Fréminville, *Nouvelle relation du voyage à la recherche de la Pérouse*, exécuté en 1791, 92, 93 et 94, par d'Entrecasteaux; Brest, en 8°, 1838. — Bajot, *Annales maritimes et coloniales; — the Oriental Herald*, etc.

Georges Dixon; *A Voyage round the world*, but more particularly to the north west coast of America, etc., 1785-88; London, en 4°, 1789. Traduccion francesa por Lebas; en 4° mayor, 1789. — G. Vancouver, *Voyage of discovery to the north Pacific ocean, and round the world;* in wich the coast of north west America has been carefully examined and accurately surveyed, etc.; London, 3 vol. en 4° mayor, 1798. — Traduccion francesa por Morellet y Demenmier, *Voyage de découvertes à l'océan Pacifique du Nord et autour du monde*, etc.; Paris, 4 vol. en 4°, 1800.—Krusenstern, *Reise um die Welt in den Iahren 1803, 4, 5 und 6, etc.;* San Petersburgo, 3 vol. en 4° y en fol., 1810, 11 y 14. — Louis Choris, *Voyage pittoresque autour du monde*, avec des portraits de sauvages d'Amérique, d'Asie, d'Afrique et des îles du grand Océan, etc.; Paris, en fol., 1822. — P. Lesson, *Voyage autour du monde*, entrepris par ordre du gouvernement, sur la corvette *la Coquille;* Paris, 2 vol. en 8° mayor, 1822-25. — Otton de Kotzebuë, *Neue Reise um die Welt in den Iahren 1823, 24, 25 und 26 ;* San Petersburgo, 2 vol. en 8°, 1830. — Dumont d'Urville, *Voyage de la corvette* l'Astrolabe, exécuté par ordre du roi, pendant les années 1826, 27, 28, 29, etc.; Paris, 20 vol. en 8° mayor, en 4° mayor, en fol. mayor, 1830-33. — Le capit. Fréd. Lutké, *Voyage autour du monde*, exécuté par ordre de l'empereur Nicolas, en 1826, 27, 28, 29, etc.; traducido del ruso por F. Boyé, Paris, 5 vol. en 8° y atlas en fol., 1835-36. — Edw. Belcher *Narrative of a voyage round the world* performed in his Majesty's ship *Sulphur*, during the years 1836-42; London, 2 vol. en 8°, 1843. — Georges Simpson, *Narrative of a journey round the world*, during the years 1841-42; London, 2 vol. en 8°, 1847.

FIN.

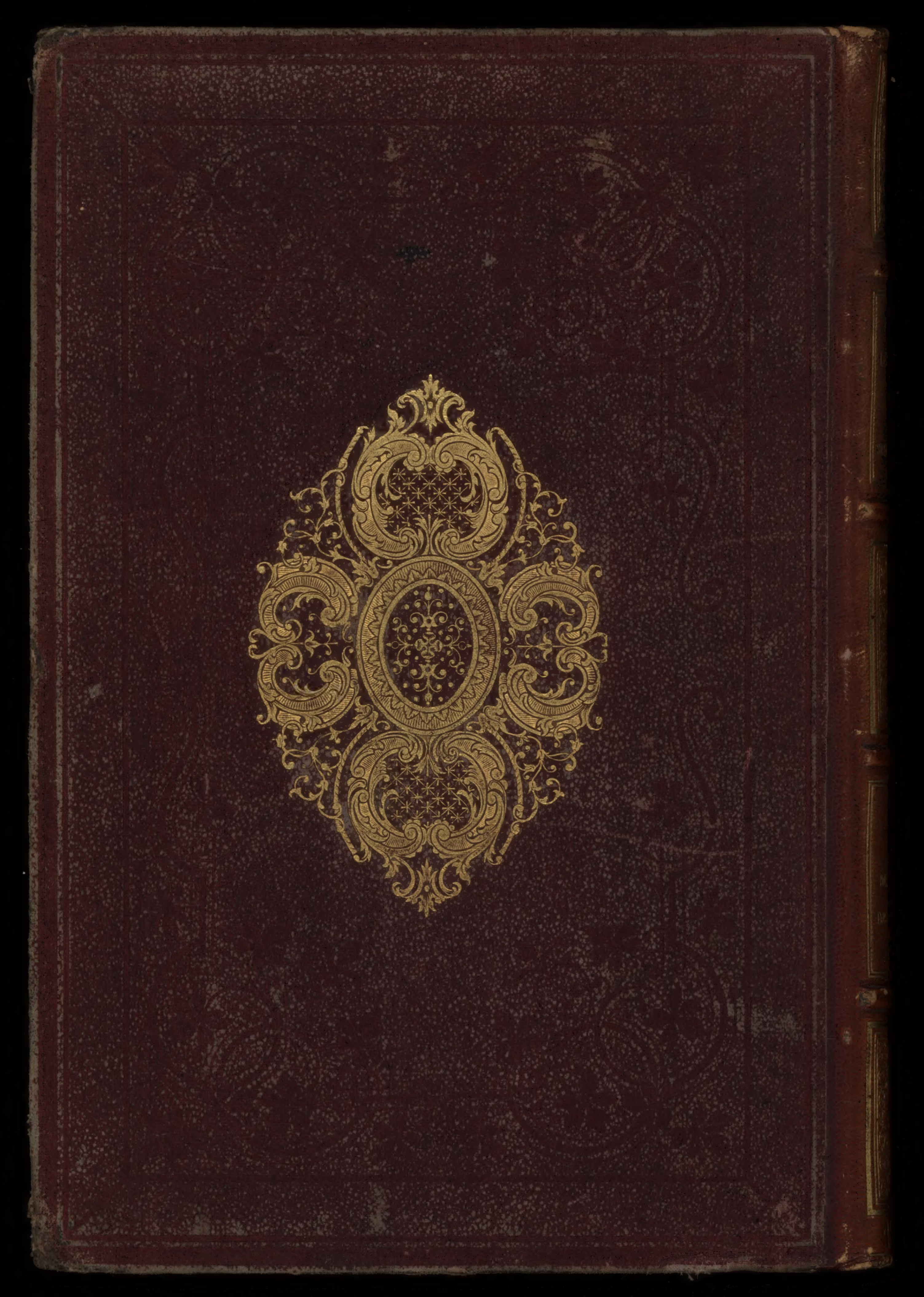
INDICE DE LAS MATERIAS

CONTENIDAS EN ESTE LIBRO.

FIN DE LA TABLA.


GETTY CENTER LIBRARY
3 3125 00060 6760







E. CHARTON

LOS VIAJEROS MODERNOS DURANTE LOS SIGLOS XVI, XVII Y XVIII



PRIMA DEL CORREO DE ULTRAMAR



1861